



Ford Madox Ford

El final del desfile

Lectulandia

Justo antes de que caiga la era eduardiana, en los albores de la I Guerra Mundial, toma lugar esta historia de traición, romance y el horror de las trincheras. En el centro de la narración está la escandalosa separación de Christopher Tietjens, un clásico caballero inglés, conservador y convencional, e impecable súbdito de la corona inglesa, y su esposa Sylvia, una mujer bella, arrogante, contestataria y símbolo de los nuevos tiempos. Christopher ve cómo su matrimonio se desmorona mientras Europa es consumida por la tragedia.

Lectulandia

Ford Madox Ford

El final del desfile

ePub r1.1

xxfry 20.06.14

Título original: *Parade's End*
Ford Madox Ford, 1925
Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: xxfry
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del traductor

La suerte de los libros, incluso de las obras maestras, como sin duda es *El final del desfile*, no depende sólo de sus propios méritos, sino de factores con frecuencia ajenos al propio texto. En ocasiones, la indecisión o el excesivo celo del autor puede alejarlos de la apreciación del público y de la crítica. Ford Madox Ford publicó las tres primeras novelas que integran esta tetralogía entre 1924 y 1926, a razón de una por año, y sólo dos años más tarde, en 1928, y tras muchas vacilaciones, se decidió a publicar la cuarta. Dichas vacilaciones se referían también al título que habría de tener la tetralogía completa, aunque finalmente sería el propio Ford quien les propusiera a los editores el título de *El final del desfile*. Sin embargo, las dudas del autor continuaron a lo largo de los años y dieron pie a cierta controversia respecto a si había tenido intención de escribir una trilogía o una tetralogía. Controversia que se reavivó cuando un autor de la solvencia de Graham Greene, al aceptar ocuparse de la edición de los cuatro primeros volúmenes de las obras de Ford Madox Ford para Bodley Head, decidió suprimir la última novela y observó que: «*El toque de retreta* fue, más que un fallo, un desastre, un desastre que ha impedido que la crítica apreciara plenamente el libro». No obstante, e independientemente de cualquier otra consideración, el hecho mismo de que Ford decidiera escribir una cuarta novela, ya fuese presionado por los editores y los lectores o por decisión propia, hace necesario incluirla, y de hecho se incluye en todas las demás ediciones de *El final del desfile*.

La primera vez que las cuatro novelas aparecieron publicadas en un solo volumen fue en la edición norteamericana de Knopf, en 1950, que se reeditó después en 1961, y apareció también en una edición de bolsillo en Penguin en 1982. Posteriormente, el texto se reprodujo fotográficamente y se empleó para producir otras ediciones, como la de Penguin de 2002, con una nueva introducción del profesor Max Saunders, uno de los mayores expertos en la obra de Ford, quien en la actualidad se ocupa de coordinar un proyecto de traducción de la tetralogía fordiana a diversos idiomas europeos. Dicho texto es el que se ha utilizado como referencia durante mucho tiempo, y es también en el que se basa esta traducción.

En cuanto a las notas que acompañan al texto, es evidente que algunas de las alusiones de *El final del desfile* pueden resultar oscuras para el público no británico; por ello, he optado por anotarlas siempre que me ha parecido necesario. No obstante, y a fin de entorpecer lo menos posible la lectura, he preferido incluir todas las notas al final de la novela, de modo que la decisión de consultarlas o no dependa exclusivamente de la voluntad del lector. También he preferido respetar el frecuente uso de las siglas que hace Ford, a menudo a modo de parodia de la burocracia militar inglesa, e incluir un pequeño glosario al final del libro donde se explican y traducen las que más se repiten.

Por último, quiero agradecer al profesor Saunders (del King's College de Londres) su ayuda en la elaboración de alguna de las notas, así como que tuviera la amabilidad de invitarme a colaborar en el proyecto europeo de traducción de *El final del desfile* y me ofreciera la oportunidad de entrar en contacto con otros investigadores y traductores de la que posiblemente sea la obra cumbre de Ford Madox Ford.

MIGUEL TEMPRANO GARCÍA.

Hay quien no...

Primera parte

I

Los dos jóvenes —ambos pertenecían a la clase funcionarial inglesa— iban sentados en un vagón de ferrocarril perfectamente equipado. Las correas de cuero de las ventanillas eran nuevas e impecables; los espejos de debajo de las rejillas del equipaje estaban tan inmaculados como si hubiesen reflejado muy pocas cosas; la tapicería acolchada, de curvas lujosas y regulares, tenía un minucioso e intrincado dibujo amarillo y escarlata diseñado por un geómetra de Colonia. El compartimento olía vaga e higiénicamente a barniz; el tren circulaba con tanta suavidad —recordó haber pensado Tietjens— como los valores mercantiles británicos de borde dorado. Viajaba deprisa, pero si hubiese dado una sola sacudida o un traqueteo al pasar sobre las juntas de los raíles, salvo en la curva antes de llegar a Tonbridge o en el cambio de agujas de Ashford, donde eran de esperar e incluso se permitían esas excentricidades, Tietjens estaba seguro de que Macmaster habría escrito a la compañía. Tal vez incluso habría escrito al *Times*.

Su clase administraba el mundo, no sólo el recientemente creado Departamento Imperial de Estadística a las órdenes de sir Reginald Ingleby. Si veían a algún policía comportarse mal, a un mozo de cuerda maleducado, una calle mal iluminada, algún defecto en los servicios públicos o en países extranjeros, intervenían en el asunto, ya fuese con despreocupadas voces de Balliol,^[1] o mediante cartas al *Times* en las que se preguntaban con pesadosa indignación: «¿Acaso Esto o Aquello ha podido caer tan bajo?». O escribían, en cualquiera de las muchas revistas serias que todavía sobrevivían, artículos en los que se ocupaban de los modales, las artes, la diplomacia,

el comercio interimperial o la reputación personal de hombres de Estado y literatos ya difuntos.

Es decir, Macmaster lo haría; de sí mismo Tietjens no estaba tan seguro. Ahí estaba Macmaster; bajito; *whig*; con la perilla negra bien recortada que llevaría un hombre bajito para realzar su recién adquirida distinción; el cabello negro y de fibra obstinada, domado con duros peines metálicos; la nariz afilada; los dientes fuertes y regulares; un cuello blanco de la suavidad de la porcelana y una corbata moteada de color azul acerado para que combinase con sus ojos, como Tietjens sabía, sujeta con un pasador de oro.

Tietjens, en cambio, no se acordaba del color de la corbata que llevaba. Había ido de la oficina a sus habitaciones en un coche de punto, se había puesto una chaqueta amplia hecha a medida, unos pantalones y una camisa cómoda, y había metido a toda prisa, aunque de forma metódica, un gran número de cosas en una enorme bolsa de viaje con asas que podía echarse en un furgón de cola si hacía falta. No le gustaba que «ese hombre» tocara sus cosas; como no le había gustado que la doncella de su mujer le hiciera la maleta e incluso le disgustaba que un mozo de cuerda le llevase la bolsa de viaje. Era un *tory* y, como no le apetecía cambiarse de ropa, ahí estaba, de viaje, vestido ya con sus grandes botas marrones de golf ribeteadas y claveteadas, inclinado hacia delante sobre el borde del almohadón, con las piernas separadas, una inmensa mano blanca en cada rodilla... y meditando distraído.

Macmaster, por su parte, estaba recostado, leyendo unas cuartillas sueltas impresas, un poco rígido y con el ceño ligeramente fruncido. Tietjens sabía que aquél era para Macmaster un momento extraordinario. Estaba corrigiendo las pruebas de su primer libro.

Aquel asunto, como sabía Tietjens, tenía muchos matices sutiles. Si, por ejemplo, le hubiesen preguntado a Macmaster si se consideraba un escritor, él habría respondido con la mera sugerencia de un despreciativo encogimiento de hombros.

—¡No, mi querida señora! —Pues, por supuesto, ningún hombre le habría planteado semejante pregunta a alguien con tanto mundo como él. Y habría continuado con una sonrisa—: ¡Nada tan eximio! Un mero aficionado a ratos. Tal vez un crítico. ¡Sí! Una especie de crítico.

Sin embargo, Macmaster se movía en salones que, con sus largos cortinajes, bandejas azules de porcelana, papel pintado con enormes dibujos, y grandes espejos, daban cobijo a las luengas melenas de las artes. Y, tan cerca como podía de las encantadoras señoras que ofrecían recepciones, Macmaster era capaz de disertar..., como toda una autoridad en la materia. Le gustaba que le escucharan con respeto cuando hablaba de Botticelli, Rossetti y aquellos primeros artistas italianos a quienes llamaba «Los Primitivos». Tietjens lo había visto allí. Y no le parecía mal.

Porque, aunque aquellas reuniones no fuesen propiamente la Sociedad,

constituían una etapa en el largo y delicado camino hacia una carrera en los despachos ministeriales. Y, por muy poco interés que Tietjens creyera tener en carreras y despachos, comprendía, aunque sardónicamente, la ambición de su amigo. Era una amistad extraña, pero la rareza de las amistades con frecuencia son una garantía de su duración.

Como hijo menor de un terrateniente de Yorkshire, Tietjens estaba destinado a lo mejor —a lo mejor que pudieran permitirse los funcionarios y las personas de primera clase—. Carecía de ambiciones, pero esas cosas le vendrían dadas, tal como ocurre siempre en Inglaterra. De modo que podía permitirse ser descuidado con su atuendo, con las amistades que frecuentaba y con las opiniones que profesaba. Su madre le pasaba una pequeña renta personal; cobraba un sueldo del Departamento Imperial de Estadística; se había casado con una mujer con posibles, y, como buen *tory*, dominaba lo bastante los sarcasmos y desdenes para que le escuchasen cuando hablaba. Tenía veintiséis años, pero era muy corpulento, a la manera descuidada de Yorkshire, y arrastraba más peso del que su cuerpo necesitaba. Su jefe, sir Reginald Ingleby, escuchaba con atención cuando a Tietjens le daba por disertar sobre las tendencias públicas que influían en las estadísticas. A veces sir Reginald decía: «Es usted una enciclopedia de conocimientos prácticos, Tietjens», y Tietjens pensaba que no se merecía otra cosa y aceptaba el tributo en silencio.

Por su parte, Macmaster, a una palabra de sir Reginald, murmuraba: «¡Tiene usted mucha razón, sir Reginald», y a Tietjens le parecía perfectamente adecuado.

Macmaster era el más veterano en el puesto, igual que probablemente lo era en edad. Pues había una laguna en los conocimientos de Tietjens respecto a los años de su compañero de habitación, o a sus orígenes exactos. Era obvio que Macmaster era escocés de nacimiento, y uno lo aceptaba como lo que se llamaba un hijo de la parroquia. No había duda de que en realidad sería hijo de un verdulero de Cupar o un mozo de cuerda de Edimburgo. Eso carece de importancia entre los escoceses, y como él era muy reticente a hablar de sus ancestros, una vez se le aceptaba, no se hacían más preguntas, ni siquiera mentalmente.

Tietjens siempre había aceptado a Macmaster —en Clifton, en Cambridge, en Chancery Lane y en sus habitaciones de Gray's Inn—. ^[2] Y sentía un profundo afecto, e incluso gratitud por él. Y puede decirse que Macmaster correspondía a aquellos sentimientos. Desde luego, siempre había hecho todo lo posible por serle de ayuda a Tietjens. Ya en el Tesoro, cuando era secretario privado de sir Reginald Ingleby y Tietjens estaba todavía en Cambridge, Macmaster había llamado la atención de sir Reginald sobre las numerosas cualidades naturales de Tietjens, y sir Reginald, que estaba a la caza de talentos para su niño mimado, su recién fundado departamento, había aceptado enseguida a Tietjens como tercero a bordo. Por otro lado, había sido el padre de Tietjens quien había recomendado a Macmaster ante sir

Thomas Block en el Tesoro. Y, de hecho, la familia Tietjens había colaborado con un poco de dinero —en realidad fue cosa de la madre de Tietjens— a que Macmaster estudiara en Cambridge y se instalara en la capital. Él a su vez había devuelto aquella pequeña suma al hacerle un hueco en sus habitaciones a Tietjens cuando le llegó el turno de instalarse en la capital.

Tratándose de un joven escocés la situación había sido perfectamente factible. Tietjens había podido acudir una mañana a su rubia, voluminosa y santa madre y decirle:

—Hola, mamá, quería hablarte de ese amigo mío, Macmaster. Necesita un poco de dinero para acabar sus estudios en la universidad.

Y su madre le había respondido:

—Claro, cariño. ¿Cuánto?

De haberse tratado de un joven inglés de extracción social inferior eso habría tenido resabios de compromiso de clase. Con Macmaster no había sido así.

Durante las últimas dificultades de Tietjens —cuatro meses antes de que la mujer de Tietjens le dejara para irse a vivir al extranjero con otro hombre—, Macmaster había ocupado un lugar que nadie más podría haber ocupado, pues la base de la existencia emocional de Christopher Tietjens era la más absoluta reserva, al menos con respecto a sus sentimientos. Tal como Tietjens veía el mundo, uno no «hablaba», y tal vez ni siquiera pensaba, acerca de cómo se sentía.

De hecho, la fuga de su mujer lo había dejado casi sin emociones y no había pronunciado más de veinte palabras sobre el particular. La mayor parte se las había dicho a su padre, quien, alto, fornido, muy erguido y con el cabello plateado, había ido a parar, por así decirlo, al salón de Macmaster en Gray's Inn, y, tras cinco minutos de silencio, le había dicho:

—¿Te divorciarás?

Christopher había respondido:

—¡No! Sólo a un canalla se le ocurriría someter a una mujer al suplicio del divorcio.

El señor Tietjens había hecho aquella sugerencia, y, tras un momento, había preguntado:

—¿Permitirás que ella se divorcie de ti?

Él le había respondido:

—Si ella quiere. Hay que pensar en el niño.

El señor Tietjens dijo:

—¿Transferirás su pensión al niño?

Christopher respondió:

—Siempre que pueda hacerse sin discusiones.

El señor Tietjens se había limitado a comentar:

—¡Ah!

Y unos minutos después había añadido:

—Tu madre está muy bien. —Y luego—: El arado mecánico no ha funcionado.

—Y por fin—: Cenaré en el club.

Christopher dijo:

—¿Puedo invitar a Macmaster, señor? Dijo usted que le propondría como miembro.

—Sí, tráelo. Asistirá el viejo general ffolliott. Él le apoyará. Más vale que lo conozca.

Luego se había ido.

Tietjens consideraba que la relación con su padre era casi perfecta. Eran como dos miembros del club —el único club—; estaban tan de acuerdo que no necesitaban hablar. Su padre había pasado mucho tiempo en el extranjero antes de tomar posesión de su herencia. Cuando atravesaba los páramos para ir a la ciudad industrial que era de su propiedad, siempre iba en un coche tirado por cuatro caballos. Jamás se había conocido el humo del tabaco en el interior de Groby Hall: el jardinero jefe le llenaba al señor Tietjens doce pipas cada mañana y las colocaba entre los rosales del camino de entrada para que se las fumase a lo largo del día. Cultivaba sus propias tierras; había sido miembro de la Cámara por Holderness entre 1876 y 1881, pero no había vuelto a presentarse a las elecciones desde la redistribución de escaños; [3] era el señor de doce feudos; de vez en cuando salía a montar con sus sabuesos y cazaba con cierta regularidad. Tenía otros tres hijos y dos hijas, y ahora contaba sesenta y un años.

Al día siguiente de la fuga de su mujer, Christopher le había dicho por teléfono a su hermana Effie:

—¿Te importaría hacerte cargo de Tommie [4] por un tiempo indefinido? Marchant irá con él. Se ha ofrecido a ocuparse también de tus dos hijos menores, así que te ahorrarás una doncella y yo pagaré su alojamiento y un poco más.

La voz de su hermana —desde Yorkshire— le había respondido:

—Desde luego, Christopher. —Era la mujer de un pastor anglicano de cerca de Groby, y tenía varios hijos.

A Macmaster, Tietjens le había dicho:

—Sylvia me ha dejado por ese tal Perowne.

Macmaster sólo había respondido:

—¡Ah!

Tietjens había continuado:

—Voy a dejar la casa y a guardar los muebles en un almacén. Tommie se irá con mi hermana Effie. Marchant le acompañará.

Macmaster había dicho:

—Entonces necesitarás tus antiguas habitaciones. —Macmaster ocupaba un piso muy grande en uno de los edificios de Gray's Inn. Después de que Tietjens lo dejara para casarse, había seguido disfrutando de su soledad, aunque su criado se había trasladado del ático al dormitorio que antes ocupaba Tietjens.

Tietjens dijo:

—Me mudaré mañana, si es posible. Así Ferens tendrá tiempo de volver a su ático.

Esa mañana en el desayuno, cuatro meses después, Tietjens había recibido una carta de su mujer. Le pedía, sin la menor contricción, que le permitiera volver. Estaba harta de Perowne y de Bretaña.

Tietjens miró a Macmaster. Macmaster se había levantado de la silla y lo miraba con los ojos azules y acerados muy abiertos y le temblaba la perilla. Cuando Tietjens habló, Macmaster tenía ya la mano en el cuello de la licorera de cristal tallado llena de brandy que había en la caja de madera marrón donde guardaban los licores.

Tietjens dijo:

—Sylvia me pide que la deje volver.

—Tómate esto.

Tietjens estuvo a punto de decir «No» de forma mecánica. En lugar de eso respondió:

—Sí. Tal vez. Un vaso de licor.

Reparó en que el cuello de la licorera temblaba y chocaba contra el vaso. Macmaster debía de estar temblando.

Macmaster, todavía de espaldas, le preguntó:

—¿Vas a permitirle volver?

Tietjens respondió:

—Supongo que sí. —El brandy le calentó el pecho en su descenso. Macmaster dijo:

—Será mejor que te tomes otro.

Tietjens respondió:

—Sí. Gracias.

Macmaster siguió con su desayuno y su correspondencia. Y lo mismo hizo Tietjens. Ferens entró, retiró la bandeja del beicon y puso sobre la mesa un plato de plata calentado al vapor que contenía bacalao y unos huevos escalfados. Mucho tiempo después, Tietjens afirmó:

—Sí, en principio, estoy decidido, pero me tomaré tres días para pensarlo con detalle.

Daba la impresión de carecer de sentimientos al respecto. Todavía le rondaban por la cabeza ciertas frases insolentes de la carta de Sylvia. Prefería una carta así. El brandy no alteraba su manera de pensar, pero parecía ayudarle a evitar los temblores.

Macmaster dijo:

—¿Qué te parece si nos vamos a Rye en el tren de las doce menos veinte? Podríamos jugar una partida después del té, ahora los días son largos. Quiero visitar a un pastor que vive cerca de allí. Me ha ayudado con mi libro.

Tietjens respondió:

—¿Tu poeta frecuentaba la amistad de clérigos? Pero, claro. Se llama Duchemin, ¿no?

Macmaster prosiguió:

—Podríamos pasar a visitarle alrededor de las dos y media. Tratándose del campo es una hora adecuada. Nos quedaremos hasta las cuatro con un coche en la puerta. Podemos estar en la salida del primer hoyo a las cinco. Si nos gusta el campo nos quedaremos hasta el día siguiente: el martes iremos a Hythe y el miércoles a Sandwich. O podemos quedarnos en Rye los tres días.

—Probablemente me siente mejor ir de lado a lado —dijo Tietjens—. Tengo que revisar esos datos tuyos sobre la Columbia Británica. Si cogemos ahora un coche podría tenerlos listos en una hora y doce minutos. Así la Norteamérica británica podrá ir a la imprenta. No son más que las ocho y media.

Macmaster observó, con cierta preocupación:

—¡Oh!, pero no te dará tiempo. Puedo arreglarlo con sir Reginald para que nos vayamos.

Tietjens dijo:

—Sí que me dará tiempo. A Ingleby le gustará que le digas que están terminados. Los tendré listos para que se los des cuando venga a las diez.

Macmaster dijo:

—Qué tipo tan extraordinario eres, Chrissie. ¡Casi un genio!

—¡Oh! —respondió Tietjens—. Estuve revisando tus papeles ayer, después de que te fueras, y tengo casi todos los totales en la memoria. Estuve pensando en ellos antes de irme a dormir. Creo que te equivocas al sobreestimar el aumento de la población de Klondike de este año. Los pasos de montaña están abiertos, pero no los está atravesando casi nadie. Añadiré una nota al efecto.

En el coche dijo:

—Siento molestarte con mis dichosos asuntos, ¿cómo te afectará en la oficina?

—En la oficina —respondió Macmaster— de ningún modo en absoluto. Se supone que Sylvia está acompañando a la señora Satterthwaite en el extranjero. En cuanto a mí, ojalá... —Apretó sus fuertes dientecllos—. Ojalá arrastrases a esa mujer por el fango. ¡Por Dios, cómo me gustaría! ¿Por qué dejar que destruya el resto de tu vida? ¡Ya ha hecho bastante!

Tietjens echó un vistazo por encima de la portezuela del coche.

Eso explicaba una cuestión. Unos días antes, un joven, un amigo de su mujer más

que suyo, se le había acercado en el club y le había dicho que esperaba que la señora Satterthwaite —la madre de su mujer— estuviese mejor. Ahora dijo:

—Ya veo. Lo más probable es que la señora Satterthwaite se haya ido al extranjero para disimular la fuga de Sylvia. Es una mujer sensata, aunque sea un mal bicho.

El coche de punto recorrió las calles casi vacías, pues era muy temprano para el barrio de las oficinas públicas. Los cascos del caballo resonaban con precipitación. Tietjens prefería un coche, pues los caballos eran para gente de buena familia. No tenía ni idea de cómo se habrían tomado sus dificultades sus compañeros. Averiguarlo habría supuesto romper una inercia sorda y poderosa.

Durante los últimos meses se había dedicado a tabular de memoria los errores de la última edición de la *Encyclopaedia Britannica* que había aparecido hacía poco. Incluso había escrito un artículo para una aburrida revista mensual sobre el particular. Había sido tan cáustico que en realidad no había dado en el blanco. Despreciaba a la gente que empleaba libros de consulta, pero el punto de vista resultaba tan extraño que su artículo no había irritado a nadie, salvo tal vez a Macmaster. De hecho le había gustado a sir Reginald Ingleby, a quien le había halagado pensar que tenía bajo sus órdenes a un joven con tan buena memoria y unos conocimientos tan enciclopédicos...

Había sido una ocupación agradable, como un largo duermevela. Ahora había llegado el momento de hacer averiguaciones. Inquirió:

—¿Y que hay de que haya dejado mi casa a los veintinueve años? ¿Cómo se ve eso? No volveré a tener una casa.

—Se considera —respondió Macmaster— que a la señora Satterthwaite no le gustaba Lowndes Street. Problemas con las tuberías. Eso explica su enfermedad. Puedo añadir que sir Reginald lo aprueba por completo, incluso de manera expresa. No cree que un joven funcionario casado deba mantener una mansión cara en el distrito suroeste.

Tietjens dijo:

—Maldito sea. —Luego añadió—: Aunque probablemente tenga razón. —Por último concluyó—: Gracias. Es todo lo que quería saber. Los cornudos siempre han tenido cierto descrédito. Y con razón. Un hombre debería saber retener a su mujer.

Macmaster exclamó nervioso:

—¡No! ¡No!, Chrissie.

Tietjens prosiguió:

—Y un despacho ministerial de primera clase se parece mucho a un colegio privado. Podría objetar a tener entre sus miembros a un hombre a quien su mujer se la pega. Recuerdo lo mucho que se enfadó Clifton cuando los jefes decidieron admitir al primer negro y al primer judío.

Macmaster dijo:

—Preferiría que no siguieses.

—Recuerdo a un tipo —continuó Tietjens— que tenía sus tierras junto a las nuestras. Se llamaba Conder y su mujer le era infiel de forma habitual. Pasaba fuera tres meses al año con un tipo. Conder jamás movió un dedo, pero todos teníamos la sensación de que Groby y los alrededores se habían vuelto inseguros. Se nos hacía raro invitarlo a él, por no hablar de ella, a nuestro salón. Era muy molesto. Todo el mundo sabía que los hijos pequeños no eran de Conder. Un tipo se casó con la hija menor y se hizo cargo de la casa. Y nadie fue a visitarla jamás. No fue racional ni justo. Aunque, en realidad, por eso mismo la sociedad desconfía del cornudo. No sabe si le obligará a hacer algo irracional e injusto.

—Pero tú —dijo Macmaster verdaderamente angustiado— no irás a dejar que Sylvia se comporte así.

—No lo sé —respondió Tietjens—. ¿Cómo voy a impedirselo? Ten en cuenta que, en mi opinión, Conder hizo bien. Esa clase de calamidades ocurren por voluntad divina. Un caballero tiene la obligación de aceptarlas. Si la mujer no quiere divorciarse, él debe aceptarlas, y empiezan las murmuraciones. Pareces habértelas arreglado muy bien esta vez con la ayuda de la señora Satterthwaite, pero no siempre estarás ahí. Y yo podría conocer a otra mujer.

Macmaster exclamó:

—¡Ah!

Y al cabo de un momento:

—¿Y entonces?

Tietjens respondió:

—Dios sabe..., también hay que tener en cuenta a ese pobre diablillo. Marchant dice que empieza a hablar con un marcado acento de Yorkshire.

Macmaster dijo:

—De no ser por eso... Podría ser una solución.

Tietjens respondió:

—¡Ah!

Al ir a pagar al cochero, delante de un portal de cemento gris con un arco a dos aguas, se le acercó y le dijo:

—Le ha dado a la yegua menos regaliz en el pienso. Ya le dije que le iría mejor.

El cochero, de rostro escarlata y brillante, con un sombrero reluciente, un abrigo raído y una gardenia en el ojal, respondió:

—¡Ah! Estaba seguro de que lo recordaría, señor.

En el tren, desde debajo de su pila de relucientes maletas de ropa y documentos —Tietjens había arrojado su inmensa bolsa de viaje en el furgón de cola con sus propias manos— Macmaster contempló a su amigo. Era un gran día para él. Tenía

delante las galeradas de su primer, pequeño y delicado volumen... ¡La caja pequeña, los tipos de imprenta negros y todavía fragantes! Tenía el agradable aroma de la tinta en las narices; el papel todavía estaba un poco húmedo. En sus dedos blancos, planos y siempre un poco fríos, notaba la presión del pequeño lápiz liso y dorado que había comprado para hacer aquellas correcciones. No había tenido que hacer ninguna.

Había contado con que fuese una sensación placentera, casi el único placer sensual que se había permitido en muchos meses; guardar las apariencias de un caballero inglés con unos ingresos exiguos no era tarea fácil. Pero sumergirte en tus propias frases, regodearse en el sabor de tus más astutas ocurrencias y reparar en que el ritmo es equilibrado pero sobrio..., es un placer que no está al alcance de cualquiera, y que no cuesta dinero. Hasta ahora se lo habían proporcionado meros artículos sobre la filosofía y la vida doméstica de grandes figuras como Carlyle y Mill o sobre la expansión de comercio intercolonial. Esto era un libro.

Contaba con él para consolidar su situación. En la oficina casi todo el mundo era de buena familia y no demasiado condescendiente. Había también unos cuantos jóvenes —cuyo número iba en aumento— que habían logrado ingresar gracias a su esfuerzo. Estos últimos vigilaban con celo cualquier ascenso, distinguían los aumentos de salario debidos al nepotismo y clamaban contra los favoritismos.

Al menos a ellos había podido darles la espalda. Su amistad con Tietjens le permitía alinearse entre los bien nacidos de la institución, su amabilidad —sabía que era amable y útil— con sir Reginald Ingleby le protegía en conjunto de los desplantes. Sus artículos le habían dado derecho a afectar cierta austeridad en su comportamiento y confiaba en que su libro le permitiera adoptar una actitud casi judicial. Se convertiría en el señor Macmaster, el crítico, la autoridad en la materia. Los departamentos de primera clase no ponen objeciones a contar con hombres distinguidos como ornamentos de su grupo y a los ascensos de esa clase de hombres no se les ponen pegas. Así Macmaster creía ver —casi con sus propios ojos— cómo se percataría sir Reginald Ingleby de la efusividad con la que recibirían a su valioso subordinado en los salones de la señora Leamington, la señora Cressy y la honorable señora de Limoux; sir Reginald sólo se percataría de eso —pues él mismo no acostumbraba a leer nada que no fueran publicaciones oficiales— y se sentiría dispuesto a allanar el camino de su austero ayudante tan bien dotado para la crítica literaria. Hijo de un empleado pobre de un consignatario de una oscura ciudad portuaria escocesa, Macmaster había decidido muy pronto la carrera que seguiría. A Macmaster no le costó decidirse entre los héroes del señor Smiles, un autor muy conocido en la infancia de Macmaster, y los logros intelectuales accesibles a un escocés muy pobre. Un minero podía llegar a ser el dueño de la mina; un joven escocés recio, inteligente e incansable que de un modo discreto y decoroso siguiera una carrera dedicada al estudio y al servicio público, tenía por fuerza que lograr

distinción, seguridad y la admiración silenciosa de quienes le rodeaban. La diferencia radicaba entre el «podía» y el «tenía» y a Macmaster le resultó fácil hacer su elección. A estas alturas estaba casi convencido de que su carrera le proporcionaría un título al cumplir los cincuenta y poco antes de eso una competencia y un salón propios, y una dama que contribuyera a su fama discreta y se moviera en dicho salón entre los mejores intelectos del momento, graciosa, devota, un tributo tanto a su discernimiento como a sus logros. De no ocurrir algún desastre estaba seguro de que así sería. Los desastres les ocurren a los hombres debido a la bebida, la bancarrota y las mujeres. Sabía que era inmune a las dos primeras, aunque sus gastos tendían a superar a sus ingresos y siempre le debía algo a Tietjens. Por fortuna Tietjens tenía dinero. En cuanto a lo tercero, no estaba tan seguro. En su vida habían faltado necesariamente las mujeres, y, llegado un momento en el que, tomadas las debidas precauciones, el elemento femenino podía tener cabida de manera legítima en su vida, temía, debido a esa misma carencia, apresurarse demasiado al elegir. Sabía con exactitud el tipo de mujer que necesitaba: alta, elegante, morena, desenvuelta, apasionada aunque circunspecta, de rostro ovalado, pensativa, simpática con quienes le rodeaban. Casi podía oír el frufrú de sus vestidos.

Y aun así... Había habido momentos en los que una especie de razón ciega le había hecho sentirse atraído hasta dejarlo casi sin habla por chicas de risa floja, empleadillas de pecho generoso y mejillas sonrosadas. Sólo Tietjens lo había salvado de algunos enredos más que objetables.

—¡Maldita sea! —le decía Tietjens—, deja ya de tontear con esa pelandusca. Lo más que podrías hacer es ponerle un estanco, y se pasaría el día criticándote en el barrio. Por no mencionar que no puedes permitirte.

Y Macmaster, que habría idealizado a la chica regordeta al son de «Highland Mary», se pasaba un día maldiciendo a Tietjens por su brutalidad. En cambio, ahora le daba gracias a Dios por haberle enviado a Tietjens. Ahí estaba, a punto de cumplir treinta años, sin un solo enredo, con una salud sin tacha y sin ninguna preocupación concerniente a las mujeres.

Miró con profundo afecto y ansiedad a su brillante subalterno, que no había sido capaz de salvarse. Tietjens había caído en el cepo más cruel y descarado de la peor mujer que pudiera imaginarse.

Y Macmaster reparó de pronto en que no se había sumergido, como había imaginado que haría, en la corriente sensual de su prosa. Había empezado muy animado con el primer párrafo... Sin duda los editores habían acertado al enviarlo a la imprenta:

Tanto si lo consideramos el creador de una belleza plástica misteriosa, sensual y precisa; el manipulador de versos sonoros y rotundos y de palabras tan llenas de colorido como lo estaban sus cuadros; o el profundo filósofo capaz de elucidar y

dibujar su iluminación de los arcanos de una mística apenas mayor que él mismo, hay que reconocerle a Gabriel Charles Dante Rossetti,^[5] el objeto de esta pequeña monografía, que ha influido profundamente en el aspecto exterior, las relaciones humanas y todo aquello que constituye la vida de nuestra más alta civilización tal como la concebimos hoy en día...

Macmaster se dio cuenta de que sólo había llegado hasta allí con su prosa, y de que lo había hecho sin sentir el placer esperado y luego había pasado al párrafo central de la página tres, al final de su exordio. Sus ojos vagaron desganados por la línea:

El sujeto de estas páginas nació en la zona oeste del centro de la metrópolis en el año...

Aquellas palabras no le dijeron nada en absoluto. Comprendió que se debía a que no se había recuperado todavía de aquella mañana. Había mirado por encima de la taza de café —por encima del borde— y había cogido de entre los dedos temblorosos de Tietjens una hoja de papel azul grisáceo escrita con la letra grande y gruesa de aquella bruja detestable. Y Tietjens se había quedado mirando fijamente su rostro, ¡el rostro de Macmaster!, con la intensidad de un caballo desbocado, ¡estaba lívido!, ¡informe! ¡Su nariz parecía un pálido triángulo sobre una vejiga de manteca! Así estaba el rostro de Tietjens...

¡Todavía sentía el golpe, físico, en la boca del estómago! Había pensado que Tietjens iba a volverse loco; que estaba loco. Luego pasó todo. Tietjens había adoptado la misma máscara indolente e insolente de siempre. Algo más tarde, en la oficina, le había soltado un discurso muy enérgico —y bastante brusco— a sir Reginald acerca de los motivos que tenía para disentir de las cifras oficiales sobre los movimientos de población en los territorios occidentales. Sir Reginald se había quedado muy impresionado. Las cifras hacían falta para un discurso del ministro de las colonias —o para responder a una pregunta— y sir Reginald había prometido exponerle las opiniones de Tietjens al gran hombre. Era una de esas cosas que favorecen a un joven porque le dan prestigio a la oficina. Tenían que trabajar con las cifras proporcionadas por los gobiernos coloniales, y corregir a esos tipos a fuerza de puro trabajo intelectual equivalía a apuntarse un tanto.

Pero ahí estaba Tietjens, con su traje de tweed gris, las piernas separadas, torpe y desgarrado, las manos mantecosas de aspecto inteligente caídas inertes entre las piernas, los ojos fijos en una fotografía coloreada del puerto de Boulogne que había junto al espejo debajo de la rejilla del equipaje. Rubio, rubicundo, en apariencia distraído, era imposible saber en qué demonios estaría pensando. En la teoría ondulatoria, muy probablemente, o en los deslices cometidos por alguien en un artículo sobre el arminianismo.^[6] Pues, por absurdo que pareciera, Macmaster sabía que casi no sabía nada de los sentimientos de su amigo. Prácticamente no habían

intercambiado ninguna confidencia al respecto. Sólo dos: la noche antes de partir a su boda en París, le había dicho:

—Vinny, viejo amigo, es la única salida. Me la ha jugado.

Y una vez, algo después, le había dicho:

—¡Maldita sea! ¡Ni siquiera sé si el niño es mío!

Esa última confidencia había conmocionado a Macmaster de un modo irremediable..., el niño había sido sietemesino, más bien enfermizo, y la torpe ternura que le demostraba Tietjens era tan evidente que, incluso sin aquella pesadilla, Macmaster se había conmovido al verlos juntos..., la confidencia que tanto le había dolido a Macmaster era tan terrible que Macmaster la había considerado casi un insulto. Era de esas cosas que no se le cuentan a un igual, sino sólo a un abogado, un médico o un clérigo, que no son propiamente hombres. O, en cualquier caso, esas confidencias no se hacen sin apelar a la compasión del otro, y Tietjens no había apelado a su compasión. Se había limitado a añadir de modo sardónico:

—Me concede el beneficio de una duda agradable. Y prácticamente le ha dicho lo mismo a Marchant. —Marchant había sido la vieja nodriza de Tietjens.

De pronto, como si hubiera perdido la cabeza, Macmaster exclamó:

—¡No me negarás que era un poeta!

Fue como si le hubiesen arrancado aquella observación, porque había visto bajo la fuerte luz del compartimento que la mitad del mechón que le caía a Tietjens sobre la frente, y una mata de pelo que tenía detrás, eran de color blanco plateado. Podía haber pasado semanas sin darse cuenta: cuando se vive al lado de alguien, uno apenas repara en los cambios. Es frecuente que la gente de Yorkshire, rubia y lozana, empiece a encanecer muy pronto; a los catorce años a Tietjens le habían salido una o dos canas que se veían muy bien a la luz del día cuando se quitaba la gorra para jugar a los bolos.

Pero la imaginación de Macmaster, horrorizada por el cambio, dio por sentado que Tietjens había encanecido conmocionado por la carta de su mujer... ¡en cuatro horas! Eso significaba que algo terrible debía de estar ocurriendo en su interior; tenía que distraerle a toda costa. El proceso mental seguido por Macmaster había sido en gran parte subconsciente. De lo contrario, no habría sacado a colación al poeta pintor.

Tietjens respondió:

—Que yo recuerde, nunca he dicho nada parecido.

La obstinación de su raza endurecida despertó en Macmaster:

—Ya que —citó— cuando estamos juntos...

Sólo nuestras manos pueden encontrarse,
mejor que la mitad de este mundo fatigado
¡se interponga entre nosotros, mi bien!

Mejor estar lejos, aunque eso nos parta el corazón.

¡Despídete para siempre!

¡A fin de que tus ojos tristes, al cruzarse con los míos,
no tienten a mi alma!

—¡No dirás —continuó— que eso no es poesía! ¡Gran poesía!

—No lo sé —respondió Tietjens con desdén—. Salvo a Byron, no leo poesía.
Pero es un cuadro desagradable...

Macmaster dijo dubitativo:

—No sé si conozco el cuadro. ¿Está en Chicago?

—¡No está pintado! —exclamó Tietjens—. ¡Pero está ahí! —Prosiguió con súbita furia—: Maldita sea. ¿Qué sentido tienen todos estos intentos de justificar la fornicación? Inglaterra se ha vuelto loca. Ya tenéis a vuestro John Stuart Mill y a George Eliot para la clase alta. ¡Déjate de adornos! ¡O al menos déjame aparte a mí! Te diré que me repugna pensar en ese hombre gordo y grasiento que nunca se bañaba, con una bata llena de lamparones y la misma ropa interior de la noche anterior, de pie y gorgoteando de pasión junto a una modelo de cinco chelines con el pelo ondulado, o a una señora W. Tres Asteriscos, mirando un espejo que refleja sus fétidos seres, unos pececillos dorados, lámparas de araña y unos platos repugnantes con grasa de beicon fría.

Macmaster se había quedado pálido como la cera, y se le había erizado la perilla.

—No te atreverás..., no te atreverás a hablar así —balbució.

—¡Claro que me atrevo! —respondió Tietjens—, aunque no debería..., ¡a ti! Lo admito. Pero, por esa regla de tres, tú tampoco tendrías que hablarme de eso. Es un insulto a mi inteligencia.

—Desde luego —respondió Macmaster muy envarado—, el momento no era oportuno.

—No sé a qué te refieres —respondió Tietjens—. El momento nunca puede ser oportuno. Admitamos que hacer carrera es un asunto desagradable..., ¡tanto para mí como para ti! Pero los augures honrados sonrían detrás de sus máscaras. Nunca se predicaban unos a otros.

—Te estás poniendo esotérico —afirmó desmayadamente Macmaster.

—Déjame subrayar —continuó Tietjens—. ¡Entiendo muy bien que necesites ganarte el favor de la señora Cressy y la señora Limoux! Tienen mucha influencia en ese viejo carcamal de Ingleby.

Macmaster exclamó:

—¡Maldita sea!

—Estoy de acuerdo —prosiguió Tietjens—, y lo apruebo. Las reglas del juego siempre han sido las mismas. Es una tradición, y no me parece mal. Lleva en vigor

desde los días de las *Précieuses Ridicules*.

—¡Tienes un modo muy peculiar de exponer las cosas! —dijo Macmaster.

—No —respondió Tietjens—. Precisamente porque no lo tengo, lo que hago le resulta tan chocante a los tipos como tú, que siempre andáis enredando con la expresión literaria. Lo único que digo es que estoy a favor de la monogamia.

Macmaster soltó un «¡Tú!» de sorpresa.

Tietjens respondió con un «¡Yo!» despreocupado, y prosiguió:

—Estoy a favor de la monogamia y la castidad. Y de no hablar tanto del asunto. Por supuesto, si un hombre es lo bastante hombre y quiere acostarse con otra mujer, que lo haga. Y no se hable más. No hay duda de que en el fondo le iría mejor y le saldría más barato si no lo hiciese. Igual que probablemente le iría mejor si no se tomase el segundo vaso de whisky con soda...

—¡Y a eso lo llamas monogamia y castidad! —le interrumpió Macmaster.

—Pues sí —respondió Tietjens—. Y probablemente lo sea, en cualquier caso, así todo el mundo sabe a lo que atenerse. Lo que resulta repulsivo es tanto toqueteo y tanta justificación polisilábica en nombre del amor. Vosotros defendéis una poligamia lacrimosa. Y eso está muy bien siempre que uno consiga cambiar las reglas de su club.

—Lo que dices escapa a mi comprensión —afirmó Macmaster—. Y estás siendo muy desagradable. Da la impresión de que justificas la promiscuidad. Y no me gusta.

—Es probable que esté siendo desagradable —replicó Tietjens—. Todas las jeremiadas suelen serlo. Pero tendría que aprobarse una veda de veinte años para discutir cuestiones de falsa moralidad sexual. Tu Paolo y tu Francesca..., y Dante, fueron, y con mucha razón, al Infierno sin hacer tantos aspavientos. No verás que Dante los justifique. En cambio ese tipo lloriquea por tener que arrastrarse hasta el cielo.

—No es cierto —exclamó Macmaster. Tietjens prosiguió con ecuanimidad:

—El novelista que escribe un libro para justificar cada décima o quinta seducción de una joven vulgar en el nombre del derecho de los mancebos...

—Admito —coincidió con él Macmaster— que Briggs va demasiado lejos. El jueves mismo le dije en casa de la señora Limoux...

—No hablaba de nadie en concreto —afirmó Tietjens—. Sólo estaba poniendo un ejemplo. ¡Y mucho más limpio que todos vuestros horrores prerrafaelitas! ¡No! No leo novelas, pero estoy al tanto de las últimas tendencias, y si alguien decide justificar la seducción de jóvenes vulgares y llamativas apelando a la libertad y los derechos del hombre, me parece relativamente respetable. Sería mejor que se jactase de un modo directo y exultante de sus conquistas, pero...

—A veces llevas tus bromas demasiado lejos —observó Macmaster—. Ya te lo he advertido otras veces.

—¡Soy tan serio como un palo! —respondió Tietjens—. Las clases inferiores empiezan a hacerse oír. ¿Por qué no iban a hacerlo? Son los únicos en este país que están sanos de cuerpo y alma. Y serán quienes salven al país, si es que ha de salvarse.

—¡Y tú te consideras un *tory*! —exclamó Macmaster.

—Las clases inferiores —continuó Tietjens sin cambiar de tono—, las que van a la escuela secundaria, sólo desean vínculos irregulares y muy transitorios. Durante las vacaciones se van juntos de viaje organizado a Suiza y otros sitios parecidos. Pasan las tardes lluviosas en sus baños alicatados, dándose palmadas en la espalda, divertidos, unos a otros y salpicándose con pintura de esmalte blanco.

—Dices que no lees novelas —observó Macmaster—, pero reconozco la cita.

—Aunque no lea novelas —respondió Tietjens— sé lo que hay en ellas. Desde el siglo dieciocho nadie, salvo una mujer, ha escrito nada en Inglaterra que valga la pena leer. Pero es natural que tus salpicadores de esmalte quieran verse retratados en una literatura brillante y abigarrada. ¿Por qué no? Es un deseo humano y saludable, y, ahora que la imprenta y el papel son tan baratos, pueden satisfacerlo. Es saludable, te digo. Mucho más saludable que... —Se interrumpió.

—¿Que qué? —preguntó Macmaster.

—Estoy pensando —respondió Tietjens— cómo no ser demasiado grosero.

—A ti te gusta ser grosero —afirmó con amargura Macmaster— con la gente que lleva una vida contemplativa..., una vida de circunspección.

—Eso es exactamente —dijo Tietjens. Y citó:

Camina, la dama de mi contento,
una pastora de ovejas;
es tan justa y circumspecta:
debe atender tan sólo a sus pensamientos. ^[7]

Macmaster exclamó:

—Maldita sea, Chrissie. Lo sabes todo.

—Sí —dijo pensativo Tietjens—, creo que me gustaría ser grosero con ella. No digo que lo fuera. Desde luego no lo haría si fuese guapa. O si fuese tu alma gemela. De eso puedes estar seguro.

Macmaster tuvo una súbita visión de la torpe y corpulenta figura de Tietjens paseando junto a la dama del contento de Macmaster, cuando por fin la encontrasen caminando a lo largo de un acantilado entre la alta hierba y las amapolas, y él se mostrase extremadamente agradable y charlase sobre Tasso y Cimabue. No obstante, supuso que a la dama no le gustaría Tietjens. Por lo general a las mujeres no les gustaba. Su aspecto y sus silencios las alarmaban. O le odiaban... O les gustaba mucho. Así que dijo conciliador:

—¡Sí, creo que podría fiarme de ti! —y añadió—: En cualquier caso, no me extraña que...

Había estado a punto de decir: «No me extraña que Silvia te considere inmoral», pues la mujer de Tietjens alegaba que era detestable. Afirmaba que la aburría con sus silencios y cuando hablaba lo odiaba por la inmoralidad de sus puntos de vista..., pero no acabó la frase, y Tietjens prosiguió:

—En cualquier caso, cuando llegue la guerra serán esos pequeños esnobs quienes salvarán a Inglaterra, porque tienen el valor de saber lo que quieren y de decirlo.

Macmaster respondió con arrogancia:

—A veces eres extraordinariamente anticuado, Chrissie. Tendrías que saber tan bien como yo que es imposible una guerra, y, en cualquier caso, una en la que participase este país. Por la sencilla razón de que... —dudó y luego se envalentonó y añadió—: Nosotros..., las clases..., sí, las clases circunspectas guiaremos a la nación cuando las cosas se pongan difíciles.

—La guerra, mi buen amigo —afirmó Tietjens, el tren estaba aminorando antes de desviarse hacia Ashford—, es inevitable, y este país estará en su mismísimo centro por la sencilla razón de que sois unos malditos hipócritas. No hay un solo país en el mundo que confíe en nosotros. Por decirlo así, siempre estamos cometiendo adulterio..., ¡como tu poeta...!, con el nombre del cielo en los labios. —Otra vez estaba mofándose del objeto de la monografía de Macmaster.

—¡Él nunca —respondió Macmaster casi tartamudeando—, nunca gimoteó en nombre del cielo!

—Sí —afirmó Tietjens—, ese horrible poema que citaste antes acaba así:

Mejor estar lejos, aunque eso nos destroce el corazón,
ya que no osamos amarnos,
separémonos hasta que volvamos a encontrarnos
allá arriba, en el cielo.

Y Macmaster, que estaba temiéndose ese golpe —pues era imposible saber hasta qué punto su amigo recordaría un poema de memoria—, se concentró, por así decirlo, en bajar muy quisquilloso sus maletas y bastones de la rejilla del equipaje, tarea que normalmente dejaba para el mozo de cuerda. Tietjens, que por mucho que el tren se acercase a la estación de destino siempre se quedaba sentado, inamovible como una roca, hasta que se había parado del todo, añadió:

—Sí, una guerra es inevitable. En primer lugar, están los tipos como tú en los que no se puede confiar. Y luego está la multitud que quiere tener cuarto de baño y esmalte blanco. Millones de ellos repartidos por todo el mundo. No sólo aquí. Y no hay suficientes cuartos de baño ni esmalte blanco para todos. Lo mismo os pasa a

vosotros, los polígamos, con las mujeres. No hay suficientes mujeres en el mundo para satisfacer vuestros insaciables apetitos. Y no hay suficientes hombres en el mundo para que cada mujer tenga uno. Y la mayoría de las mujeres quieren varios. Por eso hay tantos casos de divorcio. ¿Supongo que no irás a decir que como sois tan justos y circunspectos no habrá más divorcios? Pues bien, la guerra es tan inevitable como el divorcio...

Macmaster había sacado la cabeza por la ventanilla del vagón y estaba llamando a un mozo de cuerda.

En el andén, varias mujeres con preciosas capas de marta cibelina, joyeros rojos o purpúreos y bufandas sedosas y diáfanas que aleteaban sobre la capota del coche se dirigían hacia el tren de Rye conducidas por enhiestos y cargados lacayos. Dos de ellas saludaron a Tietjens con la cabeza.

Macmaster pensó que había hecho muy bien al ir tan bien vestido; uno nunca sabe con quién puede encontrarse en un viaje en tren. Y eso le reafirmó ante la actitud de Tietjens, que prefería tener aspecto de peón.

Un tipo alto, canoso, de bigotes blancos y mejillas sonrosadas se acercó cojeando a Tietjens, que estaba sacando su enorme bolsa de viaje del furgón de cola. Le dio una palmada al joven en el hombro y lo saludó:

—¡Hola! ¿Cómo está tu suegra? Lady Claude ha preguntado por ella. Dice que pases esta noche a comer algo si vas a Rye. —Tenía unos ojos extraordinariamente azules e inocentes.

Tietjens respondió:

—Hola, general —y añadió—: Creo que está mucho mejor. Muy recuperada. Éste es Macmaster. Creo que iremos a recoger a mi mujer dentro de un día o dos. Están las dos en Lobscheid..., un balneario alemán.

El general dijo:

—Estupendo. No es bueno que un joven esté solo. Bésale la mano a Sylvia de mi parte. Es toda una mujer, y tú un tipo con suerte —y añadió con cierto nerviosismo—: ¿Qué tal una partida por parejas mañana? Paul Sandbach anda por aquí. Está tan encorvado como yo. Ya no aguantamos una partida individual completa.

—La culpa es suya —replicó Tietjens—. Tendría que haber ido a ver a mi matasanos. Póngase de acuerdo con Macmaster, ¿quiere? —Saltó a la penumbra del furgón de cola.

El general le echó a Macmaster una mirada rápida, escrutadora y penetrante:

—Usted es el tal Macmaster —dijo—. Tiene que serlo si es amigo de Chrissie.

Una voz aguda gritó:

—¡General! ¡General!

—Tengo que hablar con usted —observó el general— acerca de las cifras de ese artículo que escribió sobre Pondolandia. Las cifras están bien, pero acabaremos por

perder ese condenado país si... Aunque ya hablaremos esta noche en la cena. Vengan a casa de lady Claudine...

Macmaster volvió a felicitarse por su apariencia. Tietjens podía permitirse tener aspecto de deshollinador, porque pertenecía a aquella clase de gente. Pero, él, Macmaster, no. A lo sumo, debía ser una autoridad, y las autoridades llevan anillos de oro en la corbata y prendas de paño fino. El general lord Edward Campion tenía un hijo, uno de los jefes del Departamento del Tesoro que controlaba los aumentos de sueldo y los ascensos de todos los empleados públicos. Tietjens cogió el tren de Rye a la carrera, lanzando su enorme bolsa de viaje a través de la ventana del vagón y subiendo de un salto a la plataforma. Macmaster pensó que si hubiese sido él quien lo hubiera hecho, la mitad de los presentes le habrían gritado: «¡Apártese de ahí!».

Pero como se trataba de Tietjens, el jefe de estación corrió junto a él para abrirle la puerta del vagón y le sonrió al despedirse:

—¡Buena carrera, señor! —Pues en aquella comarca se jugaba mucho al críquet.

—Qué gran verdad —citó Macmaster para sí— que:

Para todos disponen los dioses un dispar destino:

hay quien entra por la puerta. ¡Hay quien no! ^[8]

II

La señora Satterthwaite con su doncella francesa, su sacerdote, y su joven amigo de mala reputación, estaban en Lobscheid, un balneario desconocido y poco frecuentado ubicado entre los pinares de Taunus. La señora Satterthwaite iba vestida a la ultimísima moda y exhibía una indiferencia consumada... En realidad, sólo perdía la paciencia si alguien comía en su mesa, y delante de sus narices, las famosas uvas negras de Homburgo sin quitarles el hollejo. El padre Consett estaba dispuesto a pasárselo de maravilla las tres semanas de vacaciones que estaría alejado de los barrios bajos de Liverpool; el señor Bayliss, delgado como un esqueleto vestido de sarga azul muy ajustada, rubio y sonrosado, estaba tan enfermo de tuberculosis, tan arruinado, y tenía unos gustos tan costosos que estaba dispuesto a estarse quieto, beber tres litros de leche al día y portarse bien. En teoría, estaba allí para escribir las cartas de la señora Satterthwaite, pero la dama nunca le dejaba entrar en sus habitaciones privadas por miedo al contagio. Así que tenía que contentarse con alimentar una creciente adoración por el padre Consett. Dicho sacerdote, con su enorme boca, sus pómulos marcados, su pelo negro desordenado, su carota ancha, que nunca parecía demasiado limpia, y sus manos danzarinas que siempre parecían demasiado sucias, no se quedaba quieto ni un momento y tenía ese acento irlandés que raras veces se encuentra, salvo en las novelas anticuadas sobre Irlanda. Tenía una risa perpetua como el ruido de un carrusel de vapor. Era, en pocas palabras, un santo, y el señor Bayliss lo sabía, aunque no supiera en qué sentido. En los últimos tiempos, y con la ayuda económica de la señora Satterthwaite, el señor Bayliss se había convertido en asistente del padre Consett, había adoptado la regla de san Vicente de Paúl y había escrito unos admirables, aunque decorativos, versos devotos.

Resultaban un grupo muy feliz e inocente. La señora Satterthwaite se interesaba —era el único interés que tenía— por los jóvenes guapos, delgados y de horrible reputación. Los esperaba, o enviaba su coche a esperarlos, a la puerta de la cárcel. Ponía al día su peculiar guardarropa y les proporcionaba suficiente dinero para que pasaran un buen rato. Y cuando, en contra de todas las previsiones —aunque ocurría con más frecuencia de lo esperado—, se reformaban, ella se alegraba con indolencia. A veces los enviaba a algún lugar alegre con un cura que necesitase unas vacaciones y a veces los alojaba en su casa del oeste de Inglaterra.

El caso es que eran un grupo agradable y muy feliz. En Lobscheid había un hotel vacío con grandes verandas y varias granjas blancas y cuadradas, con vigas grises y las tejas pintadas con ramos de flores azules y amarillas, o con cazadores vestidos de escarlata que perseguían ciervos purpúreos. Eran como alegres cajas de cartón colocadas en mitad de los campos cubiertos de hierba; luego empezaban los pinares y se extendían solemnes, marrones y geométricos a lo largo de muchos kilómetros

ladera arriba y abajo. Las campesinas llevaban chalecos de terciopelo negro, corpiños blancos, innúmeras enaguas y absurdos tocados multicolores de la forma y el tamaño de unos bollos de medio penique. Andaban por ahí a paso lento, en columnas de a cuatro o de a seis, con los pies enfundados en zapatillas y medias blancas, mientras sus tocados se balanceaban con solemnidad; jóvenes con blusas azules, pantalones bombachos, y sombreros de tres picos los domingos, las seguían entonando baladas.

La doncella francesa, que la señora Satterthwaite le había pedido prestada a la duquesa de Carbon Châteaulherault a cambio de su propia doncella, se sintió inclinada al principio a encontrar el lugar *maussade*. Pero, tras iniciar una sonada aventura amorosa con un joven guapo, alto y rubio, que llevaba una pistola, un cuchillo de caza con incrustaciones de oro tan largo como su brazo y un uniforme verde grisáceo, con galones y botones dorados, se reconcilió con su destino. Cuando el joven Förster trató de dispararle —*et pour cause*, como ella misma dijo— se quedó extasiada y eso divirtió ligeramente a la señora Satterthwaite.

Estaban sentados jugando al bridge en el amplio y umbroso salón del hotel: la señora Satterthwaite, el padre Consett y el señor Bayliss. Un joven subteniente rubio muy servicial, que había ido allí como último recurso para salvar su pulmón derecho y su carrera, y el médico barbudo les interrumpieron. El padre Consett respiraba con dificultad, miraba a menudo su reloj y jugaba muy deprisa exclamando: «Dense prisa, son casi las doce. Dense prisa, ¿quieren?». El señor Bayliss era el muerto y el padre Consett exclamó: «Tres, ningún triunfo; hay que darse prisa. Sírname un whisky con soda, y no me lo traiga aguado como el de antes». Jugó su mano con mucha rapidez, dejó en la mesa sus tres últimas cartas y exclamó: «¡Ah! A pesar de todo, voy perdiendo por dos y encima me cogen en un renuncio». Se tragó el whisky con soda, miró su reloj y exclamó: «¡Precisión absoluta! Tome, doctor, juegue usted mi mano y acabe la partida». Al día siguiente tenía que celebrar la misa en sustitución del cura local, y para celebrar misa hay que estar en ayunas desde la medianoche y no está permitido jugar a las cartas. El bridge era su única pasión; y sólo lo disfrutaba quince días al año en su fatigosa vida. Durante las vacaciones se levantaba a las diez. A las once le decían: «Una partidita para el padre». De dos a cuatro paseaban por el bosque. A las cinco le decían: «Una partidita para el padre». A las nueve le decían: «¿Qué, padre, no le apetece una partidita?». Y el padre Consett esbozaba una sonrisa de oreja a oreja y les respondía: «Qué buenos son con este pobre viejo irlandés. En el cielo tendrán su recompensa».

Los otros cuatro siguieron jugando muy serios. El padre se sentó detrás de la señora Satterthwaite, con la barbilla junto a su nuca. En el momento culminante, la cogió de los hombros y exclamó: «¡Juegue la reina, mujer!» y respiró pesadamente a su espalda. La señora Satterthwaite jugó el dos de diamantes, y el padre gruñó y se echó hacia atrás. Ella le dijo por encima del hombro: «Quiero hablar con usted esta

noche, padre». Ganó la última mano y se llevó diecisiete puntos del médico y ocho puntos del subteniente. El médico exclamó: «¡No puede coger esa suma tan inmensa y marcharse sin más. Ahora Herr Bayliss nos desplumará!».

Ella se fue de allí en compañía del cura, flotando entre sedas negras y oscuras a través de las sombras del comedor, mientras metía las ganancias en su bolso de satén negro. Al cruzar la puerta, debajo de la cornamenta de un ciervo, en una atmósfera de lámparas de parafina y madera de pino barnizada, le indicó:

—Suba a mi habitación. El hijo pródigo ha vuelto. Sylvia está aquí.

El padre respondió:

—Me pareció verla con el rabillo del ojo bajando del autobús después de cenar. Querrá volver con su marido. ¡Qué mundo éste!

—¡Es una auténtica bruja! —exclamó la señora Satterthwaite.

—La conozco desde que tenía nueve años —respondió el padre Consett—, y he visto poco en ella que pueda servir de ejemplo para mi rebaño —y añadió—: Aunque tal vez la perplejidad me haga ser injusto con ella.

Subieron despacio las escaleras.

La señora Satterthwaite se sentó en el borde de un sillón de mimbre y suspiró:

—¡En fin!

Llevaba un sombrero de color negro como una rueda de carro y sus vestidos siempre parecían constar de grandes cuadrados de seda que le hubieran caído encima. Como consideraba que su cutis, que era blanco mate, se había vuelto ligeramente violeta después de veinte años de maquillarse, cuando no se maquillaba —como era el caso en Lobscheid— llevaba trocitos de cinta de satén rojizo prendidos aquí y allá, en parte para contrarrestar el color violáceo de su tez y en parte para mostrar que no estaba de luto. Era muy alta y extremadamente delgada; sus ojos negros, que tenían debajo unas oscuras ojeras, estaban alternativamente o muy cansados o muy indiferentes.

El padre Consett iba y venía con las manos a la espalda y la cabeza inclinada sobre el suelo no demasiado bien encerado. Sobre unos candelabros de peltre de imitación de *nouvel art* un poco sucios, había dos velas encendidas pero tenues; un sofá de caoba barata con respaldo y cojines de felpa, una mesa cubierta con un tapete vulgar y un buró americano que había contenido muchos papeles enrollados y planos. La señora Satterthwaite era extremadamente indiferente a lo que la rodeaba, pero insistía en tener un mueble para sus papeles. También le gustaba tener una gran profusión de flores de invernadero, no de jardín, pero como no había ninguno en Lobscheid se pasaba sin ellas. Como norma, también insistía en tener una cómoda *chaise longue* que raras veces, o nunca, utilizaba; pero el Imperio germano en aquellos días no contenía ningún sillón cómodo y tuvo que renunciar a ella y que tumbarse en la cama cuando estaba muy cansada. Las paredes de la gran habitación

estaban completamente cubiertas de imágenes de animales en agonía mortal: urogallos exhalando el último aliento con gotas de sangre escarlata sobre la nieve; ciervos muriendo con la cabeza echada hacia atrás y los ojos vidriosos con gotas de sangre roja en el cuello; zorros muriendo con sangre escarlata sobre la hierba verde. Todas aquellas imágenes representaban, cuadro a cuadro, diversas escenas de caza, pues el hotel había sido antes el pabellón de un duque, y estaba acondicionado para satisfacer el gusto de la época con madera de pino barnizada, cuartos de baño, porches y unos aseos demasiado modernos, aunque ruidosos, para delicia de los posibles huéspedes ingleses.

La señora Satterthwaite se sentó en el borde de la silla; siempre tenía aspecto de estar a punto de partir hacia alguna parte, o de acabar de llegar de algún sitio e ir a quitarse el abrigo. Afirmó:

—Hay un telegrama esperándola desde mediodía. Sabía que vendría.

El padre Consett respondió:

—Yo también lo vi en el casillero. Me extrañó —y añadió—: ¡Oh!, Dios mío, Dios mío. Después de todo lo que hemos hablado, y ahora ha venido.

La señora Satterthwaite dijo:

—Yo misma he sido malvada desde ese punto de vista, pero...

El padre Consett dijo:

—¡Cierto! Sin duda lo ha heredado de usted, pues su marido era un buen hombre. Pero con una mujer malvada tengo suficiente. No soy ningún san Antonio... ¿El joven se ha ofrecido a aceptarla?

—Bajo ciertas condiciones —respondió la señora Satterthwaite—. Va a venir a entrevistarse con ella.

El cura afirmó:

—El cielo sabe, señora Satterthwaite, que hay ocasiones en las que a este pobre sacerdote las reglas de la Iglesia respecto al matrimonio le parecen duras y amargas y casi llega a dudar de su inescrutable sabiduría. A usted no le importa. Pero a veces deseo que ese joven se aprovechara de la ventaja (¡no hay otra!) de ser protestante y se divorciara de Sylvia. Le aseguro que pueden verse muchas cosas amargas entre mi rebaño... —Hizo un vago gesto hacia el infinito—. Y que he visto muchas, pues el corazón del hombre es un lugar malvado, pero jamás una tan amarga como el destino de ese joven.

—Como usted dice —replicó la señora Satterthwaite—, mi marido era un buen hombre. Yo lo odiaba, pero eso era tanto culpa mía como suya. ¡Más! Y la única razón por la que no quiero que Christopher se divorcie de Sylvia es porque eso conllevaría la deshonra del nombre de mi marido. Y al mismo tiempo, padre...

El cura la interrumpió:

—Ya he oído suficiente.

—En defensa de Sylvia hay que decir —continuó la señora Satterthwaite— que, a veces, cuando una mujer odia a su marido tanto como Sylvia odia al suyo..., le diré que me he acercado por detrás a algunos hombres y he estado a punto de chillar debido a las ganas de clavarles las uñas en la yugular. Era como una fascinación. Y en el caso de Sylvia es aún peor. Es una antipatía natural.

—¡Mujer! —tronó el padre Consett—, ¡no abuse de mi paciencia! Si las mujeres, siguiendo los dictados de la Iglesia, tuvieran hijos con sus maridos y llevaran una vida decente, no abrigarían esos sentimientos. Sólo una vida y unas prácticas antinaturales causan esos complejos. No crea que porque sea sacerdote soy un ignorante.

—Pero Sylvia ha tenido un hijo.

El padre Consett se revolvió como alguien a quien acaban de pegarle un tiro.

—¿De quién? —preguntó y señaló con el dedo sucio a su interlocutora—. De ese canalla de Drake, ¿verdad? Hace mucho que lo sospechaba.

—Es probable que sea de Drake —afirmó la señora Satterthwaite.

—Entonces —respondió el cura—, en nombre de todos los pesares del más allá, ¿cómo pudo usted permitir que ese buen muchacho ante la evidencia de su pecado...?

—Cierto —replicó la señora Satterthwaite—, a veces me estremezco al pensarlo. No crea que yo tuve nada que ver. Pero no fui capaz de impedirlo. Sylvia es mi hija, y perro no come perro.

—Hay ocasiones en las que debería hacerlo —observó desdeñoso el padre Consett.

—¿No me estará diciendo en serio —preguntó la señora Satterthwaite— que yo, una madre, por muy indiferente que fuese, al ver a mi hija enredada, como dicen las camareras, con un hombre casado, tendría que haberme interpuesto e impedido una boda que fue un regalo caído del cielo?

—No mezcle el sagrado nombre del cielo —exclamó el cura— con un asunto de mujercuelas de Piccadilly... —Se interrumpió—. En el nombre del cielo —repitió—, no me pida que responda a la pregunta de qué tendría que haber hecho o no. Sabe muy bien que yo apreciaba a su marido como a un hermano y que las he querido a usted y a Sylvia desde que era pequeña. Y doy gracias a Dios de no ser su consejero espiritual, sino sólo su amigo en el Señor. Pues si tuviese que responder a esa pregunta, sólo podría darle una respuesta. —Se interrumpió para preguntarle—: ¿Dónde está esa mujer?

La señora Satterthwaite gritó:

—¡Sylvia! ¡Sylvia! ¡Ven aquí!

Se abrió una puerta en la oscuridad y la luz brilló desde otra habitación detrás de una figura alta que tenía apoyada una mano en el picaporte. Una voz muy profunda dijo:

—No comprendo, madre, por qué vives en unas habitaciones como la cantina de un cuartel. —Y Sylvia Tietjens hizo un gesto en dirección al dormitorio. Añadió—: Aunque, qué más da. Me aburro.

El padre Consett gimió:

—El cielo nos guarde, parece una imagen de Nuestra Señora pintada por fra Angelico.

Muy alta, esbelta y de movimientos lentos, Sylvia Tietjens llevaba el pelo rojizo y muy rubio peinado en grandes mechones que le cubrían las orejas. Su rostro muy ovalado y regular tenía una expresión de virginal falta de interés como la que afectaban diez años antes las cortesanas parisinas. Sylvia Tietjens consideraba que, puesto que podía ir a donde quisiera y tener a todos los hombres a sus pies, no tenía necesidad de cambiar de expresión o de infundirle esa animación característica de las bellezas más vulgares de principios del siglo XX. Se apartó despacio de la puerta y se sentó lánguidamente en el sofá que había junto a la pared.

—Vaya, padre, está usted ahí —exclamó—. No le pediré que me estreche la mano. Probablemente no lo haría.

—Cómo sacerdote que soy —respondió el padre Consett—, no podría negarme, pero prefiero no hacerlo.

—Éste —repitió Sylvia— parece un sitio aburrido.

—No dirás lo mismo mañana —replicó el cura—. Hay por aquí dos jóvenes... Y una especie de policía que puedes robarle a la doncella de tu madre.

—Eso —respondió Sylvia— lo dice con ánimo de ofender. Pero no me duele. No quiero saber nada de hombres —y añadió de pronto—: ¿Madre, nunca dijiste, cuando eras todavía joven, que no querías volver a saber nada de hombres? Quiero decir en serio.

La señora Satterthwaite respondió:

—Sí.

—¿Y lo cumpliste? —preguntó Sylvia.

La señora Satterthwaite dijo:

—Sí.

—¿Y crees que yo también lo haré?

La señora Satterthwaite replicó:

—Creo que sí.

Sylvia exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

El cura dijo:

—Me gustaría ver el telegrama de tu marido. Es muy distinto ver las palabras sobre el papel.

Sylvia se levantó sin esfuerzo.

—No veo por qué no —respondió ella—. No le resultará agradable. —Flotó hacia la puerta.

—Si lo fuese —afirmó el cura—, no me lo enseñarías.

—No —dijo ella.

Se detuvo lánguidamente en el umbral, convertida en una silueta, y miró por encima del hombro.

—Mi madre y usted —observó— están ahí sentados planeando cómo hacerle la vida soportable al Buey. Llamo a mi marido el Buey. Es repulsivo: como un animal hinchado. En fin..., no lo conseguirán. —El umbral iluminado se quedó vacío. El padre Consett suspiró.

—Le advertí que éste era un lugar malvado —dijo—. En lo profundo del bosque. En otro sitio no tendría esas ideas tan malvadas.

La señora Satterthwaite dijo:

—Preferiría que no dijera eso, padre. Sylvia tendría ideas malvadas en cualquier parte.

—A veces —afirmó el cura—, por la noche, me parece oír las garras de seres perversos que arañan las persianas. Éste fue el último lugar de Europa en ser cristianizado. Tal vez ni siquiera lo fuera y sigan aún por aquí.

La señora Satterthwaite replicó:

—Está muy bien hablar así a plena luz del día. Hace que el sitio parezca romántico. Pero debe ser cerca de la una de la madrugada. Y las cosas ya están bastante mal como están.

—Cierto —observó el padre Consett—. Es obra del diablo.

Sylvia volvió a entrar flotando en la habitación con un telegrama de varias páginas.

El padre Consett lo acercó a una de las velas para leerlo, pues era corto de vista.

—Todos los hombres son repulsivos —dijo Sylvia—; ¿no crees, madre?

La señora Satterthwaite respondió:

—No. Sólo una mujer despiadada diría algo así.

—La señora Vanderdecken —siguió Sylvia— asegura que todos los hombres son repulsivos y que las mujeres tenemos la repugnante obligación de vivir con ellos.

—¿Has estado viendo a esa horrible mujer? —preguntó la señora Satterthwaite—. Es una agente rusa. ¡O algo peor!

—Coincidió con nosotros en Gosingeux —respondió Sylvia—. Pero no hace falta que te quejes. No nos delatará. Es la discreción personificada.

—No es de eso de lo que me quejaba, si es que lo he hecho —replicó la señora Satterthwaite.

El cura exclamó desde detrás del telegrama:

—¡La señora Vanderdecken! ¡No lo quiera Dios!

El rostro de Sylvia, que seguía sentada en el sofá, expresó una diversión lánguida e incrédula.

—¿Qué sabe usted de ella? —le preguntó al padre.

—Sé lo mismo que tú —respondió—, y con eso me basta.

—El padre Consett —le dijo Sylvia a su madre— ha renovado su círculo social.

—Si uno no quiere oír hablar de la hez de la sociedad —replicó el padre Consett— no debe relacionarse con ciertas personas.

Sylvia se puso en pie y dijo:

—Modere su lengua al hablar de mis mejores amigos si quiere seguir sermoneándome. ¡De no ser por la señora Vanderdecken, no estaría aquí, de vuelta al redil!

El padre Consett exclamó:

—No digas eso, hija mía. Que el cielo me ayude, pero preferiría que te hubieses ido a vivir en pecado.

Sylvia volvió a sentarse y puso las manos lánguidamente sobre el regazo.

—Como usted quiera —dijo, y el padre volvió a la cuarta página del telegrama.

—¿Qué significa esto? —preguntó. Había vuelto a la primera página—. Esto de aquí: «Aceptar la reanudación del yugo» —leyó sin aliento.

—Sylvia —dijo la señora Satterthwaite—, enciende la lamparilla de alcohol para preparar un poco de té. Nos hará falta.

—Me has tomado por un chico de los recados —se quejó Sylvia mientras se levantaba—. ¿Por qué has enviado a dormir a la doncella? Es un modo que teníamos de referirnos a nuestra... unión —le explicó al padre.

—Entonces es que había la suficiente complicidad entre tú y él —observó— para recurrir a remoquetes como ése. Es lo que quería saber. Había entendido las palabras.

—Eran remoquetes, como usted los llama, más bien desagradables —replicó Sylvia—. Más parecían maldiciones que besos.

—Pues eso es que eras tú quien los utilizaba —objetó la señora Satterthwaite—. Christopher jamás te dijo nada desagradable.

Una expresión parecida a una sonrisa acudió al rostro de Sylvia cuando se volvió hacia el cura.

—Ésa es la tragedia de mi madre —afirmó—. Mi marido es uno de sus chicos favoritos. Lo adora. Y en cambio él no la soporta. —Desapareció tras la pared de la habitación de al lado y oyeron el tintinear de la vajilla del té mientras el padre volvía a leer junto a la vela. Su inmensa sombra empezaba en el centro y se extendía por el techo de madera de pino, hasta la pared y a través del suelo hasta unirse con sus pies y sus botas desgarradas.

—Mal asunto —murmuró. Siguió leyendo—: Blablablá... Peor de lo que me temía..., blablablá... «acceptar la reanudación del yugo bajo condiciones rígidas».

¿Qué es esto? «en esoecial», debe de ser una pe, «en especial respecto al niño reducir el personal situación absurda modificar el acuerdo en interés exclusivo del niño piso en lugar de casa vida social reducida al mínimo dispuesto a dejar la oficina e instalarme en Yorkshire aunque supongo que no querrás niño se queda con hermana Effie visitas de ambos ilimitadas telegrafía si estas condiciones te parecen provisionalmente aceptables en ese caso enviaré borrador general para que lo meditéis tu madre y tú saldré el martes llegaré a Lobscheid el jueves iré quince días a Wiesbaden asuntos discusión social el jueves limitado sólo coma insisto coma a discutir estos asuntos».

—Eso significa —aclaró la señora Satterthwaite— que no tiene intención de reprocharle nada. «Insisto» se refiere a la palabra «sólo»...

—¿Por qué cree... —preguntó el padre Consett— que se ha gastado una fortuna en este telegrama? ¿Acaso imaginaba que estaban tan preocupadas...? —Se interrumpió. Andando despacio, con los largos brazos extendidos para llevar la bandeja del té, sobre la cual su rostro maravillosamente conmovedor tenía una expresión absorta de un misterio indescriptible, Sylvia acababa de entrar por la puerta.

—¡Ay, hija mía! —exclamó el padre—, ni santa Marta ni María cuando tomó su difícil decisión parecían más virtuosas que tú. ¿Por qué no habrás nacido para ser la compañera de un buen hombre?

Se oyó un ligero tintineo en la bandeja del té y tres terrones de azúcar cayeron al suelo. La señora Tietjens silbó contrariada.

—Sabía que se caerían —dijo, y soltó la bandeja desde unos cinco centímetros del tapete que cubría la mesa—. Había hecho una apuesta conmigo misma. —Luego se volvió hacia el cura—: Le diré por qué envió el telegrama. Por esa aburrida actitud de caballero inglés que yo tanto detestaba. Se da tantos humos como el ministro de Exteriores, pero no es más que un segundón. Por eso le odio.

La señora Satterthwaite afirmó:

—Ésa no es la razón por la que envió el telegrama.

Su hija hizo un gesto de paciencia perezosa y aburrida.

—Por supuesto que no —respondió—. Lo envió por pura consideración, esa consideración señorial que me vuelve loca. Como él mismo diría, imaginó que yo preferiría contar con tiempo suficiente para reflexionar. Es como si se dirigiese a un monumento por medio de un heraldo según el protocolo. Y en parte porque es tan franco como una muñeca holandesa acartonada. No escribió una carta porque no podría hacerlo sin empezarla diciendo «Querida Sylvia» y sin terminarla «Sinceramente tuyo» o «afectuosamente». Así de imbécil y de preciso es. Ya le digo que es tan formal que no puede pasarse sin todas las convenciones existentes, y tan sincero que no puede emplear ni la mitad de ellas.

—Entonces —preguntó el padre Consett—, si lo conoces tan bien, ¿cómo es que no puedes llevarte mejor con él? Dicen que: *Tout savoir c'est tout pardonner*. [9]

—No —respondió Sylvia—. ¡Saberlo todo de alguien es aburrirse..., aburrirse..., aburrirse!

—¿Y cómo vas a contestar a su telegrama? —inquirió el padre—. ¿O es que ya le has contestado?

—Esperaré hasta el lunes por la noche para tenerlo tan preocupado como pueda y que no sepa si tiene que partir el martes. Organiza más lío que una gallina con el equipaje y la hora exacta de sus movimientos. El lunes le telegrafiaré: «Vale», y nada más.

—¿Y por qué —preguntó el padre— vas a telegrafiarle una palabra vulgar que nunca usas, si tu forma de hablar es lo único en ti que no es vulgar?

Sylvia respondió:

—¡Gracias! —Se acurrucó en el sofá y apoyó la cabeza contra la pared de modo que el arco gótico de su mentón apuntó al techo. Ella admiró su propio cuello, que era muy largo y blanco.

—¡Lo sé! —exclamó el padre Consett—. Eres una mujer hermosa. Algunos hombres dirían que quien viviera contigo sería un hombre afortunado. No olvido ese hecho en mi argumentación. Imaginarían que en las sombras de tu hermoso cabello se oculta todo género de delicias. Y se equivocarían.

Sylvia dejó de mirar al techo y fijó los ojos castaños en el cura con aire especulativo.

—Es una gran desventaja que tenemos —afirmó él.

—No sé por qué escogí esa palabra —respondió Sylvia—, es una palabra, así que sólo cuesta cincuenta pfennings. En realidad, no tengo muchas esperanzas de darle una sacudida a su pomposa autosuficiencia.

—Es una gran desventaja que tenemos los curas —repitió el cura—. Por muy mundano que sea un cura... y hay que serlo para combatir con el mundo...

La señora Satterthwaite dijo:

—Tómese una taza de té, padre, antes de que se enfríe. Creo que Sylvia es la única persona de Alemania que sabe cómo preparar el té.

—Siempre tendremos detrás el alzacuellos y la estola de seda, y no nos creeréis —prosiguió el padre Consett—, y, sin embargo, sabemos diez..., mil veces más sobre la naturaleza humana de lo que sabréis vosotros jamás.

—No veo —objetó apaciguadora Sylvia— cómo va a aprender usted algo en los suburbios sobre la naturaleza de Eunice Vanderdecken, o Elizabeth B., o Queenie James, o cualquier otra de las de mi clase. —Estaba de pie vertiendo un poco de leche en el té del padre—. Reconozco que por ahora no me está dando usted la murga.

—Me alegro —exclamó el cura— de que te acuerdes lo bastante de tus días de

colegiala para emplear ese término.

Sylvia volvió vacilante al sofá y se sentó de nuevo.

—¿Lo ve? —respondió ella—, no puede dejarse usted de sermones. Siempre piensa en mí como una chica joven y pura.

—No es cierto —dijo el padre—. No soy de los que piden la luna.

—¿No quiere que sea una joven pura? —preguntó Sylvia con perezosa incredulidad.

—¡No! —exclamó el padre—, pero me gustaría que, de vez en cuando, recordaras que una vez lo fuiste.

—No creo que lo fuese nunca —replicó Sylvia—, de haberlo sabido, las monjas me habrían expulsado del colegio.

—No —replicó el padre—. No fanfarronees tanto. Las monjas tenían demasiado sentido común... En cualquier caso, no quiero que seas una joven pura, ni que te comportes como una diaconisa protestante por un cobarde temor al infierno. Lo que quiero es que seas una esposa puñetera, saludable y sincera consigo misma. Ellas son la plaga y la salvación de este mundo.

—¿Admira usted a mi madre? —preguntó de pronto la señora Tietjens. Y añadió como en un paréntesis—: Ya ve usted que no puede librarse de la salvación.

—Trato de salvaguardar el sustento de sus maridos —afirmó el cura—. Por supuesto que admiro a tu madre.

La señora Satterthwaite hizo un leve gesto con la mano.

—En cualquier caso conspira usted con ella contra mí —observó Sylvia. Luego preguntó algo más interesada—: Entonces, ¿querría usted que la tomase como modelo y me dedicase a las buenas obras para escapar del fuego del infierno? Ella lleva un cilicio en Cuaresma.

La señora Satterthwaite despertó con un respingo de su sopor en el borde de la silla. Había confiado en el ingenio del cura para darle un buen escarmiento a su hija e imaginaba que si el cura ponía el dedo en la llaga al menos haría recapacitar a Sylvia sobre su forma de actuar.

—Qué demonios, Sylvia —exclamó de pronto—. Puede que yo no valga mucho, pero respeto las reglas del juego. Admito que tengo un miedo horrible al fuego del infierno. Pero no regateo con el Todopoderoso. Tengo la esperanza de que me deje pasar, pero seguiría tratando de sacar a esos hombres del arroyo (imagino que a eso es a lo que os referís tú y el padre Consett) si estuviera tan segura de que iba a ir al infierno como de que voy a irme a la cama esta noche. ¡Así que no hay más que hablar!

—¡Y ved, el nombre de Ben Adhem encabezaba la lista! ^[10] —se mofó en voz baja Sylvia—. En cualquier caso, apuesto a que no te molestarías en redimir a ningún hombre si no pudieras encontrarlos jóvenes, apuestos, viciosos e interesantes.

—No lo haría —replicó la señora Satterthwaite—. Si no me interesasen, ¿por qué iba a hacerlo?

Sylvia miró al padre Consett.

—Si piensa usted seguir reprendiéndome —dijo—, continúe. Es tarde. Llevo viajando treinta y seis horas.

—Lo haré —respondió el padre Consett—. Hay una máxima muy acertada que dice que, si uno las espanta lo suficiente, las moscas se quedan en la pared. Sólo intento que tengas un poco de sentido común. ¿Es que no ves adónde vas?

—¿Adónde? —preguntó Sylvia con indiferencia—. ¿Al infierno?

—No —replicó el padre—. Yo te hablo de esta vida. Es tu confesor quien debe hablarte de la venidera. Pero he cambiado de opinión, no te diré adónde vas. Se lo diré a tu madre cuando te hayas ido.

—Dígamelo —le pidió Sylvia.

—No —respondió el padre Consett—. Ve a ver a esas pitonisas de la feria de Earl's Court; ellas te lo dirán todo de esa mujer rubia de la que debes cuidarte.

—Dicen que algunas son muy buenas —observó Sylvia—. «Di» Wilson me ha hablado de una. Le vaticinó que iba a tener un hijo. ¿No se referirá a eso, padre? Porque le juro que nunca...

—Supongo que no —replicó el cura—. Pero hablemos de hombres.

—No puede decirme nada que no sepa —afirmó Sylvia.

—Supongo que no —respondió el cura—, pero veamos qué es lo que sabes. Imaginemos que pudieras fugarte con un hombre distinto cada semana sin que nadie pusiera objeciones. ¿O con qué frecuencia te gustaría hacerlo?

Sylvia dijo:

—Espere un momento, padre. —Y se dirigió a la señora Satterthwaite—: Imagino que tendré que irme por mi cuenta a la cama.

—Sí —respondió la señora Satterthwaite—. No me gusta tener levantada a ninguna doncella después de las diez en un balneario. ¿Qué va a hacer en un sitio así, salvo prestar oídos a los malos espíritus que pululan por aquí?

—¡Tú siempre tan considerada! —se burló la señora Tietjens—. Aunque tal vez sea lo mejor. Lo más probable es que hiciese trizas a esa tal Marie con un cepillo para el pelo si se me acercase —y añadió—: Estaba usted hablando de hombres, padre... —Y luego se puso a charlar muy animada con su madre—: He cambiado de opinión sobre lo del telegrama. Mañana a primera hora le telegrafiaré: «Estoy de acuerdo en todo pero arréglatelas para traer a Centralita contigo».

Volvió a dirigirse al cura:

—Llamo a mi doncella «Centralita» porque tiene una voz tan metálica como un teléfono. Si digo: «Centralita», cuando ella contesta: «Sí, señora», cualquiera diría que se trata de una telefonista... pero me estaba usted hablando de hombres.

—¡Estaba recordándotelo! —exclamó el padre—. Pero no hace falta que siga. Ya has comprendido a lo que me refería. Por eso finges no escucharme.

—Le aseguro que no —replicó la señora Tietjens—. Es sólo que cuando se me pasa algo por la cabeza tengo que decirlo. Me explicaba usted que si una se escapase con un hombre distinto cada fin semana...

—Veo que ya has acertado el período de tiempo —observó el cura—. Yo le había concedido una semana a cada hombre.

—Pero, claro, también tendría que tener una casa —respondió Sylvia—, una dirección. Tendría que cumplir con sus compromisos sociales durante la semana. Al final, resulta que una tiene que tener un marido y un lugar donde alojar a su doncella. Centralita ha cobrado siempre manutención y alojamiento. Pero no creo que le guste... Admitamos que si me fuese con un hombre distinto cada semana acabaría por cansarme. Es eso lo que quiere decir, ¿no?

—Descubrirías —afirmó el cura— que todo iría empeorando hasta que el único momento fetén sería cuando estuvieses esperando junto a la taquilla a que el joven en cuestión recogiese los billetes. Y luego, poco a poco, dejaría de serlo... Y bostezarías y desearías volver con tu marido.

—Oiga —objetó la señora Tietjens—, está usted traicionando un secreto de confesión. Eso es, al pie de la letra, lo que me contó Tottie Charles. Lo probó tres meses mientras Freddie Charles estaba en Madeira. Me lo contó exactamente igual, incluido lo del bostezo y lo de la taquilla. Y lo de «fetén». Tottie Charles es la única que dice eso cada dos palabras. ¡La mayoría de nosotras preferimos usar «fabuloso»! Es mucho más sensato.

—Por supuesto que no he traicionado ningún secreto de confesión —susurró el padre Consett en voz baja.

—Claro que no —respondió Sylvia con cariño—. Es usted aburrido, pero buena persona y un gran imitador, y sabe lo que hay en el fondo de nuestros corazones.

—No es para tanto —replicó el cura—, es probable que haya mucha bondad en el fondo de vuestros corazones.

Sylvia dijo:

—Gracias. —Y preguntó de pronto—: Escuche. ¿Fue lo que vio en nosotras..., ya sabe, las futuras madres de Inglaterra y todo eso..., en el colegio de la señorita Lampeter..., lo que le impulsó a trasladarse a los suburbios? ¿La repugnancia y la desesperación?

—¡Oh!, no nos pongamos melodramáticos —respondió el cura—. Digamos que me hacía falta un cambio. No tenía la impresión de estar haciendo ningún bien.

—Nos hizo usted todo el bien posible —dijo Sylvia—. Comparado con la señorita Lampeter siempre drogada hasta las cejas, y esas profesoras francesas tan malvadas como demonios.

—Ya te he oído contar eso antes —replicó la señora Satterthwaite—. Pero se suponía que era la mejor escuela femenina de Inglaterra. ¡Ya podía serlo con lo que costaba!

—Bueno, siempre puedes pensar que las malas éramos nosotras —concluyó Sylvia, y luego volvió a dirigirse al padre—: Éramos muy malas, ¿verdad?

El cura respondió:

—No lo sé. No creo que fueseis, o seáis, peores que vuestras madres o abuelas, o que las patricias romanas o las adoradoras de Astaroth. Por lo visto, hemos de tener una clase gobernante, y las clases gobernantes están sometidas a tentaciones particulares.

—¿Quién es Astaroth? —preguntó Sylvia—. ¿Astarté? —Y luego añadió—: En fin, padre, a partir de sus vivencias, ¿diría usted que las obreras de Liverpool, o de cualquier otro suburbio, son mejores que nosotras, las mujeres de las que cuidaba usted antes?

—Astarté Siríaca —continuó el padre— era un demonio muy poderoso. Hay quien sostiene que todavía no ha muerto. Y yo mismo no estoy seguro.

—Bueno, yo he renunciado a ella —dijo Sylvia.

El padre asintió con la cabeza:

—¿Has tenido tratos con la señora Profumo? —preguntó—. Y con ese tipo repulsivo... ¿Cómo se llama?

—¿Le sorprende? —preguntó Sylvia—. Reconozco que era un poco excesivo..., pero he acabado con eso. Prefiero depositar mi fe en la señora Vanderdecken. Y, por supuesto, en Freud.

El padre volvió a asentir y dijo:

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto...!

Pero la señora Satterthwaite exclamó con súbita energía:

—Escucha, Sylvia, no me importa lo que hagas o leas, pero, si vuelves a hablar con esa mujer, ¡no vuelvas a dirigirme la palabra!

Sylvia se despezó en el sofá. Abrió mucho sus ojos castaños y volvió a cerrar despacio los párpados.

—Ya he dicho una vez —dijo— que no me gusta oír cómo insultan a mis amigos. Eunice Vanderdecken es una mujer a la que se juzga muy mal. Es una gran amiga.

—Es una espía rusa —afirmó la señora Satterthwaite.

—Tiene una abuela rusa —respondió Sylvia—. Y ¿a quién le importa si lo es? A mí me da igual... Escúchame bien. Al venir me dije: «Les he hecho pasar un mal trago». Sé que ambos me tenéis más aprecio del que merezco. Y ya he dicho que estoy dispuesta a sentarme y escuchar todas las reprimendas que haga falta hasta el amanecer. Y lo haré. Como compensación. Pero preferiría que dejarais en paz a mis amigos.

Las dos personas de más edad guardaron silencio. Se oyó el rumor de algo que arañaba las persianas cerradas de la habitación oscura.

—¿Lo oye? —le preguntó el cura a la señora Satterthwaite.

—Son las ramas —respondió la señora Satterthwaite.

El padre replicó:

—¡No hay un solo árbol a menos de diez metros! Mejor recurra a los murciélagos como explicación.

—Ya le he dicho que prefiero que no hable de eso. —La señora Satterthwaite se estremeció. Silvia dijo:

—No sé de lo que están hablando. Me suena a superstición. Mi madre está corrompida por ella.

—No digo que sean los demonios tratando de entrar —observó el padre—. Pero conviene recordar que los demonios siempre están tratando de entrar. Y tienen sus lugares predilectos. Entre ellos, estos bosques tan espesos. —Se dio la vuelta de pronto y señaló hacia la pared en penumbra—. ¿Quién —preguntó— salvo un salvaje poseído por un demonio podría haber concebido una decoración como ésta? —Estaba señalando la imagen, tamaño natural y toscamente pintarrajeada, de un jabalí agonizante, con la garganta cortada y varias gotas de sangre escarlata. La agonía de otros animales se perdía entre las sombras—. ¡Y que a esto lo llamen deporte! —siseó—. ¡Es diabólico!

—Tal vez tenga usted razón —asintió Sylvia.

La señora Satterthwaite se estaba persignando a toda prisa. El silencio continuó.

Sylvia dijo:

—En fin, si ya se han acabado las reprimendas, diré lo que tengo que decir. Para empezar... —Se interrumpió y se sentó muy erguida, escuchando los arañazos en las persianas—. Para empezar —recomenzó con nuevo ímpetu—, no ha aludido al catálogo de estragos que produce el paso del tiempo; lo conozco. Una se vuelve flaca, al menos las que son como yo, el cutis se marchita, los dientes asoman. Y luego está el aburrimiento. Lo sé; una se aburre..., se aburre..., se aburre. No puede contarme nada sobre eso que yo no sepa. Tengo treinta años. Sé lo que puedo esperar. A usted, padre, de no haber temido apartarse de su famoso efecto del hombre de mundo, le habría gustado decirme que uno puede protegerse del aburrimiento y de los dientes afilados con el amor de un marido y un hijo. ¡El viejo truco del hogar! ¡Y lo creo! Lo creo. Lo único que ocurre es que odio a mi marido..., y odio..., a mi hijo. —Se interrumpió, esperando oír las exclamaciones de consternación o desaprobación del sacerdote. Pero no se oyó ninguna—. Piense en el daño que me ha hecho ese niño, en el dolor de traerlo al mundo y en el miedo a la muerte.

—Por supuesto —respondió el cura—, dar a luz es terrible para las mujeres.

—No creo —siguió la señora Tietjens— que ésta haya sido una conversación

muy decente. Coge usted a una chica..., libre de pecado, y le hace hablar de ello. Por supuesto, es usted un sacerdote y mi madre es mi madre; estamos *en famille*. Pero la hermana María de la Cruz en el convento tenía una máxima: «Ve con guante de seda en la vida familiar». Da la impresión de que no estuviéramos utilizando guantes.

El padre Consett siguió sin decir nada.

—Por supuesto, está usted tratando de sonsacarme —dijo Sylvia—. Lo veo con los ojos cerrados... Muy bien, lo conseguiré.

Tomó aliento.

—Quiere usted saber por qué odio a mi marido. Se lo diré; es debido a su pura y simple inmoralidad. ¡Y no me refiero a sus actos, sino a sus opiniones! Cada vez que habla de cualquier cosa me entran ganas, y le juro que muy a mi pesar, de clavarle un cuchillo, y ni una sola vez he podido demostrar que se equivoca lo más mínimo. Pero puedo hacerle daño. Y lo haré... Se sienta tan torpe como una roca en un sillón que se ajusta a su espalda y no se mueve durante horas... Y yo puedo hacerle torcer el gesto. ¡Oh!, sin esfuerzo... Es eso que usted llamaría..., ¡oh!, leal. Está ese tipejo absurdo..., ¡oh!, Macmaster..., y su madre, a quien él insiste en llamar santa de un modo estúpido y místico..., ¡una santa protestante! Y su vieja niñera, que cuida del niño..., y el niño..., le aseguro que me basta con levantar una ceja..., sí, con levantar un poco la ceja cada vez que nombra a uno de ellos, para infligirle un daño terrible. Sus ojos giran presa de una especie de angustia muda... Por supuesto no dice nada. Es un caballero rural inglés.

El padre Consett observó:

—Nunca he reparado en esa inmoralidad de la que hablas en tu marido. Lo vi a menudo cuando me alojé con vosotros la semana antes de que naciera el niño. Hablé mucho con él. Salvo en lo que atañe a las dos confesiones..., e incluso en eso no me pareció que difiriésemos mucho..., me pareció muy sensato.

—¡Sensato! —exclamó la señora Satterthwaite con repentina insistencia—, pues claro que es sensato. Ni siquiera basta con esa palabra. Es el mejor de los hombres. Las dos mejores personas que he conocido han sido tu padre..., y él. Y no hay más que decir.

—¡Ah! —replicó Sylvia—, qué sabrás tú. Escucha. Y trata de ser justa. Imagina que estuviese hojeando el *Times* en el desayuno y, digamos que no hubiese hablado con él en una semana: «Es maravilloso lo que hacen ahora los médicos. ¿Te has enterado de los últimos avances?». Enseguida empezaría con su complejo de superioridad, ¡lo sabe todo!, y demostraría que habría que gasear a todos los niños enfermizos si no queremos que el mundo acabe hecho pedazos. Y es como si te hipnotizara; no se te ocurre qué contestarle. O bien te produce una rabia muda al demostrar que no habría que ejecutar a los asesinos. Entonces yo le preguntaría, como por casualidad, si habría que gasear a los niños por tener estreñimiento. Porque

Marchant (la niñera) siempre se está quejando de que los intestinos del niño no son regulares y de todas las terribles enfermedades que puede padecer a causa de eso. Por supuesto, le haría daño, pues se le cae la baba con ese niño, y eso que sospecha que no es suyo... Es a lo que me refiero con lo de la inmoralidad. Es capaz de defender que habría que conservar con vida a los asesinos y dedicarlos a la reproducción porque son tipos decididos, y ejecutar a niñitos inocentes sólo porque están enfermos. Y casi te convencerá, aunque la idea te dé arcadas.

—¿No querías considerar la posibilidad —empezó el padre Consett en tono persuasivo— de ir a un retiro uno o dos meses?

—No —dijo Sylvia—. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Hay un convento de madres premonstratenses cerca de Birkenhead al que van muchas señoras —continuó el padre—. Cocinan muy bien y puedes llevarte tus muebles y a tu doncella, si no quieres que te atiendan las monjas.

—Es imposible —respondió Sylvia—, usted mismo se dará cuenta. La gente enseguida se olería algo extraño. Christopher no querría ni oír hablar del asunto...

—No, me temo que es imposible, padre —intervino por fin la señora Satterthwaite—, me he pasado cuatro meses en este agujero para cubrirle las espaldas a Sylvia. Tengo que cuidar de Wateman. Mi nuevo administrador llega la semana que viene.

—Aun así —insistió el padre con una especie de trémula impaciencia—, aunque sólo fuera por un mes... Aunque fuesen sólo quince días... Muchas señoras católicas lo hacen... Podrías pensarlo.

—Ya sé dónde quiere ir a parar —dijo Sylvia con enfado—, le repugna la idea de que vaya directa de los brazos de un hombre a los de otro.

—Preferiría que hubiese un intervalo —replicó el padre—. Ésas no son maneras. Sylvia se puso rígida en el sofá, como si estuviera electrizada.

—¡Que no son maneras! —exclamó—. Dice usted que no son maneras.

El padre inclinó ligeramente la cabeza como para protegerse del viento.

—Sí —dijo—. Es una vergüenza. No es natural. Yo al menos viajaría un poco.

Ella se puso la mano en el largo cuello.

—Sé lo que quiere decir —afirmó—, pretende ahorrarle a Christopher... la humillación. La... náusea. No hay duda de que se sentirá asqueado. Cuento con ello. Eso me devolverá algo que me pertenece.

El padre exclamó:

—Basta, mujer. No pienso seguir escuchándote.

Sylvia replicó:

—Pues va a tener que hacerlo. Escúcheme bien... Siempre puedo contar con esto: viviré junto a ese hombre. Seré tan virtuosa como cualquier mujer. Así lo he decidido y así será. Y me aburriré mortalmente durante el resto de mi vida. Salvo por una cosa.

Puedo atormentarle. Y lo haré. ¿Comprende cómo? Hay muchas maneras. Pero si las cosas se ponen mal, siempre podré volverle loco... ¡corrompiendo al niño! —Jadeaba un poco y se le veía el blanco de los ojos—. Le ajustaré las cuentas. Sé cómo hacerlo. Y a usted también, a través de él, por atormentarme. He venido directa de Bretaña sin descansar. No he dormido... Pero puedo...

El padre Consett se metió la mano en la chaqueta.

—Sylvia Tietjens —la conminó—, llevo una botellita de agua bendita en el bolsillo de mi chaqueta para estas ocasiones. ¿Qué te parecería si te rociara con ella y gritase: *Exorciso te Astaroth in nomine...*?

Ella irguió su cuerpo sobre el sofá, y se puso rígida como una serpiente sobre sus anillos. Su semblante estaba muy pálido y los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Usted... no osará —dijo—. A mí..., ¡es un ultraje! —Sus pies se deslizaron lentamente hasta el suelo y midió la distancia hasta la puerta con la mirada—. No osará hacerlo —repitió—, le denunciaré al obispo...

—Poco podría hacer el obispo para evitar que te quemase la piel —observó el cura—. Vete de aquí, te lo ordeno, y reza un par de avemarías. Lo necesitas. No vuelvas a hablar de corromper a un niño pequeño delante de mí.

—No lo haré —dijo Sylvia—. No debería...

Su negra figura volvió a aparecer recortada contra el umbral de la puerta.

Cuando la puerta se cerró, la señora Satterthwaite dijo:

—¿Era necesario amenazarla con eso? Usted sabrá lo que hace, desde luego. Pero me ha parecido un tanto excesivo.

—Le he dado un poco de su propia medicina —afirmó el cura—. Es una niña tonta. Ha estado celebrando misas negras con la señora Profumo y ese tipo cuyo nombre no consigo recordar. Puede estar segura. Le cortan el cuello a un corderito blanco y asperjan su sangre. Eso es en lo que estaba pensando... Nada serio. No son más que un puñado de niñas aburridas y tontas. Si uno lo compara, no es peor que leer la palma de la mano o echar la fortuna, por muy feo que sea su pecado, en lo que se refiere a su voluntad, y la voluntad es la esencia de la oración, blanca o negra... Pero en eso es en lo que estaba pensando y nunca olvidará esta noche.

—Por supuesto, es asunto suyo, padre —replicó perezosamente la señora Satterthwaite—. Le ha golpeado usted muy fuerte. No creo que le hayan golpeado tan fuerte jamás. ¿Qué era eso que no quiso decirle?

—No se lo dije —respondió el cura— sólo porque es mejor no meterle la idea en la cabeza... Pero su infierno en la tierra particular llegará cuando vea a su marido volverse loco y ciego por otra mujer.

La señora Satterthwaite se quedó mirando al vacío; luego asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, no se me había ocurrido... Pero ¿ocurrirá? Es un tipo muy formal,

¿no?

—¿Qué puede impedirlo? —preguntó el cura—. ¿Qué, salvo la gracia de nuestro bendito Señor, que él no tiene ni quiere? Además..., es un hombre joven, con sangre en las venas, y, o poco lo conozco, o no vivirán... *maritalement*. Y entonces... ella se dará de cabezazos contra las paredes. Sus injusticias resonarán en el mundo entero.

—¿Quiere usted decir que Sylvia haría algo vulgar?

—¿No lo haría cualquier mujer que se ha pasado años torturando a un hombre al ver que iba a perderlo? —preguntó el sacerdote—. Cuanto más se haya dedicado a torturarlo menos derecho pensará que tiene a perderlo.

La señora Satterthwaite miró lúgubrementemente hacia la penumbra.

—Ese pobre hombre... —preguntó ella—, ¿conseguirá alguna vez un poco de paz? ¿Qué le ocurre, padre?

El padre observó:

—Acabo de recordar que me dio un té con leche y yo me lo tomé. Ahora no puedo celebrar misa en lugar del padre Reinhardt. Tendré que ir a avisar a su coadjutor, que vive en el bosque.

En la puerta, con una vela en la mano, dijo:

—Preferiría que no se levantara usted ni hoy ni mañana de la cama, si es que puede soportarlo. Finja tener una jaqueca y deje que la atienda Sylvia... Cuando vuelva usted a Londres tendrá que contar cómo la cuidaba. Y preferiría que no tuviese que mentir más de lo necesario, aunque sólo sea para contentarme... Además, si observa usted a Sylvia mientras le atiende podrá fijarse en algún toque característico para hacer que parezca más veraz... Cómo rozaba las medicinas con las mangas y eso la sacaba de quicio, tal vez..., o..., ¡ya se le ocurrirá a usted algo! Si podemos evitarle un escándalo a la congregación, tanto mejor.

Salió corriendo escaleras abajo.

III

Al oír el leve crujido que hizo Macmaster al abrir la puerta, Tietjens dio un brusco respingo. Llevaba puesto un batín y estaba jugando al solitario muy concentrado en una especie de dormitorio-buhardilla. El tejado inclinado lo perfilaban varias vigas oscuras de roble, que dividían en cuadrados la pintura al temple color crema de las paredes. La habitación contenía también una cama con dosel, una rinconera de roble, y varias esterillas de juncos sobre los irregulares tablones de roble pulido del suelo. Tietjens, que odiaba aquellas reliquias del pasado desenterradas y enceradas, estaba sentado en el centro de la habitación junto a una endeble mesa de juego debajo de una luz eléctrica con una pantalla blanca cuya luminosidad parecía excesiva en aquel ambiente. Era una de esas casas de campo restauradas que se había puesto de moda convertir en hosterías. Macmaster, que iba en busca de la inspiración del pasado, había preferido alojarse allí. Tietjens, que no había querido interferir en las inquietudes culturales de su amigo, había aceptado, aunque habría preferido ir a un hotel moderno y confortable, más barato y menos pretencioso. Acostumbrado a lo que él llamaba la antigüedad consumada de una huraña y laberíntica casa de campo en Yorkshire, le disgustaba estar entre fragmentos reunidos más bien patéticos que, según decía, le hacían sentirse ridículo, como si estuviese tratando de comportarse con seriedad en un baile de disfraces. Macmaster, por su parte, pasaba muy serio y satisfecho la yema de los dedos a lo largo de los cantos de un mueble y declaraba que era auténtico «Chippendale» o «roble jacobita», según el caso. Y parecía volverse más serio y ceremonioso con cada mueble antiguo que había acariciado de ese modo a lo largo de los años. En cambio Tietjens aseguraba que se notaba que aquella cosa tan horrible era falsa al primer vistazo, y cuando recurrían al juicio profesional de un anticuario, Tietjens casi siempre estaba en lo cierto, y Macmaster, suspirando levemente, se preparaba para avanzar un poco más por el difícil camino hacia la sabiduría. Con el tiempo, tras concienzudos estudios, llegaron a llamarlo en varias ocasiones de Somerset House ^[11] para valorar grandes propiedades de testamentos legalizados, una ocupación a la vez distinguida y muy bien remunerada.

Tietjens soltó un juramento con la vehemencia de un hombre a quien han sobresaltado pero a quien le disgusta demostrarlo.

Macmaster, que vestido de etiqueta parecía minúsculo, dijo:

—Lo siento, muchacho, sé lo mucho que te molesta que te interrumpan. Pero el general está de muy mal humor.

Tietjens se puso en pie muy envarado, se inclinó hacia un lavabo plegable de palo rosa del siglo XVIII, cogió un vaso de whisky con soda que había encima y bebió un buen trago. Miró indeciso a su alrededor, reparó en un cuaderno de notas que había sobre un escritorio «Chippendale», hizo un breve cálculo a lápiz y miró un momento

a su amigo.

Macmaster insistió:

—Lo siento, muchacho. Debo de haberte interrumpido uno de tus complicados cálculos.

Tietjens respondió:

—No lo has hecho. Sólo estaba pensando. Me alegro de que hayas venido. ¿Qué es lo que decías?

Macmaster repitió:

—Digo que el general está de muy mal humor. Menos mal que no has venido a cenar.

Tietjens replicó:

—No lo está... No está de mal humor. Está encantado de no tener a esas mujeres delante.

Macmaster dijo:

—Asegura que ha hecho que la policía rastree toda la comarca en su busca, y que lo mejor es que te vayas mañana en el primer tren.

Tietjens respondió:

—No lo haré. Es imposible. Tengo que esperar aquí el telegrama de Sylvia.

Macmaster se quejó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —Luego añadió esperanzado—: Podemos hacer que nos lo envíen a Hythe.

Tietjens repitió con cierta vehemencia:

—Te digo que no me iré de aquí. Lo he arreglado con la policía y con ese gusano del ministro. Le he curado la pata al canario de la mujer del comisario de policía. Siéntate y sé razonable. La policía no se meterá con gente como nosotros.

Macmaster observó:

—Creo que no te das cuenta del estado de opinión que se ha creado...

—Pues claro que sí, entre gente como Sandbach —dijo Tietjens—. Siéntate... Bebe un poco de whisky... —Se sirvió otro vaso y, sosteniéndolo en la mano, se sentó en un sillón rojizo de mimbre, de asiento demasiado bajo con adornos de cretona. El sillón se combó bajo su peso y la pechera de la camisa se hinchó debajo de su barbilla.

Macmaster preguntó:

—¿Qué te pasa? —Tietjens tenía los ojos enrojecidos.

—Ya te lo he dicho —dijo Tietjens—, estoy esperando un telegrama de Sylvia.

Macmaster dijo:

—¡Ah! —Y luego añadió—: Es imposible que llegue esta noche, ya es casi la una.

—No —respondió Tietjens—, he hablado con el cartero... ¡lo traerá desde el

pueblo! Es probable que no llegue, porque Sylvia no lo enviará hasta el último momento, para fastidiarme. Pero, en cualquier caso, estoy esperando un telegrama de Sylvia, y eso es lo que me pasa.

Macmaster exclamó:

—Esa mujer es la arpía más cruel que...

—Deberías recordar —le interrumpió Tietjens—, que estás hablando de mi mujer.

—No veo —objetó Macmaster— cómo nadie va a hablar de Sylvia sin...

—La línea es muy fácil de trazar —replicó Tietjens—. Puedes relatar lo que ha hecho una dama si lo sabes y te lo preguntan. Pero no debes hacer comentarios. En este caso, ni siquiera sabes lo que ha hecho la dama, así que es mejor que contengas la lengua. —Se sentó mirando fijamente hacia delante.

Macmaster suspiró desde lo más profundo de su pecho. Se preguntó qué efecto producirían en su amigo unas horas más de espera, si dieciséis horas habían hecho eso.

Tietjens afirmó:

—Podré hablar de Sylvia después de otros dos whiskies. Solucionemos antes nuestras otras preocupaciones... La chica rubia se llama Wannop: Valentine Wannop.

—Así se llama también el profesor —dijo Macmaster.

—Es la hija del difunto profesor Wannop —dijo Tietjens—. Y también la hija de la novelista.

Macmaster soltó:

—Pero...

—Tras la muerte del profesor, trabajó un año como sirvienta doméstica —continuó Tietjens—. Ahora es la criada de su madre, la novelista, en una casa humilde. Comprendo que ambas vivencias la hayan empujado a desear un destino mejor para las de su sexo.

Macmaster volvió a soltar un «Pero...».

—Obtuve esa información del policía mientras le entablillaba la pata al canario de su mujer.

Macmaster exclamó:

—¿Del policía al que golpeaste? —Sus ojos expresaban una sorpresa inconcebible. Añadió—: ¡Así que conocía a la señorita..., eh..., Wannop!

—Nadie esperaría demasiada inteligencia en un policía de Sussex —respondió Tietjens—. Pero es un error. El agente Finn es lo bastante despierto para reconocer a la joven que desde hace varios años organiza el té anual de las mujeres e hijos de la policía. Asegura que la señorita Wannop ostenta el récord de los cien metros lisos, los doscientos metros lisos, el salto de altura y de longitud y el levantamiento de peso en East Sussex. Eso explica que saltara la acequia con tanta elegancia... No sabes lo mucho que se alegró el buen hombre cuando le dije que dejase en paz a la chica.

Afirmó que no habría tenido arrestos para detener a la señorita Wannop. La otra mujer, la que chillaba tanto, es una desconocida, probablemente londinense.

Macmaster preguntó:

—¿Le dijiste al policía...?

—Le di —explicó Tietjens— recuerdos de parte del muy honorable Stephen Fenick Waterhouse, y le dije que le quedaría muy agradecido si el agente le entregara al inspector un informe favorable sobre el asunto de esas dos damas. También le di un billete nuevecito de cinco libras, de parte del ministro, y un par de libras y el dinero para comprarse unos pantalones nuevos de mi parte. Así que es el agente de policía más feliz de todo Sussex. Es un tipo muy simpático; me enseñó a distinguir el rastro de una nutria macho del de una hembra encinta..., pero no creo que eso te interese.

Volvió a empezar:

—No pongas esa cara de bobo. Ya te dije que había cenado con ese gusano... No, no debería llamarle gusano después de comerme su comida. Además, es un tipo muy amable...

—No me contaste que habías cenado con el señor Waterhouse —replicó Macmaster—. Espero que recordaras que, en su calidad de, entre otras cosas, presidente de la Comisión de Deuda Pública, tiene un poder omnímodo sobre el departamento y sobre todos nosotros.

—¡No pensarás —respondió Tietjens— que eres el único que cena con los grandes de la tierra! Quería hablar con ese tipo... sobre las cifras que sus empleados me obligaron a falsear. Quería darle mi opinión al respecto.

—¡No te atreverías! —exclamó Macmaster con expresión de pánico—. Además, no te obligaron a falsear los cálculos. Sólo te pidieron que los reelaboraras basándote en unas cifras determinadas.

—En cualquier caso —continuó Tietjens— le hice saber mi opinión. Le dije que, a tres peniques, llevaría al país, y desde luego a sí mismo como político, a la ruina más absoluta.

Macmaster soltó un profundo: «¡Dios mío!» y luego dijo:

—Pero ¿es que no vas a recordar nunca que eres un funcionario del gobierno? Podría...

—El señor Waterhouse —prosiguió Tietjens— me preguntó si aceptaría que me trasladaran al departamento de su secretario. Y cuando le dije: «¡Váyase al diablo!», estuvo dos horas paseando conmigo por la calle y discutiendo... Estaba calculando la probabilidad basándome en cuatro peniques y medio cuando me interrumpiste. Le he prometido que le daría el resultado antes de que se vaya el lunes a la una y media.

Macmaster dijo:

—No habrás..., aunque, por Dios, que eres el único hombre de Inglaterra capaz de hacerlo.

—Eso es lo que dijo el señor Waterhouse —comentó Tietjens—. Aseguró que el viejo Ingleby se lo había dicho.

—¡Espero —suspiró Macmaster— que le contestaras con educación!

—Le dije —respondió Tietjens— que había una docena de hombres que sabrían hacerlo tan bien como yo, y mencioné tu nombre en particular.

—Pero yo no sabría... —replicó Macmaster—. Por supuesto, podría convertir una tasa de tres peniques en una de cuatro y medio. Pero se trata de variaciones estadísticas, son infinitas. Yo no podría hacerlo.

Tietjens observó con displicencia:

—No quiero que mi nombre se mezcle con un asunto tan incalificable. Cuando le entregue los papeles el lunes, le diré que tú hiciste la mayor parte del trabajo.

Macmaster gimió otra vez.

Ese desasosiego no era mero altruismo. Inmensamente ambicioso comparado con su brillante amigo, la ambición de Macmaster era un ingrediente más de su apasionado deseo de seguridad. En Cambridge, se había contentado con ocupar un lugar discreto y respetable en la lista de estudiantes de matemáticas. Sabía que así estaría a salvo, y todavía le producía más satisfacción pensar que eso le garantizaba no ser brillante en el futuro. Pero cuando, dos años más tarde, Tietjens fue sólo el segundo de su promoción, decepcionó amarga y ruidosamente a Macmaster. Él sabía muy bien que Tietjens no se había esforzado, y que había diez probabilidades contra una de que no se hubiera esforzado a propósito. De hecho, para Tietjens no habría supuesto ningún esfuerzo.

Y, en efecto, Tietjens replicó a las numerosas críticas de Macmaster, diciéndole que no podía imaginar pasarse el resto de su vida con una horrible placa de «Primero de su Promoción» colgada alrededor del cuello.

En cambio Macmaster había decidido muy pronto que para él la vida sería más segura si pudiera pasar sin ser exactamente el centro de atención, pero de modo que lo considerasen una autoridad, entre un cuerpo de hombres muy bien etiquetados. Lo que él quería era recorrer Pall Mall del brazo, precisamente, de un «Primero de su Promoción» con mayúsculas; regresar del brazo del presidente de la Cámara de los Lores más joven que Inglaterra hubiese conocido jamás; pasear por Whitehall en íntima conversación con un novelista famoso en todo el mundo y saludar de camino a la mayoría de los excelentísimos delegados del Tesoro. Y que, después del té, en el club, todos ellos, en un pequeño grupo, le trataran con la cortesía de quienes lo respetaban por su sensatez. Entonces estaría a salvo.

Y no tenía ninguna duda de que Tietjens era el hombre más brillante de la Inglaterra del momento, así que nada le causaba más angustia que la idea de que Tietjens pudiera no hacer una brillante y rápida carrera hacia algún ilustre puesto en el servicio público. ¡Habría dejado de buena gana —de hecho, no deseaba otra cosa—

que Tietjens le pasara por delante! Y no creía que los servicios públicos tuviesen la culpa de que eso no pareciera probable.

Sin embargo, Macmaster no había perdido la esperanza. Era muy consciente de que había otras técnicas o carreras distintas a las que se había prescrito para sí. Él no podía imaginarse corrigiendo a un superior, ni siquiera con la mayor deferencia; y sin embargo veía que, aunque Tietjens trataba a casi todos los jerarcas como si fuesen auténticos bobos, ninguno parecía ofenderse demasiado. Por supuesto, Tietjens era un Tietjens de Groby; pero ¿bastaría con eso para seguir así toda la vida? Los tiempos estaban cambiando, y Macmaster consideraba que ésta era una época democrática.

No obstante, Tietjens seguía, por así decirlo, cometiendo atrocidades y despilfarrando oportunidades a manos llenas...

Macmaster sólo podía considerar ese día como desastroso. Se levantó de la silla y se sirvió otra copa; se sentía tan desanimado que la necesitaba. Repantigado entre sus cretonas, Tietjens le observaba. Dijo: «¡Ponme a mí también!», sin mirar a Macmaster y le alcanzó el vaso. Macmaster vertió whisky en él con pulso vacilante. Tietjens le animó: «¡Echa más!».

Macmaster observó:

—Es tarde; hemos quedado para desayunar en casa de los Duchemin a las diez.

Tietjens respondió:

—¡No temas, muchacho! Allí estaremos para ver a tu hermosa dama. —Y añadió —: Espera otro cuarto de hora. Quiero hablar contigo.

Macmaster volvió a sentarse y empezó a repasar el día. Había empezado con un desastre, y había seguido con más desastres.

Y, con una especie de amarga ironía, Macmaster evocó, para tratar de digerirlas, las palabras con las que el general Campion se había despedido de él. El general le había acompañado cojeando hasta el vestíbulo de Mountby y, tras darle una palmadita en el hombro, alto, un poco encorvado y muy amistoso, le había dicho:

—Mire, usted, Christopher es un tipo estupendo. Pero necesita una buena mujer que lo cuide. Llévelo de vuelta con Sylvia lo antes que pueda. Han tenido alguna que otra desavenencia, ¿no? Espero que no haya sido nada serio. ¿No habrá estado Chrissie corriendo detrás de las faldas? ¿No? Me atrevería a decir que sí. ¿No? Bueno, entonces...

Macmaster, horrorizado, se había puesto tan tieso como un poste. Había balbucido:

—¡No! No.

—Hace mucho que los conocemos —prosiguió el general—. Sobre todo lady Claudine. Y, créame, Sylvia es muy buena chica. Y muy de fiar, la lealtad personificada. Y muy valiente. Sería capaz de enfrentarse al mismo diablo. ¡Tendría que haberla visto con los Belvoir! Claro que usted la conoce... ¡En fin...!

Macmaster se las había arreglado sólo para decir que, por supuesto, conocía a Sylvia.

—En fin... —había continuado el general—, estará usted de acuerdo conmigo en que, si de verdad se tuercen las cosas, el único culpable será él. Y lo sentiríamos mucho. Sería una lástima. Me temo que no volvería a poner el pie en esta casa. Aunque me ha asegurado que va a reunirse con ella y con la señora Satterthwaite...

—Creo... —había empezado a decir Macmaster—, creo que sí...

—¡Entonces no hay ningún problema! —había exclamado el general—. Christopher Tietjens necesita el respaldo de una mujer. Hay muy pocos jóvenes por los que yo sienta más..., casi podría decir respeto... Pero le hace falta una mujer. Como contrapeso.

En el coche, mientras bajaban de la colina de Mountby, a Macmaster le había agotado el esfuerzo de contener sus execraciones del general. Quería gritar que era un viejo loco testarudo y un burro entrometido. Pero iba en compañía de los dos secretarios del ministro, el muy honorable Edward Fenwick Waterhouse, un liberal avanzado que se había tomado el fin de semana para jugar al golf y había preferido no cenar en casa de un miembro del partido conservador. En esa época se atravesaba, en política, una época de amargas rencillas entre los partidos: una situación que hasta hacía poco no había sido característica de la vida política inglesa. La prohibición no se había extendido a los dos hombres más jóvenes.

Macmaster reparó, no sin satisfacción, en que aquellos dos tipos le trataban con cierta deferencia. Habían visto que el general lord Edward Campion le hablaba a Macmaster con familiaridad. De hecho, ambos habían tenido que esperar en el coche mientras el general le daba palmaditas en el hombro, le sujetaba por el brazo y le hablaba en voz baja al oído.

Pero ésa fue la única satisfacción que tuvo Macmaster aquel día.

Sí, la jornada había empezado de manera desastrosa con la carta de Sylvia, y acababa —¡si es que acababa!— de forma aún más desastrosa con el elogio que había hecho el general de esa mujer. Todo el día había estado reuniendo ánimos para tener una escena muy desagradable con Tietjens. Tietjens debía divorciarse de ella: ¡era necesario para su propia paz de espíritu, para la de sus amigos, para el bien de su carrera, y en nombre de la decencia misma!

Entretanto, Tietjens había llevado las cosas demasiado lejos. Todo había sido muy desagradable. Habían llegado a Rye a tiempo de comer..., y Tietjens se había bebido la mayor parte de una botella de borgoña. Durante la comida Tietjens le había entregado a Macmaster la carta de Sylvia para que la leyera, diciéndole que, ya que pensaba consultarle después, sería mejor que conociera la existencia de aquel documento.

La carta había resultado ser de una desvergüenza extraordinaria, pues no decía

nada. Aparte de la escueta declaración: «Estoy dispuesta a volver contigo», sólo hacía referencia al hecho de que la señora Tietjens quería —y no podía pasar más tiempo— sin la atención de su doncella, a quien llamaba Centralita. Si Tietjens quería que volviera con él, debía asegurarse de que Centralita estuviera esperándola en la puerta y no sé qué cosas más. Añadía el detalle de que no soportaba tener a nadie, subrayado, más que a ella cerca cuando se retiraba a su dormitorio. Al meditarlo, Macmaster se dio cuenta de que ésa era la mejor carta que podía haber escrito si quería que le permitiera volver con él; pues, de haberse extendido en excusas o explicaciones, había diez probabilidades contra una de que Tietjens hubiera decidido que no podía seguir viviendo con una mujer capaz de semejante falta de tacto. Pero Macmaster nunca había pensado que a Sylvia le faltase *savoir faire*.

No obstante, había reafirmado su determinación de animar a su amigo a divorciarse. Había pensado empezar su campaña en el tílburí, de camino a visitar al reverendo señor Duchemin, que, en su juventud, había sido discípulo personal del señor Ruskin, así como mecenas y amigo del poeta-pintor objeto de la monografía de Macmaster. Tietjens prefirió no ir a aquella visita. Dijo que holgazanearía un poco por el pueblo y se reuniría con Macmaster en el club de golf hacia las cuatro y media. No estaba de humor para hacer nuevas amistades. Macmaster, que era consciente de la presión a la que debía de estar sometido su amigo, lo consideró muy razonable, y partió solo hacia Iden Hill.

Pocas mujeres habían causado tanta impresión en Macmaster como la señora Duchemin. Sabía que estaba en situación de dejarse impresionar casi por cualquier mujer, pero pensaba que eso no bastaba para explicar la enorme influencia que ejerció enseguida sobre él. Cuando le hicieron pasar había dos chicas jóvenes en el salón, pero ambas habían desaparecido casi a la vez, y aunque justo después las había visto pasar en bicicleta desde la ventana, se dio cuenta de que no habría sido capaz de reconocerlas. Desde sus primeras palabras, cuando se levantó para saludarle: «¡El señor Macmaster en persona!», no había tenido ojos para nadie más.

Era evidente que el reverendo señor Duchemin debía de ser uno de esos clérigos de riqueza considerable y gustos cultivados que adornan con frecuencia a la Iglesia de Inglaterra. La rectoría, una gran casa de campo de ladrillo rojo muy antiguo y aspecto acogedor, estaba junto a uno de los graneros de diezmo más grandes que Macmaster había visto nunca; la iglesia, con su tejado primitivo de tejas de roble, estaba ubicada en el rincón formado por los extremos de la rectoría y el granero, y era con mucho el edificio más pequeño de los tres y tan austera que, de no ser por su minúsculo campanario, podría habérselo tomado por un buen establo. Los tres edificios estaban justo al borde de la pequeña cadena de colinas que da a Romney Marsh; un gran abanico simétrico de olmos los protegía del viento del norte y unos arbustos y setos de tejo muy altos los resguardaba por el suroeste. Era, en pocas palabras, un curato de

almas ideal para un clérigo rico de gustos cultivados, pues no se veía ni una sola casa de campesinos en dos kilómetros a la redonda.

Para Macmaster, en suma, era el hogar inglés ideal. En contra de lo que acostumbraba, pues era una persona sensible que siempre se fijaba en esas cosas, no pudo recordar mucho del salón de la señora Duchemin, salvo que era muy acogedor. Tres largas ventanas daban a un césped perfecto en el que había varios rosales aislados y agrupados, como bolas de follaje verde tachonadas de flores que parecían fragmentos de mármol rosado. Al fondo del jardín había un muro de piedra; más allá de la tranquila extensión, el campo relucía iluminado por la luz del sol.

Los muebles de la habitación eran, en lo que a la carpintería se refiere, marrones, antiguos, con los ricos matices de haber sido pulimentados muchas veces con cera de abejas. Macmaster reparó enseguida en que los pocos cuadros que había eran de Simeon Solomon, uno de los estetas más frágiles y delicados —pálidos bustos de damas aureoladas que portaban lirios que no parecían lirios y que estaban dentro de la tradición, pero no de la mejor tradición—. Macmaster comprendió —y más tarde se lo confirmó la señora Duchemin— que el señor Duchemin guardaba sus obras máspreciadas en su santuario y dejaba, con cierto desdén y sentido del humor, aquellas muestras más endebles en esa habitación relativamente pública en comparación. Eso pareció señalar en el acto al señor Duchemin como uno de los elegidos.

El señor Duchemin, no obstante, no estaba presente; y parecía haber cierta dificultad en concertar una cita entre los dos hombres. El señor Duchemin, dijo su mujer, estaba muy ocupado los fines de semana. Y añadió con una sonrisa vaga y algo ausente la palabra «Naturalmente». Macmaster comprendió enseguida que era natural que un clérigo estuviese muy ocupado los fines de semana. Con un tono ligeramente dubitativo, la señora Duchemin sugirió que el señor Macmaster y su amigo podían ir a comer al día siguiente, el sábado. Pero Macmaster había quedado para jugar la partida por parejas con el general Champion —media ronda de las doce a la una y media, y la otra media de las tres a las cuatro y media—. Y tal como habían planificado las cosas, Macmaster y Tietjens debían tomar el tren de las 18.30 a Hythe, con lo que estaba descartado ir a tomar el té o a cenar al día siguiente.

Con suficiente, pero no excesivo, pesar, la señora Duchemin elevó la voz para decir:

—¡Lástima! Pero tendría usted que conocer a mi marido y ver los cuadros ya que ha venido desde tan lejos.

Llegaba mucho ruido desde el otro lado de la pared al extremo de la habitación —ladridos de perros, rumor de muebles, o tal vez cajas de embalaje, que se trasladaban de sitio apresuradamente, interjecciones guturales—. La señora Duchemin afirmó con su aire distante y su voz profunda:

—Están haciendo mucho ruido. Vayamos al jardín a ver las rosas de mi marido, si

es que puede usted dedicarnos un momento más.

Macmaster citó para sí:

«Miré y vi tus ojos a la sombra de tu cabello...». ^[12]

No había duda de que los ojos de la señora Duchemin, que eran de color azul oscuro y parecían dos guijarros, estaban a la sombra de su pelo negro y ondulado. El cabello le cubría la frente cuadrada. Era un fenómeno que, en realidad, Macmaster nunca había visto antes, y se felicitó a sí mismo, aquélla era una confirmación más — ¡si es que hacía falta confirmación!— del poder de observación del objeto de su monografía.

¡A la señora Duchemin le sentaba bien el sol! Su tez oscura se aclaraba; sobre los pómulos había una delicada sufusión de leve carmín. Su mandíbula estaba singularmente bien perfilada hasta la barbilla apuntada, como una santa medieval de alabastro.

Ella dijo:

—Por supuesto es usted escocés. Yo soy de Edimburgo.

Macmaster habría podido adivinarlo. Le explicó que él era de Port of Leith. No se imaginaba ocultándole nada a la señora Duchemin. La señora Duchemin dijo con renovada insistencia:

—¡Oh!, pero, desde luego, debe usted conocer a mi marido y ver los cuadros. Veamos... Debemos encontrar el modo... ¿No podrían venir a desayunar?

Macmaster respondió que él y su amigo eran funcionarios del gobierno y estaban acostumbrados a levantarse temprano. Le apetecía mucho desayunar en aquella casa. Ella dijo:

—A las diez menos cuarto, entonces, nuestro coche estará en el extremo de su calle. ¡Sólo son diez minutos, así que no pasarán mucha hambre!

Añadió, cada vez más animada, que, por supuesto, Macmaster debía llevar también a su amigo. Podía decirle a Tietjens que conocería a una chica encantadora. Se interrumpió y añadió de pronto: «Es muy probable». Mencionó un nombre que a Macmaster le sonó como «Wanstead». Y es posible que hubiera otra chica. Y también iría el señor Horsted o algo parecido, el coadjutor de su marido. Luego dijo con aire reflexivo:

—Sí, podemos ser un grupo muy agradable... —y añadió—, muy ruidoso y alegre. ¡Espero que su amigo sea hablador!

Macmaster dijo algo sobre causarle molestias.

—¡Oh!, no será ninguna molestia —respondió ella—. Además, a mi marido le sentará bien —y continuó—: El señor Duchemin es dado a la melancolía. Tal vez esto sea demasiado solitario —y añadió dos asombrosas palabras—: Después de todo.

De regreso en el tálburi, Macmaster se dijo que lo último que podía decirse de la señora Duchemin es que fuese ordinaria. Verla era como entrar en una habitación que

a uno siempre le hubiese gustado y en la que no hubiera entrado desde hacía mucho tiempo. Era agradable. Tal vez fuese en parte por su edimburguidad. Macmaster se atrevió a acuñar aquella palabra. En Edimburgo hay una sociedad —él mismo nunca había tenido el privilegio de pertenecer a ella, pero ¡sus anales son parte de la literatura de Escocia!— en la que las damas son todas grandes señoras con enormes salones, circunspectas pero astutas y con cierto sentido de la comicidad; frugales pero también cálidas y hospitalarias. Tal vez fuese la edimburguidad lo que echaba de menos en los salones de sus amigos londinenses. La señora Cressy, la honorable señora Limoux y la señora Delawnay eran casi perfectas en lo que se refiere a sus modales, su forma de hablar y su compostura, pero ¡no eran jóvenes, no eran de Edimburgo y no eran sorprendentemente elegantes!

¡La señora Duchemin era esas tres cosas! Físicamente, no tendría más de treinta años, pero conservaría su actitud tranquila y confiada a cualquier edad: era una prueba del alma enigmática de su sexo. No obstante, eso carecía de importancia, pues ella nunca querría hacer nada que requiriese juventud física. Nunca, por ejemplo, tendría ocasión de correr, siempre se limitaría a moverse..., ¡flotando! Trató de recordar los detalles de su vestido.

Desde luego había sido azul oscuro..., y ciertamente de seda, ese material exquisito algo toscamente tejido que encierra entre sus pliegues una especie de brillo plateado en cada uno de sus minúsculos nudos. Pero un azul muy oscuro. Y al mismo tiempo artístico... ¡totalmente de acuerdo con la tradición! ¡Y sin embargo muy bien cortado! Mangas amplias, por supuesto, pero aun así algo ajustadas. Llevaba un enorme collar de ámbar pulido amarillo: ¡sobre el azul oscuro! Y la señora Duchemin había dicho, junto a los rosales de su marido, que los capullos siempre le recordaban pequeños moldes de nubes rosadas descendidas para refrescar la tierra... ¡Un pensamiento encantador!

De pronto se dijo: «¡Qué mujer para Tietjens!». Y su imaginación añadió: «¡Podría influir mucho sobre él!».

¡Ante él se extendió una perspectiva en el tiempo! Se imaginó a Tietjens, en cierto modo responsable, por derecho de propiedad, de la señora Duchemin: *pour le bon motif*, tranquilamente apasionado y aceptado, e «inmensamente mejorado» por la asociación. Y a sí mismo llevando, en uno o dos años, a la por fin hallada Dama de su Contento, a sentarse a los pies de la señora Duchemin —¡la Dama de su Contento, además de circunspecta, sería joven e impresionable!—, para aprender la misteriosa seguridad de sus modales, el don del vestido, el truco del ámbar y de inclinarse sobre los rosales... ¡y la edimburguidad!

El caso es que Macmaster estaba bastante excitado cuando encontró a Tietjens tomando el té entre los accesorios manchados de verde y los periódicos ilustrados del gran pabellón metálico de golf, y no pudo evitar exclamar: «He aceptado una

invitación a desayunar mañana con los Duchemin en nombre de los dos. Espero que no te importe», a pesar de que Tietjens estaba sentado a una mesita con el general Champion y su cuñado, el honorable Paul Sandbach, representante del Partido Conservador de la provincia y marido de lady Claudine. El general le dijo encantado a Tietjens:

—¡Desayuno! ¡Con los Duchemin! ¡No dejes de ir, muchacho! ¡Será el mejor desayuno que hayas tomado en tu vida! —Y añadió mirando a su cuñado—: Y no la eterna imitación de arroz con pescado que nos da Claudine cada mañana.

Sandbach gruñó:

—No es por falta de ganas de robarles la cocinera. Claudine hace un tímido intento cada vez que vamos a visitarlos.

El general le dijo amablemente a Macmaster —siempre era muy amable al hablar—, con una media sonrisa y un ligero siseo:

—Comprenderá usted que mi cuñado no habla en serio. A mi hermana jamás se le ocurriría robarle a nadie una cocinera. Y menos a Duchemin. Nunca osaría hacer tal cosa.

Sandbach gruñó:

—¿Y quién lo haría?

Ambos caballeros eran cojos: el señor Sandbach de nacimiento y el general como resultado de un leve, pero mal curado, accidente de coche. Tal vez su única vanidad fuera la convicción de que estaba cualificado para ser su propio chófer y, puesto que era tan inexperto como descuidado, sufría accidentes con frecuencia. El señor Sandbach tenía el rostro moreno y redondo como un bulldog y unos modales un tanto ariscos. Había sido suspendido de sus deberes parlamentarios en dos ocasiones por aplicarle al ministro de Finanzas el epíteto «leguleyo embustero», y en ese momento seguía suspendido.

Macmaster se sintió incómodo. Su sensibilidad le hizo reparar en cierta desagradable frialdad en el ambiente. Había también cierta rigidez en la mirada de Tietjens. Estaba mirando fijamente en silencio hacia delante. Detrás de Tietjens había dos hombres con llamativas chaquetas de color verde, chalecos rojos bordados y rostros rubicundos. Uno era calvo y rubio, el otro tenía el pelo negro, muy brillante y repeinado; ambos rondaban los cuarenta y cinco. Estaban mirando a los ocupantes de la mesa de Tietjens con la boca un poco abierta y escuchando sin el menor disimulo. Enfrente de cada uno de ellos había tres vasos vacíos de ginebra con ciruelas y un vaso medio vacío de brandy con soda. Macmaster comprendió por qué el general había explicado que su hermana no había tratado de robarle la cocinera a la señora Duchemin.

Tietjens le espetó:

—Bébetelo té y empecemos de una vez. —Acababa de sacar del bolsillo varios

telegramas y se había puesto a ordenarlos. El general dijo:

—No vaya a quemarse la boca. No podemos salir por delante de..., de esos caballeros. Somos demasiado lentos.

—No; es una situación de lo más desagradable —exclamó Sandbach.

Tietjens le alcanzó los telegramas a Macmaster.

—Será mejor que les eches un vistazo —observó—. Puede que no te vea después del partido. Cenas en Mountby. El general te llevará. Lady Claude tendrá que perdonarme. Tengo trabajo que hacer.

Eso ya preocupó bastante a Macmaster. Sabía que a Tietjens no le apetecería cenar en Mountby con los Sandbach, que tendrían un montón de invitados, muy elegantes, pero mucho menos inteligentes de lo normal. Tietjens llamaba a aquel grupo el foco infeccioso del partido..., refiriéndose al *toryismo*. Pero Macmaster pensaba que una cena desagradable sería mejor para su amigo que quedarse solo cavilando entre las negras sombras del pueblo. Entonces Tietjens dijo:

—¡Voy a tener unas palabras con ese gusano! —Señaló rígidamente hacia delante con la barbilla cuadrada, y, al mirar en dirección hacia donde estaban los dos bebedores de brandy, Macmaster vio uno de esos rostros que las frecuentes caricaturas vuelven familiares y desconocidos al mismo tiempo. Macmaster no logró ponerle nombre en aquel momento. Debía de ser un político, probablemente un ministro. Pero ¿cuál? Su imaginación estaba ya en un estado terrible. Con el vistazo que le había echado al telegrama que tenía en la mano había reparado en que estaba dirigido a Sylvia Tietjens y empezaba con las palabras «De acuerdo». Dijo con prontitud:

—¿Lo has enviado ya o es sólo un borrador?

Tietjens prosiguió:

—Ese tipo es el muy honorable Stephen Fenwick Waterhouse. El presidente de la Comisión de Deuda Pública. El gusano que nos hizo falsificar aquel informe en la oficina.

Ese momento fue el peor que había vivido nunca Macmaster. Y aún llegó uno peor. Tietjens afirmó:

—Voy a tener unas palabras con él. Por eso no voy a cenar a Mountby. Es un deber con el país.

El cerebro de Macmaster sencillamente dejó de funcionar. Estaba en el espacio, rodeado de ventanas. La luz del sol brillaba fuera. Y las nubes. Rosas y blancas. ¡Parecían de lana! Algunos barcos. Y dos hombres: uno moreno y repeinado, el otro con la rubia calva cubierta de manchas. Estaban hablando, pero Macmaster no oía lo que decían. El moreno y repeinado decía que no iba a llevar a Gertie a Budapest. ¡Ni mucho menos! Parpadeó como en una pesadilla. Detrás había dos jóvenes y un rostro absurdo...

Aquello se parecía tanto a una pesadilla que Macmaster distorsionó los rasgos del ministro. Le recordó a una enorme máscara de pantomima: brillante, con una nariz inmensa y ojos alargados de chino.

¡Y, sin embargo, no era desagradable! ¡Macmaster era un *whig* por convicción, por nacionalidad y por temperamento! Pensaba que los funcionarios públicos debían abstenerse de cualquier actividad política. No obstante, no podía pedirle que pensara que un ministro liberal era feo. Al contrario, el señor Waterhouse tenía una expresión franca, amable y humorística. Escuchaba con deferencia a uno de sus secretarios, mientras apoyaba la mano en el hombro del joven y esbozaba una leve sonrisa algo soñolienta. Sin duda, trabajaba demasiado. Luego soltó una carcajada. ¡Para animar al otro!

¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Macmaster estaba leyendo una retahíla de palabras incomprensibles en la apretada letra de Tietjens. «Piso en lugar de casa... vida social reducida al mínimo... niño se queda con hermana...» Sus ojos recorrían las frases una y otra vez. No lograba distinguirlas sin los símbolos de puntuación. El hombre del cabello repeinado dijo con voz rijosa que Gertie estaba como un tren, pero no iba a llevarla a Budapest con todas esas gitanas de las que le hablaba el otro. Llevaba cinco años manteniendo a Gertie. ¡Casi como si estuviesen casados! La voz de su amigo sonaba como el resultado de una indigestión. Tietjens, Sandbach y el general estaban tan rígidos como palos.

¡Qué lástima!, pensó Macmaster.

Tendría que estar sentado con... Le habría gustado sentarse en compañía de aquel ministro tan agradable. Y, en condiciones normales, lo habría hecho. Era normal que invitaran al mejor golfista del lugar a jugar con los visitantes distinguidos, y no había casi nadie en el sur de Inglaterra capaz de ganarle. Había empezado a jugar a los cuatro años en el campo de golf municipal con una pelota de un chelín que se había encontrado y con un palo del uno en miniatura. Al ir a la escuela por las mañanas y al volver a comer; a la escuela y de vuelta a la cama. Sobre el campo frío, cubierto de juncos y arena junto al mar grisáceo. Con los zapatos llenos de arena. La pelota de un chelín le había durado tres años...

Macmaster exclamó: «¡Dios mío!». Acababa de comprender por lo que decía el telegrama que Tietjens tenía intención de viajar a Alemania el martes. Como en respuesta a la exclamación de Macmaster, Tietjens afirmó:

—Sí. Es intolerable. Si no le para usted los pies a ese par de cerdos, general, lo haré yo.

El general siseó entre dientes:

—Espera un momento..., espera un momento... Tal vez lo haga ese otro tipo.

El hombre del pelo negro engominado exclamó:

—Si en Budapest hay tantas chicas como dices, y baños turcos y todo eso, vamos

a pasarlo en grande el mes que viene. —Pestañeó en dirección a Tietjens. Su amigo daba la impresión de estar emitiendo borborismos con la cabeza gacha y miraba al general con aprensión por debajo de las cejas.

—No es —siguió argumentando el otro— que no quiera a mi mujer. No está mal. Y además tengo a Gertie que está como un tren. Pero un nombre necesita... ¡Oh!

El general, muy alto y delgado, con las mejillas sonrosadas y el pelo cano peinado con flequillo hacia delante, se acercó andando a su mesa con las manos en los bolsillos. Estaba a menos de dos metros, pero dio la impresión de que fuese una larga caminata. Se detuvo justo a su lado y ellos lo miraron con los ojos muy abiertos, como escolares contemplando un globo. Observó:

—Me alegro de que les guste nuestro campo de golf, caballeros.

El hombre calvo respondió:

—¡Desde luego! ¡Desde luego! ¡Es excelente! ¡Excelente!

—Pero —interrumpió el general— no es muy sensato discutir las..., ¡ejem!..., circunstancias domésticas particulares... en... un comedor, ¿saben?, ni en un club de golf. La gente podría oírles.

El caballero del pelo engominado hizo ademán de incorporarse y exclamó:

—¡Oh!, el...

El otro hombre balbució:

—Cállate, Briggs.

El general prosiguió:

—Soy el presidente del club, ¿saben? Mi obligación es asegurarme de que la mayoría de los miembros del club y sus visitantes estén satisfechos. Espero que no les importe.

El general regresó a su asiento. Estaba temblando de irritación.

—Le obligan a uno a ponerse a su mismo nivel —afirmó—. Pero ¿qué demonios iba a hacer si no?

Los dos tipos de la ciudad se habían ido a toda prisa a los vestuarios, se produjo un horrible silencio. Macmaster cayó en la cuenta de que, al menos para aquellos *tories*, eso era el fin del mundo. ¡El fin de Inglaterra! ^[13] Volvió al telegrama de Tietjens con el corazón atenazado por el pánico... Tietjens iba a partir para Alemania el martes. Se ofrecía a dejar el departamento. Era algo inconcebible. ¡Inimaginable!

Empezó a releer el telegrama. Una sombra se cernió sobre las finas hojas. El muy honorable señor Waterhouse se había interpuesto entre la cabecera de la mesa y las ventanas. Dijo:

—Le estamos muy agradecidos, general. Era imposible hablar con la cháchara de esos tipos obscenos. ¡La gente así es la que nos hace simpatizar con las sufragistas! Eso las justifica... —añadió—. ¡Hola, Sandbach! ¿Disfrutando de sus vacaciones?

El general respondió:

—Tenía la esperanza de que se tomase usted la molestia de echar a esos tipos.

El señor Sandbach, alargando la mandíbula de bulldog y con el corto cabello de la nuca erizado, ladró:

—Hola, Waterslop. ^[14]¿Disfrutando de su botín?

El señor Waterhouse, alto, encorvado y con el pelo desarreglado, se levantó los faldones de la chaqueta. Estaba tan raída que daba la impresión de que le asomara paja por los codos.

—De todo lo que me han dejado las sufragistas —dijo entre risas—. ¿No será uno de ustedes un genio llamado Tietjens? —Estaba mirando a Macmaster.

El general dijo:

—Tietjens... Macmaster...

El ministro prosiguió en tono amistoso:

—¡Oh!, ¿es usted? Sólo quería aprovechar la oportunidad para darle las gracias.

Tietjens respondió:

—¡Dios mío! ¿Y por qué?

—¡Ya sabe! —continuó el ministro—. No habríamos podido llevar la ley a la Cámara hasta la siguiente sesión sin sus cálculos... —añadió astutamente—: ¿Verdad que no, Sandbach? —y le aclaró a Tietjens—: Me lo dijo Ingleby...

Tietjens estaba muy rígido y pálido como la cera. Tartamudeó:

—No puedo aceptar el mérito... Considero...

Macmaster exclamó:

—Tietjens..., tú... —no sabía lo que iba a decir.

—¡Oh!, es usted demasiado modesto —el señor Waterhouse abrumó a Tietjens—. Sabemos a quién estarle agradecido... —Sus ojos vagaron hacia Sandbach de una forma un tanto ausente. Luego se le iluminó el rostro.

—¡Ah! Mire, Sandbach —dijo—. Venga un momento, ¿quiere? —Se alejó uno o dos pasos para llamar a uno de los dos jóvenes—: ¡Oh!, Sanderson, páguele usted un trago al policía. Un buen trago. —Sandbach se levantó de un respingo de la silla y fue cojeando hacia donde estaba el ministro.

Tietjens estalló:

—¡Demasiado modesto! ¡Yo!... ¡Será gusano...! ¡Un gusano despreciable!

El general preguntó:

—¿Qué te ocurre, Chrissie? Tal vez tenga razón y seas demasiado modesto.

Tietjens respondió:

—Maldita sea. Es algo muy serio. Hará que me echen de esa despreciable oficina en la que trabajo.

Macmaster dijo:

—¡No! ¡No! Te equivocas. Lo miras por el lado equivocado. —Y con mucho apasionamiento empezó a explicárselo todo al general. Aquel asunto ya le había

causado muchos dolores de cabeza. El gobierno le había pedido al Departamento de Estadística unas cifras que respaldaran ciertos datos que querían utilizar al presentar su nueva ley ante la Cámara. El señor Waterhouse era el encargado de presentarla.

En ese momento el señor Waterhouse estaba dándole palmaditas en la espalda a Sandbach, mientras se quitaba el pelo de los ojos y se reía como una colegiala histérica. De pronto parecía cansado. Un oficial de policía, con los botones del uniforme resplandecientes, estaba bebiendo de una jarra de peltre al otro lado de la puerta acristalada. Los dos hombres de la ciudad pasaron apresuradamente en línea recta desde el vestuario hacia esa misma puerta abotonándose la ropa. El ministro gritó:

—¡Que sean guineas!

A Macmaster le pareció muy mal que Tietjens llamara gusano despreciable a alguien tan jovial y campechano. Era injusto.

Siguió con su explicación al general:

—El gobierno quería una serie de cifras basadas en un cálculo llamado B7. Tietjens, que había estado trabajando por su cuenta en otro llamado H19, había llegado al convencimiento de que H19 era el número menor que tenía sentido desde el punto de vista actuarial.

El general observó con amabilidad:

—Es como si me hablase usted en chino.

—¡Oh, no!, no tiene por qué serlo —se oyó decir Macmaster—. Todo se reduce a esto: el gobierno, sir Reginald Ingleby, le pidió a Chrissie que averiguase cuánto son tres por tres, en principio era algo así. Y él respondió que el único número que no arruinaría al país era nueve por nueve...

—De hecho, lo que quería el gobierno era meter dinero a puñados en el bolsillo de los trabajadores —apuntó el general—. Dinero a cambio de nada..., o de votos, supongo.

—Pero ésa no es la cuestión, señor —se atrevió a observar Macmaster—. Lo único que le habían pedido a Chrissie es que les dijera cuánto eran tres por tres.

—Pues parece que lo hizo y que se ganó todo género de felicitaciones —respondió el general—. Eso está bien. Todos hemos confiado siempre en la capacidad de Chrissie. Aunque tiene demasiado temperamento.

—Fue extraordinariamente grosero con sir Reginald —continuó Macmaster.

El general dijo:

—¡Vaya!, ¡vaya! —Negó con la cabeza en dirección a Tietjens y adoptó con cuidado el aire inexpresivo y ligeramente decepcionado del oficial al mando—. No me gusta oír hablar de groserías con un superior. En ningún servicio.

—No creo —observó Tietjens con extrema dulzura— que Macmaster esté siendo justo conmigo. Por supuesto, tiene derecho a tener su opinión sobre lo que exigen las

necesidades del servicio. Desde luego le dije a Ingleby que prefería dimitir antes que hacer ese trabajo rastrero...

—No tendrías que haberlo hecho —le reprochó el general—. ¿Qué sería del servicio si todo el mundo hiciera lo mismo que tú?

Sandbach volvió riéndose y se sentó penosamente en su sillón bajo.

—Ese tipo... —empezó.

El general levantó un poco la mano.

—¡Un momento! —exclamó—. Estaba a punto de decirle a Chrissie que si me ofrecen el trabajo, por supuesto en realidad se trataría de una orden, de suprimir los voluntarios del Ulster... Antes me cortaría la garganta que hacerlo...

Sandbach replicó:

—Por supuesto que sí, viejo amigo. Son nuestros hermanos. Antes enviaría a ese gobierno brutal y mentiroso al diablo.

—Iba a decir que lo aceptaría —prosiguió el general—, que no rechazaría la orden.

Sandbach dijo:

—¡Dios mío!

Tietjens afirmó:

—Bueno, yo no lo hice.

Sandbach exclamó:

—¡General! ¡Usted! Después de todo lo que hemos dicho Claudine y yo...

Tietjens le interrumpió:

—Disculpe, Sandbach. Pero esta reprimenda estaba dirigida a mí. En tal caso no fui grosero con Ingleby. Si hubiese expresado desprecio por lo que decía o por él, habría sido grosero. Pero no lo hice. Él no se ofendió lo más mínimo. Se puso hecho un energúmeno, pero no se ofendió. Y dejé que me convenciera. En realidad tenía razón. Me aseguró que si no hacía yo el trabajo, esos gusanos se lo encargarían a uno de los funcionarios de la competencia y falsificarían los datos, ¡y partirían de premisas falsas!

—Ésa es también mi opinión —observó el general—, si no acepto el trabajo del Ulster, el gobierno se lo encargará a un tipo que quemará todas las granjas y violará a todas las mujeres de los tres condados. Es el as que esconden en la manga. Pretende trasladar al norte a los Connaught Rangers.^[15] Y ya saben lo que eso significaría. De todos modos... —miró a Tietjens—: Uno no debería ser grosero con sus superiores.

—Ya le digo que no fui grosero —exclamó Tietjens—. ¡Déjese de miradas paternales y métaselo de una vez en la cabeza!

El general negó con la cabeza:

—¡Vosotros los tipos inteligentes! —dijo—. No podríais dirigir el país, ni el ejército ni ninguna otra cosa. Hacen falta estúpidos como yo y como Sandbach,

además de personas sensatas y moderadas como nuestro amigo aquí presente. — Señaló a Macmaster, se levantó y añadió—: Vamos. Jugará usted conmigo, Macmaster. Dicen que es usted muy bueno. Chrissie no sabe jugar. Puede ir de pareja con Sandbach.

Se encaminó hacia los vestuarios en compañía de Macmaster.

Sandbach, retorciéndose de un modo extraño para levantarse de la silla gritó:

—Salvar el país... Maldita sea... —Se puso en pie—. Champion y yo..., ya ves en qué se ha convertido el país. ¡Con cerdos como esos dos paseándose por nuestros clubes! Y la policía patrullando los campos de golf junto a los ministros para protegerlos de unas mujeres enloquecidas... ¡Por Dios! Ojalá pudiera azotarlas hasta arrancarles la piel de la espalda. Lo haría. Vive Dios que lo haría. —Añadió—: Ese tal Waterslops es aficionado al juego. Hacíais tanto ruido que no he podido hablaros de nuestra apuesta... ¿Es cierto que tu amigo tiene una tarjeta de más uno en North Berwick? ¿Qué tal juegas tú?

—Macmaster es capaz de tener una tarjeta de más dos en cualquier sitio si entrena un poco.

Sandbach exclamó:

—Dios mío... Es duro de pelar...

—En cuanto a mí —añadió Tietjens—, odio este juego estúpido.

—Yo también —respondió Sandbach—. Tendremos que arrastrarnos detrás de ellos.

IV

Salieron al aire libre, donde todo se veía con marcados perfiles en la distancia bajo el cielo despejado. Formaban un grupito de siete personas —pues Tietjens no quería cadi— que esperaba a la salida del primer hoyo. Macmaster se acercó a Tietjens y le preguntó en voz baja:

—¿De verdad has enviado ese telegrama?

Tietjens respondió:

—¡Ya debe de estar en Alemania!

El señor Sandbach renqueaba de aquí para allá para explicarles a los demás los términos de su apuesta con el señor Waterhouse. El señor Waterhouse había apostado con uno de los jóvenes que jugaban con él a que apuntaría y acertaría dos veces, a lo largo de los dieciocho hoyos, a los dos tipos de la ciudad que jugarían delante de ellos. Como el ministro había apostado por algo muy poco probable, el señor Sandbach lo consideraba todo un deportista.

Al final del primer hoyo, el señor Waterhouse y sus dos compañeros estaban cerca del *green*. Tenían unas dunas muy altas a su derecha y, a su izquierda, un camino bordeado de juncos y una acequia. Por delante del ministro, los dos tipos de la ciudad y sus dos cadis esperaban al borde de la acequia y fisgoneaban entre los juncos. Dos chicas aparecían y desaparecían sobre las dunas. El policía patrullaba por el camino a la altura del señor Waterhouse. El general dijo:

—Creo que podemos empezar.

Sandbach afirmó:

—Waterslops les acertará desde el próximo *tee*. Están junto a la acequia.

El general salió con una pelota recta bastante aceptable. Justo cuando Macmaster estaba en pleno *swing*, Sandbach gritó:

—¡Dios! Casi lo consigue. ¡Miren cómo salta ese tipo!

Macmaster se volvió por encima del hombro y siseó entre dientes con irritación:

—¿Es que no sabe que no se debe gritar cuando alguien está golpeando la pelota? ¿O es que nunca ha jugado al golf? —Se apresuró a ir muy enfadado detrás de la pelota.

Sandbach le dijo a Tietjens:

—¡Vaya! ¡Qué mal genio tiene ese tipo!

Tietjens respondió:

—Sólo cuando juega. Se lo tiene usted merecido.

Sandbach admitió:

—Sí... Pero no le he estropeado el golpe. Ha sobrepasado en veinte metros al general.

Tietjens replicó:

—Habrían sido sesenta de no ser por usted.

Se quedaron en el *tee* para darles tiempo a los otros de adelantarse. Sandbach dijo:

—Dios mío, tu amigo ya va por el segundo golpe... ¡Nadie lo diría de un tipo tan insignificante! —y añadió—: No tiene mucha clase, ¿verdad?

Tietjens lo miró con desdén.

—¡Oh, más o menos como nosotros! —afirmó—. Él nunca apostaría a que le acertaría a esos dos de ahí delante.

Sandbach odiaba a Tietjens por ser un Tietjens de Groby y a Tietjens le irritaba la existencia de Sandbach, que era el hijo de un alcalde ennoblecido de Middlebrough, a unos doce kilómetros o así de Groby. Las querellas entre los terratenientes y los plutócratas de Cleveland ^[16] son muy amargas. Sandbach dijo:

—¡Ah!, supongo que debe de cubrirtte las espaldas con las mujeres y en el Tesoro, y a cambio tú lo paseas por ahí. Es un acuerdo muy práctico.

—Como el de Pottle Mills y Stanton —respondió Tietjens. Las operaciones financieras relacionadas con la fusión de esas dos acererías le habían asegurado al padre de Sandbach muchos odios en el distrito de Cleveland...

Sandbach empezó:

—Mira, Tietjens... —Pero cambió de opinión y dijo—: Será mejor que empecemos. Salió con un golpe extraño no carente de habilidad. Desde luego superó a Tietjens.

Iban muy lentos, pues ambos jugaban sin ganas y Sandbach cojeaba mucho, y perdieron de vista a los otros detrás de las dunas y de las casas de los guardacostas antes de la salida del tercer hoyo. Debido a su pierna coja, Sandbach tenía tendencia a golpear la pelota con mucho efecto. En esa ocasión, le dio tanto que cayó en el huerto de las cabañas y tuvo que ir con su cadí a buscarla en un terreno plantado de patatas que había detrás de un muro de poca altura. Tietjens golpeó perezosamente la pelota hacia la calle y, cogiendo la bolsa por el asa, siguió andando.

Aunque Tietjens odiaba el golf como odiaba cualquier otra ocupación de naturaleza competitiva, podía distraerse con el cálculo matemático de las trayectorias cuando acompañaba a Macmaster en una de sus excursiones de entrenamiento. Acompañaba a Macmaster porque le gustaba que hubiese una actividad en la que su amigo le superase de manera indiscutible, pues le aburría derrotarle siempre. Pero había estipulado que visitaran tres campos diferentes y, a ser posible, desconocidos cada fin de semana que iban a jugar al golf. Le interesaba el modo en el que estaban trazados los campos y se había convertido en un auténtico experto en arquitectura golfística, hacía cálculos abstrusos sobre el vuelo de la pelota al ser golpeada por la cara inclinada del palo, sobre los kilográmetros de fuerza ejercidos por uno u otro músculo y sobre las teorías de rotación. Con frecuencia, hacía pasar a Macmaster por

un jugador mediano ante algún desdichado desconocido, que era a su vez un jugador mediano, y él se pasaba la tarde en el club estudiando los pedigríes y las formas de los caballos de carreras, pues en todos los clubes había un ejemplar de la guía Ruff. En primavera salía a buscar nidos de pajarillos y los examinaba, pues estaba interesado en los asuntos domésticos del cuco, aunque odiaba la historia natural y la botánica de campo.

En esta ocasión, acababa de consultar sus notas sobre otros golpes con el palo número cinco, había vuelto a guardarse el cuaderno en el bolsillo y había golpeado la pelota con un hierro nueve que tenía una cara particularmente áspera y una cabeza como la hoja de un hacha. Lo había empuñado con mucha meticulosidad y luego había apartado los dedos meñique y corazón del cuero de la varilla. Estaba dando gracias al cielo de que Sandbach diera la impresión de ir a retrasarse al menos diez minutos, pues se resistía a dar una pelota por perdida y estaba levantando muy despacio el palo número cinco para tratar de sacarla con un golpe seco.

Notó que alguien lo observaba y respiraba con cierta dificultad a su lado, como si tuviera los pulmones pequeños, de hecho podía distinguir, por debajo de la visera de su gorra, la punta de los zapatos blancos de playa de un muchacho. No le incomodó lo más mínimo que le observaran, pues no aspiraba a ninguna gloria personal al preparar sus golpes. Una voz dijo:

—Oiga... —Él siguió mirando la pelota—. Lamento estropearle el golpe. Pero... —Tietjens soltó el palo y se incorporó. Una muchacha rubia con el ceño fruncido le estaba mirando fijamente. Llevaba una falda corta y jadeaba un poco—. Oiga, será mejor que vaya a asegurarse de que no le hacen daño a Gertie. La he perdido... — Señaló hacia las dunas—. Esos dos tenían pinta de ser unos auténticos animales.

Parecía una chica perfectamente insignificante salvo por su ceño fruncido, tenía los ojos azules, y su cabello era sin duda rubio debajo del sombrero de lona blanca. Vestía una blusa de rayas de algodón, pero la falda de tweed de color castaño le sentaba bien.

Tietjens dijo:

—Estaban ustedes manifestándose.

Ella respondió:

—Pues claro, y por supuesto usted lo desaprueba por una cuestión de principios. Pero no permitiré que maltraten a una chica. No pierda el tiempo en decirme lo que ya sé...

Desde luego se oían ruidos. Sandbach, desde detrás del muro del jardín a unos cincuenta metros de allí, gañía igual que un perro: «¡Ji, ji, ji, ji!», y no dejaba de gesticular. Su cadí se había enredado con la bolsa de golf y trataba de saltar el muro. En la cumbre de una duna muy alta estaba el policía agitando los brazos como un molino de viento y gritando. A su lado y algo por detrás, ascendiendo lentamente,

estaban las cabezas del general, Macmaster y los dos cadis. Más lejos, para terminar, aparecían las figuras del señor Waterhouse, sus dos compañeros y sus tres cadis. El ministro le hacía gestos a su chófer y gritaba. Todos lo hacían.

—Una cacería en toda regla —dijo la chica; estaba contando—. ¡Once y dos cadis más! —Parecía muy satisfecha—. Les corté el paso a todos, excepto a esos dos animales. No corrían mucho. Pero Gertie tampoco... —y añadió apremiándolo—: ¡Vamos! No iré a dejar a Gertie a merced de ese par de bestias. Creo que están borrachos.

Tietjens dijo:

—Está bien, usted váyase. Yo cuidaré de Gertie. —Cogió su bolsa.

—No, iré con usted —replicó la chica.

Tietjens respondió:

—¿Es que quiere ir a la cárcel? ¡Lárguese!

Ella replicó:

—Tonterías. He soportado cosas peores. Nueve meses de sirvienta doméstica... ¡Vamos de una vez!

Tietjens echó a correr, como un rinoceronte fuera de sí. Acababa de ser violentamente acicateado, pues le había atravesado un grito agudo y desfalleciente. La chica corría a su lado.

—¡Corre... usted... muy deprisa...! —jadeó—, cuando le aprietan.

En esa época los gritos de queja ante la violencia física eran un fenómeno raro en Inglaterra. Tietjens nunca había oído nada parecido. Le disgustaron de un modo terrible, aunque no veía nada más que una expansión de terreno despejado. El policía, cuyos botones llamaban mucho la atención, descendía por la duna cónica en diagonal, con muchas precauciones. Aquel policía de ciudad, con su casco plateado y todo, resultaba un tanto grotesco en medio del campo. El aire estaba tan limpio y quieto que Tietjens tuvo la sensación de estar en un museo bien iluminado observando especímenes.

Una joven bajita, tan absorta en escapar como una rata perseguida, apareció a la vuelta de un montículo verde. «¡Es una mujer a la que están atacando!», le dijo a Tietjens su imaginación. La chica vestía una falda negra cubierta de arena, pues se había caído rodando por la duna; llevaba una blusa de seda blanca y gris, con un hombro desgarrado, de modo que por debajo le asomaba una camisola blanca. Del otro lado de la duna llegaron los dos tipos de la ciudad, acalorados y jadeantes por el triunfo; sus chalecos bordados de color rojo se movían como fuelles. El del pelo negro, con la mirada rijosa y obscena, blandía en alto un fragmento de tela negra y gris. Gritaba entre risas:

—¡Arranquémosle la ropa a esa zorra!... ¡Uf...! ¡Arranquémosle toda la ropa a esa zorra! —Y saltó colina abajo. Chocó con Tietjens, que rugió con todas sus

fuerzas:

—¡Cerdo despreciable, como te muevas te parto la cabeza!

Detrás de él la otra chica dijo:

—Sube, Gertie... Sólo un poco más...

Una voz jadeó una respuesta:

—No... puedo..., es el corazón...

Tietjens no le quitó la vista de encima al tipo de la ciudad. ¡Se había quedado con la boca abierta y la mirada perdida! Era como si la base de su mundo confiado, donde todos los hombres desean en el fondo de su corazón pegarles a las mujeres, se hubiera hundido. Jadeó:

—¿Qué? ¿Cómo?

Otro grito, un poco más lejano que las últimas voces que oía a su espalda, le produjo a Tietjens una sensación de intenso cansancio. ¿Por qué gritaban aquellas dichosas mujeres? Se dio la vuelta con la bolsa auestas. El policía, con el rostro escarlata como una langosta recién cocida, avanzaba sin entusiasmo hacia las dos chicas que corrían hacia la acequia. Tenía extendida una de las manos, también de color escarlata. Estaba a menos de un metro de Tietjens.

Tietjens estaba exhausto, y era incapaz de pensar o gritar. Se quitó los palos del hombro y, como si estuviera lanzando la bolsa de viaje a un furgón de equipaje, los arrojó entre las piernas del policía. El hombre, que no corría con demasiado ímpetu, cayó hacia delante sobre las manos y las rodillas. El casco le tapó los ojos y pareció quedarse un momento pensando; luego se quitó el casco y, con mucha prudencia, rodó a un lado y se quedó sentado en la hierba. Su rostro alargado no revelaba ninguna emoción, tenía los bigotes llenos de tierra y un aspecto un tanto astuto. Se secó la frente con un pañuelo de color carmín que tenía topos blancos.

Tietjens se acercó a él.

—¡Qué torpe soy! —le dijo—. Espero que no se haya hecho daño. —Sacó del bolsillo de la chaqueta una petaca curva de plata. El policía no dijo nada. Su mundo también contenía incertidumbres y estaba encantado de poder estar allí sentado sin ningún desdoro. Murmuró:

—¡Sólo estoy un poco zarandeado! ¡Cualquiera lo estaría!

Con eso le pareció suficiente, y se puso a observar con atención el cierre de bayoneta del tapón de la petaca. Tietjens la abrió para él. Las dos chicas, corriendo a paso cansino, habían llegado casi a la acequia. La chica rubia, mientras corrían, trataba de colocarle el sombrero a su amiga, que estaba sujeto al pelo con horquillas por la parte de atrás de la cabeza y le colgaba sobre el hombro.

El resto de la partida avanzaba a paso muy lento en semicírculo. Dos de los cadis habían echado a correr, pero Tietjens vio que dudaban y se detenían. Y luego llegaron a los oídos de Tietjens las palabras:

—Deteneos, demonios, os vais a partir la crisma.

El muy honorable señor Waterhouse debía de tener un admirable profesor de dicción. La chica de gris hacía trémulos equilibrios sobre una tabla que había sobre la acequia; la otra en cambio la salvó de un salto: voló por el aire y cayó de pie de un modo muy profesional. Y en cuanto la muchacha bajó de la tabla, se arrodilló y tiró de ella hacia sí mientras su compañera se alejaba corriendo por la marisma fangosa.

La chica soltó la tabla sobre la hierba. Luego alzó la mirada y se enfrentó a los hombres y muchachos que estaban en fila en la carretera. Les gritó con una voz alta y aguda, como la de un gallo joven:

—¡Diecisiete contra dos! ¡La típica proporción masculina! Tendrán que cruzar por el puente del ferrocarril de Camber, y a esas alturas ya estaremos en Folkestone. ¡Tenemos bicicletas! —Estaba a punto de marcharse cuando se detuvo y, buscando a Tietjens con la mirada, exclamó—: Siento haber dicho eso. Porque alguno de ustedes no quería atraparnos. Pero otros sí. Y eran diecisiete contra dos. —Luego se dirigió al señor Waterhouse—: ¿Por qué no le concede el voto a las mujeres? De lo contrario, comprobará que le será muy difícil seguir practicando sin interrupciones un deporte tan indispensable para usted como el golf. ¿Y qué será entonces de la salud de la nación?

El señor Waterhouse dijo:

—Si quiere usted venir a discutirlo tranquilamente...

Ella respondió:

—Váyale a otro con ese cuento. —Y se marchó. Los hombres contemplaron cómo desaparecía su figura en la distancia. Ninguno de ellos quiso arriesgarse a dar ese salto: había dos metros y medio de fango en el fondo de la acequia. Era cierto que, al haber quitado la tabla, para perseguir a las mujeres habrían tenido que dar un rodeo de varios kilómetros. Había sido una incursión muy bien planeada. El señor Waterhouse afirmó que esa chica era estupenda, los demás la juzgaron sólo corriente. El señor Sandbach, que sólo hacía poco que había dejado de gritar «¡Ji!», insistía en preguntar qué iban a hacer para capturar a las dos mujeres, pero el señor Waterhouse le espetó: «¡Oh!, olvídalo, Sandy», y se marchó.

El señor Sandbach se negó a continuar la partida con Tietjens. Aseguró que Tietjens era de esos tipos que llevarían Inglaterra a la ruina. Afirmó que tenía intención de dictar una orden de arresto contra Tietjens por obstruir la acción de la justicia. Tietjens señaló que Sandbach no era un magistrado del distrito y no podía hacerlo. Y Sandbach se marchó cojeando e inició una furiosa discusión con los dos tipos de la ciudad que se habían retirado a una prudente distancia. Les dijo que los hombres como ellos eran la ruina de Inglaterra. Ellos balaron como corderos...

Tietjens recorrió despacio la calle, encontró su pelota, la golpeó con cuidado y comprobó que la pelota se desviaba varios centímetros menos a la derecha de lo que

había imaginado. Repitió el golpe, obtuvo el mismo resultado y apuntó sus observaciones en su cuaderno de notas. Luego volvió dando un paseo a la casa del club. Estaba satisfecho.

Se sentía satisfecho por primera vez en cuatro meses. El pulso le latía con calma; el calor del sol parecía cubrirlo por entero con una marea benéfica. En la base de las dunas mayores y más antiguas observó unas hierbas diminutas mezcladas con pequeñas plantas purpúreas aromáticas a las que el constante mordisqueo de las ovejas había proporcionado una protectora pequeñez. Rodeó satisfecho las dunas hasta llegar a la pequeña y cenagosa bocana del puerto. Tras meditar un rato sobre las ondas que dejaba el agua en el lodo de las orillas, tuvo una larga conversación, sobre todo por señas, con un finlandés que colgaba del costado de un barco muy destartado, cubierto de alquitrán y sin mástil, que tenía un agujero lleno de astillas en el lugar de donde debería haber colgado el ancla. Tenía matrícula de Arcángel, desplazaba varios cientos de toneladas, lo habían construido con madera blanda por unas noventa libras, y lo habían botado, sin saber si flotaría o se hundiría, para dedicarlo al transporte de madera. Junto a él, en perfecto estado, y con los adornos de latón relucientes, había un bote de pesca nuevo, construido allí mismo para la flota de Lowestoft. Tras preguntarle su precio a un hombre que estaba dándole la última mano de pintura, Tietjens calculó que se podrían haber construido tres barcos madereros como el de Arcángel por el coste de aquel bote, y que el barco de Arcángel producía el doble de beneficio por hora y por tonelada.

Así trabajaba su cerebro cuando estaba en forma: reunía pequeños fragmentos de información concreta y competente; una vez tenía suficientes, los clasificaba, no con ningún propósito, sino porque saber cosas era agradable y le daba sensación de fuerza, de tener algo en la reserva con lo que los demás no contaban... Pasó una tarde larga, tranquila y abstraída.

En el vestuario se encontró al general, entre taquillas, abrigo viejo y lavabos de loza montados sobre soportes de madera cepillada. El general se apoyó en una hilera de aquellas cosas.

—¡Siempre tienes que pasarte de la raya! —exclamó.

Tietjens preguntó:

—¿Dónde está Macmaster?

El general respondió que había enviado a Macmaster con Sandbach en el coche. Macmaster tenía que vestirse antes de subir a Mountby. Repitió: «¡Siempre tienes que pasarte de la raya!», una vez más.

—¿Por derribar al policía? —preguntó Tietjens—. A él le gustó.

El general dijo:

—¿Derribaste al policía...? De eso no me di cuenta.

—No quería detener a las chicas —respondió Tietjens—, se notaba que estaba

deseando... dejarlas escapar.

—No quiero saber nada de eso —le interrumpió el general—. Ya sabré más de la cuenta por Paul Sandbach. Dale al policía un billete de cinco libras, y no se hable más del asunto. Soy un magistrado.

—Entonces, ¿qué es lo que he hecho? —inquirió Tietjens—. Ayudé a escapar a las chicas. Usted no quería detenerlas; Waterhouse tampoco y el policía menos aún. El único que quería era aquel puerco. ¿Qué importancia tiene?

—¡Maldita sea! —le espetó el general—, ¿es que no recuerdas que eres un joven casado?

Tietjens contuvo la risa por respeto a los logros y la edad del general.

—Si de verdad habla usted en serio, señor —dijo—, siempre lo tengo muy presente. Espero que no esté sugiriendo que alguna vez le he faltado el respeto a Sylvia.

El general negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió—. Estoy preocupado, maldita sea. Soy..., qué demonios, el amigo más antiguo de tu padre. —En realidad el general parecía triste y cansado a la luz de las ventanas bajas azotadas por la arena. Dijo—: Esa chica..., ¿era amiga tuya? ¿Lo habías concertado con ella?

Tietjens respondió:

—Señor, ¿no sería mejor que me dijera de una vez lo que le ronda por la cabeza...?

El anciano general se sonrojó un poco.

—No quiero —dijo con franqueza—. Vosotros los tipos inteligentes... Sólo pretendo, muchacho, sugerir que...

Tietjens le animó un poco envarado:

—Prefiero que me lo diga usted, señor... Reconozco su derecho como amigo más antiguo de mi padre.

—En tal caso —estalló el general—, ¿quién era esa chica con la que paseabas por Pall Mall el día del desfile? Yo no llegué a verla. ¿Era la misma de hoy? Paul afirmó que parecía una cocinera.

Tietjens se puso un poco más rígido.

—En realidad se trataba de la secretaria de un corredor de apuestas —dijo—. Creo que tengo derecho a pasear por donde quiera y con quien quiera. Y nadie tiene derecho a pedirme cuentas..., no me refiero a usted, señor. Pero nadie más lo tiene.

El general señaló un tanto perplejo:

—Vosotros los tipos inteligentes... Sois tan listos que...

—No debería usted permitir que su arraigada desconfianza por la inteligencia... Lo comprendo, por supuesto; pero no tendría que permitir que le impidiera a usted ser justo conmigo. Le aseguro que no hay nada de deshonroso.

El general le interrumpió:

—Si fueses un subalterno medio estúpido y me dijeras que le estabas mostrando a la nueva cocinera de tu madre el camino a la estación de metro de Piccadilly te creería... ¡Pero, claro, ningún subalterno haría algo tan rematadamente estúpido! ¡Paul me dijo que andabas a su lado como un príncipe en toda su gloria! ¡Ni más ni menos que entre el gentío en pleno Haymarket!

—Le agradezco a Sandbach sus halagos... —dijo Tietjens. Se quedó pensando un momento y añadió—: Estaba tratando de apartar a esa mujer... La estaba invitando a comer fuera de su oficina al final de Haymarket... Para quitársela de encima a un amigo. Eso, por supuesto, debe quedar entre nosotros.

Dijo aquello con grandes reticencias, porque no quería arrojar ninguna sombra sobre el gusto de Macmaster, ya que la joven en cuestión no era ni mucho menos de las que deberían ser vistas con un circunspecto funcionario público. Pero no había dicho nada que implicara a Macmaster, y al fin y al cabo él tenía otros amigos.

El general se atragantó.

—Por mi alma —exclamó—, ¿por quién me has tomado? —y repitió sus palabras como si estuviese asombrado—: Si mi segundo oficial de Estado Mayor, que es el tipo más burro y estúpido que conozco, me diera una excusa tan tonta como ésa, lo despediría mañana mismo. Maldita sea, el primer deber de un soldado..., el primer deber de cualquier inglés..., es poder contar una buena mentira en respuesta a una acusación. Pero una mentira como ésa... —Se interrumpió casi sin aliento y luego volvió a empezar—: ¡Qué demonios! Yo le conté esa misma excusa a mi abuela, y mi abuelo se la había contado antes a su abuelo. ¡Y dicen que eres brillante...! —Hizo una pausa y después preguntó con reconvención—: ¿O es que me tomas por un viejo senil y decadente?

Tietjens respondió:

—Sé muy bien, señor, que es usted el general de división más inteligente del ejército británico. Dejaré que saque usted sus propias conclusiones respecto a lo que he dicho y lo que hice... —Había contado la pura verdad, pero no lamentaba que no le creyera.

El general dijo:

—En tal caso interpretaré que me estás contando una excusa con la intención de que yo note que lo es. Es lo más correcto. Interpretaré que tienes intención de dejar a esa mujer al margen de todo. Pero escúchame bien, Chrissie —su tono adoptó una seriedad más profunda—, si la mujer que se ha interpuesto entre tú y Sylvia..., y ha roto tu hogar, ¡maldita sea!, porque eso es lo que ha hecho..., resulta ser la señorita Wannop...

—Se llama Julia Mandelstein —le interrumpió Tietjens.

El general respondió:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Por supuesto...! Pero si es esa joven Wannop y el asunto no ha llegado demasiado lejos todavía..., aléjala de ti..., aléjala de ti y sé un buen chico. Para su madre sería un golpe demasiado...

Tietjens dijo:

—¡General! Le doy mi palabra de que...

El general replicó:

—No te estoy preguntando nada, muchacho, ahora me toca hablar a mí. ¡Tú me has contado tu versión y eso es lo que contaré por ti! Pero esa muchacha es..., ¡o era...!, más recta que una vela. Aunque supongo que debes de saberlo mejor que yo. Por supuesto, cuando se juntan con esas locas es imposible saber lo que les ocurrirá. Dicen que son todas un hatajo de prostitutas... Espero que me perdones, si te gusta la chica...

—¿Es la señorita Wannop —preguntó Tietjens— la chica de la manifestación?

—Sandbach me contó —prosiguió el general— que, desde donde estaba, no pudo ver si la chica era la misma de Haymarket. Pero le pareció que sí... Estaba casi seguro.

—Si tenemos en cuenta que Sandbach se casó con su hermana —replicó Tietjens—, su gusto con las mujeres está fuera de toda duda.

—Te repito que no te estoy preguntando nada —dijo el general—. Pero te lo vuelvo a repetir: aléjala de ti. Su padre era un gran amigo del tuyo; o el tuyo un gran admirador del suyo. Dicen que era el hombre más brillante del partido.

—Por supuesto, sé quién era el profesor Wannop —dijo Tietjens—. No puede contarme sobre él nada que no sepa.

—Supongo que no —concedió secamente el general—. Entonces sabrás que no dejó un penique al morir y que ese corrompido gobierno liberal no quiso poner a su mujer y sus hijos en la lista de pensionistas del Estado porque él había escrito, de vez en cuando, en un periódico *tory*. Y sabrás que la madre lo ha pasado muy mal y sólo ahora empieza a levantar cabeza. Si es que lo ha hecho. Sé que Claudine les lleva todos los melocotones que puede arrancarle al jardinero de Paul. —Tietjens estuvo a punto de decir que la señora Wannop, la madre, había escrito la única novela que valía la pena leer desde el siglo XVIII..., pero el general prosiguió—: Escucha, muchacho... Si no puedes pasarte sin mujeres... Yo diría que Sylvia tendría que bastarte. Pero sé cómo somos los hombres... No pretendo insinuar que yo sea un santo. Una vez oí decir a una mujer en el desfile del día del Imperio que eran ellas quienes salvaban las vidas y la cara de las mujeres virtuosas del país. Y me atrevería a decir que es cierto. Pero escoge a una chica a la que puedas poner en un estanco y cortejar con discreción. Y no en Haymarket... Dios sabrá si puedes permitirte. Eso es asunto tuyo. Tengo entendido que estás sin blanca. Y por lo que Sylvia le ha dado a entender a Claudine...

—Me niego a creer —aseguró Tietjens— que Sylvia le haya dicho nada a lady Claudine..., es demasiado recta.

—Yo no he dicho tal cosa —exclamó el general—, en concreto he insinuado que se lo ha dado a entender. Y tal vez no debería haber dicho tanto, pero ya sabes cómo son las mujeres para averiguar las cosas. Y Claudine es peor que ninguna otra mujer que yo haya conocido.

—Y, por supuesto, ha contado con la ayuda de Sandbach —respondió Tietjens.

—¡Oh!, ese tipo es peor que cualquier mujer —exclamó el general.

—Entonces, ¿a qué se reduce la acusación? —preguntó Tietjens.

—¡Demonios! —le espetó el general—, no soy un condenado detective, sólo quiero una historia creíble que contarle a Claudine. O ni siquiera creíble. Una mentira flagrante con tal de que pruebe que no te burlas de la sociedad..., tal como daría a entender el hecho de que te pasearas con la señorita Wannop por Haymarket sabiendo que tu mujer te ha dejado por su culpa.

—¿A qué se refiere? —preguntó con paciencia Tietjens— ¿Qué es lo que ha dado a entender Sylvia?

—Sólo —respondió el general— que eres..., que tus opiniones son... inmorales. Claro que a mí también me dejan perplejo. Y, por supuesto, si tus opiniones no coinciden con las de la gente y no te las guardas para ti, lo lógico es que los demás acaben pensando que eres un inmoral. ¡Eso fue lo que despertó las suspicacias de Sandbach!, eso y tus extravagancias... ¡Oh, qué demonios! Coches de punto a todas horas, taxis y telegramas... Muchacho, los tiempos ya no son como cuando tu padre y yo nos casamos. Entonces decíamos que para contraer matrimonio había que ganar quinientas libras al año si no se era el primogénito... Y además esa chica... —su voz adoptó un tono más avergonzado y dolorido—. Tal vez no se te haya ocurrido pensarlo... Pero, por supuesto, Sylvia tiene sus ingresos... Y ten en cuenta que... si vives por encima de tus posibilidades y..., en pocas palabras, que estás gastando el dinero de Sylvia con la otra chica, y eso está muy mal visto. —Enseguida añadió—: Tengo que decir que la señora Satterthwaite te respalda contra viento y marea. ¡Contra viento y marea! Claudine le escribió una carta. Pero ya sabes cómo son las mujeres con un yerno bien parecido que las trata con respeto. Deja que te diga que, de no haber sido por tu suegra, Claudine te habría borrado de su lista de visitas hace meses. Y lo mismo habría hecho mucha más gente...

Tietjens respondió:

—Gracias. Creo que con eso es suficiente. Deme un par de minutos para pensar en lo que me ha dicho...

—Iré a lavarme las manos y a cambiarme de chaqueta —respondió el general con un inmenso alivio.

Al cabo de dos minutos, Tietjens dijo:

—No; creo que no quiero añadir nada.

El general exclamó con entusiasmo:

—¡Así me gusta, muchacho! Una confesión sincera es casi igual que el propósito de enmienda... Y... trata de ser más respetuoso con tus superiores... Maldita sea; dicen que eres muy brillante. Pero doy gracias al cielo de no tenerte bajo mis órdenes... Estoy convencido de que eres un buen muchacho, pero eres de esos tipos capaces de poner patas arriba a toda una división... Un auténtico..., ¿cómo se llama? ¡Un auténtico Dreyfus!

—¿Cree usted que Dreyfus era culpable? —preguntó Tietjens.

—Maldita sea —respondió el general—, era mucho peor que eso..., uno de esos tipos de los que no puede uno fiarse, pero contra quienes nunca se puede probar nada. Un auténtica catástrofe para la humanidad...

Tietjens exclamó:

—¡Ah!

—Sí —dijo el general—, los tipos así perturban la sociedad. No sabe uno dónde pisa. Resulta imposible saber a qué atenerse. Es muy desagradable... ¡Y él también es un tipo brillante! Tengo entendido que lo han ascendido a general de brigada... —Le puso el brazo por encima del hombro a Tietjens.

—Vamos, vamos, muchacho —le animó—, ven a beber un poco de aguardiente. Ésa es la verdadera respuesta a todos estos malditos inconvenientes.

Aún pasó algo de tiempo antes de que Tietjens pudiera pensar en sus dificultades. El tílburí que los llevó de vuelta recorrió la sinuosa carretera de las marismas con la lenta pompa de una procesión que desfilara ante la absurda y pintoresca pirámide roja de la antigua ciudad. Tietjens tuvo que escuchar cómo el general le recomendaba que no volviera por el club de golf hasta el lunes. Él jugaría con Macmaster. Un tipo serio y sensato ese Macmaster. Era una lástima que Tietjens no fuese la mitad de sensato que él.

Los dos tipos de la ciudad habían ido a ver al general en el campo de golf y habían lanzado violentas invectivas contra Tietjens, por lo visto no les había sentado bien que les llamaran cerdos despreciables a la cara. El general les respondió que él también les había dicho, claro y despacio, que eran un par de cerdos despreciables y que, a partir del lunes, tendrían la entrada prohibida en el club. Pero, al parecer, tenían derecho de estar allí hasta el lunes y el club no quería organizar ninguna escena. Sandbach también estaba furioso con Tietjens.

Tietjens replicó que la culpa la tenían unos tiempos que toleraban que advenedizos como Sandbach pudieran frecuentar la compañía de caballeros. Uno se comportaba de un modo exquisitamente correcto y luego un granuja insignificante como ése empezaba a echar leña al fuego y a cotillear por ahí. Añadió que sabía que Sandbach era el cuñado del general, pero no podía evitarlo. Era la pura verdad... El

general dijo: «Lo sé, muchacho, lo sé...». Pero uno tenía que aceptar la sociedad tal como era. Había que casar a Claudine con alguien, y Sandbach era un buen marido, cuidadoso, sobrio y con las convicciones políticas adecuadas. Tal vez fuese un poco obtuso, pero ¿no se podía tener todo! Claudine estaba empleando toda su influencia en el otro bando —que no era poca, ¡las mujeres son maravillosas!— a fin de conseguirle un puesto de diplomático en Turquía, y alejarlo así de la señora Crundall. La señora Crundall era la antisufragista más prominente del pueblo. Por eso Sandbach estaba tan irritado con Tietjens. Se lo contó a Tietjens para que pudiera comprender.

Hasta entonces, Tietjens se había convencido de que era capaz de examinar cualquier asunto con rapidez y luego guardarlo en la memoria. Apenas escuchó al general. Las acusaciones en su contra eran groseras, pero por lo general sabía cómo hacer caso omiso de esas acusaciones y pensaba que si no volvía a aludir a un asunto, tampoco volvería a oír hablar de él. Si en los clubes y en los demás sitios donde los hombres hablan, circulaban rumores desagradables, prefería que todos pensaran que él era un disoluto y no que su mujer era una adúltera. Era lógico, pura vanidad masculina, ¡la preferencia de un caballero inglés! Si el comportamiento de Sylvia hubiera sido intachable y el suyo también..., ¿en ese aspecto sabía que lo era!, sin duda se habría defendido, al menos ante el general. Pero, al no defenderse con más energía, había actuado de forma práctica. Pues pensaba que, de haberlo intentado, podría haber acabado convenciendo al general. ¡Pero había obrado bien! No era mera vanidad. Había que pensar en el chico que estaba en casa de su hermana Effie. ¡Para un niño es mejor tener un padre disoluto que una ramera por madre!

El general disertaba sobre la solidez de un castillo bajo, como una pila de fichas de damas, que quedaba a la izquierda, en la llanura iluminada por el sol. Estaba diciendo que hoy ya no se construía como antes.

Tietjens respondió:

—Se equivoca usted por completo, general. Todos los castillos que construyó Enrique VIII en 1543 a lo largo de esta costa son auténticos monumentos de construcción chapucera... «In 1543 jactat castra Delis, Sandgatto, Reia, Hastings Henricus Rex...» O, lo que es lo mismo, que los echó por tierra... ^[17]

El general se echó a reír:

—Eres incorregible... Si hay algún dato conocido...

—Vaya usted y vea esos horrores —respondió Tietjens—. Comprobará que sólo tienen un revestimiento de piedra de Caen que trajeron hasta aquí en barco, y que todo lo demás son escombros y cascotes. ¡Fíjese! Es un hecho probado y bien sabido que nuestros cañones de calibre dieciocho son mejores que los franceses del setenta y cinco. No dejan de repetírnoslo en la Cámara, en los mítines, en los periódicos; el público lo cree... Pero ¿acaso pondría usted uno de esos trastos de hojalata a disparar,

¿cuánto era?, ¿cuatro proyectiles por minuto?, con esas clavijas torcidas en la parte de atrás para absorber el retroceso, contra sus cañones del setenta y cinco, que tienen cilindros de aire comprimido...?

El general se sentó muy erguido en sus cojines.

—Eso es diferente —dijo—. ¿Cómo demonios te enteras de esas cosas?

—No lo es —replicó Tietjens—, la misma mentalidad obtusa que cree que Enrique VIII construía bien es la que nos mete en guerras con cañones anticuados y munición cien veces inferior. Usted despediría a cualquiera de su Estado Mayor que afirmara que podemos resistir un solo minuto contra los franceses.

—Bueno, en cualquier caso —insistió el general—, doy gracias al cielo de que no formes parte de mi Estado Mayor, porque tu cháchara me agotaría en menos de una semana. Es cierto que el público...

Pero Tietjens no le estaba escuchando. Estaba pensando que era muy natural que un advenedizo como Sandbach traicionara la solidaridad que debía existir entre los hombres. ¡Y que era aún más natural que una mujer sin hijos como lady Claudine Sandbach, cuyo marido le era notoria y flagrantemente infiel, creyera en la infidelidad de los maridos de las demás mujeres!

El general le estaba diciendo:

—¿Quién te ha contado todo eso sobre la artillería francesa?

Tietjens respondió:

—Usted. ¡No hace ni tres semanas!

Y todas las otras damas de sociedad con sus maridos infieles... Harían todo lo posible por arruinar a un hombre. ¡Lo borrarían de su lista de visitas! Muy bien, que lo hicieran. ¡Un hatajo de prostitutas estériles casadas con eunucos infieles...! De pronto, recordó que no sabía con seguridad si era o no el padre de su hijo y gimió.

—Vaya, ¿qué es lo que he dicho ahora? —preguntó el general—. Espero que no vayas a decirme que los faisanes se alimentan de mangostas...

Tietjens le demostró que no había perdido la cordura diciéndole:

—¡No!, ¡estaba pensando en el ministro! Le parecerá sensato, ¿no? —Pero se quedó con mal sabor de boca. No había sido capaz de clasificar y poner bajo llave sus desagradables pensamientos. Era como si hubiese estado hablando consigo mismo.

En la ventana del mirador de una hostería distinta de la suya vislumbró al señor Waterhouse, que estaba contemplando la vista de las marismas. El gran hombre lo saludó y volvió a entrar. El señor Waterhouse contaba con que Tietjens —a quien tenía por un hombre con sentido común— hiciera lo posible por evitar la detención de las dos chicas. Él no podía hacer nada al respecto, pero estaba dispuesto a donar un billete de cinco libras y tal vez a conceder un pequeño ascenso al policía con tal de que no se diera publicidad a la incursión vespertina de aquellas dos locas.

No resultó muy difícil, pues allí donde fuese a estar el gran hombre, estarían

también el alcalde, el escribano del ayuntamiento, el jefe de policía del pueblo, los médicos y los abogados. Y, una vez arreglado todo, el gran hombre bajó al bar, se tomó una copa y los alegró a todos inmensamente con su afabilidad.

Tietjens mismo, después de cenar a solas con el ministro, con quien estaba deseando hablar de su Ley de Financiación del Trabajo, no lo encontró del todo desagradable: en realidad no era tan imprudente y taimado, salvo en su sentido del humor; era evidente que estaba cansado, pero se animó después de un par de whiskies; y desde luego no era un plutócrata, y le gustaba tanto el pastel de manzanas con natillas como a un niño de catorce años. E, incluso en lo referido a su famosa ley, que por entonces conmovía al país hasta los cimientos políticos, una vez aceptada su absoluta falta de adecuación al temperamento y necesidades de la clase trabajadora inglesa, se notaba que el señor Waterhouse no tenía intención de ser deshonesto. Aceptó con gratitud varias rectificaciones de Tietjens sobre los datos actuariales... Y, después del oporto, coincidieron en dos ideales legislativos básicos: que cada trabajador debería cobrar un mínimo de cuatrocientas libras al año y que cada empresario brutal que quisiera pagar menos debería ser ahorcado. Por lo visto, ése era el elevado *toryismo* de Tietjens así como el extremo radicalismo de la extrema izquierda de la izquierda.

Y Tietjens, que era incapaz de odiar a nadie, al ver a aquel tipo simpático y sencillo con aspecto de colegial, se preguntó por qué la humanidad, que resultaba casi agradable descompuesta en unidades, era, como masa, un fenómeno tan odioso. Si se cogían doce hombres, ninguno de ellos detestable ni carente de interés, porque cada uno de ellos tenía detalles técnicos que aportar sobre su especialidad, y se formaba con ellos un club o un gobierno, en el acto, las opresiones, las inexactitudes, el cotilleo, las venganzas, las mentiras, las corrupciones y las vilezas, los convertían en esa combinación de un lobo, un tigre, una comadreja y un mono cubierto de piojos que era la sociedad humana. Y recordó las palabras que dijo una vez un ruso: «Gatos y monos. Monos y gatos. Ahí está toda la humanidad».

Tietjens y el señor Waterhouse pasaron juntos el resto de la tarde.

Mientras Tietjens se entrevistaba con el policía, el ministro se quedó sentado en los escalones de la hostería fumando cigarrillos baratos; y cuando Tietjens se fue a la cama, el señor Waterhouse insistió en enviarle educados mensajes a la señorita Wannop a través de él, invitándola a pasar cualquier tarde por su despacho privado de la Cámara de los Comunes a discutir el sufragio femenino. El señor Waterhouse se negó en redondo a creer que Tietjens no hubiera convenido la incursión con la señorita Wannop. Aseguró que estaba todo demasiado bien calculado para que lo hubiera planeado una mujer, y le dijo a Tietjens que era un hombre afortunado, pues era una muchacha estupenda.

De vuelta en su habitación bajo las vigas, Tietjens, no obstante, cayó presa de una

gran agitación. Estuvo un buen rato yendo de un lado a otro de la habitación, y como no lograba quitarse de encima aquellas ideas, acabó por sacar su baraja, y se puso a pensar muy seriamente en las condiciones de su vida con Sylvia. Quería evitar el escándalo, si es que era posible; quería que vivieran dentro de sus posibilidades, quería apartar al niño de la influencia de su madre. Todas eran cosas claras pero complicadas... Luego, parte de su cerebro se perdió en la redistribución de datos, y sus manos empezaron a colocar reyes y reinas sobre la mesita de juegos y se puso a calcular su recurrencia.

De ese modo, la súbita entrada de Macmaster le produjo una impresión física terrible. Estuvo a punto de vomitar; la cabeza le daba vueltas y la habitación se movía. Bebió una gran cantidad de whisky ante la mirada atónita de Macmaster, pero ni siquiera así fue capaz de hablar, y se tumbó en la cama vagamente consciente de los esfuerzos de su amigo por aflojarle la ropa. Supo que había logrado suprimir los pensamientos de la parte consciente de su inteligencia hasta tal punto que la parte inconsciente había ocupado su lugar y había paralizado tanto su cuerpo como su espíritu.

V

—No me parece justo, Valentine —dijo la señora Duchemin. Estaba arreglando unas flores diminutas que flotaban sobre el agua en un jarrón de cristal. Allí, sobre la mesa del desayuno, eran como un fragmento de mosaico entre fuentes de plata sobre infiernillos, centros de mesa de plata con melocotones apilados formando pirámides, y grandes cuencos de plata llenos de rosas que pendían sobre el mantel de damasco. Una profusión de objetos de plata formaba una especie de fortificación en la cabecera de la mesa: dos enormes teteras de plata, un gran hervidor de plata sobre un trípode y un par de jarrones de plata de finos y altos tallos azules de espuelas de caballero que, al abrirse, le daban aspecto de abanico. La habitación dieciochesca era alargada y de techos muy altos y estaba forrada con paneles de madera oscura. En el centro de cada uno de los cuatro paneles que daban a la ventana colgaban cuadros de añeja tonalidad anaranjada que representaban nieblas y los aparejos de unos barcos entre la neblina del amanecer. Debajo de cada gran marco dorado había un letrero que llevaba la inscripción: «J. M. W. Turner». Las sillas, colocadas a lo largo de la mesa dispuesta para ocho personas, tenían esbeltos y delicados respaldos Chippendale; sobre un dorado aparador de caoba que tenía detrás unas cortinas verdes de seda colgadas de un raíl de latón, había un enorme jamón cocido; más melocotones sobre un centro de mesa; un pastel de carne grande y crujiente; otro centro de mesa que sostenía los globos pálidos de unos pomelos; una galantina y un cubo de carne incrustado en espesa gelatina.

—¡Oh!, en estos tiempos las mujeres debemos ayudarnos unas a otras —dijo Valentine Wannop—. No podía dejar que te las arreglases tú sola después de haber venido a desayunar con vosotros todos los sábados desde que tengo memoria.

—Te estoy —respondió la señora Duchemin— inmensamente agradecida por tu apoyo moral. Tal vez no tendría que haberme arriesgado esta mañana. Aunque le he dicho a Parry que lo deje fuera hasta las diez y cuarto.

—En cualquier caso, demuestra mucha deportividad por tu parte —replicó la chica—. Creo que valía la pena intentarlo.

La señora Duchemin, rodeó indecisa la mesa y cambió ligeramente la posición de las espuelas de caballero.

—Creo que servirán como pantalla —dijo la señora Duchemin.

—¡Oh!, nadie podrá verlo —respondió animándola la joven. Luego añadió con súbita resolución—: Mira, Edie. Deja de preocuparte por mí. Si crees que cualquier cosa que oiga en tu mesa, después de nueve meses trabajando como una esclava en Ealing, con tres hombres en la casa, una mujer enferma y una cocinera borracha, puede corromper mi espíritu, te equivocas. Ten la conciencia tranquila y no hablemos más del asunto.

La señora Duchemin exclamó:

—¡Oh, Valentine! ¿Cómo pudo permitir tu madre que...?

—No lo sabía —respondió la chica—. Estaba enloquecida por el dolor. Se pasó la mayor parte de los nueve meses sentada de brazos cruzados en una pensión de veinticinco chelines a la semana, y aceptaba los cinco chelines a la semana que ganaba yo para completar el dinero —luego añadió—: Por supuesto, también tenía que pagar la escuela de Gilbert. Y en vacaciones también.

—¡No lo entiendo! —dijo la señora Duchemin—. Sencillamente no lo entiendo.

—Pues claro que no —respondió la chica—. Tú eres como todas esas buenas personas que organizaron una colecta para volver a comprar la biblioteca de mi padre y luego regalársela a mi madre. Eso nos costó otros cinco chelines a la semana para pagar el almacén de los libros, y en Ealing siempre me estaban regañando por el estado de mi ropa...

Se interrumpió y dijo:

—No hablemos más de eso, si no te importa. Estoy en tu casa, así que supongo que tienes derecho a pedir referencias, como dicen las amas de casa. Pero tú siempre has sido muy buena conmigo y nunca me las has pedido. Aun así ha llegado el momento; ¿sabes que ayer le dije a un hombre en el campo de golf que había trabajado nueve meses como sirvienta doméstica? Estaba tratando de explicarle por qué era sufragista; y, como le estaba pidiendo un favor, pensé que debía darle mis referencias también a él.

La señora Duchemin hizo un impulsivo ademán de acercarse a la chica y exclamó:

—¡Tú, querida!

La señorita Wannop respondió:

—Espera un minuto. No he terminado. Lo que quiero decir es que nunca hablo de esa época de mi vida porque me avergüenza. Y me avergüenza por la sencilla razón de que creo que me equivoqué. Actué por impulso y no rectifiqué por pura obstinación. Quiero decir que probablemente habría sido más sensato pasar el sombrero entre algunas personas generosas para mantener a mi madre y completar mi educación. Pero cuando se hereda la mala suerte de los Wannop también se hereda su orgullo. Y no pude hacerlo. Además, sólo tenía diecisiete años, y declaré que después de la venta nos íbamos a mudar al campo. Como sabes, no he tenido una educación, o la he tenido sólo a medias, porque mi padre era tan inteligente que tenía ideas. Y una de ellas era que yo iba a ser profesora de atletismo en Cambridge y no una profesora convencional, o que habría podido serlo, creo. No sé de dónde le vino esa ocurrencia... Pero me gustaría que entendieras dos cosas. Una la he dicho ya: lo que oiga en esta casa ni me sorprenderá ni me corromperá, me es indiferente que se diga en latín. Comprendo el latín tan bien como el inglés porque mi padre nos habló a mí y

a Gilbert en latín en cuanto empezamos a balbucir.

»...Y, ¡oh, sí!: soy sufragista porque he sido sirvienta doméstica. Pero quiero que comprendas que, aunque haya sido sirvienta doméstica y sea sufragista..., eres una mujer anticuada y de ambas cosas se piensan cosas muy raras..., así que quiero que comprendas que a pesar de todo soy pura, casta, ya sabes..., perfectamente virtuosa.

La señora Duchemin preguntó:

—¡Oh, Valentine! ¿Tuviste que llevar cofia y delantal? ¡Tú! ¡Con cofia y delantal!

La señorita Wannop replicó:

—¡Sí! Llevé cofia y delantal y le gimoteaba «Señora» a mi ama, y dormía debajo de las escaleras porque no quería dormir con la zafia de la cocinera.

La señora Duchemin se adelantó corriendo y cogió a la señorita Wannop de las manos y la besó primero en la mejilla izquierda y luego en la derecha.

—¡Oh!, Valentine —dijo—, eres una heroína. ¡Y sólo tienes veintidós años! ¿No es eso el ruido del coche?

Pero no lo era y la señorita Wannop afirmó:

—¡Oh, no! No soy ninguna heroína. Cuando traté de hablarle a ese ministro de ayer, no pude. Fue Gertie quien le habló, yo me puse a dar saltitos y balbucí: «¡Vo... Vo... Votos para las Mu... Mu... Mu... ujeres! Si hubiese sido valiente de verdad no me habría avergonzado tanto hablar con un extraño.

—Pero sin duda —respondió la señora Duchemin, que seguía sujetándole las manos— eso te convierte en más fuerte... El verdadero héroe es quien hace algo que le asusta, ¿no?

—¡Oh, a los diez años siempre teníamos esa vieja discusión con mi padre! Nunca se sabe. Habría que definir lo que es el valor. Fui cobarde..., me atreví a increparles cuando estaban todos. Pero fui incapaz de hablar con un solo hombre a sangre fría... Por supuesto, sí hablé con ese idiota gordo de ojos saltones que jugaba al golf, para que salvase a Gertie. ¡Pero eso fue diferente!

La señora Duchemin movió las manos de la chica arriba y abajo.

—Como sabes muy bien, Valentine —dijo—, soy una mujer anticuada. Creo que el verdadero lugar de una mujer está al lado de su marido. Aunque al mismo tiempo...

La señorita Wannop se apartó.

—¡No, Edie, no! —exclamó—. Si crees eso, es que te opones. No puedes correr con la liebre y cazar con los perros. Ése es tu mayor defecto... Te digo que no soy una heroína. Me da miedo ir a la cárcel. Detesto las discusiones. Doy gracias a Dios de que mi deber sea ayudar a mi madre con la casa y pasar a máquina sus manuscritos, porque así puedo hacer cosas útiles... Mira a esa triste y mórbida Gertie, oculta en nuestra buhardilla. ¡Se ha pasado la noche llorando...!, pero es sólo por los

nervios. Ha estado en la cárcel cinco veces e incluso le han lavado el estómago. ¡Y no le teme a nada...! En cambio yo, una chica dura como una roca a la que la cárcel no le afectaría en lo más mínimo, estoy hecha un manojo de nervios. Por eso digo tonterías como una colegiala impertinente. A cada momento tengo la sensación de que la policía va a venir a detenerme.

La señora Duchemin le acarició el cabello rubio a la chica y le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Ojalá dejaras que te enseñase a peinarte —afirmó—. El hombre adecuado podría aparecer en cualquier momento.

—¡Oh, el hombre adecuado! —respondió la señorita Wannop—. Gracias por cambiar con tanto tacto de asunto. El hombre adecuado, cuando llegue, será un hombre casado. ¡En eso consiste la mala suerte de los Wannop!

La señora Duchemin replicó con profunda preocupación:

—No hables así... ¿Por qué ibas a pensar que tienes peor suerte que otras personas? A tu madre le ha ido bien. Tiene una posición, gana dinero...

—Ah, pero mi madre no es una Wannop —respondió la chica—, sólo lo es por matrimonio. Los verdaderos Wannop... han sido ejecutados y deshonorados, y falsamente acusados y han muerto en accidentes de carruaje, y se han casado con aventureras o han muerto sin un penique como mi padre. Desde los albores de la historia. Y, además, mi madre tiene su mascota...

—¡Oh!, ¿de qué se trata? —preguntó la señora Duchemin, con cierto interés—, ¿de una reliquia...?

—¿No sabes lo de la mascota de mi madre? —preguntó la chica—. Se lo cuenta a todo el mundo... ¿No has oído la historia del hombre del champán? Lo de que mi madre estaba sentada en su vestidor pensando en suicidarse cuando entró un hombre llamado Tea-tray ^[18] o algo parecido; siempre lo llama la mascota y nos pide que le llamemos así en nuestras oraciones... Había asistido a una universidad alemana con mi padre unos años antes y le tenía mucho aprecio, pero había perdido el contacto con él. Llevaba nueve meses fuera de Inglaterra cuando se enteró de que mi padre acababa de morir. Y le dijo: «Vaya, señora Wannop, ¿qué le ocurre?». Y ella se lo explicó. Y él respondió: «¡Lo que usted necesita es un poco de champán!». Y le dio un soberano a la criada para que fuese a comprar una botella de Veuve Clicquot. Y rompió el cuello de la botella contra la repisa de la chimenea porque tardaban en llevarle un abridor. Y se quedó allí mientras ella se bebía media botella en el vaso del cepillo de dientes. Y luego la invitó a almorzar... ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡hace frío! Y la aconsejó... Y le consiguió un trabajo para revisar editoriales en un periódico del que él era accionista...

La señora Duchemin dijo:

—¡Estás temblando!

—Lo sé —dijo la chica y luego continuó a toda prisa—: Y, por supuesto, mi madre siempre le había escrito los artículos a mi padre. A él se le ocurrían ideas, pero no sabía escribir, y ella tiene un estilo espléndido... Y desde entonces él, la mascota, Tea-tray, siempre ha aparecido en los peores momentos. ¡Como cuando se enfadaron con ella en el periódico y amenazaron con despedirla por sus errores! Comete unos errores terribles. Y le escribió una tabla de cosas que cualquier redactor de editoriales debe saber, como que «A. Ebor» es el arzobispo de York, y que el gobierno es de signo liberal. Y un día se presentó y le dijo: «¿Por qué no escribe una novela sobre esa historia de la que me habló?». Y le prestó el dinero para comprar la casa de campo en la que vivimos para que pudiera estar tranquila y escribir... ¡Oh, no puedo seguir!

La señorita Wannop prorrumpió en lágrimas.

—Es por pensar en esos días horribles —dijo—. ¡Y en ese horrible, horrible día de ayer! —Se pasó los nudillos violentamente por los ojos y eludió el pañuelo y los abrazos de la señora Duchemin. Luego dijo casi con desdén—: Qué persona tan amable y considerada soy. ¡Y tú con este suplicio sobre tus hombros! ¿Acaso crees que no aprecio tu silencioso heroísmo hogareño mientras nosotras desfilamos por ahí con banderas y gritamos consignas? Pero es precisamente para que las mujeres como tú dejéis de ser torturadas, en cuerpo y alma, día tras día, por lo que...

La señora Duchemin se había sentado en una silla cerca de la ventana y se tapaba la cara con el pañuelo.

—¿Por qué las mujeres en tu situación no se buscan un amante? —preguntó acalorada la chica—. O es que se los buscan...

La señora Duchemin alzó la mirada, a pesar de las lágrimas su pálido semblante tenía un aire digno y serio.

—¡Oh, no, Valentine! —dijo en tono grave—. Hay algo hermoso y emocionante en la castidad. No soy estrecha de miras. ¡Censorius! ^[19] ¡No condeno a nadie! Pero observar de palabra, acción y pensamiento una fidelidad de por vida... No es un logro pequeño.

—Quieres decir como ganar una carrera de sacos —replicó la señorita Wannop.

—No tendría que haberlo planteado así —respondió con amabilidad la señora Duchemin—. ¿No crees que el verdadero símbolo es Atalanta, corriendo a toda prisa y sin desviarse a recoger la manzana dorada? ^[20] Ésa me ha parecido siempre la verdad oculta en esa hermosa leyenda...

—No lo sé —respondió la señorita Wannop—, cuando leo lo que dice Ruskin al respecto en *La corona de olivo silvestre*. ¡Oh, no! Es en *La reina del aire*. Así se llama su libro sobre Grecia, ¿no? Siempre pienso que parece una carrera de sacos en la que la joven no tiene la vista fija en la meta. Pero supongo que todo se reduce a lo mismo.

La señora Duchemin dijo:

—¡Querida! No permitiré que nadie diga una sola palabra en contra de John Ruskin en esta casa.

La señorita Wannop chilló.

Una voz estentórea había gritado:

—¡Por aquí! ¡Por aquí...! ¡Las damas están aquí!

De los coadjutores del señor Duchemin —tenía tres, porque regentaba tres parroquias en las marismas casi sin estipendio, algo que sólo podría permitirse un clérigo muy rico— lo más notable era que los tres tenían un físico más parecido al de un púgil que al de un clérigo. De modo que cuando, por casualidad, el señor Duchemin, que era también de una estatura considerable, y sus tres ayudantes andaban al atardecer por una carretera, a cualquier maleante con el que se encontraran en la niebla se le encogía el corazón.

El señor Horsley —el número dos— tenía además una voz muy potente. Gritaba cuatro o cinco palabras, intercalaba «ji, ji, ji», gritaba cuatro o cinco palabras más y volvía a intercalar «ji, ji, ji». Tenía unas muñecas enormes que asomaban de sus puños clericales, una enorme nuez, una cara lívida, grande y delgada, el cabello tan corto que se le veía el cráneo y los ojos muy hundidos. Y cuando empezaba a hablar no había manera de pararlo, porque el sonido de su propia voz le impedía oír cualquier forma posible de interrupción.

Esa mañana, en su calidad de visitante habitual de la casa encargado de conducir hasta la habitación del desayuno a los señores Tietjens y Macmaster, a quienes se había encontrado en las escaleras, tenía muchas cosas que contar. De modo que su labor como guía no fue, en sí misma, un éxito...

—¡EN ESTADO DE SITIO, SEÑORAS! ¡Ji, ji, ji! —reía y rugía alternativamente—. Vivimos en auténtico estado de sitio... ¿Qué hay de...? —Por lo visto la noche anterior, después de la cena, el señor Sandbach y algo más de media docena de los jovenzuelos que habían cenado en Mountby, se habían dedicado a recorrer los caminos rurales, montados en motocicletas y armados con garrotes, en busca de... ¡sufragistas! Habían parado, intimidado, amenazado con sus garrotes e interrogado a todas las mujeres a las que se habían encontrado en la oscuridad. El campo estaba en armas.

Contar una historia así requería, con todas las reflexiones y repeticiones necesarias, mucho tiempo, y eso les proporcionó a Tietjens y la señorita Wannop la ocasión de mirarse el uno al otro. La señorita Wannop temió sinceramente que aquel hombretón torpe y de aspecto extraño pudiera, ahora que había vuelto a encontrarla, entregarla a la policía, que suponía que debía estar buscándolas a ella y a su amiga Gertie, la señorita Wilson, que en ese momento estaba en cama, al cuidado, suponía también, de la señora Wannop. Le había parecido lógico y natural verlo en el campo

de golf; en cambio allí con esa ropa tan ancha y aquellas manos tan enormes, con el mechón blanco a un lado del cabello más bien corto y sus rasgos enigmáticos e informes, le produjo la impresión de que estaba al mismo tiempo en su ambiente y fuera de lugar. Armonizaba bien con el jamón, con el pastel de carne, con la galantina e incluso un poco con las rosas; pero los cuadros de Turner, las hermosas cortinas y las etéreas túnicas de la señora Duchemin, que llevaba ámbar y rosas en el pelo, no casaban con él lo más mínimo. Ni siquiera lo hacían las sillas Chippendale. Y se descubrió pensando extrañamente, por debajo de sus temores de criminal y de la voz del reverendo Horsley, que el tweed de él combinaba bien con su propia falda, y se alegró de haberse puesto una blusa limpia de seda de color crema y no una camisa rosa de rayas.

En eso tenía razón.

En todos los hombres hay dos inteligencias que funcionan paralelamente, de modo que la una controla a la otra; así la emoción se enfrenta a la razón, el intelecto corrige a la pasión y las primeras impresiones actúan un poco, aunque sea muy poco, antes de la reflexión. No obstante, las primeras impresiones siempre tienen un sesgo a su favor, e incluso a una reflexión sosegada le cuesta trabajo borrarlas.

La noche anterior, Tietjens había dedicado un rato a pensar en aquella joven. El general Champion se la había asignado como *maîtresse en titre*. Se suponía que se había arruinado, que había destrozado su hogar y que había malgastado en ella el dinero de su mujer. Aquello era una sarta de mentiras. Sin embargo, tampoco eran imposibilidades intrínsecas. En determinadas circunstancias y con la mujer adecuada, hay hombres muy sensatos que han hecho cosas parecidas. Dios sabía que a él también podría sucederle. Pero que se hubiera arruinado por una joven tan insignificante, que se había presentado diciendo que había sido sirvienta doméstica, y que vestía una blusa rosa de algodón... ¡eso parecía sobrepasar los límites incluso del cotilleo de club más irracional!

¡Ésa fue la primera impresión y la más duradera! Estaba muy bien tratar de convencerse de que la chica no era una criada de nacimiento, sino que era la hija del profesor Wannop ¡y sabía saltar! —pues Tietjens era de la firme opinión de que lo que separaba a las clases superiores de las inferiores era que las primeras sabían levantar los pies del suelo y la gente vulgar no—. Pero la impresión perduraba. La señorita Wannop era una criada de nacimiento. Digamos una sirvienta por naturaleza. Era de buena familia, pues a los Wannop se les mencionaba por primera vez en Birdlip, en Gloucestershire, en el año 1417..., sin duda enriquecidos después de Agincourt. Pero incluso los hombres inteligentes de buena familia tienen, de cuando en cuando, hijas que son sirvientas por naturaleza. Ésa era una de las peculiaridades de la herencia... Y, aunque Tietjens había llegado tan lejos como para reparar en que la señorita Wannop debía de ser una especie de heroína que había sacrificado sus años

de juventud por el talento de su madre y sin duda por un hermano que estaba estudiando —pues había llegado a adivinar tanto como eso—, seguía siendo incapaz de verla de otro modo que como una sirvienta. Las heroínas son admirables, pueden ser incluso santas, pero si dejan que las preocupaciones se reflejen en su rostro y se vuelven desaharrapadas... En fin, deben esperar al oro que sin duda les espera en abundancia en el cielo. En esta tierra difícilmente puede aceptárselas como mujeres de hombres de tu propia clase. Desde luego, uno nunca gastaría el dinero de su mujer con ellas. A eso se reducía todo en realidad.

Pero favorecida como la veía ahora, con seda en lugar de algodón rosa, con el cabello limpio y rizado en lugar de con un sombrero blanco de tela, con un cuello joven y encantador, con unos buenos zapatos debajo de los elegantes tobillos, con un rubor saludable en lugar de la palidez que le producía el día anterior el temor a lo que pudiera ocurrirle a su compañera, como igual entre otras personas de calidad; baja de estatura, pero bien formada y saludable, y con unos inmensos ojos azules fijos en los suyos sin el menor recato...

«Demonios... —se dijo—, ¡es cierto! ¡Vaya amante tan guapa que me he echado!»

Culpó a Champion, a Sandbach y a los cotillas del club por la forma que había adoptado aquella idea, pues la cruel, amarga y estúpida presión del mundo tiene no obstante algo de selectivo, si empareja a hombres y mujeres en sus inexorables chismorreos es porque hay algo de armonioso en la unión. ¡Y entonces aparece la presión de la sugerencia!

Le echó un vistazo a la señora Duchemin y le pareció infinitamente vulgar y probablemente una aburrida. Le disgustó el estilo de su amplísimo vestido azul de hombros anchos y pensó que ninguna mujer debería utilizar ámbar, cuyo uso más apropiado era la fabricación de boquillas de cigarrillo para los sinvergüenzas. Volvió a mirar a la señorita Wannop y pensó que sería una buena mujer para Macmaster. A Macmaster le gustaban las chicas robustas, y ésta era lo bastante señora para él.

Oyó que la señorita Wannop le gritaba a la señora Duchemin por encima del vozarrón:

—¿Quieres que me siente junto a la cabecera de la mesa y vaya sirviendo las tazas?

La señora Duchemin respondió:

—¡No! Le he pedido a la señorita Fox que las sirva ella. Está sorda como una tapia. —La señorita Fox era la hermana sin dinero de un coadjutor fallecido—. Tú ocúpate de entretener al señor Tietjens.

Tietjens reparó en que la señora Duchemin tenía una voz profunda muy hermosa, atravesaba los ruidos del señor Horsley igual que el canto de un tordo atraviesa una tempestad. Era bastante agradable. Se dio cuenta de que la señorita Wannop esbozaba

una pequeña mueca.

El señor Horsley se volvía de un lado a otro, como un megáfono que le hablase a una multitud, y se dirigía a sus oyentes por rotación. En ese momento estaba berreándole a Macmaster, pronto volvería a ser el turno de Tietjens de oír una descripción de los ataques al corazón de la vieja señora Haglen en Nobeys. Pero el turno de Tietjens no llegó...

Una dama de unos cuarenta y cinco años, de mejillas redondas y tez morena, con una mirada agradable y bastante bien vestida con el negro de una viuda no muy reciente entró en la sala con precipitación. Le dio unos golpecitos en el declamatorio brazo derecho al señor Horsley, y como él siguió hablando, lo cogió de la mano y le dio unos tirones. Exclamó en voz alta y autoritaria:

—¿Quién es Macmaster, el crítico? —y luego con calma le dijo a Tietjens—: ¿Es usted Macmaster, el crítico? ¡No! Entonces debe de ser usted.

El modo en que se volvió hacia Macmaster y dejó de interesarse por él había sido una de las mayores muestras de grosería que había visto Tietjens, pero fue algo tan estrictamente profesional que no se ofendió. Estaba diciéndole a Macmaster:

—¡Oh!, señor Macmaster, mi nuevo libro saldrá el jueves de la semana que viene. —Había empezado a llevárselo hacia la ventana al otro extremo de la habitación.

La señorita Wannop preguntó:

—¿Qué has hecho con Gertie?

—¡Gertie! —exclamó la señora Wannop con la sorpresa de quien despierta de un sueño—. ¡Ah, sí! Está dormida. Dormirá hasta las cuatro. Le dije a Hannah que le echara un vistazo de vez en cuando.

La señorita Wannop hizo un gesto con las manos abiertas.

—¡Pero, mamá! —se obligó a decir.

—¡Oh, sí! —dijo la señora Wannop—, habíamos acordado decirle a la buena de Hannah que no viniera hoy. ¡Y lo hicimos! —Le dijo a Macmaster—: La buena de Hannah es nuestra criada. —Titubeó un instante y luego siguió muy animada—: Por supuesto, le vendrá bien oír hablar de mi nuevo libro. A ustedes, los periodistas, un poco de información previa... —Y se llevó a Macmaster del brazo...

Eso había ocurrido porque, justo antes de subir al tálburi que iba a llevarla a la rectoría —pues ella no sabía guiar un caballo—, la señorita Wannop le había dicho a su madre que habría dos hombres en el desayuno, uno cuyo nombre desconocía, y el otro un tal señor Macmaster, un crítico famoso. La señora Wannop le había gritado:

—¿Un crítico? ¿De qué? —Despertándose electrizada de su sueño.

—No lo sé —le había respondido su hija—. De libros, diría yo.

Un segundo o dos después, cuando el caballo, un enorme animal negro incapaz de procrear, había recorrido veinte metros con varias zancadas, el hombre que lo guiaba había dicho:

—Creo que su madre le está gritando alguna cosa... —Pero la señorita Wannop le había respondido que no tenía importancia. Estaba convencida de tenerlo todo previsto. Pensaba volver a la hora de comer; su madre le echaría de cuando en cuando un vistazo a Gertie Wilson en la buhardilla; le diría a Hannah, la criada, que se tomase el día libre. Era de suma importancia que Hannah no supiera que una joven desconocida estaba durmiendo en la buhardilla a las once de la mañana. De lo contrario, se correría la voz por el vecindario y la policía se les echaría encima de inmediato.

Pero la señora Wannop era una mujer de negocios. Si se enteraba de que había un crítico cerca de allí se apresuraba a visitarlo y a llevarle unos huevos como obsequio. En cuanto llegó la criada, se puso en camino hacia la rectoría. Ninguna consideración acerca del peligro de que acudiese la policía la habría detenido; además, se había olvidado por completo de la policía.

Su llegada importunó mucho a la señora Duchemin, porque quería que sus invitados estuvieran sentados y hubiesen empezado a desayunar cuando llegase su marido. Y eso no era fácil. La señora Wannop, que no había sido invitada, rehusó a apartarse del señor Macmaster. El señor Macmaster le había explicado que nunca escribía reseñas en los periódicos, sino sólo artículos para sesudas revistas cuatrimestrales, y a la señora Wannop se le había ocurrido que un artículo sobre su nuevo libro en una revista cuatrimestral era justo lo que necesitaba. De modo que estaba dedicada a ilustrar al señor Macmaster sobre cómo escribir sobre ella, y en las dos ocasiones en las que la señora Duchemin casi logró conducir al señor Macmaster a su asiento, la señora Wannop había vuelto a llevarlo al hueco de la ventana. Sólo sentándose con firmeza en su silla junto a Macmaster pudo retener la señora Duchemin aquel lugar estratégico y esencial. Y sólo exclamando: «Señor Horsley, tenga la bondad de sentar junto a usted a la señora Wannop y de servirle la comida», consiguió la señora Duchemin alejar a la señora Wannop del sitio del señor Duchemin en la cabecera de la mesa, pues la señora Wannop, al reparar en que aquel sitio estaba vacío y era contiguo al del señor Macmaster, había arrastrado hasta allí uno de los sillones Chippendale y estaba dispuesta a sentarse en él. Eso habría equivalido al desastre, pues habría supuesto dejar al señor Duchemin suelto entre los demás comensales.

El señor Horsley, en cualquier caso, cumplió con el encargo de llevarse de allí a aquella dama, y lo hizo con tanta firmeza que a la señora Wannop le pareció un hombre muy desagradable y extraño. El sitio del señor Horsley estaba junto al de la señorita Fox, una solterona canosa, que estaba sentada, por así decirlo, entre la fortificación de teteras de plata y se ocupaba hábilmente con las tapas de marfil de aquellos artilugios. La señora Wannop trató también de ocupar aquel sitio, pensando que, desplazando los jarrones de plata que contenían las altas espuelas de caballero,

podría conseguir una vista diagonal de Macmaster y gritarle desde allí. Comprobó, no obstante, que era imposible y se resignó a ocupar la silla que estaba reservada para la señorita Gertie Wilson, que iba a ser la octava invitada. Una vez allí se sentó con lúgubre pesimismo y se dedicó a decirle de vez en cuando a su hija:

—Me parece que todo está muy mal dispuesto. Esta reunión está muy mal organizada. —Apenas le dio las gracias al señor Horsley por el lenguado que le puso en el plato; a Tietjens ni siquiera lo miró.

Sentada junto a Macmaster, y con la mirada fija en una portezuela que había en el rincón de una de las paredes forradas de madera, la señora Duchemin se dejó dominar por un súbito y sobrecogedor ataque de aprensión, que, aunque había resuelto arriesgarse a no decir nada, le impulsó a decirle a su invitado:

—Tal vez haya sido injusto invitarlo a venir de este modo. Puede que no consiga usted nada de mi marido. Es proclive a..., sobre todo los sábados...

Se perdió en su propia indecisión. Tal vez no ocurriera nada. Dos de cada siete sábados no pasaba nada. En ese caso, su confesión habría sido en vano: ese ser comprensivo saldría de su vida con algo que no tendría por qué haber sabido, para convertirse en una mancha en el recuerdo que guardara de ella... Pero después, irresistible, la acometió la sensación de que si él supiera de sus sufrimientos, podría sentirse impelido a quedarse y consolarla. Buscó algunas palabras con las que terminar su frase. Pero Macmaster dijo:

—¡Oh, mi querida señora! —¡Y a ella le pareció encantador que le hablasen así! —. Cualquiera comprendería que..., cualquiera está obligado a comprender que... esos grandes eruditos, esos sabios distraídos...

La señora Duchemin suspiró un gran «¡Ah!» de alivio. Macmaster había empleado justo las palabras adecuadas.

—Y —estaba diciendo Macmaster— sólo pasar una hora; un leve vuelo... «Como cuando la golondrina se desliza de uno a otro airoso portal», ya conoce usted los versos, en perfecta compañía...

Era como si fluyeran oleadas de felicidad de él hacia ella. Todos los hombres tendrían que hablar así, igual que todos los hombres deberían tener aquel aspecto — ¡con la corbata de color azul acerado, un pasador de oro auténtico y unos ojos azules como el acero debajo de las cejas negras!—. Sintió una vaga sensación de calor que le recordó la bendición de quedarse dormida, ciertamente, en perfecta compañía. Las rosas sobre la mesa eran encantadoras, le llegó su aroma.

Luego le llegó una voz:

—Hay que admitir que hace usted las cosas a lo grande.

El ser grande, torpe, y por lo demás imperceptible, que aquel hombre tan fascinante había llevado consigo en el tren estaba tratando de llamar su atención. Acababa de poner ante ella un pequeño plato de porcelana azul que contenía un poco

de caviar negro y una rodaja de limón; y un delicado plato rosado de Sèvres con el melocotón más rosado de la habitación. Ella le había dicho: «¡Oh! ¡Un poco de caviar! ¡Un melocotón!», mucho tiempo antes, con la vaga sensación de que los nombres de dichos alimentos le conferirían a su persona un gran encanto ante Calibán.

Se ajustó la armadura de sus encanto; Tietjens estaba mirando fijamente con grandes ojos de pescado el caviar que ella tenía delante.

—¿Cómo consigue usted eso, por ejemplo? —preguntó.

—¡Oh! —respondió ella—. Si no fuese por mi marido parecería mera ostentación. Yo misma lo encontraría ostentoso. —Esbozó una sonrisa, radiante, aunque muda—. Ha aleccionado a Simpkins de New Bond Street. Basta una llamada telefónica la noche anterior para que envíen a unos recaderos especiales a Billingsgate al amanecer a comprar salmón y salmonetes en grandes bloques de hielo. Son todos productos tan delicados..., y luego, a las siete, el coche va a Ashford Junction... De todos modos, es difícil ofrecer un desayuno antes de las diez.

Ella no quería desperdiciar sus cuidadas frases con aquel tipo tan gris; no obstante, tampoco podía volverse, como deseaba hacer, hacia las frases que hilvanaba —¡como si espigase de los libros que ella había leído!— el hombre más pequeño.

—¡Ah!, pero no es ostentación —dijo Tietjens—. Entra dentro de la gran tradición. No debe usted olvidar jamás que su marido es Desayuno Duchemin de Magdalen. ^[21]

Tuvo la impresión de que estaba mirándola fija e inescrutablemente a los ojos. Aunque, sin duda, pretendía ser agradable.

—A veces me gustaría poder hacerlo —respondió ella—. Él nunca come nada. Es ascético hasta extremos irracionales. Los viernes no come nada en absoluto. Hace que me preocupe mucho..., por los sábados.

Tietjens dijo:

—Lo sé.

Ella exclamó, casi con brusquedad:

—¡Lo sabe usted!

Él siguió mirándola fijamente a los ojos:

—¡Oh, por supuesto, lo sé todo sobre Desayuno Duchemin! —respondió—. Duchemin fue uno de los que le allanaron el camino a Ruskin. ¡Se decía que era el más ruskiniano de todos!

La señora Duchemin exclamó: «¡Oh!». Por su imaginación pasaron fragmentos de las peores anécdotas sobre su viejo preceptor que le había contado su marido en sus peores momentos. Imaginó que aquel monstruo nebuloso debía de estar familiarizado con las partes más vergonzosas de su vida íntima. Pues Tietjens, que se había vuelto hacia ella y la miraba de frente, parecía haber crecido de un modo monstruoso con un

perfil indefinido. ¡Era el típico hombre, amenazador, torpemente odioso y distante! Se imaginó diciéndose a sí misma: «Te haré daño, como oses...». Pues ya se había imaginado influyendo en las preferencias, en los pensamientos y en el futuro del hombre que tenía al otro lado, que era, en cambio, el hombre tierno y adecuado, el complemento armonioso, la carne comestible, como la dulce pulpa de los higos... Era inevitable, y esencial para la naturaleza de su relación con su marido, que la señora Duchemin tuviera aquellos sentimientos...

Tan alterada estaba, que casi oyó sin emoción a sus espaldas la voz temida y áspera:

—*Post coitum tristis!* ^[22] ¡Ja, ja, ja...! ¿Es eso? —La voz repitió aquellas palabras y añadió en tono sardónico—: ¿Sabe lo que significa? —Pero el problema de su marido se había vuelto secundario; el auténtico problema era: ¿qué le contaría de ella ese hombre odioso y monstruoso a su amigo cuando llevasen muchas horas lejos de allí?

Él seguía mirándola a los ojos y dijo con indiferencia y en voz baja:

—Si fuese usted, yo no me daría la vuelta. Vincent Macmaster es muy capaz de hacerse cargo de la situación.

Su voz tenía la familiaridad de un hermano mayor. Y la señora Duchemin comprendió enseguida que él sabía que habían empezado a formarse lazos de intimidad entre ella y Macmaster. Le hablaba como le habla un hombre a la amante de su mejor amigo ante una situación delicada. Se trataba pues de uno de esos hombres terribles y formidables que poseen el don de tener intuiciones acertadas...

Tietjens dijo:

—¿Lo oye?

Macmaster había respondido con claridad a la voz que había preguntado: «¿Sabe lo que significa?», aunque también con un brusco y profesoral tono de reproche:

—Por supuesto que sé lo que significa. ¡Menudo descubrimiento!

El tono no pudo ser más adecuado. Tietjens —y también la señora Duchemin— oyeron al señor Duchemin, invisible detrás de su muralla de tallos azules y plata, dar un resoplido como un colegial al que han reprendido. Un hombrecillo de rasgos duros, vestido de tweed gris abotonado hasta el cuello, se plantó detrás de la silla invisible y se quedó fijamente hacia el infinito.

Tietjens se dijo: «¡Dios mío! ¡Parry!, el peso medio de Bermondsey. ¡Está aquí para llevarse a Duchemin, si le da por ponerse violento!».

Aprovechando el rápido vistazo que echó Tietjens en torno a la mesa, la señora Duchemin se reclinó un poco en la silla y soltó un breve suspiro de alivio. Lo que quiera que Macmaster fuese a pensar de ella, ya lo pensaba. ¡Sabía lo peor! La cuestión estaba zanjada, para bien o para mal. En un minuto, ella se volvería hacia él.

Tietjens afirmó:

—Todo irá bien, Macmaster sabrá hacerse cargo. Teníamos un amigo en Cambridge con las mismas tendencias que su marido, y Macmaster sabía cómo controlarlo en cualquier evento social... Además, ¡aquí todos somos gente bien nacida!

Había visto que el reverendo señor Horsley y la señora Wannop estaban muy ocupados con sus respectivos platos. De la señorita Wannop no estaba tan seguro. Había captado una mirada de súplica de sus grandes ojos azules que iba obviamente dirigida a él. Se dijo: «Debe de estar en el secreto. ¡Me está pidiendo que haga como si no me inmutase para no estropear el pastel! Es una pena que tenga que estar aquí. ¡Es casi una niña!», e incluyó en su mirada de respuesta el siguiente mensaje: «A este lado de la mesa todo va bien».

En cambio, la señora Duchemin notó que sus ánimos habían decaído un poco. Ahora Macmaster sabía lo peor; Duchemin le estaba citando con voz gangosa la tórrida licenciosidad del Trimalción de Petronio;^[23] le gangueaba al oído a Macmaster. Oyó la frase: *Festinans, puer calide...* Duchemin, sujetándole la muñeca con la dolorosa fuerza de un loco, se la había traducido a ella una y otra vez... ¡Sin duda eso también lo habría adivinado aquel hombre tan odioso que tenía a su lado!

Ella observó:

—Por supuesto que todos somos gente bien nacida. Como es natural me he preocupado de asegurarme...

Tietjens empezó a decir:

—¡Ah! Pero no es tan fácil estar seguro. ¡Hoy se cuela todo género de gentuza en los lugares más sagrados!

La señora Duchemin le dio la espalda justo a mitad de la frase. Devoró con los ojos el rostro de Macmaster, presa de una infinita sensación de paz.

Cuatro minutos antes, Macmaster había sido el único en reparar en la entrada, por una portezuela de madera que tenía detrás otra forrada de fieltro, del reverendo señor Duchemin, seguido por un hombre a quien Macmaster también reconoció como Parry, el antiguo púgil. Enseguida pensó que aquélla era una conjunción de lo más extraordinario. También le pareció extraordinario que alguien de una belleza tan extática como el marido de la señora Duchemin no hubiese disfrutado de altos nombramientos en una iglesia siempre necesitada de belleza masculina. El señor Duchemin era extremadamente alto, con un ligero encorvamiento de un adecuado tipo clerical. Su rostro parecía de alabastro; su cabello gris peinado con raya al medio le caía brillantemente sobre la ancha frente; su mirada era viva, penetrante, austera; la nariz ganchuda y bien cincelada. Era el hombre indicado para adornar un templo airoso y magnífico, igual que la señora Duchemin era la mujer precisa para consagrar un salón episcopal. Con su gran riqueza, erudición y tradición... «¿Por qué entonces —se le pasó a Macmaster por la cabeza con un rápido aguijonazo de sospecha— no

es al menos deán?»

El señor Duchemin avanzó con prontitud hacia la silla que le apartó Parry, quien le había seguido con no menos agilidad. Su patrón se acomodó en ella con un gracioso movimiento lateral. Saludó con la cabeza a la canosa señora Fox, que había alargado la mano hacia la tapa de marfil de una de las teteras. Había un vaso de cristal junto a su plato, y sus dedos largos y muy blancos se cerraron alrededor de él. Le echó un rápido vistazo a Macmaster y luego le miró fijamente con los ojos encendidos. Dijo: «Buenos días, doctor», y luego, ahogando la tranquila protesta de Macmaster: «¡Sí! ¡Sí! El estetoscopio está muy bien guardado en la chistera reluciente que ha dejado colgada en el recibidor».

El boxeador, vestido con mallas ceñidas de estambre, unos pantalones bombachos de pana muy ajustados y una chaquetilla abotonada hasta la barbilla —era el vivo retrato del mozo de cuadra de un potentado—, le lanzó una rápida mirada de reconocimiento a Macmaster y luego otra a la espalda del señor Duchemin mientras arqueaba las cejas. A Macmaster, que lo conocía muy bien, pues le había dado clases de boxeo a Tietjens en Cambridge, casi le pareció oírle decir: «¡Qué vueltas da el mundo, señor! ¡Vigílelo un segundo!», y con su paso rápido y ligero de boxeador se retiró junto al aparador. Macmaster, por su parte, le echó otro rápido vistazo a la señora Duchemin. Estaba de espaldas y sumida en la conversación con Tietjens. Al volverse de nuevo, se sobresaltó un poco al ver que el señor Duchemin se había incorporado y escudriñaba por encima de las fortificaciones de plata. Pero volvió a hundirse en su asiento, y tras examinar a Macmaster con una expresión astuta muy peculiar en sus rasgos ascéticos, exclamó:

—¿Y su amigo? ¡Otro médico! Con su estetoscopio y todo. Claro que hacen falta dos médicos para certificar...

Se interrumpió y, con una expresión de rabia súbita y distorsionada, apartó el brazo de Parry, que estaba deslizándose un plato de filetes de lenguado sobre la mesa justo debajo de su nariz.

—Llévate —empezó a exclamar con voz tonante— estas propensiones a la sucia lujuria de... —Pero tras otra mirada astuta y aprensiva a Macmaster, dijo—: ¡Sí!, ¡sí! ¡Parry! Eso es. ¡Sí! ¡Lenguado! Y un poco de riñón de segundo. ¡Otro! ¡Sí! ¡Pomelo! ¡Con jerez! —Había adoptado un anticuado acento de Oxford, extendió la servilleta sobre sus rodillas y se metió a toda prisa un trozo de pescado en la boca.

Macmaster, en tono claro y paciente, le pidió que le permitiera presentarse. Era Macmaster, el mismo que había mantenido correspondencia con el señor Duchemin a propósito de su breve monografía. El señor Duchemin lo miró con ojos implacables y con una atención que, poco a poco, fue volviéndose menos suspicaz y se tornó alegre y regocijada.

—¡Ah!, sí, Macmaster —respondió—. Un crítico en ciernes. ¿Tal vez un poco

hedonista? Sí..., telegrafió avisando de su llegada. ¡Dos amigos! ¡No médicos! ¡Amigos! —Acercó su rostro al de Macmaster y añadió—: ¡Parece usted muy cansado! ¡Cansado! ¡Cansado!

Macmaster estaba a punto de replicar que estaba bastante fatigado, cuando oyó, como un áspero y agudo graznido junto a su cara, las palabras latinas que habían oído la señora Duchemin... ¡y Tietjens! Macmaster supo entonces a lo que se enfrentaba. Le echó otra mirada al boxeador; apartó la cabeza a un lado para ver un instante al gigantesco señor Horsley, cuyo tamaño cobró un nuevo significado. Luego se arrellanó en el asiento y se comió un riñón. La fuerza física presente sin duda era suficiente para reducir al señor Duchemin si se ponía violento. ¡Y entrenada! Por una de esas coincidencias triviales y curiosas de la vida, en Cambridge había estado a punto de contratar a ese mismo Parry para que acompañara a su querido amigo Sim. Sim, el más brillante de los ironistas sardónicos, cuerdo, honrado y por lo común un poco mojigato en la superficie, había sido proclive a sufrir los mismos ataques que el señor Duchemin. En las ocasiones sociales se ponía en pie y chillaba o se sentaba y susurraba las indecencias más impensables. Macmaster, que lo había querido mucho, había frecuentado a Sim todo lo que había podido, y de ese modo, había adquirido habilidad para resolver esos incidentes...

¡De pronto lo embargó una especie de placer! Pensó que podría ganar prestigio ante la señora Duchemin si manejaba con tacto y eficacia aquella situación. Incluso podría favorecer que se produjese mayor intimidad entre ellos. ¡No podía pedir más!

Sabía que la señora Duchemin se había vuelto hacia él, pues notó que lo estaba escuchando y observando, era como si su mirada entibiara su mejilla. Pero no la miró, no podía apartar la mirada del rostro regocijado de su marido. El señor Duchemin estaba citando a Petronio, inclinándose hacia su invitado. Macmaster siguió comiendo riñones muy envarado.

Dijo:

—Ésa no es la versión corregida de los yambos. Willamovitz Möllendorf,^[24] que utilizábamos...

Para interrumpirle, el señor Duchemin posó cortésmente su mano delgada sobre el brazo de Macmaster. Tenía un gran sello de cornalina montado engarzado en oro amarillo sobre el tercer dedo. Siguió recitando extasiado, con la cabeza un poco ladeada, como si estuviese escuchando a unos coristas invisibles. A Macmaster le disgustaba mucho la entonación latina oxoniana. Miró por un instante a la señora Duchemin: sus ojos estaban clavados en él, grandes, sombríos y preñados de gratitud. Vio también que estaban casi desbordados por las lágrimas.

Se volvió enseguida hacia Duchemin. Y de pronto se le ocurrió que ella estaba sufriendo. Y probablemente mucho. No había pensado que pudiese sufrir, en parte porque estaba muy tranquilo, y en parte porque había imaginado que la señora

Duchemin sentiría sobre todo admiración por él. Ahora le pareció abominable que tuviera que sufrir.

La señora Duchemin sufría un auténtico tormento. Macmaster la había mirado fijamente ¡y había apartado la mirada! En sus ojos había leído su desprecio por su situación, y la rabia porque le hubieran puesto en semejante compromiso. El dolor le hizo alargar la mano y tocarle en el brazo.

Macmaster notó su roce; su imaginación parecía inundada de dulzura. Pero siguió apartando obstinadamente la mirada. Por su causa no osó quitarle la vista de encima a aquel rostro demente. Se acercaba un momento delicado. El señor Duchemin había llegado a la traducción inglesa. Apoyó las manos sobre el mantel para levantarse; iba a ponerse en pie y a gritarles obscenidades a los demás invitados. Era el momento justo.

Macmaster habló con voz seca y penetrante:

—¡«Jóvenes de tibios amores» es una traducción lamentable de *puer calide*! Está terriblemente anticuada.

Duchemin se atragantó y dijo:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo dice?

—Eso de recurrir a un plagio dieciochesco es muy típico de Oxford. Supongo que es lo de Whiston y Ditton, ^[25] ¿no? Algo parecido... —Reparó en que Duchemin, privado de su impulso, vacilaba..., ¡como si acabara de despertarse en algún lugar desconocido! Añadió—: En cualquier caso no son más que cochinadas de colegial. Sírvase un poco de galantina. Yo también voy a comer un poco. Se le ha enfriado el lenguado.

El señor Duchemin le echó una mirada a su plato.

—¡Sí! ¡Sí! —murmuró—. ¡Sí! ¡Con azúcar y salsa vinagreta! —El boxeador volvió a su rincón junto al aparador, era un tipo admirable, tan discreto como un escarabajo enterrador.

Macmaster dijo:

—Iba usted a decirme algo acerca de mi pequeña monografía. Qué fue de Maggie... Maggie Simpson. La chica escocesa que sirvió de modelo para el cuadro de Rossetti *Alla finestra del cielo*.

El señor Duchemin miró a Macmaster con ojos cuerdos, confusos y fatigados.

—¡*Alla finestra*! —exclamó— ¡Ah, sí! Tengo la acuarela. La vi posando para él y la compré allí mismo... —Volvió a mirar el plato, se sobresaltó al ver la galantina y empezó a comer con voracidad—. ¡Una chica preciosa! —dijo—. Con un cuello muy largo... Claro que no era..., eh..., ¡respetable! Creo que todavía vive. Es ya muy mayor. La vi hace dos años. Tenía muchos cuadros. Reliquias, claro... Vivía en Whitechapel Road. Era, por naturaleza, de esas que... —siguió murmurando, con la cabeza sobre el plato. Macmaster decidió que el ataque había pasado. Sintió el

impulso irresistible de volverse hacia la señora Duchemin cuyo rostro estaba rígido y contraído. Le dijo rápidamente—: Si come un poco, se le llenará el estómago..., se le bajará la sangre de la cabeza...

Ella respondió:

—¡Oh, discúpelos! ¡Es horrible para usted! ¡Nunca me lo perdonaré!

Él dijo:

—¡No! ¡No...! ¡Para eso estoy aquí!

Una profunda emoción devolvió su rostro exangüe a la vida.

—¡Oh, es usted un hombre bueno! —dijo con voz profunda, y ambos se miraron a los ojos.

De pronto, desde detrás de Macmaster, el señor Duchemin gritó:

—Yo creo que llegó a un acuerdo con ella, *dum casta et sola*, por supuesto. ¡Mientras se mantuvo casta y sola!

El señor Duchemin, al notar de pronto la ausencia de la poderosa voluntad que parecía haber aplastado la suya como una gran fuerza en la oscuridad, se había puesto de pie jadeante y complacido:

—¡Casta! —gritó—. ¡Casta, dense cuenta! ¡Cuántas sugerencias evoca esa palabra...! —Inspeccionó la opulenta anchura del mantel, que se extendía ante él como si fuese un enorme prado en el que pudiera galopar y estirar las piernas tras un largo cautiverio. Gritó tres palabras obscenas y siguió con su voz del Movimiento de Oxford—:^[26] Pero la castidad...

La señora Wannop exclamó de pronto:

—¡Oh! —Y miró a su hija, cuyo rostro se iba volviendo carmesí a medida que pelaba un melocotón. Luego se volvió hacia el señor Horsley, que estaba a su lado, y le dijo—: Tengo entendido que usted también escribe, señor Horsley. Sin duda cosas más eruditas de las que interesan a mis pobres lectores...

El señor Horsley se había preparado, de acuerdo con las instrucciones de la señora Duchemin, para describir a gritos un artículo que estaba escribiendo sobre el *Mosela* de Ausonio,^[27] pero como tardó un poco en empezar la dama se le adelantó. Disertó con mucha serenidad sobre los gustos del gran público. Tietjens se inclinó hacia la señorita Wannop y con un higo a medio pelar en la mano derecha le dijo en voz tan alta como pudo:

—Tengo un mensaje para usted del señor Waterhouse. Dice que si quiere usted...

La señorita Fox, que estaba completamente sorda y cuya educación había sido toda por escrito, le dijo de pasada a la señora Duchemin:

—Creo que hoy tendremos tormenta. ¿Se ha fijado en la cantidad de insectos minúsculos...?

—Cuando mi venerado mentor —tronó el señor Duchemin— se alejó en el coche de caballos el día de su boda le dijo a la novia: «¡Viviremos como los ángeles

benditos!». ¡Qué sublime! Yo también, después de mis nupcias...

La señora Duchemin chilló de pronto:

—¡Oh..., no!

Igual que si les hubieran cortado el paso, los demás se interrumpieron..., para cobrar aliento. Luego siguieron hablando con educada animación y escuchando con mucho interés. ¡A Tietjens le pareció el logro supremo y la justificación de los modales ingleses!

Parry, el boxeador, había sujetado en dos ocasiones a su patrón por el brazo y le había gritado que se le enfriaba el desayuno. Ahora le dijo a Macmaster que él y el reverendo Horsley podían llevarse al señor Duchemin, aunque no sin antes organizar un gran alboroto. Macmaster susurró:

—¡Espere! —Y, volviéndose hacia la señora Duchemin, dijo—: Sé cómo impedirlo. ¿Quiere que lo haga?

Ella respondió:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo que sea! —Él observó las lágrimas que corrían aisladas por sus mejillas, algo que nunca había visto antes. Con precaución y rabia le susurró en la oreja peluda al boxeador que se había agachado para oírle.

—Golpéele en el riñón. Con el pulgar. Todo lo fuerte que pueda sin romperse el dedo.

El señor Duchemin acababa de declamar:

—Yo también, tras mis nupcias... —Se puso a agitar los brazos, hizo una pausa y dejó vagar la mirada de un rostro indiferente a otro. La señora Duchemin acababa de gritar.

El señor Duchemin pensó que lo había atravesado la flecha de Dios. Se consideró un indigno mensajero. Cayó en la silla presa de un dolor que jamás había concebido y se quedó allí acurrucado, con los ojos velados por la oscuridad.

—No volverá a levantarse —le susurró Macmaster al sorprendido púgil—. Querrá hacerlo. Pero no se atreverá.

Le dijo a la señora Duchemin:

—¡Querida señora! Todo ha terminado. Se lo aseguro. Es un sedante científico.

La señora Duchemin respondió:

—¡Perdóneme! —dijo con un profundo sollozo—. Nunca podrá usted respetar... —Notó que sus ojos exploraban el rostro de Macmaster igual que el condenado explora en su celda el rostro del verdugo en busca de un gesto de perdón. Se le detuvo el corazón, se quedó sin aliento...

Luego el cielo se abrió. Sobre la palma de su mano izquierda sintió unos dedos fríos por debajo del mantel. Ese hombre sabía siempre cuál era la acción precisa. Cerró sus dedos sobre los de él, fríos como nardos y ambrosía.

Con una dicha completa, en una habitación silenciosa, la voz de él siguió

hablando. Al principio con frases muy pulcras, pero ¡qué refinamiento! Le explicó que ciertos excesos que no eran sino meros impulsos nerviosos pueden ser combatidos, ya que no curados, mediante el temor y la determinación de no sufrir un agudo dolor físico..., que, por supuesto, ¡también es nervioso...!

Parry, en un momento dado, le dijo a su patrón al oído: «Señor, debería ir a preparar su sermón de mañana», y el señor Duchemin se fue tan silenciosamente como había llegado, deslizándose sobre la gruesa alfombra hasta la portezuela.

Luego Macmaster le dijo a la señora Duchemin:

—¿Es usted de Edimburgo? Entonces conocerá usted la costa de Fifeshire.

—¡Cómo no! —respondió ella. Sus manos siguieron entrelazadas. Él empezó a hablar de las aulagas que había en los campos de golf y de los chorlitejos de las playas con un acento tan escocés y unas frases tan sentidas que ella revivió su infancia y unas lágrimas más felices que las de antes bañaron sus ojos. Ella soltó la mano fría después de una larga y dulce presión. Y cuando él la retiró fue como si parte de su vida se fuese con ella. Le preguntó—: Debe usted de conocer Kingussie House, justo a las afueras de su pueblo. Allí pasé las vacaciones de niña.

Él respondió:

—Es posible que cuando yo no era más que un muchacho descalzo jugase por allí y usted estuviese dentro con toda su grandeza.

Ella dijo:

—¡Oh, no! ¡No lo veo probable! ¡No olvide que nos llevamos unos años! Y..., y desde luego hay otras cosas que ya le contaré.

Se dirigió a Tietjens, con la heroica armadura de sus encantos ajustada de nuevo.

—Imáginese. Conozco al señor Macmaster y resulta que casi jugamos juntos de pequeños.

Él la miró con una conmisericordia que a ella le resultaba odiosa.

—Entonces es usted una amiga más antigua que yo —respondió—, aunque lo conozco desde que tenía catorce años, y no creo que sea usted mejor. Es muy buen muchacho...

Ella lo odió por su condescendencia al hablar de un hombre mejor que él y por advertirla —sabía que era una advertencia— de que dejara en paz a su amigo.

La señora Wannop soltó un grito claro, pero no alarmante. El señor Horsley le había estado hablando de un pez poco común que habitaba el río Mosela en época de los romanos. El *Mosela* de Ausonio; el artículo que estaba escribiendo versaba sobre todo sobre peces...

—No —exclamó él—, se ha dicho que era el gobio. Pero no hay gobios en ese río. *Vannulis viridis, oculisque*. No. Es justo al revés: aletas rojas...

El grito de la señora Wannop y lo exagerado de su gesto —se llevó la mano a la boca y la manga pasó por encima del plato— bastaron para interrumpirle.

—¡Tietjens! —volvió a gritar—. ¿Será posible...?

Apartó a su hija de su asiento y, dando un rodeo para acercarse al joven, lo abrumó con vociferantes expresiones de afecto. Cuando Tietjens se había dado la vuelta para hablar con la señora Duchemin, ella había reconocido su perfil aquilino, que era igual que el de su padre el día de su propio banquete de boda. Les recitó a los comensales, que la conocían todos de memoria —todos, salvo Tietjens—, la historia de cómo su padre le había salvado la vida y era su mascota. Y le ofreció al hijo —pues al padre no había podido agradecerse nunca— su casa, su dinero, su corazón, su tiempo, su todo... Fue tan completamente sincera que, cuando el grupo se despidió, saludó a Macmaster con la cabeza y, cogiendo a Tietjens del brazo con fuerza, le dijo al crítico de pasada: «Siento no poder ayudarle con el artículo. Pero tengo que darle a mi querido Chrissie todos los libros que quiere. ¡Ahora mismo! ¡Cuanto antes!».

Se fue, con Tietjens cogido del brazo, y su hija los siguió como un joven cisne que corre detrás de sus padres. Con sus amables modales, la señora Duchemin había recibido el agradecimiento de sus invitados por aquel maravilloso desayuno, y les había expresado su deseo de que ahora que conocían el camino...

Los ecos del concluido banquete parecían seguir susurrando en la habitación. Macmaster y la señora Duchemin se miraron el uno al otro, con ojos anhelantes y fatigados.

Él dijo:

—Es terrible tener que marcharme ahora. Pero tengo un compromiso ineludible.

Ella respondió:

—¡Sí! ¡Lo sé! Con sus importantes amigos.

Él contestó:

—¡Oh!, sólo son el señor Waterhouse y el general Campion..., y el señor Sandbach, por supuesto...

Ella sintió un enorme placer momentáneo al pensar que Tietjens no estaría entre aquellas personas: su hombre se elevaría sobre la vulgaridad de su juventud, de aquel pasado que ella desconocía... Casi con brusquedad, exclamó:

—No quisiera que me malinterpretara usted respecto a Kingussie House. Era sólo una escuela de vacaciones. No un lugar grandioso.

—Era muy cara —dijo él, y a ella le temblaron las piernas.

—¡Sí!, ¡sí! —respondió casi con un susurro—. Pero ahora es usted tan importante. Yo no era más que la hija de una familia muy pobre. Johnston de Midlothian. Pero muy pobres... Yo... Se podría decir que él me compró. Sabe... Me envió a colegios muy caros, cuando tenía catorce años..., mi familia se alegró... Pero creo que si mi madre lo hubiera sabido cuando me casé... —Todo su cuerpo se encogió—. ¡Oh, es terrible!, ¡terrible! —exclamó—. Quiero que usted lo sepa...

A él le temblaban las manos como por el traqueteo de un carro.

Sus labios se encontraron con la pasión de la compasión y las lágrimas. Él apartó la boca para decir:

—Tengo que verla esta tarde... O me moriré de preocupación por usted.

Ella susurró:

—¡Sí!, ¡sí...! En el camino del tejo. —Tenía los ojos cerrados y apretó su cuerpo contra el de él—. Es usted el... primer... hombre... —Suspiró.

—Seré el único para siempre —dijo él.

Empezó a verse a sí mismo: en la gran habitación, con aquellos largos cortinajes, una panoplia reflejaba su imagen, como un cuadro de profunda perspectiva, dos figuras entrelazadas.

Se separaron para mirarse, cogidos de la mano... La voz de Tietjens dijo:

—¡Macmaster! Esta noche cenas en casa de la señora Wannop. No hace falta que te vistas de etiqueta; yo no lo haré. —Les estaba mirando sin ninguna expresión, como si hubiera interrumpido una partida de cartas; grande, gris, con el rostro relajado y el mechón blanco brillando a un lado de su cabello entrecano.

Macmaster respondió:

—De acuerdo. Vive cerca de aquí, ¿verdad...? Tengo un compromiso justo después... —Tietjens replicó que no habría ningún problema, él tenía que trabajar, probablemente toda la noche, para Waterhouse...

La señora Duchemin le dijo con un repentino ataque de celos:

—Permites que te dé ordenes sobre... —Tietjens se había ido.

Macmaster respondió con aire ausente:

—¿Quién? ¿Chrissie? ¡Sí! Unas veces se las doy yo a él, y otras veces me las da él a mí... Tenemos un acuerdo. Es mi mejor amigo. El hombre más brillante de Inglaterra, y además de muy buena familia. Un Tietjens de Groby... —Al notar que ella no apreciaba a su amigo, empezó a enumerar sus méritos—: Ahora está haciendo unos cálculos para el gobierno que ningún otro hombre en Inglaterra podría hacer. Pero va a...

Le había embargado una extremada languidez, cuando ella lo soltó se sintió débil aunque todavía triunfante. Se le ocurrió vagamente que ahora vería menos a Tietjens. Una pena. Se oyó citar:

—«¡Ya que cuando estamos juntos...!» —Tembló su voz.

—¡Ah, sí! —respondió ella con voz profunda—. Qué versos tan hermosos... Es verdad. Debemos separarnos. En este mundo... —Le parecieron unas palabras tristes y encantadoras; era delicioso pronunciarlas de manera vibrante y evocar toda suerte de imágenes.

Macmaster dijo tristemente también:

—Debemos esperar —y añadió con energía—: Pero esta noche, ¡al caer el sol! —

Pensó en el crepúsculo junto al tejo. Un automóvil reluciente bajo el sol se detuvo junto la ventana.

—¡Sí!, ¡sí! —dijo ella—. Hay una portezuela blanca junto al camino. —Imaginó su encuentro apasionado y triste entre objetos apenas entrevistos. Era todo el glamour que podía permitirse.

Luego él iría a la casa a preguntar por su salud y pasearían juntos por el césped, a la vista de todos, bajo la cálida luz, y hablarían de poesías hermosas pero indiferentes, algo cansados, pero qué electrizantes corrientes pasarían entre sus cuerpos... Y después, largos años de circunspección...

Macmaster bajó por los altos escalones hasta el coche que brillaba bajo el sol veraniego. Las rosas resplandecían sobre un césped segado a la perfección. Sus talones chocaron contra la piedra con el paso firme de un conquistador. ¡Tenía ganas de gritar!

VI

Tietjens encendió una pipa junto al torniquete de una cerca, después de limpiar meticulosamente la cazoleta y la boquilla de la pipa con una aguja quirúrgica, según su experiencia, el mejor limpiador de pipas, pues al estar hecha de plata alemana, es flexible, no se oxida y es indestructible. Limpió metódicamente con una gran hoja de acedera los productos marrones y pegajosos del tabaco quemado, consciente de que la joven lo observaba por detrás de su espalda. En cuanto volvió a colocar la aguja quirúrgica en el cuaderno donde la llevaba siempre, y lo hubo guardado en el abultado bolsillo, la señorita Wannop siguió avanzando por el camino. Sólo se podía recorrer en fila india, y a la izquierda tenía un seto sin podar de tres metros de altura, las flores de espino empezaban a oscurecerse por los bordes y se distinguían ya las pequeñas bayas verdes. A la derecha, la hierba llegaba por encima de la rodilla y se inclinaba hacia quien pasaba por allí. El sol estaba exactamente en el cenit; los pinzones cantaban: «¡Pinc!, ¡pinc!». La joven tenía una espalda atractiva.

«¡Así —pensó Tietjens— es Inglaterra! Un hombre y una muchacha pasean por los herbazales de Kent; la hierba está madura para la siega. El hombre es honorable, limpio, recto; la muchacha virtuosa, limpia, vigorosa; él es de buena cuna; ella no lo es menos; ambos están saciados con un estupendo desayuno que ambos son igualmente capaces de digerir. Los dos vienen de un lugar perfectamente señalado: una mesa a la que se sentaban personas de la mejor calidad, su paseo ha sido sancionado, por así decirlo, por la Iglesia —dos clérigos—, el Estado —dos funcionarios gubernamentales—, madres, amigos, solteronas.»

Ambos conocían los nombres de los pájaros que trinaban y de las hierbas que se inclinaban a su paso: pinzón, verderón, escribano cerillo (no, querido, «escribano», del latín *scriba* que significa escribiente), curruca mosquitera, curruca de Dartford, lavandera blanca, también conocida como «pajarita de las nieves». (Esos encantadores nombres locales.) Las margaritas sobre la hierba se extendían en un infinito resplandor blanco, pastos purpúreos en la neblina hasta el seto lejano y distante: uña de caballo, clavo blanco silvestre, esparceta, avena loca (todos nombres que cualquier persona cultivada debe conocer: la mejor mezcla de hierbas para un herbazal permanente en las margas Wealden). En el seto: hierba sanjuanera, ortiga blanca, aciano (aunque en Sussex lo llaman «azulejo», querido), ¡qué interesante!, primula (ya sabes del latín *prima*, que significa primera); arrancamóños, bardana (¡granjero, que tu mujer siembre, pero no arrancamóños y bardanas!), hojas violetas cubiertas, por supuesto, de flores; nuez blanca, clemátides silvestres: más tarde llamadas barbas de anciano, salicaria (que las modestas doncellas llaman luengas flores purpúreas, y los sencillos pastores por un nombre más grosero.^[28] ¡Típico de un suelo tan pícaro!). ¡Andad entonces, joven galante y hermosa doncella, con la

imaginación saturada de todos esos inútiles analgésicos para el pensamiento, las citas y los epítetos idiotas! En silencio, incapaces de hablar por culpa de un desayuno demasiado bueno y camino de un almuerzo muy malo. El joven ya está advertido de que será la joven quien lo prepare: ternera fría y rosada a medio cocer dura como el caucho, sin duda; patatas tibias con agua en el fondo del plato de porcelana Willow. (¡No! No porcelana Willow auténtica, por supuesto, señor Tietjens.) Una ensalada pasada y aliñada con vinagre de madera que le escocerá en la boca; encurtidos, conservados también en vinagre de madera; dos botellas de cerveza de taberna de las que, al abrirlas, salpican en la pared. Un vaso de oporto insípido... ¡para el caballero...! Y las mandíbulas incapaces de abrirse tras el enorme desayuno de las diez y cuarto. ¡Y ahora son las doce!

«¡La Inglaterra de Dios! —exclamó para sí de muy buen humor— Tierra de la gloria y la esperanza..., ^[29] *fa* natural descendiendo a tónica, *do* mayor, acorde de 6 - 4, suspendido sobre la dominante con séptima, hasta un acorde común de *do* mayor... ¡Todo absolutamente correcto! Los contrabajos, los chelos, todos los violines, todos los vientos madera, todos los metales. El órgano a toda potencia, con todos los registros, efectos de trompetería y *vox humana*... A través de los condados llegaba la voz de las trompetas que su padre conocía... La pipa era perfecta. Debía serlo: era la pipa de un inglés bien nacido, y lo mismo el tabaco. La espalda de una joven atractiva. Un mediodía estival inglés. ¡El mejor clima! Ni un solo día que no se pueda salir a la calle.» Tietjens se detuvo y le propinó un fuerte golpe con su bastón de avellano a un alto tallo de gordolobo amarillo con sus tímidas hojas glaucas y velludas y sus tímidos capullos de color verde limón. La estructura se deshizo con gracia, ¡como una mujer asesinada entre miriñaques!

«¡Vaya, soy un asesino ensangrentado! —se dijo— ¡No, ensangrentado no! Manchado con los fluidos vitales de una planta inocente... ¡Y, por Dios, no hay una mujer en todo el país que no se deje violar a la hora de conocerla!» ¡Asesinó a dos gordolobos más y a un cardo borriquero! ¡Una sombra, aunque no procedente del sol, una penumbra, se extendía a través de las veinticinco hectáreas de hierba purpúrea en flor y sobre blancas margaritas que parecían enaguas de encaje sobre la hierba!

«Por Dios —se dijo—, ¡la Iglesia!, ¡el Estado!, ¡el ejército!, el ministro de Su Majestad; la leal oposición; los súbditos de Su Majestad... ¡Toda la clase gobernante! ¡Todos corruptos! ¡Gracias a Dios nos queda la marina...! ¡Aunque puede que también esté corrompida! ¡Quién sabe! Gran Bretaña no necesita murallas... Así que gracias a Dios por el joven recto y la doncella virtuosa en los campos de verano: él un *tory* entre los *tories*, como debe ser; ella una sufragista militante, militante aquí en la tierra..., ¡como debe ser! ¡Como está mandado! ¡Como está mandado! En los primeros decenios del siglo veinte, ¡cómo, si no, iba una mujer a seguir siendo pura e íntegra! Vociferar desde las tribunas es muy bueno para los pulmones, aporrear a los

policías en el casco... ¡No! ¡De eso me encargo yo, es cosa mía, señorita...! Cargar con pesados carteles en manifestaciones de treinta kilómetros por las calles de Sodoma. ¡Excelente! Apuesto a que es virtuosa. Pero no hace falta apostar. No se trata de probabilidades. Se le ve en los ojos. ¡Qué ojos tan bonitos! Una espalda atractiva. Una impertinencia virginal... Sí, es una ocupación mejor para las madres del imperio que atender a maridos lascivos un año tras otro hasta ponerse tan histéricas como una gata en celo... ¡Se notaba en esa mujer y en casi todas las demás! Gracias entonces a Dios por el joven *tory* recto y casado y por la muchacha sufragista... ¡La espina dorsal de Inglaterra!»

Asesinó a otra flor.

«¡Pero, Dios mío! ¡Ambos estamos bajo sospecha! ¡Los dos! ¡Esa chica y yo! Y el general lord Edward Campion, lady Claudine Sandbach y el honorable Paul, miembro del Parlamento (suspendido), están dedicados a propagar el bulo... Y hay otros cuarenta vejestorios desdentados en el club no menos decididos a extenderlo; e incontables listas de visita ansiosas por ver cómo borran de ellas nuestros nombres, ¡amigo...! Querido muchacho, lo lamento mucho, soy el amigo más antiguo de tu padre... Caramba, ¡los pistachos de la galantina! ¡Me repiten! ¡Me va a sentar mal el desayuno con estas ideas tan lúgubres! Pensaba que era capaz de digerir cualquier cosa, que tenía la digestión de un avestruz... ¡Pero no! ¡Ideas lúgubres! ¡Estoy tan histérico como esa prostituta de ojos grandes! ¡Y por la misma razón! Mala dieta y mala vida: una dieta pensada para los cazadores de perdices, además de los nabos que comen los sedentarios. Inglaterra es el país de las pastillas... *Das PillenLand*, nos llaman los alemanes. Y con mucha razón... ¡Y, maldita sea, dieta de aire libre: cordero hervido, nabos, vida sedentaria..., e impuesta contra la inmundicia del mundo, oliéndola todo el día! ¡Maldita sea, qué demonios, estoy tan mal de dinero como ella! ¡Y Sylvia es tan mala como Duchemin! Nunca lo habría pensado... No me extraña, la carne se convierte en ácido úrico..., la primera causa de neurastenia... ¡Menudo embrollo! ¡Pobre Macmaster! Está acabado. Pobre diablo; más le valdría haber coqueteado con esta chica. Podría haber cantado “Highland Mary”, que es una canción mucho mejor que “Así acaba el deseo de cualquiera”.^[30] Podría ser su epitafio, se podría escribir en su tarjeta de visita que un joven se topó con una prostituta paulo-post-prerrafaelita...»

De pronto se detuvo. ¡Se le había ocurrido que no tendría que estar paseando con aquella chica!

«Pero, qué demonios —se dijo—, es una buena tapadera para Sylvia... ¡A quién le importa! Tendrá que correr el riesgo. ¡Probablemente ya la hayan tachado de sus malditas listas de visitas por sufragista!»

La señorita Wannop, que iba a un tiro de piedra por delante, saltó a una escalera que pasaba sobre una cerca, puso el pie en el escalón, justo en la barra de arriba, rozó

con el pie izquierdo los otros escalones y cayó sobre el polvo blanco de un camino que sin duda tenían que atravesar. Se quedó esperándolo, dándole todavía la espalda... Sus pasos ágiles, su espalda tan atractiva, ahora le parecieron infinitamente patéticos. Dejar que el escándalo se abatiera sobre ella era como cortarle las alas a un jilguero: ese animal vivaz, amarillo, blanco, dorado y delicado que produce una neblina cuando mueve las alas junto a los cardos. No, ¡maldita sea!, era peor; era peor que sacarle los ojos, como hacen los aficionados a los pájaros, a un pinzón... ¡Infinitamente patético!

Por encima de la escalera, en un olmo, un pinzón decía: «¡Pinc!, ¡pinc!».

Aquel sonido idiota le llenó de rabia; le dijo al pájaro: «¡Malditos sean tus ojos! ¡Así te saquen los ojos!». El estúpido pájaro que producía ese sonido odioso al menos chillaba como cualquier alondra o herrerillo cuando le sacaban los ojos. ¡Malditos sean los pájaros, los naturalistas de campo y los botánicos! Del mismo modo, se dirigió a la espalda de la señorita Wannop: «¡Malditos sean tus ojos! ¿Quieres que tu castidad los ponga en tela de juicio? ¡Para qué hablas con desconocidos en público! Sabes que en este país eso no se puede hacer. Si éste fuese un país recto y decente como Irlanda, donde la gente se corta el cuello entre sí por disputas claras: papistas contra protestantes..., ¡entonces sí podrías! Podrías recorrer Irlanda de este a oeste y hablar con quienquiera que te encontrases... “Ricas y raras eran las gemas que llevaba...” ^[31] Con quienquiera que te encontrases, siempre que no fuese un inglés bien nacido ¡que te desfloraría!». Estaba trepando torpemente por la escalera. «¡Muy bien!, pues que te desfloren: pierde si quieres tu reputación infantil. Has hablado con un tono extraño; te has definido..., con el permiso del clero, el ejército, el gobierno, la administración, la oposición y las madres y las solteronas de Inglaterra... Todos te dirían que no puedes hablar con desconocidos, a pleno sol, en el campo de golf, sin convertirte en la tapadera de una Sylvia o algo parecido... Así que ¡sé la tapadera de Sylvia, que te tachen de las listas de visitas! ¡Cuanto más implicada estés, más malvado seré yo! Ojalá todos nos vieses aquí; eso lo solucionaría todo...»

Sin embargo, cuando alcanzó a la señorita Wannop, que no lo miró, y vio el blanco camino que iba a izquierda y a derecha sin ninguna otra escalera enfrente, le dijo con hosquedad:

—¿Dónde está la siguiente escalera? ¡Odio andar por los caminos! —Ella apuntó con la barbilla hacia el seto que había enfrente.

—¡A cincuenta metros! —respondió.

—¡Vamos! —exclamó él, y casi se puso a correr. Se le había metido en la cabeza que sería horrible que pasara un *dog-cart* con el general Campion y lady Claudine Sandbach y Paul Sandbach a bordo por aquel camino, o uno de ellos, tal vez el general en aquel *dog-cart* que tanto le gustaba. Se dijo: «¡Por Dios! ¡Como le hagan daño a esta chica les parto el espinazo con la rodilla!», y avivó el paso. Sería horrible

que ocurriera algo así. ¡Aquella carretera probablemente condujera directamente a las puertas de Mountby!

La señorita Wannop andaba un poco por detrás de él. Le parecía un hombre de lo más extraordinario: tan loco como odioso. La gente sensata, si quiere echarse a correr —pero ¿por qué correr?—, lo hace a la sombra de los setos, no en mitad de un camino comarcal. Bueno, que se adelantase, si quería. En el próximo prado pensaba aclarar las cosas con él y no quería estar acalorada de tanto correr; él la miraría con esos ojos odiosos, aunque ciertamente notables, saltones como los de una langosta y ella estaría fresca y acusadora con su preciosa blusa...

¡Un *dog-cart* venía tras ellos!

De pronto se le pasó una idea por la cabeza: aquel idiota le había mentido al decir que la policía iba a dejarlas en paz, había mentido en el desayuno... En aquel *dog-cart* venía la policía, ¡para detenerlos! No perdió tiempo en mirar a su alrededor, no era tan idiota como Atalanta en la carrera de sacos. Echó a correr. Le sacó un metro y medio antes de llegar, jadeante y presa del pánico, al torniquete blanco que había en mitad del seto. Él la siguió sin resuello, pero al muy estúpido no se le ocurrió dejarla pasar primero. Se enredaron en el torniquete, ¡cara a cara y jadeantes! Una ocasión que, en Kent, los enamorados aprovechan para besarse. La puerta tenía tres partes, y la parte interior de la uve se movía sobre unas bisagras. El ganado no puede atravesarla, pero aquel enorme patán de Yorkshire no lo sabía y trató de empujarla como un toro enloquecido. Ahora estaban perdidos. Tres semanas en la cárcel de Wandsworth... ¡Oh, maldita sea...!

La voz de la señora Wannop, ¡claro, era sólo su madre!, que, a tres metros o así de altura por encima de la yegua, y con el rostro alegre y redondo como una peonía, dijo:

—¡Ah, podrás atrapar a mi Val acorralándola contra una cerca..., pero que conste que te dio siete metros de ventaja en una carrera de veinte y llegó antes que tú a la puerta! ¡Ésa era la ambición de su padre! —Pensaba en ellos como en niños que echaban carreras. Miró a Tietjens con su cara sencilla y redonda junto al cochero, que tenía un sombrero negro y abollado y una barba gris como la de san Pedro—. ¡Mi querido muchacho! —dijo—, mi querido muchacho, ¡qué satisfacción tenerte bajo mi techo!

El caballo negro se encabritó cuando el patriarca le tiró de la rienda y la señora Wannop observó despreocupadamente:

—Stephen Joel, no he terminado de hablar.

Tietjens estaba mirando el estómago cubierto de sudor del caballo.

—Pronto lo hará —dijo—, con la cincha en ese estado no tardará en partirse el cuello.

—¡Oh, no creo! —respondió la señora Wannop—. Joel compró el caballo y el

atelage ayer mismo.

Tietjens se dirigió al cochero con cierta brutalidad:

—Vamos, baje de ahí —le espetó. Y sujetó él mismo la cabeza del caballo, que tenía las aletas de la nariz dilatadas por la emoción; el animal frotó la cabeza contra su pecho. Tietjens dijo: «¡Sí!, ¡sí! ¡Ya pasó!». Los miembros del caballo perdieron su rigidez. El anciano cochero descendió a trompicones del pescante, inclinándose primero hacia delante y luego hacia atrás. Tietjens le gritó órdenes indignado—: Lleve el caballo a la sombra de aquel árbol. Y no le toque el bocado; tiene una herida en la boca. ¿De dónde ha sacado este animal? En el mercado de Ashford, treinta libras; vale más... Pero, maldita sea, ¿es que no ve que ha comprado un arnés de un poni de un metro cuarenta para un caballo de uno setenta y cinco? Aflójele el bocado tres agujeros: le está cortando la lengua en dos... Este animal en un ciclán. ¿Sabe lo que es eso? Si le da trigo durante una semana, llegará un día en que echará abajo el establo y les machacará a coces a usted y al carro en menos de cinco minutos. —Condujo el coche, con la señora Wannop triunfal y complaciente a bordo, hasta un lugar sombreado junto a unos olmos—. ¡Que le afloje el bocado, maldita sea! —le dijo al cochero—. ¡Ah!, le da miedo.

Le aflojó el bocado él mismo, y se manchó los dedos con la grasa del arnés que tanto odiaba. Luego dijo:

—¿Puede sujetarle la cabeza o también le da miedo? Se merecería que le hubiera arrancado las manos a mordiscos. —Se dirigió a la señorita Wannop—: ¿Puede hacerlo usted?

Ella respondió:

—¡No! Me dan miedo los caballos. Puedo conducir cualquier vehículo, pero me dan miedo los caballos.

Él replicó:

—¡Muy propio! —Se echó hacia atrás y miró hacia el caballo: había bajado la cabeza y levantaba una pata mientras apoyaba la otra en el suelo: una actitud de relajación.

—¡Ahora se estará quieto! —dijo. Le aflojó la cincha agachándose con incomodidad, sudoroso y grasiento; la cincha se le escapó de entre las manos.

—Es cierto —dijo la señora Wannop—. Me habría matado en menos de tres minutos si no te hubieras dado cuenta. El carro se habría ido hacia atrás...

Tietjens sacó una gran navaja multiuso de cachas de cuerno como la de un colegial. Eligió un punzón y lo abrió. Le dijo al cochero:

—¿Tiene usted hilo de palomar? ¿Alguna cuerda? ¿Un alambre? ¿Un lazo de conejos? Vamos, si no tiene un lazo de conejos es que no sirve como factótum.

El cochero movió circularmente el sombrero para indicar una negativa. Aquel hombre parecía ser una autoridad de las que te llevan a los tribunales por furtivismo

si admities poseer un lazo de conejos.

Tietjens apoyó la cincha en la lanza del carro y la pinchó con el punzón.

—¡Trabajo de mujeres! —le dijo a la señora Wannop—, pero le llevará a usted a casa y le durará otros seis meses... Aunque mañana mismo venderé por usted el caballo y los arreos.

La señora Wannop suspiró:

—Supongo que sacarás por ellos un billete de diez libras... —añadió—: Tendría que haber ido al mercado yo misma.

—¡No! —respondió Tietjens—: Le conseguiré cincuenta o no he nacido en Yorkshire. Ese tipo no le ha estafado. Lo ha comprado por muy buen precio, pero no sabe lo que les conviene a las damas; lo que usted necesita es un poni blanco y un cabriolé.

—¡Oh!, yo preferiría algo con un poco más de nervio —dijo la señora Wannop.

—Pues claro que sí —respondió Tietjens—, pero esto es demasiado para usted.

Suspiró un poco y sacó su aguja quirúrgica.

—Voy a coser las riendas con esto —dijo—. Son tan flexibles que con dos puntadas durarán eternamente...

Pero el factótum estaba a su lado, vaciando los contenidos de sus bolsillos: una petaca grasienta de cuero, una bola de cera de abejas, un cuchillo, una pipa, un poco de queso y un lazo de conejo. Había decidido que aquella autoridad era benévola y estaba ofreciéndole todas sus posesiones.

Tietjens exclamó:

—¡Ah! —y luego añadió, mientras desenrollaba el alambre—: ¡Bueno! Escuche..., usted le compró el caballo y los arreos a un vendedor ambulante en la puerta trasera de la taberna de La Pata de Cordero.

—¡Fue en La Cabeza del Sarraceno! —murmuró el cochero.

—Se los compró por treinta libras porque el vendedor necesitaba el dinero con urgencia. Lo sé. Es muy barato... Pero un ciclán no puede conducirlo cualquiera. Está muy bien para un veterinario o un marchante de caballerías. ¡Y este carro es demasiado alto...! Pero hizo usted muy bien. Lo que pasa es que usted ya no tiene treinta años. Y el caballo parecía un demonio y el carro es tan alto que casi no podía bajar después de subir. Y lo dejó usted dos horas al sol mientras esperaba a la señora.

—Había un poco de sombra junto al muro del establo —murmuró el cochero.

—¡De acuerdo! Pero la espera no le sentó bien —dijo Tietjens, muy comprensivo—. Agradezca que no le haya roto el cuello. Cosa usted esto, con un agujero menos para el freno que le he preparado.

Se dispuso a subir al pescante del cochero, pero la señora Wannop se le adelantó y trepó a una altura considerable hasta el pescante que tenía almohadones sujetos con correas.

—¡Oh, no! —dijo—, nadie conduce mi caballo salvo yo o mi cochero. Ni siquiera tú, mi querido muchacho.

—Entonces iré con usted —dijo Tietjens.

—¡No, no hace falta! —respondió—. En este coche nadie se romperá el cuello salvo Joel o yo —y añadió—: Tal vez esta noche puedas conducir el caballo.

La señorita Wannop exclamó de pronto:

—¡Oh, no, mamá! —Pero el factótum ya había subido, y la señora Wannop hizo chasquear el látigo y arrancó el caballo. Enseguida tiró de las riendas y se inclinó hacia Tietjens:

—¡Menuda vida la de esa pobre mujer! —dijo—. Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano por ayudarla. Mañana mismo podría hacer que ingresaran a su marido en un manicomio. Si no lo hace es por puro sacrificio.

El caballo se alejó a un trote suave y regular.

Tietjens se dirigió a la señorita Wannop:

—Vaya mano que tiene su madre —dijo—, no es frecuente ver a una mujer con tanta habilidad con la boca del caballo. ¿Se ha fijado en cómo le tiró de la rienda?

Era consciente de que, todo ese rato, desde el margen del camino, la chica lo había estado observando con los ojos brillantes, con atención, incluso con fascinación.

—Supongo que le habrá parecido una gran actuación —dijo.

—No he hecho un gran trabajo con esa cincha —respondió él—. Salgamos de este camino.

—Poner a una pobre y débil mujer en su sitio —continuó la señorita Wannop—. Calmar al caballo como con un hechizo. Supongo que debe de calmar a las mujeres del mismo modo. Compadezco a la suya... ¡El típico hombre de campo inglés! Y además convirtió al factótum en su vasallo con sólo una mirada. El sistema feudal al completo...

Tietjens respondió:

—Pues sepa que será mejor sirviente si piensa que tienen ustedes amigos que saben lo que se hacen. Las clases inferiores son así. Salgamos de este camino.

Ella replicó:

—Tiene usted mucha prisa por ocultarse tras el seto. ¿Nos está persiguiendo la policía o no? Tal vez mintiera usted en el desayuno para calmar los nervios histéricos de una débil mujer.

—No mentía —respondió él—, pero habiendo senderos odio los caminos...

—Eso es una fobia, como la de cualquier mujer —exclamó ella.

Pasó a toda prisa por el torniquete y se quedó esperándolo.

—Supongo —dijo— que si empleó sus elevados y poderosos recursos masculinos para quitarnos de encima a la policía pensará que ha destrozado mi sueño romántico

de juventud. No lo ha hecho. No quiero que me persiga la policía. Creo que me moriría si me metieran en Wandsworth. Soy una cobarde.

—¡No, no lo es! —dijo él, aunque estaba siguiendo su propia cadena de pensamientos, exactamente igual que ella no le estaba escuchando a él—. Es probable que sea usted toda una heroína. No porque persevere en acciones cuyas consecuencias teme, sino porque tengo la impresión de que puede tocar la pez sin mancharse. [32]

Ella estaba demasiado bien educada para interrumpirle y esperó hasta que dijo todo lo que tenía que decir, luego exclamó:

—Dejemos las cosas claras desde el principio. Es evidente que mi madre pretende que venga usted a vernos con frecuencia. Será otra mascota, como su padre. Imagino que debe de pensar que lo es: ayer me salvó de la policía y al parecer hoy le ha salvado el cuello a mi madre. Por lo visto, además, va a sacar un beneficio de veinte libras con lo del caballo. Ha dicho que lo haría y no parece de los que fanfarronean... Veinte libras no es moco de pavo para una familia como la nuestra... Así que da la impresión de que se va a convertir en el *bel ami* [33] habitual de la familia Wannop...

Tietjens replicó:

—Espero que no.

—¡Oh!, no me refería —dijo— a que vaya a conseguir la fama seduciendo a todas las mujeres de la familia Wannop. Además, sólo soy yo. Pero mi madre le encargará toda suerte de trabajos extraños; y siempre habrá un plato para usted en nuestra mesa. ¡No se estremezca! Soy una cocinera bastante buena..., *cuisine bourgeoise* por supuesto. Aprendí con una cocinera auténtica, aunque era una borracha. Eso significa que yo hacía la mitad de la comida y la familia era exigente. Eran de Ealing: consejeros regionales la mitad de ellos, y otras cosas parecidas. Así que sé cómo son los hombres... —Se interrumpió y dijo con amabilidad—: Pero, por favor, discúlpeme. Siento haber sido grosera con usted. Es que resulta muy irritante tener que quedarse plantada como un conejo disecado mientras un hombre se comporta como un admirable Crichton, [34] frío y sereno con aire de caballero rural inglés.

Tietjens hizo una mueca. La joven se había aproximado algo más de la cuenta a las frecuentes críticas que le hacía su mujer. Y ella exclamó:

—¡No! ¡No es justo! ¡Soy una burra desagradecida! No ha fanfarroneado más que cualquier trabajador eficaz que estuviera haciendo su trabajo en mitad de una multitud de zoquetes inútiles. Pero, dígalo de una vez, ¿quiere? Diga de una vez por todas que... (usted conoce el modo pomposamente adecuado), que no carece de simpatías por nuestros fines, pero desaprueba, inmensa y decididamente, nuestros métodos.

A Tietjens se le ocurrió que la joven estaba mucho más interesada en la causa — de los votos para las mujeres— de lo que había creído al principio. No estaba de

humor para discutir con jovencitas y le contestó sin pensarlo demasiado:

—No. Apruebo por completo sus métodos, pero sus fines son estúpidos.

Ella dijo:

—¿Supongo que no sabrá que a Gertie Wilson, que está en cama en nuestra casa, la busca la policía, no sólo por lo de ayer, sino por colocar explosivos en toda una serie de buzones de correos?

Él respondió:

—No lo sabía..., pero me parece lo correcto. Si hubiese quemado alguna de mis cartas puede que me hubiese enfadado, pero no por eso lo habría desaprobado.

—¿Cree usted —le preguntó ella muy seria— que a mi madre y a mí podrían caernos sentencias muy graves por encubriarla? Sería un revés para mi madre. Porque ella es anti...

—No sé nada de la posible sentencia —repuso Tietjens—, pero sería mejor que sacáramos a la chica de la casa cuanto antes...

Ella dijo:

—Entonces, ¿nos ayudaría?

Él respondió:

—Por supuesto, a su madre no se la puede molestar. Ha escrito la única novela que vale la pena leer en inglés desde el siglo dieciocho.

Ella se detuvo y le dijo muy seria:

—Oiga, no se comporte como uno de esos frívolos innobles que aseguran que el voto no les serviría de nada a las mujeres. Las mujeres lo pasan muy mal. Es cierto. Ojalá hubiese visto lo mismo que yo, le aseguro que no le hablo de oídas. —Su voz se volvió más grave, tenía lágrimas en los ojos—: ¡Pobres mujeres! —dijo—, criaturas pequeñas e insignificantes. Tenemos que cambiar las leyes de divorcio. Tenemos que conseguir mejores condiciones. Si supiera lo que yo sé no lo soportaría.

Su emoción le irritaba, pues parecía establecer una especie de intimidad fraternal que de momento no deseaba. Las mujeres no deben expresar sus sentimientos si no es ante sus familiares. Dijo con aspereza:

—Es probable que tenga razón. ¡Pero como no lo sé, sí puedo hacerlo!

Ella le respondió muy decepcionada:

—¡Oh, es usted un animal! Y no pienso disculparme por decirlo. No creo que hable en serio, pero sólo decirlo ya resulta despiadado.

Ése era otro de los frecuentes reproches de Sylvia y Tietjens volvió a hacer una mueca. Ella le explicó:

—No conoce el caso de las obreras de la fábrica de ropa militar de Pimlico o no diría que el voto no les será de utilidad a las mujeres.

—Conozco el caso a la perfección —dijo Tietjens—. Recibí una comunicación oficial, y recuerdo que pensé que jamás había visto un ejemplo más señalado de la

inutilidad del voto para cualquiera.

—No es posible que estemos hablando de lo mismo —replicó ella.

—Sí —respondió él—. La fábrica de ropa militar de Pimlico está en el distrito de Westminster y el viceministro de la Guerra es parlamentario por Westminster; en las últimas elecciones necesitaba seiscientos votos para ganar por mayoría. En la fábrica de ropa trabajaban setecientos hombres que cobraban un chelín y seis peniques la hora y todos votaban en Westminster. Los setecientos hombres le escribieron una carta al viceministro diciéndole que si no les subía el salario a dos chelines votarían en masa contra él en las siguientes elecciones...

La señorita Wannop dijo:

—¿Y entonces...?

—Pues —replicó Tietjens— el viceministro mandó despedir a los setecientos hombres que cobraban dieciocho peniques y contrató a setecientas mujeres a diez peniques. ¿De qué les sirvió el voto a los setecientos hombres? ¿De qué le ha servido jamás el voto a nadie?

La señorita Wannop se contuvo y Tietjens impidió que desvelase su falacia diciéndole rápidamente:

—En fin, si las setecientas mujeres, con el apoyo de todas las mujeres explotadas del país, hubieran amenazado al viceministro, hubiesen quemado los buzones de correos y segado todos los campos de golf de alrededor de su casa de campo, habrían conseguido que les subieran el sueldo a media corona en una semana. Ése es el único método. El sistema feudal en funcionamiento.

—Pero no podíamos segar los campos de golf —dijo la señorita Wannop—, al menos la WSPU lo debatió el otro día y decidió que algo tan poco deportivo nos haría demasiado impopulares. Personalmente, yo voté a favor.

Tietjens gruñó:

—¡Es desesperante —dijo— comprobar que las mujeres, en cuanto se reúnen para formar un comité, son tan obtusas y tienen tanto miedo a afrontar las cosas como los hombres!

—A propósito —le interrumpió la chica—, mañana no podrá vender el caballo. Ha olvidado usted que es domingo.

—Entonces tendrá que ser el lunes —respondió Tietjens—. La clave del sistema feudal...

Justo después de comer —y fue una comida excelente a base de cordero frío, patatas nuevas y salsa de menta, hecha con vinagre de vino blanco muy suave; un burdeos joven muy bueno y un oporto todavía mejor, pues la señora Wannop seguía siendo cliente de los bodegueros del difunto profesor— la señorita Wannop fue a responder al teléfono.

La casa, sin duda, había sido barata, pues aunque cómoda y espaciosa era muy

vieja, pero también era indudable que no habían regateado esfuerzos en embellecer el piso de abajo. El comedor tenía ventanas a ambos lados y una viga que lo cruzaba por encima; la cubertería de plata había sido adquirida en subastas; los vasos eran de cristal tallado antiguo; a cada lado de la chimenea había una butaca. El jardín tenía senderos de ladrillo rojo, girasoles, alceas y gladiolos escarlatas. No tenía nada de especial, pero la puerta de la valla estaba bien engrasada.

Para Tietjens todo aquello eran esfuerzos. Ahí había una mujer que, pocos años antes, estaba sin un penique y en las circunstancias más míseras, y que había tenido que vivir con los medios más exiguos. ¡Cuántos esfuerzos habrían tenido que hacer! ¡Y cuántos estarían haciendo todavía! Había un muchacho en Eton..., un esfuerzo absurdo, pero valiente.

La señora Wannop estaba sentada frente a él en la otra butaca, era una anfitriona y una mujer admirable. Llena de empuje y energía, aunque también fatigada. Igual que un caballo al que hacen falta tres hombres para ponerle los arreos en el establo y que arranca como un semental, pero pronto se pone a trotar. Su rostro ciertamente parecía cansado, tenía las mejillas sonrosadas de estar al aire libre, pero también muchas arrugas. Estaba muy cómoda allí, con las manos regordetas cubiertas con un chal de encaje negro que le caía por los costados, tan cómoda como cualquier otra gran dama victoriana. No obstante, durante la comida, había dejado caer que, los últimos cuatro años, había escrito ocho horas diarias —hasta ese día—, sin saltarse ni una sola. Como era sábado, no tenía que escribir ningún editorial.

—Y, mi querido muchacho —le había dicho—, te lo doy a ti. No se lo daría nadie más que al hijo de tu padre. Ni siquiera a... —Y había pronunciado el nombre que más respetaba—. Es la verdad —había añadido—. Sin embargo, mientras comía, había caído en profundas y pesadas ausencias, y había hecho juicios fantásticos y equivocados, sobre todo acerca de los asuntos públicos. En conjunto, era un logro enorme.

Y ahí estaba, sentado con el café y el oporto en una mesita a su lado, como si estuviera en su propia casa.

Ella dijo:

—Mi apreciado muchacho..., tienes tantas cosas que hacer. ¿De verdad crees que debes llevar a las chicas a Plimsoll esta noche? Son jóvenes y desconsideradas; el trabajo es lo primero.

Tietjens replicó:

—No es tanta distancia...

—Ya verás como sí —respondió ella de buen humor—. Son treinta kilómetros a partir de Tenterden. Si no sales hasta las diez, cuando se ponga la luna, no estarás de vuelta hasta las cinco, aunque no surja ningún imprevisto... El caballo está bien, pero...

Tietjens dijo:

—Señora Wannop, tengo que decirle que circulan rumores sobre su hija y yo. ¡Y muy desagradables!

Ella volvió la cabeza con cierta rigidez. Pero era sólo que se había quedado un poco ausente.

—¿Eh? —respondió, y luego añadió—: ¡Ah!, por lo del campo de golf... Debe de haber resultado un tanto sospechoso. Supongo que también debió de llamar la atención que intervinieras para quitarles de encima a la policía. —Se quedó meditando un momento, como un Papa viejo—: Bueno, ya se pasará.

—Tengo que decirle —insistió— que es más serio de lo que piensa. Creo que no debería estar aquí.

—¡Que no deberías estar aquí! —exclamó ella—. ¿Y dónde demonios ibas a estar? Sé que no te llevas bien con tu mujer. Es una irresponsable. ¿Quién iba a cuidar de ti tan bien como Valentine y yo?

Acicateado por aquel puyazo, pues, después de todo, a Tietjens le importaba más la reputación de su mujer que cualquier otra cosa en ese complicado mundo, Tietjens le preguntó a la señora Wannop por qué había dicho que Sylvia era una irresponsable. Ella respondió de un modo quejoso y algo soñoliento:

—¡No lo he dicho por nada, querido muchacho! He adivinado que hay diferencias entre vosotros, admite que tengo cierta intuición. Así que, como es evidente que tú eres responsable, ella debe de ser una irresponsable. Eso es todo, te lo aseguro.

El alivio hizo que renaciera la obstinación de Tietjens. Le gustaba aquella casa, su ambiente y frugalidad; la elección del mobiliario; la manera en la que la luz pasaba de una ventana a otra; el cansancio después del arduo trabajo; el afecto que se tenían madre e hija; desde luego, el afecto que ambas sentían por él; y estaba decidido, si es que podía evitarlo, a no dañar la reputación de la hija de la casa.

Los hombres decentes, desde su punto de vista, no hacían esas cosas, y recordó con cierta preocupación las líneas principales de la conversación que había tenido con el general Champion en el vestuario. Le pareció ver los lavabos rajados sobre los soportes de madera de roble cepillada. El rostro de la señora Wannop parecía más gris, más aguileño; ¡un poco enfadado! Asentía de vez en cuando, ya fuese para demostrar interés o por pura somnolencia.

—Mi querido muchacho —dijo por fin—, comprendo que es horrible que digan esas cosas sobre ti. Pero me parece haber vivido rodeada por el escándalo toda mi vida. Cualquier mujer que haya llegado a mi edad tiene esa sensación... Ahora no parece tener importancia. —Cabeceó, casi dormida; luego dijo con un respingo—: No veo..., la verdad es que no veo cómo ayudarte a recuperar tu reputación. Lo haría si pudiera, créeme. Pero tengo otras preocupaciones... Tengo que llevar la casa y mantener a los chicos y pagar la escuela. No puedo prestar toda la atención que

quisiera a los problemas de los demás...

Se despertó con un sobresalto y se levantó de la silla.

—Pero ¡qué idiota soy! —dijo, con una entonación brusca que era exactamente igual a la de su hija; y acercándose con la majestuosidad victoriana de su chal y su falda larga al sillón de Tietjens se inclinó hacia él y le acarició el pelo de la sien derecha—. Querido muchacho —dijo—. La vida es amarga. Soy una vieja novelista y sé lo que me digo. Tú te matas a trabajar para salvar el país y mientras tanto una caterva de gatos y monos chillan y aúllan para acabar con tu reputación... El mismísimo Dizzy ^[35] me dijo esas palabras en una de nuestras recepciones. «Ya ve, señora Wannop...», me dijo..., y... —divagó un momento. Pero hizo otro esfuerzo —: Querido muchacho —susurró, inclinando la cabeza para acercársele al oído—: Querido muchacho, no tiene importancia; en realidad no tiene importancia. Sobrevivirás. Lo único que importa es hacer un buen trabajo. Hazle caso a una vieja que ha tenido una vida muy dura. «Dinero bien ganado», ^[36] como dicen en la marina. Parece hipocresía, pero es la única verdad... Eso te consolará. Y sobrevivirás. O tal vez no; eso lo decidirá la misericordia divina. Pero no tiene importancia, créeme, sea tu fuerza tan larga como tus días. ^[37] —Divagó hacia otros pensamientos, le preocupaba mucho la trama de una nueva novela y deseaba volver a considerarla. Se quedó mirando una fotografía, muy descolorida, de su marido, con patillas y una enorme pechera, pero siguió acariciando la sien de Tietjens con sutil ternura.

Eso hizo que Tietjens siguiera sentado allí. Era consciente de tener lágrimas en los ojos; era demasiada ternura para poder soportarla, y en el fondo tenía un alma sencilla, directa y sentimental. Siempre se le llenaban los ojos de lágrimas en el teatro, tras las escenas amorosas, y por eso no iba nunca al teatro. Se preguntó dos veces si debería o no hacer otro esfuerzo, aunque casi superaba sus fuerzas. Quería seguir allí sentado.

La caricia cesó y él se puso torpemente en pie.

—Señora Wannop —le dijo mirándola a la cara—, tiene toda la razón. No debería preocuparme lo que digan esos cerdos sobre mí, pero me importa. Pensaré en lo que me ha dicho, hasta que logre convencerme...

Ella respondió:

—¡Sí, sí, querido! —Y continuó mirando la fotografía.

—Pero —dijo Tietjens; la cogió de la mano enguantada y la llevó de vuelta a su asiento— lo que me preocupa ahora no es mi reputación, sino la de su hija Valentine.

Ella se posó como un globo en la butaca y descansó.

—¡La reputación de Val! —dijo—. ¡Oh, te refieres a que la tacharán de su lista de visitas! No se me había ocurrido. ¡Pues que lo hagan! —Se quedó sumida largo tiempo en sus reflexiones.

Valentine estaba en la habitación, riéndose un poco. Había ido a llevarle la cena al

factótum y estaba divertida por los consejos que su madre le estaba dando a Tietjens.

—Le ha salido a usted un admirador —le dijo a Tietjens—. «Perforó esa condenada cincha», repite todo el rato, «¡como un pito real cuando agujerea un tronco hueco!» Se ha tomado una pinta de cerveza y lo ha dicho a cada trago que daba —continuó contándole a Tietjens las expresiones pintorescas de Joel que más le habían llamado la atención; le informó de que, en Kent, llamaban «pito real» a una especie de pico picapinos, y luego dijo—: No tendrá amigos en Alemania, ¿verdad? —Estaba empezando a quitar la mesa.

Tietjens dijo:

—Sí, mi mujer está en Alemania; en un lugar llamado Lobscheid.

Ella dejó una pila de platos sobre una bandeja negra esmaltada.

—Cuánto lo siento —dijo ella, sin que su rostro expresara un pesar muy profundo—. La culpa la tienen las ingeniosas e inteligentes estupideces del teléfono. Me parece que tengo un mensaje telegráfico para usted. Pensé que era un asunto para uno de los editoriales de mi madre. Siempre los envían con las iniciales del periódico, que son las mismas que Tietjens, y la chica que los envía se llama Hopside. Me pareció un tanto hermético, pero creí que tendría que ver con la política alemana y pensé que mi madre sabría a lo que se refería... No os habríais quedado dormidos, ¿verdad, mamá?

Tietjens abrió los ojos; la chica estaba a su lado, pues se había acercado desde la mesa. Sostenía un trozo de papel en el que había transcrito el recado. Parecía haberlo escrito muy deprisa y las letras estaban todas unidas. El mensaje decía: «De acuerdo. Pero asegúrate de que Centralita viaje contigo. Sylvia Hopside. Alemania».

Tietjens se arrellanó en el asiento y se quedó mirando un buen rato aquellas palabras que parecían carecer de sentido. La chica le dejó el papel sobre la rodilla y volvió a la mesa. Se imaginó a la chica luchando con aquellas incoherencias telefónicas.

—Claro que, si lo hubiera pensado bien —dijo la chica—, me habría dado cuenta; no podía tratarse de un editorial para mi madre, porque nunca le envían ninguno los sábados.

Tietjens se oyó decir en voz alta y clara y con una pausa después de cada palabra:

—Significa que tengo que ir con mi mujer el martes y llevar conmigo a su doncella.

—¡Es usted afortunado! —dijo la chica—, ojalá estuviera en su lugar. Nunca he estado en la patria de Goethe y Rosa Luxemburg. —Se marchó con la enorme bandeja cargada de platos y el mantel sobre el brazo. Él reparó vagamente en que antes había limpiado las migas con un cepillo. Se movía con una diligencia extraordinaria y sin dejar de hablar. Eso era lo que había aprendido en el servicio doméstico; una joven corriente habría tardado el doble de tiempo y sin duda se habría

comido varias palabras al tratar de hablar. ¡Eficiencia! Acababa de reparar en que iba a volver con Sylvia y ¡por tanto al infierno! Desde luego, era el infierno. Si un demonio astuto y maligno..., aunque, por supuesto, el demonio es estúpido y recurre a insignificancias como los fuegos de artificio y el azufre; es probable que sólo Dios pueda idear las eternas aflicciones de la opresión mental..., si Dios quisiera (y nadie podía oponerse sino sólo esperar que no lo hiciese) idear para él, Christopher Tietjens, una cavernosa eternidad de fatigosa desesperación... Pero Él lo había hecho, sin duda como retribución. ¿Por qué? ¿Quién sabe, ya que Dios es justo, qué pecados merecen un severo castigo a los ojos de Dios? Después de todo, tal vez Dios castigase así los pecados sexuales.

A su imaginación volvió, grabada a fuego, la imagen de la habitación del desayuno, con todos los aparatos eléctricos de latón, escalfadoras, tostadoras, parrillas y hervidores, que odiaba por su estúpida ineficacia, con las enormes pilas de flores de invernadero, ¡que odiaba por su exótica artificialidad!, los paneles blancos esmaltados que tanto le disgustaban y las malas pinturas enmarcadas —auténticas, por supuesto, querida, garantizadas por Sotheby—, de mujeres sonrosadas con falsos sombreros de Gainsborough que vendían arenques o escobas. Un regalo de boda que despreciaba. Y la señora Satterthwaite, en *negligé*, aunque con un inmenso sombrero, leyendo el *Times* entre un eterno crujir de hojas de periódico porque era incapaz de concentrarse en una página; y Sylvia yendo y viniendo porque era incapaz de estarse quieta, con un trozo de tostada en los dedos o con las manos a la espalda. Muy alta y rubia, tan elegante, tan llena de vida y tan cruel como el degenerado ganador habitual del Derby. Criada mediante cruces endogámicos a lo largo de generaciones con el único propósito de enloquecer a cierto tipo de hombres... Yendo de aquí para allá y exclamando: «¡Me aburro!, ¡me aburro!». A veces, incluso rompiendo los platos del desayuno... ¡Y hablando! Hablando sin parar: con inteligencia, con idiotez, con desesperante inexactitud, con perversa agudeza, y deseando que la contradijeran; un caballero debe responder a las preguntas de su mujer... Y esa continua presión sobre su frente; la determinación de quedarse sentado; el *décor* de la habitación parecía quemarle en la imaginación. Ahí estaba, en la penumbra, ante sus ojos. Y la presión sobre su frente...

La señora Wannop le estaba hablando; no llegó a saber lo que le decía y luego tampoco supo lo que le había respondido.

«¡Dios! —se dijo—, si lo que castiga Dios son los pecados sexuales, desde luego es justo e inescrutable!» Antes de casarse con ella, había tenido contacto carnal con esa mujer en un vagón de ferrocarril, de regreso de los ducados de Nottinghamshire. ¡Una chica extravagantemente hermosa!

¿Dónde había ido a parar la atracción física que había sentido por ella? Le había parecido irresistible mientras veía pasar los condados por la ventana... Su

imaginación le decía que lo había engatusado. Su intelecto le quitó la idea de la cabeza. Ningún caballero piensa algo así de su mujer.

Ningún caballero piensa así... Dios mío; debía de estar embarazada de otro hombre... Se había pasado los últimos cuatro meses luchando con aquella convicción. Ahora supo que llevaba cuatro meses luchando con aquella convicción mientras se sumergía, anestesiado, en cifras y teorías de ondas. Sus últimas, sus ultimísimas, palabras, las había pronunciado muy tarde, iba toda de blanco se había metido en el vestidor y no había vuelto a verla, sus últimas palabras habían sido acerca del niño.

—Supongamos... —había empezado. No recordaba lo demás, pero sí la expresión de sus ojos. Y el gesto que hizo mientras se quitaba los largos guantes blancos.

Tietjens estaba mirando la chimenea de la señora Wannop; lo cierto es que le parecía de mal gusto tener troncos en la chimenea en verano. Pero qué vas a hacer con una chimenea en verano. En las casas de Yorkshire, las cierran con una portezuela. Pero eso también resulta un poco pretencioso.

Se dijo: «¡Dios mío! He sufrido un ataque», y se puso en pie para comprobar si lo sostenían las piernas, pero no había sufrido ningún ataque. Entonces, pensó, debía de ser que el dolor de aquella última consideración era demasiado grande para que su imaginación lo interpretara, igual que pasan desapercibidos ciertos dolores físicos terribles. Los nervios, como las balanzas, no pueden registrar más que ciertas cantidades, y luego resultan inútiles. Un vagabundo al que le había cortado la pierna un tren le había contado que había tratado de incorporarse tras el accidente sin sentir nada en absoluto... No obstante, el dolor llega luego...

Le dijo a la señora Wannop, que seguía hablando:

—Le ruego que me perdone, pero no he oído lo último que ha dicho.

—Te estaba diciendo que eso es todo lo que puedo hacer por ti.

Él se disculpó:

—Lo siento muchísimo, pero es eso lo que no había oído. Estoy un poco distraído.

Ella respondió:

—Lo sé, lo sé. La imaginación divaga constantemente, pero preferiría que me escuchases. Tengo que irme a trabajar, y tú también. Te estaba diciendo que, después del té, Valentine y tú iréis a Rye a buscar tu equipaje.

Forzando su inteligencia, pues en su imaginación había experimentado una súbita sensación placentera: la luz del sol sobre un tejado rojo piramidal en la distancia; ellos descendiendo en diagonal por una colina verde. Dios, sí, necesitaba aire fresco. Tietjens dijo:

—Comprendo. Nos toma a ambos bajo su protección. Usted los engañará a todos.

La señora Wannop respondió con cierta frialdad:

—No me refiero a vosotros dos. Es a ti a quien tomo bajo mi protección (¡son tus propias palabras!). En cuanto a Valentine: ella se lo ha buscado, que cada palo aguante su vela. Ya te lo he dicho; no puedo volver a pasar por eso.

Se interrumpió e hizo otro esfuerzo:

—Resulta molesto —dijo— que te tachen de la lista de visitas de Mountby. Dan fiestas muy divertidas. Pero soy demasiado vieja para preocuparme y ellos echarán de menos mi conversación más de lo que echo yo la suya. Por supuesto, protegeré a mi hija de los gatos y los monos. Por supuesto, la respaldaré en todo. La apoyaría aunque se fuese a vivir con un hombre casado o tuviera hijos ilegítimos. Pero no apruebo, no apruebo a las sufragistas: desprecio sus fines, detesto sus métodos. No creo que las jóvenes deban hablar con desconocidos. Valentine habló contigo y mira los contratiempos que te ha causado. Lo desapruebo. Soy mujer y aun así me he abierto camino: otras mujeres podrían hacerlo si quisieran o tuvieran la energía necesaria. ¡Lo desapruebo! Pero no pienses que voy a criticar a ninguna sufragista, individualmente o en grupo; ni a Valentine ni a ninguna otra. No creas que diré jamás una palabra contra ellas, lo que te he dicho quedará entre nosotros. Ni que escribiré una palabra en su contra... ¡No, soy una mujer y apoyaré a las de mi sexo!

Se puso en pie con gran energía:

—Tengo que irme a escribir mi novela —dijo—. Tengo que enviar la entrega del lunes por tren esta noche. Ve a mi estudio, Valentine te dará papel, tinta y doce clases de plumas diferentes. Encontrarás los libros del profesor Wannop por toda la habitación. Tendrás que soportar el ruido de la máquina de escribir de Valentine en la alcoba. Tengo dos novelas por entregas en marcha, una manuscrita y la otra mecanografiada.

Tietjens exclamó:

—Pero ¡y usted!

—Yo —replicó ella— escribiré en mi dormitorio sobre mis rodillas. Soy una mujer y puedo hacerlo. Tú eres un hombre y necesitas una silla bien acolchada y un refugio... ¿Te ves con ánimos de trabajar? Entonces tienes hasta las cinco; a esa hora Valentine te llevará el té. A las cinco y media podéis marcharos a Rye. Estarás de vuelta con tu equipaje, tu amigo y su equipaje a las siete.

Luego le hizo callar de modo imperioso añadiendo:

—No seas absurdo. Tu amigo sin duda preferirá esta casa y la cocina de Valentine al pub y la cocina del pub. Y le saldrá más barato... No es ninguna molestia. Supongo que tu amigo no denunciará a esa pobre sufragista que hay arriba. —Se interrumpió y dijo—: Asegúrate de terminar tu trabajo a tiempo y llévalas a Valentine y a ella a ese lugar... Es imprescindible que no viajen en tren y allí tenemos amigos que nunca han tenido relación con las sufragistas. La chica puede esconderse con ellos un tiempo.

Pero si ves que no vas a tener tiempo, prefiero llevarlas yo misma...

Volvió a silenciar a Tietjens, esta vez de manera cortante:

—Te digo que no es ninguna molestia. Valentine y yo siempre hacemos las camas nosotras mismas. No nos gusta tener sirvientes enredando con nuestras cosas. Podemos conseguir más ayuda en el vecindario de la que necesitamos. La gente aquí nos aprecia. Tendremos quien nos ayude con el trabajo extra que nos deis. Podríamos tener sirvientes si quisiéramos. Pero a Valentine y a mí nos gusta estar solas en casa por la noche. Nos queremos mucho.

Anduvo hacia la puerta y luego se volvió para decir:

—¿Sabes que no puedo quitarme de la cabeza a esa desdichada y a su marido? Debemos hacer por ellos todo lo que podamos. —Luego se sobresaltó y exclamó—: Pero, ¡Dios mío!, te estoy entreteniendo. Al estudio se va por allí, por esa puerta.

Se fue a toda prisa por otra puerta y sin duda por un pasillo gritando:

—¡Valentine! ¡Valentine! Lleva a Christopher al estudio. Enseguida... a... —Su voz sonó cada vez más apagada.

VII

Tras saltar del alto estribo del *dog-cart* la chica desapareció por completo en la nube plateada: llevaba un casquete oscuro de piel de nutria que debería haber sido visible. Pero desapareció de un modo más completo que si hubiera caído en aguas profundas, en la nieve..., o a través de papel de seda. ¡De manera más súbita, en todo caso! En la oscuridad, o en aguas profundas, habría dejado una fugaz lividez; en la nieve o en una hoja de papel un agujero. Aquí no había quedado nada.

Aquella constatación le interesó. La había estado observando fijamente, preocupado porque pudiera tropezar con el escalón oculto de abajo, en cuyo caso se pelaría sin duda las espinillas. Pero ella había saltado del coche con una audacia irracional, a pesar de su: «¡Tenga cuidado al bajar!». Él mismo no lo habría hecho: no se habría atrevido a saltar hacia aquella solidez blanca...

Le habría preguntado: «¿Está usted bien?», pero demostrar más interés que el «tenga cuidado» que había expresado ya, le habría apartado de su impasibilidad. Era de Yorkshire e impasible; ella del sur y blanda, emocional y dada a emplear expresiones como: «Espero que no se haya hecho usted daño», allí donde uno de Yorkshire se limitaría a gruñir. Era así porque era del sur. Era tan buena como cualquier hombre..., cualquier hombre del sur. Estaba dispuesta a admitir la pétrea superioridad de los del norte... Era un convencionalismo, así que no le gritó: «Espero que esté bien», aunque habría querido hacerlo.

Su voz llegó amortiguada, como desde detrás de su cabeza. El efecto de ventriloquia resultaba muy extraño:

—Haga algún ruido de cuando en cuando. Aquí todo es muy fantasmal y el farol no sirve de nada. Casi se ha apagado.

Volvió a sus reflexiones sobre el efecto encubridor del vapor de agua. Disfrutó al pensar en el aspecto grotesco que debía de tener en aquel estúpido paisaje. A su derecha un inmenso e improbablemente brillante cuerno de la luna, dejaba una estela que iba directa a su cuello como si estuviese en el mar; junto a la luna, una estrella de grotesco tamaño; sobre ellos, en una extravagante posición, estaba el Carro, la única constelación que conocía, pues, a pesar de ser matemático, despreciaba la astronomía. No era lo bastante teórica para un matemático puro, ni lo bastante práctica para la vida diaria. Por supuesto, había calculado los movimientos de los abstrusos cuerpos celestes, pero sólo a partir de números dados; nunca había mirado las estrellas para hacer sus cálculos... Por encima de su cabeza y por todo el cielo había otras estrellas, grandes y derramando luz, o palideciendo a medida que amanecía, de modo que a veces se veían y luego desaparecían. Luego volvía uno a encontrarlas.

Enfrente de la luna había una mancha o dos de nubes; rosadas por abajo y púrpura oscura por arriba, sobre el azul más pálido del cielo despejado.

¡Pero lo más absurdo era aquella niebla...! Parecía emanar desde su cuello, completamente uniforme y plateada, hasta el infinito por todas partes. A gran distancia, a su derecha, se veían las negras formas de un grupo de árboles —había cuatro— que eran exactamente igual que arrecifes de coral en un mar plateado. No pudo evitar aquella comparación tan estúpida: no había otra.

Sin embargo, no emanaba de su cuello; si alzaba las manos a la altura del pecho, como si fuesen peces pálidos, se veía que sostenían las negras riendas que se extendían hacia abajo en dirección a la nada. Si tiraba de las riendas, el caballo alzaba la cabeza. Dos orejas muy tiesas asomaban entre aquella nube gris: como el caballo medía un poco más de uno setenta y cinco, la niebla debía de tener unos tres metros de altura. Más o menos... Deseó que la chica volviera a subir y a saltar del coche. Así podría observar su desaparición de un modo más científico. Por supuesto, no podía pedirle que lo hiciera, y eso le irritaba. El fenómeno habría probado —o tal vez habría refutado— su idea de las pantallas de humo. Se decía que los chinos de la dinastía Ming se acercaban y sorprendían a sus enemigos entre nubes —por supuesto, no irritantes— de vapor. Había leído que los patagónicos, ocultos por el humo, lograban acercarse tanto a los pájaros y otros animales que podían cogerlos con la mano. Los griegos bajo Paleólogo el...

La voz de la señorita Wannop dijo desde abajo:

—Le agradecería que hiciese un poco de ruido. Esto es muy solitario, además de que posiblemente sea peligroso. Tal vez haya acequias a ambos lados del camino.

Si estuvieran en las marismas ciertamente habría acequias —¿por qué llamarían «acequias» a aquellas zanjias, y por qué ella lo pronunciaba con aquel acento tan peculiar?— a ambos lados de la carretera. No se le ocurrió nada que decir que no expresara preocupación y según las reglas del juego no podía hacer eso. Trató de silbar «John Peel», ^[38] pero no se le daba bien silbar. Cantó: «¿Sabíais que John Peel, al rayar el alba...?» y se sintió como un idiota. Pero siguió cantando la única canción que conocía. Era el himno de la Infantería Ligera de Yorkshire: el regimiento de sus hermanos en la India. Había tratado de alistarse en el ejército, pero su padre no había querido tener más de dos hijos en el ejército. Se preguntó si volvería a cazar con los sabuesos de John Peel, lo había hecho una o dos veces. O con alguna de las jaurías del distrito de Cleveland de las que todavía quedaban unas cuantas cuando era muchacho. Entonces le gustaba pensar que era como John Peel con su manto gris. Por el brezal, hasta Wharton, con la jauría suelta, con el brezo mojado, mientras cae la niebla..., una niebla muy diferente que aquella lámina plateada del sur. ¡Qué tontería! ¡Mágica! Ésa era la palabra. Una palabra estúpida... El sur... ¡En el norte, las nieblas grises se levantaban y dejaban ver las negras faldas de las colinas!

Pensó que ahora le faltaría el aliento: ¡esa maldita vida burocrática...! Si hubiese estado en el ejército como Ernest y James, sus dos hermanos mayores... Pero, sin

duda, no le habría gustado el ejército. ¡La disciplina! Suponía que habría tenido que aceptar la disciplina: es lo que debía hacer un caballero. Porque *noblesse oblige*, no por miedo a las consecuencias... Aunque los oficiales del ejército le parecían patéticos. Chillaban y farfullaban para hacer que los hombres saltaran con rapidez, y después de esfuerzos furiosos lo conseguían. Pero ahí acababa todo...

En realidad aquella niebla no era plateada, o tal vez, ya no lo fuese, si se la miraba con ojos de artista... ¡Justo con esos ojos! Estaba manchada con franjas de púrpura, de rojo, de naranja, delicados reflejos, sombras azules en lo alto del cielo, donde se amontonaba como si fuera nieve... La mirada exacta, la observación precisa; era un trabajo de hombre. El único trabajo digno de un hombre. ¿Por qué, entonces, los artistas eran blandos y afeminados, y no lo bastante hombres; y en cambio el oficial del ejército, que tenía la mentalidad inexacta del maestro de escuela, era un hombre viril? ¡Un hombre viril, hasta que se convertía en una vieja!

¿Y los burócratas? Engordaban y se volvían fofos como él, o flacos y nervudos como Macmaster o el viejo Ingleby. Hacían un trabajo de hombres, observaciones exactas: «n.º de devolución 17642», con cifras exactas. Y aun así se ponían histéricos: corrían por los pasillos y oprimían frenéticamente los timbres de sus mesas, mientras preguntaban con voces agudas de eunucos quejosos por qué el formulario nueve mil dos no estaba listo. Sin embargo, a los hombres les gustaba la vida burocrática: su hermano, Mark, el primogénito, el heredero de Groby... Quince años mayor que él, un tipo aburrido, rígido, atezado, siempre con sombrero hongo, con frecuencia con los anteojos de las carreras al cuello. Iba a su despacho de funcionario de primera clase cuando le apetecía: era un hombre demasiado bueno para que ninguna administración lo despreciara... Heredero de Groby, ¿qué sería del lugar en manos de aquel aburrido...? Sin duda lo alquilaría y seguiría yendo del Albany ^[39] a las carreras —donde nunca apostaba— y a Whitehall, donde se decía de él que era indispensable... ¿Por qué indispensable? ¿Por qué, en nombre de Dios? ¡Ese aburrido que nunca había ido de caza, nunca había disparado, no distinguía la reja de la esteva del arado y vivía dentro de su sombrero hongo! Un hombre «sensato», el arquetipo del hombre sensato. Nadie había mirado nunca a Mark moviendo la cabeza para decir: «¡Es usted brillante!». ¡Brillante! ¡Ese muermo! No, ¡el indispensable era él!

«¡Por mi alma! —se dijo Tietjens—, esa chica de ahí abajo es la única persona inteligente con la que me he topado en muchos años.» Un poco afectada a veces, equivocada en sus razonamientos como es lógico, pero muy inteligente y con un acento peculiar de vez en cuando. Y si hacía falta en algún sitio, ¡ahí estaría! De buena raza, por supuesto, ¡por ambas partes! En todo caso, ella y Sylvia eran las dos únicas personas con las que se había topado en muchos años a las que pudiera respetar: a la una por su absoluta eficacia a la hora de matar; a la otra por su deseo

constructivo y por saber cómo ponerlo en práctica. ¡Matar o curar! Las dos funciones del hombre. Si querías matar algo, podías acudir a Sylvia Tietjens con la seguridad de que lo mataría: una emoción, una esperanza, un ideal; lo mataría rápidamente y sin dudar. Si querías conservar algo con vida podías acudir a Valentine y seguro que se le ocurría cómo hacerlo... Los dos tipos de personalidad: ¡enemigo implacable, compañero fiable..., daga, escudo!

¿Sería posible que el futuro les perteneciera a las mujeres? ¿Por qué no? Hacía años que no había conocido a ningún hombre al que no hubiera tenido que hablarle como si fuese un niño pequeño, igual que le había hablado al general Campion o al señor Waterhouse..., igual que le hablaba siempre a Macmaster. Y a todos los tipos que se cruzaban en su camino...

Pero ¿por qué habría nacido para ser una especie de búfalo apartado de la manada? Ni artista, ni soldado, ni burócrata, ni desde luego indispensable en ninguna parte; en apariencia, ni siquiera sensato a los ojos de aquellos torpes especialistas. Un observador preciso...

Y en las últimas seis horas y media ni siquiera eso. Recitó en voz alta:

Die Sommer Nacht hat mirs angethan
Das war en schwiegsams Reiten...

¿Cómo traducir eso? Era imposible, a Heine no se le puede traducir: ^[40]

La noche de verano me ha cautivado
Ha sido una cabalgada silenciosa...

Una voz interrumpió sus tibios y adormilados pensamientos:

—De modo que sigue ahí. Pues ha hablado demasiado tarde. He chocado con el caballo.

Debía de haber hablado en voz alta. Había notado que el caballo se estremecía al otro extremo de las riendas. A estas alturas, el caballo también se había acostumbrado a ella. Apenas se había movido... Se preguntó cuándo había dejado de cantar «John Peel...». Dijo:

—Vamos; ¿ha encontrado algo?

La respuesta fue:

—Algo... Pero no se puede hablar en medio de esta niebla... Sólo...

La voz se apagó como si hubieran cerrado una puerta. Esperó, ¡esperar como toda ocupación! Golpeó contrito el mango del látigo contra el cubo para hacer un poco de ruido. El caballo echó a andar y tuvo que frenarlo enseguida, menudo idiota estaba hecho. Pues claro que un caballo echaba a andar al oír golpear un látigo. Gritó:

—¿Está usted bien? —El coche podía haberla golpeado. No obstante, había quebrantado la convención. Su voz se oyó desde muy lejos:

—Estoy bien. Estoy probando por el otro lado...

Volvió a pensar lo mismo. Había roto su convención, había demostrado preocupación, como cualquier otro hombre... Se dijo: «¡Por Dios! ¿Por qué no nos tomamos unas vacaciones? ¿Por qué no rompemos todas las convenciones?».

Se erigían entre ellos intangible e incontrovertiblemente. No hacía ni veinticuatro horas que conocía a aquella joven —y aún había pasado menos tiempo desde que había hablado con ella— y ya existía entre ellos la convención de que él debía mostrarse frío y estirado y ella tenaz y cordial... Y, sin embargo, era evidente que ella era tan fría como él, más sin duda, pues en el fondo él era un sentimental.

Era una convención de lo más idiota... Así que ¡al demonio con todas las convenciones!, respecto a la joven y por encima de todo respecto a él mismo. Durante cuarenta y ocho horas..., casi cuarenta y ocho horas exactas hasta que tuviera que partir para Dover...

Tengo que marchar al bosque

Solo, ¡convertido en un proscrito! ^[41]

La luna se estaba poniendo; era la noche de San Juan y empezaba a despuntar el alba..., ¡cuánto sentimentalismo! Debían de ser las cuatro y media del domingo. Había calculado que, para coger en Dover el barco de Ostende, debía salir en automóvil de casa de los Wannop a las cinco y cuarto de la mañana del martes para ir a la estación... ¡Qué conexiones de tren tan malas había en aquella región! Cinco horas para recorrer menos de sesenta y cinco kilómetros.

¡Así que tenía cuarenta y ocho horas y tres cuartos! ¡Que fuesen unas vacaciones! Sobre todo, unas vacaciones de sí mismo; unas vacaciones de sus valores, de sus convenciones consigo mismo. De hacer observaciones exactas, de concebir pensamientos precisos, de derribar como si fueran bolos las exactitudes de los demás, de reprimir sus emociones... De todas las fatigas que hacían que no se soportara... Sintió que sus piernas se alargaban, como si también ellas se hubieran relajado.

En fin, hacía ya seis horas y media que disfrutaba de aquellas vacaciones. Habían empezado a las diez y, como habría hecho cualquier hombre, había disfrutado con el viaje, aunque le había resultado difícil mantener equilibrado aquel dichoso coche, la chica había tenido que sentarse detrás para rodear con su brazo a la otra joven, que gritaba cada vez que pasaban junto a un roble.

Pero, pensándolo bien, había estado fantaseando bajo aquella luna absurda que los había acompañado mientras descendía en el cielo, junto al olor de la paja, la voz de los ruiseñores —un poco ronca, claro, en junio cambia de tono—, de los guiones de

codornices, los murciélagos, y de una garza en dos ocasiones. Habían pasado las sombras negras y azuladas de los montones de paja, de los pesados robles, de los secaderos de lúpulo, que son una mezcla de campanario de iglesia y de poste indicador. Y la carretera gris plateada, y la tibieza de la noche..., era la noche de San Juan la que le había hecho eso...

... *Hat mir's angethan.*

Das war ein schwiegsames Reiten...

¡No del todo silenciosa, desde luego, pero callada! De vuelta de la casa del párroco, donde habían dejado a la rata de alcantarilla londinense, habían hablado muy poco... La familia del párroco no era desagradable: un tío de la chica y tres primas muy simpáticas, como la chica, pero sin su individualidad... Un filete de ternera muy bueno, un Stilton ciertamente meritorio y un trago de whisky que demostró que el párroco era todo un hombre. Todo a la luz de las velas. Una madre maternal se había llevado la rata escaleras arriba..., las risas de las chicas..., luego habían vuelto a ponerse en camino una hora más tarde de lo previsto...

Bueno, no tenía importancia; tenían la eternidad por delante; el caballo..., ciertamente, era un caballo magnífico, se había puesto manos a la obra...

Al principio hablaron un poco: de que ahora la chica londinense estaba a salvo de la policía; de la bondad del párroco al acogerla. De que nunca habría llegado a Charing Cross en tren...

Había habido largos períodos de silencio. Un murciélago había revoloteado muy cerca de su farol.

—¡Qué murciélago tan grande! —había dicho ella—. *Noctilux major*...

Él dijo:

—¿De dónde saca esa nomenclatura latina tan absurda? ¿No es *phaloena*?

Ella le había respondido:

—De White... La *Historia natural de Selborne* ^[42] es el único libro de historia natural que he leído...

—Fue el último escritor inglés capaz de escribir correctamente —afirmó Tietjens.

—Llama a los Downs «esas majestuosas y entretenidas montañas» —replicó ella—. ¿De dónde ha sacado usted esa terrible pronunciación latina? ¡Phal... i... i... na! ¡Parece que rime con Dinah!

—Es «sublimes y entretenidas montañas», no «majestuosas y entretenidas» —observó Tietjens—. Como todos los niños educados en colegios privados de hoy en día, aprendí mi pronunciación latina del alemán.

Ella respondió:

—¡Claro! Mi padre siempre decía que le repugnaba.

—«Caesar» es lo mismo que «Kaiser» —dijo Tietjens.

—Dichosos alemanes —respondió ella—, ¡no son etnólogos; y son pésimos para

la filología! —Y para no dar la impresión de ser pedante, añadió—: Mi padre siempre lo decía.

¡Qué silencio se hizo entonces! Ella llevaba sobre la cabeza una manta que le había prestado su tía; era una silueta a su lado, con una nariz respingona que sobresalía de aquella masa negra. De no ser por el casquete negro habría tenido la silueta de una hilandera de Manchester, sin embargo con el casquete tenía una silueta diferente, como el cinto de Diana. Resultaba agradable y estimulante cabalgar junto a una dama silenciosa en la oscuridad del Weald ^[43] que apenas dejaba pasar la luz de la luna. Los cascos del caballo sonaban «cloc», «cloc»: era un buen caballo. El farol iluminó la figura rojiza de un hombre con un saco a la espalda que se apretaba contra el seto con un perro de caza a su lado.

«¡Al guarda se le han pegado las sábanas! —se dijo Tietjens—. Estos guardas del sur se pasan la noche durmiendo... Y luego se llevan una propina de cinco libras por la caza del fin de semana...» Decidió que, por su parte, iba a poner fin a aquello. Se acabaron los fines de semana con Sylvia en las mansiones de los elegidos...

De pronto, después de pasar por un claro en el bosque, la chica dijo:

—No estoy enfadada por lo del latín, aunque fue usted grosero sin necesidad. Y no tengo sueño. Me lo estoy pasando de maravilla.

Tietjens dudó un minuto. Aquello era una chiquillada. Él no acostumbraba a decir chiquilladas. Debería desairarla por su propio bien.

Le había dicho:

—¡Yo también lo estoy pasando muy bien! —Ella lo estaba mirando; su nariz había desaparecido de la silueta. Tietjens no había podido evitarlo: la luna iluminaba su cabeza, la rodeaban una multitud de estrellas sin nombre; la noche era cálida. ¡Además, un hombre verdaderamente viril puede condescender de vez en cuando! En cierto modo, se lo debe a sí mismo...

Ella dijo:

—¡Muy amable por su parte! Pensé que iba a darme a entender que esta excursión le apartaba de su importantísimo trabajo...

—Bueno, siempre puedo pensar mientras conduzco —replicó él.

Ella respondió:

—¡Oh! —y luego añadió—: El motivo por el que no me molesta su grosería respecto a mi latín es que sé que soy mucho mejor latinista que usted. Usted no sabe citar unos versos de Ovidio sin colar alguna pifia... Es *vastum* y no *longum*... «Terra tribus scopulis vastum procurrit...» ^[44] Igual que es *alto* y no *caelo*... «Uvidus ex alto desilientis...» ^[45] ¿Cómo iba Ovidio a escribir *ex caelo*? La ce de después de la equis da dentera.

Tietjens replicó:

—*Excogitabo!*

—¡Suenan como un ladrido! —dijo ella con desprecio.

—Además —afirmó Tietjens—, *longum* es mucho mejor que *vastum*. Odio los adjetivos afectados como «vasto»...

—Muy típico de usted eso de enmendarle la plana a Ovidio —exclamó ella—. Sin embargo, afirma usted que Ovidio y Catulo fueron los dos únicos poetas romanos que merecieron ese nombre. Y eso es porque eran sentimentaloides y utilizaban adjetivos como *vastum*... ¿Qué es «tristes lágrimas mezcladas con besos», sino puro sentimentalismo?

—Debería decir —respondió Tietjens con suave peligrosidad— «Besos confundidos con lágrimas tristes...», «*Tristibus et lacrimis oscula mixta dabis...*». ^[46]

—¡Que me cuelguen si lo traduciría así! —exclamó ella de forma explosiva—. Un hombre como usted podría morir en una zanja y ni me acercaría. Está usted amojamado incluso para tratarse de alguien que ha aprendido latín con los alemanes.

—Bueno, en realidad soy matemático —dijo Tietjens—. ¡Los clásicos no son mi especialidad!

—Desde luego —respondió ella cortante.

Mucho tiempo después llegaron estas palabras de su negra silueta:

—Utilizó usted «confundidos» en lugar de «mezclados» para traducir *mixta*. ¡Yo diría que tampoco estudió usted inglés en Cambridge! Aunque mi padre siempre decía que tan malos eran para lo uno como para lo otro.

—Su padre estudió en Balliol, claro —dijo Tietjens con el aire estirado de un erudito del Trinity College de Cambridge. Pero ella había pasado toda su vida entre gente de Balliol, y se lo tomó como un cumplido y una rama de olivo.

Un rato después Tietjens, al ver que su silueta estaba inmóvil entre él y la luna, observó:

—No sé si se habrá dado cuenta de que, desde hace un rato, hemos estado viajando casi hacia el oeste. Deberíamos estar yendo hacia el sureste o hacia el sur. Supongo que conocerá usted la carretera...

—Como la palma de mi mano —respondió ella—, la he recorrido cientos de veces con mi motocicleta y mi madre en el sidecar. El siguiente cruce se llama la Encrucijada del Abuelo. Todavía nos quedan dieciocho kilómetros. La carretera da esta vuelta debido a los pozos de las viejas minas de hierro de Sussex; da vueltas y revueltas entre ellos, hay cientos. Sabrá que las exportaciones de la ciudad de Rye en el siglo dieciocho eran lúpulo, cañones, hervidores de agua y estructuras para chimeneas. Las barandillas de la cúpula de Saint Paul están hechas de hierro de Sussex.

—Por supuesto que lo sabía —dijo Tietjens—. Yo también procedo de una región minera. ¿Por qué no me ha dejado llevar a la chica en el sidecar? Habría sido mucho más rápido.

—Porque —respondió ella— hace tres semanas estrellé el sidecar contra un mojón en Hog's Corner, iba a sesenta por hora.

—¡Debió de ser un buen golpe! —exclamó Tietjens— ¿Llevaba a su madre en él?

—No —respondió la chica—, literatura sufragista. El sidecar estaba lleno. Y sí que fue un buen golpe. ¿No se ha fijado en que todavía cojea un poco...?

Unos minutos más tarde, ella dijo:

—No tengo ni la menor idea de dónde estamos. Me he olvidado por completo de fijarme en la carretera. Y no me importa... Aunque ahí hay un poste indicador; acérquese.

El farol, no obstante, no iluminaba los carteles del poste; ardía muy mal y daba muy poca luz. En el aire había mucha niebla. Tietjens le dio las riendas a la chica y bajó. Cogió la luz, se acercó uno o dos metros al poste indicador y examinó el fantasmal y desconcertante cartel...

La chica soltó un gritito que le heló la médula espinal; los cascos retumbaron de un modo extraño, el coche siguió su marcha. Tietjens corrió tras él; era asombroso..., había desaparecido por completo. Luego se subió a él, fantasmal, rojizo y desdibujado por la niebla. Debía de haberse vuelto más espesa de pronto. La niebla se arremolinó alrededor del farol cuando volvió a ponerlo en su sitio.

—¿Lo ha hecho adrede? —le preguntó a la chica—. ¿O es que no sabe sujetar a un caballo?

—No sé conducir un caballo —dijo la chica—, me dan miedo. Tampoco sé conducir una moto. Me lo inventé porque sabía que diría usted que habría preferido llevar a Gertie en el sidecar a venir conmigo.

—En ese caso —replicó Tietjens—, ¿le importaría decirme si es cierto que se conoce la carretera?

—Ni lo más mínimo —respondió ella alegremente—. Nunca he conducido por ella antes. La busqué en el mapa antes de partir porque estoy harta de ir por el mismo camino por el que vinimos. Hay un coche de caballos que lleva de Rye a Tenterden, y he ido cientos de veces a pie de Tenterden a casa de mi tío...

—Entonces estaremos fuera toda la noche —observó Tietjens—. ¿Le importa? El caballo tal vez esté cansado...

Ella dijo:

—¡Oh, pobre caballo...! Yo quería que nosotros estuviésemos toda la noche fuera... Pero el pobre caballo... Qué desconsiderada por no haberlo pensado.

—Estamos a veinte kilómetros de un lugar llamado Brede; a dieciocho de otro sitio cuyo nombre no pude leer y a diez de un sitio llamado Uddlemere o algo parecido... —Tietjens añadió—: Ésta es la carretera de Uddlemere.

—¡Oh!, entonces aquello sí que era la Encrucijada del Abuelo —declaró ella—. La conozco bien. Se llama así porque un señor al que llamaban «abuelo Finn» se

sentaba siempre allí. Los días de mercado de Tenterden llevaba una cesta de pasteles de manteca y se los vendía a los carros que pasaban. El mercado de Tenterden se cerró en 1845..., debido a la derogación de las leyes sobre el trigo, ya sabe. Como *tory* debería estar interesado en esas cosas.

Tietjens siguió sentado pacientemente. Comprendía su estado de ánimo, se había quitado un gran peso de encima; y la larga relación con su mujer le había acostumbrado a los cambios de humor femeninos.

—¿Le importaría —dijo entonces— decirme...?

—Siempre —le interrumpió ella— que eso fuese realmente la Encrucijada del Abuelo, la palabra viene del francés *carrefour*... O tal vez no sea ésa la palabra adecuada. Pero así es como funciona el cerebro...

—Por supuesto, usted ha ido a menudo a pie de casa de su tío a la Encrucijada del Abuelo —dijo Tietjens—, con sus primas, para llevarle brandy al inválido de la antigua casa de peaje. Por eso se sabe la historia del Abuelo. Afirma que nunca ha conducido por ella, pero la ha recorrido a pie. Así es como funciona su cerebro, ¿verdad?

Ella dijo:

—¡Oh!

—En ese caso —continuó Tietjens—, ¿le importaría decirme, aunque sólo sea por el pobre caballo, si Uddlemere está o no de camino a casa? Admito que no conozca este tramo de la carretera, pero sí sabe si se trata o no de la carretera correcta.

—Ese toque de sentimentalismo —dijo la chica— no suena convincente. Es usted quien no sabe adónde lleva la carretera. El caballo no está...

Tietjens dejó que el coche siguiera otros cincuenta metros y luego afirmó:

—Es la carretera correcta. El desvío de Uddlemere era el bueno. De lo contrario no dejaría usted que el caballo diera otros cinco pasos. Es usted tan sensiblera con los caballos como yo...

—Al menos nos une ese vínculo —dijo ella con aspereza—. La Encrucijada del Abuelo está a diez kilómetros y ochocientos metros de Udimore; Udimore está a ocho kilómetros exactos de casa; en total dieciocho kilómetros y ochocientos metros. El pueblo se llama Udimore y no Uddlemere. Los aficionados a los nombres locales derivan ese nombre de «O'er the mere». ¡Es absurdo! La leyenda dice que fueron a construir una iglesia con las reliquias de san Rumwold en el lugar equivocado, y una voz gimió «sobre la marisma». ¡Obviamente no puede ser más absurdo...! ¡Ridículo! «O'er the», según la ley de Grimm ^[47] es imposible que se convirtiera en «Udi»; y «mere» no es ni mucho menos una palabra germánica...

—¿Por qué —preguntó Tietjens— me da toda esta información?

—Porque —respondió la chica— así es como funciona su cerebro... ¡Recoge datos inútiles igual que la plata recién pulida absorbe los vapores sulfurosos y se

deslustra! Ordena hechos inútiles según modelos obsoletos y hace que el *toryismo* sea uno de ellos... Nunca me había encontrado antes con un *tory* de Cambridge. Pensé que estaban en los museos y que los habían reconstruido a partir de los fósiles. Eso es lo que decía siempre mi padre; era un conservador imperialista disraeliano de Oxford...

—Lo sé, por supuesto —respondió Tietjens.

—Claro que lo sabe —dijo la chica—. Usted lo sabe todo... Y lo ha reelaborado todo según unos principios absurdos. Usted cree que mi padre era un insensato porque trataba de adaptar las tendencias modernas a la vida. Quiere ser un caballero rural inglés y sacar sus principios de los periódicos y los cotilleos de las ferias de caballos. Y que el país se vaya al infierno, usted no movería ni un dedo salvo para decir: «Os lo advertí».

Ella le tocó de pronto en el brazo:

—¡No me haga caso! Es sólo una reacción. Soy tan feliz. Soy tan feliz.

Él dijo:

—¡Está bien! ¡Está bien! —Pero durante un minuto o dos no había sido así. «Las garras femeninas», se dijo, «están enfundadas en terciopelo, pero pueden herir mucho si se aplican en la llaga de los defectos de tus cualidades..., aunque sea sólo con el terciopelo.» Añadió—: Su madre la hace trabajar mucho.

Ella exclamó:

—¡Qué comprensivo! ¡Para tratarse de alguien que aspira a ser una anémona es usted sorprendente! —luego añadió—: Sí, éste es el primer día libre que he tenido en cuatro meses: me paso seis horas diarias escribiendo a máquina; cuatro horas trabajando por la causa; tres cuidando del jardín y de la casa; tres revisando los originales de mi madre. Y, por si fuera poco, la incursión y todas esas preocupaciones... Una preocupación terrible. Imagine que hubieran enviado a mi madre a la cárcel... ¡Oh!, me habría vuelto loca... Los días laborables y los domingos... —Se interrumpió—: En realidad me estoy disculpando —prosiguió—, desde luego, no debería haberle hablado así. A usted, todo un prohombre, que se dedica a salvar el país con sus estadísticas... Le tomé por un tipo muy desagradable..., fue un alivio descubrir que es usted un..., ¡oh!, un hombre con debilidades como los demás. Me daba miedo esta excursión. Y aún me habría dado más miedo si no hubiese estado tan aterrorizada por lo de Gertie y la policía. Si no me hubiese desahogado con usted habría tenido que saltar en marcha y correr detrás del coche... Todavía podría hacerlo.

—No —dijo Tietjens—. No vería usted el coche.

Acababan de internarse en un espeso banco de niebla que pareció recibirlos con un golpe blando y ubicuo. Resultaba cegadora y amortiguaba los sonidos y, en cierto sentido, era triste, aunque también fuese feliz con su romántica singularidad. No se

veía ni el brillo del farol y apenas si se oía el trote del caballo, que había empezado a andar al paso. Ambos estuvieron de acuerdo en que a ninguno de los dos podía reprochársele que se hubieran perdido, en aquellas circunstancias era imposible. Por fortuna, el caballo los llevaría a alguna parte; había pertenecido a un vendedor ambulante, un hombre que recorría aquellos caminos para comprar pollos y revenderlos... Coincidieron en que ninguno de los dos era responsable, y luego siguieron varias horas en silencio, mientras la niebla se iba haciendo más y más luminosa... Una o dos veces, en una elevación de la carretera, volvieron a ver las estrellas y la luna, aunque difuminadas por la niebla. La cuarta ocasión habían aparecido en el mar de plata, como tritones que emergieran a la superficie de un mar tropical...

Tietjens había dicho:

—Sería mejor que bajase con el farol. Mire a ver si encuentra algún mojón; lo haría yo, pero usted no sabe cómo frenar el caballo... —Ella había saltado...

Y él se había quedado sentado, sintiéndose, sin saber muy bien por qué, una especie de Guy Fawkes, ocupado con pensamientos no precisamente desagradables..., ¡concentrado, como la propia señorita Wannop, en unas vacaciones completas de cuarenta y ocho horas; hasta el martes por la mañana! Tenía por delante un largo y entretenido día de números; un descanso después de cenar, media noche más dedicada a los números; un lunes consagrado a la venta de un caballo en el mercado del pueblo, donde casualmente conocía a un marchante. ¡De hecho lo conocían todos los cazadores de Inglaterra! Una larga y entretenida discusión en la atmósfera de carbonato amónico del establo y una lenta disputa aderezada con epigramas de caballerizo. No podía imaginar un día mejor; la cerveza en el pub probablemente también sería buena. Y, si no, el vino joven de Burdeos... Ese vino a menudo era bueno en las tabernas del sur, no se vendía mucho así que lo guardaban bien...

El martes todo volvería a echársele encima, empezando por el encuentro con la doncella de su mujer en Dover...

Iba a tomarse, sobre todo, unas vacaciones de sí mismo y a tomárselas como hacen los demás: librándose de las convenciones y de los encorsetamientos...

La chica dijo:

—¡Ahora vuelvo! He encontrado algo...

Él miró fijamente hacia el lugar por donde ella debía aparecer, eso le daría una indicación de lo impenetrable para la vista que era aquella niebla.

Su casquete de piel de nutria tenía gotas de rocío, también llevaba gotas de rocío en el pelo. Subió al coche de forma un poco rara; los ojos le brillaban de contento, jadeaba un poco y le brillaban las mejillas. Se le había oscurecido el pelo por la humedad de la niebla, pero daba la impresión de tener un matiz dorado bajo el

inesperado claro de la luna.

Tietjens estuvo a punto de besarla mientras subía. Casi. ¡Un impulso casi irresistible! Exclamó: «¡Prietas las filas!», muy sorprendido.

Ella dijo:

—Podría haberme echado una mano. He encontrado —continuó— una piedra en la que ponía IRDC,^[48] y luego se me apagó el farol. No nos hemos extraviado en las marismas, porque estamos entre dos setos vivos. Eso es todo lo que he encontrado... Pero he descubierto lo que me hace estar tan antipática con usted...

Tietjens no podía creer que ella siguiera tan tranquila: la resaca de su impulso había sido tan fuerte que se sentía como si hubiera tratado de besarla y ella le hubiera rechazado. Tendría que haberse mostrado indignada, divertida, incluso contenta... Tendría que demostrar algún tipo de emoción...

Ella dijo:

—Es por haberme hecho callar con aquel absurdo *non-sequitur* sobre la fábrica de ropa de Pimlico. Fue un insulto a mi inteligencia.

—¡Así que se dio cuenta de que era una falacia! —dijo Tietjens. La estaba mirando fijamente. No sabía lo que le había ocurrido. Ella también lo miró a él, con frialdad y unos ojos inmensos. Era como si por un momento el destino, que normalmente pasaba de largo, le hubiera mirado. «¿Acaso —discutió con su destino — no puede un hombre querer besar a una colegiala al ayudarla a subir a un coche...?» Creyó oír su propia voz, o una caricatura de su propia voz, diciendo: «Los caballeros no...».

Exclamó:

—¿Es que los caballeros no...? —Y se interrumpió porque reparó en que había hablado en voz alta.

Ella dijo:

—¡Oh, sí!, los caballeros emplean falacias para pasar de puntillas sobre un asunto delicado durante una discusión. E impresionan a las colegialas con ellas. Eso es, en el fondo, lo que me exasperaba de usted. En ese momento (hace tres cuartas partes de un día) me trató usted como a una colegiala.

Tietjens respondió:

—¡No lo sé! —y añadió—: ¡Dios sabe que no lo sé!

Ella replicó:

—¡No, no lo sabe usted!

Él dijo:

—No era necesario hacer gala de tanta erudición marisabidilla para convencerme...

—¡Marisabidilla! —exclamó ella con desdén—. No tengo nada de marisabidilla. Sé latín porque mi padre lo hablaba con nosotros. Me metía con usted por ser un

pomposo sabelotodo.

De pronto ella se echó a reír. Tietjens se sentía mal, físicamente mal. Ella siguió riéndose. Él balbució:

—¿Qué pasa?

—¡El sol! —dijo ella señalando hacia arriba. Encima de la uniforme nube plateada estaba el sol, no un sol rojo, sino brillante y bruñido.

—No comprendo... —dijo Tietjens.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó ella—. ¡Es de día...! Ha empezado el día más largo del año..., y mañana será igual de largo... Ya sabe, es el solsticio de verano. A partir de pasado mañana los días se acortarán hasta llegar el invierno. Pero mañana será igual de largo... Estoy tan contenta...

—¿De que haya pasado la noche? —preguntó Tietjens.

Ella lo miró un buen rato.

—En realidad no es usted tan terriblemente feo —dijo.

Tietjens preguntó:

—¿Qué iglesia es ésa?

Alzándose entre la niebla, sobre un cerro muy verde que había a medio kilómetro de allí, se encontraba un inapreciable lugar de devoción con una techumbre de tejas de roble que brillaba tan gris como el plomo, una veleta con un gallo demasiado brillante —brillaba incluso más que el sol— y oscuros olmos a su alrededor que conservaban la humedad de la niebla.

—¡Icklesham! —gritó ella suavemente—. Estamos muy cerca de casa. Un poco más allá de Mountby... Ése es el camino de Mountby...

Había unos árboles, negros y canosos por culpa de los jirones de niebla. Árboles en el seto y la avenida que conducía a Mountby; hacía un ángulo recto justo antes de desembocar en la carretera y la carretera se alejaba en ángulo recto de la puerta.

—Tiene que girar a la izquierda antes de llegar a la avenida —dijo la chica—. O es muy probable que el caballo siga hasta la casa. Su antiguo dueño le compraba huevos a lady Claudine.

Tietjens exclamó de un modo bárbaro:

—Maldito sea Mountby. Ojalá no nos hubiésemos acercado a él. —Y fustigó al caballo para ponerlo al trote. De pronto los cascos sonaron más fuerte. Ella puso la mano sobre su mano enguantada. Si hubiese sido la carne no lo habría hecho.

Ella dijo:

—Cariño, no podía durar eternamente... Pero eres una buena persona. Y muy inteligente... Lo superarás...

A menos de diez metros de allí Tietjens vio una bandeja de té, la parte inferior de una bandeja negra de té lacada se deslizaba hacia ellos, matemáticamente en línea recta, surgiendo de entre la niebla. Gritó como un loco y notó que la sangre le subía a

la cabeza. Su voz la ahogó el relincho del caballo que se había desviado hacia la izquierda. El coche se levantó, los hombros y la cabeza del caballo emergieron piafando de la niebla. ¡Un caballo marino de piedra de una fuente de Versalles! ¡Justo eso! Suspendido del aire durante una eternidad, mientras la chica lo miraba inclinada hacia delante.

El caballo no frenó, él había aflojado las riendas. Ya no estaba allí. ¡Lo peor que podía pasar! Sabía que ocurriría. Dijo:

—¡Ahora estamos a salvo! Luego se oyó un choque y una raspadura como de veinte bandejas de té, un ruido muy prolongado. Debían de estar rozando contra el guardabarros del coche invisible. Sentía la presión de la boca del caballo, el caballo estaba desbocado, corría a galope tendido. Aumentó la presión.

La chica dijo:

—Sé que contigo estoy a salvo.

De pronto se encontraron a plena luz del sol: el coche, el caballo, setos normales. Iban cuesta arriba: una pendiente prolongada. Él no estaba seguro de si ella había dicho «¡Cariño!» o «¡Cariño mío!». ¿Sería posible, después de tan poco...? Aunque había sido una noche muy larga. Y no había duda de que acababa de salvarle la vida. Aumentó suavemente la presión sobre la boca del caballo, con sus setenta y cinco kilos de peso, toda su fuerza. La pendiente también contribuyó. ¡Una carretera blanca y empinada entre bancales cubiertos de hierba!

¡Detente, maldita sea! Pobre animal... La chica se cayó del coche. ¡No! ¡Había bajado de un salto! Corrió hacia el caballo. El animal levantó la cabeza. Casi la tira al suelo, ella lo cogió por el bocado... ¡No podía! La herida estaba tierna..., tenía miedo a los caballos..., él exclamó:

—¡El caballo se ha hecho un corte!

¡El rostro de ella parecía de *blanc-mange*!

—¡Ven rápido! —gritó ella.

—Tengo que aguantarlo un momento —dijo él—, podría salir disparado si lo suelto para desmontar. ¿Es muy grande el corte?

—¡La sangre no deja de manar! Como un manto de sangre.

Por fin estuvo a su lado. Tenía razón. Aunque no llegaba a ser un manto de sangre. Sino más bien como una media roja. Él dijo:

—Lleve usted enaguas blancas. Vaya detrás del seto, sáltelo y quíteselas...

—¿Las hago jirones? —preguntó ella—. ¡Sí!

Él la llamó mientras trepaba por el bancal:

—Rompa primero la mitad. El resto hágalo jirones.

Ella dijo: «¡De acuerdo!». No pasó al otro lado del seto tan limpiamente como él había esperado. No saltó. Pero estaba al otro lado...

El caballo, tembloroso y con las aletas de la nariz distendidas, estaba mirando al

suelo, a la sangre que se acumulaba junto a su pezuña. El corte estaba justo en el hombro. Él le puso el brazo izquierdo sobre los ojos. El caballo lo soportó, casi con un relincho de alivio... Tenía un maravilloso magnetismo con los caballos. ¿Tal vez también con las mujeres? Dios sabía. Estaba casi seguro de que ella había dicho: «¡Cariño!».

Ella gritó: «¡Toma!». Él atrapó una bola de tela blanca. La deshizo. Gracias a Dios: ¡qué sentido común! Una venda blanca, larga y fuerte. ¿Qué demonios era aquel siseo? Un coche pequeño y cerrado con los guardabarros abollados, casi sin hacer ruido, de color negro brillante... Maldita sea, los adelantó y se detuvo diez metros más adelante..., el caballo se encabritó: ¡estaba furioso! Totalmente furioso... Una especie de cacatúa blanca y escarlata salió aleteando por la portezuela del coche..., un general. En traje de gala. ¡Plumas blancas! ¡Noventa medallas! ¡Guerrera escarlata! Pantalones negros con una banda roja. ¡Hasta espuelas, por Dios!

Tietjens exclamó:

—¡El diablo se lo lleve, lárguese de aquí, maldito idiota!

La aparición pasó detrás de las orejeras del caballo y dijo:

—Al menos puedo sujetarte el caballo. He aparcado lejos para que no os vea lady Claudine.

—¡Cuánta consideración por su parte! —respondió Tietjens, tan groseramente como pudo—. Tendrá que pagar el caballo.

El general exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Y eso por qué? Conducías tu dichoso jamelgo por mi carril.

—Usted no tocó la bocina —dijo Tietjens.

—Éste es un camino privado —chilló el general—. Además, sí la toqué.

Sostenía la brida del caballo como un espantapájaros escarlata muy delgado. Tietjens estaba extendiendo las enaguas con cuidado alrededor del pecho del animal. El general dijo:

—¡Escucha! Tengo que comandar la escolta de la fiesta real en Saint Peter-in-Manor, en Dover. Van a llevar los estandartes de los Buffs ^[49] al altar o algo parecido.

—No tocó la bocina —dijo Tietjens—. ¿Por qué no se trajo a su chófer? Es un hombre muy competente... Se le llena a usted la boca cuando habla de la viuda y su hija, pero cuando se trata de robarles cincuenta libras matando a su caballo...

El general respondió:

—¿Qué demonios hacías entrando en nuestro camino a las cinco de la mañana?

Tietjens, que había aplicado la media enagua al pecho del caballo, exclamó:

—Coja eso de ahí y démelo. —A sus pies tenía un delgado rollo de tela que había rodado hasta allí desde el seto.

—¿Puedo soltar al caballo? —preguntó el general.

—Pues claro que puede —respondió Tietjens—. Sé cómo calmar a un caballo

mucho mejor de lo que conduce usted un coche...

Ató los jirones de tela sobre las enaguas; el caballo bajó la cabeza y husmeó su mano. El general, detrás de Tietjens, se quedó muy desconcertado, empuñando el mango engastado en oro de su espada. Tietjens siguió dándole vueltas y vueltas al vendaje.

—Escucha —el general se inclinó de pronto para susurrarle al oído a Tietjens—, ¿qué voy a decirle a Claudine? Creo que ha visto a la chica.

—¡Oh!, díglele que vinimos a preguntarle a qué hora sueltan sus puñeteros sabuesos —dijo Tietjens—, es un trabajo matutino...

La voz del general adoptó una entonación realmente patética:

—¡En domingo! —exclamó. Luego con tono aliviado añadió—: Le diré que ibais a comulgar a primera hora a la iglesia de Duchemin en Pett.

—Si quiere añadir la blasfemia al asesinato de caballos como profesión, hágalo —dijo Tietjens—, pero tendrá que pagar el caballo.

—Maldita sea si lo hago —gritó el general—. Te digo que ibais por mi carril.

—Entonces lo haré yo —dijo Tietjens—, y ya sabe lo que interpretará la gente.

Se puso muy erguido para mirar al caballo.

—Váyase —dijo—, diga lo que quiera. ¡Haga lo que quiera! Pero cuando pase por Rye envíe aquí la ambulancia de caballos del veterinario. No lo olvide. Voy a salvar a este caballo...

—¿Sabes, Chris? —contestó el general—, tienes mucha mano para los caballos... No hay nadie en Inglaterra...

—Lo sé —dijo Tietjens—. Váyase. Y envíe la ambulancia... Su hermana está saliendo del coche...

El general empezó:

—Hay un montón de cosas que explicar... —Pero al oír un agudo grito de «¡General! ¡General!», sujetó el mango de la espada para que no se le metiese entre las piernas largas, negras y con una banda roja, corrió al coche y volvió a meter en él a empujones a un bulto negro y emplumado. Saludó con la mano a Tietjens:

—Enviaré la ambulancia —gritó.

El caballo, con la pata envuelta en blancas vendas entrecruzadas a través de las cuales iba apareciendo lentamente una mancha purpúrea, estaba quieto con la cabeza inclinada, como hacen las mulas, bajo el sol cegador. Para tranquilizarlo, Tietjens empezó a aflojar el tirante. La chica saltó por encima del seto y, agachándose, se puso a ayudarle.

—Bueno. Se acabó mi reputación —dijo alegremente—. Sé cómo es lady Claudine... ¿Por qué trataste de discutir con el general?

—¡Oh! —respondió desventuradamente Tietjens—, es mejor que tengas pleitos con él. Así podrás explicar que... hayas dejado de ir a Mountby...

—Piensas en todo —dijo ella.

Empujaron el coche para apartarlo del caballo inmóvil. Tietjens llevó al animal dos metros más adelante, para que no viera su propia sangre. Luego se sentaron uno junto al otro en la pendiente del bancal.

—Háblame de Groby —dijo por fin la chica.

Tietjens empezó a hablarle de su casa... Tenía enfrente una avenida que desembocaba en ángulo recto en la carretera. Justo igual que la de Mountby.

—La construyó mi tatarabuelo —dijo Tietjens—. Le gustaba tener intimidad y no le apetecía que la gente común pudiera ver la casa desde la carretera..., igual que el tipo que construyó Mountby, no hay duda... Pero es muy peligroso con los coches. Tendremos que reformarla... Justo al final de una pendiente. No quiero que ningún caballo salga herido... Ya lo verás... —De pronto se le ocurrió que tal vez no fuera el padre del niño que iba a ser heredero de aquel amado lugar donde se había criado una generación tras otra desde Guillermo de Orange. ^[50] ¡Un puñetero hereje!

En aquel terraplén las rodillas casi le quedaban a la altura de la barbilla. Sintió cómo se resbalaba hacia abajo.

—Si alguna vez te llevo allí... —empezó.

—¡Oh, pero nunca lo harás...! —respondió ella.

El niño no era suyo. ¡El heredero de Groby! Ninguno de sus hermanos tenía hijos... En el establo había un pozo muy profundo. Había pensado en enseñarle al chico cómo, si echabas un guijarro y contabas hasta veintitrés, ascendía un sonido susurrante... ¡Pero no era su hijo! Tal vez ni siquiera pudiera tener hijos. Sus hermanos casados no los tenían... Lo estremecieron unos sollozos contenidos. Se sintió como si la responsabilidad fuese suya. El pobre animal había confiado en él y él había chocado. La señorita Wannop le pasó una mano por el hombro.

—¡Cariño! —dijo—, tú nunca me llevarás a Groby... Tal vez sea..., oh, una breve relación; pero creo que eres el mejor...

Él pensó: «Una relación ciertamente muy breve».

Sintió un gran dolor, que presidía la alta figura rubia de su mujer...

La chica dijo:

—¡Ahí viene un tálburi! —Y apartó el brazo.

Un tálburi se les acercó con un conductor de ojos enrojecidos. Les explicó que el general Champion lo había sacado de la cama, del lado de su anciana esposa. A pesar de estar tan dormido, quería una libra por llevarlos a casa de la señora Wannop. Luego llegaría el carro del matarife.

—Llévese a la señorita Wannop a casa inmediatamente —dijo Tietjens—, tiene que prepararle el desayuno a su madre... No pienso apartarme del caballo hasta que llegue el carro.

El conductor del tálburi se tocó el raído sombrero verde con el látigo.

—De acuerdo —replicó con voz pastosa, metiéndose un soberano en el bolsillo del chaleco—. Un caballero siempre es un caballero..., un hombre piadoso lo es también con sus animales. Aunque yo no dejaría mi casita de madera, ni me perdería el desayuno, por ningún animal... Hay quien lo haría... y hay quien no.

Se alejó con la chica en el interior de su anticuado vehículo.

Tiejtens se quedó junto al caballo en la pendiente del bancal, bajo la fuerte luz del sol. Había recorrido casi sesenta kilómetros y había perdido mucha sangre.

Tietjens dijo:

—Supongo que podría conseguir que el viejo pagara cincuenta libras por él. Ellas necesitan el dinero.

Luego observó:

—¡Pero no sería jugar limpio! —Mucho tiempo después añadió—: ¡Al demonio con los principios! —Y luego—: Pero hay que seguir adelante... Los principios son como el croquis de este país..., es la única forma de saber si uno va al este o al norte.

El carro del matarife apareció lentamente por la curva.

Segunda parte

I

Sylvia Tietjens se levantó de un extremo de la mesa del almuerzo y anduvo a lo largo de ella con un plato en la mano. Todavía llevaba el pelo peinado con raya al medio y la falda tan larga como podía; con su altura, decía, no pretendía que la tomaran por una girl-scout. A la vista de su tez, de su figura o de la languidez de sus gestos no había envejecido ni un minuto. Era imposible encontrar ninguna imperfección en su cutis o una sombra de fatiga en sus ojos mayor de la que ella quería expresar, aunque había aumentado a propósito su aire de insolencia desdeñosa. Sentía que su ascendencia sobre los hombres aumentaba con su frialdad. Una conocida suya había dicho de una mujer peligrosa que, cuando entraba en una habitación, las mujeres sujetaban a sus maridos. A Sylvia le gustaba pensar que, antes de que ella saliera de la habitación, esas mismas mujeres habían reparado con humillación en que no tenían necesidad de hacerlo. De hecho, si al entrar hubiera afirmado fría y rotundamente: «¡Olvidadlo!», como les dicen las camareras a los más atrevidos, no habría podido dejarles más claro a las demás mujeres que no tenía ningún interés por aquellos preciados montones de basura suyos.

Una vez, al borde de un acantilado de Yorkshire, donde los páramos se asoman al mar, uno de esos aburridos días de caza que están allí tan de moda, un hombre le había pedido que observara el comportamiento de las gaviotas que había abajo. Iban de una roca a otra en la pared del acantilado, chillando sin la característica dignidad de las gaviotas. Algunas incluso soltaban los arenques que habían pescado y veían cómo los trozos de plata caían hacia la corriente azulada. El hombre le dijo que alzara la vista: en lo alto, describiendo amplios círculos e iluminado desde abajo por el sol como una llama pálida recortada contra el cielo, había un pájaro. El hombre le explicó que era una especie de águila pescadora o halcón. Su costumbre habitual era perseguir a las gaviotas, que, aterradas, soltaban su botín de arenques, y robarles los peces antes de que cayeran al agua. En ese momento el águila no estaba cazando, pero las gaviotas estaban tan aterrorizadas como si lo estuviera.

Sylvia se quedó un buen rato observando las circunvoluciones del águila. Le gustaba ver que, aunque nada amenazaba a las gaviotas, ellas seguían chillando y

soltando los arenques... Le recordaba a sí misma y su relación con las demás mujeres del gallinero... No es que circulase el menor escándalo sobre ella, eso lo sabía muy bien y era su mayor preocupación, igual que rechazar a hombres apuestos —los más apuestos del mundo del comercio— se había convertido en su mayor afición.

Practicaba todo género de rechazo con esas criaturas: con los verdaderamente apuestos, de bigote a la Kitchener,^[51] ojos castaños, voces sinceras, palabras entrecortadas, espalda recta y un historial admirable, siempre y cuando no se examinase muy de cerca. Una vez, en los primeros días de la Gran Guerra, un joven al que había sonreído al confundirlo con alguien más fiable, la había seguido en un taxi y, embriagado por el vino, la gloria y la firme convicción de que, en aquel horripilante carnaval, las mujeres se habían convertido en propiedad de todos, había subido por las escaleras y había irrumpido en su apartamento. Sylvia le sacaba la cabeza y, a los pocos minutos, a él le pareció que había crecido otros tres metros gracias a un don de palabra que le había abrasado la espina dorsal y a la voz de una estatua de mármol congelada: un efecto *chaud-froid*. Había entrado como un semental, con los ojos enrojecidos y haciendo aspavientos, y bajó las escaleras como una rata asfixiada, con los ojos apagados y, por alguna razón, la sensación de haberse llevado un buen remojón.

Sin embargo, tan sólo le había hablado del modo en que uno debía comportarse con la mujer de un oficial que estaba en el frente, una opinión que, cuando estaba con sus íntimos, despreciaba a diario por absurda. Pero a él debió de parecerle la voz de su madre —cuando era mucho más joven, claro— hablándole desde el paraíso, y su conciencia había contribuido a lograr que se sintiera como un pollo mojado. No obstante, aquello no había sido más que puro melodrama y palabrería bélica y por tanto a ella no le había interesado. Prefería infligir daños más profundos y silenciosos.

Le gustaba pensar que era capaz de calcular al primer vistazo la intensidad de la pasión que despertaba en los hombres, la intensidad y también la calidad. Y desde negarle siquiera una mirada, o concederle una de las más insustanciales y anodinas, a un pobre diablo incapaz de ocultar sus deseos incluso al hacer las presentaciones, a dejar, después de la cena, que una ojeada calculada viajara en diagonal desde el pie derecho de uno de los invitados por el planchado pliegue de la pierna derecha hasta el reloj de bolsillo, y siguiera, todavía en diagonal, a través de la pechera hasta detenerse en el gemelo del cuello de la camisa y desde allí se moviera rápidamente hasta el hombro izquierdo, mientras el pobre tipo se horrorizaba y se le atragantaba la cena, desde el tono más suave hasta el más acentuado, dominaba toda la gama de «rechazos». Al día siguiente, aquellos desdichados cambiaban de zapatería, de tienda de calcetines, de sastre, de camiserero y de fabricante de gemelos, e incluso trataban de alterar la expresión de su cara, ensayando seriamente delante del espejo después del

desayuno. Aunque, en el fondo, sabían que el desastre se debía a que no se hubiese dignado a mirarles a los ojos... ¡Tal vez lo correcto sería decir que no había osado hacerlo!

La propia Sylvia lo habría admitido cordialmente. Sabía que, al igual que todas sus amigas íntimas —todas las Elizabeths, Alixs y lady Moiras de los semanarios fotográficos de papel satinado—, estaba loca por los hombres. Condición necesaria, de hecho, para gozar de dicha intimidad y de la elegibilidad a la hora de ser reproducidas en papel satinado. Se paseaban en grupo con una especie de campo sembrado de boas de plumas flotando sobre sus cabezas, aunque, desde luego, ninguna usaba boa; acortaban sus cabellos y sus faldas y ocultaban, en la medida de lo posible, el desarrollo de su pecho, lo que proporciona, ya saben..., cierto... Adoptaban actitudes lo más parecidas posibles —y, sin embargo, qué diferentes— a las de las camareras de algunos salones de té frecuentados por los hombres de la City. ¡Y, por los informes policiales de las redadas, cualquiera puede saber de qué clase de gente se trata! Posiblemente fuesen tan respetables como cualquier otra mujer, incluso más respetables que la gran clase media de antes de la guerra, y, sin duda, virginales comparadas con sus propias criadas, cuya moralidad, tal como registraban las estadísticas del tribunal de divorcios —que le había proporcionado Tietjens—, dejaría a la altura del betún incluso a la de los pueblos galeses o de las tierras bajas escocesas. Su madre acostumbraba a decir que estaba convencida de que su mayordomo iría al cielo, simplemente porque su ángel de la guarda, al ser un ángel —y por tanto, de naturaleza delicada—, no tendría valor para señalar, y menos aún para leer en voz alta, ni siquiera el más venial de los pecados de Morgan.

Y, escéptica como era por naturaleza, Sylvia Tietjens no creía realmente en la capacidad de sus amigas para cometer inmoralidades. No creía que ninguna de ellas fuese lo que los franceses llamarían la *maîtresse en titre* ^[52] de ningún hombre en particular. Al menos la pasión no era su fuerte: eso lo dejaban para círculos más, o menos, augustos. Todos los que llevaban el nombre del duque de A... podían ser hijos del huraño y apasionado duque de B..., y no del aún más huraño pero menos apasionado difunto duque de A... El señor C, el estadista *tory* y ex ministro de Asuntos Exteriores, igualmente podría ser el padre de todos los hijos del señor E., el *tory* que presidía la Cámara de los Lores. Mientras los líderes *whig*, los tristes y desagradables Russells y Cavendishes, pasaban por alto aquellos —otra vez en francés— *collages sérieux* para ocultar las propias divagaciones matrimoniales de lord F., y el señor G. Pero las que tenían relaciones amorosas con los portadores de títulos nobiliarios altisonantes y con políticos de alcurnia actuaban con discreción. Los semanarios de papel satinado nunca se fijaban en ellos: en primer lugar, porque no eran nada fotogénicos, pues eran viejos, feos y vestían muy mal. Más bien eran objeto de indiscretos libros de memorias ya escritos, pero que no verían la luz hasta

pasados cincuenta años...

Los asuntos de su círculo, el equivalente femenino a los políticos de alcurnia de uno y otro lado, tenían menos importancia. Si alguna vez llegaban a los titulares, sus asuntos eran de naturaleza más bien promiscua y ocurrían en casas de campo donde el timbre suena a las cinco de la madrugada. Sylvia había oído hablar de esas casas de campo, pero no conocía ninguna. Imaginaba que podrían ser las mansiones de esos barones de la corona cuyos patronímicos acababan en -schen, -stein y -baum. Últimamente había muchos así, pero Sylvia no iba nunca a visitarlos. Pesaba demasiado la papista que llevaba dentro.

Es cierto que algunas de sus amigas más inteligentes habían tenido que casarse con mucha precipitación, pero la media no era más alta que en el caso de las hijas de los médicos, abogados, pastores, alcaldes y concejales. Por lo general no era más que la consecuencia de los bailes más informales, la inexperiencia y el champán —un champán más fuerte de lo normal o consumido en circunstancias particulares, casi siempre en ayunas—. Aquellos matrimonios apresurados raras veces eran fruto de la pasión o de un temperamento lascivo.

En su caso —ahora hacía varios años—, se había aprovechado de ella, después del champán, un hombre llamado Drake. Un tipo que ahora le parecía un poco bruto. Pero después había nacido la pasión: intensa por su parte y lo bastante intensa por parte de él. Cuando, presa de un temor compartido con su madre, había engatusado a Tietjens y se había casado con él en París para poner tierra de por medio, aunque fuera una suerte que la iglesia católica inglesa de la avenida Hoche hubiera sido también el lugar donde se casó su madre, estableciendo así un precedente y un motivo convincente, pues se habían producido escenas terribles hasta la noche misma de la boda. Le bastaba con cerrar los ojos para ver el dormitorio del hotel parisino, el rostro distorsionado de Drake, loco de dolor y de celos, contra un trasfondo de objetos blancos, flores y cosas así, enviadas con motivo de la boda. Sabía que había estado a punto de morir. Que había querido morir.

Incluso ahora le bastaba con ver el nombre de Drake en el periódico —la influencia de su madre sobre un pomposo miembro de la cámara alta que era primo suyo había puesto a Drake en el camino de los ascensos coloniales que se publican en las gacetas—, es más, le bastaba con pensar en esa noche para dejar de andar y de hablar, clavarse las uñas en las palmas de las manos y soltar un leve gemido... Tuvo que inventarse una punzada crónica en el corazón para explicar aquel gemido que acababa en un murmullo y que a ella le parecía tan degradante...

Aquel triste recuerdo llegaba de improviso en cualquier momento y lugar. Veía el rostro de Drake recortado contra todas aquellas cosas blancas; sentía cómo le arrancaba el fino camisón de los hombros; pero sobre todo le daba la impresión de que la inundara, en una oscuridad que excluía la luz de cualquier habitación en la que

pudiera encontrarse, la misma agonía mental que había sentido allí: el deseo por aquel bruto que la había mancillado, el terrible dolor espiritual. Lo raro era que encontrarse con Drake, a quien había visto varias veces desde que estalló la guerra, no le producía la menor emoción. No sentía por él ninguna aversión... y, aunque seguía sintiendo deseo, sabía que era sólo el deseo de volver a experimentar aquella terrible sensación. Y no precisamente con Drake...

De modo que su afición a rechazar a hombres verdaderamente apuestos, aunque fuera un deporte, no estaba exenta de riesgos. Imaginaba que, después de un éxito, tendría que sentir la euforia que decían sentir los hombres después de asestar limpiamente un golpe de izquierda y otro de derecha, y sin duda experimentaba algunas de las emociones que esos mismos jóvenes sentían cuando iban a cazar con principiantes. Ahora valoraba su castidad tanto como valoraba su higiene personal y perseveraba en sus ejercicios de gimnasia sueca después del baño ante una ventana abierta, en sus paseos a caballo y en las largas noches que pasaba bailando, siempre que la habitación estuviera bien ventilada. Sin duda, ambas facetas de la vida estaban íntimamente ligadas en su imaginación: se conservaba atractiva gracias a sus bien elegidos ejercicios y a su higiene, y esas mismas fatigas, saludables como eran, la impulsaban a llevar una vida casta. Había actuado de ese modo desde que volvió con su marido, y no tanto por afecto hacia él o por virtud como porque así lo había pactado caprichosamente consigo misma y estaba dispuesta a cumplirlo. Debía tener hombres a sus pies, ése era, por así decirlo, el precio —puramente social— de su pan de cada día, igual que lo era para sus amigas íntimas. Era, y lo había sido durante muchos años, completamente casta. Igual que muy probablemente lo eran y lo habían sido todas sus Moiras, y Megs y lady Marjories, pero era perfectamente consciente de que sus reuniones debían tener los efluvios del ambiente y las costumbres del burdel. El público exigía eso... unos efluvios como el vaho que había visto adherirse pegajoso a la superficie del agua en la charca de los cocodrilos del zoo.

Sin duda, era el precio que había que pagar, y era consciente de que había tenido suerte: no muchas de las jóvenes de su grupo que habían tenido que casarse a toda prisa seguían con la cabeza por encima del agua, por un tiempo, uno leía que lady Marjorie y el capitán Hunt, tras su presentación en la corte con motivo de su matrimonio, iban a ir a Roehampton, Goodwood y sitios parecidos, durante un mes o así aparecían fotografías de la joven pareja paseando por Hyde Park. Luego, las noticias de sus elegantes actividades se transferían a las listas de los funcionarios y agregados a lejanos virreinos tropicales pésimos para el cutis. «Y luego, se acabó la feliz pareja», como decía Sylvia.

En su caso, no le había ido tan mal, aunque había estado cerca. Había contado con la ventaja de ser la única hija de una mujer muy rica, su marido no era un vulgar capitán Hunt que pudieran destinar a un virreinato. Era un funcionario de primera

clase y cuando Angélique escribía notas sobre la joven pareja —las ideas de Angélique sobre el particular eran un tanto vagas— podía referirse al marido como al futuro presidente de la Cámara de los Lores o embajador en Viena. Y su estilo de vida terriblemente caro —al que su madre, que se había ido a vivir con ellos, había contribuido generosamente— les había sacado a flote durante los dos peligrosos primeros años. Habían recibido a todo el mundo y dos escándalos muy sonados habían empezado en el saloncito de Sylvia, quien ya era toda una institución cuando se fugó con Perowne.

Volver no había sido tan difícil. Pensó que lo sería, pero no. Tietjens había puesto como condición que tomaran habitaciones en Gray's Inn. A ella no le había parecido razonable, pero imaginó que quería estar cerca de su amigo y, aunque no sentía por Tietjens ninguna gratitud por haberla acogido y la idea de vivir en su casa no le producía más que repulsión, tuvo que admitir que, puesto que estaban haciendo un trato, lo que pedía era justo. Nunca había estafado a la compañía de ferrocarril, ni pasado perfumes de contrabando por la aduana, ni fingido ante un vendedor de ropa de segunda mano que sus vestidos estaba menos usados de lo que estaban, aunque con su prestigio habría podido hacerlo. Era justo que Tietjens viviera donde quisiera, de modo que ahora vivían allí y sus altas ventanas daban a las de Macmaster al otro lado del claustro georgiano.

Ocupaban dos pisos de un edificio muy grande, y eso les daba mucho espacio: el salón del desayuno, que, durante la guerra, utilizaban también para comer, era una habitación inmensa, completamente forrada de libros encuadernados en piel, con un inmenso espejo sobre una igualmente inmensa chimenea de mármol tallado blanco y amarillo, y tres ventanas que con su gran altura, sus intrincadas divisiones y sus viejos cristales abultados —algunos eran tan antiguos que tenían un leve tono violeta— le otorgaban a la habitación una distinción dieciochesca. Sylvia reconocía que aquello casaba muy bien con Tietjens, que era una figura dieciochesca al estilo del doctor Johnson —la única figura dieciochesca que ella conocía, a excepción de aquel dandi que vestía ropa de satén con volantes, se pasaba la vida en Bath y debía de ser indescriptiblemente aburrido. ^[53]

En el piso de arriba tenía un gran salón, con muebles que ella sabía que eran dieciochescos y dignos de admiración. Pues también debía reconocer que Tietjens tenía un gusto exquisito para los muebles, que despreciaba pero conocía a la perfección. Una vez que su amiga lady Moira se quejó del gasto que iba a suponerle amueblar de arriba a abajo su casa nueva según los consejos de sir John Robertson, el especialista (los Moira habían vendido su casa de Arlington Street, con todo su contenido, a un americano), Tietjens, que había entrado a tomar el té y había estado escuchando sin decir nada, le dijo en el tono dulce, amable y algo sentimental que utilizaba muy de vez en cuando con sus amigas más guapas:

—Tendrías que haber dejado que yo te aconsejase.

Después de echarle un vistazo al enorme salón de Sylvia, con sus paneles blancos, los biombos lacados chinos, los armarios de oropel y laca roja y la gigantesca alfombra azul y rosa (además Sylvia sabía que, aunque sólo fuera por los tres paneles pintados por un tipo llamado Fragonard, comprados justo antes de que el último rey lo pusiera de moda, su salón ya era digno de ver), lady Moira le había dicho a Tietjens con aire palpitante y casi con la misma voz con que empezaba uno de sus amoríos:

—¡Oh!, ojalá lo hicieses.

Y lo había hecho, y además por la cuarta parte de lo que había calculado sir John Robertson. Lo había hecho sin esfuerzo, casi como quien se encoge de hombros, pues parecía saber lo que contenía el catálogo de cada marchante y subastador sólo con mirar el sello verde de medio penique del envoltorio. Y, lo que es aún más sorprendente, había cortejado a lady Moira —se habían alojado dos veces en casa de los Moira en Gloucestershire, y los Moira habían pasado tres fines de semana con la señora Satterthwaite como *invités* de los Tietjens—, la había cortejado con la insistencia y la gracia suficientes para mantenerla a flote hasta que estuvo lista para iniciar su romance con sir William Heathly.

A raíz de aquello, sir John Robertson, el especialista en muebles antiguos, le pidió a lady Moira que le dejara ir a inspeccionar su preciosa casa, había ido y, tras husmear en los armarios con sus enormes anteojos, olisquear el barniz de las mesas y rascar el respaldo de las sillas con actitud miope y anticuada, le había dicho a lady Moira que Tietjens no había comprado nada que valiera ni un penique más de lo que habría pagado él. Eso aumentó el respeto que les inspiraba el anciano: así se explicaban sus muchos millones, pues si el viejo se proponía sacar un beneficio del trescientos por ciento de una amiga como Moira —y se contenía sólo por el afecto que le inspiraba una mujer hermosa—, ¿qué no haría tratándose de un enemigo natural —y nacional— como un senador de los Estados Unidos!

Y además el viejo se encaprichó con Tietjens, cosa que, para gran sorpresa de Sylvia, a Tietjens no pareció molestarle. El anciano se pasaba a tomar el té y, si Tietjens estaba presente, se quedaba horas y horas hablando de muebles antiguos. Tietjens le escuchaba sin decir nada. Sir John se lo explicaba, una y otra vez, a la señora Tietjens. Era extraordinario. Tietjens se movía puramente por instinto: le echaba un vistazo a algo y adivinaba su precio. Según sir John, uno de los hechos más notables del negocio de los muebles antiguos había sido la adquisición que había hecho Tietjens del escritorio Hemingway para lady Moira. Tietjens, con su desinterés característico, lo había comprado en una subasta por tres libras y diez chelines, y le había asegurado a lady Moira que era el mejor mueble que tendría nunca: lady Moira había ido con él a la subasta. Otros anticuarios apenas lo habían mirado, Tietjens

desde luego no lo había abierto. Pero, mientras inspeccionaba el mueble con sus anteojos en casa de lady Moira, sir John acercó la nariz a un trocito de madera amarilla que había junto a una bisagra y que llevaba una firma, un nombre y una fecha: «Jno. Hemingway, Bath, 1784». Sylvia lo recordaba porque sir John se lo había contado muchas veces. Era un «ejemplar» perdido que el mundo del mueble llevaba buscando varios años.

El viejo parecía amar a Tietjens por aquella hazaña. Sylvia era consciente de que también la amaba a ella. Revoloteaba trémulo a su alrededor, daba fantásticas fiestas en su honor y era el único hombre al que no había rechazado nunca. Se decía que tenía un harén en una casa enorme en Brighton o en alguna otra parte. Pero el amor que sentía por Tietjens era de naturaleza diferente: era el amor más bien patético que los ancianos reservan a sus posibles sucesores en el oficio.

Una vez, sir John pasó a tomar el té y les anunció con mucha formalidad y un tono un tanto tremebundo que era su septuagésimo primer cumpleaños y estaba enfermo. Le propuso a Tietjens asociarse con él y convertirse en el heredero de sus negocios, no, por supuesto, de su fortuna privada. Tietjens le había escuchado muy amable y le había preguntado uno o dos detalles sobre su proposición. Luego le había dicho con la voz acariciadora que de vez en cuando dedicaba a alguna mujer hermosa, que no creía que fuese una buena idea. Se trataba de un dinero demasiado vulgar. Como carrera le gustaba mucho más que su oficina..., pero se trataba de un dinero demasiado vulgar.

Una vez más, con leve sorpresa de Sylvia, ¡pero es que los hombres son muy raros!, sir John pareció opinar que su objeción era muy razonable, aunque la escuchó con pesar y trató de rebatirla débilmente. Se marchó con un alivio despreocupado, pues qué se le iba a hacer si no podía convencer a Tietjens; e invitó a Sylvia a cenar con él en alguna parte donde les servirían algo fabuloso y muy desagradable por dos guineas los veinticinco gramos. ¡Algo así! Y, en la cena, sir John la había entretenido cantándole las virtudes de su marido. Le dijo que Tietjens era todo un caballero y no debía desperdiciar su vida en el negocio de los muebles antiguos, por eso no había insistido. Aunque después le envió a Sylvia un recado para decirle que, en caso de que alguna vez Tietjens necesitase dinero...

De vez en cuando, Sylvia se preguntaba por qué la gente le decía a veces que su marido tenía grandes dotes. Para ella era algo inexplicable. Todas sus acciones y opiniones le parecían consecuencia del capricho, como las suyas; y, como sabía que la mayor parte de sus opiniones eran contradictorias, abandonó la costumbre de pensar demasiado en él.

Pero, vaga y gradualmente, empezó a ver que Tietjens tenía al menos una coherencia de carácter y un conocimiento de la vida muy poco habituales. Cayó en la cuenta cuando tuvo que reconocer que mudarse a las habitaciones del Gray's Inn

había sido un éxito social que a ella también le había beneficiado. Cuando discutieron el cambio en Lobscheid, o más bien cuando Sylvia aceptó todas las condiciones de Tietjens sin discutir, él predijo casi con total exactitud lo que ocurriría, aunque lo que más le había impresionado había sido lo del palco del primo de su madre en la ópera. En Lobscheid, él le había dicho que lo había pensado muy bien y no tenía intención de interferir en sus relaciones sociales, además estaba convencido de que tampoco querría hacerlo en el futuro.

Ella no le había escuchado con demasiada atención. En primer lugar, porque pensaba que estaba loco y en segundo porque creía que quería hacerle daño. Y reconocía que, en cierto modo, estaba en su derecho. Si, después de haberse fugado con otro hombre, le pedía que siguiera prestándole el honor de su nombre y la protección de su techo, no tenía derecho a ponerle objeciones. El único modo posible de vengarse de él era vivir con total ecuanimidad para hacerle notar la mortificación del fracaso.

Pero en Lobscheid también había dicho muchas tonterías, o eso le había parecido a ella: una mezcla de política y profecía. El ministro de Economía de entonces se había dedicado a presionar a los grandes terratenientes y éstos habían respondido cerrando sus casas de la ciudad y reduciendo el número de empleados domésticos —no mucho, pero lo bastante para que el gesto fuese efectivo y produjese un clamor considerable de lacayos y sombrereros—. Los Tietjens —ambos— pertenecían a la clase terrateniente: podían hacer el gesto de cerrar su casa de Mayfair e irse a vivir al campo. ¡Y más aún si conseguían estar cómodos en el campo!

Le había aconsejado que le diera esa explicación al primo de su madre, el huraño y pomposo Rugeley. Rugeley era un gran terrateniente, casi el mayor de todos; y era un terrateniente obsesionado por su sentido del deber respecto a sus empleados y parientes más lejanos. Lo único que tenía que hacer Sylvia, le dijo Tietjens, era ir a ver al duque y decirle que las exacciones del ministro les habían obligado a dar ese paso, pero que lo habían hecho en parte como protesta, y el duque lo aceptaría casi como un tributo a su persona. No podía pedirle, ni siquiera como protesta, que cerrase Mexborough o redujera sus gastos. Pero si sus parientes más humildes lo hacían, era casi seguro que trataría de compensarles. Y los favores de Rugeley eran tan portentosos como todo lo que hacía. «No me extrañaría —le había dicho Tietjens—, que te dejara su palco de la ópera para invitar a tus amigos.»

Y eso fue exactamente lo que pasó.

El duque, que debía de llevar un registro hasta de sus primos más remotos, había oído decir, poco antes de que regresaran a Londres, que la joven pareja se había separado y que era más que probable que se produjese un grave y desagradable escándalo. Había sondeado a la señora Satterthwaite, por quien sentía un lúgubre afecto, y le había alegrado oír que el rumor era una gigantesca calumnia. Así que,

cuando la joven pareja llegó ¡de Rusia!, Rugeley, que notó que estaban juntos y además muy unidos, decidió no sólo compensarlos, sino demostrar su favor para avergonzar a los calumniadores con una señal tan clara como le fuera posible sin que le causara molestias a él. Así que, siendo como era viudo, invitó en dos ocasiones a la señora Satterthwaite a que diera una fiesta en su nombre, le pidió a Sylvia que elaborase la lista de invitados y luego mandó que incluyeran el nombre de la señora Tietjens entre el de los que podían utilizar el palco Rugeley en la ópera, previa petición en las oficinas de su administrador, cuando no estuviera ocupado. Aquél era un enorme privilegio y Sylvia había sabido cómo aprovecharlo al máximo.

Por otro lado, durante aquella conversación en Lobscheid, Tietjens había profetizado lo que en ese momento le pareció un montón de bobadas. Faltaban dos o tres años, pero Tietjens había dicho que cuando se levantara la veda del urogallo, en 1914, estallaría una conflagración europea que obligaría a cerrar la mitad de las casas de Mayfair y dejaría en la ruina a sus habitantes. Había apoyado pacientemente su profecía con estadísticas económicas acerca de la inminente bancarrota de varias potencias europeas y la creciente rapacidad y habilidad adquisitiva de los habitantes de Gran Bretaña. Ella le había escuchado con mucha atención: no le había parecido muy distinto de las tonterías que se decían en las casas de campo, donde, insufriblemente, él nunca hablaba. Pero le gustaba disponer de uno o dos datos curiosos en los que apoyarse cuando quisiera decir algo emocionante sobre las revoluciones, huelgas y anarquías que se avecinaban. Además, había reparado en que, si reproducía las conversaciones de Tietjens, los hombres serios y que ocupaban puestos de responsabilidad se avenían a discutir con ella y le prestaban mayor atención.

Y ahora, mientras andaba a lo largo de la mesa con el plato en la mano, no tenía más remedio que reconocer que, triunfante y cómodamente para ella, Tietjens había acertado. Después de tres años de guerra resultaba muy práctico tener una residencia barata y cómoda, casi augusta y tan fácil de manejar que, en caso de necesidad, habrían podido arreglarse con una sola doncella, aunque la fiel Centralita no había permitido que llegaran a ese extremo...

Cuando estuvo cerca de Tietjens, levantó su plato, que contenía dos chuletas en áspic y varias hojas de lechuga; se apartó a un lado y, con un movimiento rotatorio de la mano, lanzó el contenido del plato contra la cabeza de Tietjens. Dejó el plato en la mesa y se alejó lentamente en dirección al enorme espejo de la chimenea.

—Me aburro —dijo—. ¡Me aburro, me aburro!

Tietjens se había apartado ligeramente. Las chuletas y la mayoría de las hojas de lechuga le habían pasado por encima del hombro. Pero una hoja muy verde y brillante se había enganchado en una de sus hombreras, y el aceite y el vinagre del plato —Sylvia era consciente de que abusaba de ambos condimentos— le habían salpicado

las solapas de la guerrera y las insignias. Ella se alegró de haberle acertado: significaba que no tenía tan mala puntería. También se alegró de haber fallado. Y, por encima de todo, sintió indiferencia. Se le había ocurrido hacerlo y lo había hecho. ¡De eso sí que se alegraba!

Se contempló un rato en las profundidades azuladas del espejo. Se apretó con las manos la enorme cinta del pelo contra las orejas. Sí: rasgos bien definidos, tez de alabastro —aunque eso era sobre todo por el espejo—, manos largas y hermosas, ¿qué hombre no perdería la cabeza por ellas? ¡Y ese pelo! ¿Qué hombre no lo imaginaría suelto sobre los blancos hombros? ¡Bueno, Tietjens no! O tal vez sí..., esperaba que lo hiciera, el maldito, pues no lo vería nunca. ¡Sin duda a veces, por la noche, después de beber un poco de whisky, tenía que apetecerle!

Llamó al timbre y le pidió a Centralita que recogiera el contenido del plato de la alfombra, mientras Centralita, alta y morena, miraba al vacío con los ojos inmóviles y muy abiertos.

Sylvia recorrió los estantes y se detuvo en el lomo de un libro que tenía impresas las palabras *Vitae Hominum Notiss...* en letras mayúsculas doradas e irregulares sobre la piel antigua. Al llegar a la primera ventana alargada se agarró del cordón de la persiana. Miró fuera y luego se volvió hacia la habitación.

—¡Ahí está esa mujer del velo! —dijo—, va al número once... Claro, son las dos... —Observó con atención la espalda de su marido, la desgarrada espalda caqui que empezaba a tener los hombros redondeados. ¡Con suma atención! No quería perderse ni un movimiento ni una rigidez—. ¡He averiguado quién es! —afirmó—, y a quién va a ver. Se lo he sacado al portero. —Esperó y luego añadió—: Es la mujer con la que viajaste desde Bishop's Auckland el día que se declaró la guerra.

Tietjens se volvió. Ella sabía que lo haría por pura educación, así que no significaba nada.

Su rostro estaba lívido bajo aquella luz pálida, pero siempre lo estaba desde que había vuelto de Francia y se pasaba el día en un barracón de hojalata entre montones de polvo. Dijo:

—¡Así que me viste! —Pero eso también era pura educación.

Ella replicó:

—¡Pues claro, te vimos todos los que estábamos en casa de Claudine! El viejo Campion dijo que era una tal señora... He olvidado su nombre.

Tietjens respondió:

—Pensé que la conocería. ¡Lo vi mirando desde el pasillo!

Ella dijo:

—¿Es tu amante, o sólo la de Macmaster, o es que es la amante de los dos? Sería muy típico de vosotros tener una amante en común... Su marido está loco, ¿no? Un clérigo.

Tietjens replicó:

—¡No!

Sylvia se contuvo de pronto al hacer las siguientes preguntas, y Tietjens, que en estas discusiones nunca cambiaba de posición, dijo:

—Hace más de seis meses que es la señora Macmaster.

Sylvia dijo:

—Se casó con él al día siguiente de morir su marido. —Tomó aliento y añadió—: No me importa... Lleva viniendo todos los viernes desde hace tres años... Te advierto que le diré a todos quién es si ese bruto no te paga mañana mismo el dinero que te debe... ¡Dios sabe que lo necesitas! —Luego dijo a toda prisa, pues no sabía cómo se tomaría Tietjens esa propuesta—: La señora Wannop telefoneó esta mañana para saber quién era... ¡oh!, el genio maléfico del Congreso de Viena. Y, a propósito, ¿quién es la secretaria de la señora Wannop? Quiere verte esta tarde. ¡Para hablar de los niños ilegítimos nacidos durante la guerra!

Tietjens respondió:

—La señora Wannop no tiene secretaria. Su hija le hace las llamadas.

—La chica —dijo Sylvia— por la que estabas tan interesado en aquella horrible velada que dio Macmaster. ¿Has tenido un niño ilegítimo con ella? Todo el mundo dice que es tu amante.

Tietjens dijo:

—No, la señorita Wannop no es mi amante. A su madre le han encargado escribir un artículo sobre los niños ilegítimos. Ayer le dije que no había más niños ilegítimos por culpa de la guerra y se ha enfadado porque no podrá escribir un artículo sensacionalista. Quiere hacerme cambiar de opinión.

Sylvia preguntó:

—¿Es la misma señorita Wannop que asistió a la horrible fiesta de tu amigo? Y supongo que la mujer que la organizó era esa señora como se llame: tu otra amante. ¡Qué exhibición tan desagradable! No puedo alabarte el gusto. ¿La fiesta a la que asistieron todos los genios de Londres? Había un tipo con pinta de conejo que me explicó cómo escribir poesía.

—Ésa no es una descripción muy acertada de la fiesta —observó Tietjens—. Macmaster da una fiesta todos los viernes, no los sábados. Lleva años haciéndolo. La señora Macmaster acude todos los viernes. Y actúa como anfitriona. También desde hace años. La señorita Wannop va todos los viernes, cuando termina de trabajar con su madre. Para ayudar a la señora Macmaster...

—¡Desde hace años! —se burló Sylvia—. ¡Y tú vas todos los viernes, para acurrucarte junto a la señorita Wannop! ¡Oh, Christopher! —adoptó un burlón tono sensiblero—. Nunca pensé que tuvieras mucho gusto..., ¡pero eso no! No te rebajes así. Déjala. Es demasiado joven para ti...

—Todos los genios de Londres —prosiguió Tietjens con ecuanimidad— acuden los viernes a casa de Macmaster. Le han confiado la labor de gestionar el dinero del Real Fondo de Ayuda a los Literatos, por eso acuden. Y que acudan le ha valido su CB.

—No pensé que tuvieran tanta influencia —dijo Sylvia.

—Por supuesto que sí —replicó Tietjens—. Escriben en los periódicos. ¡Pueden conseguir lo que quieran para cualquiera..., excepto para ellos mismos!

—¡Como tú! —dijo Sylvia—, ¡exactamente igual que tú! Son un hatajo de gusanos vendidos.

—¡Oh, no! —objetó Tietjens—. No se hace de forma evidente o deshonrosa. No creas que Macmaster distribuye anualmente ayudas económicas a cambio de ascensos. Él mismo no tiene ni idea de cómo funciona la cosa, sólo conoce la atmósfera.

—Jamás he respirado una atmósfera más desagradable —le interrumpió Sylvia—. Apestaba a comida de conejos.

—Te equivocas —dijo Tietjens—, es el cuero ruso de los lomos de los ejemplares no venales especialmente encuadernados que hay en la librería grande.

—No sé de qué estás hablando —respondió Sylvia—. ¿Qué son ejemplares no venales? Pensaba que ya habías tenido bastantes olores rusos con el hedor de Kiev.

Tietjens se quedó pensando un momento.

—¡No! No lo recuerdo —dijo—. ¿Kiev? ¡Oh!, es donde estuvimos...

—Invertiste la mitad del dinero de tu madre —prosiguió Sylvia—, en el gobierno de Kiev a 12m por céntimo. Tranvías urbanos... —Al oírla Tietjens hizo una mueca que Sylvia no deseaba ver—. No estás en condiciones de irte mañana —dijo ella—. Telegrafiaré al viejo Campion.

—La señora Duchemin —observó impertérrito Tietjens—. Es decir, la señora Macmaster acostumbraba a quemar un poco de incienso en la habitación antes de las fiestas... Esas cosas chinas... ¿cómo se llaman? Bueno, da igual —añadió con resignación—. Pero no te equivoques. La señora Macmaster es una mujer superior. ¡Muy eficiente! Enormemente respetada. Te recomiendo que no te enfrentes a ella, ahora que está en el candelero.

La señora Tietjens dijo:

—¡Esa mujer!

—No digo que vayas a tener que hacerlo. Vuestros círculos son muy diferentes. Pero si lo haces, no... Lo digo porque parece tenerle ganas.

—No me gusta que eso ocurra ante mi ventana —replicó Sylvia.

Tietjens preguntó:

—¿Qué es lo que no te gusta? Sólo trataba de ponerte al corriente acerca de la señora Macmaster..., es como la mujer que era amante de aquel que quemó el

horrible libro de otro... He olvidado los nombres.

Sylvia dijo rápidamente:

—¡Ni se te ocurra contármelo! —y añadió más despacio—: No tengo el menor interés por saberlo...

—¡Bueno, era una Egeria! ^[54] —siguió Tietjens—. Una inspiración para los distinguidos. La señora Macmaster es todo eso. Los genios pululan a su alrededor, y ella se relaciona con los verdaderos elegidos. Escribe unas cartas excelsas y muy delicadas, normalmente sobre la moralidad más elevada. Es escocesa, claro. Cuando viajan al extranjero ella les envía retazos de la vida literaria londinense; ¡muy bien escritos, no vayas a pensar! Y luego, de vez en cuando, insinúa algo que querría conseguir para Macmaster. Pero lo hace con suma delicadeza... Pongamos esta CB..., ella les mete en la cabeza a los genios uno, dos y tres la idea de que Macmaster se merece una CB... El genio número uno almuerza con el subsecretario del patronazgo que es quien se ocupa de los honores literarios y almuerza con genios para enterarse de los cotilleos...

—¿Por qué —preguntó Sylvia— le prestaste a Macmaster todo ese dinero?

—Ten en cuenta —Tietjens prosiguió con su discurso— que todo es totalmente correcto. Así se distribuyen los honores en este país, y así es como debe ser. Es el único modo limpio. La señora Duchemin apoya a Macmaster porque es un fuera de serie haciendo su trabajo. Y ella ejerce tanta influencia sobre los genios porque también lo es en el suyo. Representa la moralidad más amable y elevada para los escoceses verdaderamente amables. Dentro de poco, empezará a impedir que envíen invitaciones a según quien para las veladas de la Academia. Ya lo hace con las cenas del Real Fondo de Ayuda a los Literatos. Más tarde, cuando a Macmaster lo nombren caballero por sacudirles en el ojo a los franceses, ella tendrá un minúsculo lugar en otras reuniones más distinguidas... Esa gente tiene que pedirle consejo a alguien. En fin, un día querrás presentar a algún *débutante*. Y no conseguirás invitación...

—En ese caso, me alegro —exclamó Sylvia— de haberle escrito al tío de Brownie acerca de esa mujer. Esta mañana estaba un poco arrepentida, porque, por lo que me dijo Glorvina, estás en un verdadero aprieto...

—¿Quién es el tío de Brownie? —preguntó Tietjens—. Lord..., lord... ¡El banquero! Sé que Brownie trabaja en el banco de su tío.

—¡Port Scatho! —dijo Sylvia—. Preferiría que no fingieses olvidar los nombres de la gente. Se te nota demasiado.

El rostro de Tietjens se volvió un poco más lívido.

—Port Scatho —dijo— es el portavoz del Comité de Alojamiento de Gray's Inn, claro. ¿Así que le has escrito?

—Lo siento —respondió Sylvia—. Quiero decir que siento haber dicho eso de tus olvidos... Le he escrito y le he dicho que, como residente de Gray's Inn, me opongo a

que tu amante (¡por supuesto, él está al tanto de vuestra relación!) se cuele a hurtadillas con un velo todos los viernes y se vaya los sábados a las cuatro de la mañana.

—Lord Port Scatho está al tanto de mi relación... —empezó Tietjens.

—La vio en tus brazos en el tren —replicó Sylvia—. A Brownie le molestó tanto que se ofreció a cerrar tu cuenta en descubierto y devolverte todos los cheques con el sello de «sin fondos».

—¿Sólo para contentarte? —preguntó Tietjens—. ¿Los banqueros ahora hacen esas cosas? Arroja una nueva luz sobre la sociedad británica.

—Imagino que los banqueros tratan de contentar a sus amigas, igual que hacen todos los hombres —dijo Sylvia—. Le insistí mucho en que no lo hiciera... Pero —dudó un instante— yo no le daría ocasión de vengarse. No quiero interferir en tus asuntos, pero a Brownie no le caes bien.

—¿Es que quiere que te divorcies de mí para casarte con él? —preguntó Tietjens.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó con indiferencia Sylvia—. Dejo que me invite a comer de vez en cuando porque me resulta práctico que lleve mis asuntos cuando tú estás fuera... Pero, claro, él te odia por estar en el ejército. Todos los que no lo están odian a los que lo están. Y, por supuesto, si hay una mujer de por medio, los que no se han alistado hacen todo lo posible para librarse de los otros. Y si son banqueros tienen bastante poder para hacerlo...

—Supongo que sí —respondió vagamente Tietjens—, por supuesto, tendrían que...

Sylvia soltó el cordón de la persiana que había estado sujetando con una mano para que la luz le cayera sobre la cara y le imprimiese más fuerza a sus palabras, pues, en un minuto o dos, cuando hiciese acopio de valor, pensaba contarle las malas noticias..., se acercó a la chimenea. Él la siguió con la mirada y giró su asiento para no darle la espalda.

Ella dijo:

—La culpa de todo la tiene esta maldita guerra, ¿no crees? ¿Acaso puedes negarlo? ¡Me refiero a que tipos honrados y caballerosos como Brownie se hayan convertido en sabandijas miserables!

—Supongo que sí —dijo con desgana Tietjens—. Sí, ciertamente es así. Tienes razón. Es la degeneración incidental del impulso heroico: si se ejerce demasiada presión sobre el impulso heroico, se ve dominado por la degeneración incidental. Eso explica que los Brownies, todos los Brownies, se conviertan en sabandijas...

—Entonces, ¿por qué sigues combatiendo? —preguntó Sylvia—. Dios sabe que podría hacer que te licenciaran si me apoyaras mínimamente.

Tietjens respondió:

—¡Gracias! Prefiero seguir... ¿Cómo voy a ganarme la vida si no...?

—Entonces lo sabes —exclamó Sylvia casi con un chillido—. Sabes que no te admitirán de vuelta en la oficina si encuentran un medio de echarte...

—¡Seguro que lo encuentran! —dijo Tietjens y prosiguió con su otro discurso—: Cuando estalle la guerra con Francia —dijo con desgana... Y Sylvia supo que estaba sólo formulando una opinión establecida para no tener que emplear la parte activa de su cerebro en la discusión. ¡Debía de estar pensando en la joven Wannop! Tan pequeña, con sus falditas de tweed..., como una miniatura provinciana de Sylvia Tietjens. Si ella hubiera sido una miniatura provinciana..., pero las palabras de Tietjens la laceraron como si le hubiesen golpeado con una fusta— nos portaremos de un modo más honroso —había dicho—, porque el impulso heroico será menor. Muchos nos avergonzaremos de nosotros mismos. Así que se producirá menos degeneración incidental...

Sylvia, que ahora sí estaba escuchándolo, dejó de pensar en la señorita Wannop y en la falsa imagen que tanto la obsesionaba de Tietjens hablando con la chica contra un trasfondo de libros en la fiesta de Macmaster, y exclamó:

—¡Dios mío! ¿De qué estás hablando?

Tietjens prosiguió:

—De nuestra próxima guerra con Francia... Somos los enemigos naturales de los franceses. Para ganarnos el pan tenemos que robarles o que estafarles...

Sylvia dijo:

—¡No podemos! No podríamos...

—Tenemos que hacerlo —dijo Tietjens—. Es la condición de nuestra existencia. Somos un país septentrional superpoblado y prácticamente en bancarrota; ellos son meridionales ricos, con una población decreciente. Alrededor de 1930 tendremos que hacer lo que Prusia hizo en 1914. Nuestra situación será exactamente la misma. Es... ¿cómo se llama?

—Pero... —gritó Sylvia—. Si tú eres francófilo... Todo el mundo cree que eres un espía francés... ¡Eso es lo que está arruinando tu carrera!

—¿Un espía? —preguntó Tietjens sin mucho interés. Luego añadió—: Sí, eso probablemente arruinaría mi carrera... —Y prosiguió, un poco más animado e interesado—: ¡Ah!, ésa sí que será una guerra digna de ver... Nada de combatir como ratas por un hatajo de idiotas corruptos...

—¡Mi madre se volvería loca! —dijo Sylvia.

—¡Oh!, no lo hará —dijo Tietjens—. Le servirá de estímulo si es que sigue con vida... Nuestros héroes no se emborracharán de vino y lujuria, nuestras sabandijas no se quedarán en casa y apuñalarán a los héroes por la espalda. Nuestro ministro de letrinas no retendrá a dos millones y medio de hombres en una base para ganarse los votos de sus mujeres en las elecciones generales... ¡ése ha sido el primer efecto negativo de concederles el voto a las mujeres! Con los franceses ocupando Irlanda y

formando un frente desde Bristol hasta Whitehall ahorcaríamos al ministro antes de que pudiera firmar los papeles. Y seríamos leales a nuestros aliados y hermanos prusianos. Nuestro gobierno no les odiaría como odia a los franceses por ser frugales, lógicos, educados e implacablemente prácticos. Los prusianos son de esos tipos con los que se puede ser un poco guarro cuando se quiere...

Sylvia le interrumpió violentamente:

—Por el amor de Dios, ya está bien. Casi me convences de que lo que dices es cierto. Te digo que mi madre se volvería loca. Su mejor amiga es la Duchesse Tonnerre Chateaulherault...

—¡Exacto! —dijo Tietjens—. Tus mejores amigos son los Med... Med..., esos oficiales austriacos a los que les llevas flores y bombones. ¡A pesar de todo lo sucedido..., ahora estamos en guerra con ellos y no te has vuelto loca!

—No lo sé —replicó ella—. ¡A veces creo que sí me estoy volviendo loca! —Inclinó la cabeza. Tietjens estaba mirando el mantel con expresión preocupada. Murmuró: «Med... Met... Kos...». Sylvia dijo—: ¿Conoces un poema titulado «En algún lugar».^[55] Empieza: «En alguna parte debe de haber...».

Tietjens respondió:

—¡No, lo siento! No he tenido tiempo de ponerme al día en poesía.

Sylvia replicó:

—¡No lo hagas! —y añadió—: Tienes que estar en el Ministerio de la Guerra a las cuatro y cuarto, ¿no? ¿Qué hora es ahora? —Ansiaba darle las malas noticias antes de que se fuese, ansiaba retrasar el momento todo lo que pudiera. Antes quería pensarlo bien, también quería seguir con aquella conversación errática, o él podría marcharse de la habitación. No quería tener que decirle: «¡Espera un minuto, tengo que decirte una cosa!», pues puede que en ese momento no estuviese de humor para hacerlo. Él le respondió que todavía no eran las dos. Aún podía concederle otra hora y media. Para seguir con la conversación, ella dijo—: Imagino que la señorita Wannop estará poniendo vendas o pertenecerá al cuerpo de enfermeras del ejército, o cualquier cosa impresionante por el estilo.

Tietjens dijo:

—No, es pacifista. Lo mismo que tú. No tan impulsiva, aunque, en cierto modo, tiene más argumentos. En mi opinión terminarán metiéndola en la cárcel antes de que acabe la guerra.

—Los dos debéis de pasarlo de maravilla juntos —observó Sylvia. El recuerdo de su entrevista con la gran dama apodada Glorvina (aunque no era, ni mucho menos, un mote afortunado) se le hizo cada vez más presente. Dijo—: Supongo que lo habréis hablado muchas veces, ya que la ves a diario.

Pensó que así lo entretendría uno o dos minutos. Él respondió con indiferencia —Sylvia sólo captó el sentido de sus palabras— que tomaba el té a diario con la señora

Wannop. Se había mudado a un lugar llamado Bedford Park a menos de tres minutos de su despacho. El Ministerio de la Guerra había construido varias barracas en un jardín público que había en el barrio. Tan sólo veía a la hija una vez a la semana a lo sumo. Nunca hablaban de la guerra, a la joven le resultaba desagradable. O, más bien, demasiado penoso... Su charla derivó hacia frases inconclusas.

Representaban aquella comedia de vez en cuando, pues es imposible que dos personas vivan en la misma casa sin un terreno común donde encontrarse. Así que ambos hablaban, a veces con mucha prolijidad y educación, y cada cual pensaba en sus cosas hasta que acababan callándose.

Además, desde que había adquirido la costumbre de acudir a un retiro —con una hermandad anglicana para irritar a Tietjens, que odiaba a los conversos y consideraba que las religiones no deben mezclarse—, Sylvia se había acostumbrado también a perderse en ensoñaciones. De modo que ahora era vagamente consciente de que un bulto grisáceo —Tietjens— estaba sentado a la cabecera de una extensión blancuzca —la mesa del almuerzo—. También había algunos libros..., en realidad, estaba viendo una figura muy distinta y otros libros..., los libros del marido de Glorvina, pues la gran dama había recibido a Sylvia en la biblioteca de aquel estadista.

Glorvina, que era la madre de dos de las mejores amigas de Sylvia, la había mandado llamar. Quería reprenderla, amable e incluso ingeniosamente, por abstenerse por completo de cualquier tipo de actividad patriótica. Le dio la dirección de un sitio de la City, donde podía comprar pañales para bebés al por mayor y luego donarlos a alguna organización benéfica como si los hubiese hecho ella. Sylvia respondió que no pensaba hacer nada semejante, y Glorvina dijo que le propondría la idea a la pobre señora Pilsenhauser. Glorvina le explicó que todos los días ideaba actos de patriotismo para los ricos afligidos con apellidos, acento o antepasados extranjeros...

Glorvina era una señora de unos cincuenta años de rostro grisáceo y afilado y aspecto duro, pero cuando se sentía ingeniosa o quería pedir algo era bastante amable. La habitación en la que estaban daba a un jardín trasero de Belgravia. Estaba iluminada por el sol y las sombras acentuaban sus rasgos y el tono gris de su cabello, además de su dureza y amabilidad. Eso impresionó mucho a Sylvia, que estaba acostumbrada a ver a la dama con luz artificial...

No obstante, dijo:

—¡Glorvina, no estarás sugiriendo que soy uno de esos ricos afligidos con apellidos extranjeros!

La gran dama le había dicho:

—Mi querida Sylvia, no se trata tanto de ti como de tu marido. Tu última hazaña con los Esterhazy y los Metternich ha acabado con él. Olvidas que los poderes actuales no se rigen por las leyes de la lógica...

Sylvia recordaba que se había levantado de un salto de la silla y había exclamado: —¿Quieres decir que esos cerdos incalificables creen que soy...?

Glorvina dijo con paciencia:

—Mi querida Sylvia, ya te he dicho que no eres tú. Es tu marido quien sale perjudicado. Por lo visto, es demasiado buena persona para perjudicarlo. Eso dice el señor Waterhouse. Yo no lo conozco, en fin...

Sylvia recordaba haber dicho: «¿Y quién demonios es el señor Waterhouse?» y, al oír que el señor Waterhouse era un ex ministro liberal, había perdido el interés. De hecho, era incapaz de recordar el resto de las palabras de su anfitriona. Su sentido la había abrumado demasiado...

Siguió mirando a Tietjens sin verlo, ocupada en el esfuerzo de reconstruir las palabras exactas de Glorvina para ser lo más exacta posible. Normalmente recordaba las conversaciones bastante bien, pero en esta ocasión la rabia, la sensación de náuseas, el dolor de sus uñas al clavarse en las palmas de la mano y una secuencia irreproducible de emociones la habían abrumado.

Miró a Tietjens con una especie de regocijada curiosidad. ¿Cómo era posible que al hombre más honorable que conocía lo acosaran unos rumores tan sucios y rastreros? Casi le daban ganas de pensar que el honor era una especie de mal de ojo...

Tietjens, cada vez más pálido, toqueteaba un trozo de tostada. Murmuró:

—Met... Met... Es Met... —Se secó la frente con una servilleta, la miró sorprendido, la tiró al suelo y sacó un pañuelo... Murmuró—: Mett... Metter... Se le iluminó el rostro como la cara de un niño al oír un obús.

Sylvia chilló con la pasión que infunde el odio:

—¡Por el amor de Dios, di «Metternich»..., me estás volviendo loca!

Cuando volvió a mirarle, su rostro se había relajado y se dirigía al teléfono que había en un rincón de la habitación. Le pidió que lo disculpara y pidió que le pusieran con un número de Ealing. Pasados unos instantes, dijo:

—¿Señora Wannop? Sí, mi mujer acaba de recordarme quién fue el genio maléfico del Congreso de Viena... —dijo: «¡Sí, sí!», y escuchó. Al cabo de un rato prosiguió—: Oh, podría decirse con palabras más duras. Podría decirse que la determinación *tory* por arruinar a Napoleón a toda costa fue uno de esos ejemplos de estupidez partidista que... Sí, Castlereagh. Y, por supuesto, Wellington... Lo siento mucho, tengo que colgar... Sí, mañana a las ocho y media desde la estación de Waterloo... No, no volveré a verla... No, ha cometido un error... Sí, dele recuerdos de mi parte..., adiós. —Estaba a punto de colgar el auricular, cuando una serie de sonidos agudos le obligaron a volver a ponérselo en la oreja—: ¡Oh! ¡Los niños ilegítimos! —exclamó—. ¡Ya le he mandado las estadísticas! ¡No!, no hay ningún aumento apreciable de la tasa de nacimientos ilegítimos, salvo en algunos sitios. La tasa es muy alta en las tierras bajas escocesas, pero siempre lo ha sido... —Se echó a

reír y dijo de muy buen humor—: ¡Oh!, es usted muy buena periodista, no perderá cincuenta libras por eso... —Iba a interrumpirse, pero exclamó de pronto—: Aunque aquí tiene otra idea. La tasa es más o menos la misma probablemente por esto: la mitad de los hombres que van a Francia son más temerarios porque piensan que es la última oportunidad. En cambio, la otra mitad es mucho más cuidadosa. Los Tommies [56] decentes se lo piensan dos veces antes de meter en un lío a sus novias justo antes de morir. Por supuesto, las estadísticas de divorcio aumentan porque la gente se arriesga a una segunda oportunidad dentro de la ley. Gracias..., gracias... —Colgó el auricular.

Escuchar aquella conversación había despejado la imaginación de Sylvia. Dijo casi con lástima:

—Supongo que por eso no has seducido a la chica. —Y supo, lo había sabido enseguida por la súbita inflexión en la voz de Tietjens al decir: «Los Tommies decentes se lo piensan dos veces antes de meter en un lío a sus novias», que el propio Tietjens se lo había pensado dos veces.

Lo miró casi con incredulidad, pero con mucha frialdad. ¿Por qué —se preguntó — no pasaba un buen rato con la chica antes de ir a una muerte casi segura... Sintió un agudo pinchazo en el corazón. Un pobre hombre en un verdadero aprieto...

Se había cambiado de sitio y ahora estaba mirándolo, desde una silla que había junto a la chimenea, inclinándose interesada hacia delante, como si estuviese en una fiesta en un jardín que le pareciese —*par impossible!*— una obra pastoral bastante bien interpretada. En ella Tietjens era un monstruo fabuloso...

Era un monstruo fabuloso no porque fuese honorable y virtuoso. Sylvia había conocido a muchos hombres muy honorables y muy virtuosos. Si no había conocido nunca a ninguna mujer honorable o virtuosa entre sus amigas francesas o austriacas era, sin duda, porque las mujeres honorables y virtuosas no la divertían o porque, a excepción de las francesas y las austriacas, no eran católicas romanas... En cambio, los hombres honorables y virtuosos a los que había conocido normalmente eran personas prósperas y respetadas. No tenían grandes fortunas, pero tenían dinero, se hablaba bien de ellos y eran típicos terratenientes rurales..., como Tietjens.

Ella organizó sus pensamientos. Para aclararse en su imaginación, preguntó:

—¿Qué es lo que te pasó en Francia? ¿Qué es lo que le ocurre a tu memoria? O a tu cerebro, ¿es eso?

Él respondió midiendo las palabras:

—La mitad, una porción irregular, está muerta. O más bien desdibujada. No tiene suficiente riego sanguíneo..., así que una gran parte de la memoria ha desaparecido.

Ella dijo:

—¡Pero tú..., sin cerebro! —Como aquello no era una pregunta, él no respondió.

Que se hubiera levantado para telefonear en cuanto había recordado el nombre de

Metternich la había convencido por fin de que no llevaba cuatro meses comportándose como un hipocondríaco o simplemente mintiendo para despertar la compasión ajena u obtener un permiso por herida de guerra. Las amigas de Sylvia se burlaban con cinismo y aprobaban una artimaña conocida como «fatiga de combate». Muchos de sus maridos, hombres honrados y, por lo que ella sabía, bastante valientes, se jactaban públicamente de que, cuando estaban hartos de aquello, se las arreglaban para conseguir un permiso, o para extenderlo, simulando aquella enfermedad puramente nominal, y, en el carnaval generalizado de mentiras, lujuria, alcohol, y gritos en que se había convertido aquel asunto, simular un poco de fatiga de combate había llegado a parecerle casi virtuoso. En cualquier caso, si un hombre asistía a fiestas o, como había hecho Tietjens los últimos meses, se pasaba el día en barracones de hojalata entre montones polvorientos e iba a tomar el té todas las tardes para ayudar a la señora Wannop con sus artículos periodísticos, al menos no estaba tratando de matar a nadie.

Sylvia le dijo entonces:

—¿Te importaría decirme qué fue lo que ocurrió?

Él respondió:

—No sé si podré hacerlo con mucha exactitud... Algo reventó, tal vez «explotó» sea más correcto, cerca de mí, en la oscuridad. Supongo que no querrás oír más...

—¡Claro que quiero! —exclamó Sylvia.

Él dijo:

—Lo cierto es que no sé lo que sucedió y no recuerdo lo que hice. Hay tres semanas de mi vida en blanco... Sólo sé que desperté en un CCS y que era incapaz de recordar mi propio nombre.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Sylvia—. ¿No es sólo una manera de hablar?

—No, no es una forma de hablar —respondió Tietjens—. Estaba en cama en el CCS... Tus amigos lo estaban bombardeando.

—No puedes llamarlos mis amigos —dijo Sylvia.

Tietjens replicó:

—Lo lamento. A veces tiendo a hablar sin propiedad. Digamos que los malditos alemanes estaban lanzando bombas desde aeroplanos sobre los barracones del hospital... No es que esté insinuando que supieran que se trataba de un CCS, sin duda debió de tratarse de un descuido...

—¡No tienes por qué disculpar a los alemanes por mí! —dijo Sylvia—. Ni a nadie que haya matado a un hombre.

—Yo estaba preocupadísimo —prosiguió Tietjens—. Estaba escribiendo un prólogo para un libro sobre el arminianismo...

—¡No me digas que has escrito un libro! —exclamó Sylvia con impaciencia, porque pensó que, si a Tietjens le daba por escribir un libro, tal vez podría ganarse así

la vida. Mucha gente le había dicho que debería escribir un libro.

—No, no he escrito ningún libro —respondió Tietjens— y ni siquiera sabía lo que era el arminianismo...

—Sabes perfectamente lo que es la herejía arminiana ^[57] —replicó Sylvia con sequedad—, me lo explicaste hace años.

—Sí —exclamó Tietjens—. Puede que lo hiciera hace años, pero en el hospital no habría podido hacerlo. Ahora sí, pero entonces me tenía muy preocupado. Es muy desagradable escribir un prólogo sobre un asunto del que no sabes nada, aunque no me parecía deshonroso en el sentido militar... Pese a todo, me inquietaba mucho no recordar mi nombre. No hacía más que darle vueltas y pensar en lo embarazoso que sería que viniese una enfermera y me preguntase y yo no supiera qué responderle. Por supuesto, tenía el nombre escrito en una etiqueta de viaje atada al cuello de mi camisa, pero había olvidado que hacían eso con los heridos... Luego un grupo de gente llevó al barracón a una enfermera hecha pedazos, habían sido las bombas alemanas, claro. Seguían cayendo por doquier.

—¡Dios mío! —gritó Sylvia—, ¿quieres decir que llevaron a una enfermera muerta a tu lado?

—La pobre no estaba muerta —respondió Tietjens—. Ojalá lo hubiera estado. Se llamaba Beatrice Carmichael..., supe su nombre después de desmayarme. Murió, claro... Eso pareció despertar a un tipo que había al otro lado del barracón y al que le salía mucha sangre a través de las vendas de la cabeza... Se tiró de la cama y, sin decir una palabra, cruzó el barracón y empezó a estrangularme...

—Pero eso no hay quien se lo crea —dijo Sylvia—. Perdona, pero no puedo creerte... Eres un oficial: no es posible que te pusieran al lado a una enfermera herida. Debían de saber que tu hermana Caroline era enfermera y había muerto...

—¡Carrie! —dijo Tietjens—, se ahogó en un barco hospital, gracias a Dios no se me ocurrió relacionarla con ella... Pero no creerás que, además del nombre, el rango, la unidad y la fecha de admisión, iban a poner que había perdido una hermana y dos hermanos en combate y a un padre devastado por el dolor...

—Pero tú sólo has perdido un hermano —objetó Sylvia—. Fui al funeral en tu nombre y en el de tu hermana.

—No, dos —replicó Tietjens—, pero de quien quería hablarte es del tipo que trataba de estrangularme. Soltó unos cuantos chillidos muy agudos hasta que vinieron un montón de enfermeros y me lo quitaron de encima. Luego empezó a gritar: «¡Fe... Fe... Fe...!» a intervalos de dos segundos, por lo que pude calcular con mi pulso, hasta las cuatro de la madrugada, cuando murió... No sé si se trataba de una exhortación religiosa o de un nombre de mujer, pero me desagradó mucho porque dio comienzo a mi tortura... Conocí a una chica que se llamaba Fe. No fue ninguna aventura amorosa, sino la hija del principal jardinero de mi padre, un escocés. El caso

es que, cada vez que decía Fe, yo me preguntaba: «Fe... Fe... ¿qué más?». No recordaba el apellido del jardinero de mi padre.

Sylvia, que estaba pensando en otra cosa, preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

Tietjens respondió:

—No lo sé, sigo sin acordarme... El caso es que cuando caí en que no sabía su nombre, era tan ignorante y tan iletrado como un bebé recién nacido y mucho más consciente de serlo... ¡El Corán dice (sólo he llegado hasta la ce en mis lecturas vespertinas de la Enciclopedia Británica en casa de la señora Wannop) que el fuerte siempre es golpeado en su orgullo! Por descontado, enseguida volví a aprenderme las ordenanzas reales, el MML, el adiestramiento en infantería y todas las ACIS de memoria. Es lo único que se exige que sepa hoy un oficial británico...

—¡Oh, Christopher! —exclamó Sylvia—. Lees esa enciclopedia, es muy triste. Con lo que la despreciabas.

—A eso me refiero con lo de golpear en el orgullo —dijo Tietjens—. Por supuesto, ahora recuerdo todo lo que leo u oigo... Pero si no he llegado a la eme, menos aún a la uve. Por eso estaba obsesionado con Metternich y el Congreso de Viena. Trato de recordar las cosas por mi cuenta, pero todavía no lo he conseguido. Es como si me hubieran borrado un área del cerebro. De vez en cuando, un nombre me lleva a otro. Te habrás dado cuenta de que, al recordar a Metternich, recordé también a Castlereagh y a Wellington e incluso otros nombres... Pero en eso se escudará el Departamento de Estadística. Cuando me despidan. La verdadera razón será que he servido en el ejército. Pero ellos fingirán que lo hacen porque mis conocimientos se limitan a los que uno puede encontrar en la enciclopedia, o a dos tercios más o menos, según lo que dure la guerra... Aunque, claro, la auténtica razón será que no falsificaré estadísticas para engañar a los franceses. El otro día me lo pidieron, como ejercicio vacacional. Tendrías que haber visto sus caras cuando me negué.

—¿De verdad —preguntó Sylvia— has perdido dos hermanos en acto de servicio?

—Sí —respondió Tietjens—. Curly y Longshanks. No llegaste a conocerlos porque estaban siempre en la India. Y no se hacían notar mucho...

—¡Dos! —exclamó Sylvia—. Sólo le escribí a tu padre sobre uno llamado Edward. Y tu hermana Caroline. En la misma carta...

—Carrie tampoco se hacía notar —replicó Tietjens—. Colaboraba con organizaciones benéficas... Pero recuerdo que no te caía bien. Era una vieja solterona...

—Christopher —preguntó Sylvia—, ¿sigues pensando que tu madre murió del disgusto que le di al dejarte?

Tietjens dijo:

—Dios mío, no. Nunca lo pensé y no lo pienso ahora. Sé que no es cierto.

—Entonces —exclamó Sylvia— que murió del disgusto que le di al volver contigo... No vale la pena que lo niegues. Recuerdo tu cara al abrir el telegrama en Lobscheid. La señorita Wannop te lo reenvió desde Rye. Recuerdo el sello. Su especialidad era hacerme daño. En cuanto lo recibiste noté que te esforzabas por ocultarme que pensabas que había muerto por mi culpa. Vi que estabas preguntándote si sería factible ocultarme que había muerto. Por supuesto, no podías hacerlo porque recordarás que teníamos que ir a Wiesbaden y no podíamos hacerlo porque estaríamos de luto. Así que me llevaste a Rusia para no tener que asistir conmigo al funeral.

—Te llevé a Rusia —dijo Tietjens—, ahora lo recuerdo..., porque tenía órdenes de sir Robert Ingleby de ayudar al cónsul general británico a preparar un almanaque estadístico del gobierno de Kiev... Entonces era la región más prometedora del mundo desde el punto de vista industrial. Ahora, claro, ya no lo es. Nunca recobraré ni un penique del dinero que invertí. En esa época yo me creía muy listo... Y, por supuesto, sí, el dinero era de mi madre. Ahora lo recuerdo..., sí, por supuesto...

—¿Pensabas —preguntó Sylvia— que mi presencia en el funeral deshonraría el cadáver de tu madre? ¿O es que temías que, con tu madre de cuerpo presente, no podrías ocultarme que pensabas que yo la había matado...? No lo niegues. Y no te escabullas diciendo que no recuerdas lo que pasó esos días. Lo estás recordando ahora: que maté a tu madre, que la señorita Wannop te envió el telegrama... ¿por qué no la culpas a ella por haberte dado la mala noticia? O, por el amor de Dios, ¿por qué no te reprochas, con la cólera del Todopoderoso, que mientras tu madre estaba muriéndose tú y esa chica estuvierais como dos tortolitos...? ¡En Rye! Mientras yo estaba en Lobscheid...

Tietjens se secó la frente con el pañuelo.

—Bueno, dejemos eso —dijo Sylvia—. Dios sabe que no soy quién para meteros palos en las ruedas ni a ti ni a la chica. Si os queréis, tienes todo el derecho del mundo a ser feliz y yo diría que ella conseguirá que lo seas. Como católica, no puedo divorciarme, pero no os pondré dificultades. Y seguro que dos personas tan discretas como vosotros sabrán arreglárselas. Has aprendido la manera de Macmaster y su amante... Pero, Christopher, ¿alguna vez te has parado a pensar en cómo me has utilizado? —Tietjens la miró atentamente, con una especie de lóbrega angustia—. Si alguna vez en la vida me hubieses dicho: «¡Putá! ¡Zorra! ¡Mataste a mi madre! Ojalá te pudras en el infierno...». Si alguna vez me hubieses dicho algo parecido, ¡sobre el niño! ¡Sobre Perowne!, puede que eso nos hubiera unido...

Tietjens dijo:

—Por supuesto, tienes razón.

—Lo sé —dijo Sylvia—, no puedes evitarlo... Pero cuando, con el famoso orgullo de la familia, ¡a pesar de ser el hijo más joven!, te digas..., y lo dirás incluso, ¡Dios mío!, si te hieren en las trincheras..., en el último momento, que nunca hiciste nada deshonroso... Y ten en cuenta que creo que sólo hay un hombre que haya tenido más derecho a decirlo que tú...

Tietjens exclamó:

—¡Eso crees!

—Tanto como creo que un día veré a mi redentor —respondió Sylvia—, lo creo... Pero, en nombre del Todopoderoso, ¿cómo iba a vivir a tu lado cualquier mujer... y ser perdonada? O no, no perdonada, ¡ignorada! En fin, cuando mueras enorgullécete si quieres de tu honor. ¡Pero, por Dios, sé más humilde respecto a... tus errores de juicio! Tú sabes lo que es montar varios kilómetros un caballo con el bocado demasiado corto y la lengua casi partida en dos... Recordarás que el caballerizo de tu padre se lo ponía así a los caballos en las partidas de caza... Y que tú lo azotaste, y me contaste que muchas veces habías estado a punto de echarse a llorar al pensar en la boca de aquella yegua... ¡Pues bien! ¡Piensa en la boca de esta yegua de vez en cuando! ¡Me has tenido así siete años...! —Se interrumpió y luego prosiguió—: ¿Acaso no sabes, Christopher, que sólo hay un hombre a quien una mujer podría oírle decir: «Tampoco yo te condeno» ^[58] sin odiarlo más que a su peor enemigo...?

Tietjens la miró de un modo que logró retener su atención.

—Me gustaría preguntarte —dijo— cómo iba yo a arrojarte piedras. Jamás he desaprobado tus actos.

Sylvia bajó las manos con desánimo.

—¡Oh, Christopher! —dijo—, no sigas con esa comedia. Lo más probable es que no volvamos a tener ocasión de hablar. Esta noche dormirás con esa señorita Wannop, mañana irás a que te maten. Seamos francos los próximos diez minutos. Y préstame atención. La señorita Wannop puede concederme eso si va a quedarse con todo lo demás...

Ella notó que Tietjens la estaba escuchando atentamente.

—Como tú dices —proclamó muy despacio—, estoy tan seguro de que un día veré a mi redentor, como de que eres una mujer buena. Una que nunca hizo nada deshonroso.

Sylvia se acurrucó un poco en su silla.

—¡Entonces —respondió— es que eres el malvado que siempre he fingido creer que eras, a pesar de que no lo creía!

Tietjens dijo:

—¡No...! Deja que te explique cómo lo veo yo.

Ella exclamó:

—¡No! He sido mala. Te he arruinado. No pienso escucharte.

Él dijo:

—Puede que me hayas arruinado. Me da igual. Me es totalmente indiferente.

Sylvia gritó: «¡Oh, oh... oh!», en tono agónico.

Tietjens añadió obstinadamente:

—No me importa. No puedo evitarlo. Ésas son, o deberían ser, las condiciones entre la gente decente. Cuando llegue la próxima guerra, espero que se libre bajo esas condiciones. Por el amor de Dios, hablemos del valor del enemigo. Siempre. Tendremos que saquear a los franceses o millones de los nuestros pasarán hambre y ellos tendrán que resistir o les barreremos... Lo mismo ocurre contigo y conmigo...

Ella exclamó:

—¿Quieres decir que no crees que me portara mal cuando..., te la jugué, como dice mi madre?

Él respondió en voz alta:

—¡No! Te dejaste enredar por un aprovechado. Siempre he dicho que cualquier mujer que ha sido engañada por un hombre tiene el derecho (y el deber, si es que tiene un hijo) de engañar a otro hombre. Esa mujer está contra los hombres: contra un hombre. Resulta que yo fui ese hombre, fue la voluntad de Dios. Estabas en tu derecho. ¡No volveré a hablar de eso bajo ningún concepto!

Sylvia exclamó:

—¡Y los otros! Y Perowne... Sé que dirás que uno puede hacer lo que quiera siempre que actúe abiertamente..., pero eso mató a tu madre. ¿Acaso no desapruebas que matara a tu madre? ¿No crees que he corrompido al niño...?

Tietjens dijo:

—No... Pero quiero hablar contigo de eso.

Ella respondió:

—¿De verdad no crees que...?

Él dijo con calma:

—Sabes que no..., mientras estuve seguro de que iba a poder estar aquí para llevarlo por el buen camino y asegurarme de que fuese anglicano combatí tu influencia sobre él. Agradezco que te hayas planteado la posibilidad de que me maten y de que esté arruinado. Lo estoy. Entre hoy y mañana no podría reunir ni doscientas libras. De modo que es evidente que no soy el hombre indicado para estar a cargo del heredero de Groby.

Sylvia estaba diciendo: «Hasta el último penique que tengo está a tu disposición...», cuando la doncella, Centralita, se acercó a su señor y le entregó una tarjeta. Él dijo:

—Dígale que espere cinco minutos en el salón.

Sylvia preguntó:

—¿Quién es?

Tietjens respondió:

—Un hombre... Dejemos esto claro: nunca he pensado que hayas corrompido al niño. Trataste de enseñarle a contar mentiras piadosas. Al más puro estilo papista. No tengo nada contra los papistas ni contra las mentiras piadosas de los papistas. Una vez le dijiste que le metiera una rana en el baño a Marchant. No me importa que un niño le meta una rana en el baño a su niñera. Pero Marchant es una anciana, y el heredero de Groby debería respetar siempre a los ancianos, y en particular a los antiguos empleados de la familia... Tal vez no se te haya ocurrido pensar en que el chico es el heredero de Groby...

Sylvia dijo:

—Sí..., si tu otro hermano ha muerto... Pero tu hermano mayor...

—Él —respondió Tietjens— tiene una mujer francesa cerca de la estación de Euston. Ha vivido con ella casi quince años, por las tardes, y siempre que no hubiera carreras de caballos. Nunca le permitirá casarse y ya se le ha pasado la edad de tener hijos. Así que no hay nadie más...

Sylvia insistió:

—Quieres decir que puedo educar al niño como católico.

Tietjens respondió:

—Como católico «romano»... Enséñale a utilizar ese término antes de que lo haga yo, si es que vuelvo a verlo...

Sylvia dijo:

—Doy gracias a Dios por haberte ablandado el corazón. Esto alejará la maldición de esta casa...

Tietjens negó con la cabeza:

—No creo —dijo—, tal vez la aleje de ti. Y muy probablemente de Groby. Quizá ya fuera siendo hora de que volviera a haber un propietario papista de Groby. ¿Has leído lo que cuenta Speldon ^[59] sobre Groby cuando habla del sacrilegio?

—¡Sí! Los primeros Tietjens que vinieron con ese canalla de Guillermo el holandés, ^[60] que fue tan nefasto para los propietarios papistas...

—Era un holandés inflexible —dijo Tietjens—, pero ¡sigamos! Tenemos tiempo, pero no demasiado... Tengo que recibir a ese hombre.

—¿Quién es? —preguntó Sylvia.

Tietjens estaba organizando sus ideas.

—¡Querida! —dijo—. ¿No te importa que te llame así? Somos viejos enemigos y estábamos hablando del futuro de nuestro hijo.

Sylvia exclamó:

—Has dicho «nuestro hijo» y no «el niño»...

Tietjens respondió muy preocupado:

—Disculpa que saque esto a colación. Tal vez prefirieses pensar que era hijo de Drake. Es imposible. Iría en contra del curso de la naturaleza... Si soy tan pobre es porque..., perdona que lo hiciera..., he gastado mucho dinero en reconstruir tus movimientos y los de Drake antes de nuestra boda. Y si te sirve de alivio saber...

—Sí —dijo Sylvia—. Siempre me ha dado vergüenza preguntarle a un especialista, o incluso a mi madre... Las mujeres somos tan ignorantes...

Tietjens replicó:

—Lo sé... Sé que te daba vergüenza incluso pensarlo. —Se entretuvo hablando de días y meses y luego prosiguió—: Pero eso no habría cambiado nada: un niño nacido en el seno de un matrimonio es, por ley, hijo del marido, y si alguien que se considera un caballero permite que otro engendre a su hijo debe aceptar las consecuencias; la mujer y el niño están por delante de él, sea quien sea. Niños peor concebidos que el nuestro han heredado títulos más nobles. Y he querido a ese pilluelo con todo mi corazón y toda mi alma desde el primer minuto en que lo vi. Puede que ahí radique la clave de todo, o puede que sea puro sentimentalismo... El caso es que combatí tu influencia por papista mientras fui un hombre entero. Pero ya no lo soy, y podría contagiarle mi mala suerte. —Se interrumpió y añadió—: Tengo que marchar al bosque. ¡Solo, convertido en un proscrito! ^[61]

—¡Oh, Christopher! —dijo ella—, es cierto que no he sido mala con el niño. Y nunca lo seré. Y dejaré a Marchant a su lado hasta que muera. Tú dile que no se entrometa en su instrucción religiosa y no...

Tietjens la interrumpió en tono amistoso y cansado:

—Eso es..., y tú tendrás al padre..., al padre..., el cura que se alojó con nosotros quince días antes de que naciera el niño para instruirlo. Es el mejor hombre que he conocido y uno de los más inteligentes. Ha sido un gran consuelo para mí imaginar al niño en sus manos...

Sylvia se puso en pie con los ojos encendidos en el rostro lívido, que había adquirido una expresión pétrea:

—Al padre Consett —dijo— lo ahorcaron el día que fusilaron a Casement. ^[62] No se atrevieron a publicarlo en el periódico porque era un cura y todos los testigos eran del Ulster... Y todavía quieres que no me queje de esta maldita guerra.

Tietjens movió la cabeza con la lenta pesadez de un anciano.

—Tú podrías... —dijo— ayudarme a recordar, ¿quieres? No te vayas... —El lúgubre pesimismo de aquella habitación cerrada se cernía sobre Tietjens, que seguía tirado como un bulto en su silla—. Después de todo, tal vez Speldon tenga razón en lo que dice del sacrilegio —observó—. Tú decías eso de los Tietjens. No ha habido un Tietjens, desde que el primer presidente del Tribunal de Apelación les arrebató Groby a los Loundes por papistas, que no haya muerto con el cuello o el corazón roto, a pesar de las seis mil hectáreas de tierra de cultivo y las minas de hierro y de

todo el brezo que las recubre... ¿Cómo era la cita? «Serás como no sé qué y no escaparás...» ¿A qué era...?

—¡A la calumnia! —respondió Sylvia. Hablaba con intensa amargura—. Casta como el hielo y fría como... tú... ^[63]

Tietjens dijo:

—¡Sí! Sí... Y eso que ningún Tietjens fue nunca blando. ¡Ninguno! Tenían motivos para tener el corazón destrozado... Fíjate en mi pobre padre...

Sylvia exclamó:

—¡No!

—Mis dos hermanos murieron en sus regimientos de la India el mismo día y a menos de dos kilómetros el uno del otro. Y mi hermana siete días después, en el mar, no muy lejos de donde estaban ellos... No se hacían notar mucho, pero uno puede encariñarse con personas así...

Centralita estaba en la puerta. Tietjens le pidió que le dijera a lord Port Scatho que entrase...

—Como es lógico, tienes que conocer todos los detalles —siguió Tietjens— como madre del heredero de mi padre... Mi padre recibió las tres notificaciones el mismo día. Eso bastó para destrozarle el corazón. Sólo vivió un mes. Lo vi...

Sylvia chilló con voz penetrante:

—¡Alto, alto, alto! —Se apoyó en la repisa de la chimenea—. Lo que le destrozó el corazón —dijo— fue que Ruggles, el mejor amigo de tu hermano, le dijera que eras un granuja que vivía del dinero de las mujeres y que habías dejado encinta a la mujer de su antiguo amigo...

Tietjens respondió:

—¡Ah, sí...! Lo sospechaba. En realidad lo sabía. Supongo que el pobre ahora sabe la verdad. O tal vez no... No tiene importancia.

II

Se ha dicho que la peculiar costumbre de reprimir las emociones coloca a los ingleses en desventaja en los momentos de gran presión inesperada. En las cuestiones menos importantes del curso general de la vida se comportarán de modo impecable sin inmutarse por nada, pero ante la súbita confrontación con cualquier cosa que no sea un peligro físico es fácil —de hecho, es casi seguro— que se vengán abajo. Ésa, al menos, era la opinión de Christopher Tietjens, y si le daba tanto miedo entrevistarse con lord Port Scatho es porque temía estar a punto de derrumbarse.

Al elegir ser particularmente inglés en sus costumbres y, hasta donde le era posible, en su temperamento —pues, aunque uno no puede elegir el país donde nacen él o sus ancestros, sí puede procurar estar atento a fin de modificar sus costumbres automáticas—, Tietjens, deliberada e intencionadamente, había optado por un modo de comportarse que consideraba el mejor del mundo en condiciones normales. Si uno hablase todos los días con voz aguda y la lógica y la lucidez de los franceses; si gritara para reafirmarse, con el sombrero sobre el estómago, inclinándose con la espalda muy recta y, por implicación, amenazara todo el día con pegarle un tiro a su interlocutor, como hacen los prusianos; si fuese tan lacrimosamente emocional como los italianos, o tan seca y epigramáticamente imbécil sobre cuestiones triviales como los americanos, tendríamos una sociedad ruidosa, molesta e inconsciente que carecería de la calma superficial que debería presidir la atmósfera de los hombres cuando se reúnen. No habría cómodos sillones de orejeras donde pasarse horas y horas en los clubes sin hacer nada o pensando en las estrategias del críquet. Como contrapartida, ante la muerte —salvo si se produce en el mar, por incendio, accidente ferroviario o ahogamiento accidental en un río—; ante la locura, la pasión, la deshonra, o, muy particularmente, ante una tensión intelectual prolongada, tendría todas las desventajas del principiante en cualquier juego y podría salir muy malparado. Por suerte, la muerte, el amor, la deshonra pública y demás cosas parecidas acontecen muy raras veces en la vida de un hombre normal, de modo que la sociedad inglesa parecería tener la ventaja de su parte, al menos antes de los últimos meses de 1914. La muerte sucede sólo una vez, y el peligro de muerte era tan escaso que casi resultaba insignificante; el amor arrebatador era una enfermedad exclusiva de los débiles; y el poder encubridor de la clase dominante, y el poder de absorción de las colonias más remotas eran tan enormes que la deshonra pública de personas bien situadas prácticamente no se conocía.

Tietjens se enfrentaba ahora a todas esas cosas, que se le habían venido encima de forma acumulativa y bastante inesperada, y tenía ante él una entrevista que podía referirse a todas ellas y además con un hombre a quien respetaba mucho y al que deseaba no hacer daño. Por si fuera poco tenía que enfrentarse a ellas con un cerebro

cuyas dos terceras partes estaban entumecidas. Ni más ni menos.

No es que no pudiera emplear la parte que le quedaba del cerebro tan mordazmente como siempre, sino que había montones de datos a los que ya no podía recurrir para apoyar sus argumentos. Su conocimiento de la historia seguía siendo casi insignificante: no sabía nada de humanidades y, lo que era mucho peor, nada en absoluto de las fases más elevadas y sensuales de las matemáticas. Y el recuerdo de esas cosas era mucho más lento de lo que le había confesado a Sylvia. Con esas desventajas tenía que enfrentarse a lord Port Scatho.

Lord Port Scatho era el primer hombre en quien había pensado Sylvia Tietjens al reflexionar acerca de los hombres que eran totalmente honorables, benévolos... y carentes de inteligencia constructiva. Había heredado la dirección de uno de los bancos londinenses más grandes y respetados, de modo que su influencia comercial y social era muy grande: estaba muy interesado en promover los intereses de la Iglesia no ritualista, la reforma de las leyes de divorcio y el deporte para el pueblo, y sentía un gran afecto por Sylvia Tietjens. Tenía cuarenta y cinco años y estaba empezando a ganar peso, aunque no era ni mucho menos obeso, tenía la cabeza grande y redonda, unas mejillas muy coloradas que brillaban como si realizase frecuentes abluciones, un bigote negro sin recortar, cabello negro, liso y muy corto y los ojos castaños; vestía un traje nuevo de tweed gris, un sombrero nuevo Trilby gris, una corbata negra con un pasador de oro y unas botas nuevas de charol con el borde de ante. Su mujer era casi clavada a él en cuanto a su fisonomía, figura, probidad, amabilidad e intereses, excepto que ella había sustituido el interés por los deportes para el pueblo por los hospitales de maternidad. Su heredero era su sobrino, el señor Brownlie, más conocido por Brownie, que también era la imagen exacta de su tío, salvo que, como no había engordado, parecía más alto y además su pelo y su bigote eran un poco más rubios y los llevaba un poco más largos. Dicho caballero sentía por Sylvia Tietjens una pasión lúgubre y profunda que él consideraba totalmente honorable porque pretendía casarse con ella una vez se divorciase de su marido. Deseaba arruinar a Tietjens porque quería casarse con la señora Tietjens y en parte porque lo consideraba una persona indeseable sin medios económicos. Lord Port Scatho ignoraba aquella pasión.

Ahora entró en el comedor de los Tietjens, detrás de la criada, con una carta abierta en la mano, iba muy erguido porque estaba muy preocupado. Notó que Sylvia había estado llorando y todavía estaba secándose los ojos. Recorrió la habitación con la mirada en busca de algún motivo que pudiera explicar su llanto. Tietjens seguía sentado a la cabecera de la mesa del almuerzo. Sylvia se estaba levantando de una silla junto a la chimenea.

Lord Port Scatho dijo:

—Tietjens, quiero verle un minuto por un asunto de negocios.

Tietjens replicó:

—Puedo concederle diez minutos...

Lord Port Scatho añadió:

—Tal vez la señora Tietjens...

Señaló a la señora Tietjens con la carta abierta. Tietjens respondió:

—¡No! La señora Tietjens se queda. —Quiso añadir algo más amistoso. Dijo—: Siéntese.

Lord Port Scatho insistió:

—No me llevará más de un minuto. Pero, en realidad... —Y volvió a señalar a Sylvia con la carta, aunque con un gesto menos elocuente.

—No tengo secretos para la señora Tietjens —dijo Tietjens—. Absolutamente ninguno...

Lord Port Scatho respondió:

—No... No, claro que no... Pero...

Tietjens dijo:

—Del mismo modo, la señora Tietjens no tiene ningún secreto conmigo. Una vez más, absolutamente ninguno.

Sylvia observó:

—Por supuesto, no hablo con Tietjens de los amoríos de mi doncella ni del precio diario del pescado.

Tietjens insistió:

—Será mejor que se siente. —Y movido por la amabilidad añadió—: De hecho, estaba aclarándole unas cuantas cosas a Sylvia para que pueda hacerse cargo... del puesto de mando. —Uno de los aspectos más desagradables de su actual desventaja intelectual era que, en ciertas ocasiones, sólo podía pensar en términos militares. Sintió un gran fastidio. Lord Port Scatho le inspiraba la leve náusea que, en aquellos días, sentía al estar en contacto con civiles que no sabían nada de sus pensamientos, frases o preocupaciones. No obstante, añadió ecuaníme—: Es mejor aclarar las cosas. Me voy.

Lord Port Scatho dijo atropelladamente:

—Sí, sí. No le entretendré. Tiene uno tantos compromisos a pesar de la guerra... —Sus ojos vagaron perplejos. Tietjens notó cómo se fijaban por fin en las manchas de aceite que el aliño de la ensalada de Sylvia le había dejado en el cuello y las hombreras. Se dijo que debía acordarse de cambiarse la guerrera antes de ir al ministerio. No debía olvidarlo. La perplejidad de lord Port Scatho era tan grande que se había extraviado tratando de explicar aquellas manchas... Se veía cómo los lentos pensamientos se sucedían tras su frente cuadrada, morena y refinada. Tietjens deseaba ayudarle. Quería decirle: «Es a propósito de la carta de Sylvia que ha traído consigo, ¿verdad?». Pero lord Port Scatho había entrado en la sala con la rigidez y los

andares estirados que utilizan los ingleses cuando se encuentran en situaciones formales y desagradables, un poco envarados, como perros desconocidos que se encuentran por la calle. En vista de eso, Tietjens no podía decir «Sylvia»..., pero si volviera a decir «la señora Tietjens» no haría sino añadir formalidad e incomodidad a la situación y eso no ayudaría a lord Port Scatho...

Sylvia dijo de pronto:

—Al parecer, no lo ha entendido usted. Mi marido se va al frente. Mañana por la mañana. Es la segunda vez.

Lord Port Scatho se sentó súbitamente en una silla que había junto a la mesa. Con el rostro y los ojos castaños muy angustiados exclamó:

—Pero ¡querido amigo! ¡Usted! ¡Dios mío! —y luego dijo dirigiéndose a Sylvia —: ¡Le ruego que me perdone! —Para acabar de entenderlo, volvió a decirle a Tietjens—: ¡Usted! ¡Parte mañana! —Y, cuando por fin se hizo a la idea, su rostro se despejó. Le echó una mirada rápida y disimulada a la expresión de Sylvia y luego a la guerrera manchada de aceite de Tietjens. Tietjens vio cómo se explicaba a sí mismo con inmensa claridad que eso explicaba tanto las lágrimas de Sylvia como el aceite de la guerrera, pues Port Scatho podía pensar que los oficiales llevaban al conflicto su ropa más vieja...

Pero si su perplejo cerebro se despejó, su imaginación angustiada pareció más preocupada que nunca. Tenía que añadir la angustia que había sentido al entrar en la sala y encontrarse en mitad de lo que tomó por una emotiva despedida. Y Tietjens supo que en toda la guerra Port Scatho nunca había asistido a una despedida familiar. Evitaba como la peste todas las que no fueran inevitables, y su sobrino y los sobrinos de su mujer estaban en el banco. Era lo más correcto, pues la familia ennoblecida de Brownlie no pertenecía a la clase gobernante —¡que tenía que partir!—, sino a la clase administrativa, que tenía el privilegio de quedarse.

Enseguida dio pruebas del odio vergonzante que sentía por ellos, pues primero empezó varias frases que no supo cómo terminar alabando el heroísmo de Tietjens y luego, levantándose rápidamente de la silla, exclamó:

—Claro que, en estas circunstancias..., el pequeño asunto que me traía por aquí..., por supuesto, no podía imaginar...

Tietjens dijo:

—No, no se vaya. El asunto por el que ha venido..., estoy al tanto de todo, por supuesto..., es mejor aclararlo cuanto antes.

Port Scatho volvió a sentarse, abrió despacio la boca, su tez bronceada se volvió un poco más pálida. Luego dijo por fin:

—¿Sabe por qué he venido? Pero entonces...

Se notaba que su imaginación ingenua y amable funcionaba con desgana, su figura atlética se encorvó. Empujó la carta que seguía sujetando en la mano por el

mantel hacia Tietjens. Añadió en el tono de quien espera un momento de respiro:

—Pero no puede estar al tanto... de esta carta...

Tietjens dejó la carta sobre el mantel, donde podía leer las grandes letras escritas sobre el papel gris azulado:

«La señora de Christopher Tietjens presenta sus respetos a lord Port Scatho y al honorable comité de miembros de Gray's Inn...». Se preguntó de dónde habría sacado Sylvia aquella fraseología, pensó que era totalmente errónea. Dijo:

—Ya le he dicho que sé lo de la carta, como ya le he dicho que conozco, y añadiré además que apruebo, todas las acciones de la señora Tietjens...-Miró implacablemente con sus duros ojos azules las pupilas castañas de Port Scatho, sabiendo que estaba enviando el mensaje: «¡Piense lo que quiera y váyase al diablo!».

Una expresión de profundo dolor embargó los amables ojos marrones. Port Scatho gritó:

—¡Pero, Dios mío! De ser así...

Volvió a mirar a Tietjens. Su imaginación, que se refugiaba de la vida en los asuntos de la iglesia no ritualista, la reforma de la ley del divorcio y el deporte para el pueblo, se convertía en un mar de dolor al contemplar situaciones fuertes. Su mirada decía: «Por el amor de Dios, no me diga que esa señora Duchemin, la amante de su mejor amigo, es también su amante y que ha empleado este recurso sólo para fastidiarles».

Tietjens se inclinó pesadamente hacia delante, lo miró tan enigmáticamente como pudo, y dijo muy despacio y con gran claridad:

—La señora Tietjens, por supuesto, no está al corriente de todas las circunstancias.

Port Scatho se desplomó en la silla.

—¡No lo comprendo! —exclamó—. No lo comprendo. ¿Qué quiere que haga? ¿No querrá que pase por alto la carta?

Tietjens volvió en sí y dijo:

—Será mejor que lo hable con la señora Tietjens. Yo diré más tarde lo que tenga que decir. Entretanto, permítame añadir que a la señora Tietjens parece asistirle toda la razón. Una dama con un espeso velo viene aquí todos los viernes y se queda hasta las cuatro de la mañana del sábado... Si piensa usted pasar algo por alto, será mejor que se lo explique a la señora Tietjens...

Port Scatho se volvió agitadamente hacia Sylvia.

—Por supuesto, no puedo pasarlo por alto —dijo—. Quiera Dios que... Pero mi querida Sylvia..., mi querida señora Tietjens... ¡Tratándose de dos personas tan apreciadas! Claro que hablamos de una cuestión de principio. Es parte de un asunto que me interesa mucho: la concesión del divorcio... o al menos del divorcio civil... en casos en los que una de las partes del matrimonio sea internada en un manicomio.

Les he enviado los panfletos que publicamos de E. S. P. Haynes.^[64] Comprendo que, como católica romana, tiene usted grandes reticencias... Le aseguro que no defiendo el libertinaje... —Luego se volvió de lo más elocuente: era cierto que el asunto le interesaba mucho, pues una de sus hermanas había estado casada mucho tiempo con un demente. Se extendió acerca de las angustias de esa situación con tanta más elocuencia cuanto que era la única forma de sufrimiento que había visto personalmente.

Sylvia miró largo tiempo a Tietjens, él pensó que en busca de consejo. La miró fijamente un momento, luego a Port Scatho, que se había vuelto hacia ella, y luego otra vez a Sylvia. Estaba tratando de decirle: «Escucha un minuto a Port Scatho. ¡Necesito tiempo para decidir lo que debo hacer!».

Por primera vez en su vida, necesitaba tiempo para saber cómo actuar.

Había estado pensando inconscientemente desde que Sylvia le había dicho que había escrito al comité denunciando a Macmaster y a su mujer, y desde que le había recordado que había tenido en sus brazos a la señora Duchemin en el tren expreso de Edimburgo a Londres el día antes de la declaración de guerra; y había visto, con extraordinaria claridad, muchas imágenes del norte del país aunque no podía ponerle nombre a todos aquellos lugares. El olvido de los nombres era algo insólito: debería saberse los nombres de todos los sitios desde Berwick hasta el valle de York, pero que hubiera olvidado lo sucedido era normal. Prácticamente carecía de importancia: prefería no recordar las fases del enamoramiento de su amigo, además los sucesos acontecidos justo después eran de tal naturaleza que cualquiera olvidaría fácilmente lo que los había precedido. No le había concedido ninguna importancia a que la señora Duchemin le hubiera llorado en el hombro en un compartimento cerrado del tren: había tenido una semana muy difícil que había concluido en una disputa violenta y nerviosa con su desazonado amante. Por supuesto, había llorado para desahogarse de los efectos de la disputa que había sido tanto más conmovedora por cuanto la señora Duchemin, como él mismo, había sido siempre muy contenida. De hecho, a él no le gustaba la señora Duchemin, y estaba seguro de que a ella tampoco le gustaba él lo más mínimo, de modo que sólo les unía el afecto que ambos sentían por Macmaster. No obstante, el general Campion no tenía forma de saberlo... Se había asomado al compartimento desde el pasillo justo al partir de... No recordaba el nombre... Doncaster... ¡No...! Darlington, no era eso. En Darlington había una copia de la «Rocket»... o tal vez no fuese la «Rocket».^[65] Una locomotora torpe y enorme como un leviatán por... por... Las grandes y lúgubres estaciones de los trenes que se dirigían hacia el norte... Durham... ¡No! Alnwick... ¡No...! Wooler... ¡Por Dios! ¡Wooler! El enlace para ir a Bamborough...

Sylvia y él se habían alojado con los Sandbach en uno de los castillos de Bamborough. Luego... ¡un nombre había acudido a su memoria de forma

espontánea...! ¡Dos nombres...! ¡Tal vez ahora cambiasen las cosas! Por primera vez... Era un momento decisivo... ¡a partir de ahora, puede que recordara muchos nombres que tenía en la punta de la lengua! No obstante, tenía que seguir...

De modo que Sandbach, Sylvia y él... y más gente... habían estado en Bamborough desde mediados de julio: Eton se había enfrentado a Harrow en Lord's, [66] todos esperaban las verdaderas fiestas de sociedad que llegarían a partir del día 12.

... Repitió para sí los nombres y las fechas por la satisfacción personal de saber que entre los daños sufridos por su cerebro quedaban esas dos cosas: Eton y Harrow, el final de la temporada londinense, el 12 de agosto se levanta la veda del urogallo... Era penoso...

Cuando el general Champion fue a reunirse con su hermana, Tietjens se quedó sólo dos días más. Todavía perduraba la frialdad entre ellos: era la primera vez que se veían fuera de los tribunales desde el accidente... Pues la señora Wannop, con lúgubre determinación, había demandado al general por la pérdida de su caballo. El animal había sobrevivido, pero ya sólo servía para tirar de una segadora en un campo de críquet.

... El caso es que la señora Wannop se había enfrentado sin dudarle con el general, en parte porque necesitaba el dinero y en parte porque necesitaba un motivo para romper con los Sandbach. El general había sido igual de obstinado y, sin duda, había cometido perjurio ante el tribunal: el mejor hombre del mundo, el más honorable y benévolo se convertiría en opresor de una viuda y una huérfana al ver cuestionada su habilidad como chófer o cómo se sacaba a la luz el hecho de que no había hecho sonar la bocina al llegar a una curva muy peligrosa. Tietjens había jurado que no lo había hecho y el general que sí. No había la menor duda, pues la bocina era un artilugio muy desagradable que hacía un ruido prolongado como el grito de un pavo aterrorizado... De modo que Tietjens no había vuelto a ver al general hasta finales de julio. Había sido una cuestión perfectamente respetable para que litigaran dos caballeros y muy oportuna, aunque al general le había costado cincuenta libras por el caballo y algo más por las costas. Lady Claudine se había negado a implicarse en el asunto: en privado era de la opinión de que el general no había tocado la bocina, pero el general era un hermano tan devoto como iracundo. Había seguido siendo íntima amiga de Sylvia, relativamente cordial con Tietjens, y había invitado a las Wannop a todas las fiestas a las que no asistía el general. También era muy amiga de la señora Duchemin.

Tietjens y el general se habían comportado con la cordialidad contenida de dos caballeros ingleses que unos años antes se habían acusado mutuamente de perjurio en un accidente de tráfico. El segundo día se produjo una violenta discusión entre ambos a propósito de si el general había hecho sonar o no la bocina. El general había

acabado gritando... gritando a voz en grito:

—¡Por Dios! Si alguna vez llego a tenerte bajo mi mando...

Tietjens recordaba que le había citado y dado el número de un sucinto párrafo de las ordenanzas reales relativo a los generales u oficiales de alto rango que redactasen informes confidenciales negativos de sus subordinados por motivos privados. El general había estallado en una serie de sonidos que se convirtieron en una carcajada.

—¡Menudo batiburrillo tienes en la memoria, Chrissie! ¿Qué te importarán a ti las ordenanzas reales? ¿Y cómo sabes que es el párrafo 66 o cualquier otro? Yo no lo sé. —Y añadió en tono más serio—: ¡Cómo te gusta meterte en líos! ¿Por qué demonios lo haces?

Esa tarde Tietjens se había ido a pasar una temporada en los páramos con su hijo, la enfermera, su hermana Effie y los niños. Fueron los últimos días de felicidad que conocería, y no había tenido tantos. Lo pasó muy bien. Jugó con su hijo, que, gracias a Dios, por fin empezaba a crecer sano y fuerte. Paseó por los páramos con su hermana Effie, una mujer grande y sencilla, casada con un pastor anglicano, que carecía totalmente de conversación, aunque a veces hablaron de su madre. Los páramos se parecían lo bastante a los de Groby para hacer que se sintieran felices. Vivían en una granja austera y triste, bebían enormes cantidades de suero de leche y comían grandes cantidades de Wensleydale. Era la vida dura y frugal que deseaba y su imaginación estaba en paz.

Lo estaba porque iba a haber una guerra. Lo había sabido, con total calma y certeza, desde el momento en que leyó el párrafo sobre el asesinato del archiduque Francisco Fernando. De haber sospechado que su país entraría en la guerra no habría estado tan tranquilo. Amaba a este país por la curva de las colinas, la silueta de los olmos y el modo en el que el brezo trepa por las laderas hasta el horizonte y se encuentra con el azul del cielo. Para este país, la guerra sólo podía ser sinónimo de una humillación que se extendería bajo el sol, como un paño mortuario casi invisible sobre los olmos, las colinas y el brezo como el vapor que se extendía desde... ¡oh, Middlesbrough! No estábamos preparados ni para la derrota ni para la victoria; no podíamos ser leales ni con amigos ni con enemigos. ¡Ni siquiera con nosotros mismos!

Pero no temía que la guerra nos afectara. Imaginaba a nuestro ministerio esperando el momento oportuno para apoderarse de un puerto francés en el canal o de unas cuantas colonias alemanas como precio por la neutralidad. Y se alegraba de que no estuviésemos implicados en el conflicto, pues su vía de escape —su segunda vía de escape— era la legión extranjera francesa. ¡Primero Sylvia y luego eso! Dos tremendos castigos para el alma y el cuerpo.

Admiraba a los franceses por su tremenda eficiencia, la frugalidad de sus vidas, la lógica de su inteligencia, sus admirables logros artísticos, su desprecio por el sistema

industrial y su devoción, ante todo, por el siglo XVIII. Sería un descanso trabajar, aunque fuese como esclavo, para gente que veía las cosas con claridad, fría y directamente, no de forma atravesada e hipócrita para velar taimadamente por la comodidad de los puercos y hacer la vista gorda con la lascivia... Prefería sentarse horas y horas en un barracón de cuartel sacándole brillo a su placa en preparación para una cruel marcha de muchas leguas bajo el sol de Argelia.

No se hacía ilusiones respecto a la legión extranjera. Nadie te trataba como a un héroe, sino como a un perro sarnoso; era consciente de todas las *asticoteries*,^[67] las crueldades, el peso del rifle, las celdas. Te daban seis meses de instrucción en el desierto y luego te mandaban al frente para ser masacrado sin remordimiento como basura extranjera. Sin embargo, la perspectiva le inspiraba una paz muy profunda: nunca había deseado tener una vida fácil y ya estaba harto... El chico estaba sano; Sylvia, gracias a las economías que habían hecho, era muy rica... y a esas alturas estaba convencido de que si él desapareciese sería una buena madre...

Obviamente, también podía ser que sobreviviese, pero tras ese tremendo esfuerzo físico quien sobreviviría no sería él, sino un hombre de huesos limpios y secos por la arena: una inteligencia despejada. Siempre había aspirado a la santidad: debía poder tocar la pez sin mancharse.^[68] Sabía que eso le señalaba como miembro de la rama sentimental de la humanidad. Era inevitable: estoico o epicúreo; califa en el harén o derviche secándose en la arena, tenía que ser una cosa o la otra. Y su ambición era ser un santo anglicano... como lo había sido su madre, ¡sin convento, ritual, votos o reliquias milagrosas! Ciertamente, la legión extranjera podía conferirte esa santidad... La ambición de cualquier caballero inglés desde el coronel Hutchinson^[69] en adelante. Un misticismo...

Al recordar la clara luz de aquellas ingenuidades, aunque su triste pesimismo no había modificado un ápice su ambición, Tietjens soltó un profundo suspiro y volvió a mirar el comedor por un instante para calcular cuánto tiempo le quedaba para pensar qué decirle a Port Scatho... Port Scatho había acercado su silla a donde estaba Sylvia y se había inclinado hasta casi rozarla para contarle las penas de su hermana que se había casado con un loco. Tietjens cedió un momento más al lujo de la autocompasión. Pensó que era obtuso, torpe, que estaba arruinado y era el objeto de tantas calumnias que casi creía en su propia infamia, pues es imposible enfrentarse siempre al rechazo de los tuyos y salir indemne. Si uno pasa demasiado tiempo encogiéndose de hombros ante una tormenta acaba quedándose encorvado...

Su imaginación se interrumpió por un momento y sus ojos miraron vidriosos la carta de Sylvia, que estaba abierta sobre el mantel. Sus pensamientos se centraron sobre las palabras: «Los últimos nueve meses una mujer...».

Se preguntó rápidamente qué le había dicho ya a Port Scatho: sólo que sabía lo de la carta de su mujer, ¡no cuándo lo había sabido! ¡Y que lo aprobaba! ¡Bueno, en

principio! Se sentó. ¡Pensar que uno podía llegar a pensar tan despacio!

Recorrió rápidamente lo que había sucedido en el tren de Escocia y antes...

Macmaster se había presentado una mañana en la granja a la hora del desayuno, muy agitado, con aspecto diminuto, un gorro de tela y un traje nuevo de tweed gris. Le había pedido cincuenta libras para pagar la cuenta en algún lugar junto a la línea de ferrocarril al norte de... de... Berwick acudió de pronto a la memoria de Tietjens...

Aquella era la localización geográfica. Sylvia estaba en Bamborough en la costa (enlace con Wooler); él, al noroeste, en los páramos. Macmaster al noreste, más allá de la frontera, en algún discreto y hermoso lugar donde uno no se encontraba con nadie. Tanto Macmaster como la señora Duchemin conocerían la región y charlarían sobre sus malditas asociaciones literarias... ¡El «Shirra»! [70] ¡Maida! [71] Pet Marjorie... [72] ¡Puaj! Macmaster, sin duda, se ganaría unos peniques escribiendo artículos sobre eso y la señora Duchemin le cogería de la mano...

Se había convertido en la amante de Macmaster, según sabía Tietjens, después de una terrible escena de la rectoría, en la que Duchemin había golpeado a su mujer como un perro salvaje mientras Macmaster estaba en la casa... Era lógico: una especie de reacción sádica. Pero Tietjens habría preferido que no hubiese sucedido. Luego, por lo visto, habían pasado juntos una semana... o más. Para entonces Duchemin estaba en el manicomio...

Por lo que pudo entender Tietjens, se habían levantado de la cama una mañana temprano para coger un bote y contemplar el amanecer desde no sé qué lago y habían pasado un día muy agradable citando «Ya que cuando estamos juntos solo nuestras manos pueden encontrarse» y otros poemas de Gabriel Charles Dante Rossetti, sin duda para justificar su pecado. Al volver a casa su bote había chocado con la mesita del té de los Port Scatho y con el señor Brownlie, su sobrino, que en ese momento bajaba de un coche para reunirse con ellos. El grupo de Port Scatho iba a pasar la noche en el hotel de Macmaster que estaba detrás del lago. Fue una de esas cosas casi inevitables en unas islas que sólo distan unos metros unas de otras.

Al parecer los Macmaster perdieron terriblemente la cabeza, y eso que lady Port Scatho fue todo lo maternal que pudo con la señora Duchemin; tan maternal, de hecho, que, de no haber estado tan alterados, habrían visto que los Port Scatho eran más encubridores que espías. No obstante, quien les disgustó fue Brownlie: no fue muy educado con Macmaster, de quien sabía que era amigo de Tietjens. Había ido a toda prisa al norte en su coche desde Londres para consultarle a su tío, que volvía a toda prisa al sur desde el oeste de Escocia, sobre la política que debía seguir el banco en ese momento de crisis...

Macmaster, en cualquier caso, no pasó la noche en el hotel, sino que se fue a Jedburgh o a Melrose o algún lugar parecido, y volvió casi antes del alba para tener

una entrevista hacia las cinco de la mañana con la señora Duchemin, quien alrededor de las tres había llegado a la conclusión más desastrosa sobre su situación. Habían perdido los nervios por primera vez desde que empezó su relación y lo habían hecho del peor modo posible, de hecho, las cosas que la señora Duchemin le dijo a Macmaster parecían superar todo lo creíble...

De modo que Macmaster estaba casi fuera de sí cuando se presentó ante la mesa del desayuno de Tietjens. Le pidió a Tietjens que cogiese su coche, fuese allí, pagase el hotel y llevara de vuelta a la ciudad a la señora Duchemin que, ciertamente, no estaba en condiciones de viajar sola. También le pidió que lo reconciliara con la señora Duchemin y que le prestara cincuenta libras en metálico, pues era imposible cambiar un cheque en ninguna parte. Tietjens consiguió el dinero de su vieja niñera, quien desconfiaba de los bancos y llevaba siempre grandes sumas en billetes de cinco libras en un bolsillo debajo de las enaguas.

Macmaster se había metido el dinero en el bolsillo y había dicho:

—Con esto te debo exactamente dos mil guineas, estoy arreglándolo todo para poder pagarte la semana que viene...

Tietjens recordaba que le había respondido con mucha rigidez:

—Por el amor de Dios, no lo hagas. Te lo ruego. Ponle un administrador a Duchemin alegando demencia y deja en paz su dinero. Te lo ruego de verdad. No sabes dónde os estaréis metiendo si no lo haces. No me debes nada y siempre podrás pedirme dinero.

Tietjens no llegó a saber lo que la señora Duchemin había hecho con la hacienda de su marido sobre la que tenía poderes notariales, pero había tenido la impresión de que, desde entonces, Macmaster había sentido cierta frialdad por él y de que la señora Duchemin lo odiaba. Desde hacía varios años, Macmaster le había estado pidiendo cientos de libras prestadas a Tietjens. La aventura con la señora Duchemin le había costado mucho dinero a su amante: había pasado muchos fines de semana en Rye en aquel hotel tan caro. Además, las famosas fiestas de los viernes para genios llevaban celebrándose ya varios años y para eso habían hecho falta nuevos muebles, encuadernaciones, alfombras y préstamos a los genios..., al menos antes de que a Macmaster le concedieran la gestión del Real Fondo. Así que la suma había aumentado hasta dos mil libras y luego a dos mil guineas. Y, desde ese momento, los Macmaster no habían vuelto a hablar de devolvérselo.

Macmaster le había dicho que no se atrevía a viajar con la señora Duchemin porque todo Londres viajaría hacia el sur en ese tren. Y así había sido. La gente subía en todas las estaciones concebibles e inconcebibles en aquel trayecto —era la gran estampida del 3 de agosto de 1914—. Tietjens subió en Berwick, donde estaban añadiendo vagones adicionales, y dándole un billete de cinco libras al revisor, que no había podido garantizarle ninguna intimidad, consiguió un compartimento cerrado.

No había estado cerrado el tiempo suficiente para que la señora Duchemin se desahogase, pero al parecer había ocasionado un malentendido. El grupo de los Sandbach subió, sin duda en Wooler, y el de Port Scatho en alguna otra parte. Se habían quedado sin gasolina y nadie vendía nada, ni siquiera a los banqueros. Macmaster, que, después de todo, viajó en el mismo tren, escondido debajo de dos chaquetones marineros, había recogido a la señora Duchemin en King's Cross y eso fue todo.

Tietjens, de vuelta en su comedor, sintió alivio y también rabia. Dijo:

—Port Scatho. El tiempo se acaba. Me gustaría arreglar lo de la carta, si no le importa.

Port Scatho se sobresaltó como si saliera de un sueño. Como le sucedía siempre, había encontrado muy placentero el proceso de convertir a la señora Tietjens a la ley de reforma del divorcio. Respondió:

—¡Sí! ¡Ah, sí!

Tietjens dijo muy despacio:

—Si tiene la bondad de prestar atención... Macmaster lleva exactamente nueve meses casado con la señora Duchemin... ¿Lo comprende? La señora Tietjens no lo ha sabido hasta esta tarde. El período del que se queja la señora Tietjens en su carta es de nueve meses. Hizo muy bien al escribir la carta. Por eso lo apruebo. De haber sabido que los Macmaster estaban casados no lo hubiese hecho. Yo no sabía que iba a escribirla. De haberlo sabido le habría pedido que no lo hiciera. Y en tal caso, sin duda, no la habría escrito. Supe de la existencia de la carta justo antes de entrar usted. Me enteré hace sólo diez minutos, durante el almuerzo. Desde luego tendría que haberlo sabido antes, pero es la primera vez que como en mi casa desde hace cuatro meses. Hoy me han concedido un día de permiso porque mañana parto al frente. He estado destinado en Ealing. Hasta ahora no había tenido oportunidad de hablar seriamente con la señora Tietjens... ¿Lo comprende? —Port Scatho corrió hacia Tietjens con la mano extendida y el aire arrobado de un novio. Tietjens desplazó un poco su mano a la derecha y evitó así la mano rosada y carnosa de Port Scatho. Luego prosiguió fríamente—: Por otro lado, será mejor que sepa usted lo siguiente: el difunto señor Duchemin era un demente escatológico y homicida. Sufría ataques recurrentes, por lo general los sábados por la mañana, debido a que practicaba el ayuno (no una simple abstinencia) los viernes. Además bebía. Había adquirido la costumbre de beber durante el ayuno a base de apurar el vino sacramental tras la comunión. Es un hecho conocido. En los últimos tiempos, hizo gala de una gran violencia física contra la señora Duchemin, quien, por otro lado, lo trató siempre con la mayor consideración y cuidado: podría haber hecho que lo incapacitaran mucho antes, pero al pensar en el dolor que le produciría el confinamiento durante los períodos de lucidez se abstuvo de hacerlo. He sido testigo de las más atroces muestras

de heroísmo por su parte. En cuanto al comportamiento de Macmaster y la señora Duchemin, estoy dispuesto a declarar (y creo que la sociedad así lo acepta) que ha sido de lo más... ¡discreto y adecuado! No han tratado de ocultar su afecto mutuo. Estoy convencido de que su determinación de comportarse con decencia durante el período de espera es irreproachable...

Lord Port Scatho dijo:

—¡No!, ¡no! Nunca... ¡De lo más... como usted dice... discreto y, sí... adecuado!

—La señora Duchemin —continuó Tietjens— ha presidido los viernes literarios de Macmaster desde hace mucho tiempo; por supuesto, desde mucho antes de que contrajeran matrimonio. Pero, como sabe, los viernes de Macmaster han sido totalmente abiertos..., casi podría decirse que alabados...

Lord Port Scatho respondió:

—¡Sí, sí!, desde luego... Ojalá pudiese conseguir una invitación para lady Port Scatho...

—No tiene más que pasarse por allí —dijo Tietjens—. Se lo diré y ellos estarán encantados... ¡Tal vez quiera usted ir esta noche! Dan una fiesta especial... A la señora Macmaster la ha acompañado siempre una joven que la llevaba a coger el último tren a Rye. Yo mismo la he acompañado muchas veces, pues Macmaster estaba ocupado con el artículo semanal que escribe para un periódico los viernes por la noche... Se casaron al día siguiente del funeral del señor Duchemin...

—¡No les culpo por ello! —proclamó lord Port Scatho.

—Tampoco yo pretendo hacerlo —dijo Tietjens—. Las terribles torturas que había sufrido la señora Duchemin justificaban, y de hecho requerían, que encontrase amparo y protección lo antes posible. Han retrasado el anuncio de su unión, tanto por respeto al luto, como porque la señora Duchemin considera que, con todo el sufrimiento que se está viviendo ahora en el extranjero, todo festejo de boda y signo de alegría por parte de los no combatientes estaría fuera de lugar. No obstante, la pequeña fiesta de esta noche en cierto modo es para anunciar su matrimonio... —Se detuvo para reflexionar un momento.

—¡Lo comprendo perfectamente! —exclamó lord Port Scatho—. Lo apruebo totalmente. Créame, lady Port Scatho y yo haremos todo lo posible..., ¡todo...!, son unas personas admirables... Tietjens, querido amigo, su comportamiento... es de lo más generoso...

Tietjens dijo:

—Espere un minuto... Hubo una ocasión en agosto de 1914. En algún lugar de la frontera. No recuerdo el nombre...

Lord Port Scatho estalló:

—Mi querido amigo... le ruego... le suplico que no...

Tietjens prosiguió:

—Justo antes de eso el señor Duchemin había atacado a su mujer con una violencia inaudita. Fue eso lo que motivó su internamiento. No sólo quedó temporalmente desfigurada, sino que sufrió graves heridas internas y, por supuesto, un gran trastorno anímico. Era completamente necesario que cambiase de aires... Pero supongo que admitirá usted que, también en ese caso, su comportamiento fue... discreto y adecuado...

Port Scatho dijo:

—Lo sé, lo sé... Lady Port Scatho y yo estuvimos de acuerdo, incluso sin saber lo que acaba usted de contarme, en que los dos habían exagerado un poco... ¿Sabrá, por supuesto, que él durmió en Jedburgh?

Tietjens respondió:

—¡Sí! Exageraron un poco..., me pidieron que llevase a la señora Duchemin a su casa... Por lo visto, eso provocó malentendidos...

Port Scatho —lleno de entusiasmo al pensar que al menos dos desdichadas víctimas de las odiosas leyes de divorcio habían logrado, mediante la decencia y la discreción, encontrar un remanso de paz para sus deseos— estalló:

—Por Dios, Tietjens, si alguna vez oigo a alguien decir una sola palabra contra usted... Su espléndida defensa de su amigo... Su... su inquebrantable devoción...

Tietjens dijo:

—Espere un instante, Port Scatho, ¿quiere? —Estaba desabotonándose la tapa del bolsillo del pecho.

—Un hombre capaz de actuar con tanta generosidad en un momento... —estaba diciendo Port Scatho—. Y ahora que va a partir usted a Francia... Si alguien..., quienquiera que sea, osa...

Al ver la libreta de borde verde y esquinas de vitela que Tietjens tenía en la mano Sylvia se levantó de pronto, y, cuando Tietjens sacó de un bolsillo interior un cheque manoseado, cruzó la alfombra en tres zancadas para aproximarse a donde él estaba.

—¡Oh, Chrissie...! —gritó—. No habrá... Ese animal no habrá...

Tietjens respondió:

—Lo ha hecho... —Le entregó el cheque manchado al banquero. Port Scatho lo miró con obtusa perplejidad.

—«Sin fondos» —leyó—. Es la letra de Brownie..., mi sobrino... Al club... Es...

—¿No vas a aceptarlo sin rechistar? —pregunto Sylvia—. ¡Oh, gracias a Dios, esta vez no vas a aceptarlo sin quejarte!

—¡No! No voy a aceptarlo sin rechistar —dijo Tietjens—. ¿Por qué iba a hacerlo? —El rostro del banquero adoptó una expresión de franca suspicacia.

—Al parecer —dijo— se ha quedado usted en descubierto. No debería dejar las

cuentas en descubierto. ¿De qué suma estamos hablando?

Tietjens le entregó su libreta bancaria a Port Scatho.

—No comprendo tu forma de actuar —le dijo Sylvia a Tietjens—. Normalmente aceptas estas cosas sin protestar, y esta vez no lo haces.

Tietjens dijo:

—En realidad carecería de importancia, si no fuese por el niño.

Sylvia añadió:

—Te garanticé un descubierto por valor de hasta mil libras el jueves pasado. Es imposible que no haya fondos.

—No estoy en descubierto —respondió Tietjens—. Lo estuve ayer por unas quince libras. No lo sabía.

Port Scatho estaba pasando las páginas de la libreta con el rostro totalmente inexpresivo.

—Sencillamente no lo comprendo —dijo—. Parece usted tener crédito... Parece haberlo tenido siempre salvo por una pequeña cantidad de vez en cuando. Por uno o dos días...

—Estuve en descubierto —dijo Tietjens— por quince libras ayer. Diría que durante tres o cuatro horas, lo que tardasen los de pagaduría en llegar a su oficina central. En esas dos o tres horas su banco eligió dos de seis de mis cheques para deshonorarme..., ambos por valor de menos de dos libras. El otro lo enviaron a la sala de oficiales en Ealing, donde, por supuesto, se niegan a devolvérmelo. También está marcado «sin fondos» y con la misma letra.

—Pero, Dios mío —dijo el banquero—. Esto supone su ruina.

—Desde luego —respondió Tietjens—. Con esa intención se hizo.

—Pero —dijo el banquero, una expresión de alivio acudió a su rostro que había empezado a parecer el de un hombre hundido...—. Debe de tener usted otras cuentas en el banco..., tal vez alguna de alto riesgo en la que esté en descubierto... No me ocupo personalmente de las cuentas de los clientes, salvo de los muy importantes que afectan a la política del banco.

—Debería hacerlo —replicó Tietjens—. Debería usted ocuparse de las cuentas más pequeñas, teniendo en cuenta que es usted un caballero y que gana una fortuna con ellas. No tengo ninguna otra cuenta con ustedes. No he especulado en toda mi vida. He perdido mucho en valores rusos..., al menos fue mucho para mí. Pero, sin duda, a usted le habrá ocurrido lo mismo.

—¡Tal vez... las apuestas! —dijo Port Scatho.

—Jamás, en toda mi vida, he apostado un penique en las carreras —dijo Tietjens—. Entiendo demasiado de caballos.

Port Scatho miró a la cara primero a Sylvia y luego a Tietjens. Sylvia, al menos, era una antigua amiga. Ella le explicó:

—Christopher nunca apuesta ni especula. Sus gastos personales son más reducidos que los de ningún otro hombre de la ciudad. Podría decirse que no los tiene.

De nuevo una sombra de sospecha cruzó el franco rostro de Port Scatho.

—¡Oh! —dijo Sylvia—, no creerá que Christopher y yo nos hemos confabulado para chantajearle.

—No, no lo creo —dijo el banquero—. Pero la otra explicación es igual de extraordinaria... Sospechar que el banco..., el banco... ¿Cómo lo explica usted...? —Se dirigía a Tietjens; su cabeza redonda, parecía haberse vuelto cuadrada, baja, la emoción le hacía apretar las mandíbulas.

—Sólo le diré una cosa —dijo Tietjens—. Luego puede solucionar el asunto como le parezca más conveniente. Hace diez días recibí orden de partir al frente. En cuanto le cedí mi puesto al oficial que tenía que relevarme, extendí cheques para pagar todo lo que debía (a mi sastre militar y a la sala de oficiales) por valor de una libra y doce chelines. También tenía que comprar una brújula y un revólver, pues los ordenanzas de la Cruz Roja se quedaron con el mío cuando estuve en el hospital...

Port Scatho dijo:

—¡Dios mío!

—¿No sabía que se quedaban con efectos personales? —preguntó Tietjens. Prosiguió—: El total, de hecho, suponía un descubierto de quince libras, pero no caí en la cuenta porque los de pagaduría deberían haberles ingresado a ustedes mi paga del ejército el día 1. Como comprobará, no me han pagado hasta hoy, día 13, por la mañana. Pero, como verá por la libreta, siempre me han pagado alrededor del día 13, no del 1. Hace dos días, almorcé en el club y extendí un cheque por una libra, catorce chelines y seis peniques: una libra diez para gastos personales y las cuatro libras y seis chelines restantes para pagar la comida...

—En cualquier caso estaba usted en descubierto —dijo secamente el banquero.

Tietjens respondió:

—Ayer, durante dos horas.

—Pero entonces —preguntó Port Scatho—, ¿qué quiere usted que hagamos? Haremos cuanto esté en nuestra mano.

Tietjens dijo:

—No lo sé. Haga lo que le parezca. Lo mejor será que les dé alguna explicación a las autoridades militares. Si me forman un consejo de guerra usted saldrá más perjudicado que yo. Se lo aseguro. Hay una explicación.

Port Scatho se puso a temblar de pronto.

—¿Qué... qué... qué explicación? —dijo—. Usted... maldita sea... usted sacó el dinero... ¿Se atreve a decir que mi banco... —Se interrumpió, se pasó una mano por la cara y dijo—: Pero, no obstante..., es usted un hombre juicioso y sensato... He

oído contar cosas sobre usted, pero nunca les he dado crédito... Su padre siempre hablaba maravillas. Recuerdo haberle oído decir que si alguna vez necesitaba usted dinero podíamos sacar dinero de su cuenta hasta tres o cuatrocientas... Por eso mismo me resulta tan incomprensible. Es... es... —Cada vez estaba más agitado—. Parece golpear el corazón de...

Tietjens dijo:

—Escuche, Port Scatho... Siempre le he respetado. Arréglole como mejor le parezca. Deshaga el entuerto por ambas partes de un modo que no sea humillante para el banco. Ya he presentado mi dimisión en el club...

Sylvia exclamó:

—¡Oh, no, Christopher..., en el club!

Port Scatho respondió desde el otro lado de la mesa:

—¡Pero si le asiste toda la razón! —dijo—. No puede... dimitir del club... Estoy en el comité... Se lo explicaré con todo detalle del modo más generoso...

—No podría explicarlo —dijo Tietjens—. Jamás podrá adelantarse a los rumores... En este momento ya es la comidilla de medio Londres. Ya sabe cómo son esos tipos desdentados del comité... ¡Anderson!, ffolliot... Y Ruggles, el amigo de mi hermano...

Port Scatho replicó:

—Ruggles, el amigo de su hermano... Pero mire... Tiene un cargo en el Tribunal Superior de Justicia, ¿no? Pero mire... —Su imaginación se bloqueó. Dijo—: No está bien quedarse en descubierto... Pero, si su padre dijo que podíamos sacar dinero de su cuenta, la cosa me preocupa mucho... Es usted un hombre de primera. Basta con ver su libreta bancaria... Sólo hay cheques por cantidades razonables extendidos siempre a comerciantes de primera categoría. Es de las libretas que me gustaba ver cuando empecé a trabajar en el banco... —Ante aquella temprana reminiscencia, le atenazaron los sentimientos y su imaginación volvió a bloquearse.

Sylvia volvió a la habitación, no habían reparado en que se hubiese ido. Llevaba a su vez una carta en la mano.

Tietjens dijo:

—Mire, Port Scatho, no se ponga así. Deme su palabra de que hará lo que esté en su mano cuando confirme que los hechos son tal como se los he contado. No le habría molestado, no es mi estilo hacerlo, de no haber sido por la señora Tietjens. Un hombre puede acallar una cosa así o morir en el intento. Pero no hay razón por la que la señora Tietjens tenga que vivir atada a un lastre semejante, mientras yo trato de acallarlo o muero en el intento.

—Pero eso no es justo —dijo Port Scatho—, no debe plantear las cosas de ese modo. No puede tragarse... Estoy sencillamente perplejo...

—No tiene usted derecho a estarlo —dijo Sylvia—. Lo único que le preocupa es

encontrar un modo de salvar la reputación del banco. Sabemos que el banco para usted es como un hijo. Debería cuidarlo mejor.

Port Scatho, que se había apartado ya dos pasos de la mesa, retrocedió otros dos pasos más. Sylvia tenía las ventanas de la nariz dilatadas.

Le dijo:

—Tietjens no dimitirá de su maldito club. ¡Ni lo sueñe! Su comité le pedirá formalmente que retire su dimisión. ¿Comprende? Y él la retirará. Luego dimitirá definitivamente. Es demasiado bueno para mezclarse con gente como ustedes... —Hizo una pausa con el pecho muy agitado—. ¿Ha entendido lo que tiene que hacer? —preguntó.

La horrible sombra de una idea cruzó la imaginación de Tietjens: no permitió que llegara a formularse en palabras.

—No sé... —dijo el banquero—. No sé si podré hacer que el comité...

—Tiene usted que hacerlo —respondió Sylvia—. Y le diré por qué... Christopher nunca estuvo en descubierto. El jueves pasado les di instrucciones a sus empleados de que ingresaran mil libras en la cuenta de mi marido. Repetí mis instrucciones por carta y conservo una copia confirmada por mi doncella. Además, envié la carta por correo certificado y tengo el resguardo... Puede usted verlos.

Port Scatho musitó mientras leía la carta:

—Está dirigida a Brownie... Sí, es un resguardo de una carta para Brownie... —Examinó el papelito verde por ambos lados y dijo—: Jueves... Hoy es lunes... son instrucciones de vender unas acciones de la North-Western por valor de mil libras y de ingresarlas en la cuenta de... Entonces...

Sylvia dijo:

—Ya basta... Ya no puede usted ganar más tiempo. Le aseguro que no es la primera vez que su sobrino se ve implicado en un asunto así... El jueves pasado, durante el almuerzo, su sobrino me contó que los abogados del hermano de Christopher habían retirado todas las garantías de descubierto sobre las fincas de Groby. Estaban presentes varios miembros de la familia. Su sobrino me dijo que tenía intención de coger a Christopher desprevenido, ésas fueron sus palabras, y rechazar el siguiente cheque que recibiera. Me dijo que llevaba esperando la ocasión desde que empezó la guerra y que la retirada de las garantías por parte del hermano se la había proporcionado. Le rogué que no...

—Pero, Dios mío —dijo el banquero—, esto es inaudito...

—No lo es —dijo Sylvia—. Christopher ha tenido que defender a cinco miserables subalternos suyos en consejos de guerra por casos similares. Uno era una reproducción exacta de este...

—Pero, Dios mío —volvió a exclamar el banquero—, hombres que sacrifican su vida por su país... ¿Quiere decir que Brownlie hizo esto para vengarse de Tietjens

por haber ejercido la defensa en los consejos de guerra...? Y... ¿que sus mil libras no figuran en la libreta bancaria de su marido...?

—Por supuesto que no figuran —respondió Sylvia—. Nunca llegaron a ingresarlas. El viernes recibí una carta formal de sus empleados avisándome de que era probable que las acciones de la North-Western subiesen y en la que me pedían que reconsiderase mi decisión. El mismo día envié un telegrama indicándoles explícitamente que hicieran lo que les había dicho... Desde entonces su sobrino no ha dejado de telefonearme rogándome que no salvara a mi marido. Es lo que estaba haciendo ahora mismo, cuando salí de la habitación. También lleva tiempo suplicándome que me fugue con él.

Tietjens dijo:

—¿No te parece suficiente, Sylvia? Esto es una tortura.

—Déjalos que sufran —dijo Sylvia—. Ya estoy harta.

Port Scatho se había tapado la cara con las manos sonrosadas. Exclamó:

—¡Oh, Dios mío! Brownie otra vez...

Mark, el hermano de Tietjens estaba en la habitación. Era más pequeño, duro y atezado que Tietjens y sus ojos azules eran un poco más saltones. Llevaba un sombrero hongo en una mano y un paraguas en la otra, vestía un traje jaspeado y tenía unos prismáticos alrededor del cuello. Le disgustaba Port Scatho, que a su vez lo odiaba. Hacía poco que lo habían nombrado caballero. Dijo:

—Hola, Port Scatho. —Se abstuvo de saludar a su cuñada. Se quedó inmóvil y paseó la mirada por la habitación hasta fijarse en un escritorio en miniatura que había sobre una mesa, en un hueco rodeado de estantes de libros—. Veo que todavía tienes ese mueble —le dijo a Tietjens.

Tietjens dijo:

—No. Se lo he vendido a sir John Robertson. Está esperando para llevárselo cuando tenga sitio en su colección.

Port Scatho anduvo, con paso más bien vacilante, alrededor de la mesa del almuerzo y se detuvo ante una de las grandes ventanas. Sylvia se sentó en su silla junto a la chimenea. Los dos hermanos se miraron, Christopher parecía un saco de trigo y Mark una figura de madera tallada. A excepción del espejo, que reflejaba una luz azulada, sólo les rodeaba el dorado de los lomos de los libros. Centralita estaba quitando la mesa.

—He oído que mañana vuelves a marcharte —dijo Mark—. Quiero arreglar unas cosas contigo.

—Parto a las nueve de Waterloo —respondió Christopher—. No tengo mucho tiempo. Puedes acompañarme al Ministerio de la Guerra, si quieres.

Los ojos de Mark siguieron el blanco y el negro de la criada alrededor de la mesa. Salió con la bandeja. Christopher se acordó de pronto de Valentine Wannop quitando

la mesa en casa de su madre. Centralita no era más rápida que ella. Mark dijo:

—¡Port Scatho! Ya que está aquí, más vale aclarar ese punto. He cancelado la garantía de mi padre contra los descubiertos de mi hermano.

Port Scatho dijo, mirando a la ventana, aunque en voz alta:

—Para nuestra desgracia, ya lo sabemos.

—No obstante —prosiguió Mark Tietjens—, quiero que le ingrese mil libras al año a mi hermano de mi cuenta si lo necesita. No más de mil libras en un solo año.

Port Scatho dijo:

—Pues escriba una carta al banco. No me ocupo de las cuentas de los clientes durante las ocasiones sociales.

—No veo por qué —respondió Mark Tietjens—. Así se gana usted el pan, ¿no?

Tietjens dijo:

—Puedes ahorrarte todo esto, Mark. En cualquier caso, voy a cancelar mi cuenta.

Port Scatho giró sobre sus talones.

—Le ruego que no lo haga —exclamó—. Le ruego que nos permita... seguir teniendo el honor de ofrecerle nuestros servicios. —Tenía el vicio de apretar convulsivamente las mandíbulas; su cabeza recortada contra la luz era como el extremo redondeado de un poste. Le dijo a Mark Tietjens—: Puede decirle a su amigo, el señor Ruggles, que su hermano cuenta con mi autorización para sacar dinero de mi cuenta personal..., de mi cuenta personal y privada, la cantidad que necesite. Lo digo para demostrarle el aprecio que siento por su hermano; porque sé que no incurriré en ninguna deuda que no pueda pagar.

Mark Tietjens se quedó inmóvil, ligeramente apoyado contra el mango del paraguas por un lado y mostrando por el otro el forro de seda blanca del sombrero hongo, que era el objeto más claro de la sala.

—Eso es asunto suyo —le dijo a Port Scatho—. Lo único que a mí me interesa es que ingrese usted mil libras anuales en la cuenta de mi hermano hasta nuevo aviso.

Christopher Tietjens le habló a Port Scatho, con lo que sabía que era un tono sentimental. Estaba muy conmovido: le daba la impresión de que, con la aparición espontánea de varios nombres en su memoria, y con aquellas muestras de aprecio por parte del banquero, su suerte estaba cambiando y de que aquél podría ser, ciertamente, un día decisivo:

—Por supuesto, Port Scatho, no cerraré la dichosa cuenta, si usted no quiere. Me halaga que quiera conservarla. —Se interrumpió y añadió—: Sólo quería evitar estas... complicaciones familiares. No obstante, supongo que podrá impedir usted que ingresen el dinero de mi hermano en mi cuenta. No quiero su dinero.

Le dijo a Sylvia:

—Será mejor que arregles el otro asunto con Port Scatho.

Luego volvió a dirigirse a él:

—Le estoy muy agradecido, Port Scatho... Lleve usted a lady Port Scatho a casa de Macmaster esta noche aunque sólo sea un minuto; antes de las once...

Y por fin a su hermano:

—Vamos, Mark. Tengo que ir al Ministerio de la Guerra. Podemos hablar por el camino.

Sylvia dijo casi con timidez, y de nuevo una idea siniestra cruzó la imaginación de Tietjens:

—¿Volveremos a vernos...? Sé que estás muy ocupado...

Tietjens respondió:

—Sí pasaré a recogerte desde casa de lady Job, si no me entretienen mucho en el ministerio. Como sabes, voy a cenar en casa de Macmaster; no creo que me quede hasta muy tarde.

—Iría —dijo Sylvia— a casa de Macmaster si a ti te pareciese apropiado. Llevaría a Claudine Sandbach y al general Wade. Iremos a ver a esos bailarines rusos. Terminaremos pronto.

Tietjens pudo decidir la respuesta muy rápido.

—Sí, hazlo —dijo apresuradamente—. Te lo agradeceré.

Al llegar a la puerta se volvió, su hermano ya casi había salido. Le dijo a Sylvia, y para él la ocasión fue muy alegre:

—He recordado algunos versos de esa poesía. Dicen así:

En algún u otro lugar debe de estar sin duda
el rostro no visto, la voz nunca oída...

—Probablemente sea “la voz nunca jamás oída” para respetar la métrica... No sé el nombre del escritor. Pero espero recordarlo a lo largo del día.

Sylvia se había quedado totalmente pálida.

—¡No! —dijo—. ¡Oh... no! —y añadió fríamente—: No te molestes. —Y se secó los labios con el pañuelito mientras se iba Tietjens.

Había oído el poema en un concierto benéfico y había llorado al oírlo. Después lo había leído en el programa y había estado a punto de echarse a llorar otra vez. Pero luego había extraviado el programa y no había vuelto a tropezarse con los versos. No obstante, su eco la rondaba como algo terrible y tentador, como un cuchillo con el que se apuñalaría algún día.

III

Los dos hermanos anduvieron veinte pasos desde la puerta a lo largo de las aceras vacías de Gray's Inn sin decir nada. Los dos parecían totalmente inexpresivos. A Christopher aquello le recordaba a Yorkshire. Le pareció ver a Mark sobre el césped de Groby, con su sombrero hongo y su paraguas, mientras los cazadores cruzaban el césped y subían colina arriba hasta el campo de tiro. Mark probablemente nunca hubiese hecho eso, pero así lo imaginó su hermano. Mark había visto que uno de los pliegues de su paraguas estaba mal colocado. Estaba planteándose seriamente si desplegarlo y volverlo a plegar él mismo —¡lo que suponía una auténtica molestia!— o si dejarlo hasta llegar al club, donde le diría al portero que lo hiciera por él en el acto. Pero eso significaba que tendría que andar dos kilómetros a través de Londres con un paraguas mal plegado, lo que le resultaba muy desagradable.

Dijo:

—Si estuviera en tu lugar no dejaría que ese banquero fuese por ahí dándome cartas de recomendación.

Christopher respondió:

—¡Ah!

Pensó que, incluso con sólo una tercera parte de su cerebro activa, Mark seguía sin ser rival para él, pero estaba cansado de discusiones. Supuso que Ruggles, el amigo de su hermano, le habría hecho alguna observación desagradable sobre la amistad que le profesaba Port Scatho. Pero no sintió curiosidad. Mark tuvo una vaga sensación de incomodidad. Dijo:

—¿Rechazaron un cheque tuyo en el club esta mañana?

Christopher respondió:

—Sí.

Mark esperó a que le diese una explicación. Christopher se alegró de la velocidad con la que había viajado la noticia: eso confirmaba lo que le había dicho a Port Scatho. Veía su caso desde fuera. Era como contemplar el funcionamiento de un modelo mecánico bien engrasado.

Mark parecía más preocupado. Acostumbrado como estaba desde hacía treinta años al vociferante sur, había olvidado que existiera gente taciturna. Cuando en el ministerio acusaba lacónicamente de negligencia a un empleado de transporte, o cuando reprochaba —con no menos laconismo— a su amante francesa que le hubiera echado demasiadas especias a la chuleta de cordero de la cena, o demasiada sal al agua en la que hervía las patatas, estaba acostumbrado a oír largas y enérgicas excusas o negaciones. Así que había llegado a considerarse casi la única persona lacónica del mundo. De pronto, recordó con fastidio —aunque también con satisfacción— que su hermano era su hermano.

No sabía nada de Christopher. Siempre le había parecido ver a su hermano pequeño desde la distancia, un niño malcriado. No era un verdadero Tietjens: había nacido muy tarde y había estado más ligado a su madre que a su padre. La madre era una mujer admirable, pero natural del condado de South Riding y por tanto blanda y generosa. Los otros hijos Tietjens, siempre que habían fracasado en algo, habían culpado a su padre por no casarse con una mujer de su condado. De modo que no sabía nada de aquel muchacho. Decían que era brillante: una cualidad muy poco típica de los Tietjens. ¡Dado a la conversación...! En fin, él no era hablador. Mark dijo:

—¿Qué has hecho con el dinero que te dejó nuestra madre? Veinte mil, ¿no?

Estaban recorriendo un pasadizo entre casas georgianas. En el siguiente patio Tietjens se paró a mirar a su hermano. Mark se detuvo para que lo mirase. Christopher se dijo: «¡Este hombre tiene derecho a hacerme estas preguntas!».

Fue como si hubiese ocurrido un extraño fallo en una película. Aquel tipo se había convertido en el jefe de la familia: él, Christopher, en el heredero. En ese momento, su padre, que llevaba ya cuatro meses en la tumba, murió por primera vez.

Christopher recordó un extraño incidente. Una vez concluido el funeral, después de volver del cementerio y comer alguna cosa, Mark —a Tietjens le parecía estar viendo su gesto inexpresivo— había sacado la caja de cigarros y, después de elegir uno para él, había pasado el resto por la mesa. Fue como si a todos se les hubiera parado el corazón. Hasta ese día, nadie había fumado en Groby: a su padre siempre le habían llenado las doce pipas y se las habían dejado entre los rosales en el camino de entrada...

Lo consideraron sólo un incidente desagradable, un ejemplo de mal gusto... Christopher, recién regresado de Francia, tenía la memoria tan en blanco que ni siquiera se lo había parecido, tan sólo el pastor le había susurrado: «Hasta hoy nadie había fumado en Groby».

¡En cambio ahora le parecía un símbolo totalmente legítimo! Les gustase o no, ahí estaban el cabeza de casa y el heredero. El cabeza de casa tenía que hacer sus disposiciones, el heredero podía estar de acuerdo o no con ellas, pero el hermano mayor tenía derecho a que respondiera a sus preguntas.

Christopher dijo:

—La mitad se lo cedí directamente a mi hijo. Perdí siete mil en valores rusos. El resto me lo gasté...

Mark replicó:

—¡Ah!

Acababan de pasar por debajo del arco que lleva a Holborn. Mark se detuvo a su vez y miró a su hermano y Christopher se paró para que le inspeccionara y miró a su hermano a los ojos. Mark se dijo: «¡Al menos no le da miedo mirar a los ojos!».

Estaba convencido de que le asustaría hacerlo. Dijo:

—¿Lo gastaste en mujeres? O ¿de dónde sacas el dinero que gastas en mujeres?

Christopher respondió:

—Jamás he gastado un penique en mujeres en toda mi vida.

Mark exclamó:

—¡Ah!

Atravesaron Holborn y se dirigieron por callejones en dirección a Fleet Street.

Christopher añadió:

—Cuando digo «mujeres» utilizo la palabra en el sentido ordinario. Por supuesto, he invitado a mujeres de nuestra propia clase a tomar el té o a almorzar y he pagado sus coches. Tal vez habría sido mejor decir que nunca (ni antes ni después del matrimonio) había tenido relación con otra mujer que mi esposa.

Mark exclamó:

—¡Ah!

Se dijo: «En ese caso Ruggles debe ser un mentiroso». Eso no le angustió ni asombró. Desde hacía veinte años él y Ruggles habían compartido un piso de un edificio grande y lúgubre de Mayfair. Estaban acostumbrados a conversar mientras se afeitaban en el baño compartido, por lo demás solían verse sólo en el club. Ruggles tenía un cargo en el Tribunal Superior de Justicia, probablemente como sustituto del jefe de la Guardia Real. O tal vez hubiese ascendido en los últimos veinte años. Mark Tietjens no se había molestado en preguntarlo. Enormemente orgulloso y retraído carecía de curiosidad de ningún tipo. Vivía en Londres porque era una ciudad inmensa, solitaria, administrativa y, en apariencia, carecía de curiosidad sobre sus propios habitantes. Si hubiese encontrado en el norte otra ciudad igual de grande y que tuviese esas mismas características la habría preferido.

En Ruggles pensaba poco o nada. Una vez había oído la expresión «chicharra agradable» y veía a Ruggles como una chicharra agradable, aunque no supiera lo que significaba esa frase. Mientras se afeitaban, Ruggles le contaba el escándalo del momento. Nunca, es preciso reconocerlo, nombraba a ninguna mujer cuya virtud no estuviese en venta, o a ningún hombre que no estuviera dispuesto a vender a su mujer como adelanto. Eso casaba bien con las ideas que Mark tenía sobre el sur. Cuando Ruggles difamaba a un hombre de familia del norte, Mark le interrumpía con un: «¡Oh, no! No es cierto. Es un Craister de Wantley Fells», o cualquier otro nombre según el caso. Medio escocés, medio judío, Ruggles era muy alto y parecía una urraca, pues siempre tenía la cabeza ladeada. Si hubiese sido inglés, Mark no habría compartido con él sus habitaciones; de hecho conocía muy pocos ingleses que por nacimiento o posición pudieran tener ese privilegio, y, por otro lado, muy pocos ingleses de buena posición y nacimiento habrían aceptado compartir unas habitaciones tan oscuras e incómodas, con muebles de caoba y asientos de pelo de

caballo e iluminadas con claraboyas de cristal traslúcido. Recién llegado a la ciudad con veinticinco años, Mark había alquilado aquellas habitaciones con un hombre llamado Peebles, que ya hacía mucho que había muerto, y no se había molestado en hacer ningún cambio, aunque Ruggles había ocupado el lugar de Peebles. El remoto parecido entre sus nombres hizo que a Mark Tietjens le resultara menos molesto que si los nombres hubiesen sido distintos. Mark pensaba a menudo que habría sido muy desagradable compartir habitaciones con un hombre llamado, digamos, Granger. El caso es que todavía llamaba Peebles a Ruggles de vez en cuando y no pasaba nada. Mark no sabía nada de los orígenes de Ruggles, de manera que, en cierto modo, su relación recordaba a la de Christopher con Macmaster. Aunque Christopher le habría dado hasta la camisa a su satélite y Mark, en cambio, no le habría prestado más de cinco libras a Ruggles y habría hecho que lo echaran de las habitaciones si no se los hubiera devuelto antes del final del trimestre. Pero, puesto que Ruggles jamás le había pedido nada prestado, Mark lo consideraba un hombre totalmente honorable. De vez en cuando, Ruggles le hablaba de su plan de casarse con alguna viuda rica, o de su influencia sobre gente que ocupaba puestos elevados, pero, cuando le hablaba así, Mark no le escuchaba y pronto volvía a sus historias de mujeres en venta y hombres venales.

Unos cinco meses antes, Mark le había dicho una mañana a Ruggles:

—Entérate de lo que puedas sobre mi hermano menor Christopher y házmelo saber.

La noche anterior, el padre de Mark lo había llamado desde el otro lado del salón y le había dicho:

—Podrías averiguar qué tal le van las cosas a Christopher. Es posible que esté mal de dinero. ¿Se te ha ocurrido pensar que es el heredero de las fincas? Después de ti, por supuesto. —El señor Tietjens había envejecido mucho desde la muerte de sus hijos. Le dijo—: Supongo que no tendrás pensado casarte...

Y Mark había respondido:

—No, no me casaré. Aunque creo llevar mejor vida que Christopher. Al parecer está muy baqueteado.

Así que, provisto de aquel encargo, el señor Ruggles parece haber demostrado una extraordinaria actividad para preparar un dossier sobre Christopher Tietjens. No es frecuente que un cotilla inveterado tenga la oportunidad de murmurar sobre un hombre y a la vez esté prácticamente a cubierto de una acusación de libelo. Ruggles aborrecía a Christopher Tietjens con el inveterado aborrecimiento que siente el cotilla por quien nunca cotillea. Y Christopher Tietjens había manifestado con Ruggles más insolencia de la que era habitual en él. De modo que a la semana siguiente los faldones de la levita de Ruggles se presentaron ante muchas puertas y su chistera brilló ante muchos vestíbulos.

Entre otros había visitado a la dama conocida como Glorvina.

Se dice que hay un libro, guardado en un santuario de santuarios, en el que se registran las manchas en el historial de los hombres de buena familia y posición en Inglaterra. Mark Tietjens y su padre —igual que otros muchos prácticos terratenientes ingleses— creían implícitamente en la existencia de dicho libro. Christopher Tietjens no: él pensaba que las actividades de caballeros como Ruggles eran suficientes para frustrar la carrera de las personas que les disgustaban. En cambio Mark y su padre contemplaban la sociedad inglesa y veían a personas, en apariencia perfectamente cualificadas para tener carreras de éxito en uno u otro servicio, que nunca conseguían ascensos, ni condecoraciones, ni títulos, ni ventajas de ningún tipo. De modo que misteriosamente no llegaban a hacerse un nombre. Y lo atribuían al influjo del libro.

Ruggles, por su parte, no sólo creía en la existencia de esa recopilación de sospechosos y condenados al fracaso, sino que estaba convencido de que su mano tenía una influencia considerable sobre lo que estaba escrito en sus páginas. Creía que si se dedicaba a denigrar, con más moderación y motivos de lo habitual, a ciertas personas en presencia de ciertos personajes les infligiría al menos un gran daño. Y con gran constancia, y convencido, sin duda, de la sinceridad de casi todas sus palabras, Ruggles había denigrado a Tietjens en presencia de esos personajes. Ruggles no comprendía por qué Christopher había aceptado a Sylvia después de su fuga con Perowne; tampoco comprendía por qué Christopher se había casado con Sylvia cuando estaba embarazada de otro hombre llamado Drake, igual que no iba a creer que Christopher hubiese conseguido una carta de recomendación de lord Port Scatho, a no ser que le hubiese entregado a Sylvia al banquero. Era incapaz de ver nada que no fuesen influencias o dinero en el fondo de todas esas cosas. No era capaz de entender cómo si no habría conseguido dinero Tietjens para mantener a la señora Wannop, a la señorita Wannop y a su hijo, y el lujoso estilo de vida de Macmaster y de la señora Duchemin, que era la amante de Christopher. Sencillamente no se le ocurría otra posibilidad. De hecho, ser más altruista que la sociedad que lo rodea a uno sólo sirve para meterse en líos.

Ruggles, no obstante, carecía de indicios respecto a si había dañado realmente o no, o hasta qué punto, al hermano de su compañero de habitación. Había hablado en lo que él consideraba los lugares adecuados, pero no tenía pruebas de que se hubiera corrido la voz. Para asegurarse, fue a visitar a la gran dama; de haberse enterado alguien ésa sería ella.

No había podido confirmar nada, pues la gran dama era —y lo sabía— mucho más lista que él. Pudo averiguar que sentía verdadero afecto por Sylvia, la amiga íntima de su hija, y que le preocupaba oír que a Christopher Tietjens no le iban bien las cosas. Ruggles había ido a visitarla para preguntarle abiertamente si no se podría hacer nada por el hermano de su compañero de habitación. Todo el mundo sabía que

Christopher tenía muchas habilidades, pero, tanto en su oficina —donde sin duda se habría quedado si hubiese estado satisfecho con sus perspectivas— como en el ejército, ocupaba sólo una posición subordinada. ¿No podría Glorvina —preguntó— hacer algo por él? Y añadió: «Es casi como si hubiese una mancha en su historial...».

La gran dama le había respondido, con mucha energía, que no podía hacer nada. La energía era para darle a entender hasta qué punto su partido había sido hundido, separado y marginado por el partido en el poder y carecía ahora de cualquier tipo de influencia. Eso era una exageración, pero no favoreció en nada a Tietjens, pues Ruggles entendió que Glorvina decía que no podía hacer nada porque, efectivamente, había una mancha en el historial de Tietjens recogida en el libro de ese círculo de privilegiados al que la gran dama tenía, sin duda, acceso.

Por otro lado, eso sirvió para despertar la preocupación que Glorvina sentía por Tietjens. Ella no creía en la existencia de un libro: nunca lo había visto. Pero sí estaba dispuesta a creer que se le reprochase una mancha metafórica en su historial, así que, los siguientes cinco meses, hizo averiguaciones sobre Tietjens siempre que tuvo ocasión. Conoció a un tal mayor Drake, un oficial de inteligencia, que tenía acceso al archivo central de informes confidenciales sobre oficiales, y el mayor Drake le mostró, como ejemplo y con gran diligencia, el informe sobre Tietjens. Era muy desalentador y estaba salpimentado de jeroglíficos, el punto principal era la insolvencia de Tietjens y la predilección que sentía por los franceses, y en apariencia por los monárquicos franceses. En esa época, el gobierno había tenido muchas fricciones con nuestros aliados y esa peculiaridad le había proporcionado varias misiones de poca importancia que luego le habían perjudicado mucho. Glorvina obtuvo la información clara de que a Tietjens lo habían trasladado a la artillería francesa como oficial de enlace y que había estado con ellos por algún tiempo, pero que después de sufrir fatiga de combate lo habían enviado de vuelta a casa. Después de eso habían escrito una nota en su contra: «No volver a emplearlo como oficial de enlace».

Por otro lado, las visitas de Sylvia a los oficiales austriacos prisioneros también habían sido registradas en el informe sobre Tietjens, por lo que habían añadido una última nota: «No confiarle ninguna misión confidencial».

La gran dama ignoraba y no quiso saber hasta qué punto el mayor Drake había recopilado él mismo esos informes. Estaba al tanto de las relaciones entre las partes y sabía que en ciertos hombres oscuros y vigorosos la pasión de la venganza sexual es muy duradera, así que lo dejó correr. Descubrió, no obstante, que el señor Waterhouse —ahora retirado— tenía muy buena opinión del carácter y las habilidades de Tietjens, y que, justo antes de jubilarse, Waterhouse había recomendado a Tietjens para un importante ascenso. Glorvina sabía que, en el presente estado de amistades y enemistades ministeriales, eso bastaba para arruinar la carrera de cualquiera que

estuviese dentro del rango de influencia gubernamental.

Así que había llamado a Sylvia y le había expuesto todas aquellas cosas, pues era demasiado prudente para creer que, incluso suponiendo que pudiese haber diferencias entre los dos jóvenes, de las que, por otra parte, no tenía la menor evidencia, Sylvia pudiera desear otra cosa que favorecer los intereses materiales de su marido. Además, por muy sincera y benévola que fuese la gran dama con la pareja, también intuyó la posibilidad de hacer daño al menos a algún miembro del partido en el poder. Una persona en un puesto oficial de poca importancia puede hacer mucho ruido si se abusa de él, tiene determinación y cuenta con apoyos poderosos. Y Sylvia, al menos, tenía todo eso.

Sylvia recibió las noticias de la gran dama con tanta emoción que nadie habría dudado de la absoluta devoción que sentía por su marido y de que se lo contaría todo. Aunque todavía no había encontrado el momento para hacerlo.

Ruggles, entretanto, había reunido un dossier completo de noticias e inferencias para presentarle a Mark Tietjens mientras se afeitaban. Mark no se había sorprendido ni indignado. Estaba acostumbrado a llamar a los hijos de su padre, excepto al hermano que le seguía en edad, «los granujas» y sus preocupaciones nunca le habían interesado. Se casarían, concebirían hijos sin importancia que iniciarían líneas colaterales de la estirpe de los Tietjens y desaparecerían como es el sino de los hijos de los hijos más pequeños. Y las muertes de los hermanos intermedios estaban tan recientes que Mark todavía no se había acostumbrado a pensar en Christopher como algo distinto a un granuja, una persona cuyas acciones podían ser desagradables pero carecían de importancia. Le dijo a Ruggles:

—Será mejor que le cuentes todo esto a mi padre. No estoy seguro de poder recordar todos los detalles con exactitud.

A Ruggles le había encantado la idea y —con la garantía de su intimidad con el hijo mayor, que certificaba su fiabilidad en cuestiones de dinero y su habilidad para recopilar datos sobre personalidades, actos y ascensos— ese día, a la hora del té, en el club, en un rincón tranquilo, Ruggles le había contado al señor Tietjens que la mujer de Christopher estaba embarazada cuando se casó con ella, que él se había deshonrado al silenciar la fuga de su mujer con Perowne y al pasar por alto sus otros amoríos, y que en las altas esferas se sospechaba que era un agente francés, por lo que habían apuntado su nombre en el famoso libro... Y todo lo había hecho para conseguir dinero con el que mantener a la señorita Wannop, con quien había tenido un hijo, y para mantener el estilo de vida, muy por encima de sus posibilidades, de Macmaster y la señora Duchemin, pues esta última era su amante. La historia de que Tietjens había tenido un hijo con la señorita Wannop primero la sugirió y luego la apoyó en el hecho de que, ciertamente, tenía un hijo en Yorkshire que nunca aparecía por Gray's Inn.

El señor Tietjens era un hombre razonable, pero no lo bastante razonable para dudar de la historia circunstancial de Ruggles. Creía implícitamente en la existencia del gran libro..., en el que han creído varias generaciones de propietarios rurales; se daba cuenta de que su brillante hijo no había ascendido de manera proporcional a su brillantez e influencia; sospechaba que dicha brillantez era sinónimo de unas tendencias reprobables. Además, su viejo amigo, el general ffolliott, le había advertido claramente unos días antes que debería interesarse por cómo le iban las cosas a Christopher. Al presionarlo, ffolliott le había dicho con la misma claridad que se sospechaba que Christopher estaba metido en asuntos deshonorosos tanto de dinero como de mujeres. De modo que las acusaciones de Ruggles fueron como una confirmación definitiva de unas sospechas que parecían muy bien fundamentadas.

Sabiendo lo brillante que era el chico, lamentaba amargamente haberlo abandonado —como suele ser el destino de los hijos menores— a su suerte, para que se las arreglase como mejor pudiera. Se decía que habría debido vigilar con sus propios ojos a aquel chico que siempre le había inspirado una ternura especial. Su mujer, con quien le había unido una apasionada devoción, se había entregado a Christopher de un modo especial, porque era su hijo menor, nacido muy tarde. Y, desde la muerte de su mujer, él mismo había querido mucho a Christopher, como si compartiera parte del resplandor y la iluminación de su madre. De hecho, tras la muerte de su mujer, el señor Tietjens había estado a punto de pedirles a Christopher y a Sylvia que se instalasen en Groby y administrasen la finca en su nombre, haciendo, por supuesto, una provisión testamentaria para compensar a Christopher por abandonar su carrera en el Departamento de Estadística. Su sentido de la justicia para con sus otros hijos le había impedido hacerlo.

Lo que le destrozó el corazón fue que Christopher no sólo hubiera seducido sino tenido un hijo con Valentine Wannop. Gran señor en sus costumbres, el señor Tietjens siempre había creído que era su deber patrocinar las artes y, aunque en realidad había hecho poco en ese sentido, aparte de adquirir algunos cuadros de color chocolate de la escuela histórica francesa, se sentía orgulloso de lo que había hecho por la viuda y los hijos de su viejo amigo el profesor Wannop. Pensaba, y con razón, que había convertido a la señora Wannop en novelista, y la tenía por una gran novelista. Y su convicción respecto a la culpabilidad de Christopher la reforzaba una leve sensación de celos que nunca habría admitido tener. Pues, desde que Christopher —ignoraba cómo, pues nunca los había presentado— se había convertido en íntimo amigo de la familia Wannop, la señora Wannop había dejado de pedirle consejo constantemente. A cambio se había dedicado a alabar a Christopher en términos casi extravagantes. De hecho, le había contado que, si no hubiese tenido a Christopher casi a diario en la casa o, en todo caso, al otro extremo del teléfono, no habría podido seguir trabajando a pleno rendimiento. Eso no le había gustado al señor Tietjens. El señor Tietjens

sentía por Valentine Wannop un afecto muy profundo, pues el padre se sentía atraído por las mismas cualidades que el hijo. Incluso, y a pesar de sus sesenta y tantos años, había considerado seriamente la idea de casarse con la chica. Era una dama, habría administrado Groby muy bien; y, aunque el vínculo sobre la propiedad era muy estricto, al menos habría podido ponerla al amparo de la pobreza tras su muerte. Así que no abrigó la menor duda sobre la culpabilidad de su hijo y tuvo que soportar la humillación adicional de pensar que su hijo no sólo había traicionado esa radiante personalidad, sino que lo había hecho de un modo tan torpe como hacerle un hijo y dejar que se supiera. Era un fallo imperdonable en el hijo de un caballero. Y ahora se había convertido en su heredero seguido de un mocoso ilegítimo. ¡Irrevocablemente!

Sus cuatro hijos ya no contaban: el mayor estaba unido para siempre a una ramera —¡aunque admirable!—; los dos siguientes, muertos; el menor, peor que muerto; y su mujer fallecida con el corazón destrozado.

Sobria, pero profundamente religioso, la propia religión del señor Tietjens le empujó a creer en la culpabilidad de Christopher. Sabía que es tan difícil para un hombre rico ir al cielo como para un camello pasar por una puerta de Jerusalén llamada el Ojo de la Aguja. Esperaba humildemente que su Creador lo aceptara entre el cupo de los perdonados. Por tanto, dado que era un hombre rico —enormemente rico—, sus sufrimientos en la tierra debían ser muy grandes...

Ese día había estado ocupado con su hijo Mark en la biblioteca del club desde la hora del té hasta que llegó el momento de coger el tren de medianoche a Bishop's Auckland. Habían tomado muchas notas. Había visto a su hijo Christopher de uniforme, con aspecto destrozado y abotargado, consecuencia, sin duda, de su vida licenciosa. Christopher había pasado por el otro extremo de la habitación y el señor Tietjens no le había mirado a los ojos. Había cogido el tren y había llegado a Groby solo. Al amanecer había cogido un arma. Lo habían encontrado a la mañana siguiente con dos conejos junto a su cuerpo, justo detrás del seto del cementerio. Daba la impresión de haberse arrastrado a través del seto tirando de la escopeta tras de sí con el cañón por delante. Cientos de hombres, sobre todo granjeros, mueren al año por esa causa en Inglaterra...

Con todo eso en la cabeza —o con todo lo que podía recordar— Mark estaba investigando los asuntos de su hermano. Él habría dejado que las cosas siguieran así más tiempo, pues la hacienda de su padre no estaba ni mucho menos liquidada, pero esa mañana Ruggles le había dicho que a su hermano le habían devuelto un cheque en el club y que partía para Francia al día siguiente. Habían pasado cinco meses exactos desde la muerte de su padre. Había sucedido en marzo, ahora era agosto: un día brillante y variable en los patios altos y estrechos.

Mark organizó sus ideas.

—¿Qué cantidad —preguntó— necesitas para vivir cómodamente? Si mil no te

parecen suficientes, ¿cuánto quieres?, ¿dos mil?

Christopher le respondió que no necesitaba dinero y que no tenía intención de vivir cómodamente. Mark dijo:

—Te daré tres mil, si vas a vivir al extranjero. Me limito a cumplir las instrucciones de nuestro padre. En Francia podrías vivir a lo grande con tres mil.

Christopher no contestó.

Mark volvió a empezar:

—Entonces, las tres mil libras que te sobraron del dinero de nuestra madre, ¿se las diste a la chica o simplemente las gastaste en ella?

Christopher repitió con paciencia que no tenía ninguna querida.

Mark replicó:

—La chica con la que tuviste un hijo. Nuestro padre me dio instrucciones de que, si tú no te habías ocupado ya, aunque él daba por sentado que lo habrías hecho, me asegurase de que pudiera vivir con comodidad. ¿Cuánto crees que necesitará para vivir con comodidad? A Charlotte le paso cuatrocientas. ¿Bastaría con cuatrocientas? Supongo que querrás seguir con ella. Tres mil no es mucho para vivir si se tienen hijos.

Christopher dijo:

—¿No sería mejor que la llamaras por su nombre?

Mark respondió:

—¡No! Nunca doy nombres. Me refiero a la escritora y a su hija. Supongo que la chica debe de ser hija de nuestro padre, ¿no?

Christopher dijo:

—No. Es imposible. Ya lo pensé. Tiene veintisiete años. Estuvimos en Dijon los dos años antes de que naciera. Nuestro padre no volvió a la finca hasta el año siguiente. Además, los Wannop en esa época estaban en Canadá. El profesor Wannop era el rector de una universidad. He olvidado el nombre.

Mark observó:

—¡Es cierto que estábamos en Dijon! ¡Para que yo aprendiera francés! —añadió —: Entonces es imposible que sea hija de nuestro padre. Eso está bien. Como insistió en dejarles dinero, pensé que era probable que fuesen hijos suyos. También hay un hijo. Él se llevará mil. ¿A qué se dedica?

—El hijo —respondió Tietjens— es objetor de conciencia. Está en un dragaminas. Un marino. Piensa que desactivar minas es un modo de salvar vidas y no de quitarlas.

—Entonces no querrá el dinero todavía —replicó Mark—, es para ayudarle a fundar algún negocio. ¿Cuál es el nombre completo y la dirección de la chica? ¿Dónde la tienes instalada?

Estaban en un lugar despejado, polvoriento, rodeado de edificios de madera cuya

demolición se había interrumpido. Christopher se detuvo cerca de un lugar donde una vez había habido un cañón, tuvo la sensación de que su hermano podría apoyarse allí para asimilar mejor las ideas. Dijo despacio y con mucha paciencia:

—Ya que me estás consultando el modo de poner en práctica los deseos de nuestro padre, y puesto que hay dinero de por medio, tendrías que haberte informado mejor. De hecho, no te contrariaría si no fuese cuestión de dinero. En primer lugar, quiero que sepas que no lo necesito. Puedo vivir de mi paga. Mi mujer es relativamente rica. Su madre es muy rica...

—Es la amante de Rugeley, ¿no? —preguntó Mark.

Christopher dijo:

—No. No lo creo. ¿Por qué iba a serlo? Es su primo.

—Entonces es tu mujer quien era amante de Rugeley —observó Mark—. De lo contrario, ¿por qué iba a prestarle su palco?

—Sylvia también es prima de Rugeley, por supuesto, aunque no tan cercana —respondió Tietjens—. No tiene ningún amante. De eso puedes estar seguro.

—Dicen que lo es —objetó Mark—. Dicen que es una furcia de cuidado... Supongo que pensarás que te he insultado.

Christopher dijo:

—No, no lo has hecho... Es mejor que aclaremos las cosas. Prácticamente somos desconocidos, pero tienes derecho a preguntar.

Mark observó:

—Entonces no tienes una querida ni necesitas dinero para mantenerla... Puedes hacer lo que te venga en gana. No hay motivo para que un hombre no tenga una querida, y si la tiene debe mantenerla dignamente...

Christopher no respondió. Mark se apoyó contra el cañón semienterrado y balanceó el paraguas sosteniéndolo por el mango.

—Pero —dijo—, si no mantienes a una querida, cómo haces para... —Iba a decir «disfrutar de las comodidades domésticas», pero le acudió otra idea a la cabeza—. Por supuesto —continuó—, cualquiera puede darse cuenta de que tu mujer está sensiblemente enamorada de ti: se nota enseguida...

Christopher se quedó boquiabierto. Justo un segundo antes —¡un segundo exacto! — había decidido pedirle a Valentine Wannop que se hicieran amantes esa misma noche. Era inútil, se había dicho. Sabía que ella lo quería con una pasión profunda e inmovible, y su pasión por ella era un elemento devorador que cubría toda su imaginación igual que la atmósfera envuelve la tierra. ¿Debían morir separados por los años, sin cruzar una palabra? ¿Con qué objeto? ¿En beneficio de quién? ¡El mundo entero conspiraba para unirlos! ¡Resistirse era muy cansado!

Su hermano Mark seguía hablando. «Lo sé todo sobre las mujeres», le había dicho. Tal vez fuese cierto. Había vivido muchos años con fidelidad ejemplar con una

mujer bastante impresentable. ¡Tal vez el estudio completo de una mujer te proporcionase un mapa de las demás!

Christopher dijo:

—Mira, Mark, será mejor que revises todos mis movimientos bancarios de los últimos diez años. O desde que abrí mi primera cuenta corriente. Esta discusión no sirve de nada si no crees lo que te digo.

Mark respondió:

—No quiero revisar tus cuentas. Te creo.

Un segundo más tarde, añadió:

—¿Por qué demonios no iba a hacerlo? O bien tú eres un caballero o Ruggles es un mentiroso. Y, en tal caso, es de sentido común pensar que Ruggles es un mentiroso. No lo hice antes porque no tenía motivos.

Christopher replicó:

—Dudo que mentiroso sea la palabra correcta. Recopiló una serie de cosas que se dicen contra mí. Sin duda, las reprodujo con fidelidad. No sé por qué, pero la gente murmura contra mí.

—Porque —respondió enfáticamente Mark— tratas a esa gentuza del sur con el desprecio que se merecen. Son incapaces de comprender los motivos de un caballero. Si vives entre perros creen que te mueven los mismos motivos que a los perros. ¿Cómo iban a atribuirte otros? —Añadió—: ¡Pensé que llevabas tanto tiempo enterrado debajo de su porquería que estabas tan sucio como ellos!

Tietjens miró a su hermano con el respeto debido a un hombre ignorante pero avisado. Para él era un descubrimiento que su hermano fuese avisado.

Pero, por supuesto, tenía que serlo. Era el jefe indispensable de un gran departamento. Debía tener alguna cualidad... No era culto, ni siquiera instruido. ¡Un salvaje! ¡Pero perspicaz!

—Debemos seguir andando —dijo—, o tendré que coger un coche. —Mark se apartó del cañón semienterrado.

—¿Qué hiciste con las otras tres mil libras? —preguntó—. Tres mil es una suma muy cuantiosa para derrocharla. Tratándose de un hijo menor.

—Salvo por algunos muebles que compré para las habitaciones de mi mujer —dijo Tietjens—, se fueron casi todas en préstamos.

—¡En préstamos! —exclamó Mark—. ¿A ese tal Macmaster?

—Sobre todo a él —respondió Christopher—. Pero le presté setecientos a Dicky Swipes, de Cullercoats.

—¡Dios mío! ¿Por qué a él? —gritó Mark.

—¡Oh!, porque era Swipes de Cullercoats —dijo Christopher—, y me lo pidió. Habría podido pedir más, pero eso le bastó para emborracharse hasta morir.

Mark dijo:

—Supongo que no le prestarás dinero a cualquiera que te lo pida.

Christopher replicó:

—Desde luego. Es una cuestión de principios.

—Es una suerte —respondió Mark— que no lo sepa cierta gente. De lo contrario, no te habría durado mucho el dinero.

—No me duró mucho —dijo Christopher.

—Sabes —observó Mark— que no podías actuar como un generoso mecenas con la parte de un hijo menor. Es una cuestión de gusto. Yo nunca le he dado ni medio penique a un mendigo. Pero muchos Tietjens fueron generosos. Una generación para malgastar dinero, otra para ahorrarlo, otra para gastarlo. Está bien... Supongo que tu amante será la mujer de Macmaster. Eso explicaría que no lo sea la chica. Tienen un sillón reservado para ti.

Christopher dijo:

—No. Simplemente apoyé a Macmaster por apoyarlo. Nuestro padre le prestó dinero para empezar.

—¿Ah, sí? —exclamó Mark.

—Su mujer —dijo Christopher— era la viuda de Desayuno Duchemin. ¿Conociste a Desayuno Duchemin?

—¡Oh!, por supuesto que conocí a Desayuno Duchemin —respondió Mark—. Supongo que Macmaster ahora tendrá el riñón bien forrado. Se habrá situado bien con el dinero de Duchemin.

—¡Bastante bien! —dijo Christopher—. Dentro de poco no me conocerá.

—Pero ¡maldita sea! —exclamó Mark—. Tienes Groby a tu entera disposición. No pienso casarme ni tener hijos que te estorben.

Christopher replicó:

—Gracias. No lo quiero.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Mark.

—Sí. Estoy enfadado contigo —respondió Tietjens—. ¡Con toda vuestra puñetera pandilla, y con Ruggles, y ffolliott y con nuestro padre!

Mark exclamó:

—¡Ah!

—¿Pensabas que no lo estaría? —preguntó Christopher.

—¡Oh!, pensaba que no lo estarías —respondió Mark—. Te tenía por un tipo más bien blando. Ahora veo que no lo eres.

—¡Soy tan de North Riding como tú! —replicó Christopher.

Estaban en la marea de Fleet Street, empujados por los viandantes y separados por el tráfico. Con el aire imperioso de un oficial en esos tiempos, Christopher se abrió paso entre autobuses y camiones. Con el aire imperioso de un jefe de departamento, Mark dijo:

—Oiga, agente, detenga esos malditos coches y déjeme pasar.

Pero Christopher cruzó mucho antes y esperó a su hermano junto a la puerta del Middle Temple.^[73] Su imaginación estaba totalmente inmersa en la tarea de imaginar los abrazos de Valentine Wannop. Se dijo que había quemado las naves.

Mark lo alcanzó y le dijo:

—Sería mejor que supieses lo que quería nuestro padre.

Christopher respondió:

—Entonces date prisa. Tengo que irme. —Tenía que pasar cuanto antes la entrevista en el Ministerio de la Guerra para correr junto a Valentine Wannop. Dispondrían sólo de unas pocas horas para rememorar los amores de dos vidas. Vio su cabeza dorada y su rostro embelesado. Había visto en él humor, consternación, ternura, en los ojos... ¡y rabia y desprecio por sus opiniones políticas! ¡Y por su militarismo!

No obstante, se detuvieron junto a la fuente del Temple. Le debían esa muestra de respeto a su padre fallecido. Mark se lo explicó todo. Christopher oyó algunas palabras y adivinó sus implicaciones. El señor Tietjens no había dejado testamento, confiando en que su hijo mayor llevaría a cabo meticulosamente sus deseos respecto a su inmensa fortuna. Habría dejado testamento, pero era necesario considerar el dudoso caso de Christopher. Mientras fue el hijo menor, bastaba con asegurarse con que se llevara un buen pellizco y que se fuera al demonio si no le parecía bien. Por la voluntad de Dios ya no era el hijo menor.

—La idea de nuestro padre —le dijo Mark junto a la fuente— era que ninguna suma bastaría para enderezarte. Pensaba que eras un maldito rufián que vivía de las mujeres... Espero que no te importe que...

—No me importa que hables con claridad —replicó Christopher. Contempló la base de la fuente que estaba cubierta de hojas. Esta civilización había conseguido un estado de cosas en el que las hojas se pudrían en agosto. ¡En cualquier caso, estaba condenada!

—Si fueses un rufián que viviera de las mujeres —repitió Mark—, de nada habría servido hacer testamento. Habrías necesitado miles para enderezarte. Él quería que los tuvieras. Que fueses tan libertino como quisieras, pero con dinero limpio. Yo debía ver cuánto necesitarías y arreglar el resto del legado de acuerdo con eso... Nuestro padre tenía muchos sirvientes...

—¿A cuánto ascendía la fortuna de nuestro padre? —preguntó Christopher.

Mark respondió:

—Dios sabe... Ya sabes que tasaron las fincas en un millón y cuarto por lo menos. Pero podría ser el doble. ¡O cinco veces más...! Tal y como ha subido el precio del acero los tres últimos años, es imposible decir lo que podrían producir las propiedades del distrito de Middlesbrough... El impuesto de sucesiones no está ni

siquiera al día. Y hay miles de maneras de no pagarlo.

Christopher inspeccionó a su hermano con curiosidad. Aquel tipo moreno de ojos saltones, aspecto en conjunto desharrapado, con un viejo traje jaspeado, un paraguas mal enrollado, unos prismáticos viejos de las carreras y un sombrero hongo que era la única prenda elegante que llevaba encima era, sin duda, un príncipe. ¡Con un perfil muy rígido! Los príncipes de verdad debían de tener ese aspecto. Dijo:

—¡Bueno! Pues no serás ni un penique más pobre por mi causa.

Mark estaba empezando a creerle. Preguntó:

—¿No vas a perdonar a nuestro padre?

Christopher respondió:

—No le perdonaré que no hiciera testamento, ni que mandase llamar a Ruggles. Os vi en la biblioteca la noche antes de que muriera. No me dirigió la palabra. Podría haberlo hecho. Fue una torpeza estúpida. Es imperdonable.

—El hombre se pegó un tiro —objetó Mark—. Lo normal es que uno perdone a alguien que termina por pegarse un tiro.

—Yo no —replicó Christopher—. Además, es probable que esté en el cielo y no necesite mi perdón. Hay diez probabilidades contra una de que esté en el cielo. Era un buen hombre.

—Uno de los mejores —dijo Mark—. Pero fui yo quien mandó llamar a Ruggles.

—Tampoco te perdono a ti —respondió Christopher.

—Pero —añadió Mark, y fue una tremenda concesión al sentimentalismo— debes quedarte con lo suficiente para vivir con comodidad.

—¡Dios mío! —exclamó Christopher—. Aborrezco vuestra maldita comodidad de tostadas con mantequilla, chuletas de cordero, zapatillas sobre la alfombra y ron caliente con especias tanto como vuestros palacios de la Riviera, chóferes, ascensores hidráulicos y vuestra repugnante fornicación en casas mal aireadas... —Se había dejado llevar, lo que rara vez le ocurría, por la idea de sus amores con Valentine Wannop, que tendrían lugar sobre los tablones desnudos de una casita de campo, sin colgaduras, comidas grasientas ni afrodisíacos pegajosos—. No serás —repitió— ni un penique más pobre por mi causa.

Mark dijo:

—Bueno, no hay por qué ponerse así. Si no quieres no hay más que hablar. Será mejor que nos apresuremos. Vas con el tiempo justo. Asunto zanjado... ¿Estás en descubierto o no en el banco? Me ocuparé de eso, por mucho que trates de impedirlo.

—No estoy en descubierto —respondió Christopher—. Tengo un superávit de treinta libras, y Sylvia me garantiza un descubierto enorme. Fue un error del banco.

Mark dudó por un momento. Le resultaba casi increíble que un banco pudiera cometer un error. Uno de los grandes bancos. Los puntales de Inglaterra.

Estaban andando hacia el río. Mark propinó un violento golpe con su precioso

paraguas contra la verja de las pistas de tenis, donde unas figuras blanquecinas, manchadas por la atmósfera sombría se movían como marionetas que practicasen crucifixiones.

—¡Por Dios! —dijo—, esto es el fin de Inglaterra... ^[74] El único sitio donde no se cometen errores es mi departamento. ¡Te aseguro que si se cometiera alguno rodarían muchas cabezas! —Añadió—: Pero no creas que voy a prescindir de la comodidad. Mi Charlotte prepara unas tostadas con mantequilla mejores que las del club. Y tiene un barril de ron francés que me ha salvado la vida una y otra vez después de un día lluvioso en las carreras. Y lo hace sólo con los quinientos que le paso, y, por si eso fuera poco, está siempre limpia y arreglada. No hay como las mujeres francesas para la administración de la casa... Por Dios, me habría casado con mi amante si no hubiese sido papista. A ella le gustaría y a mí no me perjudicaría. Pero no tuve estómago para casarme con una papista. No son de fiar.

—Pues tendrás que hacerte a la idea de que haya un papista en Groby —observó Christopher—. Mi hijo va a recibir una educación papista.

—¡Eh!, eso sí que es un golpe bajo —dijo—. ¿Cómo se te ha ocurrido una idea semejante? Supongo que la madre te obligó. Te embaucó antes de que te casaras con ella. —Añadió—: No me gustaría dormir con tu mujer. Es demasiado atlética. Sería como dormir con un haz de leña. Aunque supongo que seréis un par de tórtolos... ¡Eh!, pero no habría pensado que fueses tan débil.

—No lo he decidido hasta esta mañana —dijo Christopher—, cuando me devolvieron el cheque del banco. ¿No habrás leído lo que dice Spelden ^[75] sobre Groby en *Sobre el sacrilegio*?

—Me temo que no —respondió Mark.

—Entonces es inútil que trate de explicártelo —replicó Christopher—, no tenemos tiempo. Pero te equivocas al pensar que Sylvia lo puso como condición para casarse conmigo. En esa época jamás lo habría aceptado. Se ha alegrado mucho de que lo haya hecho ahora. La pobre pensaba que pesaba una maldición sobre nuestra familia por no tener un heredero papista.

—¿Qué te ha hecho aceptarlo ahora? —le preguntó Mark.

—Ya te lo he dicho —respondió Christopher—, me habían rechazado el cheque en el club, y eso fue la gota que colmó el vaso. Cuando uno llega a esos extremos, lo mejor es dejar que la madre se ocupe de la educación de su hijo... Además, a un niño papista no le perjudicará tanto como a un protestante que a su padre le rechazasen los cheques.

—Eso es cierto —admitió Mark. Se detuvo junto a la verja del jardín público cerca de la estación del Temple—. ¿Quieres decir que si hubiese dejado que los abogados te escribieran, tal como me aconsejaron, para advertirte de que la garantía por descubierto se había cancelado, el niño no sería papista? En ese caso no te habrías

quedado en descubierto.

—No me quedé en descubierto —respondió Christopher—. Pero si me hubieses advertido, habría hecho averiguaciones en el banco y el error no se habría producido. ¿Por qué no lo hiciste?

—Pensaba hacerlo —dijo Mark—. Pensaba hacerlo yo mismo. Pero odio escribir cartas. Lo fui aplazando. No me apetecía mucho tener tratos con el tipo que pensaba que eras. Imagino que eso tampoco me lo perdonarás.

—No. No te perdonaré que no me escribieras —dijo Christopher—. Tu obligación es escribir cartas comerciales.

—Odio escribirlas —replicó Mark. Christopher hizo ademán de seguir andando—. Una cosa más. Supongo que el crío es hijo tuyo, ¿no?

—Sí —respondió Christopher.

—Entonces eso es todo —dijo Mark—. ¿No te importará que me ocupe del muchacho en caso de que mueras?

—Me alegrará —respondió Christopher.

Pasearon despacio junto al río, uno al lado del otro, con la espalda recta y los hombros enderezados, satisfechos de estar juntos y tratando de alargar el paseo andando despacio. Una o dos veces se detuvieron a contemplar el sucio color plateado del río, pues a los dos les gustaban los efectos lúgubres del paisaje. Se sentían muy fuertes. ¡Como si fuesen los dueños de aquello!

Una vez, Mark soltó una risita y observó:

—Resulta gracioso. Pensar que los dos seamos... ¿cómo se dice...? ¿... monógamos? Bueno, está bien serle fiel a una mujer..., nadie puede decir lo contrario. Así uno se ahorra uno contratiempos. Y sabe el terreno que pisa.

Christopher se detuvo al llegar al lúgubre arco que lleva al patio del Ministerio de la Guerra.

—No. Te acompaño —dijo Mark—. Quiero hablar con Hogarth. Hace tiempo que no hablo con él. Es sobre la ubicación de los vagones de transporte en Regent's Park. Me ocupo de eso y de mil malditas cosas más.

—Dicen que lo haces muy bien —respondió Christopher—. Aseguran que eres indispensable. —Era consciente de que su hermano quería quedarse con él todo el tiempo posible. Él también lo deseaba.

—¡Y vaya si lo soy! —exclamó Mark, y añadió—: Supongo que no podrás encargarte de esas cosas en Francia, ¿verdad? Del transporte y los caballos.

—Podría —dijo Christopher—, pero supongo que volveré a tener funciones de agente de enlace.

—No lo creo —replicó Mark—. Yo podría recomendarte a los de transporte.

—Ojalá lo hicieses —respondió Christopher—. No estoy en condiciones de volver al frente. Además, ¡no soy ningún puñetero héroe! Soy un maldito oficial de

infantería. Nunca hubo un Tietjens que fuese un soldado digno de mención.

Pasaron por debajo del arco. Como algo que encajase a la perfección, exacto y esperado, Valentine Wannop estaba mirando las listas de víctimas que había colgadas debajo de un tejadillo mal pintado de verde que había junto al muro, un tributo simultáneo a los débiles movimientos artísticos de la época y al deseo de ahorrar el dinero del contribuyente.

Como si pensara que Christopher Tietjens encajaba exactamente en ese paisaje determinado se volvió hacia él. Su rostro estaba lívido y contraído. Se abalanzó sobre él y exclamó:

—¡Mira este horror! ¡Y tú con ese horrible uniforme apoyas todo esto!

Las hojas de papel de debajo del tejadillo verde estaban cruzadas lateralmente por pequeñas líneas quebradas. Cada línea representaba la muerte de un hombre, aquel día.

Tietjens había retrocedido un paso y se había bajado del bordillo de la acera que rodeaba el patio. Dijo:

—Lo apoyo porque es mi obligación. Igual que la tuya es condenarlo. Lo vemos desde ángulos diferentes. —Añadió—: Éste es mi hermano Mark.

Ella se volvió rígidamente hacia Mark, su rostro estaba pálido como la cera. Fue como si se hubiese dado la vuelta el maniquí de un tendero. Le dijo a Mark:

—No sabía que el señor Tietjens tuviera un hermano. O apenas. Nunca le he oído hablar de usted.

Mark sonrió débilmente, mostrándole a la dama el forro brillante de su sombrero.

—No creo que nadie me haya oído a mí hablar de él —replicó—, pero es cierto que soy su hermano.

Valentine bajó al asfalto y cogió entre los dedos y el pulgar un pliegue de la manga caqui de Christopher.

—Tengo que hablar contigo —dijo—, luego me iré.

Arrastró a Christopher hasta el centro de aquel espacio cerrado, severo y triste, sujetándolo todavía por la guerrera. Lo empujó para obligarlo a mirarla. Tragó saliva, fue como si el movimiento de su garganta durase mucho tiempo. Christopher miró la silueta de los edificios de piedra sórdida y sucia. Muchas veces se había preguntado qué ocurriría si cayese una bomba de buen tamaño en aquel pétreo, mezquino y frío corazón de un mundo en guerra.

La chica devoraba su rostro con los ojos, para ver si se acobardaba. Su voz sonó implacable entre sus dientes diminutos. Le preguntó:

—¿Eras tú el padre del hijo que iba a tener Ethel? Tu mujer dice que sí.

Christopher consideró las dimensiones del patio. Luego respondió con vaguedad:

—¿Ethel? ¿Quién es? —De acuerdo con las costumbres del poetapintor, el señor y la señora Macmaster se llamaban siempre el uno al otro «Guggums». Con toda

probabilidad, Christopher no había vuelto a oír los nombres de pila de la señora Duchemin desde que su desgracia borró todos los nombres de su memoria.

Llegó a la conclusión de que el patio no era un espacio lo bastante reducido para ofrecer mucha resistencia a la explosión de una bomba.

La chica insistió:

—¡Edith Ethel Duchemin! ¡La señora Macmaster! —Era evidente que esperaba su respuesta con ansiedad. Christopher respondió vagamente:

—¡No! ¡Claro que no...! ¿Qué dicen...?

Mark Tietjens estaba inclinándose sobre el bordillo enfrente del tejadillo pintado de verde, igual que un niño sobre un arroyo. Obviamente estaba esperando con mucha paciencia, mientras balanceaba el paraguas por el mango. Daba la sensación de no tener otra manera de expresarse. La chica le estaba diciendo que, cuando le telefoneó esa mañana, una voz le había dicho sin previo aviso —sin previo aviso, repitió la chica—: «Será mejor que deje el campo libre, si es usted la señorita Wannop. La señora Duchemin ya es la amante de mi marido. ¡Aléjese de él!».

—¿Eso te dijo? —En realidad estaba preguntándose cómo se las arreglaba Mark para guardar el equilibrio. La chica no añadió nada más. Estaba esperando su respuesta con una insistencia que parecía arrastrarlo, como si estuviera absorbiendo su personalidad. Era insoportable. Hizo el último esfuerzo de la tarde.

Exclamó:

—Maldita sea. ¿Cómo se te ocurre preguntarme esa tontería? ¡A ti! Te tenía por una persona inteligente. La única persona inteligente que conozco. ¿Acaso no me conoces?

Valentine se esforzó por no parecer envarada.

—¿No es de fiar la señora Tietjens? —preguntó—. Me pareció sincera cuando la vi en casa de Ethel y Vincent.

Él dijo:

—Ella cree lo que dice, pero sólo cree lo que quiere creer en cada momento. Si llamas a eso ser sincera, entonces lo es. No tengo nada contra ella. —Se dijo: «No voy a atraerla criticando a mi mujer».

Valentine pareció desmoronarse, igual que desaparece de pronto el rígido perfil de un terrón de azúcar al echarle agua encima.

—¡Oh! —exclamó—, entonces no es cierto. Sabía que no era cierto. —Empezó a llorar.

Christopher dijo:

—¡Ven con nosotros! Llevo todo el día respondiendo a tonterías. Sólo me falta ver a otro idiota más y habré terminado por hoy.

Ella dijo:

—No puedo ir contigo, llorando así.

Él respondió:

—Pues claro que puedes. Aquí es precisamente donde lloran las mujeres. —
Añadió—: Además, está Mark, es un borrico muy tranquilizador.

La llevó a donde estaba Mark.

—Ocúpate de la señorita Wannop —le pidió—. Querías hablar con ella, ¿no? —Y corrió como un tendero diligente hacia el lúgubre vestíbulo. Tenía la sensación de que si no veía pronto a algún idiota imperturbable con insignias rojas, verdes, azules o rosas, que tuviera ojos de pez y preguntase las cosas que preguntan los peces en las peceras, él también se vendría abajo y se echaría a llorar. ¡Con alivio! ¡No obstante, en aquel lugar también lloraban los hombres!

La pura fuerza de su personalidad le sirvió para recorrer kilómetros de pasillos hasta estar en presencia de un hombre bastante inteligente, delgado y moreno con insignias escarlatas. Eso equivalía a un asunto de importancia, nada de basura.

El hombre moreno le espetó sin más:

—¡Oiga! ¿Qué ocurre en los hospitales militares? Ha dado usted muchas conferencias al respecto. Sobre economía. ¿A qué vienen esos puñeteros motines? ¿Es cosa de esos malditos coroneles que hay al mando?

Tietjens respondió con amabilidad:

—¡Oiga! No soy ningún condenado espía, ¿sabe? He disfrutado de la hospitalidad de esos malditos coroneles.

El hombre moreno dijo:

—Estoy seguro. Pero para eso le enviaron allí. El general Champion dijo que era usted el tipo más inteligente que tenía bajo su mando. Ahora ya no está, por desgracia... ¿Qué pasa en esos hospitales? ¿Son los hombres? ¿O los oficiales? No es preciso que dé usted nombres.

Tietjens respondió:

—Muy amable por parte de Champion. No son ni los oficiales ni los hombres. Es el maldito sistema. Llevan ustedes allí a hombres convencidos de haberse sacrificado por su país... ¡y vaya si lo han hecho!, y les afeitan la cabeza...

—Eso es cosa de los MO —dijo el hombre moreno—. No quieren que haya piojos.

—Si prefieren los motines... —observó Tietjens—. A ellos les gusta pasear con sus novias con el tupé bien repeinado. No les gusta que los miren como si fuesen convictos. Y así es como los miran.

El hombre moreno dijo:

—Muy bien. Siga. ¿No quiere sentarse?

—Tengo un poco de prisa —respondió Tietjens—. Parto mañana para el frente y tengo a mi hermano y a otras personas esperando abajo.

El hombre moreno exclamó:

—¡Oh!, lo siento... Pero, maldita sea. Usted hace falta aquí. ¿Quiere usted ir? Sin ninguna duda podemos retenerlo si no quiere.

Tietjens dudó por un instante.

—¡Sí! —dijo por fin—. Sí, quiero ir.

Por un momento, había tenido la tentación de quedarse. Pero se le pasó por la fatigada cabeza que Mark había dicho que Sylvia estaba enamorada de él. Lo había pensado siempre de manera instintiva, ahora le había golpeado como la coz de una mula en el subconsciente. Era la complicación imposible. Pudiera no ser cierto, pero, lo fuese o no, lo mejor que podía hacer era irse y desaparecer lo antes posible. No obstante, ansiaba pasar la noche con la chica que estaba llorando abajo.

Le pareció oír, clara y distintamente, los versos:

La voz que hasta ahora...

nunca ha respondido a mis palabras...

Se dijo: «¡A eso era a lo que se refería Sylvia! ¡Ahora lo comprendo!».

El hombre moreno había dicho algo. Tietjens repitió:

—Me tomaría como una ofensa que me impidieran partir..., quiero ir.

El hombre moreno respondió:

—Hay quien quiere y hay quien no. Tomaré nota de su nombre por si vuelve... No le importará seguir hurgando en la basura, ¿verdad? Ahora termine cuanto antes con su historia. Y diviértase todo lo que pueda antes de partir. Dicen que las cosas están mal por allí. ¡Muy mal! Los bombardeos son terribles. Por eso les hace falta tanta gente.

Por un instante, Tietjens vio el crepúsculo gris al final de la vía férrea con el lejano sonido de una caldera que hervía sin cesar ¡a muchos kilómetros de distancia! El espíritu militar volvió a descender sobre él. Empezó a hablar de los hospitales militares pormenorizadamente y con gran entusiasmo. Atacó con rabia el modo en que trataban a los hombres en aquellos tristes lugares. ¡Con ingeniosa estupidez!

De vez en cuando, el hombre moreno le interrumpía con:

—No olvide que un hospital militar es un lugar donde se lleva a los enfermos y a los heridos para que se recuperen. Debemos devolverlos al frente lo antes posible.

—¿Y lo hacen? —respondía Tietjens.

—No —contestaba el otro—. De ahí que estemos llevando a cabo esta investigación.

—Tienen ustedes —proseguía Tietjens— a tres mil hombres de las tierras altas escocesas, del norte de Gales, de Cumberland... y Dios sabe de dónde más, en la ladera norte de una horrible colina arcillosa a quince kilómetros de Southampton para que estén a quinientos kilómetros de su casa y enloquezcan de nostalgia... Les dejan salir una hora al día cuando están cerrados los pubs. Les afeitan la cabeza para que no le resulten atractivas a unas jóvenes de la comarca que no existen, ¡y no les permiten

llevar el bastón de mando! ¡Dios sabe por qué! Supongo que para que no se saquen un ojo, si tropiezan. A quince kilómetros de cualquier parte, con caminos de tierra para pasear y ni un arbusto donde refugiarse o ponerse a la sombra... Y, maldita sea, si encuentran a dos amigos de los Seaforths o los Argylls no les dejan dormir en el mismo barracón, sino que los alojan con un montón de grasientos Buffs ^[76] o de galeses que apestan a apio y ni siquiera saben hablar inglés...

—Son esas malditas órdenes de los médicos para que no se pasen la noche hablando.

—Y que se pasen la noche conspirando para no presentarse al desfile —replicó Tietjens—. Y ya tiene organizado un condenado motín... Maldita sea, son buenos soldados. Unos tipos de primera. ¿Por qué no les dejan, ya que éste es un país cristiano, que pasen la convalecencia en casa con sus novias, sus pubs y sus amigos y que se las den un poco de héroes? ¿Por qué, en el nombre de Dios, no les dejan ustedes hacerlo? ¿Es que no han sufrido bastante?

—Le agradecería que dejase de decir «ustedes» —dijo el hombre moreno—, le aseguro que no es cosa mía. La única ACI que he redactado fue para dotar a cada hospital militar de un cine y un teatro. Pero esos malditos médicos lo impidieron... por miedo a las infecciones. Y, por supuesto, los pastores y los magistrados no ritualistas...

—Pues habrá que cambiar eso —respondió Tietjens—, o tendrán que limitarse a decir: «Gracias a Dios tenemos a la marina». Se quedarán sin ejército. El otro día, en el turno de preguntas, después de una conferencia, tres tipos de Warwick me preguntaron por qué tenían que estar encerrados en Wiltshire mientras los refugiados belgas dejaban embarazadas con hijos bastardos a sus mujeres en Birmingham. Y cuando les pregunté cuántos tenían la misma queja se levantaron más de cincuenta. Todos de Birmingham...

El hombre moreno dijo:

—Lo añadiré a mi informe... Prosiga.

Tietjens prosiguió, pues allí se sentía un hombre, haciendo un trabajo digno de un hombre y lleno del amargo desprecio por los estúpidos que debía tener y expresar un hombre. Fue como una tregua, un último permiso.

IV

Mark Tietjens anduvo por el patio con la chica llorosa, balanceando tímidamente el paraguas y con el sombrero hongo firmemente calado hasta las orejas para que le proporcionara cierta sensación de estabilidad.

—Escuche —dijo—, no sea usted muy dura con el bueno de Christopher por sus opiniones militaristas... Recuerde que parte mañana para el frente y hay pocos como él. —Ella lo miró un momento, con las mejillas llenas de lágrimas, y luego apartó la mirada—. Muy pocos. No ha dicho una mentira ni hecho nada deshonroso en toda su vida. Trátelo usted bien, sea buena chica. Usted sabe qué es lo que debe hacer.

La chica, sin mirarlo, respondió:

—¡Daría la vida por él!

Mark observó:

—Lo sé. Reconozco a una mujer de valía en cuanto la veo. ¡Piénselo! Lo más probable es que él crea que está ofreciendo su vida por, ya sabe, por usted. ¡Y por mí, desde luego! Es otro modo de ver las cosas. —La cogió torpe, pero irresistiblemente, por el antebrazo. Lo notó muy delgado por debajo del fino abrigo de tela azul. Se dijo: «¡Dios mío! A Christopher le gustan flacas. Le atraen las de tipo atlético. Esta chica es tan ágil como...». No se le ocurrió nadie tan ágil como la señorita Wannop, pero sintió una gran satisfacción por haberla conocido a ella y a su hermano. Dijo—: ¿No irá usted a marcharse? No sin antes decirle una palabra amable. ¡Piénselo! Podría morir... Además, es probable que él no haya matado a ningún alemán. Era sólo oficial de enlace. Después lo destinaron a un vertedero donde se dedican a cribar la basura del ejército. Para ver cómo darles menos de comer a los hombres. Eso significa que los civiles reciben más. ¿No se opondrá usted a que les proporcione más comida a los civiles...? Ni siquiera ayuda a matar alemanes...

Sintió cómo ella le apretaba la mano contra su cálido costado.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó la chica. La voz le temblaba.

—A eso precisamente he venido —respondió Mark—. Estoy aquí para ver al viejo Hogarth. ¿Conoce usted a Hogarth? ¿Al viejo general Hogarth? Creo que podré convencerlo de que asigne a Christopher a labores de transporte. Una misión segura. ¡Muy segura! No tiene nada de glorioso. Y tampoco tendrá que matar a esos condenados alemanes... Le ruego que me perdone, si es que simpatiza usted con ellos.

Ella se soltó el brazo para mirarlo a la cara.

—¡Oh! —dijo—, entonces, ¿no quiere usted que adquiera esa dichosa gloria militar? El color volvió a su rostro, lo miró con los ojos abiertos.

Él respondió:

—¡No! ¿Por qué demonios iba a quererlo? —Se dijo: «Tiene unos ojos enormes,

un cuello bonito, buenos hombros, buenos pechos, caderas bien perfiladas, manos pequeñas. No es patizamba, bonitos tobillos. Bien plantada. ¡Los pies no son muy grandes! ¡Más o menos un metro sesenta! ¡Un animal magnífico!». Continuó en voz alta—: ¿Por qué demonios iba a querer ser un maldito soldado? Es el heredero de Groby. Cualquiera debería contentarse con eso.

Ella dejó pasar un rato para que él completase su inspección crítica, y luego le puso a su vez precipitadamente la mano debajo del brazo y lo arrastró hacia la entrada.

—Entonces démonos prisa —dijo—. Arreglemos cuanto antes lo del transporte. Antes de que se vaya mañana. Así sabremos que está a salvo.

A Mark le confundía su vestido. Era muy formal, azul marino y muy corto. Una blusa blanca con una corbata de seda negra de hombre. Un sombrero de ala ancha con un número delante de la cinta.

—Usted también va de uniforme —observó—. ¿Le permite su conciencia hacer tareas militares?

Ella respondió:

—No. Andamos mal de dinero. Doy clases de gimnasia en un colegio para ganar honradamente unos peniques... Pero ¡dese prisa!

Le halagó que ella le apretara en el codo. Se resistió un poco, para que la chica insistiera un poco más. Le gustaba que le suplicara una mujer guapa, y más siendo la chica de Christopher.

Dijo:

—¡Oh!, no hay prisa. Los tienen semanas en la base antes de enviarlos al frente... Lo arreglaremos, no me cabe duda. Esperaremos en el vestíbulo a que baje.

Advirtió al benévolo portero, uno de los dos que había tras el mostrador en el triste y abarrotado vestíbulo, de que, en uno o dos minutos, subiría a ver al general Hogarth. Pero le pidió que no enviara a un botones. Todavía tardaría un poco.

Se sentó torpemente junto a la señorita Wannop en un banco de madera, la gente pasaba sobre sus pies como las olas en una playa. Ella se apartó un poco para hacerle sitio y eso también le halagó. Observó:

—Antes dijo que estaban mal de dinero. ¿Se refería a usted y a Christopher?

Ella respondió:

—¿Yo y el señor Tietjens? ¡Oh, no! ¡Mi madre y yo! El periódico para el que escribía ha cerrado. Después de morir su padre, creo. Tengo entendido que les ayudaba a recaudar fondos. Y a mi madre no se le da bien trabajar como independiente. Ha trabajado demasiado toda su vida.

Él la miró con sus ojos saltones.

—No sé qué es eso de trabajar como independiente —dijo—. Pero tienen que vivir ustedes con más desahogo. ¿Cuánto necesitarían usted y su madre para vivir

cómodamente? ¡Y añada un poco para que Christopher pueda pasarse a comer una chuleta de cordero de vez en cuando!

En realidad, ella no le estaba escuchando. Mark repitió con cierta insistencia:

—¡Escuche! Le estoy hablando de negocios. No como un viejo admirador que tratara de imponerle algo. Aunque, por Dios, que la admiro a usted... Pero mi padre quería que su madre viviera con desahogo...

El rostro de la chica, que estaba vuelto hacia él, se puso rígido.

—No querrá decir... —empezó.

Él dijo:

—Si me interrumpo no llegaremos a ninguna parte. Tengo que contar las cosas a mi modo. Mi padre quería que su madre viviese con desahogo. Decía que así podría escribir libros en lugar de artículos. No sé qué diferencia hay, pero eso es lo que él decía. También quería que usted viviera con comodidad... ¿Tiene usted alguna carga? No..., ¡oh!, ¡no sé, un negocio!, una sombrerería que no sea rentable. Algunas chicas tienen...

Ella respondió:

—No. Sólo doy clases..., ¡oh, dese prisa...!

Por primera vez en su vida, Mark alteró el curso de sus pensamientos para satisfacer el deseo de otra persona.

—Tómeselo como algo para ir tirando —dijo—, como si mi padre le hubiese dejado a su madre una pequeña herencia. —Trató de recomponer sus pensamientos interrumpidos.

—¡Lo hizo, lo hizo! ¡Después de todo! —exclamó la chica—. ¡Oh, gracias a Dios!

—Si usted quiere, habría un poco para usted —dijo Mark—, aunque tal vez Christopher no se lo permita. Conmigo es un poco irritable. Y algo para su hermano, lo suficiente para abrir una consulta. —Le preguntó—: No irá a desmayarse, ¿verdad?

Ella dijo:

—No. No me desmayo. Lloro.

—Está bien —respondió él, y prosiguió—: Ésa es su parte. Ahora mis condiciones. Quiero que Christopher tenga un sitio donde pueda encontrar siempre una chuleta de cordero y un sillón junto al fuego. Y alguien que sea bueno para él. Usted es buena para él. Es evidente. ¡Conozco a las mujeres!

La chica estaba llorando sin cesar en voz baja. Era la primera vez que se había relajado la tensión con la que había vivido desde un día antes de que los alemanes cruzaran la frontera belga, cerca de un lugar llamado Gemmenich.

Había empezado nada más volver la señora Duchemin de Escocia. Mandó llamar a la señorita Wannop a la rectoría en plena noche. A la luz de las velas que había en

unos largos candelabros de plata delante de los paneles de roble, le había parecido un bloque de mármol enloquecido, con los ojos negros y fijos y el cabello alborotado. Había exclamado con una voz tan inhumana como la de una máquina:

—¿Cómo se deshace una de un bebé? Tú has sido sirvienta. ¡Tienes que saberlo!

Fue una gran conmoción y un punto de inflexión en la vida de Valentine Wannop. Los años anteriores habían sido muy tranquilos, teñidos, por supuesto, de melancolía porque amaba a Christopher Tietjens. Pero pronto había aprendido a pasarse sin eso, y el mundo, tal como ella lo veía, era un lugar de renunciadas, de mucho esfuerzo y sacrificio. Tietjens tendría que ser sólo un hombre que iba a ver a su madre y hablaba maravillosamente. Había sido feliz mientras estaba en la casa y ella preparaba el té en la despensa de la criada. Además, había trabajado mucho para su madre; el tiempo había sido, en conjunto, bueno, y el rincón del país donde vivían había seguido pareciéndole fresco y agradable. Había disfrutado de una salud excelente, había montado de vez en cuando el *qui-tamer* con el que Tietjens había reemplazado el ciclón de Joel; y a su hermano le había ido tan bien en Eton y había conseguido tantos premios y becas que, una vez en Magdalen, casi se había independizado de su madre. Era un muchacho alegre y admirable y era probable que compitiera con éxito por su universidad, siempre que no acabaran expulsándolo por sus extravagancias políticas. ¡Era comunista!

Y en la rectoría habían estado los Duchemin, o más bien la señora Duchemin y, la mayoría de los fines de semana, Macmaster.

La pasión de Macmaster por Edith Ethel, y de Edith Ethel por Macmaster le había parecido una de las cosas hermosas de la vida. Daban la impresión de nadar en un mar de renunciadas, de hermosas citas literarias, y de espera constante. Macmaster no le interesaba demasiado personalmente, pero confiaba en él por la pasión romántica que había despertado en Edith Ethel y porque era amigo de Christopher Tietjens. Nunca le había oído decir nada original, sus citas solían ser más adecuadas que sorprendentes. Pero daba por sentado que era el hombre indicado, igual que da uno por sentado que la máquina del tren expreso en el que viaja es de fiar. Los entendidos la han escogido por nosotros...

La señora Duchemin, al desquiciarse así en su presencia, le había proporcionado el primer indicio de que su idolatrada amiga, en quien había creído tanto como en la firmeza de la tierra, había sido la querida de su amante, casi desde el primer día en que lo vio... Y de que la señora Duchemin ocultaba en alguna parte una personalidad extremadamente desagradable y vulgar. Se encolerizó una y otra vez a la luz de las velas, delante de los oscuros paneles de roble, y chilló frases vulgares que expresaban un odio profundo por su amante. ¿Es que ese zoquete no sabía hacer las cosas mejor que el sucio e insignificante pescador de Port of Leith...?

¿Para qué servían entonces las largas velas en candelabros de plata? ¿Y los

pulimentados paneles en los pasillos?

Valentine Wannop no podría haber sido una cenicienta con vestidos usados de algodón, que dormía debajo de las escaleras de una casa de Ealing donde vivían una cocinera borracha, una señora enferma, y tres hombres sobrealimentados, sin adquirir un considerable conocimiento de las necesidades sexuales y los excesos de la humanidad. Pero, igual que todos los ilotas pobres de las grandes ciudades fortalecen sus vidas soñando con bellezas materiales, elegancia y cómodas riquezas, ella había pensado siempre que, lejos del mundo de Ealing y sus consejeros del condado que comían más de la cuenta y relinchaban como caballos, había brillantes colonias de seres castos, de pensamientos hermosos, altruistas y circunspectos.

Y, hasta ese momento, se había imaginado a sí misma en las afueras de dicha colonia. Daba por supuesto que había una sociedad de brillantes intelectos centrada en Londres alrededor de sus amigos. Ealing lo dejaba fuera de su imaginación. Una vez había oído decir a Tietjens que la humanidad se componía de intelectos exactos y constructivos por un lado y por el otro de carne de cañón con la que llenar los cementerios... ¿Qué había sido entonces de los intelectos exactos y constructivos?

Peor aún, ¿qué había sido de su hermosa inclinación por Tietjens, ya que no podía considerarla de otro modo? ¿Es que su corazón ya no podría alegrarse cuando estuviera en la despensa y él en el estudio de su madre? Y aún más, ¿qué había sido de la hermosa inclinación que, según le constaba, sentía Tietjens por ella? Se planteó la eterna pregunta —y ella sabía que era una pregunta eterna— de si un hombre y una mujer no pueden limitarse a sentir inclinación el uno por el otro. Y al ver a la señora Duchemin yendo de aquí para allá a la luz de las velas, con el rostro lívido y el cabello desordenado, Valentine Wannop dijo: «¡No!, ¡no! ¡El tigre que acecha entre los juncos siempre acaba alzando la cabeza!». ^[77] Pero el tigre... parecía más bien un pavo.

Tietjens levantó la cabeza desde el otro lado de la mesa del té y la observó con su mirada demorada y meditativa desde detrás de su madre; ¿es que, en lugar de ojos azules y saltones, debería tener unas pupilas divididas longitudinalmente que se dividieran cerrándose o dilatándose, sobre un fondo amarillo con destellos verdosos de luz furtiva?

Ella era consciente de que Edith Ethel le había causado un daño irreparable, pues no se puede sufrir una gran impresión sexual y seguir siendo la misma. O al menos no durante muchos años. En cualquier caso, se quedó con la señora Duchemin hasta las tantas de la mañana, cuando dicha dama cayó en un sillón, convertida en un mero saco de huesos envuelta en telas de color azul como las plumas de un pavo real, y se negó a moverse o a hablar más; ni siquiera entonces dejó de velar fielmente a su amiga...

Al día siguiente llegó la guerra. Fue una pesadilla de sufrimiento puro, sin tregua

ni de día ni de noche. Empezó la mañana del día 4 con la llegada de su hermano de una especie de escuela veraniega comunista de Oxford en los Broads.^[78] Llevaba una gorra de estudiante de la hermandad estudiantil alemana y estaba totalmente borracho. Había ido a Harwich a visitar a unos amigos alemanes. Era la primera vez que veía a un hombre borracho, así que fue un buen regalito.

Al día siguiente, ya sobrio, estuvo aún peor. Era un muchacho guapo y moreno como su padre, tenía la nariz ganchuda de su madre y estaba siempre un poco desequilibrado, no desaforado, pero siempre vehemente acerca de las opiniones que sostuviera en cada momento. En la escuela veraniega había estado bajo la tutela de todo tipo de vitriólicos profesores. Hasta ese momento había carecido de importancia. Su madre escribía para un periódico *tory*; su hermano, cuando estaba en casa, revisaba una especie de órgano subversivo de Oxford. Pero su madre se había limitado a tomárselo a broma.

La guerra había cambiado eso. Ambos parecían llenos de un deseo de sangre y tortura y ninguno le prestaba la menor atención al otro. Era como si —y así lo recordó durante esos años— en un rincón de la habitación su madre, anciana y de rodillas, pues sólo se levantaba con esfuerzo, le gritara groseras advocaciones a Dios para que le dejase estrangular, torturar y despellejar con sus propias manos a un ser llamado káiser, y como si en el otro extremo de la habitación, su hermano, erguido, sombrío, desdeñoso y vitriólico, con el puño cerrado en alto, pidiera que se abatiese la maldición del cielo sobre el soldado británico, para que muriesen y agonizasen a miles con la sangre chorreándoles de los pulmones abrasados. Al parecer, el líder comunista en que pretendía convertirse Edward Wannop había fracasado en sus intentos de causar desafectos entre varias unidades del ejército británico y lo había hecho de forma humillante, tras despertar sólo la risa o el desprecio y sin que lo arrojaran al estanque, lo fusilasen o martirizasen de cualquier otro modo. Eso era una prueba de que el soldado raso era el responsable de la guerra. ¡Si aquellos innobles mercenarios se hubiesen negado a combatir, los otros millones, asediados y aterrorizados, habrían depuesto las armas!

Entre aquella horrible fantasmagoría se movía la figura de Tietjens. Dudaba. Ella le oyó varias veces plantearle sus dudas a su madre, que cada vez se volvía más abstraída. Un día la señora Wannop le había dicho:

—¿Qué piensa tu mujer?

Tietjens había respondido:

—¡Oh!, la señora Tietjens es pro alemana... O no, ¡eso no es exacto! Es amiga de unos prisioneros alemanes y cuida de ellos. Pero se pasa casi todo el tiempo en retiros conventuales leyendo novelas de antes de la guerra. No soporta la idea del sufrimiento físico. Y no la culpo por ello.

La señora Wannop ya no estaba escuchándole, su hija sí.

Para Valentine Wannop la guerra había convertido a Tietjens en un hombre de carne y hueso y no en una inclinación..., la guerra y la señora Duchemin se interponían entre ellos. Tietjens parecía haberse vuelto menos infalible. Un hombre que duda es más real, tiene ojos, manos, necesidad de comer y de que le cosan un botón. De hecho, ella le había cosido un botón de un guante que estaba suelto.

Un viernes por la tarde había tenido con él una larga conversación en casa de Macmaster, la primera desde su excursión y el accidente.

Desde que Macmaster había instituido sus veladas de los viernes —que habían empezado cierto tiempo antes de la guerra—, Valentine Wannop había acompañado a la señora Duchemin a la ciudad en el tren matutino y de vuelta por la noche a la rectoría. Valentine servía el té y la señora Duchemin flotaba por la enorme habitación forrada de libros entre genios y periodistas de primera fila.

En esa ocasión —un día de noviembre, muy húmedo y frío— casi no había asistido nadie, aunque el viernes precedente había ido mucha más gente de lo habitual. Macmaster y la señora Duchemin se habían llevado a un tal señor Spong, un arquitecto, al comedor para contemplar una tirada especialmente buena de las *Vistas de Roma* de Piranesi, que Tietjens había encontrado en alguna parte y le había regalado a Macmaster. Un tal señor Jegg y una tal señora Haviland estaban sentados junto a la ventana del fondo. Hablaban en voz baja. De vez en cuando, el señor Jegg empleaba la palabra «inhibición». Tietjens se levantó de su asiento junto a la chimenea y se le acercó. Le ordenó que cogiera su taza de té y fuese a hablar con él junto al fuego. Ella le obedeció. Se sentaron juntos en un sofá de cuero con patas de latón pulimentado, el fuego les calentaba la espalda. Él dijo:

—Bueno, señorita Wannop. ¿Y a qué se dedica últimamente? —Y se habían puesto a hablar de la guerra. Era imposible no hacerlo. Le sorprendió no encontrarlo tan repelente como había imaginado, pues en esa época, con los hechos que constantemente le recordaban los amigos pacifistas de su hermano y de tanto darle vueltas a la moral de la señora Duchemin, tenía la sensación automática de que todos los hombres viriles eran demonios llenos de lujuria que no deseaban otra cosa que pasearse por los campos de batalla apuñalando a los heridos con sus largas dagas en un frenesí de sadismo. Sabía que esa idea de Tietjens era equivocada, pero le gustaba.

Le pareció —aunque subconscientemente sabía que lo era— sorprendentemente apacible. Lo había observado demasiadas veces mientras escuchaba las soflamas de su madre contra el káiser para no haberse dado cuenta. No levantó la voz ni demostró ninguna emoción. Por fin dijo:

—Tú y yo somos como dos personas... —Se interrumpió y volvió a empezar un poco más deprisa—: ¿Has visto esos anuncios de jabón que se leen de forma diferente al verlos desde distintos ángulos? Cuando te acercas lees «Jabón el Mono» y, si luego vuelves la vista atrás, pone «no necesita aclarado». Tú y yo estamos en

ángulos distintos y, aunque miramos la misma cosa, leemos mensajes diferentes. Tal vez si estuviésemos juntos veríamos un tercero... Pero espero que nos respetemos mutuamente. Los dos somos sinceros. Yo, al menos, te respeto profundamente y espero que tú también lo hagas.

Ella guardó silencio. El fuego crepitaba a su espalda. El señor Jegg, desde el otro extremo de la habitación, dijo: «El fracaso en coordinar...», y luego bajó la voz.

Tietjens la miró con atención.

—¿No me respetas? —preguntó. Ella siguió guardando silencio obstinadamente—. Habría preferido que lo dijeras tú.

—¡Oh! —gritó ella—, ¿cómo quieres que te respete con todo este sufrimiento? ¡Con tanto dolor! Semejante tortura... No puedo dormir..., nunca..., no he dormido una noche entera desde... Piensa en los inmensos espacios que se extienden bajo la noche... Creo que el miedo y el dolor deben de ser peores de noche... —Sabía que estaba gritando así porque sus temores se habían hecho realidad. Cuando él le había dicho: «Habría preferido que lo dijeras tú», empleando el pasado, en realidad se estaba despidiendo. El hombre al que amaba también iba a partir.

Y sabía también, siempre lo había sabido de forma inconsciente y ahora lo confesaba, que parte de su agonía se debía a que un día él le diría adiós, así, con la inflexión de un verbo. Igual que de forma casual, refiriéndose a «los dos», y tal vez de manera no intencionada, le había dado a entender que la amaba.

El señor Jegg se deslizó junto a la ventana, la señora Haviland estaba ya junto a la puerta.

—Les dejamos que hablen de la guerra —dijo el señor Jegg, y luego añadió—: Por mi parte, creo que nuestro único deber es preservar la belleza de las cosas que aún puede conservarse. Lo siento, pero ésa es mi opinión.

Se quedó sola con Tietjens aquel día tan tranquilo. Se dijo: «Ahora tiene que cogerme entre sus brazos. Debe hacerlo. ¡Debe hacerlo!». Sus instintos más profundos afloraron a la superficie a través de capas que ella apenas conocía. Le pareció notar cómo la rodeaban sus brazos; sintió en las ventanas de la nariz el peculiar aroma de su cabello..., igual que la fragancia de la piel de una manzana, sólo que muy débil. «¡Debes hacerlo! ¡Debes hacerlo!», se dijo. La abrumó el recuerdo de la excursión que hicieron juntos y del momento, el terrible momento, en que al subir de la niebla blanca al aire cegador, había notado el impulso de todo el cuerpo de él hacia ella y el de su propio cuerpo hacia él. Había sido un instante fugaz, como uno de esos sueños transitorios en los que uno tiene la sensación de caer... Vio el disco blanco del sol por encima de la niebla plateada, la noche larga y cálida se extendía a sus espaldas...

Tietjens estaba acurrucado como con desánimo, la luz del fuego jugueteaba con sus mechones plateados. Fuera casi había oscurecido. Ambos notaron que la enorme

habitación, con sus dorados y sus maderas pulimentadas a mano, se había ido volviendo, semana tras semana, más parecida al gran comedor de los Duchemin. Bajó del sofá con un movimiento fatigado, como si fuese un mueble muy alto. Dijo, con un poco de amargura, y todavía más cansancio:

—Bueno, tengo que decirle a Macmaster que voy a dejar la oficina. ¡Eso tampoco será muy agradable! Aunque lo que piense el pobre Vinnie no tiene mucha importancia —y añadió—: Resulta extraño, cariño... —En el tumulto de sus emociones ella casi estuvo segura de que le había dicho «cariño»—. No hace ni tres horas mi mujer empleó prácticamente las mismas palabras que tú. Prácticamente las mismas. Me dijo que no podía dormir por las noches al pensar en los inmensos espacios repletos de dolor que aún era peor de noche... Y ella también dijo que no podía respetarme...

Valentine dio un respingo.

—¡Oh! —dijo—, tu mujer no quería decir eso. Ni yo tampoco. Casi cualquiera que se tenga por un hombre debe hacer lo mismo que tú. ¿No ves que es un intento desesperado de recurrir a argumentos morales para hacer que te quedes? ¿Cómo no vamos a revolver Roma con Santiago con tal de no perder a nuestros hombres? —Luego añadió, y fue otra cosa que no dejó sin revolver—: Además, ¿como puedes conciliarlo con tu sentido del deber, incluso desde tu punto de vista? Eres más útil..., sabes muy bien que eres más útil a tu país aquí que...

Tietjens se plantó delante de ella y se agachó un poco con mucha dulzura y preocupación.

—No puedo conciliarlo con mi conciencia —dijo—. En este conflicto no hay nada que pueda conciliarse con la conciencia. No pretendo decir que no debiéramos tomar parte en él y del lado en el que estamos haciéndolo. Debemos. Pero te diré cosas que no le he dicho nunca a nadie.

A Valentine le pareció que la sencillez de su afirmación dejaba en ridículo todos los lugares comunes que había oído hasta entonces. Le dio la impresión de que era un niño quien hablaba. Tietjens le describió la desilusión personal que había sentido cuando su país entró en la guerra. Incluso le describió los luminosos brezales del norte, donde ingenuamente había tomado la resolución de enrolarse en la legión extranjera francesa como soldado raso, convencido de que, como él decía, así volvería a tener los huesos limpios.

Eso —le contó— había sido sencillo. Ahora nada lo era, ni para él ni para nadie. Antes podía haber combatido por la civilización con la conciencia tranquila, e incluso, si se quiere, por el siglo XVIII y contra el XX, puesto que eso es lo que significaba combatir por Francia contra sus enemigos. Pero nuestra entrada en la guerra lo había cambiado todo. Era una parte del siglo XX que utilizaba al XVIII como garra para golpear a la otra mitad. Ciertamente que era inevitable. Y mientras lo

hiciésemos de forma decente sería soportable. Así podría seguir en su trabajo, que consistía en falsificar estadísticas contra los otros..., hasta que estuviera harto de falsificar y la cabeza le diera vueltas. ¡E incluso más!

Tal vez fuese poco inteligente falsificar —exagerar— datos contra las naciones enemigas. Lo más probable es que se volviese contra nosotros de un modo u otro. O quizá no. Eso dependía de los superiores. ¡Obviamente! Los primeros habían sido tipos honrados y sencillos. Estúpidos, pero relativamente desinteresados. ¡Pero ahora! ¿Qué podía hacer...? Siguió casi musitando...

Ella lo vio de pronto como a un hombre de una clarividencia extraordinaria respecto a los asuntos de los demás, de los grandes asuntos, pero inocente como un bebé si se trataba de él. ¡Y amable! Y extraordinariamente generoso. No dejaba traslucir ni un sentimiento egoísta..., ¡ni uno solo!

Estaba diciendo:

—¡Pero ahora, con esta pandilla de prevaricadores! Supón que me pidieran manipular las cifras de millones de pares de botas para obligar a alguien a enviar a un desdichado general y a sus tropas a, digamos, Salónica..., cuando ellos y tú y el sentido común y todo lo demás indican que sería desastroso... Y de ahí a andarse con tejemanejes con nuestras tropas... Haciendo pasar hambre a unidades concretas por motivos políticos... —Estaba hablando para sí, no para ella. Y, de hecho, dijo—: La verdad es que no puedo hablar de esto contigo. Por lo que sé tus simpatías, tal vez tus actividades, están con las naciones enemigas.

Ella respondió apasionadamente:

—¡No es cierto! ¡No es cierto! ¿Cómo te atreves a decir algo así?

Tietjens contestó:

—No importa... ¡No! Estoy seguro de que tú no... Pero, en cualquier caso, se trata de asuntos oficiales. Si se es medianamente escrupuloso no se puede ni siquiera hablar de ello... Y además... Como ves, todas estas sutiles manipulaciones se traducen en un infinito número de muertos, en una prolongación indefinida de la guerra... Me parece ver a esos tipos con nubes de sangre sobre la cabeza... Y por otro lado..., tengo que cumplir sus órdenes porque son mis superiores... Pero obedecerles significa muertes incontables...

La miró con una sonrisa vaga y casi divertida.

—¡Ya ves! —dijo—. ¡Tal vez no estemos tan en desacuerdo! No pienses que eres la única que ve todas las muertes y el sufrimiento. Quiero decir todas. Yo también soy un objetor de conciencia. Mi conciencia me impide seguir más tiempo con esos tipos...

Ella replicó:

—Pero ¿no hay otro modo de...?

Tietjens la interrumpió:

—¡No! No hay otro camino. En estos casos sólo se puede ser cuerpo o cerebro. Supongo que yo soy más cerebro que cuerpo. Eso creo. Tal vez no lo sea. Pero mi conciencia no me permite emplear mi cerebro en ese servicio. ¡Y, al fin y al cabo, tengo un gran corpachón! Admito que probablemente no sirva de mucha ayuda. Pero no me queda nada por lo que vivir: lo que yo definiendo ha desaparecido del mundo. Lo que deseo, como sabes, no puedo conseguirlo. Así que...

Valentine exclamó con amargura:

—¡Oh, dilo! ¡Dilo! Di que con tu corpachón detendrás dos balas delante de dos tipos anémicos... ¿Cómo puedes decir que no tendrás nada por lo que vivir? Volverás. Volverás a hacer un buen trabajo. Sabes que hacías un buen trabajo...

Él respondió:

—¡Sí! Creo que lo hacía. Antes lo despreciaba, pero he llegado a pensar que era un buen trabajo... Pero ¡no! Nunca me permitirán volver. Me echarán con todo género de manchas en mi historial. Me perseguirán de forma sistemática... En este mundo, a los idealistas, aunque tal vez yo no sea más que un sentimental, los lapidan. Hacen que los demás se sientan incómodos. No les dejan jugar al golf en paz... No, de un modo u otro, me hundirán. Y algún tipo, Macmaster mismo, hará mi trabajo. No lo hará tan bien, pero lo hará con menos honradez. No, no debería decir con falta de honradez. Lo hará con entusiasmo y rectitud. Cumplirá las órdenes de sus superiores con una inmensa unción y docilidad. Falsificará cifras contra nuestros aliados con el negro entusiasmo de un Calvino, y, cuando llegue esa guerra, hará las falsificaciones necesarias con la ira virtuosa de Jehová al golpear al sacerdote de Baal. Y hará bien. Es lo único que podemos hacer. No tendríamos que haber entrado en esta guerra. Tendríamos que haberles arrebatado las colonias a otros como precio por nuestra neutralidad...

—¡Oh! —dijo Valentine Wannop—, ¿cómo puedes odiar así tu país?

Él respondió muy serio:

—¡No digas eso! ¡Ni lo creas! ¡Ni siquiera lo pienses un momento! Amo cada centímetro de sus campos y cada planta de sus setos, consueñas, gordolobos, primulas, las luengas flores purpúreas que los sencillos pastores llaman por un nombre más grosero..., y todo lo demás, recordarás el campo entre la casa de los Duchemin y la de tu madre. Además, siempre hemos sido estafadores, salteadores, saqueadores, piratas y ladrones de ganado, así que hemos creado una tradición que adoramos... Pero, de momento, resulta penoso. La pandilla de ahora no es más corrupta que la de Walpole. Pero no quiero estar cerca de ellos. Uno lee que Walpole consolidó la nación aumentando la deuda nacional, no ve sus métodos... Mi hijo, o su hijo, sólo verá la gloria del botín que sacamos de esta función. O más bien de la próxima. Ignorará los métodos que se emplearon. En la escuela le enseñarán que a través de los condados llegaba la voz de las trompetas que su padre conocía...

Aunque ése era otro asunto deshonoroso...

—¡Pero tú! —exclamó Valentine Wannop—. ¡Tú! ¿Qué harás al terminar la guerra?

—¿Yo? —preguntó él, algo perplejo—. ¡Yo! ¡Oh!, me dedicaré al negocio de los muebles antiguos. Me han ofrecido un trabajo...

Ella no creyó que hablara en serio. Estaba segura de que no había pensado en su futuro. Pero de pronto le pareció ver su cabeza blanca y su pálido semblante en la penumbra de una trastienda llena de muebles polvorientos. Saldría, se subiría en una bicicleta igual de polvorienta y acudiría a una subasta en una casa de campo. Le gritó:

—¿Por qué no lo haces ahora? ¿Por qué no aceptas ahora mismo el trabajo? —En la oscura trastienda al menos estaría a salvo.

Él respondió:

—¡Oh, no! ¡Ahora no! Además, el negocio de los muebles antiguos no debe de estar pasando por su mejor momento... —Era evidente que estaba pensando en otra cosa—. Probablemente haya sido un canalla rastrero al angustiarte con mis dudas. Pero quería ver hasta dónde llegaban nuestras semejanzas. Siempre hemos pensado, o al menos eso me ha parecido, de manera muy similar. Supongo que quería que me respetases...

—¡Pero si te respeto! —dijo ella—. Eres tan inocente como un niño.

Él prosiguió:

—Además, quería pensar un poco. Últimamente no he tenido una habitación silenciosa donde pensar, con un fuego... ¡y contigo! Haces que se me organicen las ideas. Hasta hoy he estado muy confuso..., ¡hasta hace cinco minutos! ¿Recuerdas nuestra excursión? Analizaste mi carácter. Nunca habría permitido que nadie... Pero tú..., ¿no lo comprendes?

—¡No! ¿Qué quieres que comprenda? Recuerdo...

Él dijo:

—Que sin duda ahora no soy un caballero rural inglés atento a los cotilleos de las ferias de caballos y que diga que el país se puede ir al infierno.

Ella respondió:

—¿Eso dije...? ¡Sí, recuerdo haberlo dicho!

La sobrecogieron profundas olas de emoción y se puso a temblar. Estiró los brazos... o creyó haberlos estirado. Tietjens apenas era visible a la luz del fuego, pero ella no podía ver nada, las lágrimas la cegaban. Difícilmente habría podido estirar los brazos, pues tenía ambas manos en el pañuelo con el que se estaba enjugando los ojos. Él dijo algo, no era ninguna palabra cariñosa o ella la habría recordado, empezaba con: «Bueno, debo de ser...». Guardó silencio un buen rato, ella creyó notar cómo llegaban grandes oleadas desde él hacia ella. Pero Tietjens no estaba en la habitación...

El resto, hasta aquel momento en el Ministerio de la Guerra, había sido una implacable agonía. El periódico de su madre recortó su salario, dejaron de encargarle entregas; era evidente que su madre estaba en declive. Las eternas diatribas de su hermano eran como latigazos sobre su piel. Casi parecía que quisiera que matasen a Tietjens. No volvió a verlo ni a saber de él. Una vez, en casa de los Macmaster oyó que acababa de partir. Cuando leía un periódico le daban ganas de gritar. Les acosaba la pobreza. La policía registró la casa en busca de su hermano y sus amigos. Luego enviaron a su hermano a la cárcel, en algún lugar del centro del país. La antigua cordialidad de sus vecinos se convirtió en hosca sospecha. No podían comprar leche. Se volvió casi imposible encontrar comida sin ir a buscarla muy lejos. La señora Wannop pasó tres días fuera de sí. Luego mejoró y empezó a escribir un nuevo libro. Prometía ser muy bueno. Pero no encontraba editor. Edward salió de la prisión muy bullicioso y alborotado. Por lo visto se bebía mucho en las cárceles. Pero, al saber que su madre había perdido la razón al saber de su desgracia, y tras una terrible escena con Valentine en la que le había acusado de ser la amante de Tietjens, y por tanto militarista, consintió en permitir que su madre utilizara su influencia —todavía le quedaba alguna— para que lo destinaran como AB en un dragaminas. Los vientos fuertes se convirtieron en una agonía para Valentine Wannop además del insoportable ruido de los bombardeos que llegaba del mar. Su madre se puso mucho mejor, se enorgullecía de tener un hijo en el ejército. Entonces fue capaz de darse cuenta de que el periódico había dejado de pagarle. El 5 de noviembre [79] una pequeña muchedumbre quemó la efigie de la señora Wannop enfrente de su casa y les rompieron los cristales del piso de abajo. La señora Wannop salió y, a la luz de las hogueras, golpeó a dos jóvenes granjeros alborotadores. Fue terrible ver el cabello cano de la señora Wannop a la luz del fuego. A partir de entonces, el carnicero se negó a venderles carne, con o sin cartilla de racionamiento. Cada vez era más urgente que se mudaran a Londres.

El horizonte pantanoso se oscureció con postes gigantescos, el aire se llenó de aeroplanos, las carreteras se cubrieron de vehículos militares. Se hizo imposible escapar de los sonidos de la guerra.

Justo cuando decidieron mudarse, volvió Tietjens. Por un instante, fue una bendición tenerlo en el país. Pero cuando, un mes más tarde, Valentine Wannop lo vio por un minuto, le pareció lento, envejecido y obtuso. Entonces fue tan horrible como antes, pues a Valentine le dio la impresión de que había perdido la razón.

Al enterarse de que Tietjens iba a estar acantonado, o en cualquier caso ocupado, en las cercanías de Ealing, la señora Wannop alquiló una casita en Bedford Park, y para llegar a fin de mes —pues su madre apenas ganaba ya nada— Valentine Wannop aceptó un empleo como profesora de gimnasia en una escuela en un barrio de las afueras no muy cercano. Así, aunque Tietjens se pasaba a tomar el té casi cada tarde

con la señora Wannop en la destartalada casita suburbana, Valentine Wannop apenas lo veía. La única tarde libre que tenía era la del viernes, y ese día seguía acompañando a la señora Duchemin, con quien se encontraba hacia mediodía en Charing Cross y luego volvía a la misma estación a tiempo de coger el último tren a Rye. Los sábados y los domingos los pasaba ocupada mecanografiando el manuscrito de su madre.

El caso es que apenas veía a Tietjens. Sabía que su pobre cerebro se había vaciado de hechos y nombres, pero su madre decía que le era de gran ayuda. Una vez proporcionados los datos, su inteligencia sacaba sólidas conclusiones *tory* —a partir de sorprendentes y atractivas teorías— con extrema rapidez. Eso le resultaba muy útil a la señora Wannop siempre que tenía que escribir un artículo para algún periódico exaltado —aunque ahora ya no ocurriese con mucha frecuencia—. No obstante, ella seguía escribiendo para el declinante órgano de opinión, aunque ya no le pagaran nada.

De modo que Valentine Wannop seguía acompañando a la señora Duchemin, aunque ya no hubiera ningún vínculo entre ellas. Valentine, por ejemplo, sabía perfectamente que la señora Duchemin, después de subirse al tren en Charing Cross, bajaba en Clapham Junction, cogía un taxi hasta Gray's Inn después de anochecer y pasaba la noche con Macmaster, y la señora Duchemin sabía perfectamente que Valentine lo sabía. Era una especie de alarde de circunspección y rectitud, y continuaron con él incluso después de que hubiese tenido lugar la boda en una siniestra oficina municipal, con Valentine como uno de los testigos y un lúgubre sustituto del portero de la iglesia como el otro. Para entonces no parecía haber ningún motivo evidente para que Valentine siguiera encubriendo a la señora Macmaster en aquellas deprimentes ocasiones, pero la señora Macmaster insistió en que, ya puestos, podía seguir haciéndolo hasta que les pareciese conveniente hacer pública la boda. Había, señaló la señora Macmaster, muchas lenguas condenatorias, y, aunque se las refutara, a veces era difícil, si no imposible, acallar el escándalo. Además, la señora Macmaster era de la opinión de que las veladas de Macmaster con aquellos genios sería una educación libre para Valentine. Aunque, como se pasaba casi todo el rato en la mesa del té cerca de la puerta, estaba más familiarizada con las espaldas y los perfiles de aquella gente tan distinguida que con sus intelectos. De vez en cuando, no obstante, la señora Duchemin le mostraba a Valentine, como un enorme privilegio, una de las cartas que le enviaban esos hombres de genio..., normalmente del norte de Inglaterra, escritas, como norma, desde Europa, u otros climas más lejanos y pacíficos, pues la mayoría opinaba que su deber en esos tiempos tan terribles era conservar encendida la única chispa de belleza resplandeciente en el mundo. Redactadas en términos tan elogiosos que recordaban a los utilizados por hombres más profanos en cartas de amor apasionadas, aquellas epístolas relataban, o

consultaban, a la señora Duchemin respecto a sus amoríos con princesas extranjeras, el progreso de sus achaques o los progresos de sus almas hacia esas elevadas regiones de moralidad en las que flotaba la hermosa alma de su corresponsal.

Las cartas entretenían a Valentine y, de hecho, todo aquel espejismo la entretenía. El modo en que los Macmaster trataban a su madre fue lo que acabó de convencerla de que esa amistad había muerto, pues las amistades de las mujeres son tenaces y sobreviven a sorprendentes desilusiones, y Valentine Wannop era una mujer de una lealtad mayor de lo normal. De hecho, aunque no pudiera respetar a la señora Duchemin por los mismos motivos que antes, la respetaba por la tenacidad de su propósito, por su determinación de promover a Macmaster y por el modo implacable en que perseguía dicho propósito.

En realidad, el afecto de Valentine había sobrevivido incluso a las continuas denigraciones de Tietjens por parte de Edith Ethel, que lo tenía por un lastre alrededor del cuello de su marido, aunque sólo fuese porque era un hombre muy impopular, que se había hecho muy antipático y siempre se comportaba con extremada rudeza con los genios de los viernes. Edith Ethel, además, aumentó la frecuencia de sus quejas a medida que los distinguidos acudieron a los viernes de Macmaster. Y las interrumpió de pronto de un modo que a Valentine le pareció raro.

Lo que la señora Duchemin le reprochaba a Tietjens era que, como Macmaster era débil, Tietjens había actuado como su banquero hasta que, sumando los intereses y todo lo demás, Macmaster llegó a deberle una cuantiosa suma de varios miles de libras. Y en realidad no había habido ningún motivo: Macmaster había gastado la mayor parte del dinero en muebles caros para sus habitaciones o en sus costosos viajes a Rye. Por un lado, la señora Duchemin podría haberle encontrado a Macmaster todos los chismes que quisiera entre las cosas de la rectoría, donde nadie los echaría de menos, y por el otro, ella misma le habría pagado los gastos de viaje. Tenía acceso ilimitado al dinero de su marido, que nunca pedía cuentas. Pero mientras Tietjens había gozado de influencia sobre Macmaster siempre la había ejercido para darle a entender —¡a la señora Duchemin la sacaba de quicio pensarlo!— que eso habría sido deshonroso. Así que Macmaster había seguido pidiéndole dinero prestado.

Y lo más irritante era que, en una época en la que ella disponía de un poder notarial sobre la fortuna del señor Duchemin y habría podido vender, con suma facilidad, cualquier cosa que nadie habría echado de menos por las dos mil libras que debía Macmaster, Tietjens se había negado con todas sus fuerzas a permitir que Macmaster aceptara hacer algo semejante. Una vez más había metido en su débil cabeza que habría sido deshonroso. Pero la señora Duchemin —y siempre apretaba los labios con determinación al decirlo— sabía perfectamente los motivos de Tietjens. Pensaba que, mientras Macmaster le debiera dinero, no se atreverían a

cerrarle las puertas. Y su casa empezaba a ser un sitio donde uno conocía a gente de gran influencia que tal vez pudiera procurarle una sinecura a una persona tan perezosa como Tietjens. Tietjens sabía muy bien arrimar el ascua a su sardina.

Pues ¿qué podía tener de deshonesto —preguntaba la señora Duchemin— un arreglo como el que proponía? Iba a heredar casi todo el dinero de su marido: a esas alturas ya estaba loco y, en consecuencia, era moralmente suyo. Pero, justo después, habían declarado loco al señor Duchemin y sus bienes habían caído en manos de la Comisión de la Demencia y se habían evaporado todas las esperanzas de quedarse con el capital. Ahora, una vez muerto su marido, estaba en manos de fideicomisarios, pues el señor Duchemin le había dejado todas sus propiedades al Magdalen College y a su viuda sólo las rentas. Eran unas rentas muy cuantiosas, pero ¿de dónde iba a sacar la señora Duchemin el dinero con sus gastos, los gravámenes y el impuesto de sucesiones, que en esa época era despiadado? Se le asignó, por voluntad de su marido, suficiente capital para comprar una casita en Surrey con mucho terreno..., lo bastante para que Macmaster conociera algunos de los placeres de los terratenientes rurales. Tenían pensado criar ganado vacuno, y había tierra suficiente para disfrutar de un pequeño campo de golf y, en otoño, de un reducido —era sobre todo matorral— coto de caza donde Macmaster podía llevar a sus amigos. Bastaría para eso. ¡Oh, nada de ostentación! Tan sólo un sitio agradable donde estar. Como detalle divertido, los aldeanos ya llamaban «señor» a Macmaster y las mujeres le hacían reverencias. Pero Valentine Wannop podía comprender que, con todos esos gastos, no encontrarán dinero para pagarle a Tietjens. Además, la señora Macmaster afirmaba que no pensaba hacerlo. Había tenido su oportunidad y la había desaprovechado. Tendría que pagarle Macmaster y nunca podría hacerlo con lo que contribuía a sus gastos. Además se avecinaban complicaciones. Macmaster dudaba sobre la casita de Surrey y decía que consultaría a Tietjens sobre este y aquel cambio. Pero Tietjens no pondría el pie en el umbral de esa casa. ¡Nunca! Sería muy desagradable, o más bien significaría un brusco «¡C-r-r-a-c!». Y luego: «¡Chimpum!». La señora Duchemin se rebajaba a veces, con gran dramatismo, a emplear pintorescas expresiones de la época.

Valentine Wannop apenas respondía a esas diatribas. No era asunto suyo; y aunque, por un momento, se sintiera responsable de Christopher, como le ocurría de vez en cuando, no sentía ningún deseo de que su intimidad con los Macmaster se prolongara, porque sabía que él no podía tener ningún deseo de prolongarla. Lo imaginaba repudiándolos con alguna pulla inexpresable y divertida. Y, de hecho, en conjunto estaba de acuerdo con Edith Ethel. Para un hombrecillo tan débil como Vincent debía de ser desalentador tener a su lado a un amigo con la cartera siempre disponible. Tietjens no tendría que haber sido tan generoso; era un defecto, una cualidad suya que a ella personalmente no le parecía admirable. En cuanto a si habría

sido deshonroso o no que la señora Duchemin hubiera cogido el dinero de su marido y se lo hubiese dado a Macmaster, no tenía prejuicios. En la práctica, el dinero era de la señora Duchemin y habría sido muy sensato que le hubiese pagado a Christopher, aunque era consciente de que, a la larga, hacerlo habría resultado muy incómodo. No obstante, había que tener en cuenta los patrones masculinos. Y Macmaster al menos pasaba por ser un hombre. Tietjens, que siempre era acertado respecto a los asuntos ajenos, probablemente había obrado con prudencia, pues si la sustracción por parte de la señora Duchemin de un par de miles de libras de la herencia Duchemin hubiese salido a la luz se habría producido una situación muy desagradable con los fideicomisarios. Los Wannop nunca habían sido una familia terrateniente, pero Valentine había oído hablar lo bastante de las disputas legales motivadas por pequeñas traiciones familiares para saber lo desagradables que podían llegar a ser.

Así que había hecho pocos o ningún comentario, a veces incluso había asentido vagamente sobre el efecto desmoralizador que tenía sobre Macmaster y con eso había sido suficiente. Pues la señora Duchemin estaba convencida de tener razón y la opinión de Valentine Wannop no le importaba lo más mínimo, o más bien la daba por sabida.

Y cuando Tietjens partió a Francia por un tiempo, la señora Duchemin pareció olvidarse del asunto, y se había contentado con decir que lo más probable era que no regresara. Era de esos tipos torpes a los que siempre acababan matando. En ese caso, puesto que no habían firmado ningún pagaré ni otro tipo de papel, la señora Tietjens no podría reclamarles nada. Y todo estaría arreglado.

Pero, dos días después del regreso de Christopher —¡y así fue como Valentine se enteró de que había vuelto!—, la señora Duchemin exclamó con el ceño fruncido:

—Ese zoquete de Tietjens está en Inglaterra sano y salvo. Ahora el triste asunto de las deudas de Vincent... ¡Oh!

Se había interrumpido tan súbitamente y de un modo tan extraño que, a pesar de que a Valentine casi se le paró el corazón, no pudo ocultársele su extrañeza. De hecho, fue como si hubiese transcurrido un rato antes de que comprendiera del todo lo que significaba esa noticia y como si durante ese rato se hubiese dicho a sí misma: «Qué raro. Es exactamente como si Edith Ethel hubiese dejado de insultarle por mi causa... ¡Como si lo supiera!».

Pero ¿cómo iba Edith Ethel a saber que amaba a ese hombre que había vuelto? ¡Era imposible! Apenas lo sabía ella misma. Luego la arrolló una gran oleada de alivio: estaba en Inglaterra. Un día lo vería, ahí, en el gran salón. Pues sus conversaciones con Edith siempre tenían lugar en el gran salón donde había visto a Tietjens por última vez. De pronto le pareció muy hermoso y se resignó a esperar la llegada de los distinguidos.

Ciertamente era un salón hermoso, se había ido volviendo así con los años. Era

alargado y de techos altos..., como el de los Tietjens. Una gran araña de cristal tallado procedente de la rectoría coruscaba lúgubrementes en el centro, reflejada y re-reflejada por varios espejos convexos dorados y coronados por águilas. Habían quitado muchos libros para hacerles sitio a los espejos en las paredes de paneles blancos y a los cuadros anaranjados y marrones de Turner, también de la rectoría. De allí procedían asimismo la inmensa alfombra escarlata y lapislázuli, el enorme cesto de latón para la leña, las grandes cortinas que, en las tres ventanas alargadas, mostraban, sobre seda china de color azul pavo real, a unas grullas que ascendían en gracioso vuelo y todos los sillones Chippendale. Entre todo aquello, graciosa y despaciosamente, deteniéndose para arreglar con un gesto tierno e imperceptible las rosas carmesíes en los famosos jarrones de plata, todavía vestida de seda de color azul oscuro, con un collar de ámbar y su elaborado peinado, ondulado exactamente igual que el de Julia Domna en el Musée Lapidaire de Arles, se movía la señora Macmaster..., también procedente de la rectoría. Macmaster había visto cumplidos sus deseos, incluso con respecto a las galletas de mantequilla y el té peculiarmente aromatizado que llegaba cada viernes por la mañana de Princes Street. Y, si la señora Macmaster no tenía el humor astuto y guasón de las grandes damas escocesas de los viejos tiempos, tenía a cambio su profunda comprensión y ternura. Era una mujer increíblemente hermosa e impresionante: morena, de pelo negro, nariz y cejas rectas, ojos azules oscuros a la sombra de su cabello y labios curvos de granada sobre una barbilla ondulada como la proa de un barco griego...

La etiqueta de los viernes estaba regulada por una especie de protocolo regio. Al personaje más distinguido y, de ser posible, noble, lo llevaban a un gran sillón estriado de madera de nogal con el respaldo y el asiento de terciopelo azul, que tenía Dios sabe cuántos años y estaba junto a la chimenea. La señora Duchemin —o, si era muy distinguido, el señor y la señora Macmaster— revoloteaba a su alrededor. A los no tan distinguidos los llevaban por turnos a conocer a la celebridad y luego se iban sentando en semicírculo en hermosos sillones; los aún menos distinguidos se sentaban en grupos exteriores en sillas sin apoyabrazos; los casi nada distinguidos se quedaban de pie también en grupos o languidecían atemorizados en los asientos de cuero escarlata que había junto a las ventanas. Cuando todos estaban en su sitio, Macmaster se instalaba en la magnífica alfombrilla de la chimenea y le hacía agudas observaciones a la celebridad, aunque de vez en cuando le dedicaba unas palabras amables al más joven de los presentes..., para darle ocasión de distinguirse. El cabello de Macmaster, en esa época, seguía siendo negro, pero no estaba tan tieso, ni tan bien cepillado; su barba tenía vetas grises y sus dientes, que ya no eran tan blancos, no parecían tan fuertes como antes. Además, usaba monóculo y el esfuerzo por retenerlo en el ojo derecho le daba una expresión ligeramente angustiada. No obstante, le daba también el privilegio de acercar mucho la cara a la de cualquiera a

quien quisiera impresionar. En los últimos tiempos se había interesado mucho por el teatro, de modo que normalmente había varias actrices enormes y, por supuesto, serias y famosas en el salón. En raras ocasiones la señora Duchemin decía desde el otro extremo de la habitación con voz profunda: «Valentine, una taza de té para su alteza» o «para sir Thomas», según el caso, y, cuando Valentine lograba abrirse paso entre las sillas con una taza de té, la señora Duchemin decía con una sonrisa amable y distante: «Alteza, éste es mi pequeño pajarillo». Aunque, por lo general, se pasaba el rato sola junto a la mesa del té, sirviéndoles a los invitados lo que querían.

Tietjens asistió dos veces a los viernes durante los cinco meses que pasó en Ealing. Y en ambas ocasiones acompañó a la señora Wannop.

Las primeras veces —los primeros viernes—, a la señora Wannop, siempre que había asistido, la habían instalado en el trono y, como una reina Victoria de mayor tamaño, había esperado allí a que llevasen a los suplicantes a presencia de la gran escritora. Ahora, en la primera ocasión, la señora Wannop se sentó en una de las sillas sin apoyabrazos del círculo exterior, mientras un general en jefe destinado en el frente del este, cuyas victorias militares no habían sido dignas de destacar, pero cuyos despachos se consideraban muy literarios, ocupaba, deslumbrantemente, el trono. No obstante, la señora Wannop había charlado muy contenta con Tietjens toda la tarde y a Valentine le había resultado reconfortante ver la silueta grande, tosca y plácida de Tietjens y observar el afecto que se tenían.

En la segunda ocasión, el trono lo ocupó una mujer muy joven que hablaba mucho y con gran seguridad. Valentine no sabía quién era. La señora Wannop, muy alegre y distraída, se pasó casi toda la tarde de pie junto a la ventana. E incluso así, para gran alegría de Valentine, varios jóvenes se arremolinaron alrededor de la dama y dejaron el círculo de la joven casi vacío.

Entonces entró una mujer rubia muy alta y hermosa que llevaba un vestido nada llamativo. Se quedó con enorme —y obvio— desinterés junto a la puerta. Posó la mirada sobre Valentine, pero miró hacia otro lado antes de que pudiera decir nada. Debía de tener una enorme cantidad de pelo rubio leonado, pues lo llevaba enrollado en varias vueltas por encima de las orejas. Tenía en la mano unas tarjetas de visita que miró con expresión perpleja y luego dejó sobre la mesa. Nunca había estado allí antes.

Edith Ethel —¡era la segunda vez que lo hacía!— acababa de romper el círculo que rodeaba a la señora Wannop para llevar a sus jóvenes admiradores ante la joven del sillón de nogal y había dejado a Tietjens y a la anciana solos junto a la ventana; de modo que Tietjens vio a la desconocida, y a Valentine no le quedó la menor duda. Recorrió en diagonal la habitación para ir al encuentro de su mujer y la llevó directamente con Edith Ethel. Su rostro era totalmente inexpresivo.

Macmaster, plantado en medio de la alfombrilla, se conmovió de un modo

extraordinariamente cómico, pero que Valentine no supo interpretar. Saltó dos pasos adelante para recibir a la señora Tietjens, extendió la mano, la apartó un poco y retrocedió un paso. El monóculo se le cayó de su ojo perturbado y eso le dio una expresión menos angustiada, pero, en represalia, los cabellos de la nuca se le despeinaron de pronto. Sylvia, cimbreada junto a su marido, extendió su largo brazo y su mano indiferente. Macmaster casi hizo una mueca al notar su contacto, como si sus dedos estuvieran marcados por el vicio. Sylvia saludó sin ganas a Edith Ethel, que de pronto dio la impresión de ser pequeña, insignificante y relativamente vulgar. En cuanto a la joven celebridad del sillón parecía más o menos del tamaño de un conejo blanco.

Se había hecho un absoluto silencio en la habitación. Todas las mujeres presentes estaban contando los pliegues de la falda de Sylvia y calculando la cantidad de tela que había en ella. Valentine Wannop lo supo porque ella también estaba haciéndolo. Si tuviese toda esa tela y ese número de pliegues, su falda también le sentaría así... Era extraordinaria: se ajustaba a las caderas y daba un efecto de longitud y balanceo..., y, no obstante, no llegaba hasta los tobillos. Sin duda, era la cantidad de tela, como el *kilt* escocés que requiere doce metros de tejido para confeccionarse. Y por el silencio Valentine notó que todas las mujeres y la mayor parte de los hombres —aunque no supieran que aquélla era la señora de Christopher Tietjens— sabían que era un personaje de *Illustrated Weekly*, alguien de renombre y buena familia. La minúscula señora Swan, casada recientemente, se puso en pie, cruzó la habitación y se sentó junto a su marido. Fue una actitud que Valentine comprendió muy bien.

Y Sylvia, después de saludar vagamente a la señora Duchemin y de ignorar por completo a la celebridad del sillón, a pesar de que la señora Duchemin había tratado sin mucho entusiasmo de presentársela, se quedó mirando a su alrededor. Parecía una gran dama en un invernadero que estuviera pensándose qué flor le interesaba más, sin prestar atención a los jardineros que se inclinaban ante ella. Acababa de bajar los párpados dos veces en señal de reconocimiento a dos oficiales del Estado Mayor, con franjas escarlatas, que habían hecho ademán de levantarse del asiento. Los oficiales del Estado Mayor que iban a casa de los Macmaster no eran de la mejor cosecha, pero tenían las mismas etiquetas y pasaban por serlo.

Valentine estaba ya junto a su madre, que se había quedado plantada al lado de la ventana. Había desposeído, muy indignada, a un orondo crítico musical de su silla y la había sentado en ella. Y justo cuando la voz profunda de la señora Duchemin sonó todavía un poco vacilante: «Valentine..., una taza de té para...». Valentine le estaba llevando una taza de té a la señora Wannop.

Su indignación había dominado sus celos desesperados, si es que podían llamarse celos. Pues ¿de qué servía vivir o amar cuando Tietjens tenía a su lado, para siempre, la perfección más radiante y graciosa? Por otro lado, de sus dos profundas pasiones,

la segunda era su madre.

Con razón o sin ella, Valentine consideraba a la señora Wannop una figura grande y augusta: un cerebro privilegiado y una inteligencia noble y generosa. Había escrito, al menos, una gran novela, y si el resto de su tiempo lo había desperdiciado en una lucha desesperada por sobrevivir que había consumido sus vidas, eso no podía restarle mérito a aquel logro que haría que el nombre de su madre perdurase en el tiempo. Hasta entonces a Valentine no le había ni sorprendido ni irritado que los Macmaster no le dieran importancia a esa grandeza. Los Macmaster iban a lo suyo y tenían sus predilecciones. Se contaban entre los oficialmente influyentes, los semioficial y los oficialmente acreditados. Se movían entre los CB, caballeros, presidentes y demás que hacían sus pinitos en la literatura o en las artes: ascendían con los reseñistas, críticos de arte, comentaristas musicales y arqueólogos que tenían cargos en, de ser posible, oficinas de primera categoría, o empleos fijos en los periódicos más distinguidos. Si un autor imaginativo parecía disfrutar de buena posición y una popularidad duradera Macmaster le lanzaba sus tentáculos, lo volvía humildemente útil, y, antes o después, la señora Duchemin iniciaba o no con él, o con ella, una de sus elevadas relaciones epistolares...

Al principio, habían aceptado a la señora Wannop como permanente redactora de editoriales y crítico principal de un gran periódico, pero, cuando el gran periódico declinó y acabó por desaparecer, los Macmaster dejaron de quererla en sus fiestas. Así eran las reglas del juego..., y Valentine las aceptaba. Pero que lo hicieran con tanta insolencia y de un modo tan evidente, pues, al romper en dos ocasiones el pequeño círculo de la señora Wannop, la señora Duchemin ni siquiera le había dicho «¿Cómo está usted?» a la anciana, era más de lo que Valentine podía soportar de momento, y, de no haber sido por las contrapartidas, se habría llevado a su madre en el acto y no habría vuelto a pisar aquella casa.

Últimamente su madre había escrito un libro e incluso encontrado un editor..., y era evidente que no había perdido facultades. Al contrario, al haberse visto obligada a interrumpir el continuo esfuerzo periodístico que tanto disipaba sus energías, la señora Wannop había escrito un libro que Valentine sabía que era cabal, sensato y bien hecho. En un escritor, las distracciones producidas por la falta de atención respecto al mundo exterior no son necesariamente indicios de su declive como escritor. Pueden significar tan sólo que está prestando tanta atención a su trabajo que los otros contactos se resienten. Y si ése es el caso su trabajo saldrá beneficiado. La esperanza secreta de Valentine era que eso fuese lo que le ocurría a su madre. La señora Wannop apenas tenía sesenta años, muchos autores han escrito grandes obras entre los sesenta y los setenta...

Y la expectación despertada por la anciana señora entre los jóvenes le había dado a Valentine una pequeña confirmación de esa esperanza. El libro, como era de esperar

en el torbellino del flujo y reflujo de la época, había llamado poco la atención y la pobre señora Wannop no había logrado arrancarle ni un penique a su impasible editor; de hecho, no había ganado ni un penique en los últimos meses, y subsistían, como en una madriguera, en su pequeña casita casi al borde de la inanición, del sueldo de Valentine como profesora de gimnasia... Pero esa leve expectación, en un lugar semipúblico, al menos le había parecido una confirmación a Valentine de que probablemente había algo cabal, sensato y bien hecho en el libro de su madre. Eso era casi lo único que le pedía a la vida.

Y, de hecho, mientras estaba junto a la silla de su madre, pensando, con un poco de amargura, que si Edith Ethel hubiese dejado a aquellos tres o cuatro jóvenes con su madre, a ella le habría venido muy bien y habría servido para alentarla un poco — ¡y Dios sabe cuánto lo necesitaban!—, un joven muy delgado y desaliñado volvió con la señora Wannop y le preguntó, precisamente, si podía tomar un par de notas para publicar a lo que estaba dedicada la señora Wannop. Su libro, dijo, había llamado mucho la atención. No sabían que todavía hubiese tan buenos escritores...

En los sillones que había junto a la chimenea se había producido un extraño movimiento triangular. ¡O eso le pareció a Valentine! La señora Tietjens las había mirado, le había preguntado algo a Christopher e, inmediatamente, como si anduviera con el agua hasta la cintura, se había alejado de Macmaster y la señora Duchemin que la flanqueaban obsequiosamente, mientras Tietjens y los dos tímidos oficiales de Estado Mayor iban apartando los sillones y a sus ocupantes y ensanchaban así la cuña.

Sylvia, con el brazo extendido a casi un metro de distancia, le estaba dando la mano a la madre de Valentine. Con su voz clara, alta y nada avergonzada exclamó, también desde un metro de distancia, para que la oyeran todos los presentes en el salón:

—Es usted la señora Wannop. ¡La gran escritora! Soy la mujer de Christopher Tietjens.

La anciana señora miró con sus ojos apagados a la joven que se le había acercado.

—¡La mujer de Christopher! —dijo—. Deje que la bese en agradecimiento a la amabilidad que él me ha demostrado siempre.

Valentine notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Vio cómo su madre se incorporaba y le ponía las manos en los hombros a la otra mujer. Oyó decir a su madre:

—Es usted una criatura bellísima. ¡Estoy segura de que es usted muy buena!

Sylvia esbozó una vaga sonrisa y se inclinó levemente para aceptar el abrazo. Detrás de los Macmaster, de Tietjens y de los oficiales de Estado Mayor, se había reunido una pequeña multitud con los ojos desorbitados.

Valentine estaba llorando. Volvió a deslizarse detrás de las teteras, aunque apenas

vio lo que hacía. ¡Bellísima! ¡Era la mujer más bella que había visto nunca! ¡Y buena! ¡Amable! Se notaba en la forma en que le había ofrecido la mejilla a los labios de aquella pobre anciana... Y para vivir todos los días, para siempre, a su lado..., ella, Valentine, tendría que estar dispuesta a entregar la vida por Sylvia Tietjens...

La voz de Tietjens dijo justo detrás de ella:

—Tu madre parece estar disfrutando de un momento de triunfo —y, con su sano cinismo, añadió—: ¡Y parece haber echado por tierra algunos planes! —Asistieron al espectáculo de ver a Macmaster conducir a la joven celebridad desde su sillón vacío a través de la habitación para perderse en la multitud que rodeaba a la señora Wannop.

Valentine dijo:

—Hoy estás muy alegre. Tu voz suena diferente. Supongo que estarás mejor.

No le miró. Su voz respondió:

—¡Sí! ¡Estoy bastante contento! —prosiguió—: Pensé que te gustaría saberlo. Una parte de mi inteligencia matemática parece haber vuelto a la vida. He resuelto uno o dos problemas sencillos...

Ella respondió:

—La señora Tietjens se habrá alegrado mucho.

—¡Oh! —fue su respuesta—. Las matemáticas le interesan tanto como las peleas de gallos.

¡Con inmensa rapidez, Valentine leyó entre líneas una esperanza! Aquella espléndida criatura no se interesaba por las actividades de su marido. Pero él la aplastó diciendo:

—¿Por qué iban a hacerlo? ¡Hay tantas aficiones en las que no tiene rival!

Empezó a contarle, con bastante detalle, un cálculo que había hecho ese mismo día a la hora de comer. Había entrado en el Departamento de Estadística y había tenido una discusión con lord Ingleby de Lincoln. ¡Bonito título tenía el tipo! Le habían sugerido que pidiera reingresar en su antiguo departamento para hacer cierto trabajo. Pero él les había dicho que maldita la intención que tenía de hacerlo y que odiaba y despreciaba la labor que estaban haciendo.

Valentine, por primera vez en su vida, apenas prestó atención a lo que le estaba contando. ¿Significaba el hecho de que Sylvia Tietjens tuviera tantas aficiones que Tietjens la encontraba antipática? Lo ignoraba todo de su relación. Hasta entonces Sylvia había sido un misterio tan grande que ni siquiera había existido como problema. Valentine sabía que Macmaster la odiaba. Lo sabía por la señora Duchemin, se lo había oído decir hacía siglos, aunque no sabía por qué. Sylvia nunca había asistido a las veladas de los Macmaster, pero eso era lógico. Macmaster pasaba por soltero, y era disculpable que una joven tan elegante no asistiera a los té de solteros de gente artística y literaria. Por otro lado, Macmaster cenaba con los Tietjens lo bastante a menudo para que fuese público que era amigo de la familia.

Sylvia tampoco había ido nunca a ver a la señora Wannop. Pero, en los viejos tiempos, eso habría sido mucho pedir para una joven elegante sin ningún interés literario en particular. Y no era de esperar que nadie fuese a visitarlas en su madriguera de las afueras. Habían tenido que vender casi todas sus cosas hermosas.

Tietjens le estaba contando que, después de su tempestuosa conversación con lord Ingleby de Lincoln —¡ella deseó que no fuese tan grosero con la gente poderosa!— había pasado a ver a Macmaster en sus habitaciones privadas, y, al encontrarlo confundido delante de un montón de números, por pura bravata lo había invitado a comer con todos sus papeles. Y al hojearlos, sin ninguna esperanza, se le había ocurrido de pronto una idea ingeniosa. ¡Y había funcionado!

Su voz sonaba tan alegre y triunfal que no se había resistido a mirarlo. Sus mejillas estaban lozanas y sonrosadas, el pelo le brillaba, sus ojos azules habían recobrado parte de su antigua arrogancia..., ¡y también su ternura! ¡A Valentine el corazón parecía cantarle de alegría! Sintió que le pertenecía. Se imaginó los brazos de su inteligencia extendiéndose para abrazarla.

Él siguió explicándole. Al recobrar la confianza en sí mismo se había mofado un poco de Macmaster. Entre ellos, ¿acaso no era fácil hacer lo que el departamento quería? Habían pretendido pasarles por las narices a nuestros aliados que sus pérdidas por devastación apenas habían merecido atención en Inglaterra..., ¡para evitar tener que enviar refuerzos a sus líneas! Bueno, si se cogían sólo los ladrillos y el cemento de las regiones devastadas, se podía demostrar que las pérdidas en ladrillos, tejas, madera y lo demás eran los mismos que se gastaban en el país en un año de paz —y las cifras, con una ligera manipulación, lo demostrarían—. Las reparaciones domésticas en un año normal habían costado varios millones de libras. El enemigo había destruido, más o menos, esos mismos millones de libras en ladrillos y cemento. Y ¡qué era un año de gastos en reparaciones domésticas! Bastaba con hacerlas al año siguiente.

Así que, si se pasaban por alto las cosechas perdidas de los tres años, la producción industrial perdida de la región industrial más rica del país, la maquinaria destruida, los frutales arrancados, la pérdida de cuatro partes y media de la producción de carbón de tres años... ¡y la pérdida de vidas! Podíamos ir a nuestros aliados y decirles: «Todos esos lloriqueos sobre vuestras pérdidas son cuentos. Podéis permitirlos perfectamente reforzar los puntos débiles de vuestras líneas. ¡Nosotros queremos enviar más tropas a Oriente Próximo, donde están nuestros verdaderos intereses!». Y, aunque, antes o después, acabarían por descubrir la falacia, todo ese tiempo habríamos retrasado la aborrecible solución de un mando único.

Valentine, aunque eso la apartó de sus pensamientos, no pudo sino decir:

—Pero ¿no estabas yendo contra tus convicciones?

Él respondió:

—Sí, por supuesto que sí. ¡Con gran alivio de mi corazón! Siempre va bien formular las objeciones del contrario.

Se había vuelto hacia él. Se estaban mirando a los ojos, él desde arriba y ella desde abajo. A ella no le cupo duda del amor que él sentía por ella; y sabía que él tampoco dudaba del suyo. Dijo:

—Pero ¿no es peligroso mostrarle a esa gente cómo hacerlo?

Él dijo:

—¡Oh, no, no! ¡No! No imaginas lo ingenuo que es Vinnie. ¡No creo que nunca hayas sido justa con Vincent Macmaster! Para él robarme las ideas sería como robarme la cartera. ¡Es la honradez personificada!

Valentine había tenido una sensación extraña. Luego no estuvo segura de si la había tenido antes de darse cuenta de que Sylvia Tietjens los estaba mirando. Estaba allí muy erguida, con una extraña sonrisa en el rostro. Valentine no supo si era amable, cruel, o sólo irónica y distante, pero sí estuvo totalmente segura de que, en cualquier caso, demostraba que su dueña sabía todo lo que había que saber sobre lo que Valentine sentía por Tietjens y lo que Tietjens sentía por ella... Era como estar cometiendo adulterio en plena Trafalgar Square.

A la espalda de Sylvia, con la boca abierta, estaban los dos oficiales de Estado Mayor. Tenían el cabello demasiado revuelto para ser gran cosa, pero tal como estaban, eran los dos hombres más presentables del grupo..., y Sylvia los había refrenado.

La señora Tietjens dijo:

—¡Oh, Christopher! Me voy a casa de los Basil.

Tietjens replicó:

—Muy bien. ¡Dejaré a la señora Wannop en el metro cuando se canse, y pasaré a recogerte!

Sylvia acababa de bajar las largas pestañas, a modo de saludo, a Valentine Wannop, y había flotado hacia la puerta, seguida por su nada marcial escolta militar de caqui y escarlata.

Desde ese momento, a Valentine Wannop no le cupo la menor duda. Supo que Sylvia Tietjens sabía que su marido la amaba y que ella amaba a su marido con una pasión absoluta e inefable. ¡Lo único que Valentine no supo, el único misterio que siguió siendo impenetrable, fue si Sylvia Tietjens era buena con su marido!

Mucho tiempo después, Edith Ethel se había acercado a la mesita del té y se había disculpado por no haber reparado, hasta la demostración de Sylvia, en que la señora Wannop seguía en la habitación. Le expresó su esperanza de que pudieran contar con la presencia de la señora Wannop más a menudo. Añadió, pasado un momento, que esperaba que, en el futuro, a la señora Wannop no le pareciera imprescindible ir acompañada del señor Tietjens. Eran amigos desde hacía demasiado tiempo para eso.

Valentine dijo:

—Mira, Ethel, si crees que puedes seguir siendo amiga de mi madre y ponerte en contra de Tietjens después de todo lo que ha hecho por ti, te equivocas. De verdad. Y mi madre tiene mucha influencia. No quiero que cometas ninguna equivocación en este momento. Es un error organizar disputas desagradables. Y organizarías una muy desagradable si le dijeras algo a mi madre en contra de Tietjens. Sabe muchas cosas. Recuerda que vivió muchos años pared por medio de la rectoría. Y tiene una lengua terriblemente incisiva...

Edith Ethel se encogió como si le hubieran atravesado el cuerpo con una aguja de acero. Se quedó boquiabierta, pero se mordió el labio inferior y luego se limpió con un pañuelo muy blanco. Dijo:

—¡Odio a ese hombre! ¡Lo detesto! Me dan escalofríos cuando se me acerca.

—¡Lo sé! —respondió Valentine Wannop—. Pero yo en tu lugar no dejaría que nadie se enterase. No te hará ningún bien. Es un buen hombre.

Edith Ethel le echó una mirada larga y calculadora. Luego se fue al lado de la chimenea.

Eso había sido cinco —o a lo sumo seis— viernes antes de que Valentine se sentara con Mark Tietjens en el vestíbulo del Ministerio de la Guerra, y, el viernes inmediatamente anterior, cuando se fueron todos los invitados, Edith Ethel se había acercado a la mesita del té, y, con una amabilidad aterciopelada, había cogido la mano izquierda de Valentine con su mano derecha. Admirando el gesto con profundo fervor, Valentine supo que ése era el fin.

Tres días antes, el lunes, Valentine, vestida con el uniforme del colegio, había ido a comprar parafernalia deportiva a unos grandes almacenes y se había encontrado con la señora Duchemin, que estaba comprando flores. La señora Duchemin se había horrorizado al ver su vestido. Le había dicho:

—Pero ¿vas por ahí vestida así? Es realmente horrible.

Valentine le había respondido:

—¡Oh!, sí. Cuando salgo a hacer encargos para el colegio en horas de trabajo tengo que llevarlo. Y también lo llevo si voy a alguna parte después del colegio y tengo prisa. Así cuido mis vestidos. No tengo muchos.

—Pero podrías encontrarte con alguien —había observado Edith Ethel con un deje de angustia en la voz—. Resulta muy poco considerado. ¿A ti no te lo parece? Podrías encontrarte con cualquiera de los que asisten a nuestros viernes.

—Me ocurre a menudo —dijo Valentine—. Pero no parece importarles. Tal vez crean que soy un oficial del WAAC. Eso sería muy respetable...

La señora Duchemin se alejó con los brazos llenos de flores y un gesto verdaderamente angustiado en su semblante.

Ahora, junto a la mesita del té, dijo en voz baja:

—Querida, hemos decidido no celebrar nuestra habitual velada de los viernes la semana que viene. —Valentine se preguntó si sería sólo una mentira para deshacerse de ella. Pero Edith Ethel continuó—: Hemos decidido celebrar una pequeña fiesta. Después de mucho pensarlo, hemos llegado a la conclusión de que deberíamos hacer pública nuestra unión. —Hizo una pausa en espera de algún comentario, pero, como Valentine no hizo ninguno, prosiguió—: Coincide felizmente..., no puedo evitar pensar que coincide muy felizmente, con otro acontecimiento. No es que le concedamos mucha importancia a estas cosas... Pero a Vincent le ha llegado el rumor de que el próximo viernes... Tal vez, mi querida Valentine, tú también lo hayas oído...

Valentine respondió:

—No. Supongo que le han concedido la OBE. Me alegro mucho.

—Nuestro soberano —dijo la señora Duchemin— ha creído conveniente concederle el título de caballero.

—¡Vaya! —exclamó Valentine—. Eso se llama hacer carrera deprisa. No me cabe duda de que lo merece. Ha trabajado mucho. Te felicito sinceramente. Os será de gran ayuda.

—No es —continuó la señora Duchemin— por un largo y laborioso trabajo. Por eso es tan gratificante. Es por una labor especialmente brillante en la que ha destacado. Por supuesto, se trata de algo secreto. Pero...

—¡Oh, lo sé! —replicó Valentine—. Ha hecho unos cálculos para demostrar que las pérdidas en las regiones devastadas, si se exceptúa la maquinaria, la producción de carbón, los frutales, las cosechas, la producción industrial y demás, ascienden sólo a los gastos domésticos de un año de...

La señora Duchemin exclamó con auténtico horror:

—Pero ¿cómo lo has sabido? ¿Cómo demonios lo has sabido? —Se interrumpió—. Es alto secreto... Debe de habértelo dicho ese hombre... Pero ¿cómo demonios lo ha sabido él?

—No he visto al señor Tietjens ni he hablado con él desde la última vez que estuvo aquí —dijo Valentine. Comprendió, por la perplejidad de Edith Ethel, toda la situación. El infeliz de Macmaster ni siquiera le había contado a su mujer que había robado unos cálculos que no eran suyos. Ansiaba disfrutar de un poco de prestigio en el círculo familiar, ¡por una vez, algo de prestigio! ¡Muy bien! ¿Por qué no? Ella sabía que Tietjens querría que disfrutara de todo el que fuese posible. Así que dijo—: ¡Oh! Probablemente es algo que está en el aire... Es sabido que el gobierno quería imponer sus exigencias al alto mando, y que cualquiera que les ayudara a hacerlo conseguiría el título de caballero...

La señora Duchemin se calmó un poco.

—Desde luego —dijo—, han tratado de silenciarlo, como suele decirse. —

Reflexionó un instante—. Probablemente sea eso —prosiguió—: Está en el aire. Cualquier cosa capaz de influenciar a la opinión pública contra esa gente tan horrible es bienvenida. Es sabido por todos... ¡No! Es imposible que se le hubiese ocurrido a Christopher Tietjens y te lo hubiese contado. Ni siquiera se le habría pasado por la cabeza. ¡Él simpatiza con ellos! Sería...

—Ciertamente —dijo Valentine— no simpatiza con los enemigos de su país. Ni yo tampoco.

La señora Duchemin exclamó con voz chillona y las pupilas dilatadas:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estás tratando de decir? ¡Pensaba que eras pro alemana!

Valentine respondió:

—¡No lo soy! ¡No...! Odio que maten a la gente... Odio que maten a cualquiera... A cualquiera. —Se calmó haciendo un gran esfuerzo—. El señor Tietjens dice que cuanto más entorpecemos a nuestros aliados, más durará la guerra y más vidas se perderán... Más vidas, ¿lo comprendes?

La señora Duchemin adoptó su aire más distante, tierno y altanero:

—Mi pobre niña —dijo—, ¿qué puede importarle a nadie lo que piense ese tipo? Puedes decirle de mi parte que hace muy mal en mantener esas opiniones. Es un hombre marcado. ¡Está acabado! Es inútil que Guggums, mi marido, intente protegerlo.

—¿Así que está tratando de protegerlo? —preguntó Valentine—. No veo la razón. No me cabe duda de que el señor Tietjens sabe cuidar de sí mismo.

—Mi querida niña —respondió Edith Ethel—, más vale que lo sepas. No hay nadie en todo Londres más desacreditado que Christopher Tietjens, y mi marido se está perjudicando infinitamente al tratar de defenderlo. Es nuestro único motivo de disputa. —Prosiguió—: Todo iba bien antes de que perdiera la cabeza. La gente incluso dice que tenía cierta capacidad intelectual, aunque yo nunca pude apreciarlo. Pero ahora que, ¡no veo otro modo de explicarlo!, las borracheras y el libertinaje lo han reducido a este estado, no me importa decirte que van a borrarlo de la nómina de la oficina...

En ese momento, por primera vez, a Valentine Wannop se le pasó por la cabeza una idea, como una loca inspiración: aquella mujer debía de haber estado enamorada una vez de Tietjens. Incluso era posible, tal como eran los hombres, que hubiese sido su amante. De otro modo, era imposible explicar aquella inquina, que a Valentine le parecía casi sin el menor sentido. Por otro lado, no sintió ningún impulso de defender a Tietjens de unas acusaciones que carecían por completo de fundamento.

La señora Duchemin proseguía con su amable altivez:

—Por supuesto que un hombre así..., ¡y en esas condiciones...!, no podría entender asuntos de alta política. Es imprescindible que esa gente no llegue a asumir

el mando supremo. Cederían a sus demenciales instintos militaristas. Hay que pararles los pies. Hablo por supuesto, entre nosotras, pero mi marido dice que es lo que se afirma en los círculos más elevados. Si se les dejase actuar, aunque lograsen alguna victoria, establecería un precedente... ¡eso dice mi marido...! Comparado con la pérdida de unas cuantas vidas...

Valentine se puso en pie de un salto con el rostro distorsionado.

—¡Por el amor de Dios! —gritó—, igual que crees que Jesucristo murió por ti, trata de entender que está en juego la vida de millones de hombres...

La señora Duchemin sonrió.

—Mi pobre niña —dijo—, si te movieses en los círculos más elevados verías estas cosas con más distancia...

Valentine buscó apoyo en el respaldo de una silla.

—Tú no te mueves en los círculos más elevados —exclamó—. Por el amor de Dios, por tu bien, recuerda que eres una mujer y no sólo una esnob. Antes eras una buena persona. Aguantaste mucho tiempo con tu marido...

La señora Duchemin se había recostado en su silla.

—Mi querida niña —dijo—, ¿es que te has vuelto loca?

Valentine respondió:

—Sí, casi. Tengo un hermano en la marina; he tenido al hombre al que quería en el frente durante un tiempo infinito. Supongo que podrías entender eso, aunque no seas capaz de comprender por qué alguien puede enloquecer sólo con pensar en el sufrimiento de los demás... Y sé, Edith Ethel, que tienes la opinión que yo pueda tener de ti, o no te habrías andado con tantos engaños y subterfugios todos estos años...

La señora Duchemin dijo atropelladamente:

—¡Oh, mi querida niña...! Si mezclas los intereses particulares es lógico que seas incapaz de ver con objetividad los asuntos más elevados. Será mejor que cambiemos de tema.

Valentine replicó:

—Sí. Sigue con tus excusas para no invitarnos a mi madre y a mí a tu fiesta.

Al oír eso, la señora Duchemin se puso también en pie. Toqueteó las cuentas de ámbar con sus largos dedos y las hizo girar ligeramente. Tenía detrás todos sus espejos, los reflejos de la lámpara, los dorados y el brillo de la madera pulimentada. Valentine pensó que nunca había visto a nadie que personificara mejor la amabilidad, la ternura y la dignidad. Dijo:

—Querida, iba a sugerir que será un tipo de fiesta al que tal vez prefieras no venir... Los invitados serán muy formales y envarados y probablemente no tengas vestido.

Valentine replicó:

—Oh, claro que tengo vestido. Pero tengo una carrera enorme en las medias de fiesta, y eso sí que no hay quien lo arregle. —No pudo evitar decirle eso.

La señora Duchemin se quedó inmóvil y, poco a poco, el rubor acudió a su rostro. Era muy curioso ver el contraste de ese fondo escarlata contra el vívido blanco de los ojos y las cejas oscuras y prácticamente rectas que casi se tocaban. Y, poco a poco, su rostro volvió a quedarse totalmente blanco, y sus ojos azul oscuro destacaron en él. Hizo como si se frotara las manos largas y blancas cubriendo la izquierda con la derecha y volviéndola a retirar después.

—Lo siento —dijo con voz apagada—. Teníamos la esperanza de que si ese hombre volvía a Francia (o si ocurría alguna otra cosa) pudiéramos seguir siendo amigas. Pero tú misma comprenderás que, dada nuestra posición oficial, no se nos puede pedir que pasemos por alto...

Valentine objetó:

—¡No te comprendo!

—¡Tal vez sea mejor que me calle! —replicó la señora Duchemin—. Preferiría no seguir.

—Es mejor que lo hagas —respondió Valentine.

—Teníamos pensado —dijo la mujer de más edad— celebrar una cena íntima, nosotros dos y tú, antes de la fiesta, por *auld lang syne*.^[80] Pero ese hombre nos ha obligado a invitarlo, y comprenderás que no podemos invitarte a ti también.

Valentine dijo:

—No veo por qué no. ¡Para mí siempre es un placer ver al señor Tietjens!

La señora Duchemin la miró con dureza.

—No le veo sentido —dijo— a que sigas disimulando. Ya está bastante mal que tu madre se pasee con ese hombre y que organicen escenas tan terribles como la del otro viernes. La señora Tietjens tuvo un comportamiento heroico, sencillamente heroico. Pero tú no tienes derecho a someter a tus amigos a semejantes pruebas.

Valentine respondió:

—Quieres decir que... la señora Tietjens...

La señora Duchemin prosiguió:

—Mi marido insiste en que te lo pregunte. Pero no lo haré. No lo haré. Inventé para ti la excusa del vestido. Por supuesto que podríamos haberte proporcionado un vestido si ese hombre es tan mezquino o está tan arruinado que no puede mantenerte con dignidad. Pero te repito que, dada nuestra posición oficial, no podemos..., no podemos, ¡sería una locura, pasar por alto esta intriga. Y tanto más por cuanto es probable que su mujer desee nuestra amistad. Ya ha venido una vez y puede que vuelva a hacerlo. —Se interrumpió y luego prosiguió con mucha solemnidad—: Y te lo advierto, si se produce la ruptura, ¡y se producirá, pues ninguna mujer resistiría algo así!, apoyaremos a la señora Tietjens. Aquí siempre encontrará un hogar.

A Valentine se le pasó por la cabeza la extraordinaria imagen de Sylvia Tietjens de pie junto a Edith Ethel, empequeñeciéndola como una jirafa empequeñece a un emú. Dijo:

—¡Ethel! ¿Es que me he vuelto loca? ¿O eres tú? Palabra que no entiendo...

La señora Duchemin exclamó:

—¡Por el amor de Dios contén la lengua, desvergonzada! Has tenido un hijo con ese hombre, ¿no es cierto?

Valentine vio de pronto los largos candelabros de plata, los oscuros paneles de la rectoría, y el rostro desencajado de Edith Ethel y su cabello despeinado delante de ellos.

Dijo:

—¡No! Claro que no. ¿Es que no puedes metértelo en la cabeza? Claro que no. —Hizo un esfuerzo más por sobreponerse a la inmensa fatiga—. Te ruego que creas, si es que eso te va a hacer sentir mejor, que el señor Tietjens nunca me ha dedicado una palabra de amor en su vida. Ni yo a él. Apenas hemos hablado desde que nos conocemos.

La señora Duchemin respondió con voz áspera:

—En las últimas cinco semanas siete personas me han dicho que has tenido un hijo con ese grosero, se ha arruinado porque tiene que manteneros a ti, a tu madre y al niño. No negarás que tiene un hijo escondido en alguna parte...

Valentine exclamó de pronto:

—¡Oh, Ethel, no debes..., no debes tener celos de mí! Si tú supieras..., no tendrías celos de mí... Supongo que el niño que ibas a tener era de Christopher. Los hombres son así. ¡Pero no tengas celos de mí! No debes, nunca, nunca. He sido la mejor amiga que has tenido...

La señora Duchemin exclamó con voz ronca, como si la estuvieran estrangulando:

—¡Un chantaje! ¡Sabía que esto acabaría así! ¡Siempre ocurre igual con las de tu clase! Haz lo que quieras, furcia. ¡Pero no vuelvas a poner el pie en esta casa! Ojalá te pudras en... —Su rostro expresó de pronto un enorme temor y salió con gran rapidez de la habitación. Justo después se estaba inclinando delicadamente sobre un gran jarrón lleno de rosas debajo de la araña. La voz de Vincent Macmaster había dicho desde la puerta:

—Pasa, viejo amigo. Por supuesto que tengo diez minutos. El libro está por aquí en algún sitio...

Macmaster estaba a su lado, frotándose las manos, inclinado de un modo extraño y un poco vil y mirándola angustiada con su monóculo que ampliaba mucho sus pestañas, el enrojecido párpado superior y las venas de la córnea.

—¡Valentine! —dijo—, mi querida Valentine... ¿Te has enterado? Hemos

decidido hacerlo público... Guggums te habrá invitado a nuestro pequeño banquete. Y creo que, además, habrá una sorpresa...

Edith Ethel miró, penosa y penetrantemente, por encima del hombro a Valentine.

—Sí —respondió valientemente, dirigiéndose a Edith Ethel—, Ethel me ha invitado. Haré lo que pueda por venir...

—¡Oh, pero tienes que hacerlo! —dijo Macmaster—, sólo tú y Christopher, que habéis sido tan buenos con nosotros. Por los viejos tiempos. No puedes...

Christopher Tietjens estaba flotando lentamente desde la puerta, extendió cautelosamente la mano hacia ella. Como prácticamente nunca se daban la mano en casa, fue fácil evitarla. Valentine se dijo: «¡Oh! ¡Cómo es posible! Cómo podría haber...». Y aquella terrible situación volvió a su cabeza: el triste y lamentable marido, el amante terriblemente indiferente..., ¡y Edith Ethel loca de celos! Era una casa maldita. Deseó que Edith Ethel hubiese reparado en que no le había dado la mano a Christopher.

Pero Edith Ethel, inclinada sobre el jarrón de rosas, estaba enterrando su hermoso rostro en una flor tras otra. Estaba acostumbrada a hacerlo, pensaba que así parecía un cuadro del pintor que había sido objeto de la primera monografía de su marido. Y ciertamente, pensó Valentine, lo parecía. Estaba tratando de decirle a Macmaster que los viernes por la tarde le resultaba muy difícil escaparse. Pero le dolía demasiado la garganta. Sabía que ésa sería la última vez que vería a Edith Ethel, a quien tanto había querido. Y esperaba que también fuese ésa la última vez que viera a Christopher Tietjens..., a quien también había querido mucho.

Christopher, grande y torpe, estaba recorriendo uno de los estantes.

Macmaster la siguió hasta el vestíbulo repitiendo de forma clamorosa su invitación. Ella no podía hablar. Al llegar a la puerta remachada de hierro, la tomó de la mano durante una eternidad, mirándola penosamente, con el rostro muy cerca del suyo. Exclamó con un tono de gran temor:

—¿Es que Guggums...? No te habrá... —Su rostro, que, visto tan de cerca, estaba un poco congestionado, se deformó por la ansiedad; aterrorizado, desvió la mirada hacia la puerta del salón.

Valentine se las arregló para hablar casi atragantada.

—Ethel —dijo— me ha dicho que se va a convertir en lady Macmaster. Me alegro mucho. Me alegro mucho por ti. Ya tienes lo que querías, ¿no?

Su alivio le permitió apartarse distraído, como si estuviese demasiado cansado para ponerse más nervioso:

—¡Sí!, ¡sí...! Claro que es un secreto... No quiero decírselo a él hasta el próximo viernes..., será una especie de *bonne bouche*...^[81] Lo más seguro es que parta para el frente el sábado... Van a enviar un contingente muy numeroso..., para la gran ofensiva...

Al oírlo ella trató de apartar la mano y no oyó lo que le estaba diciendo. Algo así como que daría cualquier cosa por que la fiesta fuera un éxito. Entendió las sorprendentes palabras: *Wie der alten schoenen Zeit*. ^[82] No supo si eran sus ojos o los de él los que estaban llenos de lágrimas. Dijo:

—¡Creo..., creo que eres una buena persona!

En el enorme vestíbulo, colgaban largas pinturas japonesas sobre seda, la luz eléctrica osciló: era un lugar triste y pardusco.

Él exclamó:

—Yo también te ruego que creas que nunca os abandonaré... —Volvió a desviar la mirada hacia la puerta del salón y añadió—: A ninguno de los dos..., ¡nunca os abandonaré! —repitió.

Macmaster le soltó la mano, ella estaba en las húmedas escaleras de piedra.

La enorme puerta se cerró irresistiblemente tras ella, enviando un susurro de aire hacia abajo.

V

El anuncio de Mark Tietjens de que su padre había cumplido, después de todo, con su vieja promesa de dejar a la señora Wannop lo bastante bien situada para que, durante el resto de su vida, pudiera escribir sólo sus obras más duraderas, libró a Valentine Wannop de todas sus preocupaciones menos una, que siguió siendo, de manera natural e inmediata, muy grande.

Había pasado una semana extraña y atípica, ¡extrañamente dominada en su aturdimiento por la idea de que ahora no tendría nada que hacer los viernes! Esa idea le asaltaba cuando veía a un centenar de chicas con sus jerséis de tela y sus corbatas negras masculinas alineadas sobre el asfalto, cuando subía de un salto al tranvía, cuando compraba el pescado en lata o en salazón que formaba la dieta fundamental de su madre y ella, mientras fregaba los platos de la cena, le reprochaba al agente inmobiliario el estado en que estaba el baño o se inclinaba sobre el gran pero implacable manuscrito de la novela de su madre que estaba mecanografiando. Era un motivo, en parte de alegría y en parte de pesar, que se mezclaba con sus asuntos domésticos; se sentía como podría sentirse alguien que se deleitara por anticipado de un placer sabiendo que iba a obtenerlo al dejar por obligación un trabajo laborioso pero absorbente. ¡No tendría nada que hacer los viernes!

También era como si le hubiesen arrebatado una novela de la mano y no fuese a saber nunca el final. Del cuento de hadas sí lo conocía: el sastre afortunado y aventurero se había casado con el hermoso patito feo, y estaba de camino al entierro en Westminster Abbey —o mejor dicho al funeral, pues en realidad al señor lo habían enterrado entre sus fieles campesinos—. Aunque nunca sabría si al final encontrarían las baldosas holandesas con las que querían alicatar el cuarto de baño... Nunca lo sabría. Sin embargo, presenciar ambiciones parecidas había ocupado una gran parte de su vida.

Y se dijo que había acabado otro cuento. Superficialmente, la historia de su amor por Tietjens había sido bastante estática. Había empezado en nada y en nada había terminado. Pero en lo más profundo de su ser, ¡ah!, ahí sí había avanzado mucho. ¡Por mediación de dos mujeres! Antes de la escena con la señora Duchemin, ella pensaba que debía de haber muy pocas chicas menos preocupadas que ella por el sustrato sexual de la pasión o la vida. Sus meses como sirvienta doméstica habían hecho que viera el sexo, desde una trascocina, como algo repulsivo, y el conocimiento de sus manifestaciones que había adquirido de ese modo lo había desprovisto del misterio que hacía que la mayoría de las jóvenes a las que conocía le dieran tantas vueltas al asunto.

Sabía que sus convicciones respecto a la incidencia moral del sexo eran bastante oportunistas. Educada entre jóvenes «avanzados», si le hubieran pedido que

expresara públicamente sus opiniones, es probable que, por lealtad a sus compañeros, hubiese declarado que la cuestión no tenía nada que ver con la moralidad ni con ningún otro aspecto ético. Como la mayoría de sus jóvenes amigos, influenciados por profesores avanzados y novelistas tendenciosos, se habría proclamado defensora de una promiscuidad ilustrada, por supuesto. ¡Eso antes de las revelaciones de la señora Duchemin! En realidad, lo había meditado muy poco.

No obstante, antes incluso de esa fecha, si le hubiesen preguntado por sus sentimientos más profundos habría respondido con la idea de que la incontinencia sexual era extremadamente desagradable y la castidad algo muy valioso en la carrera de sacos que es la vida. La había educado su padre —que, tal vez, fuese más listo de lo que aparentaba— para que admirase el atletismo, y era consciente de que la competencia física requiere castidad, sobriedad, limpieza y varias cualidades más que se agrupan bajo el sobrenombre de «abnegación». No podría haber vivido entre los sirvientes de Ealing —el hijo mayor de la casa en la que había estado empleada había sido acusado en un caso particularmente escabroso de ruptura del compromiso matrimonial, y los comentarios de la cocinera borracha sobre ese y otros asuntos similares habían recorrido toda la gama desde la reticencia sentimental hasta la grosería más extrema de acuerdo con el estado de su barómetro alcohólico— sin llegar a otra conclusión inconsciente. De modo que, al dividir el mundo entre seres brillantes por un lado y carne de cañón por el otro, válida sólo para llenar los cementerios y cuyas acciones en la vida carecían de importancia, había pensado que los seres brillantes debían de ser personas cuya defensa pública de la promiscuidad ilustrada iba acompañada de una incontinencia absoluta. Sabía que los seres ilustrados se apartaban en ocasiones de esos patrones para convertirse en portentosas Egerias, aunque a las Mary Wollstonecraft, las señoras Taylor y las George Eliot del siglo pasado siempre las había visto humorísticamente como molestas mojigatas. De hecho, al disfrutar de tan buena salud y haber trabajado tanto en su vida, se había acostumbrado a considerar el asunto, si no de forma humorística, al menos con buen humor y como una molestia.

Pero que la educasen contra las necesidades sexuales de una Egeria de primera clase había sido horrible para ella. Pues la señora Duchemin había revelado el hecho de que su personalidad circunspecta, serena, afectada y estética se desdoblaba en otra, al menos igual de vulgar, e infinitamente más incisiva en la expresión, que la de la cocinera borracha. El modo en que se había referido a su amante —llamándolo siempre «ese zoquete» o «ese animal»— le había dolido tanto a la chica como si la hubiera traicionado cada dos o tres palabras. Apenas había podido volver a pie a casa de noche desde la rectoría.

Y nunca supo qué había sido del bebé de la señora Duchemin. Al día siguiente, la señora Duchemin había vuelto a ser tan afectada, circunspecta y serena como

siempre. No volvieron a cruzar ni una palabra al respecto. Eso dejó en la imaginación de Valentine una mancha negra —como la de un asesinato— que no debía mirar nunca. Y a través del mundo ensombrecido de su confusión sexual aleteaba continuamente la sospecha de que Tietjens pudiera haber sido el amante de su amiga. Era una cuestión de simple analogía. La señora Duchemin le había dado la impresión de ser una persona brillante, igual que Tietjens. Pero si la señora Duchemin era una sucia ramera... ¡Qué no sería Tietjens, que era un hombre, y tenía las necesidades sexuales de un hombre...! Su imaginación siempre se negaba a completar sus pensamientos.

Esa insinuación no podía combatirse con la imagen de Vincent Macmaster, le parecía intuir que era uno de esos hombres a los que, amantes o amigos, casi tenían la obligación de traicionar. Parecía estar deseándolo. Además, una vez se preguntó cómo podría una mujer, que tuviera la ocasión y la oportunidad —y Dios sabe que había oportunidades de sobra—, elegir a esa sombría hoja seca, si pudiera yacer entre los brazos de la espléndida masculinidad de Tietjens. Y esa vaga convicción se vio confirmada y refutada a la vez cuando, poco después, la propia señora Duchemin empezó a aplicarle a Tietjens los epítetos de «zoquete» y «animal», ¡los mismos que había empleado para referirse al supuesto padre de su hijo!

Pero, en tal caso, Tietjens debía de haber abandonado a la señora Duchemin; y si la había abandonado, ¿es que estaba disponible para ella, Valentine Wannop! Pensaba que ese sentimiento era innoble, pero procedía de unas profundidades de su ser que no podía controlar y pensarlo la aliviaba. Luego, al empezar la guerra, el problema desapareció, y, entre el inicio de las hostilidades y lo que sabía que sería la partida inevitable de su amado, se había rendido a lo que consideraba puro deseo físico por él. ¡Entre las angustias terribles y abrumadoras de la época no había tenido más remedio que rendirse! Ante la incesante —la interminable— idea del sufrimiento, y la no menos incesante idea de que, muy pronto, su amado también sufriría, no había ningún otro refugio en el mundo. ¡Ninguno!

Se rindió. Esperó a que él pronunciara la palabra o le echara la mirada que los uniera. Estaba acabada. La castidad: ¡Chimpum! ¡Como todo!

No tenía ninguna idea ni imagen de la faceta física de su amor. En los viejos tiempos, siempre que había estado con él, cada vez que entraba en la habitación, o simplemente cuando sabía que iba a ir al pueblo, había tarareado para sus adentros y había sentido cómo cálidas corrientes le recorrían la piel. Había leído en alguna parte que, al beber alcohol, la sangre iba a las venas superficiales del cuerpo y producía una sensación de calor. Ella nunca había bebido alcohol, o no el suficiente para producir un efecto reconocible, pero imaginaba que el amor obraba en el cuerpo del mismo modo... ¡y que luego cesaba para siempre!

Pero, en esos últimos días, la habían abrumado convulsiones mucho mayores.

Bastaba con que Tietjens se le acercara para que todo su cuerpo se sintiese atraído por él, igual que cuando uno está cerca de una alta cima se siente atraído por ella. Grandes oleadas de sangre recorrían todo su ser como si unas fuerzas físicas todavía por inventar o descubrir atrajeran al fluido. La luna produce las mareas del mismo modo.

Sólo una vez antes, durante una fracción de segundo, durante la larga y cálida noche de su excursión, había sentido ese impulso. Ahora, años después, lo sentía constantemente, estuviera despierta o en vela, y le hacía levantarse de la cama. Se pasaba la noche delante de la ventana abierta hasta que las estrellas palidecían sobre un mundo que se había vuelto gris. Podía estremecerla de alegría o conmoverla hasta hacerla sollozar y le atravesaba el pecho como un cuchillo.

El día de su larga conversación con Tietjens, entre las bellezas acumuladas de los muebles de Macmaster, lo había marcado en el calendario de su imaginación como su gran escena amorosa. Eso había sido hacía dos años, él se había alistado en el ejército. Ahora iba a marcharse de nuevo. Por eso supo lo que era una escena amorosa. Ocurría sin que nadie pronunciara la palabra «amor», ocurría por impulsos, rubores, rigideces de la piel. No obstante, se habían confesado su amor con cada palabra que se habían dicho, igual que cuando uno oye el canto del ruiseñor oye los anhelos de su amado golpeando contra su corazón.

Cada una de las palabras que él le había dicho entre las bellezas acumuladas de Macmaster había sido un eslabón en un discurso amoroso. No era sólo que le hubiera confesado, como no lo había hecho con nadie —¡«Son cosas que no le he dicho nunca a nadie», habían sido sus palabras!—, sus dudas, sus recelos y sus temores; era que cada una de las palabras que había pronunciado, y que ella había oído hasta que terminó aquel momento mágico, habían cantado a su pasión. Si hubiese pronunciado la palabra «Ven», ella lo habría seguido hasta el último confín de la tierra; si le hubiera dicho: «No hay esperanza», habría conocido los límites de la desesperación. Como no había dicho ni una cosa ni la otra, ella interpretó: «¡Ésta es nuestra situación, tenemos que seguir así!». Y supo también que le estaba diciendo que él, al igual que ella, estaba... ¡oh!, digamos del lado de los ángeles. Ella sabía que entonces estaba tan serena que, si él le hubiera dicho: «¿Quieres convertirte en mi amante esta noche?», ella le habría respondido: «Sí», pues era como si en realidad hubiesen estado en el fin del mundo.

Pero que se hubiera abstenido de hacerlo no sólo reforzó en ella su predilección por la castidad, sino que restauró su imagen del mundo como un lugar de esfuerzos y virtudes. Al menos por un tiempo volvió a tararear para sus adentros cuando tenía ocasión, pues le daba la impresión de que su corazón cantaba en su pecho. Y en su interior se restauró la imagen de su amado como un espíritu hermoso. Durante los últimos meses, había sido capaz de mirarlo al otro lado de la mesa del té en su

cuchitril de Bedford Park, casi como lo hubiera mirado al otro lado de la mesa de la casa de campo cerca de la rectoría. Los daños que ella sabía que la señora Duchemin había producido en su imaginación se habían aliviado. Incluso podía pensar que la locura de la señora Duchemin no había sido más que un temor que no tenía por qué haber ido seguido necesariamente de un crimen. Valentine Wannop había vuelto a convertirse en su confidente en un mundo de problemas sencillos.

Sin embargo, el arrebató de la señora Duchemin hacía una semana había despertado a los viejos fantasmas en su imaginación. Pues la señora Duchemin todavía le inspiraba un gran respeto. No podía ver a Edith Ethel simplemente como una hipócrita, de hecho, ni siquiera podía verla así. Había que considerar su gran logro de convertir a aquella criatura minúscula y miserable en algo parecido a un hombre..., además de su otro gran logro de haber tardado tanto tiempo en enviar a su desdichado marido al manicomio. No había sido algo baladí, ninguna de las dos cosas lo era. Y Valentine sabía que Edith Ethel amaba realmente la belleza, la circunspección y la urbanidad. No defendía la casta carrera de Atalanta por hipocresía. Pero, tal y como lo veía Valentine, en las personas de carácter fuerte se dan estos desdoblamientos, igual que la comedida y grave nación española se desahoga en la lujuria estridente de la plaza de toros o la mecanógrafa circunspecta, laboriosa y admirable de la ciudad debe encontrar su correlato en la cruda lubricidad de ciertos novelistas, Edith Ethel tenía que rebajarse a la sexualidad física..., y a la vulgaridad chillona de las pescaderas. ¿Cómo si no iban a existir los santos? ¡Sin duda, sólo por la victoria de una tendencia sobre la otra!

Pero ahora, después de su escena de despedida con Edith Ethel, un sencillo reordenamiento del modelo había resucitado muchas de las antiguas dudas, al menos por un tiempo. Valentine se decía que, precisamente por la fuerza de su personalidad, nada podría haber empujado a Edith Ethel a pronunciar su inverosímil denuncia contra Tietjens, la demencial imputación de libertinaje y excesos y por fin la lunática acusación contra ella, salvo el aguijonazo de una pasión como los celos. A Valentine no se le ocurría ninguna otra explicación. Y, al considerar la cuestión, tal como creía hacerlo ahora, con más ecuanimidad, pensaba con mucha seriedad que, siendo como son los hombres, su amado, ya fuese debido al respeto que sentía por ella o por desesperanza, había aliviado las necesidades más groseras de su ser con la señora Duchemin, que, sin duda, se había mostrado más que dispuesta.

En ciertos momentos de la semana anterior había aceptado aquella sospecha y en otros la había rechazado. Hacia el jueves ya no parecía tener importancia. Su amado iba a partir, el largo brazo de la guerra estaba en marcha, las dificultades de la vida se extendían ante ella, ¿qué importancia podía tener una infidelidad en el largo y difícil camino que es la vida? Y el jueves dos preocupaciones menores, o mayores, perturbaron su calma. Su hermano anunció que iría a casa a pasar unos días de

permiso y por tanto a imponerle un compañerismo y unos puntos de vista que estaban tosca y estrepitosamente enfrentados a todo lo que defendía y por lo que estaba dispuesto a sacrificarse Tietjens. Además, tendría que acompañar a su hermano a varias fiestas bulliciosas mientras pensaba que Tietjens estaría acercándose, minuto a minuto, a las horribles circunstancias de las tropas cuando entran en contacto con las fuerzas enemigas. Por si fuera poco, uno de los periódicos dominicales más exaltados le había encargado a su madre escribir, a cambio de un sueldo envidiable, una serie de artículos sobre varios asuntos extravagantes relacionados con las hostilidades. Necesitaban tanto el dinero —y más aún ahora que Edward iba a volver a casa— que Valentine había vencido su natural aversión a desperdiciar el tiempo de su madre... Sería una pérdida de tiempo muy pequeña, y las sesenta libras que les proporcionaría habrían supuesto una enorme diferencia durante varios meses.

Pero Tietjens, en quien la señora Wannop había llegado a confiar como en su mano derecha en estos asuntos, se había mostrado, al parecer, inesperadamente recalcitrante. La señora Wannop había dicho que apenas parecía él y que se había mofado de los dos primeros asuntos propuestos —el de los niños ilegítimos nacidos durante la guerra y el hecho de que los alemanes se habían visto obligados a comerse sus propios cadáveres— por ser indignos de cualquier escritor decente. Le había explicado que la tasa de nacimientos ilegítimos había crecido muy poco y que la palabra alemana derivada del francés *cadavre* significaba cuerpos de caballos o ganado, mientras que en alemán cadáver se decía *leichnam*. Y se había negado a tener nada que ver con el asunto.

Valentine estuvo de acuerdo con él respecto a lo de *cadavre*, pero en cuanto a los niños ilegítimos tenía opiniones menos estrictas. Si no los había, desde su punto de vista no podía tener mucha importancia que se escribiera sobre ellos, mucha menos, desde luego, que hacerlo en caso de que los hubiera. Se daba cuenta de que aquello era inmoral, pero su madre necesitaba desesperadamente el dinero y su madre estaba antes que cualquier otra cosa.

Así que no le quedaba otra posibilidad que rogarle a Tietjens, pues Valentine sabía que, sin el apoyo moral que supondría su aprobación bienintencionada u obligada del artículo, la señora Wannop dejaría correr el asunto y perdería la relación con el periódico exaltado que pagaba tan bien. Sucedió que el viernes por la mañana la señora Wannop recibió la petición de una revista suiza de escribir un artículo propagandístico sobre cierta cuestión histórica relacionada con la paz después de Waterloo. La paga sería ínfima, pero el empleo al menos era relativamente digno, y la señora Wannop —¡que era una mujer de su tiempo!— le pidió a Valentine que telefoneara a Tietjens y le preguntase algunos detalles sobre el Congreso de Viena en el que, antes y después de Waterloo, se habían discutido los términos de la paz.

Valentine le telefoneó, como había hecho cientos de veces; para ella era una

enorme satisfacción saber que iba a oír hablar a Tietjens al menos una vez más. Respondieron al teléfono, y Valentine dio los dos recados, el relativo al Congreso de Viena y el de los niños ilegítimos. Le contestaron aquellas horribles palabras:

—¡Jovencita! Más le vale dejar el campo libre. La señora Duchemin ya es la amante de mi marido. Aléjese de él. —La voz carecía de cualquier rasgo humano, fue como si desde una inmensa oscuridad le hubiese hablado una máquina no menos inmensa cuyas palabras herían como golpes.

Respondió, y fue como si un sustrato de su imaginación del que nada sabía hubiese estado preparado para contestar a esas palabras, por lo que, en cierto modo, no fue su propio ser quien contestó fría y calmadamente:

—Debe de confundirse usted de persona. Si no le importa, dígame al señor Tietjens que telefonee a la señora Wannop cuando tenga un momento.

La voz dijo:

—A las cuatro y cuarto mi marido tiene que ir al Ministerio de la Guerra. Allí podrá hablar con usted..., sobre sus niños ilegítimos. ¡Pero si yo fuese usted dejaría el campo libre! —Y colgaron el auricular al otro lado de la línea.

Siguió con sus obligaciones cotidianas. Había oído hablar de unos piñones que eran muy baratos y nutritivos, o que llenaban mucho. Habían llegado a un extremo en el que sopesaban la sensación de saciedad que producía cada penique, y recorrió varias tiendas en busca de aquel alimento. Cuando lo encontró regresó a la madriguera, su hermano Edward había llegado. Estaba bastante abatido. Llevaba consigo un trozo de carne que era parte de su ración por estar de permiso. Se entretuvo limpiando su uniforme de marinero para ir a bailar ragtime a una fiesta a la que iban a ir esa noche. Conocerían a muchos objetores de conciencia, le dijo. Valentine puso la carne —era un regalo de los dioses, aunque muy fibrosa— a cocer con varias verduras troceadas. Subió a su habitación a mecanografiar unas cosas para su madre.

La naturaleza de la mujer de Tietjens ocupó sus pensamientos. Antes apenas había pensado en ella, ¡siempre le había parecido tan irreal y misteriosa como un mito! ¡Radiante y de paso noble, como un ciervo! ¡Pero debía de ser cruel! ¡Debía de ser vengativamente cruel con Tietjens, o no habría revelado así sus asuntos privados! ¡Aireándolos sin más, pues, por mucho que fanfarroneara, no podía estar segura de quién llamaba! ¡Una cosa así no se hacía! Pero también le había ofrecido su mejilla a la señora Wannop, ¡una cosa que tampoco se hacía! ¡Y con tanta amabilidad! El teléfono sonó varias veces esa mañana. Ella dejó que respondiera su madre.

Luego tuvo que preparar la cena, lo que le llevó tres cuartos de hora. Fue un placer ver comer a su madre con tanto apetito, un buen estofado, sabroso y abundante con judías verdes. Ella no pudo comer, pero por fortuna nadie se dio cuenta. Su madre le dijo que Tietjens no había telefonado todavía, lo que le parecía muy poco

considerado por su parte. Edward dijo: «¡Qué! ¿Es que los alemanes todavía no han matado al viejo Almohadón de Plumas? Aunque, claro, le habrán buscado un destino seguro». El teléfono del aparador empezó a infundirle terror a Valentine, en cualquier momento su voz podría... Edward siguió contando anécdotas de cómo embaucaban a los contramaestres en los dragaminas. La señora Wannop le escuchó con el interés distante y cortés de los ilustres cuando escuchan a un viajante comercial. Edward pidió un poco de cerveza de barril y sacó una moneda de dos chelines. Parecía bastante endurecido, aunque, sin duda, sólo en la superficie. En esos días todo el mundo parecía endurecido en la superficie.

Valentine fue con una jarra de un cuartillo al pub más cercano, cosa que nunca había hecho antes. Incluso en Ealing su señora no había permitido que la enviaran al pub; la cocinera había tenido que ir a por su propia cerveza o pedir que se la enviaran. Tal vez la señora de Ealing hubiese ejercido más vigilancia de la que había creído Valentine, era una buena mujer, pero estaba enferma. Se pasaba casi todo el día en la cama. Una pasión ciega dominaba a Valentine al pensar en Edith Ethel entre los brazos de Tietjens. ¿Acaso no tenía ya su propio eunuco? La señora Tietjens había dicho: «¡La señora Duchemin es su amante!». ¡Es! ¡Así que era posible que estuviese allí ahora!

En la contemplación de esa imagen se perdió la excitación de comprar cerveza en un pub. En apariencia era como comprar cualquier otra cosa, salvo por el olor a cerveza del serrín del suelo. Decías: «¡Un cuartillo de la mejor cerveza negra!», y un hombre gordo y bastante educado, con el pelo aceitoso y un delantal blanco, cogía tu dinero y te llenaba la jarra... ¡Pero Edith Ethel había insultado a Tietjens de un modo tan repugnante! ¡Y cuanto más repugnante más creíble parecía...! La cerveza de barril en jarra tenía pequeñas vetas de espuma en la superficie. ¡No debía derramarla al cruzar la calle! ¡Aún parecía más creíble! Algunas mujeres insultaban a sus amantes después de acostarse con ellos, y cuanto más violentos los transportes, más frenéticos eran sus insultos. ¡Era el «post-puntos suspensivos-tristis» del reverendo Duchemin! ¡Pobre diablo! ¡Tristis, tristis!

Terra tribus scopulis vastum... ¡No *longum*!

¡Su hermano Edward empezó a discutir consigo mismo de manera prolongada e ininteligible a propósito de dónde se reuniría con su hermana a las siete y media de la tarde para darse una comilona! Varios nombres de restaurantes salieron de sus labios para terror de ella. Decidió con regocijo y sin mucha convicción —¡un cuartillo es mucha cerveza para un tripulante de un dragaminas donde no se bebe alcohol!— encontrarse con ella a las siete y veinte en High Street para ir a un pub que él conocía, luego irían a bailar. En un estudio. ¡Oh, Dios!, decía su corazón, si Tietjens quisiera que fuese suya, su última noche. ¡Tal vez lo quisiera! Todo el mundo estaba endurecido en la superficie. Su hermano salió de la casa y dio un portazo que hizo

estremecerse hasta la última teja de la madriguera.

Ella subió a su habitación y empezó inspeccionar sus vestidos. No habría podido decir cuáles, estaban todos extendidos sobre la cama y el teléfono sonaba con insistencia. Oyó la voz de su madre súbitamente aliviada: «¡Oh, oh..., eres tú!». Cerró la puerta y empezó a abrir y a cerrar todos los cajones. En cuanto interrumpió aquel ejercicio la voz de su madre se volvió audible, muy audible cuando la elevaba para plantear una pregunta. La oyó decir: «No meterla en líos... ¡Por supuesto!», luego se convirtió en una serie de sonidos agudos.

Oyó que su madre la llamaba:

—¡Valentine, Valentine! Baja... ¿Es que no quieres hablar con Christopher...? ¡Valentine, Valentine! —Y luego otros gritos—: ¡Valentine..., Valentine..., Valentine...! —¡Como si fuera un perrito faldero! La señora Wannop, gracias a Dios, estaba al pie de la escalera desvencijada. Había colgado el teléfono. Le gritó—: Baja. ¡Tengo que contártelo! ¡Ese muchacho me ha salvado! ¡Siempre me saca de apuros! ¿Qué voy a hacer ahora que se marcha?

«¡A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse!»,^[83] citó Valentine para sus adentros con amargura. Cogió su sombrero. No iba a emperifollarse para él. Tendría que aceptarla como era... ¡No podía salvarse a sí mismo! ¡Pero se enorgullecía! ¡Con las mujeres...! ¡Endurecido! ¡Aunque tal vez sólo en la superficie! ¡Ella misma...! Corrió escaleras abajo.

Su madre se había retirado al saloncito, tres metros por tres, y un techo demasiado alto para su tamaño. Pero en él había un sofá con almohadones... Y tal vez con la cabeza apoyada en esos almohadones... ¡Si Christopher volviera a casa con ella! ¡Tarde...!

Su madre estaba diciendo:

—Es un tipo estupendo... Se le ha ocurrido una idea para un artículo sobre los niños ilegítimos... Los Tommies decentes se abstienen porque no quieren meter a sus novias en un lío... Los que no lo son se arriesgan porque piensan que puede ser su última oportunidad...

«¡Es un mensaje para mí! —se dijo Valentine—. Pero ¿qué frase...?» Se movió con aire ausente, todos los almohadones estaban en un extremo del sofá. Su madre exclamó:

—¡Te manda recuerdos! ¡Su madre tuvo suerte de tener un hijo como él! —Y volvió a su minúsculo estudio.

Valentine corrió sobre las losas rotas del sendero del jardín, sujetando firmemente su sombrero. Cuando miró su reloj de pulsera eran las dos y doce, ahora eran las tres menos cuarto. Si tenía que ir andando al Ministerio de la Guerra para llegar a las cuatro y cuarto —a las dieciséis quince, ¡todo un adelanto!— tenía que salir ya. Había ocho kilómetros hasta Whitehall. ¡Y luego, Dios sabe! ¡Ocho kilómetros de

vuelta! ¡Cuatro en línea recta, para llegar a la estación de High Street a las siete y media! Veinte kilómetros en cinco horas o menos. Y, para rematarlo, tres horas bailando. ¡Y vestirse...! Había que estar en forma... Y, con violenta amargura, dijo:

—¡Muy bien! Lo estoy... —Le acudió a la memoria la imagen de cien chicas alineadas con jerséis azules y corbatas masculinas a las que había tenido que mantener en forma a costa de estarlo ella todavía más. Se preguntó cuántas se convertirían en amantes de algún hombre antes de que terminara el año. Estaban en agosto. ¡Aunque tal vez ninguna lo hiciese! Porque ella las había mantenido en forma...

—¡Ah! —dijo—, si yo hubiese sido una mujer disoluta, de pechos flácidos y cuerpo fofo! ¡Bien perfumada! —Pero ni Sylvia Tietjens ni Ethel Duchemin eran fofas. ¡Puede que se perfumasen de vez en cuando! ¡Pero no se les ocurriría hacer una caminata de veinte kilómetros para ahorrarse unos peniques y rematarlo bailando toda la noche! ¡A ella sí! Y tal vez ése fuese el precio que tenía que pagar: estaba en tan buena forma que no le había incitado a... Quizá exhalase un aura de sobriedad, castidad y abstinencia que le hubiese sugerido que un Tommie decente no mete en un lío a su novia antes de que lo maten... ¡Aunque si él fuese un matón de pueblo...! Se preguntó de dónde habría sacado todas esas frases.

Las sórdidas casas alineadas parecían volar a su lado bajo la mezquina luz de agosto. Cuando se piensa demasiado, el tiempo se acelera y apenas se ha fijado uno en la papelería de una calle cuando llega a las cajas de cebollas de la tienda que hay en la esquina siguiente.

Estaba en Kensington Gardens, en la parte norte, había dejado atrás las tiendas pobres... Estaba en un campo falso, con falsos céspedes, falsas avenidas, falsos arroyos. Gente falsa que seguía su camino sobre la hierba falsa. ¡Oh, no! ¡No era falsa! ¡Vacía! ¡No! ¡La palabra era «pasteurizada»! Como la leche muerta a la que le han robado todas las vitaminas...

Si ahorra unas monedas andando podría darle más propina al impúdico —o compasivo— taxista que le ayudara a meter a su hermano por la puerta de la madriguera. Edward estaría borracho como una cuba. Ella tenía quince chelines para el taxi. Si le pagaba un poco más, parecería generosa... ¡Menudo día tenía todavía por delante! ¡Hay días que casi parecen una vida!

¡Preferiría morir antes que permitir que Tietjens pagara el taxi!

¿Por qué? Una vez un taxista se había negado a cobrar por llevarles a su hermano y a ella hasta Chiswick y no se había ofendido. ¡Le había pagado, pero no se había sentido ofendida! ¡Sólo fue un tipo sentimental conmovido por la hermana guapa —o tal vez no creyera de verdad que era su hermana— y su incorregible hermano marino! Tietjens también era un tipo sentimental... ¿Qué diferencia había? ¡Y luego! Su madre dormía profundamente; su hermano estaría totalmente borracho. ¡La una de la

mañana! ¡No podría rechazarla! ¡Oscuridad, almohadones! ¡Recordaba haberlos arreglado! ¡Lo había hecho inconscientemente! ¡Oscuridad! ¡Un sueño profundo, una borrachera descomunal...! ¡Era horrible! ¡Repugnante! Una aventura digna de Ealing..., la convertiría en carne de cañón con la que llenar los cementerios... Bueno, ¿y qué otra cosa era ella?, ¿Valentine Wannop, la hija de su padre y de su madre? ¡Sí! ¡Pero ella no era más que una don nadie insignificante!

Sin duda estarían transmitiendo mensajes por radio desde el almirantazgo... Pero su hermano estaba en Inglaterra, o emborrachándose un poco más y conspirando. En cualquier caso, las parpadeantes intermitencias sobre el mar no le afectaban de momento... Un autobús le rozó la falda mientras corría hasta la isleta... Tal vez hubiera sido mejor. ¡Pero no tenía valor!

Estaba mirando las muertes impresas debajo de un tejadillo verde, como los que se ponen sobre los comederos de los pájaros. ¡Se le paró el corazón! ¡Antes estaba sin aliento! Se estaba volviendo loca. Se estaba muriendo... ¡Todas esas muertes! Y no sólo las muertes... ¡La espera de la proximidad de la muerte, la contemplación del adiós a la vida! ¡Ahora estabas con vida, y un minuto después no! ¿Cómo era? ¡Oh, cielos, lo sabía... Estaba allí contemplando el adiós a... Ahora estabas con vida, y un minuto después... El aliento se agitaba en su pecho... Tal vez él no fuese...

De pronto lo vio rodeado por aquellas piedras sordidas. Corrió a su encuentro y le dijo algo, con un odio desesperado. ¡Los responsables de todas esas muertes eran él y otros como él...! Por lo visto, tenía un hermano, ¡otro responsable! ¡De tez más oscura! ¡Pero él! ¡Él! ¡Él! ¡Él! Estaba muy tranquilo y la miraba directamente a los ojos... No era posible. *Holde Lippen, klaare Augen, heller Sinn...*^[84] ¡Oh, el intelecto despejado estaba un poco decaído! ¿Y los labios? Sin duda también. Pero no podría mirar así a menos que...

Lo cogió violentamente del brazo: ¡en ese momento le pertenecía más que a ningún hermano atezado y simple civil! ¡Iba a preguntárselo! Y si respondía: «¡Sí, lo soy!», ella pensaba decirle: «¡Entonces debes hacérmelo a mí también! ¿Por qué ellas y no yo? ¡Yo también quiero tener un hijo!». Deseaba tener un hijo. Inundaría aquellas piedras odiosas con un torrente de argumentos; imaginó —sintió— cómo sus labios pronunciaban las palabras... Imaginó su inteligencia desfalleciente, sus miembros consentidores...

Sus ojos vagaban alrededor de la cornisa de aquellos edificios de piedra. De pronto volvió a ser Valentine Wannop, no necesitaba que él le dijera nada. Intercambiaron varias palabras, pero las palabras no pueden probar una inocencia ya probada igual que no pueden aumentar un amor ya existente. Lo mismo podría haber recitado una lista de estaciones de tren. Sus ojos, su rostro despreocupado y sus hombros relajados lo absolvieron. El mayor discurso amoroso que le había dedicado nunca y que jamás podría dedicarle fue cuando, muy enfadado, le dijo con sequedad:

«Pues claro que no. Pensaba que me conocías mejor», y la apartó a un lado como si fuera un mosquito. ¡Gracias a Dios casi ni le había prestado atención!

Volvía a ser Valentine Wannop, los pinzones cantaban: «¡Pinc!, ¡pinc!». Los largos tallos de la hierba rozaban contra su falda. Tenía los miembros limpios, la cabeza despejada... El único problema era saber si Sylvia era buena con él... Buena para él sería, tal vez, la mejor forma de decirlo. Se le aclaró la imaginación, como el agua cuando deja de bullir... «Aguas calmadas en el crepúsculo.»^[85] Bobadas. ¡Brillaba el sol y Christopher tenía un hermano adorable que podía salvarlo...! «¡Transporte!» La palabra cobraba un nuevo significado. Sintió un cálido agradecimiento, aquel hombre también era su hermano, ¡el mejor imaginable! Era como si se hubiesen juntado dos trozos de un material tan parecido que fuese muy difícil ver la diferencia. ¡Sin embargo, no era como el original! Debía estarle agradecida a aquel pariente por todo lo que hacía por ella, pero no tanto como al otro..., ¡que no había hecho nada!

¡La providencia va por rachas! Mientras subía las escaleras oyó la bendita palabra «transporte». Ellos, eso decía Mark: ella y él —otra vez el sentimiento familiar— iban a meter a Christopher en transporte... Gracias a Dios la Primera Línea de Transporte era la única rama del ejército con la que Valentine estaba algo familiarizada. La mujer de la limpieza, que no sabía leer ni escribir, tenía un hijo que era sargento en un regimiento del frente. «¡Hurra!», le había escrito a su madre. «He perdido el apetito y además estoy recomendado para la DCM. ¡Así que me han nombrado NCO de la Primera Línea de Transporte por un tiempo, y es el trabajo más cómodo y seguro de toda la línea del frente!» Valentine había tenido que leer esa carta en la trascocina entre cucarachas. ¡Y en voz alta! Había odiado tener que leerla, igual que odiaba leer cualquier cosa que diese detalles del frente. Pero la caridad empieza, sin duda, por la señora de la limpieza.^[86] Había tenido que hacerlo. Ahora podía dar gracias a Dios. El sargento, para tranquilizar a su madre, le había descrito su trabajo diario con un lenguaje claro y sincero: seleccionar y distribuir los caballos y armones del GS y supervisar las cuadras. «No te diré más —decía una de las frases— que nuestro OC de transporte es un fanático de la pesca. Allí donde vamos, manda segar y vallar una zona y ¡ay de quien ose atravesarla!» El OC se pasaba horas practicando el lanzamiento con cañas de pescar truchas y salmones. «¡Así te puedes hacer una idea de lo fácil que es el trabajo!», concluía jubiloso el sargento.

Así que allí estaba ella, Valentine Wannop, sentada en un duro banco contra una pared: clase media y honrada hasta la médula —o tal vez clase media alta—, ¡pues, aunque empobrecidos, los Wannop eran de linaje antiguo! La marea humana pasaba por delante del banco sobre sus zapatos mocasines. En la mesa que tenía a un lado había dos conserjes, uno benévolo y otro siempre quejumbroso; al otro lado tenía a una especie de cuñado de rostro moreno con los ojos saltones, que en sus tímidos

esfuerzos por apaciguarla estaba tratando todo el rato de introducirse en la boca el mango del paraguas, como si fuese un pomo. En ese momento, ella no entendía por qué quería apaciguarla, pero sabía que lo averiguaría al cabo de un minuto.

Y es que en ese preciso instante Valentine estaba ocupada con una curiosa pauta, casi matemáticamente simétrica. Ahora era una chica de clase media inglesa —cuya madre tenía ingresos suficientes— con un traje de tela azul, un sombrero de ala ancha, una corbata de seda negra, sin un solo pensamiento inadecuado en la cabeza. Y con un hombre de una pureza cristalina que la amaba. Hace sólo diez, no cinco minutos, había sido... ¡Ni siquiera recordaba lo que había sido! Y él había sido, sin duda parecía un matón de... No, no podía repetir esas palabras... ¡Entonces un semental encabritado! Si ahora se le acercase, el mero movimiento de su mano a lo largo de la mesa la haría retroceder.

Era un regalo caído del cielo, aunque absurdo. Como el barómetro con el anciano y la anciana a ambos extremos... Cuando el viejo salía la vieja entraba y eso quería decir que iba a llover; cuando la vieja salía... ¡Era exactamente así...! Con tiempo lluvioso todo el mundo cambiaba. ¡Se oscurecía...! La cuerda de tripa que los accionaba se aflojaba..., se aflojaba... ¡Pero siempre estaban a ambos extremos!

Mark estaba diciendo, con el mango del paraguas estorbando sus palabras:

—Entonces le asignaremos a su madre una renta vitalicia de quinientas libras...

Era sorprendente lo poco que eso la sorprendía, aunque le infundiera tranquilidad. Era tan sólo algo con lo que siempre había contado que ahora llegaba con retraso. El señor Tietjens, un hombre honorable, lo había prometido muchos años antes. Su madre, una augusta mujer de genio, dedicaría sus energías a expresar las opiniones políticas del señor Tietjens, mientras éste estuviera con vida, en su periódico. Él la compensaría. La estaba compensando. No de forma espléndida, pero sí adecuadamente, como un caballero.

Mark Tietjens, inclinándose, sacó un trozo de papel. Un botones se le acercó y dijo: «¡Señor Riccardo!». Mark Tietjens dijo: «¡No, se ha ido!». Luego, prosiguió:

—De momento pospondremos lo de su hermano... ¡Pero será suficiente para abrir una consulta, una buena consulta! Cuando sea un auténtico matasanos. —Se interrumpió, y la miró con sus ojos atrabiliarios mientras mordisqueaba el mango del paraguas, estaba muy nervioso—. ¡Y ahora usted! Dos o trescientos. ¡Al año, por supuesto! El capital será sólo suyo... —Se interrumpió—: Pero ¡se lo advierto! A Christopher no le gustará. La tiene tomada conmigo. Yo no le escatimaría a usted..., ¡oh, ninguna suma! —Hizo un gesto para indicar una cantidad ilimitada—. Sé que usted lleva a Christopher por el buen camino —dijo—. ¡Es la única persona capaz de hacerlo! —Añadió—: ¡Pobre diablo!

Ella dijo:

—¿La tiene tomada con usted? ¿Por qué?

Mark respondió vagamente:

—¡Oh!, como han circulado todos esos rumores... Falsos, por supuesto.

Valentine preguntó:

—¿La gente murmura de usted? ¿De él? Tal vez sea por el retraso en establecer los términos de la herencia.

Él dijo:

—¡Oh, no! ¡De hecho, es más bien lo contrario!

—Entonces —exclamó— es que han estado hablando mal de mí. ¡Y de él!

Mark respondió angustiado:

—¡Oh!, pero le pido que me crea... ¡Le suplico que confíe en que la creo a usted! ¡Señorita Wannop! —Añadió de forma grotesca—: «Tan pura como el rocío que baña la Aurora iluminada por el sol...».^[87] —Los ojos le sobresalían como a un pez fuera del agua. Dijo—: Le ruego que por ese motivo no se enfade con... —Se encogió en el cuello rígido de la camisa—. ¡Su mujer! —dijo—. No es buena para él... Está bobamente enamorada de él. Pero no es buena... —Estuvo a punto de sollozar—. Es usted la única... —dijo—, lo sé...

¡A ella se le ocurrió que estaba perdiendo demasiado tiempo en aquella *Salle des Pas Perdus*! ¡Tendría que coger el tren para volver a casa! ¡Cinco peniques! Pero qué más daba. Su madre tenía quinientas libras al año... Cinco peniques multiplicado por doscientas cuarenta...

Mark dijo alegremente:

—Si le asignamos a su madre una renta de quinientas libras... Dice usted que con eso bastará para que Christopher tenga su chuleta... Y le añadimos tres..., cuatro..., me gusta ser exacto..., cuatrocientas al año. A usted le quedarán... —Su rostro inquisitivo brilló.

Valentine comprendió la situación con total claridad. Comprendió a la señora Duchemin: «Dada nuestra posición oficial, no podemos... pasar por alto...». Edith tenía toda la razón. No podían... ¡Se había esforzado mucho por parecer correcta y circunspecta! ¡No se le puede pedir a la gente que renuncie a su vida por los amigos! ¡Al único al que podía pedírselo era a Tietjens! Le dijo a Mark:

—Es como si el mundo entero hubiese conspirado..., como un torno de carpintero..., para obligarnos a estar... —iba a decir «juntos»—. Pero él la interrumpió de un modo increíble:

—¡Debe tener su tostada con mantequilla..., y su chuleta de cordero..., y ron St. James! ^[88] Maldita sea... Está usted hecha para él... No puede culpar a la gente por emparejarles... No pueden evitarlo... Si no existiera usted habrían tenido que inventarla... Como a Dante para..., ¿quién era? ¿Beatriz? Hay parejas así.

Valentine dijo:

—Como el torno de un carpintero... Empujados el uno contra el otro. De manera

irresistible. ¿Acaso no nos hemos resistido?

El rostro de Mark adoptó una expresión de pánico, sus ojos saltones miraron hacia el mostrador de los dos conserjes. Susurró:

—No irá usted... a abandonarlo... por mi metedura de pata...

Ella respondió, y oyó a Macmaster susurrándolo con voz áspera:

—Te ruego que creas que nunca..., abandonaré...

Era lo que había dicho Macmaster. ¡Debía de haberlo copiado de la señora Micawber! ^[89]

Christopher Tietjens —vestido de caqui raído, pues su mujer le había estropeado su mejor uniforme— habló de pronto a su espalda. Se había acercado a ella desde detrás del mostrador de los dos conserjes mientras Valentine estaba vuelta hacia Mark en el banco:

—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!

¡De modo que quería salir de allí!, se preguntó ella. ¿Para ir adónde?

Como los deudos en un funeral —o como si fuese una prisionera bajo vigilancia entre los dos hermanos—, bajaron los escalones, giraron a la derecha hacia la salida y volvieron a girar para salir enfrente de Whitehall. Los dos hermanos emitían sonidos inaudibles pero satisfechos sobre su cabeza. Cruzaron Whitehall por las isletas, donde el autobús había rozado su falda. Se refugiaron debajo de un arco...

Los dos hermanos se miraron a la cara en aquel lugar pétreo y majestuoso. Mark dijo:

—¡Supongo que no querrás estrecharme la mano!

—¡No! ¿Por qué iba a hacerlo?

Ella le había gritado a Christopher: «¡Oh, estréchasela!». (Las antenas de radio que tenían encima ya no le preocupaban. Su hermano, sin duda, estaba emborrachándose en algún bar de Piccadilly... ¡La tosquedad de la superficie!)

Mark dijo:

—¿No sería mejor que lo hicieras? ¡Podrían matarte! ¡Si a uno lo matan no debe de ser agradable pensar que se negó a estrecharle la mano a su hermano!

Christopher respondió:

—¡Oh..., de acuerdo!

Durante su arrebatado de felicidad por aquel sentimentalismo hiperbóreo, él la había cogido del brazo. Se la había llevado junto a los cisnes —o posiblemente fueran barracones, no logró recordarlo— hasta un banco que tenía encima, o cerca, un sauce llorón. Y le había dicho, boqueando también como un pez:

—¿Serás mi amante esta noche? Parto mañana a las ocho y media desde Waterloo.

Ella había contestado:

—¡Sí! Ve a tal y tal estudio justo antes de las doce... Tengo que llevar a mi

hermano a casa... Estará borracho... —Quería decirle: «Oh, cariño, lo he deseado tanto...», pero en lugar de eso dijo—: He arreglado los almohadones...

Luego se preguntó: «¿Qué es lo que me habrá empujado a decirle eso? Es como si le hubiera dicho: “Encontrarás el jamón en la despensa debajo de un plato...”. Sin la menor ternura...».

Valentine se fue por un sendero cubierto de conchas, entre unas verjas que le llegaban por el tobillo, llorando con amargura. Un viejo vagabundo, con ojos enrojecidos y llorosos y una barba blanca y rala la miró con curiosidad desde donde estaba en la hierba. Se creía el monarca de aquel paisaje.

—Así son las mujeres —observó con el aparente y estúpido misterio de los viejos encallecidos—. ¡Las hay que sí! —Escupió en la hierba, y dijo—: ¡Ah! —y luego añadió—: ¡Y las hay que no!

VI

Abrió la pesada puerta y, al cerrarla en la oscuridad, su peso envió susurros largos y subrepticios por las grandes escaleras de piedra. Esos sonidos le irritaron. Cuando uno cierra una puerta pesada en un espacio cerrado, empuja el aire y produce esos susurros, aquella atmósfera de misterio era absurda. No era más que un hombre que volvía de pasar la noche fuera... ¡Dos tercios, como mucho, de la noche! Debían de ser sólo las tres y media, aunque a cambio de esa brevedad había tenido otros fantásticos alicientes...

Dejó el bastón sobre el arcón invisible de roble y, a través de la oscuridad tangible y aterciopelada que siempre conservaba el frío de las paredes de piedra y las escaleras, tanteó en busca del picaporte de la habitación del desayuno.

Había tres paralelogramos alargados: ¡pálidos reflejos arriba, interrumpidos a dos tercios de la altura por los dientes aserrados de la caperuza de la chimenea y las sombras del tejado! Nueve pasos a través de la gruesa alfombra de pelo, y luego tendría que buscar su sillón de respaldo redondeado, junto a la ventana de la izquierda. Llegó al sillón de respaldo redondeado junto a la ventana de la izquierda. Se desplomó en él; el mueble se ajustó perfectamente a su espalda. ¡Pensó que nadie había estado nunca tan cansado ni tan solo! Al otro extremo de la habitación había un sonido de algo vivo y pequeño; enfrente había un paralelogramo y medio desdibujado. Era el reflejo de la ventana en el espejo, el ruido era sin duda Calton, el gato. ¡Un ser vivo en cualquier caso! Posiblemente Sylvia estuviera al otro extremo de la habitación, esperándolo, para ver qué aspecto tenía. ¡Era muy probable! ¡No tenía importancia!

¡Su cerebro dejó de funcionar! ¡Puro agotamiento!

Cuando volvió a ponerse en marcha estaba diciendo:

«Guijarros desnudos y olas deprimentes...», y, «¡En estos discutibles confines del mundo!». Dijo en tono cortante: «¡Tonterías!». El primero era o *Calais beach* o *Dover sands* ^[90] de aquel hombre de las patillas: Arnold... En menos de veinticuatro horas vería los dos sitios..., pero ¡no! Iba a salir de Waterloo. ¡Así que viajaría de Southampton a Le Havre! El otro era de aquel tipo detestable: «¡El objeto de esta pequeña monografía!». ^[91] ¡Cuánto tiempo había pasado...! Vio una pila de relucientes maletines de documentos, la inscripción «Esta rejilla de equipaje está reservada para...»; una foto coloreada —¡rosa y azul!— de las playas de Boulogne y las galeradas de «Esta pequeña...». ¡Cuánto tiempo! Oyó su propia voz en el vagón nuevo del ferrocarril que decía con cierta dureza masculina orgullosa y clara: «Estoy a favor de la monogamia y la castidad. Y de no hablar tanto del asunto. Por supuesto, si un hombre es lo bastante hombre y quiere acostarse con otra mujer, que lo haga. Y no se hable más...». Su voz —su propia voz— le llegaba como una llamada

telefónica a larga distancia. ¡Una condenada larga distancia! Diez años...

Así que si un hombre es lo bastante hombre y quiere acostarse con otra mujer... ¡Maldita sea, no lo hace! En diez años había aprendido que un Tommie decente... Su cerebro recitó a la vez dos versos que se superponían como los dos temas de una fuga: «De haber engañado a vírgenes faltando a sus juramentos» ^[92] y «Ya que, cuando estamos juntos, sólo nuestras manos pueden encontrarse».

Dijo:

—Pero ¡maldita sea! ¡Aquel tipejo estaba equivocado! Nuestras manos no llegaron a encontrarse... No creo que nos hayamos dado la mano... No creo haberla tocado nunca..., en toda mi vida... ¡Jamás! No es de las que estrechan la mano... ¡Una inclinación de cabeza...! ¡Un encuentro y una despedida...! A la inglesa... Pero, sí, me puso el brazo sobre los hombros... ¡En el bancal...! «¡Una relación ciertamente muy breve!», me dije entonces... Bueno, luego hemos recuperado el tiempo. ¡O no! ¡No lo hemos recuperado...! Expiado... Como dijo tan acertadamente Sylvia, en aquel momento mi madre se estaba muriendo... Pero probablemente fuera el hermano borracho... Uno no engaña a una virgen faltando a sus juramentos en Kensington High Street a las dos de la madrugada sujetando, cada uno por un lado, a un marinero borracho al que las piernas le funcionan intermitentemente...

¡Intermitentemente!, ésa era la palabra. ¡Le funcionaban intermitentemente!

En cierto momento el chico se les había escapado y había echado a correr con sorprendente velocidad sobre el sordo pavimento de madera de una calle inmensa y vacía. Cuando lo alcanzaron, estaba arengando con acento oxoniano a un policía inmóvil debajo de unos árboles: «¡Sois vosotros! —estaba exclamando—, ¡vosotros, quienes hacéis que la vieja Inglaterra sea tal como es! ¡Mantenéis la paz de nuestros hogares! ¡Nos protegéis de los viles excesos de...!».

A Tietjens siempre le había hablado con la voz y el acento de un vulgar marinero, ¡con su voz endurecida en la superficie!

Tenía dos personalidades. Dos o tres veces había dicho:

—¿Por qué no la besas? Es una chica muy guapa, ¿verdad? Y tú eres un puñetero Tommie, ¿no? ¡Pues los puñeteros Tommies pueden tener todas las chicas que quieran! Es lo justo, ¿no?

E incluso entonces no había sabido lo que iba a ocurrir... Hay ciertas crueldades... Por fin habían encontrado un coche. El chico había insistido en sentarse junto al cochero... El rostro pequeño, pálido y encogido de ella había mirado fijo hacia delante... Había sido imposible hablar; el coche, mientras traqueteaba por la carretera, había dado terribles tirones cada vez que el chico trataba de coger las riendas... Al viejo cochero no parecía haberle importado, pero tuvieron que reunir todo el dinero que llevaban para pagarle después de llevar al chico a la casa...

El cerebro de Tietjens le dijo: «En cuanto llegaron a la casa de su padre, ella entró

a toda prisa y dijo: “Hay un idiota fuera y una doncella dentro...”». [93]

Respondió con desgana: «Tal vez a eso se reduzca todo...». Se había quedado en la puerta del vestíbulo, mientras ella lo miraba con expresión lastimera. Luego, desde el sofá que había dentro, el hermano se había puesto a roncar con sonidos estentóreos y grotescos, parecidos a las carcajadas de una raza tenebrosa y desconocida. Christopher se había dado la vuelta y había echado a andar calle abajo, Valentine lo había seguido. Él había exclamado:

—Tal vez no sea... lo más apropiado...

Valentine le había respondido:

—¡No! ¡No...! Resulta desagradable... ¡Es demasiado..., oh..., íntimo!

Christopher recordaba haber dicho:

—Pero... para siempre...

Valentine le contestó con precipitación:

—Pero cuando vuelvas... Permanentemente. Y..., ¡oh!, como si fuese en público... No sé, ¿tú crees que debemos...? Yo estaría dispuesta... —y añadió—: Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas.

Él había dicho en algún momento:

—Pero, obviamente..., no bajo este techo... —Y había añadido—: ¡Nosotros somos de los que no...!

Valentine había vuelto a responderle con precipitación:

—Sí..., eso es. ¡Somos de los que no...! —y luego le había preguntado—: ¿Y la fiesta de Ethel? ¿Fue un gran éxito? —Sabía que no había sido intrascendente. Él le había contestado:

—¡Ah...! Eso sí es permanente... Eso sí que es público... Estaba Rugeley. El duque..., lo llevó Sylvia. ¡Será una buena amiga...! Y el presidente de la Junta de Gobierno Local, creo..., y un belga..., el equivalente a nuestro ministro de Justicia..., y, por supuesto, Claudine Sandbach... Doscientos setenta, ¡lo mejor de lo mejor, dijeron los modestos Guggumses cuando me fui! Y el señor Ruggles... ¡Sí...! Se han hecho un nombre... ¡No es lugar para mí!

—¡Ni para mí! —había respondido ella. Y había añadido—: ¡Aunque me alegro!

Se habían producido momentos de silencio entre ellos. Todavía no se habían quitado de encima la costumbre de pensar que estaban sujetando al hermano borracho. Parecía haber durado miles de meses dolorosos..., tiempo más que de sobra para que se convirtiese en una costumbre. El hermano pareció rugir: «Jau... Jau... Kuriash...». Y, al cabo de dos minutos: «Jau... Jau... Kuriash...». ¡Húngaro, sin duda!

Christopher había dicho:

—Fue estupendo ver a Vincent de pie junto al duque. ¡Enseñándole una primera edición! ¡Por supuesto, no era lo más apropiado, tratándose, en cierto sentido, de la

celebración de una boda! Pero ¿cómo iba a saberlo Rugeley...? ¡Y Vincent no estuvo nada servil! ¡Incluso corrigió al primo Rugeley acerca del significado de la palabra «colofón»! ¡La primera vez en su vida que corrige a un superior! ¡Ya lo ves, se ha hecho un nombre...! Y Rugeley es casi primo de... El primo de nuestra querida Sylvia Tietjens, ¡así que es casi lo mismo! La mujer del amigo más antiguo de lady Macmaster... Sylvia va a ir a verlos a su modesta casita de Surrey... En cuanto a nosotros —había concluido—, también le sirven quienes se limitan a esperar... [94]

La chica dijo:

—Los salones debían de estar preciosos.

Él había respondido:

—Preciosos... Trasladaron de la rectoría todos los cuadros de ese horrible tipo y los colgaron en el comedor sobre los paneles de roble... Una hermosa exhibición de regazos, pezones, labios y granadas... Y los largos candelabros de plata, claro... Lo recordarás, candelabros de plata y paneles de roble...

Valentine exclamó:

—¡Oh, cariño...! No... ¡No...!

Christopher se había tocado el borde del casco con los guantes doblados.

—¡Así que nos limitamos a borrarlo de nuestra memoria! —había dicho.

Ella le dijo:

—¿Querías llevarte este trozo de pergamino...? Le pedí a una niña judía que escribiera en él en hebreo, dice: «Que Dios te proteja y cuide de ti en tus andanzas y te...».

Él se lo guardó en el bolsillo del pecho.

—Un talismán —dijo—. Por supuesto que me lo llevaré...

Valentine exclamó:

—Si pudiéramos borrar lo ocurrido esta tarde... Sería más fácil soportar... Tu pobre madre se estaba muriendo la última vez que...

Christopher observó:

—Lo recuerdas... Incluso entonces, tú... Y si no me hubiera ido a Lobscheid...

Ella dijo:

—Desde la primera vez que te vi...

Él respondió:

—Y yo..., desde la primera vez... Si me asomaba a la puerta..., todo parecía arena..., pero a un lado había un poco de agua burbujeante. Y podía confiar en que siguiera manando siempre... Tal vez no comprendas lo que te digo.

Valentine gritó:

—¡Sí! ¡Claro que lo entiendo!

Estaban viendo paisajes..., dunas de arena; hierba recién cortada... Un barco destartado, un bergantín de Arcángel sin mástil...

—Desde la primera vez... —repitió Christopher.

Valentine volvió a decir:

—Si pudiéramos borrarlo...

Él le respondió, y por primera vez se sintió generoso, tierno y protector:

—Claro que puedes. Corta el tiempo desde esta tarde justo antes de las cinco menos dos minutos, fue cuando te lo pedí y tú consentiste... Oí el reloj de la Guardia... Hasta ahora... Córtalo y únelo... Puede hacerse... Sabes que se hace quirúrgicamente, para curar algunas enfermedades, cortan un trozo del intestino y lo unen un poco más arriba... Creo que en los casos de colitis...

Ella objetó:

—Pero no quiero hacerlo... Fue la primera vez que me lo dijiste.

Christopher replicó:

—No es cierto... Desde el primer momento..., con cada palabra...

Valentine exclamó:

—¡Tú también te diste cuenta...! Algo nos ha empujado, como el torno de un carpintero... No podríamos haberlo evitado...

Él dijo:

—¡Dios mío! Eso es...

De pronto vio un sauce llorón en St. James Park; ¡las cinco menos un minuto! Acababa de decir: «¿Serás mi amante esta noche?». Ella se había apartado a un lado y se había tapado la cara con las manos... Una fuentecilla, a un lado, de la que podía estar seguro de que no dejaría de manar nunca...

Paseando a lo largo de la orilla del lago, balanceando su curvo bastón, con la chistera reluciente un poco ladeada, los largos faldones de su levita aleteando a su espalda, y sus quevedos de urraca resplandeciendo a la luz polvorienta del sol, había llegado, claro, el señor Ruggles. Había mirado a la chica, luego a Tietjens repantigado en el banco. Se había llevado la mano al ala del brillante sombrero y había dicho:

—¿Cenará hoy en el club?

Tietjens le había respondido:

—No, he presentado mi dimisión.

Con el aspecto de un pájaro de largo pico que hurgara en algo podrido, Ruggles objetó:

—¡Oh!, pero el comité se ha reunido con carácter de urgencia..., y le ha enviado a usted una carta pidiéndole que reconsidere...

Tietjens dijo:

—Lo sé... Retiraré mi dimisión esta noche. Y volveré a dimitir mañana por la mañana.

Los músculos de Ruggles se relajaron por un segundo, luego se pusieron rígidos.

—¡Vaya! —había dicho—. Pero... ¿no puede usted hacerle eso al club!... Nunca nadie ha hecho algo semejante... Es un insulto...

—Eso mismo es lo que pretende ser —respondió Tietjens—. Un caballero no puede pertenecer a un club que tiene a ciertos miembros en su comité.

La voz profunda de Ruggles se volvió chillona de pronto:

—¡Pero usted sabrá que...! —graznó.

Tietjens le había contestado:

—No soy vengativo... Pero ya estoy harto de todos esos cotilleos de viejas.

Ruggles había dicho:

—No... —Su rostro de pronto se había vuelto de color marrón oscuro, escarlata y luego púrpura. Se quedó mirando tristemente las botas de Tietjens—. ¡Oh! ¡Ah! ¡Bueno! —dijo por fin—. Le veré esta noche en casa de Macmaster... Una gran noticia lo de su título. Es un hombre de primera...

Ésa había sido la primera vez que Tietjens había oído lo del título de Macmaster. Se había olvidado de mirar esa mañana la lista de distinciones. Después, mientras cenaba sólo con sir Vincent y lady Macmaster, había visto una imagen del soberano con Macmaster: una foto para los periódicos matutinos. Por el modo embarazoso en que Macmaster trataba de interrumpir las explicaciones de Edith Ethel a propósito de que la distinción era por ciertos servicios especiales, Tietjens adivinó tanto la naturaleza de los servicios realizados por Macmaster como que el pobre hombre no le había contado a Edith Ethel de quién había sido en realidad la idea. Y —exactamente igual que había hecho su chica— lo había dejado correr. No veía motivo para que el pobre Vincent no disfrutara de un poco de prestigio doméstico. Sin embargo, Tietjens —a pesar de que Macmaster, con la solicitud y el afecto de un servil podenco italiano, se había apresurado a ir de celebridad en celebridad para poder estar más rato con él, y aunque Tietjens sabía que su amigo estaba disgustado y que le horrorizaba, como a cualquier mujer, que fuese a partir a Francia— no había podido volver a mirarlo a la cara... Se había sentido avergonzado. ¡Por primera vez en su vida, se había sentido avergonzado!

Incluso cuando Tietjens se escapó de la fiesta... ¡para ir al encuentro de su suerte...! Macmaster había bajado jadeando por las escaleras, abriéndose paso entre los invitados que subían. Le había dicho:

—Espera... No te vayas... Quiero... —Había echado un vistazo aterrado a su espalda, lady Macmaster podía haberle seguido. Con la perilla negra estremecida y los ojos desdichados vueltos hacia arriba le había dicho—: Quería explicarte... Este dichoso título...

Tietjens le dio unos golpecitos en el hombro, Macmaster estaba más alto que él en las escaleras.

—Tranquilo, viejo amigo —le había respondido, y había añadido con afecto

sincero—: Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para no... Me alegro mucho...

Macmaster le había susurrado:

—Y Valentine... No ha venido esta noche...

Él había exclamado:

—¡Por Dios...! Si hubiera pensado... —le había dicho Tietjens—: Ella está bien. Ha tenido que ir a otra fiesta... Voy a ir a verla...

Macmaster le había mirado con aire dubitativo y triste, inclinándose y agarrándose al frío y húmedo pasamanos.

—Dile que... —dijo—. ¡Por Dios! Podrían matarte... Te ruego que..., te ruego que creas que la..., como si fuese la niña de mis ojos...

Un fugaz vistazo le bastó a Tietjens para darse cuenta de que Macmaster tenía los ojos inundados de lágrimas.

Los dos se quedaron largo rato mirando los escalones de piedra.

Luego Macmaster había dicho:

—Bueno...

Tietjens le había respondido: «Bueno...», pero no había podido mirarle a los ojos, aunque había notado cómo los ojos de su amigo exploraban penosamente su rostro... «Es como salir por la puerta de atrás», había pensado, ¡qué extraño no poder mirar a la cara a un hombre al que no vas a volver a ver nunca!

«Pero, por Dios —se dijo con violencia cuando su imaginación volvió a la chica que tenía delante—, ésta no va a ser otra salida por la puerta de atrás... Tengo que decírselo... Maldito sea si no hago un esfuerzo...»

Ella se tapaba la cara con el pañuelo.

—Me paso el día llorando —dijo—, soy una fuente que no deja de manar...

Christopher miró a izquierda y a derecha, sólo faltaban Ruggles o el general no sé cuántos con su dentadura postiza mal ajustada. La calle con sus arbustos tiznados estaba vacía y silenciosa. Valentine lo estaba mirando. Él no sabía cuánto tiempo llevaba callado ni dónde había estado, unas olas irresistibles lo empujaban hacia ella.

Después de un buen rato, dijo:

—Bueno...

Valentine se echó hacia atrás. Replicó:

—No iré a verte marchar... Trae mala suerte... Pero nunca..., nunca borraré de mi memoria lo que me dijiste... —Luego se fue y la puerta se cerró. Él se había preguntado qué era lo que no quería borrar de su memoria. ¿Que esa tarde le había pedido que fuese su amante?

Después, casi enfrente de la puerta de su antigua oficina, subió a un camión de transporte que lo llevó a Holborn.

No más desfiles

Dos cosas me entristecen
El soldado al que aflige la pobreza
y los hombres inteligentes
a quienes se menosprecia
Proverbios [\[95\]](#)

Primera parte

I

Al entrar, el sitio resultaba incoherente, rectangular, cálido tras el relente de la noche invernal y trasfundido de luz como un polvo marrón anaranjado. Era como las casas que dibujan los niños. Un cúmulo de extremidades marrones salpicadas de latón recibían la tenue luz que salía de los huecos de un cubo agujereado, lleno de carbón incandescente y cubierto por una lámina metálica con forma de chimenea. Dos hombres se acurrucaban en el suelo, en actitud de inferioridad jerárquica, detrás del brasero; cuatro, dos a cada extremo del barracón, se apoyaban sobre unas mesas y afectaban una total indiferencia. De los aleros por encima del paralelogramo negro de la entrada caía un intermitente goteo de humedad con un sonido musical y cristalino. Los dos hombres sentados sobre sus talones junto al brasero —ambos habían sido mineros— empezaron a hablar en un dialecto cantarín apenas audible que siguió y siguió con monotonía y sin animación. Era como si uno le contase al otro larguísimas historias a las que su compañero respondiera con comprensión o simpatía mediante gruñidos animales...

Una inmensa y majestuosa bandeja de té tronó y llenó con su voz el círculo negro

del horizonte. Numerosos fragmentos de lámina metálica dijeron: «Pac, pac, pac». En un minuto, el suelo de tierra del barracón se estremeció, los tímpanos de los oídos sintieron la presión y un ruido estentóreo se abatió sobre el universo, ecos enormes empujaron a aquellos hombres, a la derecha, a la izquierda o debajo de las mesas, y un chisporroteo como el de las llamas en la maleza se convirtió en la condición permanente de la noche. Iluminados por la luz del brasero al inclinar la cabeza, los labios de uno de los dos hombres del suelo parecían increíblemente rojos y carnosos y seguían hablando y hablando...

Los dos hombres del suelo eran mineros galeses, uno era de Rhondda Valley y soltero, y el otro de Pontardulais, se había casado con una mujer que regentaba una lavandería y había dejado de bajar a la mina justo antes de estallar la guerra. Los dos hombres de la mesa a la derecha de la puerta eran sargentos mayores, uno de Suffolk con dieciséis años de servicio a sus espaldas como sargento en un regimiento regular. El otro, canadiense aunque de origen inglés. Los dos oficiales al otro extremo del barracón eran capitanes: un joven oficial nacido en Escocia y educado en Oxford y un hombre pesado, casi de mediana edad, originario de Yorkshire, que estaba en un batallón de la milicia. El correo del suelo estaba muy enfadado porque el oficial de mayor edad le había denegado un permiso para ir a casa y averiguar por qué su mujer, que había vendido la lavandería, no había cobrado todavía el dinero de la venta; el otro estaba pensando en una vaca. Su novia, que trabajaba en una granja de las montañas al norte de Caerphilly, le había escrito hablándole de una vaca muy rara: una Holstein blanca y negra, sin duda una vaca rarísima. El sargento mayor inglés estaba preocupadísimo por el obligado retraso del destacamento. Hasta la medianoche no podrían ponerse en marcha. No estaba bien dejar a los hombres haraganeando de ese modo. A los hombres no les gustaba que los dejaran esperando sin hacer nada. Les hacía estar descontentos. No les gustaba. No comprendía por qué el oficial de intendencia no podía garantizar el suministro de velas para las linternas sordas. Los hombres no tenían por qué estar esperando sin hacer nada. Pronto tendrían que ir a cenar algo. Al oficial no le haría gracia. Gruñiría de lo lindo. Tenía que pedir las cenas. Le descabalaría todos los cálculos. Dos mil novecientas treinta y cuatro cenas a un penique y medio. Pero no estaba bien dejar a los hombres esperando hasta medianoche sin cenar. Les hacía estar descontentos y los pobres diablos iban a partir por primera vez al frente.

El sargento mayor canadiense estaba preocupado por un cuaderno de notas de piel de cerdo. Lo había comprado en un almacén de intendencia en la ciudad. Se imaginó sacándolo en un desfile para proporcionarle al furriel un dato de un envío. Quedaría muy elegante con él en un desfile, muy alto y erguido. Pero no recordaba si lo había metido en el petate. No lo llevaba encima. Se palpó los bolsillos de la guerrera y los de la camisa, buscó en todos los bolsillos del capote que colgaba de un perchero junto

a su silla. No estaba seguro de que su ordenanza le hubiese metido el cuaderno en el petate, aunque él afirmara haberlo hecho. Era un fastidio. Su cuaderno actual, comprado en Ontario, estaba combado y agrietado. No le gustaba tener que sacarlo cuando los oficiales imperiales le pedían algún dato de un envío. Daba una mala impresión de las tropas canadienses. Un auténtico fastidio. Él había sido subastador. Calculó que, a ese paso, sería la una y media antes de que llevasen al destacamento a la estación y lo metieran en los trenes. Pero era muy irritante no estar seguro de si había metido el cuaderno en el petate o no. Se había imaginado causando muy buena impresión en un desfile, de pie, alto y erguido, sacando ese cuaderno cuando el furriel le pidiera un dato de uno u otro envío. Sabía que, ahora que estaban en Francia, todos los furrieles serían oficiales imperiales. Un auténtico fastidio.

El estruendo de un enorme estallido les dijo cosas de una intimidad intolerable a cada uno de aquellos hombres como individuos, y a todos juntos como cuerpo. Después de su mortífero vómito todos los demás ruidos eran como un silencio apresurado y doloroso en unos oídos por los que la sangre corría de forma audible. El oficial más joven se puso en pie con un violento movimiento y cogió sus enredados correaes, que estaban colgados de un gancho. El de mayor edad, al otro lado de la mesa, se apartó a un lado y extendió una mano haciendo un gesto hacia abajo. Era consciente de que el más joven, que era el oficial al mando, estaba casi fuera de sí. El más joven, completamente agotado, le decía palabras ásperas, injuriosas e inaudibles a su compañero. El otro respondió con palabras ásperas, breves y también inaudibles y siguió haciendo el mismo gesto sobre la mesa. El viejo sargento mayor inglés le dijo a su subalterno que el capitán Mackenzie volvía a tener otro de sus ataques de locura, pero sabía que lo había hecho en tono inaudible. Sintió que en su corazón maternal, preocupado a la sazón por sus dos mil novecientos treinta y cuatro hijos adoptivos, surgía una necesidad fatigosa de extender sus cuidados maternos al oficial. Le dijo al canadiense que ese capitán Mackenzie que estaba perdiendo temporalmente la cabeza era el mejor oficial del ejército de Su Majestad. E iba a ponerse en ridículo. El mejor oficial del ejército de Su Majestad. No lo había mejor. Cuidadoso, inteligente, valiente como un héroe. Y se preocupaba por sus hombres en el frente. No creería... Sintió vagamente que era fatigoso tener que cuidar a un oficial. A un cabo, o a un sargento joven que iban a equivocarse se les podía murmurar sibilantes sugerencias a través del bigote. Pero a un oficial había que decirle las cosas de soslayo. Era muy difícil. Gracias a Dios que el otro capitán era frío y digno de confianza. Viejo y bueno, como dice el proverbio.

Se hizo un silencio absoluto.

—Se han perdido..., eso es. —La voz del correo del Rhondda se oyó con sorprendente claridad. Unas luces brillantes, visibles a través de la puerta, parpadearon en el techo del barracón.

—No hay razón —siseó su compañero de Pontardulais en su dialecto natal— para que esos condenados focos nos iluminen y nos vean los #####aviones alemanes. No sé ellos, pero yo quiero volver a ver mi maldita cabaña en el puñetero Mumbles...

—Ya está bien de decir palabrotas, Cero Nueve Morgan ^[96] —gritó el sargento mayor.

—En fin, Morgan, como te iba diciendo —prosiguió el compañero de Cero Nueve Morgan—. Debe de haber sido una vaca rarísima. Una Holstein blanca y negra...

Fue como si el capitán más joven dejara de escuchar la conversación. Apoyó ambas manos en la manta que cubría la mesa. Exclamó:

—¿Quién demonios es usted para darme órdenes? Soy su superior. Quién demonios... ¡Oh!, Dios mío, quién demonios... A mí nadie me da órdenes... —La voz se ahogó débilmente en su pecho. Notó cómo se le dilataban las aletas de la nariz y que el aire que entraba por ellas era frío. Tenía la sensación de que alguien había urdido una conspiración contra él. Exclamó—: ¡Usted y ese ##### general alcahuete! —Deseó cortar algunas gargantas con su afilado cuchillo de trinchera. Eso le habría quitado un peso de encima. El «siéntese» de la pesada figura que tenía sentada enfrente paralizó sus brazos. Sintió un odio increíble. Si pudiera alargar el brazo para coger el cuchillo...

Cero Nueve Morgan dijo:

—El #####que ha comprado la maldita lavandería se llama Williams... Si pensara por un momento que es Evans Williams de Castell Goch, desertaría.

—Rechazó a su ternero —dijo el hombre del Rhondda—. Y antes de que pudieran... —Ninguno de los dos prestaba atención a la conversación de los oficiales. Los oficiales siempre hablaban de cosas carentes de interés. ¿Qué ventolera le habría dado a la vaca para rechazar a su ternero en las montañas más allá de Caerphilly? Las mañanas otoñales, toda la ladera amanecía cubierta de telas de araña que brillaban al sol como cristal entretejido. La vaca debía de estar hechizada.

El joven capitán se apoyó en la mesa y empezó una larga discusión respecto a la superioridad. Discutía consigo mismo en un parloteo extraordinariamente rápido. A él lo habían nombrado en la gaceta ^[97] después de Gheluvelt. ^[98] Al otro no, hasta un año más tarde. Era cierto que estaba al mando permanente de aquel almacén, y que él sólo estaba asignado a la unidad para gestionar las raciones y la disciplina. Pero eso no incluía darle órdenes de sentarse. Quería saber qué demonios pretendía al hacerlo. Empezó a hablar, más deprisa que nunca, sobre un círculo. Cuando se cerrase la circunferencia con la desintegración del átomo, el mundo llegaría a su fin. Con el milenio se acabó dar y recibir órdenes. Por supuesto, hasta entonces las obedecería.

Para el oficial de más edad, cargado con el mando de una unidad de un tamaño excesivo, con un cuartel improvisado y repleto de subalternos inútiles que cambiaban

constantemente de destino, con NCO que trabajaban sólo de mala gana, con tropas llegadas en su mayor parte de las colonias, poco acostumbradas a arreglárselas por su cuenta, y un depósito de suministros que, por estar establecido desde antiguo, creía ser propiedad exclusiva de una unidad británica regular y ponía todo género de trabas para impedir que sacaran nada de él, las dificultades prácticas de su vida diaria ya eran suficientes, y sus asuntos personales también eran lo bastante penosos. Hacía poco que había salido del hospital; en la tienda de lona en la que vivía, prestada por el oficial médico del depósito de suministros que se había ido a Inglaterra de permiso, hacía un calor agobiante si encendía el calentador de parafina y un frío y una humedad insoportables si los apagaba; el ordenanza a quien el MO había dejado a cargo de la tienda parecía estúpido. Últimamente, los ataques aéreos de los alemanes eran continuos. La base estaba llena de hombres, apretujados como sardinas en lata. En la ciudad uno no podía andar por la calle. Se ordenó a las unidades de reclutamiento que se dejaran ver lo menos posible. Los destacamentos sólo salían de noche. Pero ¿cómo iba uno a enviar un destacamento de noche cuando había dos horas de apagón cada diez minutos por culpa de los ataques nocturnos? Cada hombre tenía nueve formularios y etiquetas distintas que tenían que ir firmadas por un oficial. Estaba muy bien que los pobres diablos fuesen documentados. Pero ¿cómo querían que lo hiciesen? Esa noche tenía que enviar a dos mil novecientos noventa y cuatro hombres, y dos mil novecientos noventa y cuatro por nueve son veintiséis mil novecientos cuarenta y seis. No querían o no le dejaban tener una máquina de perforar propia, pero ¿cómo iba el armero del almacén a perforar cinco mil novecientos ochenta y ocho placas de identidad y cumplir además con sus tareas habituales?

El otro capitán siguió hablando enfrente de él. A Tietjens no le gustaba su conversación sobre el círculo y el milenio. Si uno tiene sentido común se alarma al oír eso. Puede ser el principio de una locura peligrosa y definitiva... Pero no sabía nada de aquel tipo. Era demasiado moreno y apuesto, y probablemente demasiado apasionado, para ser un buen oficial desde su punto de vista. Pero tenía que serlo: tenía la DSO con un pasador, la MC y una condecoración extranjera. Y el general le había dicho que lo era, con la extraña información adicional de que había ganado el premio de latín del Vicerrectorado...^[99] Se preguntó si el general Campion sabría lo que suponía ganar el premio de latín del Vicerrectorado. Probablemente no, y se hubiera limitado a añadir esa información en su informe igual que un jefe salvaje cuando usa un adorno bárbaro. Quería demostrar que él, el general lord Edward Campion, era un hombre culto. Es imposible saber cuándo va a hacer su aparición la vanidad.

Así que aquel tipo era demasiado moreno y apuesto para ser un buen oficial, y sin embargo lo era. Eso lo explicaba todo. A los apasionados, reprimirse les vuelve locos.

Debía de llevar desde 1914 siendo sobrio, disciplinado, paciente y totalmente reprimido, contra un trasfondo de fuego infernal, ruido, sangre, barro, latas viejas... Y, de hecho, el oficial de más edad veía al más joven como en un esbozo de un retrato de cuerpo entero..., por algún motivo con las piernas abiertas delante de un tapiz escarlata con fuego y más escarlata con sangre... Suspiró un poco, así era la vida de muchos millones...

Le pareció ver a su destacamento: dos mil novecientos noventa y cuatro soldados que habían estado a sus órdenes durante un par de meses —mucho tiempo, para como se medía la vida entonces—, hombres a quienes él y el sargento mayor Cowley habían cuidado con mucha ternura, supervisando su moral, sus costumbres, sus pies, sus digestiones, sus impacencias, sus deseos de mujeres... Le pareció verlos alejándose en columna por una gran extensión de terreno, mientras la vanguardia descendía lentamente, igual que una enorme serpiente que se desliza lentamente en su tanque de agua del zoo... Descendía muy lejos ante la barrera infranqueable que se extendía desde las profundidades de la tierra hasta lo alto del cielo...

Un intenso desánimo, una confusión interminable, una locura inagotable, vilezas sin cuento. Todos esos hombres entregados a manos de los intrigantes más cínicos y despreocupados que pululan por los largos pasillos donde se urden las tramas que surcan el corazón del mundo. Todos esos hombres eran meros juguetes y sus agonías meras ocasiones para poner una frase ocurrente en los discursos de unos políticos sin corazón ni inteligencia. Cientos de miles de hombres arrojados aquí y allá en ese sórdido, gigantesco y parduzco barrizal invernal..., por Dios, exactamente igual que si fuesen nueces recogidas y arrojadas por las urracas por encima del hombro... Pero eran hombres. No sólo poblaciones. Hombres por los que uno se preocupaba. Cada uno con una columna vertebral, rodillas, pantalones, tirantes, un rifle, un hogar, pasiones, fornicaciones, borracheras, amigos, alguna concepción del mundo, callos, enfermedades heredadas, una verdulería, una lechería, una papelería, mocosos, una furcia por mujer... Los hombres: ¡los soldados rasos! Y los pobres oficiales. ¡Dios los ayudara! Ganadores del premio de latín del Vicerrectorado...

A aquel pobre ganador del premio en particular, parecía molestarle mucho el ruido. Deberían guardar silencio para él.

Por Dios, tenía toda la razón. Aquel lugar estaba pensado para preparar silenciosa y ordenadamente la carne para el desastre. ¡Destacamentos! Una base es un lugar donde poder meditar, tal vez rezar, un lugar donde los Tommies puedan escribir la última carta a sus casas y describir el horrible tronar de los cañones.

Pero reunir a un millón y medio de hombres en los alrededores de ese pueblecito era como cebar una trampa para ratas con un trozo de carne podrida. Los aviones alemanes podían olerlos a ciento sesenta kilómetros de distancia. Podían causar más daño ahí que si bombardeasen un barrio de Londres hasta reducirlo a escombros. Y

las defensas aéreas eran de broma, una broma sin gracia. Disparaban miles de salvas con toda suerte de piezas de artillería, como unos colegiales tirándole piedras a una rata nadando. Es lógico que los hombres mejor entrenados en la defensa aérea estén en la metrópolis. Pero a los que sufrían las consecuencias no les hacía ninguna gracia.

La depresión se asentó aún más pesadamente sobre él. La desconfianza en el gobierno, compartida por la mayor parte del ejército, se convirtió en un dolor casi físico. ¡Aquellos inmensos sacrificios, ese océano de sufrimiento intelectual, era sólo para promover la vanidad de unos hombres que comparados con unas fuerzas y unos paisajes tan inmensos casi parecían pigmeos! Lo que le intranquilizaba eran las preocupaciones de esos millones de hombres empapados en el barro parduzco. Podían morir, podían masacrarlos a miles en un desastre, pero que los masacraran sin desenvoltura, sin confianza, con el ceño fruncido, sin desfiles...

En realidad, no sabía nada del oficial que tenía delante. Al parecer, se había interrumpido para que le respondiera a una pregunta. ¿Qué pregunta? Tietjens no tenía ni idea. No le estaba escuchando. Se hizo un pesado silencio en el barracón. Esperaron. El tipo dijo en tono de odio:

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa? ¡Me gustaría saberlo!

Tietjens siguió pensando... Había muchas clases de locura. ¿De qué clase sería ésta? El hombre no estaba borracho. Hablaba como un borracho, pero no lo estaba. Al ordenarle que se sentara, Tietjens se había limitado a probar suerte. Hay locos cuyo subconsciente responde a una orden militar como por arte de magia. Tietjens recordaba haberle gritado: «¡Presenten... armas!», a un pobre loco en un campamento, y el tipo, que había pasado blandiendo una bayoneta y corriendo como un poseso junto a su tienda, cincuenta metros por delante de sus perseguidores, se había parado en seco con un taconazo como si fuese un soldado de la Guardia Real. Había probado suerte con aquel otro loco a falta de una estrategia mejor. Por lo visto, había funcionado de forma intermitente. Se arriesgó a decir:

—¿Qué pasa con qué?

El hombre respondió con ironía:

—Por lo visto no soy digno de que me escuche su excelencia. Decía que qué pasa con mi sucio y asqueroso tío. Su repulsivo mejor amigo.

Tietjens dijo:

—¿El general es tío suyo? ¿El general Campion? ¿Qué es lo que le ha hecho a usted?

El general le había enviado a aquel tipo con una nota en la que le pedía que cuidara de ese oficial admirable y muy buena persona destinado a su unidad. La nota estaba escrita a mano por el general e incluía la información adicional de las habilidades escolásticas del capitán Mackenzie... A Tietjens le había parecido raro que el general se tomase tantas molestias por un simple oficial al mando de una

compañía de infantería. ¿Cómo habría reparado en aquel hombre? Por supuesto, Campion tenía tan buen corazón como cualquiera. Si le hablaban de un tipo medio chiflado cuya hoja de servicios demostraba que era muy buena persona, Campion haría por él lo que estuviese en su mano. Y Tietjens sabía que el general lo tenía por un sujeto pesado y libresco capaz de cuidar de manera fiable de uno de sus *protégés*... Probablemente Campion pensara que en aquella unidad no tenían casi trabajo, así que podían convertirse en un hospital de lunáticos. Aunque si Mackenzie era el sobrino de Campion, la cosa estaba clara.

El loco exclamó:

—¿Campion mi tío? Pero ¡si de quien es tío es de usted!

Tietjens respondió:

—¡Oh, no! —El general ni siquiera era pariente lejano suyo, aunque diera la casualidad de que fuese el padrino de Tietjens y el amigo más antiguo de su padre.

El otro replicó:

—Entonces es muy raro. Puñeteramente sospechoso... ¿Por qué iba a interesarse por usted si no es su sucio tío? Usted no es un soldado... No tiene pinta de soldado... Un saco de trigo, eso es lo que parece... —Se interrumpió y luego siguió atropelladamente—: En el cuartel general se dice que su mujer se ha camelado a ese general repugnante. No creí que fuese cierto. No creí que fuese de esa clase de tipos. ¡He oído hablar mucho de usted!

Tietjens se rió de su locura. Luego en la parduzca oscuridad, una punzada insoportable recorrió todo su pesado cuerpo..., la punzada insoportable que le producían las noticias de casa a esos hombres desesperadamente ocupados, el dolor causado por los desastres ocurridos a distancia y en la oscuridad. ¡No se podía hacer nada por mitigarlos...! ¡La extraordinaria belleza de la mujer de la que estaba separado —¡era extraordinariamente bella!— bien podría haber dado lugar a escándalos que hubiesen llegado a oídos del cuartel general, que era una especie de fiesta familiar! Hasta ahora, gracias a Dios, no se había producido ninguno. Sylvia Tietjens había sido extremadamente infiel, del modo más doloroso posible. No podía estar seguro de que el niño al que adoraba fuese suyo... Eso no es infrecuente con las mujeres extraordinariamente bellas ¡y crueles! Pero ella había sido altanera y cautelosa.

En cualquier caso, se habían separado hacía tres meses... O él pensaba que se habían separado. Un vacío casi completo se había posado sobre su vida doméstica. Le parecía verla con un brillo y una claridad extraordinarias en esa oscuridad parduzca que le daba escalofríos: muy alta y rubia, extraordinariamente esbelta e incluso limpia. ¡Como un pura sangre! Con un vestido de tejido dorado y su mata de pelo parecida también a un tejido dorado, enrollada en dos trenzas sobre las orejas. Los rasgos bien definidos y delgados; los dientes blancos y pequeños; los pechos

pequeños; los brazos largos y delgados y en posición de firmes sobre los costados... Los ojos de Tietjens, cuando estaban cansados, tenían la cualidad de reproducir imágenes en la retina con una extremada claridad, a veces imágenes de cosas en las que estaba pensando, a veces de cosas en el fondo de su imaginación, ¡y esa noche estaban muy cansados! Ella miraba hacia delante, con un gesto hostil en la comisura de los labios. Acababa de ocurrírsele un modo de herirle terriblemente... La penumbra se volvió de un azul luminoso, como un pequeño arco gótico, y desapareció de su vista a la derecha.

No sabía dónde estaba Sylvia. Había dejado de hojear las revistas ilustradas. Ella le había dicho que iba a irse a un convento en Birkenhead..., pero dos veces se había topado con fotografías suyas. En la primera aparecía con lady Fiona Grant, la hija del barón y la condesa de Ulleswater, y un tal lord Swindon, de quien se rumoreaba que sería el próximo ministro de Finanzas Internacionales, otro hombre de negocios ennoblecido... Los tres miraban a la cámara en el patio del castillo de lord Swindon..., ¡y los tres estaban sonriendo! En el pie de foto se decía que la señora de Christopher Tietjens tenía un marido en el frente.

No obstante, lo que más le dolió fue la segunda fotografía..., ¡en concreto la descripción que daba de ella el periódico! Se veía a Sylvia delante de un banco del parque. En el banco, de perfil, riéndose a carcajadas había un joven con la chistera perfectamente encajada en la cabeza, que tenía echada hacia atrás, con la prognata mandíbula apuntando hacia arriba. El pie de foto explicaba que la fotografía mostraba a la señora de Christopher Tietjens, cuyo marido estaba en un hospital en el frente, ¡contándole un chiste al hijo y heredero de lord Brigham...! Otro de esos dichosos lores corruptos y propietarios de un periódico.

Por un penoso momento, al ver la fotografía en la antesala destartalada de un comedor después de salir del hospital, pensó que, por lo que decía el pie de foto, la revista le había dado una puñalada a Sylvia... Pero las revistas ilustradas no les dan puñaladas a las bellezas de sociedad. Son demasiado preciosas para los fotógrafos... Así que Sylvia debía de haberles proporcionado la información, quería suscitar comentarios por el contraste de sus regocijados compañeros y la afirmación de que su marido estaba en un hospital en el frente... Le había cruzado por la imaginación la idea de que ella pudiera estar en son de guerra, pero lo había descartado... Sin embargo, siendo como era una brillante combinación de rectitud, intrepidez, imprudencia, generosidad e incluso amabilidad y una crueldad atroz, nada parecía más propio de ella que demostrar su desprecio..., ¡no, no su desprecio!, su odio cínico por su marido, la guerra, la opinión pública..., ¡e incluso el interés de su hijo! Aun así, se le ocurrió que la imagen que acababa de ver era la imagen de Sylvia en posición de firmes, con la boca moviéndose levemente mientras leía los números junto al brillante filamento de mercurio en un termómetro... El niño había cogido el

sarampión y había tenido un ataque de fiebre en el que no se atrevía a pensar ni siquiera entonces. Y —había sido en casa de su hermana en Yorkshire, y el médico local no había querido asumir la responsabilidad— todavía le parecía sentir el calor del cuerpecillo casi momificado; le había cubierto la cara y la cabeza con un paño, pues no quería verlo, y había hundido el cálido, terrible y frágil peso en una superficie brillante de agua cubierta de trozos de hielo... Ella se había puesto en posición de firmes, con las comisuras de los labios un poco temblorosas, mientras observaba cómo bajaba el termómetro... De modo que no era posible que en su afán por perjudicar al padre quisiera causarle un daño atroz al hijo. Pues no había nada peor para un niño que tener por madre a una ramera reconocida...

El sargento mayor Cowley estaba junto a la mesa. Dijo:

—Señor, ¿no sería buena idea enviar un correo al sargento cocinero del almacén y decirle que vamos a pedir la cena para el destacamento? Podríamos enviar a los demás con el 128 al cuartel. Aquí no hacen ninguna falta de momento.

El otro capitán seguía hablando sin cesar..., aunque acerca de su legendario tío y no de Sylvia. A Tietjens le costaba decir lo que quería realmente. Quería que el otro correo le llevase un mensaje al oficial del almacén informándole de que, si no le enviaba de inmediato las velas para las linternas sordas de su puesto de mando, el capitán Tietjens, a cargo del XVI Batallón de Reemplazo trasladaría esa misma noche el asunto de los suministros de su batallón ante el cuartel general de la base. Estaban hablando los tres al mismo tiempo, un pesado fatalismo embargó a Tietjens al pensar en la terquedad del oficial de intendencia. La gran unidad junto al campamento demostraba un obstinado y fatigoso obstruccionismo. Cualquiera habría dicho que tenían prisa por enviar a sus hombres a la línea del frente. No sólo hacían falta hombres con urgencia, sino que cuantos más pudieran enviar tantos más de ellos quedarían en la retaguardia. Aun así, trataban de limitarle la carne, las verduras, los tirantes, las placas de identificación, las cartillas de los soldados... ¡Cualquier obstáculo imaginable y no sólo cosas sensatas movidas por el interés...! También se las arregló para comunicarle al sargento mayor Cowley que, como todo parecía haberse calmado, sería mejor que el sargento mayor canadiense fuese a ver si estaba todo preparado para hacer formar al destacamento... Si todo seguía en calma otros diez minutos, era de esperar que diesen la señal de «todo despejado»... Sabía que el sargento mayor Cowley estaba deseando sacar a los soldados de un barracón donde había un capitán perdiendo los nervios de aquel modo, y no veía motivos para que el viejo NCO no pudiera hacer lo que pretendía.

Fue como si se marchara un mayordomo tierno y masculino. Los grises bigotes de morsa y las mejillas escarlata de Cowley aparecieron un momento junto al brasero, susurrándoles al oído a los correos, con una mano apoyada amablemente en sus respectivos hombros. Los correos se fueron. El sargento mayor Cowley se quedó

contemplando las estrellas y bloqueó la puerta con su figura. Le resultaba difícil darse cuenta de que los mismos orificios luminosos en aquel negro papel de calco que estaba mirando iluminaran también su casa y a su anciana mujer en Isleworth junto al Támesis, al norte de Londres. Sabía que era así, pero le costaba darse cuenta. Imaginó los tranvías que recorrían High Street y a su mujer en uno de ellos con la cena en una bolsa de malla sobre las rodillas, con el tranvía iluminado y resplandeciente. Se la imaginó cenando arenques ahumados: diez contra uno a que serían arenques ahumados, era su cena favorita. Su hija ahora estaba en el WAAC. Antes había sido cajera en Park's, la carnicería de Brentford, y estaba muy guapa en su vitrina de cristal. Igual que en el Museo Británico donde guardaban faraones y otras cosas en vitrinas de cristal... Toda la noche se oía el zumbido de las trilladoras. Él siempre decía que eran como trilladoras... Demonios, ¡ojalá lo fueran...! Aunque también era posible que fuesen nuestros aviones, claro. Muy buena la tostada con queso que se había tomado con el té.

En el barracón, la luz del brasero tenía menos extremidades que iluminar y pareció crearse un ambiente más íntimo, y Tietjens tuvo la sensación de estar aprendiendo a habérselas con su desquiciado amigo. El capitán Mackenzie —Tietjens no estaba seguro de que se llamara Mackenzie, eso le había parecido entender con la letra del general— seguía enumerando las injusticias que había sufrido a manos de un tío legendario. Al parecer, en algún momento crucial, el tío se había negado a reconocer su parentesco con el sobrino. De ahí habían derivado todas sus desdichas... De pronto Tietjens dijo:

—Oiga, tranquilícese. ¿Está usted loco?, ¿loco de remate...? ¿O sólo está fingiendo?

El hombre se desplomó sobre la caja de carne de ternera enlatada que utilizaban como asiento. Balbució una pregunta respecto a qué..., qué..., qué quería decir Tietjens.

—Si no se domina usted —respondió Tietjens—, puede que vaya más lejos de lo que pretende.

—Usted no es médico —replicó el otro—. No trate de hacerse el listillo. Lo sé todo de usted. Tengo un tío que me ha jugado una mala pasada..., me ha jugado la peor jugada imaginable. De no ser por él, yo ahora no estaría aquí.

—Habla como si le hubiera vendido como esclavo —dijo Tietjens.

—Él es su mejor amigo. —Mackenzie daba la impresión de esgrimir aquello como un motivo de venganza contra Tietjens—. Y también conoce al general. Y a su mujer. Se lleva bien con todo el mundo.

Se oyeron unos «pop, pop, pop» lejanos y desgastados por la izquierda.

—Se piensan que han vuelto a dar con los alemanes —dijo Tietjens—. Todo va bien, siga hablándome de su tío. Pero no exagere su importancia en el mundo. Le

aseguro que se equivoca si lo considera amigo mío. No tengo ni un solo amigo en el mundo. —Añadió—: ¿Le molesta el ruido? Si cree que va a sacarle de quicio, puede ir andando dignamente a un refugio subterráneo, ahora, antes de que la cosa se ponga peor... —Llamó a Cowley para que fuese a decirle al sargento mayor canadiense que volviese a meter a los hombres en el refugio si es que habían salido. Hasta que dieran la señal de «todo despejado».

El capitán Mackenzie se sentó lúgubrementemente a la mesa.

—Maldita sea —dijo—, no crea que me asusta un poco de metralla. He pasado dos períodos completos de catorce y de nueve meses en la línea del frente. Podría haber pedido el traslado al maldito Estado Mayor... Maldita sea, sólo es ese condenado ruido... ¿Por qué no seré una maldita chica y así tendría el privilegio de poder chillar? Por Dios que uno de estos días le ajustaré las cuentas a más de uno...

—¿Por qué no chillas? —le preguntó Tietjens—. Por mí puede usted hacerlo. Aquí nadie va a dudar de su valor.

Pesadas gotas de lluvia salpicaron el barracón, más o menos a un metro de distancia, se oyó un familiar golpe sordo en el suelo, arriba un sonido agudo y desgarrador y un golpe más seco en la mesa que había entre ambos. Mackenzie cogió el trozo de metralla que había caído y le dio vueltas y más vueltas entre el pulgar y el índice.

—Ahora pensará que me ha cogido desprevenido —dijo en tono ofensivo—. Es usted condenadamente inteligente.

Dos pisos por debajo, alguien soltó dos pesas de noventa kilos sobre la alfombra del comedor; todas las ventanas de la casa se cerraron a la vez; los «pop, pop, pop» de la metralla recorrían el aire a ráfagas. Otra vez se hizo un súbito silencio que resultaba doloroso, después de acostumbrarse al ruido. El correo del Rhondda entró a toda prisa con dos gruesas velas. Cogió las linternas sordas que le dio Tietjens y empezó a apretarlas contra el muelle interior, resoplando por la nariz...

—Casi me dan con uno de esos candelabros —dijo—. Me rozó el pie al caer. Menos mal que eché a correr. Vaya si eché a correr, capitán.

Dentro de los obuses de metralla había una barra de hierro con un pico ancho y aplastado. Cuando el obús estallaba en el aire aquel objeto metálico caía al suelo, y, como normalmente lo hacía desde mucha altura, su caída era peligrosa. Los hombres los llamaban candelabros, pues se parecían mucho a éstos.

Ahora había un pequeño círculo de luz en el color rojizo de la manta que cubría la mesa. Se veía a Tietjens, corpulento, lozano y con la cabeza plateada, y a Mackenzie, moreno, con ojos vengativos sobre la mandíbula prognata, muy delgado, debía de rondar los treinta años.

—Puede ir al refugio con las tropas coloniales, si quiere —le dijo Tietjens al correo. El hombre respondió tras una pausa, pues era un poco lento, que prefería

esperar a su compañero, Cero Nueve Morgan.

—Deberíamos tener cascos en el puesto de mando —le dijo Tietjens a Mackenzie—. Que me ahorquen si no devolvieron al almacén los cascos que había aquí cuando me destinaron a este lugar y que me ahorquen también si no me dijeron que, si quería cascos para mi puesto de mando, tenía que escribir al cuartel general canadiense en Aldershot o en algún sitio parecido para que lo aprobasen.

—Nuestros cuarteles están llenos de alemanes que trabajan para los alemanes —dijo Mackenzie lleno de odio—. Me gustaría ajustarles las cuentas uno de estos días.

Tietjens observó con cierta atención al joven con las sombras a lo Rembrandt en el rostro moreno. Dijo:

—¿Cree usted en esa monserga?

El joven respondió:

—No... No creo. Ya no sé qué pensar... Este mundo está podrido...

—¡Oh! Ya lo creo que está podrido —replicó Tietjens. Y con la fatiga mental que le causaba tener que atender a tantos hechos concretos como garantizar el avituallamiento de un millar de personas cada pocos días, preparar desfiles con unas tropas extremadamente variopintas y con entrenamientos muy dispares y pelearse con el oficial al mando de la policía militar, que la tenía tomada con los canadienses, sintió que no le quedaba la más mínima curiosidad... Sin embargo, en el fondo de su cerebro, tuvo la vaga sensación de que valía la pena intentar curar a aquel joven miembro de la clase media baja. Repitió—: Sí, desde luego el mundo está bastante podrido. Pero no de ese modo, en lo que a nosotros se refiere..., esto es un desbarajuste, pero no porque tengamos a alemanes en nuestros centros de operaciones, sino porque tenemos a ingleses. Ése es el pájaro que nos ronda por la azotea... Es posible que vuelva ese avión alemán. Media docena... —El joven, con la imaginación aliviada por haberse quitado del pecho un maldito montón de delirios más o menos carentes de sentido, consideró el regreso de los aviones alemanes con lúgubre indiferencia. En realidad, su problema era: ¿sería capaz de soportar el ruido que probablemente acompañaría su regreso? Tenía que meterse en la cabeza que estaban en un espacio abierto en todos los sentidos. No habría esquirlas de piedra saltando por doquier. Estaba dispuesto a que lo hiriera el hierro, el acero, el plomo, el cobre, o el latón del borde de los obuses, pero no esas condenadas esquirlas de piedra arrancadas de las fachadas de las casas. Se le había ocurrido durante su terrible, terrible, infernal y condenado permiso en Londres, para arreglar aquel asunto tan desagradable... ¡Permiso por divorcio...! Se concede permiso al capitán McKechnie, segundo agregado al noveno de Glamorganshire, del 14/11 al 29/11 por motivos de concesión de divorcio... El recuerdo pareció estallar en su interior con el ruido de uno de esos malditos enormes botes de hojalata, y siempre ocurría lo mismo cuando los cañones hacían ese sonido particular: los dos llegaban juntos, el interno y el

estallido de fuera. Sentía como si unas caperuzas de chimenea fueran a estrellarse contra su cabeza. Uno se protegía gritándoles a esos malditos idiotas, si lograbas gritar por encima de aquel estrépito estabas a salvo... ¡No era muy sensato, pero así te tranquilizabas!—. En cuestiones de información no nos llegan ni a la altura del zapato. —Tietjens probó con cautela ese discurso y concluyó—. Sabemos lo que dicen las órdenes del enemigo en los sobres sellados que hay junto al plato de su desayuno. —Estaba convencido de que era su deber de militar velar por el equilibrio mental de aquel miembro de las clases inferiores. Así que siguió hablando..., de cualquier cosa, ¡para tener ocupada la imaginación! El capitán Mackenzie era un oficial de Su Majestad el Rey: propiedad en cuerpo y alma de Su Majestad y del Ministerio de la Guerra de Su Majestad. El deber militar de Tietjens era proteger a aquel tipo igual que era su deber impedir el deterioro de cualquier otra cosa que fuese propiedad del rey. Eso estaba implícito en el juramento de lealtad. Siguió hablando —: La perdición del ejército, en lo que se refiere a la organización, fue nuestra estúpida creencia nacional de que el juego tiene más importancia que el jugador. Ésa fue, mentalmente, nuestra ruina como nación. Nos enseñaron que el críquet es algo más que una mente despejada, así que el maldito oficial de intendencia, el OC del almacén de artillería de ahí al lado, pensó que se apuntaría un tanto si se negaba a proporcionarles cascos a los hombres. ¡Así es el juego! Y si alguno de mis hombres moría, el sonreía y decía que el juego era más importante que los jugadores... Y, por supuesto, si conseguía un porcentaje de lanzamientos lo bastante bajo, lo ascendían. Había un oficial de intendencia en una ciudad catedralicia del oeste que había conseguido más DSO y medallas de combate que nadie en el servicio activo en Francia, desde el mar hasta Peronne o dondequiera que llegasen entonces nuestras líneas. Su gran logro consistía en haberles robado a casi todos los Tommies del frente occidental sus pensiones de separación durante varias semanas..., en beneficio del contribuyente, por supuesto. Claro que los pobres hijos del Tommie no tenían ni ropa ni comida, y los Tommies estaban exasperados y resentidos. Y que no había nada peor que eso para la disciplina y el ejército como máquina de combate. Pero ahí estaba ese oficial de intendencia sentado en su despacho, jugando una ilusoria partida con sus AFB hasta que las anchas hojas marrones brillaban a la luz del gas incandescente. Y —concluyó Tietjens— por cada cuarto de millón de libras que les gana bateando a los pobres combatientes consigue un nuevo pasador en la cinta de su cuarta DSO... El juego, en suma, tiene más importancia que los jugadores.

—¡Maldita sea! —dijo el capitán Mackenzie—. Por eso estamos así, ¿no?

—Sí —respondió Tietjens—. Nos ha metido en el agujero y no nos deja salir.

Mackenzie siguió mirándose los dedos con desánimo.

—Puede que tenga razón y puede que no —dijo—. Va en contra de todo lo que he oído decir. Pero comprendo a lo que se refiere.

—Al principio de la guerra —continuó Tietjens—, tuve que ir un día al ministerio, y en un despacho encontré a un tipo... ¿Y qué cree que estaba haciendo..., qué demonios cree que estaba haciendo? Estaba planeando la ceremonia de disolución de un batallón del ejército de Kitchener.^[100] Al menos para eso no puede decirse que no estuviéramos preparados... Bueno, el final de la ceremonia iba a ser como sigue: el furriel daría al batallón la orden de «descansen», la banda tocaría «Tierra de gloria y esperanza» ^[101] y luego el furriel diría: «No habrá más desfiles...». ¿No ve lo simbólico que era..., la banda tocando *Tierra de gloria y esperanza* y luego el furriel diciendo «No habrá más desfiles...»? Porque no los habrá. No los habrá, maldito sea si vuelve a haberlos... Ni más esperanza, ni más gloria, ni más desfiles para usted o para mí. Ni para el país... ni para el mundo, probablemente... Ninguno... Desaparecidos... ¡Chimpum! ¡No... más... desfiles...!

—Supongo que tiene usted razón —respondió lentamente el otro—. Pero, en cualquier caso, ¿qué pinto yo en esto? Odio el ejército. Odio todo este maldito asunto...

—Entonces, ¿por qué no se fue al pomposo Estado Mayor? —preguntó Tietjens—. Por lo visto, estaban ansiosos de contar con usted. Apuesto a que Dios había pensado en usted para labores de Inteligencia y no para que se desgastase las suelas de las botas.

El otro respondió fatigado:

—No lo sé. Estaba con mi batallón. Opté por quedarme en él. Mi lugar estaba en el Ministerio de Exteriores. Pero mi despreciable tío hizo que me dieran la patada. Estaba con mi batallón. El CO no valía gran cosa. Alguien tenía que quedarse con el batallón. No iba a hacerles esa mala pasada y aceptar un trabajo cómodo...

—Imagino que hablará usted siete idiomas como mínimo —preguntó Tietjens.

—Cinco —respondió con paciencia el otro—, y leo otros dos. Además de latín y griego, claro.

Un hombre moreno, rígido y con andares altaneros, como si estuviera desfilando, irrumpió en el círculo de luz y dijo en tono chillón y acartonado:

—Aquí llega otra puñetera víctima. —En la penumbra daba la impresión de haberse envuelto media cara y el lado derecho del pecho con crepé. Soltó una risa aguda y entrecortada. Se inclinó como si hiciera una envarada reverencia con los muslos muy rígidos. Se apoyó en la plancha de hierro que cubría el brasero, giró sobre él y cayó de espaldas sobre las piernas del otro correo, que estaba acurrucado junto a la estufa. A plena luz era como si le hubiesen echado un cubo de pintura escarlata sobre la parte izquierda del rostro y el pecho. Brillaba a la luz del fuego..., ¡como si fuera pintura fresca en movimiento! El correo del Rhondda, aprisionado por sus piernas, siguió sentado con la boca abierta, como una chica que estuviese peinando el cabello de otra recostada delante de ella. La viscosidad roja goteó sobre

el suelo, a veces el agua burbujea así sobre la arena. A Tietjens le sorprendió que un cuerpo pudiera estar tan cubierto de sangre. Estaba pensando que era raro que aquel hombre tuviera la manía de que su tío fuera amigo suyo. No tenía ningún amigo que fuese el tío de alguien que, en circunstancias normales, vendería botas a domicilio. Se sintió como cuando uno vendar a un caballo malherido. Recordó un caballo al que le había manado la sangre de un corte en el pecho sobre la pata delantera, cubriéndola como si fuera un calcetín. Una chica le había prestado sus enaguas para vendarlo. No obstante, sus piernas se movieron lenta y pesadamente sobre el suelo.

El calor del brasero en su rostro era agobiante. Esperaba no mancharse las manos de sangre, pues la sangre es muy pegajosa. Hace que los dedos se peguen impotentes unos a otros. Pero no podía haber sangre debajo de la espalda del tipo, donde tenía la mano. Y sin embargo la había: estaba muy húmedo.

La voz del sargento mayor gritó desde fuera:

—Corneta, llame a dos sanitarios y a cuatro hombres. Dos sanitarios y cuatro hombres. —Un gemido prolongado permeaba la noche, quejoso, resignado y prolongado.

Tietjens pensó que, gracias a Dios, alguien iría a relevarlo de aquella tarea. Era sofocante tener que sujetar el cadáver justo delante del fuego. Le dijo al otro correo:

—Salga de ahí debajo, ¡maldita sea! ¿Está herido?

Mackenzie no llegaba al cuerpo desde el otro lado porque tenía el brasero en medio. El correo de debajo del cadáver se desplazó con breves sacudidas, como si estuviera sacando las piernas de debajo de un sofá. Estaba diciendo:

—Pobre... ¡Cero Nueve Morgan! Por mi alma que no reconocí al pobre... Por mi alma que no reconocí al pobre...

Tietjens dejó que el cuerpo cayera lentamente al suelo. Lo hizo con más delicadeza que si el hombre estuviera con vida. Se desató un infierno en la tierra en forma de estruendo. Los pensamientos de Tietjens parecían estar gritándole entre las conmociones de un terremoto. Estaba pensando que era absurdo que el tal Mackenzie pensara que podía conocer a un tío suyo. También vio muy vívidamente el rostro de su chica, que era pacifista. Le preocupaba no saber la expresión que tendría su rostro si se enterase de a qué se dedicaba ahora. ¿De repugnancia...? Tenía las manos, grasientas y pringosas, estiradas para no mancharse las mangas de la guerrera... ¡Tal vez de repugnancia...! Era imposible pensar en medio de aquella confusión... Sus gruesas suelas se movieron pegajosas y se despegaron tras una especie de succión. Recordó que no había enviado un correo al puesto de mando del IBD a averiguar cuántos de sus hombres tendrían que estar de servicio en la guarnición al día siguiente y eso le irritaba mucho. Le costaría mucho trabajo avisar a los oficiales. Ahora todos estarían en los burdeles de la ciudad... No lograba imaginar la expresión de la chica. No iba a volver a verla nunca, así que ¿qué más daba...? ¡Probablemente,

sería de repugnancia...! Recordó que no se había fijado en qué tal le iba a Mackenzie con el ruido. No quería verlo. Aquel hombre era un pesado... ¿Cómo expresaría su rostro esa repugnancia? Nunca la había visto expresar repugnancia. Tenía un rostro muy corriente. Pálido... ¡Oh, Dios, cómo se le había revuelto de pronto el estómago...! Pensar en la chica... La cara que tenía a sus pies le estaba sonriendo al techo..., ¡la media cara! La nariz seguía en su sitio y media boca con los dientes iluminados por la luz del fuego... Era extraordinario lo definidos que estaban la nariz prominente y los dientes aserrados en mitad de aquella confusión... El ojo miraba con desenvoltura al techo de lona del barracón... Muerto con la sonrisa en la boca. ¡Era raro que el tipo hubiera hablado! Después de muerto. Debía de estar muerto cuando habló. Lo había hecho de manera automática, con el último aliento al salir de los pulmones. Probablemente era un acto reflejo de los muertos... ¡Si le hubiera concedido a aquel hombre el permiso que quería ahora estaría vivo...! En fin, había hecho bien en no concederle el permiso a aquel pobre diablo. En cualquier caso, estaba mejor donde estaba. Y él también. ¡No había recibido ni una sola carta de Inglaterra desde que se fue! Ni una sola carta. Ni siquiera un cotilleo. Ni una factura. Algunas circulares de viejos marchantes de muebles antiguos. ¡Nunca se olvidaban de él! En Inglaterra habían superado cualquier sentimentalismo. Era evidente... Se preguntaba si volvería a revolvérsele el estómago si pensaba en la chica. Le gustaba pensar que le había pasado. Eso probaba que sus sentimientos eran muy intensos... Pensó a propósito en ella. Con todas sus fuerzas. No pasó nada. Pensó en su cara pálida, corriente y fresca, que hacía que se le acelerase el pulso cada vez que pensaba en ella. Se le aceleró el pulso. ¡Tenía un corazón obediente! Como la primera primula. No cualquiera. La primera. Junto a un ribazo, con los perros abriéndose paso entre la maleza... Era muy sentimentaloides decir *Du bist wie eine Blume...*^[102] ¡Maldita fuese la lengua alemana! Pero aquel tipo era judío... Uno no debería decir que su joven mujer era como una flor cualquiera. Ni siquiera debería decírselo a sí mismo. Pero sí podía compararla con una flor concreta. Eso un hombre sí podía hacerlo. Era cosa de hombres. Cuando la besabas, olía como una primula. Pero, maldita sea, si nunca la había besado. ¡Cómo iba a saber cómo olía! Ella era como un lugar dorado y ameno. Él debía de ser un... eunuco. Por temperamento. El muerto debía de serlo físicamente. Probablemente fuese indecente pensar que un muerto era impotente. Pero lo era, con toda probabilidad. Eso explicaría que su mujer se hubiera liado con el boxeador Red Evans Williams de Castell Coch. Si le hubiese concedido el permiso, el púgil lo habría hecho pedazos. La policía de Pontardulais había pedido que no le dejaran volver a casa..., por lo del boxeador. Así que estaba mejor muerto. O tal vez no. ¿Acaso no era mejor la muerte que descubrir que tu mujer es una furcia y te está engañando? Su propio regimiento tenía por lema *Gwell angau na gwillth*. «La muerte es mejor que el deshonor...» No, la muerte no, *angau* significa «dolor».

¡Agonía! La agonía es mejor que el deshonor. ¡Pues claro que lo es! Ese tipo habría tenido las dos cosas. La agonía y el deshonor. El deshonor por culpa de su mujer y la agonía cuando el boxeador le golpeará... Por eso, sin duda, su media cara sonreía mirando al techo. El lado ensangrentado se había vuelto marrón. ¡Tan pronto! Esa mitad parecía una momia de un faraón... Había nacido para ser una puñetera víctima. De la metralla o de los puños del púgil... ¡Pontardulais! En algún lugar de Gales. Una vez había pasado por allí en coche estando de servicio. Un pueblo largo y gris. ¿Por qué iba nadie a querer volver allí...?

Una agradable voz de mayordomo dijo a su lado:

—Eso no es tarea suya, señor. Siento que haya tenido que hacerlo... Suerte que no le ha dado a usted... Yo diría que ha debido de ser esto.

El sargento mayor Cowley estaba a su lado con un trozo de metal en la mano, que parecía tan pesado como un candelabro. Era consciente de que un momento antes había visto a aquel tipo, Mackenzie, inclinándose sobre el brasero y volviendo a poner la plancha de hierro en su sitio. Ese Mackenzie era un oficial cuidadoso. No había que dejar que los alemanes vieran la luz del brasero. El borde de la plancha se había enganchado en la guerrera del muerto y se había caído. Su rostro había desaparecido en la sombra. Había varios hombres asomados a la puerta.

Tietjens dijo:

—No, no creo que haya sido eso. Fue algo mayor... Como el puño de un boxeador...

El sargento Cowley dijo:

—No, el puñetazo de un boxeador no habría hecho algo así, señor... —Y luego añadió—: ¡Ah!, ahora lo entiendo, señor... La mujer de Cero Nueve Morgan, señor...

Tietjens se apartó, con los pies pegajosos, hacia la mesa del sargento mayor. El otro correo había colocado en ella un barreño con agua. Había también una linterna sorda encendida, el agua brillaba con inocencia, una media luna traslúcida temblaba sobre el fondo blanco del barreño. El correo del Rhondda exclamó:

—¡Antes lávese las manos, señor! —Y añadió—: Apártese de ahí, capitán. —Llevaba un trapo en las manos negras. Tietjens se apartó de la sangre que había corrido formando un fino regato por debajo de la mesa. El hombre estaba de rodillas y frotaba con fuerza las botas de Tietjens con el trapo. Tietjens metió las manos en el agua inocente y vio cómo una leve neblina purpúrea o escarlata se difundía sobre la media luna. El hombre que tenía a sus pies jadeaba y resollaba mucho. Tietjens dijo:

—Thomas, ¿Cero Nueve Morgan era su amigo?

El hombre volvió hacia él su cara arrugada, morena y simiesca.

—Era un buen tipo, el pobre... —dijo—. Seguro que no querrá usted ir a la sala de oficiales con las botas llenas de sangre.

—Si le hubiese concedido el permiso —observó Tietjens—, ahora no estaría

muerto.

—No, desde luego —respondió Uno Siete Thomas—. Pero en realidad es lo mismo. Evans de Castell Goch lo habría matado sin duda.

—¡Así que usted también sabía lo de su mujer! —exclamó Tietjens.

—Pensamos que sería por eso —respondió Uno Siete Thomas—, por lo que no le quiso conceder el permiso, capitán. Es usted un buen capitán.

Una súbita sensación de lo pública que era la vida sobrecogió a Tietjens.

—Lo sabían —dijo. «¡Quisiera saber cómo demonios se enteran de todo!», pensó. «Si algo fuese mal, el alto mando se enteraría en menos de dos días. ¡Gracias a Dios, Sylvia no puede venir aquí!»

El hombre se había puesto en pie. Le alcanzó una toalla del sargento mayor, muy blanca y con un ribete rojo.

—Sabemos —respondió— que su excelencia es muy buen capitán. Y que el capitán McKechnie también es muy *güeno*. Y el capitán Prentiss y el teniente Jonce de Merthyr...

Tietjens dijo:

—Ya es suficiente. Dígale al sargento mayor que le dé un pase para ir con su compañero al hospital. Y que mande a alguien a fregar el suelo.

Dos hombres se estaban llevando los restos de Cero Nueve Morgan, habían envuelto el cuerpo en una lona. Lo sacaron del barracón a cuestas. Los brazos se agitaban por encima de los hombros a modo de jocosa despedida. Fuera le esperaba una camilla sobre ruedas de bicicleta.

II

La señal de «TODO DESPEJADO» llegó inmediatamente después. Fue tan repentina que casi les cogió de sorpresa, sus notas largas, tristes y alegres al mismo tiempo, se desvanecieron con pesar en la noche que acababa de volverse silenciosa tras aquel estruendo totalmente asombroso. A la luna se le había metido en la cabeza salir y apareció, tan grotesca y jocosa como un flemón, por detrás de una de las colinas cubiertas de tiendas de campaña e iluminó el perfil de los barracones de Tietjens con rayos largos y sentimentales, que convirtieron el lugar en un poblado bucólico y soñoliento. Hasta los ruidos contribuían al silencio general, unas lucecitas tenues brillaban a través de las ventanas de celuloide. La luna plateaba las insignias del sargento mayor Cowley en el campamento de la compañía A, Tietjens, que estaba oxigenando un poco sus pulmones saturados de humo de carbón, preguntó con un susurro, que sonó como un tributo al claro de luna y la escarcha:

—¿Dónde diantres está el destacamento?

El sargento mayor miró poéticamente hacia una hilera de piedras enjalbegadas que descendían por la negra falda de la colina. Más allá de la loma, se veía el resplandor borroso de un incendio.

—Ahí abajo hay un avión alemán ardiendo. En el campo de desfile del Veintisiete. Todo el destacamento ha ido a verlo, señor —dijo.

Tietjens dijo con cáustica tolerancia:

—¡Dios mío! Pensaba que les habíamos inculcado un poco de disciplina a esos tipos en las siete semanas que han pasado con nosotros... ¿Se acuerda de la primera vez que los pusimos a desfilar y un cabo se salió de la formación para tirarle una piedra a una gaviota...? ¡Y le llamó a usted «Cero Uno Patán»...! ¿Aquel al que acusaron de «conducta perjudicial para el buen orden y la disciplina»? ¿Dónde está el sargento mayor canadiense? ¿Y el oficial al mando del destacamento?

El sargento mayor Cowley respondió:

—El sargento mayor Ledoux dice que fue como una estampida de ganado en el..., uno de esos ríos de su país. No hubo forma de contenerlos, señor. Es su primer avión alemán... Y esta noche parten para el frente, señor.

—¡Esta noche! —exclamó Tietjens—. ¡Diga mejor las próximas navidades!

El sargento mayor respondió:

—¡Pobres muchachos! —Y siguió mirando a lo lejos—. Me han contado otro chiste muy bueno, señor. ¿Por qué un soldado raso no contesta al rey cuando le saluda?: pues porque está muerto... Pero ¿qué es lo que haría si metiese usted a toda una compañía en un campo por una puerta y quisiera volver a sacarlos, pero no supiera ninguna orden del manual de instrucción para hacerles cambiar de dirección? Tiene que sacar a la compañía, pero no puede utilizar, «media vuelta a la derecha» o

«a la izquierda» o «de frente marchen...». Y otra cosa sobre los saludos... El oficial al mando del destacamento es el teniente Hotchkiss... Un oficial del ASC que ya ha cumplido los sesenta. De civil era herrador, señor. Un mayor del ASC me preguntó, con mucha educación, si no podría usted enviar a algún otro. Dice que duda de que el teniente Hitchcock..., Hotchkiss pueda andar hasta la estación, y menos aún dirigir a los hombres, sólo conoce las órdenes de caballería, suponiendo que se las sepa. Y sólo lleva quince días en el ejército...

Tietjens se apartó de la idílica escena con las palabras:

—Espero que el sargento mayor canadiense y el teniente Hotchkiss estén haciendo lo posible para traer a sus hombres de vuelta.

Volvió a entrar en el barracón.

El capitán Mackenzie, a la luz de una lámpara fantásticamente brillante, daba la impresión de estar bañándose, sin muchos ánimos, en un mar de papeles combados y extendidos sobre la mesa que tenía delante.

—Todo este papeleo —dijo— acaba de llegar de todos los cuarteles generales del mundo.

Tietjens preguntó alegremente:

—¿De qué se trata?

Había, respondió el otro, órdenes del cuartel general de la guarnición, órdenes de la división, órdenes de las líneas de comunicación, media docena de AFBW, dos, cuatro, dos. Una terrible reprimenda del Primer Ejército remitida a través del cuartel general de la guarnición porque el destacamento no había llegado a Hazebrouck anteayer. Tietjens dijo:

—Contésteles educadamente que teníamos órdenes de no enviar al destacamento sin el complemento de cuatrocientos ferroviarios canadienses, los tipos de las capuchas de piel. No han llegado de Etaples hasta las cinco de la tarde de hoy, sin mantas ni papeles de ningún tipo.

Mackenzie estaba inspeccionando, con aire cada vez más lúgubre, una nota de color pardo.

—Esto debe de ser un mensaje privado para usted —dijo—. De lo contrario, no le veo ni pies ni cabeza. En ningún sitio consta que lo sea.

Echó el papel marrón sobre la mesa.

Tietjens se desplomó pesadamente sobre el cajón de latas de ternera. Lo primero que leyó en el papel fueron las iniciales de la firma: «Genl. E. C.», y luego: «Por el amor de Dios, quítame a tu mujer de encima. No quiero faldas en mi cuartel general. Me causas más inconvenientes que todos mis subordinados juntos».

Tietjens gimió y se encogió aún más en su caja de latas de ternera. Era como si un animal salvaje le hubiera saltado al cuello inesperadamente desde una rama. A su lado, el sargento mayor dijo en su más admirable tono de mayordomo:

—El sargento primero Morgan y el cabo Trench han tenido la amabilidad de venir del puesto de mando de intendencia para ayudarnos con el papeleo del destacamento. ¿Por qué no se van usted y el otro oficial a cenar un poco, señor? El coronel y el cura acaban de entrar en el comedor, y les he dicho a los ordenanzas que les guarden la comida caliente... A Morgan y a Trench se les da bien el papeleo. Podemos enviarle las cartillas a la mesa para que las firme...

Su solicitud femenina enfureció y llenó a Tietjens de pesimismo. Le respondió al sargento mayor que se fuese al infierno, pues no pensaba moverse de aquel barracón hasta que partiese el destacamento. El capitán Mackenzie podía hacer lo que gustase. El sargento mayor le dijo al capitán Mackenzie que el capitán Tietjens se preocupaba tanto por ese destacamento de andrajosos como si fuera un furriel de los Coldstream [103] de Chelsea y estuviera encargado de garantizar la partida de uno de sus destacamentos. El capitán Mackenzie replicó que por eso mismo siempre resolvían el papeleo cuatro días antes que cualquier otro IBD del campamento. Era todo lo que tenía que decir, añadió de mala gana y volvió a hundir la cabeza entre los papeles. A Tietjens le pareció que el barracón se movía lentamente arriba y abajo. Era como si acabaran de golpearle en el estómago. Así le afectaban siempre las impresiones. Se dijo que tenía que serenarse como fuese. Cogió un trozo de papel de estraza con sus pesadas manos y escribió en él una columna de letras gruesas y húmedas:

a

b

b

a

a

b

b

a, y demás...

En tono oprobioso le dijo al capitán Mackenzie:

—¿Sabe lo que es un soneto? Deme las rimas de un soneto. Ahí tiene el esquema. Mackenzie gruñó:

—Pues claro que sé lo que es un soneto. ¿A qué viene esto?

Tietjens dijo:

—Deme las catorce rimas finales de un soneto y yo le escribiré los versos. En menos de dos minutos y medio.

Mackenzie replicó ofendido:

—Si lo hace, yo lo traduciré en hexámetros latinos en tres. En menos de tres minutos.

Eran como hombres que estuviesen dirigiéndose insultos mortales el uno al otro. Para Tietjens era como si hubiese un inmenso gato desfilando, fascinado y fatídico,

alrededor de aquel barracón. Se había imaginado lejos de su mujer. No había oído hablar de ella desde que se marchó de su piso a las cuatro de la mañana hacía meses y eternidades, con el alba apuntando sobre las caperuzas de las chimeneas de los tejados georgianos de enfrente. En el silencio absoluto del amanecer había oído su voz diciéndole claramente: «Paddington» ^[104] al chófer, y luego todos los gorrones se despertaron y empezaron a cantar a coro... De pronto se le ocurrió la espantosa idea de que podría no haber sido la voz de su mujer la que había dicho «Paddington», sino su doncella... Era un hombre que se regía por unas rígidas normas de conducta. Y una de ellas era: «No pienses en nada que te produzca un gran sobresalto en el momento de producirse el sobresalto». La imaginación en esos casos se vuelve demasiado sensible. Las causas de una gran impresión deben analizarse en su conjunto. Si la imaginación las considera cuando es demasiado sensible, sus conclusiones serán demasiado drásticas. Así que le dijo a Mackenzie:

—¿Todavía no tiene las rimas? ¡Maldita sea!

Mackenzie rezongó en tono ofensivo:

—No. Es mucho más difícil inventar rimas que escribir sonetos... Muerte, trabajo, destajo, inerte... —Se interrumpió.

—Fuerte, hatajo, abajo, deserte —dijo con desprecio Tietjens—. Sus rimas parecen elegidas por una jovencita oxoniense... Vamos... ¿Qué es lo que pasa ahora?

Junto a la mesa cubierta por la manta había un oficial muy avejentado y de aspecto muy poco marcial. Tietjens sintió haberle hablado con brusquedad. Tenía una barba blanca grotescamente rala y cana. ¡Y patillas blancas! Debía de haberlas llevado durante todo el tiempo que había pasado en el ejército, ¡pues ningún oficial superior —ni siquiera un mariscal de campo— habría tenido el valor de decirle que se las quitara! Eran como un símbolo de su patetismo. Aquel objeto fantasmal se estaba disculpando por no haber sido capaz de contener al destacamento, le estaba pidiendo a su superior que tuviese en cuenta que esas tropas coloniales carecían del menor instinto de disciplina. Ninguno en absoluto. Tietjens reparó en que llevaba una cruz azul en el brazo derecho donde suelen estar las cicatrices de las vacunas. Imaginó a los canadienses hablando con aquel héroe... El héroe empezó a hablar del mayor Cornwallis del RASC.

Tietjens preguntó con desinterés:

—¿Hay un mayor Cornwallis en el ASC? ¡Dios mío!

El héroe replicó con desmayo:

—En el RASC.

Tietjens respondió con amabilidad:

—Sí. Sí. El Royal Army Service Corps.

Era evidente que, hasta ahora, había considerado el «Paddington» de su mujer como la despedida definitiva entre los dos... La había imaginado como Eurídice, alta,

pero pálida y borrosa, perdiéndose de nuevo entre las sombras... *Che faro senz' Eurydice...?*,^[105] tarareó. ¡Absurdo! Y, por supuesto, podía ser que quien hubiese hablado fuera la doncella... Ella también tenía una voz cristalina. Así que la palabra mística «Paddington» podía no ser ningún símbolo y Sylvia Tietjens, lejos de estar pálida y borrosa, podía estar liándose con la mitad de los oficiales del Estado Mayor desde Whitehall hasta Alaska.

Mackenzie —desde luego, parecía un maldito oficinista— estaba copiando las rimas, que sin duda había encontrado por fin, en otra hoja de papel. Lo más probable era que tuviese manos redondas de chupatintas. Seguro que iba pronunciando las palabras para sí mientras las escribía. Así eran hoy los oficiales de Su Majestad. Un tipo inteligente y moreno. De los que pasan hambre en su juventud y consiguen todas las becas que ofrece la escuela pública. Sus ojos eran demasiado grandes y negros. Como los de un malayo... O de cualquier otro integrante de una puñetera raza sometida.

El tipo del ASC sin duda había estado hablando de caballos. Había ofrecido sus servicios para estudiar el tipo de conjuntivitis aguda que estaba diezmando los caballos en el frente. Había sido profesor —ciertamente profesor— en una facultad de herradores o algo parecido. Tietjens dijo que, en ese caso, debería estar en el AVC, o tal vez fuera el Royal Army Veterinary Corps. El hombre respondió que no lo sabía. Pensaba que el RASC había requerido sus servicios para cuidar de sus propios caballos...

Tietjens dijo:

—Le diré lo que puede hacer, teniente Hitchcock... Qué demonios, está usted un poco grueso... —El pobre hombre, salido a sus años de los claustros de alguna universidad provinciana..., ciertamente no tenía aspecto de ser un jinete muy atlético...

El viejo teniente replicó:

—Hotchkiss...

Y Tietjens exclamó:

—Por supuesto, Hotchkiss... He visto su nombre al pie de un documento que recomendaba el linimento de caballos Pigg's... En fin, si no quiere usted llevar este destacamento al frente... Aunque yo le recomendaría que... Es sólo un paseo hasta Hazebrouck... No, Bailleul... El sargento mayor dirigirá a los hombres por usted... Y habrá estado en las líneas del Primer Ejército y podrá contarles a sus amigos que estuvo en servicio activo en el frente... —Su imaginación le dijo, mientras seguía pronunciando palabras...: «Entonces, Dios mío, si Sylvia se está interesando por mi carrera, seré el hazmerreír de todo el ejército. ¡Llevo pensándolo diez minutos...! ¿Qué hago ahora? ¿Qué demonios hago ahora?». Una especie de velo de crepé negro pareció cubrirle la visión... El hígado...

El teniente Hotchkiss dijo con dignidad:

—Quiero ir al frente. Quiero ir al frente de verdad. Me han declarado A1 esta misma mañana.^[106] Estudiaré las reacciones sanguíneas de los caballos bajo el fuego enemigo.

—Veo que es usted un tipo valiente —dijo Tietjens. No podía hacer nada. Las asombrosas actividades de las que sería capaz Sylvia harían que el ejército entero se desternillase de risa. Gracias a Dios, no podía ir a Francia, a aquel lugar, aunque sí suministrar escándalos a los periódicos que leían todos los Tommies. No había nada de lo que no fuera capaz. En su círculo de amigas lo llamaban «tirar del cordón de la ducha». Nada. No podía hacer nada... La condenada lámpara estaba humeando—. Le diré lo que tiene que hacer —le dijo al teniente Hotchkiss.

Mackenzie le había puesto delante la hoja de papel con las rimas. Tietjens leyó: Muerte, trabajo, destajo, inerte..., diserte, ¡maldito cockney!, cabizbajo, cascajo...

—Me habría dejado matar —exclamó Mackenzie con una sonrisa perversa—, antes que darle las rimas que me había sugerido usted...

El oficial dijo:

—Por supuesto, no quiero molestar si está usted ocupado.

—No me molesta —replicó Tietjens—. Para eso estamos. Pero le sugiero que, de vez en cuando, responda usted «señor» al oficial al mando de su unidad. Causa buen efecto entre los hombres... Ahora, vaya a la antesala de la habitación de oficiales del IBD n.º XVI..., donde está la mesa de billar rota...

La voz del sargento mayor Cowley dijo tranquilamente desde fuera:

—¡A formar! Los hombres que tengan sus papeles y las tres placas de identificación a la izquierda. Los que no, a la derecha. Quien no haya podido conseguir mantas, que informe al sargento primero Morgan. No lo olvidéis. Donde vais no conseguiréis ninguna. Quien quiera hacer testamento en su cartilla militar o en cualquier otra parte, que le pregunte al capitán Tietjens. Quien quiera sacar dinero, que hable con el capitán Mackenzie. Los RC que quieran confesarse, una vez tengan los papeles en regla, encontrarán al cura en el cuarto barracón a la izquierda al salir de aquí... Y bien amable que es el reverendo padre por atender a una pandilla de borregos como vosotros que echan a correr como niños en cuanto ven un pequeño incendio. Antes de una semana estaréis corriendo en dirección opuesta, Dios sabe por qué os quieren allí. Parecéis una pandilla de niños recién salidos de la escuela dominical. Eso es lo que parecéis, gracias a Dios que tenemos a la marina.

Aprovechando la distracción, Tietjens había estado escribiendo:

«Ahora que afrontamos los golpes de la Muerte», mientras le decía al teniente Hotchkiss:

—En la antesala de IBD encontrará a un montón de malditos Glamorganshire emborrachándose y hojeando *La Vie Parisienne*... Pídale a cualquiera de ellos... —

Escribió:

cuando entre los cadáveres y el arduo trabajo,
en villas y mercados se labore a destajo...

—¡Y esto le parece difícil! —le dijo a Mackenzie—, pero si ha escrito la oda de un enterrador sólo con las rimas. —Y siguió diciéndole a Hotchkiss—: Pídale a quien usted quiera, siempre que sea un oficial PB... ¿Sabe lo que significa PB? No, no me refiero al pobre B####y, sino a un oficial asignado permanentemente a la base. No apto... Si quería llevar un destacamento a Bailleul.

El barracón se estaba llenando de hombres lentos y desgarrados vestidos de marrón amarillento. Arrastraban los pies con desánimo; soltaban petates de lona en el suelo y sostenían en sus manos iletradas unas cartillas abiertas que se les caían de vez en cuando. Desde fuera llegaba un rumor de voces que aumentaba y disminuía, a veces parecía una risa y a veces una amenaza, luego los motivos se entremezclaban como en una fuga, como el mar en una playa de cantos rodados. A Tietjens de pronto le pareció extraordinario lo encerrado en sí mismo que pasaba uno la vida... Se sentó y garrapateó a toda prisa: «Y un viejo espectro exhale su aliento inerte..., y, vanidad de vanidades, el cura diserte...: “No más desfiles, se acabó el marchar cabizbajo...”». Le estaba diciendo a Hotchkiss, a quien, obviamente, le daba reparo abordar a los Glamorganshire en su antesala... «“Nuestros miembros exangües sobre el frío cascajo...”», que no creía que ningún oficial PB se negase. Irían a celebrarlo al frente en un vagón de primera y conseguirían un permiso y además una paga del mando... «“Sin adornos funerarios, nuestra alma sin suerte...”» Si alguno se niega, envíeme su nombre y lo asignaré a tareas especiales...

La marea marrón de hombres había llegado ya a sus pies. Con las extraordinarias complicaciones de cualquier vida, incluso de la más sencilla... Había un tipo a su lado... El soldado Logan, antes nada menos que soldado de caballería de los Inniskilling,^[107] y nada menos que propietario de una lechería en las afueras de Sidney, que está en Australia. Un hombre con los problemas sentimentales y la desenvoltura de un soldado de los Inniskillings, el acento cockney que adorna a los habitantes de Sidney y una absoluta desconfianza en los abogados. Y, por otro lado, una fe ciega en Tietjens. Por encima de su hombro —era rubio y alto, y las insignias le brillaban como si fueran de oro—, le miraba una cara *café-aulait* de nariz aguileña: un mestizo de una de las Seis Naciones,^[108] que había sido chico de los recados de un médico en Quebec... Tenía problemas, pero era difícil entenderle. Detrás, moreno y atezado, con ojos truculentos y acento irlandés, había un licenciado por la Universidad McGill que había sido profesor de idiomas en Tokio y tenía una cuenta pendiente con el gobierno japonés... Y más caras en fila de a dos que daban la vuelta

al barracón..., como polvo, como una nube de polvo que se abate sobre un paisaje, cada uno de ellos con problemas y ansiedades absurdas, aun cuando no te atosigaran personalmente con ellas... Polvo marrón...

Dejó esperando al Inniskilling mientras garrapateaba a toda prisa el sexteto del soneto que debería aclarar un poco su significado. Por supuesto, la idea general era que uno iba al frente, o cerca de él, y no había sitio para pretensiones, simbolizadas por funerales onerosos. Podría decirse: «Nada de flores por obligación... ¡No más desfiles...!». También tuvo que explicarle, mientras lo hacía, al heroico veterinario sexagenario que no debía avergonzarse de ir a la sala de oficiales de los Glamorganshire a reclutar hombres. Los Glamorganshire le prestarían a Tietjens a todos los oficiales PB que no tuvieran otra labor asignada. El teniente Hotchkiss podía hablar con el coronel Johnson, a quien encontraría en el comedor cenando tranquilamente. Era un hombre amable y comprensivo y sabría apreciar el deseo de Hotchkiss de no ir al frente inútilmente. Hotchkiss podía ofrecerse a echarle un vistazo al corcel del coronel, un caballo de guerra alemán, capturado en el Marne y llamado Schomburg, que había dejado de comer... Añadió: «Pero no le haga nada a Schomburg. ¡Yo monto ese caballo!».

Le pasó el soneto a Mackenzie, que estaba contando billetes franceses y monedas de aspecto dudoso con aire de preocupación ante un trasfondo de rostros, piernas y brazos de color caqui...

¿Para qué demonios querrían sacar dinero los hombres —a veces sumas muy considerables, pues a los canadienses les pagaban en dólares que cambiaban a la moneda local— cuando iban a partir en una hora o así? Pero siempre lo hacían y sus cuentas estaban siempre en un estado increíblemente embrollado. Mackenzie tenía motivos para estar preocupado. Lo más probable era que al acabar la tarde tuviera un descubierto de cinco libras por pagos no autorizados. Si sólo tenía su paga y una mujer extravagante a la que mantener, eso bastaría para asustar a cualquiera. Pero eso era problema suyo. Le dijo al teniente Hotchkiss que fuese a charlar con él a su tienda, que estaba junto a la sala de oficiales. Sobre caballos. También él sabía un poco de caballos. De manera sólo empírica, claro.

Mackenzie estaba mirando el reloj.

—Ha tardado dos minutos y once segundos —dijo—. Daré por sentado que se trata de un soneto... No lo he leído, porque aquí no puedo traducirlo al latín... No tengo su habilidad para hacer once cosas al mismo tiempo...

Un hombre con gesto preocupado, con un petate y una cartilla, estaba examinando los números por encima del hombro de Mackenzie. Le interrumpió con un marcado acento americano para decirle que nunca había sacado catorce dólares setenta y cinco centavos en los Cuarteles Thrasna de Aldershot.

Mackenzie le gritó a Tietjens:

—¿Lo comprende? No he leído su soneto. Lo traduciré al latín en la sala de oficiales en el tiempo acordado. No quiero que piense que lo he leído y que aprovecho el tiempo para pensarlo.

El hombre que tenía al lado le dijo:

—Cuando fui a ver al pagador canadiense, en el Strand, en Londres, la oficina estaba cerrada...

Mackenzie exclamó con furia:

—¿Cuánto tiempo lleva de servicio? ¿Todavía no ha aprendido que no se debe interrumpir a un oficial cuando está hablando? Arrégleselas con su condenado pagador colonial. A mí me consta que tiene usted dieciséis dólares y treinta centavos. ¿Quiere sacarlos o dejarlos?

Tietjens dijo:

—Conozco el caso de ese hombre. Envíemelo. No es complicado. Tiene el cheque del pagador, pero no sabe cómo cobrarlo y, por supuesto, no quieren darle otro...

El hombre, de rasgos toscos, tardos y atezados, inspeccionó a los dos oficiales con ojos escrutadores como si tuviera el viento de frente y la luz lo cegase. Empezó una larga historia acerca de los cincuenta dólares que había perdido jugando a las cartas y que le debía Bill el Orejas. Tal vez fuese medio chino, medio finlandés. Siguió hablando preocupadísimo por su dinero. Tietjens se ocupó del caso del ex soldado de los Inniskilling de Sidney y del licenciado en McGill que había sufrido un agrario por parte del ministro japonés de Educación. En conjunto resultaba muy complicado. «Cualquiera diría —se dijo Tietjens— que con esto bastaría para distraerme.»

El espigado soldado de caballería tenía una historia sentimental muy complicada. Era difícil darle consejos en presencia de sus camaradas. Él, no obstante, no era recatado. Le habló de una chica llamada Rosie a la que había seguido desde Sidney hasta la Columbia Británica, de otra llamada Gwen a la que había conocido en Aberystwyth y de una mujer llamada señora Hosier con quien había convivido maritalmente en Berwick St. James, cerca de la llanura de Salisbury, aprovechando un permiso. Le habló de todas ellas con detalle, sin prestar atención a la voz monótona del mestizo chino, y le explicó que quería que cada una de ellas se llevase alguna cosa como recuerdo, si una bala se cruzaba en su camino. Tietjens le dio el borrador del testamento que le había redactado, le pidió que lo leyera con atención y lo copiara de su puño y letra en su cartilla militar. Luego Tietjens firmaría como testigo. Él le preguntó: «¿Cree usted que este testamento haría que mi mujer de Sidney me abandonara? No creo. Es muy persistente. Como un arrancamoños. Dios la bendiga».

El licenciado por McGill estaba a punto de introducir una nueva complicación en

la historia de sus problemas con el gobierno japonés. Por lo visto, aparte de su labor puramente escolar, había invertido un poco de dinero en un manantial de agua mineral cerca de Kobe, cuya agua embotellada se exportaba a San Francisco. Por lo visto, la compañía había incurrido en varias irregularidades según las leyes japonesas, pero Tietjens permitió que un canadiense francófono, que había tenido algunas dificultades para conseguir su certificado de bautismo en una misión del Klondike, interrumpiera la historia del licenciado; y varios hombres, que no tenían otra complicación que conseguir que les firmasen los papeles para poder escribir una última carta a sus casas antes de la partida del destacamento, avanzaron en masa hacia el escritorio de Tietjens.

El humo de las pipas de los NCO que había al otro extremo de la habitación flotaba opalescente por debajo de las lámparas que colgaban sobre cada mesa; botones y minerales brillaban en el aire que el omnipresente caqui parecía teñir de marrón, como en una nube de polvo. Voces nasales, guturales y gangosas se mezclaban en un guirigay en el que la cantinela chillona y profana de un NCO galés: «¿Por qué demonios no has traído tu 124? ¿Por qué #####demonios no has traído tu 124? ¿Es que no sabías que tenías que traer el maldito 124?», parecía gemir trágicamente en el silencio... Fue pasando la tarde. Tietjens se sorprendió al mirar la hora y ver que eran sólo las nueve y veinte. Tenía la sensación de llevar más de diez horas pensando soñoliento en sus asuntos... Pues, al fin y al cabo, éstos eran sus asuntos... Dinero, mujeres, problemas testamentarios. Cada una de esas complicaciones del otro lado del Atlántico y del mundo entero eran también problema suyo: un mundo quebrantado; un ejército que se ponía en marcha en mitad de la noche. A empujones. De cualquier modo. Y con exageración. Una sección lateral del mundo...

Al echarle un vistazo al historial médico de un hombre que tenía cerca reparó en que lo habían clasificado como C1...^[109] Era obviamente un error por parte del tribunal médico o de uno de los celadores, que había escrito C en lugar de A. Se trataba del soldado raso 197394, un trozo de carne de ternera de rostro brillante, que había trabajado como peón en la Columbia Británica en las inmensas fincas de Rugeley, el portentoso y ducal primo segundo de Sylvia Tietjens. Era una molestia doble. Tietjens no quería que le recordaran al primo segundo de su mujer, porque no quería que le recordasen a su mujer. Había decidido dejar que sus pensamientos se explayaran sobre el particular cuando estuviese caliente en su tienda llena de pulgas que olía a parafina y en cuyas paredes de lona crujía la escarcha y brillaba la luna... Ya pensaría en Sylvia a la luz de la luna. ¡Estaba decidido a no hacerlo ahora! Pero el soldado raso 197394 Thomas Johnson era un incordio y Tietjens se maldijo por haber hojeado su historial médico. Si aquel patán absurdo era C3 ^[110] no podía estar destinado en un destacamento... ¡Ni siquiera si fuese C1! Daba igual. En ambos

casos tendrían que buscar a otro hombre para reemplazarlo y eso sacaría al sargento mayor Cowley de sus casillas. Levantó la vista buscando los ojos ingenuos, saltones, brillantes, líquidos y azulados de Thomas Johnson... Aquel tipo no había estado enfermo en su vida. No podía haber estado enfermo..., salvo por un atracón de cerdo guisado..., y diez contra uno a que, aunque le dieran una pastilla de caballo, no le quitarían el dolor de estómago...

Sus ojos se cruzaron con la mirada huidiza de un tipo moreno, delgado y elegante, con una llamativa cinta escarlata en el sombrero, muchos dorados en el uniforme caqui y pequeñas tiras de cota de malla de acero en los hombros... Levin... Coronel Levin..., GSO II, o algo parecido, uno de los ayudantes del general lord Edward Champion... ¿Cómo demonios se entrometían esos tipos en momentos de tanta intimidad entre los jefes de las unidades y sus hombres? Se colaban nadando como peces en un tanque lleno de agua marrón y de pronto a su lado..., ¡espías! Los hombres se habían puesto en posición de firmes y lo miraban boquiabiertos. El solícito sargento mayor Cowley corrió al lado de Tietjens. Uno protege a sus oficiales de los hombres del Estado Mayor igual que protege a su bebé de las corrientes de aire. El moreno, brillante y alegre jerifalte dijo con un leve ceceo:

—Veo que están ocupados. —Podría haber estado allí un siglo y tener otro siglo que perder—. ¿Qué destacamento es éste?

El sargento mayor Cowley, siempre atento por si su oficial no sabía su propio nombre o el de su unidad, respondió:

—IBD n.º 16. Primera División Canadiense, Destacamento de Reemplazo Número Cuatro.

El coronel Levin dejó escapar el aire entre los dientes con un ceceo.

—Así que el destacamento del 16 no ha salido todavía... ¡Vaya, vaya, vaya...! El Primer Ejército nos va a zurrar de lo lindo... —Utilizó sus palabras como si las hubiera envuelto en algodón perfumado.

Tietjens se había puesto en pie. Conocía muy bien a aquel tipo, que había sido un horrendo pintor de acuarelas de sociedad, de buena familia por el lado de su madre, de ahí la quincalla de caballería que llevaba sobre los hombros. ¿Sería de buen..., digamos de buen gusto, explotar? Dejó que hablara el sargento mayor. Cowley era un NCO de mucho peso porque conocía diez veces mejor su trabajo que cualquier oficial del Estado Mayor. El sargento mayor explicó que había sido imposible despachar antes al destacamento. El coronel dijo:

—Pero sin duda, sargento mayor... —El sargento, convertido en un deferente empleado de un almacén de ropa para señoras, observó que habían recibido órdenes urgentes de no dejar partir al destacamento sin los cuatrocientos ferroviarios canadienses que debían llegar de Etaples. Los hombres no habían llegado a la estación de ferrocarril hasta las cinco y media. Traerlos a pie hasta aquí había costado

otros tres cuartos de hora. El coronel insistió—: Pero sin duda, sargento mayor...

El bueno de Cowley lo mismo podría haberle contestado «señora» o «señor» al de la gorra con la banda roja... Los cuatrocientos habían llegado sólo con lo puesto. La unidad había tenido que sacarlo todo del depósito de suministros: botas, mantas, cepillos de dientes, tirantes, rifles, munición, placas identificativas. Y ahora eran las nueve y veinte... En ese momento, Cowley permitió que su oficial al mando dijera:

—Debe comprender usted que trabajamos en condiciones extremadamente difíciles, señor...

El distinguido coronel estaba sumido en la contemplación absorta de sus elegantes rodillas.

—Lo sé, por supuesto... —ceceó—. Muy difíciles... —La cara se le iluminó y añadió—: Pero debe usted admitir que es muy desafortunado que... Debe usted admitir que... —No obstante, el peso volvió a posarse sobre su imaginación.

Tietjens dijo:

—Supongo, señor, que no somos más desafortunados que cualquier otra unidad en la que se dé un control doble de los suministros...

El coronel respondió:

—¿Cómo? Doble... ¡Ah!, veo que está usted ahí, Mackenzie..., lo veo a usted muy bien..., en plena forma, ¿eh?

En el barracón reinó un silencio absoluto. La rabia por el tiempo que estaban perdiendo le hizo decir a Tietjens:

—Comprenderá usted, señor, que somos una unidad cuyo propósito principal es proporcionar suministros con los que equipar a los destacamentos... —Aquel tipo lo estaba retrasando de un modo atroz. ¡Se estaba sacudiendo las rodillas con un pañuelo!—. Esta tarde ha muerto un hombre entre mis brazos porque, para conseguir cascos para mi puesto de mando, tenemos que solicitarlos a Dublín mediante un AFB canadiense vía Aldershot... Lo mataron ahí mismo... Acabamos de limpiar la sangre justo de debajo de donde está usted...

El coronel de caballería exclamó:

—¡Oh, Dios mío...! —Dio un saltito y examinó sus hermosas y relucientes botas de aviación que llegaban hasta la rodilla—. ¡Muerto...! ¡Aquí...! Pero habrá que formar una comisión de investigación... Ciertamente, es usted muy desafortunado, capitán Tietjens... Siempre esos misteriosos... ¿Por qué no estaba ese hombre en un refugio...? Muy desafortunado... No podemos tener víctimas entre las tropas coloniales... Entre las tropas de los Dominios,^[111] quiero decir...

Tietjens dijo en tono lúgubre:

—Ese hombre era de Pontardulais..., no de uno de los Dominios... Estaba destacado en mi puesto de mando... Tenemos prohibido, bajo amenaza de consejo de guerra, permitir que nadie que no pertenezca a la Fuerza Expedicionaria de los

Dominios entre en los refugios... Todos mis canadienses estaban allí... Se trata de una ACI local con fecha 11 de noviembre...

El oficial del Estado Mayor dijo:

—¡Eso es diferente, claro...! ¿Dice usted que sólo era un Glamorganshire? ¡Oh, bueno...! Pero esos misteriosos... —exclamó con la fuerza y el alivio de una explosión—: Oiga..., ¿es posible que me dedique diez..., veinte... minutos...? No se trata exactamente de algo relacionado con el servicio... así por...

Tietjens exclamó:

—Ya ve en qué situación nos encontramos, coronel... —Y extendió ambas manos sobre el papeleo y en dirección a sus hombres como si estuviera sembrando hierba... Estaba atragantado de rabia. El coronel Levin tenía, bajo la protección de una respetable carabina inglesa que regentaba una confitería en los muelles de Ruán, a una muchachita francesa con la que estaba seriamente comprometido. Aunque de un modo más bien ingenuo. Y la joven, que era enormemente celosa, se las arreglaba para inventar supuestas ofensas gracias al francés macarrónico de su apuesto coronel. Era todo un idilio, pero llevaba de cabeza al coronel. En esos casos, Levin siempre le pedía a Tietjens, que pasaba por ser un hombre inteligente y un erudito conocedor de la lengua francesa, que le sugiriese amables piropos en aquel complicado idioma... En cuanto a cómo explicar que a un GSO II, o lo que quiera que fuese el coronel, se le viera a menudo en compañía de hermosas VAD y de los organizadores femeninos de otras secciones... Era de una de esas estupideces sobre las que no se debe consultar a ningún caballero... Y ahí estaba Levin con el pliegue agónico y femenino en su ceño de alabastro bronceado... Como un puñetero soldado de opereta. ¿Por qué no se pondría a cantar aquel asno como un tenor...?

Naturalmente, quien salvó la situación fue Cowley. Justo cuando Tietjens estaba a punto de decir: «Váyase al demonio», el sargento mayor, convertido ahora en el empleado de confianza de un influyente abogado, empezó a susurrarle al coronel...

—El capitán puede tomarse un descanso... Hemos acabado con todos los hombres, excepto con los ferroviarios canadienses, y no podremos proporcionarles mantas hasta dentro de media hora... o tres cuartos. ¡Y eso con suerte! Depende de si el correo consigue averiguar dónde está cenando el cabo de intendencia para que nos las entregue... —El sargento mayor había introducido aquella última frase con mucha habilidad. El oficial del Estado Mayor, con un vago recuerdo de sus días en el regimiento exclamó:

—¡Maldita sea...! Quisiera saber por qué no rompen la puerta del depósito de suministros y cogen lo que necesitan...

El sargento mayor, convertido en la pureza personificada, exclamó:

—¡Oh!, no, señor, no podríamos hacer eso, señor...

—Pero esos malditos hombres hacen mucha falta en el frente —dijo el coronel

Levin—. ¡Maldita sea, la situación es muy incierta! Estamos atacando... —Consideró por un momento que pertenecía al Estado Mayor y que Tietjens y el sargento mayor lo habían enredado con mucha habilidad.

—Sólo nos queda rezar —respondió el sargento mayor— para que esos malditos alemanes tengan oficiales de intendencia, depósitos de suministro y departamentos de entrega, igual que nosotros. —Bajó la voz hasta convertirla en un áspero susurro—. Además, señor, circula un rumor... sobre una llamada telefónica al puesto de mando de la base... y una orden del WO recibida en el cuartel general... anulando la partida de este y otros destacamentos...

El coronel dijo:

—¡Oh, Dios mío!

Y la consternación los embargó a Tietjens y a él. Las trincheras congeladas en mitad de la noche; la agónica espera de los hombres; el peso sobre la imaginación que era como un peso sobre el entrecejo; la sensación inminente de que se aproximaba algo inimaginable por la derecha o por la izquierda, según si uno miraba a un lado u otro de la trinchera; la tierra sólida y protectora del parapeto que luego se convierte en una niebla deshilachada..., y sin que llegasen nunca refuerzos... Los hombres pensaban ingenuamente que estaban a punto de llegar, pero no llegaban. ¿Y por qué no? ¿Dios mío, por qué no? Mackenzie dijo:

—Pobre Bird... El miércoles pasado sus hombres cumplieron once semanas en el frente... Con lo único que contaban para aguantar era...

—Pues tendrán que aguantar mucho más —dijo el coronel Levin—. Me encantaría poder echarle mano a los inútiles que... —En esa época, la Fuerza Expedicionaria de Su Majestad estaba firmemente convencida de que el ejército en el campo de batalla era sólo la herramienta de un puñado de políticos y civiles. En los momentos de rutina esa nube se disipaba levemente, pero siempre que llegaban malas noticias volvía a cernerse como una nube de gas negro. La gente se limitaba a mover la cabeza con impotencia...

—El caso —dijo alegremente el sargento mayor— es que el capitán puede tomarse media hora para cenar. O cualquier otra cosa... —Aparte del deseo doméstico de que la digestión de Tietjens no se resintiese por comer a deshoras, tenía la convicción profesional de que era bueno para la unidad que su capitán tuviese una conversación privada con un miembro del Estado Mayor...—. Supongo, señor —le dijo a Tietjens a modo de despedida— que será mejor que acomode al destacamento y a los novecientos hombres que llegaron a reemplazarlos, veinte en cada tienda... Menos mal que no las habíamos desmontado...

Tietjens y el coronel empezaron a abrirse paso entre la gente para salir. El Inniskilling-canadiense estaba junto a la puerta del puesto de mando con una cartilla marrón abierta extendida con gesto de desaprobación. Abordó con nerviosismo a

Tietjens, «¿Eh?», dijo:

—Ha escrito mal los nombres de las chicas, señor. Con quien tuve un hijo en Aberystwyth y a quien quería dejarle el arrendamiento de la casa y los diez chelines a la semana era a Gwen Lewis. La señora Hosier, con quien viví en Berwick St. James sólo tenía que cobrar cinco guineas de recuerdo... Me he tomado la libertad de corregir los nombres...

Tietjens le quitó la cartilla, se apoyó en la mesa del sargento mayor y estampó su firma en la página azulada. Le devolvió la cartilla al hombre y dijo:

—Tome..., y ahora ya puede romper filas.

Al tipo se le iluminó la cara. Exclamó:

—Gracias, señor. Gracias de todo corazón, capitán... Estaba deseando acabar con esto para ir a confesarme. He obrado mal...

El licenciado por McGill, con su arrogante bigote negro, abordó a Tietjens mientras se ponía el abrigo.

—No lo olvidará, ¿verdad, señor...? —empezó.

Tietjens dijo:

—Maldita sea. Ya le he dicho que no lo olvidaré. Nunca me olvido de nada. Le dio usted clases a ese japonés en Asaki, pero las autoridades educativas están en Tokio. Y su infame empresa de agua mineral tenía las oficinas en el manantial de Tan Sen, cerca de Kobe... ¿No es así? Bueno, haré todo lo que esté en mi mano.

Pasaron en silencio entre los grupos de hombres que rondaban la puerta del puesto de mando y relucían a la luz de la luna. Una vez en el camino regional que hacía las veces de vía principal del campamento, el coronel Levin empezó a musitar entre dientes:

—Se toma usted muchas molestias con esa chusma..., muchas molestias... Y no obstante...

—Y bien, ¿de qué se trata? —preguntó Tietjens—. Disponemos a nuestros destacamentos en treinta y seis horas menos que cualquier otra unidad.

—Lo sé —admitió el otro—. Son sólo esos reproches misteriosos. El caso es que...

Tietjens lo interrumpió enseguida:

—¿Le importa que le pregunte una cosa? ¿Me habla usted de forma oficial? ¿Es esto una reprimenda del general Champion por el modo en que dirijo mi unidad?

El otro respondió con la misma prisa y mucho más preocupado:

—Dios me libre. —Y añadió todavía con más celeridad—: ¡Viejo amigo! —Y se dispuso a meter el brazo debajo el codo de Tietjens, quien, no obstante, siguió mirándolo a la cara. Estaba muy enfadado.

—Entonces, dígame —prosiguió—, cómo diantres se las arregla para ir por ahí sin abrigo con este tiempo. —Si lograba distraer al tipo del asunto de los reproches

misteriosos, acabarían discutiendo lo que lo había llevado allí en esa noche tan fría, cuando debería estar sentado junto a un buen fuego en compañía de mademoiselle Nanette de Bailly. Hundió la barbilla en el cuello de piel de cordero de su abrigo. Levin, delgado, con todas sus placas, cintas y cadenitas brillando en la noche fría, que hacía que a Tietjens le castañetearan los dientes como si fuesen de porcelana, se animó un poco:

—Debería hacer usted como yo... Un horario regular..., mucho ejercicio..., a caballo... Hago gimnasia todas las mañanas delante de la ventana de mi habitación..., así se va endureciendo uno...

—Debe de ser muy gratificante para las damas de la habitación de enfrente —dijo Tietjens con severidad—. ¿Es eso lo que pasa ahora con mademoiselle Nanette...? No tengo tiempo de hacer ejercicio como Dios manda...

—Dios mío, no —respondió el coronel. Le pasó a Tietjens la mano por debajo del brazo y empezó a tirar de él hacia la margen izquierda del camino, como si quisiera salir del campamento. Tietjens anduvo con paso firme hacia la derecha hasta que acabaron inclinados en direcciones opuestas—. Lo cierto, viejo amigo —dijo el coronel—, es que Campy, pese a lo indispensable que es aquí, se está esforzando tanto por que lo pongan al mando de un ejército en combate, que en cualquier momento podrían darnos la orden de hacer el petate... Eso ha hecho entrar en razón a Nanette...

—¿Y qué pinto yo en esto? —preguntó Tietjens.

Pero el coronel prosiguió tan tranquilo:

—De hecho, casi he logrado que me prometa que la semana que viene..., o como mucho la siguiente..., ella..., maldita sea..., elegirá el día.

Tietjens dijo:

—¡Bien hecho...! ¡Qué espléndidamente victoriano!

—¡Eso, maldita sea —exclamó con virilidad el coronel—, es lo que me digo yo... Muy victoriano...! Todos esos preparativos matrimoniales... ¿Y cómo se llaman...? ¿Los *Droits du Seigneur*? Y los notarios... Y el conde también..., y la marquesa..., y sus dos tías abuelas... Pero... ¡Hurra! —Ejecutó una rápida pirueta a la luz de la luna con el pulgar enguantado de su mano derecha...— La semana próxima..., o a lo sumo la siguiente... —De pronto bajó mucho la voz—. Al menos —vaciló—, así era a la hora de comer. Luego..., ha sucedido algo...

—¿No le habrá pillado en la cama con una VAD? —preguntó Tietjens.

El coronel balbució:

—No, en la cama no... Ni con una VAD... ¡Oh!, maldita sea, fue en la estación de tren... Con..., el general me envió a recoger a su..., y Nanny había ido a despedir a su abuela, la duquesa... Me trató con mucha frialdad...

Tietjens se puso furioso.

—Entonces me ha traído aquí por una de sus estúpidas discusiones con la señorita de Bailly. ¿Le importa acompañarme al cuartel general del IBD? Puede que las órdenes definitivas estén allí. Los zapadores no quieren darme un teléfono y tengo que ir en persona a averiguar las novedades...

Sintió añoranza por un barracón caldeado con una estufa de carbón y lámparas eléctricas, con cabos primeros inclinados sobre AFB delante de una pared cubierta de casilleros llenos de papeles marrones y azules. Allí había tranquilidad y trabajo absorbente. Era raro, el único lugar donde Christopher Tietjens de Groby podía estar a gusto era en un puesto de mando o algún sitio parecido..., el único sitio del mundo... Y ¿por qué? Era muy raro... Aunque, en realidad, no tanto. Si se paraba uno a pensarlo, era una cuestión de selección inevitable. A un cabo se le asignaba a un puesto de mando por su habilidad como escribano, su capacidad de hacer cuentas sencillas, su fiabilidad entre innumerables números y mensajes, y por ser digno de confianza. Ese ínfimo detalle lo ponía por encima del simple soldado raso. Y era un ínfimo detalle que, para él, suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Pues, si resultaba no ser digno de confianza, volvía al servicio en el frente. Mientras lo fuese, dormía debajo de una mesa en una habitación caliente, con sus artículos de tocador en una bolsa de cuero junto a la cabeza, una tetera llena de té humeando siempre sobre una estufa siempre encendida..., ¡el paraíso...! ¡No! ¡El paraíso, no, el paraíso de los soldados rasos...! Puede que lo despertasen a la una de la madrugada. A kilómetros de distancia de allí el enemigo podía estar iniciando un bombardeo... Saldría de entre las mantas de debajo de la mesa, entre las piernas de apresurados NCO y oficiales, el teléfono no dejaría de sonar... Tendría que atender a un sinfín de órdenes en notas manuscritas, escritas a máquina... Es una molestia que a uno lo despierten a la una de la mañana, pero no deja de ser emocionante: el enemigo podría estar bombardeando de forma terrible el pueblo de Dranoutre, habría que enviar como refuerzos a la decimonovena división por la carretera de Bailleul-Nieppe. En caso...

Tietjens pensó en aquel ejército durmiente... Aquel poblado iluminado por el claro de luna, de paredes de lona y ventanas de celuloide, cuarenta hombres por barracón... Aquella Arcadia soñolienta era una de..., ¿cuántas? Digamos treinta y siete mil quinientas, para un millón y medio de hombres... Pero en esa base probablemente hubiera más de un millón y medio... En fin, alrededor de las Arcadias soñolientas se veían los tenues bordes de las tiendas virginales... Había catorce hombres por tienda... Así que para un millón... Setenta y una mil cuatrocientas veintiuna tiendas alrededor de, digamos, ciento cincuenta IBD, CBD, REBD... Depósitos de suministros de infantería, caballería, zapadores, artilleros, antiaéreos, comunicaciones, veterinarios, podólogos, el Royal Army Service Corps, el cuerpo de palomas mensajeras, sanitarios, el Women's Army Auxiliary Corps, el VAD —¿qué demonios significarían esas siglas?—, cantinas, encargados de las tiendas de

descanso, superintendentes de daños en los cuarteles, pastores, sacerdotes, rabinos, obispos mormones, brahmanes, lamas, imanes, fanti, sin duda, para las tropas africanas. Y la salvación temporal y espiritual de todos ellos dependía de los cabos primeros de los puestos de mando... Pues, si debido a una confusión, el cabo enviaba a un cura papista a un regimiento del Ulster, los hombres lo lincharían y se condenarían a ir al infierno. O si, por un pequeño desliz al teléfono, o un error de mecanografiado, enviaba a una división a Westoutre en lugar de a Dranoutre a la una de la mañana, esos seis o siete mil pobres diablos podrían ser masacrados y nada, salvo la marina de Su Majestad, podría salvarnos...

Y, sin embargo, al final todo aquel embrollo se resolvía satisfactoriamente: los destacamentos se ponían en marcha desenredándose como serpientes de una maraña inextricable de ramas, se deslizaban vertebralmente sobre el fango y se hundían en sus agujeros..., los rabinos encontraban judíos agonizantes a quienes absolver; los veterinarios, mulas con esparavanes; los del VAD hombres con el hombro o la mandíbula arrancada en los CCS; los cocineros, ternera congelada; los podólogos, uñeros; los dentistas, muelas cariadas; los dirigibles navales, puestos camuflados en pintorescos vallecillos boscosos... De uno u otro modo, todo llegaba a su sitio..., ¡incluso los tarros de mermelada de fresa!

Pues si el cabo, cuya vida pendía de un hilo, cometía un error acerca de una docena de tarros de mermelada, volvía al servicio en el frente..., volvía al rifle congelado, a las lonas embreadas sobre el fango líquido, a la succión desesperante en el tobillo al adelantar el pie, a los paisajes silueteados con campanarios de iglesias derruidos, al zumbido continuo de los aviones, a los laberintos de tablones sobre vastas llanuras de lodo, al inagotable humor cockney, a las grandes bombas etiquetadas «Con amor para el pequeño Willie»... De vuelta al Ángel de la Espada Flamígera. ¡Y del lado equivocado...! Así que, en conjunto, las cosas funcionaban satisfactoriamente...

Estaba llevando imperiosamente al coronel Levin entre los barracones hacia la sala de oficiales, sus pasos crujían sobre la grava helada, el coronel se hacía un poco el remolón, pero era un peso ligero y no llevaba clavos en las elegantes suelas de las botas, así que no tenía agarre en el suelo. Estaba muy silencioso. Fuese lo que fuese lo que quería decirle, le estaba costando mucho soltarlo. No obstante, por fin lo soltó:

—Me extraña que no solicite volver al frente..., a su batallón. Yo lo haría si fuese usted.

Tietjens dijo:

—¿Por qué? ¿Porque ha muerto un hombre en mis brazos...? Esta noche deben de haber muerto una docena.

—¡Oh!, probablemente más —respondió el otro—. El avión derribado era uno de los nuestros... Pero no me refería a eso... ¡Oh, maldita sea...! ¿Le importaría ir hacia

el otro lado...? Siempre he sentido el mayor respeto..., ¡oh!, casi..., por usted personalmente. Es usted un intelectual...

Tietjens estaba considerando una interesante cuestión de etiqueta militar.

Aquel tipo inútil y ceceante, ¡debía de ser un oficial del Estado Mayor muy cuidadoso o Campion no lo querría a su lado!, se había ido moldeando a imagen y semejanza de su general: físicamente; en su manera de vestir, hasta donde le era posible; en la voz —pues aquel ceceo no era tanto propio como una adaptación del ligero tartamudeo del general— y sobre todo en sus frases incompletas y sus puntos de vista... De modo que si le dijera: «Mire, coronel...», o «Mire, coronel, Levin...», o «Mira, Stanley, amigo...». Pues lo único que un oficial no podía decirle a un superior por muy íntima que fuese su relación era: «Mira, Levin...». El caso es que si le dijera: «Mira, Stanley, eres un completo estúpido. Está muy bien que Campion diga que estoy mal de la cabeza porque tengo un poco de cerebro. Es mi padrino y lleva diciéndolo desde que yo tenía doce años, y más cerebro en el talón de mi pie izquierdo que él en todo su hermoso cráneo rasurado... Pero tú actúas como un loro. No lo dices porque se te haya ocurrido a ti. Ni siquiera lo piensas. Sabes que soy pesado, que me falta el resuello y que soy obstinado..., pero también sabes perfectamente que estoy tan cuerdo como tú. Y aún más. Jamás me has sorprendido en renuncio. Tu sargento puede que sí. Pero tú no...».

Si Tietjens le dijera eso a aquel petimetre, ¿sería ir más lejos de lo que debía ir un oficial a cargo de un destacamento con un oficial del Estado Mayor, pese a que no estuviesen hablando oficialmente y se tratase de una conversación privada? Extraoficialmente y tratándose de una conversación privada, los pobres... oficiales de Su Majestad son todos iguales..., caballeros al servicio de Su Majestad, ¡no hay rangos superiores ni ninguna de esas tonterías! ¿Cómo si no iba aquel descendiente de un ropavejero de Frankfurt a ser un igual de Tietjens de Groby? No lo era de ningún modo..., y menos socialmente. Si Tietjens le golpeará, aquel tipo caería fulminado; si le hiciese una observación desdeñosa a Levin, se fundiría de tal modo que se vería al viejo judío farfullando a través de sus falsos rasgos de gentil.^[112] No sabía disparar tan bien como Tietjens, ni montar, ni pujar en una subasta. Pero, maldita sea, si Tietjens hasta estaba seguro de saber pintar mejores acuarelas que él... En cuanto a lo de sorprenderlo en renuncio..., se comprometía a destripar media docena de ACI contradictorias y escribirle doce ordenanzas basadas en ellas, antes de que Levin hubiera ceceado la fecha y el número de la primera... Lo había hecho varias veces en el cuarto, amueblado como un salón de literatas francesas, donde trabajaba Levin en el cuartel general de la guarnición. Le había redactado a Levin las dichas ordenanzas mientras el otro echaba humo porque llegaba tarde a tomar el té con mademoiselle de Bailly..., y se atusaba el delicado bigote... Mademoiselle de Bailly, escoltada por la vieja lady Sachse, tomaba el té en valiosas tazas de porcelana

sin asas junto a un brillante fuego de leña, en una habitación octogonal del siglo XVIII con las paredes tapizadas de azul y gris. ¡Un té pálido que sabía ligeramente a canela!

Mademoiselle de Bailly era una provenzal alta, morena y rubicunda. No exactamente fornida, sino alta, lenta y cruel; acurrucada en un sillón, mientras le decía a Levin las cosas más hirientes, parecía un gato persa que diera un zarpazo indeciso para extender las garras. Con los ojos achinados y una finísima nariz ganchuda..., casi parecía japonesa... Y brillaba en sociedad a la francesa con su temible *cortège* de parientes. Tenía un hermano que era el chófer de un mariscal... ¡Una aristocrática manera de escaquearse!

Con todo eso, era evidente que, incluso extraoficialmente, uno podía ser el igual de un coronel del Estado Mayor, pero tenía que disimular que era su superior. Sobre todo desde el punto de vista intelectual. Si uno le hacía notar a un oficial del Estado Mayor que era un auténtico estúpido —¡uno podía decirlo tanto como quisiera, siempre que no lo demostrara!— podía estar seguro de que le caería encima una buena. Y con razón. La habilidad intelectual no era una cualidad inglesa. No, nada inglesa. Y el deber de un oficial de campo era asegurarse de que la sala de oficiales fuese todo lo inglesa posible... El oficial del Estado Mayor la tomaría con el oficial inferior. De forma totalmente encomiable. Los estropicios que harían los oficiales del cuartel general con sus informes serían inimaginables. Hasta lograr que le importunasen y consumieran las preocupaciones, y o bien le transfiriesen, o rezara para que le transfiriesen, a... cualquier otro puesto en todo el ejército...

Y eso era muy desagradable. El proceso, no el efecto. En general, a Tietjens no le importaba adónde lo mandaran o lo que tuviera que hacer, siempre y cuando fuese lejos de Inglaterra, pensar en aquel país, de noche, dormitando al otro lado del Canal, le resultaba sentimentalmente insoportable... Aun así, le tenía aprecio al viejo Champion, y prefería estar a sus órdenes que bajo las de cualquier otro. Había adscrito a su Estado Mayor a un grupo de tipos bastante pasable, todo lo pasables que podían ser..., si uno tenía que contentarse con los de su clase... De modo que se limitó a decir:

—Mire, Stanley, es usted un perfecto idiota. —Y lo dejó ahí, sin demostrar lo cierto de su afirmación.

El coronel respondió:

—¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho ahora...? Preferiría ir hacia el otro lado...

Tietjens dijo:

—No, no puedo salir del campamento... Tengo que ir mañana por la tarde a ver su fantástico contrato de matrimonio, ¿no...? No puedo salir del campamento dos veces en una semana...

—Tiene usted que bajar al cuerpo de guardia —replicó Levin—. Detesto hacer

esperar a una mujer con este frío..., aunque esté en el coche del general...

Tietjens exclamó:

—¿No se le habrá ocurrido la... peregrina idea de traer aquí a la señorita de Bailly? ¿Para hablar conmigo?

El coronel Levin balbució en voz tan baja que Tietjens casi pensó que no quería que lo oyera:

—¡No se trata de la señorita de Bailly! —Luego exclamó en voz alta—: Maldita sea, Tietjens, ¿es que no se lo he dado a entender con la suficiente claridad...?

En un instante de ofuscación a Tietjens se le pasó por la cabeza que quien estaba en el coche del general debía de ser la señorita Wannop, en la entrada, junto al cuerpo de guardia. Pero sabía reconocer cuándo se le ocurría una locura. No obstante, se había dado la vuelta y ambos estaban regresando muy despacio por el ancho camino entre los barracones. Desde luego, Levin no tenía ninguna prisa. Al llegar al final de los barracones, el camino desembocaba en una pendiente de unos ocho metros cuadrados en la oscuridad, unas piedras enjalbegadas señalaban una especie de sendero de seguridad que apenas se distinguía a la luz de la luna oscurecida por la escarcha. Y allí, en mitad del bosque, al final de aquel sendero, en un despampanante Rolls-Royce, esperaba algo que a Levin sin duda le inspiraba miedo...

Por un minuto la espina dorsal de Tietjens se puso rígida. No quería interferir entre mademoiselle de Bailly y quienquiera que fuese la mujer casada que Levin hubiera tenido como amante... Por alguna razón estaba convencido de que en aquel coche había una mujer casada... No se atrevía a pensar de otro modo. Si no era una mujer casada podía ser la señorita Wannop. Si lo era, no podía serlo... Una inmensa oleada de calma y felicidad sentimental se había abatido sobre él. ¡Y sólo porque había pensado en ella! Sin saber por qué, imaginó su carita pálida y un poco chata debajo de un gorro de pieles. Estaría inclinada hacia delante, en el asiento iluminado del coche del general, ¡detrás de la ventana como en un espectáculo de mundonuevo! Asomada sin ver muy bien debido a los reflejos del cristal...

Le estaba diciendo a Levin:

—Mire, Stanley..., si le he dicho que es usted un perfecto idiota es porque la principal afición de la señorita de Bailly es afectar celos. No sentirlos sino hacer exhibición de ellos.

—¿Cree que debería cuestionar a mi prometida en mi presencia? —preguntó Levin con ironía—. Como caballero inglés. Todo un Tietjens de Groby.

—Pues claro —dijo Tietjens. Seguía sintiéndose feliz—. Ya que me he convertido en una especie de padrino suyo, tengo el deber de instruirle. Las madres hablan con sus hijas antes de la boda. Los padrinos, con el inocente Benedicto...^[113] Y siempre está usted preguntándome por la joven...

—Ahora no se trata de eso —gruñó Levin de un modo horrible.

—Entonces, ¿de qué se trata?, en el nombre de Dios. Tiene usted a una amante desechada en el coche del viejo Campion, ¿no es así...? —Estaban junto al camino que llevaba a su puesto de mando. Grupos de hombres grises y apáticos, seguían abarrotándolo un poco más abajo.

—No —exclamó Levin casi al borde de las lágrimas—. Nunca he tenido una amante...

—¿Y no está usted casado? —preguntó Tietjens. Empleó a propósito la exclamación colegial «¡Córcholis!» para suavizar la pulla—. Si me disculpa —dijo—. Tengo que ir a ver a mis hombres. Para ver si han llegado ya sus órdenes.

No encontró ninguna orden en el barracón, más saturado que nunca de los apagados vapores y olores del caqui, pero a cambio se topó con un elegante y rubio cabo de vieja raigambre colonial con una historia conmovedora, tal como le relató el sargento mayor Cowley:

—Este hombre, señor, es uno de los ferroviarios canadienses. Su madre acaba de llegar a la ciudad, ha venido desde Eetarpels. Directa desde Toronto, donde estaba postrada en cama.

Tietjens preguntó:

—Bueno, ¿y de qué se trata? No se ande por las ramas. —El hombre quería permiso para ir a ver a su madre, que estaba esperándolo en un café respetable que había al final de la línea ferroviaria, justo a la salida del campamento, donde empezaban las casas de la ciudad. Tietjens dijo—: Es imposible. Totalmente imposible. Lo sabe usted muy bien. —El hombre se le quedó mirando muy rígido con aire inexpresivo; a Tietjens, que estaba maldiciendo su suerte, sus ojos azules le parecieron condenadamente honrados. Le dijo al hombre—: Usted mismo se dará cuenta de que es imposible, ¿no?

El hombre respondió muy despacio:

—No conozco las ordenanzas para circunstancias semejantes y no sabría decirle, señor. Pero el de mi madre es un caso muy especial... Ya ha perdido a dos hijos.

Tietjens replicó:

—Lo mismo les ha ocurrido a muchos... Comprenda que si le autorizase, podrían..., es más que probable que me relevaran del mando. Soy el responsable de que todos ustedes vayan al frente.

El hombre miró al suelo. Tietjens se dijo que la culpable de que se sintiera así era Valentine Wannop. Estaba dominado por su presencia. Era una idiotez. Pero así era. Le preguntó al hombre:

—Antes de partir de Toronto se despediría usted de su madre, ¿no?

El hombre respondió:

—No, señor. —No había visto a su madre desde hacía siete años. Estaba en el Chilkoot cuando estalló la guerra y no se había enterado hasta diez meses después.

Luego se había enrolado en la Columbia Británica y lo habían enviado de ferroviario a Aldershot, donde los canadienses tienen un campamento en construcción. No supo lo de que sus hermanos habían muerto hasta que llegó allí, y su madre, que había quedado postrada al conocer la noticia, no había podido ir a despedirse a Toronto cuando pasó por allí su unidad. Vivía a noventa kilómetros de Toronto. Ahora se había levantado de la cama como por milagro y había recorrido todo el trayecto. Una viuda de sesenta y dos años. Muy débil.

A Tietjens se le ocurrió, por décima vez aquel día, que pensar en Valentine Wannop era una idiotez por su parte. No tenía ni la menor idea de dónde estaba, en qué circunstancias o siquiera en qué casa. No creía que ella y su madre se hubieran quedado en aquella madriguera de Bedford Park. Ahora estarían mucho más cómodas. Su padre les había dejado dinero. «Es absurdo —se dijo— seguir pensando en alguien cuando no se sabe ni dónde está.» Le preguntó al hombre:

—¿No le bastaría con ver a su madre a las puertas del campamento, junto al cuerpo de guardia?

—No sería una gran despedida, señor —respondió el hombre—, a ella no se le permite entrar y a mí no me dejan salir. Lo más probable es que tuviéramos que hablar delante del centinela.

Tietjens se dijo:

«¡Qué absurdo tan enorme es eso de verse para hablar un minuto! Ves a alguien, hablas con él...». Y al día siguiente a la misma hora. Nada... Como si no lo hubieras visto ni hubieses hablado con él... Pero la alocada idea de ver a Valentine Wannop un solo minuto... A ella no le dejarían entrar en el campo y él no podría salir. Lo más probable era que tuviesen que hablar delante del centinela... Le había hecho oler a primulas. A primulas, como la señorita Wannop. Le preguntó al sargento mayor:

—¿Qué clase de hombre es éste? —Cowley, boquiabierto, jadeó como un pez. Tietjens dijo—: Imagino que su madre estará demasiado débil para esperar a la intemperie, ¿no?

—Muy buena persona, señor —soltó por fin el sargento mayor—, uno de los mejores. Una magnífica hoja de servicios. Muy buena formación. En la vida civil era ingeniero de ferrocarriles... Por supuesto, se presentó voluntario, señor.

—Eso es lo raro —le dijo Tietjens al hombre—, el porcentaje de desertores es tan alto entre los voluntarios como entre los naturales de Derby o entre los que se han alistado obligatoriamente... ¿Comprende lo que le ocurrirá si el destacamento parte sin usted?

El hombre respondió con sobriedad:

—Sí, señor. Lo comprendo perfectamente.

—¿Comprende que lo fusilarán? Tan seguro como que está usted ahí. Y que no tendrá la menor oportunidad de huir.

Se preguntó qué pensaría Valentine Wannop, la pacifista convencida, si le oyese hablar así. Sin embargo, hacerlo era su deber, y no sólo profesional, sino como ser humano. Igual que el deber de un médico era advertir a un hombre de que si bebía agua contaminada con el tifus contraería fiebres tifoideas. Pero la gente no era razonable. Le parecería brutal que le hablara a un hombre de la posibilidad de que lo fusilase un pelotón de ejecución. Al darse cuenta de que no tenía sentido preocuparse por lo que Valentine Wannop pensara o dejara de pensar de él, se le escapó un gemido. No tenía sentido. No tenía sentido. No tenía sentido...

El hombre, por suerte, le estaba respondiendo con sobriedad que sabía el castigo por ausentarse del destacamento. El sargento mayor al oír hablar a Tietjens, le dijo con admirable quisquillosidad:

—¡Vamos, vamos! ¿No has oído que el oficial te está hablando? Jamás interrumpas a un oficial.

—Le fusilarán —continuó Tietjens— al amanecer... Literalmente al amanecer. — ¿Por qué los fusilarían al amanecer? Aunque los drogaban para que no reconocieran el sol aunque lo viesen, atados a una silla... Era peor para el pelotón de fusilamiento. Añadió—: No piense que le estoy insultando. Parece usted un hombre honrado. Pero tipos muy honrados han desertado... —Le dijo al sargento mayor—: Dele a este hombre un pase de dos horas al... comoquiera que se llame el café. El destacamento no partirá hasta dentro de dos horas, ¿no? —volvió a decirle al hombre—. Si ve pasar a su destacamento junto al café, salga corriendo y preséntese. Como un loco, ¿comprende? No tendrá otra oportunidad.

Se oyó un murmullo como un aplauso de envidia por la buena suerte de un compañero proveniente de un público que había asistido con mucha atención a aquel sencillo melodrama..., un público que parecía estar compuesto sólo de ojos muy abiertos, el caqui era tan anodino... Habrían aplaudido si se hubiesen atrevido, pero no tenía sentido preguntarse si Valentine Wannop habría aplaudido o no... Y tampoco había manera de saber si el tipo desertaría. Lo más probable era que no le estuviese esperando su madre. Una chica, casi seguro. Igual que era casi seguro que el hombre desertara... Miraba directamente a los ojos. Pero una pasión arrebatadora, como la inspirada por una huida —o por una chica— le proporciona a uno control sobre los músculos de los ojos. ¡Comparado con una pasión arrebatadora eso no es nada! En un caso así uno miraría a Dios a la cara el día del Juicio y le mentiría.

¿Qué demonios quería él de Valentine Wannop? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? Había dejado de pensar en su mujer..., o en su no mujer. Pero la imagen de Valentine Wannop no dejaba de rondar por su cabeza. A todas horas del día y de la noche. Era una obsesión. ¡Una locura..., lo que esos estúpidos llamaban un «complejo»! Debido, sin duda, a algo que hizo tu niñera o que te dijeron tus padres. Al nacer... Una pasión arrebatadora..., evidentemente no lo bastante

arrebataadora. De lo contrario, también él habría desertado, en cualquier caso, de Sylvia..., cosa que no había hecho. No. ¿O sí? Era imposible saberlo...

Desde luego hacía más frío en el camino entre los barracones. Un hombre estaba diciendo: «Juuuu... Juuuu... Juuuu...», o un sonido parecido mientras agitaba los brazos y daba saltos... «¡Un, dos, marcad el paso!» Alguien debería hacer formar a aquellos pobres diablos y hacerles desfilar para que les circulase un poco la sangre. Pero puede que no supieran cómo hacerlo... En realidad, era cosa de los guardias... ¿Qué demonios hacían allí aquellos tipos?, preguntó.

Una o dos voces dijeron que no lo sabían. La mayoría respondieron guturalmente: —Esperamos a nuestros compañeros, señor...

—Yo pensaba que preferían ustedes esperar bajo techo —respondió en tono cáustico Tietjens—. Pero da igual, ustedes verán, si les gusta... —Eso de reunirse era otra pasión arrebatadora. Había un barracón recreativo para los destacamentos en espera, a menos de cincuenta metros de allí. Pero preferían estar dando diente con diente y murmurando «Juuuu... Juuuu...», antes que perderse treinta segundos de parloteo... Acerca de lo que dijo el sargento mayor y lo que respondió el oficial y a cuántos dólares te han dado... Y, por supuesto, a lo que tú contestaste... O tal vez eso no. Los soldados canadienses eran tipos serios y hoscos, y no se pavoneaban como esos chiflados cockney o de Lincolnshire. En apariencia querían aprender las normas de la guerra. Discutían preocupados la información que se les daba en los puestos de mando, y le miraban a uno como si estuviera exponiendo el Evangelio.

Pero, maldita sea, él estaría dispuesto a hacer en ese mismo momento un pacto con el Destino y a pasar treinta meses en el círculo helado del infierno a cambio de tener ocasión de ver treinta segundos a Valentine Wannop y contarle lo que le había respondido... ¡al Destino...! ¿Quién era aquel tipo en el Infierno que estaba enterrado hasta el cuello en el hielo ^[114] y le había suplicado a Dante que le quitara los carámbanos de los párpados para poder ver? Y Dante se había negado a hacerlo porque era un gibelino. Ese Dante siempre fue un poco cerdo... Casi como..., ¿como quién...? ¡Oh, como Sylvia Tietjens...! ¡Lleno de odio...! Imaginó oleadas de odio llegando hasta él desde el convento en el que se había recluido Sylvia... A un retiro... Imaginaba que lo había hecho. Es lo que ella había dicho. Hasta que acabase la guerra... Mientras durasen las hostilidades, o de por vida, según lo que durase más... Imaginó a Sylvia, acurrucada en la cama de un convento... Odiando... Con su espléndido cabello desparramado a su alrededor... Odiando... Lenta y fríamente... Como la cabeza de una serpiente cuando se la mira de cerca... Con los ojos inmóviles y la boca apretada... Mirando a lo lejos y odiando... Probablemente estuviera en Birkenhead... Una gran distancia para hacerle llegar su odio... ¡A través del mar y la tierra en una noche helada! Por encima de la tierra negra y el agua..., con las luces apagadas por los ataques aéreos y los submarinos... Bueno, en ese momento no tenía

que pensar en Sylvia. Estaba muy lejos de allí...

Desde luego, la noche era cada vez más fría... Incluso aquel idiota de Levin iba y venía a la tenue luz de la luna junto a los últimos barracones que daban a la pendiente y el sendero de las piedras blancas... A pesar de su jactancia por no llevar abrigo y deslumbrar a las mujeres con toda la quincalla del Estado Mayor que llevaba encima como un leopardo a la hora de comer.

Tietjens dijo:

—Siento haberle hecho esperar, amigo..., o más bien a la dama... Pero he tenido que atender a algunos hombres. Ya sabe... «La comodidad, ¿cómo era?, de los hombres está por encima de cualquier, ¿es “consideración”?», salvo las exigencias de la presente guerra...» Últimamente mi memoria es un desastre... De modo que quiere usted que baje esta colina y vuelva a subir... ¡Para ver a una mujer!

Levin chilló:

—¡Maldito idiota, es su mujer quien le está esperando ahí abajo!

III

Lo único que destacaba claramente en la imaginación de Tietjens cuando por fin se sentó en su saco de dormir con seis mantas del ejército encima, una novela barata francesa en una silla de campaña a su lado, un buen vaso de ponche con ron, su cuaderno de oficial y un lápiz con el que esbozar, antes de las once, un informe acerca de la conveniencia de dictarle a su unidad conferencias especiales sobre las causas de la guerra, lo único que destacaba con tanta claridad en su imaginación como unas insignias del Estado Mayor era que ese estúpido de Levin era totalmente patético. Sus suelas sin clavos le habían entorpecido mucho en la pendiente helada y se había dedicado a cojear un paso o dos, y, reducido a la inacción, a cogerse del codo de Tietjens, mientras pronunciaba frases jadeantes e incoherentes.

De ahí resultó un singular mosaico de afirmaciones extraordinarias, vívidas y melodramáticas, pues Levin, que primero cojeó colina abajo con Tietjens y luego volvió a cojear colina arriba colgado de su brazo, le había contado monstruosidades acerca de las actividades de Sylvia, sin la menor ilación y, desde luego, sin ningún otro motivo aparente que el gran afecto que sentía por Tietjens... Por lo visto, habían estado ocurriendo cosas muy peculiares en torno a ella en la zona desdibujada, fuera de aquel mundo absorbente y cubierto de polvo..., en la zona desdibujada que contenía..., ¡oh, a la población civil y sus tés en los que escaseaba la mantequilla...!

Y mientras Tietjens, sentado sobre los muslos y con las rodillas dobladas, se embozaba en la suave lana del saco de dormir y maldecía el calentador de parafina por emitir un olor nuevo y peculiar, tuvo la sensación de que aquello era como regresar después de pasar dos meses fuera y tratar de volver a cogerle el tranquilo a las órdenes del batallón... Uno vuelve a la destartalada y familiar antesala de la habitación de oficiales. Le pide al ordenanza que le traiga las órdenes de los dos últimos meses, pues es vital saber lo que se dice o no en ellas... Puede que haya una ACI que ordene llevar el casco siempre que se esté en el frente, o una orden del batallón que establezca que las granadas deban llevarse siempre en el bolsillo izquierdo del pecho. ¡O puede que se proporcionen las instrucciones para ponerse una nueva máscara antigás...!

El ordenanza te entrega un fajo desordenado de papeles tenuemente mecanografiados y tan manoseados que casi son ilegibles, con las órdenes del 16 de noviembre colocadas de forma inextricable en mitad de las del 1 de diciembre, y donde faltan las del 10, el 15 y el 29... Y todo lo que sacas en claro es que el cuartel general tiene algunas cosas muy insultantes que decir a propósito de la compañía A; que un tipo llamado Hartopp, a quien no conoces, ha sido relevado del mando y que la comisión de investigación formada para investigar ciertas irregularidades del capitán Wells en la Compañía C —¡pobre Wells!— las ha valorado en veintisiete

libras, once chelines y cuatro peniques que deberá pagarle al furriel inmediatamente...

Así que, al ir y volver por la negra falda de la colina, lo que Tietjens pudo sacar en claro fue que el general había advertido a Levin de que Tietjens era un tipo muy violento que sin duda lo tumbaría de un golpe cuando le dijese que su mujer estaba a la puerta del campamento; que Levin se creía descendiente de una antigua familia de cuáqueros... (Tietjens había dicho «¡Dios mío!» al oírlo); que los «reproches» misteriosos a los que, en su temor, se había referido constantemente Levin eran las sucesivas cartas que le había enviado Sylvia al agobiado general..., y que Sylvia había acusado a Tietjens de robarle dos pares de sus mejores sábanas... Había muchas más cosas. Pero, después de enfrentarse a lo que consideraba lo peor de la situación, Tietjens se puso a considerar con la mayor frialdad todas las facetas de su separación matrimonial. Había querido considerar todas las facetas, no sólo la meramente social en la que, hasta ese momento, había pensado que se basaba su desunión. Tal como él lo veía, los ingleses de buena posición consideran que la base de toda unión o desunión marital es la máxima: «nada de escenas». Obviamente, en lo que se refiere al servicio..., que viene a ser lo mismo que el público. Así que nada de escenas para el público. Y desde luego, en su caso, el instinto por la intimidad — respecto a sus relaciones, sus pasiones e incluso sus motivos más triviales— era tan fuerte como el instinto de seguir viviendo. Preferiría, literalmente, estar muerto a ser un libro abierto.

Y hasta esa tarde había creído que su mujer también preferiría estar muerta antes que ventilar sus asuntos delante de los soldados rasos. Pero esa presunción tenía que olvidarla para siempre. Revisarla... Por supuesto, podía dar por sentado que se había vuelto loca. Pero si lo hacía tendría que revisar gran parte de su relación, y eso sólo complicaría más las cosas...

El ordenanza del médico dijo desde el otro extremo de la tienda: «¡Pobre #####Cero Nueve Morgan...!», en tono cantarín y burlón...

Pues, a pesar de que, horas antes, Tietjens había fijado ese momento de comodidad física que por lo general se producía después de que se tumbara pesadamente en su desvencijada cama de campaña en la tienda prestada por el médico, para considerar con frialdad sus relaciones con su mujer, no estaba resultándole nada fácil hacerlo. La tienda estaba demasiado caldeada: había invitado a Mackenzie —cuyo verdadero nombre resultó ser McKechnie, James Grant McKechnie— a instalarse en el otro extremo. El otro extremo estaba separado por una pared de lona y una cortina india de rayas. Y McKechnie, que no podía dormir, había decidido entablar una larga —e interminable— conversación con el ordenanza del médico.

El ordenanza del médico tampoco podía dormir y, al igual que McKechnie, estaba

un poco mal de la chaveta: era un galés salido de Dios sabe qué valle de las montañas y apenas sabía hablar inglés. Tenía el pelo desgredado como un salvaje caribeño y ojos oscuros y vengativos; como buen minero, estaba más cómodo sentado sobre sus talones que en una silla y su voz era una especie de ululación baja en la que, de vez en cuando, intercalaba una frase ocasional y sorprendentemente comprensible.

Era molesto, pero entraba dentro de lo normal. Hacía ya más de un año, un potente explosivo alemán había volado literalmente por los aires a aquel ordenanza del VI Batallón del Regimiento de Glamorganshire y desde entonces estaba medio chiflado. Pero, al parecer, antes había pertenecido a la compañía de McKechnie en ese mismo batallón. No había nada de malo en que un oficial cotilleara con un soldado de su antiguo pelotón o compañía, sobre todo si era la primera vez que se veían después de una larga separación motivada por la herida del uno o del otro. McKechnie se había reencontrado con aquel canalla de Jonce, o Evanns, a las once de esa noche —dos horas y media antes—. Y allí estaban, a la luz de una vela clavada en una botella de cerveza: el ordenanza sentado sobre sus talones junto a la cama del oficial, que estaba en pijama apoyado en la almohada y se desperezaba estirando los brazos, bostezaba de vez en cuando y preguntaba: «¿Y qué fue del sargento mayor de la compañía, Hoyt?». Podían seguir así hasta las tres y media.

Tal vez entrara dentro de lo normal, pero no por eso era menos molesto para un caballero que trataba de reconsiderar cuáles eran exactamente sus relaciones con su mujer.

Antes de que el ordenanza del médico le interrumpiera al hablar de Cero Nueve Morgan, Tietjens había llegado hasta aquí con su recapitulación: la dama en cuestión, es decir, la señora Tietjens, era una puta sin atenuantes; él, por su parte, había sido físicamente fiel, y sin ningún tipo de matices, a la dama y a su vínculo matrimonial. Desde el punto de vista legal, tenía la razón de su parte. Pero ese hecho pesaba menos que una pluma. Pues, después de su última desviación de la fidelidad, él le había proporcionado la protección de su techo y su apellido. Ella había vivido años a su lado, en apariencia en términos de odio y discordia. Pero, sin duda, en condiciones de castidad. Luego, durante las horas lúgubres y tenues previas a su vuelta a Francia, ella había dado pruebas de una vengativa y alocada pasión por su persona. Una pasión física, en cualquier caso.

En fin, aquéllos eran tiempos de emociones descabelladas y fugitivas. Pero ni siquiera en las épocas más tranquilas podía uno esperar que una mujer viviera con él, como señora de la casa y madre de su heredero, sin que llegara a tener cierto tipo de pretensiones sobre él. No habían dormido juntos. Pero ¿no era posible que tanto medir sus fuerzas le hubiese dado derecho a medir también sus cuerpos? Era perfectamente posible. En ese caso...

¿Qué separaba una unión a los ojos de Dios...? Ciertamente, hasta esa misma

tarde, él había creído que su unión la había roto, igual que se corta el tendón de Aquiles al desjarretar a alguien, la voz clara de Sylvia, fuera de su casa, al decirle al amanecer al chófer: «¡Paddington!». Trató de recordar con sumo cuidado todos los detalles de su última conversación desde el extremo del salón en penumbra donde ella le había parecido una mera fosforescencia blanca...

Luego se habían despedido para siempre. Él se iba a Francia y ella a retirarse a un convento cerca de Birkenhead..., adonde se va desde la estación de Paddington. Así que perfecto, era una despedida. Eso lo había liberado para poder ir con la otra chica.

Dio un sorbo al vaso con agua y ron que había en la silla de lona a su lado. Estaba tibio y por tanto asqueroso. Le había pedido al ordenanza que se lo llevara caliente, fuerte y dulce, pues estaba seguro de estar incubando un catarro incipiente. No se lo había bebido porque había recordado que tenía que pensar en Sylvia con sangre fría, y tenía por costumbre no beber alcohol cuando se disponía a pensar un rato. Siempre había seguido la misma práctica, que ahora se había visto inmensa y empíricamente reforzada por sus vivencias bélicas. En el Somme, en verano, cuando la señal de ataque se daba a las cuatro de la madrugada, uno salía del refugio y contemplaba, con todo un elenco de pensamientos pesimistas, un paisaje gris, vago y repulsivo sobre un parapeto sombrío y demasiado delgado. Veía repulsivas avanzadillas, marañas de alambre de espino excesivamente frágiles, ruedas rotas, detritus, volutas de niebla sobre las posiciones de los repugnantes alemanes. Una quietud gris y grises horrores ¡delante y detrás de él, entre la población civil! Y unas ideas de perfiles claros y bien definidos... Luego el ordenanza te traía una taza de té con un poco —muy poco— de ron, y, en tres o cuatro minutos, el mundo entero cambiaba ante tus ojos: las barreras de alambre de espino se transformaban en protecciones muy eficientes ideadas por ti y por las que podías dar gracias a Dios; las ruedas rotas se convertían en óptimos puntos de referencia para hacer incursiones nocturnas en la tierra de nadie. Llegabas a decirte que cuando mandaste reconstruir el parapeto, después de que se viniera abajo la última vez, la compañía hizo un buen trabajo. Y que, por lo que se refería a los alemanes, estabas allí para matar a esos cerdos; pero no sentías que pensarlo te fuese a revolver el estómago de antemano... Eras, de hecho, un hombre cambiado. Tu espíritu tenía un peso específico diferente. Ni siquiera eras capaz de discernir si esos toques rosados del amanecer en la niebla no serían en realidad los efectos del ron...

Así que había decidido no probar el grog. Aunque la garganta se le había secado por completo y había alargado el brazo para buscar algo que beber y se había contenido al darse cuenta de lo que iba a hacer. Pero ¿por qué tenía la garganta tan seca? No había bebido nada. Ni siquiera había cenado nada. ¿Por qué estaba en ese estado tan extraordinario...? Porque, desde luego, lo estaba. Tal vez fuese porque se le había ocurrido la idea de que despedirse de su mujer le había liberado respecto a la otra chica... Hasta entonces no se le había ocurrido pensarlo.

Se dijo: «¡Tengo que pensarlo metódicamente!», tenía que repasar metódicamente su último día en el mundo...

Porque estaba dispuesto a jurar que, cuando partió para Francia la última vez, lo había hecho convencido de que estaba separándose para siempre de este mundo. Y durante los meses que había estado allí no tenía la impresión de haber estado en contacto con ninguna cosa terrenal. Había imaginado a Sylvia en su convento y la había olvidado; a la señorita Wannop no había logrado imaginársela, pero también creía haberla olvidado.

Le costaba reconstruir aquella noche en su memoria. Uno no puede forzarse a recordar algo de forma consecutiva y deliberada a menos que su memoria esté por la labor, y en ese caso lo hará quiéralo o no... En aquella ocasión, hacía unos tres meses, había pasado una mañana muy dolorosa con su mujer, debido a la convicción cada vez mayor de que su mujer estaba obligándose a fingir que estaba preocupada por él. Probablemente sólo lo estuviera fingiendo, porque, en el fondo, Sylvia era una dama y no se permitiría preocuparse de verdad por la única persona del mundo por la que no sería decente preocuparse... Pero era muy capaz de obligarse a fingirlo si creía que a él iba a incomodarle...

Pero ése no era el modo, no era el modo, no era el modo, le decía su imaginación alterada. Estaba alterado porque cabía la posibilidad de que la señorita Wannop tampoco hubiese pretendido que su separación fuese permanente. Eso abría una perspectiva inmensa. No obstante, la contemplación de tan inmensa perspectiva no era el modo de ponerse a analizar con calma sus relaciones con su mujer. Los hechos de una historia deben exponerse antes que la conclusión. Se dijo que debía formular en lenguaje preciso, como si estuviese haciendo un informe para el cuartel general de la guarnición, la historia de sus relaciones con su mujer... Y con la señorita Wannop, por supuesto. «Mejor ponerlo por escrito», se dijo.

Muy bien. Cogió su cuaderno y escribió a lápiz con letra grande:

«Cuando me casé con la señorita Satterthwaite...», estaba tratando de imitar con exactitud el estilo de un informe al cuartel general, «... y sin que yo lo supiera, ella creía estar embarazada de un hombre llamado Drake. En mi opinión no lo estaba. La cuestión es discutible. Estoy muy unido al niño, que es mi heredero y el heredero de una familia considerablemente bien situada. Después, la dama me fue infiel en varias ocasiones, aunque ignoro cuántas. Me dejó para irse con un tipo llamado Perowne, a quien ella había visto con frecuencia en casa de mi padrino, el general lord Edward Campion, de cuyo Estado Mayor formaba parte Perowne. Eso ocurrió mucho antes de la guerra. Por supuesto, el general ignoraba por completo su relación. Ahora, Perowne vuelve a estar en el Estado Mayor del general Campion, que tiene la virtud de acordarse de sus viejos subordinados, aunque, como Perowne es un incompetente, sólo lo utilizan para labores más o menos decorativas. De lo contrario, es obvio que

por edad ya tendría que ser general y no ha llegado más que a mayor. Hago esta digresión sobre Perowne porque su presencia en esta guarnición supone para mí una evidente molestia personal.

»Mi mujer, tras una ausencia de varios meses pasados con Perowne, me escribió y me dijo que quería volver a vivir conmigo. Yo lo permití. Mis principios me impiden divorciarme de cualquier mujer, en particular de una mujer con un hijo. Puesto que no hice nada por dar publicidad a la huida de la señora Tietjens, nadie, que yo sepa, reparó en su ausencia. La señora Tietjens, por ser católica romana, no puede divorciarse de mí.

»Durante dicha ausencia de la señora Tietjens con el tal Perowne, conocí a una joven, la señorita Wannop, la hija del amigo más antiguo de mi padre, que también era un viejo amigo del general Champion. Como es natural, nuestra posición social hace que nuestros círculos sean muy restringidos. Enseguida reparé en que había desarrollado un grato aunque no exactamente apasionado afecto por la señorita Wannop y en que mis sentimientos eran correspondidos. Puesto que ni la señorita Wannop ni yo somos dados a hablar de nuestros sentimientos, no intercambiamos ninguna confidencia al respecto... Desventajas de ser inglés y tener cierta posición social.

»La situación siguió así varios años. Seis o siete. A la vuelta de su escapada con Perowne, creo que la señora Tietjens fue completamente casta. Por un tiempo vi a la señorita Wannop con frecuencia, en casa de su madre o con motivo de ocasiones sociales, a veces muy poco tiempo. Nunca intercambiamos ninguna expresión de afecto. Ni una sola. Nunca.

»El día anterior a mi regreso a Francia, tuve una escena muy dolorosa con mi mujer, durante la cual hablamos, por primera vez, del asunto de la paternidad de mi hijo y de otras cuestiones. Por la tarde me encontré con la señorita Wannop a la puerta del Ministerio de la Guerra. El encuentro lo arregló mi mujer, yo no estaba enterado. Sylvia debe de haber sido más consciente de lo que yo sentía por la señorita Wannop que yo mismo.

»En Saint James Park invité a la señorita Wannop a convertirse en mi amante esa noche. Ella aceptó y concertó una cita. Es de suponer que eso fuera una prueba del cariño que sentía por mí. Nunca nos hemos dicho una palabra de afecto. Imagino que una joven no aceptaría acostarse con un hombre casado si no sintiese afecto por él. Pero no tengo ninguna prueba. Por supuesto, eso ocurrió pocas horas antes de mi partida hacia Francia. Son momentos muy emotivos para las jóvenes. Sin duda, aceptan esas cosas con más facilidad.

»Pero no lo hicimos. Estuvimos juntos a la una y media de la mañana apoyados en la cerca de un jardín de las afueras. Y no pasó nada. Acordamos que éramos de los que no hacen esas cosas. No sé cómo lo convinimos. No llegamos a terminar ni una

sola frase. Aun así, fue una escena apasionada. El caso es que me llevé la mano a la visera de la gorra y le dije: “¡Hasta la vista...!”. O tal vez ni siquiera le dijese “Hasta la vista”. O ella... No lo recuerdo. Recuerdo lo que pensé y lo que pensé que pensaba ella. Aunque puede que ella no lo pensara. No hay forma de saberlo. No vale la pena recordarlo..., salvo que interpreté que ella creía que nos estábamos despidiendo para siempre. Tal vez no quisiera darme a entender eso. Tal vez pudiera escribirle. Y vivir...».

Exclamó:

—¡Dios, estoy empapado de sudor!

En efecto, el sudor le corría por las sienes. Sintió la tentación de dejar vagar sus pensamientos en epítetos y dejar que fuesen a donde quisieran. Pero se contuvo. Estaba decidido a expresarlo todo. Volvió a ponerse a escribir:

«Llegué a casa hacia las dos de la mañana y entré en el comedor en la oscuridad. No necesité ninguna luz. Me senté a meditar un buen rato. Luego, Sylvia me habló desde el otro extremo de la habitación. Se produjo una situación abominable. Nunca me habían hablado con tanto odio. Tal vez se hubiera vuelto loca. Por lo visto, había estado fantaseando con la idea de que si yo tenía contacto físico con la señorita Wannop desaparecería el afecto que sentía por la chica... Y sentiría deseo físico por ella... Pero supo, sin que yo se lo dijera, que no se había producido aquel contacto físico con la chica. Me amenazó con arruinarme; con arruinarme en el ejército; con arrastrar mi nombre por el fango... Yo no dije nada. Se me da muy bien no decir nada. Me abofeteó y se marchó. Después arrojó en la habitación, a través de la puerta entreabierta, una medalla de oro de san Miguel, el patrón RC de los soldados en activo, que había llevado entre los pechos. Lo tomé por un acto final de despedida. Como si, al dejar de llevarlo, dejase también de rezar por mi seguridad... Aunque también podría significar que quería que yo lo llevase como protección... La oí bajar las escaleras con la doncella. Empezaba a clarear sobre las caperuzas de las chimeneas del edificio de enfrente. La oí decir: “Paddington”. ¡En voz alta y clara! Y oí un motor que se alejaba».

«Cogí mis cosas y me fui a Waterloo. La señora Satterthwaite, su madre, estaba esperando para despedirse de mí. Estaba muy disgustada de que su hija no hubiese ido también. Era de la opinión de que eso significaba que nos habíamos dicho adiós para siempre. Me sorprendió descubrir que Sylvia le había hablado a su madre de la señorita Wannop, porque siempre había sido extremadamente reservada, incluso con su madre..., la señora Satterthwaite, que estaba muy disgustada —¡le caigo bien!—, expresó los más negros presagios respecto a lo que podría estar tramando Sylvia. Yo me eché a reír. Empezó a contarme una larga anécdota sobre lo que había dicho de ella muchos años antes un tal padre Consett, que era el confesor de Sylvia. Había dicho que si alguna vez yo llegaba a estar interesado por otra mujer, Sylvia movería

cielo y tierra con tal de conseguirme... ¡Es decir, con tal de acabar con mi ecuanimidad...! Era difícil seguir a la señora Satterthwaite. La escalerilla de un vagón de oficiales a punto de partir no es el mejor lugar para intercambiar confidencias. Así que la conversación concluyó de forma un poco brusca».

En ese momento, Tietjens gimió de modo tan audible que McKechnie le preguntó, desde el otro extremo de la tienda, si había dicho alguna cosa. Tietjens desvió la cuestión con:

—Desde aquí la vela parece estar demasiado cerca de la pared de la tienda. Tal vez no lo esté. Estas cosas son muy inflamables.

Era inútil seguir escribiendo. Él no era escritor, y escribir no le estaba proporcionando ninguna pista psicológica. Tampoco tenía madera de psicólogo, aunque había que ser tan bueno en eso como en todo lo demás... Entonces... ¿Qué había en el fondo de toda la locura y crueldad que les había caracterizado tanto a Sylvia como a él la última noche que había pasado en su país...? Pues era necesario tener muy presente que había sido Sylvia quien había organizado, sin él saberlo, su encuentro con la chica. Sylvia había querido que se arrojasen el uno en brazos del otro. Sin duda alguna. Era como si lo hubiese dicho de manera explícita. Aunque no lo había dicho hasta después. Cuando comprobó que le había salido mal la jugada. Estaba demasiado avezada en las maniobras amorosas para dejar ver sus cartas antes.

Entonces, ¿por qué lo había hecho? En parte, sin duda, porque le inspiraba lástima. Se lo había hecho pasar muy mal, así que, indudablemente, había querido ofrecerle el consuelo de los brazos de la chica...

¿Por qué, maldita sea, precisamente Sylvia había conseguido que le pidiera a la chica que se hicieran amantes? Nada, salvo la infernal crueldad de la conversación que tuvieron por la mañana, podría haberlo llevado al grado de excitación sexual que le empujó a proponerle una relación ilícita a una joven con quien hasta entonces no había intercambiado una sola palabra de cariño. Era un efecto sádico. No había otra manera de analizarlo de forma científica. Y, sin duda, Sylvia había sido muy consciente de lo que hacía. Toda la mañana, a intervalos, como quien concentra sus latigazos en un lugar particularmente doloroso, había seguido golpeándolo una y otra vez. Le había acusado de ser el amante de Valentine Wannop. Le había acusado de ser el amante de Valentine Wannop... Exactamente con esa reiteración enloquecedora. Habían repartido una herencia; habían arreglado varias cuestiones de negocios; habían decidido que su heredero fuese educado como papista..., ¡la religión de su madre! Habían revisado, de manera angustiosa, su relación en el pasado. Habían abordado incluso la cuestión de la paternidad del niño... Pero todo el tiempo, cuando su imaginación era como un pulpo ciego que se retorciera torturado por las cuchilladas, había seguido formulando la misma acusación. Le había acusado de ser el amante de Valentine Wannop...

Tietjens juró por Dios..., No había reparado en la pasión que le inspiraba la chica hasta aquella mañana: una pasión profunda e ilimitada como el mar, que le hacía temblar como si el mundo entero se estremeciese, una sed insaciable que le revolvía el estómago de sólo pensarlo... Pero nunca había sido de los que se dejan arrastrar por sus emociones... Maldita sea, pero si incluso ahora, cuando pensaba en la chica, en aquel maldito campamento, en esa tienda de campaña llena de sombras que cualquiera diría sacadas de un cuadro de Rembrandt, seguía llamándola señorita Wannop...

No es así como piensa un hombre en una joven a la que ama apasionadamente. No era consciente. No había sido consciente. Hasta esa mañana...

Luego..., eso le liberó... Sin duda eso le liberó... Una mujer no puede arrojar a su marido en los brazos de la primera chica que pase por allí y pensar que sigue teniendo derecho a él. ¡Sobre todo si, ese mismo día, se separa de él, que va a partir para Francia! ¿Le había liberado eso? Sin duda sí.

Cogió tan deprisa su vaso de ron con agua que se le derramó un poco sobre el pulgar. Se lo tragó todo y al instante se sintió reconfortado...

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿A qué venía ahora tanta introspección...? Maldita sea, no se estaba justificando... Había actuado con total corrección por lo que se refería a Sylvia. No tanto, tal vez, con la señorita Wannop... Pero si él, Christopher Tietjens de Groby, tenía la necesidad de justificarse, ¿qué significaba ser Christopher Tietjens de Groby? Eso era lo más inconcebible.

Obviamente, como hombre no era inmune a los siete pecados capitales. Podía mentir, pero no aportar falso testimonio contra un vecino; podía matar, pero no sin que mediase provocación previa o por interés; podía considerar que, por el simple hecho de haber nacido en Yorkshire, tenía el deber de robar y de arrebatarles el ganado a esos falsos escoceses; podía fornicar, siempre y cuando fuese sin escándalos innecesarios. Ésos eran los derechos del *Seigneur* en un mundo lleno de gente vulgar. Personalmente, no había abusado de ninguno de esos pecados. Se reservaba el derecho de cometerlos y de sufrir las consecuencias...

Pero ¿qué demonios le había pasado a Sylvia? Le estaba dejando ver sus cartas y eso nunca lo había hecho. No habría podido hacer nada mejor para empujarle a reiniciar su relación con la señorita Wannop que inmiscuirse de aquel modo en su vida privada y con tanta vulgaridad además. ¡Pues lo que había hecho era organizar una escena delante de los sirvientes! Llevaba preparándolo desde que él volvió a Francia. Y ahora lo había hecho en presencia de los Tommies de su propia unidad. Pero Sylvia no cometía errores así. Era un juego. ¿Qué juego? ¡Ni siquiera se atrevía a conjeturarlo! No era posible que contase con que, en el futuro, siguiera ofreciéndole la protección de su techo... ¿Cuál era entonces su juego? No podía creer que fuese capaz de cometer una vulgaridad semejante sin un propósito.

Sylvia era como un pura sangre. Siempre la había tenido por uno. Y ahora se comportaba como una yegua llena de mañas. O eso parecía. ¿Sería acaso porque había estado en su establo? Pero, si no, ¿cómo demonios iban a haber vivido? Le había sido infiel. Siempre, antes y después de la boda, le había sido fiel. De un modo despótico, de manera que no podía condenarla, aunque para él resultase muy desagradable. La aceptó de vuelta en su casa después de que se hubiese ido con el tal Perowne. ¿Qué más podía pedir...? No lograba encontrar una respuesta. ¡Y tampoco era asunto suyo!

Pero aun cuando no le importasen los motivos de aquella mujer, era la madre de su heredero. Y ahora se paseaba por el mundo proclamando sus injusticias. ¿Qué ejemplo era ése para un niño? ¡Una madre que organizaba escenas delante de la servidumbre! Era más que suficiente para arruinar la vida de cualquier niño...

No cabía duda de que eso era lo que había estado haciendo Sylvia. Durante los dos últimos meses, le había enviado una avalancha de cartas al general, al principio contentándose sólo con preguntarle dónde estaba Tietjens y cuál era su estado de salud, si corría peligro y cosas parecidas. Muy correctamente, por un tiempo, el hombre no le había dicho nada al respecto. Lo más probable era que hubiese tomado aquellas cartas por una muestra de la preocupación natural de una mujer cuyo marido está en el frente; debió de pensar que las cartas que le escribía Tietjens no eran lo bastante comunicativas u ocultaban lo que ella tomaba por una herida o una situación muy peligrosa. En cualquier caso, no habría sido apropiado: las mujeres no deben incomodar a los oficiales superiores con las vicisitudes de sus maridos. Nadie lo hacía. Sin embargo, Sylvia era amiga íntima de Campion y su familia —de hecho, más que él, pese a que Campion era su padrino—. No obstante, estaba claro que las cartas habían ido empeorando cada vez más.

A Tietjens le costaba reconstruir con exactitud lo que había escrito en ellas. Su canal de información había sido Levin, que era demasiado caballeroso para aludir a nada directamente. Demasiado caballeroso, demasiado confiado en el honor de Tietjens..., y demasiado desconcertado por los encantos de Sylvia, que, obviamente, se había esmerado en desconcertar al jefazo del Estado Mayor... Pero, desde que estaba en la ciudad, a la que había llegado —¡cómo no!— sin pasaporte ni papeles de ninguna clase, simplemente pasando por delante de hombres en garitas de madera en los muelles y otros sitios por el estilo, debía de haber ido muy lejos, ya fuese por carta o en sus conversaciones ¡nada menos que con Perowne!, quien acababa de volver de permiso con despachos del rey, o algo parecido. En un tren especial probablemente. Sylvia en estado puro.

Levin le contó que Campion le había echado a Perowne el mayor rapapolvo que había presenciado jamás. Y, desde luego, debía de ser condenadamente molesto para el pobre general que, después de lo que le había ocurrido a uno de sus predecesores,

siempre había insistido en que no quería faldas rondando por su cuartel general. De hecho, una de las cruces de la angustiada vida de Levin era que el general se había negado en redondo a darle permiso para casarse con la señorita de Bailly a menos que se comprometiese a enviar a la joven lejos de Francia en el primer barco, justo después de la ceremonia. Levin, por supuesto, iría con ella, pero la chica no podría volver a Francia hasta el fin de las hostilidades. Eso había desatado las iras de sus aristocráticos parientes y le había costado a Levin otros ciento cincuenta mil francos en el acuerdo matrimonial. Las mujeres casadas de los oficiales no estaban autorizadas a quedarse en Francia, aunque, en el caso de las que no estaban casadas, no hubiera forma de impedirlo...

Campion, en cualquier caso, le había enviado su furiosa nota a Tietjens tras recibir, a primera hora de la mañana, una carta de Sylvia en la que le decía que su ducal primo segundo, el lúgubre Rugeley, desaprobaba el hecho de que Tietjens estuviera en Francia, y después de recibir, hacia las cuatro de la tarde, un telegrama, enviado por Sylvia desde El Havre, para advertirle de que llegaría con el tren de mediodía. Al general casi le había irritado tanto pensar que su coche no estaría allí para recogerla como el que ella fuese a presentarse allí. Pero una huelga de ferroviarios franceses había retrasado la llegada de Sylvia. En cinco minutos, Campion envió su gruñido a Tietjens, convencido de que estaba al tanto de todo, y a Levin con el coche a la estación de Ruán.

Al general, de hecho, lo dominaba la confusión. Estaba convencido de que Tietjens, como buen intelectual, había tratado mal a Sylvia, llegando incluso al extremo de robarle dos pares de sus mejores sábanas, y también estaba convencido de que Tietjens estaba confabulado con ella. Campion estaba convencido de que, como buen intelectual, a Tietjens le desagradaba su puesto de oficial encargado de enviar los destacamentos al frente, y ambicionaba un puesto más rutilante en el entorno del general... Y Levin le había contado que lo peor era que, en el fondo de su corazón, Campion pensaba que Tietjens merecía estar en un puesto mejor. Le había dicho a Levin lo siguiente:

«Maldita sea, ese tipo debería estar al mando de mi Servicio de Inteligencia, en lugar de usted. Pero está mal de la cabeza. Eso es lo que le pasa, que está mal de la cabeza. Es demasiado brillante... Siempre le está buscando tres pies al gato». Lo de buscarle tres pies al gato era el caballo de batalla favorito del general, a quien no le gustaba demasiado hablar. Siempre que hablaba con alguien de algo que no estuviera relacionado con su trabajo —y, desde luego, siempre que conversaba con Tietjens— acababan demostrándole que estaba equivocado, y eso minaba su confianza en sí mismo.

De modo que el general estaba que echaba humo. Y muy confundido. Parecía dispuesto a creer que Tietjens estaba detrás de todo lo malo que ocurría bajo su

mando.

Pero, después de considerarlo todo, Tietjens seguía sin comprender qué hacía su mujer en Francia.

—Se queja —gimoteó penosamente Levin en algún momento por el resbaladizo sendero— de que se llevara usted sus sábanas. Y acerca de una tal señorita..., ¿le suena una tal señorita Wanostrocht...? El general no parece concederle demasiada importancia a lo de las sábanas.

Al parecer, se había celebrado una especie de reunión acerca del caso Tietjens en el inmenso salón cubierto de tapices en el que vivía Campion con los miembros más próximos de su cuartel general, presidida por Sylvia, que les había expuesto sus quejas al general y a Levin. El mayor Perowne se había excusado, alegando que no se consideraba cualificado para emitir una opinión al respecto. En realidad, le dijo Levin, estaba enfadado porque Campion le había acusado de correr el riesgo de que la gente «murmurase» sobre él y la señora Tietjens. Levin pensaba que el general había sido demasiado duro con él. ¿Acaso ahora los miembros de su Estado Mayor no iban a poder acompañar a una dama a ninguna parte? Ni que fuesen colegiales de sexto curso.

—Pero usted..., usted..., usted... —balbució tembloroso— ha sido un tanto descuidado al no escribir a la señora Tietjens. Perdón que se lo diga, pero, desde luego, la pobre parecía fuera de sí de preocupación... —Por eso Sylvia le había esperado en el coche del general al pie de la colina. Para ver a Tietjens con vida. Pues ellos habían sido incapaces de convencerla en el cuartel general de que Tietjens estaba vivo y en la ciudad.

De hecho no le había esperado tanto tiempo. Al parecer, después de conversar con los centinelas y quedar convencida de que, efectivamente, Tietjens seguía con vida, le había dicho al chófer que la llevara de vuelta al Hôtel de la Poste, y había dejado que el desconsolado Levin volviera a la ciudad en tranvía, o como mejor pudiera. Vieron las luces del coche girando, con su interior alegremente iluminado, y desapareciendo entre los árboles a lo largo de la carretera que había más abajo... El centinela, hosco y monosilábico —¿uno sabe cuándo a un Tommie le ronda algo por la cabeza!—, les informó de que el sargento había mandado formar a la guardia para que todos pudieran confirmarle a la dama que el capitán estaba vivo y gozaba de buena salud. El solícito sargento dijo que había optado por aquella maniobra, que normalmente está reservada a la visita de algún general y, una vez al día, al CO, porque la dama le había parecido muy preocupada por no haber recibido ninguna carta del capitán. En el cuerpo de guardia, que no tenía celdas, había dos borrachos a los que les había dado por quitarse la ropa y estaban en un estado de total desnudez, así que el sargento esperaba no haber hecho nada malo. En realidad, la policía militar de la guarnición tenía la obligación de llevar a los borrachos detenidos fuera del campamento al

cuerpo de guardia del APM, pero en vista del estado de desnudez y del comportamiento violento de aquellos dos, al sargento le había parecido bien hacerle un favor a la policía militar. Las voces de los borrachos cantando el himno marcial de los «Hombres de Harlech» ^[115] corroboraban la opinión del sargento respecto a su estado. Añadió que no habría mandado formar a la guardia de no haberse tratado de la mujer del capitán.

—Ese sargento es un tipo listo —había dicho el coronel Levin—. No se me ocurre un modo mejor de convencer a la señora Tietjens.

Tietjens había respondido: «¡Oh, sí, listísimo!», a pesar de que mientras pronunciaba esas palabras deseó no haberlo hecho, pues la amarga ironía de su tono le había dado una ocasión a Levin para reprocharle su actitud con Sylvia. No tanto por sus acciones —Levin seguía aferrándose a la tesis de que Tietjens era el honor en persona— como por la forma en que le había hablado a aquel sargento que había sido tan amable con Sylvia, y precisamente porque lo que había motivado aquel incidente era que Tietjens no hubiera escrito a su mujer. Tietjens había estado a punto de alegar que, teniendo en cuenta los términos en los que se despidieron, escribirle una sola carta le habría parecido ofensivo para la dama. Pero no dijo nada y, el siguiente cuarto de hora, el incidente se resolvió en un soliloquio de Levin acerca del matrimonio en la colina resbaladiza. Asunto que, como es lógico, ocupaba en ese momento gran parte de sus pensamientos. Pensaba que había que tener tanta confianza en la mujer que a uno no le importase que ella leyera todas sus cartas. Ésa era su idea de lo idílico. Y cuando Tietjens observó con ironía que nunca, en toda su vida, había escrito o recibido una carta que su mujer no pudiera haber leído, Levin exclamó con un entusiasmo que casi le hizo perder el equilibrio en la niebla:

—Estaba seguro, viejo amigo. Pero me alegra muchísimo oírsele decir. —Añadió que deseaba, en la medida de lo posible, tomar ejemplo de sus ideas sobre la vida y la forma de comportarse. Pues, como era lógico, ahora que estaba a punto de unir su suerte con la de la señorita de Bailly, podía decirse que iba a dar un giro decisivo a su carrera.

IV

Habían vuelto a subir por la falda de la colina para que Levin pudiera telefonar al cuartel general y pedir que le enviaran su coche, en caso de que el chófer de Campion no tuviese el sentido común de volver a buscarle. Pero eso era todo lo que lograba recordar Tietjens de aquella escena... Estaba sentado en su saco de dormir, garabateando aburrido con el lápiz en la página cuadrada del cuaderno que seguía abierto sobre sus rodillas, leyendo, una y otra vez, las palabras con las que había concluido el informe sobre su caso: «Así que la conversación concluyó de forma un poco brusca». Por encima de las palabras veía la imagen de la oscura falda de la colina y las luces de la ciudad extendiéndose por debajo hacia el cielo una vez concluida la incursión aérea...

Pero, en ese momento, el ordenanza del médico pronunció, con una ironía jocosa y grosera, el nombre: «Pobre#### Cero Nueve Morgan...», y, por encima de la página blancuzca de papel que tenía delante de la nariz, Tietjens notó una fina película de color rojizo o purpúreo, y luego una superficie gelatinosa de un pegajoso pigmento escarlata ¡que se movía! Era otro efecto del cansancio, que operaba sobre la retina y que Tietjens conocía a la perfección. Sin embargo, lo llenó de indignación por su propia debilidad. Se preguntó si es que no iba a poder oír el nombre de ese desdichado de Cero Nueve Morgan sin que su retina le obsequiara con la imagen de la sangre de aquel hombre. Observó el fenómeno, que se fue haciendo más tenue a medida que se movía hacia la esquina superior derecha del papel y acabó por convertirse en un verde vagamente luminoso. Lo observó con lúgubre ironía.

¿Acaso, se preguntó, tenía que sentirse responsable por la muerte de aquel hombre? ¿Iba su subconsciente a acusarlo de eso? Nada más absurdo. ¿Sería el acabose...! Y, sin embargo, esa misma noche aquel estúpido insignificante de Levin se había creído con derecho a entrometerse en las relaciones de él, Tietjens de Groby, con su mujer. ¡También era absurdo y el acabose! Era inconcebible, tan inconcebible como la teoría de que un oficial pudiera ser responsable de la muerte de uno de sus hombres... Pero, no obstante, la idea se le había ocurrido. ¿Cómo iba a ser él responsable de su muerte? De hecho —en sentido literal—, lo era. Había dependido sólo de él que el hombre volviera a casa o no. Había tenido en sus manos la vida y la muerte de aquel tipo. Había seguido el camino correcto. Había escrito a la policía de su pueblo y ellos le habían pedido que no lo dejase volver... ¡Había sido una extraordinaria exhibición de moralidad para tratarse de una fuerza policial! Le rogaron que no le permitiese volver porque un púgil estaba ocupando su lecho y su lavandería... Probablemente, estuviesen haciendo gala de un extraordinario sentido común. No querrían verse mezclados en una pelea con Red Evans de Red Castle...

Por un instante le pareció ver..., vio en realidad..., los ojos de Cero Nueve

Morgan, mirándolo con una especie de perplejidad, igual que lo miraron cuando se negó a concederle el permiso... ¡Una especie de perplejidad! Sin resentimiento, pero con incredulidad. ¡Igual que miraría uno a Dios, tres metros por debajo de su trono, cuando Él pronunciase algún juicio inescrutable! El Señor concede los permisos, y el Señor los deniega... ¡Probablemente, no bendito, pero sí extraño sea el nombre del Dios-Tietjens!

Y al pensar en aquel hombre, tal como era cuando estaba vivo y ahora que estaba muerto, una inmensa negrura se abatió sobre Tietjens. Se dijo: «Estoy muy cansado». Pero no se sentía avergonzado... Era la misma negrura que se abate sobre uno cuando piensa en sus muertos... Llega en cualquier momento, a plena luz del día, con la luz gris del amanecer o del atardecer, en el comedor; en un desfile; llega al pensar en un solo hombre, o al pensar en los soldados de medio batallón a los que has visto tendidos, debajo de unas sábanas en las que la nariz hacía un pequeño bulto, o boca abajo, semienterrados. O al pensar en los muertos que nunca has visto muertos... De pronto se apaga la luz... En ese caso era por un tipo, un hombre bastante desaliñado, no muy complaciente, ni mucho menos simpático y que, sin duda, estaba pensando en desertar... Pero es tu muerto..., tuyo..., y sólo tuyo. Como si estuviera unido a tu identidad por un cordón negro...

Fuera, en la oscuridad, se oyeron los pasos rítmicos, ágiles y susurrantes de un enorme número de hombres, como si fuesen fantasmas.

Un número enorme de hombres en fila de a cuatro, empujados adelante, de manera irresistible por el poder abrumador de la humanidad organizada. Las paredes de la tienda eran tan delgadas que daba la impresión de estar poblada por una innumerable multitud. Una voz ebria, justo detrás de Tietjens, soltó una risita: «Por el amor de Dios, sargento mayor, detenga a esos####Estoy demasiado####borracho para hacerlo yo...».

Al principio, no produjo ninguna impresión en la imaginación de Tietjens. Los hombres pasaban. Se oían gritos en el campamento. No se oía ninguna orden, los hombres seguían pasando. Gritos.

Los labios de Tietjens —su imaginación seguía ocupada con los muertos— dijeron:

—¡Ese desvergonzado de Pitkins...! Haré que lo releven del mando por esto...

Vio a un subalterno impúdico, pequeño y con un párpado caído.

Entonces cayó en la cuenta. Pitkins era el subalterno al que había asignado para llevar el destacamento a la estación y seguir hasta Bailleul a las órdenes de un oficial de campo borrachín donde los hubiera.

McKechne exclamó desde la otra cama:

—Eso es el destacamento que vuelve.

Tietjens gritó:

—¡Dios mío...!

McKechnie le espetó al ordenanza:

—¡Por el amor de Dios, vaya a ver si es cierto! Y vuelva de inmediato...

La imagen insoportable de los hombres en el frente, helándose de frío a la luz de la luna, y de unos hombres de gris empujando traicioneramente con el codo a una multitud vestida de marrón, cruzó zigzagueando por delante de la luz bronceada de la tienda. La insoportable sensación que todos teníamos en aquellos días de que todos esos millones de hombres eran los juguetes de unas hormigas que se movían muy atareadas por los kilómetros de pasillos de debajo de las cúpulas y campanarios que se alzan sobre el corazón de nuestra comunidad, ese peso intolerable sobre el cerebro y las extremidades, cayó una vez más sobre aquellos dos hombres que esperaban apoyados en el codo. Se quedaron boquiabiertos mientras escuchaban. Sólo el largo y polifónico balbuceo procedente de la fila de hombres llegaba a sus oídos.

Tietjens exclamó:

—Ese tipo no volverá... Es incapaz de hacer un recado y volver... —Sacó pesadamente una de las piernas del saco de dormir y exclamó—: ¡Por Dios, los alemanes estarán aquí en una semana!

Luego se dijo:

«Si en Whitehall nos traicionan de este modo, ese Levin no tiene ningún derecho a husmear en mis asuntos matrimoniales. Me parece bien que se sacrifiquen los sentimientos de un individuo en pro de las necesidades de la colectividad. Pero no si a esa colectividad la traicionan desde arriba. No, si no tiene ni la más remota posibilidad...». La reciente incursión de Levin en su intimidad le parecía instigada por el general... Le resultaba increíblemente dolorosa, como un examen médico de su cuerpo desnudo, pero también comprensible. El viejo Campion tenía que velar por la moral de la tropa ante las infidelidades matrimoniales de los oficiales... ¡No obstante, esas investigaciones no debían llevarse a cabo si todo el espectáculo era una gigantesca demostración de amoralidad!

McKechnie dijo, al ver aparecer la pierna de Tietjens:

—No vale la pena que salga... Cowley hará formar a los hombres. Está preparado. —Añadió—: Si esos tipos de Whitehall están tan decididos a acabar con la carrera del viejo Puffles, ¿por qué no lo destituyen de una vez? —Circulaba la leyenda de que un eminente personaje del gobierno le tenía manía personal a un general del ejército apodado Puffles. Así que se decía que el gobierno le escatimaba los soldados para que su división sufriese una terrible derrota—. Pueden destituir a los generales cuando quieran —prosiguió McKechnie—, ¡o a cualquier otro!

Que aquel miembro de la clase media baja tuviera opiniones a propósito de los asuntos públicos le produjo a Tietjens una profunda aversión. Exclamó:

—¡Oh, todo eso son tonterías!

Él mismo estaba ahora al margen de los asuntos públicos. Pero el otro rumor que circulaba entre las tropas intranquilas era que los cerebros de Whitehall —los cerebros civiles— habían ideado la estrategia política de privar al ejército de tropas para amenazar a los aliados de Gran Bretaña con retirarse del frente occidental. Se decía que amenazaban con una maniobra estratégica a gran escala en Oriente Próximo, tal vez porque iban a llevarla a cabo de verdad o para obligar a sus aliados mediante una intriga política. Aquellos rumores atroces reverberaban una y otra vez en los oídos de aquellos millones de hombres bajo la negra cúpula del cielo. Sus camaradas del frente iban a ser sacrificados como retaguardia de las tropas en retirada. Todo el país iba a ser aniquilado como sacrificio a la vanidad de algunos. Ahora habían hecho volver al destacamento, ¡lo que parecía una prueba evidente de que el gobierno quería privar al frente de hombres! McKechnie gimió:

—¡Pobre####Bird...! Está listo... Lleva once meses en el frente... ¡Once meses...! Yo pasé nueve con él. —Añadió—: Vuélvase a la cama, amigo... Yo saldré a ver a los hombres si es necesario...

Tietjens replicó:

—Usted no sabe dónde están sus barracones... —Y se sentó a escuchar. No oyó más que un continuo murmullo. Dijo—: ¡Maldita sea! Esos hombres no tendrían que estar ahí con el frío que hace... —La rabia asomó por debajo de su desesperación. Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Dios», se dijo, «ese Levin pretende inmiscuirse en mi vida privada... ¡Maldita sea!», volvió a pensar, «es como cometer una leve impertinencia en un mundo que se va a pique...»

El mundo se iba a pique.

—Saldría yo —dijo—, pero no quiero tener que arrestar a ese sucio Pitkins. Sólo bebe por la fatiga de combate. Ese sucio hereje no es lo bastante hombre...

McKechnie replicó:

—¡Pare el carro...! Yo soy presbiteriano...

Tietjens respondió:

—¿Ah, sí...? Le ruego que me perdone... No habrá más desfiles... El ejército británico se ha deshonrado para siempre...

McKechnie dijo:

—Nada más cierto, amigo...

Tietjens exclamó con súbita violencia:

—¿Qué demonios hace en el alojamiento de unos oficiales...? ¿Es que no sabe que es motivo de consejo de guerra?

Tenía delante la cara granujienta del sargento de intendencia del regimiento, el clásico tipo que llevaba gorra de oficial en contra de las ordenanzas, con una placa plateada de Tommie. Un hombre que estaba decidido a conseguir el trabajo del sargento mayor Cowley. Había entrado sin que lo oyeran aprovechando el murmullo

de fuera. Dijo:

—Disculpe, señor, me tomé la libertad de llamar... El sargento mayor ha sufrido un ataque epiléptico. Quería saber sus instrucciones antes de meter al destacamento en las tiendas con los demás hombres... —Después de decir eso con mucha cautela se atrevió a añadir—: Al sargento mayor le dan ataques cuando lo despiertan de pronto, señor... Y el teniente segundo Pitkins le despertó con mucha brusquedad...

Tietjens respondió:

—Así que decidió usted hacer de soplón y delatarles a los dos... No lo olvidaré. —Se dijo: «Un día le daré su merecido a este tipo...», y le pareció oír con delectación el ruido de las tijeras mientras cortaban sus insignias y galones.

McKechnie exclamó:

—Por el amor de Dios, no salga en pijama. Póngase los pantalones debajo del abrigo...

Tietjens le dijo al sargento de intendencia:

—Dígale al sargento mayor canadiense que venga a verme enseguida... Envié mis pantalones al sastre para que los planchara. —Había enviado a planchar los pantalones para asistir a la ceremonia de la firma del contrato matrimonial de Levin, el tipo que se había entrometido en sus asuntos personales. Luego volvió a dirigirse a la cara granujenta y a los ojos turbios del sargento de intendencia—: Sabe muy bien que quien tenía que informarme era el sargento mayor canadiense... Por esta vez haré la vista gorda, pero, por Dios, que si vuelvo a pillarlo husmeando en los alojamientos de oficiales irá usted directo a un DCM... —Se enrolló una gruesa bufanda gris de la Cruz Roja por debajo del cuello levantado del abrigo—. Ese baboso —le dijo a McKechnie— se pasa el día merodeando por las tiendas de los oficiales con la esperanza de conseguir un ascenso por denunciar a gusanos como Pitkins cuando están borrachos... Me faltan setecientos pares de tirantes. Morgan no sabe que yo sé que me faltan tantos. Pero apuesto a que sí sabe dónde han ido a parar...

McKechnie dijo:

—Es mejor que no salga así... Le prepararé un poco de chocolate caliente...

Tietjens replicó:

—No puedo tener esperando a los hombres mientras me visto... Soy fuerte como un caballo.

Salió a la amargura, la niebla y los rayos de luna que se reflejaban en los cañones de tres mil rifles, y a las voces... Le parecía estar viendo cómo los alemanes desbordaban la delgada línea del frente y tenía el corazón en un puño. Un hombre alto y elegante se abrió paso hasta él y le dijo con voz nasal y acento americano:

—Ha habido un accidente ferroviario por culpa de los huelguistas franceses. Han enviado de vuelta al destacamento hasta pasado mañana por la tarde, señor.

Tietjens exclamó:

—¿No han revocado la orden de partida? —preguntó casi sin aliento.

El sargento mayor canadiense dijo:

—No, señor... Un accidente ferroviario... Dicen que ha sido un sabotaje de los franceses... Han muerto cuatro sargentos Glamorganshire que llevaban en el ejército desde 1914 e iban a casa de permiso. Pero el envío del destacamento no se ha cancelado...

Tietjens exclamó:

—¡Gracias a Dios!

El esbelto canadiense observó en tono educado:

—Señor, da usted gracias a Dios por algo que nos perjudica mucho. Hasta esta mañana el destacamento estaba destinado a Salónica. El sargento a cargo de los envíos me mostró el nombre «Salónica» escrito en la lista de relevos. El sargento mayor Cowley lo había oído mal. Ahora nos han destinado al frente. De lo contrario, habríamos tenido dos meses más de vida.

La voz pausada del hombre pareció seguir hablando largo tiempo. Mientras lo hacía, Tietjens sintió el sol sobre sus piernas casi desnudas, y la fuerza de la juventud que volvía a correr por sus venas. Era como beber champán. Dijo:

—Ustedes los sargentos disponen de demasiada información. El sargento a cargo de los envíos no tenía por qué mostrarle la lista. Por supuesto, usted no tiene la culpa. Pero es un hombre inteligente. Capaz de entender lo útil que podría ser esa información para cierta gente, y que iría en contra de sus intereses que esa gente llegara a enterarse... —Se dijo: «Un hito en la historia...». Y luego: «¿De dónde demonios habré sacado eso ahora...?».

Iban andando entre la niebla, por un camino muy ancho, uno de los setos que había a un lado estaba rematado por los perfiles de las cabezas y los rifles que asomaban aquí y allá. Le ordenó al sargento mayor:

—Mándelos formar. Da igual que estén vestidos, tenemos que meterlos en la cama. Mañana pasaremos revista a las nueve. —Su imaginación se dijo: «Si esto significa el mando único... Y no puede significar otra cosa, puede tener una importancia decisiva... ¿Por qué demonios estoy tan contento? ¿Qué más me da a mí?». Estaba gritando a pleno pulmón—: Vamos muchachos, tenéis que meteros seis más en cada tienda. A ver si podéis meteros seis más en cada tienda. Eso no os lo enseñaron en la instrucción, pero seguro que os las arregláis. Sois listos, usad vuestra inteligencia. Cuanto antes os metáis en la cama antes entraréis en calor. Ojalá pudiera hacerlo yo. No molestéis a los hombres que ya estén en las tiendas. Esos pobres diablos tienen que levantarse mañana a las cinco para trabajar. Vosotros podréis dormir tres horas más... Destacamento, vuelta a la izquierda en columna de a cuatro... En columna de a cuatro... A la izquierda. —Mientras las voces de los sargentos a cargo de las compañías gritaban a diferentes distancias, se dijo:

«Extraordinariamente contento... Una pasión abrumadora... ¡Qué bien desfilan esos tipos...! Carne de cañón... Carne de cañón... Eso es lo que dicen sus pasos...». Todo su cuerpo se estremeció atenazado por el frío que le roía las piernas apenas cubiertas por el pijama y el abrigo abierto. Fue incapaz de dejar a los hombres y corrió a su lado junto al sargento mayor hasta que llegaron a la vanguardia de la columna, justo a tiempo de hacer girar a la primera compañía hacia una hilera de tiendas fantasmales, austeras y silenciosas a la sombría luz de la luna... Le pareció un espectáculo mágico. Le dijo al sargento mayor—: Lleve a la segunda compañía a la hilera B y así con todas las demás. —Se quedó junto a los hombres, mientras daban la vuelta marcando el paso como un muro en movimiento. Luego interpuso el bastón entre la segunda y la tercera fila—. Ahora, tres filas a la derecha, la otra fila a la izquierda. Meteos en las tiendas a izquierda y derecha... —Siguió diciendo—: He dicho las tres primeras filas, la otra a la izquierda... ¡Maldita sea, a la izquierda! Cómo vais a saber a qué fila pertenecéis si no marcháis por la izquierda... Recordad que sois soldados y no una pandilla de leñadores...

Era totalmente embriagador estar helándose en la falda de aquella colina con aquel aire tan puro y aquellos hombres tan buenos. Llegaban marcando el paso como si fueran de la guardia real. Tietjens se dijo con voz lacrimosa: «Maldita sea, les he proporcionado esa inteligencia extra que les faltaba... Qué demonios, algo hemos hecho...». Preparar al ganado para ir al matadero... Estaban tan ansiosos como bueyes corriendo por Camden Town camino de Smithfield Market... El setenta por ciento no regresaría con vida... Pero es mejor ir al cielo bien limpio y sabiendo desfilar, que como un hatajo de patanes... En el puesto de mando del Todopoderoso te recibirán mejor, con toda probabilidad... Siguió exclamando monótonamente: «Tres primeras filas a la derecha, la otra a la izquierda... Contened esa maldita lengua. No me oigo dar las órdenes...». Pasó mucho tiempo antes de que todos desapareciesen de su vista.

Se tambaleó, tenía las rodillas rígidas por el frío, tanto más intenso porque ahora la muralla humana no le protegía del viento a lo largo de la meseta donde estaban las otras tiendas. Se sintió satisfecho por haber metido a los hombres en sus alojamientos mucho más rápido que el mejor de los NCO. No obstante, les gritó con mordacidad a los sargentos, los hombres se arremolinaban en torno a la entrada de sus pirámides fantasmales... Luego desaparecieron, y él se fue con pesar hacia su tienda. En uno de los barracones crecía un rosal silvestre. Le arrancó una hoja, se la apretó contra los labios y la soltó al viento... «Eso es por Valentine —se dijo pensativo—. ¿Por qué lo he hecho...? Aunque tal vez sea por Inglaterra... —dijo—: «Maldita sea, ¡esto es patriotismo...! ¡Esto es patriotismo...!» No era lo que uno entendía normalmente por patriotismo. Se suponía que había muchas formas de verlo... Pero era toda una sorpresa para aquel nativo de Yorkshire grandullón, jadeante y medio congelado, que

despreciaba a cualquier inglés que no fuera de Yorkshire, o de más al norte, y que arrancaba una hoja de un rosal silvestre y la besuqueaba sin saber lo que estaba haciendo, para luego descubrir que era en parte por una chica de nariz respingona de quien suponía, aunque no sabía, que olía a primulas, y en parte..., ¡por Inglaterra! A las dos de la mañana y con el termómetro a diez bajo cero... ¡Maldita sea, hacía mucho frío!

Y ¿por qué aquellas emociones...? ¡Porque a Inglaterra le habían permitido decidir no gastarle una jugarreta a sus aliados...! Se dijo: «Probablemente el motivo por el que perseveramos en esta gloriosa pero atroz empresa sea que otros cien mil románticos como yo caen en excesos parecidos». ¡Pero, en cualquier caso, no era consciente de tener esos sentimientos! ¡Una pasión arrebatadora...! ¡Por la chica y por su país...! No obstante, la chica era pro alemana... ¡Una extraña mezcla...! Por supuesto, no era pro alemana, sino que se oponía a que preparasen a la gente como si fuesen bueyes de piel sedosa y saludable destinados a los mataderos de Smithfield... Y, probablemente, estaría de acuerdo con los canallas que habían estado privando de hombres al BEF... Una extraña mezcla...

A la una y media del día siguiente, bajo una tibia luz invernal, montó en Schomburg, un alazán con la cabeza en forma de ataúd, capturado a los alemanes en el Marne por el segundo batallón de Glamorganshire. Apenas llevaba dos minutos a lomos del animal cuando recordó que había olvidado examinarlo. Era la primera vez en su vida que había olvidado inspeccionarle las pezuñas, los espolones, las rodillas, las narices y los ojos a un animal y tirarle de la cincha antes de subir a la silla. Pero había ordenado que el caballo estuviese dispuesto a la una menos cuarto, y, aunque había engullido su almuerzo frío tan deprisa como un caníbal, llevaba tres cuartos de hora de retraso y tenía la cabeza llena de problemas que lo atormentaban. Había pensado despejarse la cabeza dando un paseo a medio galope por detrás de las colinas cubiertas de tiendas de campaña y volver a la ciudad por un atajo.

Pero el paseo no le despejó la cabeza, más bien empezó a acusar los efectos de la noche en vela tras una mañana fatigosa en la que se las había arreglado para apartar el recuerdo de Sylvia. Tendría que esperar a ver a Sylvia para averiguar lo que quería. La mañana le había aportado la idea sensata de que, probablemente, sólo quisiera tirar del cordón de la ducha —lo que equivalía a cometer la primera extravagancia que le pasara por la cabeza— y regocijarse con las consecuencias.

No había podido acostarse en toda la noche. El capitán McKechnie, que le había preparado un poco de chocolate caliente —una bebida que Tietjens jamás había probado— al volver de las tiendas, le tuvo despierto hasta más de las cuatro y media, contándole con furia masculina su ciertamente dolorosa historia. Por lo visto, había conseguido permiso para ir a divorciarse de su mujer, quien, durante su ausencia en Francia, había estado viviendo con un egiptólogo que trabajaba para el gobierno.

Luego, movido por los escrúpulos de conciencia de muchos jóvenes de la época, se había abstenido de divorciarse de ella. En consecuencia, Campion lo había amenazado con relevarle del mando... El pobre diablo —que había consentido contribuir a los gastos de la casa de su mujer y el egiptólogo— había estallado y le había dedicado todo género de insultos al pobre Campion..., que, al fin y al cabo, había demostrado ser un buen tipo, pues la conversación, por su carácter delicado, se había celebrado en el dormitorio del general sin la presencia de ordenanzas u otros oficiales de menor rango y Campion había decidido no darse por enterado de los exabruptos de McKechnie. Después de todo, se trataba de un tipo con una espléndida hoja de servicios, de hecho, habría sido difícil encontrar a un oficial de regimiento con una hoja de servicios mejor. Así que Campion había optado por considerar que el hombre había sufrido un trastorno mental transitorio y lo había enviado a la unidad de Tietjens para que descansara y se recuperase. Era una irregularidad, pero el general estaba dispuesto a cometer ciertas irregularidades siempre que considerase que eran beneficiosas para el servicio.

Había resultado que McKechnie era sobrino del viejo amigo íntimo de Tietjens sir Vincent Macmaster, del Departamento de Estadística, un hijo de su hermana, la que se había casado con el aprendiz del padre de Macmaster, que era verdulero en Port of Leith en Escocia... Por eso Campion se había interesado por él. Decidido como estaba a demostrarle a su ahijado un favoritismo que entrara dentro de lo razonable, el general quiso hacer algo que pensó que complacería a Tietjens. Tietjens había guardado todos esos fragmentos de información en su memoria para reconsiderarlos más tarde y, aprovechando que eran más de las cuatro y media cuando McKechnie se calmó, fue a inspeccionar el desayuno de los soldados destacados para desempeñar diversas tareas en la ciudad, desde las cuatro menos cinco hasta las siete. A Tietjens le gustó ver los desayunos e inspeccionar las cocinas, pues no siempre se las arreglaba para hacerlo y no podía fiarse de los ordenanzas.

A la hora del desayuno, le entretuvieron en el comedor de oficiales el coronel al mando del almacén, el cura anglicano y McKechnie; el coronel era muy viejo y tan frágil que cualquiera habría dicho que un escalofrío o un ataque de tos habrían bastado para desencajarle todos los huesos, y creía firmemente que la Iglesia ortodoxa debería intercambiar comulgantes con la anglicana; el cura, un hombre de iglesia fornido y militante, sentía un lúgubre desprecio por la teología ortodoxa. McKechnie se esforzó por definir la comunión de acuerdo con el rito presbiteriano. Todos escucharon a Tietjens mientras se explayaba sobre los aspectos históricos de los diversos cismas de la cristiandad y aceptaron su tosca definición en cuanto que, en la transustanciación, la hostia se convertía realmente en la presencia divina, mientras que, en la consustanciación, la sustancia de la hostia, como si se volviera porosa por milagro, se empapaba de la presencia divina como una esponja de agua... Todos

estuvieron de acuerdo en que el beicon del desayuno era incomible y acordaron pagar cada uno media corona más por semana para que les sirvieran algo mejor.

Tietjens había paseado a la luz del sol junto a las tiendas, pasó junto al barracón del rosal silvestre, pensando de buen humor en su religión oficial y en el Todopoderoso como un gran terrateniente inglés a escala colosal, terrible y benévolo, un duque colosal que nunca saliera de su despacho y fuese por tanto invisible, pero que conociera todas sus fincas, hasta el último rústico de la granja y el último roble; Cristo, un administrador de las tierras casi igual de benévolo e hijo del dueño, que conociera las fincas hasta el último hijo de la casa de los guardeses y fuese capaz de habérselas con los arrendatarios más perjudiciales; la Tercera Persona de la Trinidad, el espíritu de las fincas, la Caza, por así decirlo, tan distinto de los otros dos: la atmósfera de las fincas, la del interior de la catedral de Winchester justo después de terminar un himno de Händel, un domingo perpetuo con, tal vez, un poco de críquet para los jóvenes. Igual que Yorkshire un sábado por la tarde: si uno contemplaba el vasto condado, no se veía un solo prado comunal sin sus jugadores vestidos de blanco, por eso Yorkshire siempre lideraba las estadísticas de bateo... ¡Probablemente, cuando uno fuese al cielo estaría tan agotado de trabajar en este mundo que aceptaría con alivio un eterno domingo inglés!

Con su creencia de que la buena literatura inglesa acabó en el siglo XVII, su noción del cielo tenía que ser materialista..., como la de Bunyan.^[116] Se rió de buena gana de su concepción del más allá. Lo más probable es que estuviera acabado para siempre. Igual que el críquet. Ya no habría más desfiles así. Casi seguro que se practicaría algún deporte vulgar y chillón... Como el béisbol o el fútbol... ¿Y el cielo...? ¡Oh!, sería una reunión evangelista en una colina galesa. O Chatauqua,^[117] dondequiera que estuviese... ¿Y Dios? Un agente inmobiliario de tendencias marxistas... Esperaba desaparecer antes del cese de las hostilidades, en cuyo caso estaría a tiempo de coger el último tren para el cielo de siempre...

En el barracón del puesto de mando encontró un inmenso montón de papeles. Encima de todo había un sobre marcado «Urgente-Confidencial» con un enorme sello, era de Levin que también debía de haberse acostado muy tarde. No era a propósito de la señora Tietjens, ni siquiera de la señorita de Bailly, sino para comunicarle confidencialmente a Tietjens que era probable que tuviese allí al destacamento entre una semana y diez días más, y, casi seguro, a otro par de miles de hombres. Advertía a Tietjens de que montara cuanto antes todas las tiendas que pudiera reunir... Tietjens llamó a un subalterno con granos que estaba escarbándose los dientes con la punta de un bolígrafo al otro extremo del barracón:

—¡Eh, usted...! Lleve a dos compañías canadienses al depósito del almacén y saque todas las tiendas que pueda conseguir hasta doscientas cincuenta... Haga que las monten a lo largo de la línea D... ¿Sabe usted cómo montar una tienda...? Bueno,

pues llévese a Thompson..., no, a Pitkins, para que le ayude...

El subalterno salió de mala gana. Levin decía que los ferroviarios huelguistas franceses, por alguna razón política, habían saboteado un kilómetro y medio de vía férrea, el accidente de la noche anterior había bloqueado por completo todas las vías y los civiles franceses no permitían que sus propias cuadrillas de operarios hicieran ningún tipo de reparaciones. Habían destinado a esa labor a un grupo de prisioneros alemanes, pero probablemente haría también falta el cuerpo de ferroviarios canadienses de Tietjens. Sería mejor que se asegurase de que estuviesen disponibles. Se decía que la huelga era una maniobra para que nos hiciéramos cargo de una mayor parte del frente. En ese caso la habían hecho buena, pues ¿cómo íbamos a poder hacernos cargo de una mayor parte del frente sin más hombres, y cómo íbamos a enviar a más hombres sin una vía férrea por la que enviarlos? Teníamos media docena de cuerpos de ejército dispuestos para partir. Ahora, todos estaban atascados. Por fortuna, el tiempo en el frente era tan pésimo que los alemanes no podían moverse. Concluía diciendo: «Son las cuatro de la mañana, viejo amigo, *à tantôt!*», frase que había aprendido de mademoiselle de Bailly. Tietjens se quejó de que si seguían cargándolo de trabajo no podría ir a firmar el contrato matrimonial.

Llamó al sargento mayor canadiense.

—Asegúrese —dijo— de que los ferroviarios estén preparados y con las armas a punto, cualesquiera que sean sus armas. Herramientas, supongo. ¿Tienen todas las herramientas que necesitan? ¿Ha pasado revista?

—Girtin ha desertado, señor —dijo el hombre delgado y moreno con aire fatalista. Girtin era el hombre respetable a quien Tietjens le había concedido dos horas de permiso para ir a ver a su madre la noche pasada.

Tietjens respondió con una amarga sonrisa:

—¡Era de esperar! —Eso amplió su punto de vista sobre la humanidad estrictamente respetable. Primero te chantajeaban con sus historias patéticas y lamentables y luego te gastaban una mala pasada. Le dijo al sargento mayor—: Se quedarán ustedes aquí entre una semana y diez días más. Compruebe que las tiendas están montadas y que los hombres están cómodos. Las inspeccionaré en cuanto vuelva del puesto de mando. Quiero que estén en perfecto orden de revista. El capitán McKechnie inspeccionará su equipo a las dos.

El sargento mayor, rígido pero elegante, estaba tratando de decirle algo. Por fin lo soltó:

—Tengo orden de partir a las dos y media de esta tarde. El aviso para que incluya mi nombramiento en las órdenes de la base está encima de su mesa. Parto para el OTC en el tren de las tres...

Tietjens exclamó:

—¡Su nombramiento...! —Aquello era una condenada contrariedad.

El sargento mayor repuso:

—Cowley y yo solicitamos un ascenso hace tres meses. Las dos notificaciones de la concesión del mismo están también sobre su mesa...

Tietjens dijo:

—El sargento mayor Cowley... ¡Dios mío! ¿Quién les recomendó?

Toda la organización del maldito batallón se iba al garete. Al parecer, tres meses antes de que Tietjens asumiera el mando de aquella unidad, había llegado una circular solicitando oficiales con experiencia para ser instructores en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales. Al sargento mayor Cowley le había recomendado el coronel de la base y al sargento mayor Ledoux su propio coronel. Tietjens se sintió como si le hubieran traicionado..., aunque, por supuesto, en realidad nadie lo hubiera hecho. Así ocurría siempre en el ejército. Organizabas, con un esfuerzo hercúleo, un pelotón, un batallón, o, ya puestos, un refugio o una tienda de campaña. Todo funcionaba bien durante uno o dos días, y luego se iba al garete: el personal se esparcía a los cuatro vientos, debido a unas órdenes aparentemente arbitrarias llegadas del cuartel más inesperado, o un obús perdido, que lo mismo podría haber caído en cualquier otra parte, hacía pedazos las instalaciones... ¡El dedo del Destino!

Pero eso suponía muchísimo más trabajo para él... Le dijo al sargento mayor Cowley, a quien se encontró en el barracón de al lado, donde se llevaba a cabo todo el papeleo de la unidad:

—Pensaba que preferiría usted ser sargento mayor del regimiento a conseguir un ascenso. Yo lo habría preferido.

Cowley respondió, muy pálido y agitado, que, con su desdichada enfermedad que le sobrevinía en los momentos de sobresalto, le vendría mejor un trabajo más tranquilo en un OTC. Siempre había sido proclive a sufrir pequeños ataques, de los que normalmente se recuperaba en un minuto, o incluso en un par de segundos... Pero desde que, después de Noircourt, le estalló demasiado cerca un obús HE, que también había afectado al propio Tietjens, se habían vuelto mucho más violentos. Y también había que tener en cuenta el rango. Tietjens dijo:

—¡Oh, el rango! Eso no vale nada... No habrá más desfiles después de esta guerra. Ni siquiera los hay ahora. Fíjese en quién tendrá por compañeros en la sala de oficiales, estaría mucho mejor acompañado en cualquier pabellón de sargentos.

Cowley respondió que sabía que el servicio se había ido al diablo. Pero a su mujer le parecía buena idea. Y también tenía que pensar en su hija Winnie. Siempre había sido un poco alocada, pero su mujer le había escrito contándole que ahora era peor que nunca por culpa de la guerra. Cowley pensaba que los chicos se andarían con más cuidado al tontear con ella si era la hija de un oficial... ¡Probablemente tuviera razón!

Salieron del barracón y Cowley bajó la voz áspera y le dijo en tono confidencial a Tietjens:

—Nombre RSM al sargento de intendencia Morgan, señor.

Tietjens explotó:

—Que me ahorquen si lo hago. —Luego preguntó—: ¿Por qué? —Ningún oficial prudente desprecia la sabiduría de un viejo NCO.

—Lo hará bien, señor —dijo Cowley—. Está deseando conseguir un ascenso, y se esforzará por hacerlo lo mejor que pueda... —Bajó la voz hasta proporcionarle un tono aún más misterioso—: Le faltan a usted más de doscientas, yo diría que trescientas, libras en los almacenes del batallón. No querrá perder una suma tan elevada, ¿verdad?

Tietjens respondió:

—Por supuesto que no... Pero no comprendo... ¡Oh!, sí, claro que sí... Si lo nombro sargento mayor tendrá que traspasar los almacenes al completo... Hoy... ¿Podrá hacerlo?

Cowley le aseguró que Morgan dispondría de dos días más. Entretanto, él se ocuparía de todo.

—Pero querrá usted divertirse un poco antes de partir —dijo Tietjens—. No deje de hacerlo por mí.

Cowley respondió que se quedaría a supervisar el trabajo. Había pensado ir a la ciudad a pasar un buen rato. Pero las chicas allí eran muy vulgares y era malo para su enfermedad... Se quedaría y vería qué podía hacerse con Morgan. Por supuesto, era posible que Morgan optase por dar la cara. Puede que prefiriera quedarse con el dinero que había conseguido desviándolo de los almacenes de Tietjens a otros batallones o a los contratistas civiles. ¡Y enfrentarse a un consejo de guerra! Pero no era probable. Era un diácono protestante no anglicano, o incluso pastor, en Gales... ¡De cerca de Denbigh! Y Cowley tenía al hombre indicado, un tipo de primera, un catedrático de Oxford que ahora era cabo en la base, para ocupar el sitio de Morgan. El coronel estaba dispuesto a prestárselo a Tietjens como sargento sin sueldo... Cowley había pensado en todo... El cabo Caldicott era un hombre de primera, pero no distinguía la mano derecha de la izquierda en un desfile. Literalmente no las distinguía...

Así, la calma volvió al batallón... Mientras Cowley y él estaban en el puesto de mando del coronel arreglando el traslado del catedrático —en realidad era sólo profesor de su facultad— que no sabía distinguir la izquierda de la derecha, Tietjens escuchó el resto de la furiosa argumentación del coronel en pro de la unión de los ritos anglicanos y orientales. El coronel estaba en su coqueto despacho privado, un compartimento alegre y luminoso en un barracón de chapa con las paredes empapeladas de escarlata y un alto jarrón de cristal, sobre el grueso fieltro purpúreo de la mesa, lleno de pálidas rosas Riviera, regalo de las jóvenes admiradoras que tenía en el VAD de la ciudad, porque, por debajo de sus delicados rasgos de

septuagenario, era una enciclopedia bíblica abierta, de lomos dorados y encuadernado en piel. Estaba reafirmando en su opinión de que una unión entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia ortodoxa griega era lo único que podía salvar a la civilización. Toda la guerra trataba de eso. Los imperios centrales representaban al catolicismo romano, los aliados al protestantismo y la ortodoxia. Que se uniesen. El papado había traicionado la causa de la civilización. ¿Por qué el Vaticano no había protestado sin ambigüedades por las abominaciones sufridas por los católicos belgas...?

Tietjens apuntó lánguidamente objeciones a su teoría. Lo primero con lo que se había encontrado nuestro embajador en el Vaticano al llegar a Roma para protestar por las masacres de católicos en Bélgica era con que los rusos no llevaban todavía un día en la Polonia austriaca y ya habían ahorcado a doce obispos católicos en la puerta de sus palacios.

Cowley estaba ocupado con el furriel en otra mesa. El coronel concluyó su diatriba teológico-política diciendo:

—Sentiré mucho perderlo, Tietjens. No sé qué vamos a hacer sin usted. No había tenido un momento de paz con su unidad hasta que usted llegó.

Tietjens respondió:

—Bueno, que yo sepa, no va usted a perderme.

El coronel dijo:

—¡Oh, claro que sí! Partirá usted al frente la semana que viene... —Añadió—: Vamos, no se enfade usted conmigo... Me he quejado enérgicamente al viejo Campion, al general Campion, y le he dicho que no puedo pasarme sin usted. —E hizo un gesto con sus manos blancas, delgadas, delicadas y cubiertas de pelillos negros como si estuviera lavando algo.

La tierra tembló bajo los pies de Tietjens. Se sintió como si estuviese trepando por una pendiente fangosa con las piernas cansadas y el pecho jadeante. Objetó:

—¡Maldita sea...! No estoy en condiciones... Soy C3... Me ordenaron vivir en un hotel en la ciudad... Si me alojo aquí es para estar cerca del batallón.

El coronel replicó con cierta ansiedad:

—Entonces puede usted quejarse a Garrison... Ojalá lo haga... Aunque, me temo que usted no es de los que se quejan...

Tietjens respondió:

—No, señor... Por supuesto, no puedo quejarme... Aunque probablemente se trate del error de algún chupatintas... No resistiría ni una semana en el frente... —No pensó tanto en el profundo sufrimiento producido por la aprensión amenazadora en el frente como en el arduo esfuerzo de las piernas cuando se vive hundido en el fango hasta el cuello. Además, durante su estancia en el hospital, le habían robado casi todo el equipo del petate, ¡incluyendo los dos pares de sábanas de Sylvia!, y no tenía dinero para comprar uno nuevo. Ni siquiera tenía botas de trinchera. Unas

complicaciones económicas inconcebibles poblaron su imaginación.

El coronel le dijo al furriel de la otra mesa cubierta de fieltro purpúreo:

—Enséñele al capitán Tietjens sus órdenes de partida... Son de Whitehall, ¿no...? Hoy en día nunca se sabe de dónde van a llegar estas cosas. ¡Yo las llamo la saeta que vuela en la noche! ^[118]

El furriel, un caballero minúsculo y casi diminuto con insignias de los Coldstreams y el ceño preocupadísimo, sacó una hoja de papel de una pila y se la alcanzó a Tietjens por encima de la mesa. Sus manos pequeñas parecían a punto de soltarse de las muñecas, sus sienes temblaban por la neuralgia. Dijo:

—Por el amor de Dios, quédese a Garrison si cree que tiene derecho... No pueden echarnos más trabajo encima... El mayor Lawrence y el mayor Halkett nos endilgaron toda la labor de su unidad a nosotros...

El suntuoso papel, timbrado con el escudo real, informaba a Tietjens de que debía presentarse al VI Batallón el miércoles de la semana siguiente para disponerse a asumir el cargo de oficial de transporte de la División XIX. La orden provenía del despacho G 14 R del Ministerio de la Guerra. Le preguntó al furriel qué demonios era el despacho G 14 R, quien, en un acceso de neuralgia agónica, movió pesaroso la cabeza entre las manos con los codos apoyados en el mantel.

El sargento mayor Cowley, con aire de pasante de un abogado, les explicó que el despacho G 14 R era el departamento que se ocupaba de las peticiones de los civiles sobre los destinos de los oficiales. Y cuando el furriel le preguntó qué demonios podía tener que ver la petición de un civil con que enviasen al capitán Tietjens a la División XIX, el sargento mayor Cowley le respondió que probablemente fuese debido a las gestiones del conde de Beichan. El conde de Beichan, un financiero meridional propietario de caballos de carreras, se había interesado por los caballos del ejército tras una breve visita a las líneas de comunicación del frente. También era dueño de varios periódicos. El caso es que habían movilizad al departamento de animales de transporte del ejército para complacerle. Sin duda, el furriel habría reparado en el teniente veterinario Hotchkiss o Hitchcock. Había llegado allí a través del G 14 R por petición de lord Beichan, que estaba interesado personalmente en las teorías del teniente Hotchkiss. Quería hacer experimentos con los caballos del Cuarto Ejército..., que incluía a la División XIX... «Así que —añadió Cowley— en lo que a los caballos se refiere, estará usted a sus órdenes si es que acaba yendo allí.» Tal vez lord Beichan fuese amigo del capitán Tietjens y hubiese pedido que lo enviaran también a él, se decía que el capitán tenía muy buena mano con los caballos.

Tietjens, resoplando por la nariz, juró que no iría al frente por petición de un cerdo como Beichan, cuyo verdadero nombre era Stavropolides, antes Nathan.

Aseguró que el ejército se estaba yendo a pique a causa de las continuas intromisiones de los civiles. Afirmó que era totalmente imposible llevar a cabo los

programas de instrucción debido a las tareas adicionales impuestas por las peticiones de los civiles. Cualquier idiota dueño de un periódico, no, cualquier idiota capaz de escribir en un periódico o cualquier novelista vulgar, podían amedrentar al gobierno y al Ministerio de la Guerra y que les robaran otra hora de instrucción para trajinar con botes de mermelada o ropa interior de fantasía. Ahora le habían preguntado si sus hombres querían conferencias sobre las causas de la guerra y si él..., ¡él, por el amor de Dios!, estaría dispuesto a darles a los hombres amables charlas sobre la naturaleza de las naciones enemigas.

El coronel exclamó:

—¡Vamos, vamos, Tietjens...! ¡Vamos, vamos...! A todos nos pasa lo mismo. Nosotros tenemos que aleccionar a los hombres sobre los usos de una nueva estufa de serrín patentada. Si no quiere hacerlo puede pedirle al general que le releve. Dicen que puede usted hacerle cambiar de opinión con sólo mover el dedo meñique...

—Es mi padrino —le pareció inteligente decir—. Nunca le he pedido nada, pero que me parta un rayo si no es su deber de cristiano librarme de las garras de ese noble pagano griego-judío... Ni siquiera es ortodoxo, coronel...

El furriel le interrumpió para decir que el sargento primero Morgan de su puesto de mando quería hablar un momento con él. Tietjens replicó que esperaba por su bien que le trajese dinero. El furriel respondió que tenía entendido que Morgan se había sacado de la manga bastante dinero que los de la pagaduría tenían que haberle pagado a Tietjens aunque todavía no lo habían hecho.

El sargento primero Morgan era el mago de los números del regimiento. Muy alto y delgado, cuando sus ojos escudriñaban las columnas de números, su cuerpo daba la impresión de estar paralelo a la superficie de la mesa, pues siempre contestaba a los oficiales sin levantar la cabeza y sus superiores apenas conocían su cara. No obstante, por su aspecto, era un NCO muy vulgar y delgado, a quien parecía que fueran a desencajarse las piernas largas y finas, que parecían a punto de huir de él en los desfiles como un caballo de carreras. Le explicó a Tietjens que, de acuerdo con sus instrucciones y con el ACP i96b que había firmado Christopher, se había asegurado de que el Departamento de Pagaduría ingresase semanalmente la paga de dos guineas al día y las dietas por combustible y luz de seis chelines y ocho peniques en la cuenta del pagador de Tietjens. Sugirió que Tietjens escribiera al pagador para advertirle de que, si no ingresaba inmediatamente en su cuenta la suma de 194 libras, trece chelines y cuatro peniques, recibida del Departamento de Pagaduría, procedería a elevar una petición de derecho contra la corona. Además, le recomendó a Tietjens que extendiera un cheque de su banco por todo el dinero, porque, si por casualidad, el pagador no hubiera ingresado el dinero, podía demandarlo por daños y convertirlo en varios miles de libras. Así tendrían su merecido. Debían de tener un millón o más en concepto de pagas y dietas retenidas a los oficiales. Ojalá pudiera anunciarse en los

periódicos ofreciéndose a recobrar sumas impagadas retenidas por los pagadores. Añadió que tenía unos cálculos sobre las variaciones en el curso del segundo cometa de Gunter que quería consultar con Tietjens uno de esos días. El sargento primero era un apasionado astrónomo aficionado.

Así que la mañana de Tietjens estuvo llena de altibajos... El dinero, en ese momento, con Sylvia en la ciudad, tenía enorme importancia para él y llegaba como respuesta a sus oraciones. No obstante, no resultó agradable para Christopher —ni siquiera en un mundo en el que nunca, nunca, nunca, ni tan sólo diez minutos seguidos, sabía uno si estaba de pie o boca abajo— encontrarse con el sargento mayor Cowley, que salía de la habitación junto al despacho del coronel, donde tenían el teléfono a causa de la neuralgia del furriel, y que Cowley les anunciara a los tres que el general le había ordenado el día anterior a su correo que le enviase una nota categórica al coronel Gillum comunicándole que iba a informar a la autoridad competente de que no tenía intención de prescindir del capitán Tietjens cuya labor era inestimable. El correo había informado a Cowley de que ni él ni el general sabían todavía quién era la autoridad competente para decirle al despacho G 14 R del Ministerio de la Guerra que se fuera al diablo, pero que lo averiguarían y lo arreglarían antes de enviar la nota...

Eran buenas noticias. A Tietjens le interesaba su trabajo actual, y aunque le habría gustado encargarse de cuidar los caballos de una división, o incluso de un ejército, sentía que sería mejor retrasarlo hasta la primavera en vista del tiempo que estaba haciendo y del estado de sus pulmones. Aparte de que también tenía que considerar seriamente la complicación añadida de los posibles problemas con el teniente Hotchkiss que, por ser profesor, nunca había visto un caballo..., ¡o no lo había visto desde hacía diez años! Pero todo adoptó un nuevo aspecto cuando Cowley les anunció que la autoridad civil que había solicitado el traslado de Tietjens era el secretario permanente del Ministerio de Transporte...

El coronel Gillum dijo:

—Ése es su hermano Mark... —Y, de hecho, el secretario permanente del Ministerio de Transporte era el hermano de Tietjens, Mark, también conocido como el «funcionario indispensable». Por un instante, Tietjens se sintió verdaderamente consternado. Pensó que su violenta protesta contra el traslado parecería una bofetada en la cara de rasgos pétreos del pobre Mark, quien probablemente se hubiese tomado muchas molestias para conseguirle aquel destino... ¡Aun cuando Mark no llegara a enterarse, nadie tenía derecho a abofetear a su hermano! Además, cuando pensó en su último día en Londres, recordó que Valentine Wannop, que tenía ideas exageradas sobre la seguridad de la Primera Línea de Transporte, le había rogado a Mark que le consiguiese un destino como oficial de división... E imaginó la desesperación de Valentine si se enteraba de que Tietjens había movido cielo y tierra para librarse de

aceptarlo. Le pareció ver su labio inferior temblando y las lágrimas de sus ojos. No obstante, tal vez lo hubiese sacado de alguna novela, pues nunca había visto temblar su labio inferior. ¡Aunque sí había visto lágrimas en sus ojos!

Se apresuró a volver a su puesto de mando. En el largo barracón, McKechnie estaba celebrando el juicio en miniatura de los borrachos e infractores; justo cuando entró Tietjens, estaba considerando el caso de Girtin y otros dos soldados canadienses... El caso de Girtin le interesaba y, cuando McKechnie se levantó del asiento, Tietjens lo ocupó. El sargento Davis, un admirable NCO cuyo rifle parecía formar parte de su cuerpo rígido y que ejecutó un sorprendente número de pasos al dar media vuelta enfrente de la mesa del CO, acababa de hacer pasar a los prisioneros. Parecía una danza de guerra india...

Tietjens le echó un vistazo al pliego de cargos, que estaba firmado por la oficina del director de la prisión militar. En lugar de la acusación por ausentarse del destacamento leyó la de conducta perjudicial para el buen orden y la disciplina militar... La acusación estaba escrita por una mano muy poco cultivada, un inmenso cabo de la policía militar con aspecto tabernario y una gorra roja, esperaba para prestar testimonio... Era un asunto superficial y desagradable. Girtin no había desertado, así que Tietjens tuvo que revisar sus opiniones sobre la respetabilidad, en cualquier caso la del respetable soldado colonial y su madre, pues ciertamente había habido una madre de por medio y Girtin había ido a verla en el último tranvía que llevaba a la ciudad. Una dama frágil y anciana. Al parecer el cabo de la policía militar con aspecto tabernario había empujado a la madre para provocar al canadiense. Girtin se había quejado, con mucha moderación, aseguró. El cabo le había gritado. Otros dos canadienses que volvían al campamento y otros dos policías habían intervenido. La policía había llamado a los canadienses «reclutas», que era más de lo que podían soportar pues se trataba de hombres que se habían alistado como voluntarios en 1914 y 1915. La policía —era un viejo truco— los había entretenido discutiendo hasta que sonó el toque de retreta y los había detenido por deserción y por falta de respeto a la autoridad.

Tietjens, con una furia cuidadosamente contenida, interrogó primero y acabó enviando al demonio después al testigo de la policía. Luego escribió en las hojas de la acusación las palabras «caso sobreseído» y les ordenó a los canadienses que fuesen a prepararse para pasar revista. Eso significaba que le esperaba una terrible disputa con el director de la prisión militar, que era un viejo general avinagrado llamado O'Hara que amaba a sus policías como si fuesen corderitos.

Pasó revista, las tropas canadienses parecían verdaderos soldados a la luz del sol mientras desfilaban alrededor de las tiendas con el nuevo sargento mayor canadiense, que había sido nombrado, gracias a Dios, por sus propias autoridades; escribió un informe acerca de lo enormemente impropio que sería darles conferencias a sus

hombres sobre las causas de la guerra, puesto que, o bien eran licenciados por una u otra universidad, y por tanto sabían tanto de las causas de la guerra como cualquier conferenciante que pudieran contratar las autoridades civiles, o bien eran mestizos de indios micamuc, esquimales, japoneses o rusos de Alaska, ninguno de los cuales entendería lo más mínimo a un conferenciante inglés... Era consciente de que tendría que volver a escribir el informe para hacerlo más respetuoso con el aristócrata propietario de periódicos, que a la sazón estaba en plena campaña para convencer al gobierno de la necesidad de dictar conferencias sobre las causas de la guerra a todos los súbditos de Su Majestad. Pero quería quitarse ese peso de encima y su falta de respeto molestaría a Levin, que tendría que habérselas con esos informes si no se casaba antes. Luego almorzó unas salchichas del ejército y puré de patatas con la piel incluida, regadas con un admirable champán brut de 1906 que compraban ellos mismos y acompañadas de un terrible queso canadiense, en la mesa del cuartel general a la que el coronel invitó a todos los subalternos que ese día iban a ir al frente por primera vez. Todos tenían dificultad para pronunciar la hache y un deje tan nasal como si tuviesen la nariz llena de pólipos. Había, no obstante, un joven y encantador subteniente mestizo de Goa, que después demostró una valentía heroica. Le proporcionó a Tietjens muchos datos curiosos sobre el funcionamiento del *purdah* [119] en la India portuguesa.

Así, a la una y media, Tietjens montó en Schomburg, el alazán con la cabeza en forma de ataúd de los establos prusianos de cerca de Celle. Casi un pura sangre, aquel animal tenía una zancada tan larga como una mesa de comedor y las patas casi igual de rígidas. Pero ese día sus patas parecían de algodón en rama, andaba pesadamente sobre la tierra cubierta de escarcha resollando entre estertores y en el campo de saltos de Deccan Horse, que estaba a dos kilómetros de Ruán, más que rehusar un salto se vino abajo penosamente. Era como ir montado en un camello famélico a la luz de un sol rojo y jocosos. Además, a Tietjens los trabajos de la mañana empezaban a pasarle factura y estaba preocupado por su obsesión con Cero Nueve Morgan a quien le resultaba muy difícil olvidar.

—¿Qué demonios le pasa a este caballo...? —le preguntó al ordenanza, un soldado muy silencioso que montaba un caballo ruano a su lado—. ¿Lo ha tenido bien abrigado en el establo? —Tenía la sensación de que los torpes pasos del caballo contribuían a su lúgubre obsesión.

El ordenanza miró al frente hacia un valle cubierto de barracones. Respondió:

—No, señor. El caballo ha estado en el picadero del depósito G. Órdenes del teniente Hitchcock, señor. «Los caballos necesitan endurecerse, teniente», me dijo.

Tietjens replicó:

—¿Le aclaró usted que mis órdenes eran que Schomburg estuviese bien abrigado en los establos de la granja detrás del IBD n.º XVI?

—El teniente —explicó rígidamente el ordenanza— dijo que cualquier incumplimiento de sus órdenes le ocasionarían un enorme disgusto a lord Beichan, KCVO, KCB, etcétera. —El ordenanza estaba temblando de rabia.

—En cuanto lleguemos al Hôtel de la Poste —dijo Tietjens muy despacio— llevará usted a Schomburg y al ruano a los establos de la granja de La Volonté, detrás del IBD n.º XVI. —Le dio instrucciones al ordenanza de que cerrara todas las ventanas del establo y tapara todas las grietas con guata. Si le era posible debía conseguir una estufa de serrín, último modelo, del almacén del coronel Gillum y encenderla en el establo. Además tenía que darle a Schomburg y al ruano avena y agua lo más caliente que aguantasen los caballos... Tietjens terminó con sequedad—: Si el teniente Hotchkiss hace algún comentario, envíemelo a mí. Como su CO. —El ordenanza le preguntó sobre la dolencia de los caballos y Tietjens respondió—: La escuela de tratantes de caballerías a la que pertenece lord Beichan considera que es necesario endurecer a cualquier caballo que no sea de carreras. —Criaban caballos de carreras. ¡Cubiertos con seis mantas cada uno! Personalmente Tietjens no creía en el proceso de endurecimiento y no estaba dispuesto a permitir que sometieran a él a ningún animal que estuviese bajo su control... Estaba demostrado que cualquier animal que estuviese a una temperatura inferior a la de su hábitat natural contraía enfermedades a las que normalmente no era propenso... Si uno deja a un pollo dos días en un cubo con agua contraerá la escarlatina humana o las paperas si entra en contacto con cualquiera de los dos bacilos. Si se saca al pollo del agua, se le seca y se le devuelve a sus condiciones naturales, la escarlatina o las paperas desaparecerán... Le preguntó al ordenanza—: Usted es un hombre inteligente. ¿Qué deduce de todo esto?

El ordenanza miró hacia el valle del Sena.

—Supongo, señor —dijo— que, si dejamos a los caballos a la intemperie, contraerán enfermedades que de otro modo no les habrían afectado.

—Muy bien —respondió Tietjens—, pues téngalos bien abrigados.

Pensó que si lo que decía llegaba a oídos de lord Beichan podía traerle problemas, pero tenía que correr el riesgo. No podía permitir que martirizaran a un caballo del que él era responsable... Tenía tantas cosas en las que pensar... que no podía pararse a pensar en nada. Lucía el sol. El valle del Sena estaba gris y azulado como un tapiz gobelino. Por encima de todo pendía la sombra de un soldado galés muerto. Una peculiar alondra declamaba en un descampado detrás del crematorio... Una alondra peculiar. Porque por lo general las alondras no cantan en diciembre. Sólo lo hacen durante el cortejo o en el nido... Aquel pájaro debía de ser muy licencioso. ¡Todo lo contrario que Cero Nueve Morgan, y eso explicaba lo del púgil!

Bajaron a la ciudad por un sendero fangoso entre muros de ladrillo...

Segunda parte

I

En el salón admirablemente dispuesto, lacado de blanco y cubierto de espejos, del mejor hotel de la ciudad, Sylvia Tietjens, sentada en un sillón de mimbre, escuchaba sin prestar atención a un mayor que le rogaba quejumbroso, una y otra vez, que esa noche no cerrase con llave la puerta de su dormitorio. Sylvia dijo:

—No sé... Sí, tal vez... No sé... —Y miró a lo lejos hacia un espejo de pared azulado que, como todos los demás, estaba enmarcado de corcho blanco. Se puso un poco rígida y observó—: ¡Ahí está Christopher!

El mayor soltó la gorra, el bastón y los guantes. Su pelo negro, peinado sin raya y cubierto de un mejunje glutinoso, se agitó sobre el cuero cabelludo. Acababa de decir que Sylvia le había arruinado la vida. ¿Acaso no lo sabía? De no haber sido por ella, se habría casado con una chica joven e inocente. Ahora exclamó:

—Pero ¿qué es lo que quiere...? ¡Por el amor de Dios...! ¿Qué es lo que quiere?

—Quiere —respondió Sylvia— interpretar el papel de Jesucristo.

El mayor Perowne replicó:

—¡De Jesucristo! Pero si es el oficial más malhablado a las órdenes del general...

—Bueno —dijo Sylvia—, si te hubieses casado con una chica joven e inocente, te habría..., ¿cómo decirlo...?, convertido en cornudo a los nueve meses...

Perowne se estremeció un poco al oír esas palabras. Murmuró:

—No comprendo... Es justo al revés...

—¡Oh, no! —respondió Sylvia—. Piénsalo bien... Moralmente, tú eres el marido... O más bien inmoralmente, diría yo... Porque es a él a quien quiero... Tiene mal aspecto... ¿Informan los responsables de los hospitales a las mujeres sobre el estado de salud de sus maridos?

Desde donde él estaba, Sylvia daba la impresión de estar mirando a la pared.

—No lo veo —dijo Perowne.

—Lo veo en el espejo —replicó Sylvia—. ¡Mira! Desde aquí puedes verlo.

Perowne se estremeció un poco más.

—No quiero... Ya tengo que verlo a veces en acto de servicio... No me gusta...

Sylvia observó:

—¡Tú! —en un tono de profundo desdén—. Tú sólo llevas cajas de bombones a las jovencitas... ¿Cómo vas a encontrártelo en acto de servicio...? ¡Tú no eres un soldado!

Perowne dijo:

—Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Qué hará él?

—Yo —respondió Sylvia— le diré al botones, cuando venga con su tarjeta, que le diga que estoy ocupada... No sé lo que hará él. Golpearle, probablemente. Ahora te está mirando...

Perowne se puso muy rígido y se desplomó en el asiento.

—Pero ¡no puede! —exclamó muy nervioso—. Dijiste que estaba interpretando el papel de Jesucristo. Nuestro Señor no golpearía a nadie en un salón de hotel...

—¡Nuestro Señor! —dijo con desprecio Sylvia—. ¿Qué sabrás tú de nuestro Señor? Nuestro Señor era un caballero... Christopher actúa como si fuese nuestro Señor tratando de redimir a la mujer adúltera... Me proporciona el respaldo social que cree deberme por el hecho de ser mi marido.

Un *maître d'hôtel* manco y con barba se acercó a ellos abriéndose paso entre los grupos de sillones dispuestos para un *tête-à-tête*. Dijo:

—Perdón... No había visto a la señora... —Y le entregó una tarjeta sobre una bandeja. Sin mirarla, Sylvia respondió:

—*Dîtes à ce monsieur...* que estoy ocupada. —El *maître d'hôtel* se fue discretamente.

—Pero me hará pedazos... —exclamó Perowne—. ¿Qué voy a hacer...? ¿Qué demonios voy a hacer? —No tenía otro modo de salir de allí que pasando por delante de Tietjens.

Con la espalda muy recta y la expresión de una serpiente que mira a un pajarillo, Sylvia miró hacia delante y no dijo nada hasta que exclamó:

—Por el amor de Dios deja de temblar... No le haría nada a una mujer como tú. Es un hombre... —El mimbre del sillón de Perowne crujía como si estuviera en un vagón de ferrocarril. El ruido cesó con una sacudida... De pronto ella apretó los puños y soltó un poco de aire lleno de odio entre los dientes—. Por los santos inmortales —exclamó—, juro que haré que esos rasgos imperturbables se contraigan de dolor. —Unos minutos antes había visto en el espejo azulado los ojos de ágata azul de su marido a diez metros de donde ella estaba, por encima de los sillones y entre las hojas de las palmeras. Estaba de pie, llevaba una fusta de montar en la mano y tenía un aspecto un tanto desgarbado con aquel uniforme que no le sentaba bien. ¡Desgarbado y cansado, pero completamente inexpresivo! Tietjens había mirado directamente el reflejo de sus ojos y luego había apartado la vista. Se movió para ofrecerle el perfil y siguió mirando inmóvil una cabeza de alce que decoraba la pared por encima de las puertas de cristal traslúcido de la entrada del hotel. El encargado

del hotel se le había acercado y él había sacado una tarjeta y se la había dado pronunciando tres palabras. Sylvia vio cómo movía los labios: Señora de Christopher Tietjens. Dijo entre dientes:

—¡Maldita sea su caballerosidad...! ¡Oh, Dios, maldita sea su caballerosidad!

Él la había visto con Perowne, así que no había ido a verla ni había enviado al encargado a donde ella estaba. ¡Por miedo a avergonzarla! Dejaría que ella decidiera si quería ir a verlo o no.

El encargado, visible en el espejo, había ido y venido tortuosamente, mientras Tietjens seguía con la vista clavada en la cabeza de alce. Había cogido la tarjeta, había vuelto a meterla en su cartera y le había dicho algo al encargado, que se había encogido de hombros con la hospitalidad formal de los de su clase y, con los hombros todavía encogidos y su única mano señalando a una puerta, había precedido a Tietjens camino del interior del hotel. Ni uno solo de los rasgos de Tietjens se había alterado cuando le devolvió la tarjeta. Había sido entonces cuando Sylvia había jurado hacer que su rostro imperturbable se contrajera de dolor...

Su expresión era insoportable. Pesada, fija. No era insolente, sino que sencillamente miraba por encima de todas las cosas y seres vivientes hacia un mundo demasiado lejano para que ellos entrasen. Y sin embargo a Sylvia le dio la impresión de que estaba tan torpe y fatigado que casi no era deportivo acosarlo. Igual que azotar a un bulldog moribundo...

Volvió a desplomarse en el sillón con un movimiento casi de desánimo. Dijo:

—Ha entrado en el hotel...

Perowne se movió inquieto en su sillón. Exclamó que se iba. Luego volvió a sentarse, abatido.

—No —dijo—, probablemente esté más seguro aquí. Podría encontrármelo al salir.

—Te has dado cuenta de que mis faldas te protegen —replicó Sylvia con desprecio—. Por supuesto, Christopher nunca golpearía a nadie en mi presencia.

El mayor Perowne la interrumpió para preguntar:

—¿Qué es lo que va a hacer? ¿Qué está haciendo en el hotel?

La señora Tietjens dijo:

—¡Adivínalo! —Y añadió—: ¿Qué harías tú en circunstancias parecidas?

—Destrozaría tu habitación —respondió enseguida Perowne—. Es lo que hice cuando descubrí que te habías ido de Yssingueux.

Sylvia dijo:

—¡Ah, así se llamaba aquel sitio!

Perowne gimió:

—Eres insensible —se quejó—. No hay otra forma mejor de decirlo. Eres sencillamente insensible.

Sylvia le preguntó distraída por qué la llamaba insensible justo en ese momento. Estaba pensando en Christopher recorriendo torpemente los pasillos del hotel mirando las habitaciones y dándole después una buena propina al encargado para asegurarse de que lo pusieran en el mismo piso que a ella. Casi le pareció oír su nada desagradable voz masculina que vibraba un poco en el pecho y le hacía vibrar a ella.

Perowne siguió refunfuñando. Decía que era insensible porque había olvidado el nombre del pueblecito de Bretaña en el que habían pasado juntos tres deliciosas semanas, aunque ella se fue tan deprisa que dejó todas sus cosas en el hotel.

—Bueno, para mí no fueron tan deliciosas —respondió Sylvia cuando volvió a prestarle atención—. ¡Por el amor de Dios! ¿Crees que podían serlo contigo, *pour tout potage*? ¿Por qué iba a recordar el nombre de aquel lugar odioso?

Perowne replicó en tono de reproche:

—Yssingueux-les-Pervenches es un nombre precioso.

—Es inútil —contestó Sylvia— que trates de despertar recuerdos sentimentales. Si quieres seguir conmigo, tendrás que hacer que me olvide de cómo eras... Si estoy aquí oyendo tus graznidos es sólo porque quiero esperar hasta que Christopher salga del hotel... Luego subiré a mi habitación a arreglarme para la fiesta de lady Sachse y tú te quedarás aquí sentado esperándome.

—No pienso ir —dijo Perowne— a casa de lady Sachse. Él es uno de los principales testigos del contrato matrimonial. Y también asistirán el viejo Campion y el resto del Estado Mayor... No me líes... Lo mío son los compromisos previos inesperados. No te preocupes.

—Tú vendrás conmigo, amiguito —dijo Sylvia—, si es que quieres volver a disfrutar de mi sonrisa... No pienso ir sola a casa de lady Sachse, y quedar como si fuese incapaz de encontrar un acompañante delante de media Cámara de los Lores francesa... ¡Suponiendo que la tengan...! No me líes tú a mí... ¡No te preocupes! —imitó su voz chirriante—. Puedes marcharte en cuanto te hayas dejado ver como mi acompañante...

—Pero ¡por el amor de Dios! —gritó Perowne—, eso es justo lo que no debo hacer. Campion me dijo que, si volvía a enterarse de que me habían visto contigo, me enviaría de vuelta a mi maldito regimiento... Y mi maldito regimiento está en las trincheras... No me imaginas en las trincheras, ¿verdad?

—Preferiría verte allí que en mi dormitorio —replicó Sylvia—. ¡En cualquier momento!

—¡Ah!, ¿lo ves? —exclamó animado Perowne—. ¿Qué garantía tengo de que, si hago lo que quieres, podré disfrutar de tu sonrisa, como tú dices? Me he metido en un buen lío trayéndote aquí sin papeles. No me dijiste que no tenías papeles. El general O'Hara, el miembro del Parlamento, ha organizado un buen escándalo. ¿Y qué he ganado a cambio...? Ni siquiera la sombra de una sonrisa... ¡Y tendrías que ver la

cara purpúrea de O'Hara...! Alguien le despertó de la siesta para informarle de tu horrible caso y todavía no se ha recuperado de la indigestión... Además, odia a Tietjens, que siempre está desautorizando a su policía militar... Los corderitos de O'Hara...

Sylvia no le estaba escuchando, pero esbozó una leve sonrisa al pensar en algo y eso lo sacó de quicio.

—¿Se puede saber a qué juegas? —exclamó—. Maldita sea, ¿a qué demonios juegas...? Has venido aquí a verle... a él. No a mí. Muy bien, en ese caso...

Sylvia lo miró con los ojos muy abiertos, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

—No sabía que iba a venir —dijo—. Se me ocurrió de pronto. Diez minutos antes de partir. Y lo hice. No sabía que hicieran falta papeles. Supongo que si hubiese querido los habría conseguido... Nunca me preguntaste si los tenía. Sólo te pegaste a mí y me metiste en tu tren especial... No sabía que tú fueses a venir.

A Perowne eso le pareció el peor de los insultos. Exclamó:

—¡Oh, maldita sea, Sylvia!, tenías que saberlo... Estuviste en la fiesta de los Quirk el miércoles. Y ellos lo sabían. Son mis mejores amigos.

—Ya que lo preguntas —respondió ella—, no lo sabía... Y no habría venido en ese tren de haber sabido que tú vendrías en él. Me obligas a decirte cosas desagradables. —Y para que guardara silencio un rato, añadió—: ¿Por qué no puedes ser más conciliador? —Él se quedó con la boca abierta.

Sylvia se estaba preguntando de dónde habría sacado Christopher el dinero para pagar la habitación del hotel. Hacía muy poco ella había vaciado su cuenta, salvo un chelín. Estaban a mediados de mes y no era posible que le hubiesen adelantado nada... Eso, por supuesto, había sido un intento por su parte. Puede que así se viera obligado a quejarse. Por eso mismo le había acusado de llevarse sus sábanas. Por pura premeditación. Aunque, en cuanto vio sus rasgos imperturbables, supo que había sido una estupidez... Pero estaba en las últimas: ya había tratado antes de acusar a su marido, pero nunca había tratado de causarle molestias... Ahora comprendió de pronto la estupidez que había cometido. Christopher comprendería que tanta preocupación por él no era su estilo, y sabría también que estaba tratando de ponerle a prueba. Se diría: «Está tratando de hacerme chillar. ¡Qué me ahorquen si lo consigue!».

Tendría que adoptar medidas mucho más drásticas. Dijo: «Acabará..., acabará..., acabará sometiéndose».

El mayor Perowne había vuelto a cerrar la boca. Estaba pensando. Murmuró: «¡Más conciliador! ¡Maldita sea!».

Sylvia de pronto se sintió muy animada, al ver a Christopher había tenido la seguridad de que iban a volver a vivir bajo el mismo techo. Habría apostado todo lo

que tenía y su alma inmortal a que no se iría con la joven Wannop. ¡Y habría sido como apostar sobre seguro...! Pero no tenía ni idea de cómo serían sus relaciones después de la guerra. Al principio, había pensado que, cuando se fue de su piso a las cuatro de la madrugada, se habían despedido para siempre. Le había parecido lógico. Pero, poco a poco, durante su retiro en Birkenhead, en la blanca y tranquila celda de las monjas, le habían ido acometiendo las dudas. Una de las desventajas de vivir como lo hacían ellas era que rara vez expresaban en voz alta sus pensamientos. Pero a veces también podía ser una ventaja. Ciertamente, había pensado que se estaban despidiendo para siempre. Desde luego había alzado la voz al darle el nombre de la estación al chófer con la firme convicción de que él la oiría, y lo había hecho bastante convencida de que él lo interpretaría como una señal de que su unión había expirado... Bastante convencida. ¡Pero no del todo...!

Se habría dejado matar antes que escribirle, y ahora mismo preferiría morir antes que darle a entender que quería que volviesen a vivir bajo el mismo techo. Se preguntó para sus adentros:

«¿Estará escribiéndose con la chica?» Y luego: «¡No...! Estoy segura de que no». Interceptaba todas sus cartas en el piso, salvo algunas circulares que dejaba que llegasen a él con cuentagotas, para que pensara que estaba recibiendo toda su correspondencia. Por las cartas que recibía, comprendió que no había dejado más dirección que la del piso de Gray's Inn... Pero no había recibido ninguna carta de Valentine Wannop... Dos de la señora Wannop, dos de su hermano Mark, una de Port Scatho, una o dos de otros oficiales y algunas notificaciones... Se decía que si hubiese recibido alguna carta de la chica, habría permitido que le llegaran todas, incluidas las de la chica... Ahora no estaba tan segura.

En el espejo vio a Christopher que salía muy envarado del hotel por el camino que llevaba de una puerta a la otra detrás de ella. Le alegró extraordinariamente tener la absoluta convicción de que no se estuviera escribiendo con la señorita Wannop. Una convicción absoluta... Si hubiese tenido el vigor necesario para hacerlo, habría tenido un aspecto distinto. No sabía cómo, pero diferente..., ¡más vivo! Tal vez inseguro, tal vez... satisfecho...

El mayor llevaba un rato quejándose de sus agravios. Afirmó que la seguía a todas partes, como un perrillo faldero, sin conseguir nada a cambio. Y ahora ella quería que fuese conciliador. Decía que quería un acompañante. Y un acompañante tenía algo que... En ese preciso instante estaba empezando a decir por enésima vez:

—Mira..., ¿me vas a dejar entrar en tu habitación esta noche o no? —Ella estalló en ruidosas carcajadas. Perowne exclamó—: ¡Maldita sea, no es cosa de risa...! ¡Óyeme bien! No te imaginas a lo que me arriesgo... Hay APM y PM y APM adjuntos en funciones pululando toda la noche por los pasillos de todos los hoteles de la ciudad... Está en juego mi carrera... —Sylvia se llevó el pañuelo a los labios para

ocultar una sonrisa que sabía demasiado cruel para que él la viera. E, incluso cuando la borró de su cara, Perowne dijo—: ¡Maldita sea, eres cruel y desalmada...! ¿Por qué diablos sigo contigo...? Hay un cuadro que tenía mi madre, de Burne-Jones... Una mujer de aspecto cruel con una sonrisa distante..., una especie de vampiro... *La belle Dame sans Merci*. Eso es lo que eres.

Ella lo miró de pronto con mucha seriedad...

—Mira, Potty... —empezó. Él gimió:

—Creo que te gustaría que me enviaran a las condenadas trincheras... Y eso que un tipo grande y distinguido como yo no tendría ninguna oportunidad... Los alemanes me acertarían al primer disparo...

—¡Oh, Potty! —exclamó Sylvia—, trata de ser serio por un momento... ¡Te estoy diciendo que soy una mujer que está tratando..., que desea desesperadamente... reconciliarse con su marido! No se lo diría a nadie más..., ni siquiera a mí misma... Pero una le debe algo..., aunque sólo sea una despedida... No sé, algo..., al hombre con quien ha compartido el lecho... No me despedí de ti en..., ¡ah!, Yssingueux-les-Pervenches..., así que, a cambio, te doy esta explicación...

Él dijo:

—¿Dejarás la puerta de tu dormitorio abierta, sí o no?

Ella respondió:

—¡Si ese hombre me hiciese un gesto con su pañuelo, lo seguiría hasta el fin del mundo! Mira..., mira cómo tiemblo al pensarlo... —Extendió la mano y tanto el brazo como la mano le temblaron ligeramente y luego mucho más...—. En fin —concluyó—, si eres capaz de ver esto y aun así quieres venir a mi habitación..., eres responsable de tu muerte.^[120] —Se interrumpió para recobrar aliento y luego dijo—: Puedes venir..., dejaré la puerta abierta. Pero no te garantizo que consigas nada..., o que te guste lo que consigas... Estás advertido... —De pronto añadió—: ¡*Sale fat...*^[121] llévate lo que encuentres y vete al diablo...!

El mayor Perowne, que había empezado a retorcerse de pronto los bigotes, dijo:

—¡Oh, correré el riesgo de los APM...!

Sylvia encogió de pronto las piernas en el asiento.

—Ahora sé para qué he venido —dijo.

El mayor Wilfrid Fosbrooke Eddicker Perowne de Perowne, hijo de mamá, era uno de esos individuos que carecen de historia y de intereses definidos, cuyos conocimientos parecen limitarse a los contenidos del periódico del día. En cualquier caso, su conversación nunca iba más allá. No era ni osado ni tímido, ni muy valiente ni muy cobarde. Su madre era desmesuradamente rica, poseía un inmenso castillo colgado de unos acantilados sobre un mar occidental, igual que una pajarera en la ventana de un alto edificio de pisos, pero su cocina era mediocre y sus vinos atroces y recibía muy pocas o ninguna visita. Era una decidida defensora de la abstinencia e,

inmediatamente después de la muerte de su marido, había arrojado al mar el contenido de su bodega, que era casi tan histórico como su castillo, y había hecho que un escalofrío recorriera a la clase terrateniente. Pero ni siquiera eso bastó para hacer de Perowne un hombre notorio.

Su madre le concedió —después de un revelador incidente acaecido en su primera juventud— la asignación de un príncipe. Vivía en una gran mansión en Palace Gardens, Kensington, con un enorme plantel de criados escogidos por su madre, pero que no tenían nada que hacer, pues siempre comía, e incluso se bañaba y se vestía para cenar en el Club Bath. Además era tacaño.

Tal como era costumbre en la época, de joven había pasado uno o dos años en el ejército. Primero asignado al 42.º Regimiento de Su Majestad, aunque cuando lo destinaron al Black Watch ^[122] a la India, se cambió a los Glamorganshire, a la sazón comandados por el general Champion, que estaban reclutando en los alrededores de Lincolnshire. El general había sido amigo de la madre de Perowne y, cuando lo ascendieron a general de brigada, se llevó a Perowne a su Estado Mayor como oficial de enlace, pues, aunque Perowne era un jinete mediocre, tenía ciertas dotes sociales y podía confiarse en que sabría dirigirle una invitación del regimiento a una condesa viuda que se hubiese casado con el tercer hijo de un vizconde... Como figura militar tenía muy pocas dotes de mando, una instrucción muy escasa y prácticamente ningún control sobre sus hombres, aunque era muy popular entre sus ordenanzas y, de un modo un tanto envarado, resultaba presentable en el viejo uniforme escarlata o la guerrera militar. Medía exactamente un metro ochenta y dos centímetros en calcetines, tenía ojos muy oscuros y una voz un poco chirriante; el hecho de que sus piernas fueran un poco gruesas para su cuerpo, que no era nada corpulento, le daba un aspecto un poco torpe. Si preguntaba uno en un club qué clase de tipo era, lo más probable es que el interlocutor contestase que tenía, o se suponía que tenía, verrugas en la cabeza, lo que explicaba que toda la vida hubiese llevado el pelo peinado hacia atrás sin raya. Pero lo cierto es que no las tenía.

Una vez había participado en una expedición de caza mayor al África oriental portuguesa. Pero, al llegar allí, la expedición se encontró con que los nativos del interior se habían alzado en armas, así que Perowne volvió a los Palace Gardens de Kensington. Había tenido cierto éxito entre las mujeres, aunque, debido a sus hábitos ahorrativos y a su temor a los líos, siempre había limitado sus actividades amorosas a mujeres jóvenes de clase social baja...

Sus amoríos con Sylvia Tietjens podrían haber sido algo de lo que jactarse, pero no era jactancioso, y, de hecho, cuando lo dejó, estaba demasiado abatido, incluso para mentir sobre el tiempo que había pasado con ella en Bretaña. Por suerte, nadie se interesaba lo bastante por sus movimientos como para esperar una respuesta a las preguntas indiferentes acerca de dónde había pasado el verano. Cuando recordaba

cómo lo había abandonado se le humedecían los ojos, sin convencimiento, igual que sale el agua de una esponja...

Sylvia lo había dejado por el sencillo procedimiento de subir al tranvía que iba a la estación de ferrocarril sin coger ni siquiera un bolso. Desde allí le había escrito una carta a lápiz explicándole que lo abandonaba simplemente porque no podía soportar lo tedioso de su compañía ni su voz chirriante. Le dijo que probablemente volvieran a encontrarse en la ciudad en otoño, y, después de comprar algunas cosas para dormir, se fue directa al balneario alemán donde estaba su madre.

Tiempo después, a Sylvia no le costó mucho esfuerzo encontrar una explicación de su fuga con semejante zoquete: sencillamente había reaccionado presa de un ataque violento de odio sexual por la inteligencia de su marido. Y en todo Londres no habría podido encontrar una inteligencia más opuesta a la suya que la de Perowne en ningún hombre bien vestido. Años después, incluso en el salón del hotel francés, se acordaba de la emoción casi dolorosa de odio gozoso que la embargó al ocurrírsele la idea de fugarse con él. Fue la alegría de quien acierta con un agudísimo hallazgo intelectual. En sus infidelidades transitorias previas había descubierto que, por muy presentable que fuese el hombre con quien pudiera estar teniendo un amorío, y por muy cortos que fuesen esos amoríos, aun cuando durasen un solo fin de semana, Christopher le había imposibilitado para estar con otro hombre. La más aborrecible de sus cualidades consistía en que oír a cualquier otro hombre hablar de cualquier asunto —de cualquier asunto—, desde la distribución de unas caballerizas hasta el equilibrio de poderes, de la voz de una cantante de ópera determinada o de la recurrencia de un cometa, tener que pasar un fin de semana con cualquier otro hombre y escuchar su conversación después de haber pasado el resto de la semana con Christopher, por mucho que odiara sus ideas, era como escuchar a un adulto y luego tratar de conversar con un colegial analfabeto. Comparados con él, los demás hombres parecían no haber madurado...

Justo antes de consentir, de forma inopinada, en escaparse con Perowne, se le había ocurrido la idea iluminadora de que fugarse con él era lo más humillante que podía hacerle a Christopher... Y justo cuando se le ocurrió esa idea, junto a su asiento del Conservatorio, en un baile organizado por la hermana del general, lady Claudine Sandbach, Perowne, con la voz más grave y menos desagradable de lo habitual por la emoción, había empezado a rogarle que se fugara con él... Y Sylvia había respondido: «Muy bien..., hagámoslo...».

Sus emociones estaban tan incontroladas que, incluso entonces, había estado a punto de fingir que estaba hablando en broma y abandonar la idea de la venganza... Pero imaginar la humillación que supondría para Christopher fue una tentación irresistible. Pues que tu mujer te abandone por un hombre más atractivo es humillante de por sí, pero que te deje públicamente por un hombre sin apenas inteligencia,

cuando siempre te has enorgullecido de tu cerebro, debía de ser lo más mortificante que le pueda suceder a nadie.

Pero apenas iniciada su escapada, reparó en dos graves defectos de su plan: el primero, que por muy humillado que pudiera sentirse Christopher ella no estaría con él para asistir a su humillación, el otro que, aunque en sociedad hubiese tomado a Perowne por un zoquete, en una relación íntima y cotidiana lo era tanto que resultaba casi insufrible. Sylvia había pensado que sería una de esas personas de las que se puede sacar algo en claro mediante una juiciosa combinación de maternalismo y desdén, pero descubrió que su madre ya había hecho por él casi todo lo que podía hacerse. Cuando era un chico un poco atrasado en un colegio privado, su madre le había escatimado tanto el dinero que había robado unos pocos chelines en los pupitres de los otros chicos para contribuir al regalo de la mujer del director. A fin de darle una buena lección, su madre había dado tanta publicidad al asunto que el niño había desarrollado una tendencia a la timidez que, según los casos, le hacía desconfiar de sí mismo o le volvía francamente presuntuoso, y, aunque siempre reprimió las manifestaciones externas de ambas tendencias, la continua represión acabó por volverlo casi incapaz de cualquier pensamiento o acción decididos...

Eso no ablandó lo más mínimo a Sylvia: no era, tal como ella decía, su problema, y, aunque, habría estado dispuesta a suavizar a un hombre tosco, no tenía ninguna intención de reparar los errores absurdos de otra mujer.

Así que no habían llegado más allá de Ostende, donde habían pensado pasar una semana jugando, cuando se vio explicándoles a unos conocidos a los que se encontró que estaba en aquella alegre ciudad sólo una hora o dos, entre trenes, de camino a reunirse con su madre en un balneario alemán. El impulso de decirlo le cogió por sorpresa, pues, hasta ese momento, con su absoluta indiferencia por las críticas, había pensado no tratar de ocultar sus actividades. Pero de pronto, al ver unas caras inglesas conocidas en el casino, se le ocurrió pensar que por muy humillado que imaginara a Christopher por su huida con un zoquete como Perowne, su humillación no sería nada comparada con la que ella sentiría por no haber encontrado a nadie mejor que Perowne con quien fugarse. Además..., empezó a echar de menos a Christopher.

Esos sentimientos no se aplacaron en el hotel discreto y mal ventilado de la rue St. Roque de París al que inmediatamente trasladó al perplejo pero sumiso Perowne, que pensaba que iba a llevarlo a Wiesbaden a pasar un buen rato. Y París, cuando se evitan los lugares más concurridos y carece uno de compañía agradable, puede resultar casi tan aburrida como, digamos, Birmingham los domingos.

Así que Sylvia esperó sólo lo justo para convencerse de que su marido no tenía intención aparente de pedir el divorcio ni, de hecho, intención aparente de hacer nada. Le envió una postal pidiéndole que le enviara todas las cartas y comunicaciones a su discretísimo hotel —y le mortificó no poco revelar el hecho de que su hotel fuese tan

discreto—. Pero, aparte de recibir su correspondencia con regularidad, no tuvo noticia de Tietjens.

En un balneario en el centro de Francia al que se llevó a continuación a Perowne, se sorprendió a sí misma considerando cuál sería el siguiente movimiento de Tietjens. A través de alusiones indirectas e inocentes en las cartas de sus amigas, descubrió que Tietjens no corroboraba, pero desde luego tampoco negaba, la historia de que ella había ido a cuidar de su madre, que en teoría estaba muy enferma... Es decir, que sus amigas le decían lo triste que era que su madre, la señora Satterthwaite, estuviera tan enferma, y lo triste que debía de ser para ella tener que estar encerrada en un aburrido y minúsculo *kur-Ort* alemán, cuando el mundo podía ser tan divertido; y lo bien que parecía estar Christopher, a quien se encontraban de cuando en cuando, teniendo en cuenta lo penoso que debía de ser para él que lo hubiese dejado solo...

Por esa época, Perowne se volvió, si cabe, más irritante que nunca. En su balneario, aunque los huéspedes eran todos franceses, había un campo de golf recién inaugurado y, jugando al golf, Perowne demostraba una ineficacia y, al mismo tiempo, un engreimiento morbosos sorprendentes en una persona tan flemática. Si Sylvia o cualquier francés le ganaban una partida, se pasaba la tarde malhumorado, y, aunque Sylvia no sentía más que indiferencia por aquellos ataques de malhumor, lo peor era que las partidas con extranjeros le volvían lúgubre, ruidoso y pendenciero.

Tres acontecimientos, sucedidos con intervalos de diez minutos, la decidieron a irse lo más lejos posible del balneario. En primer lugar, vio al otro extremo de la calle a unos ingleses llamados Thurston, cuyos rostros conocía vagamente, y la emoción que sintió de pronto le hizo reparar en lo mucho que deseaba que Tietjens le permitiera volver con él. Luego en el club de golf, donde fue a toda prisa para pagar la cuenta y recoger sus palos, oyó una conversación entre dos jugadores que le dio a entender claramente que a Perowne lo habían pillado cometiendo pequeñas mezquindades como cambiar la bola de sitio o manipular su tarjeta... Eso fue más de lo que pudo resistir. Y, en ese preciso instante, su imaginación le hizo recordar la voz de Christopher mientras expresaba la altanera opinión de que a ningún hombre que se precie se le pasaría por la cabeza divorciarse de su mujer. Si no podía defender la santidad de su matrimonio, tenía que aguantarse, a menos que la mujer quisiera divorciarse de él...

Cuando lo dijo —ella hacía tiempo que le odiaba— no le prestó atención a la frase. Pero ahora, al recordarla con tanta claridad, ¡se le ocurrió que tal vez no estuviese hablando por hablar!

Sacó al desdichado Perowne de la cama, donde estaba sumido en un letargo vespertino, y le dijo que tenían que marcharse enseguida de aquel lugar, y que, en cuanto llegasen a París o alguna otra ciudad grande donde hubiese camareros y él pudiera hacerse entender, le abandonaría para siempre. En consecuencia, no se fueron

del balneario hasta que salió el tren de las seis de la mañana siguiente. La rabia y la desesperación de Perowne al enterarse de que Sylvia quería dejarlo adoptó una forma muy poco conveniente, pues, en lugar de anunciar que iba a suicidarse, como habría sido de esperar, se volvió siniestra e inesperadamente homicida. Afirmó que, a menos que Sylvia jurase por una pequeña reliquia de san Antonio que siempre llevaba consigo que no tenía intención de abandonarle, la mataría allí mismo. Declaró, como lo haría después siempre el resto de su existencia, que le había arruinado la vida y que era la culpable de su deterioro moral. De no ser por ella se habría casado con una joven inocente. Además, su desdén le había empujado a beber vino en contra de las doctrinas de su madre. Estaba convencido que de ese modo había dañado tanto su salud como su virilidad... De hecho, una de las cosas que menos soportaba Sylvia de aquel hombre era su forma de beber vino. Cada vez que se llevaba el vaso a los labios exclamaba, con una risita insoportable, alguna imbecilidad como: «Otro clavo para mi ataúd». Le había cogido mucha afición al vino y a otras bebidas más fuertes.

Sylvia se había negado a jurar por san Antonio. No estaba dispuesta a mezclar al santo en sus asuntos amorosos, y desde luego no pensaba pronunciar sobre ninguna reliquia un juramento que tenía intención de romper a la primera oportunidad. Era rebajarse demasiado, hay ciertas vilezas ante las que es preferible la muerte. Así que le quitó el revólver, aprovechando que él estaba mesándose los cabellos, lo echó en la jarra del agua y se sintió razonablemente segura.

Perowne no sabía francés y apenas sabía nada de Francia, pero había descubierto que los franceses no hacían nada a quien mataba a una mujer que iba a dejarle. Sylvia, por otro lado, estaba bastante convencida de que, sin un arma, no podría hacerle gran cosa. Aunque no hubiese hecho ejercicio en su carísimo colegio privado, había practicado suficiente calistenia para ser particularmente dueña de sus miembros y, en interés de su belleza, siempre se había mantenido en buena forma...

Por fin, ella dijo:

—Muy bien. Iremos a Yssingueux-les-Pervenches...

Una agradable pareja francesa del hotel les había hablado de aquel pueblecito del extremo oeste de Francia, un paraíso solitario donde habían pasado la luna de miel... Y Sylvia necesitaba un paraíso solitario si iba a haber alguna pelea antes de que dejase a Perowne.

No tenía la menor duda de lo que iba a hacer. ¡El largo viaje a través de media Francia en pésimos trenes le había producido una terrible añoranza! ¡Nada menos...! Era humillante. Pero inevitable, como las paperas. Tenía que aguantarse. Además, incluso le entraron ganas de ver a su hijo, a quien creía odiar por ser el culpable de todas sus desgracias...

De modo que escribió, después de pensarlo mucho, una carta diciéndole a Tietjens que pensaba volver con él. La escribió todo lo parecida posible a la que le

habría escrito para anunciarle su regreso de una casa de campo en la que hubiese estado invitada por tiempo indefinido, y añadió unas instrucciones muy secas sobre su doncella para privar a la carta de la más mínima traza de emoción. Estaba segura de que, si demostraba la menor emoción, Christopher no volvería a acogerla bajo su techo jamás. Tenía el firme convencimiento de que su fuga no había despertado ningún rumor. El mayor Thurston estaba en la estación de ferrocarril cuando se fueron, pero no se habían dirigido la palabra..., y Thurston era un tipo muy digno de bigotes castaños, de los que no van cotilleando por ahí.

Había sido un poco difícil escapar, pues Perowne la vigiló durante varias semanas como el celador de un manicomio. Pero al final se convenció de que ella nunca se iría sin sus vestidos, y un día, presa de un intenso sopor, después de una comida regada con gran cantidad de la fuerte bebida local, la dejó ir a dar un paseo sola...

Para entonces Sylvia estaba harta de los hombres, o creía estarlo, pues no podía estar segura teniendo en cuenta cómo veía correr a las mujeres a su alrededor tras individuos totalmente impresentables. En cualquier caso, los hombres nunca cumplían con las expectativas. Al conocerlos podían resultar más divertidos de lo que parecían, pero casi siempre era como leer un libro que no recordabas haber leído. No llevaba una ni diez minutos tratándolos con cierta intimidad, cuando de pronto decía: «Pero eso ya lo he leído antes...». Conocía una el principio, se aburría a la mitad, y, sobre todo, se sabía el final...

Recordaba que, años antes, había tratado de escandalizar al padre Consett, el consejero espiritual de su madre, a quien poco después asesinaron en Irlanda con Casement... Aquel santo no se había escandalizado lo más mínimo. Le había ganado por la mano. Pues cuando ella le dijo algo como que su idea de una vida fetén —en esos tiempos estaba de moda decir «fetén»— sería pasar todos los fines de semana con un hombre distinto, él le había respondido que, en muy poco tiempo, estaría aburrida aun antes de que el pobre hombre comprase los billetes de ferrocarril...

Y por Dios que había acertado... Pues, si se paraba a pensarlo, desde el día en que aquel santo le había dicho aquello en el salón de su madre en el pequeño balneario alemán —Lobscheid se llamaba— con su sombra acusándola desde las cuatro paredes, hasta ese momento en que estaba sentada en el sillón de mimbre de aquel hotel recientemente redecorado para celebrar las hostilidades, nunca había viajado en tren con ningún hombre que pudiera creerse con derecho a tratarla mal... Se preguntó si, desde su sitio en el cielo, el padre Consett se sentiría satisfecho con ella al contemplarla en aquel salón... Tal vez fuese él quien había obrado aquel cambio en ella.

Nunca hasta el día anterior... Pues puede que ayer el desdichado Perowne hubiese tenido derecho a convertirse por un par de minutos —antes de que ella hiciera de él un pálido y atragantado hombre de nieve de ojos saltones— en ese

objeto tan odioso que es un hombre en un ferrocarril... Valiente y a la vez estúpidamente atenazado por el temor a los guardias que miraban por la ventana cuando el tren sin pasillos circulaba a más de noventa kilómetros por hora... «No, padre, eso ya no es para mí», le habló al techo...

¿Por qué demonios no podía un hombre fugarse contigo y que todo fuese —¡oh!, una comedia ligera— durante un delicioso fin de semana..., o incluso una vida...? ¿Por qué no...? ¿Cómo imaginarlo...? Toda una vida con un hombre de los buenos, que no hiciera gorgoritos al hablar ni pusiera ojos de cordero degollado ni se sintiese mal..., hasta el punto de ser incapaz de encontrar los billetes cuando se los pedías... «Padre —volvió a decir mirando al techo—, si yo pudiera encontrar un hombre así, sería el paraíso..., sin matrimonio... Aunque, claro —prosiguió casi con resignación—, él no me sería fiel... Y no tendría más remedio que aguantarme...»

Se incorporó tan inesperadamente que el mayor Perowne también dio un salto en su sillón y preguntó si Tietjens había vuelto... Ella le explicó:

—No, me condenaría si lo hiciese... Me condenaría, me condenaría, me condenaría, me condenaría si lo hiciese... Nunca, nunca. ¡Por Dios! —Le preguntó con brusquedad al nervioso mayor—: ¿Tiene Christopher una amante en la ciudad...? ¡Más vale que me digas la verdad!

El mayor balbució:

—No..., no, es un tipo aburrido... Ni siquiera va nunca a Suzette's... Salvo una vez para ir a buscar a un miserable subordinado suyo que estaba rompiéndole los muebles a madame Hardelet... —Rezongó—: ¡Pero no deberías darme estos sustos...! Decías que hay que ser conciliador... —Siguió refunfuñando que sus modales no habían mejorado desde que estuvieron en Yssingueux-les-Pervenches, y luego siguió contándole que, en francés, las palabras *yeux des pervenches* significan ojos de azul tornasolado. Y que ése era todo el francés que sabía, porque un francés al que había conocido en el tren se lo había dicho y él siempre había pensado que si Sylvia hubiese tenido los ojos de color azul tornasolado... «Pero no me estás escuchando... No es muy educado por tu parte», había farfullado a modo de conclusión...

Ella seguía echada hacia delante en el sillón, todavía con el puño cerrado debajo de la barbilla pensando que tal vez Christopher tuviera a Valentine Wannop en la ciudad. Quizá fuese ése el motivo por el que quería seguir allí. Preguntó:

—¿Por qué sigue Christopher en este agujero olvidado de Dios...? La llaman la base sin gloria...

—Porque tiene que... —respondió el mayor Perowne—. Tiene que hacer lo que le ordenen...

Sylvia exclamó:

—¡Christopher...! ¿Quieres decir que tienen a un hombre como Christopher en

un lugar donde no quiere estar...?

—Estarían mucho mejor sin él, si se fuese... —replicó el mayor Perowne—. ¿Quién demonios crees que es ese tipo...? ¿El rey de Inglaterra...? —Y añadió con lúgubre ferocidad—: Lo fusilarían igual que a cualquiera si desertara... ¿Qué te habías pensado?

Ella objetó:

—Pero eso no le impediría tener una amante en la ciudad, ¿verdad?

—El caso es que no la tiene —respondió Perowne—. Se pasa la vida en ese maldito campamento suyo como una gallina incubando los huevos... Eso es lo que se dice de él. Yo no sé nada de ese tipo...

Mientras lo escuchaba, vengativa e indolente, le pareció percibir en su tono monótono un toque demente de locura homicida como el que tenía su voz en el dormitorio de Yssingueux. Aquel hombre tenía sin duda algo en común con esos locos asesinos que frecuentan los tribunales. Con súbita animación, pensó: «Supongamos que tratase de asesinar a Christopher...». E imaginó a su marido partiéndole el espinazo sobre la rodilla, la idea cruzó su imaginación como un fuego atravesando el ópalo. Luego con la garganta seca, se dijo: «Tengo que averiguar si esa chica está en Ruán...». Los hombres se tapan unos a otros. Perowne podía estar protegiendo a Tietjens. Era inconcebible que ninguna ordenanza militar retuviera a Christopher en aquel lugar. No podían encerrar a las clases superiores. Si Perowne tuviera dos dedos de frente, sabría que encubrir a Tietjens era el mejor modo de no conseguirla... Pero no los tenía... Además, la solidaridad entre los del mismo sexo era muy fuerte. Sabía que ella misma no desvelaría los secretos de otra mujer para conseguir a un hombre. Entonces..., ¿cómo iba a asegurarse de si la chica estaba o no en la ciudad? ¿Cómo...? Se imaginó a Tietjens yendo a verla todas las noches... Pero esa noche la pasaría con ella... Eso lo sabía... Bajo el mismo techo... Lejos de la otra...

Lo imaginó allí ahora... En el saloncito de uno de esos chalecitos que se veían desde el tranvía en lo alto de la ciudad. Ahora, sin duda, estarían hablando de ella... Su cuerpo entero se retorció, músculo a músculo, en el sillón. Tenía que averiguarlo... Pero ¿cómo? Contra una conspiración universal... Esa guerra era una agapemone...^[123] Uno iba a la guerra cuando quería violar a un sinfín de mujeres. Para eso se hacían las guerras... Todos esos hombres hacinados en un sitio tan pequeño... Se puso en pie:

—Voy —dijo— a empolverarme un poco la cara antes de ir a la fiesta de lady Sachse... No te quedes si no quieres... —Iba a escrutar cada rostro hasta descubrir el secreto de dónde tenía Christopher escondida a la chica... Se imaginó su cara pecosa y de nariz respingona apoyada..., aplastada era la palabra, contra su mejilla... Iba a investigarlo...

II

Pronto tuvo ocasión de seguir con sus investigaciones, pues esa misma noche, en la cena, Tietjens tuvo que ir al teléfono en compañía de un cabo y ella se encontró enfrente de lo que tomó por un pequeño comerciante de mejillas sonrosadas y crecido bigote gris, enfundado en un uniforme tan arrugado que las arrugas parecían las venas de una hoja... Un pequeño y fiable comerciante: el verdulero a la vuelta de la esquina a quien, en ocasiones, le permites que te venda un poco de parafina... Aquel hombre le había dicho:

—Señora, si multiplica usted dos mil novecientos y pico por diez le saldrán unos veintinueve mil...

Y ella había exclamado:

—¿Me está diciendo en serio que mi marido, el capitán Tietjens, se pasó la tarde de ayer examinando veintinueve mil uñas del pie... y dos mil novecientos cepillos de dientes...?

—Le dije —respondió su interlocutor con total seriedad— que tratándose de tropas coloniales no era necesario examinar sus cepillos de dientes... Las tropas imperiales se lavan los dientes con el cepillo que usan para limpiar los botones y así pueden enseñarle un cepillo de dientes limpio al oficial médico...

—Suenan —le dijo ella con un leve estremecimiento— como si fuesen ustedes colegiales jugando a algo... Y dice usted que mi marido se ocupa de ese tipo de cosas...

El subteniente Cowley, consciente de que la cinta del hombro de su correa, comprada esa tarde en el almacén, y por tanto nueva, no combinaba bien con la parte abdominal del cinturón que había sido suyo casi diez años... —¡era un cuero excelente!—, respondió, no obstante, con firmeza:

—¡Señora! La vida de un ejército radica no sólo en su cerebro, sino en sus pies... Y hoy en día los oficiales médicos afirman que en sus dientes... Su marido, señora, es un oficial admirable... Ningún destacamento supervisado por él tendrá que...

Sylvia le interrumpió:

—Dice usted que se pasó tres horas... inspeccionándoles los pies y los petates...

El subteniente Cowley respondió:

—Por supuesto, había otros oficiales para ayudarle con los petates..., pero él les revisó personalmente los pies a todos...

Ella dijo:

—Y eso le llevó de las dos a las cinco... Luego supongo que tomaría el té... Y fue a... ¿dónde era...?, a revisar los papeles del destacamento...

El subteniente Cowley dijo en voz baja por debajo del bigote:

—Si, tal como he oído, el capitán es un poco descuidado a la hora de escribir

cartas... No vaya usted a pensar, señora... Yo mismo soy un hombre casado..., tengo una hija... Y el ejército no es un buen sitio para escribir cartas... En ese aspecto podría decirse que, gracias a Dios, tenemos a la marina, señora...

Sylvia le dejó que balbuciera una o dos frases más, pensando que su confusión tal vez le sirviese para encontrar el rastro de la señorita Wannop en Ruán. Luego le dijo amablemente:

—Claro, eso lo explica todo, señor Cowley, y le quedo muy agradecida... Como es lógico, mi marido no tendría tiempo para escribir cartas largas... No es como esos subalternos atolondrados que van detrás de...

Él exclamó entre carcajadas:

—El capitán corriendo detrás de unas faldas... ¡Puedo contar con una mano las veces que lo he perdido de vista desde que lo pusieron al mando del batallón! —A Sylvia la embargó una profunda oleada de depresión—. Pero —siguió riendo el teniente Cowley— si siempre nos burlábamos de él porque cuidaba de nosotros como una gallina clueca... En el mejor de los casos, éste es un ejército de opereta, como suele decirse... Y piense en los otros oficiales que tuvimos antes de él... Primero el mayor Brooks..., que, como muy pronto, se levantaba a mediodía y luego se ausentaba del campamento a las dos y media. Si uno no tenía los informes listos para la firma antes de esa hora ya podía ir olvidándose... Y el coronel Potter... Dios mío..., él ni siquiera firmaba los informes... Vivía aquí, en este hotel, y nunca lo vimos por el campamento... En cambio el capitán... Siempre decimos que si fuese un furriel de Chelsea organizando la partida de un destacamento del segundo de los Coldstreams...

Con su belleza graciosa e indolente —y ella era muy consciente de estar exhibiendo una belleza graciosa e indolente— Sylvia se inclinó sobre el mantel para oír mejor los datos de la terrible acusación que pronto formularía contra Tietjens... Pues la moralidad de estas cuestiones es la siguiente: si tienes entre tus manos a una mujer incomparablemente hermosa tienes que dedicarte a ella con exclusividad... Es una imposición de la naturaleza..., hasta que le seas infiel con una chica pecosa de nariz respingona; ¡lo que, claro, al ser una reacción, sigue siendo, en cierto sentido, un modo de dedicarte a tu mujer...! Pero traicionarla con todo un batallón... Eso atenta contra la decencia y contra la naturaleza... ¡Y que él, Christopher Tietjens, se hubiese rebajado al nivel de los hombres que había allí...!

Tietjens se acercó distraído entre las mesas, con un aire más distante de lo habitual, pues acababa de salir de la cabina telefónica. Deslizó su fatigado corpachón en la silla barnizada que había entre ella y el teniente y dijo:

—Ya he arreglado lo de la colada... —¡Sylvia soltó un siseo de placer vengativo! Eso, desde luego, era traicionarla con un batallón. Él añadió—: Tengo que estar de vuelta en el campamento antes de las cuatro y media de la mañana...

Sylvia no se resistió a preguntar:

—¿No hay un poema... «¡Ay de mí, el alba, el alba, que llega demasiado pronto! ...», dicho, claro, por una pareja de amantes en la cama...?

Cowley se sonrojó visiblemente hasta la raíz del cabello. Tietjens terminó lo que le estaba diciendo a Cowley, que se había quejado de que tuviese que volver tan pronto al campamento, alegando que no había podido encontrar un oficial para hacer marchar al destacamento. Luego dijo en tono despreocupado:

—Hay muchos poemas de la Edad Media con ese estribillo... Es probable que te refieras a una *aubade* de Arnaut Daniel, que alguien tradujo después... Una *aubade* era un poema que se cantaba al amanecer, cuando supuestamente sólo los amantes estaban de humor para cantar...

—¿Habrá —preguntó Sylvia— alguien más que tú que cante en el campamento mañana a las cuatro?

No pudo evitarlo... Sabía que si Tietjens había adoptado un tono tan pomposo era para que aquel objeto grotesco que estaba sentado a su mesa tuviera tiempo para recobrarse de su confusión. Le odió por hacerlo. ¿Qué derecho tenía a aparentar ser un idiota pomposo para ocultar la confusión de nadie?

El subteniente se recobró y exclamó dándose una palmada en el muslo.

—¿Lo ve, señora...? ¡El capitán lo sabe todo...! No creo que pueda preguntarle nada que no sepa... Es lo que se dice en el cuartel... —Siguió con una larga enumeración de las preguntas que Tietjens había sabido responder en el campamento...

A Sylvia le dominaba la emoción... de estar tan cerca de Tietjens. Se dijo: «¿Acaso esto va a durar siempre?». Tenía las manos heladas. Se tocó el dorso de la mano izquierda con los dedos de la derecha. Estaba helado. Se miró las manos exangües..., y se dijo: «Es una pasión puramente sexual..., es una pasión puramente sexual... ¡Dios! ¿Es que no voy a poder sobreponerme? ¡Padre...! Usted apreciaba a Christopher... Haga que la Virgen me ayude a sobreponerme... Será su ruina y la mía. Pero, qué demonios, ¡no lo haga...! Es lo único que me anima a vivir... Cuando llegó tan despistado después de hablar por teléfono pensé que todo iba bien... Pensé que era pesado como un caballo de madera... Durante dos minutos... Luego vuelve a empezar... Quiero tragar saliva y no puedo. Mi garganta se niega a obedecerme».

Inclinó sobre el mantel uno de sus brazos blancos y desnudos en dirección al bigote de morsa que seguía resoplando muy animado:

—En el colegio lo llamaban el viejo Sal —dijo—. Pero hay una pregunta salomónica que no sabría responder... La del hombre con... ¡Oh, una doncella...! Pregúntele lo que ocurrió antes de amanecer hace noventa y seis..., no, noventa y ocho días...

Se dijo: «No puedo evitarlo... ¡Oh!, no puedo evitarlo...».

El ex sargento mayor estaba exclamando muy contento:

—¡Oh, no pretendía insinuar que el capitán fuese uno de esos tipos sabihondos...! Él conoce de verdad a los hombres y las cosas... Es sorprendente lo mucho que conoce a los hombres, teniendo en cuenta que no es militar de carrera... Pero, claro, un verdadero caballero se relaciona con sus semejantes toda la vida y llega a conocerlos bien... Hasta la punta de las polainas.

Tietjens estaba mirando hacia delante con el rostro totalmente inexpresivo.

«Apuesto a que esta vez lo he pillado», se dijo ella, y luego añadió dirigiéndose al ex sargento mayor:

—Entonces supongo que cualquier oficial del ejército, uno de esos caballeros a los que se refiere, cuando un tren sale hacia al frente desde cualquiera de las grandes estaciones..., digamos de Paddington..., sabe lo que sienten todos... Pero no lo que piensan las mujeres casadas..., o la... la chica... —Se dijo: «Maldita sea, ¡que torpe me estoy volviendo...! Antes era capaz de despellejarlo con una palabra. Ahora necesito frases enteras...». Luego siguió con lo que le estaba diciendo a Cowley—: Por supuesto, puede que nunca vuelva a ver a su único hijo y eso hace que esté más sensible... Me refiero al oficial de Paddington... —Se dijo: «Por Dios, si ese animal no se rinde esta noche, nunca volverá a ver a Michael... ¡Ah, pero lo tengo bien agarrado...!». Tietjens tenía los ojos cerrados y le había aparecido una pequeña media luna blanca alrededor de las aletas de la nariz, que iba en aumento... De pronto sintió una súbita inquietud y se sujetó al borde de la mesa con el brazo extendido... A los hombres se les pone así la nariz cuando están a punto de desmayarse... No quería que se desmayara... Pero había reparado en la palabra Paddington... Noventa y ocho días antes... Había contado los días... Contaba con esa información... Había dicho «Paddington» al salir de la casa y él se lo había tomado como una despedida. Había... Había pensado que era libre de hacer lo que quisiera con aquella chica... Pues bien..., no lo era... Por eso tenía tan blancas las aletas de la nariz...

Cowley exclamó ruidosamente:

—¡Paddington...! Los trenes del frente no salen de allí..., el BEF... No sale de Paddington... Los Glamorganshire van allí desde la base... Y los de Liverpool...^[124] Tienen una base en Birkenhead... ¿O éstos son los del regimiento de Cheshire...?^[125] —Le preguntó a Tietjens—: ¿Quiénes son los que tienen la base en Birkenhead, señor, los de Liverpool o los de Cheshire...? Recordará que tuvimos un destacamento procedente de allí cuando estuvimos en Penhally... En cualquier caso, a Birkenhead se va desde Paddington... Nunca he estado allí... Dicen que es un sitio muy agradable...

Aunque no quería hacerlo, Sylvia observó:

—Lo es..., pero nunca se me ocurriría quedarme allí para siempre...

Tietjens respondió:

—El regimiento de Cheshire tiene un campamento de instrucción, no una base, cerca de Birkenhead. Y, por supuesto, hay RGA...

Ella había apartado la mirada... Cowley exclamó con hilaridad:

—Casi se duerme, señor. Tenía los ojos cerrados... —Levantó la copa de champán y se inclinó hacia donde estaba Sylvia—. Tiene que perdonar al capitán, señora —dijo—. La última noche casi no pegó ojo... Y en parte por mi culpa... Por eso es tan amable por su parte... Le aseguro, señora, que hay muy pocas cosas que no haría por el capitán... —Se bebió el champán y empezó a explicarle—: Tal vez no sepa que éste es un gran día para mí... Y el capitán y usted lo están convirtiendo en el mejor día de mi vida. A las cuatro de la mañana no había nadie más desdichado en todo Ruán. Y ahora... Le habrá contado que fue víctima de una queja desafortunada y despreciable... De las que hacen que uno vaya con cuidado con las celebraciones... Y hoy era un día de celebración... Pero a él no se le ocurriría ir donde el sargento mayor Ledoux y sus compañeros... Claro que no... No se le ocurriría... —concluyó—. El caso es que ahora mismo podría estar en ese campamento helado..., de no ser por usted y por el capitán... En ese campamento helado... Discúlpeme, señora...

Sylvia notó de pronto que le temblaban los labios.

—Yo misma —dijo— podría estar ahora en un campamento helado..., ¡de no haber sido por la compasión del capitán...! En Birkenhead, ¿sabe?, estuve allí hasta hace tres semanas... Es raro que aludiera usted a ello... Hay cosas que parecen una señal..., ¡pero usted no es católico! No puede tratarse de una coincidencia... —Estaba temblando..., miró, después de abrirlo con torpeza, el espejito de su polvera, de oro muy fino con una pequeña piedra azul, como un nomeolvides en mitad de unos grabados concéntricos..., regalo de Drake, el posible padre de Michael... Era lo primero que le había regalado. La había llevado consigo esa noche por puro afán de provocación. Pensaba que a Tietjens le disgustaba. Se dijo casi sin aliento: «Tal vez esto traiga mala suerte...». Drake había sido el primer hombre que... ¡Una bestia fogosa...! En el espejito sus rasgos se veían tan blancos como la pared... Parecía..., parecía... Llevaba un vestido de tejido dorado... Le faltaba el aliento entre los dientes blancos... Tenía el rostro tan blanco como los dientes..., y... ¡sí!, ¡casi!, sus labios... ¿A qué le recordaba su rostro...? En la capilla del convento de Birkenhead había una tumba de alabastro... Se dijo: «Ha estado a punto de desmayarse... Y yo también... ¿Qué demonios nos pasa...? Si me desmayase..., ¡pero seguro que ese animal seguiría impertérrito!». Se inclinó sobre la mesa y le dio unos golpecitos en la mano peluda al ex sargento mayor—. Estoy segura de que es usted buena persona... —No trató de ocultar las lágrimas al recordar las palabras «en un campamento helado»—. Me alegro de que el capitán, como usted lo llama, no le dejara en el campamento helado... Confía usted plenamente en él, ¿verdad...? Hay otros a los que sí deja... allí..., en el campamento helado... Para castigarlos...

El ex sargento mayor, también con lágrimas en los ojos respondió:

—Bueno, hay hombres que merecen el CB para... CB significa que no pueden salir del cuartel...

—¿Ah, sí? —exclamó ella—. ¡Vaya...! Y mujeres, ¿no...? También habrá mujeres...

El ex sargento mayor respondió:

—Tal vez alguna del WAAC..., no lo sé... Dicen que la disciplina femenina se parece mucho a la nuestra... ¡Se basa en la puntualidad!

Ella replicó:

—¿Sabe lo que se decía del capitán...? —Se dijo: «Ruego a Dios que a ese bruto fatuo y envarado le guste estar ahí sentado escuchándome... Virgen bendita, madre de Dios, haz que me acepte... Antes de medianoche. Antes de las once... En cuanto nos libremos de este... No, es una buena persona... ¡Virgen bendita...!»—. ¿Sabe lo que se decía del capitán...? Se lo oí al banquero más entusiasta de Inglaterra...

El ex sargento mayor abrió los ojos como platos y exclamó:

—¿Conocen ustedes al banquero más entusiasta de Inglaterra...? Caramba, siempre supimos que el capitán estaba bien relacionado...

Ella lo interrumpió:

—Se decía... que siempre estaba ayudando a la gente... —«¡Santa María, madre de Dios...! Es mi marido. No es un pecado... Antes de medianoche... ¡Oh, hazme una señal...! O antes... del final de las hostilidades... Si me hicieras una señal, podría esperar...»—. Ayudaba a virtuosos estudiantes escoceses, y a nobles arruinados... Y a mujeres adúlteras... A todos ellos... Como... ya sabe quien... Ése es su modelo... —Se dijo: «¡Maldito sea...! Espero que le guste... Cualquiera diría que en lo único que piensa es en ese condenado pato que está engullendo». Luego añadió en voz alta—: Decían de él: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse».

[126]

El ex sargento mayor la miró muy serio:

—Señora —dijo—, nosotros no podríamos decir eso del capitán... Pues supongo que se dijo de nuestro Redentor... Pero siempre hemos dicho que si podía ayudar a algún desdichado lo hacía... Y eso que la unidad siempre estaba recibiendo reprimendas del cuartel general.

De pronto Sylvia se echó a reír... Acababa de acordarse... Le había acudido a la memoria que la imagen de alabastro de la capilla de las monjas en Birkenhead era la tumba yacente de una tal señora Tremayne-Warlock... Se decía que había pecado en su juventud y que su marido nunca la había perdonado. Eso decían las monjas... Exclamó en voz alta:

—Una señal. —Y luego para sí: «¡Santa Virgen María! Me lo has dejado bien claro... Sin embargo, tú no pudiste encontrar un padre para tu hijo y yo puedo nombrar dos... Me estoy volviendo loca... Tanto él como yo nos estamos volviendo

locos...».

Estuvo tentada de ponerse mucho colorete en cada mejilla, pero luego pensó que sería demasiado melodramático...

En el salón, mientras esperaba que Tietjens y Cowley volvieran del teléfono, hizo otro pacto, ¡esta vez con el padre Consett en el cielo! Estaba convencida de que el padre Consett, y posiblemente otros poderes celestiales, querían que Christopher no se preocupara, para que pudiera seguir con la guerra, o porque era uno de esos tipos aburridos que tanto les gustan a las autoridades celestiales..., o por algún otro motivo por el estilo...

A esas alturas había vuelto a tranquilizarse. Uno no puede estar dominado por la emoción todo el rato. En cualquier caso, sus arrebatos eran periódicos e inesperados, aunque su pasión más fría era siempre inalterable... Así, cuando Christopher llegó esa tarde a casa de lady Sachse, estaba muy tranquila. Él se había paseado entre varios oficiales, ingleses y franceses por el enorme salón octogonal y azulado donde lady Sachse servía siempre el té, y se había acercado a ella con un gesto, ¡una levísima inflexión de cabeza...! Perowne se había ocultado detrás de una duquesa muy desagradable. El general, deslumbrante, canoso y tocado de escarlata y oro, también se le había acercado... Al ver a Perowne con ella se había puesto a bufar y resoplar mientras hablaba con un joven aristócrata..., un hombre moreno vestido de azul con un cinturón nuevo, que parecía un poco más teatral de la cuenta y era el chófer de un mariscal francés y el primo hermano y el pariente más próximo, sin contar a los padres y abuelos, de la futura novia.

El general le había dicho que estaba dirigiendo el asunto con firmeza a propósito porque pensaba que serviría para reforzar la Entente Cordial. Aunque no parecía estar haciéndolo. Los franceses —oficiales, soldados y mujeres— estaban todos juntos en un extremo de la habitación y los ingleses en el otro. Los franceses eran por lo general un poco más tristes de lo que se supone que deben ser hombres y mujeres. Un marqués o algo semejante —a Sylvia no se le escapaba que todos pertenecían a la nobleza bonapartista— no se había distinguido más que por decir, una vez presentados, que, por su parte, opinaba que la duquesa estaba en lo cierto, y por decírselo a Perowne, quien, como no sabía francés, se había atragantado exactamente igual que si su lengua se hubiese vuelto de pronto demasiado grande.

Ella no había oído lo que la duquesa —que estaba sentada en un sofá y parecía terriblemente agobiada— había estado diciendo, así que se había inclinado, del modo cortés que en la escuela le habían enseñado a reservar para los nobles legitimistas franceses, pero que juzgó apropiado emplear incluso con los bonapartistas, y había respondido que, sin la menor duda, la duquesa tenía toda la razón... El marqués la había mirado un buen rato con sus ojos oscuros, y ella le había devuelto una mirada larga y fría que le había dado a entender que lo veía como a un inferior. Esa mirada lo

aniquiló...

Tietjens había escenificado muy bien su encuentro con ella. Era una de esas cosas flemáticas que se le daban bien y, por unos segundos, ella se preguntó si tendría sentimientos de algún tipo. Aunque sabía muy bien que los tenía... El general, en cualquier caso, se les había acercado satisfecho y había exclamado:

—¡Ah, veo que ya os habíais visto...! Pensé que tal vez no habrías encontrado tiempo, Tietjens. El destacamento debe de ser un verdadero engorro...

Tietjens respondió en tono inexpresivo:

—Sí, ya nos habíamos visto... Me las arreglé para pasarme por el hotel de Sylvia, señor.

Fue ante la aterradora inexpresividad de Tietjens en aquella situación, cuando la sobrecogió la primera oleada de emoción... Hasta ese momento, se había limitado a constatar de manera sardónica que no había un solo hombre presentable en la habitación... Ni siquiera uno al que se pudiera considerar un caballero..., pues es imposible comparar a los franceses..., ¡jamás! Pero, de pronto, ¡se sintió desfallecer...! ¡Cómo, se preguntó, iba a conmover o a emocionar a aquel bruto! Era como tratar de mover un inmenso colchón lleno de plumas. Podías tirar de un lado, pero el resto colgaba por la otra parte y seguía inmóvil hasta que se te acababan las fuerzas. Hasta que se te agotaba la virtud...

Era como si pudiera echar mal de ojo, o si tuviese un protector especial. Era tan espantosamente competente, ¡como si estuviese siempre en el centro de su propio cuadro!

El general dijo muy contento:

—¡Entonces no te importará dedicar unos minutos a hablar con la duquesa! ¡Sobre el carbón...! ¡Por el amor de Dios, muchacho, sácame de ésta! Estoy exhausto...

Sylvia se mordió la parte interior del labio —¡nunca se mordía el labio!— para no gritar. Era justo lo que no quería que hiciese Tietjens en ese momento... Oyó cómo el general le explicaba con cortesía que la duquesa estaba retrasando la ceremonia por culpa del precio del carbón. El general amaba a Sylvia desesperadamente. De un modo muy correcto para tratarse de un general anciano... ¡Pero estaba dispuesto a llegar a donde fuese necesario por ella! ¡Y lo mismo su hermana!

Ella recorrió la habitación con la mirada para recuperar el control de sus sentidos y dijo:

—Es como un cuadro de Hogarth...

El insoluble ambiente dieciochesco que los franceses se las arreglan para comunicar a todos sus actos dominaba la escena de un modo peculiar. En un sofá estaba sentada la duquesa, rodeada de sus parientes. Era una de esas duquesas de nombre impronunciable: Beauchain-Radigutz, o algo parecido. El salón azulado era

octogonal y abovedado con un rosetón en medio del techo. A la izquierda había oficiales ingleses y VAD de evidente relevancia, a la derecha, como si la duquesa brillase sobre un mar al atardecer, militares franceses y mujeres vestidas de negro de edades muy dispares, pero en apariencia todas viudas. A su lado, en el sofá, no se veía a lady Sachse ni a la futura novia. Aquella mujer robusta, impresentable, fría y venenosa, vestida con ropa negra tan raída que casi parecía tweed gris, eclipsaba a las demás personalidades igual que el sol tapa a los planetas. Una autoridad gruesa, peinada con brillantina, vestida de civil y con una escarapela escarlata, esperaba de pie a la derecha de la duquesa con la mano extendida, como invitándola a bailar; una dama muy rechoncha, en apariencia también viuda, extendía, a la izquierda de la duquesa, las dos manos enguantadas, como si ella también estuviera invitándola a bailar.

El general, con Sylvia a su lado, ocupaba orgullosamente el centro del claro que conducía a la puerta abierta de una habitación mucho más pequeña. Al otro lado del umbral, había una mesa con un mantel blanco adamascado, un tintero de plata, lleno de plumas como las púas de un erizo, una valija gruesa de cuero para el transporte de documentos y un par de notarios: uno gordo y vestido de negro y el otro de uniforme, con un brillante monóculo y un bigote castaño que no paraba de retorcer.

Al contemplar la escena, el sentido del humor de Sylvia la tranquilizó y oyó decir al general:

—Se supone que debo llevarla del brazo a esa mesa y firmar el acuerdo... Somos los que tenemos que firmar primero... Pero ella se niega. Por culpa del precio del carbón. Por lo visto, tiene unos invernaderos enormes. Y cree que los ingleses han subido el precio del carbón como si..., maldita sea, cualquiera diría que lo hemos subido para que no pueda tener encendidas las estufas.

Al parecer, la duquesa había soltado una diatriba vengativa, fría, tranquila e interminable sobre la maldad de los aliados de su país que eran capaces de permitir que devastasen Francia y aniquilaran a sus hombres en plena juventud para poder subir el precio de un artículo de primera necesidad que era vital para ella. De nada servía discutir. No había nadie entre los presentes que supiera un poco de economía y hablase francés. Y, aparentemente, era inconmovible. No es que se negase a firmar el contrato matrimonial, sino que se limitaba a no moverse de la habitación ¡y, por lo visto, el matrimonio sería ilegal si le llevasen a ella el documento...!

El general dijo:

—Bueno, ¿qué diantres le dirá Christopher? Seguro que se le ocurre algo, porque es capaz de convencer a cualquiera. Pero ¿qué...?

A Sylvia casi le partió el corazón ver con qué exactitud Christopher hacía lo correcto. Recorrió el camino hasta el sol e hizo ante de la duquesa un extraño gesto con la cabeza y los hombros que pareció más una reverencia que una inclinación.

Resultó que conocía bastante bien a la duquesa..., igual que conocía bastante bien a todo el mundo. Le sonrió y luego adoptó una actitud solemne muy apropiada. A continuación, empezó a hablar en un francés admirable y pasado de moda con un terrible acento inglés. Sylvia no tenía ni idea de que supiera hablar el idioma... que ella conocía muy bien. Se dijo que era como oír hablar a Chateaubriand..., si Chateaubriand se hubiera criado entre terratenientes ingleses... Por supuesto, Christopher exageraba su acento para demostrar que era un caballero inglés. Y hablaba con corrección, para demostrar que un *tory* inglés puede hacer cualquier cosa si se lo propone...

Las caras de los británicos presentes en la habitación eran inexpresivas, las de los franceses estaban electrizadas y vueltas hacia él. Sylvia dijo:

—¿Quién habría imaginado que...?

La duquesa se puso en pie, tomó del brazo a Christopher y pasó de largo junto a Sylvia y al general. Iba diciendo que eso era justo lo que esperaba de un *milor Anglais... Avec un spleen tel que vous l'avez!*

Christopher, en suma, le había dicho a la duquesa que, puesto que su familia era la propietaria del mayor yacimiento de carbón para invernadero en Inglaterra y la de ella la del mayor número de invernaderos en el país hermano de Francia, ¿qué solución mejor que una alianza? Le daría instrucciones al administrador de su hermano para que, mientras durasen las hostilidades y durante todo el tiempo que quisiera después, le sirviesen todo el carbón que necesitase para sus invernaderos al precio que estuviese el 3 de agosto de 1914 en el distrito de Middlesbrough-Cleveland... Repitió: «El precio... *livrable au prix de l'houille-maigre dans l'enceinte des puits de ma campagne*». Para gran satisfacción de la duquesa, que lo sabía todo de precios.

Que Christopher tuviese éxito en ese momento era lo último que quería Sylvia, así que resolvió decirle al general que Christopher era socialista. Así disminuiría un poco el aprecio que le tenía el general..., pues la admiración que Campion sentía por Tietjens, el hombre que no discutía sino que actuaba respecto al precio del carbón, era más de lo que ella podía soportar... Sin embargo, al pensarlo dos veces en el salón después de la cena, cuando era mucho más consciente de lo que pretendía, no estuvo tan segura de haber hecho lo que quería. De hecho, ya en el salón octogonal, durante las escuetas celebraciones que siguieron a la firma del contrato, se sintió muy poco convencida de no haber hecho justo lo contrario de lo que quería...

Todo había empezado cuando el general le dijo:

—¿Sabes que tu marido es un hombre de lo más impredecible...? Lleva el uniforme más raído que cualquier oficial con el que haya hablado nunca. Se rumorea que está arruinado... Incluso he oído decir que le rechazaron un cheque en el club. Y luego va y hace un regalo principesco como ése..., sólo para ahorrarle a Levin un mal

rato... Ojalá pudiera entenderlo... Es un auténtico genio para salir del aprieto más enmarañado... Incluso a mí me ha sacado de apuros... Pero también lo es para meterse en los líos más desagradables... Eres demasiado joven para haber oído hablar de Dreyfus... Pero siempre he dicho que Christopher es un auténtico Dreyfus... No me extrañaría que acabaran expulsándolo del ejército... ¡Dios no lo quiera!

Fue entonces cuando Sylvia había dicho:

—¿Nunca se le ha ocurrido pensar que Christopher pudiera ser socialista?

Por primera vez en su vida, Sylvia vio al padrino de su marido con aspecto grotesco... Se quedó boquiabierto, con el cabello cano despeinado y se le cayó la preciosa gorra con sus hojas de roble doradas y escarlatas. Cuando se incorporó después de recogerla, su rostro anciano y delgado estaba deformado y purpúreo. Ella deseó no haberlo dicho, deseó no haberlo dicho. Champion exclamó:

—¡Christopher...! Sociali... —Se atragantó como si no pudiera pronunciar la palabra. Dijo—: ¡Maldita sea...! Quiero a ese muchacho... Es mi único ahijado... Su padre era mi mejor amigo... He cuidado de él... Me habría casado con su madre si me hubiera aceptado... Maldita sea, figura en mi testamento como legatario, junto a mi hermana a la que le dejo unas cosas y mi regimiento al que le lego mi colección de cornetas...

Sylvia —estaban en el sofá donde había estado sentada la duquesa— le dio unos golpecitos en el brazo y dijo:

—Pero general..., padrino...

—Eso lo explica todo —exclamó él con una mortificación que resultaba penosa. Tenía el bigote lacio y tembloroso—. Y lo peor es que nunca ha tenido el valor de hablarme de sus opiniones. —Se interrumpió, resopló y exclamó—: Por Dios, haré que lo expulsen del ejército... Por Dios que lo haré. Puedo hacer eso y más...

Estaba tan abrumado por el pesar que poco más pudo añadir Sylvia.

—Dices que sedujo a la hija de Wannop... La última persona a la que debería haber seducido... ¿Acaso no hay millones de mujeres? Te jugó una mala pasada, ¿verdad...? Aparte de ponerle un estanco a la otra chica... Por el amor de Dios, si estuve a punto de prestarle..., me ofrecí a prestarle dinero en esa ocasión... A un joven se le puede perdonar algún que otro desliz con las mujeres. Todos los cometemos... Todos les hemos puesto un estanco a alguna chica en nuestro tiempo... Pero, maldita sea, si es un socialista, la cosa tiene un cariz muy distinto... Habría podido perdonarle incluso lo de la hija de Wannop, si no fuese... Pero..., por Dios, es justo lo que haría un sucio socialista... Seducir a la hija del amigo más antiguo de su padre, aparte de mí... Aunque puede que a Wannop lo conociera incluso de antes... —Se había calmado un poco..., y no era tan estúpido. La miró con cierta agudeza en los ojos azules que no mostraban ningún signo de vejez. Dijo—: Mira, Sylvia..., es obvio que no te llevas bien con Christopher, por mucho que hayáis disimulado aquí

esta noche... Tendré que ocuparme de esto. Es una acusación muy grave contra un oficial de Su Majestad... Las mujeres dicen cosas contra sus maridos cuando no se llevan bien con ellos... —Siguió diciendo que no pretendía insinuar que lo que decía no estuviese justificado. Si Christopher había seducido a la hija de Wannop era motivo más que suficiente para que ella quisiera hacerle daño. Él siempre había considerado a Sylvia la virtud personificada y recta como una vela. Y si quería fastidiar a su marido, incluso con pequeñas cosas que no fuesen del todo ciertas, puede que estuviera en su derecho como mujer. Había dicho, por ejemplo, que Tietjens le había robado un par de sus mejores sábanas. Muy bien, su propia hermana, que era tan amiga suya, organizaba un escándalo si se le ocurría llevarse algo de la casa donde vivían. Una vez tuvieron una discusión terrible porque se le ocurrió sacar el espejo de afeitarse de su habitación en Mountby. A las mujeres les gusta tener juegos de cosas. Tal vez Sylvia tuviera juegos de sábanas. Su hermana tenía sábanas de lino con la fecha de la batalla de Waterloo bordada... Como es natural no querría que un juego quedase desaparejado. Pero esto era muy diferente. Concluyó con mucha seriedad—: No tengo tiempo de ocuparme de esto ahora... No debería pasar ni un minuto más fuera de mi despacho. Éstos son días cruciales... —Se interrumpió para pronunciar una serie de violentas imprecaciones contra el gobierno y el primer ministro. Luego prosiguió—: Pero tarde o temprano tendré que hacerlo... Es muy triste tener que ocupar mi tiempo con asuntos así en mi propia familia... Pero esa gente siempre trata de minar el corazón del ejército... He oído decir que se dedican a distribuir miles de panfletos en los que aconsejan a los soldados que les peguen un tiro a sus oficiales y se pasen a los alemanes... ¿Estás diciendo en serio que Christopher pertenece a una organización? ¿Qué te hace pensar eso? ¿Qué pruebas tienes...?

Ella respondió:

—Sólo que es el heredero de una de las mayores fortunas de Inglaterra no siendo aristócrata y se niega a tocar un penique. Su hermano Mark me ha contado que Christopher podría disponer de... ¡oh!, una suma enorme al año... Pero me ha dejado Groby a mí...

El general movió la cabeza como si estuviese repasando sus ideas.

—Por supuesto, el que rechaza la propiedad es un indicio de que es uno de ellos. Por Dios, tengo que irme... Pero lo de que no quiera instalarse en Groby... Si piensa vivir con la señorita Wannop... En fin, no iba a pasearse con ella por todo el condado... Y, luego, esas sábanas... Por como me lo contaste pensé que sus disipaciones lo habían reducido a la indigencia... Pero, claro, si se niega a aceptar dinero de Mark, la cosa es muy diferente... Mark te pagaría doscientos pares de sábanas sin pestañear... Y desde luego, también están todas esas cosas tan raras que dice Christopher. Te he oído quejarte muchas veces del modo inmoral en que

considera los asuntos serios de la vida... Me contaste que una vez habló de gasear a los niños retrasados. —Exclamó—: Tengo que irme. Ahí está Thurston buscándome... Pero ¿entonces qué es lo que ha dicho Christopher? Maldita sea, ¿qué demonios tiene ese muchacho en la cabeza...?

—Desea —respondió Sylvia, sin darse cuenta de que lo hacía— seguir el ejemplo de nuestro Señor...

El general se desplomó en el sofá y dijo casi con indulgencia:

—¿Y quién es ese... nuestro Señor?

Sylvia respondió:

—Nuestro Señor Jesucristo...

Campion se puso en pie como si le hubieran clavado un alfiler de sombrero.

—Nuestro... —exclamó—. ¡Dios mío...! Siempre supe que le faltaba un tornillo... Pero... —añadió con energía—: ¡Donar todos sus bienes a los pobres...! Pero Él no era... ¡No era socialista! Qué fue lo que dijo: dar al César lo que... A Él no habría que expulsarlo del ejército... —dijo—: ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! Claro que su pobre madre era un poco... Pero ¡qué demonios...! ¡La hija de Wannop...! —Le dominó un profundo malestar... Tietjens acababa de salir de la otra habitación e iba a su encuentro.

Dijo:

—El mayor Thurston le está buscando, señor. Es urgente...

El general lo miró como si fuese el unicornio del escudo real que hubiese cobrado vida y exclamó:

—¡El mayor Thurston...! ¡Sí! ¡Sí...!

Y cuando Tietjens le dijo: «Quería preguntarle algo, señor...», lo apartó a un lado como si temiera que fuese a atacarle y se fue dando pasos cortos y nerviosos.

De modo que allí sentada, en el salón del hotel abarrotado de oficiales y mujeres sin duda muy respetables pero que no dejaban de reírse tontamente... —el típico ambiente y lugar al que jamás habría esperado que la invitaran—, y, mientras esperaba el regreso de Tietjens y el ex sargento mayor, que —una vez más— era una de esas personas a la que jamás habría pensado que tendría que esperar, aunque se había pasado muchos años soportando al *protégé* de Tietjens, el odioso sir Vincent Macmaster, en todo tipo de comidas y en toda clase de sitios..., por supuesto Christopher estaba en su derecho de recibir en su propia casa, que, dadas las circunstancias, moralmente no le pertenecía a ella, a cualquier *protégé* olisqueante, nervioso, de bigotes de morsa y obsequioso como un oriental al que decidiera apadrinar. Convencida como estaba de que, cuando Tietjens había invitado al sargento mayor a celebrar su ascenso, no contaba con tener que cenar también con ella..., pues era la típica torpeza de la que era desconcertantemente capaz, aunque otras veces pudiese leer hasta el más íntimo de tus pensamientos... Y, de hecho, ella

ponía muchas menos objeciones a cenar con las clases decididamente inferiores que con meros critiquillos de segunda como Macmaster, y el sargento mayor le había venido de perlas para despellejar a Christopher... El caso es que allí sentada selló un nuevo pacto, esta vez con el padre Consett en el cielo.

Tenía muy presente al padre Consett, porque pasaba mucho tiempo entre las autoridades militares británicas que lo habían ahorcado... Nunca había tenido la impresión de pasar tanto tiempo entre aquellos colegiales insignificantes, odiosos e impresentables de risas equinas. Le contrariaba y era como un peso sobre sus espaldas, pues hasta ese momento los había ignorado por completo, y en aquel lugar parecían tener coherencia, masa..., casi vida... Entraban y salían a toda prisa de habitaciones incomprensible y absurdamente llenas de botas, ropa sucia, certificados de vacunación. ¡Incluso de latas viejas...! Un hombre de cabello prematuramente cano y semblante lívido, que vestía una guerrera abultada por encima y por debajo de su cinturón, entraba en el salón de una dama que controlaba todos los tenderetes de venta de cigarrillos y caramelos ácidos de la ciudad y le indicaba a un hombre sordo y medio calvo de nariz sorprendentemente roja —con una marca diagonal perfectamente definida, purpúrea y escarlata, que iba desde el tabique hasta la parte alta de las aletas de la nariz— que, por fin, se había deshecho de las latas viejas. Se veía obligado a repetirlo a voces porque el hombre de la nariz roja, con la cabeza inclinada, no había oído nada. El hombre sordo decía ¡ejem, ejem!, y se sorbía las narices. La mujer que ofrecía el té —una tal señora Hemmerdine, de Tarbolton, a quien podrías haber conocido en Inglaterra, estaba diciendo que por fin había conseguido doce resmas de papel con nomeolvides en la esquina superior cuando el hombre con cara de sordo empezaba bruscamente un monólogo interminable sobre la urgente necesidad de conseguir veinte mil toneladas de serrín para las nuevas estufas de combustión lenta de los barracones.

Era innegable que algo se estaba moviendo... Y que todo iba en la misma dirección... Una fuerza desagradable puesta en marcha por unos colegiales desgarrados de sexto grado, siniestros y maleducados, que esperaban en un rincón del patio la ocasión de torturar a alguien débil y desafortunado... En uno de esos rincones del ancho patio del colegio se habían topado con el padre Consett y lo habían ahorcado. Sin duda lo torturaron antes. Y si había ofrecido sus sufrimientos al cielo, sin duda ya estaba en el paraíso. O, si todavía no lo estaba, ciertas almas del purgatorio lo estarían escuchando en mitad de su tormento...

De modo que dijo: «Padre bendito y mártir, sé que apreciaba usted a Christopher y que querría ahorrarle sufrimientos. Haré este pacto con usted. Desde que he entrado en esta habitación no he levantado la vista del suelo. Dejaré de torturar a Christopher y me retiraré a un convento de ursulinas, pues no soporto a las otras monjas, el resto de mi vida... Y sé que eso también le complacerá a usted, porque siempre le

preocupó el bien de mi alma...». Lo haría si, al levantar la mirada y echar un vistazo por la habitación, veía a un solo hombre presentable. Sólo pedía que tuviera aspecto presentable, pues no quería tener nada que ver con él. ¡Quería una señal, no una víctima!

Le explicó al sacerdote muerto que no podía recorrer el mundo entero para ver si contenía un hombre presentable, pero tampoco soportaría pasar su vida en un convento y pensar que no había un solo hombre presentable en el mundo para las demás mujeres... Pues Christopher no les serviría de nada. Se pasaría el día soñando con la señorita Wannop. O con su recuerdo. Lo que venía a ser lo mismo... Estaba satisfecho con su AMOR... Aunque estuviese en el paso del Khyber, y el Himalaya se interpusiera entre los dos, se contentaría con saber que la señorita Wannop lo amaba en Bedford Park. Eso sería correcto en cierto sentido, pero de poca ayuda para las demás mujeres... Además, si él fuese el único hombre presentable del mundo, la mitad de las mujeres se enamorarían de él... Y las consecuencias serían desastrosas, porque era tan insensible como un buey en un cercado.

«Vamos, padre —dijo—, obre usted un milagro... Uno pequeño nada más. Aun cuando no existiese ningún hombre presentable podría poner uno aquí... Le daré diez minutos antes de mirar...»

Le pareció un alarde de deportividad por su parte, pues estaba convencida de hablar totalmente en serio. Si en aquella habitación innoble, acristalada, alargada, desproporcionada, mal iluminada por lámparas de pantalla verde y, por supuesto, llena de hojas de palmera, apareciese un hombre decente, tal como eran los hombres antes de que empezase aquel jolgorio, se retiraría a un convento el resto de su vida...

Cayó en una especie de trance leve después de mirar el reloj. Caía con frecuencia en aquellos trances leves..., desde que era una niña en el colegio bajo la dirección espiritual del padre Consett. Le pareció notar la presencia del cura moviéndose por la habitación cogiendo un libro y volviéndolo a dejar en la mesa... ¡Su fantasmal amigo...! Por Dios, él también era bastante impresentable, con su carota franca que siempre parecía sucia, sus grandes ojos negros y su boca... Pero era un santo y un mártir... Sintió que estaba allí... ¿Por qué lo habían asesinado? Ahorcado por orden de un subalterno borracho y medio chiflado, porque había oído en confesión a algunos rebeldes la noche antes de que los capturasen... Estaba al otro extremo de la habitación... Le oyó decir que quienes lo habían ahorcado no le habían comprendido. Eso es lo que diría... Perdónales, porque no saben lo que hacen... [127]

«Entonces, ¡perdóneme a mí, pues la mitad de las veces no sé lo que hago...! Es como si me hubiese hechizado usted. En Lobscheid. Donde estaba mi madre, cuando volví de aquel lugar sin mis vestidos... Se lo dijo usted a mi madre y ella me lo contó: “El verdadero infierno para ese pobre chico, refiriéndose a Christopher, llegará cuando se enamore de alguna joven, cosa que hará tarde o temprano..., pues ella,

refiriéndose a mí, removerá cielo y tierra para conseguirlo...”. Y, cuando mi madre dijo que estaba segura de que yo no haría nada vulgar usted se negó a creerla. Me conocía bien...»

Trató de despertar y dijo: «Me conocía bien... ¡Maldita sea, me conocía muy bien...! ¿Qué me importa a mí, Sylvia Tietjens, de soltera Satterthwaite, cometer una vulgaridad? Hago lo que me viene en gana y lo que piensen los demás me trae sin cuidado. A excepción de un cura. ¡Una vulgaridad! Me sorprende que mi madre pudiera ser tan obtusa. Cuando soy vulgar lo hago con intención. Así que no puede llamarse vulgaridad. Puede que sea un defecto. O un vicio... Pero cuando una comete de manera consciente un pecado mortal no es una vulgaridad. Se arriesga a sufrir eternamente las llamas del infierno... ¡Muy bien!».

La fatiga volvió a apoderarse de ella junto a la sensación de la presencia del sacerdote... Volvió a verse en Lobscheid, treinta y seis horas después de librarse de Perowne con el cura y su madre en la salita sombría, llena de trofeos de caza, iluminada por las velas y con la sombra del sacerdote temblando sobre las paredes de pino y los techos... Era un lugar embrujado, en lo profundo de los bosques alemanes. El propio padre Consett había dicho que había sido el último lugar de Europa en ser cristianizado. O que tal vez nunca lo hubiera sido... Quizá por eso aquella gente, los alemanes, surgidos de aquellos bosques infestados de demonios, cometieran tantas atrocidades. O tal vez no fuesen tan malvados... Nunca se sabe... Pero era posible que el cura la hubiese hechizado... Sus palabras siempre le rondaban por la cabeza, como suele decirse...

Un hombre se acercó a ella y le dijo:

—¿Cómo está, señora Tietjens? No imaginaba encontrarla aquí.

Sylvia respondió:

—De vez en cuando tengo que cuidar de Christopher. —Él se quedó un minuto a su lado con una sonrisa de colegial, luego se alejó igual que un objeto que se hunde en el agua... El padre Consett volvió a acercársele. Ella exclamó: «Pero, padre, la cuestión es..., ¿es eso deportividad...? Deportividad o lo que sea». El padre Consett suspiró: «¡Ah...!», con su terrible poder de despertar las dudas... Sylvia dijo: «Cuando vi a Christopher... ¿Anoche...? Sí, fue anoche... Dándose la vuelta para subir por la colina... Después de hablar sobre él con un montón de soldados sonrientes... Para que se enfadase... Una no debe hacer escenas delante de la servidumbre... Un hombre pesado, fatigado..., descender por la colina y volver a subir trabajosamente... Nada más darse la vuelta lo iluminaron los focos... Me acordé del bulldog blanco al que azoté la noche antes de que muriese... Un animal cansado y silencioso... Con el trasero gordo y blanco... Exhausto... No se le veía la cola porque tenía el muñón hacia abajo... Era un animal grande y silencioso... El veterinario dijo que lo habían envenenado con minio unos ladrones... Es horrible

morir envenenado con minio... Destroza el hígado... Y durante quince días cree uno estar mejorando. Y siempre tiene frío..., y la sangre helada... El pobre animal había salido de la perrera para tratar de acercarse al fuego... Me lo encontré en la puerta al volver de un baile sin Christopher... Y cogí una fusta y lo azoté. Resulta placentero azotar a un animal blanco y desnudo... Obeso y silencioso, como Christopher... Pensé que Christopher podría... Esa noche... Me pareció que el perro bajaba la cabeza..., una cabezota donde cabría una Enciclopedia Británica de datos erróneos, tal como solía afirmar Christopher. Y dijo: “¡Qué esperanza...!”. Que me condene, como sin duda haré, si el perro no dijo: “¡Qué esperanza...!”. Blanco como la nieve entre los negros arbustos... Y luego se metió debajo de unas matas. Lo encontraron allí muerto por la mañana. No se imagina el aspecto que tenía, con la cabeza vuelta hacia atrás, cuando me miró y me dijo: “¡Qué esperanza!”. Desde debajo de un arbusto. Un eu..., eu... euonymus,^[128] ¿no? Cubierto de escarcha y con todas las venas expuestas en la superficie desnuda de la piel... El séptimo círculo del infierno, ¿no? El círculo helado... Era el último bulldog blanco de la camada... Igual que Christopher es la última esperanza blanca de la camada *tory* de Groby... Imitando el ejemplo de nuestro Señor... Pero nuestro Señor nunca se casó. Nunca se refirió al asunto del sexo. Hizo bien... —añadió—: Ya han pasado los diez minutos, padre... —Y miró la superficie redonda y estrellada entre los diamantes de su reloj de pulsera. Exclamó—: ¡Dios mío...! Sólo un minuto... He pensado todo eso en sólo un minuto... Ahora entiendo por qué el infierno puede ser una eternidad...».

Christopher, muy cansado, y el ex sargento mayor Cowley, más parlanchín que nunca, aparecieron entre las hojas de palmera. Cowley estaba diciendo: «¡Es intolerable...! No hay quien lo aguante... Volver a mandar formar al destacamento a las once...». Se desplomaron en sus asientos. Sylvia le alcanzó a Tietjens un pequeño mazo de cartas. Dijo:

—Será mejor que les eches un vistazo... Como no estaba segura de tu paradero, hice que me enviaran tus cartas desde el piso... —Descubrió que, bajo la mirada del padre Consett, no se atrevía a mirar a Tietjens mientras lo decía. Le sugirió a Cowley —: Será mejor que guardemos silencio uno o dos minutos mientras el capitán lee su correo... ¿Le apetece otra copita...?

Luego observó cómo Tietjens doblaba la parte superior del sobre con la carta de la señora Wannop y a continuación abría la de su hermano Mark.

«Maldita sea —se dijo—, ¡le he dado lo que quería...! Ahora lo sabe... Ha visto el remite..., sabe que siguen en Bedford Park... Puede imaginarse a la señorita Wannop allí... Hasta ahora no había podido saber dónde estaba... Se estará imaginando con ella en la cama allí...»

El padre Consett, con su rostro moreno e inteligente y la unción gozosa del santo y mártir, estaba apoyado en el hombro de Tietjens... Debía de estar echándole el

aliento en la espalda, tal como su madre le había contado que hacía siempre que tenía una buena mano en las cartas y no podía jugarla porque era más de medianoche y tenía que celebrar la santa misa.

Sylvia se dijo:

«No, no me estoy volviendo loca... Es sólo el efecto de la fatiga sobre el nervio óptico... Christopher me lo ha explicado... Dice que, cuando tiene la vista muy cansada, después de hacer uno de esos cálculos de primero de su promoción, ha visto a menudo a una mujer con un vestido dieciochesco rebuscando en uno de los cajones de su escritorio... Gracias a Dios, tengo a Christopher para explicarme las cosas... Nunca lo dejaré marchar... Nunca, nunca lo dejaré marchar...».

Sin embargo, hasta varias horas más tarde no comprendió el significado de la aparición del padre Consett y dichas horas estuvieron llenas de emociones, e incluso de acciones. Para empezar, nada más leer unas palabras de la carta de su hermano, Tietjens alzó la mirada y dijo:

—Por supuesto, te instalarás en Groby... Con Michael... Y, como es natural, se harán las gestiones necesarias... —Siguió leyendo la carta, repantigado en su sillón debajo de la pantalla verde de una lámpara...

Sylvia sabía que la carta empezaba con las palabras: «La #####de tu mujer ha venido a verme para pedirme que le transfiriese a ella cualquier asignación que tuviera pensado asignarte. Por supuesto, puede quedarse en Groby, pues no tengo intención de alquilarlo y yo mismo no puedo cuidar de la finca. Aunque tal vez prefieras correr el riesgo e irte a vivir a Groby con la chica. Es lo que yo haría en tu lugar. Probablemente descubrieses que el lugar vale el..., ¿cómo se llama?, ostracismo, si es que llegara a producirse. Pero olvidaba que la chica no es tu amante, a menos que haya ocurrido algo desde la última vez que te vi. Y lo más probable es que quieras que Michael se críe en Groby, en cuyo caso no podrías tener a la chica allí, ni siquiera aunque la hicieses pasar por una institutriz. Al menos yo creo que esos apaños siempre acaban mal, siempre acaban descubriéndose, aunque Crosby de Ulick lo hizo y nadie pareció darle mucha importancia. Pero era muy desagradable para sus hijos. Por supuesto, si quieres que tu mujer se quede en Groby tendrá que recibir lo suficiente para mantenerlo y los gastos están subiendo mucho. Aun así, nuestros ingresos también están creciendo bastante, cosa que no todos pueden decir. En lo único que insisto es en que le dejes claro a esa buscona que ni un solo penique de la cantidad que le entregue, aunque no sea gran cosa, procede de lo que me gustaría que me dejaras asignarte a ti. Quiero que le dejes claro a esa rubia teñida, o tal vez sea natural, mis ojos ya no son lo que eran, que lo que tú tienes es totalmente independiente de lo que ella saque como madre del heredero de nuestro padre para ofrecerle la vida que le corresponde. Espero que estés seguro de que es hijo tuyo, pues viendo a la otra parte a mí me cuesta creerlo. Pero aunque no lo fuera, seguiría

siendo el heredero de nuestro padre y debería ser tratado como tal.

—Déjase bien claro, porque esa furcia vino a verme, y espero que me disculpes por mi lenguaje, con la proposición de que te privase de cualquier ingreso que pensara concederte (y al que, por supuesto, tienes derecho por el testamento de nuestro padre, ¡aunque de nada sirva recordártelo!), como prueba de mi desaprobación por tu comportamiento, cuando, maldita sea, no has hecho nada de lo que no me sienta orgulloso. Al menos en ese asunto, pues no puedo dejar de pensar que podrías serle de más utilidad al país si estuvieses en cualquier otro sitio distinto de donde estás. Aunque tú sabes mejor que nadie lo que te exige tu conciencia, y supongo que esas brujas te han hostigado tanto que te alegras de refugiarte en cualquier agujero. Pero eso sí: no te dejes morir en tu agujero. Alguien tendrá que cuidar de Groby, y aun cuando no vivas allí podrás vigilar a Sanders, o a quien quieras nombrar como administrador. Esa arpía a la que honras con tu nombre (que también es el mío, ¡gracias!) sugirió que si yo le permitía vivir en Groby, se llevaría consigo a su madre, y que ella se encargaría de cuidar las fincas. Creo que lo haría, pese a que se ha visto obligada a alquilar su propia casa. Aunque lo mismo le ha ocurrido a casi todo el mundo. En cualquier caso, me parece una mujer notable y con la cabeza sobre los hombros. A la desvergonzada de su hija no le conté que había venido a verme durante el desayuno muy disgustada nada más despedirse de ti. Ni que se acercó a la chimenea y se hartó de llorar. Como recordarás que decía siempre Gobbles, el jardinero. ¡Un buen tipo, aunque fuese de Lancashire! La madre no se hace ilusiones respecto a los sentimientos de su hija por ti. Estaba terriblemente disgustada por tu partida, sobre todo porque cree que ha sido su niña la que te ha obligado a salir del país y que tú no pretendes ¿debería decir impedírselo? No lo hagas.

«Ayer vi a la chica. Me pareció muy pálida. Aunque la he visto varias veces y siempre me ha parecido pálida. No comprendo por qué no les escribes. La madre no deja de quejarse porque no has contestado a sus cartas y no le has enviado la información militar que necesita para ese artículo que está escribiendo para una revista suiza...».

Hasta ahí, Sylvia se sabía la carta casi de memoria, porque en la celda blanca del convento de Birkenhead había empezado a copiarla dos veces, con la intención de conservarla y darle publicidad. Pero en ese punto la había dominado la idea de que, bien pensado, no demostraba mucha deportividad por su parte. Además, a partir de ahí la carta —la había hojeado por encima— trataba casi por entero de los asuntos de la señora Wannop. A Mark, en su ingenuidad, le preocupaba que la anciana, aunque disfrutase ahora de los ingresos legados por su padre, no se hubiese puesto a escribir de inmediato una novela imperecedera, aunque, como tenía a bien añadir, no sabía nada de novelas.

Christopher estaba leyendo sus cartas a la luz de la lámpara con la pantalla verde, el ex sargento había empezado varias frases y había vuelto a sumirse en el silencio al recordar que Tietjens estaba leyendo. El rostro de Christopher estaba totalmente inexpresivo, lo mismo podía haber estado hojeando un informe de la oficina de estadísticas en el desayuno como en los viejos tiempos. Se preguntó vagamente si le parecería apropiado disculparse por los epítetos que le había dedicado su hermano. Lo más probable era que no. Pensaría que, puesto que había abierto la carta, tendría que asumir la responsabilidad de cargar con su contenido. O algo por el estilo. Empezaron a oírse golpes y ruidos sordos que interrumpieron el relativo silencio. Cowley dijo: «¡O sea, que vuelven!». Varias parejas pasaron por delante de ellos camino de la puerta. Desde luego entre ellas no había ningún hombre presentable, todos eran demasiado viejos o demasiado malcriados, con narices desproporcionadas o bocas entreabiertas y distraídas.

En cierto modo, acompañar a Christopher mientras leía sus cartas había producido un cambio de humor en Sylvia. Las imágenes que acudían a su memoria eran las del triste salón del desayuno donde se había visto con Mark y las de la triste fachada de la casa donde vivían las Wannop en Bedford Park... Aunque seguía siendo consciente de su pacto con el cura y comprobó en su reloj de pulsera que habían pasado seis minutos... Era asombroso que Mark, que como mínimo era millonario, y probablemente mucho más, viviera un apartamento tan deprimente —la principal decoración eran las pezuñas de varios caballos de carreras, montadas como tinteros, portaplumas o pisapapeles— y desayunara sólo unas lonchas de jamón grasientas sobre las que se desangraban unos huevos pálidos... Pues ella, igual que su madre, había ido a verle a la hora del desayuno. Su madre porque acababa de despedirse de Christopher que iba camino de Francia, y ella porque, después de una noche sin dormir —la tercera consecutiva— había ido a pasear por Saint James Park y, al pasar junto a las ventanas de Mark, se le ocurrió que podría perjudicar a Christopher poniendo a su hermano al tanto de su relación con la señorita Wannop. Así que, sobre la marcha, se había inventado el deseo de vivir en Groby y la lógica necesidad de contar con ingresos adicionales. Pues, aunque era una mujer bastante rica, no lo era lo bastante para mantener Groby. El lugar no era tan inmenso por las habitaciones, aunque por lo que podía recordar debía de tener entre cuarenta y sesenta, sino por los terrenos y la maraña de establos, aljibes, rosaladas y cercados... En realidad, era un lugar muy masculino, con sus muebles adustos y los pasillos de la planta inferior empavesados con grandes losas. Así que había contemplado a Mark mientras leía su correspondencia con su ejemplar de *The Times* secándose sobre el respaldo de una silla junto al fuego..., pues era de esos hombres capaces de albergar la idea decimonónica de que uno puede acatarrarse por leer un periódico húmedo. Sus rasgos duros, lúgubres y rígidos, que parecían tallados en una silla vieja, no habían

expresado la menor emoción durante la conversación. Se había ofrecido a encargar más huevos con jamón para ella y le había hecho una o dos preguntas acerca de cómo pensaba vivir en Groby en el caso de que fuese a instalarse allí. Por lo demás, no había dicho nada sobre la información que ella le había proporcionado de que la señorita Wannop había tenido un hijo con Christopher —por lo menos hasta esa conversación se había adherido a la antigua historia—. No había dicho nada. Ni una sola palabra... Al final de la conversación, cuando se levantó y fue a la habitación de al lado a buscar un sombrero hongo y un paraguas con la excusa de que tenía que ir al despacho, le había dejado muy claro sin la menor expresividad lo que decía la carta: le dijo que podía instalarse en Groby, pero que debía entender que, ahora que su padre estaba muerto, y siendo él un funcionario sin hijos y con trabajo en Londres, Groby era prácticamente propiedad de Christopher y por tanto podía hacer lo que quisiera, siempre que —como sin duda haría— lo mantuviese en buen estado. Así que, si ella quería vivir allí, necesitaría una autorización de Christopher. Y añadió con tanta ecuanimidad que hasta que Sylvia llegó a la calle no cayó en lo sorprendente de una sugerencia que la dejó sin aliento: «Claro que, si lo que dice es cierto, Christopher podría querer irse a vivir a Groby con la señorita Wannop». Y le había ofrecido una mano inexpresiva y la había acompañado, muy quisquilloso, por los sombríos y tristes pasillos iluminados sólo por las cristalerías del piso de abajo que en apariencia daban al cuarto de baño...

Hasta ese momento eufórica y angustiada al mismo tiempo, Sylvia no comprendió a lo que se enfrentaba. Cuando fue a ver a Mark estaba medio enloquecida por las noticias de que Christopher estaba en el hospital en Ruán y, aunque las autoridades del hospital le habían asegurado, primero por telegrama y luego por carta, que era sólo cosa de los pulmones, no sabía hasta qué punto las autoridades de la Cruz Roja engañaban a los parientes de los heridos.

El caso es que había sido natural que quisiera herirle tanto como pudiera en ese momento, pues la idea de que estuviese sufriendo hizo que quisiera contribuir a su sufrimiento en todo lo posible. De otro modo, por supuesto, no habría ido a ver a Mark... Pues había sido un error estratégico. Aunque luego se dijo: «¡Qué demonios...! ¿De qué estrategia estoy hablando? ¿Qué me importa a mí la estrategia? ¿Qué es lo que pretendo...?». ¡E hizo lo que le apeteció en aquel momento...!

Entonces lo comprendió con certeza. No sabía, ni le interesaba saber, cómo había convencido Christopher a Mark, pero el caso es que lo había hecho. Su padre había muerto con el corazón destrozado por los rumores que circulaban sobre su hijo —rumores que ella había puesto en circulación, casi con tanta eficiencia como aquel hombre llamado Ruggles y otros cotillas no menos irresponsables— y que, aunque estaban pensados para aplastar a Christopher, habían aplastado a su padre... Y, sin embargo, el caso era que Christopher había convencido a Mark, a quien llevaba sin

ver diez años... En fin, era lógico. La conducta de Christopher era intachable, eso era un hecho, y Mark, aunque pareciera un poco estúpido al estilo de los del norte, tampoco era ningún idiota. No podía serlo. Era un alto funcionario público. Y, pese a que, por lo general, Sylvia no le concedía el menor crédito a ningún funcionario público, si un hombre como Mark tenía por nacimiento la posición social que sin duda le correspondía y además era el director de un departamento y se le consideraba totalmente indispensable, no se le podía pasar por alto... De hecho, en la parte más frívola de la carta, contaba que le habían ofrecido el título de baronet, y esperaba que Christopher estuviese de acuerdo en su decisión de rechazarlo. Christopher no quería ese condenado título tras su muerte y él prefería contraer el moquillo a que esa ramera —refiriéndose a ella— llegara a convertirse en lady T. gracias a él. Luego había añadido con extraña solicitud: «Por supuesto, si considerases la idea de divorciarte (cosa por la que ruego a Dios todos los días, aunque estoy de acuerdo en que obras bien no haciéndolo) y el título fuese a parar a la otra chica tras mi fallecimiento, lo aceptaría con gusto, pues un título siempre sirve de ayuda después de un divorcio. Pero el caso es que voy a rechazarlo y pedir que me hagan caballero, siempre que no te moleste que me convierta en sir, creo que nadie debería rechazar un honor en estos tiempos, como hacen ciertos intelectuales repugnantes, pues es como abofetear al soberano y refuerza a nuestros enemigos, que es lo que sin duda pretenden esos tipos».

No cabía duda de que Mark —con la posible adición de los Wannop— apoyaría a Christopher si ella decidiera organizar un escándalo público... En cuanto a los Wannop..., la chica era insignificante. O tal vez no, si se pusiera desagradable y empezara a manipular a Christopher. Pero la madre era una figura formidable, con una lengua viperina y muy respetada en los mentideros londinenses..., tanto por la posición de la que disfrutaba su difunto marido como por los sólidos artículos que escribía... Sylvia había ido a echarle un vistazo al lugar donde vivían... Una calle deprimente en un barrio de las afueras, cuyas casas —sabía lo bastante sobre casas para darse cuenta— tenían las tejas rotas y los ladrillos en malas condiciones. Casas viejas, pese a su falso aspecto artístico, y oscurecidas por unos árboles que debían de haber dejado crecer para darles un aspecto más pintoresco. Con habitaciones diminutas y muy oscuras... Residencia de una extremada indigencia o de la pobreza más absoluta... Comprendió que los ingresos de la anciana debían de haberse reducido tanto durante la guerra que sólo contaban con lo que ganaba su hija como maestra de escuela o como profesora de gimnasia en un colegio femenino. Había recorrido la calle un par de veces con la esperanza de encontrarse con la chica, pero luego pensó que aquél era un procedimiento bastante indigno... Aunque también lo era tener una rival muerta de hambre viviendo en aquel agujero... Pero así eran los hombres, aún podía dar gracias de que no viviera en una confitería... El tal

Macmaster decía que era inteligente y sabía hablar bien, sin embargo, su mujer afirmaba que no era más que una ignorante... Eso último no debía de ser cierto, pero, en cualquier caso, había sido muchos años amiga íntima de la mujer de Macmaster, mientras se dedicaron a exprimir a Christopher y hasta que, como buenos esnobs de clase media baja se les ocurrió la idea de utilizarla a ella para entrar en sociedad... Aun así, era probable que fuese buena conversadora y que, pese a ser más bien bajita, estuviese en buena forma física. Un buen producto casero... ¡No le deseaba ningún mal!

Lo increíble era que Christopher la dejara morir de hambre en aquel mísero lugar cuando tenía un Perú a su disposición... ¡Pero los Tietjens eran austeros! No había más que ver las habitaciones de Mark... y Christopher dormía igual de bien en el suelo que sobre un lecho de plumas. Y lo más probable es que ella no quisiera aceptar su dinero. Y hacía bien. Era el mejor modo de conservarlo... A ella no tenían que explicarle lo estimulante que podía llegar a ser una vida austera... En su retiro en el convento su cama era tan dura y fría como la de un anacoreta y se levantaba con las monjas a las cuatro para rezar los maitines. De hecho lo que le molestaba no eran tanto sus costumbres o la comida como que las novicias y algunas de las monjas fuesen de clase baja y tuviese que frecuentar su compañía... Por eso si, de acuerdo con el pacto, tuviera que retirarse el resto de su vida iría a las Dames Nobles.

Un cañón manejado por unos tipos de antiaéreos más bien eufóricos, y tan cercano que parecía estar en el jardín del hotel, la estremeció físicamente casi en el mismo instante en que una inmensa bengala estallaba en el embarcadero que había al fondo de la calle del hotel. Le irritaron sobremanera aquellos ejercicios de colegial. Uno de esos odiosos generales, alto, de rostro purpúreo y bigotes blancos, apareció en el umbral y dijo que tenían que apagar todas las luces menos dos y que les aconsejaba que se fuesen a algún otro sitio. El hotel tenía buenos sótanos. Se dedicó a pulular por el hotel apagando las luces mientras varias parejas y grupos pasaban a su lado, camino de la salida... Tietjens levantó la mirada de la carta —en ese momento estaba leyendo una de la señora Wannop—, pero, al ver que Sylvia no hacía ningún movimiento, siguió sentado en su sillón.

El anciano general dijo:

—No se levante, Tietjens... Siéntese, teniente... Supongo que debe de ser usted la señora Tietjens... Aunque, por supuesto, sé muy bien que lo es... Esta semana publicaron una foto suya en... He olvidado el nombre...

Se sentó en el brazo de un gran sillón de cuero y le detalló los inconvenientes que le había causado su visita a la ciudad... Lo había despertado, justo después de comer, un joven oficial aterrado de que hubiese llegado sin papeles. No había vuelto a hacer bien la digestión desde entonces... Sylvia le respondió que lo sentía mucho y le aconsejó beber agua caliente y no tomar alcohol con el almuerzo. Pero tenía que

tratar un asunto muy importante con Tietjens y no se le había pasado por la imaginación que un adulto pudiera necesitar papeles. El general empezó a explicarle la importancia que tenía su oficina y el gran número de agentes enemigos que arrestaban a diario, gracias a su perspicacia, en la ciudad y las líneas de comunicación...

Sylvia estaba abrumada por la ingenuidad del padre Consett. Miró el reloj. Los diez minutos habían pasado, pero no parecía haber un alma en aquel triste lugar... El padre —¡era una señal sin duda inconfundible— había vaciado la sala del todo. ¡Típico de él!

Se levantó para cerciorarse. Al otro extremo de la habitación, a la luz tenue de la otra lámpara de lectura que el general no había apagado, había dos siluetas casi indistinguibles. Se acercó a ellas acompañada por el general, que seguía dedicándole todo género de cortesías. Le confesó que, en realidad, no había nada que temer. Había recurrido al truco de vaciar el salón para librarse de esos condenados subalternos jóvenes que lo utilizaban para pelar la pava cuando se apagaban las luces. Ella le respondió que iba a coger un horario al otro extremo de la habitación...

La punzada de esperanza de que una de las figuras resultara ser el hombre presentable desapareció... Eran un joven subalterno gimoteante con un bigotillo incipiente y los ojos llorosos y un anciano calvo muy indignado vestido con ropa de fiesta confeccionada por un sastre de pueblo. Acababa de dar una palmada para subrayar lo que estaba diciendo.

El general le explicó que era uno de los jovenzuelos que tenía a sus órdenes y que estaba recibiendo un buen rapapolvo de su padre por gastar más dinero de la cuenta. Los jóvenes se pasaban el día corriendo detrás de las faldas..., igual que los viejos. No había forma de impedirlo. Aquel lugar era un foco de... Dejó la frase sin terminar. No imaginaba los contratiempos que le ocasionaban... Aquel mismo hotel... Los escándalos...

Luego le pidió que lo disculpara si echaba una cabezadita en uno de los sillones más apartados, donde no interfiriese con su conversación. Tenía que pasarse media noche despierto. A Sylvia le pareció un personaje totalmente despreciable, demasiado despreciable para que el padre Consett lo hubiese utilizado para despejar el salón. Pero el presagio estaba claro. Tenía que reconsiderar su situación. ¡Significaba, ¿o no?, que tendría que declararle la guerra a los poderes celestiales...! Apretó los puños...

Al pasar junto al sillón de Tietjens el general le espetó:

—Recibí su nota esta mañana, Tietjens... Sepa que... —Tietjens se levantó de su asiento y se puso en posición de firmes, con las manazas como paletillas de cordero sobre las costuras de los pantalones— me parece muy grave que descarten un pliego de cargos de mi departamento escribiendo en él «caso sobreseído». Nosotros no

hacemos acusaciones sin pensarlo. Y el cabo Berry es un NCO particularmente fiable. Me cuesta encontrarlos. Sobre todo después de los últimos disturbios. Le aseguro que hace falta valor.

—Si —respondió Tietjens— tuviera usted a bien advertir a la GMP para que no fuesen por ahí llamando reclutas a los soldados de las tropas coloniales, no habría más dificultades... Como oficiales se nos ha indicado que seamos especialmente cuidadosos con las tropas de los Dominios. Por lo visto son muy susceptibles con los insultos...

El general se puso de pronto hecho una furia y empezó a soltar frases inconexas: «condenada insolencia...», «comisión de investigación...», «unos malditos reclutas...». Por fin, se serenó lo bastante para decir:

—Sus hombres son reclutas, ¿no? Me producen más quebraderos de cabeza que... Pensaba que quería usted...

Tietjens replicó:

—No, señor. En mi unidad no hay un solo soldado canadiense o de la Columbia Británica que no se haya alistado como voluntario...

El general estalló para decir que iba a llevar todo el asunto ante el departamento del GOCIC. Y que Campion hiciera lo que quisiera, él se lavaba las manos. Hizo ademán de marcharse muy airado, luego se detuvo, le hizo una rígida reverencia a Sylvia, que no lo estaba mirando, se encogió de hombros y se marchó furioso.

A Sylvia le costó volver a dominar sus pensamientos, pues la tarde estaba totalmente impregnada de asuntos militares que a ella le parecían bromas de colegial. De hecho, después de que Cowley, que por entonces había ingerido ya una gran cantidad de licor, le soltara a Tietjens: «Caramba, no quisiera estar en su pellejo si el viejo Blazes le pilla esta noche», ella le dijo a Christopher con auténtico asombro:

—No irás a decirme que un viejo senil como ése podría perjudicarte en algo... ¡a ti!

Tietjens respondió:

—Bueno, lo cierto es que se trata de un asunto muy desagradable...

Ella contestó que eso le parecía, pues, antes de que Christopher pudiera terminar su frase, se le acercó un ordenanza que le entregó un lápiz y un montón de papeles arrugados. Tietjens los miró por encima y los firmó uno por uno mientras decía con voz entrecortada: «Son tiempos difíciles...», «Estamos acumulando tropas en el frente a toda prisa...», «Y, por si fuera poco, el personal no hace más que cambiar...». Soltó un resoplido de exasperación y le dijo a Cowley:

—Ese tipejo de Pitkins ha conseguido que lo nombren instructor de explosivos. Y es incapaz de ponerse al frente del destacamento... ¿A quién demonios voy a nombrar? ¿Quién demonios hay...? Usted conoce a todos los... —Se interrumpió para que no lo oyera el ordenanza. Un chico listo. Casi el único tipo espabilado que le

quedaba. Cowley se levantó del asiento y afirmó que telefonaría a la sala de oficiales para ver quién quedaba allí... Tietjens le preguntó al chico—: ¿Estos informes sobre las religiones de los miembros del destacamento los ha hecho el sargento mayor Morgan?

El chico respondió:

—No, señor, los hice yo. Están bien. —Sacó un pedazo de papel del bolsillo de la guerrera y dijo tímidamente—: Si no le importa firmar esto, señor... Podría coger un tranvía ASC que sale para Boulogne mañana a las seis...

Tietjens dijo:

—No, no puedo darle permiso. Lo necesito aquí. ¿Para qué es?

El chico contestó de forma casi inaudible que quería casarse.

Tietjens, sin dejar de firmar, dijo:

—No lo haga... ¡Pregunte a sus colegas casados!

El chico, escarlata en su uniforme caqui, frotó la suela de un zapato en el empeine del otro. Dijo que era imprescindible salvar el honor de la dama. El niño podía nacer en cualquier momento. Era muy buena chica. Tietjens firmó el papel y se lo dio al chico sin mirarlo. Él siguió con la vista fija en el suelo. El teléfono del otro extremo de la habitación los distrajo. Cowley no había podido contactar con el campamento porque acababa de llegar un mensaje urgente para el adormilado general acerca del espionaje alemán.

Cowley empezó a gritar:

—Por el amor de Dios, no cuelgue... Por el amor de Dios, no cuelgue... No soy el general... Le digo que no soy el general...

Tietjens le pidió al ordenanza que despertara al guerrero durmiente. Se produjo una escena muy violenta delante del auricular del silencioso teléfono. El general rugió para averiguar con quién hablaba. El capitán Bubblejocks... El capitán Cuddlestocks... ¡Quién demonios era! ¿Y de parte de quién llamaba...? ¿De quién? ¿En persona...? ¿Y era urgente...? ¿Acaso no sabía que el procedimiento ordinario era hacerlo por escrito...? ¡Urgente...! ¿Es que no sabía dónde estaba...? En el Primer Ejército junto al canal de Cassell... Muy bien... Pero el espía estaba en el territorio L. de C., al otro lado del canal... Las autoridades civiles francesas estaban muy preocupadas... ¡No les faltaban motivos, maldita sea...! ¡Y maldito también el oficial! Y el *maire* francés. Y el caballo que montaba el supuesto espía... ¡Pues que el maldito oficial escribiera al cuartel general del Primer Ejército y adjuntase el caballo y la cartuchera como pruebas!

Siguió así un buen rato. Mientras seguía leyendo los papeles, Tietjens les explicó la historia que oían de forma fragmentaria por las repeticiones que hacía el general al teléfono... Por lo visto, a las autoridades civiles francesas de un lugar llamado Warendonck les había alarmado un jinete solitario con uniforme inglés que llevaba

varios días merodeando por los alrededores como si quisiera cruzar los puentes del canal y no se atreviera a hacerlo por encontrarlos todos vigilados. En la zona había un polvorín de artillería, del que se decía que era el más grande del mundo, y los alemanes la bombardeaban constantemente con la esperanza de volarlo... Al parecer, el oficial estaba al mando de los guardias de la cabeza de puente del canal, pero, como se encontraba en el territorio del Primer Ejército, era, evidentemente, muy poco apropiado despertar al general al mando de la maquinaria encargada de atrapar a los espías al otro lado del canal... El general, que volvió con ellos apartándose del teléfono, se encargó de subrayarlo con mucha energía.

El ordenanza había vuelto; Cowley regresó al teléfono después de beberse otro coñac. Tietjens terminó de revisar los papeles y volvió a echarles un vistazo. Le preguntó al chico:

—¿Tiene algo ahorrado?

El chico respondió:

—Un billete de cinco y unos chelines.

Tietjens dijo:

—¿Cuántos chelines?

El chico replicó:

—Siete, señor.

Tietjens rebuscó torpemente en un bolsillo interior y en un bolsillito que tenía debajo del cinturón, extendió un puño como una pierna de cordero y exclamó:

—¡Tome! Esto lo doblaré. ¡Diez libras y catorce chelines! Pero es muy poco previsor por su parte. Asegúrese de tener mucho más antes del próximo. Los partos son carísimos, como averiguará muy pronto, ¡y el dinero no dura eternamente...! — Volvió a llamar al ordenanza cuando se marchaba—: ¡Eh!, ordenanza, vuelva aquí... —Y añadió—: No lo cuente por todo el campamento. No puedo permitirme subvencionar a todos los niños sietemesinos del batallón... Si sigue cumpliendo tan bien con su deber como hasta ahora, recomendaré que le asciendan a cabo con sueldo completo cuando vuelva del permiso. —Luego volvió a llamarlo para preguntarle por qué no había firmado los papeles el capitán McKechnie. El chico balbució y tartajó que el capitán McKechnie estaba... Estaba... Tietjens murmuró para sí: «¡Dios mío!» y aventuró—: El capitán ha sufrido otra crisis nerviosa...

El ordenanza aceptó la frase con gratitud. Eso era. Una crisis nerviosa. Decían que había estado muy raro en el comedor. A propósito del divorcio. O de su tío. ¡Una noche de perros! Tietjens respondió: «Sí, sí». Se incorporó a medias en la silla y miró a Sylvia. Ella exclamó:

—No puedes irte ahora. Lo siento, pero no puedes irte. —Él volvió a desplomarse en el asiento y murmuró fatigado que era muy preocupante. El general Campion le había encargado que cuidara de aquel oficial. Tal vez no debería haberse ausentado

del campamento. Pero McKechnie parecía encontrarse mejor. Gran parte de la calma insolente de Sylvia había desaparecido. Había contado con disponer de toda la noche para atormentar a aquel fardo que tenía delante. Para atormentarlo y tentarlo. Dijo—: Tienes cuestiones que decidir aquí y ahora que afectarán a toda tu vida. ¡A nuestras vidas! Y estás dispuesto a pasarlas por alto por el patético sobrinito de ese despreciable amigo tuyo... —Añadió en francés—: ¡Que seas incapaz de prestar atención a asuntos de importancia por culpa de esas preocupaciones infantiles me parece insultante!

Estaba casi sin aliento.

Tietjens le preguntó al ordenanza dónde estaba ahora el capitán McKechnie. El ordenanza le respondió que se había marchado del campamento. El coronel de la base había enviado a dos oficiales a buscarlo. Tietjens le pidió que saliera a llamar a un taxi. Si quería, podían llevarlo también a él al campamento. El ordenanza respondió que no habría taxis por culpa del ataque aéreo. ¿Podía ordenarle a la GMP que requisara uno por motivos militares? El eufórico cañón antiaéreo disparó tres veces desde el jardín. Toda la hora siguiente, continuó disparando cada dos o tres minutos. Tietjens le respondió «¡Sí, sí!» al ordenanza. El ruido del ataque aéreo se volvió más impresionante. A Tietjens le entregaron una carta azul urgente con un sello civil francés. Era de la duquesa para informarle de que el gobierno francés había prohibido el uso de carbón en los invernaderos. No necesitaba decirle que confiaba en su palabra de proporcionarle carbón a través de las autoridades militares británicas, y le pedía una respuesta inmediata. Tietjens expresó un gran fastidio al leerla. Distraída por el ruido, Sylvia gritó que la carta tenía que ser de Valentine Wannop en Ruán. ¿Es que esa chica no iba a concederle una hora para arreglar su vida entera? Tietjens acercó su sillón al de ella y le alcanzó la carta.

Empezó una larga, lenta y seria explicación acompañada de una larga, lenta y seria disculpa. Le dijo que sentía mucho que, después de haberse tomado la molestia de ir tan lejos para consultarle acerca de una cuestión que podría haber resuelto ella misma, la complicada situación militar le impidiera atenderla como debía. Por su parte, Groby estaba a su entera disposición con todo su contenido. Y, por supuesto, una asignación suficiente para mantenerlo.

Ella exclamó en un acceso de súbita y total desesperación:

—Eso significa que no tienes intención de vivir allí.

Christopher respondió que eso tendría que decidirlo más tarde. La guerra, sin duda, no podía durar mucho más. Pero era evidente que, mientras lo hiciera, no podría volver. Sylvia le preguntó si es que pretendía hacerse matar. Él le aconsejó que, en caso de que muriese, mandara talar el gran cedro de la esquina suroeste de Groby: daba sombra al salón principal y a todos los dormitorios del piso de arriba... Hizo un gesto de dolor al decirlo. Ella lamentó haberlo dicho. Aspiraba a hacerle

daño de otro modo muy distinto.

Christopher replicó que no tenía ninguna intención de que lo mataran y que el asunto no dependía de él. Tenía que ir a donde le ordenaran y hacer lo que le dijeran.

Sylvia exclamó:

—¡Tú! ¡Tú! Es innoble que tengas que estar a disposición de esos ignorantes. ¡Tú!

Él siguió explicándole muy serio que no corría ningún peligro grave, a menos que lo enviaran de vuelta a su batallón. Y que no era probable que lo hicieran, a menos que se deshonrase o demostrara negligencia en su puesto. Eso era improbable. Además, su categoría era tan baja que no reunía los requisitos para que lo enviaran al batallón, que, por supuesto, estaba en el frente. Ya debía haberse dado cuenta de que todos los que estaban allí no eran aptos físicamente para ir al frente. Sylvia respondió:

—Por eso son tan horribles... No es el mejor lugar del mundo para buscar un hombre presentable... Ni Diógenes con su linterna lo encontraría.

Él replicó:

—Es una manera de verlo... Es cierto que a la mayoría de..., digamos tus amigos..., los mataron al principio de la guerra, y que, si siguen con vida, están en puestos más activos.

Lo que ella consideraba presentable dependía en gran parte de la buena forma física... Por ejemplo, el caballo que él montaba era un jamelgo... Pero aunque era alemán y no un pura sangre se las arreglaba para sostener su peso... Sus amigos, más o menos, de antes de la guerra eran todos soldados profesionales. En fin, todos habían desaparecido, muertos o agobiados por el trabajo. Pero, por otro lado, aquella enorme ciudad llena de carcamales hacía que todo siguiese funcionando, dentro de lo posible. No eran ellos quienes ponían las trabas, de eso, en cualquier caso, se encargaban sus mucho menos presentables amigos, los ministros, que no eran más que un hatajo de ladrones profesionales.

Ella exclamó con amargura:

—Y, si son tan ladrones, ¿por qué no te quedaste en casa para impedirlo? —Añadió que las únicas personas que hacían que siguiera habiendo vida social eran los políticos profesionales. Cuando una estaba con ellos no se acordaba de que estuviéramos en guerra. ¿Y no era eso lo que querían? ¿Acaso había que sacrificar toda la vida a esta innoble payasada...? Hablaba cada vez con más encono por culpa del creciente fragor del ataque aéreo... Por supuesto, los políticos eran seres innobles a quienes, antes de la guerra, nadie habría pensado siquiera en invitar a su casa... Pero ¿quién tenía la culpa sino los miembros de las clases superiores, que habían abandonado Inglaterra en manos de unos tipos sin conciencia, tradición ni educación? Y contó algunos detalles sobre las costumbres domésticas en la casa de campo de un miembro del gobierno que le disgustaba—. La culpa es tuya. ¿Por qué no eres tú el

presidente de la Cámara de los Lores o ministro de Economía en lugar de quien lo sea ahora? Podrías haberlo sido, con tus conocimientos e intereses. Y todo funcionaría con honradez y eficiencia. Si tu hermano Mark, que no tiene ni la décima parte de tu inteligencia, puede ser jefe de un departamento, ¿qué no podrías haber sido tú con tus dotes, tu influencia... y tu integridad? —Y concluyó—: ¡Oh, Christopher!, casi con un sollozo.

El ex sargento mayor Cowley, que había vuelto del teléfono, y durante una tregua en el bombardeo, había escuchado boquiabierto algunas de las descripciones de Sylvia sobre las costumbres de los miembros del gobierno, aprovechando otro momento de tregua exclamó:

—¡Pero, señora...! No hay nada que el capitán no hubiera podido hacer... Lleva a cabo la labor de un general de brigada, aunque sólo tenga paga de capitán... Y el trato que recibe es escandaloso... En realidad lo es el trato que recibimos todos, engañados y defraudados a cada paso que damos... No hay más que ver las nuevas órdenes de partida del destacamento... —Le habían dado orden de partir para luego emitir una contraorden tantas veces que ya nadie sabía si estaba de pie o sentado—. Tenían que partir la noche pasada, y les habían hecho marchar hasta la estación, para luego llevarlos de vuelta al campamento y decirles que no partirían hasta pasadas seis semanas... Ahora tenían que prepararse para partir en camiones antes del alba hasta el ferrocarril de Ondekoeter, pues aquí habían saboteado las vías... Y antes del alba, para que los aeroplanos enemigos no pudieran verlos en la carretera... ¿Acaso no era descorazonador para los soldados y los puestos de mando? Era un ultraje. ¿Acaso creían que los alemanes hacían cosas así? —Se interrumpió para decirle con ronco entusiasmo y afecto a Tietjens—: Mire amig..., quiero decir, señor... Es imposible encontrar a ningún oficial capaz de capitanear el destacamento. Los que serían capaces de hacerlo se han enterado de la partida del destacamento y se han escondido en sus agujeros. Ninguno volverá al campamento antes de mañana a las cinco, pues saben que el destacamento tiene orden de partir a las cuatro... Ahora bien... —Su voz se volvió ronca por la emoción al ofrecerse a capitanear él mismo el destacamento como prueba de su agradecimiento al capitán Tietjens. Y el capitán sabía que era capaz de conducir un destacamento casi tan bien como él. En cuanto al mayor al mando del destacamento, vivía en aquel hotel y Cowley lo había visto. Y no era de los que se levantan a las cuatro. Iría en coche a la estación de Ondekoeter hacia las siete. Así que no tenía sentido partir antes de las cinco, a esa hora todavía era de noche, y los aviones alemanes no podrían ver lo que ocurría. Le agradecería mucho al capitán que estuviese a las cinco en el campamento para echar un último vistazo y firmar todos los papeles que sólo pudiese firmar el oficial al mando. Pero Cowley sabía que, por culpa de su enfermedad, el capitán no había pegado ojo la noche anterior así que lo menos que podía hacer era perder un día y medio de permiso para

llevar el destacamento a Ondekoeter. Además, iban a enviarlo a casa hasta que terminara la guerra y no le importaría echarle un vistazo a algunos sitios que había visto en el año catorce, por última vez, como un turista de vacaciones...

Tietjens, que se había quedado muy pálido, dijo:

—¿Recuerda si Cero Nueve Morgan estuvo en Noircourt?

Cowley respondió:

—No... ¿Estuvo allí? ¿En su misma compañía...? Quiere usted decir el hombre al que mataron ayer. El que murió en sus manos por culpa de mi negligencia. Tendría que haber estado allí. —Con esa idea peregrina que tienen los NCO de que a las mujeres les gusta oír cómo su marido se salvó de morir por los pelos, le explicó a Sylvia—: Lo mataron a menos de un metro del capitán. Debió de ser una impresión terrible. —Un auténtico desaguizado... El capitán lo sostuvo en sus brazos, como a un bebé, hasta que murió. ¡Fue muy delicado con él! Aunque es lógico, tratándose de uno de sus hombres... ¡En esos casos no hay rangos!—. ¿Sabe cuál es la única ocasión en que el rey debe saludar a un soldado y éste no le responde...? Cuando está muerto... —Tanto Sylvia como Tietjens guardaron silencio a la luz verdosa de la lámpara. Tietjens tenía los ojos cerrados. El viejo NCO siguió disfrutando de la ocasión de tener el escenario a su disposición. Se había puesto en pie para ir al campamento y titubeó un poco—. No —dijo sacudiendo el cigarro—, no recuerdo si Cero Nueve Morgan estuvo en Noircourt... Pero recuerdo...

Tietjens respondió sin abrir los ojos:

—Se me ocurrió que podía haber sido él quien...

—No —prosiguió imperioso el viejo ex sargento—. No me acuerdo de él... Pero ¡por Dios, recuerdo muy bien lo que le pasó a usted! —Miró a Sylvia muy orgulloso—: El capitán se enganchó el pie en... ¡No lo creerá usted...! La noche estaba tranquila e iluminada por la luna. Sin mucho fuego de artillería... Tal vez cogiéramos por sorpresa a los alemanes, o tal vez nos permitieran tomar sus trincheras con algún propósito... Casi no había nadie en ellas... Recuerdo que me puse nervioso... Me impresionó que fuese tan fácil. En esos casos es cuando hay que esperar lo peor de los alemanes... Por supuesto, había un poco de fuego de ametralladora... Sobre todo una a nuestra derecha... Y la luna brillaba a primera hora de la mañana. Todo estaba muy tranquilo. Había un poco de niebla..., y todo estaba tan helado que no lo creería... Lo bastante para que los obuses fuesen peligrosos.

Sylvia preguntó:

—¿Entonces no siempre hay barro?

Tietjens observó:

—Si te desagrada puedo decirle que se calle.

Ella respondió en tono monótono:

—No, quiero oírlo.

Cowley se acercó para lograr un efecto más impresionante:

—¡Barro! —exclamó—. No... Ni mucho menos... Le digo, señora, que pisábamos los rostros congelados de los alemanes al andar... Uno o dos días antes habíamos matado a muchos... Ése fue sin duda el motivo por el que abandonaron tan fácilmente las trincheras, eran muy difíciles de defender... El caso es que dejaron a los muertos para que los enterráramos nosotros, ¡probablemente sabían que tenían que retirarse y se sintieron aliviados de hacerlo! A mí me preocupaba la posibilidad de un contraataque... El contraataque siempre es diez veces peor que la resistencia preliminar. La retaguardia de sus trincheras se convierte en la línea del frente, el *parados*, lo llamamos nosotros. Así que me alegré mucho cuando llegaron los refuerzos. Llegaron riéndose, eran de Wiltshire... Mi señora también es de allí... Quiero decir la señora Cowley... El caso es que había visto al capitán caerse al suelo un poco antes y pensé: «Otro que se ha quedado enganchado en algo...». —Bajó un poco la voz, era uno de los mejores narradores del regimiento—. Se le había enganchado el pie, entre dos manos... Dos manos que salían del suelo congelado... Como si rezaran... ¡Así! —Levantó las manos con el cigarro entre los dedos, las muñecas juntas y los dedos levemente doblados hacia dentro—. Sobresalían a la luz de la luna... ¡Pobre diablo!

Tietjens lo interrumpió:

—Pensé que tal vez fuese Cero Nueve Morgan a quien vi esa noche... Como es natural yo parecía estar muerto... Casi no respiraba... Y, mientras yacía en el suelo..., vi a un Tommy que apuntaba con su rifle al brazo de su compañero y le disparaba...

Cowley dijo:

—¡Ah!, lo vio usted..., se lo oí contar a los hombres... ¡Aunque, como es natural, no dijeron dónde y a quién!

Tietjens respondió con un desinterés que no sonaba sincero:

—El nombre del herido era Stilicho... Un nombre raro... Supongo que debe de ser de Cornualles... Delante de nosotros estaba la compañía B.

—¿Y no los llevó ante un consejo de guerra? —preguntó Cowley. Tietjens respondió que no. No podía estar seguro. Aunque lo estaba. Pero al caerse al suelo estaba preocupado por una cuestión personal y eso enturbió lo que vio. Además, dijo en voz baja, un oficial tiene que usar el sentido común. Y en ese caso había considerado preferible no darse por enterado del... Su voz casi se había desvanecido. Sylvia comprendió que estaba llegando al clímax de una tortura mental. De pronto, Tietjens le espetó a Cowley:

—Imagine que le hubiese perdonado la vida sólo para que lo mataran dos años más tarde. ¡Dios mío! ¡Sería demasiado horrible!

Cowley le susurró a Tietjens al oído unas palabras de afecto y consuelo que

Sylvia no pudo oír. No soportaba esa familiaridad. Adoptó su tono más indiferente para decir:

—Supongo que el uno habría estado tonteando con la novia del otro. ¡O con su mujer!

Cowley exclamó:

—¡No, por Dios! Lo habían acordado entre ellos. Para que a uno lo mandaran a casa y al otro lo sacasen de aquel infierno y lo llevasen al hospital de campaña. Ella observó:

—¿Quiere decir que un hombre haría eso para salir de allí...?

El ex sargento respondió:

—Bendita sea, señora, no sabe usted el infierno que es aquello para los Tommies... En el frente es donde más se notan las diferencias entre los oficiales y los soldados rasos... Soy un viejo soldado y he estado en siete guerras..., y ha habido veces en ésta en la que casi he tenido que chillar para contenerme. —Hizo una pausa y dijo—: Pensaba..., igual que muchos, que, si asomaba la mano metida en el casco por encima del parapeto, a los dos minutos recibiría un balazo de un francotirador alemán. Y luego, ¡a casa!, como dicen los soldados... Y si eso me pasa a mí, el sargento mayor del regimiento, después de veintitrés años de servicio... —El ordenanza entró, dijo que había encontrado un taxi y desapareció en la oscuridad—. Muchos —afirmó el sargento mayor— correrían el riesgo de que los fusilaran por herir a su compañero... Llegan a querer a sus compañeros como si fueran mujeres... —Sylvia exclamó: «¡Oh!», como si le dolieran las muelas—. Es cierto, señora —respondió él—, resulta muy conmovedor... —Estaba un poco tambaleante por los efectos del alcohol pero su voz seguía muy clara. Le dijo a Tietjens—: Resulta extraño eso que ha dicho de que los asuntos personales pueden distraerlo a uno... Recuerdo que, en la campaña de Afganistán, estábamos en un agujero infernal, y recibí una carta de mi mujer, la señora Cowley, contándome que nuestra Winnie tenía paperas... La señora Cowley y yo siempre hemos discrepado sólo en una cosa: en mi opinión a los niños hay que taparlos con mantas de franela, y ella cree que basta con una de algodón. En Wiltshire no aprecian la lana tanto como en Lincolnshire. Las ovejas de Lincolnshire tienen una lana muy larga... Y, aunque nos pasábamos el día esquivando las balas afganas entre las rocas, en lo único que podía pensar era en... Siendo madre, ya sabrá usted, señora, que lo más importante cuando un niño tiene paperas es que esté bien caliente... No dejaba de pensar, casi llorando: «¡Espero que tape a Winnie con una manta de lana! ¡Espero que tape a Winnie con una manta de lana...!». Pero usted es madre y comprende estas cosas. He visto la foto de su hijo en la mesa del capitán. Se llama Michael... Ya ve que el capitán se acuerda de él y de usted.

Sylvia dijo con voz cristalina:

—¡Tal vez sea mejor que se calle!

Distraída como estaba por el cañón antiaéreo del jardín, y eso que estaba al otro lado del hotel y uno podía intercalar una o dos frases antes de que le estallara la cabeza con un par de explosiones irregulares, todavía la distrajo más la imagen súbita del rostro de Christopher cuando su hijo contrajo el sarampión y tuvo cuarenta de fiebre en casa de su hermana en Yorkshire. Él había aceptado la responsabilidad, que el médico del pueblo se negaba a aceptar, de meter al niño en un baño lleno de hielo... Lo vio inclinándose, inexpresivo a la fuerte luz de la lámpara, con el niño en sus torpes brazos, sobre la superficie rugosa y brillante del baño. Ahora estaba igual de inexpresivo que entonces... Recordó cómo había sido en aquella ocasión, cierta tensión en sus rasgos faciales que no supo analizar... Como si tuviese la cabeza fría y estuviera reprimiendo sus emociones, claro, con la mirada perdida. Cualquiera habría dicho que ni siquiera veía al niño..., ¡el heredero de Groby y todo lo demás...! Algo le había dicho, justo entre dos explosiones del cañón: «Es su propio hijo. Podría decirse que bajó al infierno para devolverlo a la vida...», supo que era el padre Consett quien lo decía. Sylvia sabía que era cierto: Christopher había bajado a los infiernos para rescatar al niño... ¡Qué curioso asistir a su dolor en aquel terrible baño...! El termómetro había bajado delante de sus propios ojos... Christopher había dicho: «¡Tiene el corazón fuerte! ¡Un corazón valeroso!», y luego había contenido el aliento contemplando cómo el fino filamento de mercurio bajaba hasta valores normales... Sylvia dijo entre dientes: «Ese niño es tan suyo como las malditas fincas... Muy bien, ahora tengo las dos cosas...».

Pero ahora no quería torturarle con eso. Así que, después del estampido del segundo cañón, le había dicho a aquel anciano tan absorbente:

—¡Preferiría que no siguiese! —Y Christopher había acudido raudo al rescate de las conveniencias con un:

—¡La señora Tietjens no está de acuerdo con nosotros en algunas cosas!

Ella se dijo: «¡De acuerdo con ellos! ¡Dios mío...!». Cuanto más lo pensaba, más la abrumaba todo aquello con una sensación de odio... ¡Y de depresión! Veía a Christopher inmerso en aquel maremágnum, divirtiéndose con una ficción infantil. Aunque fuese una ficción tan infinitamente poderosa y siniestra... Las explosiones del cañón y de todos aquellos instrumentos concebidos para hacer ruido le parecían tan odiosos y atroces porque para ella no eran más que la estúpida pompa de un juego de colegiales... Campion, o algún otro colegial parecido, decía: «¡Vaya! Ahí hay unos aeroplanos alemanes... ¡Ahora tendremos ocasión de utilizar el cañón antiaéreo! ¡Disparémosles un poco...!». Igual que cuando disparan salvas en el parque el día del cumpleaños del rey. ¡Eso de tener un cañón en el jardín de un hotel donde había personas de alcurnia que podían estar durmiendo o querer conversar era una auténtica insolencia!

En Inglaterra había podido tener la convicción de que todo no era más que un juego... En cualquier parte, en casa de un ministro de la corona, durante la cena, no tenía más que decir: «Dejemos de hablar de estas cosas tan odiosas...». Y, de inmediato, se oían diez o doce voces, incluida la del ministro, que coincidían con la señora Tietjens de Groby en que ya habían hablado demasiado del asunto.

¡Pero allí...! Tenía la impresión de estar en sus mismísimas entrañas... Se movía incesantemente delante de tus propios ojos, pero seguía allí. Era como tratar de discernir el dibujo de una inmensa serpiente que no dejara de moverse... El entusiasmo de Tietjens sumado al de aquel borrachuzo de tres al cuarto le producía una sensación de desánimo. Nunca había visto a nadie susurrarle a Tietjens al oído: él era un lobo solitario... ¡En cambio ahora...! Bastaba con que apareciese cualquier fatuo oficial del Estado Mayor, al que en Inglaterra ni siquiera le habría dirigido la palabra, cualquier sargento empapado de cerveza o cualquier mendigo callejero vestido de ordenanza..., para que prestase toda su atención a cualquier detalle del juego infantil: la lavandería, la podología, las religiones o los niños ilegítimos..., de millones de personas indistinguibles... ¡O de sus muertes! Pero, en nombre de Dios, ¿qué hipocresía o qué cobardía inconcebible era aquélla? Primero promovían una carnicería, causaban la muerte de miles de personas en holocaustos inimaginables de terror y dolor, y luego se rasgaban las vestiduras por la muerte de un solo hombre. Era evidente que Tietjens estaba en plena crisis nerviosa. ¡Por la muerte de un hombre! Nunca lo había visto sufrir así, jamás lo había visto tan necesitado de apoyo... ¡a él, tan frío e implacable! ¡Y ahora sufría como nadie! ¡Ahora...! Y empezó a sentir cómo un inmenso mar de dolor se extendía infinitamente en el eterno horizonte de la noche. ¡El infierno de los soldados rasos! Por lo visto, también era el infierno de los oficiales.

La compasión sincera en la voz de aquel viejo borracho le había ayudado a comprender la enorme maldad... Los horrores, los dolores infinitos, la condición atroz a la que habían llevado al mundo para que los hombres pudieran permitirse esas orgías de promiscuidad. Así se explicaban, en el fondo, el honor y la virtud masculinos, la observancia de los tratados, y el respeto a la bandera... Todo era un inmenso carnaval de apetitos, lujurias, ebriedades... Y, una vez en marcha, no había forma de pararlo. Ese estado de cosas no acabaría nunca... Porque después de probar la euforia —la sangre— del juego, ¿quién le pondría fin? Los hombres hablaban de las cosas que los ocupaban con la misma lujuria que cuando cuentan historias rijosas en las salas de oficiales... ¡No había otro paralelismo posible!

No había manera de pararlo, igual que no había forma de parar al ahora casi ebrio ex sargento mayor. ¡Había perdido todo sentido del pudor! Como era de temer, estaba dándole consejos a la joven pareja sobre las desavenencias conyugales. ¡El vino le había vuelto osado!

Al tiempo que percibía el trasfondo de aquellos horrores, su inteligencia se impregnó de retazos de la sabiduría de Christopher... Unos retazos extraños... ¡Los notaba en la nuca...! Alguien, por si hubiese poco ruido, había puesto en marcha un instrumento musical mecánico en el salón de al lado.

¡Cerveza y mujeres
sírvenos, tabernero!

Una voz gutural proclamó:

Me partiría de risa si supiese que podía irme
y aun así me quedara aquí...

El ex sargento mayor estaba informándoles del extraño detalle de que, siempre que se iba a la guerra —en siete ocasiones—, su mujer, la señora Cowley, se pasaba los tres primeros días y noches descosiendo y volviendo a coser las sábanas y los almohadones de la casa. Para obligarse a no pensar en nada... Al parecer, era un reproche o exhortación dedicado a ella, Sylvia Tietjens... ¡Estupendo, tenía toda la razón! Se parecía al padre Consett y tenía el mismo tipo de sabiduría.

El gramófono aulló; un nuevo rumor se unió al tumulto exterior y persistió mientras se oían seis disparos atenuados del cañón en el jardín... Al siguiente momento de silencio, Cowley empezó a despedirse de ella. Le pidió que tuviese en cuenta que el capitán se había pasado toda la noche anterior en vela.

Entonces acudió a su imaginación irreverente una frase de una de las cartas de la duquesa de Marlborough a la reina Ana. La duquesa había visitado al general durante una de sus campañas en Flandes. «¡Mi señor —escribía— me hizo el honor tres veces con las botas puestas...!» Era típico de ella recordarlo... Se lo habría contado al sargento mayor, sólo para ver la cara que ponía Tietjens, pues el sargento mayor no lo habría entendido... ¡Y qué más daba si lo hacía...! El pobre seguía dándole vueltas a la misma idea.

Pero el tumulto aumentó hasta alcanzar un volumen increíble: incluso las convulsiones del cercano gramófono de casi doscientos caballos de potencia se convirtieron en meros temblores de un hilo de oro en mitad de un monótono tejido de sonidos. Sylvia gritó blasfemias que no sabía que conociese. Tuvo que gritar para protegerse del ruido; no era más responsable de sus blasfemias que si hubiese perdido la identidad bajo los efectos de un anestésico. De hecho la había perdido... ¡Era sólo una más en aquella multitud!

El general se despertó en su sillón y les miró con malevolencia como si fuesen ellos los únicos responsables de aquel estruendo. De pronto cesó. ¡Por completo!

Sólo se supo porque se oyó el final del grito de una mujer en el salón y al general que gritaba: «¡Por el amor de Dios, no vuelvan a poner ese condenado gramófono!». En el silencio, tras unos silbidos preliminares y unos acordes de guitarra, una voz asombrosa cantó:

Menos que el polvo...

Debajo de tu carro...

Luego se interrumpió y, tras un murmullo de voces, volvió a empezar:

Manos pálidas amé... ^[129]

El general se puso en pie de un salto y corrió al salón... Cuando regresó parecía decepcionado.

—Es un condenado y pomposo civil... Un novelista, según dicen... No puedo hacer que se calle... —Y añadió con repugnancia—: El salón está repleto de jóvenes juerguistas y prostitutas... ¡Bailando! —En efecto, tras un zumbido, la melodía se había transformado en las lánguidas e interrumpidas variaciones de un vals—. ¡Bailando en la oscuridad! —dijo el general todavía más asqueado—. Y los alemanes podrían llegar en cualquier momento... ¡Si supieran lo que yo sé...!

Sylvia le gritó:

—¿No cree que sería divertido volver a ver uniformes con botones de plata y hombres decentemente vestidos...?

El general gritó:

—Yo me alegraría de verlos... Estoy harto de estos...

Tietjens siguió con algo que le estaba contando a Cowley. Sylvia no oyó de qué se trataba, pero Cowley insistió en una idea con la que Sylvia pensó que ya habían terminado:

—Recuerdo que, cuando era sargento en Quetta, envié a un hombre llamado Herring a abreviar los caballos de la compañía, después de que me pidiese que le relevara de hacerlo porque le tenía miedo a los caballos... Un caballo lo derribó en el río y lo ahogó... Se le cayó encima y le pisó la cara... Fue muy desagradable... De nada sirvió que me repitiese, una y otra vez, que estaba cumpliendo con mi deber... Perdí el apetito... Me gasté una fortuna en bicarbonato... —Sylvia estuvo a punto de gritar que, si a Tietjens no le gustaba que matasen a la gente, eso debería saciar su lujuria bélica, pero Cowley prosiguió pensativo—: Dicen que la mejor cura cuando se te aparece un muerto es el bicarbonato... Y, por supuesto, no acercarse a las mujeres en quince días... Es lo que yo hice. Veía la cara de Herring con la marca de la pezuña. Y... había cosas buenas en lo que llamábamos el Recinto Gubernamental... —De pronto, exclamó—: Con su permiso..., señora, voy a... —Se metió el cigarro entre los dientes y empezó a decirle a Tietjens que, si le ayudaba a meterse en el taxi, podía confiar en que se ocuparía del destacamento por la mañana.

Se marchó apoyado en el brazo de Tietjens, con las piernas formando un ángulo

de sesenta grados con la alfombra...

«No puede... —se dijo Sylvia—, no puede..., si es un caballero... Después de todo lo que le ha dicho ese tipo... Sería un maldito cobarde si no se acercara a... Quince días... ¿Es que aquí no hay más que furcias...?» Dijo:

—¡Oh, Dios!

El viejo general, repantigado en su sillón acercó la cara para decir:

—Si yo fuese usted, señora, no iría por ahí hablando de uniformes azules con botones de plata... Por supuesto, nosotros, entendemos...

Ella se dijo: «Ya ves..., incluso ese volcán extinto... Me está desnudando con esos ojos llenos de venillas ensangrentadas... Entonces, ¿por qué él no...?». Exclamó en voz alta:

—¡Oh, pero incluso usted, general, dijo que estaba harto de sus compañeros. — Pensó: «¡Qué demonios...! Tendré el valor de mis condiciones... Nadie podrá decir que soy cobarde...». Luego dijo—: ¿No viene a ser lo mismo si afirmo que preferiría que me cortejase un hombre bien vestido de azul y plata, ¡o de cualquier otro modo!, que cualquiera de los hombres que se ven por aquí...?

El general respondió:

—Por supuesto, señora, si lo plantea de ese modo...

Ella objetó:

—¿Y de qué otro modo iba a plantearlo una mujer...? —Se acercó a la mesa y se sirvió una copa de coñac.

El viejo general estaba sonriéndole malicioso.

—Dios mío —dijo—, una dama que bebe licor así...

Sylvia dijo:

—Es usted papista, ¿verdad? Llamándose O'Hara y con ese acento que tiene... Y sin duda está usted con... Ya sabe qué... Bien... ¡Lo digo con doble intención...! Como usted dice sus avemarías...

Con el licor ardiendo en su interior vio aparecer a Tietjens en la tenue luz.

El general, para su amarga satisfacción le dijo:

—Su amigo estaba un poco borracho... ¡No creo que fuese la mejor compañía para la señora!

Tietjens respondió:

—No contaba con tener el placer de cenar con la señora Tietjens esta noche... Ese oficial estaba celebrando su ascenso y no podía echarlo...

El general dijo:

—¡Oh, ah...! Por supuesto... Supongo... —Y volvió a arrellanarse en el asiento.

Tietjens la estaba abrumando con su corpachón. Sylvia seguía sin aliento... Él se inclinó y dijo con la suerte de los borrachos:

—Están bailando en el salón...

Ella se acurrucó apasionadamente en su asiento de mimbre. Tenía unos raídos almohadones azules. Respondió:

—Con nadie más... No quiero presentaciones...

Christopher replicó:

—No hay nadie a quien pudiera presentarte...

Sylvia exclamó:

—¡No si lo haces por caridad!

Él dijo:

—Pensé que podía ser aburrido... Hace seis meses que no bailo...

Ella sintió cómo la belleza fluía por todos sus miembros. Llevaba un vestido de lamé dorado y el cabello inigualable enroscado sobre las orejas. Estaba tarareando la música de Venusberg.^[130] De música sí que sabía...

Sylvia preguntó:

—Llamáis Venusberg al recinto de las WAAC, ¿verdad? ¿No es raro que os hayáis apropiado de Venus...? ¡Piensa en la pobre Elisabeth!^[131]

El salón donde estaban bailando estaba muy oscuro... Era raro estar entre sus brazos... Había conocido bailarines mejores... Parecía enfermo... Tal vez lo estuviese... ¡Oh!, pobre Valentine-Elisabeth... ¡Qué situación tan extraña...! El gramófono tocaba... ¡El destino...! ¡Ya lo ve, padre...! ¡En sus brazos! Por supuesto, bailar no es exactamente... ¡Pero se parece tanto! ¡Tanto...! ¡Suerte de la doble intención...! Casi lo había besado en los labios... ¡Había faltado muy poco! *Effleurer*, lo llaman los franceses... Pero no era tan humilde... Él la había abrazado más fuerte... Todos estos meses sin... Mi señor me hizo el honor... Bien por Mambrú *s'en va-t-en guerre*... Él sabía que casi lo había besado en los labios... Y que sus labios habían estado a punto de responder... El civil, el novelista, había apagado la última luz... Tietjens dijo:

—¿No sería mejor que hablásemos...?

Ella respondió:

—¡Vamos a mi habitación! Estoy agotada... Llevo seis noches sin dormir... A pesar de las medicinas...

Él contestó:

—Sí, claro, ¿dónde si no...?

Sorprendentemente... Su vestido de lamé dorado era como el *colobium sindonis*^[132] que llevaba el rey en la coronación... ¡Mientras subían por las escaleras, Sylvia pensó que a Tannhäuser siempre lo interpretaba un tenor gordo...! La música de Venusberg seguía sonando en sus oídos... Dijo:

—¡Sesenta y seis inexpresables!^[133] Estoy sobria como un juez... ¡Tengo que estarlo!

Tercera parte

I

Una sombra —la sombra del general en jefe— tapó la franja de luz que el sol arrojaba sobre la puerta abierta y despertó providencialmente a Christopher Tietjens, para quien habría sido muy desagradable que dicho oficial lo encontrara durmiendo. Delgado, alegre y elegante, con sus numerosas hojas de roble doradas y sus cintas escarlatas, el general estaba cruzando con gracia el umbral mientras hablaba por encima del hombro con alguien que esperaba fuera. ¡Así descendían los dioses en la Antigüedad! Sin duda, lo que había despertado a Tietjens eran las voces de fuera, aunque él prefirió pensar que había sido una leve intervención de la Providencia, ¡porque sentía que necesitaba una señal de algún tipo! Nada más despertarse no tuvo una certeza absoluta de dónde estaba, pero el juicio suficiente para responder con coherencia la primera pregunta que le hizo el general y para ponerse en posición de firmes. El general le había dicho:

—¿Tendría la bondad de informarme, capitán Tietjens, de por qué no tienen extintores en su unidad? ¿Es usted consciente de las consecuencias desastrosas que podría tener una deflagración en sus líneas?

Tietjens respondió con rigidez:

—Por lo visto, es imposible conseguirlos, señor.

El general replicó:

—¿Cómo es eso? Espero que los haya solicitado en el lugar apropiado. Aunque tal vez ignore usted cuál es.

Tietjens contestó:

—Si ésta fuese una unidad británica, señor, el lugar apropiado sería el Real Cuerpo de Ingenieros. —Después de pedirlos, el Real Cuerpo de Ingenieros le había informado de que, tratándose de una unidad de tropas de los Dominios, tenía que reclamarlos en Intendencia. Al solicitarlos allí le informaron de que no había ninguna partida de extintores para las tropas de los Dominios al mando de oficiales imperiales, y que el mejor modo de conseguirlos era encargárselos a una empresa civil de Gran Bretaña y facturarlos como daños en cuarteles... Se los había pedido a varios fabricantes y todos le habían respondido que sólo podían venderle esos

artículos directamente al Ministerio de la Guerra...—. Aún sigo solicitándolos en empresas civiles —concluyó.

El oficial que acompañaba al general era el coronel Levin, a quien le dijo por encima del hombro:

—Tome nota de eso, Levin, ¿quiere? Y ocúpese del asunto. —Luego volvió a dirigirse a Tietjens—: Al pasar por el campo de desfile he reparado en que era muy evidente que el oficial a cargo de la instrucción no sabía nada al respecto. Habría hecho usted mejor en ponerlo a limpiar los desagües. Estaba muy sucio.

Tietjens respondió:

—El sargento instructor, señor, es muy competente. Es un oficial del RASC. En este momento, apenas tengo oficiales de infantería en la unidad. Pero en el campo de desfile tiene que haber oficiales por ACI. No tienen que dar ninguna orden.

El general replicó con sequedad:

—Ya me había percatado por su uniforme de a qué cuerpo pertenecía. No estoy diciendo que no lo haga usted lo mejor que puede con el material de que dispone. —Viniendo de Campion al pasar revista eso era una amabilidad extraordinaria. Detrás del general, Levin hacía gestos con los ojos, que abría y cerraba significativamente. El general, no obstante, siguió haciendo gala de una actitud extraordinariamente severa, con un aire de educación muy estudiado en su semblante que impedía que se moviera un solo músculo debajo de su brillante piel de color cereza. ¡La extremada educación de los extremadamente grandes con los extremadamente insignificantes! Le echó un vistazo detenido al barracón. Era la oficina de Tietjens y no contenía más que las mesas cubiertas con mantas y un inmenso calendario colgado de un puntal en el que los días estaban toscamente tachados con tinta roja y lápiz azul. Dijo—: Póngase los correaes. Pasará usted revista conmigo a las cocinas en un cuarto de hora. Puede usted avisar al sargento cocinero. ¿Qué clase de instalaciones tienen?

Tietjens respondió:

—Muy buenas cocinas, señor.

El general dijo:

—En tal caso son muy afortunados. ¡Muy afortunados...! En este campamento la mitad de las unidades como la suya no tienen más que hornos de campaña al aire libre y los infiernillos de la compañía... —Señaló con su fusta a la puerta abierta y repitió con mucha claridad—: ¡Póngase los correaes!

Tietjens se tambaleó un poco y dijo:

—No sé si sabe, señor, que estoy bajo arresto.

Campion adoptó un tono amenazador:

—Le he dado —dijo— una orden. ¡Cumpla con su deber!

La fuerza terrible del mando jerárquico empujó a Tietjens, que salió dando tumbos por la puerta. Oyó al general que decía: «Es evidente que no está borracho».

Cuatro pasos más adelante, Levin se puso a su lado.

Lo sujetó por el codo y le susurró:

—El general quiere que lo acompañe si no se encuentra usted bien. ¡Comprenda que le ha levantado el arresto! —exclamó con una especie de arrobó—. Lo está haciendo usted de maravilla... Es asombroso. Todo lo que le dije de usted... El suyo es el único destacamento que ha partido esta mañana...

Tietjens gruñó:

—Por supuesto, comprendo que si me ordenan cumplir con mi deber es porque me han levantado el arresto. —Casi no tenía voz. Se las arregló para decir que prefería andar solo. Dijo—: Me ha obligado... Lo último que quería es que me levantaran el arresto...

Levin replicó casi sin aliento:

—No puede usted negarse... Ni ofenderle... No... Además, un oficial no puede exigir un consejo de guerra.

—Parece usted —respondió Tietjens— un ramo de flores marchito... Le ruego que me disculpe... ¡Se me ha ocurrido de pronto!

El coronel frunció imperceptiblemente el bigote un poco descuidado, sus ojos estaban un poco ojerosos y su afeitado no muy apurado. Exclamó:

—¡Maldita sea...! ¿Acaso cree que no me importa lo que le ocurra...? O'Hara se presentó hecho una furia en mi despacho a las tres y media... No le contaré lo que me dijo...

Tietjens respondió con hosquedad:

—¡No, por favor! De momento ya tengo más que de sobra...

Levin exclamó desesperado:

—Quiero que comprenda... Es imposible dar crédito a una acusación en contra de...

Tietjens se enfrentó a él, mostrando los dientes como un tejón. Dijo:

—¿De quién...? ¿En contra de quién? ¡Maldito sea!

Levin respondió lívido:

—En contra..., en contra... de ninguno de ustedes...

—¡Entonces dejémoslo ahí! —estalló Tietjens—. Siguió tambaleándose un poco hasta que llegó a donde estaban las tiendas. Luego empezó a marcar el paso. Era un purgatorio. Los hombres lo miraban desde los rincones de los barracones y se retiraban... Es lo que siempre hacen los soldados rasos al ver a un oficial. El tal McKechnie también lo miró desde la puerta de un barracón. También él se retiró... ¡No cabía ninguna duda! Se había enterado... Aunque, por otro lado, también McKechnie estaba en apuros. Tal vez fuese el deber de Tietjens castigar a McKechnie por haberse ausentado del campamento la noche pasada. Así que era posible que estuviese evitándolo... No había forma de saberlo... Se tambaleó ligerísimamente a

la derecha. El camino estaba en mal estado. Sus piernas parecían objetos hinchados y separados que arrastraba detrás de sí. Tenía que dominarlas. Las dominó. Un ordenanza que llevaba una taza de té chocó con él. Tietjens dijo:

—Deje eso y tráigame ahora mismo al sargento cocinero. Dígale que el general va a pasar revista a las cocinas en quince minutos.

El ordenanza echó a correr y derramó el té.

En su tienda, que estaba oscura y profusamente decorada con el ideal de belleza femenina del médico en toda clase conocida de reproducciones pictóricas, hasta el punto de que parecía forrada de flores de melocotonero, Tietjens tuvo dificultades para ponerse los correajes. Al principio olvidó quitarse la gorra, luego metió la cabeza por el extremo equivocado, sus dedos parecían salchichas mientras manipulaban las hebillas. Se miró en el espejo roto del médico: estaba extraordinariamente bien rasurado.

Se había afeitado esa mañana a las seis y media, cinco minutos después de que partiera el destacamento. Como era previsible, los camiones habían llegado una hora tarde. Era providencial que se hubiera afeitado con tanto cuidado. Un hombre, con el rostro dividido en dos por la grieta del espejo, lo miraba con una calma insolente: era una cara doble de tez blanca y mejillas sonrosadas, tenía el cabello encrespado y los mechones blancos muy plateados. En los últimos tiempos le habían salido muchas canas. Pero no parecía agotado. Ni agobiado. McKechnie le dijo desde detrás:

—Dios mío, ¿qué es lo que pasa? ¡El general me ha echado una bronca tremenda por no tener la mesa ordenada!

Sin dejar de mirarse en el espejo, Tietjens dijo:

—Debería tener la mesa ordenada. Es el único reproche que le han hecho al batallón.

Así que el general había estado en el puesto de mando donde había dejado a McKechnie. Éste prosiguió sin aliento:

—Dicen que le atizó usted al general...

Tietjens respondió:

—¿Todavía no ha aprendido a no prestar crédito a lo que se dice en esta ciudad? —Se dijo: «¡Eso ha estado bien!». Había hablado con un tono frío, cortante y desdeñoso. Le dijo al jadeante sargento cocinero, otro NCO pesado, anciano y de bigotes grises—: El general va a pasar revista a las cocinas... ¡Asegúrese de que no hay ropa sucia en los armarios! —Estaba seguro de que, por lo demás, las cocinas estarían bien. Él mismo las había revisado dos días antes por la mañana. ¿O había sido ayer...? Fue al día siguiente de pasar la noche en vela porque habían ordenado volver al destacamento... No tenía importancia. Dijo—: Yo no distribuiría ropa blanca a los cocineros... Apuesto a que tienen alguna escondida, aunque vaya contra las ordenanzas.

El sargento miró a lo lejos y sonrió con aire omnisciente por encima del bigote de morsa.

—Al general le gusta verlos de blanco —respondió—, y él no sabe que han prohibido la ropa blanca.

Tietjens replicó:

—La pega está en que esos condenados cocineros siempre dejan la ropa sucia en algún armario en lugar de tomarse la molestia de llevársela a su barracón cuando se cambian.

Levin dijo con gran claridad:

—El general me ha pedido que le traiga esto, Tietjens. Huélalas si se encuentra un poco indispuerto. Lleva dos noches sin dormir. —Le alcanzó una botella de sales metida en un trozo de tubería plateada. Le explicó que de vez en cuando el general padecía de vértigo. Él mismo llevaba una por el bien de la señorita de Bailly.

Tietjens se preguntó por qué demonios la imagen de la botella de sales le había hecho pensar en el picaporte de la puerta del dormitorio moviéndose de forma casi imperceptible... e increíble. Era, claro, porque Sylvia tenía sobre la mesita de tocador iluminada, reflejada en el espejo, otro trozo idéntico de tubería plateada... ¿Es que todo lo que veía iba a recordarle el levísimo movimiento de ese picaporte?

—Puede hacer usted lo que quiera —contestó el sargento cocinero—, pero en las inspecciones del GOCIC siempre aparece un poco de ropa en un armario. Y el general siempre va directo a ese armario y pide que lo abran. Se lo he visto hacer tres veces al general Champion.

—Como encuentre algo esta vez, su dueño irá directo a un DCM —replicó Tietjens—. Asegúrese de que hay una tabla dietética limpia en el tablero del comedor.

—A los generales les gusta encontrar ropa sucia —objetó el sargento cocinero—, así tienen algo de lo que hablar si no saben nada de cocinas... Pondré mi propia tabla dietética, señor... ¿Puede usted entretener al general unos veinte minutos? Es todo lo que le pido.

Levin dijo a sus espaldas según se marchaba:

—Ese hombre es muy listo. Imagínese estar así de tranquilo justo antes de una inspección... ¡Ah...! —Se estremeció al pensar en las inspecciones que había padecido en sus tiempos.

—¡Muy listo! —repitió Tietjens. Y añadió, dirigiéndose a McKechnie—: Podría echarle un vistazo a la cena, por si al general le diese por husmear ahí.

McKechnie dijo en tono lúgubre:

—Oiga, Tietjens, ¿es usted o yo quien está al mando de esta unidad?

Levin exclamó con sequedad:

—¿Cómo? ¿Qué...?

Tietjens le explicó:

—El capitán McKechnie se queja de que, siendo él el oficial de más graduación, debería estar al mando de la unidad.

Levin le espetó:

—¡Por todos los...! —Se dirigió a McKechnie en tono enérgico—: Amigo, el mando de estas unidades lo asigna el cuartel general. ¡No vaya usted a confundirse!

McKechnie insistió con obstinación:

—Esta mañana el capitán Tietjens me pidió que me ocupara del batallón. Pensé que estaba bajo...

—Usted —respondió Levin— ha sido asignado a esta unidad para ocuparse de la disciplina y de la distribución de las raciones. Sabe muy bien que si el general no estuviese enterado de que un tío suyo o algo parecido es un *protégé* del capitán Tietjens, ahora mismo estaría en un manicomio...

El rostro de McKechnie se contrajo de forma convulsiva, tragó como dicen que tragan los enfermos de hidrofobia. Alzó el puño y gritó:

—Mi tí...

Levin exclamó:

—Una palabra más y lo pongo bajo supervisión médica. Tengo la orden en el bolsillo. Ahora, largo de aquí. ¡Y cuanto antes! —McKechnie fue tambaleándose hacia la puerta. Levin añadió—: Puede usted elegir entre partir al frente esta noche o enfrentarse a una comisión de investigación por solicitar un permiso para divorciarse y no hacerlo. O la otra posibilidad. ¡Y agradezca al capitán Tietjens que el general se haya mostrado tan clemente!

El barracón empezó a darle vueltas y Tietjens se acercó la botella abierta a la nariz. Su olor acre hizo que el barracón volviese a quedarse quieto. Dijo:

—No podemos hacer esperar al general.

—Me ordenó —afirmó Levin— que le diera diez minutos. Está sentado en su barracón. Parece fatigado. Este asunto le ha preocupado mucho. O'Hara fue el primer CO a cuyas órdenes sirvió. Y un tipo útil en su trabajo.

Tietjens se apoyó en la mesa hecha con cajas de latas de conserva.

—Le ha echado una buena reprimenda a ese McKechnie —observó—. No me lo esperaba de usted...

—¡Oh! —respondió Levin—, eso es por pasar tanto tiempo con él... He acabado por imitarle y veo que funciona muy bien. Claro que casi nunca le he oído reñir a nadie de ese modo. En realidad no hay quien pueda con él. Como es natural... Pero esta misma mañana estuve en su despacho desempeñando mi labor de secretario privado y él estaba hablando con Pe... Hablando mientras se afeitaba. Y le dijo exactamente: «¡Puede usted elegir entre ir al frente esta noche o un consejo de guerra!...». Así que le dije lo mismo a su amigo...

Tietjens respondió:

—Será mejor que nos vayamos.

Bajo el sol invernal Levin metió el brazo por debajo del de Tietjens y se inclinó hacia él alegremente y sin prisa. A Tietjens esa demostración le pareció insufrible, pero comprendió que era indispensable. El día parecía lleno de aristas..., todo daba la impresión de estar cruelmente definido... ¡El hígado...!

El diminuto furriel del depósito pasó a su lado muy deprisa, como empujado por el viento. Levin se limitó a hacer un gesto en respuesta a su saludo y siguió absorto en la conversación con Tietjens. Dijo:

—Usted y..., la señora Tietjens cenarán esta noche con el general. Allí se verán con el GOCIC de la División Occidental. Y con el general O'Hara... Damos por sentado que se ha separado usted definitivamente de la señora Tietjens... —Tietjens tuvo que hacer un esfuerzo por no apartar el brazo de las manos del coronel.

Su inteligencia se había convertido en un corcel con cabeza en forma de ataúd y boca de cuero, como Schomburg. Cabalgar en ella era como montar a Schomburg en un salto con foso. Sus labios decían: «¡Bla, bla, bla, bla!». No sentía las manos. Dijo:

—Comprendo la necesidad. Si el general lo ve de ese modo. Yo lo vi de otro. — Su voz estaba muy cansada—. ¡Sin duda —afirmó— el general tiene razón!

El rostro de Levin exhibía un auténtico entusiasmo. Dijo:

—¡Es usted un buen tipo! ¡Un tipo estupendo! Todos estamos en el mismo barco... ¿Va usted a decírmelo? Para él. ¿Estaba O'Hara borracho anoche o no?

Tietjens respondió:

—No creo que lo estuviera cuando irrumpió en la habitación con el mayor Perowne... ¡Lo he estado pensando! Creo que se emborrachó después... Cuando le pedí primero y le ordené después que saliera de la habitación, se apoyó contra el quicio de la puerta... Y ciertamente, en ese momento, ¡me pareció ebrio!... Luego le dije que lo pondría bajo arresto si no se iba...

Levin dijo:

—¡Hum, hum, hum!

Tietjens prosiguió:

—Era obvio que era mi deber... Le aseguro que yo estaba totalmente sobrio... Totalmente sobrio...

Levin repuso:

—No pretendo cuestionar la corrección... Pero somos una gran familia... Admito la atrocidad..., la intolerable naturaleza de... Pero comprenderá usted que O'Hara tenía derecho a entrar en su habitación... ¡Como PM...!

—No pongo en duda que tuviera derecho. Sólo le insisto en que estaba sobrio porque el general se ha dignado a pedir mi opinión sobre el estado etílico del general O'Hara...

Habían llegado al final de la hilera de barracones que llevaba a la oficina de

Tietjens y, muy juntos, estaban contemplando el gran tapiz del paisaje francés.

—Él —dijo Levin— está deseando conocer su opinión. En realidad, que O'Hara conserve su puesto depende de si bebe o no demasiado... Dice que aceptará su palabra... Tiene total confianza en su testimonio...

—Conociéndome —respondió Tietjens estudiadamente— es lo menos que puede hacer.

Levin exclamó:

—¡Dios mío, amigo, se lo restriega usted por delante de las narices! —Y enseguida añadió—: Me ha pedido que solucione esa faceta del asunto. Tendrá que perdonar que...

La inteligencia de Tietjens estaba totalmente entumecida; el Sena, allí abajo, parecía una ese en llamas sobre una superficie opalina. Dijo:

—¿Eh? —Y luego—: ¡Oh, sí! Le perdono... Resulta penoso... Probablemente no sepa usted lo que hace. —De pronto, estalló—: ¡Dios mío...! ¿Tenían que ir los ferroviarios canadienses con mi destacamento? Los envié a reparar la línea férrea. Tenían que partir también... Yo los retrasé... Ambas órdenes estaban fechadas el mismo día a la misma hora. No pude contactar con el cuartel general ni desde aquí ni desde el hotel...

Levin replicó:

—Sí, eso es. Él estará encantado. ¡Quiere hablar con usted de eso!

Tietjens soltó un inmenso suspiro de alivio:

—Recordé que mis órdenes eran contradictorias justo antes de... Fue una impresión terrible recordarlo... Si los enviaba en los camiones, las reparaciones de la línea férrea se retrasarían... De lo contrario podían reprenderle a usted... Era una preocupación insoportable...

Levin dijo:

—Lo recordó usted justo al ver moverse el picaporte de la puerta...

Tietjens respondió en medio de una nebulosa:

—Sí. Ya sabe lo terrible que es recordar de pronto que uno ha olvidado cumplir una orden. Como si la boca del estómago tuviese...

Levin dijo:

—En lo único que pensaba cuando olvidaba alguna cosa era en qué excusa darle al furriel... Cuando era oficial del regimiento...

De pronto, Tietjens preguntó en tono insistente:

—¿Cómo lo sabe...? ¿Lo del picaporte? Sylvia no pudo verlo... —Y añadió—: Ni tampoco adivinar lo que yo estaba pensando... Estaba de espaldas a la puerta... y a mí... Mirándome a través del espejo... Ni siquiera se enteró de lo que pasaba... ¡Así que no pudo ver moverse el picaporte!

Levin dudó:

—Yo... —dijo—. Tal vez no debería habérselo dicho... Nos lo contó usted... Es decir, lo contó... —Estaba muy pálido. Dijo—: Amigo... Es posible que no lo sepa... ¿Nunca lo había hecho, en la infancia...?

Tietjens preguntó:

—¿Y bien...? ¿De qué se trata?

—¡De que habla usted... en sueños! —respondió Levin.

Sorprendido, Tietjens dijo:

—¿Y qué...? ¡No hay por qué organizar tanto revuelo! Con el exceso de trabajo que he tenido y la falta de sueño...

Con una patética apelación a la omnisciencia de Tietjens, Levin exclamó:

—Pero ¿eso no significa...? De niños decíamos que..., que si uno hablaba en sueños... es porque... estaba un poco chiflado.

Tietjens respondió con desinterés:

—No necesariamente. Significa que uno ha estado bajo mucha presión mental, pero la presión mental no siempre lo vuelve a uno loco. Ni mucho menos... Además, ¿qué importancia tiene?

Levin dijo:

—Quiere usted decir que no le importa... ¡Dios mío! —Se quedó contemplando el paisaje muy deprimido. Añadió—: ¡Qué guerra tan brutal! ¡Qué guerra tan brutal...! Fíjese en la vista...

Tietjens replicó:

—Ciertamente es un espectáculo alentador. La brutalidad de la naturaleza humana es siempre la misma. Mentimos y traicionamos y carecemos de imaginación y nos engañamos a nosotros mismos, siempre en la misma proporción. ¡En la paz y en la guerra! Pero en algún lugar de ese paisaje hay enormes masas de gente... Si dispusiésemos de una vista más amplia del frente veríamos grupos aún mayores. Entre siete y diez millones... Todos desplazándose hacia lugares adonde no querrían ir de ningún modo. ¡De ningún modo! Cada una de esas personas está terriblemente asustada. Pero aun así siguen avanzando. Una inmensa voluntad ciega los obliga a hacer el esfuerzo de consumir la única acción digna de la que puede jactarse la humanidad en toda su historia: ésa en la que estamos inmersos. Dicho esfuerzo es el único hecho meritorio de todas sus vidas... Por lo demás, la vida de esos hombres se reduce a asuntos mezquinos, sucios e insignificantes... Como los suyos... Como los míos...

Levin exclamó:

—¡Cielos! ¡Menudo pesimista está usted hecho!

Tietjens replicó:

—¿No se da cuenta de que es puro optimismo?

—Pero —objetó Levin—, si estamos a punto de batirnos en retirada... No sabe lo

desesperada que es la situación.

Tietjens dijo:

—¡Oh!, lo sé muy bien. En cuanto pase este mal tiempo, estaremos perdidos.

—No podemos contenerlos —exclamó Levin—. Es sencillamente imposible.

—Pero el éxito o el fracaso —prosiguió Tietjens— nada tienen que ver con el mérito. Y la consideración de las virtudes de la humanidad no puede olvidar al otro bando. Si ellos pierden nosotros ganamos. Si el éxito es necesario para su idea de la virtud, *virtus*, entonces ellos proporcionarán el éxito en lugar de nosotros. Lo importante es ser fiel a la integridad de uno mismo, por muy grande que sea el terremoto que derribe nuestra casa... Y eso, gracias a Dios, es lo que estamos haciendo...

Levin dijo:

—No sé... Si supiera usted lo que ocurre en Inglaterra...

Tietjens respondió:

—¡Oh!, lo sé... Me conozco ese terreno como la palma de la mano. Podría moverme por él aunque no conociera los detalles.

Levin asintió:

—Estoy seguro de ello. —Y añadió—: Claro que podría... Y, no obstante, lo único que podemos hacer con usted es martirizarlo porque dos idiotas borrachos irrumpieron en el dormitorio de su mujer...

Tietjens dijo:

—Se le notan sus orígenes no anglosajones por su manera de gritar... ¡Y por sus iluminadoras exageraciones!

Levin exclamó de pronto:

—¿De qué demonios estábamos hablando?

Tietjens replicó en tono sombrío:

—Estoy a disposición de la autoridad militar competente..., es decir, ¡de usted!, mientras investigan mis antecedentes. Y tengo intención de seguir soltando banalidades mientras no me lo impida.

Levin respondió:

—Por el amor de Dios, ayúdeme. Esto me resulta muy difícil. El general, me ha pedido que trate de averiguar lo que ocurrió la otra noche. No quiere hacerlo él mismo. Les tiene demasiado afecto a ambos.

Tietjens dijo:

—Pedirme que le ayude es pedir demasiado... ¿Qué es lo que dije en sueños? ¿Qué le ha contado al general la señora Tietjens?

—El general —replicó Levin— no ha visto a la señora Tietjens. No se fiaba de sí mismo. Sabía que trataría de liarlo.

Tietjens suspiró:

—Va aprendiendo. Cumplió los sesenta el julio pasado, pero empieza a ver las cosas con claridad.

—El caso es —prosiguió Levin— que lo poco que sabemos lo averiguamos como le he dicho. Y del propio O'Hara, por supuesto. El general no dejó que Pe..., que el otro tipo, le dijera una sola palabra, mientras se afeitaba. Sólo dijo: «No le escucharé, no le escucharé. Puede usted elegir entre partir al frente con el primer tren o un consejo de guerra por mi solicitud personal ante el rey».

—No había imaginado —apuntó Tietjens— que pudiera ser tan inflexible.

—Está muy afectado —respondió Levin—, si usted y la señora Tietjens se separan, y no digamos si puede probarse algo contra cualquiera de los dos, harán añicos todas sus ilusiones. Y... —Se interrumpió—: ¿Conoce usted al mayor Thurston? ¿De artillería? ¿Destinado en antiaéreos...? El general y él son uña y carne...

Tietjens contestó:

—Es uno de los Thurston de Lobden Moorside... No lo conozco personalmente...

Levin prosiguió:

—Le contó algo al general... Que le ha disgustado mucho...

Tietjens exclamó:

—¡Dios mío! —Y luego añadió—: No es posible que le haya hablado mal de mí... Así que debe haber sido acerca de...

Levin preguntó:

—¿Acaso quiere que sólo le hablen mal de usted al general en contraposición con lo que se diga de... otra persona?

Tietjens replicó:

—Los tipos de la cocina llevan esperando la inspección un buen rato... Estoy en sus manos en lo que al general se refiere...

Levin dijo:

—El general está en su barracón, encantado de estar solo. Nunca lo está. Me dijo que iba a escribir un memorándum confidencial para el ministro y que me quedase con usted todo el tiempo necesario con tal de que sacase algo en claro...

Tietjens inquirió:

—¿Ocurrió lo que dice el mayor Thurston en..., él se ha pasado casi toda la vida en Francia... Habría hecho mejor no diciéndomelo...

Levin repuso:

—Es nuestro oficial de enlace en antiaéreos con las autoridades civiles franceses. Los tipos como él normalmente han vivido mucho tiempo en Francia. Es un hombre muy discreto y tranquilo. Juega al ajedrez con el general y habla mucho con él... Pero el general quiere contarle a usted en persona lo que le dijo...

Tietjens soltó:

—¡Dios mío...! También él va a hablar conmigo... Es como si se fuese cerrando el círculo...

Levin le interrumpió:

—No podemos seguir así... La culpa es mía por no ser más directo. Pero no podemos perder ni un día más. No lo soportaríamos... Casi he terminado.

Tietjens le preguntó:

—¿De dónde era en realidad su padre? ¿De Frankfurt...?

Levin respondió:

—De Constantinopla... Mi abuelo era uno de los agentes financieros del sultán, mi padre fue el fruto de sus amores con una armenia que le regaló el Selamlík, además de la Orden del Medjidje, de primera clase.

—Eso explica sus excelentes modales y su sentido común. Si hubiese sido usted inglés ya le habría roto el cuello.

Levin replicó:

—¡Gracias! Espero comportarme siempre como un caballero inglés. Pero ahora voy a ser brutalmente directo... —Continuó—: Lo raro es que siempre se refiriese usted a la señorita Wannop con el lenguaje de un correcto corresponsal victoriano. Tendrá que disculpar que pronuncie su nombre, pero así abreviaremos. Decía usted «señorita Wannop» cada dos o tres minutos. Eso convenció al general más que cualquier otra cosa de que su relación era totalmente...

Tietjens dijo con los ojos cerrados:

—Así que hablé en sueños de la señorita Wannop...

Levin, que estaba temblando un poco, dijo:

—Fue todo muy raro... Casi fantasmagórico... Estaba usted ahí, con los brazos encima de la mesa. Hablando sin parar. Era como si le estuviese escribiendo una carta. La luz del sol iluminaba el barracón. Yo quise despertarle, pero él me lo impidió. Dio por sentado que estaba llevando a cabo una labor detectivesca y quiso averiguar lo que pudiera. Se le había metido en la cabeza que era usted socialista...

—¿Lo ve? —comentó Tietjens—. ¿No le dije que empezaba a ver las cosas con claridad...?

Levin exclamó:

—Pero usted no es socialista...

Tietjens lo interrumpió:

—Por supuesto, que su padre fuera de Constantinopla y su abuela georgiana explica su atractivo. Es usted un tipo muy apuesto. E inteligente... Ya que el general le ha encargado averiguar si soy o no socialista contestaré con gusto a sus preguntas.

Levin replicó:

—No... Ésa es una de las cosas que quiere preguntarle en persona. Por lo visto,

en caso de que lo sea tiene intención de excluirlo de su testamento...

Tietjens exclamó:

—¡Su testamento...! Claro, es normal que quiera dejarme algo. Pero ¿no sería eso suficiente motivo para que yo afirmara serlo? No quiero su dinero.

Levin dio un auténtico respingo. El dinero, y en particular el dinero heredado, era una de las cosas más sagradas para él, así que exclamó:

—¡No comprendo cómo puede bromear sobre ese asunto!

Tietjens respondió de buen humor:

—En fin, no supondría que iba a hacerle la rosca a un anciano caballero para que me dejase su dinero. —Añadió—: ¿No cree que sería mejor acabar de una vez?

Levin preguntó:

—¿Se encuentra usted mejor?

Tietjens respondió:

—Bastante mejor... Disculpe que haya sido tan emotivo. No es usted inglés, así que espero no haberle avergonzado.

Levin estalló muy ofendido:

—¡Maldita sea, soy inglés hasta la médula! ¿Qué es lo que pasa conmigo?

Tietjens dijo:

—Nada... No pasa nada. Eso mismo es lo que lo hace a usted tan poco inglés. A nosotros..., bueno no parece importarnos lo que ocurra con nosotros... ¿Qué ha deducido usted acerca de mis relaciones con la señorita Wannop?

Planteó la pregunta con tanta frialdad que Levin, que seguía preocupado con sus ancestros, al principio no comprendió lo que había dicho Tietjens. Empezó a contarle que había sido educado en Winchester y Magdalen.^[134] Luego soltó un «¡Oh!». Y se tomó un tiempo para pensar.

—Si —dijo por fin— el general no me hubiera dicho que es joven y atractiva..., al menos eso creo..., habría pensado que la trataba usted como a una vieja solterona... Por supuesto, me sorprendió mucho que hubiese alguien... Que usted... En cualquier caso... Supongo que soy un necio...

Tietjens inquirió:

—¿Qué dedujo el general?

—Él... —dijo Levin— se acercó a usted con la cabeza ladeada y aire astuto..., como una urraca escuchando junto al agujero en el que ha escondido una nuez... Al principio, pareció decepcionado, luego muy satisfecho. Una satisfacción muy sencilla. Satisfecho sin más, ya sabe... Cuando salimos del barracón me dijo: «Supongo que *in vino veritas*», y me preguntó cómo se decía «sueño» en latín..., pero yo también lo había olvidado...

Tietjens preguntó:

—¿Qué dije?

—Es... —Levin dudó— extraordinariamente difícil reproducir lo que dijo... No recuerdo parlamentos largos al pie de la letra... Como es natural, era todo muy fragmentario... Ya le he dicho que hablaba usted con una joven de cosas de las que no se le suele hablar a una joven... Y, evidentemente, estaba tratando de abandonar a su..., a la señora Tietjens, con delicadeza... También trataba de explicar por qué había decidido separarse definitivamente de la señora Tietjens... Parecía temer usted que a la otra joven le molestase su separación...

Tietjens le espetó con despreocupación:

—Esto es muy doloroso. ¿Por qué no me cuenta exactamente qué es lo que pasó anoche...?

Levin dijo:

—¡Ojalá lo hiciera usted! —y añadió con timidez—: Espero que no le importe que le recuerde que esto es una investigación militar. Para mí sería más fácil informar al general si me contase las cosas tal como ocurrieron.

Tietjens replicó:

—Gracias... —Y pasado un breve intervalo, prosiguió—: La noche pasada me retiré a descansar con mi mujer a las..., no recuerdo la hora con exactitud. Digamos la una y media. Llegué al campamento a las cuatro y media y me costó media hora venir andando. Así que lo que voy a contarle ocurrió antes de las cuatro.

—La hora —observó Levin— no es relevante. Sabemos que el incidente ocurrió de madrugada. El general O'Hara vino a quejarse a las tres treinta y cinco. Debí de tardar cinco minutos en llegar a mi alojamiento.

Tietjens dijo:

—Y me acusó de...

—Las quejas —respondió Levin— fueron por varios motivos... No los recuerdo todos. La acusación principal era por ebriedad y por golpear a un oficial superior, luego por conducta perjudicial en la que empujó usted... Y también una acusación subsidiaria por haber rechazado un pliego de cargos de forma impropia en su puesto de mando... No comprendí muy bien de qué se trataba... Por lo visto discutió usted con él acerca de sus policías militares...

—Ése —observó Tietjens— es el auténtico motivo. —Preguntó—: ¿Quién es el oficial al que se supone que golpeé...?

Levin dijo con sequedad:

—Perowne...

Tietjens replicó:

—Sabe usted que no fue a él. Estoy dispuesto a declararme culpable de golpear al general O'Hara.

—No se trata —objetó Levin— de declararse culpable de nada. Nadie le ha acusado a usted, y sabe muy bien que ya no está bajo arresto... Cualquier orden que

se le dé después de ponerlo bajo arresto basta para levantarlo de forma inmediata.

Tietjens dijo con frialdad:

—Lo sé perfectamente. Y ésa fue la intención del general Campion al ordenarme que lo acompañara a inspeccionar las cocinas... Pero dudo de que... Quisiera que reconsiderasen si éste es el mejor modo de silenciar el asunto... Creo que sería mucho más práctico que yo me declarase culpable de golpear al general O'Hara. Y de ebriedad, naturalmente. Un oficial no golpea a un general si está sobrio. Así el caso pasaría inadvertido. Todos los días arrestan a algún oficial subalterno por ebriedad.

Levin había dicho «Espere un minuto» dos veces. Ahora exclamó evidentemente horrorizado:

—Su manía de sacrificarse le hace perder todo..., todo el sentido de la proporción. Olvida que el general es un caballero. Las cosas no pueden resolverse de forma clandestina en esta unidad...

Tietjens arguyó:

—Pues van a resolverlas de un modo intolerable... A mí no me importaría lo más mínimo que me acusaran de ebriedad, pero sacar a relucir todo esto será un infierno.

Levin le exigió:

—El general está deseoso de saber exactamente lo ocurrido. Le ruego que acepte la orden de contar con exactitud lo sucedido.

Tietjens dijo:

—Eso es lo más aborrecible... —Guardó silencio casi un minuto, mientras Levin se daba golpecitos en el pantalón con la fusta de montar con un ritmo nerviosamente apasionado. Tietjens se puso muy rígido y empezó—: El general O'Hara irrumpió en la habitación de mi mujer. Yo estaba allí. Al principio, pensé que estaba borracho. Pero por lo que dijo supongo que no lo estaba tanto. Había otro hombre tumbado en el pasillo hacia donde lo empujé. El general O'Hara exclamó que era el mayor Perowne. Yo no lo había reconocido. Apenas lo conozco y no iba vestido de uniforme. Lo tomé por un camarero francés que venía a traerme un recado. Tan sólo vi su cara en la puerta mientras se asomaba a la habitación. Mi mujer estaba en un estado... que rozaba la desnudez. Así que le puse la mano en la barbilla y lo empujé hacia el pasillo. Soy un hombre muy fuerte y empujé con todas mis fuerzas. Eso lo recuerdo. Estaba enfadado, pero no más de lo que parecían requerir las circunstancias...

Levin exclamó:

—Pero... ¡Un recado...! ¡A las tres de la mañana...!

—Llevaba toda la noche telefoneando a mi puesto de mando y al suyo. El OIC del destacamento, el teniente Cowley, también me había llamado varias veces. Estaba deseando saber lo que tenía hacer con los ferroviarios canadienses. Desde que entré en la habitación de la señora Tietjens recibí tres llamadas telefónicas y vino a verme

un ordenanza del campamento. Además, estaba manteniendo una conversación muy difícil con mi mujer acerca del reparto de las fincas de mi familia, que son muy grandes, así que los detalles eran muy complejos. Yo ocupaba la habitación contigua a la de la señora Tietjens y había dejado abierta la puerta que comunicaba las dos habitaciones para poder oír si un camarero o un ordenanza llamaban a mi puerta desde el pasillo. El portero de noche del hotel era un tipo moreno, arisco y desaseado... No se parecía en nada a Perowne.

Levin lo interrumpió:

—¿Es necesario entrar en tantos detalles? Nosotros...

Tietjens replicó:

—Lo considero necesario si tengo que hacer una declaración. Yo preferiría que me interrogase usted...

Levin dijo:

—Por favor, continúe... Lo de que el mayor Perowne no vestía de uniforme coincide. Él ha declarado que iba en batín y pijama. En busca del baño.

Tietjens exclamó:

—¡Ah! —Y se quedó pensativo. Luego añadió—: ¿Podría decirme lo que ha declarado el mayor Perowne?

—Él afirma —le explicó Levin— lo que le acabo de decir. Estaba buscando el baño. Nunca había dormido antes en el hotel. Abrió una puerta y echó un vistazo, y en ese momento lo empujaron con gran violencia hacia el pasillo y contra la pared. Dice que se sorprendió tanto que, sin saber lo que le había ocurrido, gritó varias acusaciones contra la persona que lo había atacado... En ese momento, el general O'Hara salió de su habitación.

Tietjens inquirió:

—¿Qué clase de acusaciones hizo el mayor Perowne?

—No, ¡oh...! —dudó Levin—, las ha explicitado en su declaración.

Tietjens dijo:

—¿Y no le parece esencial que yo sepa en qué consisten...?

Levin respondió:

—No lo sé... Espero que me perdone... El mayor Perowne vino a verme media hora después que el general O'Hara. Estaba muy..., extremadamente nervioso y preocupado. Por la señora Tietjens..., y debo decir que también por usted... Por lo visto, gritó lo primero que le acudió a la cabeza como «¡Ladrones!» o «¡Fuego!». Y, cuando salió el general O'Hara, le dijo, fuera de sí, que su mujer le había invitado a subir a su habitación, y que..., ¡oh!, discúlpeme..., lo lamento mucho..., estoy en deuda con..., ¡que usted había tratado de chantajearle!

Tietjens exclamó:

—¡Bueno...!

—Comprenda —dijo Levin en tono implorante— que eso es sólo lo que le dijo al general O'Hara en el pasillo. Luego confesó que había sido una locura... Y no mantuvo esa acusación ante mí.

Tietjens preguntó:

—¿Ni que la señora Tietjens le había dado permiso...?

Levin respondió con lágrimas en los ojos:

—No quiero seguir con esto... Prefiero renunciar al mando antes que seguir torturándolo...

—No puede usted renunciar al mando —replicó Tietjens.

—Puedo renunciar a mi puesto —respondió Levin. Siguió gimoteando—: ¡Qué guerra tan horrible...! ¡Qué guerra tan horrible...!

Tietjens le tranquilizó:

—Si lo que le molesta es tener que decirme que cree usted que el mayor Perowne subió con el permiso de mi mujer, me consta que es cierto. Y también lo es que mi mujer contaba con que yo estaría allí. Quería un poco de diversión, no cometer adulterio. Aunque también me consta que, como el mayor Thurston parece haberle contado al general Campion, la señora Tietjens pasó una temporada con el mayor Perowne. En Francia. En un lugar llamado Yssingueux-les-Pervenches...

—No se llamaba así —balbució Levin—. Era San... San... San no sé cuántos. En las Cevennes...

Tietjens dijo:

—¡Vamos...! No se preocupe...

—Pero yo... —continuó Levin— estoy en deuda con usted...

—Será mejor —repuso Tietjens— que yo me ocupe de este asunto.

Levin observó:

—Al general le partirá el corazón. Tiene una confianza absoluta en la señora Tietjens. ¿Cómo no tenerla...? ¿Cómo demonios iba a adivinar nadie lo que le contó el mayor Thurston?

—Es uno de esos hombres dignos de confianza que siempre acaban enterándose de ese tipo de cosas —respondió Tietjens—. En cuanto a la confianza del general en la señora Tietjens, está totalmente justificada... Lo que pasa es que ya no habrá más desfiles. Tarde o temprano, nos pasará a todos... —Y añadió con un poco de amargura—: A usted no. Al ser turco o judío tiene usted un alma oriental, fiel, monógama y sencilla... —Y dijo además—: Espero que el sargento cocinero tenga el sentido común de no retrasar la cena de los hombres por culpa de la inspección del general... Aunque, no creo que lo haga...

Levin dijo:

—¿Y qué demonios importa eso? A veces deja esperando a los hombres tres horas en los desfiles.

—Por supuesto —dijo Tietjens—, si eso es lo que el mayor Perowne le contó a O'Hara, es probable que mis sospechas sobre su estado de ebriedad estuvieran injustificadas. Trate de imaginárselo. El general O'Hara hizo saltar el pasador de la puerta que yo acababa de cerrar e irrumpió en la habitación gritando: «¿Dónde está ese ####chantajista?». Y me costó casi tres minutos deshacerme de él. Yo había tenido la presencia de ánimo de apagar la luz y él no dejaba de insistir en echarle otro vistazo a la señora Tietjens. Si se piensa bien, es evidente que tiene el sueño muy profundo. Lo despertaron de pronto, después de haber bebido, sin duda, unas cuantas copas. Oyó al mayor Perowne gritando algo sobre ladrones y chantajistas... Los ladrones y chantajistas deben de abundar en la ciudad. Además, me odia por lo de la policía militar. Soy un tipo de aspecto desastrado del que no sabe demasiado. Perowne tiene fama de ser millonario. Y es muy probable que lo sea, la gente dice que es muy tacaño. Por eso se le debió de ocurrir la idea del chantaje con la que sugestionó al general... —Volvió a empezar—: Pero yo no tenía forma de saberlo... Le había dado a Perowne con la puerta en las narices sin saber siquiera que era él. La verdad es que pensé que era el portero nocturno que venía a traerme un recado. Sólo vi a un sátiro dando gritos. Quiero decir que eso es lo que pensé que era O'Hara... Y le aseguro que, cuando insistió en quedarse apoyado contra el quicio de la puerta y en echarle otro vistazo a la señora Tietjens, no dejaba de decir «la mujer» y «la desvergonzada» en lugar de «la señora Tietjens», conservé la calma... Pensé que ocurría algo raro. Repetí «Ésta es la habitación de mi mujer» varias veces. Él preguntó cómo podía estar seguro de que era mi mujer, y... afirmó que se le había insinuado en el salón, así que podría haber sido él tanto como Perowne... Diría que se le había metido en la cabeza la idea de que yo había llevado allí a una furcia para chantajear a alguien... Pero ya sabe... Yo acabé hartándome... Vi en el pasillo a uno de los subalternos que tiene a sus órdenes y le dije: «Si no se lleva de aquí al general O'Hara tendré que ordenarle que lo ponga bajo arresto por ebriedad». Eso pareció sacar de quicio al general. Yo me había acercado a él con la intención de sacarlo a empujones y, desde luego, olía mucho a whisky. Pero supongo que él se creía ultrajado. Tal vez empezase también a entrar en razón. Como no vi que me quedara otra posibilidad, lo empujé con suavidad hacia el pasillo. Al salir él me gritó que podía considerarme bajo arresto. Y así lo hice... Es decir, en cuanto resolví ciertos detalles con la señora Tietjens, me vine andando a mi alojamiento, aunque en realidad el MO me había ordenado quedarme en el hotel debido al estado de mis pulmones. Fui a despedir al destacamento, pues para eso no tenía que dar ninguna orden. Volví a mi alojamiento a eso de las seis y media y, alrededor de las siete, desperté a McKechnie, a quien le pedí que se hiciera cargo de mi ordenanza y del puesto de mando. Desayuné en mi tienda, y luego fui a mi despacho a esperar los acontecimientos. Creo que le he contado lo más esencial...

II

El general lord Edward Champion, GCB, KCMG (militar), DSO, etcétera, irradiaba gloria mientras redactaba un memorándum confidencial para el ministro de la Guerra sentado en una caja de latas de ternera e inclinado sobre una manta militar que cubría una mesa de mapas. De momento estaba de muy buen humor en la superficie, aunque en su fuero interno estuviera perplejo y deprimido. Al final de cada frase que escribía —¡y lo hacía con una satisfacción cada vez mayor!—, su subconsciente le decía: «¿Qué demonios voy a hacer con este muchacho?». O: «¿Cómo diablos impedir que salga a relucir el nombre de la chica?».

Le habían pedido que redactase un memorándum confidencial sobre cuáles eran en su opinión los motivos de la huelga de ferroviarios franceses, y se le había ocurrido la ingeniosa idea de informar de lo que opinaban la mayor parte de las fuerzas bajo sus órdenes. Era un enfoque arriesgado, pues podía entrar en conflicto con la versión gubernamental. Pero estaba convencido de que cualquier investigación que pudiese llevar a cabo el gobierno entre la población local confirmaría lo que estaba escribiendo..., y se aseguró de dejar bien claro que no estaba expresando su opinión personal. Además, no le importaba lo que pudiera hacerle el gobierno.

Estaba satisfecho con su carrera militar. Al principio de la guerra, después de ayudar a la movilización, había servido con gran distinción en el frente oriental al mando de la infantería montada. Posteriormente, se había distinguido tanto en la organización y el transporte de las tropas que iban y venían de ultramar que, cuando las líneas de comunicación adquirieron una enorme importancia, comprendió que era el único general al que podían ofrecerle esa misión. Y si se habían vuelto tan importantes —¡era un secreto a voces!— era porque la división de pareceres en el seno del gobierno hacía posible que, en el momento menos pensado, se optase por trasladar el grueso del ejército de Su Majestad a algún lugar del frente oriental. Lo que, en opinión de Champion, tenía que ver, al menos en parte, con las necesidades estratégicas del Imperio británico en política mundial y no sólo con los movimientos de tropas, un hecho que no siempre se tiene en cuenta. Era de prever que la preponderancia de los intereses imperiales británicos estuviese en Extremo y Próximo Oriente, es decir, al este de Constantinopla. Algo discutible, pero también posible. Las actuales operaciones en el frente occidental, por arduas e incluso meritorias que hubieran podido ser hasta hacía relativamente poco, estaban muy alejadas de nuestras posesiones en Extremo Oriente y contribuían a disminuir nuestro prestigio en lugar de aumentarlo. Además, la desafortunada exhibición a las puertas de Constantinopla al comienzo de la guerra ^[135] casi había acabado con nuestro prestigio entre los pueblos mahometanos. De modo que una enorme demostración de fuerza en cualquier región entre la Turquía europea y las fronteras noroccidentales de la India

serviría para darles a entender a los mahometanos, hindúes y demás pueblos orientales, la fuerza descomunal que Inglaterra podía movilizar si se lo proponía. Ciertamente que eso supondría perder la guerra en el frente occidental, y la consiguiente pérdida de prestigio en Occidente. Pero la desaparición de la República francesa les traería sin cuidado a los pueblos orientales, mientras que, sin duda, nosotros podríamos llegar a un buen acuerdo con las naciones enemigas a cambio de abandonar a nuestros aliados, lo que dejaría el imperio no sólo intacto, sino de hecho acrecentado, pues era improbable que los imperios enemigos quisieran cargar con más colonias por un tiempo.

El general Champion no se dejaba llevar por el sentimentalismo al considerar la idea de traicionar a nuestros aliados. Se habían ganado su respeto como organizaciones militares y eso, para un soldado profesional, es mucho; pero aun así seguía siendo un soldado profesional, y la perspectiva de extender las fronteras del Imperio británico no podía descartarse sólo por una deshonra más o menos sentimental. En otras guerras en las que habían participado varias naciones se había llegado a arreglos parecidos y sin duda volvería a ocurrir. Además, así el gobierno podría hacerse con los votos de la pequeña, pero relativamente ruidosa y amenazadora, parte de la población británica que estaba a favor de las naciones enemigas.

Pero, desde el punto de vista táctico —lo que conviene recordar que se refiere a los movimientos de tropas en contacto con el enemigo—, el general Champion no tenía ninguna duda de que el plan había sido concebido por un loco. Por supuesto, no podía olvidarse que era deshonroso, pero es que además era imposible ponerlo en práctica. La terrible naturaleza de nuestra debacle si tratábamos de evacuar el frente occidental podía ser desconocida o deliberadamente ignorada por los civiles. Pero el general casi podía ver sus horrores... y, precisamente porque era un soldado profesional, la idea le producía escalofríos. Por entonces tenían ya una enorme cantidad de tropas en el país, que aún no habían entrado en contacto con las fuerzas enemigas. Si trataban de retirarlas ahora, la población pasaría de ser un factor amistoso a ser un factor amargamente hostil, y trasladar tropas por un país hostil es infinitamente más complicado que trasladarlas por un territorio donde la población está dispuesta a echar una mano o al menos no pone obstáculos. Además tendrían que avituallar a esa enorme fuerza y, desde luego, que proveerla de munición en el caso de que tuvieran que abrirse paso entre las fuerzas enemigas. Sería imposible hacerlo sin utilizar las vías férreas locales, y su uso se prohibiría casi en el acto. Si, por otro lado, trataban de empezar la evacuación acortando el frente, la operación sería muy difícil con tropas que, en la actualidad, sólo estaban entrenadas para la guerra de trincheras con oficiales muy poco acostumbrados a garantizar esa comunicación entre las unidades que es fundamental en un ejército en retirada. De hecho, esa clase de

ejercicios habían sido casi descuidados en los campos de entrenamiento, donde la instrucción prácticamente se limitaba al lanzamiento de bombas, el manejo de ametralladoras y otras cuestiones que el Ministerio de la Guerra se había visto obligado a introducir por culpa de la presión ejercida por civiles elocuentes..., a cambio de un descuido casi total del manejo del rifle. Así que la sola insinuación de una retirada bastaría para que las fuerzas enemigas rompieran nuestras líneas y cayeran sobre las numerosas tropas desorganizadas o semiorganizadas de la retaguardia...

La tentación para el soldado profesional era considerar ese estado de cosas con ecuanimidad. No es raro que un general se haya distinguido enormemente conteniendo la retirada desde la retaguardia después de que los oficiales de vanguardia hayan fracasado estrepitosamente. Pero el general Campion rechazaba la tentación de desear siquiera que pudiese producirse esa ocasión de distinguirse. No podía considerar con ecuanimidad la matanza de un enorme número de personas bajo sus órdenes, y ni siquiera una retirada exitosa como la descrita podría llevarse a cabo sin una horrible matanza. Y no tenía grandes esperanzas de poder hacer delicados y rápidos movimientos con un ejército que, salvo por su entrenamiento en la guerra de trincheras, tenía en la práctica una textura casi civil. Así que, aunque como es natural había hecho sus planes para tal eventualidad y tenía en su despacho privado cuatro pizarras gigantescas cubiertas de papel en las que cambiaba a diario los nombres de las unidades a medida que salían de sus manos o caían en ellas y se iban volviendo disponibles, cada noche rezaba antes de acostarse y pedía concretamente que esa labor no recayera nunca sobre sus hombros. Valoraba en mucho la popularidad casi universal de que disfrutaba entre sus hombres, y no podía soportar la idea de cómo lo vería el ejército si tuviera que someterlo a una presión tan terrible y un sufrimiento tan insoportable. Además, había planteado la cuestión con mucha firmeza en un memorándum que había preparado en respuesta a una petición gubernamental de un plan para llevar a cabo la evacuación. Aun así, estaba convencido de que el elemento civil del gobierno era tan indiferente al sufrimiento de los hombres implicados en esas operaciones e ignoraba hasta tal punto las exigencias militares, que las palabras dirigidas a aquel departamento sobre el particular serían mero papel mojado...

El caso es que todo le empujaba a escribir confidencialmente al ministro de la Guerra de un modo que sabía particularmente desagradable para varios de los caballeros que lo leerían. De hecho, soltó una risita mientras escribía, la puerta estaba abierta y el sol iluminaba su radiante figura. Dijo:

—Siéntese, Tietjens. Levin, no lo necesitaré los próximos diez minutos. —No levantó la cabeza y siguió escribiendo. Le molestó ver, con el rabillo del ojo, que Tietjens seguía de pie y dijo algo irritado—: Siéntese, siéntese...

Escribió: «En general la población local opina que el grave trastorno actual del

tráfico ferroviario ha sido, si no promovido, al menos auspiciado por el gobierno de este país, con la intención de demostrarnos lo que ocurriría si tomásemos alguna medida para devolver tropas a Inglaterra o trasladarlas a algún otro sitio, también se dice que es una demostración de fuerza a favor del mando único, medida que la parte más instruida de la población considera indispensable para una rápida y exitosa conclusión de las hostilidades...».

El general se detuvo en esa frase. Daba justo en el clavo. Él también estaba a favor del mando único y opinaba que era una condición indispensable para que las hostilidades concluyesen de algún modo. La historia militar, en lo que se refiere a cualquier tipo de operaciones aliadas —desde las campañas de Jerjes y las guerras de los griegos y los romanos, a las campañas de Marlborough y Napoleón y las ofensivas prusianas de 1866 y 1870—, probaba que una fuerza relativamente pequeña que actuase de forma homogénea era de nuevo infinitamente más efectiva que unas fuerzas de aliados muy superiores que actuaran sin orden ni concierto. El desarrollo de las armas modernas no había cambiado la estrategia en lo más mínimo y las únicas diferencias tácticas eran de tiempo y número. Hoy, como en los días de las guerras griegas, el éxito dependía de que las fuerzas llegasen en el momento idóneo a los lugares apropiados, y que tus armas mortíferas actuaran a cincuenta kilómetros de distancia o se sostuvieran y accionasen a mano, que la muerte llegase del cielo o de debajo de la tierra, por el aire en forma de misiles o mediante vapores mefíticos y atormentadores, carecía de importancia. Lo que decidía la suerte de los combates, las campañas y, en último término, las guerras, era la inteligencia que programaba la llegada de las fuerzas a los lugares apropiados y ésa tenía que ser una inteligencia única que pudiera decidir su presencia en dichos lugares y no media docena de autoridades que ordenasen a los demás que llevasen a cabo una serie de operaciones que podían o no coincidir con las ideas o los prejuicios de cualquier otro de los miembros de esa media docena...

Levin entró sin hacer ruido y dejó un papel sobre la manta junto al memorándum que estaba escribiendo el general. El general leyó: «T. está totalmente de acuerdo con su diagnóstico de los hechos, señor, aunque parece mucho más dispuesto que usted a disculpar los actos del general O'H. Se pone enteramente en sus manos».

El general soltó un inmenso suspiro de alivio. La luz del sol que entraba en el barracón se volvió mucho más brillante. Se le había encogido el corazón cuando Tietjens había dudado un segundo antes de ponerse los correaes. Un oficial no tiene derecho a solicitar ni reclamar un consejo de guerra. Pero, honradamente, Campion no habría podido negarse a concedérselo si hubiese insistido. Tenía derecho a limpiar su honor en público. Habría sido imposible negárselo. Y eso hubiera supuesto un desastre, pues el general conocía bien a O'Hara después de casi veinticinco años —¡o tal vez fuesen treinta!— de servicio y estaba casi seguro de que se había comportado

como un idiota borracho. Sin embargo, le tenía afecto a O'Hara, que era uno de esos generales de la vieja escuela como diamantes en bruto, ¡capaces de hacer que todo se fuese al diablo pero al mismo tiempo muy eficaces...!

Dijo con aspereza:

—¿Es que no sabe sentarse, Tietjens? ¡Me pone nervioso verlo ahí de pie!

Pensó: «Un tipo obstinado... ¡Caramba, está como ido!». Seguía notándose nervioso y tenía los ojos y la imaginación ocupados por lo que acababa de escribir. Volvió a leer la última frase: «... un mando único, medida que la parte más instruida de la población considera indispensable para una rápida y exitosa conclusión de las hostilidades...».

Contempló el memorándum, siseando entre dientes. Era un poco arriesgado. Nadie le había pedido su opinión sobre el mando único, pero estaba decidido a darla y se había preparado para afrontar las consecuencias. Unas consecuencias que podían ser bastante malas: tal vez le mandaran volver a casa. Era muy posible que lo hicieran. Pero incluso eso era mejor que lo que le estaba pasando al pobre Puffles, a quien le estaban escatimando los reemplazos. Había estudiado en Sandhurst ^[136] con Puffles y a ambos les habían asignado su primer mando el mismo día y en el mismo regimiento. Un soldado excelente, aunque demasiado temperamental. Había conseguido logros extraordinarios a pesar de la falta de hombres y era la comidilla de todo el ejército. Pero debía de estar pasando muchos apuros y sometiendo a sus hombres a un esfuerzo desproporcionado. Cualquiera día —en cuanto el tiempo mejorara— el enemigo desbordaría sus líneas. Entonces relevarían a Puffles del mando y lo enviarían a casa. Era lo que estaban deseando esos tipos de Westminster y Downing Street. Puffles no tenía pelos en la lengua y había sido mucho más locuaz de la cuenta. No se atreverían a enviarlo a Inglaterra antes de que sufriese una derrota, porque, a menos que hubiese caído en desgracia, sería como llevar clavada una espina en el costado, mientras que, de lo contrario, nadie le prestaría la menor atención. Era una práctica muy inteligente. ¡Y muy poco escrupulosa...!

Lanzó el papel en el que había estado escribiendo al otro lado de la mesa y le dijo a Tietjens:

—Échale un vistazo, ¿quieres? —En el centro del barracón, Tietjens se había desplomado sobre una caja de latas de ternera que un correo había colocado allí ceremoniosamente. «Tiene un aspecto verdaderamente desastrado —se dijo el general—. Hay tres..., cuatro manchas de grasa en su guerrera. ¡Debería cortarse el pelo! —Y añadió—: Es un asunto totalmente incalificable. Nadie salvo él habría podido meterse en ese lío. Es un alborotador. ¡Un auténtico alborotador!»

Los problemas de Tietjens habían conmovido mucho al general. El suelo se había hundido bajo sus pies. Había pasado la mayor parte de su vida con su hermana, lady Claudine Sandbach, y la mayor parte del resto de su vida en Groby, cuando volvió de

la India, durante el reinado del padre de Tietjens. Había idolatrado a la madre de Tietjens, ¡que era una santa! Y, si se paraba a pensarlo, la época más idílica de su vida había transcurrido en Groby. La India no estaba mal, pero había que ser joven para disfrutarla...

De hecho, dos días antes, había estado pensando que, si por culpa de la carta que estaba escribiendo acababan mandándolo de vuelta a casa, se presentaría por la circunscripción parlamentaria de Cleveland donde estaba Groby. Con la influencia de Groby y la de su sobrino en los distritos locales, aunque ya no les quedasen muchas tierras en Castlemaine, y con los intereses de Sandbach en los distritos mineros, tendría muchas posibilidades de que lo eligieran. Entonces él se convertiría en una espina en el costado de algunos.

Había pensado en refugiarse en Groby. Habría sido fácil conseguir que licenciaran a Tietjens y así todos —Tietjens, Sylvia y él— podrían vivir juntos. Habría sido su ocupación y su hogar ideal...

Era evidente que se estaba haciendo viejo para ser soldado: había cumplido ya los sesenta, y a menos que lograra el mando de un ejército en combate, no le quedaba mucha carrera por delante. Si lo consiguiera estaba casi seguro de conseguir un título, y en la Cámara de los Lores todavía podía hacerse política de altos vuelos. Tendría muchas probabilidades de que lo nombrasen comandante en jefe de la India y eso significaba que moriría siendo mariscal de campo.

Por otro lado, el único mando que parecía probable que quedase disponible —salvo en caso de fallecimiento, ¡y la salud de los jefes del ejército era excelente!— era el del pobre Puffles. Y no sería un mando agradable, con los hombres exhaustos. Resolvió preguntarle a Tietjens, que lo miraba como un saco de patatas por encima del borrador que acababa de leer. El general preguntó:

—¿Y bien?

Tietjens respondió:

—No sabe usted, señor, lo que me alegra verle plantear las cosas con tanta firmeza. Si no se plantean así estamos perdidos.

El general dijo:

—¿Eso crees?

Tietjens repuso:

—Estoy convencido, señor... Pero a no ser que esté dispuesto a renunciar al mando y dedicarse a la política...

El general exclamó:

—Eres un tipo extraordinario... Es justo lo que estaba pensando hace un minuto.

—No es tan extraordinario —replicó Tietjens—. Un general verdaderamente activo y que piense como usted hace mucha falta en el Parlamento. Y puesto que su cuñado puede conseguir un título en cuanto se lo proponga, la circunscripción de

Cleveland Oeste quedará disponible en cualquier momento, y con su influencia y la de lord Castlemaine..., a su sobrino no le quedan muchas tierras, pero su nombre es muy respetado en los distritos locales... Y, por supuesto, si utilizara Groby como residencia...

El general afirmó:

—No está mal pensado, ¿verdad?

Tietjens respondió sin mover un músculo:

—Pues no, señor. Sylvia va a quedarse a vivir en Groby, y naturalmente usted lo convertiría en su residencia... Todavía tiene a sus perros allí...

El general dijo:

—Así que Sylvia va a quedarse a vivir en Groby... ¡Dios mío!

Tietjens prosiguió:

—Como ve, señor, no era tan difícil suponer que a usted podía apetecerle...

Campion exclamó:

—¡Por mi alma! Renunciaría con gusto al cielo..., no, al cielo no, pero a la India, antes que a Groby.

—Tiene usted —señaló Tietjens— una admirable oportunidad de ser comandante en jefe de la India... La pregunta es: ¿cómo? Y si le pusieran al mando de la sección decimosexta...

—Me repugna —replicó el general— la idea de esperar a colarme en los zapatos del pobre Puffles. Estuve con él en Sandhurst...

—Se trata —observó Tietjens— de saber cuál es el mejor modo. Para usted y para el país. Supongo que si fuese general me gustaría haber estado al mando de un ejército en el frente occidental...

El general respondió:

—No lo sé... Es el final lógico de una carrera... Pero no tengo la sensación de que mi carrera esté terminando... Estoy sano como un roble. ¿Y a quién le importará dentro de diez años?

—Me encantaría —dijo Tietjens— que lo hiciera...

—Nadie sabrá si estuve al mando de un ejército en combate o de esos malditos almacenes Whiteley's... ^[137]

Tietjens objetó:

—Lo sé, señor... Pero la sección decimosexta necesitará desesperadamente un hombre de su capacidad si envían a casa al general Perry. Y, en particular, necesitará a un general en quien confíen los soldados... Su situación sería inmejorable. Al acabar la guerra, contaría con el apoyo de todos los hombres que están hoy en el frente occidental. Eso casi equivale a un título... Desde luego, así tendría muchas más posibilidades que como independiente, que es lo que sería en la Cámara de los Comunes.

El general inquirió:

—¿Y qué hago entonces con la carta? Es una carta muy buena. No me gusta desperdiciar las cartas.

Tietjens respondió:

—¿Quiere dar a entender que respalda usted el mando único, pero no quiere que puedan reprocharle haberlo dicho?

Campion asintió:

—Exacto. Eso es justo lo que pretendo... —Y añadió—: Supongo que estarás de acuerdo conmigo en ese asunto. La idea del gobierno de evacuar el frente occidental y trasladar las tropas a Oriente Próximo es probable que no sea más que un medio de asustar a nuestros aliados para que nos cedan el mando único. Igual que esta huelga ferroviaria no es más que una respuesta para demostrarnos lo que ocurriría si empezásemos a evacuar a las tropas...

Tietjens respondió:

—Eso parece... Aunque, por supuesto, no gozo de la confianza del gobierno. Ni siquiera estoy en contacto con ellos como antes... No obstante, yo diría que los partidarios en el gobierno de la expedición a Oriente son muy escasos. Se dice que es un partido de un solo hombre y una serie de oportunistas que se aprovechan de la coyuntura, aunque convencerlo ha producido todo este retraso. Ésa es mi opinión.

El general exclamó:

—Pero ¡por el amor de Dios...! ¿Cómo es posible? Ese hombre debe pasearse por los despachos con la sangre de un millón de hombres, y lo digo literalmente, sobre su conciencia. Se ahogaría en ella... Ese tipo está alargando la guerra al entretenernos. ¡Mientras los hombres mueren...! No puedo... —Se puso en pie y se paseó arriba y abajo por el barracón—. En Bonderstrom —dijo— barrieron a media compañía delante de mis ojos... Fue culpa mía, lo reconozco. Me habían informado mal... —Se interrumpió y dijo—: ¡Dios mío! ¡Dios mío...! Todavía me parece estar viéndolo... ¡Y, después de dieciocho años, me sigue resultando insoportable! Por entonces yo era general de brigada. Fue en tu regimiento, los Glamorganshire. Los acorralaron en un pequeño barranco y los bombardearon hasta aniquilarlos... Yo asistí a la matanza y no pude alcanzar los cañones de los bóers con nuestra artillería para impedirlo... Fue un infierno —dijo—, un auténtico infierno... No volví a pasar revista a los Glamorganshire en toda la guerra. No soportaba la idea de mirarlos a los ojos... A Buller ^[138] le pasó igual... Aún peor... No volvió a levantar cabeza desde...

Tietjens lo interrumpió:

—Si no le importa, señor, le agradecería que no siguiese por ese camino...

El general se paró en seco y dijo:

—¿Eh...? ¿A qué viene eso? ¿Qué te ocurre?

Tietjens respondió:

—La otra noche mataron a un hombre a mi lado. En este mismo barracón, justo donde estoy sentado ahora. Me produce... una especie de..., complejo creo que lo llaman ahora...

El general exclamó:

—¡Dios mío! Te ruego que me perdones, muchacho... No tendría que... No se lo había contado nunca a nadie... Ni siquiera a Buller... Ni a Gatacre,^[139] y ellos eran mis mejores amigos. Ni siquiera después de Spion Kop,^[140] nunca... —Se interrumpió y dijo—: Pero no creo que te interesen estos viejos recuerdos... —Luego añadió—: Tengo absoluta confianza en tu lealtad. Sé que no revelarás lo que has visto... Lo que acabo de decir... —Se interrumpió y trató de adoptar aquel aire de urraca atenta. Dijo—: En Sudáfrica me llamaban «Carnicero» Campion, igual que a Gatacre lo llamaban «Rompeespalas». No quiero que me llamen de otro modo por haber sido tan idiota contigo... No, maldita sea, no tan idiota. Yo apreciaba mucho a tu santa madre... —Continuó—: Es el mayor tributo que se le puede hacer a quien tiene hombres bajo su mando... Que lo llamen «Carnicero» y aun así sus hombres estén dispuestos a seguirle. ¡Demuestra confianza y al mismo tiempo te ayuda a confiar en tus cualidades de mando...! ¡Hay que estar dispuesto a sacrificar cientos de hombres en el momento idóneo para no tener que sacrificar a decenas de miles en el equivocado...! —Dijo—: El éxito en las operaciones militares no consiste en tomar o defender posiciones, sino en tomarlas o defenderlas con el mínimo posible de bajas... Ruego a Dios para que los civiles os lo metáis en la mollera. Los hombres lo saben. Saben que seré despiadado..., pero también que no sacrificaré ninguna vida en balde... —Exclamó—: ¡Maldita sea, si en vida de tu padre hubiese imaginado que iba a tener tantos problemas...! —Y dijo—: Volvamos a lo que estábamos hablando antes... Mi memorándum al ministro... —Estalló—: ¡Dios mío...! ¿Qué pensará ese tipo cuando lea en Shakespeare: «Cuando todas estas cabezas, brazos y piernas se reúnan el día del Juicio y griten...?». ¿Cómo era? Enrique V se dirige a sus soldados... «El cuerpo de todo súbdito pertenece al rey..., pero todo súbdito es dueño de su propia alma... Y no hay rey, por justa que sea su causa...» ¡Dios mío! ¡Dios mío...!, «que pueda defenderla por soldados sin tacha...».^[141] ¿Lo has pensado alguna vez?

Tietjens se alarmó. El general estaba ciertamente alterado. Pero ¿por qué? No había tiempo de pensarlo. Campion estaba abrumado por el trabajo... Exclamó:

—¡Señor, sería mejor... —dijo— que volviésemos a ocuparnos de su memorándum...! Estoy dispuesto a escribir un informe con su frase acerca de la actitud de la población civil francesa. Así la responsabilidad recaería sobre mí...

El general respondió muy agitado:

—¡No, no...! Bastante tienes ya con lo tuyo. Los informes confidenciales sobre ti afirman que eres sospechoso de simpatizar demasiado con los franceses. Eso es lo

que lo hace tan difícil... Le pediré a Thurston que lo escriba él. Thurston es un buen tipo. Fiable... —Tietjens se estremeció un poco. Sorprendentemente, el general siguió:

Sin embargo, oigo constantemente a mis espaldas
el carro alado del tiempo que se acerca:
y a lo lejos se extienden
¡desiertos de vasta eternidad...! ^[142]

—Así es la vida de un general en esta maldita guerra... Tú crees que todos los generales somos estúpidos e iletrados. Pero he pasado mucho tiempo leyendo, aunque nunca nada que se escribiese después del siglo XVII.

Tietjens asintió:

—Lo sé, señor... Me hizo usted leer la *Historia de la gran rebelión* ^[143] de Clarendon cuando tenía doce años.

El general le dijo:

—En caso de que... No querría... En suma... —Tragó saliva: era raro verle tragar saliva. Si se fijaba uno en el hombre y no en el uniforme, estaba penosamente delgado.

Tietjens pensó:

«¿Por qué estará tan nervioso? Lleva nervioso toda la mañana».

El general prosiguió:

—Lo que trato de decir, no es típico de mí, es que en caso de que no volvamos a vernos, no quiero que pienses que soy un ignorante.

Tietjens se dijo:

«No está enfermo..., y no creo que piense que yo lo estoy tanto que vaya a morirme pronto... Los hombres como él en realidad no saben expresarse. Quiere ser amable y no sabe cómo...».

El general se había interrumpido. Empezó a decir:

—Pero Marvell tiene versos mejores...

Tietjens recapacitó:

«Está tratando de ganar tiempo... Pero ¿para qué demonios...? ¿A qué viene todo esto?». Su inteligencia no era tan penetrante como antes. El general se estaba mirando las uñas sobre la manta. Dijo:

—Por ejemplo:

La tumba es un lugar cómodo y secreto
pero, que yo sepa, en ella nadie se besa...

Al oír esas palabras Tietjens pensó de pronto en Sylvia, con los brazos largos y tersos casi desnudos. Estaba empolvándose las axilas a la luz brillante de dos bombillas eléctricas, una a cada lado del tocador. Lo estaba mirando en el espejo y las comisuras de los labios se le movían casi imperceptiblemente. Con un levísimo rictus... Se dijo: «Vamos directos a ese lugar cómodo y secreto... ¿Por qué no?». Sylvia exhalaba un perfume parecido al sándalo. Mientras la polvera de plumas de cisne se movía por esas regiones íntimas, la oyó tararear. ¡Con perversidad! Fue entonces cuando vio moverse muy despacio el picaporte. Sylvia tenía unos brazos increíbles que se extendían entre una jungla de botellas plateadas de cosmético. ¡Eran extraordinariamente lascivos! ¡Pero limpios! Tenía el ajustado vestido de lamé dorado alrededor de las caderas en la silla...

¡En fin, había tirado de los cordones de demasiadas duchas!

Deslumbrante, irradiando gloria, pero aun así tan marchita que a Tietjens le recordó una manzana vieja dentro de un casco adamascado. El general había vuelto a sentarse en la caja de latas de ternera delante de la mesa cubierta por la manta. Jugeteó con su enorme estilográfica de oro y exclamó:

—¡Capitán Tietjens, me gustaría que me escuchase con la mayor atención!

Tietjens respondió:

—¡Señor! —Se le encogió el corazón.

El general le comunicó que esa misma tarde recibiría una orden de traslado. Le informó secamente de que no debía considerar su nuevo destino como una deshonra. Era un ascenso. El propio general Campion le pediría al coronel al mando del depósito de intendencia que hiciese constar sus méritos en su hoja de servicios. Tietjens había demostrado tener un talento extraordinario para encontrar soluciones a problemas muy complejos. ¡El coronel se encargaría de hacerlo constar! Además, el general iba a pedirle a su amigo, el general Perry, al mando de la sección decimosexta...

Tietjens pensó:

«Dios mío. Va a enviarme al frente. Me manda al ejército de Perry... ¡Es la muerte segura!».

... que le entregase a Tietjens el cargo de segundo al mando del VI Batallón de su regimiento.

Tietjens dijo, aunque no supo de dónde le salieron las palabras:

—Al coronel Partridge no le gustará. ¡Está deseando que vuelva McKechnie!

Y pensó:

«Me opondré a este trato tan monstruoso hasta el último aliento».

El general le espetó de pronto:

—Lo ves... Otra de tus monstruosas preocupaciones... —Se contuvo y, con mucha sequedad, como hablan los más grandes con los más insignificantes, preguntó

—: ¿Cuál es tu categoría médica?

Tietjens respondió:

—Estoy asignado permanentemente a la base, señor. ¡Tengo los pulmones destrozados!

El general afirmó:

—Yo en tu lugar no me preocuparía por eso... El segundo al mando de un batallón se pasa el día sentado esperando a que maten al coronel —y añadió—: Es lo mejor que puedo hacer por ti... Lo he pensado mucho y es lo mejor que puedo hacer por ti.

Tietjens replicó:

—Por supuesto olvidaré mi categoría, señor.

¡Por supuesto, nunca se opondría a ningún trato que pudieran dispensarle!

Ahí estaba: ¡la catástrofe natural! Como cuando revienta una presa durante una tormenta. Su imaginación luchaba con las aguas. ¿Cuál sería el peor de sus terrores? ¿El barro? ¿El ruido? ¿El temor constante? ¡O la preocupación! ¡La preocupación! Las cejas tenían siempre una ligera tensión... ¡Como una fatiga ocular!

El general había empezado a decir con mucha sobriedad:

—Admitirás que no puedo hacer otra cosa.

Su respuesta: «Naturalmente, señor, admito que no puede usted hacer otra cosa...», pareció irritar al general. Esperaba cierta oposición..., quería que Tietjens reprobase su decisión. Era el padre romano aconsejando el suicidio a su hijo, pero quería que Tietjens le recriminara que no pudiera probar de forma fehaciente que fuese un individuo lamentable... No podría. Tietjens no le daría ocasión de hacerlo. El general dijo:

—Comprenderás que no puedo..., que ningún oficial al mando podría... permitir que ocurran cosas así...

Tietjens replicó:

—Si usted lo dice debe de ser así, señor.

El general lo miró por debajo de las cejas. Luego continuó:

—Ya te he dicho que esto equivale a un ascenso. Estoy impresionado por cómo has desempeñado tu cargo. Por supuesto, no eres un soldado, pero serás un excelente oficial de la milicia, eso es lo que son ahora nuestras tropas... —Añadió—: Quiero subrayar... que ningún oficial podría (sin incurrir en un grave error desde el punto militar) tener una vida privada tan incomprensible y vergonzosa como la tuya...

Tietjens exclamó:

—¡Le ha dolido...!

El general dijo:

—La vida privada de un oficial y su vida cuando está de servicio son como la estrategia y la táctica... No quiero, si puedo evitarlo, meterme en tus asuntos

personales. Resulta muy embarazoso... Pero permite que te diga que... trataré de ser delicado. ¡Pero eres un hombre de mundo...! Tu mujer es muy hermosa... Se ha producido un escándalo... Admito que no es culpa tuya... Pero si, además, diese la impresión de favorecerte...

Tietjens le interrumpió:

—No tiene usted por qué seguir... Lo comprendo... —Trató de recordar lo que había dicho el deprimido y odioso McKechnie... hacía sólo dos noches... No lograba acordarse... Sin duda había sugerido que Sylvia era la amante del general. Recordaba que, en ese momento, le había parecido absurdo... Y, sin embargo, ¿qué otra cosa iban a pensar? Pensó: «¡Esto impide totalmente mi presencia aquí!». Dijo en voz alta —: Por supuesto, la culpa es mía. Si un hombre no puede controlar a su mujer, la culpa es sólo suya.

El general seguía hablando. Le explicó que a uno de sus predecesores lo habían relevado del mando por culpa de sus escándalos con las mujeres. ¡Había convertido aquel lugar en un condenado harén! Miró a Tietjens con ojos fijos y saltones y le espetó:

—Si crees que voy a arriesgarme a perder el mando por culpa de Sylvia o de cualquier otra mujer de la alta sociedad... —Dijo—: Te ruego que me disculpes... —Y continuó razonándole—: Tengo que pensar en los hombres. Ellos creen, y están en su derecho, que no se debe confiar sus vidas a alguien que tiene dificultades con las mujeres... —Añadió—: Y probablemente tengan razón... Si uno tiene dificultades con... Y no me refiero a ponerle un estanco a una chica..., sino a alguien que prostituye a su mujer, o... En todo caso no en nuestro ejército... ¡Puede que los franceses sean diferentes...! Los hombres así suelen ser cobardes cuando llega el momento del combate... No digo que pase siempre... A menudo... Conocí a un tipo llamado...

Se perdió en una anécdota...

Tietjens reparó en lo patético de su intento por evadirse de aquel momento tan angustioso y volver a la India, donde había soldados de verdad, y buen cuero y auténticos desfiles. Pero no se conmovió. No podía hacerlo. Iban a enviarlo al frente...

Se abstraigo en sus propios pensamientos. ¿Qué iba a hacer ahora? Repasó sus vivencias militares: ¿qué había hecho antes su imaginación en situaciones parecidas...? ¡Pero nunca había estado en una situación así! Había pasado ya por la siniestra o repulsiva rutina de prepararse para el ataque, avanzar, atacar..., ¡incluso por el hospital de sangre! Pero entonces gozaba de buena salud y no estaba tan agotado ni tan deprimido.

Le dijo al general:

—Admito que no puedo quedarme aquí. Lo lamento, porque me ha gustado estar

al mando de esta unidad... Pero ¿significa eso necesariamente que tenga que ir al VI Batallón?

Se preguntó cuáles serían sus motivos en ese momento. ¡Por qué le habría preguntado eso al general...! Le pareció verlo todo en una serie de cuadros: se vio bajando pesadamente de un tren francés al amanecer. Vio la luz que destacaba los grandes trozos de pan —medias barras— que les daban a las tropas casi invisibles a la luz del crepúsculo... Los óvalos de luz sobre los cascos de las tropas inglesas, formadas, sobre todo, por campesinos del oeste. No parecía gustarles mucho el pan... Vio una larga franja de luz sobre un terraplén boscoso, y de pronto, dominándolo todo, ¡un estruendo...! Como si uno se hubiese refugiado de la lluvia en el lavadero de un campesino en los páramos, se oía por doquier el burbujeo de la ropa del campesino que hervía en un caldero... Burbujeando y burbujeando..., blub, blub, blub..., burbujeando... ¡No muy fuerte, pero atrayendo terriblemente la atención...! ¡El gran bombardeo...!

El general había dicho:

—Si pudiera pensar en otra opción mejor, lo haría... Pero con todos esos líos en los que te has metido... Estoy atado de pies y manos... ¿Te das cuenta de que he tenido que relevar de sus funciones al general O'Hara hasta ahora...?

A Tietjens le sorprendió el modo en que el general desconfiaba de sus subordinados... ¡igual que el modo en que confiaba en ellos...! Probablemente por eso fuese tan buen oficial. Por tener bajo sus órdenes a hombres en los que confiaba y en los que, a la vez, desconfiaba todo el tiempo, por culpa de una serie de debilidades: ¡el alcohol, las mujeres, el dinero...! ¡En fin, conocía bien a los hombres!

Dijo:

—Reconozco, señor, que juzgué mal al general O'Hara. Ya se lo he dicho al coronel Levin y le he explicado mis motivos.

El general repuso con regocijada ironía:

—Menuda ocurrencia... Poner a un general bajo arresto... ¡Y luego dices que lo juzgaste mal...! No digo que no estuvieses cumpliendo con tu deber... —Siguió explicándole el conocido caso de un subalterno, citado en las Ordenanzas Reales en época de Guillermo IV, que fue sometido a un consejo de guerra y condenado por no poner bajo arresto a un coronel que se presentó borracho a un desfile... Disfrutaba haciendo exhibición de aquella erudición fuera de lugar.

Tietjens se oyó decir muy despacio:

—¡Niego totalmente, señor, haber puesto al general O'Hara bajo arresto! Ya se lo he explicado con todo detalle al coronel Levin.

El general estalló:

—¡Por Dios! Yo tenía a esa mujer por una santa... Habría jurado que lo era...

Tietjens respondió:

—¡No hay ninguna acusación contra la señora Tietjens, señor!

El general replicó:

—¡Claro que la hay!

Tietjens exclamó:

—Estoy dispuesto a cargar con las culpas, señor.

El general dijo:

—No lo harás... Estoy decidido a llegar al fondo de este asunto... Has tratado muy mal a tu mujer... Lo admites...

Tietjens admitió:

—Con muy poca consideración, señor...

El general prosiguió:

—Has estado viviendo varios años en términos de separación. Y no niegas que se debió a tu comportamiento inapropiado. ¿Cuántos años?

Tietjens respondió:

—No lo sé, señor... ¡Seis o siete!

El general dijo secamente:

—Piénsalo entonces... Piénsalo entonces... Todo empezó cuando admitiste delante de mí que estabas arruinado y que habías tenido que ponerle un estanco a una chica. Eso fue en Rye en 1912...

Tietjens dijo:

—No nos hemos llevado bien desde 1912, señor.

El general replicó:

—Pero ¿por qué...? Es una mujer hermosísima... Adorable. ¿Qué otra cosa podrías desear...? Es la madre de tu hijo...

Tietjens lo interrumpió:

—¿Es necesario hablar de esto, señor...? La causa de nuestras desavenencias fue... la diferencia de temperamentos. Como usted mismo ha dicho, es una mujer hermosa y atrevida... Atrevida en un sentido admirable. Yo, en cambio...

El general profirió:

—¡Sí! Eso es... ¿Qué demonios eres tú...? No eres un soldado. Aunque tienes dotes para ser un excelente soldado. A veces me sorprendes. Pero eres un desastre, un desastre para cualquiera que tenga que ver contigo. Eres vanidoso como un pavo real y obstinado como un buey... Me vuelves loco... Y has arruinado la vida de esa preciosa mujer... Pues insisto en que antes tenía la disposición de una santa... ¡Y bien! ¡Estoy esperando tu explicación!

Tietjens respondió:

—En la vida civil, señor. Trabajaba de estadístico. Como secretario segundo del Departamento de Estadística...

El general exclamó en tono convencido:

—¡Y te despidieron! Por culpa de esos líos en los que te metes...

Tietjens lo interrumpió:

—Porque, señor, estaba a favor del mando único...

El general se enredó en una larga disquisición: Pero ¿por qué? ¿Qué demonios le importaba a él! ¿Por qué no le había dado al departamento las estadísticas que querían..., aunque hubiera tenido que falsificarlas? ¿De qué sirve la disciplina si los subordinados actúan todos según su conciencia? El gobierno necesitaba unas estadísticas cocinadas para servírselas a los aliados... Muy bien... ¿Qué era Tietjens? ¿Inglés o francés? ¡Todo lo que había hecho..., hasta la última maldita cosa, había servido sólo para atarlo aún más de pies y manos! Con sus logros tendrían que asignarlo al Estado Mayor francés. Pero un informe confidencial sobre él lo prohibía expresamente. Había una nota subrayada al respecto. ¿Dónde demonios podía enviarlo entonces? Miró a Tietjens con sus intensos ojos azules.

—¿Dónde, en nombre de Dios..., y estoy usando el nombre del Todopoderoso en vano, puedo enviarte? Ya sé que, dado tu estado de salud, enviarte al frente es condenarte a una muerte casi segura. Y, por si fuera poco, al ejército del pobre Perry. Los alemanes atacarán en cuanto mejore el tiempo. —Volvió a empezar—: Compréndelo: no soy el ministro de la Guerra. No puedo mandar a un oficial a donde me venga en gana. No puedo enviarte a Malta o a la India. O a otra unidad en Francia. Lo único que está en mi mano es mandarte a Inglaterra..., deshonorado. ¡O asignarte a tu propio batallón con un ascenso...! ¿Comprendes mi situación...? No tengo alternativa...

Tietjens asintió:

—Ninguna, señor.

El general tragó saliva y vaciló un poco. Luego dijo:

—Por el amor de Dios, trata de... Me preocupo sinceramente por ti. Que me parta un rayo si pretendo dar la impresión de que has sido deshonorado... ¡No lo haría aunque fueses el mismo McKechnie! Los únicos puestos a los que podría asignarte están en mi propio Estado Mayor. No puedo tenerte aquí. Tengo que pensar en los hombres. Y al mismo tiempo... —Se interrumpió y dijo con torpe timidez—: Creo que existe un Dios... ¡Creo que, aunque el mal pueda imponerse un tiempo, el bien acabará por prevalecer...! Y que, si alguien es inocente, su inocencia terminará demostrándose un día... A mi modo, quiero... ayudar a la Providencia... Quiero que alguien pueda decirte un día: «El general Campion, que estaba al tanto de los entresijos del asunto...», ¡te ascendió! En pleno escándalo... —Añadió—: No es mucho. Pero nadie podrá acusarme de nepotismo. Haría lo mismo por cualquiera que estuviese en tu situación.

Tietjens repuso:

—¡Al menos es el acto de un caballero cristiano!

Una especie de turbia alegría apareció en la mirada del general. Dijo:

—No estoy acostumbrado a este tipo de situaciones... Siempre me he preciado de hacer lo posible por ayudar a mis oficiales... Pero un caso como éste... —Añadió—: Maldita sea... El general al mando del Noveno Ejército francés es íntimo amigo mío... Pero, en vista de ese informe confidencial..., no puedo pedirle que te reclame. ¡Es imposible!

Tietjens replicó:

—Bajo ningún concepto quisiera, señor, que se quedase usted con la impresión de que yo antepondría los intereses de cualquier otra potencia a los de mi país. Si examina usted el informe confidencial verá que todos los comentarios desfavorables tienen las iniciales G. D... Son las iniciales de un tal mayor Drake...

El general dijo perplejo:

—Drake... Drake... Ese nombre me suena.

Tietjens continuó:

—No tiene importancia, señor... El mayor Drake es un caballero al que no le caigo muy bien...

El general observó:

—Los tipos a quienes no le caes bien parecen ser legión. Tengo que decir que no te esfuerzas mucho por ser popular.

Tietjens pensó: «El pobre lo intuye... ¡Pero no esperará que le diga que Sylvia está convencida de que Drake es el padre de mi hijo y desea mi ruina!». No obstante, el anciano tenía que intuirlo. Él y Sylvia eran lo más parecido a un hijo y una hija que tenía. La respuesta a su pregunta de adónde podía enviarlo era recordarle que su hermano Mark había hecho gestiones para que se dictasen órdenes de ponerlo al mando del transporte de la división... ¿Podría recordárselo? ¿Sería honroso hacerlo?

No obstante, para Tietjens la idea de que lo pusieran al mando del transporte de la división era como una visión del Paraíso. Por dos razones: era un puesto relativamente seguro en el que estaría a cargo de muchos caballos..., y además Valentine Wannop estaría tranquila.

¡El Paraíso...! Pero ¿era honorable librarse de un puesto difícil para conseguir otro mucho más descansado? Seguro que habría algún pobre diablo deseando conseguirlo. Y por otro lado, ¡tenía que pensar en Valentine Wannop! Imaginaba su angustia, paseando por Londres convencida de que estaba en el lugar más peligroso del frente con un ejército condenado a la derrota. Seguro que se enteraría. ¡Sylvia se encargaría de decírselo! Apostaría cualquier cosa a que Sylvia la llamaría para contárselo. Pensó en la alegría que sería escribir a Mark para informarle de que lo habían asignado a transportes. Mark se lo diría a la chica en el acto. En fin..., incluso él mismo podía telegrafiarle. Se imaginó escribiendo el telegrama mientras hablaba el

general y dándoselo a un ordenanza en cuanto terminase la conversación... Pero ¿podría convencer a aquel anciano? ¿Era honroso hacerlo...? ¿Lo haría..., digamos, un santo anglicano?

Y luego..., ¿estaría a la altura de aquel puesto? ¿Qué había de aquella maldita obsesión con Cero Nueve Morgan que le acosaba cada cierto tiempo? Todo el rato que había pasado montando a Schomburg el día anterior, le parecía haber visto a Cero Nueve Morgan delante del animal con cabeza en forma de ataúd. ¡Había tenido el impulso de tirar de las riendas para no pisotearlo! Y todo el tiempo había sentido una terrible depresión. ¡Un peso! En el hotel, la noche pasada, había estado a punto de desmayarse al pensar que Morgan pudiera haber sido el hombre a quien le había perdonado la vida en Noircourt... ¡Empezaba a ser preocupante! Podía ser indicio de que tenía algo mal en el cerebro. ¡Una lesión! Si eso seguía así... ¡Con Cero Nueve Morgan, tan sucio como siempre y con la mirada asombrada de las razas sometidas, plantándose delante de su caballo! Vivo, no con la mitad de la cara arrancada... Si eso seguía así no podría encargarse del transporte, pues esa labor implicaría montar a menudo a caballo.

Pero se arriesgaría... Además, algún estúpido literato se había dedicado a escribir a los periódicos insistiendo en que había que abolir el uso de los caballos y las mulas en el ejército... ¡Porque el estiércol podía transmitir pestilencias...! ¡Tal vez se publicase por ACI que no se empleasen más caballos...! ¡Como para trasladar de noche en camión los suministros del batallón, que era lo que aquel genio quería que se hiciese...!

Recordó que una o dos veces —debía de haber sido en septiembre de 1916— le habían encargado llevar los suministros del batallón desde Locre hasta el BHQ, que estaba en el *château* del pueblo de Kemmell... Habían acolchado hasta el último trozo de metal imaginable: bocados, cadenas, ejes..., y aun así, cuando todos contenían el aliento en plena oscuridad, había algo que chirriaba o traqueteaba, una lata de ternera sonaba a hierro viejo... Y ¡bum!, después de un largo silbido, llegaba el obús alemán y caía justo en la curva de la carretera donde no se podía pasar más que de dos en dos... ¡Como para hacerlo con camiones que se oían a siete kilómetros de distancia...! ¡El batallón no tardaría en quedarse sin suministros...! ¡El mismo genio antiequino había expresado la opinión de que prefería que los aliados perdiesen la guerra antes de que la caballería se distinguiese en el combate...! ¡La suya era una sorprendente pasión por la eliminación del estiércol...! O tal vez aquel odio por los caballos tuviese motivos sociales... ¡Como los de caballería llevan largos bigotes untados de aceites aromáticos y desayunan caviar, chocolate y Pommery Greno,^[144] era necesario abolirlos...! Algo por el estilo... Exclamó para sí: «¡Dios mío! ¡Cómo estoy divagando! ¿Cuánto tiempo seguirá esto? Estoy al límite de mis fuerzas». Se había perdido lo último que le había dicho el general.

El general le preguntó:

—Y bien. ¿Lo tiene o no?

Tietjens respondió:

—No le he entendido, señor.

—¿Es que estás sordo? —inquirió el general—. Estoy seguro de hablar con mucha claridad. Acabas de decir que en este campamento no hay caballos y te he preguntado si no tenía uno el coronel al mando del depósito de intendencia... ¡Tengo entendido que es un caballo alemán!

Tietjens se dijo: «¡Dios mío! He estado hablando con él. ¿Y acerca de qué?». Era como si su imaginación se estuviese desplomando colina abajo. Dijo:

—Sí, señor..., Schomburg. Pero, como se lo arrebatamos a los alemanes en el Marne, no pertenece a nuestras fuerzas. Es propiedad del coronel. Yo mismo lo monto...

—¡Cómo no...! —Y añadió aún con más aspereza—: ¿Sabías que un subteniente del RASC llamado Hotchkiss ha interpuesto una queja contra ti...?

Tietjens respondió en el acto:

—Si es a propósito de Schomburg, señor..., ese hombre es un inútil. El teniente Hotchkiss tiene tanto derecho a dar órdenes sobre Schomburg como acerca de dónde tengo que dormir... Y prefiero morir antes que someter a un caballo del que yo sea responsable a las torturas aborrecibles que Hotchkiss y ese cerdo de lord Beichan quieren infligir a los caballos del servicio...

El general dijo con malevolencia:

—¡Pues parece que tendrás que hacerlo! —Y añadió—: Tienes mucha razón al oponerte al maltrato a los caballos. Pero, en este caso, tus escrúpulos bloquean el único puesto que podía asignarte. —Se tranquilizó un poco—: Tal vez no estés al corriente —prosiguió— de que tu hermano Mark...

Tietjens respondió:

—Sí, lo estoy...

El general continuó:

—¿Y sabes que la División XIX a la que tu hermano Mark quiere que te enviemos ha sido incluida en el Cuarto Ejército y que los caballos con los que va a experimentar Hotchkiss son precisamente los del Cuarto Ejército...? ¿Cómo voy a enviarte allí bajo sus órdenes?

Tietjens dijo:

—Tiene usted toda la razón, señor. No le queda otra salida... —Estaba acabado. No le quedaba otra cosa que averiguar cómo iba a afectarle. ¡Ojalá fuesen de una vez a inspeccionar las cocinas!

El general preguntó:

—¿Qué es lo que estaba diciendo...? Estoy exhausto... No puedo más... —Sacó

del bolsillo de la guerrera un cuadernillo tintado de color lapislázuli con una corona de baronet y sacó de él un papel doblado que primero leyó y luego guardó entre el cinturón y la guerrera. Dijo—: ¡Por si tuviera pocas responsabilidades! —Preguntó —: ¿Se te ha ocurrido pensar que, suponiendo que mis servicios le sean de alguna utilidad al país, la forma en que absorbes..., en que sangras mis energías con tus asuntos ayuda a nuestros enemigos...? Sólo he dormido cuatro horas... Tengo unas cuantas preguntas más que hacerte... —Volvió a sacar el trozo de papel del cinturón, lo dobló y lo metió de nuevo detrás del cinturón.

Tietjens volvió a perder el hilo... Lo que le obsesionaría sería el miedo al barro. Y eso que, extrañamente, nunca había estado en el barro bajo un fuego intenso de artillería... Se diría que no tendría por qué obsesionarle tanto. Pero había oído cómo le susurraban al oído con voz casi exhausta: *Es ist nicht zu ertragen; es ist das dass uns verloren hat*. Unas palabras en alemán de una desesperación total que significaban: «Es insoportable; eso es lo que nos ha derrotado...». ¡El barro...! Había oído esas palabras entre cráteres de barro, entre barrancos, montañas, acantilados y caminos de fango... Una tarde que no tenía nada que hacer había ido con un guía, por curiosidad o para instruirse, desde Verdún, donde estaba asignado a los franceses, a visitar uno de los fuertes exteriores... ¿Deamont? No, Douaumont... Tomado al enemigo una semana antes... ¿Cuándo debió de ser? Había perdido el sentido de la cronología... En noviembre... Al principio de noviembre... Con un sol milagroso, ni una nube, el barro te enclaustraba bajo un cielo tan límpido que casi hacía daño... Y el fango se había movido..., detrás de un artillero francés que comía frutos secos y se encogía de hombros con aire avergonzado... *Déserteurs*... El fango en movimiento eran desertores alemanes... Parecían invisibles, el cabecilla —¡un oficial— tenía las gafas tan cubiertas de barro que no se distinguía el color de sus ojos, su media docena de condecoraciones eran como incipientes nidos de golondrinas, la barba parecía cubierta de estalactitas... Lo único que se veía de los otros hombres eran los ojos, extraordinariamente vívidos: ¡casi tan azules como el cielo...! ¡Desertores! ¡Conducidos por un oficial! ¡Del Regimiento de Hamburgo! ¡Como si un oficial de los Buffs ^[145] se hubiese pasado al enemigo! Era increíble... Y eso es lo que le había dicho el oficial al pasar, no con vergüenza, pero sin el menor resto de humanidad... ¡Acabado...! Aquellos saurios cubiertos de fango siguieron pasando delante de él toda la tarde... Y no pudo evitar pensar cómo habrían estado dos meses antes... En las avanzadillas... No, entonces todavía no tenían avanzadillas. En pozos de barro, en una terrible soledad entre aquellos barrancos..., suspendidos en la eternidad, el día del fin del mundo. Le había impresionado horriblemente oír la lengua alemana, pronunciada por una voz suave, un poco untuosa, como un obsceno susurro... Obviamente era la voz de los condenados; el infierno no ofrecería muchas novedades para aquellos desdichados... Su guía francés había dicho sardónico: *On dirait*

l'Inferno de Dante...! Pues bien, iba a volver con esos alemanes. Ahora se convertirían en una obsesión. Un complejo, como decían ahora... El general preguntó con frialdad:

—¿Debo entender que te niegas a responder?

Eso le conmovió cruelmente.

Exclamó desesperado:

—Tuve que poner fin a lo que me pareció una situación insoportable para ambas partes. ¡Por el bien de mi hijo! —¿Por qué demonios había dicho eso...? Sintió náuseas. Recordó que el general estaba hablando de su separación de Sylvia. Había sido la noche pasada. Dijo—: Tal vez fuese una decisión acertada y tal vez no...

El general dijo fríamente:

—Si prefieres no hablar del asunto...

Tietjens respondió:

—Preferiría no hacerlo...

El general prosiguió:

—No tiene sentido... Pero mi deber es hacerte estas preguntas... Si no quieres entrar en vuestras relaciones maritales, no puedo obligarte... Aunque, maldita sea, ¿es que estás mal de la cabeza? ¿No tienes sentido de la responsabilidad? ¿Pretendes irte a vivir con la señorita Wannop antes de que acabe la guerra? ¿Está ella ahora en la ciudad? ¿Por eso vas a separarte de Sylvia? ¡Precisamente ahora!

Tietjens replicó:

—No, señor. Le pido que crea que no tengo la menor relación con esa joven. ¡Ninguna! Y no tengo intención de tenerla. ¡Ninguna...!

El general exclamó:

—¡Lo creo!

—Las circunstancias de la noche pasada —prosiguió Tietjens— me convencieron de pronto de que había tratado mal a mi mujer... La he sometido a una tensión insoportable. ¡Me resulta humillante tener que decirlo! Tomé una serie de decisiones acerca del futuro de nuestro hijo. Pero estaban terriblemente equivocadas. Deberíamos habernos separado hace muchos años. He empujado a mi mujer a tirar de todos esos cordones de la ducha...

El general repitió:

—A tirar de los cordones de...

Tietjens le explicó:

—Es una manera de expresarlo, señor... Lo de anoche no fue más que tirar del cordón de la ducha. Estaba totalmente justificado. Admito que estuvo totalmente justificado.

El general dijo:

—Entonces, ¿por qué le has dado Groby...? No estarás un poco chiflado,

¿verdad...? ¿No creerás que tienes..., digamos, una misión? ¿O que eres otra persona...? Que tienes que... que... perdonarlo todo... —Se quitó la gorra y se secó la frente con un pañuelito de batista. Añadió—: Tu pobre madre era un poco... —De pronto dijo—: Esta noche cuando asistas a mi cena..., espero que tengas un aspecto más presentable. ¿Por qué descuidas de ese modo tu aspecto personal? Tu guerrera está asquerosa...

Tietjens replicó:

—Tenía una mejor, señor..., pero se ha echado a perder con la sangre del hombre que murió aquí la noche pasada...

El general objetó:

—No irás a decirme que sólo tienes dos guerreras... ¿No tienes uniforme de gala?

Tietjens contestó:

—Sí, señor, tengo mi uniforme azul. Podré ponérmelo esta noche... Pero me robaron casi todas mis cosas del petate cuando estuve en el hospital... Incluso los dos pares de sábanas de Sylvia...

—Pero, maldita sea —exclamó el general—, ¿insinúas que has dilapidado todo lo que te dejó tu padre?

Tietjens respondió:

—Consideraré apropiado renunciar a lo que me dejó mi padre por el modo en que me lo dejó...

El general dijo:

—Pero ¡Dios mío...! ¡Lee esto! —Le lanzó el papelito que había estado mirando. Cayó boca abajo. Tietjens leyó en la diminuta letra del general: «Caballo del coronel - Sábanas - Jesucristo - Señorita Wannop - ¿Socialismo?». El general le espetó irritado—: Por el otro lado..., por el otro lado... —Al darle la vuelta al papel leyó escrito en mayúsculas: OBREROS DEL MUNDO, una hoz y otros objetos. Una página entera de alta traición. El general le preguntó—: ¿Habías visto eso antes? ¿Sabes lo que es?

Tietjens contestó:

—Sí, señor. Se lo envíe yo. A su Servicio de Inteligencia...

El general golpeó violentamente con los dos puños contra la manta del ejército.

—Tú... —dijo—. Es incomprensible... Increíble...

Tietjens repuso:

—No, señor... Usted envió una orden a los oficiales al mando de las distintas unidades pidiendo que averiguásemos si los socialistas estaban tratando de minar la disciplina de los soldados... Como es lógico, le pregunté a mi sargento mayor y él me entregó esta octavilla que le había dado como curiosidad uno de los hombres. A él se la había dado un hombre en las calles de Londres. ¡Puede ver usted mis iniciales en la cabecera de la hoja!

El general inquirió:

—Tú..., disculpa que te lo pregunte, pero ¿no serás socialista?

Tietjens respondió:

—Sabía que estaba dándole vueltas a eso, señor. Pero no tengo ninguna idea política que no desapareciese en el siglo XVIII. ¡Usted, señor, prefiere el XVII!

—Supongo que se trata de otro cordón de la ducha —replicó el general.

—Por supuesto —dijo Tietjens—, si es que fue Sylvia quien me llamó socialista, y no me sorprende. Soy un *tory* de una clase que se extinguió hace tanto tiempo, que podría haberme tomado por cualquier cosa. El último megaterio. Hay que disculparla totalmente...

El general no le estaba escuchando. Dijo:

—¿Qué hay de malo en el modo en que tu padre te dejó su dinero...?

—Mi padre —le explicó Tietjens, y el general notó cómo se le ponía rígida la mandíbula— se suicidó porque un tipo llamado Ruggles le contó que yo era... lo que los franceses llaman un *maquereau*...^[146] No se me ocurre una palabra inglesa equivalente. El suicidio de mi padre fue un acto imperdonable. Un caballero no se suicida si tiene descendencia. Podría tener una influencia desastrosa en la vida de mi hijo...

El general replicó:

—No... No consigo comprenderlo... ¿Por qué demonios iba Ruggles a decirle eso a tu padre...? ¿Cómo vas a ganarte la vida después de la guerra? No volverán a admitirte en la oficina, ¿verdad?

Tietjens respondió:

—No, señor. No volverán a admitirme en el departamento. Todos los que hayan servido en esta guerra quedaremos marcados por mucho tiempo cuando termine. Y me parece muy bien. Ahora es nuestro momento.

El general observó:

—Lo que dices es descabellado.

Tietjens afirmó:

—Usted mismo admite que lo que digo suele cumplirse. ¿Podríamos poner fin a esta discusión? Ruggles le dijo a mi padre lo que le dijo porque no es bueno pertenecer al siglo XVII o XVIII en el XX. O más bien porque no conviene tomarse en serio el sistema ético del colegio privado al que uno asistió. En realidad, señor, no soy más que un colegial inglés. Un producto del siglo XVIII. Lo que con el amor a la verdad que, ¡Dios me ayude!, me metieron en la cabeza en Clifton y las creencias que Arnold^[147] impuso en Rugby de que el peor de los pecados, el peor de todos, es delatar a alguien al director. Ése soy yo, señor. Otros hombres logran sobreponerse a la educación recibida. Yo nunca lo he hecho. Sigo siendo un adolescente. Esas cosas me obsesionan. ¡Son complejos, señor!

El general dijo:

—Todo esto me parece absurdo... ¿Qué es eso de delatar a alguien al director?

Tietjens respondió:

—Para tratarse de un canto del cisne, señor, no tiene nada de absurdo. Y lo que usted me pide es un canto del cisne. Al fin y al cabo, voy a ir al frente para que la moral de las tropas que tiene a sus órdenes no se contamine por la contemplación de mis desdichas maritales.

El general le preguntó:

—No querrás volver a Inglaterra, ¿verdad?

Tietjens exclamó:

—¡Desde luego que no! ¡Desde luego que no! Nunca podré volver a casa. Tengo que enterrarme en algún agujero. Si volviese a Inglaterra no podría enterrarme más que cometiendo suicidio.

El general dijo:

—¿Lo ves? Puedo darte pruebas de que...

Tietjens lo interrumpió:

—Cualquiera comprendería que es imposible.

El general preguntó:

—Pero... ¡el suicidio! No harás tal cosa. Tal como has dicho antes, tienes que pensar en tu hijo.

Tietjens repuso:

—No, señor. No lo haré. Pero ya ve lo malo que es el suicidio para los descendientes. Por eso no puedo perdonar a mi padre. Antes de que lo hiciese, la idea ni siquiera se me habría pasado por la cabeza. Ahora la he considerado. Y considerar una falacia como posibilidad implica un debilitamiento de la fibra moral. El suicidio no es una solución para un conflicto tan enrevesado de naturaleza psicológica. Lo es para una bancarrota. O para un desastre militar. Para el hombre de acción, no para el pensador. Así se despachan las reclamaciones de los acreedores. Y se borran del mapa las operaciones militares. Pero mi problema persistirá tanto si sigo aquí como si no. Es insoluble, pues se trata de la relación entre los sexos.

El general exclamó:

—¡Dios mío...!

—No, señor, no es que haya perdido la chaveta. ¡Ése es mi problema...! Pero soy un estúpido por hablar tanto... Lo hago porque no sé qué decir.

El general se quedó mirando el mantel, su rostro estaba encendido en sangre. Tenía la apariencia de alguien dominado por un monstruoso malhumor. Afirmó:

—Será mejor que digas lo que tengas que decir. ¿A qué demonios te refieres...? ¿A qué viene todo esto...?

Tietjens dijo:

—Lo siento mucho, señor. Me resulta muy difícil explicarme.

El general dijo:

—Ni uno ni otro lo estamos haciendo. ¿De qué sirve entonces el lenguaje? ¿De qué demonios sirve? No hacemos más que andarnos con circunloquios. Supongo que soy un viejo estúpido que no comprende tantas modernidades... Aunque reconozco que tú no tienes nada de moderno... Ese condenado e insignificante McKechnie sí lo es... Lo destinaré a tu puesto en el transporte de la división, para que no vuelva a incomodarte en tu batallón... ¿Sabes lo que hizo ese desgraciado? Pidió permiso para ir a divorciarse. Y luego no se divorció. Eso es modernismo. Alegó que tenía escrúpulos. Creo que él, su mujer y... otro tipejo despreciable... compartían la misma cama. He ahí los escrúpulos modernos...

Tietjens dijo:

—No, señor, en realidad no es... Pero ¿qué debe hacer uno si su mujer le es infiel?

El general replicó como si lo hubiesen insultado:

—¡Divorciarse de la ramera! ¡O vivir con ella...! —Sólo un animal continuó, dejaría que una mujer se pasara la vida sola en una buhardilla. Se moriría o acabaría haciendo la calle... ¿Hay alguien tan animal como para no darse cuenta? Alguien capaz de esperar que una mujer viviese... con un hombre a su lado... La pobre... se vería obligada a... Y él tendría que afrontar las consecuencias de lo que ocurriese. El general repitió—: ¡De cualquier cosa que ocurriese! ¡Aunque tirase de todos los cordones de ducha del mundo!

Tietjens contestó:

—Aun así, señor..., hay..., o había..., en las familias de cierta posición social..., cierta... —Se interrumpió.

El general preguntó:

—¿Y bien...?

Tietjens prosiguió:

—Por parte del hombre..., cierta... ¡Llamémoslo... exhibición!

El general exclamó:

—Será mejor dejarse de exhibiciones... —Añadió—: ¡Maldita sea...! A nuestro lado todas las mujeres son santas... Piensa en lo que supone dar a luz. Conozco el mundo... ¿Quién soportaría eso...? ¿Tú...? ¡Antes... preferiría ser el último soldado de las tropas de Perry! —Miró a Tietjens con una especie de astucia injuriosa—: ¿Y por qué no te divorcias tú? —preguntó.

A Tietjens lo sobrecogió el pánico. Sabía que sería el último ataque de pánico de aquella conversación. Ningún cerebro humano podría resistir más. Fragmentos de escenas de combate, voces, nombres, pasaron por sus ojos y oídos. Problemas complicados... El mapa del mundo en guerra se extendió delante de él tan enorme

como un campo de cultivo. Un mapa estampado de *papier mâché*, luminosamente emborronado con la sangre de Cero Nueve Morgan. Unos años antes... ¿Cuántos meses...? Diecinueve, para ser exactos, se había sentado en unas plantas del tabaco en el Mont de Kats... No, en la Montagne Noire. En Bélgica... ¿Qué era lo que había ido a hacer allí...? A tratar de comprender la disposición del terreno... No... A indicarle unas posiciones a un general gordo que no llegó a presentarse. El propietario belga de las plantas de tabaco apareció de pronto y se puso hecho una furia por haberle estropeado las plantas...

Pero desde allí arriba se veía toda la guerra... A infinitos kilómetros de distancia, más allá de la tierra mancillada por los alemanes y hasta la misma Alemania. Casi podía uno respirar el aire de Alemania... A la derecha se divisaba el tocón de una enorme muela. La lonja de Ypres,^[148] quedaba a un ángulo de cincuenta grados por debajo... Por detrás se veían unas líneas oscuras... ¡Las trincheras alemanas de delante de Wytschaete...!

Eso había sido antes de que las grandes minas enviaran Wytschaete al infierno.

Sin embargo, cada medio minuto, según su reloj de pulsera, salían humaredas blancas y algodonosas de las líneas oscuras, de las trincheras alemanas de delante de Wytschaete. Eran nuestros artilleros practicando su puntería... Buenos disparos. ¡Muy buenos disparos!

Kilómetros y kilómetros a la izquierda..., por debajo de la neblina luminosa que exhalaba el mar los días nublados, unos rayos de sol se reflejaban en una superficie grisácea... ¡El techo de cristal de un enorme hangar!

Un avión gigantesco, el mayor que había visto nunca, le pasó por encima escoltado por cuatro aviones más pequeños... Sobre los enormes montones de escombros de Béthune... Montones altos y purpúreos como las calderas de las máquinas o los pechos de las mujeres... Purpúreos-azulados. Más azulados que purpúreos... Como todos los tapices gobelinos franco-belgas... Y todo en silencio... ¡Debajo de la inmensa mortaja de una nube silenciosa...!

En Poperinghe estaban cayendo obuses... A ocho kilómetros de allí, justo delante de sus narices. Un humo blanco se alzaba y deshacía en penachos... ¿Qué clase de obuses sería...? Había veinte clases diferentes...

¡Los alemanes estaban bombardeando Poperinghe! Era una crueldad sin sentido. ¡Esa ciudad estaba ocho kilómetros por detrás del frente! La típica brutalidad prusiana... Había dos chicas que regentaban un salón de té en Poperinghe... Muy lozanas... Al general Plumer le caían bien..., era un viejo general muy agradable. Las bombas las mataron a las dos... Cualquiera podría haberse acostado con ellas con placer y provecho... Seis mil oficiales de Su Majestad debieron de pensar lo mismo al ver a dos chicas tan lozanas. ¡Buenas chicas...! Pero las bombas alemanas las mataron... ¿Qué destino era ése...? Ser deseadas por seis mil hombres y que las

bombas alemanas las convirtiesen en trocitos de carne?

Bombardear Poperinghe parecía un ejercicio de mero prusianismo —la insensata crueldad alemana—. Una ciudad inocente con un salón de té ocho kilómetros detrás de Ypres... Pequeños penachos silenciosos de humo se alzaban por debajo de la plácida sábana del cielo pálido y rojizo, junto a la neblina de los hangares y los grandes aeroplanos que sobrevolaban los escombros de Béthune... Qué nombre tan terrible: Béthune...

No obstante, era probable que los alemanes hubiesen oído que estábamos acumulando tropas en Poperinghe. Y era razonable bombardear una ciudad donde se estaban acumulando tropas... O tal vez nosotros hubiésemos bombardeado una de sus ciudades donde había un cuartel del ejército. Y por eso estaban bombardeando Poperinghe un día gris y silencioso...

Eso respondía a las reglas... El general Campion, que observaba impasible lo que hacían los aviones alemanes con los hospitales, campamentos, establos, burdeles, teatros, bulevares, quioscos de chocolatinas y hoteles de su ciudad, se habría sentido enormemente ultrajado si los aviones alemanes hubiesen lanzado bombas sobre sus alojamientos privados... ¡Las reglas de la guerra...! Se respetan, mutuamente, los cuarteles generales y se vuela en pedazos a chicas deseadas por más de seis mil hombres...

¡Habían pasado diecinueve meses...! Ahora, mucho menos conmovido, veía el mundo en guerra como un mapa... Un mapa estampado de *papier mâché* verdoso, luminosamente emborronado por la sangre de Cero Nueve Morgan. Más allá del horizonte, estaba el territorio marcado como «rutenos blancos». ¿Quién demonios serían esos pobres desdichados?

Exclamó para sí: «¡Dios mío! ¿Será epilepsia?». Rezó: «¡Santos benditos, libradme de esto!». Se dijo: «¡No, no lo es...! Tengo un dominio absoluto de mi inteligencia. De mi inteligencia superior». Le dijo al general:

—No puedo divorciarme, señor. No tengo motivos.

El general contestó:

—No mientas. Sabes lo que sabe Thurston. Si estás insinuando que con tu conducta, cualquiera que sea, has sido culpable de complicidad..., y que por eso no te puedes divorciar, no te creo.

Tietjens se preguntó: «¿Por qué demonios me preocupa tanto proteger a esa puta? No es razonable. ¡Es una obsesión!».

Los rutenos blancos eran pueblos míseros del sur de Lituania. Nadie sabía si estaban de parte de los alemanes o de los polacos. Ni siquiera los alemanes lo sabían... Los alemanes estaban empezando a retirar tropas de las zonas del frente donde éramos más débiles: iban a proporcionarles a sus soldados un verdadero entrenamiento de infantería. Eso le daba a Tietjens una oportunidad. No volverían al

menos hasta al cabo de dos meses. Sin embargo, también significaba que habría una gran ofensiva en primavera. Esos tipos sabían lo que hacían. En las sucias trincheras los Tommies no sabían más que lanzar bombas. Es a lo que se dedicaban los dos bandos. Pero los alemanes iban a cambiar eso. Quedarse lanzándose bombas los unos a los otros a cuarenta metros de distancia. ¡El rifle estaba obsoleto! ¡Ja, ja...! ¡Obsoleto...! ¡La típica psicología de los civiles...!

El general dijo:

—No, no te creo. Sé que no le pusiste un estanco a ninguna chica. Recuerdo todo lo que me dijiste en Rye en 1912. Entonces no estaba seguro. Ahora sí. Hiciste lo imposible para que te creyera. Habías cerrado tu casa por culpa del comportamiento impúdico de tu mujer, pero dejaste que pensara que estabas arruinado. Y no lo estabas.

—¿Qué tendría esa psicología que hacía que la gente se riese a carcajadas con tanta fruición cuando alguien promulgaba la idea imbécil de que el rifle estaba obsoleto? ¿Por qué la opinión pública obligaba al Ministerio de la Guerra a suprimir de la instrucción el manejo del fusil y las técnicas de comunicaciones? Era extraño..., por supuesto, y desastroso. Raro. Ni siquiera mezquino. Y desde luego patético...

—¡El amor a la verdad! —dijo el general—. ¿No incluye eso el odio por las mentiras piadosas? No, supongo que no, o los sirvientes no podrían decir que uno no está en casa...

... ¡Patético! —se dijo Tietjens—. Como es natural, la población civil quería que se engañase a los soldados y les hicieran quedar como idiotas. Lo que querían era que la guerra la ganasen unos hombres que al final estuviesen muertos o humillados. O ambas cosas. Excepto, claro, sus propios primos o los parientes de sus novias. A eso se reducía todo. ¡Y eso es lo que significaba que un ilustre caballero afirmara que prefería perder la guerra a que la caballería se distinguiese en el combate...! Pero la sencilla y patética ilusión del momento consistía en parte en creer que podían lograrse grandes cosas con los nuevos inventos. ¡Eliminaba uno a los caballos, inventaba algo muy sencillo y se convertía en Dios! He ahí la más patética de las falacias. Llenas un tiesto de pólvora y se lo lanzas al otro a la cara y *presto!* Has ganado la guerra. ¡Todos los soldados caen muertos al suelo! Y tú, el hombre que obligó a los militares reticentes a adoptar la idea, te conviertes en el hombre que ganó la guerra. Te mereces todas las mujeres del mundo. Y... ¡las consigues! ¡Una vez hayas quitado de en medio a la caballería...!

El general acababa de pronunciar las palabras «¡El director del colegio!» y eso despertó del todo a Tietjens, que dijo con mucha calma:

—La verdad, señor, esta reprimenda suya se está haciendo tan larga que abarca toda una vida.

El general respondió:

—No conseguirás distraerme... Digo que en 1912 me veías como al director del colegio. Y ahora soy tu oficial superior..., lo que viene a ser lo mismo. Así que no debes delatar a nadie. A eso lo llamas el toque Arnold de Rugby... Pero ¿quién dijo: *Magna est veritas et prev...*? ^[149] ¿Prev qué?

Tietjens contestó:

—No lo recuerdo, señor.

El general prosiguió:

—¿Cuál era el secreto pesar que abrumaba a tu madre? ¿En 1912? Eso fue lo que la mató. Me escribió justo antes de morir y me contó que tenía grandes preocupaciones. Y me rogó particularmente que cuidase de ti. ¿Por qué lo hizo? —Se interrumpió y se quedó pensando. Preguntó—: ¿Cómo defines la santidad anglicana? Los otros tipos tienen sus canonizaciones, tan organizadas como si fuesen exámenes de Sandhurst. Pero nosotros los anglicanos... He oído a más de cincuenta personas decir que tu madre era una santa. Y lo era. Pero ¿por qué?

Tietjens dijo:

—Es la cualidad de la armonía, señor. La cualidad de estar en armonía con tu propia alma. Puesto que Dios te ha dado tu alma, estás en armonía con el cielo.

El general repuso:

—¡Ah!, a mí todo eso se me escapa... Supongo que rechazarás cualquier dinero que te deje en mi testamento.

Tietjens respondió:

—¿Por qué?, no, señor.

El general arguyó:

—Pero rechazaste el dinero de tu padre porque dio crédito a las murmuraciones que circulaban contra ti. ¿Qué diferencia hay?

Tietjens afirmó:

—Los amigos siempre deberían creer que uno es un caballero. De forma automática. Eso es lo que hace que todos estemos en armonía. Probablemente sus amigos lo sean porque consideran las situaciones de forma automática como hace usted con ellos... El señor Ruggles se enteró de que yo estaba sin dinero. Así que consideró la situación. Si él estuviese sin dinero, ¿qué es lo que haría? Ganarse la vida aprovechándose inmoralmemente de las mujeres... Eso traducido a los círculos gubernamentales en los que se mueve supone vender a tu mujer o a tu amante. Lógicamente, pensó que yo era de los que venden a la mujer. Y eso fue lo que le contó a mi padre. La clave está en que mi padre nunca debería haberle creído.

—Pero yo... —le interrumpió el general.

Tietjens dijo:

—Usted nunca creyó nada de lo que se decía contra mí.

El general respondió:

—Lo que sí sé es que he estado mortalmente preocupado por ti... —Tietjens estaba sentimentalmente más tranquilo, aunque tenía los ojos húmedos. Estaba paseando por un bosquecillo cerca de Salisbury, contemplando los pastos y tierras de cultivo que se extendían hasta unos olmos oscuros que daban sombra (¡el mundo entero estaba en sombras!) al campanario de la iglesia de George Herbert.^[150] Debería haber sido un pastor del siglo XVII en la época de la santidad anglicana..., que escribiese tal vez poemas. No, poemas no, prosa. ¡El vehículo más majestuoso! ¡Sentía añoranza...! ¡Él, que nunca iba a volver a Inglaterra! El general dijo—: Escucha... Tu padre... Me preocupa tu padre... ¿No será que Sylvia le contó algunas de las cosas que tanto lo preocupaban?

Tietjens afirmó con mucha claridad:

—No, señor. No puede responsabilizar de eso a Sylvia. Mi padre escogió creer lo que le contó un completo, o casi completo, desconocido... —Y añadió—: De hecho, Sylvia y mi padre no tenían ninguna relación. No creo que intercambiaran más de dos palabras en los últimos cinco años de vida de mi padre.

Los ojos del general miraban a Tietjens con una dureza asombrosa. Observaban cómo su semblante, empezando por las aletas de la nariz, se iba poniendo blanco como la pared. Se dijo: «¡Sabe que ha delatado a su mujer...! ¡Dios mío!». Con el rostro tan lívido, los ojos color azul porcelana de Tietjens destacaban de forma extraordinaria. El general pensó: «¡Qué hombre tan feo! ¡Tiene el rostro contraído!». Se quedaron mirándose el uno al otro.

En el silencio, oyeron el murmullo de las voces de los hombres hablando del juego de la Banca. Un rudimentario juego de cartas totalmente a favor del que reparte. Cuando se oían esas voces era que estaban jugando a la Banca... Así que al final les habían servido la cena.

El general dijo:

—Hoy no será domingo, ¿verdad?

Tietjens respondió:

—No, señor, es jueves, creo que 17 de enero...

El general exclamó:

—Seré idiota...

Las voces de los hombres le habían recordado a las campanas de la iglesia en domingo. Y su juventud... Estaba junto a la hamaca de la señora Tietjens debajo del gran cedro en la esquina de la casa de piedra de Groby. El viento soplabá del este-noreste y les llevó el débil sonido de las campanas de Middlesbrough. La señora Tietjens tenía treinta años y él también, Tietjens padre unos treinta y cinco. Un hombre callado y poderoso; un terrateniente portentoso, como lo habían sido sus predecesores durante generaciones. No era de él de quien el muchacho había heredado su..., su..., su ¿qué...? ¿Era misticismo...? ¡Era otra palabra! Él había

vuelto de la India de permiso y no hacía más que hablar de polo. Pasaba horas hablando de ponis con el padre de Tietjens, que tenía muy buena mano con los caballos... ¡Aunque a este muchacho se le daban mucho mejor...! ¡Eso sí que lo había heredado del padre y no de la madre...! Él y Tietjens siguieron mirándose. Era como si estuvieran hipnotizados. Las voces de los hombres siguieron oyéndose como una lúgubre cadencia. El general pensó que también él debía de estar pálido. Se dijo: «La madre de este chico murió con el corazón destrozado en 1912. El padre se suicidó cinco años después. ¡No había hablado con la mujer de su hijo desde hacía cuatro o cinco años! Eso nos lleva a 1912... Así que cuando le reprendí en Rye, su mujer estaba en Francia con Perowne».

Contempló la manta que cubría la mesa. Quería volver a mirar a Tietjens a los ojos con atención. Era su técnica con los hombres. Era un general exitoso porque conocía bien a los hombres. Sabía que todos los hombres se condenan por tres cosas: el alcohol, el dinero... y el sexo. Aquel chico por lo visto no lo había hecho. ¡Le habría ido mejor al contrario! Se dijo: «Todo ha desaparecido... ¡La madre! ¡El padre! ¡Groby! Este chico es un expósito. Es muy triste».

Pensó: «Pero está en su derecho de hacer lo que hace».

Se dispuso a mirar a Tietjens... De pronto le tendió una mano ineficaz. Sentado en su caja de latas de ternera, con las manos en las rodillas, Tietjens se había tambaleado. Una sacudida repentina, como la de una casa cuando le acierta un obús HE. No fue a más. Luego se incorporó. Siguió mirando directamente al general. El general le devolvió cuidadosamente la mirada y preguntó también con mucho cuidado:

—En el caso de que decida presentarme por Cleveland Oeste, ¿querrás que me instale en Groby?

Tietjens respondió:

—Le ruego que lo haga, señor.

Fue como si los dos soltaran un enorme suspiro de alivio. El general dijo:

—En ese caso no tengo por qué entretenerte más...

Tietjens se puso tristemente en pie y juntó los talones.

El general también se levantó, se ajustó el cinturón y dijo:

—Puedes romper filas.

Tietjens exclamó:

—Mis cocinas, señor... El sargento cocinero Case se quedará muy decepcionado... Me aseguró que lo encontraría usted todo en orden si le daba diez minutos para prepararse...

El general respondió:

—Case... Case... A Case lo degradaron cuando estuvimos en Delhi. A estas alturas debería ser al menos sargento de intendencia... Pero tenía una mujer a la que

llamaba su hermana...

Tietjens asintió:

—Todavía le envía dinero a su hermana.

El general dijo:

—Se ausentó del servicio por su culpa cuando era brigada y lo degradaron a soldado raso... ¡Debe de hacer por lo menos veinte años de eso...! Sí, ¡le echaré un vistazo a esas cenas!

Deslumbrantemente acompañado por el coronel Levin, en las cocinas inmaculadas de paredes encaladas y fogones que relucían como espejos, el general, con Tietjens a su lado, pasó revista a unos hombres de ojos desorbitados vestidos de blanco que esperaban cucharón en mano en posición de firmes. Tenían los ojos desorbitados, pero las comisuras de los labios curvadas porque les gustaban el general y sus despreocupados acompañantes. La cocina era como la nave de una catedral con los corredores separados por los tubos de las chimeneas. El suelo brillaba por el pulimento y el aguarrás.

El edificio entero se detuvo, como cuando desciende una divinidad. Mientras los ojos se fijaban sobrecogidos en ella, la divinidad, frágil y radiante, anduvo con pasos cortos hasta un alto sacerdote que tenía bigote de morsa y siete medallas en la guerrera de gala y miraba hacia el infinito. El general rozó la condecoración por buena conducta del sargento con el talón de la fusta. Todos los oídos aguzados le oyeron decir:

—¿Cómo está su hermana, Case...?

Con la mirada perdida, el sargento respondió:

—Estoy pensando en convertirla en la señora Case...

Apartándose ligeramente de él, en dirección a los altos y barnizados paneles de pino, el general dijo:

—Si quiere, puedo recomendarle para sargento de intendencia... ¿Recuerda a sir Garnet cuando pasaba revista a las cocinas de campaña en Quetta? —Los seres tubulares de ojos saltones parecían los pierrots de una pesadilla infantil de Navidad. El general exclamó—: Descansen, muchachos... ¡Descansen! —Se movieron igual que los objetos de un sueño infantil. Todo resultaba infantil. Pusieron los ojos en blanco.

El sargento Case siguió con la mirada perdida en la distancia.

—A mi hermana no le gustaría, señor —dijo—. ¡Me va mejor de oficial de primera!

Con su paso leve el resplandeciente general se acercó ágilmente a los paneles barnizados del pasillo oriental de la catedral. La blanca figura que tenía al lado se convirtió al instante en tubular, inmóvil y omnisciente. En los paneles estaba escrito: «¡TÉ! ¡AZÚCAR! ¡SAL! ¡CURRY EN POLVO! ¡HARINA! ¡PIMIENTA!».

El general golpeó con el talón de la fusta en el panel etiquetado con la palabra «PIMIENTA»: el panel de arriba a la derecha. Le dijo a la figura tubular y omnisciente que tenía a su lado:

—Ábralo, ¿quiere?

Para Tietjens fue como cuando el regimiento se pone de pronto a paso ligero después de un funeral con honores militares y vuelve a los barracones al son de la música de la banda y los tambores.

Se podría estar de pie...

Primera parte

I

Poco a poco, entre los ruidos insoportables de la calle por un lado y del enorme y resonante patio de recreo por otro, las profundidades del teléfono empezaron a adoptar para Valentine un aspecto igual al que habían tenido años antes, cuando formaban parte de la parafernalia sobrenatural de un Destino inescrutable.

El teléfono, por alguna razón ingenuamente angustiada, estaba en un rincón del aula gigantesca sin la menor protección y lo había oído sonar imperioso, en un momento de considerable tensión, desde el patio asfaltado, donde las filas de chicas bajo su mando esperaban electrizadas al borde de la indisciplina. Valentine con el auricular en la oreja se había sumergido de inmediato en unas noticias incomprensibles que le pareció recordar a medias. Justo en mitad de una frase oyó:

«... que, según parece, debería estar bajo control, lo que tal vez no sea de tu agrado!», después empezaron otra vez los ruidos y la voz se volvió inaudible.

Se le ocurrió que probablemente en ese mismo instante toda la población mundial necesitara estar bajo control, ella al menos lo necesitaba. Pero no tenía ningún pariente masculino a quien pudiese aplicarse concretamente aquel diagnóstico. ¿A su hermano? Servía en un dragaminas. Y en ese momento estaban en puerto. Y... ¡a salvo! También tenía un tío abuelo muy anciano a quien nunca había visto. Era diácono en alguna parte... ¿Hereford? ¿Exeter...? Un sitio parecido... ¿Había dicho a salvo? ¡Estaba conmovida de alegría!

Gritó en el micrófono:

—Al habla Valentine Wannop... ¡La profesora de gimnasia de esta escuela!

Tenía que aparentar cordura..., ¡que al menos la voz pareciese cuerda!

La voz hipnótica y vagamente recordada se extendió en más incoherencias. Parecía llegar de una profunda caverna y, con rapidez exasperada, exageraba las eses con tanta vehemencia como si escupiese.

«S-s-s-u hermano tiene neumonía, a-s-s-í que ni s-s-iquiera s-s-u querida puede cuidar de él...»

La voz se perdió y luego resurgió con:

«¡Se dice que ahora se llevan bien!».

Luego se ahogó en un mar de chillonas voces femeninas procedentes del patio, en un océano de ululaciones de sirenas de fábricas y entre innumerables explosiones que se sucedían unas a otras como pisándose los talones. ¿De dónde demonios sacarían los petardos los habitantes de las míseras calles del extrarradio donde estaba la escuela? Y, ya puestos, ¿de dónde sacaban ánimos para organizar un escándalo tan terrible? ¡Eran gente muy triste! Vivían en casas de color gris. Al verlos nadie diría que pertenecían a una raza imperial.

La voz sibilante del teléfono siguió escupiendo, a pesar de todo, que el portero le había dicho que no tenía muebles y que no parecía reconocerlo... Eran fragmentos incoherentes de información, casi ahogados por el ruido exterior, pero pronunciados por una voz que parecía interesada en infligir daño con sus palabras.

No obstante, era imposible no tomárselo con alegría. Lo que quiera que fuese debía de haberse firmado, pocos minutos antes, a miles y miles de kilómetros de allí. Imaginó un canon sombrío y triste entonado por última vez a lo largo de un frente interminable.

—No tengo —gritó Valentine Wannop en el micrófono— ni la menor idea de quién es usted o de qué es lo que quiere.

Hizo memoria... La señora no sé cuántos... Tal vez la señora Blastus. Pensó que una de las institutrices de la escuela debía de querer que organizase algún evento deportivo para celebrar el día propicio. Siempre había una u otra institutriz deseosa de que la escuela celebrase algo. Sin duda la directora, que no carecía precisamente de sentido del humor —¡ni muchísimo menos!—, había enviado a aquella ilustre señora a hablar con Valentine Wannop después de escucharla con paciencia más de media hora. Seguramente la directora había enviado a buscarla al patio, donde todas esperaban sin aliento, para avisar a Valentine Wannop de que había alguien al teléfono a quien la citada directora, la señorita Wanostrocht, consideraba que debía escuchar... En tal caso la señorita Wanostrocht debía de haber podido entender lo que decía la ahora incomprensible e ilustre señora. Pero, claro, eso había sido diez minutos antes... Antes de que las bengalas o las sirenas, o lo que fuese, empezasen a sonar... «El portero le había dicho que no tenía muebles... No parecía haber reconocido al portero... ¡Al parecer debería estar bajo control!» Valentine rememoró

la información que le había proporcionado la señora (provisionalmente) Blastus. Supuso que la citada señora debía de estar preocupada por el sargento de instrucción jubilado que había trabajado en la escuela antes de que la contratasen a ella como profesora de gimnasia. Se imaginó al venerable caballero con varias condecoraciones sobre la bata negra de conserje. Probablemente estaría en un hospicio. Lo habrían alojado allí los miembros de la junta escolar. Sin duda habría empeñado los muebles...

Valentine Wannop se sintió muy acalorada. Pensó que debía de tener los ojos encendidos. ¿Era el momento?

Ni siquiera sabía si lo que habían disparado eran bengalas, cañones antiaéreos o sirenas. El ruido —fuese lo que fuese— se había oído mientras atravesaba el paso subterráneo que iba del patio a la clase para responder al maldito teléfono. Así que no lo había oído. Se había perdido un ruido que los oídos del mundo llevaban años esperando, casi una generación. Una eternidad. Ni un solo ruido. Al salir del patio reinaba un silencio absoluto. Todo estaba en suspenso: las chicas se frotaban el tobillo con la suela de goma del zapato...

Luego... Todo el resto de su vida fue incapaz de recordar la mayor punzada de alegría que jamás hayan conocido tantos millones de personas. Sólo ella sería incapaz de recordarlo... ¡Probablemente fuera una agitación del corazón como una puñalada o un contener el aliento parecido a inhalar una llama! Ahora ya había pasado, estaban en otra situación que afectaría a algunas cosas de un modo que...

Recordó que el supuesto ex sargento de instrucción tenía un hermano con neumonía y que por tanto su señora estaría ocupada...

Estaba a punto de decirse: «¡Mi típica mala suerte!». Cuando recordó de buen humor que, después de todo, no tenía tan mala suerte. En conjunto había tenido buena suerte con altibajos. Muchas preocupaciones a veces, pero ¿quién no las tenía? Y buena salud, su madre también disfrutaba de buena salud, su hermano estaba a salvo... ¡Preocupaciones, sí! Pero nada que hubiese ido realmente mal...

¡Ésta, entonces, era una racha excepcional de mala suerte! Puede que fuese un augurio de que las cosas en el futuro iban a irle mal y de que se perdería otras vivencias universales. Que nunca se casaría, ni conocería la alegría de ser madre, ¡suponiendo que fuese una alegría! Tal vez lo fuese y tal vez no. Unos decían una cosa y otros lo contrario. ¡En cualquier caso podía ser un augurio de que iba a perderse muchas vivencias universales y necesarias... No vería Carcasona, como dicen los franceses... Tal vez nunca viese el Mediterráneo, el mar de Tibulo, de los epigramáticos, de Safo, incluso... ¡Azul, increíblemente azul!

La gente ahora podría viajar. ¡Era increíble! ¡Increíble! ¡Increíble! ¡Pero se podría! ¡A la semana siguiente, se podría! ¡Podría una llamar un taxi! ¡E ir a Charing Cross! ¡Y llamar a un mozo de estación! ¡Un mozo de estación...! Las alas, las alas

de una paloma, y luego volar y volar lejos y comer el fruto del granado junto a un infinito mar de color azul Reckitt.^[151] Era increíble, pero podría hacerlo.

Se sintió como cuando tenía dieciocho años. ¡Impertinente! Y, utilizando los buenos pulmones cockney que había empleado antes..., antes de esto..., para insultar a quienes interrumpían las reuniones de las sufragistas, le gritó descaradamente al teléfono:

—¡No sé quién será usted! Pero supongo que allí también lo habrán oído, ¿no lo han anunciado con bengalas y sirenas? Lo repitió tres veces, le traía sin cuidado la señora Blastus o comoquiera que se llamase. Iba a dejar aquella vieja escuela y a comer el fruto del granado a la sombra del cual Penélope, la mujer de Ulises, lavaba la ropa. ¡Con montones de azul en el agua! ¿Sería azul la ropa interior en aquellas latitudes por culpa del color del agua? ¡Podría! ¡Podría! ¡Podría! Ir con su madre y su hermano a donde pudieran comer... ¡Oh, patatas nuevas! En diciembre, el mar era azul... «Qué canciones cantaban las sirenas y qué...»^[152]

Nunca más iba a ser respetuosa con ninguna señora no sé cuántos. Hasta ahora había tenido que hacerlo, a pesar de ser, como era, una joven independiente con medios económicos, para no perjudicar a la escuela y a la señorita Wanostrocht o a los miembros de la junta escolar. Ahora... Nunca volvería a ser respetuosa con nadie. Había pasado por el aro: ¡el mundo entero lo había hecho! ¡Se acabó tanto respeto!

¡Como era de esperar, no tardó en recibir un pescozón por tamaña impertinencia!

La voz amarga y sibilante del teléfono pronunció la única dirección que no quería oír:

—¡Lincolns-s-s... Inn!

¡Pecar...! ¡Como el mismo demonio!

Le dolió.

La voz cruel dijo:

—¡Te llamo desde allí!

Valentine respondió valientemente:

—Bueno, es un gran día. Supongo que oirá usted los gritos como yo. No entiendo lo que me dice. Pero no importa. ¡Que todo el mundo lo celebre!

Así era como se sentía. No debería haberlo hecho.

La voz dijo:

—Recuerda tu Carlyle...

Era lo que menos le apetecía oír. Con el auricular bien apretado contra el oído paseó la mirada por el aula gigantesca —el salón de actos—, construido para que mil chicas se sentaran en silencio mientras la directora les dirigía los discursos por los que tan conocida era la escuela. ¡Represivos...! Era como una capilla puritana: paredes altas y desnudas con ventanas góticas que se alzaban hasta el techo de pino barnizado. La represión era la nota dominante de aquel lugar, que era también el

último sitio donde querría pasar un día así... Había que salir a las calles, a atizarles en el casco con vejigas a los policías. Estaban en el Londres cockney y así era como se expresaba siempre el Londres cockney: golpeando de forma inocua a la policía, aprovechando que los agentes, envarados y avergonzados por aquellos tributos de afecto, se tambaleaban entre la regocijada multitud, ¡como álamos empujados por hierbas más vulgares!

Sin embargo, ahí estaba: ¡recordando la dispepsia de Thomas Carlyle!

—¡Oh! —exclamó al aparato—. ¡Eres Edith Ethel! —¡Edith Ethel Duchemin, ahora, por supuesto, lady Macmaster! Aunque no estaba acostumbrada a verla como una lady.

La última persona del mundo, ¡la última! Porque hacía ya mucho tiempo que había decidido que todo había terminado entre ella y Edith Ethel. ¡Ciertamente, no podía aproximarse a la ennoblecida dama que desaprobaba vengativamente —podía decirse que con un negro pensamiento envuelto en sombras negras— todo lo que no fuese de utilidad inmediata para Edith Ethel!

Vestida estéticamente pero con sencillez, disponía de citas apropiadas para cualquier ocasión: Rossetti para el amor; Browning para el optimismo —muy poco frecuente en ella—; Walter Savage Landor para demostrar que estaba familiarizada con la prosa un poco más esotérica. Y la infalible cita de Carlyle para aguarle a cualquiera todo tipo de festividades: los días de Año Nuevo, los Te Deums, las victorias, los aniversarios, las celebraciones... La cita le llegaba ahora a través del auricular: «¡...y de pronto recordé que era el día del nacimiento de su Redentor!».

¡Qué bien la conocía Valentine, y cuántas veces no la habría pronunciado Edith Ethel con vanidoso desprecio! Era un pasaje del diario del Sabio de Chelsea, que vivía cerca del cuartel.

«Hoy —decía la cita— vi que los soldados junto a la taberna de la esquina estaban más borrachos que de costumbre. Y de pronto recordé que era el día del nacimiento de su Redentor!»

¡Qué superioridad por parte del Sabio de Chelsea no haber recordado hasta entonces que era el día de Navidad! Edith Ethel también estaba tratando de demostrar que era superior. Quería demostrarlo hasta que Valentine Wannop le recordase que aquel día tenía algo de fiesta popular que había hecho que lady Mac no reparara en él ni lo más mínimo. Al fin y al cabo ella vivía recluida con sir Vincent —el famoso crítico—, con la mirada puesta en cosas más elevadas, sin prestar atención a las bengalas y para entonces tenían ya una notable colección de primeras ediciones, amigos con título y casas respetables.

Sin embargo, Valentine recordaba que una vez se había sentado a los pies de la oscura y misteriosa Edith Ethel Duchemin —¿qué había sido de todo aquello?— y había simpatizado con sus martirios maritales, su impresionante gusto para los

muebles, sus enormes salones y sus adulterios espirituales. Así que le dijo de buen humor al aparato:

—¿No eres Edith Ethel? ¿Qué puedo hacer por ti?

El tono condescendiente y bienintencionado con que le habló la sorprendió mucho, y también la desenvoltura con que lo hizo. Luego cayó en la cuenta de que los ruidos se habían ido apagando, se iba imponiendo el silencio y los gritos cedían. Se alejaban en la distancia. Ya no se oían las voces de las chicas en el patio: la directora debía de haberlas dejado marchar. Como es natural, la población local no iba a conformarse con tirar petardos en las calles de las afueras... Estaba sola, ¡enclaustrada con lo enormemente improbable!

Lady Macmaster la había llamado y allí estaba ella, Valentine Wannop, tratándola con condescendencia! ¿Por qué? ¿Qué podía querer lady Macmaster de ella? No podía ser que..., aunque era más que capaz, estuviera pensando en serle infiel a Macmaster y quisiera que ella hiciese de carabina virginal e inocente o de discípula. O de coartada. Lo que fuera. De carabina era la palabra más apropiada... Obviamente, Macmaster era uno de esos a quienes cualquier lady Macmaster querría —debería— serle infiel. Un hombrecillo encorvado y despreciativo de barba oscura. ¡El típico crítico! Probablemente a todos los críticos les fuesen infieles sus mujeres. Les faltaba el don creativo. ¿Cómo se llamaba? ¡Era una palabra inapropiada para una joven!

Su imaginación corrió desbocada en aquella vena de colegiala cockney. No podía evitarlo. ¡Era en honor de aquel gran DÍA! De momento, no podía golpear a los policías en la cabeza, así que se mostraba irrespetuosa con la autoridad constituida, con sir Vincent Macmaster, director del Departamento de Estadística de Su Majestad, autor de una monografía crítica sobre Walter Savage Landor, y otras veintidós monografías críticas en la colección «Aburridos Eminentes...». ¡Y otros libros por el estilo! Y era poco respetuosa y condescendiente con lady Macmaster, ¡Egeria para innumerables literatos escoceses! ¡Se acabó tanto respeto! ¿Sería ése un efecto duradero del cataclismo que había sacudido al mundo? ¡El último cataclismo! ¡Gracias a Dios, desde hacía diez minutos, podían llamarlo el último cataclismo! Estaba riéndose enfrente del teléfono donde se oía la voz seria y halagadora de lady Macmaster, que decía, como si notase que Valentine no le estaba prestando mucha atención:

—¡Valentine! ¡Valentine! ¡Valentine!

Valentine respondió con desgana:

—¡Te escucho!

En realidad no la estaba escuchando. Pensaba en si la solemne reunión de profesoras celebrada esa mañana en el despacho de la directora seguía teniendo sentido. ¡Sin duda, lo que las profesoras, con la directora a la cabeza, temían era que

si ellas, las directoras, profesoras, profesores, pastores, progenitores, etcétera, dejaban de ser respetadas cuando empezasen las celebraciones al estallar las bengalas, el mundo saltaría en pedazos! ¡Una idea terrible! Las chicas dejarían de escuchar en silencio los discursos represivos que les dirigía la directora en el salón de actos puritano...

Esa misma tarde había pronunciado, en aquel mismo salón de actos, un discurso que incluía la frase «el prestigio de un gran colegio privado» y en el que aquella mujer rubia y delgada de hombros cuadrados, a la que todavía le quedaba un poco de brillo en el cabello recogido, les había pedido muy seriamente a las chicas que no repitiesen las manifestaciones de alegría del día anterior. Ese día había habido una falsa alarma y toda la escuela había cantado horriblemente:

¡Colguemos al káiser Bill de un manzano silvestre
y alegría, alegría, alegría, hasta la hora del té!

La directora, al pronunciar su discurso, había estado segura de tener delante una escuela sumisa, una escuela en todo caso escarmentada porque el rumor del día anterior había resultado ser un bulo. Así que les recalcó a las chicas la naturaleza de la alegría que debían sentir, una alegría reprimida que les permitiera volver en silencio a sus casas. Pronto dejaría de verterse sangre, lo que era una buena razón para sentir una alegría contenida..., como en clase. Pero no júbilo. El mismo hecho de que hubiesen cesado las hostilidades excluía toda demostración de júbilo...

Valentine, para su sorpresa, se había preguntado cuándo podía una demostrar su júbilo... Si no se podía cuando estaba uno en guerra y no se debía cuando había ganado, ¿entonces cuándo? La directora les había dicho a las chicas que su obligación como futuras madres de Inglaterra —¡no, de la Europa reunida!— era..., en fin..., de hecho..., ¡seguir con las clases y no echarse a las calles portando efigies del Gran Derrotado! Les explicó que su función era contribuir con una feminidad, que, gracias a Dios, nunca habían olvidado, a que todo el continente volviese a estar iluminado... ¡Como si pudiera iluminarse ahora que no había que temer a los submarinos o los ataques aéreos!

Y Valentine se preguntó por qué, en un momento de rebeldía, se había sentido tentada de demostrar su júbilo..., había deseado que alguien lo demostrara. En fin, él..., ellos..., lo habían ansiado tanto. ¿Es que no iban a disfrutarlo por un momento? ¿Aunque estuviese mal hacerlo? ¿O aunque fuese vulgar? ¡Alguien había dicho una vez que cualquier cosa humana le era más preciada que un centenar de decálogos!

Pero en la reunión de profesoras de esa mañana Valentine se había dado cuenta de que lo que verdaderamente las asustaba era otra cosa. Un temor muy concreto. Si, en esa encrucijada, en esa grieta en la historia, la escuela, el mundo, las futuras madres

de Inglaterra... se desmandaban, ¿sería posible volver a controlarlas? Las autoridades —la autoridad en el mundo entero— temían esa posibilidad por encima de todo. ¿Acaso no era posible que no volviera a haber respeto? Por la autoridad constituida o la experiencia consagrada.

Y al oír los temores de aquellas señoritas agobiadas, marchitas y desnutridas, Valentine se había sorprendido especulando.

«No más respeto... ¡Por el Ecuador! Ni por el sistema métrico. ¡Ni por sir Walter Scott! ¡Ni por George Washington! ¡Ni Abraham Lincoln! ¡Ni el Séptimo Mandamiento!»

Y le había parecido ver a la tímida, rubia y atlética señorita Wanostrocht —¡la directora!— sucumbiendo a la lengua engañosa de un seductor... ¡Ahí era donde les apretaba verdaderamente el zapato! Había que seguir sujetando —¡a las chicas, al populacho, a todos!— de las riendas, pues una vez se soltasen, como aguas separadas del mar, era imposible saber adónde nos llevarían. ¡Dios sabe! A cualquier parte..., tal vez las familias nobles tuviesen que dedicarse al comercio, ¡nobles vendiendo para ganar dinero! ¡Inconcebible!

Y sonriendo con socarronería para sus adentros Valentine reparó en que la reunión era para acordar que las chicas se quedasen en el patio esa mañana..., en clase de gimnasia. Nunca había soportado el paternalismo de la rama libresca y más bien despeinada de aquella escuela. Aun así, como la experta en lenguas clásicas que había sido, se había visto obligada a reconocer que la rama libresca de una escuela era lo que se podría llamar la Marina. Estaba allí sólo para servir, porque su distinguido padre había insistido en prestar una atención minuciosa a su físico, que era admirable y rebosaba vitalidad. Había estado allí sólo para servir —como trabajo de guerra—, pero aun así había guardado siempre las formas y hasta entonces nunca había intervenido en las reuniones de profesoras. Así que tuvo la impresión de que el mundo se ponía verdaderamente patas arriba —¡tan pronto!—, cuando la señorita Wanostrocht le dijo con optimismo desde detrás de su escritorio decorado con dos pálidos claveles de color rosa:

—La idea, señorita Wannop, es que estén..., que usted, dentro de lo posible, haga que..., ¿cómo se dice...?, estén en posición de firmes... hasta que... los ruidos... anuncien la..., en fin..., ya sabe. Después supongo que podrían gritar, digamos, tres hurras. Y luego tal vez pueda usted hacer que vuelvan a entrar de manera ordenada en clase...

Valentine sintió que no estaba ni mucho menos segura de poder hacerlo. No era factible conseguir que ninguna de las seiscientas chicas se saliera de la fila. Pero estaba dispuesta a intentarlo. Estaba dispuesta a admitir que tal vez no fuese del todo... ¡oh, oportuno!, enviar a seiscientas chicas locas de contento a las calles repletas de gente que, sin duda, también estaría loca de contento. Sería mejor que, de

ser posible, se quedaran en la escuela. Lo intentaría. Y le alegraba. Se sentía en forma: ¡sorprendentemente en forma! En forma para correr los cuatrocientos en... ¡en cualquier tiempo! Y para atizarle un mamporro en la mandíbula a cualquier muchacha grandullona de aspecto judío —o anglo-teutónico— que tratase de salirse de la fila. Que era más de lo que la directora o cualquiera de las otras profesoras agobiadas y desnutridas podían hacer. Le alegraba que lo reconociesen. Sin embargo también era generosa y sabía que no había por qué poner el mundo patas arriba al menos hasta que disparasen las bengalas, así que respondió:

—Por supuesto, lo intentaré. Pero sería de gran ayuda, para el mantenimiento del orden, que la directora, usted, señorita Wanostrocht, y una o dos profesoras más se pasearan también por el patio. En turnos, desde luego, no es necesario que toda la plantilla se pase allí la mañana entera...

Eso había sido dos horas y media antes, antes de que el mundo cambiase, pues la reunión tuvo lugar a las ocho y media. Y ahora estaba allí, después de haber tenido a las chicas saltando agotadoramente casi todo ese tiempo, tratando sin el menor respeto a una Autoridad constituida. Pues ¿a quién debería uno respetar si no es a la mujer del director de un departamento, con un título, una casa de campo y unas veladas de los jueves tan concurridas?

En realidad no estaba prestando atención al teléfono porque Edith Ethel le estaba hablando del estado de sir Vincent: el pobre estaba tan agobiado de trabajo con sus estadísticas que parecía al borde de una crisis nerviosa. Y además tenía preocupaciones económicas. Esos terribles impuestos por un asunto tan injusto...

Valentine se tomó el tiempo necesario para preguntarse por qué —¿por qué demonios?— la señorita Wanostrocht, que debía de conocer la historia de Edith Ethel, la había mandado llamar para escuchar aquel fárrago. La señorita Wanostrocht debía de saberlo, era evidente que Edith Ethel había hablado con ella el tiempo suficiente para que se hiciera una idea. Por lo que debía de tratarse de un asunto grave. Incluso urgente, pues el mantenimiento de la disciplina en el patio era de una importancia vital para la señorita Wanostrocht: un punto crucial en la historia de la escuela y las madres de Europa.

Pero ¿para quién podría ser una cuestión de vida o muerte lo que lady Macmaster tuviera que comunicarle? ¿Para ella, Valentine Wannop? No era posible: con su madre segura en casa y su hermano a salvo en un dragaminas en Pembroke Dock, no había ningún suceso grave que pudiese afectar a su vida fuera del patio...

Entonces..., ¿tendría importancia para la propia lady Macmaster? Pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer ella por lady Macmaster? ¿Es que quería que le enseñase a sir Vincent unos ejercicios gimnásticos para que no sufriese una crisis nerviosa y, pletórico de salud, cancelase la hipoteca de su casa de campo, que Valentine suponía una carga abrumadora debida a unos impuestos injustos resultado de una guerra que

nunca debería haberse librado?

¿Acaso era absurdo pensar que pudieran necesitarla para eso? Lo era... Ahí estaba, rebosante de salud, fuerza, buen humor, llena de vida..., dispuesta a atizarle un mamporro en la mandíbula a la grandullona de Leah Heldenstamm en nombre de la disciplina, o, en nombre de todas las celebraciones del mundo, a colaborar en la turbación de la policía. Ahí estaba, en una especie de claustro puritano. ¡Monjil! ¡Totalmente monjil! ¡En plena encrucijada universal!

Soltó un leve silbido.

«¡Dios mío —exclamó para sus adentros—, espero que no sea un augurio de que voy a ser..., oh, monjil..., el resto de mi vida en el mundo reconstruido!

Por un instante se puso a hacer balance de su situación..., de su situación en la vida. Desde luego, hasta la fecha había sido bastante monjil. Tenía veintitrés años, casi veinticuatro. Sana como una manzana y limpia como una patena. Medía un metro sesenta con las zapatillas de gimnasia. Y nadie había querido casarse con ella. Sin duda por ser tan sana y limpia. Nadie había tratado siquiera de seducirla. Sin duda por ser tan recatada. ¡No mostraba de forma evidente —¿cómo lo había llamado aquel tipo?— la promesa de una dicha neumática ^[153] a esos caballeros con bigotazos de sargento mayor y voces gorgoteantes! Nunca lo haría. Así que tal vez no se casara nunca. ¡Y nunca la sedujeran!

¡Monjil! Tendría que pasarse la vida en posición de firmes junto al teléfono, en un aula vacía mientras el mundo entero gritaba en el patio. O ni siquiera. ¡Todos se habrían ido a Piccadilly!

Pero ¡qué demonios!, quería divertirse un poco. ¡Y ahora!

Durante años había sido, ¡oh, sí!, monjil, y había cuidado de las extremidades y los pulmones de las hijas de los roncós, puritanos y en realidad no adscritos a ninguna iglesia o tan poco prósperos como para que careciese de importancia... Una gran escuela femenina. Había tenido que preocuparse por unas criaturas cockney imposibles, aunque no repulsivas, que respiraban al extender los brazos... No debéis respirar rítmicamente con vuestros movimientos. No. No. ¡No...! ¡No espiréis con el primer movimiento o inhaléis con el segundo! ¡Respirad de manera natural! ¡Miradme a mí...! ¡Ella respiraba perfectamente!

¡Se había pasado años así! Trabajo de guerra para una c####a pro alemana. O pacifista. Sí, eso también lo había sido muchos años. No le había gustado serlo, porque demostraba superioridad y no le gustaba ser superior como Edith Ethel.

Pero ¡ahora! ¿Acaso no era evidente? Podía tomar de la mano a cualquier Fulano, Mengano o Perengano. ¡Y desearle suerte! ¡De todo corazón! Suerte a él y a su empresa. Había vuelto al redil, e incluso a la nación. ¡Podía volver a abrir la boca! Podía soltar los gañidos cockney a los que tenía derecho por nacimiento. ¡Podía ser libre e independiente!

Incluso su querida, bendita, confusa y terriblemente eminente madre contaba con la ayuda de un secretario de aspecto deprimido. Ella, Valentine Wannop, no tenía que pasarse la noche mecanografiando después de estar todo el día disfrutando de una respiración perfecta en el patio... Por Dios, si podrían irse todos, su hermano, su madre vestida con desaliño de negro y malva, y el no menos desaliñado secretario vestido sólo de negro, y ella, Valentine, sin su falso uniforme de exploradora y vestida de, ¡oh!, muselina blanca o de tweed, y discutir con acento cockney la calidad de la comida bajo los pinos de Amalfi. Junto al Mediterráneo... Así nadie podría decir que ella no había visto el mar de Penélope, de la Madre de los Gracos, de Delia, de Lesbia, de Nausícaa, de Safo...

Saepe te in somnis vidi! ^[154]

Exclamó: «¡Dios... mío!», sin el menor acento cockney, como un caballero *tory* inglés a quien acabaran de hacerle una proposición incalificable. Y es que en realidad lo era. Porque la voz del teléfono le había estado diciendo, de forma muy sinuosa, después de proporcionarle toda suerte de detalles acerca de la situación financiera de la casa de Macmaster:

—Así que he pensado, mi querida Val, en recuerdo de los viejos tiempos, que..., en suma, si yo pudiese ayudar a reconciliaros... Porque, según tengo entendido, no os habéis escrito... A cambio tú podrías... Comprende que, en este momento, una suma así sería totalmente aplastante...

II

Diez minutos después, le estaba planteando, con firmeza aunque sin acritud, la siguiente pregunta a la señorita Wanostrocht:

—Dígame, señora directora, qué es lo que le dijo esa mujer. No me gusta, no apruebo ninguno de sus actos, y ni siquiera presto la menor atención a sus palabras. ¡Pero quiero saberlo!

La señorita Wanostrocht, que acababa de coger su abrigo negro y fino de la percha que había detrás de la puerta de pino recién barnizada de su despacho, se ruborizó, volvió a colgar la prenda y se dio la vuelta. Se quedó allí delgada, ligeramente rígida, sonrojada y marchita, como si se sintiera un poco acosada.

—Debe usted recordar —empezó— que soy profesora. —Apretó, con un gesto que repetía constantemente, la trenza notablemente dorada de su cabello castaño con la palma de su fina mano izquierda. Hacía años que ninguna de las profesoras de esa escuela comía lo suficiente—. Para mí es casi un instinto —prosiguió— aceptar cualquier forma de conocimiento. Te tengo mucho aprecio, Valentine, si no te importa que te llame así en privado. Y me pareció que estabas en...

—¿En qué? —preguntó Valentine— ¿En peligro...? ¿Que tenía problemas?

—Comprende —replicó la señorita Wanostrocht— que... esa persona parecía tan ansiosa por comunicarme datos acerca de ti como por darte, y ése era el motivo más ostensible de su llamada, noticias sobre... otra persona. Con quien en una ocasión tuviste... relaciones. Y que ahora ha vuelto.

—¡Ah! —se oyó exclamar Valentine—. ¿Así que ha vuelto? Eso tenía entendido. —Se alegró de poder controlarse hasta ese punto.

Tal vez no tuviera que preocuparse. No podía decir que se sintiese distinta a como había estado justo diez minutos antes por el regreso de un hombre a quien esperaba haber olvidado. Un hombre que la había insultado. ¡Pues, de un modo u otro, eso era lo que había hecho!

Pero es probable que todas las circunstancias hubiesen cambiado. Antes de que Edith Ethel pronunciara la frase inconcebible en aquel aparato sus únicas perspectivas habían consistido en un picnic familiar debajo de unas higueras y junto a un mar extraordinariamente azul..., y le habían parecido tan cercanas... ¡como si las tuviera al alcance de la mano! Su madre vestida de negro y púrpura; el secretario de negro y sin adornos. ¿Su hermano? ¡Oh!, una figura romántica, ágil, musculosa, vestida de franela blanca con un sombrero de paja y —bueno, ¿qué hay de malo en ser un poco novelesca acerca de tu propio hermano?— con una ancha faja escarlata. Con un pie en la orilla y el otro... en un ligero bote que cabeceara suavemente con las olas en la corriente. Su hermano pequeño era un buen chico. Últimamente había servido en la marina, así que sabría manejar un bote. Partirían al día siguiente por la mañana..., ¿y

por qué no esa misma tarde a las cuatro y veinte?

Tenían los barcos, tenían los hombres,
¡y también tenían el dinero!

¡Gracias a Dios, tenían dinero!

Los barcos tardarían sin duda un par de semanas en llegar de Charing Cross a Vallambrosa. A los hombres —los mozos de cuerda— también los licenciarían. No se puede viajar cómodamente con una madre, un secretario y un hermano —y un montón de equipaje— sin muchos mozos de cuerda... ¡Todo el mundo hablaba de la mantequilla racionada! Pero ¿qué era eso comparado con viajar sin mozos de cuerda?

Ya que la había empezado, siguió canturreando para sí la vieja canción patriótica británica y antirrusa del decenio de 1850 o 1870 que una de sus alumnas había desenterrado hacía poco, para demostrar la ferocidad histórica de sus compatriotas:

¡Combatimos antes al Oso
y volveremos a hacerlo!
Los rusos no conseguirán Constantino...

De pronto exclamó: «¡Oh!».

Había estado a punto de decir: «¡Oh, demonios!», pero el súbito recuerdo de que la guerra había terminado hacía un cuarto de hora le hizo dejarlo en «¡Oh!».

¡Habría que ir olvidando la fraseología bélica! Otra vez volvería a ser una dama educada. La paz también incluye la Defensa de las Leyes del Reino. ¡Lo cierto era que no podía dejar de pensar que el hombre que la había insultado era el Oso, a quien tendría que volver a combatir! No obstante, se dijo con cálida generosidad: «¡Es una vergüenza llamarlo el Oso!». Y, sin embargo, el hombre de quien decían que había «vuelto», con todos sus problemas auestas, era voraz y sobrecogedor..., y tenía hombros anchos y grises, capaces de empujarte a un lado a ti y a tus propios problemas...

Lo había estado pensando en el salón de actos de la escuela, antes de ir a ver a la directora, justo después de que Edith Ethel, lady Macmaster, pronunciara esa frase intolerable.

Había pasado un buen rato pensándolo... ¡Diez minutos!

Había resumido brevemente para sí la primera de una serie de desagradables preocupaciones de una época que creía haber olvidado. Unos años antes, sin venir a cuento, la habían acusado de haber tenido un hijo con ese hombre. Aunque ella apenas pensaba en él como un hombre. Lo tenía por una masa pesada, gris e intelectual que ahora era de suponer que estaría paseándose, obviamente trastornado, puesto que era incapaz de reconocer al portero, detrás de las persianas cerradas de

una casa vacía en Lincoln's Inn... ¡Ni más ni menos! Nunca había estado en esa casa, pero se lo imaginaba, con la luz colándose por la rendijas de las persianas, mirándote por encima del hombro, gris, ursino... ¡Dispuesto a rodearte de agobiantes preocupaciones!

Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que la egregia Edith Ethel formulara aquella acusación..., como es natural con una indignación absoluta en nombre de la esposa, de cuyo lado, como no es menos natural, se había puesto. (Ahora estaba «tratando de reconciliaros...». Tal vez la esposa no asistiera a las veladas de Edith Ethel lo suficiente, o se hiciese notar demasiado cuando lo hiciera. ¡Probablemente lo último!) ¿Cuántos años haría? ¿Dos? ¡No tanto! Entonces ¿dieciocho meses? ¡Casi seguro que más...! ¡Seguro, seguro que más...! En esos días, cuando una pensaba en el tiempo, la imaginación vacilaba impotente como la vista cuando se fatiga por leer una letra demasiado pequeña... Estaba segura de que se había ido en el otoño de... No, eso fue la primera vez que se marchó. Quien se había ido en 1916 era Ted, el amigo de su hermano. O el otro... Malachi. Había tantos que iban y volvían, y que se iban y no volvían. O que volvían hechos pedazos: sin nariz..., o sin ojos. O... ¡oh, maldita sea!, y apretó tanto los puños que se clavó las uñas en las palmas de las manos, ¡sin cordura!

Por lo que le había dicho Edith Ethel, debía tratarse de eso. No había reconocido al portero; se decía que no tenía muebles. Luego... Recordó...

En ese momento —diez minutos antes de hablar con la señorita Wanostrocht y diez segundos después de despegarse del auricular del teléfono— estaba sentada en un banco de madera de pino con las patas negras de hierro clavadas en la pared de escayola, austeramente pintada al temple con pintura de color gris torpedo, y lo había pensado todo en diez segundos... ¡Así es como había sido!

La minuciosa Edith Ethel había concluido con las palabras: «Una suma así sería totalmente aplastante...», y Valentine había comprendido que le había estado hablando de una deuda contraída por su despreciable marido con la única persona en la que no soportaba pensar. En ese preciso instante había caído también en que Edith Ethel le había estado informando de las novedades: volvía a tener problemas, estaba destrozado, deshecho... No lo habían degradado... Pero estaba hundido... Y solo. ¡Y la reclamaba!

No podía permitirse —¡no soportaba!— recordar siquiera su nombre ni rememorar —aunque trataran de abrirse paso constantemente en su imaginación— su cara rubia y gris, sus pies torpes, cuadrados y fiables, su corpachón encorvado, su calculada actitud inexpresiva, su omnisciencia abrumadora pero genuina... Su masculinidad... ¡Su..., su pavorosa presencia!

Ahora, a través de Edith Ethel —incluso él podría haber encontrado a alguien más apropiado—, la estaba invitando a volver a meterse en la sofocante maraña de sus

embrollos. Ni siquiera Edith Ethel se habría atrevido a volver a mencionárselo si él no hubiese dado el primer paso...

Era impensable e intolerable y había sido como si el mero sonido de aquella oferta..., ¿en qué consistía la oferta?, la hubiese levantado por el aire y la hubiera depositado en aquel banco contra la pared.

«He pensado que, si yo pudiese ayudar a reconciliaros, a cambio tú podrías...» Podría... ¿qué?

Interceder ante aquel hombre, aquella masa gris, para que no reclamase la deuda que sir Vincent Macmaster había contraído con él. Sin duda así les permitirían a ella y... ¡a la masa gris...! asistir al salón de los Macmaster a... ¡tratar de los problemas éticos del momento! ¡Eso mismo!

Seguía sin aliento, el teléfono no paraba de graznar. Quería que se interrumpiese, pero se sintió demasiado débil para levantarse a colgarlo. Quería que cesara, le dio la sensación de que, digamos, un mechón de cabello de Edith Ethel estaba colándose nauseabundo en el claustro de color gris torpedo. ¡O algo parecido!

La masa gris jamás reclamaría la deuda... Esa gente lo había exprimido años y años sin piedad y nunca había comprendido a qué clase de persona estaban exprimiendo. Eso los volvía tanto más lamentables. Pues era penoso ofrecerse a hacer de alcahueta para no tener que pagar una deuda que nadie iba a reclamarles...

Ahora, en las habitaciones vacías de Lincoln's Inn —¡pues probablemente de eso se trataría!—, aquel hombre estaría inmerso en una niebla gris, dando vueltas como un oso gris en una habitación vacía y tenebrosa con las persianas cerradas. Un problema gris, ¡que la requería!

Era un condenado montón de... ¡Perdón, quería decir una notable cantidad de cosas...!, para haberlas pensado en sólo diez minutos. Once ya, probablemente. Luego cayó en que precisamente en eso consistía pensar. En diez minutos, después de que unos brazos enormes e impresionantes te apartasen del teléfono y te dejaran en un banco clavado en una pared que tenía la frialdad característica de la escayola pintada al temple de color gris torpedo, tan típica de los grandes colegios privados (femeninos)..., pensaba una más que en dos años enteros. Aunque tal vez no hiciese tanto tiempo.

Quizá no fuese tan sorprendente. Si una no había pensado nunca en, digamos, la pintura lavable al temple, y luego pensaba en ella diez minutos, podía pensar un condenado montón de cosas en esos diez minutos. Probablemente todo lo que se pudiera pensar al respecto. Aun así, claro, la pintura lavable al temple no estaba siempre en tu imaginación como el pobre... Pero al menos lo estaba en aquellos claustros, aunque no espiritualmente, claro. Y por otro lado, una siempre estaba consigo misma.

Sin embargo tal vez no siempre estuviese espiritualmente consigo misma: se

dedicaba a explicar cómo respirar sin pararse a pensar en cómo afectaba esa vida a su... ¿Qué? ¿Alma inmortal? ¿Aura? ¿Personalidad...? ¿Lo que fuese!

En fin, esos dos años... ¡Oh, pongamos que hubieran sido dos años, por el amor de Dios, y dejémoslo ya...! Debía de haberlos pasado en..., ¡en fin, llamémoslo un «estado de animación suspendida» y dejemos eso también! Algo parecido a eso que llaman inhibición. Se había estado inhibiendo, se había prohibido pensar en sí misma. Bueno, ¿y acaso no había hecho bien? ¿A qué podía aspirar una c####a pro alemana en una nación en guerra, clamorosa y ensimismada, sobre todo si no estaba de acuerdo con las opiniones de su hermano? A un estado solitario que sólo disiparían las... ¡bengalas! ¡Una suspensión!

Pero... ¡Sé honrada contigo misma, muchacha! ¡Cuando te despegaste de ese teléfono sabías que te habías pasado dos años tratando de no pensar en si te habían insultado! Tratando de no pensar en eso. ¡Y, de hecho, en ninguna otra cosa! ¡En nada que valiera la pena!

Por supuesto, había estado, no en suspensión, sino en tensión. Porque si él le hubiese hecho una señal... —«Tengo entendido, había dicho Edith Ethel, que no os habéis escrito», ¿o era que no «habéis estado en contacto»?— Bueno ni una cosa ni la otra...

De cualquier modo, si aquel problema gris, aquella enmarañada bola de estambre gris, le hubiese hecho una señal ella habría sabido que no le había insultado. ¿O es que todo aquello carecía de sentido?

¿De verdad sería cierto que si un macho y una hembra de la misma especie estaban solos en una habitación y el macho no..., era un insulto? Esa idea no existía en la imaginación de una chica hasta que alguien la implantaba allí, ¡pero después se convertía en una verdad luminosa! En la suya, naturalmente, la había implantado Edith Ethel, quien, con la misma naturalidad, le había dicho que ella no lo creía, aunque fuese la firme creencia de... ¡oh, de la mujer de aquel hombre! De la ociosa, superior incluso a Lily y Solomon,^[155] la sorprendentemente esbelta, la alta y estilizada criatura que siempre paseaba con pasos inverosímiles por Hyde Park en el papel satinado de las revistas ilustradas, riéndose en compañía del honorable no-sé-quién, segundo hijo de lord no-sé-cuántos... Edith Ethel era más refinada. Tenía un título y la otra no, y además era más reflexiva. Daba a entender que había leído a Walter Savage Landor, y hasta hacía muy poco tiempo llevaba cuentas de ámbar opaco, como los últimos prerrafaelitas. Prácticamente nunca aparecía en las revistas ilustradas, pues tenía opiniones más refinadas. Sostenía que había hombres que no actuaban así..., y a éstos, a todos ellos, les concedía la *entrée* a sus veladas. ¡Era su Egeria! ¡Una influencia refinadora!

¿Y el marido de la esposa? ¡Antes se le permitía la entrada en el salón de Edith Ethel, y ahora no...! ¡Debía de haber degenerado!

Se dijo secamente nada dispuesta a andarse por las ramas: «Qué demonios. Estás enamorada de un hombre que está casado con una dama de la alta sociedad y te has disgustado porque la dama con título te ha sugerido la idea de que podríais “reconciliarnos”. ¡Después de diez años!».

Pero enseguida protestó:

«No, NO. ¡No! No es eso. Una cosa es tener la costumbre de exponer las cosas con lucidez y otra plantearlas con excesiva crudeza».

¿Qué significaba aquella oferta de reconciliarlos? Nada, si se pensaba bien, salvo dejarse arrastrar otra vez por las insoportables preocupaciones de aquel hombre igual que a algunos operarios desdichados los arrastra el cinturón hasta los engranajes de una máquina ¡que les arranca toda la carne de los huesos! Palabra que era en lo primero que había pensado. ¡Tenía miedo, miedo, miedo! De pronto apreciaba las ventajas de la reclusión monjil. ¡Además, lo que ella quería era ir a atizarles a los policías en la cabeza para celebrar el Once del Once! ^[156]

Aquel hombre... no tenía muebles, no parecía haber reconocido al portero... Estaría trastornado. Trastornado y demasiado deteriorado moralmente para ser admitido en el salón de la dama con título, cuyos asiduos no tratarían de cortejarte sin motivo suficiente si se quedaban a solas contigo...

Su inteligencia generosa reaccionó dolida y se dijo: «¡Oh, no es justo!».

Dicha injusticia tenía toda suerte de matices. Antes de la guerra, y, por supuesto, antes de que le prestara todo su dinero a Vincent Macmaster, ese oso gris había sido totalmente digno del salón de la casa parroquial de Edith Ethel Duchemin: ¡lo habían recibido con efusividad...! Después de la guerra, cuando —es de suponer— se le había agotado el dinero y su cerebro estaba exhausto, no tenía muebles y no reconocía al portero... Después de la guerra y sin dinero ya no era digno del salón de lady Macmaster..., la única dama que tenía un salón en Londres.

¡Es lo que se llama darle la patada a uno!

Obviamente había que hacerlo. Había tantos héroes de guerra que si les dejases entrar a todos en tu salón dejaría de ser un salón, ¡y más si les debías favores...! Lo que hasta entonces había sido un acuciante problema nacional, ahora, en veinte minutos, después de las bengalas, se convertiría en algo insoportable. Todos esos héroes de guerra volverían empobrecidos a Inglaterra. Serían incontables. La doncella tendría que decirle que no estabas en casa a... ¡cerca de siete millones de héroes!

Pero, un momento... ¿Cuál era la situación real?

Él... Pero no podía seguir llamándolo sólo «él» como si fuese una colegiala de dieciocho años pensando en su actor favorito... con la pureza de sus pensamientos virginales. ¿Cómo llamarlo? Nunca —ni siquiera cuando se trataban— le había llamado más que señor Tal y Cual... No conseguía obligarse a pronunciar su nombre, ni siquiera en la imaginación... Nunca se había dirigido a aquel objeto gris y familiar,

objeto del estudio de su madre y al que veía a menudo en las fiestas, más que por su apellido... ¡Una vez había pasado con él una noche entera en un *dog-cart*! ¡Imagínate...! Y habían declamado a Tibulo entre la niebla iluminada por la luna. Y ciertamente había querido besarla..., entre la niebla iluminada por la luna, ¡un oso totalmente desconocido!

No pasó nada, por supuesto, pero todavía recordaba cómo se había estremecido... Brrr... Brrr... Brrr... Estremecida.

Se estremeció.

Luego chocaron con el coche del general lord Edward Campion, VC, PG, ¡y Dios sabe qué más!, el padrino de la esposa de la alta sociedad, que estaba tomando las aguas en Alemania... O tal vez no fuese su padrino. Más bien lo era de él, aunque desde luego era su campeón de reluciente armadura. En aquellos tiempos los generales llevaban una ancha franja roja en los pantalones... ¡Menudo cambio! ¡Qué característico de la época!

Había sido en 1912... Digamos que a principios de julio, no lo recordaba con exactitud. En cualquier caso hacía un tiempo veraniego, justo antes o durante la siega. La hierba estaba crecida en los campos que atravesaron mientras discutían sobre el sufragio femenino. Había acariciado la hierba cargada de grano con las manos al pasar... Digamos que fuese el 1 de julio de 1912.

Ahora estaban a Once del Once... ¿De qué año? ¡Oh, del dieciocho, por supuesto! ¡Habían pasado seis años! ¡Qué cambios había sufrido el mundo! ¡Qué cataclismos! ¡Qué revoluciones...! ¡Le pareció oír a todos los periódicos y a todos los periodistas baratos de la creación cantando a coro!

¡Pero, qué demonios, era cierto! Si, hacía seis años, hubiese besado a... esa laguna grisácea de su imaginación que había tenido a su lado en el asiento del *dog-cart*, habría sido sólo la travesura de una colegiala. Si lo hiciera ahora —por invitación, es de suponer, de lady Macmaster que volviera a reunirlos, pues, por supuesto, no podría hacerse a distancia o sin correspondencia..., no, ¡comunicación...!—. Si lo hiciese hoy..., hoy..., hoy... ¡El Once del Once! ¡Menudo día sería...! Ésos sentimientos no eran suyos, los había tomado de Christina, la hermana del poeta favorito ^[157] de lady Macmaster... Aunque puede que, después de que le concedieran el título, hubiese encontrado a otros poetas más..., ¡más chic! Como aquel que murió en Gallípoli... ¿Cómo se llamaba? ¿Gerald Osborne? ^[158] ¡No recordaba el nombre!

Entonces, durante seis años, había formado parte de aquel... triángulo. No podía llamarlo un *ménage à trois*, ni siquiera alguien que no supiera francés. ¡No habían vivido juntos...! ¡Habían estado c####e a punto de morir juntos cuando el coche del general se estrelló contra su *dog-cart*! ¡C####e a punto! (¡No deberías emplear esas expresiones bélicas! ¡Olvídate de ellas! ¡Recuerda las bengalas!)

¡Menuda torpeza! Llevarse a una colegiala, recién..., ¡oh, recién cumplida la mayoría de edad, toda la noche en un *dog-cart* y dejar que te atropelle el coche del campeón de tu legítima, VC, PG. y con una franja roja en los pantalones! ¡Cualquier hombre que se preciara lo habría impedido!

La mayoría de los hombres saben lo suficiente para saber que las mujeres siempre terminan pagando el pato... ¡y las colegialas también!

Y además en los dos sentidos... Piénsalo: cuando Edith Ethel Duchemin, entonces recién —o tal vez todavía no— convertida en lady Macmaster... En cualquier caso, su marido había muerto y ella acababa de casarse con ese miserable... (¡No debes emplear esa palabra!) Valentine había sido la única testigo de la boda —¡igual que del previo, discreto, pero loable adulterio!—. El caso es que cuando Edith Ethel... Debió de ser el mismo día que le concedieron el título, pues lo había aprovechado como excusa para no invitarla a la fiesta consiguiente... Edith Ethel la había acusado de haber tenido un hijo de..., ¡oh!, el señor Tal y Cual... Y el cielo era testigo de que, aunque el señor Tal y Cual era el constante consejero de su madre, ella lo conocía todavía tan poco que seguía llamándolo por su apellido... Cuando lady Macmaster, escupiendo como esa bestia de carga sudamericana conocida como llama, la había acusado, para su sorpresa, de haber tenido un hijo del consejero de su madre, aunque, claro, había sido el resultado del *dog-cart*, del coche, del general, de la hermana del general, lady Pauline No-Sé-Qué —¿o puede que fuese Claudine? ¡Sí, lady Claudine!—, que iba también en el coche y de la esposa de la alta sociedad, que se pasaba el día paseando por Hyde Park... Cuando la acusó sin venir a cuento, en lo primero que pensó —¡y, maldita sea, su pensamiento más duradero!— no fue en su propia reputación, sino en la de él...

Tal era la cualidad y la esencia más íntima de sus embrollos: siempre se metía en unos líos terribles, unos líos interminables e imposibles de deshacer —¡no, de desenmarañar!— y los demás sufrían por él mientras seguía ¡complicándose en más líos! Que el general chocase con el *dog-cart* era simbólico. Él iba por su derecha y todo lo que se quiera, ¡pero era típico de él estar en un *dog-cart* sabiendo que por allí circulaban coches infames conducidos por generales! ¡Y luego... la mujer acababa pagando el pato...! En este caso, ciertamente lo hizo. El caballo que llevaban era el de su madre y, aunque el general había tenido que pagarles los daños, los costes reales habían ascendido casi al doble... Y su reputación había salido perjudicada por estar sola en un *dog-cart* con un hombre al amanecer... Lo mismo daba que la hubiera «insultado» —¿o era que no lo hubiera hecho?— de algún modo esa noche, ¡oh!, delirante y deliciosa... Era lógico que dijese que había tenido un hijo con él, y que ella tuviera que preocuparse por su reputación... Por supuesto, habría sido muy ruin por su parte —siendo ella joven e inocente, hija de un hombre tan eminente aunque empobrecido, que era amigo de su padre y demás—. «¡No debería haberlo

hecho!» La verdad es que no debería... ¡Todavía le parecía oírlos a todos diciéndolo!
¡Pues bien, no lo había hecho...! Pero ¿y ella?

Esa noche mágica. Fue junto antes del alba, iban casi con la niebla al cuello, el cielo empalidecía en una especie de crepúsculo. ¡Y había una estrella inmensa! Recordaba sólo una estrella inmensa, aunque, en realidad, había habido también una especie de luna desvaída. Pero la estrella era la luz a la que estaba enganchado su carro... Y habían estado citando y discutiendo acerca de... lo recordaba:

Flebis et arsuro me, Delia lecto
Tristibus et... ^[159]

De pronto exclamó para sí:

El crepúsculo y la estrella vespertina
y una clara llamada para mí.
Ojalá cesen los gemidos al pasar la barra
cuando yo...

Y se dijo:

«¡Pero no, querida mía! ¡Eso es Tennyson! ¡Tennyson ligeramente modificado!». ^[160]

Luego pensó:

«En cualquier caso, habría sido la travesura de una colegiala sin experiencia... Pero si le dejara besarme ahora sería...». Sería una, ¿cómo se llamaba..., una fornicadora...? ¡...trix! ¡Era preferible *fornicatrix*! Más que preferible. ¿Y por qué no *adultrix*? Imposible: tenías que ser una «¡adúltera fría y calculadora!» o la moralidad no quedaba resarcida.

¡Oh, calculadora no...! ¡Mejor deliberada...! Aunque ésa tampoco era la palabra para describir aquel proceso. ¡De osculación...! ¡Qué cómicas eran las palabras cuando se aplicaban a los sentimientos!

Pero, si fuese ahora a Lincoln's Inn y el problema le tendiera los brazos... Sería algo «deliberado». Sería buscarse problemas en el sentido literal del término.

Enseguida se dijo: «¡Así es como nos engaña la locura! —Y luego pensó—: ¡Menuda estupidez!».

Obligó a su imaginación a reconocer que, hacía ahora dos años, había tenido una aventura con un hombre. Tampoco tenía nada de malo. Cualquiera, digamos profesora, entre veinticuatro y veinticinco años había tenido alguna aventura, aunque fuese sólo con un caballero en un salón de té que, todas las tardes, durante una semana, la hubiese mirado con insolencia por encima de un trozo de pastel... Y luego hubiese

desaparecido... Pero tenía que haber tenido al menos la posibilidad de vivir una aventura o no podría seguir siendo profesora, secretaria en un ministerio o una dactilógrafa respetable. Lo arrinconabas en el fondo de tu memoria y, los domingos por la mañana, delante de una comida a todas luces insuficiente, volvías a sacarlo y hacías castillos en el aire pensando que eras una heroína que se paseaba al son de las castañuelas y levantaba miradas encendidas... ¡O algo por el estilo!

Bueno, ¡el caso es que había tenido una aventura con aquel ser honesto y sencillo! Tan inefablemente BUENO... ¡Como el difunto Alberto, el príncipe consorte! La típica criatura inmóvil e indefensa a la que no debería haber tentado. Había sido como pescar en un barril, porque tenía una mujer de la alta sociedad que siempre aparecía en las revistas ilustradas mientras él se quedaba en casa con sus estadísticas o iba a tomar el té con su adorable, estupenda y despistada madre, a quien ayudaba para que sus artículos fuesen lo más exactos posibles. De modo que una mujer lo había tentado y él había picado... No, ¡no había picado el anzuelo!

Pero ¿por qué...? ¿Por lo BUENO que era?

Probablemente.

¿O tal vez porque...? ¡Era una idea intolerable que guardaba junto al material para construir los castillos en el aire! ¿No habría sido porque sólo le había inspirado indiferencia?

Habían orbitado el uno en torno al otro en diversas reuniones, o, más bien, él había orbitado en torno a ella, pues en las veladas de Edith Ethel ella siempre se quedaba sentada, como una estrella fija, detrás de la tetera y se dedicaba a llenar las tazas. En cambio él se paseaba por el salón contemplando los lomos de los libros, le hablaba de vez en cuando con gran autoridad a algún invitado y siempre acababa por acercarse a donde ella estaba y decirle alguna trivialidad... Y la hermosa —la extremadamente hermosa mujer— se paseaba por Hyde Park con el segundo hijo del conde de No-Sé-Cuántos a su lado... Buscándose problemas...

¡Así había sido desde el 1 de julio de 1912 hasta, digamos, el 4 de agosto de 1914!

Después, las cosas se habían llenado de escombros, mezclados con llamadas a las armas. Excursiones por su parte a lugares poco recomendables. Y problemas. Estaba metido en líos hasta el cuello. Con sus superiores; innecesariamente con los proyectiles alemanes, el alambre de espino y el barro; con el dinero; con la política; se paseaba por ahí sin recibir una palabra amable de nadie... Unos líos irresolubles que nunca se resolvían y que, de algún modo, acababan enredándote a ti también...

¡Él necesitaba su apoyo moral! Una vez que no estaba en el frente, hacia el final de las hostilidades, se había acercado a la mesita del té mucho antes de lo normal y se había quedado a su lado hasta mucho más tarde, hasta que todos se marcharon y ellos pudieron sentarse junto a la chimenea y discutir... ¡sobre los verdaderos hechos de la

guerra!

Era la única en el mundo con quien podía hablar... Tenían el mismo tipo de inteligencia práctica, sin rastro de romanticismo... O tal vez un poco..., por parte de él. De lo contrario no se habría metido en tantos líos. Daba todo lo que poseía a cualquiera que se lo pidiese. Eso estaba bien. Pero lo que no estaba bien era que quienes lo metían en aquellos líos intolerables fuesen los mismos que se dedicaban a exprimirlo... ¡Debería defenderse de ellos!

Porque..., si uno no se defiende, ¡acaba metiendo en sus malditos líos a las personas más próximas y a quien más quiere, mientras él sigue soñando, dando todo lo que tiene y metiéndose en más líos! En este caso era ella la persona más próxima y a la que más quería... ¡O lo había sido! En ese momento, la dominaron los nervios y su imaginación enloqueció... Imaginó por un instante que aquel hombre, de quien no había tenido noticia en dos años, no se hubiese puesto en contacto con ella... Como una idiota había dado por sentado que había sido él quien le había pedido a lady... — ¡esa maldita mujer...! — que «volviese a reconciliarlos». ¡Había creído que ni siquiera Edith Ethel tendría la suficiente cara dura para llamarla si él no se lo hubiese pedido!

Pero no tenía nada en lo que basarse... Como buena idiota sobreexcitada, una mera alusión le había bastado para llegar a la conclusión de que él le estaba pidiendo que volviera y se convirtiese en su amante... O que lo cuidara en su presente confusión hasta que pudiese...

Téngase en cuenta que con eso no quería decir que hubiese cedido. Pero, si no hubiese llegado a la conclusión de que era él quien hablaba a través de Edith Ethel, jamás habría permitido que su imaginación se demorase en... ¡sus malditas y complacientes perfecciones!

Había dado por supuesto que si él la había hecho llamar era porque no había tonteado con otras chicas en los dos años que no le había escrito... ¡Ah!, pero ¿habría sido así?

¡Alto ahí! ¿Acaso tenía sentido? Aquel hombre había estado a punto... A PUNTO... «de aprovecharse de ella» una noche, justo antes de partir para Francia, digamos, dos años antes... ¡Y después no había vuelto a saber nada de él...! Estaba muy bien decir que era un loco amenazador, luminoso y portentoso: John Peel con su chaqueta gris,^[161] el caballero rural inglés *pur sang*, y que tenía además algo de santo, divino o mesiánico... Todo eso era cierto. Pero uno no está a punto de seducir a una joven y luego se marcha al infierno, dejándola, Dios es testigo, en el infierno, sin enviarle, en dos años, ni siquiera una postal con la palabra MIZPAH.^[162] No. ¡No!

O si de verdad estás mal de la cabeza. También tienes que dar por supuesto que sólo estabas tonteando con ella, igual que has estado tonteando desde entonces con

las WAAC de Ruán o de alguna otra base...

Por supuesto, si a tu vuelta telefoneas a la joven..., o haces que la telefonee una dama con título... Eso podría rehabilitarte a los ojos del mundo, o al menos ante la joven, si fuese un poco tonta...

Pero ¿lo había hecho? ¿Lo había hecho? ¡Era absurdo pensar que Edith Ethel no tendría la cara lo bastante dura para llamarla sin que se lo pidiera! Para ahorrarse tres mil doscientas libras, por no decir nada de los intereses —que era lo que le debía Vincent—, Edith Ethel robaría las almohadas de todo un pabellón de hospital lleno de moribundos... Y hacía bien. Tenía que salvar a su marido. Cualquier mujer cometería la peor ignominia por salvar al marido.

¡Pero eso a ella no le ayudaba lo más mínimo!

Se levantó del banco, se clavó las uñas en las palmas de las manos, dio unas patadas con los zapatos de suela muy fina contra el suelo pulimentado, que estaba extrañamente rígido, y exclamó: «Maldita sea, él no le pidió que me telefoneara. No se lo pidió. ¡No se lo pidió!», y siguió dando patadas en el suelo.

Se fue directa al teléfono que seguía emitiendo largos e irritantes sonidos metálicos y, de un tirón, arrancó el auricular del retorcido cable verde... ¡Y lo rompió! Con satisfacción añadida.

Luego se dijo: «¡Prietas las filas!», no con arrepentimiento por haber deteriorado las propiedades de la escuela, sino porque estaba acostumbrada a llamar a sus pensamientos «las filas» por el carácter nada novelesco del término... ¡Además, era una bonita expresión!

Por supuesto, si no hubiera roto el teléfono habría podido llamar a Edith Ethel y preguntarle si él le había pedido o no... que volviera a reconciliarlos... Eso de romper el único medio que tenía de resolver una duda que la atormentaba era típico de ella...

Aunque en realidad no tanto. Era muy práctica y no creía en eso de «las imposiciones del destino». Había roto el teléfono porque era como romper una conexión con Edith Ethel, o porque odiaba los sonidos irritantes y metálicos, o porque lo había roto. Por nada en el mundo, por nada, nada, nada en el mundo habría telefonado a Edith Ethel para preguntarle: «¿Te ha pedido él que me llames?». Habría sido como permitir que Edith Ethel se entrometiera en su intimidad.

Una volición inconsciente dirigió sus pies hacia las grandes puertas al fondo del salón de actos, unas puertas barnizadas de pino y estilo gótico, económicamente decoradas con tiras y remaches de hierro de Brunswick forjado.

Se dijo: «Por supuesto, si ha sido su mujer la que se ha llevado los muebles, tendría un motivo para querer ponerse en contacto conmigo. Eso significaría que se han separado... Pero a él no le parece bien que un hombre se divorcie de su mujer, y ella nunca se divorciaría».

Al pasar junto a la pegajosa poterna —¡toda la madera de aquel lugar parecía pegajosa por culpa del barniz!— que había junto a las grandes puertas, exclamó para sí: «¡Qué más da!».

Lo único importante era..., pero no se atrevió a formular qué era lo único importante. Antes tenía que aclarar los preliminares.

III

Por fin, le dijo a la señorita Wanostrocht, que se había sentado en su escritorio detrás de dos claveles de color rosa:

—«No pretendía molestarla conscientemente pero un espíritu en mis pies me ha traído aquí sin saber cómo...». Es de Shelley, ¿verdad? ^[163]

Y, de hecho, una idea inconsciente pero clarividente le había sugerido, cuando todavía estaba en el salón de actos e incluso antes de romper el teléfono, que muy probablemente la señorita Wanostrocht podría decirle lo que necesitaba saber y que, si no se daba prisa, podría perder la ocasión de preguntarle, pues lo más probable era que la directora se marchase ahora que las chicas se habían ido. Así que se había apresurado por los pasillos desolados cuyas ventanas góticas tenían trozos de cristal rosa intercalados aquí y allá en sus celosías. No obstante, al pasar por una de las habitaciones de los vestuarios, que estaba casi desierta, oscura y llena de taquillas, se había parado delante de la figura de una chica pecosa, vestida de negro y de aspecto más bien torpe que estaba en un taburete atándose sin ganas las botas negras con un tobillo sobre la rodilla. Sin saber por qué, sintió el impulso de decirle: «¡Adiós, Pettigul!».

La quinceañera torpe y granujienta era como un símbolo de aquel lugar: sana, aunque no demasiado; honrada, pero sin el menor anhelo de honradez intelectual; huesuda en los lugares más inesperados..., y tan lloriqueante que daba la impresión de tener la cara sucia... De hecho, reunía todas las características de aquella institución: todas estaban sanas, eran honradas, torpes, tenían entre doce y dieciocho años y huesos en lugares inesperados por culpa de la mala alimentación... También eran emotivas y tendían más a los lloriqueos que a la histeria.

En lugar de decirle adiós a la chica, le dijo:

—¡Déjame a mí! —Y, con brusquedad, pues estaba enseñando demasiado la pierna, tiró de la corta falda de la chica hacia abajo y se puso a anudarle la bota rígida al no menos rígido tobillo... Después de un período de esplendor juvenil, que llegaría con la misma certeza con que se pasaría, esa chica, si todo iba bien, se casaría durante el período de esplendor juvenil y acabaría siendo una de las madres de Europa..., si todo iba bien, de acuerdo con una normalidad que tal vez se restablecería ese día. ¡Aunque puede que no fuese así!

Una gota tibia cayó sobre el nudillo derecho de Valentine.

—A mi primo Bob lo mataron anteayer —dijo, por encima de su cabeza, la voz de la chica. Valentine inclinó aún más la cabeza sobre la bota con esa paciencia que es necesario adquirir y de la que hay que hacer gala en las instituciones educativas en caso de inesperadas divagaciones mentales si es que se quiere pasar por profesional e inteligente... Aquella chica nunca había tenido un primo Bob, ni nada parecido.

Pettigul y sus dos hermanas, Pettigul Dos y Tres, habían entrado en esa institución pagando una matrícula reducida precisamente porque no tenían, aparte de su madre viuda, ningún otro pariente conocido. Al padre, un mayor con media paga, lo habían matado al principio de la guerra. Todas las profesoras habían tenido que redactar informes sobre las cualidades morales de las Pettigul y por tanto estaban al tanto de esa información—. Me dio su cachorrito para que lo cuidase mientras estuviera fuera —dijo la chica—. ¡No es justo!

Valentine se incorporó y respondió:

—Si yo fuese usted, me lavaría la cara antes de salir. ¡No querrá que la tomen por un alemán! —Y le colocó la blusa recta sobre los hombros—. ¡Trate —añadió— de fantasear con que tiene un familiar que acaba de regresar! ¡Es igual de fácil y hará que parezca mucho más atractiva!

Mientras se apresuraba por los pasillos se preguntó: «Dios mío, ¿también hará que yo parezca más atractiva?».

Tal como había supuesto, encontró a la directora cuando estaba justo a punto de marcharse a su casa en Fulham, un triste barrio de las afueras que, no obstante, estaba cerca del palacio de un obispo. Por una u otra razón parecía un lugar apropiado. La mujer tenía inclinaciones episcopales, pero también mucha experiencia en las vicisitudes de los niños de las afueras, y algunas eran sorprendentes si se consideraban con detalle.

La señora directora se había quedado de pie detrás de la mesa mientras duraron las tres primeras preguntas y respuestas con la actitud de quien se siente un poco acosado, pero, justo antes de que Valentine citase a Shelley, se había sentado y ahora tenía el aspecto de quien está dispuesto a pasar un buen rato. Valentine siguió de pie.

—Éste —dijo con mucha amabilidad la señorita Wanostrocht— es un día en que una podría... dar pasos... que bien pudieran influenciar toda su vida.

—Por eso —respondió Valentine— precisamente he venido a verla. Quiero saber lo que le dijo esa mujer para saber a qué atenerme antes de dar ningún paso.

La directora replicó:

—Tuve que dejar que se fuesen las chicas. No me importa decirte que me eres de mucha utilidad. Los miembros de la junta escolar me ordenaron que mañana les diera el día libre, recibí una orden expresa de lord Boulnois. Es muy incoherente. Pero lo hace más...

Se interrumpió. Valentine se dijo: «Dios mío, no sé nada de hombres, pero qué poco conozco a las mujeres. ¿Adónde querrá ir a parar? —Y luego añadió para sí—: Está nerviosa. ¡Debe de querer decirme algo que cree que no me va a gustar!».

Dijo con caballerosidad:

—No creo que nadie hubiese podido contener a las chicas. Es algo inusitado. Nunca habíamos vivido un día como éste. —En Piccadilly debía de haber multitudes

hombro con hombro; jamás había visto sobresalir la columna de Nelson de entre una masa compacta de personas. Tal vez estuviesen asando bueyes enteros en el Strand. Whitechapel estaría abarrotado y los anuncios esmaltados contemplarían desde lo alto a millones de sombreros hongos. Todo el sórdido e inmenso Londres se extendía delante de sus ojos. Se sentía parte de Londres igual que el urogallo siente que es parte del brezal, y allí estaba en un barrio de las afueras contemplando dos claveles de color rosa. Probablemente teñidos: ¡obsequio de lord Boulnois a la señorita Wanostrocht! ¡Nunca había visto un clavel natural de ese color! Insistió—: Me gustaría saber qué es lo que le contó esa mujer, lady Macmaster.

La señorita Wanostrocht se miró las manos. Tenía los meñiques entrelazados y el dorso de las manos en contacto; era un gesto pasado de moda... Girton de 1897, pensó Valentine, típico de las rubias pensativas... Las licenciadas rubias, las llamaban los periódicos satíricos de la época. Todo indicaba que la cosa iba para largo. ¡Bueno, ella no tenía intención de apresurar la cuestión! Esa expresión era un calco del francés. Pero ¿cómo decirlo de otro modo?

La señorita Wanostrocht exclamó:

—¡Yo veneraba a tu padre!

«Lo sabía —se dijo Valentine—. ¡Pero entonces debe de haber ido a Oxford y no a Newnham!» No recordaba si había *colleges* femeninos en Oxford ya en 1895 o 1897. Debía de haberlos.

—Era el mejor profesor... La mejor influencia del mundo —continuó la señorita Wanostrocht.

Era extraño, pensó Valentine, que esa mujer lo hubiese sabido todo de ella, al menos lo concerniente a su distinguido padre, desde que empezó a trabajar como profesora de gimnasia en aquel gran colegio privado (femenino). Pero, a excepción de la inevitable cortesía que los generales deben observar siempre con los suboficiales, la señorita Wanostrocht no le había prestado más atención que a una señora de la limpieza. Aunque, por otra parte, la había dejado organizar sus clases de gimnasia como ella quería y sin ninguna interferencia.

—Siempre nos contaba —prosiguió la señorita Wanostrocht— que os había hablado en latín a ti y a tu hermano desde el día en que nacisteis... La gente lo tenía por un excéntrico, pero ¡qué acertado...! La señorita Hall dice que eres la latinista más notable que ha conocido.

—No es cierto —respondió Valentine—, yo no pienso en latín. Y no se puede ser un verdadero latinista a menos que piense uno en latín. Él sí lo hacía, por supuesto.

—Es lo último que habría imaginado de él —respondió la directora con un pálido brillo de juventud—. Era un hombre de mundo. ¡Tan despierto!

—Mi hermano y yo éramos un par de bichos raros —replicó Valentine—. Con un padre así... ¡Y una madre, desde luego!

La señorita Wanostrocht dijo:

—¡Oh..., tu madre...!

Y en el acto Valentine evocó la reducida camarilla femenina de juventud de la señorita Wanostrocht, dedicadas a espiar a su padre y a su madre cuando paseaban junto a los árboles de Oxford los domingos, el padre tan garboso y despierto y la madre rezagada, grande, generosa e inconsciente. Y a toda la camarilla diciéndose: «Ojalá pudiéramos cuidar nosotras de él...». Observó con cierta malevolencia:

—Supongo que no habrá leído usted las novelas de mi madre... Era ella quien lo escribía todo por él. Mi padre no sabía escribir, ¡era demasiado impaciente!

La señorita Wanostrocht exclamó casi con el dolor de quien defiende su propia reputación:

—¡Oh, no deberías decir eso!

—No veo por qué no —respondió Valentine—. Él era el primero en reconocerlo.

—Pues tampoco él debería haberlo dicho —replicó la señorita Wanostrocht con una especie de blanda unción—. ¡Debería haber cuidado más de su reputación por el bien de su obra!

Valentine contempló a aquella solterona delgada y extasiada con irónica curiosidad.

—Por supuesto, si veneraba usted..., si sigue venerando a mi padre de ese modo —admitió—, eso le da cierto derecho a preocuparse por su reputación... ¡En cualquier caso, le agradecería que me dijese qué le dijo esa persona por teléfono!

El busto de la señorita Wanostrocht se movió con súbito entusiasmo hacia el extremo de la mesa.

—Precisamente por eso —dijo— quiero hablar contigo antes... Y que consideres...

Valentine observó:

—Por la reputación de mi padre... Oiga, ¿no la confundiría conmigo esa mujer, lady Macmaster? Nuestros nombres se parecen lo suficiente para que pueda haberse producido una confusión.

—Eres —respondió la señorita Wanostrocht—, por así decirlo, el producto de sus puntos de vista sobre la educación de las mujeres. Y si tu... Para mí ha sido una grandísima satisfacción observar en ti una... cabeza tan sensata y bien instruida en..., ¡oh!, ya me entiendes, un cuerpo tan sano... Y además... Una capacidad de ganar. Un valor comercial. Tu padre, por supuesto, nunca se andaba con rodeos... —Añadió—: Debo decir que mi conversación con lady Macmaster..., que sin duda no es una mujer a la que se le pueda reprochar nada. He leído la obra de su marido. Desde luego, conserva, ¿no te parece?, parte de la llama sagrada.

—Ese hombre —respondió Valentine— no sabe una palabra de latín. Saca las citas, cuando las usa, de sus notas escolares... Conozco sus métodos de trabajo,

¿sabe?

A Valentine se le ocurrió que si, efectivamente, Edith Ethel había confundido al principio a la señorita Wanostrocht con ella, la preocupación de ésta por la reputación de su padre como entrenador de jovencitas podía estar justificada. Se imaginó a Edith Ethel iniciando de pronto una descripción de las circunstancias de aquel hombre que carecía de muebles y daba indicios de no reconocer al portero. Las relaciones que podría haber insinuado que existieron entre él y ella bien podrían haber preocupado a la directora de un gran colegio privado para señoritas de clase media. Sin duda le habría dicho que había tenido un hijo. La invadió una desagradable sensación de ultraje...

De pronto, la confundió el recrudecimiento de la idea que se le había ocurrido como por casualidad en el salón de actos. La desbordó con una viveza extraordinaria, como una corriente de líquido caliente... Si de verdad había sido la mujer de aquel hombre quien se había llevado los muebles, ¿qué podía separarlos ahora? ¡Era imposible que él hubiese vendido o quemado sus muebles mientras estaba con la Fuerza Expedicionaria Británica en los Países Bajos! ¡No sin grandes dificultades! Entonces..., ¿qué podía separarlos...? ¿Una moralidad de clase media? ¡Los últimos cuatro años habían sido un carnaval sangriento! ¿Era aquello la cuaresma que sigue de cerca al carnaval? ¡No tan de cerca! Así que si una se daba prisa... ¿Qué demonios anhelaba sin saberlo?

Se oyó a sí misma diciendo, casi con un sollozo, pues era evidente que estaba emocionada:

—Mire, ¡yo desapruero totalmente en lo que me ha convertido mi padre! Esa gente..., los inteligentes victorianos, no sabían lo que decían. Desarrollaban una teoría sacada de cualquier parte y luego la aplicaban sin más. Sin la menor precaución... ¿Se ha fijado en Pettigul Uno...? ¿No se le ha ocurrido que no se puede hacer un ejercicio físico violento y un trabajo intelectual al mismo tiempo? ¡Yo no debería estar en este colegio y no debería ser lo que soy! —Al ver la expresión preocupada de la señorita Wanostrocht se preguntó: «¿Por qué demonios estoy diciendo todo esto? ¡Cualquiera pensaría que estoy tratando de que me despida! ¿Es así?». No obstante su voz seguía diciendo—: Aquí hay demasiada oxigenación para los pulmones. No es natural. Afecta de forma nociva al cerebro. Pettigul Uno es un buen ejemplo. Se toma en serio mis clase y sus estudios. Ahora está trastornada. A la mayor parte sólo los atonta.

Le parecía increíble que hubiera estallado así con sólo imaginar que aquella mujer hubiera podido dejar a su marido, ¡igual que su padre cuando exponía una de sus ingeniosas teorías...! En realidad, una o dos veces se le había ocurrido que no era posible llevar una doble existencia física y mental sin correr riesgos. Los acontecimientos militares de los últimos cuatro años eran los responsables de que se

hubiese producido una auténtica exageración de las virtudes físicas. Era consciente de que en esa institución, y durante los últimos cuatro años, la habían considerado el complemento, si no la sustituta, tanto del médico como del cura... Pero de ahí a elaborar una teoría completa acerca de que la mentira de Pettigul era el producto de un cerebro demasiado oxigenado había un trecho demasiado grande...

Aun así, le estaban impidiendo participar del regocijo nacional, casi seguro que Edith Ethel le habría contado algo escandaloso a la señorita Wanostrocht. ¡Tenía derecho a soltarlo con una especie de declamación exagerada!

—Al parecer —dijo la señorita Wanostrocht—, pues no es éste el momento para discutir el plan de estudios del colegio, aunque en lo fundamental estoy de acuerdo contigo... Y, a propósito, ¿qué le ocurre a Pettigul Uno? La tenía por una chica sensata. El caso es que, al parecer, la mujer de un amigo..., tal vez sea sólo un antiguo amigo tuyo, está en el hospital.

Valentine exclamó:

—¡Oh!, él... ¡Pero eso es horrible!

—Al parecer —respondió la señorita Wanostrocht— es un desastre —y añadió—: Es la única expresión que se me ocurre.

La noticia arrojó una luz cegadora sobre Valentine. Le horrorizó saber que aquella mujer estaba en el hospital. ¡Porque en tal caso no sería decente ir a ver al marido!

La señorita Wanostrocht prosiguió:

—Lady Macmaster estaba deseando pedirte consejo... Al parecer la otra única persona que podría velar por los intereses de... tu amigo es su hermano y...

Valentine se perdió el final de esa última frase. La señorita Wanostrocht hablaba con demasiada fluidez. Si uno quiere que los demás comprendan una noticia devastadora no debería emplear frases tan largas. Debería decir: «Está loco y no le queda un penique. Su hermano se está muriendo. Acaban de operar a su mujer». ¡O algo por el estilo! Así cualquiera podría entenderlo, aunque la imaginación le diera vueltas como un tiovivo.

—La compañera... del hermano —seguía divagando la señorita Wanostrocht—, aunque, al parecer, estaba dispuesta a ayudarle, no obstante no está disponible... La teoría es que... tu amigo está considerablemente trastornado por sus vivencias en la guerra. Así que... ¿Quién, en tu opinión, debería aceptar la responsabilidad de velar por sus intereses?

Valentine se oyó decir:

—¡Yo! —y añadió—: ¡De él! De cuidar de él. ¡Que yo sepa, no tiene... intereses!

Por lo visto no tenía muebles, así que ¿cómo iba a tener nada más? Deseó que la señorita Wanostrocht dejase de utilizar la expresión «al parecer». Era irritante... y contagioso. ¿Es que no podía decir las cosas claras? Pero nadie decía nunca las cosas claras y sin duda aquella solterona anémica pensaría que ese asunto era

particularmente tétrico.

En cuanto a lo de decir las cosas claras... Si alguien las hubiese dicho, Valentine sabría a qué atenerse con la mujer de aquel hombre. Pues parte del absurdo modo en que se comportaban ella y sus amigas consistía en no hablar nunca con claridad..., a excepción de Edith Ethel, que tenía la naturaleza de una verdulera y, aunque era incapaz de decir la verdad, siempre se expresaba con mucha claridad. Pero, hasta la fecha, ni siquiera Edith Ethel había dicho nada respecto a cómo trataba esa mujer a su marido. Le había dado a entender claramente que ella «apoyaría» a la esposa..., pero no había llegado tan lejos como para decir que fuese una buena esposa. Ojalá pudiese saberlo...

La señorita Wanostrocht le estaba preguntando:

—Cuando dices «yo», ¿te refieres a que estarías dispuesta a cuidar tú misma de ese hombre? Espero que no.

... Porque, obviamente, si fuese una buena esposa, ella no tendría ningún derecho a entrometerse... Siendo la hija de su padre y de su madre... Pensándolo bien, cualquiera diría que una mujer que se pasa la vida paseando por Hyde Park, o en otros sitios de moda no puede ser una buena esposa de un estadístico. Por otro lado, él era un hombre muy elegante, de la clase gobernante, de una familia de terratenientes y todo eso..., así que tal vez le gustase que su mujer alternase en sociedad, puede incluso que se lo exigiese. Era muy capaz. Por lo que ella sabía, incluso era posible que fuese una mujer tímida y recatada a quien él empujara a salir al mundo. No era probable, pero tan posible como cualquier otra cosa.

La señorita Wanostrocht estaba preguntándole:

—¿No hay instituciones... sanatorios militares... para casos como el del capitán Tietjens? Al parecer le ha destrozado la guerra y no sólo la mala vida.

—Precisamente —respondió Valentine— por eso querría..., ¿no lo entiende...? Porque ha sido la guerra...

No logró terminar la frase.

La señorita Wanostrocht dijo:

—Pensaba... Me habían dicho... ¿que eras una pacifista radical!

Para Valentine oír pronunciar con tanta frialdad el nombre del «capitán Tietjens» había sido un punto de inflexión, como cuando aparece el sudor en un caso de fiebre, una especie de liberación. Había decidido irracionalmente que ella no sería la primera en pronunciar ese nombre.

Y por su tono daba la impresión de que la señorita Wanostrocht estaba decidida a odiar al tal capitán Tietjens. Tal vez lo odiara ya. Valentine empezó a decir:

—Si una es una pacifista radical porque no puede soportar que los hombres sufran, ¿no le parece una buena razón para que quiera que un pobre diablo destrozado...?

Pero la señorita Wanostrocht había empezado una de sus largas frases. Sus voces siguieron hablando al unísono, como dos trenes arrastrando desagradablemente un lastre...

—... se ha comportado de un modo terrible.

Valentine respondió acalorada:

—No debería usted dar crédito a lo que diga una mujer como lady Macmaster.

La señorita Wanostrocht dio la impresión de quedarse sin palabras, se inclinó hacia delante en la silla con la boca ligeramente entreabierta. Y Valentine se dijo: «¡Gracias a Dios!».

Necesitaba un momento para digerir lo que parecía una nueva prueba de la mezquindad de Edith Ethel, sintió cómo se enfurecían regiones de su propio ser que apenas conocía. Le pareció una insignificancia en sí misma. Nunca había pensado que fuese tan insignificante. No tendría que importarle lo que dijera la gente. Estaba totalmente acostumbrada a que Edith Ethel le contase a todo el mundo cosas horribles sobre ella. Pero esto era de una imprudencia que rayaba lo increíble. Contarle a una desconocida, con la que había hablado por casualidad por teléfono, hechos despectivos sobre una tercera persona que podía ponerse al teléfono en un minuto o dos, y no sólo eso, sino que pronto se enteraría de lo que le había contado a la otra... Era de una osadía y una maledicencia que casi sobrepasaba la cordura... ¡O que dejaba traslucir el desprecio que sentía por Valentine y hasta dónde podría llegar con sus inconcebibles represalias!

De pronto, le espetó a la señorita Wanostrocht:

—¡Oiga! ¿Me habla usted como una amiga a la hija de mi padre o como la directora a una profesora de gimnasia?

Una pequeña cantidad de sangre afluyó a los rasgos rosáceos de la dama. Desde luego se había alterado cuando Valentine había seguido hablando a la vez que ella, pues, aunque Valentine lo ignoraba todo de los gustos o disgustos de la directora, una o dos veces había reparado en que exhibía un notable disgusto cuando le interrumpían una de sus frases formales.

La señorita Wanostrocht dijo con cierta frialdad:

—Ahora te estoy hablando... Me estoy tomando la libertad, como mujer mayor que tú, como una amiga de tu padre. ¡Estoy tratando, en suma, de recordarte lo que debes hacer para ser un digno ejemplo de la educación que te dio!

Involuntariamente, Valentine frunció los labios para soltar un leve silbido de incredulidad. Pensó para sí: «¡Dios mío! Estoy metida en un buen lío... Es una especie de interrogatorio profesional».

—Por un lado —prosiguió la dama—, me alegro de que te lo tomes de ese modo... Me refiero a lo de defender a la señora Tietjens con tanta vehemencia contra lady Macmaster. Al parecer, a lady Macmaster no le gusta la señora Tietjens, pero me

parece que tiene sus motivos. Para que no le guste, quiero decir. Lady Macmaster es una persona muy responsable, mientras que, incluso en su vida pública, la señora Tietjens parece ser todo lo contrario. No me cabe duda de que pretendes ser fiel a tus... amigos, pero...

—Al parecer —respondió Valentine— nos estamos metiendo en un buen embrollo. —Y añadió—: No estaba, tal como parece usted creer, tratando de defender a la señora Tietjens. Lo habría hecho. Lo haría en cualquier circunstancia. Siempre me ha parecido una mujer amable y hermosa. Pero le oí a usted decir las palabras: «Se ha comportado de un modo terrible» y pensé que se refería al capitán Tietjens. Lo niego. Y si insinúa usted que lo ha hecho su mujer, también lo niego. Es una esposa... y una madre... admirable, al menos que yo sepa.

Se dijo: «¿Por qué he dicho eso? ¿Qué me importa a mí Hécuba?». ^[164] Luego pensó: «Para defender su honor, claro... Estoy tratando de presentar al capitán Tietjens como un caballero rural inglés completo con sus fincas bien organizadas, sus establos, perreras, esposa, descendencia... ¡Qué idea tan rara!».

La señorita Wanostrocht, que había tomado aliento, observó ahora:

—Me alegra mucho oírlo. Desde luego lo que me dijo lady Macmaster es que la señora Tietjens era, digamos, como mínimo una esposa negligente... Vanidosa..., ya me entiendes, ociosa, recargada... Todo eso... Y que tú parecías defenderla.

—Es una mujer elegante que se mueve en medios elegantes —replicó Valentine—, pero lo hace con el consentimiento de su marido. Tiene derecho a...

—No estaríamos —respondió la señorita Wanostrocht— metiéndonos en el extraordinario embrollo al que te referías antes, si dejases de interrumpirme constantemente. ¡Estaba tratando de decir que para ti, una joven sin experiencia, criada en un hogar entre algodones, no puede haber aguas más peligrosas que un hombre con una mujer que no cumple con sus obligaciones!

Valentine dijo:

—Tendrá que disculpar mis interrupciones. Pero éste no es su funeral sino el mío.

La señorita Wanostrocht objetó enseguida:

—No puedes decir eso. No imaginas con qué fervor...

Valentine asintió:

—Sí, sí... Su *schwaerm* ^[165] por el recuerdo de mi padre y todo eso. Pero mi padre no pudo ofrecerme una vida entre algodones... Tengo tanta experiencia como cualquier chica de clase inferior... Sin duda fue culpa suya, pero no se equivoque. —Y añadió—: Aun así, el cadáver soy yo. Usted dirige la autopsia. Así que para usted es más divertido.

La señorita Wanostrocht se había puesto ligeramente pálida:

—Yo, si... —balbució un poco—, por experiencia te refieres a...

—No —exclamó Valentine—, y no tiene usted derecho a deducir tal cosa por una

conversación que ha tenido, y no debería haber tenido, con una de las lenguas más viperinas de Londres... Me refiero a que mi padre falleció y tuve que ganar mi sustento y el de mi madre trabajando como sirvienta varios meses después de su muerte. A eso se redujo su educación. Pero sé cuidar de mí misma... En consecuencia...

La señorita Wanostrocht se había arrellanado en el asiento.

—Pero... —exclamó, estaba mortalmente pálida, como la cera descolorida—. Se hizo una colecta... Nosotros... —empezó— Sabíamos que...

—Hicieron ustedes una colecta —respondió Valentine— para comprar su biblioteca y regalársela a mi madre..., que no tenía nada para comer salvo lo que comprábamos con mis ingresos como criada doméstica. —Sin embargo, en vista de la palidez de la otra dama, trató de añadir un toque de generosidad—: Por supuesto, quienes contribuyeron querían conservar en la medida de lo posible su personalidad. Los libros de un hombre son parte de ella. Así que hicieron ustedes bien. —Añadió —: En cualquier caso, fue parte de mi educación: en un sótano de una casa de las afueras. Así que no creo que pueda usted enseñarme gran cosa sobre las miserias de la vida. Trabajé para la familia de un concejal del distrito de Middlesex. En Ealing.

La señorita Wanostrocht dijo débilmente:

—¡Es terrible!

—¡No tanto! —replicó Valentine—. Teniendo en cuenta el trato que reciben las criadas domésticas, no me fue tan mal. Podría haberme ido mejor si la señora de la casa no hubiese estado siempre enferma y la cocinera no hubiera sido una borracha... Luego trabajé un tiempo de oficinista. Para las sufragistas. Después de que el padre del señor Tietjens volviera del extranjero y le diese a mi madre trabajo en un periódico del que era dueño. Empezamos a arreglárnoslas mejor. El señor Tietjens era el mejor amigo de mi padre, así que podría decirse que la influencia de mi padre acabó siéndonos de ayuda, tal vez le sirva a usted de consuelo. —La señorita Wanostrocht estaba inclinando la cabeza hacia la mesa, es de suponer que para ocultarla un poco de Valentine o para no tener que mirarla a los ojos. Valentine prosiguió—: Ya sé que siempre hay un conflicto entre las obligaciones particulares de un hombre y sus logros públicos. Pero, si hubiese llevado una vida menos extravagante, nos podría haber dejado mucho mejor situadas. No quiero ser un cruce entre un sargento y una doncella doméstica. Igual que tampoco quería ser una criada.

La señorita Wanostrocht soltó un «¡Oh!» de dolor. Y exclamó enseguida:

—Lo que más me alegraba de tenerte aquí era tu influencia moral y no sólo la atlética... Precisamente porque me daba la sensación de que no le concedías tanta importancia a lo físico...

—Pues no va a tenerme mucho más tiempo —dijo Valentine—. Ni un instante más de lo estrictamente necesario. Voy a...

Se dijo: «¿Qué demonios voy a hacer...? ¿Qué es lo que quiero?».

Quería tumbarse en una hamaca junto a un mar azul y en calma, y pensar en Tibulo... No se engañaba. No tenía pretensiones intelectuales. Carecía de la formación necesaria. Pero quería disfrutar de las formas más elaboradas de los productos intelectuales de los demás... ¡Ésa era la moral del momento!

Y, al contemplar con detalle el rostro inclinado de la señorita Wanostrocht, se preguntó si habría habido otro día como aquél en la historia del mundo. ¿Sabría la señorita Wanostrocht, por ejemplo, lo que era ver regresar a un hombre? ¡Ah, pero entre el tumulto de otro millón de hombres que también volvían! ¡Un impulso colectivo que te empujaba a dejarte arrastrar por la muchedumbre! ¡Inmenso! ¡Sedante!

Por lo visto, la señorita Wanostrocht había querido a su padre. Sin duda, en compañía de otras cincuenta damiselas. ¿Obtendrían una emoción colectiva de aquella aventura? Incluso era posible que le hubiese hablado de ese modo... *pour cause*. Advirtiéndola del efecto nocivo de relacionarse con un hombre cuya mujer era inaceptable... Porque las cincuenta damiselas coaligadas debían de tener el convencimiento de que su madre era una mujer inaceptable para la brillante y canosa eminencia con aire de mozalbete que había sido su padre... Probablemente pensarán que, sin la desaseada carga de la señora Wannop sobre sus espaldas, podría haberse convertido en... ¡Bueno, en uno de ellos...! ¡En cualquier cosa! En cualquier eminencia en los consejos de la nación. ¿Por qué no en primer ministro? Pues, aparte de sus teorías pedagógicas, tenía intereses políticos. Además, había sido amigo de Disraeli. Proporcionaba —¡era histórico!— materia para discursos eternamente famosos y meritorios. Habría sido educador de los procónsules del Imperio si aquel otro tipo de Balliol no hubiese conseguido el puesto antes... El caso es que se había tenido que especializar en la educación de las mujeres. En formar damiselas-prímulas...

De modo que la señorita Wanostrocht la estaba advirtiéndole de los efectos negativos de las mujeres abandonadas sobre las vírgenes jóvenes y encariñadas. Y probablemente tuviese razón. ¿Dónde estaría ahora si hubiese creído que Sylvia Tietjens era una mala esposa?

La señorita Wanostrocht dijo como dominada por una súbita ansiedad:

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué es lo que te propones?

Valentine respondió:

—Obviamente, después de su conversación con Edith Ethel no estará usted tan contenta de tenerme aquí. ¡No creo que mi influencia moral haya mejorado de aspecto! —La recorrió una oleada de resentimiento apasionado—. Mire, si considera que estoy preparada para... —No obstante se interrumpió—, no —dijo—, no voy a introducir ahora una nota servil. Pero comprobará usted que resulta muy molesto. —

Añadió—: Si fuese usted, yo me ocuparía del caso de Pettigul Uno. En un colegio tan grande podría convertirse en una epidemia. ¡Y hoy en día no hay modo de saber a qué atenerse!

Segunda parte

I

Muchos meses antes, Christopher Tietjens había deseado con todas sus fuerzas tener la cabeza a la misma altura que una absurda mancha de cal. Algo en el fondo de su imaginación le hacía tener la convicción de que si su cabeza —y, por supuesto, el resto del tronco y las extremidades inferiores— se elevase, mediante un proceso de levitación, a esa distancia por encima de los tablones donde tenía ahora los pies, estaría en una esfera inviolable. Dicho convencimiento le acometía de continuo y le obligaba a mirar constantemente la mancha, que parecía la cresta de un saludable gallo, y relucía, con cinco picos, en la luz incipiente que iluminaba el delgado y desprotegido canal en la pendiente de grava. ¡Era una media luz húmeda, apenas un parpadeo, más visible allí que en la desolación circundante, porque el estrecho y profundo canal rodeaba parte de una grieta en la tierra empapada que empezaba a estar iluminada por el este!

En los últimos minutos se había subido dos veces al escalón de un fusilero reforzado con una caja de latas de ternera para echar un vistazo. Y cada vez al bajar le había sorprendido el mismo fenómeno: la luz vista desde la trinchera parecía si no más brillante, al menos más definida. Igual que desde el fondo de un pozo pueden verse las estrellas en pleno día. Soplaban un viento muy leve del noroeste. Les embargaba la fatiga de un ejército derrotado, la fatiga de tener que empezar otra vez un nuevo día...

Echó una ojeada a un lado y hacia arriba, en dirección a la cresta fosforescente... Sintió que una fuerza indeterminada empujaba sus sienes hacia ella. Se preguntó si no habría notado la noche anterior que era una mancha de cemento reforzado, y por tanto más resistente. Por supuesto, era posible que hubiese reparado en ello y luego lo hubiese olvidado. ¡No lo había hecho! Así que era algo irracional.

Cuando uno vive bajo el fuego enemigo —bajo el fuego enemigo constante—, se siente infinitamente más seguro si tiene una insignificante bolsa de papel para protegerse delante de la cara, que si no la tuviera. Necesita descansar la imaginación. Esto debía de ser lo mismo.

Todo estaba tranquilo y oscuro. Cuarenta y cinco minutos. Cuarenta y cuatro...

Cuarenta y tres... Cuarenta y dos minutos y treinta segundos antes de un momento crucial y las cajas de color gris pizarroso llenas de piñas metálicas en miniatura todavía no habían llegado de aquel maldito lugar... ¿Cómo saber si había alguien ocupándose de eso?

Esa noche había enviado ya a dos correos. De momento, sin respuesta. Aquel tipo odioso tal vez hubiera olvidado dejar un sustituto. No era probable. Parecía un hombre cuidadoso. Aunque un maniático siempre puede olvidarse de algo. ¡Pero aun así no era probable...!

Lo amenazaban sus pensamientos igual que las nubes amenazan a las cumbres de las montañas, pero, de momento, lo dejaron en paz. Todo estaba tranquilo, el aire húmedo y frío era agradable. En Yorkshire había mañanas de otoño parecidas. Los engranajes de su físico funcionaban a la perfección, sus pulmones no habían estado tan bien desde hacía meses.

A gran distancia de allí se oyó un cañón único e inmenso. Lo habían despertado y se quejaba. Pero no parecía la señal de que fuese a empezar nada. Era demasiado pesado. Disparaban contra algo muy lejano. Contra París, tal vez, o el Polo Norte, ¡o la luna! ¡Esos tipos eran capaces!

Sería aterrador acertarle a la luna. E inútil. Y les proporcionaría un gran prestigio. Eran capaces de hacer cualquier cosa siempre que fuese estúpida e inútil. Y, naturalmente, aburrida... Y lo de ser tan aburridos era un error. Uno seguía combatiendo para librarse de esos pesados..., igual que trata de quitarse de encima a un pesado en un club.

Era más descriptivo llamar a lo que había sonado cañón que artillería ligera, aunque no estaba bien visto en los círculos locales. Estaba bien llamar armas ligeras a los de 75 o a los trastos que usaba la artillería ecuestre, que eran móviles y parecían de juguete. Pero aquellas cosas inmensas eran cañones y tenían la hosca bocaza siempre en alto, eran tan hoscos como mayordomos o dignatarios catedralicios y su calibre cuando apuntaban a la luna, París o Nueva Escocia parecía enorme.

¡El caso es que aquel cañón no había anunciado nada salvo a sí mismo! No era el comienzo de ninguna andanada, nuestros hombres no iban a asomarse para disparar. Sólo se había anunciado a sí mismo diciendo en tono de protesta: «CA... ÑÓN...» y el obús, tras elevarse a una enorme altura, captó en su base el reflejo de sol que no había surgido todavía. Era un disco brillante, como un halo volador... ¡Precioso! Un precioso motivo decorativo: ¡hermosos avioncitos en el cielo azul entre halos voladores! Libélulas entre santos..., «¡con ángeles y arcángeles!».^[166] ¡En fin, él lo había visto!

Un cañón... No podía llamárseles de otro modo. Como esos objetos oxidados y enhiestos que sobresalían en los desfiles cuando era pequeño.

¡Y no, no era la señal de una andanada! ¡Tanto mejor! Casi podría decir «Gracias

a Dios», pues cuanto más tarde empezaran menos duraría... «Menos duraría» no sonaba bien. Era mejor «antes se acabaría». Sin duda a las ocho y media, o, mejor dicho, a las ocho y media en punto, aquellos aburridos soltarían su habitual ofrenda, probablemente pesada, justo sobre aquel lugar... Por lo que podía imaginar, tres salvas de una docena de obuses cada una con intervalos de medio minuto entre las salvas. Tal vez salva no fuese la palabra correcta. ¡En cualquier caso, maldita fuese toda la artillería!

¡Por qué lo harían esos tipos! Cada mañana, a las ocho y media, y cada tarde a las dos y media. Posiblemente sólo para demostrarles que seguían con vida y que seguían siendo unos pelmas. Eran metódicos. Ése era su secreto. El secreto de su pesadez. Tratar de matarlos era como tratar de hacer que se callasen unos liberales que estuviesen hablando de política en un club apolítico... ¡No obstante, alguien tenía que hacerlo! O el mundo no sería un lugar donde... ¡oh, dormir la siesta después de comer...! ¡Eran las reglas del juego...! ¡Cuarenta minutos! ¡Y miró a un lado y hacia arriba en dirección a la cresta fosforescente! Su imaginación le decía que si pudiera levitar hasta allí...

Se subió una vez más al escalón del fusilero y a la caja de latas de ternera. Asomó la cabeza con cuidado: una desolación gris se extendía a lo lejos y hacia abajo: ¡Rrrrrrrrr! ¡Un agradable sonido ronroneante!

Automáticamente, saltó sobre los tablones del entarimado con el desayuno atragantado en la garganta. Dijo:

—¡Dios! ¡Me he llevado el mayor susto de mi vida! —Trató de soltar una carcajada y lo consiguió pese a tener el estómago revuelto. ¡Estaba helado!

Una cabeza metida en un casco de acero, una cabeza rubia al estilo de Suffolk, se asomó desde detrás de una cortina de tela de saco en la pared de grava que tenía a su espalda. Una voz dijo preocupada:

—No habrá francotiradores por aquí, ¿verdad, señor? Tenía la esperanza de que no los hubiese. Es muy trabajoso tener que estar avisando siempre a los hombres.

Tietjens respondió que había sido una condenada alondra que había estado a punto de metérsele en la boca. El sargento mayor en funciones admitió con entusiasmo que las alondras de por allí asustaban a cualquiera. Recordaba una incursión en la oscuridad en la que, mientras se arrastraban gateando, pisó a una alondra en su nido. ¡No levantó el vuelo hasta que estuvo encima! Luego echó a volar y le dejó casi sin aliento. ¡Dios! ¡No lo olvidaría nunca!

Como si estuviese sacando cuidadosamente paquetes del carro de un repartidor, sacó de la cueva que había detrás de la cortina de tela dos parpadeantes fardos de extremidades tubulares vestidas de caqui. Se tambalearon hasta ponerse en pie, con las caras bostezantes como dos quesos sonrosados junto a los largos rifles y bayonetas. El sargento dijo:

—Agachad la cabeza. ¡Nunca se sabe!

Tietjens le dijo al cabo que la boquilla de su maldita máscara antigás estaba rota. ¿Es que no se había dado cuenta? El objeto defectuoso colgaba sobre el pecho de aquel hombre. Ahora mismo iba a pedirle prestada la suya a otro hombre y a asegurarse de que le conseguían una nueva de inmediato.

Tietjens desvió la mirada arriba y a un lado. Todavía se le doblaban las rodillas. Si pudiera levitar hasta aquella cosa no tendría que emplear las piernas para sostenerse.

El viejo sargento continuó hablando entusiasmado de las alondras. ¡Era impresionante la confianza que tenían en los seres humanos! No abandonaban el nido hasta que estabas a punto de pisarlo, aunque se hubiese desatado el infierno a su alrededor.

Una oportuna alondra entonó su canto estridente y despiadado delante del parapeto. Sin duda era la misma alondra a la que había asustado Tietjens..., la misma que le había asustado a él.

—Ha habido —prosiguió con entusiasmo el sargento, mientras señalaba en dirección al lugar de donde provenía aquel sonido— alondras cantando todas las mañanas de bombardeo en las que he estado. ¡Tienen una confianza sorprendente en la humanidad! El Todopoderoso ha inculcado un instinto sorprendente en su pecho. ¿Qué haría si no una alondra en el campo de batalla?

El hombre solitario se sentó junto a su largo rifle con la bayoneta calada, que estaba embarrado desde la culata hasta la bayoneta. Tietjens dijo amablemente que pensaba que el sargento no conocía bien la historia natural. Había que distinguir entre los machos y las hembras. Las hembras se quedaban en el nido por apego a sus huevos; los machos volaban constantemente por encima para ahuyentar a los otros machos de los alrededores.

Se dijo que tenía que pedirle al médico que le diera un tranquilizante. Tenía los nervios en un estado lamentable y desconocido para él. El nerviosismo que le había producido el pájaro seguía revolviéndole el estómago...

—Gilbert White de Shelbourne ^[167] —le explicó al sargento— llamó al comportamiento de la hembra «maternal», una buena palabra para definirlo. —Pero, en cuanto a su confianza en la humanidad, el sargento podía estar bien seguro de que las alondras no nos prestaban la menor atención. Éramos parte del paisaje y les daba exactamente igual que lo que destruyese su nido mientras empollaban los huevos fuese un poco de HE o la reja de un arado.

El sargento le dijo al cabo, que acababa de volver con una máscara nueva colgando sobre el pecho embarrado:

—¡Bueno, tenéis que esperar en el puesto A! —Su misión era ir por la trinchera y esperar en un lugar donde se juntaba con otra y en el que había una enorme A pintada con cal en un trozo de hierro semienterrado—. Supongo que sabrá distinguir una

enorme A de una pisada de vaca, ¿no, cabo? —le preguntó con paciencia. Cuando llegasen las bombas de mano tenía que enviar a su hombre al refugio de la compañía A para que un grupo de soldados las trajesen aquí, aunque los de la compañía A también podían quedarse con unas cuantas para ellos. Y, si no llegaban las bombas, ya podía fabricarlas él mismo. ¡Y cuidadito con cometer errores!

El cabo respondió: «¡Sí, mi sargento, no mi sargento!», y las dos figuras se alejaron tambaleándose sobre los tablones con desgana, convertidas en dos siluetas grises que se recortaban contra la franja húmeda de luz, apoyándose con las manos en las paredes de la trinchera.

—¿Ha oído lo que decía el oficial? —preguntó uno.

—¡Dios sabe por dónde saldrá la próxima vez! Que las alondras no confían en el hombre. ¡Menuda ocurrencia! —gruñó el otro y las voces se apagaron tristemente.

La mancha en forma de cresta adquirió un interés abrumador para Tietjens, y, al mismo tiempo, su imaginación inició un abstruso cálculo de probabilidades. ¡De sus probabilidades! Cuando uno empieza a hacer eso es mala señal. La probabilidad de que le acertase directamente un obús, una bala de fusil, una granada, o un fragmento de obús o de granada... Cualquier fragmento de metal que impactase en la carne blanda. Era consciente de que le acertarían en la parte blanda que hay detrás de la clavícula. En ese punto concreto, en el lado derecho, no sentía ninguna otra parte de su cuerpo. No es bueno que la imaginación lo domine a uno de ese modo. Lo que necesitaba era un sedante. El médico tendría que darle uno. Su imaginación se alegró al pensar en el MO. Uno de esos tipos insignificantes que saben hacer bien su trabajo. Y que bebía alegremente. ¡Muy alegremente!

Vio al médico... ¡con total claridad! Era una de las cosas más claras de todo aquel espectáculo... Vio al médico, una figura diminuta, saltar el parapeto, como si fuese un potro de gimnasia, ponerse en pie bajo el sol matutino... Indiferente al mundo, tararear «Father O'Flynn» ^[168] y empezar a andar a plena luz del día, nada menos que con un bastón bajo el brazo, en dirección a la trinchera alemana... Luego lo vio lanzar la gorra dentro. ¡Y volverse, sorteando con mucho cuidado los alambres de espino que encontraba en su camino!

El médico explicó que había visto a un alemán —probablemente al ordenanza de un oficial— limpiando una bota de caña alta con un delantal sobre sus rodillas. El alemán le había lanzado un cepillo de limpiar botas y él le había lanzado la gorra al alemán. ¡El «alemán perplejo», lo llamaba! ¡Seguro que se habría quedado perplejo!

¡Sin duda cualquiera podía hacer la cosa más inconcebible con total impunidad!

¡Sin la menor duda, siempre que estuviese totalmente borracho y...! Por mucha tensión que soportase uno, en el ejército siempre se acaba por caer en la rutina. Nadie esperaba que una mañana tranquila un médico borracho se pasease por su parapeto. Además, las líneas alemanas en el frente estaban muy poco defendidas.

¡Sorprendentemente! ¡Tal vez no hubiese ningún alemán armado a menos de quinientos metros de aquel limpiabotas!

¡Si pudiese elevarse por al aire hasta tener la cabeza a la altura de aquella cresta de gallo, estaría en un vacío inviolable por los proyectiles!

Le preguntó con desgana al sargento si sorprendía a menudo a los hombres con lo que decía y el sargento le respondió ruborizado:

—¡Bueno, señor, es que dice usted unas cosas! ¡Vamos, eso de no creer en las alondras! —¡Si había algo en lo que creyeran los hombres era en los instintos de esos animalillos!

—De modo —dijo Tietjens— que me tienen por una especie de ateo.

Se obligó a echar otro vistazo por encima del parapeto y trepó pesadamente a su puesto de observación. Era un gesto de pura impaciencia totalmente reprochable. Pero estaba al mando de un regimiento de mil dieciocho hombres, al menos ésa era la dotación normal de un batallón: la fuerza real era de trescientos treinta y tres. Digamos setenta y cinco por compañía. Y dos de ellas estaban al mando de subtenientes, sólo uno de cada... Los últimos cuatro días... Tendría que haber, digamos, ochenta pares de ojos observando lo que él iba a observar. ¡Y como mucho serían quince...! Los números eran limpios y tranquilizadores. La probabilidad de que le acertase un fragmento de obús ese día, si los alemanes atacaban, era de catorce contra uno. Pero había batallones que estaban peor que ellos. ¡Al sexto le quedaban sólo ciento dieciséis hombres!

El tortuoso terreno descendía hasta perderse en la niebla. Pongamos a medio kilómetro de distancia. Las líneas alemanas eran sólo sombras, como las rugosidades de las fotografías de la luna: ¡dos noches antes habían sido los *parados* de nuestras propias trincheras! Los alemanes no parecían haberse tomado muchas molestias para transformarlos en parapetos. ¿Para qué? Pensaban seguir avanzando. En cualquier caso, siempre defendían sus líneas de un modo muy escaso... ¿Estaría eso bien dicho? ¿Sería siquiera inglés?

Por encima de las sombras, la niebla se comportaba de forma tortuosa y adoptaba forma de paraguas. Como pinos cubiertos de nieve.

Era muy desagradable forzar la vista para escudriñar en aquella niebla. Se le revolvió el estómago... Eso eran los sacos. Una pila plana algo desordenada de sacos mojados a unos doscientos metros a la derecha. Sin duda, un obús había acertado a una carreta GS que transportaba sacos terreros para las trincheras. O bien los que la llevaban habían huido y los habían dejado allí. Sus ojos habían reparado ya cuatro veces en aquella pila esa mañana. Y cada vez se le había revuelto el estómago. El parecido con un grupo de hombres tumbados era terrible. El enemigo arrastrándose hacia ellos... ¡Dios! Y a menos de doscientos metros. Eso le decía su estómago. En cada ocasión, y a pesar de estar avisado.

Por lo demás, el terreno había sido tan castigado que era llano: estaba lleno de agujeros pero no se elevaba formando montículos, lo que le confería un aspecto amable. Descendía en pendiente, hacia la degollina. La mayor parte parecían estar boca abajo, ¿por qué?, probablemente la mayoría fuesen alemanes rechazados en el último contraataque. En cualquier caso se les veían los fondillos de los pantalones. Y cuando no se veían, ¡qué profundo era su descanso! No había más remedio que formularlo de ese modo..., retóricamente. No había otra manera de captar el efecto de esa profundidad. ¡Llamémoslo profundidad!

Era diferente del sueño, más regular. Sin duda, cuando el alma espantada dejaba el cuerpo fatigado, los pulmones jadeantes... En fin, no se puede terminar una frase así... Pero uno se sentía desfallecer. Como esos cerdos agonizantes que se vendían en bandejas por la calle. Los pintores que retrataban los campos de batalla nunca captaban ese efecto tan íntimo. Tan íntimo para los que estaban allí. En los pasillos de Whitehall era desconocido... Probablemente porque ellos —los pintores— se basaban en modelos vivos o tenían sus propias ideas respecto a la figura humana... Pero eso no eran miembros, músculos y torsos, sino fragmentos de formas tubulares en un campo grisáceo o de color fangoso. ¿Arrojados allí por Dios Todopoderoso? Como si los hubiese tirado desde una gran altura para que se aplastasen contra el suelo... La pendiente era de grava y estaba relativamente seca. Ni rastro de rocío. Esa noche había estado nublado...

Amanecía en el campo de batalla... ¡Maldita sea, qué tenía eso de gracioso! Amanecía en el campo de batalla... Lo malo era que la batalla no había concluido. Ni muchísimo menos. Todavía duraría otros ciento once años, nueve meses y veintisiete días... No, no se podía captar la impresión de monotonía de aquel esfuerzo mediante los números. Ni diciendo: «La infinita monotonía de aquel esfuerzo...». Era como agacharse a mirar en la oscuridad de unos pasadizos debajo de unas cortinas oscuras. Debajo de las nubes... y la niebla...

En ese momento, con una terrible desgana, sus ojos volvieron a la niebla espectral que se extendía por encima de las sombras fotográficas. Se obligó a fijar los gemelos en la niebla. Era increíble cómo lo cubría y ocultaba todo: gris, con sombras negras, caía como el velo rasgado de un cuerpo asesinado. Revelaba de un modo fantástico y aterrador unos cadáveres de enormes dimensiones; silenciosa pero coherentemente, llevaba a cabo tareas inconcebibles. Era como los alemanes. Era el miedo. El miedo íntimo de las noches negras y silenciosas pasadas en refugios donde se oía el rumor obscuro y subterráneo de los picos de los zapadores: tranquilas, y absorbentes. Era infinitamente amenazador... Pero no MIEDO.

En realidad, no era más que un anhelo de intimidad. Lo que más temía en esos momentos normales, cuando el miedo le visitaba a la hora de comer, mientras se aseguraba de que los hombres se bañasen, o al escribir, en una trinchera, una carta al

director de su banco, era estar ileso, rodeado de figuras como los hermanos de la Misericordia, que se ocupasen despreocupadamente de sus cosas sin reparar apenas en su presencia... Montañas enteras, extensiones enteras de terreno, cubiertas de miríadas de largas capas impermeables de color blanco grisáceo con ranuras en lugar de ojos. De vez en cuando alguno le miraría a través de las ranuras de las capuchas... ¡El prisionero!

Sería el prisionero, sometido a un contrato físico: a ser manipulado e interrogado. ¡Una invasión de su intimidad!

De hecho no era una posibilidad ni tan lejana ni tan descabellada como pudiera parecer. Si los alemanes lo atrapaban —como había estado a punto de ocurrir dos noches antes—, llevarían —de hecho llevaban— diversos modelos de máscara antigás. Debían de andar escasos de aquellos objetos, pero, desde luego, parecían cerdos diabólicos de ojos enrojecidos, la capucha con las ventanas torcidas para los ojos y la boquilla, o añadido a la nariz, que terminaba en una caja, ¡se parecía muchísimo a un hocico...! La niebla lo cubría y ocultaba todo..., ¡sin duda gritarían a través de las máscaras!

Habían aparecido con una rapidez sorprendente, después de un silencio casi sobrenatural, con un estruendo tan insoportable que uno no podía tomarse la molestia de prestarle atención. Estaban allí, por así decirlo, debajo de una cristalina campana de silencio que cubría aquel oscuro tumulto, a la luz blanquecina de las bengalas que se encendieron por doquier. Estaban allí, al menos los que habían salido ya de los agujeros..., unas figuras encapuchadas de apariencia sorprendentemente vigilante con los largos rifles que, no obstante, siempre tenían traza de poco profesionales..., aunque, ¡qué demonios!, no lo eran. Las capuchas y la luz blanquecina les daban aspecto de tramperos canadienses en la nieve, le proporcionaban sin duda un aire mucho más amenazador que el de nuestros pobres desdichados de Derby. Las cabezas de los cerdos diabólicos asomaban de los cráteres de los obuses, de las grietas en la tierra desgarrada, de antiguas trincheras... En aquel terreno se había combatido muchas veces. Luego, había llegado el contraataque de las tropas de Tietjens. Una turba desorganizada, podría pensarse, mezclándose con otra multitud desordenada que se alegró mucho de dejarlos pasar y, poco a poco, fue dándose cuenta entre el desconcierto general, de que aquellos tipos eran refuerzos. Disparaban con torpeza en una oscuridad chispeante atravesada por dardos luminosos que llegaban de Dios sabe dónde y daban la impresión de avanzar, mientras tú tenías al menos la satisfacción de estar retrocediendo porque te lo habían ordenado. En una atmósfera de enorme confusión. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué iba a pasar...? ¿Qué demonios... Qué...

Entre ellos empezaron a caer obuses de tamaño mediano que decían: «¡iiiiiii... iiiiii... ¡Bum!»». Un tipo le indicó a Tietjens un hueco en una inmensa alambrada de espino que estaba empezando a volar en pedazos. Él iba cargado con un montón de

papeles, libros y carpetas. Tendrían que haber empezado la evacuación una hora antes, o bien los alemanes tendrían que haber salido una hora más tarde de sus agujeros... Pero el coronel estaba demasiado... exaltado. Llamémoslo demasiado exaltado. No iba a evacuar la posición por un puñado de... ¡condenadas órdenes...! Aquel tipo, McKechnie, tuvo que rogarle a Tietjens que diera él la orden... No es que dicha orden tuviese mucha importancia. Los hombres no habrían resistido ni diez minutos más. Los fantasmales alemanes habrían invadido la trinchera. Pero los oficiales al mando de las compañías sabían que había orden de retirarse y seguro que se lo habrían comunicado a sus subalternos antes de que los mataran. Aun así, que el cuartel general del batallón hubiese cursado la orden facilitó las cosas, pese a que no hubiese nadie para trasladarla a las compañías. Convirtió en una retirada estratégica lo que en la práctica había sido una expulsión... El Estado Mayor de la división había hecho un buen trabajo. Se habían instalado, como piezas de ajedrez en sus cajas, en unas trincheras nuevas y limpias. Eso estaba muy bien para un ejército derrotado que estaba siendo barrido de la superficie de la tierra, hacia el canal de la Mancha... ¿Qué les impulsaba a resistir? ¿Qué demonios empujaría a los hombres a resistir? Eran increíbles.

Le dieron un golpecito en la pierna. ¡Un golpe tímido y suave! En fin, tenía que bajar: estaba dando mal ejemplo. Aquellas estupendas trincheras estaban equipadas con tronera de observación. A él nunca le habían gustado. Le hacían pensar en una bala de fusil que entrase directamente por ella y atravesara el telescopio para darle en el ojo derecho. O tal vez no tuviese telescopio. En cualquier caso, nunca se sabe...

Todavía estaban las tres ruedas, inclinadas, unidas a los ejes retorcidos, entre una maraña de alambre deshecho que, cubierto de humedad, formaba intrincados diseños como la escarcha en una ventana. Estaba su propia barrera —¡parecía un pueblo en miniatura!— de alambre. Seguía casi intacta. Los alemanes habían colocado su propia alambrada delante de las trincheras perdidas, a medio kilómetro de distancia, más allá de la silenciosa degollina. En medio había un enorme laberinto: su propio laberinto de la noche anterior. ¿Por qué demonios no se habría hecho pedazos con la última andanada alemana? Sin embargo, también había tres construcciones cubiertas de escarcha..., como cobertizos de hadas a mitad de camino entre las dos líneas. Y suspendidos de ellas, tal como era previsible, tres montones de harapos y lo que daba la impresión de ser un enorme cuervo aplastado. ¿Cómo demonios se las había arreglado aquel tipo para quedar en esa postura? Era inverosímil. También había colgando un alto objeto melodramático con la cabeza mirando hacia el cielo. Tenía un brazo levantado en la postura de, digamos, un oficial escocés de Walter Scott, animando a sus hombres en la batalla. Blandiendo una espada que no estaba allí... Es lo que tenía el alambre de espinos: ¡te hacía adoptar posturas grotescas, incluso después de muerto! ¡Condenado alambre! Los hombres decían que era el teniente

Constantine. Tal vez lo fuese. Dos noches antes, Tietjens había mandado llamar a todos los oficiales que había en el refugio del cuartel general para celebrar una última reunión. Había especulado con quiénes de ellos morirían. ¡Terrible! En fin, habían muerto todos y otros muchos soldados. Pero su premonición no había llegado hasta el punto de adivinar que Constantine quedaría atrapado en el alambre. Aunque tal vez no fuese Constantine. Lo más probable era que no llegasen a saberlo nunca. Los alemanes estarían en aquel lugar a la hora del almuerzo si es que atacaban tal como les había prevenido el cuartel general de la brigada. Aunque puede que no lo hicieran...

A modo de saludo al, en conjunto, poco prometedor paisaje, se humedeció el dedo índice metiéndoselo en la boca y lo elevó en el aire. En el exterior, a sus espaldas, notó un frío muy reconfortante. El enemigo tendría un viento suave de frente. Tal vez fuese sólo la brisa del amanecer, pero sólo con que aumentase un poco, o incluso con que siguiera así, esos condenados tipos de Würtemberg no saldrían en todo el día de sus trincheras. No podían salir sin gas. Probablemente ellos también tendrían las fuerzas muy menguadas... Tradicionalmente nadie tenía muy buena opinión de la gente de Würtemberg. Se suponía que eran amables y aburridos. Y que usaban unos sombreros ridículos. ¡Dios mío! ¡Todas las tradiciones se irían por la borda!

Volvió a bajar a la trinchera. El suelo rojizo cubierto de esquirlas de pedernal y de pequeños guijarros rosados era agradable si se miraba de cerca.

El sargento le estaba diciendo:

—No debería usted hacer eso, señor. Me pone los pelos de punta —y añadió en tono lacrimógeno que no podían pasarse sin oficiales experimentados. ¡Eran muy raros esos NCO de Derby! Trataban de adoptar el tono de los viejos NCO con muchos años de servicio. Pero no lo lograban, aunque tampoco podía decirse que careciesen totalmente de virtudes.

Sí, el aspecto de la trinchera resultaba agradable. Y muy poco belicoso. Al mirarla apenas podía uno creer que formase parte de todo aquel asunto... ¡Daba la impresión de ser acogedora! Uno se sentía en paz al mirar las esquirlas de pedernal y los guijarros. Era como estar en los páramos de Groby esperando a que apareciese algún urogallo. Aunque el suelo, por supuesto, fuese muy distinto de la turba de aquellos páramos...

Preguntó, no tanto por informarse, como para ver de qué pie cojeaba aquel tipo:

—¿Por qué? ¿Qué más da que no haya oficiales experimentados? Cualquiera con dieciocho años cumplidos serviría, ¿no? Y no dejarán de enviarlos. ¡Es una guerra de jóvenes!

—¡No es lo mismo, señor! —El sargento objetó que los oficiales jóvenes servían para dirigir a la tropa entre el alambre de espino y el fuego de artillería, pero al verlos uno tenía la sensación de que no sabían muy bien por qué lo estaban haciendo, si es

que se podía expresar así.

Tietjens dijo:

—¿Y por qué? ¿Por qué lo hacen? —Faltaban treinta y dos minutos para el momento crucial. Exclamó—: ¿Dónde están esas puñeteras bombas?

Una trinchera excavada en la grava no es, pese a su agradable tono rojizo anaranjado, el mejor de los refugios. Sobre todo contra el fuego de fusilería. Había grietas, probablemente a lo largo de las vetas de pedernal que una bala podía atravesar. Aun así, las probabilidades de que te acertase una bala de rifle en una profunda trinchera de grava como ésa eran de ochenta mil contra una. Y al pobre Jimmy Johns lo había matado una bala cuando estaba a su lado. Eso disminuía las posibilidades a, digamos, ciento cuarenta mil contra una. Deseó que su imaginación no siguiese haciendo cálculos y más cálculos. Lo hacía en cuanto se despistaba. Igual que un perro bien adiestrado cuando se le dice que se quede en un rincón y él prefiere otro lugar de la habitación. Su imaginación prefería hacer cálculos. Se arrastraba de la alfombra de la puerta hasta la estera junto al fuego con los ojos fijos en tu rostro distraído... Así era su imaginación. ¡Como un perro!

El sargento respondió:

—Dicen que el primer envío de bombas se perdió. Se cayó por un barranco, detrás del frente. Y que hay otro en camino.

—Entonces será mejor que silbe —replicó Tietjens—. Silbe con todas sus fuerzas.

El sargento dijo:

—¿Para que se levante viento, señor? ¿Para que no ataquen los alemanes?

Tietjens miró la cresta de cal y aleccionó al sargento acerca del gas. Siempre había dicho, y lo mantenía ahora, que el gas había sido la ruina de los alemanes.

Mientras seguía disertando sobre el gas, consideró su estado mental: empezaba a preocuparle. Toda la guerra había temido una cosa: que una herida, el daño físico de una herida, pudiera causarle un colapso mental. Le acertarían detrás de la clavícula. Notaba el sitio concreto, no es que le escociese, pero notaba cómo la sangre palpitaba con más fuerza de lo normal. ¡Igual que uno llega a notar la punta de la nariz si se pone a pensar en ella!

El sargento respondió que ojalá tuviese la impresión de que los alemanes se habían buscado la ruina: más bien parecía que nos estuviesen empujando hacia el canal. Tietjens le explicó sus razones. Nos estaban haciendo retroceder, pero no lo bastante deprisa. No lo bastante deprisa. Era un combate entre nuestra desaparición y su resistencia. El día anterior los había retenido el viento, probablemente hoy ocurriría lo mismo... No iban lo bastante deprisa. No podrían aguantar.

El sargento repuso que ojalá se lo contase a los hombres. Eso era lo que deberían contarles y no lo que decían las hojas de la división y los periódicos en Inglaterra...

Un bugle de pistones de singular dulzura —al menos eso pensó Tietjens, que apenas conocía ningún instrumento de viento, desde luego no podía ser un bugle de caballería porque allí no había caballería y ni siquiera nadie del ASC—, un bugle, en todo caso, de una dulzura sorprendente, le hizo algunas observaciones al frío y húmedo amanecer. Producía una extraordinaria sensación de blandura. Observó:

—¿Así que lo que está tratando de decirme, sargento, es que todos sus hombres son unos puñeteros héroes? ¡Supongo que lo son!

Dijo «sus hombres» en lugar de «nuestros» o incluso «los» hombres porque, hasta hacía dos días, había sido tan sólo el segundo al mando y era probable que al día siguiente volviese a ser el segundo al mando totalmente inactivo de, por así decirlo, un ejército de opereta que parecía más bien una camarilla sorprendentemente concertada para considerarlo un extraño. Por lo que él mismo se veía más bien como un espectador, o como el pasajero de un tren que se hubiese puesto un momento a los mandos de la locomotora mientras el maquinista iba a echar un trago.

El sargento se ruborizó de placer.

—Es —dijo— siempre un orgullo recibir elogios de un oficial de carrera. — Tietjens le aclaró que no era oficial de carrera. El sargento balbució—: No provendrá usted de la tropa. Los hombres están todos convencidos de que es usted un soldado al que han ascendido.

No, respondió Tietjens, no era un soldado al que hubieran ascendido. Y, después de pensarlo un poco, añadió que era miembro de la milicia. Por voluntad del destino, los hombres tendrían que contentarse con tenerle a él al mando al menos ese día. Más les valía conformarse todo lo que pudieran. Desde luego, que los hombres confiaran en sus oficiales suponía una gran diferencia, aunque vete a saber en qué consistiría exactamente. A aquella turba no le gustaría tener al mando a un «caballero». No sabían lo que era un caballero: eran una turba muy poco feudal. La mayoría eran de Derby. Pañeros al por menor, secretarios de recaudadores de impuestos, inspectores del gas. Había incluso tres artistas de cabaret, dos tramoyistas y varios lecheros.

Otra tradición que había desaparecido. Aun así, deseaban la compañía de hombres mayores y cansados que poseyesen ciertos conocimientos. ¡Lo más probable era que se contentasen con un miembro de la milicia! ¡Bueno, eso es lo que era oficialmente!

Miró arriba y a un lado hacia la cresta de cal. La examinó divertido con atención. Sabía qué era lo que había hecho que su imaginación se fuese por esos derroteros... Los picos que se oían en la oscuridad en el refugio del cuartel general en la sección Cassenoisette. Los hombres lo llamaban «Don Crujidos».

Toda su vida la idea de que unos picos estuviesen escarbando bajo tierra en la oscuridad le había parecido normal. No hay ningún oriundo del norte de Inglaterra a quien no se lo parezca.

En la región, si uno se despierta por la noche siempre oye ese ruido que parece

sobrenatural. Uno sabe que son los mineros, en el fondo del pozo, a cientos de metros bajo tierra.

Pero, precisamente porque le resultaba familiar, le era familiarmente desagradable. Inquietante. Y el silencio había llegado en muy mal momento. Después de un estruendo infernal, un estruendo tan grande que se había visto obligado a subir por las resbaladizas escaleras arcillosas del refugio... Y Dios sabe que si había algo que odiaba por culpa de sus jadeantes pulmones era la arcilla resbaladiza..., se había visto obligado a subir jadeando por las escaleras resbaladizas... ¡Por aquel entonces..., hacía dos meses, tenía el pecho mucho peor!

Le había obligado a subir la curiosidad. Y, sin duda, EL MIEDO. El inmenso miedo de la batalla, no las constantes aprensiones y las inquietudes menores. ¡Dios sabía qué habría sido! El miedo o la curiosidad. En mitad de un estruendo aterrador, como si un sinfín de ruidos se apelotonasen apresurados y decididos a no llegar tarde, mientras la tierra se agita, estremece, tiembla o protesta, uno no puede pensar de forma muy coherente. Así que puede que fuese la fría curiosidad o el pánico a ser enterrado en vida en aquel agujero con la boca sellada para siempre. En cualquier caso había salido del refugio, donde, como segundo al mando a quien odiaba por entrometido su CO, llevaba un buen rato sentado ignominiosamente inmerso en esa ociosidad que el CO puede infligir al segundo al mando. Su única ocupación era quedarse allí sentado hasta que el CO cayera muerto, y luego, por mucho que pudiera odiarlo el CO, ocupar su lugar. Entonces el CO ya no podría hacer nada por impedirlo. Pero entretanto, mientras el CO siga con vida, el segundo al mando debe estar sin hacer nada, pues no se le asigna ninguna labor por miedo a que pueda adquirir un poco de gloria.

Tietjens se halagaba a sí mismo pensando que la gloria le traía sin cuidado. Seguía siendo Tietjens de Groby, nadie podía darle ni quitarle nada. Se halagaba a sí mismo pensando que no temía lo más mínimo a la muerte, el dolor o el deshonor, el más allá y, sólo un poco, a la enfermedad, ¡la sensación de ahogo...! Pero su coronel la tenía tomada con él.

No le guardaba rencor. Era buen tipo, dentro de lo que cabe, y estaba en su derecho de odiar al segundo al mando... ¡Hay cargos así! Pero el caso es que la tenía tomada con él. Lo dejaba encerrado en aquel ruidoso sótano. Y, como es lógico, cualquiera puede perder la cabeza encerrado en un sótano ruidoso donde no se puede pensar. Y, si uno no puede ni pensar, ¿cómo diablos va a saber lo que hacen sus pensamientos?

Era imposible oír nada. Un ordenanza con fiebre, fatiga de combate o algo por el estilo —uno de los favoritos del puesto de mando— dormitaba sobre un montón de trapos. Al principio de la noche los del puesto de mando habían pedido permiso para dejarlo allí porque estaba organizando tal escándalo en sueños que no oían lo que se

decían unos a otros. No sabían qué le había pasado a aquel chico que tanto apreciaban. El sargento mayor en funciones pensaba que debía de haber bebido algún licor fabricado con alcohol de quemar.

Poco después había empezado el bombardeo. El muchacho estaba tumbado sobre el montón de trapos —es decir, de mantas del ejército— mirando hacia la lámpara. Era muy rubio y la fuerte luz distorsionaba sus rasgos infantiles mientras le chillaba obscenidades a la llama con los ojos cerrados. Dos minutos después de que empezara el bombardeo sólo se le veía mover los labios. Nada más.

En fin, el caso es que Tietjens había subido. ¿Empujado por el miedo o por la curiosidad? En la trinchera no se veía nada y un estruendo lo barría todo como unos ángeles negros desquiciados, un estruendo enorme que casi te levantaba del suelo..., que desconectaba el cerebro del cuerpo y dejaba que otra cosa lo controlara. Te convertía en el segundo al mando de tu propia alma. A la espera de que tu CO cayera abatido por el impacto directo de un cañón del 4,2 antes de que tú recobrases el control.

No se veía nada: unas luces giraban enloquecidas sobre el cielo negro. Anduvo por el barro a lo largo de la trinchera. Le sorprendió descubrir que estaba lloviendo de forma torrencial. Cualquiera pensaría que las potencias celestiales suspenderían sus actividades en momentos así. Pero estaba relampagueando. ¡No lo hacían! La luz de una bengala o algo parecido apagó aquellos rayos en realidad tan poco eficientes. Justo en ese momento, se dio de bruces en un ángulo de cuarenta y cinco grados contra un montón de tierra donde, según recordaba, el parapeto estaba reforzado. La trinchera había sido aplastada hasta enrasarla con el terreno de fuera. Un par de botas sobresalían del montón de barro. ¿Cómo diablos habría quedado en aquella postura?

¡Justo delante de donde se estaban desarrollando las hostilidades...! Pero, claro, debía de estar corriendo a lo largo de la trinchera cuando el barro lo enterró. Lo enterró sin más. La servicial bengala le mostró a Tietjens, justo a la altura de su mano izquierda, unos cuantos fragmentos humeantes. El humo blanco se extendía por el suelo con la brisa. Otras manchas de humo se le unieron enseguida. La bengala se apagó. Los acontecimientos se precipitaban. Algo le golpeó en el pie, en el talón de la bota. No le resultó desagradable, fue como si le hubiesen dado una palmada en la suela.

Se le ocurrió, en mitad de aquel estruendo, que al no haber parapeto allí... Retrocedió por la trinchera en dirección al refugio, resbalando por el barro pegajoso. Los tablones del entarimado se habían hundido por completo en el lodo. Lo que más odiaba de todo aquello era el barro resbaladizo. Una vez más, una bengala le ayudó, pero la trinchera allí era tan profunda que no había mucho que ver salvo la espalda de un hombre. Tietjens dijo:

—Si está herido... o aunque esté muerto, tendría que meterlo en la trinchera... ¡Y

conseguir la Cruz Victoria!

La figura se deslizó en la trinchera. Deprisa, con movimientos ensayados, absorto, metió dos cartuchos en un rifle correctamente sujeto en posición de carga. Aprovechando un hueco en el estruendo como una grieta en la pared de una casa, observó:

—Aquí no se puede recargar el rifle, señor. El lodo se mete en la recámara. — Volvió a convertirse sólo en una parte de un hombre que ofrecía a la vista la única parte de su persona que no estaba cubierta de barro. La luz de la bengala se apagó. Otra reforzó el efecto de parpadeo. Justo encima de donde estaban.

Al doblar la siguiente traviesa,^[169] nada más pasar la entrada del refugio, vio el rostro fascinado de un diminuto subalterno que contemplaba la bengala de arriba con el codo apoyado en una irregularidad de la trinchera y el brazo señalando a lo alto, ¡evocaba el despertar del alma...! Aprovechando otro hueco en el estruendo, la voz del subalterno afirmó que tenía que ahorrar bengalas. El batallón andaba muy escaso. Aunque era muy difícil calcular el tiempo de disparo para que la luz fuese continua... ¡Era increíble! Los alemanes estaban a punto de atacar.

Con el dedo de la mano que tenía levantada, el subalterno apretó el gatillo de la pistola apuntando a lo alto. Un segundo después, más luz brillante descendió del cielo. Con un esfuerzo físico considerable, ¡tratándose de una persona tan minúscula!, el subalterno apuntó la tosca pistola hacia el suelo para recargar aquel arma tan enorme. Un tipo valiente..., se llamaba Aranjuez. Era maltés, o portugués o de origen meridional.

Cuando apuntó la pistola hacia el suelo, Tietjens vio que tenía alrededor de los pies diminutos una colección de miembros tubulares inertes y vestidos de caqui. No le hizo falta ningún hueco en el estruendo para comprender que el encargado de recargar la pistola había muerto a su lado... Tietjens le quitó la pistola de las manos y por señas le hizo entender —llevaba sólo dos días fuera de Inglaterra— que sería mejor que se fuese a beber algo y a buscar unos camilleros para aquel hombre, que tal vez no estuviera muerto.

No obstante lo estaba. Cuando lo apartaron a un lado para hacer sitio a las botas inmensamente más grandes de Tietjens, sus brazos cayeron colgando en el barro, y el casco que le cubría la cara se deslizó hacia atrás. Como un maniquí, pero un poco menos rígido. Todavía no estaba frío.

Tietjens parecía una estatua solitaria del Bardo de Avon,^[170] pues el apoyo del codo le quedaba demasiado bajo. El ruido aumentó. La orquesta incluyó todo el metal, toda la cuerda, toda la madera y todos los instrumentos de percusión. Los intérpretes lanzaban latas de galletas llenas de herraduras; vaciaban sacos de carbón en gongs rajados; demolían edificios de hierro de cuarenta pisos. Era tan cómico como el crescendo orquestal de una ópera. ¡Crescendo...! ¡Crescendo! C R R R R R

E S C... ¡El protagonista debe de estar a punto de aparecer! ¡Pero no!

Todavía como Shakespeare contemplando la creación de, digamos Cordelia, Tietjens se reclinó sobre su escritorio. De vez en cuando, apretaba el gatillo de la pistola de silla y apoyaba la culata en el saliente para recargarla. Cuando un cartucho se atascaba cogía otro. Se dedicó a garantizar que hubiese una iluminación constante.

Llegó el protagonista. Naturalmente, un alemán. Llegó agitando los brazos y las piernas, como un gato salvaje, se dio de bruces con el *parados*, cayó en la trinchera sobre el muerto, se limpió los ojos con las manos, se puso en pie y siguió bailando. Con lenta deliberación, Tietjens sacó su enorme cuchillo de trinchera en lugar del revólver. ¿Por qué? ¿El instinto de carnicero? ¿O es que trataba de imaginar que estaba con sus perros de los páramos de Cornualles? Los hombros de aquel tipo le habían golpeado pesadamente cuando chocó contra el *parados*. Se sintió indignado. Sin quitarle ojo al alemán, blandió el cuchillo y trató de recordar cómo se decía en alemán «Manos arriba». Supuso que sería *Hoch die Haende*! Buscó un buen sitio en el costado del alemán.

Su incursión en aquella lengua extranjera resultó superflua. El alemán extendió el brazo y elevó el rostro hacia el cielo.

¡Siempre tan dramático el primo Fritz! Demasiado dramático, en realidad.

Cayó desmayadamente sobre sus botas sucias. ¡Unas botas muy desagradables, arrugadas hasta la pantorrilla! Pero no dijo *Hoch der Kaiser*, ^[171] ni *Deutschland über alles*, ^[172] ni una palabra de despedida.

Tietjens disparó más luz hacia lo alto y volvió a recargar la pistola, después se acuclilló en el barro por encima del alemán y le pasó las manos por debajo de la cabeza. Notó cómo los gemidos le estremecían los dedos. Lo soltó y buscó a tientas su petaca de brandy.

Un grupo embarrado llegaba desde el otro lado de la traviesa. El ruido se redujo a la mitad. Eran los camilleros que iban a por el cadáver. Y el absurdamente minúsculo Aranjuez acompañado de otro encargado de recargar la pistola... ¡En esos tiempos todavía no andaban escasos de hombres! Se oían gritos a lo largo de la trinchera. Sin duda, habían entrado más alemanes.

El ruido se redujo a un tercio. Un *diminuendo* desigual. ¡Desigual! Los sacos de carbón seguían cayendo por las escaleras con una cadencia regular, aunque cada vez se volvía más irregular, el *Bloody Mary*, ^[173] que había justo detrás de la trinchera, o eso parecía, sacudió toda la casa, por así decirlo, debía de haber otros *howitzer* ^[174] navales o algo parecido en alguna parte.

Tietjens les dijo a los camilleros:

—Llévense primero al alemán. Sigue con vida. Nuestro hombre está muerto. — Había muerto de un modo muy extraño. Cuando se agachó por encima del alemán, Tietjens notó que no tenía nada que pudiera llamarse propiamente cabeza, aunque

había algo en su lugar. ¿Qué le habría ocurrido?

Aranjuez ocupó su puesto junto al parapeto y dijo:

—Ha tenido usted mucha sangre fría, señor. Mucha sangre fría. ¡Nunca había visto a nadie clavarle tan despacio un cuchillo a alguien! —¡Habían visto al alemán bailar la *danse du ventre*! El pobre desdichado había tenido varios rifles y el revólver de aquel joven apuntándole todo el tiempo. Probablemente no habían disparado por miedo a darle a Tietjens. Media docena de alemanes se habían colado en ese sector de la trinchera en varios sitios. ¡Daban saltos como liebres...! Al otro tipo le habían disparado en los dos ojos, hecho que pareció inspirarle un peculiar horror al pequeño Aranjuez. Afirmó que se volvería loco si se quedara ciego, porque había una chica en el salón de té de Bailleul que, si lo mutilasen, se iría con un tal Spofforth del regimiento de Wiltshire. Gimió sólo de pensarlo y luego le facilitó la información de que, por lo visto, había sido una falsa alarma, es decir, un ataque simulado para distraer a las tropas del lugar donde se estaba llevando a cabo el verdadero asalto. En tal caso, debían de estar pasándolo muy mal en alguna otra parte.

Daba la impresión de que así era, pues casi inmediatamente callaron todos los cañones, excepto uno o dos que siguieron tronando y rezongando... ¡De modo que había sido sólo una broma!

Bueno, ahora estaban muy cerca de Bailleul. Los empujarían allí en un día o dos. Camino del Canal. Aranjuez tendría que darse prisa si quería ver a la chica. ¡Diablo de muchacho! Había vaciado su pequeña cuenta corriente con aquella chica y Tietjens había tenido que avalar su descubierto, cosa que no podía permitirse. Ahora aquel tipo gastaría aún más... y Tietjens tendría que avalar un descubierto aún mayor.

Pero esa noche, cuando Tietjens se retiró al negro silencio de su alojamiento subterráneo —en esas fechas estaban en auténticas bodegas de vino, unas bodegas que se extendían cientos de metros por debajo de un suelo de creta con estratos de arcilla que hacían que el barro fuese tan particularmente molesto y pegajoso—, el sonido de los picos debajo de su saco de dormir le resultó casi insoportable. Lo más probable es que fuesen nuestros propios hombres. Obviamente lo eran. Pero eso no suponía una gran diferencia, pues en ese caso habrían llamado la atención y los alemanes podían estar debajo de ellos excavando una contramina.

Aquel maldito bombardeo que había sido sólo en broma le había alterado los nervios. Sabía que era así porque había tenido una visita fantasmal de Cero Nueve Morgan, un tipo al que le habían volado la cabeza cuando estaba, por así decirlo, en sus manos y justo después de que se hubiese negado a concederle un permiso para volver a su casa por miedo a que lo matara un púgil con quien se había enredado la mujer de Cero Nueve Morgan. Era complicado, pero Tietjens deseó que los tipos que tenían a bien caerle encima cuando les daba por interceptar algún proyectil, lo interceptaran con otra cosa que no fuese la cabeza. Aquel desdichado alemán que se

le había venido encima cuando, de acuerdo con las leyes de la guerra, debería haber echado a correr hacia sus propias líneas, le había dado tal sacudida que todavía tenía el cuerpo estremecido. Y, por supuesto, un buen susto. El tipo tenía un aspecto algo apocalíptico con los brazos y las piernas grisáceas extendidos... Había sido un incidente estúpido, no una verdadera pelea...

De esa leve oleada de objetos grisáceos, menos de una docena habían llegado a la trinchera, Tietjens lo sabía porque, después de desenfundar teatralmente el revólver y, en compañía de los tipos que habían ido a llevarse al desdichado alemán, que, en consecuencia, tuvo que esperar media hora para ser atendido, tan cargados de bombas de mano como unos recolectores de peras, había recorrido, revólver en mano, media docena de traviesas en las que quedaba suficiente gas para hacer que sus pulmones se sintieran incómodos... Como un niño jugando al escondite. Exactamente igual... Y sólo había encontrado a varios grupos de soldados alrededor de unos objetos lastimosos que o bien temblaban de miedo, frío y sudor, o bien jadeaban después de aquella carrera.

Esa oleada de objetos grisáceos, sacrificados por una broma, estaba pensada..., estaba pensada para... entonces...

Una voz, justo debajo de su cama de campaña, dijo: *Bringt dem Hauptmann eine Kerze...* Como quien dice: «Traed una vela para el capitán...». ¡Justo así! ¡Como en sueños!

No se llevó una impresión tan grande como habría sido de esperar en alguien que estaba medio dormido. No fue como cuando uno sueña que cae en el vacío, pero lo despertó del mismo modo... Su imaginación había reconstruido la frase.

El puñado de alemanes que había llegado a la trinchera probablemente había sido sacrificado por ese juego estúpido llamado «estrategia». Una estupidez... Por supuesto, eso de estar excavando a la luz de las velas era típico alemán. Anticuado y al estilo de los nibelungos. ¡Enanos, probablemente...! Habían enviado esa leve oleada de hombres junto con un bombardeo... ¡intenso!, ¡muy intenso! Había sido un auténtico ataque de artillería. Diez mil obuses como mínimo. Luego, es probable que hubiesen hecho una demostración de fuerza en algún lugar del frente. Una masa de hombres, una oleada inmensa. Y de veinte a treinta mil obuses. Muy probablemente varios kilómetros de paseo marítimo, por así decirlo, con el mar batiendo contra él. Y sólo como demostración de fuerza...

No podía ser un verdadero combate. Todavía no estaban preparados para su ofensiva de primavera.

Lo habían hecho para impresionar a algún imbécil... A algún imbécil en Walachia, o Sofía, o Asia Menor. O puede que en Whitehall. ¡O en la Casa Blanca...! Tal vez hubiesen matado a un montón de yanquis para ser más populares al otro lado del Atlántico. Para entonces había ya cuerpos enteros del ejército americano en el

frente. ¡A buenas horas! Pobres diablos, llegar tan tarde a un infierno tan exacerbado. Condenadamente exacerbado... El estruendo de aquella pequeña broma había sido mucho más ensordecedor que cualquier ataque en gran escala, digamos de 1915. Era mejor haber estado entonces y haberse acostumbrado... Si es que antes no había acabado contigo...

Puede que fuese para impresionar a alguien... Pero ¿a quién querían impresionar? Por supuesto, nuestros legisladores de cerebro reblandecido, que correteaban por innobles pasillos de suelos recién pulimentados y puertas de caoba..., puede que se dejasen impresionar... Aunque, desde luego, también era posible que esos mismos legisladores hubiesen hecho una agradable demostración de fuerza, no menos estúpida, en alguna otra parte, para impresionar a alguien mucho menos dispuesto a dejarse impresionar... En ese caso, ¡esto sería una respuesta! Pero ya nadie se impresionaba con nada. Nos teníamos tomada la medida. Así que era sólo cansino...

En aquella oscuridad cerrada reinaba un profundo silencio. Abajo, los picos seguían con sus siniestros cuchicheos... Es lo que parecía. Como niños en el rincón de una clase haciendo comentarios desagradables en voz baja sobre sus profesores... O, si se prefiere, sobre chicas... «Chop, chop, chop», susurraba un pico. «¿Chop?», contestaba otro con un susurro. El primero replicaba «Chopchopchop». Luego «Chup...». Y se hacía un silencio de duración irregular... Como cuando una mecanógrafa se interrumpe para cambiar de hoja...

Muy probablemente, unas mecanógrafas jóvenes y hermosas habrían copiado al dictado en Whitehall los planes de ese bombardeo concreto en hojas cuadradas con el membrete real... Porque, obviamente, podrían haberse dictado tan directamente en Whitehall como en Unter den Linden. Tal vez hubiésemos hecho una demostración de fuerza en el Dwolologda para que los alemanes replicasen con otra demostración en Flandes y así el pobre Puffles se llevase un buen vapuleo. Seguían tratando de eliminar al bueno de Puffles y de ponerle trabas al mando único... Quizá desearan que las bajas ocasionadas por la respuesta alemana fuesen tan elevadas que el país exigiera la evacuación del frente occidental... Si lograban que matasen a medio millón de los nuestros, puede que el país... Sin duda pensaban que valía la pena intentarlo. Aun así resultaba fatigoso: esos tipos de Whitehall no escarmentaban. Igual que el hermano Boche...

Era agradable estar en el ejército del bueno de Puffles. Agradable pero cansado... Unas mecanógrafas guapas en despachos bien ventilados. ¿Usarían todavía manguitos para no mancharse de tinta los puños de la camisa? Le preguntaría a Valen... Valen... Hacía calor y reinaba el silencio... En una noche así...

Bringt dem Hauptmann eine Kerze! ¡Una voz debajo de su cama de campaña! Pensó que el Hauptmann debía de ser corto de vista, lo imaginó examinando miopeamente un fusible... ¡Si es que empleaban fusibles y si es que se llamaban así en

el ejército!

No lograba imaginar la cara o las gafas del Hauptmann igual que, enfundado en su saco de dormir, no lograba imaginar los rostros de sus hombres. Estaban hacinados en el túnel, aglomeraciones grisáceas y tubulares... ¡Enormes! Como los gusanos que comen los aborígenes australianos... ¡El miedo lo dominó! Se sentó en el saco de dormir, empapado en sudor helado.

—Dios mío, ¡estoy desbarrando! —dijo. Pensó que estaba perdiendo la razón: estaba loco y notaba cómo se iba desquiciando. Trató de pensar en algo que le permitiera convencerse de que no se había vuelto loco.

II

El bugle de pistones le dijo al amanecer con peculiar claridad:

ma
Conozco a una da dulce hermosa
y
Jamás rostro alguno
cautivó imaginación ^[175]
así mi

A Tietjens le sobrecogió una súbita oleada de placer al oír aquella tonada del siglo XVII dedicada al paisaje... ¡Herrick y Purcell...! O tal vez fuese una imitación moderna. Muy buena. Preguntó:

—¿Qué demonios es ese jaleo, sargento?

El sargento desapareció detrás de la embarrada cortina de tela de saco y entró en el cuerpo de guardia. El bugle de pistones dijo:

Dulce hermosa
y
Dulce Dulce Dulce
hermosa...
y y y

Debía de estar a unos doscientos metros a lo largo de la trinchera. Aquella tonada del siglo XVII y el recuerdo de esas palabras tranquilas y precisas le produjeron un placer sorprendente... Aunque tal vez no las hubiese recordado bien. En cualquier caso eran tranquilas y precisas. Y se abrían camino por debajo del alma igual que los picos de los zapadores en la oscuridad.

El sargento volvió con la información de que era Cero Nueve Griffiths practicando con la corneta. El capitán McKechnie le había prometido oírlo después del desayuno y recomendarlo para que tocara en la revista musical de la división de esa noche si le gustaba.

Tietjens exclamó:

—Bueno, ¡pues espero que le guste al capitán McKechnie!

Esperaba que a McKechnie, con su mirada alucinada y su insufrible acento, le gustara aquel tipo. Aquel tipo que le confería una atmósfera propia del siglo XVII a un paisaje que el sol empezaba a inundar con sus rayos amarillos. ¡Ojalá el siglo

XVII le salvara la vida a aquel tipo, por su buen gusto! Probablemente lo hiciera. Tietjens le daría un pase para ir a ensayar para el concierto de la división. Así, se salvaría del bombardeo...

Lo más probable era que ninguno de ellos siguiera con vida después del bombardeo que había anunciado la brigada... ¡Ya sólo faltaban veintisiete minutos! Trescientos veintiocho hombres contra..., digamos, una división... El número más descabellado que pudiera imaginarse... ¡Muy bien, el siglo XVII salvaría al menos a un hombre!

¿Qué había sido del siglo XVII? ¿Y de Herbert y Donne y Crashaw y Vaughan, el Silurista...? ^[176] ¡Dulce día tan frío, tranquilo y brillante, el matrimonio del cielo y la tierra...! ^[177] Por Dios, ¡eso es! El viejo Champion, reluciente como un papagayo, con el escarlata y los dorados de un general de división, lo había citado en el campamento base hacía años. ¿O era hacía meses? ¿No era: «Sin embargo, oigo constantemente a mis espaldas / el carro alado del tiempo que se acerca», lo que había citado?

¡En cualquier caso, no estaba nada mal por parte del viejo general!

Se preguntó qué habría sido de aquella elegante colección de amarillo claro, escarlata y dorado... Champion despedía tanta luz que siempre lo imaginaba vestido de amarillo claro y no de caqui... Imaginaba a su mujer y a Champion irradiando luz los dos juntos... ¡ella vestida con un vestido dorado!

Champion estaría a punto de aparecer por allí. Era sorprendente que no lo hubiesen enviado antes. Pero el pobre Puffles lo había hecho demasiado bien con su ejército abominablemente reducido para que lo reemplazaran. Incluso después de la solicitud del ministro que tanto lo odiaba. ¡Bien por él!

Se le ocurrió que si ese día..., digamos que se cruzaba una bala en su camino, Champion probablemente se casaría con su viuda... con Sylvia vestida de crepé. ¡Tal vez con algo de blanco!

La corneta —era evidente que no era un bugle de pistones— entonó:

tan sólo
la pasar...
vi

Luego se detuvo a reflexionar. Y pasado un instante, añadió pensativo:

¡Y
ahora
la
amaré hasta
el día de mi muerte!

Eso no podía referirse a Sylvia... Vestida tal vez de crepé con un poco de blanco y paseando muy alta... Digamos por una calle del siglo XVII...

¡La única época satisfactoria en Inglaterra! Pero ¿qué posibilidades tenía hoy, o, peor aún, mañana, en el sentido en que las tenían la época de Shakespeare, o de Pericles, o de Augusto?

El cielo sabía que no queríamos redobles de tambor como los que producían..., y recibían, los isabelinos. Como los leones en una feria... Pero ¿qué posibilidades tenían los campos tranquilos, la santidad anglicana, la exactitud en el pensamiento, las tierras de labranza que ascendían despacio por las colinas entre cercas de madera...? Aun así la tierra perdura...

La tierra perdura... ¡Perdura...! En ese mismo instante, despertaba un húmedo amanecer en la parroquia de George Herbert... ¿Cómo se llamaba...? ¿Cómo diantres se llamaba? ¡Demonios...! Entre Salisbury y Wilton... La iglesuela... Pero se negó a pensar en las tierras de labranza, en los densos bosques, en el camino de detrás de la iglesia, que en ese momento estaría revelando el húmedo amanecer..., hasta que lograra acordarse del nombre... Se negó a pensar que, probablemente incluso hoy, la tierra se extendía hasta... y producía su progenie. ¡La quietud!

Hasta que recordase aquel nombre no quería pensar en nada...

Dijo:

—¿Cuándo llegarán esas malditas bombas de mano?

El sargento respondió:

—En diez minutos las tendremos aquí, señor. La compañía A acaba de telefonear para decir que están de camino.

Fue casi una decepción: sin bombas de mano, en menos de una hora habrían acabado con ellos. Todo estaría tan tranquilo como en el siglo XVII: en el cielo... ¡Ahora tendrían que utilizar antes las condenadas bombas! Y, en consecuencia, era posible que sobreviviesen... ¿Qué haría él entonces? ¡Cumplir las órdenes! Era concebible...

Exclamó:

—La brigada dice que los imbéciles de los alemanes estarán aquí en una hora. Encárguese de repartir las puñeteras bombas, pero guarde suficientes para utilizarlas en caso de emergencia, por si tenemos que avanzar... digamos un tercio. Para las compañías C y D... Dígale al furriel que voy a recorrer toda la trinchera y que quiero que el furriel adjunto, el señor Aranjuez, y el cabo Colley me acompañen... ¡En cuanto lleguen las bombas...! No quiero que los hombres piensen que tienen que contener una ofensiva alemana sin bombas... En catorce minutos empezarán con el fuego de artillería, pero no atacarán hasta habernos vapuleado un buen rato... ¡No sé cómo demonios sabe todo eso la brigada!

El nombre «Bemerton» acudió de pronto a su memoria. Sí, Bemerton, Bemerton,

Bemerton era la parroquia de George Herbert. Bemerton, más allá de Salisbury... La cuna de la raza, suponiendo que valiera la pena hablar de nuestra raza. Se imaginó en la cumbre de una pequeña colina: un cura delgado y contemplativo, observando cómo descendía la tierra hasta la aguja de la catedral de Salisbury, con una enorme Biblia del siglo XVII, en griego, toscamente encuadernada debajo del codo... ¡Imagínate estar de pie en la cumbre de una colina! ¡Eso allí era impensable!

El sargento se estaba lamentando, un poco fatigado, de que los alemanes fuesen a atacarles.

—Pensaba que esos condenados alemanes, y espero que disculpe mi lenguaje, señor, no atacarían esta mañana... Y que nos darían una pequeña tregua para limpiar esto un poco... —Hablaban en el tono de un escolar que dijese que el director podía haberles dado vacaciones el día del cumpleaños de la reina. Pero ¿qué demonios pensaba ese hombre de su próxima aniquilación?

Era una pregunta sin respuesta. Varias veces le habían preguntado cómo era la muerte... Una vez se lo había preguntado en un camión de ganado, debajo de un puente, cerca de un hospital de la Cruz Roja, aquel sujeto despreciable llamado Perowne. En presencia del molesto chiflado de McKechnie. Cualquiera hubiese dicho que incluso un oficial de transportes habría sabido organizarlo mejor. Todos sabían que Perowne había sido el amante de su mujer; a Tietjens le habían asignado, contra su voluntad, el puesto de segundo al mando del batallón que McKechnie ansiaba conseguir. Y al que, en realidad, tenía derecho. No deberían haberles mandado juntos.

Pero lo habían hecho. Perowne estaba destrozado, sobre todo de pensar que no volvería a ver a la mujer de Tietjens con un vestido dorado... A menos que fuese en una nube con un arpa dorada, él creía en esas cosas... Y, desde luego, en cuanto bajaron del vagón de equipajes —¡había sido un vagón de equipajes, no un camión de ganado!— al desertor con la escolta y a los tres ferroviarios de la Cochinchina heridos que les habían endosado las autoridades francesas... ¿Y adónde diablos iban? Obviamente al frente, debían de estar muy cerca del cuartel general de la división. Pero ¿dónde? ¡Dios sabía! O ¿cuándo? ¡Dios sabía también...! Hacía un buen día, quedaba un poco de nieve sin derretir en el suelo y los petirrojos cantaban en los arbustos. Digamos en febrero... Digamos el día de San Valentín. Un día que, por supuesto, todavía perturbaría más a Perowne... En fin, desde luego, en cuanto bajaron del vagón de equipajes a los heridos que no dejaban de gemir, a la tímida escolta que no sabía si mostrarse educada con el desertor en presencia de los oficiales y al desertor que no dejaba de preguntarles en tono desafiante —o, si se prefiere, desconsolado, no había forma de saberlo— a los de la escolta por sus novias o de proporcionarles información sobre la suya... El desertor era un tipo de ojos negros y aspecto agitanado con la boca grande y desdeñosa; la escolta la formaban un cabo y dos soldados rubios y tímidos del regimiento de East Kent con los botones y las

insignias muy bien pulidas y las polainas muy limpias: obviamente eran regulares llegados de la retaguardia; los de la Cochinchina tenían rostros indistinguibles anchos y amarillos, poéticos ojos castaños, botas de piel y capuchas de piel azules sobre la cabeza y la cara vendadas. Iban apoyados contra la pared del vagón, soltaban de vez en cuando algún gemido y no paraban de tiritar...

En fin, en cuanto salieron del cobertizo de hojalata del RTO adjunto, junto al puente del ferrocarril, el tal Perowne, con su aspecto rollizo y su aire de hindú, le había hecho varias preguntas sobre el más allá y acerca de la naturaleza de la muerte; el proceso de disolución: el morir... Y mientras Perowne le planteaba aquellas preguntas, McKechnie, con su acento indescriptible y sus ojos oscuros y desquiciados como los de un gato le había preguntado cómo se había atrevido a aceptar el puesto de segundo al mando de su batallón... «Usted no es un soldado —le espetó—. ¿Cree que es un p####o soldado de infantería? No es más que un saco de patatas, ¿qué demonios será ahora de mi batallón...? ¡El mío...! ¡Mi batallón! ¡El batallón de nuestros amigos!

Eso debió de ser en febrero, y ahora debían de estar en abril. Por como había amanecido, debían de estar en abril... ¿Qué más daba...? Aquel maldito camión se había pasado dos horas y media debajo del puente..., como parte de ese proceso de continua espera que es la guerra. Esperabas y esperabas y pasabas el rato y pasabas el rato: esperando a que llegasen las bombas de mano, o la mermelada, o unos generales, o unos tanques, o el transporte, o a que despejasen el camino. Esperabas en despachos bajo la mirada de ordenanzas somnolientos, bajo el fuego en el terraplén de los canales, en hoteles, en refugios, en cobertizos de hojalata, en casas en ruinas. ¡Ningún superviviente de las fuerzas armadas de Su Majestad olvidará jamás las horas eternas en las que el tiempo se detenía como la auténtica imagen de aquella guerra sangrienta...!

En fin, aquella vez la Providencia parecía haber decretado que esperasen lo suficiente para que Tietjens pudiera persuadir al desdichado mortal que atendía por el nombre de Perowne de que la muerte no era tan terrible... Tenía suficiente autoridad intelectual para persuadir a aquel tipo de pelo engominado de que la muerte proporcionaba sus propios anestésicos. En eso basó su argumentación: en que, al acercarse la muerte, los sentidos están tan adormecidos que no se siente ni dolor ni aprensión... Todavía le parecía estar oyendo las palabras serias y sesudas que había empleado en aquella ocasión.

¡La Providencia de Perowne! Pues, cuando lo desenterraron a la noche siguiente, después de quedar atrapado en una trinchera, dijeron que tenía una sonrisa como la de un bebé. No tuvo que esperar mucho y murió con una sonrisa..., en vida nada le habría convenido más que... ¡en fin una sonrisa apropiada! Siempre había sido un tipo preocupado y quisquilloso.

Bien por Perowne... Pero ¿qué pasaba con el propio Tietjens? ¿Era eso lo que la Providencia le tenía reservado...? ¡Eso es tentar a Dios!

El sargento dijo a su lado:

—Entonces se podría estar de pie en lo alto de una colina... ¿De verdad cree, señor, que uno podría plantarse en lo alto de una condenada colina...?

Es de suponer que, Tietjens había estado tratando de infundirle valor al sargento en funciones. No recordaba lo que le había estado diciendo al NCO porque su imaginación había estado ocupada con la imagen de Perowne... Dijo:

—Es usted de Lincolnshire, ¿no? Un hombre del llano. ¿Para qué demonios quiere subirse a una colina?

El hombre respondió:

—¡Ah, pero usted sí! —Y añadió—: ¡Usted sí quiere! Mire a su alrededor... —Trató de encontrar un modo de decirlo—: ¡Es como si quisiera respirar hondo después de pasar tanto tiempo acurrucado!

Tietjens dijo:

—Bueno, eso se puede hacer también aquí. Con discreción. Yo acabo de hacerlo...

El hombre replicó:

—Usted señor... ¡Se rige por sus propias leyes!

Fue la mayor impresión que se llevó Tietjens en toda su carrera militar. Y la mayor recompensa.

Ahí estaban todos esos seres inescrutables: los soldados rasos, una masa parduzca, que se extendía bajo tierra como los estratos de arcilla en la grava, por debajo de aquel paisaje ondulante que no tardaría en entibiar el sol: metidos en agujeros, en túneles, detrás de cortinas de tela de saco, llevaban..., llevaban una especie de vida, conversaban, respiraban, deseaban. Y a la vez seguían siendo totalmente misteriosos como masa. De vez en cuando, vislumbrabas un deseo apasionado: «Se podría estar de pie en lo alto de una condenada colina»; de vez en cuando —aunque sabías que te estaban observando constantemente y que conocían hasta el más ínfimo gesto que hacías en sueños— vislumbrabas un indicio de lo que pensaban de ti: «¡Usted se rige por sus propias leyes!».

Eso tenía que ser culto al héroe: un sargento mayor del regimiento en funciones, sin la menor experiencia real, y que no hace mucho era carretero en un condado llano, no le dice a su oficial al mando en funciones que se rige por sus propias leyes si no es con ánimo de halagarlo: como prueba, en cierto modo, de su confianza...

Ahora salían a la luz del día: detrás de la tela de saco aparecieron seis soldados a los que había transferido la noche anterior de la compañía C a la D, que había quedado reducida a cuarenta y tres soldados rasos. Un batallón a la Falstaff de tipos embarrados y desaliñados salió arrastrando los pies: se pusieron más o menos en fila

en la trinchera; se movieron unos centímetros hacia aquí y allí; se ajustaron los correajes y las mochilas a fuerza de tirones y sacudidas; colocaron en su sitio las cantimploras y cayeron en una especie de inmovilidad. Los rifles, más o menos alineados, asomaban por delante. En esa reducida compañía había hombres de todos los tamaños y con los físicos más grotescos y dispares. Dos de ellos eran comediantes de cabaret y todos parecían sacados de una pantomima... Un ejército de opereta vocacional, vivito y coleando.

El sargento les hizo ponerse firmes y se tambalearon de aquí para allá. El sargento exclamó:

—El oficial al mando les está mirando. ¡CALEN... bayonetas!

Y, en efecto, un enano oculto debajo de un casco de acero se adelantó medio metro en el barro, metió el cañón del rifle entre las piernas dobladas, sacudió la cabeza para fijar la vista en el punto exacto... ¡Era como un cuento de hadas borroso! ¿Por qué actuaba aquel enano de un modo tan marcial y elegante? ¿Por desesperación? ¡No parecía probable!

Los hombres se agitaron como un campo de hierba azotado por el viento, se tentaron la ropa en busca de las bayonetas, como mujeres tratando de ajustarse la falda de un modo especialmente complicado... El enano se puso en posición de firmes, los hombres presentaron armas. Tietjens exclamó en tono negligente:

—Descansen, descansen —luego estalló con una irritación incontrolable—: ¡Por el amor de Dios, pónganse rectos los malditos cascos! —Los hombres se agitaron incómodos, pues aquélla no era una orden reconocible, y Tietjens les explicó—: No, no es un ejercicio de instrucción. ¡Es sólo que esos cascos torcidos me sacan de quicio!

Los susurros de los hombres recorrieron la fila:

—Ya has oído al oficial... ¡Que le sacamos de quicio...! ¡Como si fuésemos a dar un paseo por el parque con la novia...! —Se miraron los cascos unos a otros y se dijeron: «Échatelo un poco más hacia delante, Horace...», «¡Ajústate mejor el barboquejo, Herb!». Habían tenido treinta y seis horas de tregua y estaban alegremente pesarosos y un poco impertinentes. Un tipo dijo en voz un poco más alta:

¡Cuando voy por el Bois de Boulogne
con aire independiente...
y mi bastón bajo el brazo, muchachos! ^[178]

Tietjens le preguntó:

—¿Alguna vez oyó a Coborn cantar eso, Runt?

Y Runt respondió:

—Sí, señor. ¡Yo era las patas traseras del elefante cuando lo cantaba en la

pantomima del Old Drury! ^[179] —Era un cockney pequeño, moreno y de ojos brillantes, su enorme boca se movió como si estuviese mascando algo al recordarlo. Las voces de los hombres siguieron:

—¡Las patas traseras del elefante...! Qué gracioso el elefante... ¡En cuanto volvamos a Inglaterra iré a ver un elefante!

Tietjens dijo:

—Les daré a todos una entrada para Drury Lane el próximo día de Navidad. Para entonces estaremos todos en Londres. ¡O en Berlín!

Ellos exclamaron polifónicamente en voz baja:

—¡Vaya! ¿Lo habéis oído? ¿Habéis oído al oficial? ¿Al nuevo CO?

Un hombre añadió:

—¡Que sea el viejo Shoreditch Empire, ^[180] señor, y todos se lo agradeceremos!

Otro:

—¡Personalmente, a mí nunca me gustó el Lane! Para el día de Navidad, me quedo con el viejo Balliam. ^[181] —El sargento les indicó que rompieran filas.

Se alejaron por la trinchera arrastrando los pies. Un tipo exclamó:

—¡Siempre es mejor que un condenado borracho! —Otros labios dijeron: «Shhhhh».

El sargento, presa de un pánico brutal e inesperado gritó:

—¡Tú, cierra esa boca o te meteré en el p####o calabozo! —No obstante, miró con fría satisfacción a Tietjens un segundo más tarde.

—Son buenos muchachos, señor —dijo—. ¡Los mejores! —Estaba deseando borrar el recuerdo de aquella última palabra—. ¡Deles buenos oficiales y derrotarán a cualquiera!

—¿Cree usted que les importa qué oficiales estén al mando? —preguntó Tietjens—. ¿No les daría lo mismo tener a cualquiera?

El sargento repuso:

—No, señor. Estos días estaban asustados. Ahora están mejor.

Era justo lo que no quería oír Tietjens. No sabía por qué. O sí... Dijo:

—Pensaba que esos hombres sabían hacer tan bien su trabajo que apenas necesitaban órdenes. No puede haber tanta diferencia entre que las reciban o no.

La inminencia del bombardeo pendía sobre ellos y cada vez les afectaba más, el sargento replicó en tono obstinado:

—Pues la hay, señor.

McKechnie asomó la cabeza por detrás de la tela de saco que tenía las letras P X L pintadas en rojo y la palabra «Minn» en negro. Los ojos de McKechnie tenían un brillo demencial y se movían demencialmente en su rostro. Siempre lo hacían. Era un tipo insoportable. No llevaba casco de acero, sino un casco de oficial con un dragón reluciente. El sol ya había asomado, en alguna parte. En cuanto el disco despejara el

horizonte, los alemanes, según la brigada, lanzarían su fatigoso ataque. En trece minutos y medio.

McKechnie cogió a Tietjens del brazo, una familiaridad que Tietjens odiaba. Siseó, literalmente porque estaba tratando de que no le oyeran:

—Venga a la otra traviesa. Quiero hablar con usted.

En las trincheras bien hechas, excavadas con orden y concierto, como las que había preparado para acogerlos en su retirada un batallón bajo el mando del Real Cuerpo de Ingenieros, uno recorre un tramo recto de trinchera durante unos metros, luego encuentra un bloque de tierra cuadrado que sobresale del parapeto y que hay que rodear y se llega a otro tramo recto, y luego a otra traviesa y así hasta el final de la línea. Las longitudes y dimensiones varían para adaptarse a la naturaleza del terreno o al carácter del suelo. Esos salientes están diseñados para evitar que los fragmentos de los obuses que puedan impactar en la trinchera se extiendan lateralmente por la trinchera, que, de otro modo, serviría de chimenea, como el cañón de un arma, para dirigir los misiles contra el cuerpo de los hombres. Era emocionante —tal como contaba con hacer Tietjens antes de que se pusiera ese sol que todavía no había salido del todo— agacharse al pasar por uno de ellos, revólver en mano y con el corazón latiendo con fuerza, con media docena de tipos cargados de granadas a tus espaldas, y no saber si encontrarías o no al otro lado a un objeto pálido y peligroso al que no tendrías tiempo de observar de cerca.

McKechnie llevó a Tietjens al saliente más cercano. Parecía solemne y agitado.

Al extremo del siguiente tramo de trinchera, apoyado en un contrafuerte como si estuviera totalmente exhausto, había un tipo muy alto y delgado cubierto de lodo; a su lado, había otro acucillado en el barro: un soldado Glamorganshire de los que apenas quedaban diez en todo el batallón. El que estaba de pie se apoyaba así para mirar por una aspillera que estaba muy cerca del contrafuerte de barro. Le gruñó algo a su compañero y siguió mirando fijamente. El otro le respondió también con un gruñido.

McKechnie se ocultó detrás del saliente. La columna de tierra delante de sus rostros resultaba totalmente opresiva. Dijo:

—¿Ha animado usted a ese tipo a decir eso...? —Y repitió—: ¡Es completamente abominable! ¡Abominable! —Además de odiar a Tietjens estaba asustado, dolido y era femeninamente lacrimoso. Miró a Tietjens a los ojos como una amante abandonada dispuesta a cometer un asesinato, con una especie de desesperación melancólica e incrédula.

Tietjens estaba acostumbrado. Los dos últimos meses, allí donde estuviese el cuartel general del batallón, McKechnie se los había pasado cuchicheándole al oído al CO; McKechnie, con los brazos extendidos sobre la mesa y la barbilla rozando el mantel, que habían logrado conservar a pesar de tres huidas precipitadas; McKechnie echándole de vez en cuando una mirada desquiciada a Tietjens, se había convertido

en el objeto más familiar de los paisajes nocturnos de Tietjens. Estaban deseando que se fuese para que McKechnie pudiera volver a ser el segundo al mando de aquella pandilla de compadres... Eso es lo que eran..., además de grandes aficionados al aguardiente.

Era evidente que no podía irse. No había manera de arreglarlo: lo había destinado allí el viejo Campion y allí se quedaría. Así que, por una simpática ironía del Destino, a Tietjens, que habría deseado por encima de todo ocupar el puesto relativamente tranquilo de McKechnie, lo odiaba media docena de soldados bastante honrados, aunque insoportables —los compadres—, por estar en el puesto que le gustaría ocupar a McKechnie. Y lo peor era que, a excepción del oficial al mando, todos eran cockneys bajitos y morenos y tenían el acento, los gestos y la forma de hablar característica de los cockneys, así que Tietjens se sentía como un Gulliver rubio con unos mechones de pelo plateados que se alzara entre un montón de liliputienses... Portentoso y excesivamente visible.

Un gran cañón, más próximo que el que habían oído antes y con una voz más rotunda y más suave, dijo: «Fiuuuuuuuu», y el sonido se demoró un rato en el paisaje. Poco después, cuatro ferrocarriles ascendieron jovialmente a toda prisa entre las nubes y se alejaron mucho, mucho... los cuatro al mismo tiempo. Probablemente estuviesen tratando de impresionar al mar del Norte.

Por supuesto, era posible que fuese la señal para empezar el bombardeo. A Tietjens se le encogió el corazón, se le erizaron los pelos de la nuca, se le enfriaron las manos. Era miedo: el miedo al combate que se experimenta en los bombardeos. Puede que no pudiera volver a oírse pensar. Nunca. ¿Qué quería de la vida...? Bueno, tan sólo no perder la razón. Podía rezar. Eso no... Aparte de eso tal vez una parroquia agradable. Era imaginable. Un lugar en el que trabajar eternamente en la teoría ondulatoria... Pero, claro, eso era inimaginable...

Le estaba diciendo a McKechnie:

—No debería estar aquí sin un casco de acero. Tendrá que ponérselo si quiere quedarse. Puedo concederle cuatro minutos, siempre que eso no sea el comienzo del bombardeo. ¿Qué es lo que ha dicho quienquiera que lo haya dicho?

McKechnie respondió:

—No voy a quedarme. En cuanto le diga lo que quiero, volveré a ese condenado puesto que me ha encomendado.

Tietjens insistió:

—Pues antes haga el favor de ponerse un casco de acero. Y no monte en su caballo, si es que lo ha traído con usted, hasta haberse alejado cien metros, como mínimo, de la trinchera de comunicaciones. —McKechnie le preguntó cómo se atrevía a darle órdenes y Tietjens le contestó que haría una buena figura con el transporte de la división muerto en la trinchera a las cinco de la mañana y tocado con

un casco de gala. McKechnie objetó con reproche que el oficial de transporte tenía derecho a consultar al CO de un batallón al que suministraba. Tietjens replicó—: Yo soy el jefe aquí. Y no me ha consultado usted nada.

Le pareció raro que estuviesen comportándose de ese modo cuando se oía... ¡oh!, digamos, las alas del ángel de la muerte... La cita decía que «casi se podía oír el rumor de sus alas».^[182] Buena retórica. Pero, por supuesto, así se comportaban siempre los hombres armados... ¡De todas las épocas!

Había probado el viejo truco de la voz seca y marcial con aquel sujeto medio chiflado. En otras ocasiones había reducido a McKechnie a una especie de comportamiento militar.

En este caso lo redujo a un estado de sensiblería. Exclamó con lacrimosa agonía:

—A esto ha quedado reducido el viejo batallón..., ¡el c####o, p####o, c####o, batallón de m####a! —Cada imprecación era un sollozo—. Con todo lo que nos hemos esforzado... Y ahora... ¡está usted al mando!

Tietjens dijo:

—Bueno, y usted ganó el Premio de Latín del Vicerrectorado. A eso quedamos reducidos todos —y añadió—: *Vos mellificatis apes!* ^[183]

McKechnie replicó con lúgubre desdén:

—Usted... ¡Usted no es un latinista!

Para entonces Tietjens había contado hasta doscientos ochenta desde que el gran cañón había dicho «Fiuuuuuuuu». Tal vez no fuese la señal de comienzo del bombardeo... De haberlo sido, ya hubiese empezado, habría llegado dando golpes tras los talones del «Fiuuuuuuuu». Sus manos y su nuca se estaban preparando para volver a la normalidad.

Tal vez no les bombardearan ese día.

Hacía viento. Y estaba aumentando. Ayer había sospechado que los alemanes no tenían tanques disponibles. Tal vez los feos e insensibles armadillos... ¡y torpes, además, pues llevaban motores insuficientes!, se hubiesen quedado atrapados en los pantanos enfrente de la sección G. Tal vez nuestro intenso fuego de artillería del día anterior los hubiera hecho pedazos. En movimiento, parecían ratas husmeando entre la basura. Cuando estaban quietos daban la impresión de estar tan sólo pensativos.

Tal vez no llegase el bombardeo, después de todo. Deseó que no lo hiciera. No quería pasar un bombardeo al mando del batallón. No sabía lo que debía hacer de acuerdo con las normas. Sabía lo que haría. Se pasearía por las trincheras. Se pasearía. Con las manos en los bolsillos. Como el general Gordon en los cuadros. Haría observaciones contemplativas para pasar el rato... Un rato horrible, la verdad... Pero eso le infundiría al batallón una calma de la que últimamente había carecido... Dos noches antes, el CO, había salido con una botella en cada mano y se las había arrojado a los alemanes, que no habían aparecido hasta una hora y media

después. Ni siquiera los compadres se habían reído. Después, Tietjens había asumido el mando. Con un montón de papeles debajo del brazo. ¡Se habían tenido que dar prisa, de noche, con aquellos hombres saliendo de los agujeros como lívidos tramperos canadienses!

¡No quería estar al mando bajo un bombardeo, ni en ninguna otra circunstancia! Confiaba en que el desdichado CO se recuperase antes de la noche... Aunque, si fuese necesario, estaba seguro de que sabría arreglárselas. ¡Como quien no ha tocado nunca el violín!

McKechnie de pronto se había puesto lacrimosamente femenino, como una mujer rogándole a su amante con los ojos muy abiertos, su mirada escrutaba el rostro de Tietjens en busca de signos que le delataran, de indicios de que lo que había dicho no era sincero. Dijo:

—¿Qué va a hacer respecto a Bill? El pobre Bill ha sudado por este batallón como usted no... ¡Piense en el pobre Bill! No estará pensando en gastarle una mala pasada... ¡No será usted tan rastrero!

Era curioso cómo aquellas circunstancias habían sacado la faceta más femenina de aquel hombre. ¿Cómo era la fórmula de la teoría de aquel ceporro profesor alemán...? ¿My más Wx es igual a Hombre...? Bueno, si Dios no hubiese inventado a la mujer, los hombres habrían tenido que hacerlo. En un sitio así, uno se ponía sentimental. Tietjens se estaba poniendo sentimental. Preguntó:

—¿Qué dice Terence de él esta mañana?

Lo más amable habría sido decir: «Pues claro, amigo, ¡haré lo que pueda por echar tierra al asunto!». Terence era el MO, el hombre que le había arrojado la gorra al ordenanza alemán.

McKechnie respondió:

—¡Eso es lo malo! Terence está molesto con él. ¡No quiere tomarse la pastilla!

Tietjens inquirió:

—¿Cómo...? ¿Cómo es eso?

McKechnie vaciló, sus ansias de comodidad se volvieron incontrolables. Exclamó:

—¡Vamos! ¡Haga usted lo que es debido! ¡Sabe muy bien lo mucho que se ha esforzado Bill! ¡Impida que Terence lo denuncie a la brigada!

Era un asunto desagradable, pero tenía que afrontarlo.

Un subalterno diminuto —Aranjuez— con un casco inverosímil se asomó al otro lado del terraplén. Tietjens lo mandó llamar un momento... Esos cascos probablemente no tuviesen nada de malo, pero eran la maldición del ejército. ¡Infundían desconfianza! ¿Cómo iba uno a fiarse de alguien que llevaba el casco caído sobre la nariz? ¿O de alguien que llevaba el casco hacia atrás, como un tahúr arruinado? ¿O de un tipo que se había puesto un plato de sopa en la cabeza para

divertir a los niños..., no parecía serio... Los de los alemanes eran mejores..., cubrían la nuca y las cejas. Cuando veías a un alemán de lado sí parecía serio. Lleno de ferocidad. Un alemán comparado con un Tommy era como un *lansknecht* ^[184] de Holbein combatiendo con un artista de *music hall*. Te daba la impresión de que de verdad formabas parte de un ejército de opereta. ¡Te lo restregaba por las narices!

McKechnie estaba informándole de que el CO se había negado a tomar una pastilla que le había recetado el MO. Por desgracia, esa mañana el MO estaba quisquilloso... ¡Demasiado aguardiente la noche anterior! Así que había dicho que denunciaría al CO a la brigada. No porque no fuese apto para el servicio activo, que lo era, sino por no tomarse la pastilla. Era toda una complicación, porque si Bill decía que no se tomaba la pastilla no se la tomaría... El MO había dicho que, si se tomaba la pastilla y se quedaba ese día en cama..., ¡sin aguardiente, por supuesto...!, estaría perfectamente por la mañana. Ya había estado así antes. El CO se había tomado la dosis en jarabe muchas veces, pero juraba que no se la tomaría en forma de pastilla. ¡Una auténtica contrariedad!

Tietjens se había acostumbrado a pensar en el CO como un muchacho —un buen muchacho, pero joven—. Tenían, no obstante, más o menos la misma edad y, de hecho, el coronel casi siempre parecía mayor debido a las profundas arrugas que surcaban su frente. Pero, cuando estaba sobrio, no era mal tipo. Tenía la nariz ganchuda, un vigoroso bigote gris como dos brochas de pelo de castor unidas debajo de la nariz, una piel rosada tan reluciente como la superficie de una bola de billar, una frente estrecha pero despejada y unos ojos descoloridos que miraban de un modo extremadamente penetrante, tenía el cabello muy oscuro y ondulado. Era un soldado.

Es decir, procedía de la tropa. De la tropa en el sentido inglés: del servicio en tiempo de paz, de los desfiles, de los eventos sociales, de las botas relucientes, los veranos trabajosos, los inviernos ociosos, la India, las Bahamas, las temporadas en El Cairo, del resto sólo conocía el exterior, pues lo había vislumbrado desde la ventana del cuartel, el campo de desfile y, por suerte para él, desde la casa del coronel. Había sido un admirable furriel al servicio de dicho coronel, se había casado —en Simla— con la doncella de la mujer del coronel, lo habían trasladado al puesto de mando y al comedor de los sargentos y los cabos y, dos meses antes de la guerra, le habían ascendido. Lo habrían hecho antes de no ser por una ligera —ligerísima— tendencia a beber más de la cuenta, que le hacía tener también cierta propensión a adoptar un tono levemente insolente con sus superiores. Los oficiales de más edad a veces cometen pequeños deslices en los desfiles y dan la orden de dar vuelta a la derecha cuando, técnicamente, aunque las tropas vayan a ir a la derecha, la orden debería ser «¡Vuelta a la izquierda!»: la izquierda del oficial es la derecha de las tropas, y los días de instrucción, después del almuerzo, los oficiales que están un poco anquilosados a veces se equivocan. En esos casos, el deber de los suboficiales es rectificar, si es

posible, o, en caso contrario, asumir la responsabilidad de la conmoción resultante. En dos ocasiones, a lo largo de su brillante carrera, aquel CO de tiempos de guerra había descuidado ese deber militar por estar un poco más animado de la cuenta. El resultado habían sido dos consecuentes reprimendas en el puesto de mando, que habían quedado como negros baldones en su vida pasada y amargaban constantemente sus recuerdos. Los soldados profesionales son así.

A pesar de su excepcional hoja de servicios siguió amargado, y en ocasiones no había forma de razonar con él. Era lo que los hombres —y los oficiales del batallón— llamaban un auténtico tirano y había elevado al batallón a un considerable grado de eficiencia; había ganado varias cintas y, a fuerza de colocar a sus hombres en sitios muy complicados, de ofrecerse voluntario para acciones peligrosas que surgían incluso durante la guerra de trincheras y de sacar con singular habilidad lo que quedaba del batallón durante la primera batalla del Somme en una ocasión —tal vez la más lamentable de la guerra— en la que toda una división comandada por un político más que por un general había sido barrida, había ganado para su batallón una condecoración francesa llamada la *Fourragère* que se concede sólo en contadas ocasiones a regimientos que no sean franceses. Esos éxitos y el ánimo con que los dictaba no eran tan apreciados por los hombres bajo su mando como creían el CO y su amigo del alma, el capitán McKechnie, que siempre le había ayudado lealmente, pero justificaban que ambos sintieran por el batallón el mismo sentimentalismo casi lacrimógeno que algunos padres sienten por sus hijos.

Aunque le habían reconocido sus servicios, el CO seguía amargado. Consideraba que, a esas alturas, ya tendrían que haberle asignado al menos una brigada o una división y que no era así por culpa de los dos negros baldones y de su origen humilde. Y cuando bebía un poco de licor esas obsesiones no tardaban en exagerarse de un modo que casi ponían en peligro su carrera. No es que bebiera mucho, pero en ese período de la guerra había ocasiones en que el consumo de alcohol era necesario si se quería que un ser humano siguiera resistiendo en lugares como aquéllos. Y había que tener la suerte de saber dominarse.

Por desgracia, el CO no era hombre que supiese dominarse. Exhausto por la burocracia —en la que no era precisamente muy ducho— y por los eternos combates, se animaba con un poco de whisky y, de inmediato, sus amarguras dominaban su capacidad de raciocinio, el mundo cambiaba de aspecto, empezaba a quejarse de sus superiores en el ejército y a veces se negaba a obedecer órdenes, como había sucedido unas noches antes, cuando se había negado a que su batallón participara en la retirada de aquel cuerpo de ejército. Tietjens se había tenido que ocupar de organizarla.

Ahora, exasperado por las consecuencias de varios días llenos de ansiedad y borracheras, se negaba a tomar una pastilla. Era una prueba de su desprecio por los

superiores y el resultado de su obsesión y su amargura.

III

Un ejército —sobre todo en tiempo de paz— es un mecanismo muy complejo y bien calibrado, y, aunque las operaciones activas contra una fuerza enemiga, pueden embotarlo y desajustarlo —como harían con un cronómetro—, y, aunque este nuestro, de acuerdo con sus propios cálculos, era sólo un ejército de opereta, ciertas costumbres de la época en que todavía era una fuerza regular tenían un enorme poder de supervivencia.

Que un coronel al mando de un regimiento se niegue a tomar una pastilla en el período más despiadado de las hostilidades, podría parecer cómico. Pero esa negativa, exactamente igual que un grano de arena en el engranaje de un cronómetro, puede producir unas perturbaciones muy singulares. Así ocurrió en este caso.

Un oficial enfermo, por muy alto que sea su rango, pasa a ser un subordinado del médico en el momento en que se pone en manos del MO: debe obedecer sus órdenes como si fuese un simple soldado. Obviamente, un coronel sano y que esté en sus cabales puede ordenarle a su MO que vaya aquí y allá y que cumpla con tal o cual deber, pero desde el momento en que se pone enfermo, el hecho de que su cuerpo es propiedad de Su Majestad el rey se pone de manifiesto, y el MO es el representante directo del soberano en lo que a cuerpos se refiere. Cosa por lo demás sensata y razonable, porque los cuerpos enfermos no sólo no tienen la menor utilidad para el rey, sino que además son un considerable estorbo para el ejército, que tiene que acarrearlos de aquí para allá.

En el caso del que por fuerza tenía que ocuparse ahora Tietjens, la cuestión era mucho más complicada, en primer lugar por la gran antipatía que el CO había manifestado —aunque siempre con esa especie de magnánima cortesía típica del oficial al mando— por su persona, y además porque Tietjens sentía mucho respeto por las habilidades del oficial al mando como tal. Su batallón de opereta de un ejército de opereta estaba tan cerca del nivel de un impecable batallón de regulares como podía estarlo una unidad así, sometida a constantes cambios de personal. Nada había impresionado tanto a Tietjens en el transcurso de la guerra como el comportamiento del soldado a quien había visto disparando contra la invisibilidad la noche anterior. El hombre disparaba con cuidado y luego bajaba para cargar el arma con movimientos precisos —que deben ser lo más rápidos posible—. Había murmurado algunas palabras que demostraban que su imaginación estaba dedicada por entero a esa tarea como un matemático abstraído en un cálculo complicado. Había vuelto a trepar al parapeto y había seguido disparándole a la invisibilidad; había vuelto a bajar a cargar y a trepar de nuevo. ¡Igual que si estuviese haciendo prácticas en un campo de tiro!

Era un gran logro disponer de hombres capaces de disparar en momentos de tanta

tensión con semejante tranquilidad. La disciplina funciona en dos sentidos: en primer lugar, permite al soldado llevar a cabo sus movimientos en el tiempo más breve posible, y la concentración en su tarea le dota de una gran indiferencia por el peligro. Cuando uno se dedica a llevar a cabo eficientes movimientos corporales entre fragmentos de metal de diversos tamaños que vuelan a su alrededor, no sólo está absorto en su misión, sino que sabe que esa forma de actuar disminuye a cada instante el peligro que corre. Además tiene la sensación de que la Providencia debería —y muchas veces así lo hace— protegerle. No sería justo que a un hombre que cumple de forma tan escrupulosa con su deber para con su soberano, su país y todo lo que más quiere, no le protegiera la Providencia. ¡Y de hecho le protege!

No es sólo que el fusilero pudiera —y muy probablemente lo hiciese— acertarle a algún enemigo con sus disparos y de ese modo disminuyese el peligro personal que corría, es que la caída regular y aparentemente mecánica de los camaradas infunde un desánimo desproporcionado en las tropas durante su avance. Sin duda es terrible que, en un solo instante, un gran número de tus camaradas sea aniquilado por la explosión de un gigantesco mecanismo, pero los mecanismos gigantesos son ciegos y por tanto accidentales; la eliminación lenta y regular de los hombres que te rodean es la prueba de que la fatalidad humana, que no es ciega ni accidental, ha fijado fría e inmoviblemente su atención en un lugar muy próximo adonde tú estás. Pronto podría fijarla en ti.

Por supuesto, es muy desagradable que la artillería se dedique a batir tus líneas: un obús cae a cien metros por delante de donde estás, otro a cien metros por detrás; el próximo caerá en medio y tú estás en medio. La espera te atenaza el alma, pero no te infunde pánico ni ganas de echar a correr..., al menos no tanto como lo otro. ¿Hacia dónde, en todo caso, podrías huir?

Sin embargo, de unas tropas que avanzan y disparan mecánicamente sí se puede huir. Y el CO estaba acostumbrado a jactarse de que, en las varias ocasiones en que, imitando al segundo batallón del regimiento, había podido alinear a sus hombres detrás de una cuerda antes de lanzarlos al ataque y les había insistido en que avanzasen muy despacio y perfectamente alineados, sus bajas habían sido, no sólo menores que las de cualquier otro batallón de la división, sino ridículamente insignificantes. Enfrentadas a unas tropas que avanzaban implacables y con total compostura, los pobres paisanos de Würtemberg habían disparado tan alto y tan a lo loco que se oía cómo zumbaban las balas sobre sus cabezas como una bandada de gansos silvestres por la noche. El efecto del pánico es hacer que los hombres disparen demasiado alto. Aprietan el gatillo con demasiada fuerza.

Aquellas baladronadas de su jefe se pronunciaban en presencia de los suboficiales y de los hombres del puesto de mando y, como es natural, siempre acababan por llegar a oídos de los soldados: y los soldados —a quienes, en ese aspecto, nadie

supera como matemáticos— reparaban enseguida en que, al menos hasta ese momento, el número de bajas en su batallón había sido notablemente inferior al de las otras unidades que combatían en el mismo sitio. Por lo que hasta entonces, aunque la tropa veía a su coronel con sentimientos encontrados, ciertamente había salido bien librado. Que fuese un auténtico tirano no les alegraba, habrían preferido que los reservaran para acciones menos peligrosas que las que le habían ganado su prestigio al batallón. Por otro lado, aunque les metiera constantemente en situaciones comprometidas, tenían menos bajas que otras unidades que estaban en lugares más tranquilos, y eso les gustaba. Aun así, se preguntaban: «Y si el jefe nos dejase tranquilos, ¿no tendríamos todavía menos bajas? ¿Tal vez incluso ninguna?».

Ésa había sido la situación hasta hacía muy poco: hasta hacía una semana, poco más o menos, o incluso hasta hacía uno o dos días.

Pero este ejército llevaba más de quince días huyendo. Se retiraba con cierta obcecación personal y a posiciones predeterminadas, pero las enormes fuerzas que les atacaban conquistaban dichas posiciones predeterminadas de un modo tan rápido y metódico que las hostilidades habían adquirido casi el aspecto de una guerra de movimientos para el que estas tropas estaban particularmente mal adaptadas, pues sólo habían recibido entrenamiento para ese proceso de desgaste conocido como guerra de trincheras. De hecho, pese a que sabían manejar bien las bombas e incluso la bayoneta, y eran valerosas y organizadas cuando no estaban en movimiento, eran tropas particularmente ineptas a la hora de asegurar la comunicación con las unidades que tenían a los flancos, o incluso dentro de su propia unidad, y carecían de experiencia práctica en el manejo del rifle en movimiento. El enemigo había dedicado fatigosamente su atención a ambas cosas a lo largo del período de relativa inactividad del invierno que acababa de concluir y en ambos particulares sus tropas, que hasta entonces parecían estar peor de moral, eran ahora claramente superiores. Así que parecía sólo cuestión de tiempo que soplasen viento del este para que rechazasen al ejército hasta el mar del Norte. El viento del este era necesario para el empleo del gas sin el cual, desde el punto de vista de los líderes alemanes, era imposible atacar.

La situación, no obstante, había sido desesperada y seguía siéndolo, y allí de pie, en la absoluta tranquilidad e inacción de una mañana de abril con una ligera brisa del oeste, Tietjens reparó en que lo que estaba experimentando eran las emociones de un ejército en retirada. Al menos así lo veía él. El uso del gas siempre había desagradado a los soldados enemigos, y hacía mucho que habían dejado de utilizarlo en cilindros. Pero el Estado Mayor alemán insistía en preparar los ataques con una densa pantalla de gas creada por un intenso bombardeo con obuses. Las fuerzas enemigas se negaban a meterse en aquellas pantallas de humo si el viento soplaba en dirección hacia ellos.

Ahí era donde intervenía un factor que le hacía sentirse particularmente

incómodo.

Por supuesto, ni la brigada ni la división habían pasado por alto el hecho de que el batallón fuera tan disciplinado y estuviese tan bien comandado. Y, como la brigada también era digna de admiración —estas cosas pasan incluso en los períodos de confusión como los que precedieron al final de la guerra de trincheras—, la eligieron para ocupar posiciones donde se calculaba que las divisiones enemigas atacarían con más violencia, y al batallón lo destinaron al punto más comprometido de ese sector tan comprometido del frente. Los gallos del eficiente CO pronto tendrían motivos de sobra para cacarear.

Había sido, tal como sentía Tietjens en todo su cuerpo, más de lo que un hombre de carne y hueso podía soportar. Por mucho que hubiera podido hacer el CO para proteger a sus hombres y por mucho que hubiese ayudado la disciplina en ese proceso, el batallón se había reducido a menos de un tercio de la fuerza que habría sido razonable tener en una posición como la que tenía que ocupar..., y abandonar. Y para los hombres no era un gran consuelo que los del regimiento de Wiltshire que tenían a su derecha y los de Cheshire que tenían a su izquierda estuviesen peor. Así que el aspecto del jefe como un auténtico tirano era el que ocupaba el primer plano de sus consideraciones.

Un oficial sensato —y todos los buenos oficiales lo son en ese sentido— percibe la psicología de sus hombres de un sinfín de maneras. Puede permitirse ser ciego a los sentimientos de sus oficiales, pues éstos deben pasar tanto tiempo en manos de sus superiores antes de tener la oportunidad de vengarse, que es necesario un coronel verdaderamente malo para que llegue a enajenarse a sus oficiales. De oficial tienes que saltar a obedecer las órdenes de tu CO, que aplaudir sus sentimientos, que sonreír ante sus agudezas y que reírte a carcajadas con sus bromas más groseras. Así es el servicio. Con los soldados rasos es diferente. Un suboficial discreto aplaudirá discretamente las excentricidades y el buen humor de su oficial, igual que lo hará un sargento que esté deseando ascender, pero los soldados rasos no sienten esa compulsión. Con tal de que se pongan firmes cuando se les habla no se les puede pedir más. No tienen obligación de entender las agudezas de su oficial y todavía menos se puede esperar que se rían o las repitan con gusto. Ni siquiera tienen que ponerse firmes con mucho entusiasmo...

Desde hacía unos días, los soldados rasos del batallón habían caído en un mutismo absoluto, y el CO era consciente de ello. De entre los diversos tipos de oficial de campo que podría haber tomado como modelo con respecto a los hombres, había escogido al CO cordial, rubicundo y ligeramente aficionado al whisky que termina cada una de sus frases con las palabras «¿Eh, qué?». Era una actitud fríamente calculada a beneficio de los suboficiales y los soldados rasos, pero con el tiempo se había vuelto casi automática.

Desde hacía unos días, ese modo de actuar había perdido su eficacia. Era como si Napoleón el Grande hubiese descubierto de pronto que el truco de pellizcarle la oreja a un granadero durante un desfile hubiera dejado de funcionar. Después del «¿Eh, qué?», que había soltado como un disparo de revólver, el hombre a quien iba dirigido apenas había movido los pies y ninguno de los que lo habían oído se había reído o le había cuchicheado a sus compañeros. Todos se habían mostrado reacios. ¡Y hace falta valor para mostrarse reacio delante del jefe!

Todo eso el CO lo sabe de sobra porque ha pasado por ello. Y Tietjens sabía que el CO lo sabía, y sospechaba en parte que el CO sabía que Tietjens lo sabía... Y que los compadres y los demás soldados también lo sabían, que, de hecho, todos lo sabían. Era como una partida de bridge de pesadilla con las cartas boca arriba y en la que todos los jugadores estuviesen dispuestos a tirar de pistola.

¡Y, como castigo a sus muchos pecados, tenía un triunfo y le tocaba jugar a él!

Era una situación odiosa. Odiaba tener que decidir el destino del CO tanto como odiaba tener que restaurar la *morale* de los hombres..., si es que sobrevivían.

Y ahora tenía la convicción de que podría hacerlo. Si no hubiese tenido la sensación de que podía meter en vereda a aquella docena de vagabundos, no se habría sentido capaz. En ese caso tendría que haber recurrido a su superioridad moral para que el médico remendara, medicara y compusiera al jefe lo suficiente para que pudiera ponerse al mando del batallón, al menos hasta el final de la retirada de los próximos días. Era obvio que eso es lo que habría que hacer si no hubiese nadie que pudiera asumir el mando..., nadie capaz de manejar a los hombres. Pero, en caso de que lo hubiese, ¿no sería demasiado arriesgado, dado el estado del CO, permitirle seguir al mando? ¿Lo era o no lo era? ¿Lo era o no lo era?

Miró con frialdad a McKechnie, como para ver dónde golpearle ahora, de acuerdo con lo que había especulado. Y comprendió que, en el momento más terrible de su vida, volvía a encontrarse, como suele decirse, con su eterno pecado. Con el terrible temor del bombardeo en toda su persona, con un peso en el ceño, en las cejas, y el pecho jadeante, tenía que aceptar... la responsabilidad. Y darse cuenta de que era la persona adecuada para asumir la responsabilidad.

Le dijo a McKechnie:

—Quien tiene que decidir acerca del coronel es el MO.

McKechnie exclamó:

—Por Dios, como ese gusano borracho se atreva a...

Tietjens añadió:

—Terry actuará de acuerdo con lo que yo le diga. No tiene por qué aceptar mis órdenes. Pero me ha asegurado que actuará según lo que yo le diga. Aceptaré la responsabilidad moral.

Sintió deseos de jadear, como si acabara de beberse de un trago una gran cantidad

de líquido. No jadeó. Miró su reloj de pulsera. Quedaban treinta segundos del tiempo que había decidido concederle a McKechnie.

McKechnie los aprovechó de forma maravillosa. Los alemanes lanzaron varios obuses. Aunque desde muy lejos. Durante diez segundos McKechnie se desquició. Se pasaba el día desquiciado. Era un pesado. Si hubiesen sido sólo los acostumbrados taponazos de los alemanes... Pero era más intenso. Los labios de McKechnie profirieron una serie de obscenidades inconcebibles. Era imposible saber dónde caerían los proyectiles alemanes. O dónde apuntaban. Probablemente a una lavandería de Bailleul. Gritó:

—¡Sí, sí! ¡Aranjuez!

El diminuto subalterno había vuelto a asomarse con su cómico casco, al otro lado del contrafuerte de grava rosada... Era un buen muchacho, aunque algo nervioso. ¡Pensaba que no habían reparado en que habían vuelto! Desde luego, la grava parecía más rosada ahora que había salido el sol... ¡Estaría saliendo en Bemerton! O tal vez todavía no hubiera salido tan al oeste. En la parroquia de George Herbert, el autor de *¡Dulce día tan frío, tranquilo y brillante, el matrimonio del cielo y la tierra!*

¿De dónde sacaría McKechnie, que seguía gritando todavía, aquellas palabras malsonantes? Había ganado el Premio de Latín del Vicerrectorado. Pero probablemente fuese todavía bastante puro. Esas palabras no significaban nada para él... ¡Igual que para los Tommies! Entonces, ¿por qué las empleaban?

¡La artillería alemana siguió dando golpetazos! Más ruidosos que las típicas salvas con las que metódicamente saludaban al amanecer. Pero no estaban cayendo obuses en las cercanías. ¡Así que tal vez no se tratase de la andanada que inaugurara el gran bombardeo! Muy probablemente les hubiera visitado algún insignificante príncipe alemán y quisieran demostrarle lo que era disparar. ¡O el mariscal de campo conde Von Brunkersdorf! Quizá les habían ordenado echar abajo la chimenea de la lavandería de Bailleul. O tal vez fuese la pura irresponsabilidad típica de los artilleros. Pocos alemanes eran lo bastante imaginativos para ser irresponsables, pero sin duda los artilleros eran más imaginativos que el resto.

Recordó una vez que estuvo en el OP de artillería —¿cómo demonios se llamaba? — delante de Albert. ¡En la carretera entre Albert y Bécourt-Bécordel! ¿Cómo demonios se llamaba? Un artillero estaba mirando por los prismáticos. Le había dicho a Tietjens: «¡Mire a ese gordo...!». Y, con los prismáticos que le prestó, Tietjens vio a un alemán gordo en pantalones y mangas de camisa que comía con la mano izquierda de una lata de comida que sujetaba con la derecha. Un objeto grueso y desagradable que recordaba a un pescador en un día tranquilo. El artillero le había dicho a Tietjens:

—¡No lo pierda de vista!

Y habían perseguido con sus obuses a aquel pobre alemán por la colina desnuda durante diez minutos. Cada vez que se escondía, le lanzaban un obús. Luego dejaban

que se escapara. Sus movimientos, cuando comprendió lo que esperaban de él, habían sido exactamente iguales a los de un conejo cuando echa a correr entre el trigo al ver llegar a los segadores. Por fin se tumbó. No estaba muerto. Luego lo vieron levantarse e irse. ¡Y con la lata en la mano!

Sus payasadas proporcionaron una diversión infinita a los artilleros. Todavía les proporcionó más que la artillería alemana de ese sector del frente, convencida de que Dios sabía lo que pasaba, se hubiese despertado y hubiera machacado el cielo y la tierra durante un cuarto de hora con todo género de misiles imaginable. Y luego se hubiese callado de pronto. Sí... ¡los artilleros eran tipos irresponsables!

En realidad, el incidente había ocurrido porque a Tietjens se le había ocurrido preguntarle al artillero cuánto creía que habían costado los obuses necesarios para hacer pedazos un campo indescriptiblemente machacado de unos ochenta metros cuadrados que había entre Bazentin-le-petit y el bosque de Mametz. El campo estaba inimaginablemente machacado, molido y pulverizado... El artillero le había respondido que los obuses empleados podían haber costado unos tres millones de libras. Tietjens le preguntó cuántos hombres imaginaba que habrían muerto allí. El artillero contestó que no tenía ni la más mínima idea. ¡Seguramente ninguno! No era probable que nadie hubiese ido a dar un paseo por allí por placer, y tampoco había ninguna trinchera. No era más que un campo cualquiera. Sin embargo, cuando Tietjens observó que dos campesinos con un tractor de vapor podrían haber pulverizado el campo por, digamos treinta chelines, el artillero se ofendió mucho. Había hecho que sus hombres persiguieran al inofensivo alemán de la lata sólo para demostrarle lo que podía hacer la artillería.

... En ese momento Tietjens le había dicho a McKechnie:

—Por mi parte, pienso aconsejar al MO que recomiende la concesión de un par de meses de permiso por enfermedad al coronel. Tiene potestad para hacerlo.

McKechnie había agotado sus palabrotas obscenas. Volvía a estar cuerdo. Se quedó boquiabierto.

—¡Enviar a Inglaterra al CO —exclamó en tono de lamento—. Justo en el momento en que...

Tietjens exclamó:

—No sea idiota. O no me tome a mí por uno. Nadie va a cosechar gloria en este ejército. ¡Al menos aquí y ahora!

McKechnie dijo:

—¿Y qué hay del dinero? ¡La paga de coronel! Son casi cuatro libras al día. ¡Pasados los dos meses habrá ganado usted doscientas cincuenta libras!

Hacía poco le habría parecido imposible que nadie le hablase de sus asuntos económicos privados o de sus motivos íntimos.

Respondió:

—Tengo responsabilidades obvias...

—Hay quien dice —siguió McKechnie— que es usted un m#####o millonario. Uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Y que regala minas de carbón a las duquesas. Eso dicen. Otros afirman que es usted tan pobre que vende a su mujer a los generales... A cualquier general. Y que así es como consigue sus nombramientos.

Tietjens ya había tenido que oír eso antes...

Max Redoubt... Le había venido de pronto a la memoria, igual que antes el nombre de Bemerton. ¡El nombre del puesto de observación de artillería entre Albert y Bécourt-Bécordel era Max Redoubt! Durante las insoportables esperas de esos meses casi olvidados de julio y agosto el nombre le había sido tan familiar como..., digamos, el propio Bemerton... ¡Si te olvido, Bemerton..., o, ¡oh!, Max Redoubt..., que se seque mi diestra...! ^[185] ¡Los inolvidables...! ¡Pero los había olvidado!

Si los había olvidado por un instante, podía secarse su diestra. Si los había olvidado un instante... Pero incluso eso podía ser desastroso, podía llegar en un momento desastroso... Los alemanes se habían callado. Tal vez hubiesen derribado ya la chimenea de la lavandería. O hubiesen acertado en alguna carreta GS cargada de carbón... En cualquier caso, no era el habitual bombardeo matutino. Todavía estaba por llegar. Dulce día tan frío..., volvió a empezar.

McKechnie no se había callado. Iba a hacer que lo callaran. Acababa de decir que Tietjens no había demostrado ninguna caballerosidad al no denunciar al CO si es que lo consideraba un borracho..., o incluso un alcohólico crónico. Ninguna caballerosidad...

¡Era como una pesadilla...! No, no lo era. Más bien como cuando uno tiene fiebre y las cosas le parecen irreales... ¡Y exageradamente reales! ¡Estereoscópicas, podría decirse!

McKechnie, con un acento de odio sardónico, le rogó a Tietjens que recordara que, si consideraba al CO un borracho, tendría que haberlo puesto bajo arresto. Lo exigían las Ordenanzas Reales. Pero Tietjens era muy astuto. Quería quedarse con las doscientas cincuenta libras. Puede que fuese pobre y las necesitase. O que fuese millonario y avaro. Así es como los millonarios se hacían millonarios: robando cantidades insignificantes de dinero, que Dios sabe que serían como un regalo caído del cielo para gente como él.

Tietjens pensó que, en cierto sentido, doscientas cincuenta libras podrían ser un regalo caído del cielo para él cuando todo aquello terminara. Y luego pensó: «¿Para qué demonios ganarlas?».

¿Qué iba a hacer cuando todo aquello terminara?

Y estaba terminando. Cada minuto que los alemanes no avanzaban les acercaba a la derrota. Perdían impulso para avanzar... ¡Ahora, en este mismo minuto! Era emocionante.

—¡No! —dijo McKechnie—. Es usted demasiado astuto. Si hubiese mandado expedientar al pobre Bill por ebriedad, no habría tenido oportunidad de ponerse al mando. Habrían enviado a un coronel de verdad. Pero, como sustituto, mientras Bill está de permiso por enfermedad, tiene bastantes posibilidades de lograrlo. Por eso va a cometer esta bajeza.

Tietjens sintió deseos de ir a lavarse. Se sentía sucio.

¡Sin embargo, lo que decía McKechnie era cierto! ¡Cierto...! El impulso mecánico de apartarse del dinero era tan fuerte que empezó a decir:

—En ese caso... —iba a concluir «haré que expedienten a ese tipo». Pero no lo hizo.

Estaba en un maldito atolladero. El decoro exigía que no actuase dominado por el pánico. Tenía un pánico mecánico y normal que le impulsaba a apartarse del dinero. Los caballeros no ganan dinero. Los caballeros, de hecho, no hacen nada. Se limitan a existir. Perfuman el aire como lirios virginales. El dinero les llega como el aire a través de los pétalos y las hojas. Así el mundo es mejor y más colorido. ¡Y, por supuesto, de ese modo la vida política puede seguir siendo limpia...! No se puede ganar dinero.

No obstante, esta unidad era la clave de todo.

Los puntos débiles de la brigada, la división, el ejército, la Fuerza Expedicionaria Británica, las fuerzas aliadas... Si los alemanes penetraban por ellos... *Fuit Ilium et magna gloria...*^[186] ¡No mucha gloria!

Su obligación era hacer todo lo posible por aquella unidad. Aquella pobre y maldita unidad y por los pobres comediantes de opereta a quienes había prometido comprar entradas para Drury Lane en navidades... Los pobres diablos habían respondido que preferían el Shoreditch Empire o el viejo Balliam. Típico de Inglaterra. El Lane era el *locus classicus* de la raza, pero aquellos héroes de opereta..., llamémoslos héroes, ¡preferían Shoreditch y Balliam!

Le sobrecogió la inmensa sensación de ser responsable de todos aquellos mugrientos y quejosos comisarios de pantomima con la nariz sucia, y el intenso deseo de traerles un poco de suerte y dijo:

—Capitán McKechnie, puede retirarse. Vuelva a su puesto. Y cumpla con su deber. Con el casco apropiado.

McKechnie, que no había dejado de hablar, se calló y ladeó la cabeza como una urraca. Respondió con aire estúpido:

—¿Cómo..., cómo...? —luego observó—: Bueno, supongo que si está usted al mando...

Tietjens le interrumpió:

—Lo normal es decir «señor» al dirigirse a un oficial superior estando de servicio. Aun cuando no pertenezca uno a su misma unidad.

McKechnie exclamó:

—¡Que no pertenezco a...! Que no... ¡Son mis malditos amigos!

Tietjens dijo:

—¡Está usted asignado al cuartel general de la división y allí es donde va a ir! ¡Y cuanto antes...! Y no se le ocurra volver por aquí. Al menos mientras yo esté al mando... Retírese...

Era un deber —¡un deber feudal!— que había contraído con aquellos tipos de opereta. Querían que les librase —¡y cuanto antes!— de aquel dipsómano que estaba al mando de la unidad y tenía las vidas de todos en sus manos... En cuanto McKechnie pronunció las palabras «¡Son mis malditos amigos!», Tietjens tuvo la iluminadora convicción de que, por sí solo, el CO era demasiado buen oficial para parecer un alcohólico, aunque lo vieran borracho con frecuencia. Pero que, en compañía del tal McKechnie, ¡tenían la apariencia de dos locos alcohólicos!

El resto de los malditos amigos ni siquiera existían. Eran una tradición... ¡fantasmal! Cuatro estaban muertos, cuatro en el hospital, dos a la espera de un consejo de guerra por emplear cheques sin fondos. El último de ellos, si se exceptuaba a McKechnie, era el amasijo de putrefacción y harapos que colgaba en ese mismo instante del alambre de espino... El aspecto entero del cuartel general cambiaría al marcharse McKechnie.

Pensó con satisfacción que capitanearía a unos hombres muy aceptables. El furriel era tan discreto que casi no reparaba uno en su presencia. ¡Tenía ojos brillantes como los de un pájaro! Siempre estaba preocupado. ¡Y el pequeño Aranjuez, el oficial de señales! ¡Y un tipo gordo llamado Dunne, que representaba al Servicio de Inteligencia desde hacía dos noches! El comandante de la compañía A tenía cincuenta años, era calvo y delgado como un palo; el de la compañía B era un chico rubio de buena familia; los de la C y la D eran subalternos, recién llegados. Pero limpios... ¡Satisfactorios!

¡Un puñado de hierba para taponar una fuga en la presa del... Imperio! ¡Al demonio con el Imperio! ¡Era Inglaterra! ¡Era la parroquia de Bemerton lo que importaba! ¡Para qué queríamos un imperio! ¡Sólo a un judío chapucero como Disraeli se le habría ocurrido ponernos un nombre tan chapucero como ése! Los *tories* dijeron que necesitaban a alguien para hacer el trabajo sucio..., ¡muy bien, lo habían tenido...!

Le dijo a McKechnie:

—Hay un tipo llamado Bemer..., quiero decir Griffiths, Cero Nueve Griffiths, tengo entendido que está interesado en participar en la revista musical de la división. Se lo enviaré en cuanto haya desayunado. Es un fuera de serie con la corneta.

McKechnie respondió:

—Sí, señor. —Saludó débilmente y dio un paso adelante.

Típico de McKechnie. Sus ataques de locura nunca culminaban en una crisis. Por eso era tan cargante. Su rostro se contraía como el de un gato salvaje delante de la madriguera en un muro. Pero luego se convertía en un subordinado sumiso. ¡De pronto! ¡Sin venir a cuento!

¡Los tipos así eran unos pesados! ¡No tenían modales...! Probablemente rigieran el mundo ahora. Sería un mundo muy fastidioso.

McKechnie, no obstante, le estaba saludando. Tenía en la mano un sobre sellado más bien pequeño y arrugado, como si lo hubiese llevado encima desde hacía mucho tiempo. Hablaba con voz controlada después de pedir permiso. Le pidió a Tietjens que reparase en que el sello no estaba roto. El sobre contenía «El soneto».

¡Así que McKechnie se había vuelto loco! Aunque su voz sonase tranquila con un acento entre cockney y oxoniense, sus ojos de color ciruela estaban enloquecidos... ¡Dos ciruelas calientes!

Varios hombres llegaron por la trinchera arrastrando los pies, sujetaban unas cajas de madera muy pesadas de color plomo por unas asas de cuerda, dos hombres por caja. Tietjens dijo:

—Son ustedes de la compañía D... ¡Dense prisa!

McKechnie, no obstante, no estaba loco. Sólo estaba subrayando que podía medir su intelecto y su habilidad como latinista con los de Tietjens, ¡que podía hacerlo, llegado el gran día!

El sobre, de hecho, contenía un soneto. Un soneto que Tietjens había escrito, para distraerse, con unas rimas que le había dictado McKechnie..., para distraerse en un momento de mucha tensión.

Habían pasado juntos varios momentos de mucha tensión. Eso debería haber formado un vínculo entre ellos. Pero no lo había hecho..., ¡imagínate tener un vínculo con un cockney escocés de Oxford!

¡O tal vez sí lo hubiera hecho! Ahí estaba ciertamente el soneto. Tietjens recordó haberlo escrito en dos minutos y medio para quitarse de la cabeza a su mujer, que le estaba causando muchas dificultades... ¡Dos minutos y medio sin pensar en Sylvia! ¡Qué suerte...! Pero McKechnie se lo había tomado como un desafío. Un reto contra él como latinista. Se había comprometido a convertir el soneto en hexámetros latinos en dos minutos. O tal vez en cuatro...

Pero las cosas se habían complicado. A un tipo llamado Cero Nueve Morgan lo habían matado a sus pies. En el cobertizo. ¡En aquellos tiempos habían estado muy ocupados con el destacamento!

Por lo visto, McKechnie había sellado el soneto en un sobre. En ese sobre. En aquel momento concreto. Por lo visto, a McKechnie lo había dominado una ira ciega y céltica para probar que era mejor latinista que Tietjens sonetista. Y, por lo visto, le seguía dominando. Estaba deseando competir con Tietjens.

Tal vez por eso precisamente no se había vuelto loco. Seguía cuerdo para poder competir con él. Ahora estaba repitiendo con el sobre en la mano y el sello hacia arriba:

—Supongo que creerá que no he leído el soneto, señor. Supongo que creerá que no he leído su soneto, señor... Para que así me resultase más fácil traducirlo.

Tietjens respondió:

—¡Sí! ¡No...! Me da igual.

No podía decirle a aquel tipo que la idea de competir le parecía repulsiva. Cualquier tipo de competición se lo parecía. Incluso los juegos competitivos. Le gustaba jugar al tenis. Al tenis de verdad. Pero jugaba muy poco porque no podía encontrar a nadie con quien jugar a quien no le resultase desagradable vencer... Y sería repulsivo competir con aquel tipo... Se estaban moviendo muy despacio a lo largo de la trinchera, McKechnie se apartó a un lado sin soltar el sobre.

—Es su sello, señor —seguía repitiendo—. Su propio sello. Ya ve que no está roto... ¿No pensará que lo leí a toda prisa e hice una copia de memoria?

... Aquel tipo ni siquiera era un buen latinista. Ni versificador, aunque siempre se estaba jactando de ello con los gangosos subalternos cockney que había en el comedor del batallón. Les traducían sus notas a versos latinos... Pero siempre usaba muletillas. Normalmente sacadas de la *Eneida*. Como:

Conticuere omnes,^[187] o *Vino somnoque sepultum*!^[188]

A eso, probablemente, se dedicaban en Oxford justo antes de la guerra.

Dijo:

—No soy un puñetero detective... Sí, por supuesto, le creo. —Pensó en hacerse amigo del pequeño Aranjuez, que era una especie de meridional serio y agradable. ¡Imagínate pensar en un meridional con agrado! Dijo—: Sí. Muy bien, McKechnie.

Se sintió un necio. Estaba compitiendo con aquel tipo. Era un deterioro. Tietjens pensó que se estaba desmoronando moralmente: había aceptado una responsabilidad; había pensado en doscientas cincuenta libras con agrado; ahora estaba compitiendo con un ganador de un premio céltico-cockney. Se había rebajado a ese nivel... En fin, lo más probable es que estuviera muerto antes de la tarde. Y nadie lo sabría.

¡Imagínate pensar en si alguien lo sabría o no...! ¡Era Valentine Wannop quien no tenía que enterarse de que estaba degenerando bajo la presión...! Eso le sorprendió mucho. Le preguntó a su subconsciente: «¿Qué? ¿Todavía con esas?».

La chica, al menos, sí era una latinista admirable. Recordó con una especie de regocijo sardónico que, varios años antes, en un *dog-cart* surgido de entre la niebla en algún lugar de Sussex —¡Udimore!— ella le había hecho quedar como un idiota. ¡A propósito de Catulo! ¡A él, a Tietjens...! Poco después, el viejo Champion les había atropellado con el coche que no sabía pero insistía en conducir.

McKechnie, aparentemente calmado, dijo:

—No sé si sabe, señor, que pasado mañana el general Campion se va a poner al mando de este ejército... Aunque seguro que ya lo sabía.

Tietjens respondió:

—No. No lo sabía... Ustedes, los que están en contacto con el cuartel general, se enteran de todo mucho antes que nosotros. —Y añadió—: Eso significa que nos enviarán refuerzos... Y que habrá un mando único.

IV

Significaba que el final de la guerra estaba próximo.

En el siguiente sector, enfrente de los sacos del refugio del cuartel general, encontraron sólo al subteniente Aranjuez y al cabo Duckett del puesto de mando. Los dos eran buenos chicos y el cabo tenía las piernas largas y elegantes. Sabía andar muy bien, aunque se frotaba continuamente las pantorrillas cuando hablaba en serio de algo. Era el hijo bastardo de no sé quién.

McKechnie se sumergió de inmediato en lo del soneto. El cabo, por supuesto, tenía un montón de papeles para que Tietjens los firmara. Un fajo desaseado, blanco y descolorido, así que McKechnie tuvo tiempo de hablar. Quería ponerse a la altura del sustituto del CO. Al menos intelectualmente.

No lo consiguió. Aranjuez no paraba de decir:

—¡Que el mayor escribió un soneto en dos minutos y medio! ¡El mayor! ¡Quién lo hubiera dicho! —¡Era un muchacho ingenuo!

Tietjens hojeó los papeles con atención. Había estado tan al margen de los asuntos del batallón que quería ponerse al día. Tal como sospechaba, el papeleo de la unidad estaba en un estado lamentable. La brigada, la división, incluso el ejército y, desde luego, Whitehall, estaban bombardeándoles con requerimientos de información acerca de todo género imaginable de cosas, desde mermelada, cepillos de dientes y tirantes, hasta religiones, vacunas y daños en el cuartel general... Aquello sí que era interesante. Contemplarlo era un alivio... ¡Uno casi llegaba a pensar que una autoridad omnisciente cubría de papeles a los oficiales al mando para que no tuviesen que preocuparse por nada..., que no tuviese que ver con las exigencias de las hostilidades! Ciertamente era un alivio tener que leer una violenta solicitud de información acerca de los fondos del regimiento durante la estancia del batallón cerca de un lugar llamado Béhencourt, mientras esperabas a que empezase un bombardeo...

Daba la impresión de que Tietjens podía dar gracias de que no le hubiesen dejado gestionar aquellos fondos.

El segundo al mando es el administrador titular del regimiento: como presidente se supone que debe ocuparse de las mesas de billar de los hombres, de los almanaques, de los tableros de backgammon, de las botas de fútbol... Pero el CO había preferido ocuparse él mismo de los libros. Tietjens lo había considerado un insulto. ¡Tal vez no lo hubiera sido!

Se le pasó fugazmente por la cabeza que el CO tal vez tuviese dificultades económicas, aunque eso no era asunto suyo... Los House Guards estaban muy interesados en los detalles previos al alistamiento de un soldado llamado 64 Smith. Preguntaban de forma destemplada, y por tercera vez, por los detalles relativos a su

religión, su antigua dirección y su verdadero nombre. Sin duda era cosa del servicio de espionaje... Sin embargo, Whitehall exigía, de manera aún más destemplada, respuestas acerca del modo en que se habían gastado los fondos del regimiento de un campo de entrenamiento en enero de 1915... ¡Tanto tiempo atrás! Los molinos de Dios muelen despacio... Junto al requerimiento había una nota del general de brigada diciendo que esperaba por su bien que el CO pudiera contestar a todas esas preguntas o tendría que responder ante una Comisión de Investigación.

Esos dos papeles en concreto no tendrían que habérselos llevado a Tietjens. Los sostuvo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda mientras sujetaba el requerimiento acerca del soldado 64 Smith —que parecía muy urgente— con el índice y el medio, y se los dio al cabo Duckett. En ese momento, aquel chico rubio, limpio y agradable estaba hablando en voz baja con el subteniente Aranjuez acerca de los parecidos formales entre los sonetos petrarquianos y los shakespeareanos...

En eso se había convertido la Fuerza Expedicionaria de Su Majestad: ahí estaban cuatro de sus guerreros, cuatro minutos antes de que empezase una ofensiva en toda regla en el frente alemán, interesados en los sonetos... Drake jugando a los bolos..., [189] ¡la historia se repetía! De forma diferente, por supuesto. Pero los tiempos cambian.

Le entregó los dos papeles a Duckett.

—Dele éste al oficial al mando —dijo— y dígle al sargento mayor que averigüe en qué compañía está 64 Smith y me lo traiga, da igual dónde esté... Ahora voy a recorrer la trinchera. Venga a buscarme en cuanto haya visto al CO y al sargento mayor. Aranjuez tomará nota de lo que quiero que se haga respecto a las fortificaciones, puede usted anotar lo que quiera sobre el personal de las compañías... ¡Vamos!

Le dijo amablemente a McKechnie que se marchase inmediatamente de allí. No quería que lo mataran entre sus brazos.

El sol iluminaba ahora toda la trinchera.

Volvió a leer la comunicación matutina de la brigada respecto a las disposiciones que debía tomar la unidad en caso de que tuviera lugar el ataque alemán previsto... Que debía empezar —al menos el ataque preparatorio de la artillería— en tres minutos.

¿No habría que pronunciar unas oraciones antes de la batalla...? No se imaginaba haciéndolo... Sólo esperaba que no ocurriese nada que le hiciese perder el control... Por lo demás, descubrió que estaba pensando en cómo arreglar el papeleo de la unidad... «Quien barre una habitación por tu causa...» [190] Probablemente fuese el equivalente de una oración.

Reparó en que las instrucciones de la brigada concernientes al inminente combate no sólo estaban muy seriamente respaldadas por la división, sino también por graves

exhortaciones del ejército. La nota de la brigada estaba escrita a mano, la de la división a máquina y la del ejército en letra muy pálida... Se resumían en esto: tenían que aguantar hasta el final... Eso quería decir que no había nada a sus espaldas..., ¡desde allí hasta el mar del Norte...! Probablemente los franceses estuviesen corriendo en su ayuda... Se imaginó a un montón de hombrecillos de azul con pantalones rojos corriendo por unas llanuras rosadas e iluminadas por el sol.

(Uno no puede controlar las imágenes de su memoria. Por supuesto, los franceses ya no vestían pantalón rojo.) Vio la línea del frente rompiéndose justo por donde estaba la sección azul y al resto barrido hacia el mar. Vio el terreno que tenían detrás. En el horizonte había un resplandor brillante. Ahí era adonde iban a barrerlos. Aunque, por supuesto, no los barrerían. Los dejarían tendidos con la cara en el suelo y mostrando el asiento de sus pantalones. Eran demasiado insignificantes para una escoba y un recogedor tan enormes... ¿Cómo era la muerte..., el inmediato proceso de disolución? Se metió los papeles en el bolsillo de la guerrera.

Recordó distraído y lúgubre que en una de las notas le prometían refuerzos. ¡Dieciséis hombres! ¡Dieciséis! ¡De Worcester! ¡De un campo de entrenamiento de Worcester...! ¿Por qué demonios no los enviaban al batallón de Worcester que estaba justo al lado? Sin duda, serían buenos chicos. Pero no tenían la instrucción de los nuestros, no eran sus amigos, no conocían a los oficiales por su nombre. No los recibirían con gritos de bienvenida... Era raro como las autoridades se dedicaban a destruir deliberadamente el *esprit de corps* del regimiento. Se decía que lo habían imitado, a sugerencia de un civil de puntos de vista sociales avanzados, de los franceses, quienes a su vez lo habían imitado de los alemanes. Por supuesto, es totalmente legítimo aprender del enemigo, pero ¿resulta sensato?

Tal vez lo sea. El espíritu feudal estaba roto. Quizá fuese perjudicial para la guerra de trincheras. Antes era cómodo y acogedor. Uno luchaba junto a hombres de su propia aldea bajo las órdenes del hijo del párroco. Quizá no fuera deseable.

En cualquier caso, tal como estaban organizadas ahora las cosas, morir era algo solitario.

Si alguna bala se cruzaba en su camino, morirían tanto Tietjens como el pequeño Aranjuez..., el hijo de un magnate de Yorkshire y el de un ministro protestante de Oporto, ¡imagínate, dos almas tan dispares abriéndose camino hacia el cielo del brazo! Cualquiera habría dicho que a Dios le parecería más apropiado que los oriundos de Yorkshire fuesen con otros tipos del norte y los meridionales con otros papistas. Pues Aranjuez, pese a ser hijo de un protestante, había vuelto a abrazar la fe de sus antepasados.

Dijo:

—Venga conmigo, Aranjuez... Quiero echarle un vistazo a esta trinchera inundada antes de que impacten en ella las bombas alemanas.

En fin... Iban a recibir refuerzos. Las autoridades habían respondido a sus plegarias. Les enviaban a dieciséis hombres de Worcester. Serían trescientos cuarenta y cuatro..., no, cuarenta y tres, porque había enviado de vuelta a Cero Nueve Griffiths, el tipo de la corneta..., ¡trescientas cuarenta y tres almas solitarias contra..., digamos dos divisiones! Contra unos dieciocho mil hombres, muy probablemente. Y tenían que aguantar hasta el final. ¡Con refuerzos!

Con refuerzos. ¡Dios mío...! ¡Dieciséis hombres de Worcester!

¿De qué se trataba en el fondo?

Campion estaría al mando del ejército. Eso significaba que le habrían prometido verdaderos refuerzos de entre los millones de hombres que abarrotaban los campamentos de la base. ¡Y también un mando único! Campion no habría aceptado ponerse al mando de aquel ejército si no le hubiesen hecho promesas muy claras.

Pero eso tardaría mucho tiempo. ¡Meses! ¡Tardarían meses en enviar verdaderos refuerzos!

Y en ese momento, en el punto clave del frente del ejército, de la Fuerza Expedicionaria, de las fuerzas aliadas, del Imperio, del universo, del sistema solar, tenían a trescientos sesenta y seis hombres a las órdenes del último *tory* vivo. Para enfrentarse a oleadas y oleadas de enemigos.

En un minuto empezaría la andanada alemana.

Aranjuez le dijo:

—Es usted capaz de escribir un soneto en dos minutos y medio, señor... Y el tubo de drenaje funciona a la perfección en esa trinchera húmeda... El tío abuelo de mi madre, el canónigo de Oporto, tardó quince semanas en terminar su famoso soneto. Lo sé porque me lo contó mi madre... No debería usted estar aquí, señor.

Aranjuez era sobrino del autor del «Soneto a la noche». Podía ser. Eran necesarias esas casualidades para construir el mundo. Así que era natural que le interesasen los sonetos.

Y, al asumir el mando de un batallón en un tramo inundado de trinchera, Tietjens había tenido ocasión de probar algo que siempre había pensado: drenar un suelo húmedo cortado en vertical, mediante un sifón de tuberías dispuestas, no horizontal, sino verticalmente. Por suerte, Hackett, el comandante de la compañía B, que estaba en el tramo inundado de trinchera, había sido ingeniero en la vida civil. Aranjuez había ido por puro heroísmo a las trincheras de la compañía B para ver cómo funcionaban los sifones de su héroe. Le informó de que funcionaban como una seda.

El diminuto Aranjuez dijo:

—Estas trincheras son como Pompeya, señor.

Tietjens no había visto nunca Pompeya, pero comprendió que Aranjuez se refería a las zanjas vacías excavadas en la tierra. Sobre todo al hecho de que estuviesen vacías. Y al silencio mortal bajo la luz del sol... Eran unas trincheras admirables.

Excavadas para albergar a varios miles de hombres. Para que bullesen de vida cockney. Y ahora estaban totalmente vacías. Pasaron junto a tres centinelas en el pasadizo de grava rosada y junto a dos hombres, uno con un pico y el otro con una pala. Estaban arreglando la junta de la pared y el camino, igual que habrían podido hacer en Pompeya. ¡O en Hyde Park! El comandante de la compañía A era un maniático del orden. Pero a los hombres parecía gustarles. Se estaban riendo, aunque, por supuesto, dejaron de hacerlo cuando vieron pasar a Tietjens...

Aranjuez era un tipo agradable, moreno y diminuto, y su adoración resultaba encantadora. Desde el principio..., y, como es natural, temeroso por su propia vida, se había aferrado a Tietjens como un niño se aferra a su padre omnipotente. ¡Tietjens, el omnisciente, podía cambiar el terrible curso de la guerra y decretar la seguridad de los medrosos! Tietjens necesitaba ese tipo de veneración. El chico dijo que debía de ser horrible que te pasara algo en los ojos. Tu novia dejaría de mirarte a la cara. Nancy Truefitt estaba a menos de cinco kilómetros de allí. A menos que la hubieran evacuado. Nancy era su enamorada. ¡Trabajaba en un salón de té en Bailleul!

Había un hombre sentado a la entrada del refugio de la compañía A, nada más pasar la boca de la trinchera de comunicaciones... Aquel canal en el suelo que ascendía en pendiente resultaba tranquilizador. Uno podía trepar por allí para escapar de todo esto... ¡Aunque, en realidad, no podía! No giraba ni a la izquierda ni a la derecha.

El hombre estaba escribiendo en un cuaderno y tenía el casco de acero calado sobre los ojos. Absorto, se había sentado en un escalón en la grava con el cuaderno sobre las rodillas. Se llamaba Slocombe y era dramaturgo. Como Shakespeare. Ganaba cincuenta libras de vez en cuando escribiendo guiones de *music hall* para los teatros de las afueras, los *music halls* que se extienden en forma de anillo alrededor de los barrios de las afueras de Londres. Slocombe no perdía ocasión de escribir en sus cuadernos. Si dabas la orden de romper filas para que los hombres descansaran de una marcha, Slocombe se sentaba al margen del camino y sacaba el cuaderno y el lápiz. Su mujer mecanografiaba todo lo que le enviaba. Y le escribía cartas quejándose si dejaba de enviarle material. ¿Cómo iba a comprarse vestidos de los domingos, como George y Flossie, si no escribía más guiones de un acto? Tietjens había obtenido esa información tras censurar una de sus cartas que incluía un manuscrito... Slocombe era un soldado muy desaliñado, pero hacía que los demás estuviesen de buen humor con su enorme repertorio de chistes cockneys sobre el gran Willy ^[191] y el hermano Fritz. Slocombe siguió escribiendo, después de mojar el lápiz con la lengua.

El sargento a la entrada del refugio de la compañía A empezó a organizar una especie de guardia, pero Tietjens le detuvo. La compañía A estaba organizada como las tropas regulares en la base. ¡El OC tenía una hoja de servicios tan limpia como

una patena! Era un tipo viejo, calvo y pensativo. Tietjens le hizo varias preguntas al sargento. ¿Tenían suficientes bombas de mano? ¿No les faltaban rifles..., en perfecto estado? Aunque ¿cómo iban a estar si no? ¿Había algún enfermo...? ¡Dos...! ¡Bueno, aquélla era una vida saludable...! Deje a los hombres a cubierto hasta que empiece el bombardeo alemán. Estaba a punto de empezar.

Iba a empezar ahora mismo. La manecilla del reloj de pulsera de Tietjens, como un puntero animado de pelo, marcó la hora en punto.

... ¡Bum! —Se oyó el puntual y distante sonido.

Tietjens le dijo a Aranjuez:

—¡Probablemente empiecen ahora! —Aranjuez se ajustó el barboquejo del casco a la barbilla.

Tietjens notó un horrible sabor salado y cómo se le secaba la parte de atrás de la lengua. Su pecho y su corazón se agitaron pesadamente. Aranjuez dijo:

—Si alguna bala se cruza en mi camino, señor, dígle a Nancy Truefitt que...

Tietjens respondió:

—Las balas no se cruzan en el camino de los niños como usted... ¡Además, fíjese en el viento!

Estaban en el punto más alto de las trincheras que corrían a lo largo de la colina. Así que estaban al descubierto. El viento, sin duda, había aumentado y bajaba por la pendiente. Enfrente y a sus espaldas, a lo largo de la trinchera, se veía el paisaje. Tierras de labor, algunas verdes, árboles grises.

Aranjuez dijo en tono de súplica:

—¿Cree usted que el viento les contendrá, señor?

Tietjens exclamó con hosquedad:

—Pues claro que les contendrá. No atacarán sin gas. Sus hombres odian atravesar pantallas de gas. Es nuestra mayor ventaja. Les mina la moral. Es lo único capaz de hacerlo. Y tampoco soportan las pantallas de humo.

Aranjuez dijo:

—Ya sé que opina que el gas ha sido la ruina de los alemanes, señor... Ha sido una mezquindad utilizarlo. Y no se pueden cometer mezquindades sin pagar un precio, ¿verdad, señor?

Reinaba un silencio indecoroso. Era como un domingo en un pueblo cuando todos los feligreses están en la iglesia, pero no resultaba placentero.

Tietjens se preguntó cuánto tiempo las molestias físicas incomodarían su imaginación. No se puede pensar bien con la lengua seca. Casi era su primer día al aire libre durante un bombardeo. Su primer día desde hacía mucho tiempo. ¡Desde Noircourt...! ¿Cuánto tiempo hacía...? ¿Dos años...? ¡Tal vez...! ¡Así que no tenía forma de saber cuánto tiempo seguirían incomodándole!

¡Seguía reinando un silencio indecoroso! ¡Oyó el ruido de unos pasos corriendo,

al principio sobre los tablones, luego sobre el camino seco de la trinchera! Tietjens sintió un profundo sobresalto en su interior. ¡Debía de tratarse de algo grave!

Le dijo a Aranjuez:

—¡Alguien tiene prisa!

Al chico le castañeteaban los dientes. Los pasos también debían de haberle sobresaltado a él. ¡Como los golpes en la puerta en *Macbeth*!

Empezaron. Había llegado la hora. Pum... Purrupum... ¡Pum! ¡Pum...! Pu... Purrupum... ¡Pum! ¡Pum...! Pumpurrupumpumpum... Pum... Eran de los que suenan como tambores. Siguieron incansables. Unos tambores enormemente grandes, de los que se lo toman con entusiasmo... Ya se sabe lo que es la orquesta de una ópera cuando el tipo de las baquetas empieza a tocar en serio.

A Tietjens nunca se le había dado bien identificar la artillería por el sonido. Habría dicho que aquello eran cañones antiaéreos. Y recordó que, unos minutos antes, el zumbido del motor de los aviones había invadido el indecoroso silencio... Aunque ese zumbido era tan normal que formaba parte de él. Como tus propios pensamientos. Un sonido filtrado y absorto que descendía desde lo alto. Más parecido a un polvo fino que a un ruido.

Un sonido familiar dijo: «¡Fii... i... i... i... u!». Los obuses siempre parecían cansados de la vida. Como si, después de un viaje muy largo, dijeran: «¡Fiiiiu!». Alargando mucho la «i». Y luego «¡Bum!» al estallar.

Era el principio del bombardeo... Aunque estaba seguro de que se produciría, había tenido la esperanza de que se prolongaran las condiciones de... ¡digamos Bemerton! La vida pacífica. Y contemplativa. Pero he aquí el comienzo. «Bueno...»

Aquel obús parecía más pesado y cansado de lo normal. Desanimado. Dio la impresión de pasar a dos metros por encima de las cabezas de Aranjuez y él. Luego, unos veinte metros más arriba dijo, invisible, «¡Bluf...!». ¡Y, ciertamente había sido un bluf!

Lo más probable es que ni siquiera hubieran apuntado a la trinchera. Casi seguro sería un obús de fragmentación antiaéreo que no había estallado. Los alemanes disparaban muchos proyectiles defectuosos en los últimos tiempos.

¡De modo que tal vez no fuese la señal del comienzo! Era un suplicio. Pero, siempre que acabase bien, uno podía soportarlo.

El cabo Duckett, el chico rubio, corrió hasta estar a medio metro de los pies de Tietjens y se detuvo con un taconazo y un terrible saludo. Había vida en aquel muchacho. Lo que significaba que aún quedaba entusiasmo por el orden y el concierto en aquellos días de opereta.

El chico, entre jadeos —puede que fuese el nerviosismo, o la carrera... Pero ¿por qué había corrido tanto si no estaba nervioso?—, dijo:

—Si no le importa, señor... —Jadeo—. ¿Podría venir a ver al coronel...? —Jadeo

—. ¡Lo antes posible! —Siguió jadeando.

A Tietjens se le pasó por la cabeza que iba a pasar el resto del día en un cómodo agujero oscuro. Y no bajo la cegadora luz del sol... ¡Gracias a Dios!

Dejó al cabo Duckett —¡se le ocurrió de pronto que le gustaba aquel muchacho porque le recordaba a Valentine Wannop!— para que conversara en voz baja con Aranjuez y lo distrajera del miedo a la muerte o a la ceguera que equivalía a perder a su novia. Tietjens recorrió tranquilamente la trinchera. No se dio prisa. Estaba decidido a que los hombres no lo viesen correr. Aunque el coronel se negara a ser relevado del mando, Tietjens estaba decidido a que los hombres tuviesen el consuelo de que en el cuartel general hubiese al menos un alma fría y tranquila.

Cuando tomaron las trincheras del valle del Trasna delante del bosque de Mametz, habían tenido al mando a un estupendo mayor que usaba monóculo y era de buena familia. Debía de tener dificultades porque acabó suicidándose... El caso es que, mientras avanzaban, los alemanes, que estaban a unos cincuenta metros, empezaron a chillar varios gritos de batalla de los aliados y a cantar los himnos de diversos regimientos británicos. La idea era que, si oían *Unos hablan de Alejandro...* [192] en la trinchera que tenían delante, los hombres del Segundo de Granaderos de Su Majestad darían gritos de alegría y los alemanes sabrían lo que tenían delante.

Pues bien, como es natural, el tal mayor Grosvenor mandó callar a sus hombres y se quedó escuchando con el monóculo bien ajustado y el aspecto de un entendido en un concierto. Por fin, se quitó el monóculo, lo lanzó por el aire y volvió a cogerlo.

—¡Griten todos *Banzai*! —dijo.

Había una lejana posibilidad de que el enemigo pensara que teníamos tropas japonesas alineadas frente a ellos, o les demostraría que estábamos burlándonos de ellos, un tipo de insulto que haría rabiar a esos tipos tan pomposos... ¡Y los alemanes se callaron!

Era el tipo de humor que los hombres apreciaban en un oficial... El tipo de humor del que carecía Tietjens, aunque fuera capaz de afectar calma y despreocupación y de explicarles, en un momento de tensión, que sus ideas sobre las alondras estaban equivocadas... Eso era tranquilizador.

Una vez había oído a un cura papista predicar en un granero bajo fuego de artillería. Los obuses le pasaban por arriba y los cerdos por abajo. El cura predicaba sobre puntos muy complicados de la doctrina de la Inmaculada Concepción y los hombres lo escuchaban embelesados. Luego le explicó que era puro sentido común. No querían oraciones lacrimosas o mortuorias. Lo que querían era que les distrajesen... ¡Y eso es lo que hacía el cura!

Así es como hay que hablar a los hombres antes de un bombardeo: sobre las alondras, ¡o de las patas traseras del elefante del viejo Lane! Y no hay que apresurarse cuando el coronel te manda llamar.

Anduvo tranquilamente sin pensar en nada. Los guijarros de la grava se volvieron claros e individuales. A alguien se le había caído una carta. Slocombe, el dramaturgo, estaba cerrando su cuaderno, y con una especie de suspiro echó mano del rifle. El sargento mayor de la compañía A había mandado salir a algunos hombres. Les dijo:

—¡Deprisa!

Al pasar, Tietjens observó:

—Déjelos a cubierto todo el tiempo que pueda, sargento mayor.

De pronto se le ocurrió que había cometido una falta al dejar al cabo Duckett con Aranjuez. Un oficial no debía recorrer un tramo de trinchera solitaria sin escolta. Podía acertarle un regalo de los alemanes y se perdería una propiedad de Su Majestad. Nadie podría ir a buscar al médico o a los camilleros, mientras te desangrabas. Así era el ejército...

En fin, había dejado a Duckett con Aranjuez para consolarlo. Aquel subalterno diminuto estaba sufriendo. Dios sabía qué pequeñas angustias plagarían su imaginación, ¡como ratones! Era valiente como un león cuando empezaba el bombardeo, pero antes su rostro moreno y minúsculo temblaba cuando le visitaban sus pensamientos...

¡En realidad había dejado a Aranjuez con Valentine Wannop! Reparó en que eso era lo que había hecho. Duckett era Valentine Wannop. Limpio, rubio, pequeño, con un rostro corriente, la mirada valerosa y la nariz ligeramente puntiaguda y obstinada... Era como si hubiese estado paseando por una carretera con Valentine Wannop y se hubieran encontrado con alguien muy afligido. Y él le hubiese dicho:

—Yo tengo que seguir. ¡Tú quédate y haz lo que puedas!

Y, sorprendentemente, se vio paseando por un camino rural al lado de Valentine Wannop, en silencio, con la callada intimidad que otorga la posesión. Ella le pertenecía... No era un camino de montaña: no estaban en Yorkshire. Ni un camino por un valle: tampoco era Bemerton. Él no estaba hecho para una parroquia rural. ¡Así no tendría que aceptar órdenes!

Era un camino por la campiña, con algunos de esos espinos que sólo crecen en Kent. Y el cielo que se extendía por todas partes parecía la tapadera plana de aquellas tierras.

¡Sorprendente! Hacía dos semanas que no había vuelto a pensar en aquella chica, salvo en los grandes bombardeos en los que había deseado que no se preocupara si es que conocía su paradero. Tenía la sensación de que ella siempre sabía dónde estaba. Cada vez pensaba menos en la chica. Se iba distanciando en el tiempo... Como su pesadilla de los zapadores alemanes que necesitaban una vela para el capitán. Al principio la había tenido tres o cuatro veces por noche..., luego sólo una vez cada noche...

El parecido físico de aquel muchacho le había recordado a la chica. Era algo

accidental, así que no formaba parte de ningún ritmo psicológico. Es decir, que no servía para indicarle si, en el curso natural de las cosas y sin accidentes de por medio, estaba dejando de obsesionarle.

¡Ahora, sin duda, le estaba obsesionando! Más allá de lo soportable o creíble. Todo su ser estaba inundado de ella..., de su personalidad. Pues, por supuesto, el parecido físico con el cabo era un mero subterfugio. Los cabos no se parecen a ninguna señorita... Y, de hecho, no recordaba con exactitud qué aspecto tenía Valentine Wannop. No de forma vívida. Su imaginación no funcionaba así. Sólo gracias a las palabras que encontraba en su memoria sabía que era rubia, de nariz respingona, rostro ancho y bien plantada. Como si lo hubiese anotado y lo leyera cuando quería pensar en ella. Su imaginación no se había hecho una imagen mental y tan sólo evocaba una especie de luminosidad borrosa.

Lo que le obsesionaba era su personalidad: ¡la inteligencia exacta, la impaciencia ante los solecismos y las generalizaciones fáciles...! ¡Extraño catálogo de los encantos de la enamorada de uno...! Pero quería oírla decir: «¡Oh!, déjate de historias, Edith Ethel», cuando Edith Ethel Duchemin, ahora por supuesto, lady Macmaster, citaba alguna de las opiniones expresadas en la monografía crítica de Macmaster sobre el difunto señor Rossetti... ¡Qué lejos quedaba ahora!

Le descansaría oírla. Era, en realidad, la única persona del mundo a la que quería oír. Y, desde luego, la única con quien le apetecía hablar. ¡La única con una inteligencia despejada...! El descanso que necesitaba su imaginación del crepitar de la leña de espino debajo de todos los calderos del mundo... Del eterno e imbécil «¡Pumpurrupumpumpum... Pum... Pum!» de los cañones alemanes que seguía sonando.

¿Por qué no paraban de una vez? ¿De qué les servía tener a aquel tamborilero loco aporreando sin cesar su estúpido instrumento...? Quizá pudieran derribar alguno de nuestros aviones, pero por lo general no lo hacían. Uno veía estallar la bola negra de los obuses y expandirse lentamente como pañuelos de bolsillo alrededor de los despreocupados aviones, como guisantes lanzados contra libélulas, ¡contra esos animales azules, iluminados, rosados y hermosos...! Pero el disgusto que le producían aquellos cañones era sólo un disgusto..., un prejuicio *tory*. Probablemente fuesen muy eficaces. Era sólo que...

Como es natural, uno consideraba todos los argumentos de la invisible pugna de voluntades que tenía lugar en el firmamento. «¡Cómo! —decía nuestro Estado Mayor—, ¿que van a atacar en masa a tal hora *ackemma*? ^[193] —porque, como es natural, el Estado Mayor seguía pensando en términos de *ackemma* años después de que se hubiese establecido el sistema diario de veinticuatro horas—. ¡Muy bien, pues enviaremos un millón de aviones con ametralladoras para barrer a todos los hombres que envíen como refuerzos!»

Por supuesto, era muy poco habitual movilizar masas de hombres a plena luz del día. Pero en este juego sólo había dos posibilidades: o bien recurrías a lo habitual o bien te salías de lo habitual. Normalmente, uno no empezaba un bombardeo al amanecer y lanzaba el ataque hacia las diez y media de la mañana. Así que podía hacerse —tal vez los alemanes estuvieran haciéndolo— para aprovechar el efecto sorpresa.

Por otro lado, los nuestros podían haber enviado los aviones, cuyo enorme zumbido hacía que te vibraran todos los huesos, para darles a entender a los alemanes que estábamos preparados para que nos sorprendieran, que nos habíamos imaginado que el cerebro alemán estaba tramando una sorpresa. Así que les habíamos enviado aquellos artefactos terribles y mortíferos a sobrevolar sus setos, ¡a pesar de todos sus cañones! No había nada más aterrador en esa guerra que el vuelo ligero que pasaba a pocos metros por encima de las cabezas de tu columna: ¡la ira y el instinto dispuestos a proporcionar una lluvia terrible! Por eso los habíamos enviado. En pocos minutos estarían arrasando con...

Por supuesto, si aquello fuese sólo un alarde; si, digamos, no estuviesen llegando refuerzos y no hubiera tropas bajando de los trenes en la lejana estación de ferrocarril, la respuesta alemana apropiada sería machacar alguna de nuestras trincheras con toda su artillería pesada. Sería la forma de decir sardónicamente:

«¡Dios, si perturbáis nuestra paz y tranquilidad en un día tranquilo, nosotros perturbaremos la vuestra!». Y... ¡bruum!..., las vagonetas de carbón volarían por los aires hasta que retirásemos a nuestros aviones y el tablero de ajedrez volviese a quedar en silencio... Probablemente les iría igual de bien si se dejasen de tanto ataque y contraataque. Pero al alto Estado Mayor le gustaba intercambiar aquellas agudezas en acero. ¡Y un poco de sangre!

Un sargento o algo parecido se le acercó desde la trinchera del batallón H 2 en compañía de un hombre con una herida en la cabeza. Es decir, con un vendaje debajo del casco de acero. Tenía nariz de judío, daba la impresión de no haberse afeitado y de necesitar unos quevedos para completar su aspecto de virilidad oriental. El soldado Smith. Tietjens le preguntó:

—Dígame, ¿a qué demonios se dedicaba antes de la guerra?

El hombre respondió en un tono gutural, agradable y cultivado:

—Era periodista, señor. En un periódico socialista. ¡De extrema izquierda!

—Y ¿cómo se llama usted? —preguntó Tietjens—. No pretendo insultarle. Mi obligación es preguntárselo.

En el antiguo ejército regular era un insulto preguntarle a un soldado por su verdadero nombre. La mayoría de los hombres se alistaban bajo nombre ficticio.

El hombre replicó:

—¡Eisenstein, señor!

Tietjens preguntó si era un recluta de Derby o si lo habían obligado a alistarse. Él contestó que se había alistado como voluntario. Tietjens dijo: «¿Por qué?». Si aquel tipo era un buen periodista y estaba del lado correcto habría sido más útil fuera del ejército. El hombre le explicó que había sido corresponsal extranjero en un periódico izquierdista. Ser corresponsal de un periódico izquierdista y llamarse Eisenstein le privaba a uno de cualquier posibilidad de ser útil. Además, quería atizarles a los prusianos. Era de origen polaco. Tietjens le preguntó al sargento por su hoja de servicios. El sargento respondió: «Es un hombre de primera. Y un soldado de primera». Estaba recomendado para la DCM. Tietjens dijo:

—Pediré que lo trasladen al regimiento judío. Entretanto, puede volver usted a la Primera Línea de Transporte. No debería haberse hecho usted periodista izquierdista llamándose Eisenstein. O una cosa o la otra, pero no las dos. —El hombre repuso que a sus ancestros les habían puesto ese nombre en la Edad Media. Él habría preferido llamarse Esaú como buen hijo de esa tribu. Rogó que no lo enviara al regimiento judío, del que se decía que estaba en Mesopotamia, justo cuando la lucha se estaba poniendo interesante—. Debe de estar pensando usted en escribir un libro —dijo Tietjens—. Bueno, allí podrá escribir sobre el Abaná y el Farpar. Lo siento, pero es usted lo bastante inteligente para comprender que no puedo aceptar la... —Se interrumpió temiendo que, si el sargento oía algo más, los hombres pudieran llegar a recelar de él. Le incomodaba haber tenido que preguntarle su nombre en presencia del sargento. Parecía un buen tipo. Los judíos sabían combatir... ¡Y cazar...! Pero no quería correr riesgos. El hombre, de ojos negros y muy envarado, miró a Tietjens a la cara e hizo un gesto nervioso.

—Lo comprendo, señor —dijo—. Pero es una decepción. No estoy escribiendo nada. Quiero seguir en el ejército. Me gusta la vida militar.

Tietjens respondió:

—Lo siento, Smith. No puedo evitarlo. ¡Rompa filas! —Lo sentía. Creía a aquel tipo. Pero la responsabilidad endurece el corazón. Así debía ser. Muy poco tiempo antes se habría preocupado por él. Probablemente mucho. Ahora no iba a hacerlo...

Una gran A mayúscula pintada con cal decoraba el trozo de hierro corrugado que había apoyado descuidadamente contra un canal que formaba un ángulo recto con la trinchera. Para sorpresa de Tietjens un fuerte impulso, como una oleada de pasión, empujó todo su ser a seguir a la izquierda por el canal. No era miedo, no era ningún tipo de temor. Se había implicado irritablemente en el caso del soldado Smith-Eisenstein. Le había irritado tener que acabar con la carrera de un judío socialista. Esas cosas no se hacían si uno era omnipotente... como lo era él. Entonces... ¿a qué venía aquel fuerte impulso...? Era un deseo apasionado de ir donde pudiera encontrar un intelecto preciso: un descanso.

De pronto, creyó comprenderlo: para el sargento mayor de Lincolnshire la palabra

paz significaba que se podría estar de pie en lo alto de una colina. Para él significaba que tendría alguien con quien hablar.

V

El coronel dijo:

—Oiga, Tietjens, présteme doscientas cincuenta libras. Dicen que es usted riquísimo. Mis cuentas están vacías. Han interpuesto una repugnante reclamación contra mí. Todos mis amigos me han dado la espalda. Si vuelvo a casa tendré que enfrentarme a una Comisión de Investigación. Pero no me queda más remedio que volver. Tengo los nervios destrozados. —Añadió—: Supongo que ya lo sabía.

El odio súbito y feroz que sintió al pensar en prestarle dinero a aquel hombre, sirvió para que Tietjens supiera que su subconsciente basaba todos sus cálculos en la idea de irse a vivir con Valentine Wannop... cuando se pudiese estar de pie en lo alto de una colina.

Había encontrado al coronel en la bodega —una auténtica bodega construida en lo que quedaba de una granja— sentado en el borde de su cama de campaña, en pantalones cortos, con la camisa caqui muy abierta. Tenía los ojos un poco enrojecidos, pero llevaba el cabello corto y plateado bien peinado y el bigote gris muy arreglado. De hecho, enfrente de él, sobre la mesa, había dos cepillos con el dorso de plata y un pequeño espejo. A la luz de la lámpara que, colgada del techo, les daba a las paredes de piedra un tono ligeramente nauseabundo, su aspecto era limpio y decidido. Tietjens se preguntó qué aspecto tendría a la luz del día. Junto al espejo y los cepillos había una pipa vacía, un lápiz rojo y los papeles blancos y amarillentos de Whitehall que Tietjens había leído ya.

Había empezado por mirar a Tietjens con una mirada dura, aguda y enrojecida. Le había dicho: «¿Cree que puede ponerse al mando de este batallón? ¿Tiene usted alguna experiencia? Por lo visto, ha sugerido que me tome dos meses de permiso».

Tietjens esperaba un estallido violento. Incluso con amenazas. No se había producido ninguno. El coronel se había quedado mirándole fijamente, sólo eso. Se había quedado quieto, con los largos brazos desnudos hasta el codo y apoyados en las rodillas abiertas. Le informó de que, en caso de que se decidiera a marcharse, no quería dejar su batallón en manos de un hombre que acabara haciéndolo pedazos. Siguió mirando a Tietjens. La frase resultaba singular a esa hora y en ese lugar, pero Tietjens comprendió que se refería a que no quería que hiciera pedazos la disciplina del batallón.

Tietjens le respondió que no creía que la disciplina acabara hecha pedazos bajo sus órdenes. El coronel inquirió:

—¿Cómo lo sabe? Usted no es militar, ¿verdad?

Tietjens le explicó que en el frente había estado al mando de una compañía entera, casi tan numerosa como el batallón y, en concreto, una unidad de exactamente ocho veces su fuerza actual. No creía que hubiese habido quejas. El coronel dijo con

frialdad:

—¡Bueno! No sé nada de usted. —Luego añadió—: Por lo visto, organizó muy bien la retirada del batallón la otra noche. Yo no estaba en condiciones de hacerlo. No me encuentro bien. Estoy en deuda con usted. Parece que les ha caído en gracia a los hombres. Están hartos de mí.

Tietjens estaba sobre ascuas. Ahora le embargaba un deseo apasionado de ponerse al mando del batallón. Era lo último que habría pensado. Dijo:

—Si esto se convierte en una guerra de movimientos, señor, me temo que no tengo demasiada experiencia.

El coronel respondió:

—No se convertirá en una guerra de movimientos antes de mi vuelta. Si es que vuelvo.

Tietjens dijo:

—¿No cree usted que ya lo parece, señor? —Tal vez fuese la primera vez en su vida en que le pedía información a un superior en rango..., con la creencia implícita de que obtendría una respuesta precisa.

El coronel objetó:

—No. Sólo nos estamos retirando a posiciones predeterminadas. Tendremos trincheras esperándonos hasta llegar al mar. Eso suponiendo que el Estado Mayor haya hecho bien su trabajo. De lo contrario, estamos listos. Nos habrán despachado, ultimado, machacado, aniquilado, dejaremos de existir.

Tietjens insistió:

—Pero, si el gran bombardeo que, de acuerdo con la división, está a punto de empezar...

El coronel preguntó:

—¿Qué?

Tietjens repitió sus palabras y añadió:

—Podrían empujarnos más allá de la siguiente línea de trincheras.

El coronel pareció sumirse en sus pensamientos.

—No va a haber ningún gran bombardeo —dijo. Estaba empezando a añadir «La división ha recibido...», cuando un considerable golpetazo sacudió la colina que tenían a sus espaldas. El coronel se quedó escuchando sin prestar demasiada atención. Sus ojos se posaron pensativos sobre los papeles que tenía delante. Dijo sin elevar la mirada—: Sí, ¡no quiero que mi batallón acabe hecho pedazos! —Luego siguió leyendo el requerimiento de Whitehall. Preguntó—: ¿Lo ha leído usted? —Y añadió—: Retirarse a posiciones predeterminadas no es lo mismo que huir a campo abierto. Hay que hacer exactamente lo mismo que durante un ataque de trinchera a trinchera. Imagino que sabrá usted orientarse de noche con una brújula. O buscar a alguien que lo haga por usted. —Otro topetazo considerable sacudió la tierra, aunque desde un

poco más lejos. El coronel le dio la vuelta a la hoja de papel de Whitehall. Por el otro lado estaba la nota del general de brigada. La contempló con ojos tristes y nada sorprendidos—. Mal asunto —dijo—. ¿Lo ha leído? Tendré que ir a ver qué es lo que pasa. —Exclamó—: También es mala suerte. Me gustaría haber dejado el batallón en manos de alguien que lo conociera mejor. No creo que usted lo haga. Aunque puede que sí. —Una inmensa colección de atizadores de chimenea, todos los atizadores del mundo cayeron justo sobre sus cabezas. El ruido parecía repetido por el eco, pero, por supuesto, no era así: simplemente se repetía. El coronel miró con desgana hacia arriba. Tietjens se ofreció a ir a echar un vistazo. El coronel dijo—: No, no suba. Notting nos avisará si hace falta algo... ¡Aunque no creo! —Notting era el furriel de ojos negros de la bodega contigua—. ¿Cómo querían que llevásemos las cuentas correctamente en agosto de 1914? ¿Cómo pueden esperar que recuerde lo que ocurrió? ¡En la base! ¡Entonces! —Parecía abatido, pero no resentido—. Qué mala suerte... —dijo—. En el batallón y... ¡con esto! —Tamborileó los dedos sobre los papeles y alzó la vista para mirar a Tietjens—. Supongo que podría librarme de usted con un informe negativo —dijo—. O tal vez no... El general Campion lo destinó aquí. Dicen que es usted hijo bastardo suyo.

—Es mi padrino —replicó Tietjens—. Si redacta usted un informe negativo, no me quejaré. Siempre que lo base en mi falta de experiencia. Si alega cualquier otro motivo, elevaré una queja al general de brigada.

—Es lo mismo —repuso el coronel—. Me refiero a que sea usted su ahijado. Si hubiese pensado que era usted el hijo bastardo del general no lo habría dicho... No, no quiero redactar un informe negativo sobre usted. Es culpa mía que no conozca al batallón. Le he tenido siempre apartado. No quería que viese el estado en que está el papeleo. Dicen que es usted todo un burócrata. Trabajaba usted en una oficina gubernamental, ¿no? —Estaban dando golpetazos regulares en el suelo a ambos lados de la bodega. Era como si un boxeador del tamaño de una montaña le estuviera propinando derechazos e izquierdazos pesadamente. Eso dificultaba mucho la conversación—. Negra suerte la mía —dijo el coronel—. Y encima McKechnie está chiflado. Como un cencerro. —Tietjens se perdió algunas palabras. Dijo que probablemente se las arreglaría para arreglar el papeleo del batallón antes de que volviera el coronel. El ruido bajó por la colina como una pesada nube. El coronel siguió hablando y Tietjens, que no estaba acostumbrado a su voz, se perdía gran parte de lo que le decía, pero en una especie de grieta en el sonido oyó: «No pienso pillarme los dedos escribiendo un mal informe sobre usted y arriesgarme a que se me eche encima el general sólo para que traigan de vuelta a McKechnie, que está chiflado... Y no es apto para...».

El suelo retumbó de nuevo. Esta vez, el coronel escuchó y levantó la cabeza. Pero pareció satisfecho de lo que había oído y volvió a leer la carta de Whitehall. Cogió el

lápiz, subrayó unas palabras y luego se sentó clavando aburrido la punta en el papel.

A cada minuto, aumentaba el respeto que Tietjens sentía por él. Aquel hombre al menos conocía su trabajo, igual que un maquinista, o el capitán de un barco de vapor. Sus nervios debían de estar destrozados. Probablemente lo estuvieran y no pudiese ir muy lejos sin estimulantes: ahora debía de estar bajo el efecto de algún sedante.

Y, en conjunto, el modo en que le había tratado había sido admirable y Tietjens tendría que reconsiderarlo. Cayó en la cuenta de que había sido McKechnie quien le había dado a entender que el coronel lo odiaba, pero él nunca le había dicho nada. Llevaba demasiado tiempo en el ejército para darle motivos de queja a Tietjens diciendo algo claro... Y siempre le había tratado con esa deferencia colosal de la que debe hacer gala un coronel con su principal ayudante. Al entrar en el comedor, por ejemplo, si iban juntos le hacía un gesto para dejarle pasar, aunque, como es lógico, pasara el primero cuando Tietjens se detenía. Y ahí estaba, tan tranquilo. Y con ganas de ser instructivo.

Tietjens no estaba tan tranquilo: le preocupaba demasiado Valentine Wannop y la idea de que, si había empezado el bombardeo, debería estar cuidando de su batallón. Y por supuesto, el propio bombardeo. Pero, cuando Tietjens volvió a ofrecerse por señas para ir a echar un vistazo, el coronel dijo:

—No. Quédese donde está. Esto no es el bombardeo. No va a haber ningún bombardeo. Es sólo una dosis de odio matutino un poco mayor de lo normal. Se nota por el ruido. Sólo son cañones del 4,2. No están empleando artillería pesada. La verdadera artillería pesada no es tan rápida. Ahora les dispararan a los del regimiento de Worcester y a nosotros sólo una vez cada medio minuto... A eso es a lo que están jugando. Si todavía no lo sabe, ¿qué está haciendo aquí? —Luego añadió—: ¿No lo oye? —Señaló al techo con el dedo. El ruido se trasladó a la derecha tan despacio como una vagoneta de carbón. Prosiguió—: Su sitio está aquí. Ahí arriba no se le ha perdido nada. Si le necesitan ya bajarán a avisarle. Notting es un furriel de primera y Dunne también es un buen elemento... Los hombres están todos a cubierto, eso es lo bueno de que tus fuerzas se hayan reducido a sólo trescientos hombres. Hay refugios de sobra para todos... En cualquier caso, éste no es sitio para usted. Ni para mí. Es una guerra de jóvenes. Nosotros somos viejos. Tres años y medio han acabado conmigo. Tres meses y medio acabarán con usted. —Miró con pesimismo su imagen en el espejo que tenía delante—. ¡Estás acabado! —dijo. Luego lo cogió, lo sostuvo al final del brazo blanco y desnudo y lo arrojó con violencia contra las toscas piedras de la pared que había detrás de Tietjens. Los fragmentos cayeron tintineando al suelo—. Dicen que son siete años de mala suerte —exclamó—. ¡Muy bien, si llego a tener siete años peores que este último será muy instructivo! —Miró a Tietjens con ojos furiosos—. ¡Oiga! —dijo—. Usted es un hombre cultivado... ¿Qué es lo peor de esta guerra? ¡Lo peor de todo! ¡Contésteme a eso! —Se puso a jadear—. Lo peor es que

no nos dejan en paz. ¡Nunca! ¡A nadie! Si nos dejasen en paz, podríamos combatir. Pero nunca... ¡A nadie! No es sólo el maldito papeleo del batallón, aunque admito que nunca se me han dado bien los papeles, sino la gente en Inglaterra. Los nuestros. Dios mío, cualquiera diría que a un pobre diablo que está en las trincheras tendrían que dejarlo en paz... Maldita sea: cuando estaba en el hospital me llegaban cartas de abogados acerca de disputas familiares. ¡Imagínese...! ¡Imagínese! Y no me refiero a papeleos de mercachifles. Sino de mi propia familia. Y ni siquiera tengo una mujer mala como la de McKechnie, o, según dicen, como la suya. Mi mujer es un poco manirrota y los niños salen caros. Ya es suficiente preocupación... Pero mi padre murió hace dieciocho meses. Estaba asociado con mi tío. Un constructor. Y trataron de quitarle la herencia de su parte del negocio y dejar a mi madre sin nada. Mi hermano y mi hermana han acudido a los tribunales para recuperar lo poco que mi padre gastó en mi mujer y mis hijos cuando vivieron con él mientras yo estaba en la India... Y aquí... Mi abogado dice que pueden deducir el coste de su mantenimiento de mi parte de la herencia. Lo llama doctrina de la revocación testamentaria... De la revocación... Doctrina de... Me iba mejor de sargento. —Y añadió con pesimismo—: Pero a los sargentos tampoco los dejan en paz. Siempre tienen mujeres persiguiéndoles. O sus mujeres se enredan con belgas y la gente les escribe cartas. El sargento Cutts de la compañía D recibe una carta anónima a la semana acerca de su mujer. ¡Cómo va a cumplir así con su deber! Y sin embargo lo hace. Y hasta ahora yo también... —Añadió con violencia renovada—: ¡Oiga! Usted es un hombre cultivado, ¿no? Podría escribir un libro. Escríbalo. Escriba a los periódicos. De ese modo le sería mucho más útil al ejército que estando aquí. Debe de ser usted un buen oficial. El viejo Champion es demasiado avisado para enviar a un mal oficial a este puesto, por muy ahijado suyo que sea... Además, no creo lo que se dice de usted. Si un general quisiera destinar a un tipo a un puesto cómodo, no lo habría enviado aquí. Así que puede asumir el mando del batallón con mis bendiciones. No se preocupará por ellos más de lo que lo he hecho yo, pobres Glamorgan.

¡De modo que tenía su batallón! Soltó un inmenso suspiro. Otra vez empezaron a oírse los golpetazos en la trinchera. Imaginó aquellos obuses como halcones cazando en un seto. Lo más probable era que fuesen muy precisos. Los alemanes siempre lo eran. Casi seguro que las trincheras se estarían llevando un buen vapuleo, la grava hermosa y rosada estaría desmoronándose y formando montones como los que hay en los parques esperando a que los extiendan por los senderos. Recordó cuando estuvo en lo alto de la Montagne Noire, todavía, gracias a Dios, detrás de donde estaban ahora. ¿Por qué daba gracias a Dios? ¿De verdad le importaba dónde estuviera el ejército? ¡Probablemente! Pero ¿tanto como para decir «gracias a Dios»? Probablemente también... Sin embargo, ¿qué importancia tenía eso mientras siguiesen resistiendo? ¿Qué importancia tenía nada? Lo único que importaba era

seguir resistiendo. Desde la Montagne Noire había visto nuestros obuses cayendo sobre una fina línea en la distancia, con un tiempo espléndido. Cada obús se convertía en una hermosa columna de humo blanco. Delante y detrás del frente... Junto al pueblo de Messines. Le había producido cierta euforia pensar que nuestros artilleros tuviesen tanta puntería. Ahora algún alemán en alguna colina se sentiría eufórico al ver las columnas de humo sobre nuestras líneas. Pero Tietjens iba a... ¡Qué demonios!, iba a ganar doscientas cincuenta libras para irse a vivir con Valentine Wannop... cuando realmente se pudiera estar de pie en una colina..., ¡en cualquier parte!

Notting, el furriel, se asomó y dijo:

—La brigada pregunta si estamos sufriendo muchos daños, señor.

El coronel miró a Tietjens con ironía:

—¿Qué va usted a responderles? —le preguntó. Luego le dijo a Notting—. Este oficial asumirá el mando. —Los ojos pequeños y brillantes y las mejillas rubicundas de Notting no expresaron la menor emoción—. ¡Oh!, dígame a la brigada —dijo el coronel— que estamos más contentos que unas pascuas. Podríamos seguir así hasta el día del Juicio. —Preguntó—: No estamos sufriendo muchos daños, ¿verdad?

Notting dijo:

—No, no muchos. Los de la compañía C se quejan de que les han echado abajo sus preciosos contrafuertes. El centinela de su refugio dice que los guijarros son tan peligrosos como la metralla.

—Bueno, contéstele a la brigada lo que le he dicho. Con los saludos del mayor Tietjens, no con los míos. Él está al mando... Más vale que empiece dándoles una buena impresión —y añadió dirigiéndose a Tietjens. Había sido entonces cuando le había espetado de pronto—: ¡Oiga! ¡Présteme doscientas cincuenta libras!

Se quedó mirando fijamente a Tietjens con el extraño aspecto de un hombre que acaba de plantear un acertijo jocoso y complicado...

Tietjens se había apartado..., en realidad medio centímetro. El hombre le explicó que sufría una enfermedad repulsiva: casi algo sucio. Uno no contrae una enfermedad repulsiva, salvo contagiándose de las mujeres más vulgares o siendo terriblemente desaseado... Sus amigos le habían dado la espalda. ¡Los amigos así siempre acaban dándote la espalda! Tenía las cuentas vacías... Era, en suma, uno de esos canallas sucios y timadores a los que uno les presta dinero... ¡Inevitablemente!

Un estallido de los que no se pueden pasar por alto, como ocurre en las tormentas con algunos truenos, envió un montón de grava por las escaleras de la bodega. Se estrelló contra la endeble puerta. Oyeron a Notting salir de la bodega y decirle a alguien que volviera a echarla fuera.

El coronel miró al techo. Dijo que ése había acertado en el parapeto y luego se le quedó mirando fijamente. Tietjens se dijo: «Estoy perdiendo los nervios... Es por esa

condenada noticia de que va a venir Campion... Me estoy convirtiendo en un tipo indeciso y desdichado».

El coronel dijo:

—No soy un maldito parásito. ¡Nunca había pedido dinero prestado! —Su pecho jadeaba... Se expandía y luego volvía a contraerse cuando se contraía el orificio color caqui de su garganta. Tal vez fuese cierto que nunca hubiese pedido dinero prestado...

Después de todo, no tenía importancia qué clase de hombre fuera, lo importante era en qué clase de hombre se estaba convirtiendo Tietjens. Dijo:

—No puedo prestarle el dinero. Pero le garantizaré un descubierto a su pagador. Por importe de doscientas cincuenta libras.

De modo que seguía siendo de los que prestan dinero automáticamente. Se alegró.

El coronel pareció abatido. Sus hombros rectos y marciales se encorvaron. Exclamó con pesar:

—Vaya, pensé que podía acudir a usted.

Tietjens respondió:

—En el fondo viene a ser lo mismo. Puede extender un cheque en su banco exactamente igual que si hubiese ingresado el dinero.

El coronel dijo:

—¿Sí? ¿Viene a ser lo mismo? ¿Está usted seguro? —Sus preguntas eran como los ruegos de una joven pidiendo que no la asesinaran.

... Obviamente no era ningún parásito. Estaba virgen en cuestiones financieras. No había un solo subalterno de dieciocho años en todo el ejército que, después de un permiso de quince días, no supiera lo que significaba que le garantizasen un descubierto... Tietjens habría preferido que no lo supieran. Dijo:

—Prácticamente tiene usted el dinero en la mano mientras está ahí sentado. Sólo tengo que escribir la carta. Es imposible que su pagador rechace mi aval. Si lo hace, reuniré el dinero y se lo enviaré. —Se preguntó por qué no lo hacía en cualquier caso. Un año o dos antes no habría dudado en dejar su cuenta en números rojos. Ahora tenía una objeción insoportable. ¡Una especie de repugnancia! Dijo—: Es mejor que me dé usted su dirección. —Y, como su imaginación estaba divagando un poco, ¡llevaban mucho tiempo hablando!, añadió—: Supongo que irá usted a la Cruz Roja n.º IX de Ruán un tiempo.

El coronel se puso en pie de un salto:

—¡Dios mío! ¿Cómo? —gritó—. Yo... al n.º IX.

Tietjens exclamó:

—No conozco el procedimiento. Usted dijo que tenía...

El otro gritó:

—Tengo cáncer. Un bulto enorme en la axila. —Se pasó la mano sobre la carne

desnuda por la abertura de la camisa y el largo brazo desapareció hasta el codo—. Dios mío..., supongo que, cuando dije que mis amigos me habían dado la espalda, pensó usted que les había pedido ayuda y me la habían negado. No... Lo que pasa es que están todos muertos. Es la peor forma de darle la espalda a un amigo, ¿no cree? ¿Es que no entiende cómo habla un hombre?

Volvió a sentarse pesadamente en la cama.

Dijo:

—Dios, si no hubiese prometido prestarme el dinero, no me habría quedado otra salida que quitarme de en medio.

Tietjens replicó:

—Pues quíteselo de la cabeza. Y asegúrese de que le cuidan bien. ¿Qué dice Derry?

El coronel volvió a estallar con violencia:

—¡Derry! El MO... ¿Cree usted que se lo contaría? ¿O a esas sabandijas de los subalternos? ¿O a nadie? Comprenderá ahora por qué no quería tomarme la dichosa pastilla de Derry. No sé qué efectos podría tener... —Una vez más, se pasó la mano por la axila y sus ojos adoptaron una expresión anhelante y calculadora. Añadió—: Ya que le he pedido el préstamo, creo que es mi deber advertirle de que tal vez no pueda devolvérselo. ¿Su oferta sigue en pie?

Unas gotas de sudor habían formado unas perlas sobre su frente, que ahora brillaba húmeda.

—Si no ha consultado a nadie —respondió Tietjens—, es posible que no sea cáncer. Yo iría cuanto antes a que me viese un médico. ¡Mi oferta sigue en pie!

—Lo es —respondió el coronel con un aire de infinita omnisciencia—. Mi padre también lo tuvo. Y no se lo dijo a nadie hasta tres días antes de morir. Yo tampoco lo haré.

—Yo iría a ver al médico —insistió Tietjens—. Se lo debe usted a sus hijos. Y al rey. Es usted demasiado buen soldado para que el ejército pueda permitirse perderle.

—Muy amable por su parte —dijo el coronel—. Pero ya he soportado demasiado. No podría enfrentarme al veredicto... —De nada habría servido decirle que se había enfrentado a cosas peores. Teniendo en cuenta la clase de hombre que era, probablemente no lo hubiera hecho. El coronel añadió—: ¡En fin, si puedo serle de ayuda!

Tietjens observó:

—Creo que debería ir a recorrer la trinchera. Hay un sector inundado...

Estaba decidido a recorrer la trinchera. Tenía que..., ¿cómo era...?, «encontrar un sitio donde estar a solas con el cielo».^[194] Además, seguía convencido de que tenía que mostrarles a los hombres su corpachón parecido a un saco de harina mientras se paseaba despreocupado pero atento.

Había otra cosa que le preocupaba. No quería plantearla para no dar la impresión de que estaba cuestionando la eficiencia militar del coronel. Lo edulcoró un poco: ¿tenía el coronel algún consejo concreto que darle acerca de las comunicaciones con las unidades de los flancos? ¿Y sobre el envío de mensajes?

Era una manía que tenía Tietjens. Si por él fuese, tendría al batallón entrenándose día y noche para asegurar las comunicaciones. No había visto que se hubiesen tomado precauciones al respecto en la unidad. Ni en los flancos...

Le había dado al coronel en su talón de Aquiles.

Al aire libre se hizo evidente: ¡más y más y más evidente a cada instante! La noticia de que el general Campion iba a ponerse al mando había cambiado completamente el punto de vista de Tietjens sobre el mundo.

Las trincheras estaban tal como lo había imaginado. Se ajustaban con exactitud a la imagen que se había formado en la bodega. Parecían montones de grava rojiza dispuestos para distribuirlos sobre los caminos de los parques. Salir del refugio había sido como meterse en una carretilla a la que le hubiesen dado la vuelta para vaciarla. Para los hombres era muy desagradable cavar un pasadizo de salida y ponerse a cubierto al mismo tiempo. Como es lógico, los francotiradores alemanes estaban al acecho. Nuestro objetivo era conservar la mayor parte de trinchera que pudiésemos reparar a la luz del día. El de los alemanes era matar a tantos de nuestros hombres como fuese posible. Tietjens tenía que ocuparse de que los hombres estuviesen a cubierto hasta el anochecer, el comandante de la unidad que tenían enfrente tenía que procurar que los francotiradores eliminaran a todos los hombres que pudieran. A Tietjens sólo le quedaban tres francotiradores de primera, que debían tratar de eliminar a todos los francotiradores alemanes que pudiesen. Pura defensa propia.

Además, gran parte de las atenciones enemigas se dirigirían contra el tramo de las líneas bajo el mando de Tietjens. La artillería seguiría lanzándoles algún obús de vez en cuando. No demasiados para no atraer la atención de nuestra artillería. Arrojarían sobre el frente masas más o menos pesadas de explosivos, puede que el artefacto que los alemanes llamaban *Minenwerfer* disparara lo que los nuestros llamaban salchichas. Eran visibles cuando volaban por el aire y se podían destacar vigías que te advirtiesen y te dieran tiempo de ponerte a cubierto. Así que los alemanes casi habían dejado de utilizarlas, probablemente porque fuesen tan costosas como los explosivos y no tan eficaces. Hacían grandes agujeros, pero mataban a pocos hombres.

Los aviones con sus dichosas tolvas de distribución de balas —eso parecían— barrerían de vez en cuando la trinchera, pero no muy a menudo. El procedimiento era, una vez más, demasiado costoso: se limitarían a volar tranquilamente en círculos sobre sus cabezas y a bombardearles mientras la metralla impactaba a su alrededor y... llenaba de cascotes toda la trinchera. Cerdos volantes, torpedos aéreos y otros misiles flotantes, bellos y brillantes objetos plateados con aletas caerían del aire y

explotarían al dar contra el suelo o después de enterrarse. Sus artefactos eran inagotables y los alemanes tenían uno nuevo cada semana. Tal vez invirtieran demasiado esfuerzo en ellos. Muchos resultaban ser defectuosos. Y últimamente también lo eran muchos de sus misiles más eficaces. Sin duda empezaban a acusar la tensión... mental y de sus materiales. Así que, puestos a estar en aquel maldito lugar, era mejor estar en nuestras trincheras que en las suyas. ¡Nuestro material de guerra era bastante bueno!

En eso consistía la guerra de desgaste... ¡En una pérdida de tiempo! Una pérdida de tiempo en lo que se refería a matar gente, pero una ocupación interesante si se tomaba por una lucha de voluntades sobre el vasto paisaje a la luz del sol. No mataban a demasiados hombres y consumían un número infinito de misiles y una enorme cantidad de materia gris. Si se cogiera a seis millones de hombres armados con porras, ladrillos y cuchillos y se les enfrentara a otros seis millones armados de manera similar, al cabo de tres horas, cuatro millones de un bando y los seis millones del otro bando estarían muertos. En lo que se refería a matar hombres, esa guerra era una pérdida de tiempo. Es lo que ocurre cuando uno se pone en manos de los científicos aplicados. Todas aquellas cosas no las habían inventado unos soldados, sino hirsutas criaturas con gafas que miraban a través de una lupa. Aunque, por supuesto, los de nuestro bando tendrían las mejillas afeitadas y no serían tan distraídos. Su única eficacia como carniceros se reducía a que hacían posible trasladar con rapidez a esos millones de personas. Cuando sólo se tienen cuchillos uno no puede moverse muy rápido. Por otro lado, un cuchillo mata a cada cuchillada, pero, si se pone a un millón de personas a dispararle a otro con rifles a ciento ochenta metros de distancia, muy pocos acertarán en el blanco. Así que el invento era relativamente poco eficaz. Y alargaba las cosas de forma innecesaria.

Y, de pronto, se había vuelto aburrido.

Probablemente, todo ese día los alemanes se esforzarían, con toda su inteligencia centelleando a través del mundo, por matar a un par de hombres de Tietjens, mientras ellos pondrían el máximo de cuidado para no tener una sola baja. Y al acabar el día todos estarían agotados y los pobres hombres tendrían que ponerse a reparar las trincheras. Un día normal de trabajo.

Iba a ocuparse de todo... Dio órdenes de que el comandante de la compañía A fuese a verle y le informara de los daños. La trinchera parecía haber sufrido menos a la derecha del cuartel general que a la izquierda y era posible trasladar a unos cuantos hombres sin riesgos. El comandante de la compañía A era un hombre calvo y sorprendentemente delgado de unos cincuenta años. Estaba tan calvo que el casco de acero resbalaba sobre su cráneo. Había sido el dueño de una pequeña naviera y debía de haberse casado muy tarde, pues, según decía, tenía dos hijos, uno de cinco y otro de siete años. Un par de pichoncitos. Su empresa tenía unas cincuenta mil libras al

año de beneficios. A Tietjens le gustaba pensar que sus hijos tendrían la vida resuelta si lo mataban. Era un hombre agradable, capaz y silencioso que a menudo miraba abstraído a lo lejos al hablar. Dos meses más tarde lo mató limpiamente una bala.

Le impacientaba que las cosas no progresaran. ¿Qué había sido del gran bombardeo alemán?

Tietjens dijo:

—¿Recuerda al sargento mayor alemán que se rindió a sus hombres hace dos noches y que dijo que iba a abrir una tienda de chucherías en Tottenham Court Road con el dinero de la compañía que había robado...? ¿O no lo oyó usted?

El recuerdo de aquel NCO de aspecto huidizo con un uniforme gris azulado demasiado elegante para tratarse de un hombre que había participado en el combate despertó unos sentimientos muy desagradables en la imaginación de Tietjens. Le resultaba odioso tener en sus manos la vida de otro ser humano..., casi tanto como que lo cogieran prisionero..., que era lo que más temía en el mundo. De hecho le parecía incluso más odioso, pues que te cogieran prisionero al menos era algo ajeno a tu propia voluntad, mientras que tener que controlar a un prisionero, aunque fuese bajo la compulsión de la disciplina, implica cierto libre albedrío por tu parte. Y ése había sido un asunto particularmente repulsivo. Normalmente, por muy irracional que pareciese, los prisioneros le daban la impresión de estar sucios. Como si fueran gusanos. No era sensato, pero sabía que si hubiese tenido que tocar a un prisionero habría sentido náuseas. Sin duda era la consecuencia de su apasionado sentido *tory* de la libertad. Lo que distinguía al hombre de los animales era la libertad. Así que cuando a un hombre se le privaba de ella se convertía en un animal. Vivir en su compañía era como vivir entre animales, ¡como Gulliver entre los Houyhnhnms!

¡Y, por si fuera poco, aquel tipo sucio era un desertor!

Lo habían llevado al refugio del cuartel general a las tres de la mañana, una vez concluido el bombardeo. Por lo visto, había cambiado de bando aprovechando el ataque. Aunque se había pasado la noche en el cráter de un obús y se había arrastrado hasta nuestras líneas cuando todo estaba en silencio. Antes se había llenado los bolsillos con el dinero de la compañía e incluso los papeles que pudo coger. Lo habían llevado al cuartel general a esa hora tan intempestiva por culpa del dinero y los papeles, pues los de la compañía A habían considerado que debían ponerlos en manos como mínimo del furriel lo antes posible.

El CO, McKechnie, el oficial de inteligencia y el médico, aparte del propio Tietjens, acababan de instalarse allí y el aire de aquel lugar tan pequeño apestaba ya a whisky y ron. El aspecto de aquel alemán casi había hecho vomitar a Tietjens, que tenía los nervios crispados después de organizar la retirada del batallón. Tenía una especie de neuralgia en las sienes que él atribuía a haber tenido que forzar tanto la vista.

Por lo general, interrogar a los prisioneros antes de que llegasen a la división estaba muy mal visto, pero un desertor siempre despierta más interés que un prisionero normal, y el CO, que estaba en un estado de ridículo amotinamiento, ordenó a Tietjens que averiguara todo lo que pudiese del prisionero. Tietjens apenas sabía alemán: al oficial de inteligencia que hablaba dicho idioma lo habían matado. Dunne, que lo había sustituido, no sabía alemán.

El tipo, delgado, moreno, escurridizo y con ojos particularmente inquietos había respondido de buen grado a sus preguntas: sí, los alemanes estaban hartos de la guerra, se había hecho tan difícil mantener la disciplina que uno de sus motivos para desertar era que estaba harto de tratar de controlar a los hombres que tenía a sus órdenes. No tenían comida. Era imposible contenerlos cuando, al avanzar, pasaban junto a algún montón con restos de comida. ¡Y maldijo a sus superiores por reprenderle injustamente! Sin embargo, cuando el CO le pidió a Tietjens que le hiciera algunas preguntas sobre un cañón austriaco que los alemanes habían empezado a utilizar en ese frente y que disparaba un obús que se enterraba en el suelo y contenía una enorme cantidad de HE, el tipo había dado un taconazo y había respondido: *Nein, Herr Offizier, das wäre Landesverratung...!*, contestar a esa pregunta sería como traicionar a su país. Le había costado entender su psicología. Les había explicado lo mejor que había podido, en un inglés macarrónico, en qué consistían los papeles que había llevado consigo. Casi todo eran arengas a los soldados alemanes, circulares relativas a los daños y la desmoralización sufrida por las tropas aliadas y algunos informes de escaso interés..., sobre todo estadísticas de los casos de gripe. Pero, cuando Tietjens le puso delante una hoja mecanografiada con un encabezamiento que ahora no recordaba, el sargento había exclamado: *Ach, nicht das...!*, y había tratado de quitársela de las manos. Luego había desistido, al reparar sin duda en que estaba arriesgando la vida. No obstante, se había quedado tan lívido como la pared y se había negado a traducir las frases que no entendía Tietjens, quien de hecho casi no entendía ninguna, pues eran todas de carácter técnico.

Sabía que la hoja contenía algún tipo de órdenes relativas a los movimientos de tropas, pero para entonces ya estaba harto y además sabía que era uno de esos papeles en los que el Estado Mayor no quiere que metan las narices los hombres del frente. Así que dejó correr el asunto y, aprovechando que el coronel y los compadres estaban cansados y no comprendían lo que pasaba, había enviado al tipo a la brigada con el oficial de inteligencia y una escolta mayor de lo normal.

Lo que mejor recordaba Tietjens era la expresión que había empleado aquel hombre cuando le preguntaron qué pensaba hacer con el dinero que había robado. Iba a abrir una tiendecita de chucherías en Tottenham Court Road. Por supuesto, había sido camarero en Old Compton Street. Tietjens se preguntó vagamente qué sería de él. ¿Qué hacían con los desertores? Tal vez los mandaran a un campo de prisioneros:

quizá los nombrasen NCO en unidades de prisioneros. Nunca podría volver a Alemania... Era lo que mejor recordaba..., eso y el horror y el asco que le había inspirado aquel episodio, como si le hubiese causado un deterioro personal. Había tratado de olvidarlo.

¡Ahora se le ocurrió que, muy probablemente, el aviso urgente del Estado Mayor lo hubiese inspirado aquel mismo papel que ese tipo tan repulsivo había tratado de arrebatarse! Recordó que estaba tan asqueado que ni siquiera se había molestado en hacer esposar al tipo... Se le plantearon varias preguntas: ¿es posible desertar y al mismo tiempo negarse a traicionar a tu país? Quizá sí. El carácter humano es infinitamente contradictorio. ¡No había más que ver al CO, que era a la vez un oficial eficiente y un completo inútil, incluso en cuestiones relativas al servicio!

Por otro lado, puede que se tratara de una estratagema de los alemanes. El papel —con las órdenes del movimiento de tropas— podría estar pensado para hacerlo llegar a nuestro cuartel general. De hecho, en el puesto de mando de una compañía no suele haber órdenes de tanta importancia. No era normal. Los alemanes podían haber tratado de atraer nuestra atención hacia esa parte del frente mientras el verdadero ataque ocurría en otro sitio. Eso también era improbable porque esta parte del frente estaba tan debilitada por culpa de la impopularidad del pobre general Puffles entre los peces gordos de Londres, que atacar en cualquier otro lugar habría sido una locura por parte de los alemanes. Además, los franceses estaban trasladando allí un enorme contingente a toda prisa. Así que, después de todo, ¡puede que aquel hombre fuese un héroe...! ¡Aunque no tenía aspecto de serlo!

Hoy esa clase de complicaciones le resultaba fatigosa, aunque en otro tiempo le habría encantado pensarlo con calma y especular con todo género de cifras y cálculos de probabilidades. Ahora la única emoción que sentía era que, gracias a Dios, aquello no era cosa suya. Los alemanes no parecía que tuviesen intención de atacarles.

Le sorprendió comprobar que, pese a todo, lamentaba que no fuese a producirse el bombardeo. Era increíble. ¿Cómo iba a lamentar no estar en inminente peligro de muerte?

Alto, delgado, enjuto y pensativo, con el casco de acero inclinado sobre la nariz, el OC de la compañía A miró a lo lejos y observó:

—¡Siento que no nos ataquen los alemanes!

Sentía que no les atacasen los alemanes. Porque, si lo hicieran, se habría confirmado la información que les había proporcionado el prisionero. Él había capturado a aquel tipo. Probablemente se habría llevado el mérito. Tal vez lo hubiesen tenido en cuenta si hubiese pedido un permiso. Necesitaba un permiso. Quería ver a sus hijos. Hacía dos años que no los había visto. A esas edades los niños cambian mucho. Se quejó, sin recatarse en confesar sus verdaderos motivos. ¡Un hombre corriente! Pero merecía respeto. Tenía una voz gutural y chirriante. A

Tietjens se le ocurrió que aquel hombre nunca volvería a ver a sus hijos.

Deseó no tener aquellos presentimientos. A veces miraba a varios hombres a la cara y tenía el pálpito de que a éste o aquél no tardarían en matarlos. Deseó poder librarse de aquella costumbre. Le parecía indecente. Por lo general acertaba. Aunque a casi todos los hombres a los que uno veía allí acababan matándolos... Excepto a él. A él lo herirían en ese sitio blando que hay junto a la clavícula derecha.

¡Lamentaba que esa mañana no fuese a haber un bombardeo! De lo contrario se habría confirmado la información que les había dado el prisionero en el apestoso refugio. Y a aquel tipo lo había apresado su unidad. Ahora estaría firmando sus informes del cuartel general como OC en funciones del Noveno de Glamorganshire. En cierto modo, Tietjens había capturado a aquel tipo. Y su perspicacia al hacer que lo enviaran al cuartel general de la brigada con su precioso papel, tal vez hubiese causado una impresión favorable y le permitieran seguir al mando temporalmente del batallón. ¡Y si lo hiciesen, tendría muchas probabilidades de conseguir un batallón propio!

Se quedó atónito... ¡Tenía la misma mentalidad que el OC de la compañía A!

Dijo:

—Fue muy inteligente por su parte reparar en la importancia de aquel tipo y hacer que me lo enviaran. —El OC de la compañía A se sonrojó. ¡Tal vez él también se sonrojara algún día de contento al oír las palabras de algún miserable con una cinta roja alrededor del casco! Añadió—: Aunque no nos ataquen, es posible que haya sido de ayuda. Más de lo que cree. Tal vez haya sido el medio de contenerlos. —Si los alemanes se habían enterado de que teníamos sus planes de movimientos de tropas, no habrían tenido más remedio que cambiarlos. Habría sido un inconveniente. Era poco probable. No había pasado suficiente tiempo para que la noticia llegase a las altas esferas. Pero era posible. Cosas así pasaban de vez en cuando.

Aranjuez y el cabo estaban tan silenciosos que parecían formar parte de la trinchera rojiza. La grava roja empezaba a estar sucia de tierra de labor. A lo lejos las trincheras se convertían en puro terreno aluvial y se extendían por un material tan húmedo que casi parecían arenas movedizas. Una ciénaga. Era el terreno que había tratado de reforzar con sifones. Al pensar en aquel tramo se acordó. Inquirió:

¿Está usted familiarizado con el mantenimiento de las comunicaciones con las unidades de los flancos?

El hombre respondió con pesimismo:

—Sólo con lo que nos enseñaban en el campo de entrenamiento al principio de la guerra, señor. Cuando me alisté. Era bastante concienzudo, pero ya casi lo he olvidado.

Tietjens le dijo a Aranjuez:

—Usted es oficial de señales. ¿Qué hace para garantizar la comunicación con las

unidades a la izquierda y la derecha? —Aranjuez, ruborizándose y tartamudeando, demostró ser todo un experto en teléfonos y señales de campaña. Tietjens replicó—: Todo eso sirve sólo en las trincheras. ¿Y en movimiento? ¿No le entrenaron en el OTC para asegurar la comunicación entre las tropas en movimiento?

No lo habían hecho... En teoría estaba en el programa, pero siempre había habido algo que lo había impedido. La instrucción en el manejo del rifle y las granadas; el lanzamiento de bombas; el manejo de los morteros..., cualquier tipo de instrucción siempre que no fuese trasladar grupos de hombres por terreno dificultoso —pongamos dunas— o recordarles que era imprescindible que unas unidades mantuviesen el contacto con las otras, o dejaran soldados de enlace si una unidad se dividía.

Tal vez la idea que más obsesionaba a Tietjens, la idea que le dominó toda la guerra, era que uno debe estar en contacto a toda costa con las tropas de los flancos. Cuando, más tarde, tuvo que escoltar a un enorme número de prisioneros alemanes, en varias ocasiones dejó atrás a tantos soldados de enlace con los hombres, los NCO, o incluso los oficiales de su tropa que se retrasaban por enfermedad o puro agotamiento, que a veces llegó al campamento casi sin escolta, digamos con treinta soldados para custodiar a tres mil prisioneros. Teniendo en cuenta que la función de la escolta era evitar que se fugasen los prisioneros, a cualquier otro le habría parecido mejor llevarse consigo a los soldados de enlace. Aunque, por otra parte, nunca perdió a ningún prisionero —a excepción de los que mataron las bombas alemanas— y nunca dejó atrás a ninguno de sus hombres.

Le dijo al OC de la compañía A:

—Haga el favor de ocuparse de eso en su compañía. En cuanto pueda haré que lo transfieran al flanco derecho de la unidad. Siempre que los hombres estén sin hacer nada, alecciónelos sobre el asunto y hable muy seriamente con todos los cabos, los jefes de sección y los soldados más veteranos de los pelotones. Y tenga la bondad de ponerse en contacto cuanto antes con el comandante de la compañía del regimiento de Wiltshire que tenemos a nuestra derecha. De uno u otro modo la guerra ha terminado. Al menos la guerra de trincheras. O bien los alemanes nos empujan hasta el mar del Norte o bien nosotros los rechazaremos a ellos. En ese caso estarán desmoralizados y tendremos que movernos deprisa. Teniente Aranjuez, arrégleselas para estar presente cuando el capitán Gibbs arengue a su compañía y repita en las otras compañías lo que él diga.

Hablaba claro y deprisa, como hacía siempre que se encontraba bien y hablaba a propósito de manera solemne. Era obvio que, dada la inminencia de un ataque alemán, no podía convocar una reunión de oficiales, pero estaba seguro de que parte de lo que dijera llegaría a oídos de todos los hombres del batallón si lo decía en presencia del comandante de una compañía, un teniente de señales y un cabo del

puesto de mando. Se correría la voz de que el jefe estaba obsesionado con aquello, y los sargentos se ocuparían de que se tuviera en cuenta. Y los oficiales también. Era todo lo que podía hacerse, de momento.

Siguió a Gibbs por la trinchera, que en aquel tramo seguía intacta, aunque la grava roja iba siendo sustituida por tierra, y le dijo a aquel buen tipo que de ese modo harían algo para contrarrestar a los malditos civiles cuyo entrometimiento les había llevado a aquella situación. Gibbs coincidió lúgubre en que la intromisión de los civiles acabaría haciéndoles perder la guerra. Odiaban tanto al ejército regular que, cada vez que un civil veía el menor resto de un entrenamiento regular en esta lucha en el barro en la que tanto les gustaba tenerlos, escribía cien cartas bajo nombres distintos a los periódicos y el ministro de la Guerra se apresuraba a dar los pasos necesarios para conservar aquellos cien votos; Gibbs había estado leyendo un periódico inglés esa mañana.

Tietjens se sorprendió diciendo:

—¡Bueno, todavía podemos vencerles! —Era una expresión de un optimismo inconcebible. Trató de justificar sus palabras diciendo que el comandante en jefe del ejército había combatido tan bien, a pesar de las criminales intromisiones de los civiles, que ahora empezaba a ponerles coto. La llegada de Campion era la prueba de que los soldados iban a tener algo que decir en el modo de combatir. Equivalía al mando único... Gibbs expresó una satisfacción silenciosa. Si los franceses se encargaban de defender aquel frente, como sin duda harían si tuviesen el mando único, podría ir a casa a ver sus hijos. Tendrían que llevarse del frente a todas las divisiones para reorganizarlas. Tietjens dijo—: En cuanto a lo que estábamos hablando... Supongamos que destacase usted al jefe de una sección y a otro soldado para mantener el contacto con el regimiento de Wiltshire y ellos hicieran lo mismo. Y que, para que pudiesen reconocerse, llevasen pañuelos alrededor del brazo derecho e izquierdo respectivamente... Ya se ha hecho antes...

—Los alemanes —respondió lúgubremente Gibbs— les dispararían sobre todo a ellos. Probablemente le dispararan a cualquiera que llevase un distintivo. Y estaríamos peor que antes.

A petición suya, fueron a inspeccionar un tramo de la trinchera. El puesto de mando le había ordenado que lo dispusiese todo para emplazar una ametralladora en aquel lugar. Era imposible. No existía. No quedaba nada. Gibbs supuso que debía de haber sido el nuevo cañón austriaco. Probablemente nuevo, pero ¿por qué austriaco? Los austriacos no mostraban demasiado interés por los explosivos. Éste, fuera lo que fuese, disparaba algo que se enterraba y luego volaba el universo entero por los aires con poquísimo ruido y estruendo: tan sólo lo echaba todo por los aires como un hipopótamo. Gibbs apenas había reparado en nada, como habría hecho si se hubiese tratado, por ejemplo, de una mina. Cuando llegaron a avisarle de que había estallado

una mina se había negado a creerlo... Sin embargo, cualquiera podía ver que era exactamente igual que si hubiese estallado una mina. Una mina pequeña. Pero aun así una mina...

En el refugio, al otro extremo de la trinchera, un equipo de seis hombres trabajaba pacientemente por turnos con el pico y la pala. Amontonaban barro y piedras y los apisonaban, bajaban al agujero que acababan de hacer y amontonaban más barro y más piedras. El agua rezumaba sin saber muy bien adónde ir. Debía de haber un manantial por allí. Aquella ladera estaba llena de manantiales...

Cualquiera habría dicho que había sido una mina. Si hubiésemos estado avanzando habría sido una mina pequeña dejada por los alemanes para darnos la bienvenida. Pero nos habíamos retirado a un terreno que siempre habría estado en nuestro poder. Así que no podía tratarse de una mina.

Además, echaba la tierra hacia delante y hacia atrás y un poco hacia a los lados, por lo que el profundo agujero que había creado recordaba más la entrada a un pozo rudimentario que a un cráter de obús. Entre donde estaba Tietjens y la trinchera de la compañía B había un montículo lo bastante alto para que no se pudiese ver lo que había al otro lado. Un montículo enorme, una Primrose Hill en miniatura. Mucho mayor de lo que hacía un cerdo volante, o cualquier otro proyectil aéreo que hubiesen visto antes. En cualquier caso, el montículo era lo bastante grande para que Tietjens lo rodeara a cubierto y pasara a la trinchera de la compañía B. Le dijo a Gibbs:

—Tendremos que buscar un nuevo emplazamiento para esa ametralladora. No es necesario que me acompañe. Asegúrese de que los hombres no asoman la cabeza y póngalos a cubierto si ve que los alemanes tienen intención de enviarnos algún otro regalito.

VI

Tietjens se apoyó en la pendiente del enorme montículo iluminado por el sol. Necesitaba estar solo y reflexionar sobre su situación sentimental y sus ametralladoras. Lo habían tenido tan apartado de los asuntos de la unidad que de pronto había recordado que no sabía nada de las ametralladoras, o ni siquiera sobre el tipo encargado de manejarlas. Un tipo nuevo llamado Cobbe, con aire un poco estúpido, una enorme narizota tostada por el sol y la boca siempre abierta. Por su cara no parecía un hombre muy indicado para desempeñar ese trabajo. Aunque nunca se sabe.

Tenía hambre. Casi no había comido nada desde la siete de la noche anterior y se había pasado en pie la mayor parte del tiempo.

Envió al cabo Duckett al refugio de la compañía A, a pedir un bocadillo y un poco de café con ron, y al subteniente Aranjuez a la compañía B para advertirles de que iba a ir a inspeccionar a los hombres y el refugio. A la sazón, el comandante de la compañía B era un muchacho muy joven recién salido de un OTC. Era un inconveniente que estuviese al mando de una de las compañías de los flancos. Pero a Constantine, el anterior comandante, lo habían matado dos noches antes. De hecho, se decía que era el caballero cuyos restos colgaban en el alambre de espino, aunque Tietjens lo dudaba: si se hubiese retirado con sus hombres no habría quedado tan a la izquierda. En cualquier caso, no habían encontrado a nadie para reemplazarlo, salvo a aquel muchacho llamado Bennett. Un buen chico. Tan tímido que apenas se atrevía a dar órdenes, a pesar de ser muy inteligente. Y tenía la suerte de contar en la compañía con un sargento mayor muy experimentado. Uno de los Glamorganshires más veteranos. En fin, la necesidad obliga. Esa mañana la compañía había informado de cinco casos de gripe, que por lo visto estaba diezmado el mundo exterior. ¡Otra cosa que aquel hatajo de soldados de opereta podía agradecerle al mundo exterior! Se alejaban de él para convertirse en auténticos ermitaños. Y luego el mundo exterior se lo pagaba así. ¿Por qué no les dejaba disfrutar de su ensimismamiento monástico?

¡Incluso los odiosos y detestables alemanes la padecían! Los boletines de noticias de la división decían que les había afectado hasta tal punto que había divisiones enteras incapaces de combatir. Tal vez fuese una mentira para animarnos, pero probablemente fuera cierto. Al parecer, los alemanes estaban muy mal alimentados con comidas sustitutivas de escaso valor nutritivo. Los papeles que había traído aquel NCO insistían en la necesidad de tomar todo género de precauciones para evitar la propagación de aquella plaga. Otra circular aseguraba violenta y lacrimosamente a las tropas que estaban tan bien alimentadas como la población civil y el cuerpo de oficiales. Por lo visto se había producido un escándalo. Una circular que no había tenido tiempo de leer completa terminaba diciendo algo como que se había

rehabilitado el honor del cuerpo de oficiales.

Era horrible pensar en la vasta extensión de terreno que tenían enfrente, abarrotada de estómagos vacíos y cerebros trastornados. Esos tipos debían de ser los hombres más desdichados del mundo. Dios sabía que la vida de los Tommies era un infierno. Pero la de esos tipos... No soportaba imaginarlo.

Era curioso considerar cómo el odio que uno sentía por los habitantes de dichas regiones parecía saltar por encima del campo de batalla. A quien uno odiaba con verdadera inquina era la población civil y a sus gobernantes. Los muy canallas estaban dejando morir de hambre a aquellos pobres diablos de las trincheras.

Eran odiosos. Los soldados alemanes, sus servicios de inteligencia y el Estado Mayor le parecían sólo aburridos y grotescos. Unos auténticos cargantes. Le irritaba mucho pensar en el destrozo que habían hecho en sus limpias y agradables trincheras. Había sido como cuando sales una hora y dejas al perro en el salón, y al volver descubres que ha destrozado todos los cojines del sofá. Te entran ganas de darle de palos... Igual que te gustaría darles de palos a los soldados alemanes. Aunque en realidad no les desearas ningún mal. ¡Bastante era tener que vivir en aquel infierno con el estómago vacío y las pesadillas que eso produce! Como es natural, la gripe los estaba diezmando.

De todos modos, los alemanes eran de esos pueblos a los que acaba diezmando la gripe. Eran tan cargantes porque siempre se ajustaban al tópico. Uno leía sus dichas circulares y daban risa. Eran como perpetuas caricaturas de ellos mismos y estaban siempre histéricos... Hipocondriacos... El cuerpo de oficiales... El orgulloso ejército alemán... Su Gloriosa Majestad... Los hechos famosos... Nada que ver con el ejército de opereta, ¡la hipocondría los desbordaba constantemente!

A un ejército de opereta la gripe no puede afectarle tanto. No sentía su pulso físico o moral... Y, sin embargo, había gripe en la compañía B. Debían de haberse contagiado de los alemanes dos noches antes. Les habían saltado encima; había habido combates cuerpo a cuerpo. Era un fastidio. Igual que la compañía. Naturalmente, les había correspondido la parte más baja y húmeda del frente. Se decía que el refugio era como un pozo con el techo rezumante. Un sitio así sólo podía tocarle en suerte a la compañía B... Era difícil dar con una solución... no para drenar la trinchera, sino para acabar con su mala suerte. Aun así, habría que hacerlo. Tenía intención de echarles una reprimenda, pero había enviado a Aranjuez para anunciar su llegada a fin de darle al joven comandante de la compañía una oportunidad de adecentar el refugio...

¡Malditos alemanes! Se interponían entre él y Valentine Wannop. Si se volvieran a casa, podría pasarse tardes enteras hablando con ella. Para eso eran las jóvenes. Uno seduce a una joven para poder terminar sus conversaciones con ella. Es imposible hacerlo sin vivir juntos. Y no podrían vivir juntos si antes no la sedujera, pero eso no

era más que un subproducto. El caso es que de otro modo no se puede hablar. Uno no puede terminar las conversaciones en una esquina, en un museo o en un salón. Puede que uno no esté de humor, aunque ella sí lo esté, para sostener esa conversación íntima que supone la comunión final de las almas. Hay que esperar juntos..., una semana, un año, una vida, hasta que pueda tenerse, y terminarse, dicha conversación íntima. De modo que...

En efecto, era amor. Le pareció sorprendente. La palabra ocupaba tan poco sitio en su vocabulario... Amor, ambición, deseo de riquezas... Eran cosas cuya existencia ignoraba..., al menos en él. Había sido el hijo pequeño, indolente, despreciativo, competente, dedicado a contemplar ocioso la vida, aunque dispuesto a ocupar la posición de cabeza de familia si la Muerte así lo disponía. Había sido una especie de eterno segundo al mando.

Y ahora, ¿en qué demonios se había convertido? ¿En una especie de Hamlet de las trincheras! No, por Dios, no lo era... Estaba totalmente dispuesto a actuar. Dispuesto a asumir el mando del batallón. Probablemente era un enamorado. Los enamorados hacían cosas como asumir el mando de batallones. ¡Y cosas peores!

Debería escribirle una carta. ¿Qué pensaría ella de aquel caballero que primero le había hecho proposiciones indecentes, luego había dudado, le había dicho «¡Hasta la vista!», o tal vez ni siquiera eso, y a continuación se había ido? ¡Y que no le había mandado ni una sola carta! ¡Ni siquiera una postal! ¡En dos años! ¡Sí, una especie de Hamlet! ¡O un canalla!

Muy bien, tendría que escribirle una carta. Tendría que decirle: «Le escribo para decirle que tengo la intención de vivir con usted en cuanto termine este circo. Haga el favor de prepararlo todo para ponerse a mi disposición nada más concluir las hostilidades. Firmado, “Xtopher Tietjens, OC en funciones del 9.º de Glamorganshires”». Una comunicación militar en toda regla. A ella le gustaría saber que estaba al mando de un batallón. O tal vez no. Era pro alemana. Le gustaban aquellos tipos cargantes que hacían pedazos los cojines de su sofá.

No estaba siendo justo. Ella era pacifista. Pensaba que aquel modo de actuar era odioso e inútil. Y la verdad es que a veces lo parecía. Bastaba con ver lo que había pasado con sus limpios pasadizos en la grava. Y el montículo de tierra. Aunque al menos le servía para sentarse un rato a cubierto. ¡A la luz del sol! Con un montón de alondras. Alguien escribió una vez:

¡Una mirada de alondras cantó por encima de ella, y se elevó hasta perderse de vista! [195]

En realidad era una idiotez. Las alondras no saben cantar al unísono. Emiten un sonido descorazonador, parecido al que se produce al frotar dos corchos uno contra el otro... Una imagen acudió a su memoria. Muchos, muchos años antes, probablemente después de ver cómo aquel artillero torturaba al alemán gordo, porque

había sido al pie de Max Redoubt... ¡Sin duda el sol ya brillaría en Bemerton! En fin, él no podría ser un párroco rural. ¡Iba a vivir con Valentine Wannop...! Recordó que había bajado por el otro lado de la colina y que se había sentido muy bien. Casi seguro por haber salido de aquel OP que habían tratado de descubrir los cañones alemanes. Había bajado a grandes zancadas, con las puntas de los cardos rozándole las caderas. Obviamente en los cardos había algo que atraía a las moscas. Suele ocurrir después de una gran victoria. El caso es que miríadas de golondrinas lo habían seguido a lo largo de unos veinte metros volando y revoloteando a su alrededor, rozándolo con las alas a él y a los cardos. Y, cuando el cielo azul se reflejaba en el azul de su espalda —pues volaban por debajo de su punto de vista—, se había sentido como un dios griego caminando por el mar...

Las alondras eran mucho menos inspiradoras. En realidad, estaban insultando a los cañones alemanes. Imbécil e incesantemente, les gritaban imprecaciones y amenazas. Hasta ahora había habido muy pocas. Ahora que volvían a caer obuses a uno o dos kilómetros de allí, el cielo estaba cubierto de alondras. ¡Una miríada —dos miríadas— de corchos a la vez, no al unísono, cantaban por encima de él y se elevaban hasta perderse de vista! Casi parecía una señal de que los alemanes iban a volver a bombardearles. «¡El Todopoderoso ha inculcado un instinto sorprendente en su pecho!» Tal vez fuese cierto. Sin duda, los obuses al acercarse sacudían la tierra y perturbaban a los animales en sus nidos. Por eso se ponían a chillar, quizá para advertirse unos a otros, quizá para desafiar a la artillería.

Iba a escribir a Valentine Wannop. Había sido una torpeza despreciable no haberlo hecho antes. Se había propuesto seducirla, no lo había hecho, y se había ido sin decir una palabra... ¡Y, por si fuera poco, convencido de haber hecho lo correcto!

Dijo:

—¿Ha comido usted algo, cabo?

El cabo se tambaleó en la pendiente del montículo delante de Tietjens. Se ruborizó, se frotó la suela derecha contra la pantorrilla izquierda, y sostuvo en la mano derecha una latita y una taza y en la izquierda un paño immaculado con un pequeño cubo.

Tietjens se debatió entre beberse primero el café con ron del ejército para despertar el apetito y comerse luego los bocadillos, o dar cuenta de ellos antes para así tener más sed... Escribir a Valentine Wannop sería totalmente reprobable. Un acto digno de un seductor sin escrúpulos. ¡Reprobable...! Dependería de qué fuesen los bocadillos. Sería agradable llenar el vacío que sentía detrás del esternón. Pero ¿sería mejor hacerlo con algo sólido o con un líquido caliente?

El cabo fue muy hábil... Puso la lata de café, la taza y el paño sobre una piedra plana que sobresalía del montículo; una vez desenvuelto, el paño hizo las veces de mantel, sobre el que aparecieron tres montones de bocadillos etéreos. Respondió que

había comido media lata de cordero caliente y unas judías, mientras preparaba los bocadillos. La primera pila de bocadillos era de *foie gras*: una pasta de ternera con mantequilla, que en realidad era margarina; la segunda, de pasta de anchoas de lata y cebolla picada; la tercera pila era de carne de ternera *nature* con salsa Worcester... ¡Había utilizado todo lo que había disponible!

Tietjens sonrió al ver la obra de aquel muchacho. Le dijo que estaba hecho todo un *chef*. El chico respondió:

—¡Un *chef* todavía no, señor! —Llevaba un taburete de campaña colgado de la pala, junto a la cadera. Había sido ayudante de uno de los cocineros del Savoy. En París—. ¡Más bien lo que suele llamarse un *marmiton*, señor! —dijo. Estaba allanando un sitio junto a la roca plana con la pala. Luego dispuso el taburete sobre dicha plataforma.

Tietjens preguntó:

—¿Llevaba usted un gorro y un delantal blancos?

Le gustaba imaginar vestido de blanco a aquel muchacho rubio que se parecía a Valentine Wannop. El cabo replicó:

—¡Ahora es distinto! —Se quedó junto a Tietjens, sin dejar de frotarse la pantorrilla. Pensaba que la cocina era un arte. Habría preferido ser pintor, pero su madre no tenía dinero. La fuente de sus ingresos se secó durante la guerra... Si el CO pudiera recomendarlo al acabar la guerra... Era consciente de que sería difícil encontrar trabajo después de la guerra. Todos los sinvergüenzas que se habían librado de ir al ejército, los RASC y los hombres de las líneas de comunicación tendrían mejores oportunidades. Como solía decirse, cuanto más lejos del frente, mejor era la paga. ¡Y también las oportunidades!

Tietjens dijo:

—Por supuesto que le recomendaré. Conseguirá usted un trabajo. Nunca olvidaré sus bocadillos. —¡Nunca olvidaría el sabor limpio y agradable de los bocadillos o la cálida generosidad del café dulce con ron! Ni el aire azul de abril en aquella colina. Todos los objetos de aquel paño blanco estaban bien definidos, con bordes iridiscentes. ¡Y también el rostro del muchacho! Tal vez no fuese una iridiscencia física. Su aliento también era agradable. ¡Aire puro! Iba a escribir a Valentine Wannop: «Haga el favor de ponerse a mi disposición. Firmado...». ¡Reprobable! ¡Peor aún que reprobable! Uno no seduce a la hija del mejor amigo de su padre. Exclamó—: ¡Me costará mucho encontrar un trabajo después de la guerra! —Y no sólo seducir a la joven, sino invitarla a compartir con él una precaria existencia. ¡Esas cosas no se hacen!

El cabo respondió:

—¡Oh, señor; no señor...! ¡Es usted el señor Tietjens de Groby! —Había ido con frecuencia a Groby los domingos por la tarde. Su madre era de Middlesbrough. De

Southbank, más bien. Él había ido a la escuela secundaria e iba a ingresar en la Universidad de Durham cuando... se acabaron los ingresos. El 9 de agosto de 1914... No deberían enviar a muchachos de North Riding en Yorkshire a unidades de tradición galesa. Era un error. De no ser por eso no se habría topado con aquel chico que le traía tantos recuerdos desagradables—. Dicen —prosiguió el chico— que el pozo de Groby tiene cien metros de profundidad, y que el cedro que hay junto a la esquina de la casa mide cincuenta metros. ¡El pozo es dos veces más profundo que la altura del árbol! —A menudo había arrojado piedras al pozo y había escuchado: hacían un ruido enorme. Largo, ¡como un eco desquiciado! Su madre conocía a la cocinera de Groby. La señora Harmsworth. Había visto muchas veces..., se frotó las pantorrillas con más furia en una especie de paroxismo, al señor Tietjens padre, y a él, y a Mark y a John y a Eleanor. Una vez le había recogido a Eleanor su fusta de montar, que se le había caído...

Tietjens no iba a vivir más en Groby. ¡Se acabó el ambiente feudal! Supuso que viviría en un ático de cuatro habitaciones en lo alto de uno de los edificios de Gray's Inn. Con Valentine Wannop. ¡A causa de Valentine Wannop!

Le dijo al chico:

—Parece que vuelven a caer obuses. Vaya a decirle al capitán Gibbs que, si se acercan, ponga a sus hombres a cubierto hasta que dejen de disparar.

Quería estar a solas con el cielo... Se bebió la última taza de café dulce y caliente, mezclado con ron... Tomó aliento profundamente. ¡Imagínate soltar un suspiro de satisfacción después de echar un largo trago de café caliente, endulzado con leche condensada y mezclado con ron...! ¡Reprobable! ¡Gastronómicamente reproable...! ¿Qué dirían de eso en el club...? ¡Bueno, no pensaba volver al club! ¡Echaría de menos el vino de Burdeos! ¡Era un Burdeos excelente! ¡Y el frío aparador!

Aunque, puestos a eso, ¡imagínate soltar un suspiro de satisfacción por el mero hecho de asumir el mando de un batallón!, en una pendiente, en el aire limpio, con veinte mil —¡dos miríadas!— de corchos haciendo ruido por encima de él y los cañones alemanes apuntando sus proyectiles cada vez más cerca! ¡Increíble!

Probablemente estarían probando el nuevo cañón austriaco. Metódicamente, con una meticulosidad ilimitada. Eso, suponiendo que de verdad tuvieran un nuevo cañón austriaco. Tal vez no lo tuviesen. Aquella arma había despertado mucho nerviosismo en la división. Las órdenes decían que era imprescindible averiguar todo lo que se pudiese sobre ella, pues se suponía que disparaba un proyectil de gran eficacia explosiva. Así que Gibbs había llegado a la conclusión de que lo que había hecho pedazos el proyectado emplazamiento de su ametralladora había sido el nuevo cañón. En ese caso, lo estaban probando con mucha meticulosidad.

La explosión del cañón o cañones —disparaban cada tres minutos, lo que podía significar que había sólo uno y que hacían falta unos tres minutos para recargarlo—

era muy ruidosa y aguda. Todavía no había oído el ruido hecho por el proyectil, pero las explosiones a lo lejos sonaban extrañamente amortiguadas. Era de suponer que cuando el proyectil llegaba al suelo se enterraba y después explotaba con un temporizador. Lo más probable era que no fuese muy peligroso para la vida, pero si tenían suficientes cañones y el HE necesario para machacar las trincheras en todo el frente, y si los proyectiles eran tan eficaces como lo habían sido en la trinchera del pobre Gibbs, supondría el fin de la guerra de trincheras por parte de los aliados. Aunque, por supuesto, lo más seguro era que no tuviesen ni suficientes cañones ni suficientes explosivos y que además fuesen menos eficaces en otro tipo de suelos. Puede que fuera eso lo que estuvieran probando. O, si estaban disparando con un único cañón, quizá estuvieran probando cuántas andanadas podía disparar antes de quedar inutilizado. O tal vez sólo estuvieran jugando al juego de desgaste: machacar las trincheras, lo que siempre resultaba útil, y que los francotiradores les disparasen a los hombres que trataban de repararlas. Así se podía eliminar a unos cuantos, de vez en cuando. O, claro, con aviones... ¡Las alternativas eran tediosas e infinitas! Tal vez nuestros aviones pudieran inutilizar ese cañón o batería. ¡Así dejaría de disparar!

¡Reprobable...! Resopló. ¡Si uno no cumple las normas de su club, le dan la patada, y se acabó! Si uno se retira del puesto de segundo al mando de Groby, no tienes que..., ¡oh, asistir a los desfiles del batallón! Se había negado a aceptar el dinero que le había ofrecido su hermano Mark con el pretexto de una descabellada discusión. Pero, en realidad no había discutido con él. Aquella pareja sardónica sólo había contrastado su cabezonería. Por otra parte, uno tenía que ofrecer a los arrendatarios un ejemplo de castidad, sobriedad y probidad o no podría aceptar su maldito dinero. Les proporcionabas las mejores semillas canadienses, experimentos agrícolas adaptados a su suelo, te sentabas al lado del administrador, te asegurabas de que los edificios estuvieran en buen estado, empleabas a sus hijos como aprendices, cuidabas de sus hijas cuando se metían en líos y de sus hijos bastardos, tuyos o de otro. Pero para eso hay que residir en la casa solariega. «Hay que residir en la casa solariega». El dinero que sale del bolsillo de esos pobres diablos debe volver a la tierra a fin de que las fincas y todo lo que hay en ellas, incluso los mendigos oficiales, puedan hacerse más y más ricos. Por eso se había inventado aquella absurda disputa con su hermano Mark, porque iba a vivir con Valentine Wannop. No se puede tener a alguien como Valentine Wannop compartiendo contigo la unión infinita y necesaria en un sitio como Groby. Se podría tener a una amante pintarrajeada, sacada de las habitaciones de los criados, que se pasara el día discutiendo con las otras doncellas, que estarían deseando ocupar su sitio, y escandalizando a los párrocos de varios kilómetros a la redonda. A su modo sardónico, a los arrendatarios les gustaba: formaba parte de la tradición y se hacía en todo Riding. ¡Pero no a una señora, que además era la hija del mejor amigo de tu padre! Querían que las mujeres de calidad

fuesen mujeres de calidad y ellos mismos preferirían arruinarse, gastar el dinero del estiércol y las semillas en putas y arruinar la finca entera antes que permitir que tú sostuvieras la interminable conversación... Así que no había aceptado ni un penique del dinero que le ofrecía su hermano, y no lo aceptaría cuando Groby pasara a sus manos. Por fortuna estaba el heredero... ¡De lo contrario no habría podido irse con la chica!

Sintió dos agudas punzadas: ¡su hijo no le había escrito y la chica podía haberse casado con un funcionario del Ministerio de la Guerra! ¡Con el disgusto! Eso es: no podía haber nada más opuesto a él que un funcionario civil del Ministerio de la Guerra. Pero, sin duda, las cartas de su hijo las habría retenido la madre. Es lo que le hacían a la gente donde él estaba. ¡Ya lo había dicho el CO! ¡Y Valentine Wannop, que había oído su conversación, no querría entrometerse íntimamente en otra! ¡Su comunión era inmutable e incommovible!

Así que le escribiría: pecosa, categórica, bien plantada, con los pies un poco separados y siempre dispuesta a decir: «¡Oh!, déjate de historias, Edith Ethel». ¡Era como si todo se iluminase!

¡No, por Dios, no podía escribirle! Si una bala se cruzara en su camino o acabara desquiciado... ¿No sería mucho peor que se enterase de que su amor había sido profundo e inmutable? Eso lo empeoraría todo, pues ahora los bordes de la pasión probablemente se habrían hecho menos dolorosos. ¡O al menos existía esa posibilidad...! Pero, impenitentemente, seguía insistiendo en que ella se sometiese a su voluntad, por encima de los montículos formados por los proyectiles austriacos y a través de los mares. ¡Harían lo que quisieran y que cada palo aguantara su vela!

Se recostó sobre el hombro derecho sintiéndose como una especie de estatua inmensa y absurda: una pila de sacos de harina cubiertos de fango con unos grotescos pantalones cortos de los que asomaban las rodillas embarradas... Una figura de una de las tumbas Mediceas de Miguel Ángel. O tal vez el Adán... Sintió que la tierra se movía un poco a sus pies. El último proyectil debía de haber caído muy cerca. No había oído el ruido porque se había convertido en una secuencia regular. Pero había notado cómo se había estremecido la tierra...

«¡Reprobable! —se dijo—. ¡Por el amor de Dios, seamos reprobables! ¡Y al diablo con todo! ¡No somos estrategias alemanes para pasarnos el tiempo calculando los pros y los contras de la moralidad militante!»

Cogió, con la mano izquierda, la taza de la roca. El pequeño Aranjuez llegó desde el otro lado del montículo. Tietjens arrojó la taza contra una roca que había pendiente abajo. Respondió a la mirada inquisitiva y melancólica de Aranjuez diciendo:

—¡Así nadie podrá volver a brindar por nadie con ella!

El chico se atragantó y se ruborizó:

—¡O sea que quiere usted a alguien, señor! —exclamó en su tono de adoración al

héroe—. ¿Se parece a Nancy, la de Bailleul?

Tietjens replicó:

—No, a Nancy no... ¡O tal vez sí se parezca un poco a Nancy! —No quería ofender al chico dándole a entender que podía amar a alguien que no se pareciese a Nancy. Tuvo la premonición de que iban a herir a aquel chico. O tal vez fuese sólo que era atormentado de por sí.

El muchacho respondió:

—Entonces la conseguirá, señor. ¡Sin duda la conseguirá!

—¡Sí, probablemente la conseguiré! —repuso Tietjens.

El cabo llegó también del otro lado del montículo. Le informó de que todos los de la compañía A estaban a cubierto. Los tres dieron la vuelta al montículo en dirección a la trinchera de la compañía B y se metieron en ella. Bajaba en pendiente. Ciertamente estaba encharcada. Terminaba en una especie de pantano. El batallón de al lado incluso había colocado un parapeto de sacos terreros antes de su trinchera. Estaban en Flandes. Tierra de patos. Aquel pantano dificultaría el mantenimiento de las comunicaciones. Habían sacado mucha agua de donde Tietjens había puesto sus sifones de teja. El joven OC de la compañía le informó de que habían tenido que achicar el agua de la trinchera hasta hacer un desagüe que llevaba a la ciénaga. La achicaban con palas. Dos de ellas seguían apoyadas contra el revestimiento del parapeto.

—¡En cualquier caso no deberían dejarlas tiradas por ahí! —gritó Tietjens. Estaba muy satisfecho del funcionamiento de su sifón. Entretanto, los nuestros habían empezado una considerable demostración de artillería. Se volvió abrumadora. Había una especie de *Bloody Mary* a unos metros de allí, o eso parecía. Disparaba. Los aviones tal vez hubiesen revelado la situación del cañón austriaco. O tal vez estuviésemos bombardeando sus trincheras para obligarles a dejar de disparar ese cañón. Uno se sentía como un enano en mitad de una conversación o una discusión entre mastodontes. Había tanto ruido que parecía que fuese de noche. Era una oscuridad mental. No se podía pensar. ¡Una Edad Oscura! La tierra temblaba.

Estaba mirando a Aranjuez desde una altura considerable. Disfrutaba de un buen punto de vista. El rostro de Aranjuez tenía una expresión de arrobó..., como la de quien está componiendo poesía. Grandes masas de barro líquido lo rodeaban por doquier. Como tortitas que alguien echara por el aire. Pensó: «¡Gracias a Dios no le he escrito! ¡Vamos a volar en pedazos!». La tierra giró como un hipopótamo fatigado. Se posó lentamente sobre el rostro del cabo Duckett que estaba a su lado y siguió como una ola muy lenta.

Lenta, lenta, lenta..., como una película pasada a cámara lenta. La tierra siguió maniobrando durante un tiempo infinito. Tietjens se quedó suspendido en el espacio. Como había querido estarlo enfrente de la cresta de cal. ¡Qué coincidencia!

La tierra absorbió sus pies lenta y cuidadosamente.

Envolvió sus pantorrillas, sus muslos. Lo aprisionó hasta la cintura. Con los brazos libres parecía un hombre en un salvavidas. La tierra lo movía lentamente. Era casi sólida.

Debajo de donde él estaba, al pie de un montículo, el rostro del pequeño Aranjuez, moreno, con unos inmensos ojos negros de órbitas azuladas lo miró. Desde el lodo viscoso. ¡Una cabeza en una bandeja! Vio cómo sus labios implorantes pronunciaban las palabras: «¡Sálveme, capitán!». Respondió: «¡Antes tengo que salvarme yo!». No pudo oír sus propias palabras. El ruido era inconcebible.

Un hombre se le acercó. Parecía inmensamente alto porque el rostro de Tietjens quedaba al nivel de su cinturón. Aunque en realidad era un Tommy cockney bastante bajito llamado Cockshott. Tiró de Tietjens por los brazos. Tietjens trató de patear con los pies. Luego se dio cuenta de que era mejor no hacerlo. Lo sacó. De forma satisfactoria. Habían sido dos hombres. Había llegado otro, un cabo. Los tres sonreían. Se deslizó por la tierra resbaladiza hasta Aranjuez. Le sonrió a su rostro lívido. Resbalaba mucho. Sintió una terrible quemadura en el cuello, detrás de la oreja. Se tocó con la mano. Las puntas de los dedos estaban llenas de barro y tenían un ligero tono rosado. Tal vez le hubiese reventado una ampolla. Al menos quedaban dos hombres a los que no habían matado. Les hizo señas a los Tommies. Hizo gestos de excavar. Tenían que llevarle unas palas.

Se acercó a Aranjuez, al borde del barro líquido. Tal vez se hundiera. No lo hizo. Sólo hasta la caña de la bota. Sintió que sus pies eran enormes y le sostenían. Sabía lo que había ocurrido. Aranjuez se había hundido en la boca del manantial que formaba la ciénaga. Era como estar en Exmoor. Se inclinó sobre una cara pequeña e inefable. Se inclinó un poco más abajo y metió las manos en el fango. Tuvo que ponerse a cuatro patas.

Se enfureció. Le había disparado algún francotirador. Antes de sentir aquel dolor había oído un íntimo zumbido por debajo del infernal estruendo. Tenía razones para darse prisa. O, no... Estaban abajo. En un agujero muy grande. No había motivos para darse prisa. Sobre todo estando a cuatro patas.

Tenía las manos y los antebrazos en el lodo. Se esforzó por meter las manos por debajo de aquella tela grasienta, una tela grasienta. ¡Fangosa, no grasienta! Tiró hacia fuera. Aparecieron los brazos y las manos del chico. Iba a ser más fácil de lo que había pensado. Probablemente tenía la cara muy cerca de la del chico, pero era imposible oír lo que decía. Tal vez estuviese inconsciente. Tietjens se dijo: «¡Gracias a Dios tengo una fuerza física descomunal!». Era la primera vez que había tenido que dar gracias por su gran fuerza física. Levantó los brazos del chico por encima de sus hombros para que pudiera sujetarse por el cuello con las manos. Eran fangosos y desagradables. Le faltaba el aliento. Tiró hacia atrás. El chico salió un poco. Sin

duda, se había desmayado. No le ayudó. El barro estaba sucio. Era una maldición del mundo civilizado que Tietjens no hubiera tenido que emplear su enorme fuerza física hasta entonces. Era como una pila de sacos de harina, pero al menos podía partir un mazo de cartas por la mitad. Ojalá sus pulmones no fuesen...

Cockshott, el Tommie, y el cabo estaban a su lado sonriendo. Con las dos palas que no deberían haber estado apoyadas en el parapeto de la trinchera. Estaba muy enfadado. Había tratado de indicarles por señas que a quien tenían que sacar era al cabo Duckett. A estas alturas probablemente ya no sería el cabo Duckett. Sería «eso». ¡El cadáver! Lo más probable era que hubiese perdido un hombre, después de todo.

Cockshott y el cabo sacaron a Aranjuez del barro. Salió con dificultad, como una lombriz de la arena. No se tenía en pie. Las piernas se le doblaban. Se doblaba como una flor cubierta de barro. Movía los labios, pero no se oía lo que decía. Tietjens lo cogió de los dos hombres que lo sostenían entre los brazos, lo tumbó contra el montículo y le gritó al oído al cabo:

—¡Duckett! ¡Vayan a sacar a Duckett! ¡Deprisa!

Se arrodilló y le palpó la espalda al chico. Podría haberse hecho daño en la columna. El muchacho no se encogió. Aun así, podía estar herido en la columna. No podían dejarlo allí. Tendrían que enviar a unos camilleros con una camilla, si es que encontraban una. Pero los francotiradores podían dispararles por el camino. Probablemente él mismo pudiera cargar con el chico, si sus pulmones aguantaban. De lo contrario, podría arrastrarlo. Se sintió tierno como una madre, y enorme. Tal vez fuese mejor dejarlo allí. Era imposible saberlo. Le dijo: «¿Está herido?». Los cañonazos casi habían cesado. Tietjens no vio que manase sangre. El chico susurró: «¡No, señor!» Probablemente sólo se había desmayado. Debía de estar aturdido. Era imposible saber lo que era o podía hacer la fatiga de combate. O el mero vapor de los proyectiles.

No podía quedarse allí.

Cogió al chico debajo del brazo como quien coge un rollo de mantas. Si se lo echaba a hombros podría quedar lo bastante alto para que le disparase algún francotirador. No iba muy deprisa, sus piernas eran demasiado pesadas. Dio varios pasos en dirección al manantial donde se había hundido el muchacho. Había más agua. El manantial estaba llenando el hueco. No podría haberlo dejado allí. La única explicación posible era que su cuerpo había taponado la boca del manantial. Había sido como estar en casa, donde tenían manantiales así. En los páramos, cazando tejones. O más bien cavando canales de drenaje, porque los tejones siempre construyen la madriguera en sitios secos. En los páramos que había al norte de Groby. Bajo el sol de abril. Con mucho sol y un montón de alondras.

Estaba trepando por el montículo. Durante varios metros no había otro camino. Tenían que salir del pozo hecho por el proyectil. Se desvió hacia la izquierda. Por la

derecha habrían llegado antes a la trinchera, pero quería poner el montículo entre ellos y el francotirador. Jadeaba de forma espantosa. Cada vez había más luz.

¡Eso es...! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam...! Unos ruidos muy claros a un kilómetro de distancia... Las balas silbaron sobre sus cabezas. Con un sonido largo que se alejaba. No eran francotiradores, sino los hombres de un batallón. ¡Una oportunidad! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Las balas silbaban sobre sus cabezas. Los hombres de un batallón se ponen nerviosos cuando le disparan a un blanco en movimiento. Disparan alto. Aprietan el gatillo con demasiada fuerza. Ahora era un blanco gordo en movimiento. ¿Le estarían disparando con odio o sólo por divertirse? Probablemente con odio. Los alemanes no tienen demasiado sentido del humor.

Jadeaba de forma insoportable. Tenía las piernas como dos maderos dolorosos. Llegaría arriba si lograba dar dos pasos más... ¡Bueno, lo haría...! Llegó arriba. Había estado trepando entre terrones de barro. Tenía que tomar aliento. El suelo que tenía debajo del pie izquierdo cedió. Había estado sujetando a Aranjuez delante de su cuerpo por debajo del brazo derecho. Cuando el suelo se hundió a su izquierda, el cuerpo del chico quedó arriba. Como es lógico, aquel suelo lleno de terrones tenía fisuras. Huecos. No era como una trinchera normal.

El chico pateó, chilló, se soltó... ¡Bueno, si quería irse! El chillido que dio fue como el de un caballo en un establo en llamas. Las balas habían pasado por encima de sus cabezas. El chico echó a correr tapándose la cara con las manos y desapareció al otro lado del montículo de forma cónica. Tietjens pudo arrastrarse sobre el estómago. Era más cómodo.

Se arrastró. Apoyándose en las caderas y los codos. Lo más seguro es que el manual describiera el modo correcto de arrastrarse. Él no lo conocía. Los terrones de barro le parecieron amistosos. Para ser tierra del fondo echada a lo alto no tenía un olor tan acre como habría sido de esperar. Aun así, pasaría mucho tiempo antes de que se pudiera dedicar a tierra de cultivo o de que creciera encima la hierba. Era muy probable que, desde el punto de vista agrícola, aquel país estuviese en pésimas condiciones durante mucho tiempo...

Se sintió satisfecho de su cuerpo. No había hecho ninguna clase de ejercicio en dos meses..., como segundo al mando. No podía esperarse que estuviese ni siquiera en las condiciones en que estaba. ¡Pero probablemente su estado de ánimo tuviese mucho que ver! Sin duda, había estado muy excitado. Era lógico. Resultaba muy desagradable pensar en aquellos endemoniados alemanes disparándole a unos desdichados. Muy desagradable. Y, sin embargo, nosotros hacíamos lo mismo... El chico también debía de estar muy excitado. De pronto. Se había tapado la cara con las manos. Debía de haberle dado miedo mirar. No podía culpársele. No deberían enviar colegialas al frente. Era como una chica. Aun así, debería haberse quedado para asegurarse de que Tietjens no estaba herido. Por el modo en que se le había doblado

la pierna, cualquiera habría pensado que le habían dado. Tendría que amonestarle. Levemente.

Cockshott y el cabo estaban a cuatro patas cavando con las palas de mango corto llamadas herramientas de trinchera. Estaban al otro lado del montículo.

—Lo hemos encontrado, señor —dijo el cabo—. Está completamente enterrado. Sólo se le ven los pies. No se puede emplear la pala. ¡Podríamos cortarlo en dos!

Tietjens respondió:

—Tal vez tenga razón. ¡Deme la pala! —Cockshott era aprendiz de pañero, el cabo, lechero. Lo más seguro era que no fuesen muy duchos en el manejo de la pala. Él tenía la ventaja de haberse pasado la infancia cavando. Duckett estaba enterrado en horizontal, a un lado del montículo cónico. Al menos así era como asomaban sus pies, aunque no se podía saber cómo estaría el cuerpo. Podía estar girado hacia un lado o hacia arriba. Exclamó—: ¡Sigan quitándole tierra de encima! Pero déjenme sitio.

Como los pulgares apuntaban hacia arriba, el tronco no podía estar hacia abajo. Se puso a la altura de los pies y empezó a dar terribles paladas a medio metro por debajo. Le gustaba cavar. Por suerte, esa tierra estaba un poco más seca. Caía pendiente abajo. Aquel hombre debía de llevar enterrado unos diez minutos. Parecía más, pero probablemente fuese menos. Había una posibilidad. La tierra debía de ser menos asfixiante que el agua. Le preguntó al cabo:

—¿Sabe usted aplicar la respiración artificial? ¿A un ahogado?

Cockshott respondió:

—Yo sí, señor. ¡Fui campeón de natación en Islington Baths! —Cockshott era un hombre notable. Su padre le había sujetado el brazo a un hombre que había tratado de disparar al señor Gladstone en 1866. Caía mucha tierra, después de dar una palada, aparecieron las piernas delgadas del cabo Duckett con las piernas dobladas. Cockshott dijo—: ¡Esta vez no se está frotando los tobillos!

El cabo dijo:

—El comandante de la compañía ha muerto, señor. ¡De un balazo en la cabeza!

A Tietjens le molestó que hubiese otra cabeza herida. Por lo visto no podía librarse de ellas. Era una tontería molestarse por eso, porque en las trincheras la mayoría de las heridas tenían que ser por fuerza en la cabeza. Pero la Providencia podía ser un poco más imaginativa. Para complacerle a uno. También le molestó pensar que había amonestado a aquel chico justo antes de que lo mataran. Por dejar las palas tiradas por ahí. En los jóvenes una reprimenda deja una impresión desagradable durante una media hora. Probablemente, habría sido la última incidencia de su vida. Y habría muerto desazonado... ¡Ojalá Dios se lo compensara!

Le dijo al cabo:

—Ayúdeme a subir. —Habían aparecido la mano izquierda y la muñeca de

Duckett, la mano colgaba inerte y muy sucia al nivel del muslo. Se podía adivinar el contorno del cuerpo, se podía quitar la tierra.

—No tenía ni veintidós años —dijo el cabo. Cockshott replicó:

—La misma edad que yo. Estaba obsesionado con las baquetas de los rifles.

Un minuto después sacaron a Duckett por las piernas. Podía haberle caído una piedra en la cara: en ese caso se la habría aplastado. No lo estaba, aunque había tenido que correr el riesgo. Estaba ennegrecida, pero tan sólo inconsciente... Como si Valentine Wannop se hubiese tumbado sobre un cubo de cenizas. Tietjens dejó que Cockshott le hiciera la respiración artificial metódica y eficientemente a la forma tendida.

Le supuso cierta satisfacción que, en cualquier caso, en aquella operación tan minuciosa, no hubiera perdido a ninguno de los hombres sino sólo a un oficial. No era una satisfacción militarmente correcta, aunque no tenía nada de malo porque no hacía daño a nadie. El caso es que siempre sentía más responsabilidad por sus hombres, le daba la impresión de que no estaban allí por propia voluntad. Era como ese sentimiento que le hacía considerar la crueldad con los animales un crimen mucho más repugnante que la crueldad con cualquier persona que no fuese un niño. Sin duda era algo irracional.

Inclinado, en la trinchera de comunicaciones, contra el hierro corrugado que exhibía una enorme A pintada con cal, con una gabardina muy limpia y un montón de insignias de rango, coronas bordadas y otras cosas..., y con un pequeño casco de acero de aspecto elegante, había una figura delgada. ¡Cómo diablos se las arreglaría para que un casco de acero pareciese elegante! Llevaba espuelas y una fusta de caza. Un general haciendo una inspección. El general dijo con benevolencia:

—¿Quién es usted? —y luego con irritación—: ¿Dónde demonios está el oficial al mando de este batallón? ¿Por qué no puedo encontrarlo? —Por fin añadió—: Está usted asquerosamente sucio. Parece un negro. Espero que tenga una explicación.

Quien le hablaba así a Tietjens era el general Campion. Muy enfadado. Se puso firmes como un espantapájaros.

Dijo:

—Yo estoy al mando de este batallón, señor. Me llamo Tietjens, segundo al mando. Ahora temporalmente al mando. No podían encontrarme porque estaba enterrado. Temporalmente.

El general exclamó:

—Tú... ¡Dios mío! —Y dio un paso atrás con la boca abierta. Luego añadió—: ¡Acabo de llegar de Londres! —Y luego—: ¡Dios mío, no hace ni un segundo que he asumido el control del ejército y tú ya te pones al mando de uno de mis batallones! —Dijo—: ¡Me han asegurado que éste era el mejor batallón de mi unidad! —Y resopló apasionadamente. Luego prosiguió—: Ni mi oficial de enlace ni Levin daban contigo.

¡Y de pronto apareces paseándote con las manos en los bolsillos!

En el absoluto silencio, pues, después de callarse los cañones, las alondras se habían tomado un descanso, Tietjens oyó su corazón arrancando sonidos chirriantes de sus pulmones. Los fuertes latidos estaban muy acelerados. Le daban una sensación de terror. Se dijo: «¿Qué demonios tiene que ver eso con que haya estado en Londres? —y luego—: ¡Quiere casarse con Sylvia! ¡Apuesto a que ha ido a casarse con Sylvia!». Eso era. Estaba obsesionado y era lo primero que había dicho al verse cogido de sorpresa.

Siempre pactaban aquellos períodos de absoluto silencio cuando algún general iba de inspección. Tal vez lo pactaran los altos estados mayores de ambos bandos. O, lo que era aún más probable, hubiesen inutilizado nuestros cañones durante el exitoso intento de informar a los alemanes de que queríamos que se callasen..., de que les estábamos disparando con lo que los papistas llaman una intención especial. Eso sería tan eficaz como una llamada telefónica. Los alemanes sabrían que pasaba algo. Y no hay que enfadar al enemigo innecesariamente.

Dijo:

—Me han hecho un pequeño rasguño, señor. Estaba hurgándome los bolsillos en busca de un vendaje de campaña.

El general respondió:

—Un hombre como tú no tiene derecho a estar donde puedan herirlo. Tu lugar está en las líneas de comunicación. Cometí una locura al enviarte aquí. Te devolveré a donde estabas. —Añadió—: Puedes romper filas. No quiero ni tu ayuda ni tu información. Me dijeron que había un oficial muy inteligente al mando. Es a él a quien quería ver... Un tal... Un tal... No tiene importancia. Puedes romper filas...

Tietjens se marchó andando pesadamente por la trinchera. De pronto se le ocurrió: «¡Es una tierra de gloria y esperanza!». Y luego exclamó:

—¡Qué demonios! Protestaré ante el comandante en jefe. Y ante el mismísimo rey, si es necesario. ¡Vaya si lo haré!

El viejo Campion no tenía derecho a hablarle así. Era mezclar la enemistad personal con los asuntos del servicio activo. Se quedó pensando en los términos de su carta a la brigada. El furriel Notting llegó corriendo por la trinchera. Dijo:

—El general Campion quiere verle, señor. El lunes se pondrá al frente de este ejército. —Y añadió—: Ha estado usted en un sitio muy peligroso, señor. ¡Espero que no esté herido! —Era un ejemplo de locuacidad muy poco habitual en Notting.

Tietjens se dijo: «Entonces me quedan cinco días al mando de esta unidad. No puede echarme hasta que haya asumido el mando». Los alemanes les atacarían antes. ¡Cinco días de combate! ¡Gracias a Dios!

Respondió:

—Gracias, vengo de verle. No, estoy bien. ¡Muy sucio!

Los ojos negros y brillantes de Notting tenían un matiz agónico. Exclamó:

—Cuando me dijeron que le habían dado, señor, pensé que iba a volverme loco. ¡Estamos hasta el cuello! —Tietjens se estaba preguntando si debería escribir la carta a la brigada antes o después de que Campion asumiera el mando. Notting estaba diciendo—: El médico dice que Aranjuez se recuperará.

Sería lo mejor, si iba a basar su apelación en la enemistad personal... Notting estaba diciendo:

—Claro que perderá el ojo. De hecho... ni siquiera lo tiene. Pero se recuperará.

Tercera parte

I

Entrar en la plaza era como estar muerto de pronto, así de silenciosa y tranquila le habría parecido a cualquiera que, para llegar, hubiese tenido que abrirse paso a empujones entre una inmensa multitud y que estuviera ensordecido por un incesante griterío. Los gritos habían durado tanto que habían llegado a convertirse en algo persistente e invariable, como la vida. Por lo que el silencio se parecía a la muerte, y ella sintió la muerte en su corazón. Iba a enfrentarse a un loco en una casa despojada, que estaba en una plaza no menos vacía cuyas casas eran tan dieciochescas, grises y rígidas que sólo podían albergar a hombres muertos o locos. ¿Y era ésa su misión? ¿Precisamente hoy, cuando todo el mundo exultaba de alegría? Convertirse en la guardiana de un hombre que se había deshecho de todos sus muebles y no reconocía ni al portero..., ¡exultaba de alegría!

Resultó ser peor de lo que esperaba. Había imaginado que giraría el picaporte de la puerta de una habitación alta y vacía, y que allí, en un espacio oscurecido por las persianas, vería, mirando con suspicacia por encima del hombro, a un tejón gris o a un oso dedicado a sus lúgubres menesteres. Y de uniforme. No obstante, ni siquiera tuvo tiempo de prepararse, en el último momento y de un modo inconcebible, para convertirse en la fría enfermera de un caso de fatiga de combate.

No hubo último momento. Él salió a su encuentro. Al aire libre. Como un león. Llegó, vestido de gris, con el pelo gris, o los mechones grises de su cabello, deslumbrante, corriendo por las escaleras después de cerrar la puerta de la entrada de un portazo. E inclinado hacia un lado. Debajo del brazo llevaba un mueble diminuto. Un bargueño en miniatura.

Fue todo muy rápido. Como si le hubiera dado un ataque. Las casas se tambalearon. Él la miró. Es de suponer que se había parado en seco con paso torpe. Ella no se fijó por culpa del balanceo de las casas. Sus pétreos ojos azules fueron ocupando su lugar en el rostro rígido..., blanco y rosado. Demasiado rosado donde era rosado y demasiado blanco donde era blanco. Demasiado para ser saludable. Llevaba un jersey de punto gris. No le sentaba bien la ropa de punto, ni el gris. Le hacían parecer demasiado grande. Él podía tener un aspecto..., ¡oh, digamos muy

buen aspecto!

¿Qué estaba haciendo? Hurgaba en el bolsillo de sus nada elegantes pantalones. Ella se estremeció al oír su voz, ligeramente áspera y entrecortada, cuando exclamó:

—Voy a vender esto... Espérame aquí. —Había sacado una llave. Estaba jadeando a su lado. Subieron las escaleras. Estaba a su lado. A su lado. Era infinitamente triste estar al lado de aquel loco. E infinitamente agradable. Porque, de haber estado cuerdo, no habría podido estar a su lado. Pero si estaba loco podría estarlo mucho tiempo. ¡Tal vez no la hubiera reconocido! Podría pasar mucho tiempo con él sin que la reconociera. ¡Como si cuidara de un bebé!

Estaba apuñalando con furia el ojo de la cerradura con la llave. Lógico y normal. Era uno de esos hombres torpones que apuñalan las cerraduras. No quería que cambiase. Excepto lo de la ropa. Se dijo: «¡Estoy preparándome deliberadamente para vivir con él mucho tiempo! ¡Imagínate!». Luego le preguntó:

—¿Me has mandado llamar?

Él había abierto la puerta jadeante, ¡sus pobres pulmones!, dijo:

—No. —Luego añadió—: ¡Entra! —Y por fin—: Estaba a punto de...

Estaba en su casa. Como un niño... No la había hecho llamar... Como un niño dudando a la entrada de una enorme cueva oscura.

Era muy oscura. Losas de piedra. Paredes rojo pompeya con marcas rosadas donde habían estado los muebles. ¿Era allí donde iba a vivir?

Él dijo jadeando a su espalda:

—¡Espera aquí! —Cuando se apartó de la puerta entró un poco más de luz en el vestíbulo.

Estaba bajando las escaleras. Calzaba unas botas inmensas. Estaba inclinado a un lado por culpa del mueble que llevaba bajo el brazo. En realidad era grotesco. Pero, cuando andabas a su lado, la felicidad irradiaba de su jersey de punto. Se desbordaba, te envolvía... Como el calor de un radiador eléctrico, sólo que el radiador no te daba ganas de llorar y rezar tus oraciones..., estúpido estirado.

No, no era estirado. ¡Pues torpe! No, tampoco era torpe... No podía correr detrás de él. Era una mancha brillante con las orejas rojas y el cabello plateado. Brincaba torpemente junto a las verjas que había delante de las casas dieciochescas. Él también era dieciochesco... Pero el siglo XVIII nunca enloqueció. Fue el único siglo que no enloqueció. Hasta la Revolución francesa; y eso no fue locura, o no fue dieciochesca.

Avanzó indecisa hacia las sombras, volvió indecisa a la luz... Se oía un sonido largo y hueco: el mar que decía: ¡Oh, oh...!, a lo largo de kilómetros y kilómetros. Era el armisticio. El día del armisticio. Lo había olvidado. ¡Iba a pasarse enclaustrada el día del armisticio! ¡Ah, enclaustrada no! ¡Y menos allí! ¡Mi amado es mío y yo soy suya! ^[196] ¡De todos modos podía cerrar la puerta!

Cerró la puerta con tanta delicadeza como si estuviera besándole en los labios.

Era un símbolo. Era el día del armisticio. Debería marcharse y, en lugar de hacerlo, había cerrado la puerta el día del... ¡El día del armisticio! ¡Cómo se sentía al notarse... cambiada!

¡No! ¡No debería marcharse! ¡No debería marcharse! ¡No! Le había dicho que esperase. No estaba enclaustrada. Aquél era el lugar más emocionante del mundo. Su destino no era llevar una vida monjil. Iba a pasar el día con un loco, y la noche también... ¡La noche del armisticio! Esa noche la recordarían innumerables generaciones. Mientras viviera alguien que la hubiese vivido, se preguntaría: «¿Qué hiciste la noche del armisticio?». ¡Mi amado es mío y yo soy suya!

Las grandes escaleras de piedra no tenían alfombra, subir por ellas sería como participar en una procesión. El vestíbulo quedaba enfrente de la puerta principal. Había que torcer a la derecha antes de llegar a la entrada de una habitación. Era una disposición un poco rara. Tal vez al siglo XVIII le dieran miedo las corrientes de aire y no le gustase tener la puerta del comedor cerca de la puerta de entrada... Mi amado es... ¿Por qué repetía eso tan ridículo? Además, era de la canción de Salomón, ¿no? ¡Del Cantar de los Cantares! Entonces, era una blasfemia citarlo cuando... No, la esencia de la oración es la voluntad, igual que lo es la esencia de la blasfemia. No quería citar aquello. Le había venido a la memoria por puro nerviosismo. Estaba asustada. Estaba esperando a un loco en una casa vacía. ¡Se oían ruidos que susurraban en la escalera!

Era como Fátima. Abrió la puerta de la habitación. Podía asesinarla. La locura inducida por las obsesiones sexuales suele ser homicida... «¿Qué hiciste la noche del armisticio? ¡Me asesinaron en una casa vacía!» Pues, sin duda, la dejaría vivir hasta medianoche.

Aunque tal vez no tuviera obsesiones sexuales. A ella no le constaba que las tuviera, ¡más bien lo contrario! Ciertamente más bien lo contrario. Siempre había sido un caballero.

¡Habían dejado el teléfono! Las persianas estaban echadas como es debido, pero el níquel brillaba sobre el mármol blanco a la tenue luz que se colaba por las rendijas. La repisa de la chimenea. Puro mármol de Paros, la repisa se sostenía sobre unas cabezas de carnero. Resultaba singularmente casta. Los techos y las molduras rectilíneas guardaban una intrincada simetría. También resultaban castas. Dieciochescas. Aunque el siglo XVIII no fue casto... Él sí era dieciochesco.

Debería telefonar a su madre para informar a la desaliñada eminencia vestida de negro con cintas violeta aquí y allá del grave paso que su hija iba a...

¿Qué iba a hacer su hija?

Debería salir corriendo de la casa vacía. Debería estar temblando de terror sólo de pensar que él no tardaría en volver para asesinarla. Pero no lo estaba haciendo. ¿Qué hacía? ¿Temblar de satisfacción? Muy probablemente. De pensar que él no tardaría

en volver. Si la asesinaba... ¡Era inevitable! En cualquier caso, estaba temblando de satisfacción. Tenía que telefonar a su madre. Tal vez quisiera saber dónde estaba. Pero su madre nunca quería saberlo. Estaba demasiado alterada emocionalmente para preocuparse... ¡Imagínate!

De todos modos, en un día así, su madre podría preguntarse por su paradero. Deberían compartir su alegría porque su hermano estuviese definitivamente a salvo. Igual que los demás. Por lo general, a su madre le irritaba que la llamara. Estaría trabajando. Era impresionante verla trabajar. Tal vez no volviera a hacerlo. Qué barullo de papeles. En una pequeña habitación. Muy pequeña. Nunca trabajaba en una habitación mayor porque sentía la tentación de pasear y no podía perder el tiempo.

Ahora estaba escribiendo dos libros a la vez. Una novela... Valentine no sabía de qué trataba. Su madre nunca le contaba de qué trataban sus novelas hasta que estaban acabadas. Y una historia de las mujeres en la guerra. Una historia para mujeres escrita por una mujer. Ahora estaría sentada a una mesa enorme que apenas dejaba sitio en la habitación. Gris, grande, cansada y con rasgos generosos, estaría husmeando en un mazo de papeles a un extremo de la mesa o dejando los papeles de la novela; se le habrían caído los quevedos y estaría empujando la mesa contra la pared para leer las hojas de la historia de las mujeres que estaban esparcidas por ahí. Trabajaba diez, o veinticinco minutos, o una hora en una cosa y luego una hora y media, o media hora o tres cuartos en la otra. ¡Menudo lío debía de tener su madre en su vieja cabeza!

Descolgó el teléfono con cierto temor. Tenía que hacerlo. No podía irse a vivir con Christopher Tietjens sin antes decírselo a su madre. Debía darle la ocasión de disuadirla. Dicen que hay que darles a los enamorados la oportunidad de una escena final antes de dejarlos para siempre. Y aún más a una madre. Era lo decente.

¡Quebrantaría la palabra prometida al oído, al teléfono...! ^[197] ¿Sería blasfemia citar a Shakespeare cuando una iba...? Tal vez de mal gusto. Shakespeare, no obstante, no era inmaculado. Eso decían... ¡Esperar! ¡Esperar! ¿Qué parte de la vida se pasa una esperando mientras su peso aplasta los talones contra el suelo...? Pero aquel trasto estaba mudo. Del auricular no salía ningún rugido y, cuando subías y bajabas la palanca de al lado, no sonaba ninguna campana... Probablemente lo habrían desconectado. Quizá le hubiesen cortado la línea por falta de pago. O lo hubiera desconectado él para que no pudiera llamar a la policía mientras la estrangulaba. El caso es que no había línea. Estarían desconectados del mundo en la noche del armisticio. Bueno, tal vez fuese lo mejor...

Qué absurdo. Él no sabía que iba a ir a verlo. No la había mandado llamar.

Así que, despacio, despacio, subió por la gran escalera de piedra, los ruidos susurraban delante de ella... «Así que, despacio, despacio subió y despacio miró a su alrededor. Ten cuidado...» ^[198] Bueno, no necesitaba tener cuidado, a ella no iba a

pasarle como a Barbara Allen. ¡Al contrario!

No la había mandado llamar. No le había pedido a Edith Ethel que la llamara. Entonces debería sentirse humillada. ¡Y, sin embargo, no era así! De hecho, era lógico. Era bastante evidente que estaba loco, corriendo de ese modo, con muebles debajo del brazo y sin un sombrero que le cubriera el notable cabello. ¡Notable! Eso es lo que era. ¡Una nunca lo pasaría por alto entre una multitud...! Se había deshecho de todos los muebles, tal como había dicho Edith Ethel. Y era muy probable que tampoco hubiera reconocido al portero. Ella lo había visto ir a vender sus muebles. ¡Como un loco! Corriendo. Uno no corre cuando vende sus muebles, si está cuerdo. Tal vez Edith Ethel lo hubiera visto corriendo por ahí con una mesa en la cabeza. ¡Ni siquiera estaba segura de que la hubiese reconocido a ella!

Así que Edith Ethel podría haber estado casi justificada al telefonearla. De otro modo habría sido una ofensa, teniendo en cuenta los términos en que se separaron. ¡Y que Edith Ethel la había acusado de haber tenido un hijo con aquel hombre! Era difícil de justificar aunque si lo hubiera visto corriendo por la plaza cargado de muebles y nadie más podía ayudarle... Debería haber enviado a la rata de su marido. ¡No tenía excusa!

Aun así, Valentine no podría haber actuado de otro modo. Así que no había razón para que se sintiera humillada. Aunque no sintiera por aquel hombre lo que sentía, habría ido a verlo y, si lo hubiese encontrado muy mal, se habría quedado.

¡No la había mandado llamar!, ¡el hombre que le había hecho proposiciones amorosas y luego se había ido sin decir una palabra y no le había enviado ni siquiera una postal! ¡Torpe! ¡Estirado! ¿Había otra forma de llamarlo? No. Entonces sí que tendría que sentirse humillada. Pero no lo hacía.

Al subir por las grandes escaleras y entrar en la habitación sintió miedo. Era una habitación muy grande. Estaba pintada de blanco, nuevamente con las manchas que los muebles desaparecidos habían dejado en las paredes. Al otro lado de la calle había más casas de aspecto dieciochesco, con un toque de alegría en las caperuzas rojas de las chimeneas... Con el corazón en un puño, se sintió como si le estuviese espiando. Tenía mucho miedo. Aquella habitación estaba habitada. Alguien había acampado allí como si estuviese en el frente... Había una cama de campaña como las que usan los oficiales, GS. Y utensilios de lona verde sujetos con tablones de madera blanca: una silla, un cubo con un asa de cuerda, un lavabo, una mesa. La cama estaba cubierta con un saco de dormir de lana marrón. Tenía mucho miedo. Cuanto más entraba en la casa más a su merced se ponía. Tendría que haberse quedado abajo. Era como si le estuviese espiando.

Todas aquellas cosas tenían un aspecto terriblemente sórdido y desolado. ¿Por qué las habría puesto en el centro de la habitación? ¿Por qué no contra la pared? Lo normal cuando no hay dónde apoyar la almohada es colocar la cabecera de la cama

contra la pared. Así no se cae. Ella se lo cambiaría... No, no. Había puesto la cama en el centro porque no quería que tocase las paredes que habían rozado los vestidos de... ¡No debes pensar mal de esa mujer!

Tenían un aspecto sórdido y desolado. Frugal. ¡Y glorioso! Se agachó, dobló el saco de dormir y besó la almohada. Le compraría una almohada de hilo. Ahora se podría conseguir ropa de hilo. La guerra había terminado. ¡En todo el frente, los hombres podrían estar de pie!

En un extremo de la habitación había un estrado. Una tarima de madera cuadrada, como las que tienen los artistas en sus estudios. Era de suponer que ella no recibiese a sus invitados sobre un estrado, como los reyes. Era capaz... No debes... Quizá fuese para un piano. Tal vez diese conciertos. Ahora servía de biblioteca. Había una hilera de libros encuadernados en piel apoyada contra la pared al fondo de la tarima. Se acercó a ver qué libros había elegido. Debían de ser los libros que había leído en Francia. Si pudiera saber qué libros había leído en Francia sabría en qué había estado pensando. Sabía que dormía entre sábanas baratas de algodón.

Frugal y glorioso. ¡Así era él! Y había diseñado aquella habitación para amarla. Era la habitación que ella habría elegido... Los muebles... Alceste nunca tuvo... Ella, Valentine Wannop, también era frugal. Y sentía adoración por él. Reflejaba su gloria... Maldita sea, se estaba poniendo sensiblera. Aun así, era curioso lo mucho que se parecían sus gustos. No había sido ni torpe ni estirado. Le había hecho un verdadero cumplido. Se había dicho: «Su imaginación funciona tan a la par con la mía que lo comprenderá».

Los libros ciertamente eran una mezcla curiosa. Los bordes corrían a lo largo de la pared como una escarpada cadena montañosa: uno era una edición en folio encuadernada en piel con el título profundamente grabado. Los demás eran novelas francesas y manuales militares. Se agachó junto al estrado para leer el título del más alto. Imaginaba que serían los poemas de Herbert o su *El párroco rural*... Él debería ser un párroco rural. Ahora nunca lo sería. Estaba privando a la Iglesia de... En realidad de un brillante matemático. El título del libro era *Vir. Obscur.* ^[199]

¿Por qué daba por sentado que iban a vivir juntos? Él no le había comunicado oficialmente que quisiera hacerlo. Pero querían HABLAR. Y no podrían hablar si no vivían juntos. Su mirada viajó a lo largo del estrado y recayó sobre unas palabras escritas en un papel. Destacaban entre media docena desordenada de páginas mecanografiadas, estaban escritas a lápiz con letra grande y firme. Destacaban porque estaban escritas a lápiz, decían:

«¡Se podría estar de pie en lo alto de una maldita colina!».

El corazón le dio un vuelco. Debía de estar enferma. No se tenía derecha, pero no había donde apoyarse. Había leído también —aunque no era consciente de haberlo hecho— las palabras mecanografiadas:

«La señora Tietjens le deja el bargueño en miniatura de Barker de Bath en el que, según tiene entendido, está usted interesado...».

Desesperada, apartó la vista de la carta. No quería leerla. Se había quedado paralizada. Se sintió morir. La alegría no mata... Aunque... *fait peur*. Asusta. ¡Asusta! ¡Asusta! ¡Asusta! Ahora nada se interponía entre los dos. Era como si estuviesen el uno en brazos del otro. Pues, sin duda, el resto de la carta debía de decir que la señora Tietjens se había llevado los muebles. Y su comentario —que sorprendentemente había repetido las palabras que acababa de pensar ella— significaba que ahora podría estar de pie. Pero no tenía nada de sorprendente. Mi amado es mío... Sus pensamientos iban a la par, no tenía nada de sorprendente. Ahora podrían estar juntos de pie en lo alto de una colina. O meterse en un agujero. Para siempre. Y hablar. Eternamente. No debía leer el resto de la carta. No quería estar segura. Si lo estuviese no tendría la menor esperanza de conservar su... De seguir..., asustada e incapaz de moverse. Estaría perdida. Miró implorante por la ventana las fachadas de las casas al otro lado de la calle. Parecían amistosas. La ayudarían. Dieciochescas. Cínicas, pero no perversas. Se puso en pie. Podía moverse. No había sufrido un ataque.

Idiota. Era sólo el teléfono. Sonaba y sonaba. Riiiiing, riiiiing, riiiiing. Sonaba debajo de sus pies. No, debajo del estrado. El auricular estaba en el estrado. No se había dado cuenta porque pensaba que estaba mudo. ¿Quién repara en un teléfono mudo?

Como si le estuviese hablando a él al oído, hasta ese punto estaba imbuida de su presencia, preguntó:

—¿Quién es usted?

Uno no debería responder a todas las llamadas telefónicas, pero lo hace de manera automática. No debería haber respondido a ésta. Estaba en una situación comprometida. Podrían reconocer su voz. Que la reconociesen. ¡Quería que todos supieran que estaba en una situación comprometida! ¡Qué hiciste el día del armisticio!

Una voz pesada y anciana dijo:

—Estás ahí, Valentine...

Ella exclamó:

—¡Oh, pobre madre...! Pero él no está aquí. —Añadió—: No ha estado conmigo. Todavía le estoy esperando. —Y aún añadió—: ¡La casa está vacía! —Tenía la sensación de estar siendo sigilosa y de que la casa murmuraba a su alrededor. Era como si le susurrara a su madre para salvarla y no quisiera que la casa la oyera. La casa era dieciochesca. Cínica. Pero no perversa. Quería su ruina, pero sabía que a las mujeres les gusta... buscarse la ruina.

Su madre dijo, después de un buen rato:

—¿Tienes que hacer esto...? Mi pequeña Valentine... ¡Mi pequeña Valentine! —
No estaba llorando.

Valentine respondió:

—¡Sí! —Sollozó. De pronto dejó de sollozar y exclamó atropelladamente—: Escucha, mamá. Todavía no he hablado con él. Ni siquiera sé si está cuerdo. Es como si estuviera loco. —Quería darle esperanzas a su madre. Cuanto antes. Había hablado tan deprisa para darle esperanzas lo antes posible. Pero añadió—: Creo que me moriré si no puedo vivir con él. —Lo dijo muy despacio. Como una niña pequeña tratando de convencer a su madre. Añadió—: He esperado demasiado. Todos estos años. —No sabía que pudiera adoptar un tono de voz tan desconsolado. Le pareció ver a su madre mirando a lo lejos con cada frase que le decía, pensativa. Anciana y gris. Y amable y majestuosa... La voz de su madre dijo:

—A veces lo sospechaba... Mi pobre niña... ¿Hace mucho tiempo? —Las dos guardaron silencio. Pensando. Su madre preguntó—: ¿No hay ninguna salida más práctica? —Meditó un buen rato—. Supongo que debes de haberlo pensado. Sé que eres lista y buena. —Se oyó una especie de frufrú—. Pero estos tiempos no son para mí. Me alegraría si hubiese una salida. Si pudieseis esperar. O tal vez encontrar un procedimiento legal...

Valentine respondió:

—¡Oh, mamá, no llores...! ¡No puedo...! Volveré... Volveré contigo si me lo ordenas. —Con cada frase su cuerpo se estremecía como con una ola. Pensaba que eso sólo ocurría en los escenarios. Sus ojos le dijeron: *Estimado señor:*

Nuestra cliente, la señora Tietjens de Groby en Cleveland...

Dijeron:

Después de lo sucedido en el campamento base en...

Dijeron:

Considera inútil...

Estaba mortificada por lo que pudiera responder su madre. El teléfono tarareaba en *mi* bemol. Pasaba al *si*. Luego volvía al *mi* bemol. Sus ojos le dijeron:

Propone mudarse a Groby cuando se presente la ocasión... en gruesas letras mecanografiadas. Gritó angustiada:

—Mamá. Ordéneme que vuelva a tu lado o será demasiado tarde...

Había bajado inconscientemente la mirada..., como hace uno cuando está al teléfono. ¡Si volvía a bajarla y leía hasta el final la frase que contenía las palabras «es inútil» sería demasiado tarde! ¡Sabría que su mujer lo había abandonado!

La voz de su madre llegó, convertida por medio de aquel instrumento en la voz de una máquina del destino:

—No, no puedo. Estoy pensando. —Valentine puso el pie en el estrado. Al mirar hacia abajo vio que había tapado la carta. Dio gracias a Dios. La voz de su madre dijo

—: Dices que te morirías sin él, así que no puedo ordenarte que vuelvas. —Valentine sintió cómo su mentalidad victoriana avanzada buscaba desesperadamente el alegato adecuado..., cualquier alegato que pudiese emplear sin dar la impresión de estar ejerciendo la autoridad materna. Empezó a hablar como un libro, un augusto libro victoriano, la *Vida de Gladstone* de Morley. Era razonable: ella escribía libros así.

Le dijo que ambos eran de buena familia. Si sus conciencias les permitían actuar de ese modo, lo más probable es que estuviesen haciendo lo correcto. Pero les rogó, en nombre de Dios, que se asegurasen de que sus conciencias les empujaban a actuar así. ¡Tenía que hablar como un libro!

Valentine respondió:

—No tiene nada que ver con la conciencia. —Sonaba un poco brutal. Su imaginación trató de buscar una cita. No logró encontrarla. Las citas rebajan la tensión. Dijo—: «¡A uno le empuja el ciego destino! (¡Así que una cita griega!). Como a una víctima en el altar. Tengo miedo, pero accedo...». —¡Probablemente de Eurípides, casi seguro del *Alceste*! ^[200] Si hubiese sido un autor latino, habría recordado la frase en latín. Cuando estaba con su madre, siempre acababa hablando de forma libresca. Su madre hablaba así y ella también. No les quedaba otro remedio, de lo contrario se pondrían a gritar... Pero eran damas inglesas. De hábitos eruditos. Era horrible. Su madre dijo:

—Probablemente eso sea lo mismo que la conciencia..., ¡la conciencia de la estirpe! —No podía insistirles en la locura de lo que pensaban hacer. Había conocido demasiadas uniones irregulares dignas de emulación y demasiadas uniones regulares que ofrecían un triste ejemplo y contribuían a acabar con la moral... Era valerosa. No podía remontarse a las enseñanzas de toda una vida. Quería hacerlo. ¡Desesperadamente! Valentine sentía la tensión casi física de su cansado cerebro. Pero no podía retractarse. ¡No era Cranmer! ^[201] Ni siquiera era Juana de Arco. Así que siguió repitiendo—: Sólo te pido y te ruego que te asegures de que no vivir con ese hombre te causará la muerte o un grave daño espiritual. Si crees que puedes vivir sin él o esperarle, si crees que hay alguna esperanza de una unión posterior sin que te produzca un grave daño espiritual te ruego y te pido que... —No fue capaz de terminar la frase... ¡Estaba bien eso de comportarse con dignidad en el momento más crucial de tu vida! Muy correcto y apropiado. Justificaba tu vida filosófica previa. Y era astuto. ¡Astuto! De momento, dijo—: ¡Mi niña, mi niñita! Has sacrificado toda tu vida por mí y mis enseñanzas. ¿Cómo voy a pedirte ahora que te prives de su beneficio? —Añadió—: ¡No puedo persuadirte de que actúes de un modo que podría suponer tu infelicidad...! —¡Aquel «puedo» era como una llama agónica!

Valentine se estremeció. Era una presión cruel. Su madre, sin duda, estaba cumpliendo con su deber, pero era una presión cruel. Hacía mucho frío. Noviembre es un mes frío. Se oyeron pasos en las escaleras. Se puso a temblar.

—¡Oh, ya viene! ¡Ya viene! —gritó. Quiso decir: «¡Sálvame!». Dijo: «¡No te vayas! ¡No... No te vayas!». ¿Qué le hacen a una los hombres a los que ama? Los locos. Llevaba un saco. Fue lo primero que vio cuando abrió la puerta. Sólo tuvo que empujarla un poco, pues ya estaba entreabierta. Un loco con un saco es algo terrible. Y más en una casa vacía. Soltó el saco sobre el hogar. Tenía carbonilla en la sien derecha. Era un saco muy pesado. Barbazul habría llevado en él el cadáver de su primera mujer. Borrow ^[202] asegura que los gitanos dicen: «¡Nunca confíes en un joven de cabello gris!». Él sólo tenía gris la mitad del cabello y sólo era joven a medias. Estaba jadeando. Debería dejar de cargar con sacos pesados. Boqueaba como un pez. Una carpa enorme e inmóvil que flotara en un tanque de agua.

Dijo:

—Supongo que querrás salir. Pero, si no te apetece, encenderemos un fuego. No podemos quedarnos aquí sin un buen fuego.

En ese mismo momento su madre dijo:

—Si es Christopher, quiero hablar con él.

Ella respondió apartando el teléfono:

—Sí, salgamos. ¡Oh, oh, oh! Salgamos... El armisticio... Mi madre quiere hablar contigo. —De pronto se sintió como una dependienta cockney. Una costurera vestida con una imitación del uniforme de exploradora. «Temerosa de los caballeros, querida.» ¡Sin duda una podría defenderse de una carpa gigantesca! Podría derribarlo por encima del hombro. Sabía suficiente *Ju Jitsu* para hacerlo. Claro que una persona pequeña, por mucho *Ju Jitsu* que sepa, no puede vencer a un gigante si está prevenido. Pero sí, si no se lo espera.

La sujetó por la muñeca izquierda con la mano derecha. Había nadado hasta ella y había cogido el teléfono con la izquierda. Uno de los cristales de las ventanas era tan viejo que estaba abombado y tenía un tono purpúreo. Había otro. Había varios. Pero el primero era el más purpúreo de todos. Exclamó:

—¡Al habla Christopher Tietjens! —No se le ocurrió nada más sofisticado que decir... ¡un gigantón torpe! Sintió la mano fría sobre la muñeca. Ella estaba tranquila y colmada de felicidad. No había otra palabra. Como si acabara de salir de un baño de cálido néctar y chorreara felicidad. El contacto con él la había tranquilizado y cubierto de felicidad.

Le soltó la muñeca muy despacio. ¡Para dar a entender que era una caricia! ¡Su primera caricia!

Antes de entregarle el teléfono ella le había dicho a su madre: «Él no sabe que... ¡Ten en cuenta que él no lo sabe!».

Se fue al otro extremo de la habitación y se quedó mirándolo.

Él oyó cómo el teléfono decía desde sus negras profundidades:

—¿Cómo estás, querido muchacho? Por fin estás a salvo. —Le produjo una

sensación desagradable. Era la madre de la joven a quien pretendía seducir. Porque eso era lo que pretendía. Respondió:

—Estoy bien. Un poco débil. Acabo de salir del hospital. Hace cuatro días. —Ya no volvería a aquel maldito circo. Tenía la solicitud de desmovilización en el bolsillo. La voz dijo:

—Valentine cree que estás muy enfermo. Muy, muy enfermo. Por eso ha ido a verte. —O sea que no había ido porque... Pero, claro, no era propio de ella. Sin embargo, ¡tal vez quisiera que pasaran juntos el día del armisticio! ¡Eso sí era posible! Lo invadió una sensación de desánimo. Decepción. Estaba muy verde. ¡Ese viejo demonio de Campion! Aun así no debería estar tan verde. Estaba diciendo con deferencia:

—Oh, fue más mental que físico. Aunque también tuve neumonía. —Siguió contándole que el general Campion le había puesto al mando de las escoltas de los prisioneros alemanes en las líneas de varios ejércitos. Había estado a punto de volverse loco. No podía soportar ser un maldito carcelero. ¡Otra vez...! ¡Otra vez...!, volvió a ver las figuras grises y espectrales que le habían acompañado en esos últimos días. La imagen le llenaba de desazón en los momentos más extraños..., en los más extraños; sin venir a cuento, vio flotando delante de sus ojos la imagen, el paisaje de formas grises. A miles, sentados en cubos del revés, con latas de manteca en las que comían en el suelo, sujetando periódicos que no eran verdaderos periódicos: días grises. Todos le rodeaban. Y él era su carcelero. Dijo—: ¡Un trabajo repugnante!

La voz de la señora Wannop repuso:

—¡Lo importante es que sigues vivo y has podido volver con nosotros!

Él replicó:

—A veces desearía que no fuese así. —Le sorprendió haber dicho eso y la amargura de su voz. Añadió—: Claro que no hablo con la cabeza fría. —Y, nuevamente, le sorprendió la deferencia de su tono. De hecho estaba inclinado, como si hablara con una dama anciana y muy distinguida que estuviese sentada. Se incorporó. Le pareció una vulgar hipocresía inclinarse ante una dama anciana cuando albergaba aquellos planes para su hija. Su voz dijo:

—Mi querido muchacho..., casi es como si fueras hijo mío...

El pánico le dominó. No había duda respecto a su tono. Se volvió para mirar a Valentine. Tenía juntas las manos como si las estuviera retorciendo. Ella le dijo, mientras recorría penosamente su rostro con la mirada:

—Sé amable con ella. Sé amable con ella...

Entonces alguien había revelado su... ¡no podía llamarse intimidad!

Nunca le había gustado su uniforme de exploradora. La prefería con un jersey blanco y una falda corta de color pardo. Se había quitado el sombrero..., el sombrero

de vaquera. Se había cortado el pelo. Su pelo rubio.

La señora Wannop dijo:

—Debo tener en cuenta que nos has salvado. Hoy debo tener en cuenta que nos has salvado... Y todo lo que has sufrido. —Su voz sonaba melancólica, lenta y noble.

Unas reverberaciones huecas y ruidosas llenaron la casa. Dijo:

—No es nada. Ya pasó. No tiene por qué preocuparse.

Por lo visto, ella oyó las reverberaciones. Preguntó:

—No te oigo. Es como si tronara.

Fuera volvió a hacerse el silencio. Él repitió:

—Le estaba diciendo que no se preocupe por mis sufrimientos.

Ella inquirió:

—¿No podéis esperar? ¿Ella y tú? ¿No hay una...? —Las reverberaciones volvieron a empezar. Cuando pudo volver a oírla, le estaba diciendo—:... ha tenido que contar con que algo así le ocurriera a su hija. De nada sirve luchar contra las tendencias de la edad. Pero tenía la esperanza de que...

La aldaba de abajo sonó secamente tres veces, pero el eco prolongó el sonido. Le dijo a Valentine:

—Suenan como la llamada de un borracho. La mitad de la población debe de estar borracha. Si vuelven a llamar, baja y échalos.

Ella respondió:

—Bajaré de todos modos, antes de que vuelvan a llamar.

Antes de salir de la habitación le oyó decir —no pudo resistirse a oír el final de la frase, tenía que sacar todo lo que pudiera de aquella tensa conversación entre su madre y su amante. Y a la vez tenía que marcharse para no volverse loca. De nada servía decirse que tenía la cabeza sobre los hombros. No era así. Le daba la impresión de tener dentro dos bolas de hilo con dos extremos. Su madre tiraba de una y él de la otra...—. Le oyó decir: «No lo sé. Tengo una desesperante necesidad de hablar. ¡Llevo dos años sin hablar con nadie!». ¡Oh, qué hombre tan adorable! Le oyó seguir, más animado: «Eso es lo más desesperante. Se lo aseguro. Le pondré un ejemplo. Trasladé a un chico. Bajo fuego de fusilería. Le dieron en el ojo. Si lo hubiese dejado donde estaba no le habrían dado en el ojo. Entonces pensé que se ahogaría, pero luego comprobé que el nivel del agua nunca sube demasiado. Así que soy el responsable de que perdiera el ojo. Es una especie de monomanía. Ya ve que estoy hablando de eso. Es recurrente. Me pasa continuamente. Y sobrellevarlo en total soledad...».

Ahora, mientras bajaba por las grandes escaleras, ya no tuvo miedo. Susurraban, pero ella era como una plácida Fátima. Era la hermana Anne, y también un hermano. Su peor enemigo era el miedo. No debía tener miedo. Él la había rescatado del miedo. Para refugiarse de los remordimientos sobre el ojo de un chico hay que acudir a una

mujer.

Su interior se removió. ¡Había estado bajo el fuego! Podía no haber estado nunca allí, como un tejón gris, un tierno tejón gris, inclinado y sosteniendo el teléfono. Explicando las cosas con cuidado y ternura. Era encantador cómo hablaba con su madre, era delicioso que estuviesen allí los tres. Aunque su madre los separaría. Si le estaba hablando a él como le había hablado a ella, estaría recurriendo al único modo de separarlos.

Era imposible saberlo. Le había oído decir que estaba bastante bien... ¡Gracias a Dios...! Un poco débil... ¡Ah, dame la oportunidad de cuidarlo! Acababa de salir del hospital. Hacía cuatro días. Había tenido neumonía, pero había sido más mental que físico...

¡Ah!, lo más terrible de la guerra era que el sufrimiento había sido más mental que físico. Y no se habían parado a pensarlo... Había estado bajo el fuego. Siempre se lo había imaginado en una base, pensando. Si lo hubieran matado no habría sido tan terrible para él. Pero ahora había vuelto con sus obsesiones y sus preocupaciones... Y necesitaba a su mujer. ¡Y su madre le estaba obligando a apartarse de ella! Y eso era lo terrible. Había sufrido una tortura mental y ahora estaban utilizando su compasión para obligarle a abstenerse de la mujer que podría curarle.

Hasta ese momento, ella había concebido la guerra como una tortura exclusivamente física: ahora la veía sólo como una tortura mental. Kilómetros y kilómetros de angustia en espíritus ensombrecidos. Eso perduraba. Se podía estar de pie en lo alto de una colina, pero la tortura mental no podía eliminarse.

Bajó corriendo los escalones que le quedaban y forcejeó con los cerrojos de la puerta principal. Lo hizo con torpeza. Estaba pensando en la conversación que temía que siguiera celebrándose. Tenía que hacer que cesaran aquellos golpes. La aldaba se había interrumpido lo justo para que se desesperase un hombre impaciente que estuviese llamando a una puerta. Su madre era demasiado astuta para ellos. Tenía la astucia que hace fingir a la hembra del ganso salvaje que tiene un ala rota para apartarte de sus crías. ¡AMOR PATERNO lo llama Gilbert White! Pues, por supuesto, jamás podría posar sus labios sobre los de ella si pensaba en aquella astuta y adorable eminencia gris sentada en casa temblorosa... ¡Pero lo haría!

Encontró la palanca que abría la puerta..., la tercera que probó de entre varios tiradores incomprensibles y recién pintados con más de un siglo de antigüedad. La puerta se abrió justo antes de que se produjera otro sonido frustrado. Un hombre estuvo a punto de caer sobre ella arrastrado por la aldaba a la que estaba agarrado... Había salvado sus pensamientos. Sin la interrupción de la aldaba podría darse cuenta de que el truco de su madre era pura astucia. Los grandes victorianos eran muy astutos... ¡Oh, pobre madre!

Un hombre horrible de uniforme la miró de forma odiosa con unos ojos negros, vacíos y penetrantes que destacaban en su rostro abatido. Dijo:

—Tengo que ver a ese tipo, Tietjens. ¡Usted no es Tietjens! —Como si la estuviese engañando—. Es urgente. —Añadió—: A propósito de un soneto. Me echaron del ejército ayer. Por su culpa. Y la de Champion. ¡El amante de su mujer!

Ella respondió con brusquedad:

—Está ocupado. Ahora no puede verle. Si quiere tendrá usted que esperar. —Le horrorizó que Tietjens hubiese tenido algo que ver con un tipo tan grosero. Iba sin afeitar, sucio. Y estaba lleno de odio. Alzó la voz para decir:

—Soy McKechnie. El capitán McKechnie del Noveno. ¡Premio del Vicerrectorado! ¡Uno de los viejos compadres! —Añadió—: ¡Tietjens se coló en los viejos compadres!

Ella sintió el desprecio de la hija del erudito por el premiado; sintió que Apolo en presencia de Admeto no era nada comparado con el asco que le producía imaginar a Tietjens entre un grupo de seres así.

Dijo:

—No tiene usted por qué gritar. Puede pasar y esperarle.

Tenía que asegurarse a toda costa de que Tietjens pudiera concluir la conversación con su madre sin interrupciones. Condujo a aquel tipo a un rincón del vestíbulo. Una especie de emanación inalámbrica parecía conectarla con la conversación del piso de arriba. Sentía cómo continuaba, a través de la pared de arriba, en diagonal y luego a través del techo en ondas perpendiculares. Era como si obrase algún efecto en su cabeza, como unas ondas que agitasen su imaginación.

Abrió las persianas de la habitación vacía que había a la derecha. No quería estar a solas en la oscuridad con un hombre tan lleno de odio. No se atrevió a ir a llamar a Tietjens. Debía impedir a toda costa que le molestaran. No era justo llamar astucia a lo que hacía su madre. Era instinto, inculcado en su pecho por el Todopoderoso, como suele decirse... Aun así, ¡era un instinto de principios de la era victoriana! Y por tanto muy astuto.

Aquel hombre odioso rezongó:

—Ya veo que le han engañado. Eso es lo que pasa cuando uno vende su mujer a los generales. Para conseguir ascensos. Son muy astutos. Pero se pasó de listo. Champion le traicionó. Aunque Champion también se pasó de listo...

Ella estaba mirando por la ventana, al otro lado de la plaza. La luz era agradable. Cuando había luz se podía respirar hondo... ¡Un instinto de principios de la era victoriana...! Los victorianos posteriores tuvieron que aflojar las riendas. Su madre, para ponerse al día, había tenido que admitir la virtud de las «uniones irregulares». Siempre que fuesen elevadas. Pero los espíritus elevados no consuman uniones irregulares. Todos sus libros describían a elevadas criaturas que contraían uniones

irregulares espirituales o amistosas, pero nunca las llevaban a su conclusión necesaria. Éticamente habrían sido libres de hacerlo, pero no lo hacían. Corrían con la liebre ética, pero perseguidos por los sabuesos eclesiásticos... ¡Y, por supuesto, no podía ir contra sus principios sólo porque se tratase de su hija!

Le dijo a aquel tipo:

—¿Disculpe?

Él había estado diciendo:

—Se creen muy astutos. ¡Pero se pasan de listos! —A ella la cabeza le daba vueltas. No sabía de qué le hablaba. Oía las palabras, pero no comprendía su significado. Estaba sumida en la contemplación del pensamiento de principios de la era victoriana. Recordó la larga..., llamémoslo, *liaison* de Edith Ethel Duchemin con el pequeño Vincent Macmaster. A Edith Ethel, envuelta en crepé opaco, deslizándose como una viuda junto a esa misma verja que había al otro lado de la plaza, camino de sus elevados adulterios, entre el aplauso susurrante de la Inglaterra victoriana. ¡Tan recta y circunspecta...! Tenía que dominar sus pensamientos... En fin, había sido muy paciente. El hombre dijo muy angustiado—: Mi sucio e inmundo tío, Vincent Macmaster. ¡Sir Vincent Macmaster! Y ese Tietjens. Están todos confabulados contra mí... Y también Champion... Pero se ha pasado de listo... Un hombre entró en el dormitorio de la mujer de Tietjens. En la base. Y Champion lo mandó al frente. Para que lo mataran. Era su otro amante, ¿comprende? —Ella le escuchó. Le escuchó con mucha atención. Quería poder... ¡No sabía lo que quería poder hacer! El hombre dijo:

—El general de división lord Edward Champion, VC, KCMG, patatín y patatán, etcétera. Es muy listo. Demasiado listo. Envió también a Tietjens al frente para que lo mataran. Y a mí. Los tres viajamos a la división en el mismo furgón: Tietjens, el amante de su mujer y yo. Y Tietjens confesó a ese condenado estúpido. Como si fuese un puñetero monje. Le dijo que cuando mueres..., *in articulo mortis*, ¡aunque usted no sabe lo que eso significa!, tus facultades están tan entumecidas que no sientes ni miedo ni dolor. Le contó que la muerte era sólo un anestésico. Y ese corderito gimoteante y tembloroso se lo tragó... Me parece estar viéndolos. En un furgón. En un túnel.

Ella preguntó:

—¿Ha sufrido usted fatiga de combate? ¡Ahora la padece!

Él respondió, revolviéndose como un tejón acosado:

—No. Me casé con la mujer equivocada. Igual que Tietjens. Al menos la mía no es una mala esposa. Es una mujer con apetitos. Sacia sus apetitos. Por eso me han echado del ejército. Pero al menos no se la vendo a los generales. Al general de división lord Edward Champion VC, KCMG y demás. Pedí un permiso por divorcio y no me divorcié. Luego pedí otro permiso. Y tampoco me divorcié. Va contra mis

principios. Vive con un paleontólogo del Museo Británico que perderá su trabajo. Le debo a ese Tietjens ciento setenta libras. Por mi segundo permiso de divorcio. No puedo pagarle. No me divorcié, pero me he gastado el dinero. Con mi mujer y su amigo. ¡Por principios!

Hablaba de un modo tan atropellado e inagotable y cambiaba tan rápido de tema que ella no podía hacer otra cosa que oírle. Oía sus palabras y las guardaba. Sólo seguía una línea principal de pensamiento, de lo contrario era incapaz de pensar. Se limitaba a recorrer con la mirada los frisos de las casas de enfrente. Dedujo que Campion había relevado injustamente del servicio a Tietjens después de que salvara dos vidas bajo el fuego enemigo. McKechnie admitió a regañadientes el heroísmo de Tietjens para denigrar al general. El general deseaba a Sylvia Tietjens. Y para conseguirla había enviado a Tietjens a la parte más peligrosa del frente. Pero Tietjens se había negado a morir. Tenía siete vidas. Era como si la Providencia le escupiera en la cara al general. Aunque, de todos modos, la Providencia no podía sentir predilección por Tietjens, un tipo que consolaba al amante de su mujer. Era repugnante. Cuando vio que Tietjens no se dejaba matar, el general fue al frente y lo amonestó terriblemente. ¿No comprendía por qué? Quería que expulsasen a Tietjens del ejército para no caer él en desgracia por enredarse con su mujer. Pero se había pasado de listo. No te pueden expulsar del ejército por no haber estado en tu puesto para lamerle las botas a un general cuando estabas salvando vidas bajo el fuego enemigo. Así que el general tuvo que retirar sus palabras y le buscó a Tietjens un sucio trabajo de carroñero. ¡Lo convirtió en un maldito carcelero!

Ella siguió en el umbral para que aquel hombre no pudiera subir al piso de arriba, donde proseguía la conversación. Las ventanas la consolaban. Sólo pudo deducir que Tietjens había tenido que afrontar graves conflictos mentales. Nada más lógico. Valentine no sabía nada de Sylvia Tietjens ni del general, salvo que eran muy bien parecidos. Pero Tietjens debía de haber tenido graves conflictos mentales. ¡Terribles!

Era odioso. ¡Cómo podía resistirlo! Pero tenía que hacerlo, para apartar a aquel hombre de Tietjens, que estaba hablando con su madre.

Y..., si su mujer era una mala esposa, no...

Las ventanas le servían de consuelo. Un oficial minúsculo y moreno pasó junto a la verja de la casa mirando hacia las ventanas de arriba.

McKechnie había hablado con aspereza. Estaba tosiendo. Empezó a quejarse de que su tío, sir Vincent Macmaster, se había negado a recomendarlo en el Ministerio de Exteriores. Esa mañana ya había organizado una escena en casa de los Macmaster. Lady Macmaster —una vieja bruja donde las hubiera— se había negado a dejarle ver a su tío, que había sufrido un colapso nervioso. De pronto dijo:

—Y volviendo a lo del soneto: al menos quiero demostrarle a ese tipo que... — Dos oficiales más, uno alto y el otro un poco más bajo pasaron junto a la ventana.

Iban riendo y gritando— soy mejor latinista que él...

Ella saltó hacia la entrada. La puerta había vuelto a retumbar.

En la luz de fuera un oficial diminuto con su medio perfil vuelto hacia ella parecía estar escuchando. Junto a él había una chica muy alta y delgada. Al pie de las escaleras estaban los dos oficiales que habían pasado riéndose. El chico la miró con su único ojo, casi habría dicho que con timidez, y exclamó con voz amable:

—Hemos venido a ver al mayor Tietjens... Ésta es Nancy. ¡De Bailleul, ya sabe!
—Había vuelto la cara un poco más hacia la chica. Era desmedidamente alta y delgada, la piel de su rostro parecía macilenta. Era mucho mayor que él. Mucho. Y daba impresión de hostilidad. Debía de haberse puesto mucho colorete. Tenía un tono purpúreo. Iba vestida de negro. Se agachó un poco.

Valentine dijo:

—Me temo... que está ocupado...

El chico replicó:

—¡Oh!, pero aun así querrá vernos. Es Nancy, ¿sabe?

Uno de los oficiales añadió:

—Se nos ocurrió pasar a ver al bueno de Tietjens... —Sólo tenía un brazo. Ella creyó perder la cabeza. El chico tenía una cinta azul alrededor de la gorra. Les respondió:

—Pero es que está ocupado con algo muy urgente...

El chico volvió la cabeza del todo con un gesto de súplica.

—¡Oh, pero...! —dijo. Ella dio un paso atrás y estuvo a punto de desmayarse. La órbita del ojo no contenía nada: era una fea cicatriz rojiza. Le hacía parecer ciego: la ausencia de un ojo borraba la existencia del otro. Dijo en un tono de súplica meridional—: El mayor me salvó la vida, ¡tengo que verle!

El oficial manco gritó:

—Se nos ocurrió pasar a ver al bueno de Tietjens... ES el día del armis... ¡hip...!
En Ruán, en el pub... El chico prosiguió:

—Soy Aranjuez, ¿sabe? Aranjuez... —No hacía ni una semana que se había casado. Al día siguiente partía al ejército de la India. Tenían que pasar el día del armisticio con el mayor. No sería lo mismo sin él. Habían reservado una mesa en el Holborn.

El tercer oficial —un joven mayor muy moreno y de voz aterciopelada— subió despacio los escalones, apoyándose en un bastón y mirándola con sus ojos negros.

—Es una cita, ¿comprende? —dijo. Tenía la mirada decidida y la voz aterciopelada—. Quedamos en vernos hoy en casa de Tietjens... Cuando llegase el armisticio... Éramos muchos. En Ruán. Los que estuvimos en el Número Dos.

Aranjuez insistió:

—También va a venir el CO. Se está muriendo, ¿sabe? Y no sería lo mismo sin el

mayor...

Ella le dio la espalda. Se echó a llorar por el tono suplicante de su voz y por sus manos diminutas. Tietjens estaba bajando las escaleras muy despacio con aire despistado.

II

De pie junto al teléfono, Tietjens había comprendido enseguida que al otro lado de la línea había una madre que rogaba con infinita diplomacia por su hija. De eso no había duda. ¿Cómo iba a seguir... albergando intenciones acerca de la hija de esa voz...? Pero las tenía. No podía. Pero lo hacía. No podía. Pero lo hacía... Se puede apartar con ruegos a la Naturaleza... *tamen usque recur...* [203] Antes de medianoche, la tendría entre sus brazos. El corte de pelo le alargaba la cara. Estaba mucho más atractiva. Menos directa, más refinada. ¡Melancólica! ¡Anhelante! Le daban ganas de consolarla.

No podía responderle a la madre en tono sentimental. Quería a Valentine Wannop lo bastante para llevársela consigo. Ésa era la abrumadora respuesta a las sofisticaciones de la señora Wannop, tan propias de una escritora avanzada de una generación pasada. Lo era entonces, y todavía más hoy, ahora, cuando se podía estar de pie. ¡Aun así, no podía abrumar a una dama anciana, distinguida e inexacta! Eso no se hace.

Se refugió en la enumeración de los hechos. La señora Wannop cedió un poco y preguntó:

—¿No hay ninguna salida legal? La señorita Wanostrocht me ha contado que tu mujer...

Tietjens respondió:

—No puedo divorciarme de mi mujer. Es la madre de mi hijo. No puedo vivir con ella, pero tampoco puedo divorciarme.

La señora Wannop volvió a tomárselo como un agravio y retomó su argumentación. Dijo que conocía las circunstancias y que si su conciencia..., etcétera, etcétera. Creía, no obstante, que las cosas debían arreglarse del modo más discreto posible. Él siguió mirando al suelo y escuchando de manera mecánica. Leyó que nuestra cliente, la señora Tietjens de Groby en Cleveland nos ha pedido que le informemos de que, después de lo sucedido en el campamento base en Francia, considera inútil que usted y ella lleven una vida común en el futuro... Ya había considerado los hechos muchas veces. El tiempo que había estado de permiso, Campion se había instalado en Groby. No creía que Sylvia se hubiese convertido en su amante. Era extremadamente improbable. ¡Impensable! Había ido a Groby con el beneplácito de Tietjens para sondear sus perspectivas como candidato por aquella circunscripción. Es decir, diez meses antes, Tietjens le había dicho al general que podía instalarse en Groby como había hecho tantos años. Pero en la trinchera de comunicaciones no le había contado que hubiera estado en Groby. Había dicho específicamente «Londres».

Eso podía ser la conciencia culpable del adúltero, aunque era mucho más

probable que no quisiera que Tietjens supiese que había estado bajo la influencia de Sylvia. Había arremetido contra Tietjens de un modo nada razonable para un comandante en jefe que estuviese dirigiéndose al jefe de un batallón. Por supuesto, también era posible que le hubiera irritado estar en las trincheras y tener que esperar en un área que debió de parecerle que estaba siendo bombardeada de verdad. Tal vez hubiese estallado para aliviar su nerviosismo. Pero era más probable que Sylvia le hubiera calentado la cabeza hasta hacerle pensar que Tietjens era tan malvado que no debería permitírsele mancillar la superficie de la tierra. Y menos una trinchera bajo el mando del general Champion.

Después Champion había retirado cortésmente sus palabras..., con una especie de desaprobación distante y altanera. Incluso había dicho que Tietjens se había hecho merecedor de una medalla, pero que sólo podía conceder un número limitado de condecoraciones e imaginaba que Tietjens preferiría que se le concediese a alguien a quien le fuera a ser de más provecho. Además, no quería recomendar para una medalla a alguien tan próximo a él. Lo dijo en presencia de varios miembros de su Estado Mayor... Levin y otros. Y luego añadió pomposamente que iba a destinar a Tietjens en un trabajo muy delicado y de mucha responsabilidad. El gobierno de Su Majestad le había pedido que pusiera a todos los prisioneros enemigos entre el cuartel general y el mar a cargo de un oficial de lealtad probada y elevada posición social en vista de las quejas del enemigo en La Haya sobre el supuesto maltrato a los prisioneros. Así que Tietjens había perdido toda oportunidad de distinguirse, de cobrar la paga de jefe del batallón, de mostrarse alegre e incluso ecuaníme. Y a toda prueba tangible de que había salvado dos vidas bajo el fuego, si es que aquel torpe baño en el barro podía llamarse salvar vidas bajo el fuego. Sylvia podría seguir calumniándole hasta el día del Juicio sin que él pudiera alegar nada, salvo el hecho ignominioso de haber sido carcelero. ¡Muy inteligente el viejo general! ¡Su admirable padrino!

A Tietjens le sorprendió oírse decir que si hubiese tenido alguna prueba de que Champion había cometido adulterio con Sylvia lo habría matado. ¡Le habría retado a duelo y lo habría matado...! Eso, por supuesto, era absurdo. Uno no mata a un general comandante en jefe de un ejército. Y menos si es buen general. Su forma de reorganizar el ejército había sido eficiente y marcial, y su manera de asumir el mando en los combates subsiguientes impecable y admirable. De hecho, había sido la apoteosis del militar de carrera. Eso ya había sido beneficioso para el país. También había contribuido, mediante su acción política, a imponerle al gobierno el mando único. Cuando fue a Groby había hecho saber a todo el mundo que estaba dispuesto a luchar por el mando único en nombre de la circunscripción de Cleveland... durante su ausencia en Francia. ¡Sylvia, sin duda, haría campaña por él!

Eso, y la llegada de grandes contingentes de tropas americanas, había hecho que

Downing Street diera su brazo a torcer. Se hizo impensable evacuar el frente occidental. Aquellos canallas de los pasillos se habían quedado sin argumentos. Champion era bueno —¡impecable!— en su oficio. Era digno de su país. Pero si Tietjens hubiese tenido pruebas de que había cometido adulterio con su mujer, le habría desafiado. Del modo apropiado. Según la tradición dieciochesca de los soldados. El viejo no habría podido negarse. También era de costumbres dieciochescas.

La señora Wannop le estaba informando de que se había enterado por una tal señorita Wanostrocht de que Valentine había ido a verle. Al principio, había estado de acuerdo en que era apropiado que Valentine le cuidase si estaba loco y desvalido. Pero la tal señorita Wanostrocht le había asegurado que había oído decir a lady Macmaster que Tietjens y su hija tenían una *liaison* desde hacía años. Y..., la voz de la señora Wannop dudó... Al parecer, Valentine le había anunciado a la señorita Wanostrocht su intención de irse a vivir con Tietjens. «Maritalmente», así lo había expresado la señorita Wanostrocht.

Fue lo último que entendió de lo que le decía la señora Wannop. La gente hablaría. Sobre él. Era su destino. Y el de ella. Sus identidades le interesaban a la señora Wannop, como novelista. Los novelistas viven del cotilleo. Pero a él le era indiferente.

La palabra «¡maritalmente!» brotó del teléfono como una luz azul. La chica de la cara refinada, con el pelo corto que destacaba su refinamiento... ¡Esa chica suspiraba por él tanto como él por ella! La espera había refinado su rostro. Debía consolarla...

Era consciente de que, desde hacía un buen rato, se oía el murmullo continuo de una voz en el piso de abajo. Siempre la misma voz. ¿A quién habría encontrado Valentine para hablar o escuchar tanto tiempo? El bueno de Macmaster fue el único que se le ocurrió. Macmaster no le haría daño. Sintió que su ser estaba unido al de ella por una especie de corriente. Siempre había sentido que su ser estaba unido al de ella por una corriente. ¡Así que aquél era el día!

¡La guerra lo había convertido en un hombre! Lo había curtido y endurecido. No había otra manera de verlo. Le había hecho llegar a un punto en que no estaba dispuesto a soportar nada insoportable. ¡Al menos de sus iguales! A Champion lo consideraba su igual, y a muy pocos más, claro. Y estaba dispuesto a tomar lo que quisiera... Sólo Dios sabía lo que había sido antes. ¿Un hijo menor? ¿Un eterno segundo al mando? Quién sabía. Pero hoy el mundo había cambiado. El feudalismo había concluido, sus últimos vestigios habían desaparecido. No había sitio para él. Iba a hacerse un sitio a toda costa... Ahora se podía estar de pie en lo alto de una colina, ¡por lo que ella y él podrían meterse en algún agujero!

Dijo:

—¡Oh!, no estoy desvalido, aunque esta mañana estaba sin un penique. Así que

salí corriendo a venderle un bargueño a sir John Robertson. El hombre me había ofrecido ciento cuarenta libras por él antes de la guerra. Hoy sólo me ha pagado cuarenta..., por mi carácter inmoral. —Sylvia tenía totalmente dominado al viejo coleccionista. Prosiguió—: El armisticio ha llegado demasiado pronto. Estaba decidido a pasarlo con Valentine. Contaba con recibir un cheque mañana. Por unos libros que he vendido. Y sir John se iba al campo. Yo me había puesto un viejo traje de paisano y no tenía sombrero de civil. —Se oyó una reverberación que llegaba desde la puerta principal. Dijo en tono serio—: Señora Wannop... Si Valentine y yo podemos..., pero ¡un día es un día...! Si no podemos encontrar un agujero donde meternos... He oído hablar de una tienda de antigüedades cerca de Bath. A los vendedores de muebles antiguos no se les exige que lleven una vida regular. ¡Seríamos muy felices! También me han recomendado que solicite un viceconsulado. Creo que en Toulon. Soy muy capaz de trabajar.

Todos los departamentos gubernamentales, abarrotados por supuesto de no combatientes, estaban deseando trasladar a los que habían servido en el ejército a cualquier otro departamento. El Departamento de Estadística lo trasladaría...

Abajo se oyeron muchas voces. No podía dejar a Valentine sola entre tantas voces. Dijo:

—¡Tengo que irme! —La voz de la señora Wannop respondió:

—Sí, vete. Estoy muy cansada.

Bajó despacio por las escaleras con aire despistado. Sonrió. Exclamó:

—Subid, muchachos. ¡Tengo un poco de aguardiente para vosotros! —Tenía un aspecto regio. Una especie de omnipotencia. Esquivaron a Valentine y fueron hacia las escaleras. Todos corrieron arriba, incluso el hombre del bastón. El manco le estrechó la mano con la mano izquierda al pasar. Estaban entusiasmados... Los días de fiesta los oficiales de Su Majestad pueden vociferar y correr entusiasmados escaleras arriba cuando se alude al whisky. ¡Y con más razón en un día como hoy! Se quedaron solos en el vestíbulo, los dos a la misma altura. Él la miró a los ojos. Sonrió. Nunca le había sonreído antes. Siempre habían sido tan serios. Dijo—: ¡Habrà que celebrarlo! Pero no estoy loco. ¡Ni desvalido! —Se había ido corriendo para conseguir dinero para celebrarlo. Tenía pensado pasar a recogerla. Y celebrar el día juntos.

Ella quiso decirle: «Estoy a tus pies. ¡Me abrazo a tus rodillas!». Pero le dijo:

—¡Supongo que es apropiado que celebremos el día juntos!

Su madre los había unido. Pues se miraron un buen rato. ¿Qué le había pasado a sus ojos? Era como si los hubiesen empapado de un fluido calmante: ahora podían mirarse. Se acabó el que uno mirase y el otro apartase la mirada por turnos. Su madre había hablado por ellos. ¡Tal vez ellos no lo hubiesen hecho nunca! Mientras hablaba se habían convencido de que su unión duraba ya muchos años... Era cálido, sus

corazones latían despacio. Ya habían vivido juntos muchos años. Estaban tranquilos en una cueva. El rojo pompeya los rodeaba, las escaleras susurraban. Ahora estarían solos. ¡Para siempre!

Sabía que él quería decirle: «¡Te tengo entre mis brazos. Mis labios se han posado sobre tu frente. Tus pechos se aplastan contra el mío!».

Preguntó:

—¿A quién tienes en el comedor? ¡Eso antes era el comedor!

La invadió un profundo temor. Dijo:

—A un hombre llamado McKechnie. ¡No vayas!

Él fue hacia el peligro, con aire despistado. Tendría que haberle tirado de la manga, pero la mujer del César debe ser tan valiente como él. No obstante, se le adelantó. En otra ocasión, él se le había adelantado a ella en el torniquete de una cerca. En una de esas puertas que, en Kent, los enamorados aprovechan para besarse. Dijo:

—¡El capitán Tietjens está aquí! —No sabía si era capitán o mayor. Unos lo llamaban de un modo y otros de otro.

McKechnie parecía quejoso, pero no homicida. Gruñó:

—¡Ese cerdo inmundo de mi tío, que es tan amigo suyo, ha hecho que me expulsen del ejército!

Tietjens dijo:

—¡Déjese de historias! Sabe perfectamente que le han desmovilizado y que van a enviarlo a trabajar para el gobierno en Asia Menor. ¡Venga a celebrar el día con nosotros! —McKechnie tenía un sobre sucio en la mano. Tietjens dijo—: Ah, sí. El soneto. Puede usted traducirlo bajo la supervisión de Valentine. ¡Es la mejor latinista de Inglaterra! —Añadió—: Capitán McKechnie: ¡la señorita Wannop!

McKechnie le dio la mano.

—No es justo —gruñó—. Si es tan buena latinista...

—¡Tendrá que afeitarse antes de venir con nosotros! —dijo Tietjens.

Los tres subieron juntos las escaleras, pero ellos estaban solos. Estaban en su viaje de luna de miel... ¡La partida de la novia...! No debería pensar en eso. Tal vez fuese una blasfemia. ¡Una se va en un cupé reluciente con lacayos con tricornio!

Había reorganizado la habitación. La había reorganizado por completo. Se había llevado el cubo y el lavabo de lona verde; la cama de campaña —había tres oficiales sentados en ella— estaba ahora contra la pared. Esa delicadeza era típica de él. No quería que aquella gente pensara que dormía allí con él... ¿Por qué no? Aranjuez y la chica de aspecto hostil estaban sentados en unos cojines de lona verde sobre el estrado. Las botellas se apiñaban contra otras en la mesa de lona verde. Todos tenían vasos en la mano. En total había cinco oficiales de Su Majestad. ¿De dónde habían salido? También había tres sillas de caoba con asientos tapizados de tela verde.

Asientos muy gruesos. Había unos vasos en la repisa de la chimenea. La chica delgada y hostil sostenía de forma muy peculiar un vaso de color rojo oscuro.

Todos se pusieron en pie y exclamaron: «¡McKechnie! ¡El bueno de McKechnie! ¡Hurra, McKechnie! ¡McKechnie!», abriendo mucho la boca y gritando con todas sus fuerzas. Era evidente.

Ella sintió un leve pinchazo de celos.

McKechnie apartó la cara. Dijo:

—¡Los compadres! ¡Los viejos compadres! —Tenía lágrimas en los ojos.

Un oficial vociferante saltó de la cama de campaña —¡su lecho nupcial!—. ¿Le gustaba ver a tres oficiales sentados en su lecho nupcial? ¡Menuda Alceste! ¡Dio un sorbo de dulce oporto! ¡Se lo había dado el mayor amable, moreno y manco! El oficial vociferante le dio una violenta palmada a Tietjens en la espalda. Gritó:

—Me he buscado una chica... ¡Es un bombón, señor!

Sus celos se calmaron. Tenía los párpados fríos. Hacía un instante estaban húmedos, ¡y la humedad se había enfriado! ¡Era la sal, claro...! ¡Ella formaba parte de aquella unidad! Estaba unida a él... en las raciones y la disciplina. Así que estaba unida a ella. ¡Oh, qué día tan dichoso...! Había una canción con esa letra. Nunca había imaginado verlo. No había imaginado...

El pequeño Aranjuez se le acercó. Sus ojos eran suaves, igual que los de un ciervo, su voz y sus manos acariciadoras... No, ¡sólo tenía un ojo! ¡Qué terrible! Dijo:

—Es usted la amiga del mayor... ¡Compuso un soneto en dos minutos y medio!

—Quería decir que Tietjens le había salvado la vida.

Ella respondió:

—¡Es increíble! ¿Y por qué?

Él exclamó:

—¡Todo se le da bien! ¡Todo...! Debería haber sido...

Un oficial de aspecto elegante con monóculo entró en la habitación... Claro, habían dejado abierta la puerta principal. Dijo en tono exquisito:

—¡Vaya, mayor! ¡Hola, Monty...! ¡Y los compadres! —Fue hacia la repisa de la chimenea a coger un vaso. Todos gritaron:

—¡Hola, pies de pato!... ¡Hola, cara de duro!

Él cogió el vaso con delicadeza y brindó:

—Por la esperanza... ¡Y la sala de oficiales!

Aranjuez dijo:

—Nuestro único VC... —Ella volvió a sentir una punzada de celos. Luego Aranjuez añadió—: Digo... que él... —¡Buen chico! ¡Muy buen chico! ¡Y su hermano...! ¿Dónde estaba su hermano? ¡Tal vez no volvieran a llevarse bien! El mundo rugía a su alrededor. ¡Ellos también hacían lo que podían por armar un poco

de ruido allí, la marea inundaba el silencio! La chica delgada vestida de negro los miraba sentada desde el estrado. Tenía la falda recogida. Aranjuez levantó las manos como si fuese a ponerlas sobre sus pechos. ¿En un gesto de súplica...? Rogándole que olvidara su horrible órbita vacía. Dijo—: ¿No es maravilloso...? ¿No es maravilloso que Nancy se casara conmigo...? Nos llevaremos tan bien...

La chica delgada la miró. Pareció recogerse aún más la falda, aunque no se movió... Era porque Valentine era la amante de Tietjens... En la National Gallery hay un cuadro titulado *La amante de Ticiano*... Tal vez todos pensarán que... La chica le sonrió con una sonrisa forzada. El día del armisticio... Valentine era inaceptable, salvo los días de fiesta y de júbilo nacional...

Sintió... cierta desnudez a su izquierda. Sin duda, Tietjens se había ido. Había llevado a McKechnie a afeitarse. El hombre del monóculo miró a su alrededor con aire crítico. Se fijó en ella y se le acercó. Se plantó delante con las piernas separadas y dijo:

—¡Eh, hola! No esperaba verla aquí. Nos conocimos en casa de los Prinsep. Era usted simpatizante de los alemanes, ¿no? —Luego añadió—: ¿Qué, tal Aranjuez? ¿Mejor?

Era como una ballena hablándole a un camarón, ¡pero aún más como un tío hablando con su sobrino favorito! Aranjuez se ruborizó de satisfacción. Se cohibía en presencia de una eminencia imponente. Y para él ella también lo era. ¡La mujer de su... héroe!

El VC tenía ganas de hablar de política. Siempre las tenía. Lo había visto dos veces en las veladas de unos amigos llamados Prinsep. No lo había reconocido por el monóculo, debía habérselo puesto junto con la condecoración. Te dejaba sin aliento: como una gota de sangre iluminada por la luz.

Dijo:

—¡Dicen que es usted la anfitriona en nombre de Tietjens! ¿Quién iba a decirlo? Usted es pro alemana..., y él un *tory* convencido. El señor de Groby..., ¿no es así? —Añadió—: ¿Conoce usted Groby? —Bizqueó y recorrió la habitación con el monóculo—. Esto parece un comedor de oficiales... Sólo falta la *Vie Parisienne* y el *Pink Un*... Supongo que se habrá llevado sus cosas a Groby. Ahora se irá a vivir a Groby. ¡La guerra ha terminado! —Dijo—: Pero usted y un viejo *tory* como Tietjens en la misma habitación... Por Dios, la guerra ha terminado... El león tumbado con el cordero no es... —Exclamó—: ¡Oh, diantres! ¡Diantres, diantres, diantres...! No quería decir... No llore usted, mi querida señorita Wannop. Siempre he tenido la mejor opinión de usted. No irá a pensar que...

Ella respondió:

—En realidad estoy llorando por Groby... De todos modos es un día para llorar... ¡Es usted buena persona!

Él exclamó:

—¡Gracias, gracias! ¡Beba un poco más de oporto! El viejo Tietjens sí que es un buen tipo. ¡Muy buen oficial! —Añadió—: ¡Tiene que beber mucho más oporto!

De todos los tipos que, durante años, se habían indignado con ella por oponerse a que no se pudiese estar de pie, él había sido el más estúpido, siempre atónito, ultrajado y mascullando: «¿Y qué hay de la patria y el rey?». ¡Y ahora le parecía cariñoso como un hermano!

Todos estaban gritando:

¡El viejo Tietjens! ¡Él sí que era buen tipo! ¡Whisky de antes de la guerra! ¡Sólo él podría haberlo conseguido! No había nadie como el bueno de Tietjens. Estaba en la puerta, relajado, benévolo. De uniforme. Así era mejor. Un oficial, aullando como un piel roja enfurecido, le propinó una fuerte palmada en la espalda. Avanzó sonriente y tambaleante hasta el centro de la habitación. Un oficial la empujó amablemente hacia él. Estaban juntos. Rodeados de un círculo de caqui. Unos se pusieron a gritar y a dar brincos cogiéndose de la mano. Otros alzaban las botellas y rompían los vasos en el suelo. Los gitanos rompen los vasos en las bodas. La cama estaba contra la pared. Ella no quería que estuviese contra la pared. La habían rozado los...

Empezaron a dar vueltas a su alrededor y a gritar a una voz:

¡Aquí! Pum. Pum. ¡Aquí! ¡Pum. Pum!

Eso es, eso es, aquí...

¡Al menos no estaban allí! Sino haciendo cabriolas. El mundo entero gritaba y hacía cabriolas. Eran el centro de otros círculos inconcebiblemente ruidosos. El hombre del monóculo se había puesto media corona en el otro ojo. Tenía buena intención. Un hermano. Un hermano con la VC. Todo quedaba en la familia.

Tietjens estaba alargando los brazos. Era incomprensible. Le puso en la cintura la mano derecha y la izquierda en su derecha. Estaba asustada. Asombrada. ¡Cómo iba a...! Se estaba balanceando lentamente. ¡El elefante! ¡Estaban bailando! Aranjuez se agarró de la chica alta como un muchacho a un poste telegráfico. El oficial que había dicho que se había buscado un bombón..., ¡bueno, lo había hecho! Lo había llevado consigo. Llevaba guantes blancos de algodón y un sombrero con flores. Decía: «¡Oh, vamos...!». Había uno que tenía una voz preciosa. Era mejor que un gramófono. Mejor...

Les petites marionettes, font! font! font...

En un elefante. Un elefante como un saco de harina. Se iba en un...

El toque de retreta

¡Oh, Rokehope sería un sitio muy agradable
si no fuese por los falsos ladrones!

Primera parte

I

Yacía mirando los hatos de mimbre que formaban la techumbre de paja del cobertizo; la hierba era infinitamente verde; la vista abarcaba cuatro condados; el techo estaba sujeto por seis pequeños troncos de roble joven, toscamente tallados y acariciados desde arriba por ramas de manzano. ¡De manzano silvestre francés! El cobertizo no tenía paredes.

Un proverbio italiano dice que quien deja que las ramas de árbol crezcan sobre su tejado está invitando al médico a visitar a diario la casa. ¡O algo por el estilo! Habría sonreído, pero podría haberse notado.

Para tratarse de un hombre que no se movía nunca, su rostro tenía un singular tono castaño; su cabeza, hundida en el blanco lechoso de las almohadas, podría haber sido la de un gitano con el cabello oscuro y plateado muy corto, la cara cuidadosamente afeitada y totalmente inmóvil. Los ojos, no obstante, se movían con una vivacidad anormal, toda la vida de aquel hombre estaba concentrada en ellos y en los párpados.

Por el camino cortado en la hierba, que llegaba casi hasta las rodillas y conducía desde el establo al cobertizo, llegó un campesino pesado y anciano. Sus brazos largos y peludos se balanceaban como si le hiciera falta un hacha, un tronco o un saco para ser un hombre completo. Era de constitución robusta, vestía bombachos de pana muy

estrechos en las nalgas, medias negras, un chaleco azul desabotonado, una camisa de franela de rayas abierta por el cuello y un sombrero alto y cuadrado de fieltro negro.

Preguntó:

—¿Quiere que le dé la vuelta? —El hombre de la cama cerró despacio los párpados—. ¿Un trago de sidra? —El otro volvió a cerrar los ojos. El que estaba de pie se apoyó con una mano inmensa como la de un gorila en uno de los postes de roble—. Es la mejor sidra que he probado nunca —afirmó—. Me la dio a probar su señoría. Dijo: «Gunning...», eso fue el día que se coló la zorra en el gallinero del guarda... —Empezó y terminó lentamente una larga historia encaminada a demostrar que los nobles terratenientes ingleses preferían los zorros a los faisanes. ¡O deberían hacerlo! Al menos los terratenientes ingleses como Dios manda—. Su señoría no quiso que matásemos a la zorra, ni siquiera que la asustásemos, porque estaba preñada... No se imagina el desastre que puede hacer una zorra preñada en un gallinero con pollos de faisán... ¡Tiene que comer por seis o siete! Están creciendo... Así que su señoría me dijo... —Luego vino la descripción de la sidra...—: ¡Seca! Esa sidra era más seca que el corazón de un avaro o la lengua de una vieja solterona. Tenía cuerpo. Y fuerza. Lógico. Era una sidra de diez años. En casa de su señoría no se bebía ni una gota que no llevase al menos diez años en barriles. Mataban tres corderos a la semana para el consumo de la casa y los criados. Y trescientos palomos. El palomar tenía treinta metros de alto y las palomas anidaban en agujeros en las paredes. Dabas una palmada para ahuyentarlas y cogías a los pichones. Los tiempos han cambiado, pero su señoría sigue igual. ¡Y siempre lo hará!

El hombre de la cama —Mark Tietjens— siguió sumido en sus pensamientos.

El viejo Gunning se fue andando pesadamente por el camino hacia el establo balanceando los brazos. El establo tenía la techumbre de paja cubierta de tejas. No era un verdadero establo en el sentido del norte..., un sitio donde guardar a una vieja yegua entre pollos y patos. La gente del sur no era ordenada. No lo llevaban en la sangre, aunque Gunning sabía arreglar un tejado de paja y cortar un seto como es debido. Sabía muchas cosas. Era un hombre muy completo, capaz de hacer muchas cosas. Era un experto en la caza del zorro, la cría del faisán, la carpintería, el cuidado de los setos, la construcción de azudas, la cría del cerdo y las costumbres de caza del rey Eduardo. ¡Siempre fumaba unos cigarros enormes! Al acabar uno, encendía otro y tiraba la colilla...

¡La caza del zorro, el deporte de reyes con sólo el veinte por ciento del peligro de la guerra! A él nunca le había interesado la caza, ahora ya nunca lo haría, nunca le había interesado dispararle a los faisanes. Ahora ya nunca lo haría. No es que no pudiera, pero en adelante no lo haría... Le irritaba no haberse tomado la molestia de comprobar lo que dijo Yago, antes de tomar su decisión... «En adelante no volveré a decir palabra...» ^[204] O algo por el estilo, pero con eso no se podía hacer un verso

blanco.

Tal vez Yago no estuviese hablando en verso cuando tomó la decisión de Mark Tietjens... «Cogí por el cuello a ese perro circunciso y le golpeé...» ^[205] ¡Un buen tipo ese Shakespeare! En cierto sentido, también era un hombre completo. Probablemente se pareciera mucho a Gunning. Conocía las costumbres de la reina Isabel cuando iba de caza, muy probablemente supiera cómo cuidar un seto, hacer un tejado de paja, despellejar un ciervo, una liebre o un cerdo, cómo notificar un mandato judicial y escribir en mal francés. Se había alojado con una familia francesa en un convento de frailes crucíferos o en The Minories. ^[206] En cualquier caso por los alrededores.

Los patos estaban haciendo mucho ruido en el estanque de arriba. El viejo Gunning subió la cuesta iluminada por el sol entre la pared del establo y las frambuesas. Todo el jardín estaba en pendiente. Mark miró hacia el seto por encima de la hierba. Cuando le giraban la cama miraba hacia la casa. Tosca, de piedra gris.

A un lado, se divisaban los famosos cuatro condados, al otro un empinado bancal cubierto de hierba que llegaba hasta el seto de la carretera principal. Ahora estaba mirando hacia arriba por encima de la hierba y las matas de frambuesas junto al seto que iba a podar Gunning... Todos eran muy considerados con él. Siempre se esforzaban por buscar cosas que pudieran interesarle. No lo necesitaba. Tenía intereses de sobra.

Por el sendero que había más allá del seto, en una pendiente herbosa, pasaron los niños de los Elliot: una niña delgada de diez años con el cabello largo y trigueño y un niño gordo de cinco con un traje de marinero indeciblemente sucio. La niña tenía las piernas y los tobillos demasiado largos y el pelo lacio... ¡El hambre de la guerra en los primeros años de desarrollo! Bueno, de eso él no tenía la culpa. Él le había proporcionado a la nación el transporte que necesitaba: la nación tendría que haberse procurado la comida. No lo había hecho y ahora los niños tenían piernas largas y delgadas, y los huesos de las muñecas les sobresalían como tuberías. ¡Toda una generación...! ¡No era culpa suya! Él había organizado el transporte como era debido. Su departamento lo había hecho. Su departamento. Creado por él desde que era un simple oficinista en prácticas hasta que llegó a ser un alto funcionario. Lo había creado, desde el día de su ingreso treinta años antes, hasta el día en que decidió no volver a decir palabra.

¡Ni mover un dedo! Tenía que estar en este mundo, en esta nación. Que cuidaran de él ahora que había terminado con ellos... Conocía a los progenitores de todos los caballos desde Eclipse a Perlmutter. Eso le bastaba. Le ayudaban a leer todo lo que se publicaba sobre carreras de caballos. ¡Tenía intereses de sobra!

Los patos del estanque siguieron haciendo mucho ruido allá arriba, chapoteando en el agua con las alas y graznando. Si hubiesen sido gallinas habría significado que

pasaba algo, que un perro las perseguía. Pero con los patos no quería decir nada. Enloquecían de un modo contagioso. Como las naciones o la cabaña ganadera de todo un condado.

Gunning pasó lentamente junto a las matas de frambuesa, cogió un capullo y lo apretó entre el índice y el pulgar. Para ver si tenían gusanos. Las frambuesas tenían hojas de color verde pálido: era la planta más frágil de las robustas rosáceas. Eso no era efecto del hambre, sino de la raza. Su intendencia era lo bastante eficiente, pero no sabían alimentarse. Gunning empezó a recortar el seto con golpes secos de la podadera. Había todavía mucha zarzamora entre el seto: en una semana volvería a estar igual de feo.

Lo podaban tanto para que se entretuviera viendo a los que pasaban por el camino, aunque en realidad habrían preferido dejarlo crecer para que los caminantes no pudieran ver el jardín... Bueno, había visto pasar a muchos. ¡Más de los que imaginaban...! ¿Qué demonios se traería Sylvia entre manos? ¿Y aquel viejo estúpido de Edward Campion...? En fin, él no pensaba entrometerse. Sin duda, algo pasaba... Marie Léonie —antes Charlotte— no conocía a aquella hermosa pareja de vista, pero había tenido que verlos husmeando por encima del seto...

Habían colocado —era otra de sus atenciones— un ancho estante en el poste izquierdo de su cobertizo. Para que lo entretuvieran los pájaros. ¡Siempre había aspirado a presas mayores...! Un acentor común, silencioso y grisáceo como un cuáquero, se posó con aire fantasmal sobre aquel estante. Revoloteó y se ocultó en lo más profundo del seto. Lo tomó por un pájaro americano..., tal vez porque había tantos americanos por allí, aunque él nunca los viese... Un ruiseñor mudo, esbelto, delgado, de pico fino, casi sin marcas, como corresponde a un pájaro que casi nunca ve el sol, sino que vive en la profunda penumbra de los setos... Americano porque debería llevar una letra escarlata. Casi todo lo que sabía de los americanos procedía de un libro que había leído sobre una mujer como un acentor común que se arrastraba furtivamente por los setos y acababa enredándose con un cura... Pero, sin duda, habría otros tipos.

Aquel pájaro desganado, esbelto y obviamente puritano, insertó el pico fino en el bebedero que Gunning había puesto en el estante para los herrerillos. Los escandalosos herrerillos, los carboneros, los herrerillos capuchinos..., toda esa familia adora los bebederos. Los acentores evidentemente no, el bebedero en aquel caluroso día de junio se había vuelto aceitoso. El acentor, con el pico grasiento, se frotó la mandíbula de arriba con la de abajo, pero no bebió del bebedero. Miró a Mark a los ojos. Como lo miraron inmóviles, gorjeó una larga nota de advertencia y revoloteó sin ruido hacia la invisibilidad. Todos los animales de los setos te ignoran si te mueves y no les miras. En cuanto te paras y fijas la mirada en ellos, avisan al resto del seto y huyen. Aquel acentor sin duda tenía cerca a sus polluelos. O la advertencia

habría sido sólo cooperativa.

Marie Léonie, de soltera Riator, estaba subiendo por los escalones y luego por el camino. Lo supo por el ruido de su respiración. Se quedó a su lado, informe con su largo delantal de algodón estampado, con un plato de sopa en la mano y dijo:

—*Mon pauvre homme! Mon pauvre homme! Ce qu'ils on fait de toi!*

Empezó un discurso jadeante en francés. Era una de esas normandas rubias y grandes, cuarentona, con el pelo muy rubio y llamativo. Había vivido con Mark Tietjens más de veinte años, pero siempre se había negado a hablar una palabra de inglés, pues sentía un invencible desprecio tanto por la lengua como por el pueblo de su país de adopción.

Su discurso se desbordó. Había puesto la bandejita con el plato de sopa rojiza y amarillenta en una repisa de madera que sobresalía de un tornillo de debajo de la cama; en la sopa había un reluciente termómetro clínico que movía y miraba de vez en cuando, y junto al plato una jeringa de cristal graduada. Decía que *Ils* —ellos— se habían confabulado para hacer incomible su sopa de verduras. No le habían proporcionado *navets de Paris* sino unos redondos como botones; se las habían arreglado para que las zanahorias estuviesen *pourris* por los extremos; los puerros tenían la consistencia de la madera. Estaban decididos a que no pudiese tomar sopa de verduras porque querían que comiera carne. Eran antropófagos. ¡Nada salvo carne, carne, carne! ¡Esa chica...!

En Gray's Inn Road siempre había conseguido nabos de París de Jacopo's en Old Compton Street. No había motivos para que no se pudiesen cultivar *navets de Paris* en este suelo. El nabo de París tenía forma de barril, redondeado, redondeado, redondeado, como un adorable cerdito hasta que se convertía en una simpática colita. Eso era un nabo capaz de hacerte cambiar de idea. *Ils* —ella y él— eran incapaces de cambiar de idea por un nabo.

Entre frase y frase, exclamaba de vez en cuando:

—¡Pobre hombre! ¿Qué te han hecho?

Su facundia fluyó sobre Mark como una corriente de agua sobre una rejilla y sólo reparó en alguna frase de cuando en cuando. No le resultaba desagradable: le gustaba su mujer. Tenía un gato al que no dejaba comer carne los viernes. En Gray's Inn Road había sido más fácil, en una gran habitación decorada con innumerables miniaturas y siluetas que representaban a los miembros de la familia Riator y todas sus ramas. Madame Riator *mère* y madame Riator *grand'mère* también habían sido aficionadas a pintar miniaturas y Marie Léonie poseía un grupo escultórico sorprendentemente blanco esculpido por el distinguido artista Casimir-Bar, un viejo amigo de la familia que nunca había sido condecorado por culpa de las conspiraciones de sus enemigos lo que le hacía albergar un profundo desprecio por las condecoraciones y los condecorados. Marie Léonie se había acostumbrado a repetir con detalle las

tremebundas opiniones de monsieur Casimir-Bar siempre que tenía ocasión. Aunque, desde que a Mark le había honrado el soberano, las había recitado con menos frecuencia. Afirmaba que la democracia de hoy no tenía la pátina que había distinguido a los demócratas de la época de sus padres, así que sería mejor *caser*, encontrar un hueco entre los distinguidos por el Estado.

El sonido de su voz, que era muy profunda y nada desagradable, continuó. Mark la miró con la indulgencia irónica que se les concede a los niños, aunque cuando estaba atado al duro banco le había descansado volver a casa como hacía todos los jueves y los lunes, y no pocos miércoles cuando no había carreras. Le había tranquilizado volver a casa de un mundo de imbéciles incompetentes y oír sus opiniones sobre la vida. Tenía opiniones sobre la virtud, el orgullo, las caídas en desgracia, las carreras humanas, las costumbres de los gatos, los peces, los clérigos, los diplomáticos, los soldados, las mujeres de moral relajada, san Eustaquio, el presidente Grévy, los proveedores de alimentos, los oficiales de aduanas, los farmacéuticos, los tejedores de seda de Lyon, los patronos de las pensiones, los verdugos, los fabricantes de chocolate, los escultores, a excepción de monsieur Casimir-Bar, los amantes de mujeres casadas, las doncellas... Su cerebro, de hecho, era como un armario abarrotado de las cosas más incongruentes: herramientas, recipientes y escombros. Cuando abrías la puerta, era imposible saber lo que te caería encima y lo que vendría después. Eso era tan descansado para Mark como lo habría sido viajar al extranjero..., aunque en realidad nunca había viajado al extranjero salvo cuando su padre, antes de su accesión a Groby, decidió irse a vivir a Dijon para educar allí a sus hijos. Así había aprendido francés.

Su conversación tenía otra cualidad que le divertía constantemente: siempre terminaba con el mismo asunto con el que había elegido empezar. Y, como hoy había escogido empezar con los *navets de Paris*, con los *navets de Paris* terminaría, siempre le divertía ver cómo se las arreglaba para volver al asunto del principio. Puede que estuviese concluyendo un largo comentario sobre los acorazados y tuviese que volver de pronto a las natillas porque llamaran a la puerta cuando la doncella estuviera fuera, pero siempre lograba hacer la transición antes de abrir. Por lo demás era frugal, astuta y sorprendentemente limpia y saludable.

Mientras le daba la sopa y le insertaba la jeringa de cristal en los labios a intervalos de medio minuto que controlaba con su reloj de pulsera, le hablaba de muebles... *Ils* no le dejaban aplicar un barniz que había importado de París a aquella especie de conejeras que tenían en el salón; una vez que ella barnizó una silla ciertamente deplorable, monsieur su cuñado hizo gala de un asombro que la había sorprendido mucho. Tal vez la moda del momento fuese tener muebles toscos y decrepitos. Que no le hubiesen dejado colocar en el salón el sillón dorado de su difunta madre o el grupo escultórico que representaba a Niobe y algunos de sus hijos

obra del difunto monsieur Casimir-Bar o el reloj de repisa que era una reproducción exacta en bronce de la Fuente de los Medici en los jardines de Luxemburgo de París..., era una cuestión de gusto. Era lógico que *Elle* se avergonzara al pensar que la falda que vestía cuando se dedicaba a las labores de jardinería era... ¡En suma, era lo que era! Sin embargo, dejaba que el cura la viese con esa falda. Pero ¿por qué *Il*, que era un hombre de honor y buen juicio con fama de conocer las cosas de este mundo y tal vez el próximo..., por qué *Él* se unía a esa conspiración infinitamente estúpida contra la obra del gran genio Casimir-Bar? Marie Léonie podía entender que *Él*, dado lo difícil de su situación, no quisiera que instalasen en el salón obras que hiciesen que *Elle* se sintiera incómoda, porque sus posesiones no incluían objetos de arte que el mundo entero hubiese reconocido como obras clásicas, por no aludir a los collares de perlas que Marie Léonie, de soltera Riotor, debía a la generosidad de Mark y a sus propias economías. Y a otros objetos de valor y buen gusto. Si la dote..., llamémoslo dote..., de tu mujer es muy escasa, porque ciertamente Marie Léonie no era de las que meten cizaña si alguien está pasando dificultades... ¡No sería propio de ella! No obstante, un largo período de muchos años de honradez, frugalidad, vida regular y limpieza... Y le preguntó a Mark si alguna vez había visto en su salón huellas de barro como las que ella había observado sin duda los días de lluvia en el salón de cierta persona... ¡Y también podría hacer ciertas revelaciones respecto al estado del armarito de debajo de las escaleras y a la condición en que se encontraba el aparador de la cocina! Pero, si no tenía experiencia doméstica, ¿qué esperabas...? Sin embargo, unos cuantos años dedicados al cuidado de la casa, como los que había pasado ella, le daban a una derecho a opinar, por supuesto con delicadeza, sobre el *ménage* de una joven incluso aunque su delicada situación le impidiera hacer comentarios no cristianos sobre otros hechos. De todos modos, a Marie Léonie le parecía que presentarse delante de un cura con una falda adornada nada menos que con tres visibles *tâches* de gasolina, unos guantes cubiertos de barro igual que una trufa cubierta de pasta antes de ponerla a cocer entre las cenizas y empuñando, de entre todos los objetos vulgares del mundo, nada menos que un trasplantador... ¡Y reírse y bromear con él...! Sin duda, la situación requería cierta, llamémosla, discreción. No es que ella le concediese a los curas los extravagantes privilegios a los que aspiran. El difunto monsieur Casimir-Bar solía decir que, si concediéramos a nuestros *soi-disant* consejeros espirituales todo lo que pedían, dormiríamos sobre un lecho que no tendría ni sábanas, ni *edredons*, ni cojines, ni almohada, ni somier. Y Marie Léonie se inclinaba a coincidir con monsieur Casimir-Bar, aunque, como buen héroe de las barricadas de 1848, tendía a ser un poco extremista en sus posiciones. Aun así, en Inglaterra un vicario es un funcionario del Estado y como tal hay que recibirle con cierta reserva y modestia. Por otro lado, Marie Léonie —antes Riotor, su madre se llamaba Lavigne-Bourdreau y por tanto era

sospechosa de tener sangre hugonota, de modo que era de suponer que Marie Léonie sabría cómo recibir a un clérigo protestante— había visto claramente desde la ventanita que había junto a las escaleras cómo *Elle* le ponía una mano en el hombro al cura y señalaba —imagínate, con el trasplantador— a la puerta principal que estaba abierta y le decía —había oído claramente sus palabras—: «Pobre hombre, si tiene usted hambre encontrará al señor Tietjens en el comedor. Está comiéndose un bocadillo. ¡Con este tiempo se despierta el apetito...!». Eso había sido hacía seis meses, pero los oídos de Marie Léonie todavía cosquilleaban con aquellas palabras y aquel gesto. ¡Un trasplantador! ¡Señalar con un trasplantador, *pensez* y! Ya puestos a usar un trasplantador, ¿por qué no un *main de fer*, un recogedor? ¡O un recipiente incluso más doméstico...! Y Marie Léonie soltó una risita.

Su abuela Bourdreau recordaba a un vendedor ambulante de cacharros de cocina que una vez había llenado uno de esos recipientes —un *vase de nuit*—, por supuesto nuevo, de leche y había ofrecido gratis su contenido a quien se atreviera a beberse la leche. Una joven llamada Laborde aceptó el desafío en el mercado público de Noisy-Lebrun. El novio la dejó porque el gesto le pareció exagerado. ¡Pero es que aquel vendedor era un guasón!

Sacó del bolsillo del delantal varias hojas de periódico dobladas y un bastidor de debajo de la cama: dos marcos atornillados entre sí para que pudieran plegarse. Colocó una de las hojas en el bastidor y luego lo colgó de un alambre que pendía de una de las vigas del techo del cobertizo. Dos alambres a izquierda y derecha sujetaban el bastidor justo delante de la cara de Mark. Ella tenía un aspecto agradable cuando abría los brazos. Le levantó el torso con mucha fuerza y un infinito cuidado, lo apoyó un poco en los almohadones y lo miró para asegurarse de que sus ojos quedaban enfrente de la hoja impresa. Dijo:

—¿Ves bien así?

Sus ojos comprendieron que iba a leer una noticia sobre las carreras veraniegas de Newbury y de Newcastle. Los cerró dos veces para decir «¡Sí!». Las lágrimas inundaron los de ella. Murmuró: «*Mon pauvre homme! Mon pauvre homme!* ¿Qué te han hecho?». Sacó de otro bolsillo del delantal una botella de *eau de cologne* y una borla de algodón con la que le limpió todavía con más cuidado la cara y luego sus manos delgadas, como de caoba. Parecía una de esas mujeres francesas que le cambian las ropas de satén blanco y les lavan el rostro a las imágenes de la virgen a la puerta de la iglesia en agosto.

Luego se apartó y empezó a sermonearle. Él leyó que la yegua del rey había ganado la bandeja de oro de Berkshire y el caballo de un amigo el Handicap Seaton Delaval. Había tenido intención de ir a las carreras de Newcastle ese año y saltarse las de Newbury. El último año que había ido a las carreras Newbury se le había dado muy bien, así que se le había ocurrido probar Newcastle para cambiar y, ya que

estaba allí, echarle un vistazo a Groby y ver lo que aquella furcia de Sylvia estaba haciendo con la casa. Muy bien, eso ya estaba arreglado. Probablemente lo enterrarían en Groby.

Ella dijo en tono profundo y ensayado:

—¡Mi compañero! —Casi podría haber dicho «¡Mi Dios!»—. ¿Qué clase de vida llevamos aquí? ¿Se ha visto alguna vez algo tan peculiar y poco razonable? Si nos sentamos a tomar una taza de té, en cualquier momento pueden arrebatárnosla de entre las manos; si nos tumbamos en un diván, el diván puede desaparecer en cualquier momento. No me opongo a que te pases día y noche aquí tumbado al aire libre, pues comprendo que ése sea tu deseo y nunca me opondría a nada que tú desearas y con lo que consintieras. Pero ¿no podrías arreglarlo para que viviésemos en una casa más apropiada para las personas de esta época y que no sea una procesión de bienes personales? Seguro que podrías. Aquí es como si fueses omnipotente. Ignoro cuáles son tus recursos. Nunca te gustó hablarme de eso. Siempre has velado por mi comodidad. Jamás expresé ningún deseo sin que lo satisficieras, aunque también es cierto que mis deseos fueron siempre razonables. Así que no sé nada, pese a que a veces leo en los periódicos que eras un hombre de una riqueza exorbitante que difícilmente puede haberse evaporado, pues no ha habido nadie más frugal y moderado en sus gastos. El caso es que no sé nada y jamás les preguntaría a aquellos dos, pues eso implicaría que pongo en duda tu confianza en mí. No dudo de que te habrás preocupado de garantizar mi bienestar en el futuro y estoy segura de la continuidad de esas disposiciones. Mis miedos no son materiales. Pero todo esto me parece una locura. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué vives en esta construcción tan peculiar? Puede que vivir al aire libre sea necesario para tu enfermedad. No creo que vivieras entre perpetuas corrientes de aire en tus habitaciones, aunque yo nunca llegué a verlas. Pero, los días que me concedías, siempre procuré que estuvieras cómodo y tú parecías contento. Tu hermano y su mujer son tan alocados en los demás aspectos de la vida que también podrían estar siéndolo ahora. ¿Por qué, entonces, no le pones fin a esta situación? Puedes hacerlo. Aquí es como si fueras omnipotente. Tu hermano saltaría de un extremo de este lúgubre lugar al otro con tal de anticiparse al más mínimo de tus deseos. ¡Y *elle* también!

Era tan grande y pálida y tenía el cabello tan rubio que, con los brazos extendidos, casi parecía una mujer griega invocándole a una deidad. Y sin duda él tenía para ella, con su silencio y su misterio, el aire de una deidad capaz de arrojar dardos inconcebibles y conceder favores inimaginables. A pesar de que todas sus circunstancias hubieran cambiado, eso no lo había hecho, de modo que incluso su inmovilidad aumentaba su misterio. En todo el tiempo que habían pasado juntos, no sólo allí, él siempre había guardado silencio mientras ella hablaba. Los dos días de la

semana en que acostumbraba a visitarla, desde el momento en que ella abría la puerta a las siete en punto de la tarde y lo veía con su sombrero hongo, el paraguas cuidadosamente enrollado y los prismáticos de las carreras cruzados en diagonal sobre el pecho, hasta el momento en que, a las diez y media de la mañana siguiente, le cepillaba el sombrero y se lo daba junto con el paraguas, él apenas pronunciaba palabra: tan sólo decía lo necesario para dar la impresión de una taciturnidad absoluta, mientras ella lo entretenía con el flujo incesante de su charla y sus comentarios sobre los cotilleos del Quartier, los colonos franceses en aquella parte de Londres, o las noticias de los periódicos franceses. Él se quedaba sentado en un sillón duro, ligeramente inclinado hacia delante, con unas arruguitas en la comisura de los labios que sugerían una sonrisa infinita e indulgente. En ocasiones, le recomendaba apostar un soberano a algún caballo, o le llevaba un opulento regalo: pesados brazaletes de oro con floridos grabados y engarzados con grandes esmeraldas, pieles suntuosas, caros baúles de viaje para cuando iba a París o viajaba a la costa en otoño. Cosas así. Una vez le compró las obras completas de Victor Hugo encuadernadas en tafilete púrpura y todas las obras que había ilustrado Gustave Doré, en piel verde; otra vez una pezuña de un caballo de carreras, criado en Francia, montado en plata con forma de tintero. En su cuarenta y un cumpleaños —ella nunca supo cómo se las había arreglado para saber que era su cuarenta y un cumpleaños— le había regalado un collar de perlas y la había llevado a un hotel de Brighton regentado por un ex boxeador. Le había pedido que se pusiera las perlas en la cena y que tuviese cuidado con ellas porque tenían un valor de más de quinientas libras. Una vez le preguntó en qué invertía sus ahorros y, cuando le dijo que invertía en *rentes viagères* francesas, le respondió que él podía asesorarla mejor y, de cuando en cuando, le fue recomendando extraños pero muy provechosos métodos de invertir pequeñas sumas.

De ese modo, gracias a esos regalos que la dejaban boquiabierta por su opulencia y pesadez, había adquirido poco a poco el aspecto de un dios capaz de bendecir —y posiblemente aniquilar— de forma inescrutable. Hasta muchos años después de que él la recogiera por primera vez en Edgeware Road, a la salida del viejo Apollo, ella siguió mirándolo con suspicacia, pues no dejaba de ser un hombre y la naturaleza de los hombres les empuja a tratar a las mujeres de modo traicionero, lujurioso y mezquino. Ahora se tenía por la compañera de un dios, segura y a salvo de los traicioneros golpes de la Fortuna, como si estuviera sentada en una de las águilas jupiterinas junto a su trono. Los Inmortales a veces habían escogido a humanos por compañeros y, siempre que lo habían hecho, el destino de los elegidos había sido dichoso. Ella se sentía uno de ellos.

Ni siquiera cuando sufrió el ataque dejó de sentir aquel poder inconmensurable e inescrutable y no pudo librarse de la convicción de que, de haber querido, habría podido hablar, andar, y realizar los trabajos de un Hércules. Era imposible pensar lo

contrario: el vigor de su mirada no había disminuido y seguía siendo la mirada oscura de un hombre orgulloso, vigilante y dominante. Y la misteriosa naturaleza del ataque sólo servía para confirmar su convicción subconsciente. El ataque se había producido de un modo tan poco dramático que, aunque los pomposos, y para ella casi imbéciles, médicos ingleses que le habían atendido, coincidían todos en que debía de haberle sorprendido cuando estaba dormido, ella no había cambiado de opinión. De hecho, incluso cuando su propio médico, Drouant-Rouault, afirmó que aquél era un caso típico de hemiplejía fulminante, su razón aceptó el diagnóstico, pero su intuición inconsciente siguió incommovible. El doctor Drouant-Rouault era un hombre sensato, eso lo había demostrado al destacar la perfección anatómica de las esculturas de monsieur Casimir-Bar y al reconocer que sólo las conspiraciones de sus rivales habían impedido que no hubiese llegado a ser presidente de la École des Beaux Arts. Era pues un hombre sensato cuya reputación entre los comerciantes franceses del Quartier era muy alta. Ella nunca había necesitado los cuidados de un médico. Pero era evidente que, en caso de necesidad, había que consultar a uno francés y aceptar lo que dijera.

Pero, aunque aceptaba de palabra lo que le decían los demás, no podía convencerse en su *intérieur*, ni había conseguido esa convicción exterior sin dificultad. Le había indicado, no sólo al doctor Drouant-Rouault, sino que también le había parecido su deber comunicárselo a los médicos ingleses a quienes de otro modo no les habría hablado, que el hombre que yacía tendido en su cama era un hombre del norte, de Yorkshire, cuyos habitantes son de una tozudez increíble. Les había pedido que tuviesen en cuenta que no era raro que los hermanos y hermanas y otros parientes de una misma familia pasasen decenios viviendo bajo el mismo techo sin dirigirse la palabra, y les había advertido que, después de una larga relación, ella sabía que Mark Tietjens era de una determinación indecible. Por ejemplo, nunca había podido hacerle variar su dieta ni un gramo, ni modificar su sabor con una pizca de pimienta, ni una sola vez en los veinte años en que había cocinado para él. Les imploró a aquellos caballeros que tuviesen en cuenta la posibilidad de que los términos del armisticio fuesen de tal naturaleza que hubiesen hecho que una persona de la determinación e idiosincrasia de Mark decidiera encerrarse en sí mismo para siempre y apartarse de todo contacto humano y que, en caso de que así lo hubiera decidido, nada ni nadie le haría cambiar de opinión. La última palabra que había pronunciado había sido mientras ella hablaba con uno de sus colegas del ministerio que la había telefoneado para pedirle que informase a Mark de los términos del armisticio. Al oír las noticias, que ella había tenido que darle por encima del hombro, había hecho no sé qué observación. En esa época se estaba recobrando de una doble neumonía. Ella no sabría repetir exactamente lo que había dicho, aunque estaba casi segura de que había sido para dar a entender —en inglés— que no volvería a hablar jamás. Sin embargo,

era consciente de que su propia vehemencia podría haberle hecho oír lo que no era. Al enterarse de la noticia de que los aliados no tenían intención de perseguir a los alemanes en su propio país ella misma se había sentido tentada de decirle al alto funcionario al otro lado del teléfono que no volvería a dirigirle la palabra a él ni a ningún otro miembro de la raza humana. Fue lo primero que se le pasó por la cabeza y sin duda también lo primero que debió de ocurrírsele a Mark.

Eso les había implorado a los médicos. Casi no le habían hecho ningún caso y ella sabía que muy probablemente se debiera a su ambigua situación como compañera, hasta hacía muy poco sin ninguna garantía legal, de un hombre a quien consideraban incapaz de seguir protegiéndola. No se lo tenía en cuenta, pues estaba en la naturaleza de todos los hombres ingleses. El francés, naturalmente, la había escuchado con deferencia e incluso se había inclinado un poco. Pero había insistido con sorda obstinación: madame debía tener en cuenta que el momento en que se produjo el ataque sólo servía para reafirmar que se trataba de un ataque. Un argumento que para ella, como francesa, debía ser casi incontrovertible. Pues la traición a Francia por sus aliados en el supremo momento del triunfo había sido un crimen que casi hacía deseable el fin del mundo.

II

Siguió a su lado sermoneándolo y esperó a darle la vuelta al periódico enmarcado para que él pudiera leer el otro lado de la página. Lo primero que leyó incluía las observaciones de diversos autores sobre las carreras. Eso lo engulló enseguida, como si fuese un mero *hors d'oeuvre*. Ella sabía que desdeñaba las opiniones de los escritores sobre las carreras, aunque desdeñara un poco menos las de los dos que escribían en aquella página. No obstante, la lectura de verdad empezó cuando le dio la vuelta al periódico. Allí había infinitas columnas apretadas con los nombres de los caballos de carreras, sus jinetes, y los participantes de varias carreras, sus edades, ancestros y logros anteriores. Eso lo leería con atención y minuciosidad. Tardaría casi una hora en hacerlo. Le habría gustado quedarse con él mientras leía, pues el estudio intensivo de todo lo relacionado con las carreras de caballos había sido siempre el único asunto que compartían. Había pasado horas casi emocionantes inclinada sobre el respaldo de su sillón y leyendo junto a él las noticias del hipódromo; y los cumplidos que le dedicaba a propósito de sus predicciones de los resultados de las carreras, a pesar de ser los únicos que le había dedicado jamás, la habían llenado del cálido placer y la confusión que podría haber sentido si se los hubiese dedicado a su persona. Ciertamente, ella no necesitaba cumplidos, le bastaba la satisfacción completa que siempre le demostraba, aunque había disfrutado, y ahora los echaba de menos, con aquellos ratos largos y tranquilos de comunión entre los dos. Le comentó que Seattle había ganado la carrera tal como ella había predicho, pues no había habido competidores a la altura de aquella yegua, pero no obtuvo como respuesta ningún gruñido de aquiescencia medio despectivo como los que solía dedicarle en los viejos tiempos.

Un aeroplano había zumbado sobre sus cabezas y ella había salido a ver el alegre juguete que, iluminado por el sol, avanzaba lentamente por el cielo diáfano. Cuando volvió a entrar, en respuesta al doble parpadeo que le indicaba que podía pasar la página del periódico, soltó uno de los alambres del poste de roble que tenía a su derecha, dio la vuelta a la cama y enganchó el alambre en el poste de la izquierda, luego hizo lo mismo con el alambre que había quedado a su izquierda. Así los marcos se dieron la vuelta y mostraron el otro lado del periódico.

Era un mecanismo que la irritaba a diario y, como de costumbre, expresó su irritación. Otro ejemplo de la locura de ellos, de su cuñado y aquella mujer. ¿Por qué no habían adquirido uno de esos ingeniosos aparatos, como un brazo de latón brillante que tenía en el extremo un atril de caoba barnizada y se podía enganchar en la cama y ajustar en cualquier ángulo? ¿Por qué no habían adquirido uno de esos cobertizos para tuberculosos que había visto en un catálogo y que podían pintarse de agradables franjas de verde y bermellón, por lo que tenían un aspecto muy alegre, y

además giraban sobre un eje para que recibieran los rayos del sol o para evitar las corrientes de aire? ¿Qué explicación podía tener aquella tosca y descabellada estructura? ¡Un techo de paja apoyado en postes sin paredes! ¿Acaso querían que saliera volando de la cama con las corrientes? ¿Lo hacían sólo por irritarla? ¿O es que sus recursos eran tan exigüos que no podían permitirse las comodidades de la civilización moderna?

Ella pensaba que bien podía ser el caso. Pero ¿cómo iba a serlo, en vista del singular comportamiento de monsieur su *beau-frère* en el asunto del grupo escultórico de Casimir-Bar, el gran escultor? Ella se había ofrecido a contribuir a los gastos de la casa aunque tuviese que sacrificar aquello que más apreciaba, y qué singular había sido el comportamiento de monsieur Christophère. Durante su ausencia, y con ocasión de la gran subasta en Wingham Priory, les había pedido al amable, aunque rudo, Gunning y al carpintero semiidiota que bajasen de su alcoba al salón la admirable *Niobe* y la ciertamente incomparable *Tetis informando a Neptuno de la muerte de su yerno*, por no citar su butaca Segundo Imperio recién dorada. ¡Cómo habían brillado en aquella lúgubre desolación con sus respectivas blancura y aurificencia! ¡Qué apasionada la pose de *Niobe*, qué llena de energía y a la vez qué patética la acción de *Tetis*! Y de paso había aprovechado la oportunidad para barnizar con un preparado especial importado de la Ciudad de las Artes la única silla del salón que, por ser también de París, no era demasiado tosca para ser barnizada, aunque fuese también bastante burda, de la época de Luis XIII de Francia, Dios sabía qué época sería ésa allí. ¡Sin duda la de Cromwell el regicida!

Y monsieur escogió el momento de su entrada en aquel lugar ahora lleno de vida para hacer la única exhibición de emoción que ella le había conocido. Pues, por lo demás, monsieur era al menos tan contenido, por no decir tan absolutamente taciturno, como el propio Mark. Ella le había preguntado a Mark: ¿había sido ese momento, pues qué otra cosa podía ser después de todo, una manifestación de afecto por su joven mujer? ¿Qué otra cosa podía ser si no? *Il...*, monsieur su pariente, pasaba por ser un hombre de conocimientos ilimitados. Lo sabía todo. Y no podía sino ser consciente del valor supremo de la obra de Casimir-Bar, quien, de no ser por las maquinaciones de su rival monsieur Rodin y sus *confrères*, debería haber conseguido los mas altos honores en Francia. Sin embargo, monsieur, no sólo había dado órdenes entre exclamaciones y gestos de desaprobación a Gunning y al carpintero de que retirasen de inmediato el grupo escultórico y la butaca del salón donde ella los había expuesto —con Dios sabe cuántos reparos— por si atraían la atención de algún cliente casual..., pues por allí pasaban clientes casuales en ausencia de Ellos y sin *rendez-vous*... No sólo eso, sino que monsieur, para halagar tal vez la natural envidia de *Elle*, había expresado las dudas más vulgares respecto al valor pecuniario de las propias obras de Casimir-Bar. Todo el mundo sabía que los

americanos estaban expoliando la desdichada tierra francesa de sus tesoros artísticos más escogidos y los precios exorbitantes que pagaban por ellos y la avidez que demostraban. No obstante, aquel hombre había tratado de convencerla de que sus estatuas no valían más que unos pocos chelines cada una. Era incomprensible. Necesitaba dinero hasta el punto de convertir su casa en un mero almacén de objetos viejos de madera tosca y latón abollado. Se las había arreglado para cobrarles precios desmedidos por aquellos objetos olvidados a unos yanquis dementes que llegaban de muy lejos para comprarle aquellos desechos. Y, sin embargo, cuando le ofrecían unas piezas de belleza inigualable y en perfectas condiciones, se limitaba a rechazar dichos objetos con desprecio.

Por su parte, ella respetaba la pasión —aunque se le ocurrían objetos de pasión capaces de despertar mucho más ese sentimiento que *Elle*, a quien por motivos de conveniencia llamaría su *belle-soeur*—, al menos era amplia de miras y comprendía el funcionamiento del corazón humano. Le parecía muy respetable que uno se arruinase por el objeto de sus afectos. Pero esto lo consideraba como mínimo exagerado.

¿Y a qué venía entonces esa determinación a ignorar el desarrollo del genio moderno? ¿Por qué no le compraban a Mark un atril con un brazo de latón que sirviese para indicarles al menos a los vecinos y criados que era un hombre de condición social elevada? ¿Por qué no le compraban un cobertizo giratorio? Había ciertos síntomas de la época que eran inquietantes. Ella era la primera en reconocerlo. No había más que leer en los periódicos los hechos de los asesinos, ladrones, subversivos e ignorantes que tenían en sus manos las riendas del poder. Pero ¿qué tenían contra cosas tan inocentes como un atril, un cobertizo giratorio y el avión? ¡Sí, el avión!

¿Por qué ignoraban los aviones? Ellos le habían asegurado que el motivo por el que no habían podido suministrarle *navets de Paris* era que la estación estaba demasiado avanzada para plantar las semillas de aquellas divertidas y admirables verduras que, vistas a la luz pálida de las farolas a primera hora de la mañana, apiladas simétricamente en las carretas, hasta tanta altura como el primer piso de los edificios, proporcionaban uno de los espectáculos más alegres de la vida nocturna de la Ville Lumière. Le habían dicho que traer las semillas de París tardaría al menos un mes. Pero, si hubiesen enviado una carta en avión, pidiendo el envío de las semillas igualmente por avión, conseguirlas habría costado, como todo el mundo sabe, apenas unas pocas horas. Y, después de volver así a la cuestión de los nabos, concluyó:

—Sí, *mon pauvre homme*, nuestros parientes, pues soy lo bastante amplia de miras para incluir a la mujer en esa categoría, son muy raros. Muy, muy raros. ¡Todo esto es muy extraño!

Se fue por el camino en dirección al establo, especulando sobre la naturaleza de

los parientes de su marido. Eran los parientes de un dios, pero los dioses tenían parientes muy raros. Supongamos que Mark fuese Júpiter; en fin, Júpiter tenía un hijo llamado Apolo que no podía considerarse exactamente un *fils de famille*. Sus aventuras habían sido de lo más irregular. ¿Acaso no era sabido que había pasado largo tiempo cantando y bebiendo con los pastores del rey Admeto? Pues bien, monsieur Tietjens podía considerarse una especie de Apolo entre los pastores de Admeto con compañera incluida. Aunque no cantase a menudo, porque lo cierto era que disimulaba las tendencias que habían conducido a su caída en desgracia. Cuando estaba en aquella casa tan extraordinaria era muy silencioso. Y *elle* también. Por irregular que fuese su situación, no ofrecía aspectos de regocijo reprobables. Era un *collage* bastante serio. Eso, al menos, era un rasgo de familia.

Rodeó los toscos caballones de detrás del establo para ir a ver a Gunning, que estaba sentado en el umbral cortando trozos enormes de un gran pastel de carne con una navaja de hoja muy ancha. Inspeccionó sus piernas extendidas, sus inmensas botas embarradas y su rostro sin afeitar y observó en francés que los pastores de Admeto probablemente vistieran de otro modo. Aunque él tal vez estuviese cómodo así.

Gunning dijo que era hora de volver a trabajar. Supuso que ella tenía intención de embotellar la sidra o no le habría hecho bajar allí el barril. Más le valía apretar bien los corchos o se destaparían todos.

Ella observó que sería muy raro que la descendiente de varias generaciones de normandos no supiera cómo embotellar sidra y él repuso que sería una pena que, después de tanto trabajo, se acabara echando a perder.

Se cepilló las migas de pastel de la pana de los pantalones, recogió con cuidado los trozos más grandes de corteza y se los metió en la boca entre los labios anchos y rojos. Preguntó si la señora sabía si el capitán iba a necesitar a la yegua esa tarde. De lo contrario iría a soltarla en el prado. Ella respondió que no lo sabía: el capitán no le había dicho nada al respecto. Gunning repuso que en el fondo daba igual: Cramp, afirmó, no tendría el sofá listo para llevarlo a la estación «antes de mañana». Si esperaba un momento, iría a buscar un poco de agua tibia para humedecer los huevos de las gallinas. Ella pensó que no podía pedir más.

Se puso en pie y se fue andando pesadamente camino abajo en dirección a la casa. Se quedó mirando la alta hierba de la finca, los troncos retorcidos y blanquecinos de los árboles frutales, las lechuguitas alineadas como rosetas en los caballones y la pendiente que se alejaba hacia las viejas piedras de la casa, que las ramas de los manzanos ocultaban en su mayor parte. Y admitió que, en efecto, no podía pedir más. Era normanda y, si Mark hubiese muerto, sin duda habría vuelto a las cercanías de Falaise o Bayeux de dónde procedían respectivamente las familias de su abuela y su abuelo. Probablemente se habría casado con un granjero o un agricultor rico y

dedicado a embotellar sidra y a humedecer los huevos de las gallinas cluecas. Se había formado como *coryphée* de la Ópera de París y, sin duda, de no haber viajado a Londres con la *troupe*, y si Mark no la hubiera encontrado en Edgeware Road donde tenía su alojamiento, habría vivido con algún hombre en Clichy o Auteuil hasta haber ahorrado lo suficiente para retirarse a uno u otro de los *pays* de su familia y casarse con un granjero, un carnicero o un agricultor. Reconocía que, puestos a eso, era probable que no hubiese criado *poulets au grain* más succulentos ni fabricado sidra con más cuerpo que los de los gallineros y las prensas de allí, y que llevaba justo la vida que había querido siempre. Tampoco habría podido desear mejor ayudante que Gunning quien, con un blusón azul con bordados y un *casquette* con la punta de cuero negro, habría podido pasar por un campesino en el mercado de Caen.

Llegó por el sendero tambaleándose y cargando con cuidado con un gran cuenco azul que parecía una protuberancia de su camisa, con el mismo rictus que antes y la misma entonación. Daba igual que ella se obstinara en hablarle en francés: sabía por intuición lo que tenía responderle y ella también le entendía bastante bien.

Afirmó que sería mejor que le sacase él las gallinas del gallinero, no fuesen a picarle en las manos, le pasó el cuenco y sacó de las sombras una gallina quejosa y cloqueante con las plumas erizadas y le colocó delante un puñado de pasta de salvado y una hoja de lechuga. Luego salió con otra y con otra. ¡Y muchas más! Por fin, le dijo que podía ir a humedecer los huevos. A él no le gustaba darles la vuelta porque sus manos viejas y torpes muchas veces los rompían. Añadió:

—Espere mientras saco a esa vieja yegua. Un poco de hierba no le hará ningún daño.

Las gallinas, que con las plumas erizadas tenían un tamaño enorme, desfilaron con hostilidad junto a sus pies, cacarearon, cloquearon, picotearon los trozos de pasta y bebieron agua con ansiedad de un bebedero metálico de hierro. La vieja yegua salió del establo con un exagerado ruido de cascos. Era una yegua baya muy oscura de diecinueve años, tozuda, hosca y extremadamente flaca. Podías atiborrarla de avena cinco veces al día, pero no había manera de que ganase peso. Salió por la puerta con el trote de una *prima donna*, pues sabía que había sido un animal famoso. Las gallinas huyeron, la yegua dio un bocado al aire y mostró unos dientes enormes. Gunning abrió la puerta de la plantación que estaba justo al lado y el animal salió a medio galope, dobló las rodillas, se tumbó de lado y dio vueltas y vueltas, sus patas grandes y esbeltas se elevaban incongruentes en el aire.

—Sí —dijo Marie Léonie—, *pour moi-même je ne demanderais pas mieux!*

Gunning observó:

—No parece que tenga la edad que tiene, ¿verdad? ¡Retoando como un corderito de cinco días! —Su voz estaba llena de orgullo y su rostro gris exhibía un gesto alegre—. Su señoría dijo una vez que deberían haber llevado a esa vieja yegua a la

Exhibición Hípica de Lunnon. ¡Hace ya muchos años!

Ella se internó en las oscuras, cálidas y olorosas profundidades del establo-gallinero. El cajón del caballo estaba separado del gallinero por varios alambres, cajas y mantas tendidas sobre pértigas y para entrar tuvo que agacharse. La luz que se colaba por las rendijas entre los tablones de las paredes la deslumbró. Cargó con cuidado con el cuenco lleno de agua y metió la mano en los cálidos huecos en la paja. Los huevos estaban tan calientes como si tuviesen fiebre, les dio la vuelta y los salpicó de agua tibia: trece, catorce, catorce, once —¡esa gallina era una fuera de serie!— y quince. Vacío el cuenco y cogió, uno tras otro, los huevos de los demás ponederos. La adquisición le alegró.

Una gallina cloqueó en un nidal que había un poco más arriba. Cacareó amenazadora, luego gritó como si anunciara un desastre aviar cuando se le acercó. Las voces compasivas de las gallinas que había fuera se unieron a aquel anuncio de un desastre aviar..., igual que las de las gallinas del prado. Un gallo cantó.

Volvió a decirse que no podía imaginar mejor vida que aquella. Pero, contentarse de ese modo, ¿no era una forma de autocomplacencia? ¿No debería, pese a todo, estar dando pasos para el futuro... cerca de Falaise o Bayeux? ¿No se lo debía a sí misma? ¿Cuánto duraría esta vida? Y, lo que es más, cuando terminase, ¿qué ocurriría? ¿Qué harían *Ils* —esa gente tan extraña— con ella, con sus ahorros, sus pieles, sus baúles, perlas, turquesas, grupos escultóricos y sillas y relojes recién dorados Segundo Imperio? Cuando moría el soberano, ¿qué le hacían el heredero, sus concubinas, cortesanos y sicofantes a la Maintenon ^[207] del momento? ¿Qué precauciones debería estar tomando contra su cólera venidera? Debía de haber abogados franceses en Londres.

¿Era acaso concebible que *Il*, Christopher Tietjens, torpe, aparentemente obtuso, pero en realidad dotado con la visión de lo sobrenatural —Gunning siempre decía: «El capitán nunca habla, pero ¿quién sabe lo que piensa? No se le escapa nada»—, era acaso concebible que, cuando Mark muriese y él fuese el dueño de aquel lugar llamado Groby y de las vastas tierras de carbón de las que había hablado el periódico, Christopher Tietjens conservara la disposición benévola y frugal de hoy? Ciertamente sí. Pero, igual que parecía obtuso y sin embargo estaba dotado con la visión de lo sobrenatural, también podía dar a entender que despreciaba la riqueza y al mismo tiempo convertirse en un auténtico Harpagon ^[208] en cuanto tuviera las riendas de la mano. Los ricos destacan por la dureza de sus corazones y los hermanos roban a la viuda del hermano antes que a nadie.

Así que, sin duda, debería ponerse bajo la protección de las autoridades. Pero ¿qué autoridades? El largo brazo de Francia protegería a uno de sus ciudadanos incluso en aquella tierra remota e incivilizada. Pero ¿sería posible poner en marcha aquella maquinaria sin que se enterase Mark...? Y ¿qué terribles pasos podría dar

Mark en su cólera si descubría que la había puesto en marcha?

No parecía quedarle otro remedio que esperar, y como esa parte de su naturaleza era indolente, y tal vez sólo indolente, era consciente de que se contentaba con esperar. No obstante, ¿sería ése el modo correcto de actuar? ¿Se estaba haciendo justicia a sí misma y a Francia? El deber de todo ciudadano francés era acumular bienes mediante la industriosisidad, la frugalidad y la vigilancia, y, por encima de todo, volver con todos esos bienes a aquel afligido país, desvalijado por la perfidia de los aliados. Tal vez disfrutase de aquellas circunstancias, de la hierba, la plantación, las aves de corral, las prensas de sidra y los huertos..., ¡aun cuando los nabos no fuesen de la variedad *navet de Paris*! No podía desear nada mejor. Pero también podía ser que hubiese un pequeño *pays*, cerca de Falaise o de Bayeaux, un pequeño lugar que ella pudiera enriquecer con estos despojos de los bárbaros. Si cada habitante de un *pays* hiciera lo mismo, ¿no volvería a ser Francia una nación próspera en la que todos los *clochers* repicarían de contento a través de miles de hectáreas sonrientes? ¡Pues eso!

Se quedó mirando las gallinas mientras Gunning reparaba las mellas de su guadaña con una piedra de afilar antes de volver al trabajo, y empezó a pensar en la naturaleza de Christopher Tietjens, pues quería calcular cuáles eran sus probabilidades de conservar las pieles, las perlas y los artículos dorados de *vertu*... Por orden del médico que atendía a diario a Mark —un tipo seco, rubio y sin duda totalmente ignorante— no había que perderlo de vista en ningún momento. Aquel médico era de la opinión de que un día Mark podía moverse..., físicamente. Y era muy peligroso que lo hiciera. Las lesiones que pudiera haber en el cerebro podían reproducirse con efectos fatales..., o algo por el estilo. Así que no había que perderlo de vista. Por la noche, tenían una alarma conectada con su cama. Ella dormía en una alcoba que daba a la plantación. Bastaría con que él se moviera lo más mínimo para que un timbre sonara junto a su oído. Aun así se levantaba cada noche, una y otra vez, para mirar el cobertizo desde su ventana: una tenue lámpara iluminaba sus sábanas. Aquella disposición le parecía una barbaridad, pero era lo que quería Mark y no se atrevía a cuestionarle... Así que esperó mientras Gunning afilaba la hoja de mango corto con forma de hoz.

El caso es que todo —todas las calamidades del mundo— habían empezado entre los clamores e intoxicaciones de aquel día terrible. Hasta entonces apenas había oído hablar de Christopher Tietjens. Lo cierto es que tampoco había oído hablar mucho del propio Mark hasta hacía muy pocos años. No conocía su nombre, ni sabía a qué se dedicaba, ni dónde vivía. No era cosa suya, así que nunca había hecho averiguaciones. Y una mañana —transcurridos trece años— él se había despertado con un ataque de bronquitis, después de unas carreras muy lluviosas en Newmarket. Le había pedido que fuese a su despacho con una nota dirigida a su jefe, para pedirle

sus cartas y decirle que enviara a un mensajero a sus habitaciones a recoger un poco de ropa y unos artículos imprescindibles.

Cuando le respondió que no sabía cuál era su despacho, dónde estaban sus habitaciones y ni siquiera cómo se apellidaba, él había soltado un gruñido. No había expresado ni sorpresa ni alegría, pero ella sabía que se había alegrado, probablemente más por él, por haber escogido a una compañera que demostraba tener tan poca curiosidad, que por ella, que no la había demostrado. Después había mandado instalar un teléfono en su casa y, más de una vez, se había quedado hasta más tarde de lo acostumbrado por la mañana y había hecho que un mensajero de la oficina le llevase las cartas o entregase los documentos que había firmado. Cuando su padre murió la hizo guardar luto.

Para entonces, poco a poco, había averiguado que era Mark Tietjens de Groby, una inmensa heredad en algún lugar del norte, y que trabajaba en una oficina gubernamental en Whitehall —al parecer en algo relacionado con ferrocarriles—. Dedujo, sobre todo por lo que decía el mensajero, que trataba al ministro con desprecio, pero que lo consideraban tan indispensable que no lo habían despedido. De vez en cuando, la llamaban de la oficina y le preguntaban si sabía dónde estaba. Después deducía por los periódicos que había sido porque se había producido un grave accidente de ferrocarril. En esas ocasiones, él solía estar ausente en una carrera de caballos. De hecho, dedicaba a la oficina sólo el tiempo que le apetecía, ni más ni menos. Ella concluyó que, dada su inmensa riqueza, el trabajo no le importaba demasiado, salvo para ocupar su tiempo libre entre carreras, y dedujo que lo consideraban un poder oculto entre los gobernantes de la nación. Una vez, durante la guerra, se hizo daño en la mano y le dictó una nota de carácter confidencial dirigida a uno de los ministros del gobierno. Tenía que ver con el transporte y su tono había sido de un peculiar y educado desprecio.

Al fin y al cabo, no tenía nada de sorprendente. Era un *milor* inglés con *le Spleen*. Había leído acerca de ellos en las novelas de Alexandre Dumas, Paul de Kock, Eugène Sue y Ponson du Terrail. Representaba la Inglaterra que el continente aplaudía, la única Inglaterra que el continente aplaudía. Silenciosa, obstinada, inescrutable, insolente, pero inmensamente rica e incontrolablemente generosa. *Elle demandait pas mieux*, pues al menos no tenía nada de imprevisible. Sus hábitos eran tan regulares como las campanas de Westminster: nunca le exigía nada inesperado y era todopoderoso e infalible. Era, en suma, lo que sus compatriotas llamaban *sérieux*. Ninguna francesa podría imaginar un amante o marido mejor. Era el *collage sérieux par excellence*: como *ménage* eran sobrios, honrados, frugales, industriosos, muy ricos y ahorrativos. Dos veces por semana, le preparaba dos chuletas de cordero a las que les había dejado sólo medio centímetro de grasa, dos patatas tan blancas y ligeras como la harina, un pastel de manzana con una base muy crujiente de hojaldre, que se

comía con una porción de queso Stilton, y un poco de pan con mantequilla. Esa cena no había variado ni una sola vez en veinte años, salvo durante la temporada de caza cuando, en semanas alternas, llegaban de Groby un faisán y un par de urogallos o perdices. Tampoco se habían separado más de una semana en esos veinte años a excepción del mes que él pasaba en Harrogate a finales de verano. También le lavaba las camisas en su lavandería del Quartier. Él pasaba siempre los fines de semana en alguna casa de campo y necesitaba, como mucho, dos camisas, y eso si se quedaba hasta el martes. Los ingleses de buena familia no se visten para cenar los domingos. Es una deferencia con nuestro señor porque teóricamente uno va a la iglesia por la tarde y no se puede ir a la iglesia en el campo en traje de fiesta. Lo cierto es que uno nunca va a la iglesia por la tarde..., pero se considera una deferencia dar a entender por la vestimenta que podría tener el impulso de hacerlo. Así, al menos, era como lo entendía Marie Léonie Tietjens.

Estaba contemplando las gallinas de color castaño brillante mientras se afanaban en la hierba de color verde intenso del prado, que descendía en pendiente hacia un grupo de hayas. El gran gallo le recordó al difunto monsieur Rodin, el escultor que había conspirado contra Casimir-Bar. Una vez había visto a Rodin en su estudio mientras les mostraba su obra a unas señoras americanas y le había parecido exactamente un gallo sacudiendo las patas y ahuecando las alas en el polvo alrededor de una gallina nueva. Sólo alrededor de una nueva. ¡Claro...! Aquel gallo era un francés tremendo. *Un vrai de la vraie!* ¡Era imposible imaginar a nadie menos parecido a Christopher Tietjens...! Las piernas arqueadas moviéndose sobre los pies danzarines, ¡el paso de un verdadero maestro en una academia de señoritas! El ojo despierto y vigilante mirando a cada minuto... ¡Oíd! Una sombra sobrevoló el terreno: ¡el gavilán! ¡El canto agudo y penetrante del padre de la comarca! ¡Cómo lo repitieron las gallinas, cómo corrieron los pollitos junto a sus madres y luego todos juntos a la sombra del seto! Monsieur el gavilán no tendría ninguna oportunidad en medio de aquella algarabía. ¡El gavilán se mueve en silencio y detesta el ruido, que atrae al campesino con su escopeta...! Todo se descubre por la vigilancia de milord Chantecler... Hay quienes le reprochan que se pase la vida mirando al cielo, porque le da un aspecto altanero. Pero ésa es su función..., ésa y la galantería. Vedlo con un grano de trigo: cómo vuela a cogerlo, ¡qué invitador se muestra con sus gritos! ¡Sus gallinas favoritas —las más nuevas— corren cacareando hacia él! Cómo se inclina, se agacha y danza con el grano de trigo en su pico poderoso, lo deposita en el suelo, lo picotea para ablandarlo y luego lo deja a los pies de su sultana del momento. Y tampoco se queja si una bolita de plumas pasa corriendo a toda prisa y le arrebató el grano del pico antes de que madame Partlet pueda cogerlo. Su galantería se ha malogrado, ¡pero es un buen padre...! Tal vez ni siquiera tenga un grano de trigo cuando envía sus invitaciones: tal vez sólo convoque a sus favoritas para recibir sus

halagos o realizar el acto amoroso...

En ese momento es el hombre que toda mujer desea conseguir. Cuando golpea las plumas del ala contra la espalda y profiere su toque de clarín victorioso sobre el gavilán, que ahora se aleja hacia la colina, sus gallinas salen de las sombras, los pollitos de debajo del ala de sus madres. Le ha infundido confianza a la comarca y así pueden volver a sus ocupaciones. Muy distinto, sin duda, de aquel monsieur Christopher que, siendo soldado, ya parecía más un saco de harina tosco y gris, sin resuello y con duros ojos azules y saltones. ¡No de mirada dura, sino de un azul duro! Y sin embargo, curiosamente, tenía también algo del espíritu de Chantecler por debajo de esos hombros de verraco. Por supuesto, no podía ser hermano de su hermano sin tener alguno de los rasgos del *milor*... Y también el *spleen*. Pero nadie podía decir que su Mark no fuese un hombre correcto. Chic de un modo excéntrico, pero, ¡oh, sí, chic! Y ése era su hermano.

Como es natural podía tratar de desvalijarla. Es lo que los hermanos hacen con la viuda y los hijos de su hermano..., pero ahora la trataba con una especie de cortesía pomposa y mucha prosopopeya. La primera vez que la había visto —no hacía tanto: durante aquel período de la guerra en que el tiempo parecía haberse detenido— la había tratado con gestos pesados pero expresivos de respeto y con palabras corteses en un lenguaje pasado de moda que debía de haber aprendido en el Théâtre Français cuando todavía interpretaban *Ruy Blas*. El francés ahora era muy diferente, había que reconocerlo. Cuando fue a París —cosa que hacía siempre a finales de verano, aprovechando que su compañero se iba a Harrogate— la lengua que hablaban sus sobrinos le pareció distinta, sin gracia, cortesía ni inteligibilidad. ¡Y, desde luego, sin respeto! *Oh, la, la!* ¡Cuando tuvieran que repartirse su herencia sería un pillaje mucho mayor que el de Christopher Tietjens! Mientras estuviese en su lecho de muerte, esos jovenzuelos y sus mujeres se dedicarían a saquear sus cajones y armarios como una manada de lobos... *La famille!* En fin, eso estaba bien. Demostraba un apropiado espíritu de adquisición. ¡Para qué servía una buena madre si no era para desvalijar a los parientes del marido en interés de los hijos tenidos en común!

El caso es que Christopher había sido tan cortés como un saco de harina bien educado del *dix-huitième*. ¡Dieciochesco! Aún más antiguo, *période Molière*! Cuando entró en su habitación, que estaba tenuemente iluminada por una *veilleuse* —¡una mariposa, son mucho más económicas que la luz eléctrica!— le había recordado exactamente a un pesado personaje de Molière representado en la Comédie Française, de verbo y carácter elaborados, pero protuberante en los lugares más extraños. Podría haber pensado que albergaba intenciones sobre su persona, pero había entrado con mucha consideración y con los ojos saltones sólo para darle la noticia de que su hermano estaba a punto de convertirla en una mujer recta. Así lo había formulado Mark. Por supuesto, sólo Dios puede hacer eso... Pero la empresa había contado con

el apoyo absoluto de monsieur el Aparente Heredero.

De hecho había estado muy activo mientras ella dormitaba en un sillón de orejas después de cuatro días y tres noches sin dormir. No le habría confiado el cuerpo de Mark a nadie salvo a su hermano. El hermano había llegado —jadeante por el nerviosismo y la disnea..., ¡los dos hermanos tenían malos pulmones!— para pedirle que no se asustara al encontrar en la habitación de su compañero a dos sacerdotes, un funcionario, un abogado y el pasante del abogado... Esa gente vestida de negro que nos atiende en el momento de la muerte, redacta testamentos y aplica los santos óleos. El médico y un hombre con bombonas de oxígeno habían estado allí cuando ella se retiró a descansar. Era toda una reunión de los buitres que nos asisten en vida.

Ella se había puesto a gritar. Eso sin duda era lo que le había puesto tan nervioso: la anticipación de que se pondría a gritar de pronto en el Londres negro y silencioso que meditaba entre los ataques aéreos. En aquel silencio, antes de que el sueño la visitara envuelta en su *peignoir*, había reparado en las actividades de Christopher en el teléfono del pasillo. ¡Se le había ocurrido que podía estar llamando a las *Pompes Funèbres*...! Así que se había puesto a gritar: ese sonido que uno emite irresistiblemente cuando la muerte está a punto de abatirse sobre alguien. Pero él había corrido a tranquilizarla, ¡exactamente igual que monsieur Sylvain en las tablas del teatro de Molière! Le habló en aquella especie de francés, con un susurro áspero, entre las sombras de la mariposa... y le aseguró que el cura era para casarlos, con la licencia del *archevêque* de Cantorbéri que en esos tiempos se conseguía de Lambeth Palace por treinta libras esterlinas. Eso te permitía volver recta a cualquier mujer a cualquier hora del día o de la noche. El abogado estaba allí para la firma del testamento. Pues en aquel país tan peculiar el matrimonio invalida cualquier testamento previo. O eso le explicó Tietjens (Christopher).

Pero, entonces, ¡si se daban tanta prisa es que había peligro de muerte! A menudo había especulado sobre si se casaría o no con ella como acto de contrición en el lecho de muerte. Con desdén, como se ponen en paz con Dios los grandes señores con *le Spleen*. Gritó, en el Londres negro y silencioso. La mariposa tembló en su platillo.

Le explicó con voz ronca que su hermano iba a doblar en su nuevo testamento lo que le dejaba póstumamente. Lo suficiente para comprar una casa en Francia, si no quería vivir en Dower House en Groby. Una casa estilo Luis XIII. Ésa era su idea del consuelo. Trató de adoptar un tono profesional... Estos ingleses. ¡Aunque a cambio tal vez no saqueen tus cajones y armarios mientras tu cuerpo está todavía tibio!

Ella gritó que podían llevarse sus testamentos y contratos matrimoniales, pero que le devolvieran a su compañero. Si le hubiesen dejado darle sus *tisanes* en lugar de...

Con el pecho agitado, le había gritado a aquel hombre a la cara:

—Juro que lo primero que haré cuando sea madame Tietjens y tenga potestad para hacerlo será echar a toda esa gente y darle infusiones de amapola y azahar. —

Pensó que se horrorizaría, pero en lugar de eso le había dicho:

—Hazlo, por el amor de Dios, hermana querida. ¡Tal vez lo salves a él y a la nación!

Fue muy tonto por su parte hablar así. Esa gente tenía demasiado orgullo familiar. Mark sólo se ocupaba del transporte. Bueno, tal vez el transporte en esos días tuviera su importancia. Aun así, probablemente Tietjens, Christopher, exagerase la indispensabilidad de Tietjens, Mark... Eso debió de ser tres semanas o un mes antes del armisticio. Fueron días aciagos... No obstante, demostró ser un buen hermano...

En la habitación de al lado, mientras se firmaban los papeles, después de que el *curé*, con su *calotte* y todo, hubiese leído su Biblia, Mark le había hecho señas de que inclinase la cabeza y la había besado. Le susurró:

—¡Gracias a Dios hay una Tietjens que no es una puta y una zorra! —Hizo una leve mueca: las lágrimas de ella habían caído sobre su cara. Por primera vez, dijo:

—*Mon pauvre homme, ce qu'ils ont fait de toi!* —Quiso salir corriendo de la habitación pero Christopher la detuvo. Mark le había dicho en francés:

—Siento causarte tantas molestias... —Nunca le había hablado en francés. El matrimonio cambia las cosas. Los hombres te hablan con ceremoniosidad por respeto a sí mismos y su posición social. Además, puedes tomarte la libertad de llamarles tu *pauvre homme*.

Tuvo que celebrarse otra ceremonia. Un tipo de aspecto patibulario se adelantó con su libro como si fuese un registrador de la propiedad de mejillas azuladas. Volvió a casarlos. Esta vez por lo civil.

Entonces fue cuando, por primera vez, supo de la existencia de otra Tietjens, la mujer de Christopher... No sabía que Christopher estuviera casado. ¿Por qué no estaba allí? Mark le había explicado jadeante y con alambicada educación que había exagerado el formalismo del matrimonio porque, si él y Christopher morían, ella, Marie Léonie Tietjens, podría tener dificultades con una tal Sylvia. ¡La Zorra...! Bueno, ella, Marie Léonie, estaba dispuesta a enfrentarse con su cuñada legítima.

III

Beatrice, la doncella, al igual que Gunning, consideraba a Marie Léonie con una obediencia hierática pero perpleja. Era la señora, y eso estaba bien. También era francesa extranjera. Y eso estaba mal. Era extraordinariamente eficaz en el cuidado de la casa, el jardín y el corral, y eso despertaba toda una serie de sentimientos ambivalentes. Era rubia y no tenía la tez oscura, lo que equivalía a otro punto a su favor; era rolliza y no delgada como las personas verdaderamente distinguidas. Así que un punto en su contra por no ser verdaderamente distinguida, y un punto a su favor porque, puestos a tener personas distinguidas en la casa, es mejor que no sean verdaderamente distinguidas... Aunque, en conjunto, la impresión era favorable porque, al igual que ellos, era muy rubia. Y eso le daba un aspecto más humano. Nunca confíes en una mujer morena y, si te casas con un hombre moreno, ten en cuenta que te tratará mal. Así son las cosas en la campiña inglesa.

El fabricante de bargueños Cramp, que era un resto de la raza diminuta, morena y persistente que una vez pobló Sussex, la veía con desconfianza mezclada con admiración por la calidad del barniz que le llevaba de París. Auténtico barniz francés. Vivía en la cabaña que había al cruzar el sendero, al otro lado del prado comunal. No tenía palabras para explicar cuánto le gustaban los encargos que le hacía el jefe. Tenía que restaurar y abrillantar con cera de abeja —no barnizar— trastos viejos, como los que tenía su abuelo. Y de los que se había deshecho. Bártulos viejos. De más de cien años. ¡Y más!

Tenía que coger trozos de madera vieja de un mueble viejo y restaurar los que faltaban en otro. El capitán había comprado las tablas de la porqueriza del viejo Moley, que antes habían sido los reclinatorios de la iglesia de Little Kingsworth, para que Cramp los utilizase para restaurar toda clase de cosas. También había comprado la conejera de la vieja señorita Cooper. Cramp admitía que, una vez limpios y encerados, los paneles tenían un bisel casi perfecto. Le había hecho rebajar el bisel de la madera de los reclinatorios de la iglesia de Kingsworth para reponer una de las puertas que faltaban, y usar otros trozos de madera para tapar agujeros. Cramp había hecho un buen trabajo. Había quedado muy bien: un aparador largo y bajo, con seis puertas biseladas, con preciosos adornos en los bordes. Como algunos de los muebles que tenía su señoría en la habitación Tudor de Fittleworth House. De más de cien años. Trescientos. Cuatrocientos... No había forma de saberlo.

Sobre gustos no hay nada escrito, pero el capitán tenía ojo para los muebles. Le bastaba con echarle un vistazo a un trasto viejo para ver que era más antiguo que el monumento a sir Richard Atchinson en Tadworth Hill, que se erigió en 1842 para celebrar la gloriosa victoria del librecambismo. Eso decía el monumento. Sacaba toda clase de cachivaches viejos de la parte trasera de alguna vaquería donde los habían

tirado. Había días que a Cramp se le caía el alma a los pies al ver volver a la yegua con el carro lleno de gallineros, comederos para puercos, y platos de peltre que la gente había empleado para tapar agujeros en algún establo.

Y todo se iba para América, que debía de ser un sitio muy raro y lleno de despojos de la vieja Inglaterra: comederos de cerdos, gallineros, conejeras, recipientes de cobre que no servían para nada. Una vez cepillados, pintados, encerados y barnizados, los cargaba en el carro, enganchaba a la yegua y los llevaba a la estación, rumbo a Southampton y Nueva York. ¡Debía de ser un sitio rarísimo! ¿Es que allí no tenían fabricantes de bargueños o cachivaches viejos?

En fin, menos mal que en el mundo tenía que haber de todo. Gracias a que había gente que estaba un poco mal de la cabeza, él tenía un buen trabajo, que probablemente le duraría toda la vida. A cambio de todos aquellos bártulos, su mujer había comprado muchas cosas. Y su salón estaba muy elegante con aquellas aspidistras sobre trípodes de caoba, la alfombra Wilton, las sillas de bambú y qué sé yo cuántos objetos de caoba. La señora Cramp era una buena esposa, aunque tenía la lengua muy larga.

La señora no le caía muy bien. Ella estaba en contra de los extranjeros y afirmaba que todos eran espías alemanes. No quería saber nada de ellos. Además, ¿quién sabe si estaría casada? Unos decían que sí, pero otros afirmaban que no. Pero a la señora Cramp no la engañaba..., en cuanto a su distinción. ¿Qué tenía de distinguido? Su manera de vivir no era nada distinguida. La gente distinguida era engreída y vestía ropa nueva y tenía coches y estatuas, y palmeras, y salones de baile e invernaderos. Y no embotellaba sidra, ni recogía huevos, ni le hablaba en una lengua extraña al capataz. Ni vendía las sillas en las que estaban sentados ahora. A sus cuatro hijos pequeños tampoco les gustaba la señora. Nunca les llamaba criaturitas, ni les daba caramelos, ni muñecas de trapo ni manzanas. Y, si se los encontraba en el huerto, los sacaba de allí a pescozones. Ni siquiera les dio un gorro rojo de franela en invierno.

En cambio a Bill, el mayor, sí le gustaba la señora. Decía que era muy buena y se pasaba el día hablando de ella. Tenía estatuas en el dormitorio, y sillas doradas, y relojes y plantas en flor. Bill había hecho para la señora lo que ella llamaba una cantonera. De tres pisos, para que la tuviera en un rincón y pusiese figuritas encima. Con unos adornos que le había pedido ella. Y muy bien barnizada. ¡Digna de una condesa! Si la señora Cramp la viese, tal vez cambiase de opinión... Pero, en lugar de eso, había dicho: «No me fío de las rubias», porque ella era morena.

No obstante, a él lo de la sidra le daba mucho que pensar. Le habían regalado una botella o dos y era una sidra muy buena. Pero no era sidra de Sussex. Más bien de Devonshire, o de Herefordshire. Aunque no acababa de parecerse a ninguna. Tenía más cuerpo, y era más dulce y oscura. ¡Y no podía beberse alegremente! ¡Si bebías más de dos pintas se te subía a la cabeza!

La pequeña colonia estaba avanzando furtivamente hacia el seto: Cramp asomó la calva del taller y se arrastró fuera. La señora Cramp, una mujer desaliñada, morena y muy delgada, salió al umbral de la casa secándose las manos en el mandil. Los cuatro niños de los Cramp, todos en distintas etapas de crecimiento, salieron de la charca vacía de la porqueriza. Cramp no tenía pensado comprar los cerdos de ese año hasta la próxima feria quincenal de Little Kingsworth. Los niños de los Elliott llegaban a paso de caracol con la lechera por el verde sendero desde la granja; la señora Elliott, una mujer enorme con el pelo revuelto, miró por encima de su propio seto, que formaba un pequeño cercado en el prado comunal; el joven Hogben, el hijo del granjero, un hombre de unos cuarenta años muy fornido, apareció en el sendero del bosque de hayas guiando una gran cerda negra. Incluso Gunning dejó de barrer y se quedó remoloneando junto al establo. Desde allí podía ver a Mark en su cama y, entre los troncos de los manzanos, a Marie Léonie embotellando la sidra, grande, sofocada y muy concentrada, junto al cobertizo de ordeñar, donde el agua corría por un bebedero de madera en forma de uve.

—¡Saca la sidra del barril con un tubo! —le gritó la señora Cramp a la señora Elliott.

—¡Dónde se ha visto...! —le respondió refunfuñando la señora Elliott a la señora Cramp. Todas aquellas figuras siguieron acercándose furtivamente: los niños husmeaban por los diminutos intersticios del seto y se musitaban unos a otros: «¡Dónde se ha visto...! Cosa de extranjeros... Un tubo de cristal... ¡Dónde se ha visto!». Incluso Cramp, aunque, después de secarse la calva con el mandil de carpintero, le había advertido a la señora que recordase que tenía un buen trabajo, bajó por el camino hasta el seto y se quedó tan cerca —mirando por encima— que las espigas se le clavaban en el pecho sudoroso a través de la fina camisa. Le gritaron al panadero, que conducía cansino a su exhausto caballo por el empinado sendero desde los bosques de abajo, que alguien debería detenerla. Habría que avisar a la policía. Embotellar sidra con un tubo de cristal. Y dejarla en el agua corriente. ¿Dónde estaban los de sanidad? ¡Fastidiarle la tripa a la gente honrada! Envenenarla. Sin duda el jefe les diría algo si pudiera moverse. Habría que advertir a la policía... Meter la sidra en agua corriente..., ¡enfriarla recién embotellada! ¡Dónde se ha visto! Y sólo porque se las daba de señora. Y de tener más dinero que otros mejores que ella. Y tampoco tenían tanto dinero. Tal vez estuvieran arruinados y tuviesen que vender como hizo Higginson con Fittleworth. Higginson también se las daba de distinguido. Y además no era una gran señora. Tanto como pudieran serlo ellas. No era ni condesa ni señora, sólo baronesa consorte, suponiendo que fuese cierto... ¡La policía debería tomar cartas en el asunto!

Un grupo de personas distinguidas, montadas en caballos relucientes, con arreos de cuero que crujían como es debido, subieron al paso por el sendero. Ellos sí que

eran gente distinguida. Un elegante caballero anciano, delgado como un palo, de rostro limpio, nariz ganchuda, bigote blanco, un precioso bastón y unas bonitas polainas. Iba montado en el caballo favorito de su señoría. Una yegua baya. Una dama elegante, delgada como un muchacho, montada a horcajadas como se hacía ahora, aunque antes no era frecuente. Pero los tiempos cambian. En el propio alazán de la condesa, uno que tenía la frente blanca. Era un caballo con mucho genio. Aquella dama debía de montar muy bien. Otra señora de cabello gris, pero también delgada, montaba con gracia al estilo amazona. Vestía una falda larga con ballenas y un sombrero de tres picos como los de los cuadros de bandoleros del nuevo pub de Queens Norton. Tenía un aspecto un poco anticuado. Aunque sin duda iba a la última moda. Hoy todo es tan confuso. Los amigos de su señoría pueden permitirse hacer lo que quieran. Un muchacho, de unos dieciocho años. También con polainas relucientes, como el resto de su ropa. Y también monta muy bien. Mira cómo acicatea con las piernas a Orlando, el caballo del jefe de partido en el Parlamento. Han salido a tomar un poco el aire. El caballerizo de su señoría estará encantado de que los caballos hagan un poco de ejercicio en la época de la siega. Eso sí que es distinción.

Un poco más arriba refrenaron a los caballos y se quedaron mirando el huerto. Alguien debería haberles dicho lo que estaba pasando allí. En lugar de azúcar le ponían un polvo blanco a la sidra. La gente distinguida debería saberlo... Pero a la gente distinguida no se le habla. Es mejor que no se fijen en ti. Nunca se sabe. Siempre se ayudan unos a otros. Puede que sean amigos de los Tietjens. Quién sabe si los Tietjens no serán también gente distinguida. Mejor vayámonos, no nos metamos en un lío. ¿Me oyes?

El muchacho de las polainas y la ropa relucientes —iba sin sombrero y tenía el cabello rubio y las mejillas brillantes— exclamó en voz alta:

—¡Vamos, mamá, no me gusta cotillear! —Y los caballos se sobresaltaron y chocaron entre sí.

Ya ves. No les gusta cotillear. Vamos. Y todos los campesinos se marcharon mientras los caballos seguían pendiente arriba. Es curioso lo que pueden llegar a hacerte los nobles si se fijan en ti. Está muy bien eso de que éste es un país para la gente sencilla, o comoquiera que se diga. Pero tienen a la policía y a los guardas en sus manos, igual que tu vida y hacienda.

Gunning salió a la puerta del jardín detrás del establo y le gritó con reprobación al joven Hogben.

—¡Eh!, aquí no traigas esa cerda. Tiene tan poco derecho a estar en el prado como tú.

La enorme cerda precedía con obstinación a la rechoncha figura del joven Hogben que silbaba y gritaba detrás de ella. Movía las grandes orejas y husmeaba a uno y otro lado: todo un monumento a la impasibilidad.

—¡Pues aparta a tus cerdos de nuestros nabos! —gritó el joven Hogben entre recriminaciones—. ¡Se pasan el día en nuestras tierras, y también toda la noche!

—Aparta tú tus nabos de nuestros cerdos —replicó Gunning balanceando sus brazos de gorila como las aspas de un molino. Avanzó hacia el prado. El joven Hogben bajó por la colina.

—Encierra a tus cerdos igual que hacen los demás —le amenazó el joven Hogben.

—Quienes lindan con el prado comunal tienen que quitar cercas, no ponerlas —amenazó Gunning. Los dos se enfrentaron sobre la hierba amenazándose mutuamente con el mentón.

—Su señoría le vendió sus derechos al capitán excluyendo el uso del prado —dijo el granjero—. Pregunta al señor Fuller.

—Su señoría tenía tanto derecho a vender excluyendo los derechos al uso del prado como tú a vender leche sin licencia. ¡Pregúntale al abogado Sturgis! —Insistió Gunning. El joven Hogben aseguró que le pondría arsénico entre las raíces. Gunning respondió que si lo hacía se pasaría siete años en la cárcel de Lewes. Siguieron enzarzados en una de esas interminables discusiones que se producen entre los granjeros arrendados sin distinción, acostumbrados a tratar con brutalidad a los labriegos, y el capataz de un caballero que está acostumbrado a ser popular entre los de su clase y los campesinos. En lo único que estaban de acuerdo era en que parecía que no hubiese habido ninguna guerra. La guerra debería haber otorgado a los granjeros arrendados los poderes de un tirano local, y lo mismo a los capataces de los caballeros. La cerda gruñó junto a las botas de Gunning en busca de los granos de maíz que a veces se le caían de los bolsillos. Por eso las cerdas acuden cuando las llamas aunque estén en el otro extremo del prado.

Por el sendero del jardín que muy lejos de la carretera ascendía en zigzag la pendiente de la casa de los Tietjens en dirección al seto..., bajaba la señora de edad que, en opinión de los campesinos, vestía de forma tan peculiar. Se consideraba descendiente, si no de sangre al menos por afinidad moral, de madame de Maintenon, así que vestía una larga falda de montar gris con ballenas y un sombrero de tres picos de fieltro gris y llevaba una fusta de montar de piel de zapa. Su rostro delgado y gris estaba cansado pero tenía un gesto autoritario, su cabello, que llevaba anudado por debajo del sombrero, era luminosamente gris, usaba quevedos sin montura.

Debido a la pendiente del bancal sobre el que se alzaba el jardín, el sendero de guijarros marinos zigzagueaba a lo ancho del mismo, teñido de un color anaranjado porque hacía poco que lo habían cubierto de arena. La mujer pasó furtivamente entre los troncos de los membrillos, revoloteó un poco como el acentor y se detuvo para dejar que la alcanzara el muchacho de las polainas brillantes.

Dijo que era terrible pensar que los pecados de juventud podían alcanzarte de ese

modo. Eso debería darle que pensar a su joven acompañante. ¡Que el final de la vida te sorprenda viviendo en un lugar tan remoto! Ni siquiera se podía llegar en automóvil. Su propio DelarueSchneider se había averiado en la carretera al intentar hacerlo ayer.

El chico, delgado de cuerpo pero con aspecto rollizo por las mejillas sonrosadas y brillantes, tenía el cabello castaño, vestía unas polainas ciertamente brillantes y una corbata de rayas verdes, escarlatas y blancas, su expresión era temporalmente taciturna. No obstante, dijo con determinación que no creía que estuviera siendo justa. Además, cientos de coches subían por esa colina, ¿cómo si no iría la gente a comprar los muebles viejos? Ya le había dicho a la señora de Bray Pape que los carburadores de los Delarue-Schneider eran una porquería.

Eso precisamente, insistió la señora Pape, era lo que le parecía tan horrible. Avanzó ligera por otra curva del sendero y luego se detuvo vacilante.

Era lo más terrible de aquellas regiones tan antiguas, dijo. ¿Por qué no aprendían nunca? ¡Podían tomar ejemplo! Ahí estaban los descendientes de una gran familia, los Tietjens de Groby, en un lugar tradicionalmente idílico, el uno reducido sin duda a un estado terrible por los pecados de su juventud, el otro obligado a ganarse la vida vendiendo muebles viejos.

El joven le dijo que se equivocaba. No debía creer todo lo que le insinuaba su madre. Su madre tenía razón, pero sus insinuaciones iban más allá de lo que corroboraban los hechos. Si quería alquilarle Groby a la señora de Bray Pape era porque odiaba la fanfarronería. Su tío también la odiaba... Murmuró un poco y añadió: «¡Y... mi padre!». Así que no estaba siendo justa. Tenía ojos suaves y castaños que ahora estaban turbios y se había ruborizado.

Murmuró que su madre era estupenda, pero que creía que no debería haberlo enviado allí. Lógicamente, tenía sus defectos. En cuanto a él, era marxista-comunista. Todo Cambridge lo era. Así que, por supuesto, aprobaba que su padre viviera con quien quisiese. Pero había muchas formas de hacer las cosas. Que uno tuviese ideas avanzadas no quería decir que tuvieses que tratar a las mujeres con descortesía. Más bien lo contrario. Estaba dolorosamente agitado cuando adelantó a la fatigada señora al volver la siguiente curva.

Ella le pidió que no la malinterpretara. No veía nada vergonzoso en la venta de muebles antiguos. Todo lo contrario. El señor Lemuel, de Madison Avenue, podía considerarse un vendedor de muebles antiguos. Claro que era oriental y eso cambiaba las cosas. Pero el señor Lemuel era un hombre muy cultivado. Su casa de campo en Crugers, en el estado de Nueva York, no tenía nada que envidiar a las de los *grands seigneurs* de la Francia prerrevolucionaria. Sin embargo, de aquello a esto..., ¡qué decadencia!

La casa —la casita— estaba ahora a sus pies, la techumbre era muy alta, las

ventanas estaban hundidas en la piedra gris y eran muy pequeñas. Delante de la puerta había un patio semicircular empavesado que habían ganado al bancal del huerto y rodeado de una cerca de piedra. Era extravagantemente verde, estaba oculta entre el follaje y la hierba que llegaba hasta las rodillas de la señora Pape estaba cargada de flores que empezaban a convertirse en semillas. Los cuatro condados se extendían a lo lejos, los setos eran como cordones que circundasen los campos hasta llegar a las colinas en el lejano horizonte, el campo más cercano estaba cubierto de árboles. El chico a su lado tomó aliento como hacía siempre que contemplaba una vista como aquélla. En los páramos al norte de Groby, por ejemplo. Allí eran de color púrpura.

—¡No es apta para ser habitada por el hombre! —exclamó la señora en el tono triunfal de quien ve confirmada una gran verdad—. Las casas de los pobres en esta región llegan a dar lástima. ¿Tú crees que tienen siquiera cuarto de baño?

—¡Yo diría que mi padre y mi tío son muy limpios! —dijo el chico. Murmuró que era un sitio bastante pintoresco. Era típico de su padre vivir en un sitio así. ¡No había más que ver las plantas que crecían entre las rocas del jardín! Exclamó—: ¡Oiga! ¡Volvamos a casa!

El desconcierto de la señora Pape dio paso a la obstinación. Gritó:

—¡Nunca! —La pobre madre del chico le había encomendado una misión. Si se echaba atrás no podría volver a mirar a Sylvia Tietjens a la cara. La salubridad ante todo. Tenía la esperanza de convertir el mundo en un lugar mejor antes de morir. Le habían conferido autoridad. Por metempsicosis. Estaba convencida de que el alma de madame de Maintenon, la compañera de Luis XIV, había migrado hasta ella. ¿Cuántos conventos no habría fundado la Maintenon y con qué rigidez no habría velado por la virtud y la salubridad de sus habitantes? Eso era lo que ella, la señora Millicent de Bray Pape, pretendía. Tenía un palacio en el sur de Francia, en la Riviera, erigido por el señor Behrens, el famoso arquitecto, a imitación del palacio de la Maintenon en Sans Souci. ¡Pero con cuartos de baño! Le pidió al joven que la creyese. El *boudoir* parecía un simple *boudoir* con paneles, muy grande por culpa de la fútil vanidad de «le Rua Solel». Madame de Maintenon habría podido pasarse sin tanta vanidad... Pero bastaba con tocar un resorte en los paneles y, detrás de las paredes, aparecían toda clase de accesorios de baño: bañeras de suelo, bañeras de pie, duchas con agua marina extra yodada, duchas laterales con y sin sales de baño disueltas en el agua. A eso es a lo que ella llamaba hacer del mundo un sitio mejor.

El chico murmuró que en principio no se oponía a que talaran los viejos árboles. De hecho en principio estaba en contra de que su tío y su padre hubiesen adoptado una vida de campesinos. Ésta era una era industrial. Los campesinos siempre han impedido el avance de las ideas. Todo el mundo en Cambridge estaba de acuerdo en eso. Exclamó:

—¡Eh! No haga eso... ¡No pase por el heno!

Hasta la última fibra de su alma de hijo de un terrateniente rural se indignó al ver el largo rastro de gris satinado que dejaban las largas faldas de la señora de Bray Pape. ¿Cómo iban a segar los hombres de su padre un heno que había sido pisoteado de ese modo? Pero, incapaz de soportar más la tensión del espectacular avance hacia Mark Tietjens por aquel zigzag anaranjado, la señora de Bray Pape se estaba dirigiendo en línea recta por el bancal hacia el cobertizo sin paredes y con techo de paja, que asomaba por encima de las copas de los manzanos.

El chico, muy nervioso, siguió bajando por el zigzagueante sendero que le llevaría hasta el mismísimo lindero de la casa de su padre..., hasta el patio empavesado donde crecían plantas entre los intersticios. Su madre no debería haberle obligado a acompañar a la señora de Bray Pape. Era una madre estupenda. Muy hermosa, tan atlética como Atalanta o Betty Nuthall,^[209] a pesar de lo mucho que había sufrido. Pero no debería haber enviado a la señora de Bray Pape. Era una especie de venganza. Al general Champion no le había parecido bien. Lo había notado, aunque le hubiese dicho: «Muchacho, ¡deberías obedecer siempre a tu querida madre! Ha sufrido tanto. Tu deber es compensarla cumpliendo hasta su más nimio deseo. ¡Un inglés siempre cumple su deber para con su madre!».

Por supuesto, lo que había obligado al general a decir eso había sido la presencia de la señora de Bray Pape. El patriotismo. El general Champion le tenía terror a su madre. ¿Y quién no? Pero no habría aprobado que enviasen a un hijo a espiar a su padre y a la... compañera de su padre, si no hubiese querido demostrarle a la señora de Bray Pape la superioridad de los lazos familiares ingleses sobre los de su país. Se habían pasado el día discutiendo sobre eso.

Y aun así no estaba seguro. El dominio que ejercen las mujeres sobre el sexo opuesto era algo terrible. Había visto al viejo general lloriquear como un perro apaleado y murmurar por debajo de su blanco bigote... Su madre era estupenda. Pero el sexo era algo terrible... Se quedó sin aliento.

Recorrió medio metro de guijarros cubiertos de arena naranja. ¡Debía de ser difícil echar arena en aquella pendiente! Aun así la inclinación no era tanta en los zigzags. Tal vez de un dieciséis por ciento. Recorrió otro medio metro sobre los guijarros cubiertos de arena. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo recorrería otros dos? ¡Le temblaban los talones!

A sus pies se extendían cuatro condados. ¡Hasta el horizonte! «Le mostró los reinos de la tierra». ^[210] Una vista tan magnífica como la de Groby, pero no era purpúrea y no se veía el mar. Su padre siempre se instalaba en sitios donde hubiera buena vista sólo con subir a un altozano. *Vox adhaesit*... «Sus pies estaban arraigados a la tierra...» No, *vox adhaesit faucibus* ^[211] significaba que su voz estaba adherida a sus mandíbulas. Más bien al paladar. ¡Tenía el paladar seco como el serrín! ¿Cómo lo

haría...? ¡Era terrible! ¡Lo llamaban sexo...! Su madre, con su fiebre sexual, era la culpable de que tuviese el paladar así de seco y de que le temblasen los tobillos. Qué conversaciones tan terribles habían tenido en su *boudoir* en las que ella le había obligado una y otra vez con sus argumentos. A venir aquí. ¡Mi hermosa madre...! ¡Cruel! ¡Cruel!

El *boudoir* iluminado. ¡Cálido! ¡Perfumado! ¡Los hombros de su madre! Un retrato de Nell Gwynn ^[212] pintado por sir Peter Lely. ^[213] La señora de Bray Pape quería comprarlo. Pensaba que podía comprar la tierra, pero lord Fittleworth se limitó a echarse a reír... ¿Quién les había obligado a ir allí? Su madre... Para espiar a su padre. Su madre nunca le había hecho mucho caso a Fittleworth —¡un buen tipo y buen señor!— hasta el invierno pasado, cuando se enteró de que su padre había comprado este lugar. ¡A partir de entonces fue Fittleworth, Fittleworth, Fittleworth! Almuerzos, cenas, bailes en el Ambassador. Fittleworth nunca decía que no. ¿Quién podría decirle que no a su madre, con la figura que tenía a caballo y su mata de pelo?

¡Si hubiese sabido lo que sabía ahora cuando fueron a casa de Fittleworth el invierno pasado! Ahora sabía que su madre había ido a cazar, aunque nunca le había gustado mucho la caza... Sin embargo, sabía montar. Dios, si sabía montar. Al principio él se había puesto nervioso al verla saltar aquellos obstáculos que ella saltaba entre risas. Diana, eso es lo que era... Bueno, no, Diana era... Su madre había ido a cazar para atormentar a su padre y su... compañera. Ella misma se lo había confesado. Entre risas... ¡Debía de ser crueldad sexual...! Riéndose como esas Leonardi-do-da... En fin, como esas mujeres Da Vinci. Con una risa rara que terminaba en un rictus torcido... Había hablado con los sirvientes de su padre... Se había vestido como una doncella y les había espiado por encima del seto.

¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo? ¿Cómo se las había arreglado para obligarlo a ir allí? ¿Qué pensarían Monty, el hijo del primer ministro, Dobles, Porter —un estúpido cuyo padre era inmensamente rico—, qué pensarían sus amigos de Cambridge? Todos eran marxistas comunistas. Pero aun así...

¿Qué pensaría la señora Lowther si supiera...? ¡Si hubiera estado en el pasillo esa noche cuando él salía del *boudoir* de su madre! Entonces se habría atrevido a preguntarle. Su cabello era sedoso, sus labios como granadas maduras. Cuando se reía y echaba hacia atrás la cabeza... Se notó acalorado, le ardían los ojos y los tenía llorosos. Si le hubiese preguntado si quería que hiciese lo que ella le pedía, tanto si le parecía bien como si no... Aunque pensase que lo que su madre le pedía era una mezquindad... Pero eso había sido en la Peacock Terrace con las famosas rosas Fittleworth... ¡Cómo resaltaba delante de aquellas rosas...! Vestida de amarillo... No, de color ala de mosca... No, de amarillo no. El verde implica abandono y el amarillo repudio. Le invadió la tristeza al pensar que a la señora Lowther pudieran abandonarla. Pero no debían repudiarla..., seda de color ala de mosca. Brillante.

Contra las flores de color rosado. Y con el cabello formando una especie de halo. Había mirado hacia arriba y a los lados, casi a punto de reírse con sus labios como granadas maduras... Le había dicho que, por lo general, uno debía obedecer a su madre cuando era como la señora de Christopher Tietjens. Su voz suave... Una voz suave y meridional... ¡Oh!, cuando se reía de la señora de Bray Pape... ¿Cómo podía ser amiga de la señora de Bray Pape...?

Si no hubiese sido a plena luz del sol... Si se la hubiese encontrado cuando salía del *boudoir* de su madre. Habría tenido valor. Por la noche. Tarde. Le habría dicho: «¡Si de verdad le interesa mi destino, dígame si debo espiar a mi padre y a su... compañera!». Tarde por la noche, ella no se habría burlado. Le habría cogido de la mano. Tenía unas manos deliciosas y los pies ligeros. Y sus ojos se habrían enturbiado... ¡Violetas encantadoras! Violetas silvestres.

¿Por qué pensaba esas cosas, por qué tenía esos arrebatos de intolerable...? ¡Oh, deseo! Era hijo de su madre... Su madre era... Mataría a cualquiera que se atreviese a decirlo...

¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios! Había llegado a aquel absurdo patio empavesado que estaba a la altura de la casa. Y había otro sendero que subía hasta el cobertizo del tío Mark. La virgen bendita —¡que era como Helen Lowther!— velaba por él. No tendría que pasar por delante de aquellas ventanas pequeñas y profundas.

La... compañera de su padre podría haber estado asomada. Si la hubiese visto se habría desmayado...

Su padre era un buen hombre. Aunque también debía de ser... como su madre. Si lo que decían era cierto. Se había arruinado por su vida disoluta. No obstante, era un hombre bueno y gris. El típico hombre al que atormentaría su madre. Con dedos grandes en forma de espátula. Aunque nadie ataba las moscas como él. Algunas de las que le había preparado hacía años seguían siendo las mejores que tenía. Y su padre adoraba el páramo de color vino. ¡Cómo debía de ahogarse debajo de aquellas ramas! Una casa cubierta de árboles es insalubre. Todo el mundo lo dice...

Pero qué vista tan encantadora debajo de aquellos árboles. Claveles de poeta festoneaban el camino. La luz se filtraba entre las ramas. Sombras. Brillos en los cristales de las ventanas. Paredes de piedra cubiertas de líquenes. Así es Inglaterra. Si pudiera pasar un tiempo allí con su padre...

Su padre había sido incomparable con los caballos. Y con las mujeres... ¡Qué habría heredado él, Mark Tietjens Segundo! Si pudiera pasar un tiempo allí... Pero su padre dormía con... Si saliera por la puerta... Debía de ser guapa... No, decían que no podía compararse con su madre. Lo había oído decir en casa de Fittleworth. O con Helen Lowther... ¡Pero su padre había podido elegir...! Y si había escogido dormir con...

Si saliera a la puerta se desmayaría... Como la *Venus* de Botti...^[214] Con una

sonrisa torcida... No, Helen Lowther le protegería... Podría enamorarse de la... de su padre... ¿Quién sabe lo que sucede al entrar en contacto con la Mujer Malvada... de opiniones avanzadas...? Decían que era de opiniones avanzadas. Y una latinista... Él era latinista. ¡Le encantaba!

O puede que su padre..., loco de celos. Su padre era de esos hombres que... Ella podría... ¿Por qué... la gente como su padre y su madre tenían hijos?

Siguió mirando con fascinación el porche de piedra de la casita mientras trastabillaba por las grandes losas de piedra del sendero que conducía al cobertizo sin paredes del tío Mark... En el porche no se distinguía forma alguna. ¿Qué iba a ser de él? Era muy rico, la suya sería una tentación terrible. Su madre no le servía de guía. Su padre habría sido mejor... En fin, le quedaba el marxismo-comunismo. Todo su grupo de Cambridge estaba obsesionado con eso ahora. Monty, el hijo del primer ministro, que tenía los ojos tan negros; Dobles, el sobrino de Campion, delgado como una rata; Porter, que tenía hocicos de cerdo, pero era inteligentísimo. ¡El muy idiota!

IV

Se oyó tal estrépito en la hierba que Mark Tietjens pensó que una vaca o un cerdo se habían colado en el huerto. Se dijo que aquel maldito Gunning, que tanto se jactaba de su habilidad para el cuidado de los setos, podía asegurarse de que sus condenados cercados impidieran el paso a los animales del prado comunal. Una voz rara —rara por su acento— observó:

—¡Oh, sir Mark Tietjens, esto es terrible!

Desde luego parecía terrible. Una dama vestida con una falda larga —una especie de Di Vernon anciana salida de *Waverley*,^[215] que era una de las pocas novelas que había leído Mark— estaba haciendo un destrozo terrible en la hierba. Las hermosas y orgullosas espigas se tambaleaban y caían mientras se movía a toda prisa con ellas hasta las rodillas; se paraba, volvía a andar a toda prisa delante de él y luego se paraba otra vez a retorcerse las manos y a afirmar que aquello era terrible. Un conejito, asustado por su presencia, salió disparado de debajo de la cama presumiblemente hacia las verduras. El minino de Marie Léonie probablemente lo atraparía y, como era viernes, ella se llevaría un disgusto.

La dama en cuestión se abrió paso entre la poca hierba que se interponía todavía entre ellos como si estuviera dispuesta a llegar al pie de su cama. Era una figura casi tan desdibujada como el acentor. Vestía de gris, con una chaquetilla corta, un chaleco con botones pequeños y redondos y un sombrero de tres picos. Tenía el rostro delgado y cansado... En fin, debía de estarlo de arrastrar aquella falda tan larga entre la hierba. Empuñaba una fusta verde de piel de zapa. La hembra de herrerillo que vivía en un zapato viejo, metido a propósito debajo del tejado soltó largos gritos de advertencia. Por lo visto, no le gustaba el aspecto de aquella aparición.

La mujer lo escrutaba con una mirada no del todo desagradable y murmuraba:

—¡Terrible! ¡Terrible! —Un avión pasó volando a poca altura. Ella elevó la vista y dijo casi al borde de las lágrimas—: ¿No se le ha ocurrido pensar que, de no haber sido por los pecados de su juventud, ahora mismo podría estar haciendo cabriolas por estas hermosas colinas? —Mark consideró el asunto mientras le devolvía fijamente la mirada. Para un inglés, la frase «los pecados de su juventud», aplicados a la parálisis física de un caballero, implica sólo una cosa. Nunca se le había ocurrido que pudieran echarle encima ese sambenito. Pero, por supuesto, entraba dentro de lo posible. Era una implicación desagradable, y además injuriosa, pues la gente de su clase daba por sentado que esa enfermedad se adquiría a través del contacto con mujeres públicas de lo más vulgar. Él no había tenido relaciones con ninguna mujer en toda su vida, a excepción de Marie Léonie que rebosaba salud. Y, de haber querido hacerlo, habría buscado a las más caras. ¡Y habría tomado precauciones! ¡Un caballero se debe a sus semejantes! La mujer estaba diciendo—: Será mejor que le informe cuanto antes de

que soy la señora Millicent de Bray Pape. ¿Tampoco se le ha ocurrido pensar que, de no ser por su inmoralidad, su inmoralidad desmedida, su hermano podría estar jugando a la Bolsa en Capel Court en lugar de vender muebles viejos en un lugar dejado de la mano de Dios? —Y añadió de modo desconcertante—: Es el nerviosismo el que me hace hablar así. Siempre me pongo nerviosa en presencia de un notorio libertino. Me educaron así.

Su nombre le recordó que aquella mujer iba a instalarse en Groby. No tenía ninguna objeción. De hecho, ella le había escrito para preguntarle si la tenía. Le había enviado una carta extraña escrita con jeroglíficos retorcidos y alambicados... «Soy la señora que va a alquilarle su mansión de Groby a mi amiga Sylvia.»

En ese momento —mientras Valentine le sujetaba la carta para que la leyera..., estaba muy guapa últimamente, el aire del campo le sentaba bien— había pensado que esa mujer debía de ser una amiga íntima de Sylvia, la mujer de su hermano. De lo contrario, habría dicho como mínimo «Sylvia Tietjens».

Ahora no estaba tan seguro. No parecía una de las amigas íntimas de aquella furcia. Así que tenía que ser una mandada. Las íntimas de Sylvia se llamaban todas Bibbie, Jimmie y Margie. Cuando le hablaba a otra mujer era para utilizarla como doncella o como instrumento.

La dama dijo:

—Debe de ser una tortura verse obligado a alquilar la casa solariega. Pero no me parece un motivo para no hablarme. Quería pedirle al capataz del conde unos huevos para usted, pero se me olvidó. Siempre me olvido de todo. Soy una persona tan activa. El señor de Bray Pape dice que soy la mujer más activa de aquí a Santa Fe.

Mark se preguntó: ¿por qué a Santa Fe? Probablemente porque el señor Pape tuviera plantaciones de olivos en esa parte de Estados Unidos. Valentine le había contado, por encima de la carta, que el señor Pape era el mayor productor de aceite de oliva del mundo. Acaparaba el aceite de oliva y las botellas forradas de paja de la Provenza, Lombardía y California e informaba a los ciudadanos de su país de que uno no era verdaderamente refinado si utilizaba en sus ensaladas un aceite que no proviniese de una botella de Calidad Pape. Mostraba a damas y caballeros con traje de fiesta levantándose con sorpresa de la mesa de la cena, tapándose la nariz y exclamando: «¡Es que no tiene Pape!». Mark se preguntó cómo se habría enterado Christopher, pues lógicamente Valentine lo había sabido por él. Probablemente Christopher le hubiera echado un vistazo a los periódicos americanos. Pero ¿por qué iba uno a hojear periódicos americanos? Mark nunca lo había hecho. ¿Es que no le bastaba con el *Field*...? Christopher era un tipo muy raro.

La dama dijo:

—¡No es motivo para no hablarme! ¡No! —Su rostro grisáceo se ruborizó lentamente. Y los ojos le brillaron detrás de los quevedos sin montura. Exclamó—:

Probablemente sea demasiado engreído y aristocrático para hablarme, sir Mark Tietjens. Pero yo tengo en mi interior el alma de la Maintenon, y usted no es más que el descendiente de un linaje de libertinos probados. Eso es lo que el Tiempo y el Nuevo Mundo han hecho para restablecer el equilibrio con el viejo. Somos nosotros quienes conservamos el estatus de los *grand seigneurs* de antaño en sus supuestas casas solariegas.

Él pensó que probablemente estuviera en lo cierto. No parecía una mala mujer: era natural que le irritara que no le respondiese. Tenía sentido.

No recordaba haber hablado nunca con un americano o haber pensado siquiera en América. Excepto, claro, durante la guerra. Entonces había hablado con americanos de uniforme acerca del transporte. No le habían gustado los cuellos de sus camisas, pero al menos conocían su trabajo..., que había consistido en exigir medios de transporte exagerados para tan pocas tropas. Su misión había consistido en sacarlos del país.

Si por él hubiera sido no lo habría hecho. Pero no pudo salirse con la suya porque las clases gobernantes no eran buenas. El transporte es el alma de la guerra: el espíritu de un ejército estaba en sus pies. Eso decía Napoleón. O algo por el estilo. Pero esos tipos primero le racaneaban el transporte al ejército, luego le proporcionaban tanto que no podían moverse y luego volvían a racaneárselo. Después habían insistido en que encontrase medios de transporte para aquellos otros tipos, que lo utilizaban para deshacerse de las máquinas de escribir de contrabando y las máquinas de coser que habían llegado en los trenes de transporte de tropas... Se había deslomado organizándolo y además había estado muy solo. Hacia el final, no le quedó un solo tipo en el gobierno con quien hablar. Nadie que fuese capaz de distinguir entre los ancestros de Persimmon y los registros genealógicos de Cetro o Isinglass. Ahora lo pagaban.

La dama estaba diciendo que su afinidad espiritual tal vez pudiera sorprender a sir Mark. No obstante, no había equivocación posible: en todos los palacios de la Maintenon se sentía enseguida como en casa; si veía en cualquier museo una baratija o una joya que hubiese pertenecido a la respetable compañera de Luis XIV sentía una especie de descarga eléctrica. El señor Quarternine, el famoso defensor de la escuela de la metempsicosis le había explicado que dichos fenómenos demostraban sin lugar a dudas que el alma de la Maintenon había vuelto a la tierra para reencarnarse en su cuerpo. ¿Qué méritos carnales podía alegar la vieja familia comparables con aquello?

Mark admitió que probablemente estuviera en lo cierto. Las viejas familias de su país eran una pandilla de incompetentes con los que le alegraba haber terminado. Ahora las carreras las organizaban sobre todo nobles ingleses de Frankfurt am Main. Si se consideraba de forma alegórica lo que le decía aquella señora, era probable que tuviese razón. Y de alguna parte tenía que proceder su alma.

Pero hablaba demasiado de eso. La gente no debería ser tan locuaz. Era fatigoso, le costaba mantener la atención. La mujer siguió hablando.

Él se perdió en especulaciones sobre los motivos que podría tener para haberse presentado allí a pisotearle la hierba a su hermano. A Gunning y a los jornaleros les costaría un trabajo innecesario segarla. La dama estaba hablando de María Antonieta. María Antonieta se había deslizado en trineo sobre un montón de sal en verano. Pisotear el heno era mucho peor. O mejor. Si todo el mundo pisoteara el heno, el precio del forraje para los animales de transporte subiría hasta ser prohibitivo.

¿Por qué habría ido a verle? Quería alquilar Groby amueblado. A él le daba igual hacerlo. Groby nunca le había interesado. Su padre nunca había tenido un semental que valiera la pena. Sólo un par de caballos para vender. Nunca le habían gustado la caza ni el tiro al blanco. Recordaba haber estado en el campo de tiro de Groby viendo cómo la gente disparaba el día 12 ^[216] y haberse sentido como un idiota. Christopher, por supuesto, adoraba Groby. Era más joven y no había imaginado llegar a ser su dueño.

A estas alturas Sylvia debía de haber convertido el lugar en un desastre — suponiendo que su madre le hubiera dejado—. Bueno, pronto lo sabrían. Christopher no tardaría en volver, si es que no se partía el cuello en aquel artefacto... Entonces, ¿qué hacía allí aquella mujer? Probablemente fuese una nueva forma de coacción que aquella mujer empleaba contra Christopher.

Su cuñada Sylvia personificaba para él una serie de incesantes e interminables actividades de lo más insólito. Suponía que su intención era que su hermano volviera y meterlo otra vez en su cama. Tanto odio no podía tener otra explicación... Igual que no podía haber otro motivo para enviar allí a aquella dama americana.

La dama americana le estaba diciendo que tenía intención de convertir Groby en una residencia casi principesca, por supuesto con la apropiada modestia doméstica. ¡Al parecer ya sabía cómo cuadrar aquel círculo...! Probablemente hubiese maneras de lograrlo. ¡En su país debía de haber gente muy rica! ¿Cómo conciliaban el hacerse ricos con la democracia? ¿Se sentaban a la mesa con sus ayudas de cámara, por ejemplo? Eso debía de ser malo para la disciplina. Aunque tal vez no les preocupase la disciplina. Era imposible saberlo.

Por lo visto, la señora de Bray Pape era partidaria de tener lacayos con peluca empolvada y de que los hijos de los arrendatarios se arrodillasen cuando pasara en el carruaje con el tiro de cuatro caballos de su padre. Porque su intención era utilizar el carruaje de su padre para atravesar los páramos cuando fuese a Redcar o Scarborough. Eso, según le había explicado Sylvia a la señora de Bray Pape, era lo que hacía su padre. Y era cierto. Aquel viejo tarugo de su padre siempre había empleado aquella monstruosidad para ir a los tribunales o asistir a las sesiones del consejo. Lo hacía para conservar su estatus y no veía por qué la señora de Bray Pape

no iba a conservar el suyo si quería. ¡Aunque no veía a los hijos de los arrendatarios arrodillándose al paso de la dama! Imagínate a los niños del viejo Scot o a Tom el Largo o a los de los Clough... A sus nietos claro. Todos habían llamado a su padre «Tietjens», ¡y algunos incluso «el viejo Mark»! ¡Y en su presencia! Él mismo había sido siempre «el joven Mark». Y muy probablemente siguiera siéndolo todavía. Esas cosas son tan inmutables como el brezal de los páramos. Se preguntó cómo la llamarían a ella los arrendatarios. Seguro que no le gustaba. No eran sus arrendatarios, sino de él y lo sabían muy bien. Esa gente que alquilaba casas y castillos amueblados pensaba que también alquilaban la estirpe de la familia. Antes de la guerra había conocido a un tipo de Frankfurt am Main que alquiló Lindisfarne o Holy Island o algún sitio parecido y contrató a un gaitero para que tocara alrededor de la mesa mientras comían. Y cerraba los ojos al oírle tocar danzas escocesas. Como si fuese un momento sagrado... Era un amigo de los amigos que Sylvia tenía en el gobierno. En su favor había que reconocer que no se relacionaba con judíos. ¡Era la única virtud que tenía!

La señora de Bray Pape le estaba diciendo que no era antidemocrático hacer que los hijos de los arrendatarios se arrodillen a tu paso.

Una voz de muchacho dijo: «¡Tío Mark!».

¿Quién demonios sería? Probablemente el hijo de los que habían pasado allí el fin de semana. Bowlby tal vez; o Teddy Hope. Siempre le habían gustado los niños y además les caía bien.

La señora de Bray Pape le estaba diciendo que incluso era bueno para los hijos de los arrendatarios. El reverendo doctor Slocombe, el distinguido pedagogo, afirmaba que aquellos ritos antiguos tan conmovedores debían preservarse en interés de los jóvenes. Aseguraba que ver al príncipe de Gales arrodillándose delante de su padre y jurándole lealtad en la ceremonia de coronación era muy emotivo. Y había visto cuadros en los que los niños se arrodillaban al ver pasar a la Maintenon. Ella era la Maintenon, así que debía ser lo correcto. De no haber sido por María Antonieta...

La voz del chico insistió:

—Espero que me disculpes... Sé que éstos no son modos...

No podía ver al chico sin volver la cabeza sobre la almohada y no tenía intención de hacerlo. Tenía la sensación de que estaba a un metro o así a su espalda. Al menos aquel chico no había pasado por encima del heno.

No concebía que al hijo de nadie a quien hubiese invitado a pasar el fin de semana se le ocurriera pasar por un campo sembrado de heno. Aquella generación de jóvenes eran un hatajo de inútiles, pero le costaba creer que hubiesen llegado a tanto. Tal vez sus hijos... Imaginó salones de techos altos muy bien iluminados, grandes cuadros, vestidos de noche y el atardecer colándose por la ventanas sobre la hierba de los parques. Eso se había acabado. Si el hijo de algún arrendatario se arrodillaba

delante de él sería cuando lo llevasen con un abrigo de madera a la iglesuela que había en los páramos... Donde su padre se había pegado un tiro.

Eso había sido muy raro. Recordaba cómo se enteró de la noticia. Estaba cenando, en casa de Marie Léonie...

La voz del chico se estaba disculpando precisamente porque la dama hubiese pisoteado la hierba. En ese momento, la señora de Bray Pape estaba criticando a María Antonieta, que por lo visto no era precisamente santo de su devoción. No podía imaginar por qué motivo iba a disgustarle a nadie María Antonieta. Aunque muy probablemente fuese una mujer desagradable. Los franceses, que son gente sensata, le habían cortado la cabeza, así que lo más probable era que no les gustase...

Estaba cenando en casa de Marie Léonie, que lo miraba de brazos cruzados mientras se comía sus chuletas de cordero y sus patatas hervidas, cuando el portero de su club telefoneó para avisarle de que había recibido un telegrama. Marie Léonie había respondido al teléfono. Él le había pedido que le dijera al portero que abriese el telegrama y se lo leyera. Era un procedimiento corriente. Los telegramas que le llegaban al club por lo general le informaban del resultado de las carreras a las que no había asistido. Odiaba tener que levantarse de la mesa. Marie Léonie había vuelto muy despacio y le había dicho todavía más despacio que tenía malas noticias que darle: se había producido un accidente: habían encontrado a su padre muerto de un disparo.

Él se había quedado mudo un buen rato y Marie Léonie tampoco había dicho nada. Recordaba que se había terminado las chuletas, aunque no se había comido el pastel de manzana. Se había bebido el vino.

Para entonces había llegado a la conclusión de que su padre probablemente se hubiera suicidado y de que él —él, Mark Tietjens— era con toda probabilidad el responsable de que lo hubiera hecho. Luego se había puesto en pie, le había dicho a Marie Léonie que se comprara ropa de luto y había tomado el tren nocturno para Groby. Cuando llegó allí, no le quedó la menor duda. Su padre se había suicidado. Su padre no era de los que se arrastran imprudentemente a través de un seto con la escopeta cargada y menos aún persiguiendo a un conejo... Había sido premeditado.

De modo que había un rasgo de debilidad en la sangre de los Tietjens, pues no había habido motivos reales y suficientes para el suicidio. Obviamente su padre tenía sus pesares. No se había recuperado de la muerte de su segunda mujer, lo que era una muestra de debilidad para tratarse de un nativo de Yorkshire. Había perdido a dos hijos y a su única hija en la guerra, aunque a otros les había pasado lo mismo y lo habían superado. Se había enterado por él, Mark, de que su hijo menor —Christopher— era un bala perdida. Pero muchos hombres tenían hijos que eran balas perdidas... ¡Así que tenía que haber un rasgo de debilidad en la sangre! Christopher, ciertamente era débil. Pero eso lo había heredado de la madre. La madrastra de Mark era del sur

de Yorkshire. La gente de allí es débil, y ella también lo era. ¡Christopher había sido siempre su ojito derecho y la madre se había muerto de pena cuando Sylvia lo dejó!

El chico había entrado en su campo de visión a los pies de la cama, cerca de la señora de Bray Pape... Era un muchacho alto y delgado, con los mofletes un poco rollizos, sonrosado, de cabello rubio y ojos castaños. Erguido, pero apocado. A Mark le pareció reconocerlo, pero no logró ubicarlo. Pidió que les disculpara aquella intromisión y afirmó que sabía que ésas no eran maneras.

La señora de Bray Pape estaba hablando con incoherencia de María Antonieta, quien era ya evidente que le disgustaba mucho. Afirmó que María Antonieta había sido muy ingrata con madame de Maintenon..., lo que debía de haber sido muy duro para ella. Al parecer, según la señora de Bray Pape, cuando María Antonieta era una niña a la que nadie hacía caso en la corte de Francia, madame de Maintenon le había brindado su amistad y le había prestado vestidos, joyas y perfumes. Luego, María Antonieta había perseguido a su benefactora. De ahí provenían todos los males de Francia y el Viejo Mundo en general.

A Mark le dio la impresión de que estaba confundiendo las fechas históricas. Lo más probable era que la Maintenon hubiera vivido cien años antes que la otra. Pero no estaba seguro del todo. La señora de Bray Pape afirmaba, no obstante, que había obtenido esos datos poco conocidos de Regibald Weiler, el famoso profesor de economía social de una de las universidades del oeste.

Mark volvió a considerar la debilidad de la estirpe de los Tietjens mientras el muchacho lo miraba con ojos que lo mismo podían ser implorantes que meramente trastornados. Mark no veía razón para que el muchacho le implorase nada, así que debía de tratarse de simple estupidez. Sus pantalones, no obstante, tenían muy buen corte. Muy bueno. Mark reconoció al sastre —un hombre que tenía la tienda en Conduit Street—. Si el chico tenía el sentido común de comprarle sus pantalones de montar a aquel hombre no podía ser tan idiota...

Que Christopher fuese débil porque su madre no procediera de Durham o el norte de Yorkshire tenía sentido..., pero eso no bastaba para explicar la desaparición de su estirpe. Al padre de Mark sus hijos no le habían dado descendientes. Los dos hermanos que murieron nunca tuvieron hijos. Él tampoco. Y Christopher... Bueno, ¡era discutible!

Estaba dispuesto a reconocer que prácticamente era el responsable de la muerte de su padre. Uno comete errores: ése era uno. Cuando uno comete errores debe tratar de repararlos, de lo contrario su obligación es, por así decirlo, minimizar las pérdidas. No podía devolver a su padre a la vida, tampoco había podido hacer nada por Christopher... No mucho, desde luego. El hombre había rechazado su dinero... Y la verdad es que no podía culparle.

El chico le estaba preguntando si no estaba dispuesto a hablar con ellos. Aseguró

ser Mark Tietjens, el sobrino de Mark.

Mark se sintió orgulloso de no haber movido un dedo. Descubrió que se había convencido hasta tal punto de que el hijo de Christopher no era hijo suyo que casi había olvidado la existencia del chico. Pero no debería haberse convencido tan deprisa: le sorprendió comprobar que lo había hecho de manera tan automática. Había demasiados factores que considerar que él ni siquiera se había molestado en tener en cuenta. Christopher había decidido que el chico se quedara con Groby: a Mark eso le había bastado. Le daba lo mismo quién se quedase con Groby.

Pero al tener delante al chico a quien nunca había visto, se le planteó un problema que requería una solución. Un desafío. Si se paraba a pensarlo era una especie de desafío obligarle a formarse por fin una opinión sobre la naturaleza de la mujer. Él pensaba que nunca le había prestado mucha atención a esa rama del reino animal. Pero descubrió que, desde que estaba allí postrado, había pasado una enorme cantidad de tiempo meditando sobre los motivos de Sylvia.

Nunca había hablado mucho con nadie..., y en todo caso casi siempre con hombres de su propia clase y condición social. Como es natural, también le había dirigido algunas palabras corteses a su anfitriona los fines de semana. Si se encontraba con una mujer joven o anciana que supiera algo de carreras en la rosaleda, antes de ir a la iglesia un domingo, le hablaba de caballos o de Goodwood o Ascot lo suficiente para demostrar educación con los invitados de su anfitriona. Si no sabía nada de caballos le hablaba de las rosas o los iris o del tiempo de la semana pasada. Pero eso era todo.

No obstante, lo sabía todo de las mujeres, de eso estaba seguro. Es decir, cuando en el curso de una conversación o un cotilleo había oído comentar o relatar las acciones de las mujeres, siempre había podido encontrar un motivo capaz de explicarlas de forma satisfactoria o que le permitiera predecir con exactitud lo que harían en el futuro. Sin duda, veinte años de escuchar la casi incesante, pero nunca desagradable, conversación de Marie Léonie había sido una educación muy completa.

Consideraba su relación con ella con satisfacción absoluta..., le parecía el único motivo de satisfacción que podía encontrarse en la familia Tietjens. Valentine era un buen hallazgo y tenía la cabeza muy bien amueblada. Pero su relación con Christopher le había ocasionado tantos quebraderos de cabeza que, dejando aparte a la chica como individuo, era una mala elección. Un hombre debía escoger a una mujer que ni le preocupara ni fuese una fuente de preocupaciones. En fin, Christopher había elegido dos... ¡y no había más que ver los resultados!

Él, desde el primer momento, no se había equivocado lo más mínimo. Había conocido a Marie Léonie en el escenario de Covent Garden. Había ido a Covent Garden como acompañante de su madrastra, la segunda mujer de su padre..., la mujer débil. Una persona amable, sonrosada y piadosa. En Groby todos la tenían por una

santa. Una santa anglicana, por supuesto. Ése era el problema de Christopher. Ahí estaba su vena de debilidad. ¡Un Tietjens no tenía por qué ser un santo! ¡Por fuerza tenían que confundirlo con un sinvergüenza!

El caso es que había ido a Covent Garden por deferencia con su madrastra, que iba muy pocas veces a la ciudad. Y allí, en la segunda fila del ballet, había visto a Marie Léonie, que por supuesto en esos días estaba mucho más delgada. De inmediato decidió trabar amistad con ella y, gracias a un amable portero que le consiguió su dirección en la puerta de artistas, pudo dirigirse, a las doce y media de la noche, a Edgeware Road, donde ella tenía sus alojamientos. Tenía pensado subir a verla, pero se la había encontrado en la calle. Al verla le había gustado su manera de andar, su figura y su vestido immaculado.

Se había plantado con su paraguas y su sombrero hongo enfrente de ella —¡que ni se asustó ni trató de esquivarlo!— y le había dicho que, si al terminar su contrato en Londres, le gustaría que la pusiera *dans ses draps* con doscientas cincuenta libras al año y un poco de dinero de bolsillo, la instalaría en un apartamento que le alquilaría en St. John's Wood Park, que era el lugar donde aquellos días tenían casas sus amigos. Ella había preferido el barrio de Gray's Inn Road porque le recordaba más a Francia.

Pero Sylvia era harina de otro costal...

El joven se había ruborizado hasta la raíz del cabello. Los polluelos del herrerillo del zapato se estaban impacientando: estaban gorjeando a pesar de los gritos de alarma de su madre en las ramas por encima del tejado de paja. Ciertamente era insalubre tener ramas sobre el tejado, pero ¿qué más daba eso en una época tan degenerada que incluso los polluelos de herrerillo eran incapaces de contener sus gorjeos en vista de sus apetitos?

El muchacho —el bastardo de Sylvia— le estaba haciendo avergonzadas observaciones a la señora de Bray Pape para darle a entender que tal vez su tío no estuviese interesado en sus lecciones sobre historia y sociología. Afirmó que habían ido a verle para hablarle del árbol. Tal vez por eso su tío no quisiera hablarles.

La dama replicó que darle lecciones de historia a la aristocracia disoluta del Viejo Mundo era precisamente su misión en la vida. Por mucho que les molestara lo hacía por su bien. En cuanto a lo del árbol, sería mejor que el muchacho se ocupase en persona de eso. Ahora tenía intención de dar una vuelta por el jardín para ver cómo vivían los pobres.

El chico dijo que en ese caso no entendía para qué había ido allí la señora de Bray Pape. La dama respondió que había ido a petición de su madre ofendida. Y que eso debería ser suficiente razón para él. Se alejó muy indignada del campo de visión de Mark.

El joven, tragando saliva visiblemente, fijó los ojos un poco saltones en el rostro

de su tío. Iba a decir algo pero se quedó un buen rato mirándolo en silencio. Eso de quedarse un buen rato mirándote antes de hablar era típico de Christopher, no un rasgo de la familia Tietjens. Sin duda, Christopher lo había heredado de su madre, aunque de forma exagerada. Ella también se te quedaba mirando. De un modo agradable, claro. Aunque Christopher siempre le había puesto nervioso, incluso de pequeño... Incluso era posible que Mark no estuviese ahora como estaba si Christopher no se le hubiera quedado mirando largo rato, como un cordero degollado. La mañana de aquel día maldito. El día del armisticio... Había sido muy desagradable.

El hijo mayor de Cramp, un corneta del segundo de Hampshire, bajó por el camino con el bugle reluciendo detrás de su figura vestida de caqui. Ahora organizarían un alboroto con ese instrumento. El día del armisticio habían tocado el toque de retreta en los escalones de la iglesia al pie de las ventanas de Marie Léonie... ¡El toque de retreta...! ¡El fin de Inglaterra! ^[217] Recordó haber pensado eso. Entonces no conocía los términos concretos de la rendición, ¡pero había tenido una buena dosis de los ojos de cordero degollado de Christopher...! ¡Una dosis doble! No decía que no se lo mereciese. Cuando uno se equivoca debe aceptar las consecuencias. Uno no debería cometer errores.

El chico al pie de su cama estaba haciendo agónicos movimientos con la garganta: su nuez subía y bajaba.

Dijo:

—Comprendo, tío, que te moleste que vengamos a verte. ¡Pero me parece un poco exagerado que te niegues a hablarnos!

Mark se preguntó por el fallo de comunicación que debía de haberse producido. Sylvia había estado espiando alrededor de la casa un día tras otro. Había hablado varias veces con la señora Cramp. Le había parecido de un gusto dudoso que les contase —que se regodeara contándoles— a unos desconocidos lo desagradable que le resultaba a su marido. Si su mujer lo hubiese abandonado él habría optado por no hablar del asunto. Ciertamente no habría ido a lloriquearle al carpintero del hombre con el que se hubiera ido. De todos modos, sobre gustos no hay nada escrito. Sylvia, sin duda, tenía tantas preocupaciones que casi seguro no había oído lo que le había contado la señora Cramp acerca del estado de salud de Mark. En el par de entrevistas que había sostenido varios años antes con aquella furcia también se había comportado así. Había arremetido contra Christopher con tanto vigor que se había ido sin sacarle más información que las condiciones que le imponía para instalarse en Groby. Sin duda, inventarse todas aquellas cosas le había pasado factura. Uno no puede inventar esas mentiras sobre crueldad sexual sin que su imaginación acabe algo dañada. No podría, por ejemplo, haber inventado el cuento de que Mark estaba sufriendo por culpa de los pecados de su juventud sin ningún perjuicio. Así recompensa la

Providencia a quienes inventan cotilleos: acaban un poco chiflados... El tipo —ahora no recordaba su nombre, era medio escocés, medio judío— que le había contado los peores chismes contra Christopher estaba un poco chiflado. Se había dejado barba y usaba chistera en los momentos menos indicados. Pues bien, lo cierto era que Christopher era un santo y la Providencia sabe cómo recompensar a quienes difaman a un santo.

En cualquier caso, aquella furcia debía de estar tan absorbida por su mentira que no se había enterado de que Mark no podía hablar. Por supuesto, las consecuencias de una enfermedad venérea no son nada agradables y, sin duda, después de inventarse la enfermedad, no había querido detenerse a considerar los síntomas resultantes. Fuese como fuere, ni el muchacho ni la señora de Bray Pape sabían que no podía hablar, ni a ellos ni a nadie. Había acabado con el mundo. Percibía la tendencia de sus acciones, escuchaba sus aspiraciones e incluso sus oraciones, pero no volvería a despegar un labio o a mover un dedo. Era como estar muerto... o ser un Dios. El chico parecía estar pidiéndole su absolución. En su opinión, haber ido a verle no era muy elegante ni por su parte ni por parte de la señora de Bray... Aunque tenía un pase. Se daba perfecta cuenta de que ambos parecían tenerle más miedo que al propio diablo. No obstante, que fuese o no de buen gusto, era discutible. Aun así era una situación rara..., como todas las situaciones.

Obviamente no era de buen gusto que un chico visitase la casa donde vivía su padre con su amante, y tampoco que lo hiciera una amiga íntima de su mujer. Sin embargo, por lo visto querían poner en alquiler el uno y alquilar Groby el otro. Y no podían hacer ni una cosa ni otra si él no les daba su permiso, o si se oponía. Era una cuestión de negocios y los negocios tapan en gran parte el mal gusto.

Y, de hecho, el chico le estaba diciendo que su madre era, por supuesto, una persona estupenda, pero que a él su forma de actuar le parecía reproachable en muchos aspectos. Sin embargo, no podía esperarse que una mujer, y sobre todo una mujer ofendida... —el chico de los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas parecía estar rogándole a Mark que admitiera al menos que su madre era una mujer ofendida—. No puede esperarse que una mujer ofendida sea de la misma opinión que... ¡un joven de Cambridge! Pues se apresuró a asegurar que todos los de su grupo —el hijo del primer ministro, el joven Dobles, Porter y él mismo— eran de la opinión unánime de que uno debía poder vivir con quien quisiera. Por lo que no cuestionaba el comportamiento de su padre y, llegado el caso, no tendría ningún reparo en estrechar la mano de su... compañera.

Sus ojos brillantes se volvieron un poco húmedos. Afirmó que, de hecho, no estaba cuestionando nada, aunque consideraba que le habría ido mejor si hubiese estado un poco más bajo la influencia de su padre. Pensaba que había estado demasiado tiempo bajo la de su madre. ¡Lo notaban incluso en Cambridge! Ése, en

efecto, era el verdadero obstáculo a la hora de disolver una unión previamente contraída. Vistas desde el punto de vista científico, las cuestiones de la... atracción sexual, a pesar de todos los esfuerzos de los científicos, seguían siendo muy misteriosas. La mejor manera de considerarlo..., el modo más seguro, era que la atracción sexual se producía por lo general entre físicos y temperamentos opuestos porque la naturaleza deseaba corregir los extremos. Nadie, de hecho, podía ser más distinto que su padre y su madre —la una tan grácil, atlética y..., ¡oh!, encantadora. Y el otro tan..., ¡oh!, digamos totalmente honrado, pero anárquico—. Porque, claro, uno puede quebrantar ciertas leyes y seguir siendo el honor en persona.

Mark se preguntó si aquel chico sabría que su madre acostumbraba a contarle a todo el mundo que su padre vivía de las mujeres. Y que incluso llegaba a sugerir, cuando le parecía seguro hacerlo, que se aprovechaba de las ganancias ilícitas de las mujeres...

Así que era el honor en persona, y tenía una torpeza muy masculina y muy elegante a su modo... En fin, él no había ido allí a juzgar a su padre. Su tío Mark notó que hablaba de su padre con cariño y admiración. Pero si la naturaleza —debía perdonarle por emplear expresiones antropomórficas, pero así le resultaba más fácil — favorecía la unión de los caracteres opuestos para rectificar los extremos en los hijos, el proceso no se completaba con..., en suma, con la unión física. Pues, igual que había rasgos físicos heredados y sin duda se podía heredar la memoria, quedaba la cuestión de la influencia de un temperamento en otro mediante la asociación personal. Por lo que, si un opuesto dejaba los frutos de la unión exclusivamente bajo la influencia personal del otro opuesto, era como si se enfrentase a los designios de la naturaleza...

Aquel chico, pensó Mark, era un problema muy curioso. Parecía un muchacho recto y digno. Tal vez un poco locuaz: aunque había que disculparlo porque tenía que cargar él con todo el peso de la conversación. De vez en cuando se había interrumpido como si, deferentemente, quisiera saber la opinión de Mark. Eso estaba bien. Mark no soportaba a los bocazas, sobre todo a los de esa edad, que parecían más emotivos y dogmáticos de lo normal para lo que suelen ser los bocazas. En todo caso, no soportaba a los jóvenes una vez dejaban atrás la niñez. Pero era consciente de que, si se quiere hacer una investigación científica, si uno quiere llegar a discernir la verdad acerca del parentesco de un individuo, hay que dejar de lado los gustos y disgustos personales.

El cielo era testigo de que, cuando Christopher no era más que uno de los niños de casa de su padre, siempre le había parecido exasperante..., un mocoso rubio y despistado muy interesado por las matemáticas, que tenía la costumbre de quedársete mirando con los ojos azules y un poco saltones..., hacía mucho tiempo, primero en el cuarto de los niños y luego en los establos de Groby. Así que, si este muchacho le

resultaba exasperante, era un argumento a favor de que fuese hijo de Christopher y no fruto del desliz de Sylvia con aquel otro hombre... ¿Cómo se llamaba? Un sujeto impresentable en cualquier caso.

Lo más probable es que fuese hijo del otro tipo. Esa mujer no habría engatusado a Christopher para que se casara con ella si no hubiese estado encinta. No tenía nada de malo que una joven engañase a alguien para que se casara con ella si lo estaba. Pero, después de conseguir que le diese un nombre a su bastardo, debería tratarlo con cierta lealtad: después de todo, se trata de un gran favor. Sylvia nunca lo había hecho... Habían metido a aquel jovenzuelo en la familia —la familia Tietjens—. Y ahí estaba, con Groby ya entre sus manos... En fin, no tenía importancia. Lo mismo les había ocurrido a otras familias tan grandes como los Tietjens.

Pero lo que hacía que Sylvia fuese una pesadilla era que hubiese desarrollado después aquella locura sexual por su desdichado hermano.

No había otro modo de verlo. Sin duda, había engatusado a Christopher para que se casara con ella porque pensaba, correcta o incorrectamente, que estaba embarazada de otro hombre. Nunca sabrían —¡lo más probable era que ni ella misma lo supiera! — si aquel chico era hijo de Christopher o del otro. Por mucho que se hagan las remilgadas, las mujeres inglesas son muy poco cautas con estas cosas. Eso era disculpable. Lo que no tenía excusa era todo lo demás, a menos que se considerase que había perpetrado todos sus actos bajo el impulso de una perversión sexual.

Es muy comprensible —al fin y al cabo es su obligación— que una madre le dé a su hijo no nacido un nombre y un padre. Pero destruir después la reputación del padre es más deshonroso que dejar al niño sin apellido. Aquel chico era ahora Tietjens de Groby..., pero también el hijo legal de un padre que se comportaba de un modo indescriptible de acuerdo con lo que contaba su madre... Hijo de una madre que no había sido capaz de atraer a su marido... ¡Y que no se recataba en contárselo al carpintero del pueblo! Si consideramos que el bien de los hijos es la ley suprema, ¿qué tipo de virtud era aquélla?

Estaba muy bien eso de decir que todas y cada una de las excentricidades de Sylvia tenían como único objeto lograr que el padre de su hijo volviera con ella. Mark estaba totalmente dispuesto a conceder que incluso sus infidelidades, por notorias que hubieran sido, podían haber sido sólo un modo de atraer la atención de su pobre hermano..., de que no pudiera quitársela de la cabeza. Después de la boda, Christopher, al descubrir que lo habían utilizado, probablemente la hubiera tratado con frialdad o la habría ignorado... maritalmente... Y era un tipo bastante atractivo. Mark estaba dispuesto a admitirlo. Un santo y un mártir cristiano y demás... Suficiente para volver loca a una mujer obligada a vivir sin que le hiciese caso.

Es evidente que a las mujeres debe permitírseles utilizar todos los medios a su alcance para conservar —o despertar— la atracción sexual de sus maridos. Para eso

están las hembras en el mundo. Su deber es perpetuar la especie. Y para lograrlo tienen que llamar la atención y utilizar todos los trucos que crean necesarios, de acuerdo con su temperamento. También estaba dispuesto a admitir que la crueldad puede ser muy excitante. Estaba dispuesto a concederle cualquier cosa a las mujeres. Ser cruel es un modo de llamar la atención, una mujer no puede contar con que la corteje un hombre si previamente ha permitido que la olvide. Pero también es probable que todo tenga sus límites. En esto, como en todo lo demás, uno debería saber lo que se puede y lo que no se puede hacer, y aquel pastel, como todos, se probaba al comerlo. Sylvia no había dejado piedra sin remover en su determinación de perpetuarse en la imaginación de su marido y lo había perdido irremisiblemente: por otra chica. Ahora no era más que un incordio.

Una mujer que trata de recuperar a su marido debería ser sistemática, tener como mínimo algún plan. Pero Sylvia —lo sabía por la conversación interminable que había sostenido con Christopher la noche del armisticio— disfrutaba haciendo lo que ella llamaba tirar del cordón de la ducha. Hacía cosas extravagantes, sobre todo de carácter cruel, sólo por ver qué ocurriría. En fin, uno no puede permitirse diversiones cuando está en campaña. ¡Y menos convertirlas en el principal objetivo de la campaña! Si escoges hacer lo que te apetece en lugar de lo que es necesario te mereces todo lo que te pase. ¡Desde luego que sí!

Lo único que habría disculpado a Sylvia, independientemente de lo que hubiera hecho antes, es que hubiese tenido otro hijo con su hermano. No lo había hecho. La descendencia de los Tietjens no había aumentado. Así que no era más que un incordio.

Un incordio infernal... ¿Qué pretendía ahora? Era muy evidente que tanto la señora de Bray Pape como aquel chico estaban allí sólo porque ella había tenido otro ataque de... casi podría decirse de sadismo. Estaban allí para hacerle daño a Christopher y que no pudiera olvidarla. ¿Cuál era entonces la razón de aquella visita? ¿Qué demonios quería?

El chico llevaba callado un buen rato. Estaba mirando a Mark con la mirada saltona que tan exasperante había sido en su padre, sobre todo el día del armisticio... En fin, Mark parecía estar admitiendo que aquel chico probablemente fuese el hijo de su hermano. Después de todo, un Tietjens auténtico iba a reinar sobre la casa enormemente larga y gris de detrás de aquel cedro tan increíble. El cedro más alto de Yorkshire, de Inglaterra, del Imperio... Daba igual. Quien deja que las ramas de un árbol crezcan sobre su tejado está invitando al médico a visitar a diario la casa... Los labios del chico empezaron a moverse. No emitió ningún sonido. ¡Era de suponer que estuviera muy nervioso!

Sin duda se parecía al padre. Aunque era un poco más moreno... De cabello y ojos castaños, mejillas sonrosadas y ruborizadas, nariz recta, cejas castañas y

marcadas. Tenía una expresión... asustada, perpleja, ¿cómo? En fin, Sylvia era rubia y Christopher moreno con un mechón plateado, pero de piel blanca... ¡Qué demonios!, ese chico era más atractivo que Christopher a su edad e incluso antes... Christopher remoloneando alrededor de la sala de estudio de Groby, preocupado por la teoría matemática de las ondas. Mark no lo soportaba a él ni a los otros niños. Su hermana Effie, nacida para ser la mujer de un cura... ¡Perpleja! ¡Eso es...! Aquella mujer, la segunda mujer de su padre..., ¡la santa!, era quien había introducido esa vena de perplejidad en los Tietjens... Ése era el hijo de Christopher, con vena de santidad incluida. Christopher había nacido para ser un diácono rural que se pasara el tiempo escribiendo tratados sobre el cálculo integral, salvo los sábados por la tarde. Y con una gran reputación de santidad. En fin, no era lo primero ni tenía lo segundo. Era un vendedor de muebles antiguos que hacía que los virtuosos arrugaran la nariz... La Providencia obra de un modo misterioso. Ahora el chico le estaba diciendo:

—El árbol..., el gran árbol... Oscurece las ventanas... —Mark se dijo: «¡Ajá!». El gran árbol de Groby era el símbolo de los Tietjens. En cincuenta kilómetros a la redonda la gente se prometía en matrimonio por el gran árbol de Groby. En los otros distritos decían que el árbol de Groby y el pozo de Groby tenían la misma altura y profundidad. Y, cuando estaban totalmente borrachos, los aldeanos de Cleveland declaraban —y te noquearían si osases negarlo— que el gran árbol de Groby tenía 365 pies de altura y el pozo de Groby 365 pies de profundidad. Un pie por cada día del año... En las ocasiones especiales —no recordaba cuáles— pedían permiso para colgar trozos de tela y otros objetos de sus ramas. Christopher decía que una de las principales acusaciones contra Juana de Arco había sido que ella y otras jóvenes del pueblo de Domrémy habían colgado trozos de tela y baratijas de las ramas de un cedro. ¿O era un espino? Ofrendas a las hadas... Christopher apreciaba mucho aquel árbol. Era un idiota romántico. Probablemente apreciara más aquel árbol que cualquier otra cosa de Groby. Estaría dispuesto a demoler la casa si pensara que incomodaba al árbol.

El joven Mark estaba balando, ciertamente balando:

—Los italianos tienen un proverbio... Quien deja que un árbol crezca por encima de la altura de la casa está invitando al médico a visitar a diario la casa... Yo estoy de acuerdo... En principio, por supuesto...

¡Así que era eso! Sylvia estaba amenazándoles con pedir que talaran el gran árbol de Groby. Sólo amenazaba con pedirlo. Pero con eso bastaría para hacer sufrir al pobre Christopher. No se podía talar el gran árbol de Groby. Pero la idea de que el árbol estuviera al cuidado de gente tan poco comprensiva bastaría para hacer enloquecer a Christopher... años y años.

—La señora de Bray Pape —siguió balbuciendo el muchacho— insiste en que el árbol... Yo estoy de acuerdo en principio... Mi madre quería hacerte comprender

que... ¡oh!, en los tiempos que corren..., es casi imposible alquilar una casa si... La señora de Bray Pape... No ha tenido el valor aunque jura que...

Siguió balbuciendo. Luego se sobresaltó y se interrumpió con el rostro casi carmesí. Una voz de mujer había llamado:

—Señor Tietjens... Mark... ¡Hola...! ¡Eh...!

Una mujer diminuta, toda vestida de blanco, con pantalones blancos, una chaqueta blanca y una pamelita blanca estaba desmontando de un alazán con una estrella blanca en la frente, un caballo con grandes hocicos y una cabeza inteligente. Saludó con la mano al muchacho y luego le acarició la nariz al caballo. Debía de estar saludando al chico..., porque era imposible que Mark conociera a una mujer capaz de gritar «¡Hola...! ¡Eh...!» para llamar su atención.

Lord Fittleworth, con un sombrero duro y cuadrado montaba un enorme caballo gris de cabeza cuadrada. Tenía los bigotes erizados y bien recortados y montaba como una garrapata. Movié el látigo en dirección a Mark —eran viejos amigos— y siguió hablando con Gunning, que estaba junto a los estribos. El animal de cabeza cuadrada se sobresaltó y echó las patas por alto: un ruido agudo, brusco e impertinente le había asustado. El chico estaba cada vez más ruborizado y a medida que se emocionaba se parecía más y más a Christopher aquel día... A Christopher con un mueble debajo del brazo, en el cuarto de Marie Léonie, mirándolo con ojos saltones al pie de la cama.

Mark blasfemó para sus adentros. Odiaba que le recordasen aquel día. Y ahora este chico y el dichoso bugle que el crío de los Cramp le había quitado a su hermano el corneta, se lo habían traído a la memoria. Siguió oyéndolo. A ratos. Primero probó un niño, luego otro. Era evidente que después lo había cogido el hermano mayor. Resonó: Ta... Ta... Ta... Ta, ti... ta-ta-ti... Ta... El toque de retreta. El condenado y puñetero toque de retreta... En fin, Christopher, tal como le había predicho Mark, se había metido, con todo su buen juicio, en un lío de narices mientras un idiota borracho tocaba el toque de retreta al pie de la ventana... Lo que quería decir Mark era que mientras sonaba aquella despedida él había tenido una intuición. Y odiaba el bugle porque se lo recordaba. Lo odiaba más de lo que había imaginado. Nunca se había imaginado blasfemando, aunque fuese para sus adentros. Debía de haberle conmovido. Aquel maldito sonido debía de haberle conmovido profundamente. Había llegado como anunciando el desastre. Vio hasta el último detalle de la habitación de Marie Léonie, tal como estaba aquel día. En la repisa de mármol de la chimenea había, debajo de un enorme grabado de la Madonna Sixtina, una taza sobre una lámpara en la que Marie Léonie tenía una papilla caliente para él. Probablemente la última comida que había comido sin ayuda...

V

Aunque no..., debió de ser alrededor de las doce de aquel día maldito, o incluso antes, o tal vez después. En cualquier caso, no recordaba ninguna comida posterior, aunque sí un período casi infinitamente largo de intenso fastidio. Casi de humillación, pese a que nadie podía acusarle de haberse sentido nunca humillado. Todavía recordaba cómo había aspirado aire por la nariz cuando Christopher le anunció sus ruinosas intenciones... Lord Wolstonemark no le había telefoneado hasta cerca de las cuatro de la mañana para pedirle que anulara la orden de partida del transporte que tenía que salir de Harwich... A las cuatro de la mañana, menuda pandilla de idiotas. Su sustituto había desaparecido con la alegría de las celebraciones en el #####y lord Wolstonemark necesitaba saber el código de Harwich porque había que detener el transporte a toda costa. No iban a avanzar sobre Alemania... ¡Después de eso no había vuelto a decir palabra!

Su hermano estaba acabado, el país liquidado y, como suele decirse, él mismo estaba hundido. Muy humillado..., sí, ¡humillado!, esa mañana —el 11 de noviembre de 1918— le había dicho a Christopher que no volvería a hablarle. Con eso no quería decir que no volvería a dirigirle la palabra, ¡sino sólo que no volvería a hablar con él de nada relacionado con Groby! Christopher podía quedarse con la inmensa casona gris, el árbol, el pozo y los páramos y el maldito disfraz de John Peel. O deshacerse de ellos. Mark no volvería a hablar del asunto.

Recordó haber pensado que Christopher podía haber entendido que tenía el propósito de retirar su apoyo al *ménage* de Christopher Tietjens. Nada más lejos de su intención. En su corazón siempre habría un sitio para Valentine Wannop. Lo había desde que estuvo sentado a su lado como un idiota en la antesala del Ministerio de la Guerra mientras mordisqueaba el mango del paraguas. Entonces le había recomendado que se hiciese amante de Christopher: le había rogado que se ocupase de que tuviese siempre un par de chuletas de cordero y de coserle los botones. Así que no era probable que, un año después, cuando Christopher le anunció que pensaba irse a vivir con la joven y sufrir las consecuencias..., pensaran que iba a dejarlos en la estacada.

La idea le había obsesionado tanto que le había escrito una tosca nota —fue la última vez que su mano sostuvo una pluma— a Christopher. Le había dicho que el apoyo de un hermano no tenía mucho valor para una mujer, pero que dadas las peculiares circunstancias del caso, siendo él, a todos los efectos, Tietjens de Groby y teniendo en cuenta que lady Tietjens —Marie Léonie— estaba totalmente dispuesta a dejarse ver en cualquier ocasión con Valentine y su compañero, sí serviría de algo, al menos con los arrendatarios y otra gente parecida.

¡En fin, no había vuelto a pensarlo!

Pero una vez se le metió la idea en la cabeza, había crecido y crecido sobre su humillación y su fatiga. No podía ocultársele que estaba agotado, de la oficina, la nación, el mundo, y la gente... De la gente... ¡estaba harto! ¡Y de las calles, la hierba, el cielo y los páramos! Había cumplido con su labor. Eso había sido antes de que le telefonara Wolstonemark y todavía pensaba que había cumplido con su obligación de llevar las cosas de aquí para allí por el mundo.

Uno viene a este mundo para cumplir con su deber con el país y su familia.

Y, en primer lugar, con los suyos. Tenía que admitir que se había portado mal con los suyos..., empezando por Christopher. Sobre todo con Christopher, y eso había influido en los arrendatarios.

Siempre le habían fatigado Groby y sus arrendatarios. Desde que nació. Son cosas que pasan. Sobre todo en las familias antiguas y prominentes. Era raro que Groby y todo lo relacionado con Groby le fatigasen tanto, suponía que debía de ser alguna peculiaridad de nacimiento. Todos los Tietjens tenían alguna. Tal vez derivada de la soledad en los páramos, del clima tan frío, de los rudos vecinos..., posiblemente incluso del hecho de que el gran árbol de Groby diera sombra a la casa. No se podía asomar uno a la sala de estudio porque la tapaba el tronco enorme y rugoso y el ala de los niños estaba oscurecida por sus ramas. Penachos negros... y fúnebres. Se dice que los Habsburgo odiaban sus palacios, por eso sin duda muchos de ellos, empezando por Juan Ort, se habían vuelto tan rudos. En cualquier caso, habían renunciado a sus privilegios reales.

Y, desde muy pronto, él había decidido que no quería ser un propietario rural. No veía por qué tenía que preocuparse por aquellos pordioseros testarudos o de los malditos páramos barridos por el viento y los fondos de los valles. Tenía ciertas obligaciones con aquellos tipos, pero no tenía por qué vivir con ellos o asegurarse de que ventilasen sus dormitorios. Siempre había sido sobre todo una cuestión de vanidad y, desde que se aprobaron las leyes del trigo, lo era casi exclusivamente. Aun así es evidente que un señor le debe algo a las tierras de las que él y sus antepasados han obtenido sus rentas durante generaciones.

En fin, nunca había querido serlo porque había nacido harto de aquello. Le gustaban las carreras y hablar de carreras con gente a quien también les gustasen. Su intención había sido seguir así hasta el final.

No había podido.

Su intención había sido seguir viviendo entre el despacho, sus habitaciones, las de Marie Léonie y los fines de semana en casas de propietarios de caballos de carreras de buena familia hasta que sus ojos se cerrasen... Pero, por supuesto, Dios dispone, ¡incluso sobre los Tietjens de Groby! Su intención había sido dejarle en herencia Groby, a la muerte de su padre, a cualquiera de sus hermanos que tuviese herederos y pareciera ir a administrarlo bien. Eso, durante mucho tiempo, le había parecido muy

satisfactorio. Ted, el siguiente hermano, tenía la cabeza sobre los hombros. Si hubiese tenido hijos habría servido. Igual que el siguiente... Pero ninguno los había tenido y ambos se las habían arreglado para que los mataran en Gallípoli. Incluso la hermana Mary, que era mayor que él y una *maîtresse femme* como ninguna, se las había arreglado para que la mataran como enfermera de la Cruz Roja. Ella sí que habría administrado bien Groby..., era una mujer grande, rubicunda y gris con un poco de bigote.

Así que Dios le había dejado sólo a Christopher...

Christopher habría administrado Groby bastante bien, pero se había negado a hacerlo. No quiso poseer ni un metro cuadrado de tierra de Groby, y se negó a tocar un solo penique de las rentas de Groby. Ahora lo estaba pagando.

De hecho, lo estaban pagando los dos, pues Mark no veía qué iba a ser de Christopher o de las fincas.

Hasta la muerte de su padre, Mark se había interesado muy poco por el chico. Tenía catorce años menos que él: en total habían sido diez niños, tres de los hijos de su madre murieron de niños y otro era retrasado. Así que Christopher era sólo un bebé cuando Mark se marchó de Groby para siempre..., salvo cuando iba de visita y llevaba su paraguas y veía a Christopher con aire despistado a la puerta de la sala de estudio o en el salón de su madre. Así que apenas había llegado a conocerlo.

Y en la boda de Christopher había decidido no volver a ver nunca a aquel idiota que se había dejado enredar así por una puta. No le deseaba a su hermano ningún mal, pero le ponía enfermo pensar en él. Y luego, durante años, había oído los peores rumores sobre Christopher. En cierto sentido le habían servido de consuelo. Dios sabía que le traía sin cuidado la familia Tietjens —sobre todo los hijos de aquella santa tan débil—. Pero prefería tener por hermano un malvado que un idiota.

Luego, poco a poco, por los cotilleos que llegaron a sus oídos, se fue convenciendo de que Christopher era un auténtico malvado. Era comprensible. Christopher tenía una vena de debilidad y lo que puede hacer una mujer para pervertir a un tipo con una vena de debilidad es casi inconcebible. Y la mujer que había escogido Christopher —que lo había escogido a él— también lo era. Mark no tenía una gran opinión de las mujeres: con que fueran un poco rollizas, saludables, mínimamente fieles y vistieran con discreción se contentaba... Pero Sylvia era delgada como una anguila, llena de vicios como una yegua sin domar, totalmente infiel y vestía como una *cocotte* de París. En su opinión, mantener a aquella puta en sociedad con todas aquellas mujeres de ministros liberales o judíos que eran como ella, debía de haberle costado a Christopher seis o siete mil al año, y con unos ingresos de dos mil como mucho... Mucho para un hijo menor. Era lógico que hubiera tenido que pervertirse para conseguir el dinero.

Eso le había parecido... y no le había dado mucha importancia. Había pensado en

su hermano tal vez dos veces al año. Pero un día —justo después de que mataran a sus dos hermanos— su padre había ido a verle al club desde Groby para decirle: «¿Se te ha ocurrido pensar que, ahora que han muerto los chicos, Christopher es prácticamente el heredero de Groby? Tú no tienes hijos legítimos, ¿verdad?». Mark respondió que tampoco había tenido ningún bastardo y que, desde luego, no pensaba casarse.

Por aquel entonces le parecía obvio que no iba a casarse con Marie Léonie Riator y, ciertamente, no pensaba casarse con ninguna otra. Así que Christopher —o en cualquier caso el heredero de Christopher— se harían con Groby. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensarlo. Pero cuando se lo plantearon de ese modo tan claro, comprendió al instante que eso echaba por tierra todos los planes que había hecho. Christopher, en aquel momento, era la última persona en el mundo que quería que se quedase con Groby —pues hasta cierto punto se le podía considerar el responsable de todas aquellas almas—. Y él mismo tampoco lo haría mejor. Había perdido el contacto con las tierras y, a pesar de que el administrador de su padre era un tipo muy eficiente, estaba tan inmerso en los asuntos de la guerra que apenas habría podido dedicar tiempo a aprender algo sobre las fincas.

Así que se produjo un fallo en su sistema de vida. Para él supuso toda una conmoción. Mark estaba acostumbrado a pensar que controlaba su destino: tenía tan pocas ambiciones y estaba tan atrincherado detrás de sus hábitos y su riqueza que, aunque las circunstancias no tenían por qué plegarse necesariamente a sus designios, el destino apenas podía rozarle.

Una cosa era que el hijo menor de los Tietjens fuese una especie de transgresor... o que despreciase las normas. Y otra muy distinta que el heredero de Groby fuese un bala perdida cuyos turbios manejos le hicieran vergonzoso para los de su propia clase social. ¡Suponiendo que un hijo menor tenga clase social...! En cualquier caso, para los de la clase social a la que pertenecían él y su padre. Se decía que Tietjens le había vendido su mujer a su primo el duque a un precio tan bajo que obviamente había seguido arruinado después de la transacción. También se la había vendido a otros hombres..., por ejemplo a directores de banco. Y aun así se veía obligado a extender cheques sin fondos. Cuando uno le vende su alma al diablo al menos debe conseguir un buen precio. Se decía que aquel tipo de transacciones eran características del grupo social en que se movía aquella furcia, pero la mayoría de los hombres que, de acuerdo con Ruggles, vendían a sus mujeres a los miembros del gobierno, ganaban millones gracias a sus consejos financieros... o títulos nobiliarios. Y no era raro que obtuviesen ambas cosas. En cambio Christopher era tan marrullero que no había conseguido ni lo uno ni lo otro. Sus cheques no valían ni dos peniques. Y, por si fuera poco, había sido tan estúpido como para seducir a la hija del amigo más antiguo de su padre, dejarla encinta y permitir que se enterase todo el mundo...

Es lo que le había contado Ruggles... y también lo que había enviado a su padre a la tumba. En fin, era innegable que Mark había sido el culpable de aquello. Pero —y eso era muchísimo peor— además había empujado a Christopher a no aceptar ni un penique del dinero de Mark, que antes había sido de su padre. Y Christopher era tozudo como una mula. Aunque eso Mark no se lo reprochaba. Era un rasgo típico de los Tietjens.

No obstante, no podía quitarse de la cabeza la idea de que el rechazo por parte de Christopher de Groby y de todo lo que tuviera que ver con Groby era tanto una manifestación de aquella dichosa santurronería que había heredado de su madre como de resentimiento. Christopher quería deshacerse de sus grandes posesiones. El hecho de que su padre y su hermano hubieran creído que era eso que Marie Léonie habría llamado un *maquereau*, y por tanto le hubiesen ofendido, era sólo una excusa a la que se aferraba. Lo que él quería era apartarse del mundo. Eso es. Quería apartarse de un mundo repugnantemente ineficaz y venal, exactamente igual que Mark, que lo encontraba casi más corrupto y deshonesto que él.

En cualquier caso, la primera vez que hablaron de la herencia de Groby, Christopher le había dicho que podía irse con su dinero al diablo y llevarse de paso la titularidad de Groby. No tenía intención de perdonarles nunca ni a Mark ni a su padre. Sólo había consentido estrecharle la mano a Mark por lo mucho que había insistido Valentine Wannop...

Ése había sido el momento más terrible de la vida de Mark. El país se estaba yendo al diablo, Christopher parecía dispuesto a dejarse morir de inanición y, por expreso deseo de su hermano, Groby iba a caer en manos de aquella furcia... Y el país cada vez se iba más al diablo, y Christopher cada vez estaba más arruinado..., y en cuanto a Groby...

El chico que prácticamente era el propietario de Groby, nada más oír la voz de la mujer que vestía el equipo blanco de amazona y había gritado «¡Hola! ¡Eh!», había pasado entre las matas de frambuesas y ahora estaba apoyado contra el seto mientras ella se inclinaba riendo hacia él y su caballo cabeceaba al otro lado. Fittleworth les sonreía con benevolencia y al mismo tiempo proseguía su conversación con Gunning...

La mujer era demasiado vieja para el joven, que se había puesto de color escarlata al oírla. Sylvia también había sido demasiado mayor para Christopher: le había hecho bailar al son de su música cuando no era más que un crío... El mundo seguía su marcha.

De todos modos se sintió agradecido por aquel momento de descanso. No le quedaba más remedio que admitir que ya no era tan joven como antes. Tenía mucho en lo que pensar si quería comprender el mundo —desde luego no iba a entrometerse— y prestar atención a conversaciones consistentes sobre todo en apotegmas morales

le había fatigado. Habían sido demasiadas y demasiado seguidas. Si hubiese hablado no habría tenido que hacerlo, pero como no hablaba, tanto la dama descendiente de la Maintenon como aquel chico, lo habían acribillado con puntos de vista morales muy interesantes sin darle tiempo a recobrar aliento mentalmente.

La dama les había llamado aristócratas corruptos y decadentes. Puede que no fuesen corruptos, pero desde luego, como propietarios, tanto él como Christopher eran decadentes. Sencillamente estaban aburridos de ocuparse de aquella terrible molestia... y, al negarse a cumplir con las obligaciones de su puesto, renunciaban también a los emolumentos. No recordaba haber cobrado un penique de Groby desde la infancia. Nunca aceptarían aquel puesto: habían aceptado otros... En fin, éste sería el último puesto ^[218] de Mark... Le entraron ganas de sonreír por aquel chiste siniestro.

De Christopher no estaba tan seguro. Aquel idiota era un terrible sentimental. Tal vez le hubiera gustado ser un gran propietario rural y cuidar los cercados de las fincas, como Fittleworth que estaba chiflado por las cercas. Probablemente ahora mismo estaría dándole la lata con eso a Gunning, mientras se golpeaba la caña de la bota con el mango de la fusta. Sí... cuidar de los cercados y asegurarse de que las tierras de los arrendatarios produjeran tantos sacos de trigo por hectárea o mantuviesen tantos corderos a lo largo del año... ¿Cuántos corderos podían mantenerse por hectárea y cuántos sacos producía? Mark no tenía ni la menor idea. Christopher lo sabía, y también las diferencias que podían esperarse de cada una de las quinientas hectáreas que tenía Groby... ¡Sí, Christopher había escrutado el rostro de Groby con la emoción de una madre contemplando el rostro de su bebé!

Así que su negativa a convertirse en su administrador podía surgir de una especie de ansia por mortificar el espíritu. El viejo Champion había dicho una vez que creía —creía firmemente, entre escalofríos— que Christopher quería vivir en el espíritu de Cristo. Eso al general le parecía horrible, aunque Mark no pensaba que lo fuese *per se*... No obstante, dudaba de que Cristo se hubiese negado a administrar Groby si ésa hubiese sido su labor. Cristo era una especie de inglés y, por lo general, los ingleses no se niegan a hacer su trabajo... Al menos antes, aunque ahora sin duda sí. Era una especie de manía rusa. Había oído contar que, antes incluso de la Revolución, los grandes nobles rusos vendían sus fincas, liberaban a los siervos, se ponían una camisa de crin y se sentaban a mendigar junto al margen del camino... O algo por el estilo. Tal vez Christopher fuese un síntoma de que los ingleses estaban cambiando. Él no. ¡Sólo estaba cansado y decidido a acabar con todo!

Al principio no había podido creer que Christopher se hubiera decidido —con una obcecación típica de Yorkshire— a no tener nada que ver con Groby o su dinero. No obstante, había sentido una gran admiración por su hermano cuando le dijo que nunca aceptaría su dinero ni les perdonaría a él ni a su padre. Un genuino sentimiento de

Yorkshire formulado con frialdad y cierto sentido del humor. Sus ojos, como es natural, lo habían mirado saltones, pero no había demostrado ninguna otra emoción.

Sin embargo, Mark había imaginado que se traía algo entre manos. Tal vez sólo quisiera humillarlo. Pero ¿qué forma mejor de humillarle que obligarle a ofrecerle Groby? Ciertamente se había guardado la oferta en la manga el tiempo que Christopher estuvo en Francia. Después de todo, no tenía sentido ofrecerle la administración de grandes posesiones a un tipo que puede convertirse en carne de cañón. Se había alegrado de que se alistara, aunque también le había dado lástima. Admiraba a Christopher por hacerlo... e imaginó que eso podría limpiar en parte su reputación, aunque ahora sabía que era totalmente inocente del crimen que le habían atribuido. Por supuesto, se había equivocado: no había contado con el descrédito que, acabada la guerra, la población civil atribuiría a los excombatientes. Después de todo era lógico. La mayoría de la población masculina era civil y, una vez terminada la guerra y ahora que ya no corrían peligro, todos lamentarían no haber ido. ¡Y se lo echarían en cara a los soldados!

Así que los servicios de Christopher a su país habían servido más para desacreditarle que para ayudarlo. Sylvia se las había arreglado para alegar, de forma muy razonable, que Christopher era por naturaleza un ser ocioso y disoluto como todos los soldados. En tiempos de paz, le había resultado muy fácil.

Aun así, Mark se había sentido orgulloso de su hermano, y, después de que hiriesen a Christopher y lo devolvieran a su base cerca de Ealing, había puesto en marcha la maquinaria para hacer que desmovilizasen a su hermano y que así pudiera hacerse cargo de Groby, donde por entonces vivían Sylvia, el chico y la madre de Sylvia. Las fincas sólo podía gestionarlas el administrador de su padre y ni Sylvia ni su familia podían mover un dedo al respecto, aunque la madre le aseguró a Mark que iban todo lo bien que permitían el Comité Agrícola de verduleros y los acaparadores. Insistían en sembrar trigo en páramos donde no podía crecer nada salvo brezo y en abreviar a las ovejas en charcas llenas de parásitos. No obstante, el administrador les combatía con la eficacia que podía esperarse de un hombre enfrentado a los elegidos de una nación de tenderos...

Por esas fechas —las fechas del regreso de Christopher a Ealing— Mark todavía pensaba que Christopher se estaba haciendo el remolón respecto a Groby. Así que se llevó una desilusión muy desagradable. Se las había arreglado para que desmovilizaran a Christopher, sin decirle nada a él, más o menos cuando llegó el armisticio... ¡Y luego descubrió que había empleado gasolina para apagar un fuego!

Prácticamente le había rogado a aquel desdichado que, contando con vivir de su paga de oficial al menos un año más, se había hipotecado hasta las cejas para asociarse con un maldito americano en un negocio de muebles antiguos. Y, por supuesto, la paga se había reducido mucho y se había convertido en una pensión

concedida a los oficiales desmovilizados computada según el número de días de servicio. Así que había privado a Christopher de dos o trescientas libras. Era la típica situación en la que ponían siempre a Christopher quienes en teoría pretendían ayudarle... ¡Justo antes del armisticio, y cuando estaba a punto de que lo desmovilizaran, lo habían dejado sin un penique! Al parecer, había tenido que vender hasta los pocos libros que le había dejado Sylvia cuando le desvalijó la casa.

Mark había comprendido la halagüeña verdad justo cuando estaba tan enfermo de neumonía que esperaban que pudiera estirar la pata en cualquier momento. Hasta el punto de que Marie Léonie, por propia iniciativa, había telefoneado a Christopher para decirle que más valía que fuese a ver a su hermano si quería verlo a este lado de la tumba.

Enseguida se habían puesto a discutir, o más bien cada cual había expuesto sus argumentos. Christopher le había explicado lo que pretendía hacer y Mark había expresado el horror que le producían sus proyectos. Su horror provenía del hecho de que Christopher pretendiera renunciar a las comodidades. El deber de todo inglés es asegurarse para toda la vida un vestuario decente, una camisa limpia al día, un par de chuletas de cordero asadas sin condimentos, dos patatas blancas, un pastel de manzana con un trozo de Stilton y un poco de pan, una jarra de Club médoc, una habitación limpia, un buen fuego en la chimenea en invierno, un sillón cómodo, una mujer solícita que se ocupe de que le preparen todo eso, que le tenga la cama caliente, le cepille el sombrero y le pliegue el paraguas por la mañana. Y una vez tenga todo eso garantizado de por vida, puede hacer lo que quiera, siempre que no lo ponga en peligro. ¿Qué tiene de malo?

Christopher no pudo anticiparle nada salvo que no tenía intención de vivir de ese modo. No pensaba vivir así a menos que pudiera hacerlo merced a su propio talento. El único talento que le quedaba, y que tenía valor comercial, era su don para reconocer los muebles antiguos auténticos. Así que iba a ganarse la vida con eso. Tenía el plan perfectamente trazado e incluso se había buscado un socio americano, un tipo que tenía tanta habilidad para persuadir a los compradores americanos de antigüedades como él para descubrirlas. Por entonces todavía estaban en guerra, pero Christopher y su socio habían calculado que, con el acaparamiento del oro por parte de los americanos y el consecuente despojo de las antigüedades de las casas europeas, uno podría ganarse la vida.

Otras carreras, afirmó, le estaban vedadas. El Departamento de Estadística, donde antes había tenido un puesto, le había dado la espalda. No sólo se mostraban reacios, sino vengativos con los funcionarios que habían sido soldados. Daban por supuesto que los miembros de sus plantillas que habían preferido servir en el ejército era gandules y disolutos y que se habían alistado sólo para dar rienda suelta a su lujuria. Las mujeres, como es natural, habían preferido los soldados a los civiles, y

ahora éstos se estaban vengando. Era lógico.

Mark admitía que lo era. Antes de interesarse por su hermano como soldado, tenía la idea de que la mayoría de los soldados eran incompetentes en todo lo referido al transporte y, en general, una molestia. También admitía que Christopher no podía volver al departamento. Ciertamente era un hombre marcado. Podría haber tratado de hacer valer sus derechos para que lo readmitieran, aunque ellos habrían recurrido para rechazarlo con el pretexto legal de que sus pulmones estaban considerablemente dañados después de pasar tanto tiempo a la intemperie. El Real Cuerpo de Funcionarios y los departamentos de la Administración tenían derecho a negarse a emplear a personas que pudieran causar baja permanente. Si uno había perdido un ojo podían rechazarlo en cualquier departamento, porque podía perder el otro y entonces tendría derecho a cobrar una pensión. Pero, aunque Christopher hubiera podido colarse en el departamento, lo habrían puesto en la lista negra. Había sido muy grosero con ellos durante la guerra cuando habían tratado de obligarle a elaborar las estadísticas falsas que el ministerio había exigido al departamento para proporcionárselas a los franceses que no paraban de exigir más tropas.

Mark coincidía totalmente con ese punto de vista. Su larga relación con Marie Léonie, su respeto por el modo en que estaba amueblada su cabeza, la constante familiaridad con la vida y los puntos de vista de la *petite bourgeoisie* francesa que le habían proporcionado sus cotilleos..., todo eso unido a su desesperanza respecto al futuro de su propio país, le había hecho abrigar una fe considerable en el destino y, desde luego, en las virtudes del país al otro lado del Canal. Así que le habría resultado muy desagradable que su hermano cobrase de una organización que había sido utilizada para engañar traicioneramente a nuestros aliados. De hecho, a él mismo le resultaba muy desagradable cobrar de un gobierno que había llevado a la nación por esos derroteros y habría dimitido encantado de su puesto si no hubiese pensado que sus servicios eran indispensables para proseguir con éxito con la guerra que todavía se libraba. Estaba deseando romper con ellos, pero en ese momento no veía cómo hacerlo. Por aquel entonces la guerra había dado un giro muy favorable. Gracias al genio militar de los franceses, que se habían hecho con el mando supremo, las naciones enemigas se veían obligadas a retirarse a diario de grandes extensiones de terreno. Sin embargo, eso hacía que el transporte fuese más necesario que nunca, pues, si íbamos a ocupar victoriosos la capital enemiga, tal como pensaba que haríamos todavía en esas fechas, las exigencias de transporte se harían casi inconcebibles.

Aun así, no era argumento para que su hermano volviera a trabajar al servicio del país. Tal como veía él las cosas, los miembros del gobierno con su torticera política exterior y su familiaridad con oscuros financieros que nunca habían metido la cuchara en el pastel de la política inglesa, la vida pública se había vuelto, y seguiría

siéndolo mucho tiempo, tan inmoral y deshonrosa que el único remedio era que las verdaderas clases gobernantes se retirasen del servicio público. Las cosas, en suma, debían empeorar antes de que pudiesen mejorar. El país pronto se sumiría en la ruina y el descrédito en el extranjero por culpa de la conducta de los verduleros escoceses, los financieros de Frankfurt, los leguleyos galeses, los fabricantes de armas del centro de Inglaterra y los incompetentes del sur que se habían pasado intrigando los últimos años de la guerra, y para afrontar esa terrible situación, deberían volver al antiguo sentido común y la probidad inglesas que eran proverbiales en el norte del país. La vieja clase gobernante a la que ellos pertenecían tal vez no volviera a ejercer nunca el poder, pero, por muchas revoluciones que hubiese, ¡y a él eso le traía sin cuidado!, el país tendría que exigirle a quienesquiera que integrasen su clase gobernante una apariencia de probidad personal y el cumplimiento de los compromisos públicos. Obviamente él estaba al margen o lo estaría al acabar la guerra, pues incluso desde su cama había desempeñado un papel nada despreciable en la dirección de los asuntos de la oficina... La guerra, como es lógico, favorecía la llegada de toda clase de oportunistas a lo más alto, eso era inevitable y no tenía remedio. Pero en épocas normales un país —cualquier país— era sincero consigo mismo.

No obstante se alegró mucho de que, en el ínterin, su hermano no formase parte de aquello. Que se asegurase sus chuletas de cordero, su jarra de Burdeos, su mujer y su paraguas y luego que se retirase a cualquier rincón discreto. Pero ¿cómo hacerlo? Había varias maneras.

Sabía, por ejemplo, que Christopher era tanto un matemático de primer orden como un hombre de iglesia. Podía tomar los hábitos, ponerse al frente de una de las tres parroquias que había en sus tierras, y, además de cumplir competentemente con los deberes de su cargo, dedicarse a cualesquiera que sean las ocupaciones predilectas de un matemático.

Christopher, no obstante, pese a admitir su inclinación por una vida así —que, tal como lo veía Mark, se ajustaba muy bien a su ascetismo, su debilidad y sus gustos privados—, alegaba que había un obstáculo que le impedía dedicarse al cuidado de las almas..., un obstáculo de una naturaleza insuperable. Mark enseguida le preguntó si estaba viviendo con la señorita Wannop. Pero Christopher le respondió que no había visto a la señorita Wannop desde el día que partió por segunda vez al frente. Ambos habían estado de acuerdo en que no eran de los que se embarcaban en una relación secreta y no habían ido más allá.

Mark, sin embargo, comprendía que una persona que pensara como Christopher podría sentirse impedida para dedicarse al cuidado de las almas si, a pesar de haberse contenido a la hora de seducir a una joven, siguiera deseando en secreto tener relaciones ilícitas con ella, y que eso bastaría para que dijera que había un obstáculo insuperable. No podía decir que estuviese de acuerdo, pero no era asunto suyo

entrometerse entre un hombre y su conciencia, y menos tratándose de un asunto relacionado con la Iglesia. Él no era muy buen cristiano, al menos en lo que se refiere a las relaciones entre los hombres y las mujeres. Sin embargo, la Iglesia de Inglaterra era la Iglesia de Inglaterra. Sin duda, si Christopher hubiera sido papista podría haber colocado a la joven de ama de llaves y a nadie le habría importado.

Pero entonces, ¿qué demonios iba a hacer su hermano? Le habían ofrecido, como compensación, y, sin duda, para que no protestara por lo del Departamento de Estadística, un viceconsulado en no sé qué puerto del Mediterráneo, Toulon, Leghorn o algo parecido. Eso podría haber estado bien. Era absurdo pensar en un Tietjens, heredero de Groby, que tuviese necesidad de ganarse la vida. Era absurdo, pero si eso era lo que quería Christopher qué se le iba a hacer. Un viceconsulado es un trabajo ridículo. Hay que esperar a que te entreguen el manifiesto de carga de los barcos, sacar a marineros de la cárcel, proporcionarles a viejas damas inglesas las direcciones de las casas de pensión regentadas por ingleses o mestizos y darles a los vicealmirantes de los escuadrones británicos los nombres de los residentes locales a los que debe invitar a las recepciones a bordo del buque insignia. Un trabajo insignificante, pero inocuo, si se consideraba como un modo de ganar tiempo... Y en aquel momento Mark seguía pensando que Christopher trataba de arrancarle alguna concesión antes de hacerse cargo definitivamente de Groby, sus arrendatarios y sus minas... Sin embargo, había objeciones insuperables incluso para lo del viceconsulado. En primer lugar, tendría que trabajar para la Administración, algo a lo que, como se ha dicho ya, Mark se oponía con todas sus fuerzas. Después, le habían ofrecido aquel trabajo como una especie de soborno. Y, además, el servicio consular exige a cualquiera que ocupe un puesto consular o viceconsular un depósito de cuatrocientas libras esterlinas, y Christopher no tenía ni cuatrocientos chelines... Y, por si fuera poco, Mark sabía muy bien que la señorita Wannop sería un obstáculo. Un vicecónsul británico podía mantener a una maltesa o meridional en una calleja y no pasaba nada, pero probablemente no podría vivir con una joven inglesa de buena familia y elevada posición social sin levantar tanto escándalo que acabara por hacerle perder el puesto...

Fue entonces cuando Mark le preguntó por última vez a su hermano por qué no se divorciaba de Sylvia.

Marie Léonie se había retirado a descansar. Estaba agotada. La enfermedad de Mark había sido grave y larga, le había atendido con tanto cuidado que en todo ese tiempo no había salido a la calle, salvo una o dos veces para ir a la iglesia católica donde encendía una vela o dos por su recuperación y un par de veces para regañar al carnicero por la calidad de la carne que le vendía para los caldos de Mark. Por si eso fuera poco, muchos días se había quedado trabajando hasta tarde, siguiendo instrucciones de Mark, con los papeles que le enviaban del despacho. Ni quería ni

podía poner a su compañero al cuidado de una enfermera nocturna. Alegaba que no quedaba ni una sola disponible por culpa de la guerra, pero Mark sospechaba que no había hecho ningún esfuerzo por encontrarla. La explicación estaba en su terror nacional a las corrientes de aire. Acataba con disciplina, aunque también con desesperación, la orden del médico de que ventilasen la habitación del enfermo, pero se pasaba una noche tras otra en un sillón de orejas atenta a cualquier cambio en la dirección del viento y cambiando consecuentemente de sitio una complicada serie de biombos que había colocado entre el paciente y la ventana abierta. Sin embargo, había dejado a Mark con su hermano sin rechistar y se había ido en silencio a dormir a su cuarto, y Mark, que hablaba casi de todo con su hermano y no le habría pedido que les dejara solos para tratar de algún asunto de índole privada, aprovechó la oportunidad para explicarle a Christopher lo que pensaba de Sylvia y de las relaciones de tan singular pareja.

Todo se resumía al hecho de que Mark quería que Christopher se divorciara de su mujer y al hecho de que Christopher no había cambiado su opinión de que un hombre no puede divorciarse de una mujer. Mark observó que, si Christopher tenía intención de irse a vivir con Valentine, prácticamente carecía de importancia que se casara o no con ella después del divorcio. Lo que hay que hacer si uno pretende irse a vivir con una mujer, y quiere salvaguardar su honor en lo posible, es escenificar una ruptura... aunque sea simbólica. El matrimonio, si no se considera un sacramento —que es como, sin duda, debería considerarse—, es sólo una prueba de que los dos miembros de una pareja tienen intención de estar juntos y apoyarse el uno al otro. Hoy en día la gente —la gente apropiada— casi no le concede importancia a nada que no sea eso. Un cambio constante de parejas sería una complicación social: uno no sabría si invitar o no a una pareja a tomar el té. Y la sociedad existe para desempeñar funciones sociales. Por eso no es deseable la promiscuidad. Para las funciones sociales hace falta un número igual de hombres y de mujeres o alguien se quedaría fuera de la conversación, de modo que hay que saber quién va oficialmente con quién en el sentido social. Todo el mundo sabía que los hijos de Lupus del Ministerio de la Guerra en realidad eran hijos de un ex primer ministro, por lo que es de suponer que la condesa y el primer ministro durmiesen juntos la mayor parte del tiempo, pero eso no significaba que uno invitara al primer ministro y a la mujer a las reuniones sociales y oficiales, porque no tenían ningún vínculo de unión reconocido. Por el contrario, invitabas a lord y lady Lupus a todas las reuniones sociales que aparecerían después en los periódicos y te asegurabas de invitar sólo a la dama a todas las fiestas privadas de fin de semana o a las cenas íntimas a las que fuese a asistir el jefe.

Y Christopher debía tener en cuenta que, tratándose del matrimonio, el noventa por ciento de los habitantes del planeta consideraban inválidos los matrimonios ajenos. Obviamente un papista no podía concederle validez espiritual a un

matrimonio celebrado por un registrador o un *maire* francés. En el mejor de los casos no es más que la prueba de unas aspiraciones después de mucha constancia. Uno acude públicamente a un funcionario para dar fe de que una mujer y él tienen intención de estar juntos y apoyarse el uno al otro. Por la misma razón, para un protestante radical, una boda celebrada por un cura papista, un cura de otra secta, o un lama budista, carece de la bendición de su propia rama de la deidad. Así que, a efectos prácticos, bastaba con que una pareja les dijese a sus amigos que tenían la intención de seguir juntos y apoyarse el uno al otro, a ser posible para siempre, o, como mínimo, los años suficientes para demostrar que lo habían intentado con todas sus fuerzas. Mark invitó a Christopher a que le preguntara a cualquiera sobre su punto de vista y comprobaría que todo el mundo estaba de acuerdo.

Por eso le preocupaba tanto que, si Christopher pretendía irse a vivir con la joven Wannop, tratase al menos de conseguir el divorcio. Tal vez no lo lograra. Era evidente que tenía motivos de sobra, pero Sylvia podía interponer alegaciones, y Mark no sabía decir si tendrían éxito. Estaba dispuesto a creer las afirmaciones de su hermano sobre su total inocencia, pero Sylvia era endiabladamente inteligente y era imposible saber cómo reaccionaría el juez. Podría pensar que donde había habido tanto humo tal vez hubiese fuego suficiente para justificar el rechazo del divorcio. Sin duda se organizaría un buen escándalo. Pero un buen escándalo era mejor que la mala fama velada que Sylvia había logrado atribuirle a Christopher. Y el hecho de que Christopher se enfrentara al escándalo y lo hubiese intentado sería al menos un tributo a la señorita Wannop. La sociedad tenía buen natural y tendía a pensar que, si un tipo se había enfrentado al castigo y lo había aceptado, era casi como si lo hubiesen absuelto. Tal vez hubiese quien les diera la espalda, pero Mark suponía que lo que Christopher quería para él y la chica eran unas comodidades materiales razonables y una sociedad de personas apropiadas que les invitaran a cenar una vez por semana y un fin de semana o así al mes.

Christopher había escuchado sus opiniones con tanta amabilidad que Mark empezó a abrigar la esperanza de salirse con la suya respecto a Groby. Estaba dispuesto a ir más allá y arriesgarse a afirmar que, si se establecía en Groby, aceptaba unas rentas dignas y cuidaba de las fincas, él les garantizaría a su hermano y a Valentine unas circunstancias sociales tolerables.

Christopher, no obstante, no había respondido nada salvo que si trataba de divorciarse de Sylvia arruinaría su negocio de muebles antiguos. Su socio americano le había asegurado que, en Estados Unidos, si un hombre se divorcia de su mujer, en lugar de dejar que sea ella quien lo haga, todos se niegan a hacer negocios con él. Le había contado el caso de un tal Blum, un corredor de Bolsa muy adinerado que insistió en divorciarse de su mujer contra el consejo de sus amigos: al volver a la Bolsa descubrió que todos sus clientes le daban la espalda y se arruinó. Y como

aquellos tipos pronto iban a arramblar con todo, incluyendo el negocio de muebles antiguos, Christopher pensaba que valía la pena tener en cuenta sus prejuicios. Había conocido a su socio de un modo muy curioso. El tipo, cuyo padre era un judío alemán que se había naturalizado americano, había pasado una temporada en Berlín comprando muebles antiguos alemanes para venderlos en América, donde tenía un negocio floreciente. Así que cuando América entró en la guerra contra los alemanes, se limitaron a coger al señor Schatzweiler con mucha amabilidad, alistarlo en el ejército y enviarlo al frente como un desdichado soldado raso antes de que los americanos llevasen un mes en combate. Y allí, entre los prisioneros a quienes le habían encargado vigilar, Christopher encontró a aquel individuo pequeño, sensible y de ojos grandes, que no sabía una palabra de alemán y estaba loco por los muebles y los tapices de los *châteaux* franceses por donde pasaban los prisioneros en sus marchas. Christopher había trabado amistad con él, lo había tenido apartado de los demás prisioneros, a quienes lógicamente no les caía bien, y había tenido largas conversaciones con él.

Había resultado que el señor Schatzweiler había tratado mucho a sir John Robertson, el millonario aficionado a los muebles antiguos que era amigo íntimo de Sylvia y había sido tan admirador de las dotes de comprador de Christopher e incluso le había propuesto asociarse con él unos años antes. En aquella época, las propuestas de sir John le habían parecido a Christopher muy alejadas de su carrera, que por entonces pasaba por su empleo en el Departamento de Estadística. Pero la propuesta le divirtió e impresionó mucho. Si aquel viejo escocés cabezota que había hecho una fortuna con aquel negocio le hacía una proposición comercial seria, basada en el *flair* de Christopher para la madera y las curvas viejas, es que podía tomarse esas dotes con seriedad.

Y, cuando lo pusieron al mando de la escolta de aquellas criaturas desdichadas, se dio perfecta cuenta de que, en cuanto dichas escoltas dejaran de ser necesarias, tendría que pensar en cómo iba a ganarse la vida. Eso estaba claro. No tenía intención de volver con aquella miserable colección de sinvergüenzas que trabajaban en su antiguo departamento; era demasiado viejo para seguir en el ejército; ciertamente no iba a aceptar un penique de las rentas de Groby. Le daba igual lo que fuese de él, pero su indiferencia no adoptaba ninguna forma trágico-romántica. Estaba dispuesto a vivir en una cabaña en una colina y a prepararse las comidas encima de unos ladrillos junto a la puerta..., pero ésa no era una forma práctica de vida y además también requería dinero. Cualquiera que hubiese servido en el ejército en el frente sabía lo poco que hacía falta para que la vida siguiera de forma satisfactoria. Pero no le pareció que el mundo, cuando volviese a organizarse, fuese a ser un lugar apto para viejos soldados que hubieran aprendido a apreciar la frugalidad. Al contrario, los viejos soldados se verían acosados por la población civil, que los aborrecía. Así que

seguir limpio y sin deudas no iba a ser tarea fácil.

En sus largas vigiliias en las tiendas, a la luz de la luna, mientras los centinelas montaban guardia y se daban voces de vez en cuando junto a las barricadas de alambre de espino, había pensado mucho en la propuesta de sir John. La idea había cobrado fuerza después de encontrar al señor Schatzweiler. Aquel hombrecillo era un artista y Christopher era lo bastante supersticioso para que le impresionase la coincidencia de haberlo conocido en tan singulares circunstancias. Después de todo, la Providencia tenía que darle algún tipo de tregua y ¿por qué no iba a ser aquel desdichado e impresionante miembro del pueblo elegido una señal? En cierto modo, le recordaba a su antiguo *protégé*, Macmaster: tenía los mismos ojos negros, la misma figura, la misma ansiedad temblorosa.

A Christopher no le preocupaba que fuese judío y americano: no le había puesto objeciones a que Macmaster fuese el hijo de un tendero escocés. Si tenía que asociarse y tratar de cerca a alguien, le traía sin cuidado quien fuera, siempre que no se tratase de un ladrón o de alguien de su propia clase y raza. Sabía que la comunión intelectual con un granuja inglés o con un inglés de buena familia le resultaría insoportable. En cambio era capaz de sentir verdadero afecto por un pequeño judío tembloroso igual que lo había sentido antes por Macmaster..., como quien le coge afecto a un animal. Sus modales no eran como los suyos y no podía esperarse que lo fueran y, cualquiera que fuese su inteligencia, eran despiertos y pensaban de forma precisa... Además, si acababan traicionándote, como era de esperar que lo hiciera cualquier socio o *protégé*, no te sentías tan humillado como cuando te engañaba alguien de tu propia raza y clase social. En el primer caso sencillamente era de esperar, en el segundo tenías que enfrentarte al hecho de que tu propia tradición había sido quebrantada. Y la constante presión de la guerra le había hecho superar tanto la mentalidad como las tradiciones de su familia y de su raza. Ni la una ni las otras estaban hechas para soportar una presión continuada.

Así que agradeció las miradas implorantes y la gratitud oriental de aquel infeliz. Pues, como es lógico, se puso en contacto con el cuartel general de Estados Unidos y logró que liberasen al desdichado hombrecillo, que ahora estaba de vuelta y a salvo en algún lugar del continente norteamericano.

Pero antes había mantenido correspondencia con sir John y había descubierto por él y por uno o dos miembros de la Fuerza Expedicionaria Americana que el hombrecillo era un gran entendido en muebles antiguos. Sir John se había retirado y sus cartas no fueron particularmente cordiales, cosa que era de esperar si Sylvia lo había enredado con sus encantos. El caso era que el señor Schatzweiler había hecho muchos negocios con sir John, quien ciertamente le había proporcionado mucho material y así, si sir John había dejado el negocio, el señor Schatzweiler necesitaba encontrar a alguien que ocupase el lugar de sir John en Inglaterra. Y no iba a

resultarle fácil después de que lo desplumaran los alemanes: le habían vendido enormes cantidades de muebles antiguos, le habían pagado y luego lo habían alistado en las filas de los Brandenburgers donde, como es lógico, de nada le servían sus baúles de roble tallado con elaboradas bisagras y cerraduras de acero... El caso es que, entre eso y su prolongada ausencia del barrio de Detroit donde había encontrado casi siempre sus compradores, el señor Schatzweiler estaba un tanto bloqueado. Así que, para poder asociarse con el ahora optimista y encantador meridional, Christopher tuvo que aportar una suma de dinero. No le había resultado fácil, pero hipotecando su paga y su trabajo, y vendiendo los libros que le había dejado Sylvia, se las había arreglado para proporcionarle al menos al señor Schatzweiler lo suficiente para volver a empezar en algún lugar al otro lado del océano... Y luego el señor Schatzweiler y Christopher habían diseñado un ingenioso plan basado en algunas ideas que le rondaban al americano desde hacía tiempo, aunque teniendo en cuenta los gustos de sus compatriotas y la naturaleza de los tiempos.

Mark había escuchado a su hermano con indulgencia e incluso con interés. Si un Tietjens pensaba dedicarse a los negocios, al menos debería buscarse un negocio entretenido que requiriese inspiración. Y lo que había planeado Christopher al menos era más digno que ser corredor de Bolsa o dedicarse al pago de créditos por adelantado. Además, estaba casi convencido de que su hermano se había reconciliado por completo con él y con Groby.

Fue entonces, al empezar a introducir de nuevo la cuestión de Groby en la conversación, cuando Christopher se levantó de la silla que había junto a su cama, tomó a su hermano por la muñeca con los dedos fríos y observó:

—Tienes la temperatura muy baja. ¿No crees que ya va siendo hora de que te decidas a casarte con Charlotte? Supongo que querrás casarte con ella antes de que se pase este ataque y puedas empeorar.

Mark recordaba sus palabras a la perfección, con el añadido de que Christopher también afirmó que, si se daba prisa, podrían tenerlo todo listo esa misma noche. Así que debió de ser alrededor de la una de un día cualquiera, unas tres semanas antes del 11 de noviembre de 1918.

Mark respondió que le quedaría muy agradecido. Así que Christopher despertó a Marie Léonie y le aseguró que estaría de vuelta a tiempo para dejarla descansar y se marchó diciendo que iba directo a Lambeth. En esos días, suponiendo que uno pudiera reunir alrededor de treinta libras, era muy fácil casarse enseguida, y Christopher había promovido demasiados matrimonios en el último momento entre sus hombres para no conocer el procedimiento.

Mark consideró el arreglo con no poca satisfacción. No cabía discusión posible: si contaba con la aprobación del presunto heredero de Groby no había nada que añadir. Además pensó que, si aceptaba una propuesta que Christopher sólo podía haber

sugerido como presunto heredero, era una razón adicional para pensar que su hermano acabaría por aceptar ocuparse en persona de la administración de Groby.

VI

Debió de ser tres semanas antes del 11 de noviembre. Su cabeza dudaba un poco al calcular la fecha concreta de octubre. Con la preocupación por la neumonía, su memoria no había registrado las fechas con exactitud, los días habían pasado entre la fiebre y el aburrimiento. Aun así, uno debería recordar la fecha de su boda. Digamos que hubiese sido el 20 de octubre de 1918. El 20 de octubre era el cumpleaños de su padre. Si se paraba a pensarlo, recordaba vagamente haber pensado que era raro que se hubiese apartado de la vida el mismo día que su padre había entrado en ella. Marcaba una especie de período. Igual que el hecho de que, casi ese mismo día, los papistas tomasen posesión de Groby. Ya había digerido la idea de que el hijo de Christopher viviría en Groby aunque Christopher no lo hiciera. Y aquel chico era papista a todos los efectos, adobado, y bien sazonado. Sylvia se había encargado de pasárselo por las narices una semana antes, al enviarle una invitación a la primera comunión de su sobrino. Le había sorprendido que la noticia no le disgustara.

No le quedaba ninguna duda de que aquello le había reconciliado con la idea de casarse con Marie Léonie. Un año antes le había dicho a su hermano que nunca se casaría con ella porque era papista, aunque sabía que lo hacía sólo para mofarse de Spelden, el tipo que escribió *Sobre el sacrilegio*, un libro que predecía todo género de desastres para las familias dueñas de tierras que antes habían pertenecido a la Iglesia papista o que hubieran desplazado a los papistas. Cuando le dijo a Christopher que nunca se casaría con Charlotte —antes del matrimonio la llamaba Charlotte por motivos de discreción— lo había hecho consciente de que estaba ridiculizando el espíritu de Spelden, pues Spelden debía de llevar muerto más de cien años. Era como si le hubiese estado diciendo triste pero agradablemente a aquel espectro: «Eh, amigo. Ya lo ves. Podrás profetizar el desastre para Groby, porque se lo quitaron a uno de los vuestros para dárselo a un Tietjens en época del holandés William. Pero no puedes asustarme lo bastante para obligarme a convertir a una papista en una mujer decente, y menos aún en la señora de Groby».

Y no lo había hecho. Estaba dispuesto a jurar que el día de su boda no se le había ocurrido pensar en el desastre de Groby. Ahora ya no estaba tan seguro, pero sabía que no lo había pensado entonces. Recordaba haber pensado, durante la ceremonia, en las palabras de Fraser de Lovat,^[219] antes de que lo ejecutaran en el Cuarenta y Cinco. Al parecer, le habían dicho en el cadalso que, si les daba alguna prueba de adhesión a la causa de Jorge II, no exhibirían su cuerpo descuartizado en las picas sobre los edificios de Edimburgo. Y Fraser había respondido: «Si el rey va a tener mi cabeza me da igual lo que haga con mi...», y se había referido a una parte de la anatomía masculina a la que no suele aludirse en los salones hoy en día. Así que, si un papista iba a vivir en Groby House, poco importaba que la primera lady Tietjens

de Groby fuera papista o pagana.

Por lo general uno no se casa con su amante mientras le quedan fuerzas. Si todavía aspira a tener una carrera podría perjudicarle que se supiera que su mujer antes había sido su amante, o, por supuesto, si pretende hacer carrera tal vez quiera ascender por medio del matrimonio. Aunque no sea su intención hacer carrera, podría pensar que es probable que su antigua amante acabe convirtiéndolo en cornudo después de la boda, pues, si fue capaz de descarriarse con él, bien pudiera descarriarse también con otro. Sin embargo, cuando un tipo está prácticamente acabado, esas consideraciones desaparecen y recuerda que uno va al infierno por seducir a una virgen. Y, más tarde o más temprano, tiene uno que ponerse en paz con su Creador. Para siempre es una palabra muy larga y se dice que Dios desapueba las uniones sin consagrar.

Además, era muy probable que a Marie Léonie le gustase la idea, aunque jamás había dicho una palabra al respecto, y ciertamente incomodaría a Sylvia que sin duda contaba con ser la primera lady Tietjens de Groby. Y, por si fuera poco, dejaría a Marie Léonie mucho más protegida. En un sentido y en otro le había dado a su amante varias cosas que bien podía ambicionar aquella furcia, y ni su vida ni la de Christopher valían demasiado, mientras que los tribunales pueden ser muy caros.

Era consciente de que siempre había tenido debilidad por Marie Léonie, de lo contrario no le habría puesto el nombre de Charlotte para consumo público. Uno sólo le pone a su amante un nombre distinto cuando cree que hay una posibilidad de acabar casándose con ella, para que así parezca luego que se casa con otra. Marie Léonie Riotor suena muy diferente que un simple Charlotte. Y le da mejores posibilidades ante el mundo.

Así había sido. El mundo estaba cambiando y no había ningún motivo para no cambiar con él... No se le ocultaba que el fin se acercaba. El tiempo se acortaba. Una vez que volvió empapado de una de esas carreras que tenían que improvisar durante la guerra, había comprendido que le iba a pasar algo porque, después de que Marie Léonie le arrojara en su cama, fue incapaz de recordar el linaje del ganador de una carrera sin importancia. Marie Léonie le había suministrado un buen lingotazo de ron con mantequilla y tal vez eso le hubiese nublado un poco la memoria..., pero con ron o sin ron era la primera vez que le ocurría en toda su vida. Y ahora había olvidado incluso el nombre del ganador y de la carrera...

No, no se le ocultaba que su memoria estaba empezando a fallar, aunque por lo demás se consideraba un hombre tan sano como cualquiera, sin embargo, desde ese día, su memoria se echaba atrás como un caballo cansado al llegar a una valla... ¡Igual que un caballo cansado!

No conseguía calcular en qué había caído aquel día tres semanas antes del 11 de noviembre, su cerebro se negaba a hacerlo. De hecho, recordaba muy mal los sucesos

de esas tres semanas. Desde luego, Christopher había estado allí, ayudando a Marie Léonie por la noche y velándole con una mirada dulce y saltona que sólo podía tener un hombre cuya madre hubiera sido una santa. Durante horas y horas le había leído en voz alta la *Vida de Johnson* de Boswell, por la que Mark tenía predilección.

También recordaba haberse quedado adormilado muy satisfecho mientras oía el sonido de su voz y haberse despertado igual de satisfecho oyéndola todavía. Christopher tenía la teoría de que, si su voz seguía sonando mientras él dormía, Mark tendría sueños más satisfactorios.

Satisfacción... Tal vez la última que conocería Mark. Pues por entonces —a lo largo de esas tres semanas— no había podido convencerse de que Christopher quisiera desvincularse verdaderamente de Groby. ¿Cómo iba a creer que alguien que le había atendido con la dulzura de una chica hecha de sacos de trigo estuviera decidido a... llamémoslo romperle el corazón? A eso se reducía... Alguien que además coincidía en general de forma sorprendente con sus opiniones, alguien que sabía diez veces más que él. Un auténtico erudito...

Mark no despreciaba la cultura..., sobre todo en los hijos pequeños. El país se iba al diablo por la falta de educación de los hijos pequeños, cuya función era hacer funcionar la nación. En el norte había un dicho muy antiguo que decía que la cultura está muy bien cuando se pierden las tierras y el dinero. No, no despreciaba la cultura. Nunca había adquirido ninguna porque era demasiado perezoso: un poco de Salustio, un poco de Cornelio Nepote y un toque de Horacio, el suficiente francés para leer una novela y para seguir lo que contaba Marie Léonie... Incluso para sí, la llamaba Marie Léonie ahora que se había casado con ella. ¡Al principio la había asustado!

En cambio Christopher era un auténtico erudito. Su padre, un hijo menor al principio, también lo había sido. Decían que, incluso a su muerte, había sido uno de los mejores latinistas de Inglaterra..., amigo íntimo de aquel tal Wannop, el profesor... ¡Buena época la de su padre para morir por la propia mano! En fin, si la boda había sido el 29 de octubre de 1918, su padre, que ya estaba muerto, debía de haber nacido el 29 de octubre de... 1834... No, eso era imposible... No, en el 44. Mark sabía que su abuelo había nacido en 1812..., ¡antes de Waterloo!

Grandes espacios de tiempo. ¡Grandes cambios! Y, sin embargo, su padre no había sido ningún inculto. Al contrario, pese a ser grande y decidido, era muy pacífico. Y sensible. Había querido mucho a Christopher..., y a la madre de Christopher.

Su padre era muy alto, al final iba encorvado como un chopo inclinado. Su cabeza parecía muy lejana, casi como si no te oyera. De color gris como el hierro, con las patillas cortas. En sus últimos días había sido muy despistado. Olvidaba dónde había puesto el pañuelo y dónde estaban sus gafas cuando se las ponía sobre la cabeza... Había estado cuarenta años sin hablar con su padre. El abuelo nunca le había

perdonado que se casara con la señorita Selby de Biggen..., no porque se hubiese casado con alguien inferior, sino porque quería casar a la madre con su hijo mayor... En la infancia habían sido pobres y se dedicaron a vagar por Europa hasta que acabaron estableciéndose en Dijon donde tenían algunas propiedades..., una gran casa en el centro de la ciudad con varios criados. Nunca supo cómo se las había arreglado su madre con sólo cuatrocientas libras al año. Pero lo había hecho. Era una mujer muy fuerte. En cambio su padre se había relacionado con los franceses y había mantenido correspondencia con el profesor Wannop y algunas sociedades eruditas. A Mark siempre lo había tenido por un estúpido... Se pasaba el día leyendo libros elegantemente encuadernados. Su despacho había sido una de las habitaciones más hermosas de la casa de Dijon.

¿De verdad se habría suicidado? Si lo había hecho es que Valentine Wannop era hija suya. No había muchas más posibilidades, aunque tampoco es que tuviese mucha importancia. En ese caso Christopher estaría viviendo con su media hermana... No tenía importancia. Al menos para Mark..., pero su padre era de esos a quienes se les puede empujar al suicidio.

¡Qué mala suerte la de Christopher...! En conjunto no podía ser peor: el suicidio del padre, el hijo viviendo en pecado con su hermana, el hijo del hijo que no era del hijo y Groby que había ido a parar a manos papistas... Eran las típicas cosas que les pasaban a los Tietjens como Christopher: a cualquier Tietjens que no optara por quedarse al margen como había hecho él. Los Tietjens siempre aceptaban las consecuencias de sus actos. Y eso les abocaba a esa clase de situaciones... Una situación sin salida. Un toque de retreta. Pues si aquel chico no era de Christopher, Groby dejaría de pertenecer a los Tietjens. Ya no habría más Tietjens. Spelden habría estado en lo cierto.

Al abuelo de su padre le habían arrancado la cabellera los indios en Canadá en la guerra de 1810; el padre de su padre había muerto en un lugar donde no debería haber estado, lo que había causado un enorme escándalo en la corte de la reina Victoria; el hermano mayor de su padre había muerto borracho mientras cazaba zorros; su padre se había suicidado; Christopher se había arruinado por su propia voluntad y su puesto lo ocupaba un hijo bastardo. Y, si hubiese más Tietjens, de sangre y de nombre... ¡Pobres diablos! Serían sus propios primos. O algo por el estilo...

Y posiblemente no fuese eso lo peor... Spelden o el gran árbol de Groby habían destruido a los demás. El gran árbol de Groby lo habían plantado para conmemorar el nacimiento del tatarabuelo, que había muerto en un burdel..., y en Groby siempre se había rumoreado, entre los niños y los sirvientes, que al gran árbol de Groby no le gustaba la casa. Sus raíces arrancaban trozos de los cimientos y dos o tres veces habían tenido que reconstruir la fachada principal por culpa del tronco. También citaban el dicho italiano sobre los árboles que crecen más altos que la casa.

Obviamente Christopher se lo había contado a su hijo y el joven se lo había explicado a la señora de Bray Pape. Por eso habían aludido a él tres veces ese día... ¡Y lo cierto es que era un árbol italiano! Lo habían llevado allí como un pimpollo desde Cerdeña en la época en que los caballeros todavía se preocupaban por el cuidado de sus jardines. En ese tiempo un caballero consultaba a sus herederos antes de plantar un árbol. ¿Sería mejor plantar un grupo de hayas delante del grupo de arces del foso que había a medio kilómetro de la casa para que el contraste, visto desde el salón de baile, fuese agradable..., al cabo de treinta años? En esa época, las familias pensaban a treinta años vista y el propietario consultaba muy serio a los herederos que contemplarían el juego de sombras y luces que él mismo no disfrutaría nunca.

Hoy, por lo visto, el heredero consultaba al propietario si el inquilino que iba a alquilar amueblada la casa solariega podía talar los árboles para ajustarse a las ideas higiénicas del momento... ¡Un momento americano! Bueno, ¿y por qué no? No podía esperarse que aquella gente supiera qué contraste tan pintoresco hacía el árbol contra los tejados de la gran casa de Groby visto desde Peel's Moorside. Nunca habrían oído hablar de Peel's Moorside, ni de John Peel, ni de su manto gris...

Al parecer, tal era el motivo de la visita de aquel jovenzuelo y la señora de Bray Pape. Habían ido a pedirle permiso para talar el gran árbol de Groby. Y luego se habían acobardado y habían salido corriendo. Al menos el chico seguía hablando muy serio con la mujer de blanco por encima del seto. Y, en cuanto a la señora de Bray Pape, era imposible saber dónde se habría metido; tal vez estuviera en el patatal estudiando las patatas de los pobres. Deseó que no se topara con Marie Léonie, pues Marie Léonie despacharía en el acto a la señora de Bray Pape y encima se enfadaría.

No obstante, se equivocaban al acobardarse al pedirle permiso para talar el gran árbol de Groby. A él le traía sin cuidado. La señora de Bray Pape lo mismo podía haberse presentado y haberle dicho: «Hola, amigo, vamos a talar ese dichoso árbol tuyo y a dejar que entre un poco de luz en la casa...», suponiendo que los americanos hablen de ese modo cuando están contentos, no tenía forma de saberlo. No recordaba haber hablado nunca con un americano... ¡Oh, sí, con Cammie Fittleworth! Ciertamente había sido una joven muy chabacana antes de que le concedieran el título a su marido. Aunque Fittleworth también lo era. Se contaba que había tenido que interrumpir un discurso en la Cámara de los Lores porque no dejaba de emplear la expresión «de primera» que irritaba al presidente de la Cámara... Así que quién sabe lo que le habría dicho la señora de Bray Pape si no hubiese pensado que se estaba dirigiendo a un miembro sifilítico de una aristocracia decadente que estaba loco por un viejo cedro. Aunque podía habérselo dicho con más claridad. A él le traía sin cuidado. Nunca había tenido la impresión de caerle simpático al gran árbol de Groby. Nadie parecía caerle bien. Se decía que nunca había perdonado a los Tietjens por trasplantarlo de la cálida y amable Cerdeña a aquel lúgubre clima... Eso era lo que

les contaban los criados a los niños y lo que ellos se susurraban en los pasillos oscuros.

¡En cambio el pobre Christopher! Se volvería loco si le hicieran aquella propuesta. ¡Sólo con que se lo insinuasen! El pobre Christopher, que en ese preciso instante estaba de vuelta de Groby en uno de esos malditos artefactos voladores... Mark deseaba que, ya que Christopher había tenido que comprar aquella maldita casa de campo en el sur del país, al menos no la hubiese comprado tan próxima a un condenado aeródromo. Aunque probablemente lo hiciera pensando que los dichosos americanos llegarían volando en esos malditos artefactos para comprarle sus malditos chismes viejos. Y de hecho lo hacían..., enviados por el señor Schatzweiler que, sin duda, era muy eficaz a la hora de mandar cheques.

Christopher casi se había puesto en pie de un salto —es decir, que se había quedado quieto como una estatua de mármol— al enterarse de que Sylvia, y, lo que es peor, su propio heredero, querían alquilar Groby amueblado. Le había dicho a Mark, por encima de la primera carta de Sylvia: «No irás a permitírselo...», y Mark había comprendido la agonía que se ocultaba detrás de su máscara cérea y sus ojos saltones... Se le habían puesto blancas las aletas de la nariz... ¡no podía haber indicio más claro!

Y eso había sido lo más parecido a una petición que le había hecho, a menos que la solicitud de un préstamo el día del armisticio pudiera considerarse una petición. Aunque Mark no pensaba que pudiera considerarse como un tanto a su favor. En aquella partida ninguno de los dos había ganado ningún tanto todavía. Probablemente ninguno lo haría: por muchos que fueran sus otros defectos, eran un par de tipos del norte muy tenaces.

No, no había sido un punto a su favor que dos días antes Christopher le hubiera dicho: «No irás a permitírselo...». Por mucho que sufriera, Christopher no le había pedido a Mark que no permitiese que alquilasen Groby, sólo estaba tratando de averiguar hasta dónde permitiría Mark que se degradase aquel viejo lugar. Mark le había dejado bien claro que él no movería un dedo aunque demolieran Groby y lo reemplazaran por un hotel de terracota. Por otro lado, Christopher no tenía más que mover un dedo y nadie podría arrancar ni una hoja de la hierba que crecía entre los adoquines del Stillroom Yard... Pero, según las reglas del juego, ni uno ni otro podían dar una orden. Ninguno. Mark le decía a Christopher: «¡Groby es tuyo!» y Christopher le decía a Mark: «¡Groby es tuyo!». Con mucha frialdad y buen humor. Así que lo más probable era que el lugar acabara por venirse abajo o que Sylvia lo convirtiera en una casa de citas... ¡Parecía una broma! ¡Una broma macabra de Yorkshire!

Era imposible saber quién de los dos lo pasaba peor. Estaba claro que a Christopher le partía el corazón asistir a la degradación que estaba sufriendo el lugar,

pero, ¡maldita sea!, ¿acaso no se lo partía también a Mark ver que Christopher rechazaba la casa que le ofrecía...? ¡Era imposible saber quién lo pasaba peor!

Sí, se le había partido el corazón el día del armisticio en la mañana..., entre la mañana y la mañana del día siguiente... Sí: después de que Christopher le hubiera leído a Boswell en voz alta, noche tras noche, durante tres semanas... ¿Era eso respetar las reglas? ¿Es que velar a un hermano sin perdonarle era respetar las reglas...? ¡Oh!, sin duda lo era. Uno no perdona a su hermano si le ha traicionado del peor modo posible... Y, por supuesto, decirle que crees que vive de las ganancias inmorales de su mujer es traicionarlo del peor, ¡del peor!, modo posible... Y eso era lo que Mark le había hecho a Christopher. Había sido ciertamente imperdonable. Y, por supuesto, uno tampoco se venga de su hermano, salvo en los términos exigidos por la naturaleza de la ofensa: eres el mejor amigo que tiene..., en los términos exigidos por la naturaleza de la ofensa; y lo cuidas como a un gusano..., salvo si los términos exigidos por la ofensa impiden que lo hagas.

Pues, obviamente, lo mejor que podría haber hecho Christopher por la salud de su hermano habría sido aceptar ocuparse de administrar Groby, no obstante su hermano podía morir y él también antes de que lo hiciera. Aun así era muy cruel...

Con lo de Boswell los dos hermanos se habían hecho uña y carne y habían desarrollado una intimidad sorprendente y un parecido no menos sorprendente. Si uno de ellos hacía un comentario sobre Bennet Langton ^[220] era precisamente el que el otro tenía en la punta de la lengua. Era como eso que los idiotas llaman hoy telepatía: una sensación cálida y confortable, tarde por la noche, con la luz atenuada, la voz recorriendo el profundo silencio de Londres que esperaba la caída de las bombas... Mark aceptaba el dictamen de Christopher de que era un tipo dieciochesco y tuvo que contenerse para decirle que aún era más anticuado: una especie de anglicano del siglo XVII que debería estar paseándose por un bosque con el Nuevo Testamento debajo del brazo...

Y ¡qué demonios!, todavía había sitio para él en este mundo. La tierra no había cambiado... Aún había profundos bosques de hayas junto a las tierras de cultivo, donde los grajos levantaban perezosos el vuelo al ver acercarse el arado. La tierra no había cambiado... La raza no había cambiado... Ni Christopher... Sólo habían cambiado los tiempos... Los grajos, las tierras de cultivo, las hayas y Christopher seguían allí... Lo que había cambiado era la forma de pensar... El sol saldría y se alzaría sobre el arado hasta ir a ponerse detrás del seto y que el labriego fuese a sentarse a la taberna, y lo mismo haría la luna. Pero ni el sol ni la luna verían a alguien como Christopher en sus viajes. Nunca. Antes podrían haber visto a un mastodonte... El propio Mark era un vejestorio anticuado. Eso estaba bien. ¡Judas Iscariote también fue un idiota anticuado en su tiempo!

Pero eso de que Christopher dejase crecer entre ellos aquella intimidad y aun así

no le perdonara equivalía casi a violar las reglas del juego... No las violaba pero casi. ¿Acaso no le había tanteado Mark? ¿Acaso no había hecho concesiones? ¿No había sido su boda con Marie Léonie una especie de concesión a Christopher? Puestos a decirlo todo, ¿acaso Christopher no había querido que se casase con Marie Léonie porque él quería casarse con Valentine Wannop y no tenía esperanzas de hacerlo? Puestos a decirlo todo... Le había hecho esa concesión a Christopher. Pero ¿debería Christopher haberle exigido —haberle pedido telepáticamente— esa concesión si él no pensaba concederle nada? ¿Debería haberle obligado a aceptar sus cuidados femeninos y despistados cuando, pobre diablo, estaba exhausto por sus obligaciones militares y pretendía convertirse en un maldito vendedor de muebles antiguos y negarse a aceptar Groby? Por su alma que, hasta la mañana del día del armisticio, Mark se había tomado la historia del señor Schatzweiler como una amenaza lúgubre y simpática... Una especie de finta...

En fin, probablemente entrase dentro de las normas del juego: ¡si Christopher pensaba que era lícito, es que lo era!

Pero... fue una impresión terrible... Estaba prácticamente convaleciente, se había levantado de la cama con el batín y le había dicho a lord Wolstonemark que podía apilar todos los papeles que quisiera en su despacho... Y entonces Christopher, sin sombrero, y con un condenado traje civil de tweed de color morado había irrumpido en la habitación con un puñetero mueble viejo debajo del brazo... Una especie de escritorio de juguete. Una maqueta. ¡Para fabricantes de escritorios! Bonita cosa para llevar a la habitación de un convaleciente, a un hombre que está leyendo tranquilamente un formulario TO LOUWR 1962 E 17 del 10 de noviembre de 1918 delante de un buen fuego... Y tenía las aletas de la nariz blancas como la cera..., y el pelo muy canoso... ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y tres? ¡Sabe Dios!

Cuarenta... Quería que le prestara cuarenta libras a cambio de aquel maldito mueble. ¡Para celebrar el día del armisticio e instalarse con su novia! ¡Cuarenta libras! ¡Dios mío! Mark sintió que se le revolvían las tripas de asco... La chica —casi seguro su media hermana— estaba esperando en una casa vacía a que fuese a seducirla. ¡Para celebrar la salvación del mundo después de siete millones de muertos!

Si uno seduce a una chica, no lo hace por cuarenta libras: acepta Groby y tres, siete o diez mil al año. Eso le había dicho a Christopher.

Y entonces se lo había soltado. En plena cara. Christopher no iba a aceptar un penique suyo. Nunca. ¡Jamás...! Sin ningún género de dudas. El hecho le había atravesado a Mark la garganta como un cuchillo el cuello de un ciervo. Le había dolido igual, ¡pero no le había matado! ¡Maldita sea, ojalá lo hubiera hecho! Ojalá lo hubiera hecho... ¿Es que uno le hace eso a su hermano, sólo por haberle llamado..., cuál era la palabra? *Maquereau*...! Probablemente un *maquereau* sea peor que un

chulo... Como dijo el doctor Johnson, es imposible distinguir entre una pulga y un piojo.

¡Christopher estaba enfadado...! Por lo visto, había ido primero a ver a sir John Robertson con aquel chisme. Sir John le había prometido comprárselo por cien libras. Era un bargueño especial comprado por un duque a un fabricante de bargueños de Bath en 1762... ¿No era ése el año de la rebelión americana? Bueno, Christopher lo había comprado en una especie de baratillo por cinco libras y sir John había prometido pagarle cien. Coleccionaba bargueños muy valiosos. Christopher le había soltado que aquél valía mil dólares... ¡Pensando en sus clientes de muebles antiguos!

Cuando Christopher empleó esa palabra —los mechones grises destacaban en su torpe cabeza— Mark notó cómo le empapaba el sudor. Supo que todo había terminado... Christopher siguió hablando, daba la impresión de estar echando chispas, pero su voz era fría. Sir John le había dicho:

«De eso nada, muchacho. Te crees todo un soldado, primero violáis a la mitad de las chicas de Flandes y Ealing y luego queréis que os tengamos por héroes. Menudos héroes. Y ahora os creéis a salvo... Cien libras es un precio para un cristiano que le es fiel a su encantadora esposa. No te daré más de cinco libras por el bargueño y agradece que sean cinco y no una, ¡por nuestra vieja amistad!».

Eso era lo que le había dicho sir John Robertson a Christopher; así era el mundo para los soldados esos días. No era raro que Christopher estuviese enfadado..., incluso con su propio hermano que tenía la ropa interior helada por el sudor. Le había respondido:

—Muchacho. No pienso prestarte un penique a cambio de ese chisme absurdo. Pero te extenderé ahora mismo un cheque por valor de mil libras. Acércame el talonario que hay sobre la mesa...

Marie Léonie había entrado en la habitación al oír la voz de Christopher. Le gustaba enterarse de las noticias por él. Y también que sostuviese discusiones acaloradas con Mark. Había comprobado que le sentaban bien: el primer día que Christopher había ido allí, tres semanas antes, tuvieron una discusión ciertamente muy acalorada y ella había notado que la temperatura de Mark había bajado de treinta y siete con ocho a treinta y seis y medio. En dos horas... Después de todo, cuando alguien de Yorkshire tiene ganas de discutir es que sigue vivo. Así era la gente de allí.

Christopher se había vuelto hacia ella y le había dicho:

—*Ma belle amie m'attend à ma maison; nous voulons célébrer avec mes camarades de régiment. Je n'ai pas un sou. Prêtez moi quarante livres, je vous en prie, madame!* —Luego añadió que le dejaría el bargueño como garantía. Estaba tan rígido como un centinela a las puertas de Buckingham Palace. Ella había mirado perpleja a Mark. Motivos no le faltaban. Él no había dicho nada. De pronto Christopher había exclamado—: *Prêtez les moi, prêtez les moi, pour l'amour de*

Dieu!

Marie Léonie se había puesto un poco pálida, le había dado la vuelta al dobladillo de la falda y había sacado los billetes de la media. Le había dicho:

—*Pour le dieu d'amour, monsieur, je veux bien.*

Nunca se sabe por dónde puede salir una mujer francesa. Eso lo había sacado de una vieja canción.

Pero al recordarlo se le cubría el rostro de sudor, de grandes gotas de sudor.

VII

Marie Léonie, con un fuerte sabor a manzanas en la boca, un fuerte aroma a manzanas en el aire, rodeada de avispas y con una especie de lluvia de plumas cayendo sobre sus pies, fruncía el ceño muy seria junto a las botellas de Borgoña en las que iba metiendo la sidra con un tubo de cristal que ella sujetaba contra el gollete. Tenía el ceño fruncido porque aquélla era una ocupación muy seria y absorbente, porque las avispas la molestaban y porque estaba resistiéndose a un impulso interior: tenía el presentimiento de que algo estaba afligiendo a Mark y sentía la necesidad de correr a su lado.

Le irritaba porque, por lo general, esos presentimientos sólo la acosaban por la noche. Sólo por la noche. Durante el día tenía la sensación en su *intérieur* de que Mark estaba como estaba sólo porque él quería. Su mirada era demasiado viril y dominante para pensar de otro modo..., ¡una mirada líquida y directa! En cambio por la noche..., o poco después de cenar, cuando se retiraba a su alcoba, la visitaban terribles premoniciones de los desastres que acechaban a Mark: se estaba muriendo allí tumbado; le acosaban los espectros del campo e incluso los ladrones que se arrastraban hasta él. Aunque eso carecía de lógica, pues toda la comarca sabía que Mark estaba paralizado y no podía guardar nada de valor en su colchón... Aun así, algún infame desconocido podía verle y pensar que guardaba el reloj de oro debajo de la almohada... Por eso se levantaba tantas veces en plena noche, se asomaba a la ventana baja y escuchaba. Sin embargo, no se oía nada: el viento en las hojas, el grito de las aves acuáticas en el cielo. En el cobertizo brillaba una luz tenue, que se discernía inmóvil entre las ramas de los manzanos.

Ahora, no obstante, a plena luz del día, hacia la hora del té, mientras la doncella desplumaba sentada a su lado en un taburete las gallinas escaldadas que venderían en el mercado al día siguiente, con las cajas de huevos en los estantes y cada huevo sujeto por una malla de alambre al fondo de su caja esperando a que tuviese tiempo de ponerle un sello con la fecha, en aquel cobertizo, a plena luz de un tranquilo día estival, le visitó el presagio de que algo afligía a Mark. Le irritó, pero no era mujer capaz de resistirse.

No obstante, no vio nada que lo corroborase. Desde el rincón de la casa donde se asomó veía bastante bien la figura solitaria de Mark. Gunning sujetaba a un caballo por la brida, mientras el lord le hablaba, y miraba a la vez a Mark por encima del seto. No demostraba ninguna emoción. Un muchacho caminaba por el otro lado, entre el seto y las frambuesas. No era asunto suyo: Gunning no se había quejado. La cabeza y los hombros de una joven —o puede que se tratase de otro joven— se movían detrás del seto casi a la vez que el primero. Eso tampoco era asunto suyo. Probablemente estarían contemplando el nido de algún pájaro. Había oído decir que

en aquel espeso seto había uno. La locura de los ingleses no conoce límites ni en el campo ni en la ciudad: siempre están dispuestos a perder el tiempo con cualquier cosa. Aquel pájaro era un capuchino..., un no sé qué capuchino, y Christopher, Valentine y el párroco estaban emocionadísimos con él. Andaban de puntillas cuando estaban a veinte metros del seto. Gunning estaba autorizado para podarlo, pero al parecer los pájaros lo conocían... Para Marie Léonie todos los pájaros eran *moineaux*, como esos que llaman «gorriones» en Londres, igual que todas las flores eran *giroflées*, o flores de pared... ¡No era de extrañar que aquella nación se estuviese yendo al garete, cuando perdía el tiempo de ese modo en conservar los nidos de los gorriones y en nombrar las innumerables especies de flores de pared! El campo no estaba mal..., le recordaba a las afueras de Caen, pero ¡la gente...! No era raro que Guillermo, de Falaise, Normandía, los conquistara tan fácilmente.

Había perdido cinco minutos, pues había tenido que sacar los tubos de cristal, colgados de una goma, que formaban el sifón del barril a la botella, y les había entrado aire, ahora tendría que volver a ponerlo y aspirar por el tubo hasta que llegase a su boca el primer chorro de sidra. No le gustaba tener que hacerlo, así se malgastaba la sidra y además no le gustaba su sabor por la tarde, después de comer. Además la doncella diría: «¡Ah..., oh, señora, qué raro es eso...!». No había forma de que no lo dijese, aunque por lo demás era *sage et docile*. Incluso Gunning se rascaba la cabeza al ver los tubos.

¿Es que aquellos salvajes no llegarían a comprender nunca que, si se quiere tener *cidre mousseux* —espumosa—, hay que tener el menor sedimento posible? Y que en el fondo de los barriles, aun cuando no los hayan movido en mucho tiempo, siempre hay un poco de sedimento, sobre todo si se hace correr el líquido por un grifo cerca del fondo. Por eso hay que sacar la sidra con un sifón desde lo alto de los grandes barriles para embotellarla *mousseux*, embotellar el resto del barril y meter lo más espeso en barriletes de madera fina con la esperanza de que hiele en invierno... Para fabricar *calvados*, ya que era imposible poseer un alambique por culpa de los impuestos... En aquel triste país no se podían tener alambiques para destilar aguardiente de manzana, de ciruelas u otros *finés*..., ¡por culpa de los impuestos! *Quel pays! Quels gens!*

Carecían de industriosisidad, de frugalidad..., ¡y sobre todo de espíritu! No había más que ver a la pobre Valentine, escondida arriba en su habitación porque habían venido visitas de quienes sospechaba que procedían de la casa del lord inglés... La pobre Valentine debería estar ayudándola a embotellar la sidra y tratando de venderles aquellos tristes muebles viejos a los visitantes mientras su compañero estaba fuera comprando más cachivaches viejos... Estaba muy alterada porque no encontraba unos grabados que representaban —Marie Léonie lo sabía porque lo había oído contar varias veces— a unos vendedores ambulantes en el Londres del siglo

pasado. Sólo había encontrado ocho. ¿Dónde estaban los otros cuatro? La cliente, una aristócrata, estaba deseando verlos. ¡Los quería con urgencia para un regalo de boda! Monsieur su cuñado había encontrado los cuatro que completaban el lote dos días antes en una subasta. Había contado muy satisfecho cómo los había descubierto tirados sobre la hierba... Se suponía que los había llevado a casa, pero no estaban en el almacén de Cramp, el carpintero, y tampoco se los había olvidado en el carro. No estaban en ningún cajón ni aparador... ¿Cómo demostrar que su *beau-frère* los había llevado a casa después de la subasta? Ahora no estaba allí: se había ausentado un día y medio. Muy típico de él eso de marcharse un día y medio cuando más lo necesitaban... ¿Y adónde había ido dejando a su mujer así de nerviosa? ¡Un día y medio! Nunca antes se había ausentado un día y medio... Se estaba cociendo algo, lo notaba en el aire, en los huesos... Era como aquel terrible día del armisticio cuando esta nación miserable traicionó al hermoso *pays de France*...! Cuando monsieur le pidió prestadas cuarenta libras... En nombre del cielo, ¿por qué no tomaba prestadas otras cuarenta, u ochenta, o cien, en lugar de alterarse así y preocupar a Mark y a su desdichada compañera...?

La chica no le caía del todo mal. Era civilizada. Sabía hablar de Filemón y Baucis. Había hecho su *bachot*, era lo que podía llamarse una *fille de famille*... Aunque sin chic... Sin... Sin... En fin, no hacía gala de tanta erudición como para ser una *bas bleu*, ¡aunque era muy erudita!; carecía del suficiente chic para ser una *femme légère*..., una *poule* que querría *faire la noce* con su galán. Monsieur el cuñado no era precisamente alegre. Pero con los hombres nunca se sabe... El corte de una falda; un rizo del cabello... Aunque hoy no había cabellos que rizar..., pero hay equivalentes.

Y era un hecho que una no acaba nunca de conocer a los hombres. Fíjate en el caso de Eleanor Dupont, que vivió diez años con Duchamp de la Sorbonne... Eleanor nunca cuidó mucho su atuendo porque su marido usaba gafas y era un *savant*... Pero ¿qué pasó...? Que llegó una pájara con un sombrero tan grande como una rueda de carro, cubierta de gasa verde y con las mangas por encima de las orejas, tal como se llevaba entonces...

Había sido toda una lección para Marie Léonie, que entonces era sólo una niña. Había decidido que, si conseguía un *collage sérieux* con un monsieur de ochenta años ciego como un topo, estudiaría la moda del momento hasta el último perfume. Esos messieurs no lo saben, pero se mueven entre *femmes du monde* y *cocottes* a la moda y, por mucho que en casa fuese muy hogareña, el corte de sus vestidos, su cabello y su olor personal deberían estar en consonancia con eso. Mark ni siquiera lo sospechaba, estaba segura de que no había visto nunca una revista de modas en su apartamento ni habría imaginado que se hubiera ido a pasear por Hyde Park cuando él estaba fuera... Pero había estudiado todas esas cosas con mucha atención. Y más.

Pues resulta difícil estar a la moda y al mismo tiempo dar la impresión de ser una *petite bourgeoisie* muy seria. Pero lo había hecho: y no había más que ver los resultados...

En cambio esa pobre Valentine... Su compañero estaba muy unido a ella, y bien podía estarlo teniendo en cuenta el lío en que la había metido... Pero siempre se acaba por llegar al *pic des tempêtes*, el cabo de Hornos, y entonces hay que saber rodearlo. ¡Es el día en que tu compañero te mira y dice: «Hum, hum», y se plantea si no valdrá más el collar que el galgo! ¡Ah, entonces...! Hay quien dice que ocurre el séptimo año, otros que el segundo y otros que el undécimo... Pero lo cierto es que puede suceder cualquier día de cualquier año... Y aquella pobre Valentine con cuatro manchas de grasa en una de sus dos únicas faldas. Y además con un corte tan feo, aunque sin duda el material era bueno. ¡Eso había que admitirlo! En este país confeccionaban un tweed admirable, ciertamente mejor que en Roubaix. Pero ¿basta con eso para salvar a un país..., o a una mujer que depende de un hombre que la ha puesto en una mala situación?

Una voz detrás de ella dijo:

—¡Veo que tiene usted muchos huevos! —Una voz rara, con una especie de nerviosismo jadeante. Marie Léonie siguió sujetando el extremo del tubo contra el gollete de la botella de Borgoña, en la que ya había introducido un poco de azúcar tamizado y un pellizquito de unos polvos que le había comprado a un farmacéutico de Ruán. Según tenía entendido, eso servía para darle a la sidra un color más oscuro. No entendía por qué la sidra tenía que ser oscura, pero se consideraba que tenía menos cuerpo si era de color dorado claro. Siguió pensando en Valentine, que debía de estar hecha un manojo de nervios junto la ventana de cristal emplomado que había abierta sobre sus cabezas. Seguro que había dejado a un lado el libro de latín y se había acercado a escuchar a la ventana.

La niña que había junto a Marie Léonie se había levantado del taburete de tres patas con una gallina muerta casi desplumada sujeta del cuello. Dijo con voz áspera:

—Son los huevos premiados de la señora. —Era rubia y sonrosada y llevaba una cofia muy grande sobre el cabello rubio y un vestido de cuadros azules muy fino—. Cuestan media corona cada uno o veinticuatro chelines la docena.

Marie Léonie oyó la voz áspera con cierta satisfacción. Aquella chica, que llevaba con ellos sólo quince días, parecía bastante despierta: vender los huevos no era cosa suya, sino de Gunning, pero se sabía los detalles. Marie Léonie no se dio la vuelta: no era asunto suyo hablar con alguien que quería comprar huevos y los clientes no despertaban su curiosidad. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. La voz dijo:

—Media corona me parece mucho por un huevo. ¿Cuánto es en dólares? Éste parece uno de esos casos de abuso en el precio de los comestibles por parte del productor, de los que tanto se oye hablar.

—En dólares no es nada —respondió la chica—. Medio dólar son dos chelines. Media corona son dos con seis.

La conversación prosiguió, pero acabó por desdibujarse en la imaginación de Marie Léonie. La chica y la voz discutían lo que era un dólar..., o eso le pareció, pues Marie Léonie no estaba familiarizada con el acento de ninguna de las dos. La chica era muy peleona. Llevaba tanto a Gunning como al fabricante de bargueños Cramp a toque de silbato. De hojalata tal vez, como un silbato de un penique. Cuando no estaba trabajando se dedicaba a leer libros con avidez..., libros sobre Blood, si podía conseguirlos. Tenía un exagerado respeto por la familia, pero ninguno por nadie más...

Marie Léonie pensó que, para entonces, ya debía de haber llegado al fondo del barril donde estaba el sedimento. Vertió un poco de sidra en un vaso limpio y tapó el tubo con el pulgar. Calculó que la sidra estaba lo bastante clara como para embotellar otra docena; luego le pediría a Gunning que destapase el siguiente barril. Tenía que vaciar cuatro barriles de doscientos litros, dos ya estaban. Empezaba a cansarse: por muy incansable que fuese, no era infatigable. En todo caso empezaba a sentirse soñolienta. Deseó que Valentine hubiera podido ayudarla. Pero a aquella chica le faltaba nervio y Marie Léonie admitía que era mejor que se quedara descansando y leyendo libros en griego o latín. Y evitara cualquier encuentro que pudiera ponerla nerviosa.

La había arropado debajo de un edredón de plumón en su cama con dosel, porque Ellos querían tener abiertas todas las ventanas y las mujeres deben evitar a toda costa las corrientes de aire... *Elle* había sonreído y le había dicho que una vez había soñado con leer las obras de Esquilo junto al azul Mediterráneo. Le había dado un beso...

La doncella a su lado estaba diciendo que muchas veces había oído decir a su padre, que también había sido vendedor: «¡Que sean dos dólares y medio!». En ese país no tenían dólares, pero sí tenían medios dólares. ¡Y el capitán Kidd, el pirata, también tenía dólares, piezas de a ocho y doblones!

Una avispa molestó a Marie Léonie: zumbó casi junto a su nariz, se alejó, volvió, dio una vuelta muy amplia. Había ya varias avispas peleándose en el vaso de sidra que acababa de dejar; otras daban vueltas alrededor de las gotas de sidra en las tablas de madera donde estaban colocados los barriles. Hundían en ella el abdomen y se estiraban extáticas. Y eso que, dos noches antes, Valentine y ella habían recorrido el huerto con Gunning, una linterna, un trasplantador y una botella de ácido prúsico y se habían dedicado a tapar todos los agujeros a lo largo del sendero y los bancales. Le había gustado la experiencia: la oscuridad, el anillo de luz de la linterna sobre la hierba, la sensación de estar fuera, cerca de Mark, y de que Gunning y su linterna espantaban a los visitantes espirituales... Lo que sufría dividida entre el deseo de visitar a su marido en plena noche y la posibilidad de toparse con *revenants*... ¿Era

razonable...? ¡Cuánto tienen que sufrir las mujeres por los hombres! Incluso cuando les eran fieles...

¡Cuánto habría sufrido la desdichada de *Elle*...!

Incluso en lo que podía llamarse su *nuît de nocés*... En la época le había parecido incomprensible. No conocía los detalles. Le había parecido increíble, posiblemente incluso trágico por lo mal que se lo había tomado Mark. La verdad es que pensó que se había vuelto loco. A las dos de la mañana, junto a la cama de Mark, los dos hermanos habían cruzado palabras de una considerable violencia mientras la chica, muy decidida, temblaba a su lado. La chica estaba decidida a no volver con su madre. A las dos de la mañana... ¡En fin, cuando una se niega a volver con su madre a las dos de la mañana es que ha quemado las naves!

Recordó los detalles de aquella noche, entre el zumbido de las avispas y la conversación de la mujer invisible, en el cobertizo donde el agua corría hasta el bebedero. Había metido las botellas en el bebedero porque es bueno enfriar la sidra antes de que empiece el proceso de fermentación en la botella. Las botellas con sus cuellos relucientes de cristal verde ofrecían un espectáculo muy placentero. La mujer que tenía a su espalda estaba hablando de Oklahoma... El vaquero de nariz grande que había visto en aquella película en el cine de Piccadilly también era de Oklahoma. Sin duda debía de ser algún lugar de América. Ella tenía la costumbre de ir al cine de Piccadilly los viernes. Una no va al teatro los viernes si es *bien pensant*, pero el cine respecto al teatro era lo que un *repas maigre* respecto a una comida con carne... La dama que hablaba a su espalda al parecer era de Oklahoma, había comido urogallos de niña. En una granja. Sin embargo, ahora era muy rica. O eso le dijo a la doncella. Su marido podría comprar la mitad de las propiedades de lord Fittleworth y no echaría a faltar el dinero. Dijo que ojalá la gente de aquí tomara ejemplo...

Aquella noche habían aporreado la puerta. El timbre no la había despertado con todo el bullicio que había habido en la calle ese día... Se había plantado de un salto en mitad de la habitación y había corrido a salvar a Mark..., de un ataque aéreo. Había olvidado lo del armisticio... Entretanto habían seguido aporreando la puerta.

Allí estaban monsieur el cuñado y aquella chica vestida con una especie de uniforme azul marino de joven exploradora. Los dos estaban blancos como la cera y muy cansados. Como si se apoyasen el uno en el otro... Ella les había pedido que se fuesen, pero Mark había salido en camión de la alcoba con las piernas desnudas. ¡Y peludas! Les había pedido con aspereza que entrasen y había vuelto a meterse en la cama... ¡Había sido la última vez que le habían sostenido las piernas! Ahora, de tanto estar en cama, sus piernas ya no estaban peludas sino pulidas. ¡Como si fuesen huesos finos y cristalizados!

Recordaba su último ademán. Había empleado un gesto de rabia... Y sin duda estaba rabioso. Con Christopher. Y empapado de sudor. Dos veces se había enjugado

la cara mientras se gritaban.

Le había costado entender lo que decían porque habían utilizado una especie de *patois*. Como es natural, cuando aquella gente tan imperturbable se excitaba, volvía a la lengua que había hablado en su infancia. Se parecía al *patois* de los bretones. Áspero...

En cuanto a ella, le había preocupado mucho la chica. Lógicamente se había preocupado por ella. Al fin y al cabo era una mujer... Al principio la había tomado por una pelandusca de la calle... Pero incluso una pelandusca de la calle... Luego había reparado en que no usaba carmín ni llevaba un collar de perlas falsas...

Por supuesto, en cuanto comprendió que Mark les estaba ofreciendo dinero, cambió de forma de pensar. En dos sentidos. No podía ser una pelandusca. Y se le encogía el corazón al pensar que les estaba dando dinero. Podían arruinarse. Tal vez fuesen ellos, y no los sobrinos de París, quienes saquearan su cadáver. Sin embargo, el cuñado se negó a aceptar su dinero con determinación. Si ella —*Elle*— quería irse con él tendría que compartir su suerte... ¡Qué país! ¡Qué gente!

Luego parecían no haberse puesto de acuerdo... Por lo visto Mark había insistido en que la chica se quedara allí con su amante; el amante por el contrario insistía en que se volviera a casa con su madre. La chica no hacía más que decir que no dejaría a Christopher bajo ningún concepto. No podía dejarle. Si lo dejara se moriría... Y de hecho el cuñado parecía bastante enfermo. Jadeaba incluso más que Mark.

Por fin ella se había llevado a la chica a su habitación. Una niña rubia y angustiada. Se había sentido tentada de abrazarla, pero se había contenido. Por lo del dinero... Y la verdad es que podía haberlo hecho. Era imposible convencer a aquella gente de que aceptasen un penique. Ahora daría cualquier cosa por poder prestarle veinte libras para que se comprase un vestido y ropa interior.

La chica se había quedado allí sin decir palabra. Le habían parecido horas. Luego algún borracho había empezado a tocar el bugle en las escaleras de la iglesia que había enfrente. Toques largos... Tii... Tiii... TIIII... Ta-riii... Tu-rii... Sin parar...

La chica se había puesto a llorar. Había dicho que era horrible. Pero no se podían poner objeciones. Estaba tocando el toque de retreta. Por los muertos. Nadie podía negarse a que tocaran el toque de retreta por los muertos esa noche. Aunque lo tocase un borracho y te sacara de quicio. Todo homenaje a los muertos era poco.

Sin algunas concesiones a Marie Léonie le habría parecido un sentimentalismo exagerado. Las notas de un bugle inglés poco podían hacer por los muertos franceses y las bajas inglesas eran tan ridículas en número que apenas valía la pena estar *émotionnée* cuando un borracho tocaba su toque fúnebre. Los periódicos franceses calculaban que las bajas inglesas ascendían a unos pocos cientos, ¿qué era eso comparado con los millones de muertos de su propio pueblo...? Sin embargo, supuso que la chica había tenido un terrible enfrentamiento con la esposa y pensó que, como

era demasiado orgullosa para expresar cualquier emoción respecto a sus vicisitudes personales, se desahogaba con lo de aquel bugle... En fin, la verdad es que era muy triste. Lo había comprendido cuando Christopher se asomó por la puerta entreabierta y le susurró que iba a pedirle a aquel hombre que dejase de tocar porque a Mark le resultaba insoportable.

La chica debía de estar ensimismada porque no le había oído. Marie Léonie había ido a ver a Mark y había dejado a la chica sentada en la cama. Mark estaba muy quieto. El bugle dejó de sonar. Para alegrarle, había hecho algunas observaciones sobre lo poco apropiado que resultaba aquel toque fúnebre a las tres de la mañana, tratándose de un número casi despreciable de bajas. Si hubiese sido por los muertos franceses..., o si no hubiesen traicionado a su país. Conceder un armisticio a aquellos asesinos cuando estaban lejos de sus fronteras había sido traicionar a su país. Sólo eso ya era una traición por parte de aquellos falsos aliados. Tendrían que haber cargado contra aquellos monstruos, haberlos aniquilado a miles cuando estaban indefensos y luego haber arrasado su país a sangre y fuego. Que supieran lo que era sufrir como había sufrido Francia. No haberlo hecho era una traición y los niños aún no nacidos sufrirían las consecuencias.

Y todavía faltaba por saber, una vez consumada la traición, cuáles serían los términos de la misma. Tal vez ni siquiera se plantearan llegar a Berlín... ¿De qué servía seguir viviendo?

Mark había gemido. La verdad es que era un buen francés. Ella se había ocupado de eso. La chica había entrado en la habitación. No soportaba estar sola... ¡Qué noche de avances y retiradas! Había empezado a discutir con Mark. ¿Es que no había habido ya —le preguntó— bastante sufrimiento? Él admitió que sí. Pero debía haber más... Aunque fuese por hacerles justicia a esos pobres y condenados alemanes... Los había llamado pobres y condenados alemanes. Afirmó que lo peor que se podía hacer con un enemigo era no hacerle comprender que determinadas acciones tienen consecuencias inevitables. Entrometerse para darle a entender que puede hacer lo que le venga en gana sin tener que padecer las consecuencias era cometer un pecado contra Dios. Si los alemanes no comprendían que la paciencia de Europa y el mundo tenía sus límites, ¿qué impediría que volviese a suceder lo ocurrido el 4 de agosto de 1914, cerca de un lugar llamado Gemmenich, a las seis de la mañana? ^[221] Nada podría impedirlo. Cualquier otro estado, grande o pequeño, podría...

La chica le había interrumpido para decir que el mundo había cambiado y Mark se había apoyado casi sin fuerza en las almohadas y había dicho con una siniestra aspereza:

—Eso decís... Pues tendréis que regir vosotros el mundo... Yo no quiero saber nada... —Daba la impresión de estar exhausto.

Fue raro el modo en que aquellos dos discutieron «la situación» a las tres y media

de la mañana. En fin, daba la impresión de que esa noche nadie quería dormir. Incluso en la calle la turba seguía gritando y cantando serenatas. Nunca había oído discutir a Mark... y nunca volvería a oírlo. Parecía tratar a aquella chica con una especie de indulgencia distante, como si la apreciara pero la considerase un poco marisabidilla, demasiado joven y totalmente carente de experiencia. Marie Léonie los había observado y escuchado con mucha atención. Después de veinte años, en aquellas tres semanas, había visto por primera vez a su compañero en contacto con los suyos. Y verlo le había resultado fascinante.

No obstante, comprendió que su compañero estaba exhausto en su interior y que obviamente la chica había soportado mucho más de lo soportable. Mientras hablaba, daba la impresión de estar escuchando voces a lo lejos... Continuó dándole vueltas a la idea de que la venganza era ajena al modo de pensar moderno. Mark siguió obcecado en que ocupar Berlín no era una venganza, y en que no ocuparlo era cometer un pecado intelectual. La consecuencia de una invasión es la contrainvasión y la ocupación simbólica, igual que la consecuencia del orgullo excesivo es la humillación. No sabía cómo sería para el resto del mundo. Para su país era una cuestión de pura lógica..., la lógica por la que él se había regido. Apartarse de la lógica era apartarse de la claridad intelectual: un acto de cobardía mental. Mostrarle al mundo un Berlín ocupado, con armas y bagajes y banderas en los lugares públicos, era probar que Inglaterra respetaba la lógica. No hacerlo era probar que era intelectualmente cobarde. No nos atrevíamos a hacer sufrir a las naciones enemigas porque nos daba miedo verlo.

Valentine había dicho:

—¡Ha habido demasiado sufrimiento!

Él había respondido:

—Sí, ya sé que el sufrimiento te asusta... Pero Inglaterra es necesaria para el mundo... Para mi mundo... En fin, construid vuestro mundo y dejad que se haga pedazos. Yo he terminado con él. Pero dime..., ¿sabrás aceptar esa responsabilidad? Un mundo en el que Inglaterra ofrezca el espectáculo de su cobardía moral será un mundo inferior... Si uno reduce el récord del kilómetro, también reduce la calidad de los caballos. Trata de pensarlo. Si Persimmon no hubiese hecho lo que hizo en el Grand Prix de Francia, los entrenadores de Maisons Laffite serían menos eficaces, igual que los jinetes, y los caballerizos, y los periodistas deportivos... El mundo se nutre del ejemplo de una nación firme...

De pronto, Valentine dijo con tanta preocupación que fue como un golpe:

—¿Dónde está Christopher? —Christopher había salido. Ella exclamó—: ¡Pero..., no deben dejarle salir...! ¡No está en condiciones de irse solo...! ¡Ha salido para volver a...!

Mark replicó:

—No vayas. —Pues ella había ido hacia la puerta—. Ha salido a pedir que dejen de tocar el toque de retreta. Pero tú puedes tocarlo para mí. Tal vez haya vuelto a la plaza. Quizá sea buena idea que vaya a ver qué ha sido de su mujer. Aunque yo no lo haría.

Valentine había respondido con una extraordinaria amargura:

—No lo hará. No lo hará. —Y se había ido.

A Marie Léonie se le había ocurrido, en parte entonces y en parte después, que la mujer de Christopher se había presentado en la casa vacía de Christopher, que estaba en la plaza a pocos metros de allí. Habían vuelto tarde por la noche, probablemente con pretensiones amorosas y la habían encontrado allí. Había ido a comunicarles que iban a operarla de cáncer, de modo que, dadas sus sensibilidades, difícilmente podían haber considerado la idea de acostarse juntos en ese momento.

Había sido una buena mentira. Era innegable que esa señora Tietjens era una *maîtresse femme*. Tanto por sus inclinaciones como por lo que le había dicho su marido, ella estaba de parte de los otros dos, pero había que reconocer que madame Tietjens era ciertamente ingeniosa. Se las había arreglado para molestar y desacreditar a la pareja en todo lo posible, y eso que eran la pareja más inofensiva del mundo.

Desde luego, no habían disfrutado de una celebración muy agradable del día del armisticio. Al parecer, uno de los oficiales a los que habían invitado a cenar se había vuelto loco; la mujer de otro de los camaradas de regimiento de Christopher había sido grosera con Valentine; el coronel del regimiento había aprovechado la ocasión para morirse con mucho dramatismo. Como es natural, los demás oficiales habían huido y había dejado a Christopher y a Valentine con el loco y el coronel agonizante en sus manos.

Un agradable *voyage de nocces*... Al parecer habían parado un coche y se habían ido con el loco y el otro hasta Balliam, un lúgubre barrio de las afueras, con otros dieciséis celebrantes colgados del coche y dos más a lomos del caballo, al menos hasta estar a varios kilómetros de Trafalgar Square, por supuesto no estaban interesados en quién fuese dentro del coche, sólo estaban alegres porque no iba a haber más sufrimiento. Valentine y Christopher se habían librado del loco en algún lugar de Chelsea en un hospital para afectados por fatiga de combate. Allí seguía desde entonces. Sin embargo, los médicos no quisieron aceptar al coronel por lo que siguieron hasta Balliam, mientras el coronel hacía discursos agónicos sobre la guerra, sus logros, el dinero que le debía a Christopher... Por lo visto había sido muy duro para Valentine. El hombre había muerto en el coche.

Habían tenido que volver al centro a pie porque el cochero se cogió tal disgusto con aquella muerte que no podía conducir. Además, el caballo estaba agotado. Hasta las doce de medianoche no llegaron a Trafalgar Square. Habían tenido que abrirse

paso entre la multitud casi todo el camino. Por lo visto estaban contentos de haber cumplido con su deber..., o de su benevolencia. Subieron a lo alto de las escaleras de la iglesia de St. Martin, desde donde se domina toda la plaza que estaba iluminada, abarrotada de gente y muy ruidosa: había hogueras hechas con las tablas del pavimento y ómnibus, la columna de Nelson se alzaba a lo alto, las fuentes estaban llenas de borrachos y había oradores y bandas de música... Se quedaron en lo alto de la escalera, tomaron aliento y se abrazaron... Por primera vez, aunque por lo visto llevaban enamorados desde hacía un lustro o más... ¡Qué gente!

Luego, en lo alto de las escaleras de la casa de Gray's Inn, habían visto a Sylvia ¡toda vestida de blanco...!

Al parecer, se había enterado de que Christopher y la chica se habían visto..., por una mujer a quien no le gustaba Christopher porque le debía dinero. Una tal lady Macmaster. Daba la impresión de que no hubiese nadie en el mundo que no odiara a Christopher porque le debiese dinero. El coronel, el loco y el marido de la mujer que había sido grosera con Valentine..., ¡todos, todos! Hasta el señor Schatzweiler que sólo le había pagado a Christopher un cheque de unos pocos dólares como comisión de una enorme suma y luego había padecido un colapso nervioso por lo mucho que había sufrido como prisionero de guerra.

Qué clase de hombre era aquel Christopher para tener en sus manos el destino de una mujer... ¡De cualquier mujer!

Ésas fueron prácticamente las últimas palabras que le había dicho su Mark. Le estaba sujetando mientras se bebía una *tisane* que le había preparado para que pudiera dormir bien y él le había dicho con mucha gravedad:

—No es necesario que te pida que seas amable con mademoiselle Wannop. Christopher es incapaz de cuidarla...

Fueron sus últimas palabras, pues justo después sonó el teléfono. La fiebre parecía haberle subido y, mientras la miraba con ojos saltones, con el termómetro que le había metido en la boca asomando entre sus labios oscuros, ella lamentaba haber permitido que su familia lo atormentara de aquel modo, y se oyó el seco timbrado del teléfono en el salón. Poco después, el fuerte acento alemán de lord Wolstonemark zumbaba en su oído con el mismo tono desagradable de siempre. Le había dicho que el gobierno seguía reunido y que necesitaban saber de inmediato el código que empleaba Mark en sus comunicaciones con varios puertos. Por lo visto, su segundo al mando había desaparecido entre las celebraciones del día. Mark había dicho con lúgubre ironía desde el dormitorio que si querían impedir la partida de su transporte no necesitaban ningún código. Si querían hacer economías para las próximas elecciones más les valía anunciarlo a los cuatro vientos. Además, no creía que pudieran llegar a Alemania con los medios que tenían. Muchos se habían estropeado en los últimos tiempos.

El ministro había respondido con una especie de torpe alegría que no iban a invadir Alemania, y ése había sido el peor momento de la vida de Marie Léonie, aunque con mucha disciplina se había limitado a repetirle las palabras a Mark. Él había dicho algo que ella no había entendido y no había querido repetirlo. Ella se lo explicó a lord Wolstonemark y una voz risueña replicó que ya suponía que la noticia no le habría sentado muy bien al viejo. Pero había que saber adaptarse: los tiempos cambian.

Ella se había apartado del aparato para mirar a Mark. Le habló; volvió a hablarle. Una y otra vez..., con breves palabras de pánico. Su rostro estaba congestionado y tenía un tono purpúreo, tenía la mirada fija. Ella lo levantó y su cuerpo se desplomó inerte.

Recordaba haberse puesto al teléfono y haberle hablado en francés al hombre que esperaba al otro extremo de la línea. Le había dicho que era un alemán y un traidor y que su marido no volvería a dirigirles la palabra ni a él ni a sus amigos. El hombre había dicho: «¿Cómo...? ¿Qué dice...? ¿Cómo se...! ¿Quién es usted?».

Ella había respondido mientras unas sombras terribles recorrían su imaginación:

—Soy la señora de Mark Tietjens. Ha asesinado usted a mi marido. ¡Cuelgue el teléfono, asesino!

Había sido la primera vez que se había hecho llamar así; y también la primera que había hablado en francés con aquel ministro. Pero Mark había roto con el ministro, con el gobierno, con la nación... Y con el mundo.

En cuanto logró que colgase aquel hombre, telefoneó a Christopher. Había ido enseguida con Valentine. Desde luego la joven pareja no había disfrutado de una gran *nuît de nocés*.

Segunda parte

I

Sylvia Tietjens, empleando tan sólo la persuasión de su rodilla izquierda, acercó el alazán a la yegua del reluciente general. Dijo:

—Si me divorciara de Christopher, ¿te casarías conmigo?

Él exclamó con la vehemencia de una gallina asustada:

—¡Dios mío, no!

Brillaba por doquier, salvo en aquellas partes de su traje de tweed gris que, si hubiesen brillado, habrían dado a entender que lo había usado más de una vez. Sin embargo, su fino bigote blanco, sus mejillas, el tabique —pero no la punta— de su nariz, las riendas, la corbata de los Guards, las botas, la martingala, el bridón, el bocado, las patas, las pezuñas..., todo daba la impresión de haber sido cepillado interminablemente... Por él mismo, por su ayudante, por los caballerizos de lord Fittleworth, por los mozos de cuadra... Interminables cepillados y supervisiones. Sólo con mirarlo uno se daba cuenta de que tenía que ser alguien como lord Edward Champion, teniente general retirado, KCMG (militar), MPVC, MC, DSO... El caso es que exclamó «¡Dios mío, no!», y con un leve toque a la rienda del bocado obligó a su yegua a apartarse del alazán de Sylvia Tietjens. Molesto por el movimiento de su compañero, el nervioso alazán de la frente blanca le mostró los dientes a la yegua, trotó un poco y soltó un poco de espuma por la boca. Sylvia se movió adelante y atrás en la silla y miró sonriente hacia el jardín de su marido.

—No pensarás —dijo— que vas a quitarme una idea de la cabeza poniendo nerviosos a los caballos...

—Uno —respondió el general entre varios «vamos, vamos» dedicados a su yegua — no se casa con su...

La yegua retrocedió uno o dos pasos hacia el bancal y luego dio un paso adelante.

—¿Su qué? —preguntó con mucha amabilidad Sylvia—. No irás a llamarme tu amante despechada. Sin duda es lo que haría la mayoría de los hombres. Pero ni siquiera he sido nunca tu amante... ¡Tengo que pensar en Michael!

—¡Ojalá —replicó con inquina el general— te aclarases sobre cómo se llama el chico..., Michael o Mark! —Añadió—: Iba a decir, con la mujer de su ahijado... Uno

no se casa con la mujer de su ahijado.

Sylvia se inclinó para acariciar el cuello del alazán.

—Uno —dijo— no se casa con la mujer de otro... Pero si crees que voy a ser la segunda señora de Tietjens después de esa... viuda de un peluquero francés...

—Preferirías —respondió el general— ir a la India...

Por su imaginación hostil cruzaron imágenes de la India. Miraron desde sus caballos las posesiones de Tietjens en West Sussex, por encima de una casa con un tejado de teja muy inclinado y ventanas pequeñas, construida con la piedra grisácea del país. Sin embargo, Campion vio nombres como Akhbar Khan, Alejandro de Macedonia, el hijo de Felipe, Delhi, la masacre de Cawnpore... Su imaginación, acostumbrada desde la infancia a la contemplación de la mayor joya de la corona, vertió todos aquellos nombres románticos. Era miembro del Parlamento por la circunscripción de Cleveland oeste y una espina en el costado del gobierno. Tenían que darle la India. Sabían que, de lo contrario, podía hacer públicas ciertas revelaciones sobre los últimos días de la guerra... Lógicamente, no lo haría. No se debe chantajear ni siquiera a un gobierno.

Aun así, y a todos los efectos, él era la India.

Sylvia también era consciente de que, a todos los efectos, él era la India. Vio recepciones en edificios gubernamentales, en las que, tocada con una diadema, ella también sería la INDIA... Como alguien dijo en Shakespeare:

¡Muero, Egipto, muero! Tan sólo
importunaré a la muerte un instante hasta
que, de tantos besos como te he dado,
se pose el postrero en tus labios... [\[222\]](#)

Imaginó que sería agradable, suponiendo que traicionara a aquella India de opereta, tener un amante exclamando a sus pies: «¡Muero, India, muero...». Y ella con su diadema, muy alta. Probablemente vestida de blanco. ¡Probablemente de satén!

El general dijo:

—Sabes que no puedes divorciarte de mi ahijado. Eres católica romana.

Ella replicó sin dejar de sonreír:

—¿Ah, no...? Sin embargo, sería una gran ventaja para Michael que su padrastro fuese el mariscal de campo...

El general exclamó con una irritación impotente:

—¡Ojalá te decidieras sobre si el chico se llama Michael o Mark!

Ella respondió:

—Él se hace llamar Mark... Pero yo le llamo Michael porque detesto ese

nombre...

Miró a Campion con auténtico odio. Dijo que, llegado el momento, su venganza sería ejemplar. Michael era un nombre Satterthwaite, Mark, el nombre de un primogénito de los Tietjens. El chico había sido bautizado y registrado como Michael Tietjens. Al ingresar en la Iglesia católica lo habían bautizado Michael Mark. Luego Sylvia había sufrido la única verdadera humillación de su vida. Después de su bautismo papista, el chico había insistido en que le llamasen Mark. Le había preguntado si era eso lo que quería de verdad. Tras una larga pausa —una de esas pausas largas y terribles que hacen los niños antes de emitir un veredicto— había dicho que quería que, en adelante, le llamasen Mark... Como el hermano de su padre o el padre de su padre, de su bisabuelo, tatarabuelo... Como aquel apóstol irascible del león y la espada... Los Satterthwaite, la familia de su madre, podían irse por la borda.

Sylvia odiaba el nombre de Mark. Si había un hombre en el mundo a quien odiaba por ser inmune a sus encantos, ése era Mark Tietjens, que yacía en aquel cobertizo de paja que tenía delante... Su hijo, no obstante, quería, con crueldad infantil, llamarse Mark Tietjens...

El general gruñó:

—Es imposible seguirte... Dices que te humillaría ser la señora Tietjens después de esa francesa... Pero siempre has dicho que es sólo la concubina de sir Mark... Primero dices una cosa y luego la contraria... ¿Qué es lo que tengo que creer? —Sylvia lo miró con luminosa condescendencia. Él siguió refunfuñando—: Primero una cosa y luego otra... Dices que no puedes divorciarte de mi ahijado porque eres católica romana. Sin embargo, inicias los trámites del divorcio y arrastras a ese pobre hombre por el fango. Luego recuerdas tus creencias y no sigues adelante... ¿A qué estás jugando? —Sylvia siguió mirándole con ironía y buen humor desde el otro lado del cuello del caballo. Él dijo—: Eres insondable... Hace poco, durante meses, te estabas muriendo de cáncer...

Ella comentó de muy buen humor:

—No quería que esa chica se convirtiera en la amante de Christopher... Comprenderás que ningún hombre podría... Quiero decir que con su mujer en ese estado... Pero, claro, cuando ella insistió... En fin, no iba a pasarme en cama el resto de mi vida... —Se burló muy alegre de su acompañante—: No creo que conozcas lo más mínimo a las mujeres —dijo—. ¿Por qué ibas a hacerlo? Como es natural, Mark Tietjens se casó con su concubina. Los hombres siempre lo hacen como muestra de arrepentimiento en el lecho de muerte. Tú acabarás casándote con la señora Partridge si finalmente decido no ir a la India. Crees que no, pero lo harás... En cuanto a mí, sería mucho mejor para Michael que su madre fuese lady Edward Campion, ¡de la India!, y no sólo lady Tietjens, la segunda de Groby por detrás de una viuda que fue

una aventurilla al otro lado del Canal... —Se rió y añadió—: En cualquier caso, las hermanas del Santo Niño dijeron que nunca habían visto tantos lirios, símbolos de pureza, como en los tés que ofrecí cuando me estaba muriendo... Reconocerás que jamás me habías visto tan arrebatadora como cuando estaba entre los lirios y las tazas de té con el gran crucifijo sobre mi cabeza... ¡Te conmoviste como nunca! El día que el detective nos confirmó que estaba viviendo con aquella chica, juraste cortarle tú mismo el cuello a Christopher...

El general exclamó:

—Y respecto a Dower House en Groby... Es realmente irritante... Cuando le alquilaste Groby a aquella maldita chiflada americana, me dijiste que podría quedarme con Dower House y guardar mis caballos en los establos. Y ahora resulta que no puedo... Al parecer...

—Al parecer —dijo Sylvia— Mark Tietjens pretende dejarle Dower House a su concubina francesa... De todos modos, puedes permitirte pagar una casa propia. ¡Eres lo bastante rico!

El general gimió:

—¡Lo bastante rico! ¡Dios mío!

Ella respondió:

—Todavía tienes tu pensión de hijo menor. Aún cobras la paga de mariscal de campo. Tienes los intereses de la donación que te hizo el país al acabar la guerra. Ganas cuatrocientas libras al año como miembro del Parlamento. Os he mantenido a ti y a tu ayudante, tus caballos y caballerizos en Groby durante años y años...

Una inmensa frustración cubrió el rostro de su compañero. Dijo:

—Sylvia... Ten en cuenta los gastos de mi circunscripción... ¡Cualquiera diría que me odias!

Los ojos de ella siguieron devorando el huerto y el jardín que se extendían a sus pies. Un surco de tierra recién removida se alejaba casi verticalmente desde los cascotes de sus caballos hasta la casa que había abajo. Dijo:

—Supongo que de aquí es de donde sacan el suministro de agua. De aquel manantial de allí. ¡Cramp, el carpintero, dice que tienen muchos problemas con las tuberías!

El general exclamó:

—¡Oh, Sylvia! ¡Le contaste a la señora de Bray Pape que no tenían agua corriente y que no podían ni tomar un baño!

Sylvia repuso:

—De lo contrario nunca se habría atrevido a talar el gran árbol de Groby... ¿No ves que para la señora de Bray Pape cualquiera que no se bañe es casi como un proscrito? De este modo, aunque no es precisamente valiente, se arriesgará a talar esos árboles viejos... —Añadió—: Sí, odio los usureros, y tú eres lo más parecido a

un usurero que he conocido... —Y prosiguió—: Pero te aconsejo que te calmes. Si dejas que te cases conmigo dispondrás de los ingresos de los Satterthwaite. Por no hablar de los ingresos de Groby hasta que Michael sea mayor de edad y los, ¿cuánto es?, diez mil al año que cobrarás de la India. ¡Si con todo eso no puedes ahorrar lo suficiente para hacerte una casa a mi costa en Groby es que no eres ni la mitad de usurero de lo que yo pensaba!

Varios caballos llegaron con lord Fittleworth y Gunning por el sendero, que discurría junto al jardín y desembocaba en la carretera que bordeaba la parte más alta de la casa. Gunning iba sentado en uno de los caballos sin meter los pies en los estribos y sujetaba las bridas de otros dos por encima del codo. Eran los caballos de la señora de Bray Pape, la señora Lowther y Mark Tietjens. El jardín con sus membrilleros, la vieja casa con el enorme tejado de madera igual que los que se ven en algunos países donde abunda la madera, la techumbre del cobertizo de Mark Tietjens y los famosos cuatro condados se extendían desde el otro lado del seto hasta el infinito. Un aeroplano descendía zumbando hacia ellos, a varios kilómetros de allí. Desde la carretera ascendía una pendiente cubierta de helechos hasta un grupo de hayas enormes que crecían a lo largo de un alambre de espino. Era la cima del prado Cooper. En el silencio, los cascos de todos aquellos caballos resonaban como un destacamento de caballería que se acercase sin demasiado entusiasmo. Gunning detuvo a los caballos a cierta distancia: el animal que montaba Sylvia era demasiado nervioso para acercársele.

Lord Fittleworth cabalgó hasta el general y le espetó:

—Maldita sea, Campion, Helen Lowther no debería estar aquí. ¡La condesa me volverá loco las próximas dos semanas! —Luego le gritó a Gunning—: Y tú, viejo tunante, maldito seas, ¿dónde está esa cerca que me ha dicho Speeding que andas toqueteando? —Por fin, añadió dirigiéndose al general—: Ese viejo tunante pasó treinta años a mi servicio, pero se pasa la vida alterando las cercas de las puñeteras tierras de su ahijado. Desde luego, su obligación es velar por los intereses de su patrón, pero tendremos que llegar a algún acuerdo. No podemos seguir así —Por último le dijo a Sylvia—: Éste no es sitio para Helen, ¿no crees? Gente que vive con toda clase de... Si lo que cuentas es cierto... —El conde de Fittleworth siempre daba la impresión de vestir una levita escarlata, una bufanda blanca con un alfiler de caza, pantalones bombachos de gamuza, un pesado monóculo y un sombrero de seda unido a su persona por un cordón de seda. En realidad, vestía un sombrero cuadrado de fieltro, un traje de tweed y no usaba monóculo. Sin embargo cerraba un ojo para mirar a sus lúcidos pupilos: subido en aquel caballo, con su rostro atezado y contraído, las patillas grises y el hispido bigote grisáceo tenía el aire de un mono disgustado, pero muy habilidoso. Cuando pensó que Gunning no podía oírle, prosiguió—: Sé que no debería poner en evidencia a los señores delante de los

criados... Pero éste no es lugar para la sobrina del presidente de un negocio en el que Cammie ha invertido casi todo su dinero. ¡En cualquier caso me echará un buen rapapolvo! —Antes de casarse con el conde, lady Fittleworth había sido la señorita Camden Grimm—. Si lo que dices es cierto, es una auténtica aga... agapemone. Qué raro que el viejo Mark haya hecho algo así a su edad.

El general le dijo a Fittleworth:

—Sylvia dice que soy un usurero... ¿No habrás tenido quejas, digamos, de tus guardas de que doy pocas propinas? ¡Ésa es la firma del verdadero usurero!

Fittleworth le dijo a Sylvia:

—No te importará que hable así de la propiedad de tu marido, ¿verdad? —Añadió que, en los viejos tiempos, nadie habría hablado así de un marido delante de una dama. ¡O tal vez sí! Su abuelo mantenía a una...

Sylvia era de la opinión de que Helen Lowther podía cuidar de sí misma. Se decía que su marido no le prestaba la atención que una mujer tiene derecho a esperar de un marido. Así que si Christopher...

Le echó una mirada inquisitiva a Fittleworth. Aquel aristócrata se estaba poniendo ligeramente purpúreo debajo de la piel morena. Miró en dirección al paisaje y tragó saliva. Ella sintió que el momento de tomar una decisión había llegado. Los tiempos cambian, el mundo había cambiado. Ella había tenido una charla larga e ingeniosa con Fittleworth la noche anterior en una larga terraza. Había estado más ingeniosa incluso de lo normal, pero era perfectamente consciente de que después Fittleworth había tenido una larga conversación de matrimonio con su Cammie. Incluso en las grandes casas se cierne cierta sensación de suspense cuando el señor habla con la señora. El señor y la señora —normalmente por indicación del primero— se retiran y los invitados, siempre en pequeños grupos, se demoran, dudan sobre el momento indicado para marcharse, e incluso contienen los bostezos. Por fin, el mayordomo se acerca al invitado de mayor confianza y le anuncia que la condesa no volverá a bajar.

Esa noche Sylvia había disparado su rayo. En la terraza le había pintado al conde un cuadro del *ménage* cuyo jardín contemplaba ahora. Aquel pequeño dominio se extendía a sus pies como si fuese una diosa capaz de controlar sus destinos. Pero no estaba tan segura. El púrpura oscuro de la piel de Fittleworth no tenía visos de disminuir. Seguía mirando su territorio, como si estuviera leyendo un libro..., un grupo de árboles desaparecido aquí, el tejado rojo de una casa surgido entre los árboles de allí, una estufa de lúpulo con su característica forma de campana desaparecida de un cerro. Se estaba preparando para decir algo. Ella le había pedido la noche anterior que echara a aquella familia de sus tierras.

Como es lógico, no había utilizado esas palabras concretas, pero le había pintado un retrato de Christopher y Mark que, si el aristócrata la había creído, casi obligaba a

aquel noble a hacer todo lo que estuviese en su mano para librar a la comarca de semejante plaga... La cuestión era si Fittleworth escogería creerla por ser una mujer hermosa con una voz conmovedora. Era terriblemente hogareño y estaba unido a su mujer americana de un modo que sólo pueden estarlo los hombres morenos y malvados de edad avanzada que descienden de familias muy malvadas, altivas e influyentes. Es como si hubiesen atendido a los caprichos de tantas cantantes de ópera y actrices famosas que, de viejos, cuando contraen matrimonio con mujeres caprichosas o influyentes, le cogieran el gusto a afectar rígida, pero minuciosamente, todo género de atenciones por sus compañeras. Es algo innato.

De modo que el destino de aquel jardín y aquel tejado tan empinado estaba, de hecho, en las manos de Cammie Fittleworth, suponiendo que los señores siguieran teniendo influencia sobre los destinos de sus vecinos. Y era de presumir que la tenían.

Y los hombres son criaturas peculiares. Fittleworth era muy quisquilloso. Así había sido la noche anterior. No obstante, había dudado de muchas de sus acusaciones. No hay que olvidar que Mark Tietjens era un viejo conocido suyo..., no tan íntimo como lo hubiera sido si el conde hubiese tenido hijos, pues Mark prefería las casas de gente casada y con hijos. Pero el conde conocía muy bien a Mark... Un hombre que presta atención a los cotilleos sobre otro a quien conoce muy bien estará dispuesto a dar crédito a casi todo lo que le diga sobre él una mujer hermosa. La belleza y la verdad siempre parecen ir unidas, y al fin y al cabo nadie sabe lo que hacen los demás cuando no están presentes.

Así que Sylvia calculó que no estaba yendo demasiado lejos al inventar o sugerir la existencia de un harén oculto y decadente, con la consecuente enfermedad que explicaba la condición física de Mark y su aparente ruina. En cualquier caso tenía que correr el riesgo. Era una de esas cosas que cualquiera creería incluso de su mejor amigo. Diría: «Imagínate..., el bueno de X..., parecía un apacible vejete, y en realidad estaba...». Y con esas palabras remacharía su convicción.

Eso parecía haber colado.

En cambio, no había tenido tanto éxito con sus revelaciones sobre los hábitos financieros de Christopher. El conde la había escuchado con la cabeza ladeada mientras ella le daba a entender que Christopher vivía de las mujeres: de la antigua señora Duchemin, hoy lady Macmaster, por ejemplo. Ciertamente que el conde la había escuchado con deferencia y que había sido una acusación bastante segura. Todo el mundo sabía que el viejo Duchemin le había dejado un montón de dinero a su viuda. De hecho, tenía una propiedad muy agradable a menos de diez kilómetros de allí.

Y el nombre de Edith Ethel había surgido de forma natural en la conversación, porque hacía poco tiempo que lady Macmaster le había hecho una visita a Sylvia para hablarle del dinero que el difunto Macmaster le debía a Christopher. Una cuestión sobre la que lady Macmaster era —y siempre había sido— un poco puntillosa. De

hecho había ido a preguntarle a Sylvia si no podría emplear su influencia sobre Christopher. ¡Para que le perdonase la deuda!

Aparentemente, Christopher no había llevado su estupidez tan lejos como podía esperarse. Había arrastrado a aquella pobre chica hasta aquellos tristes parajes, pero no iba a permitir que ella y el niño, que por lo visto iban a tener, pasasen hambre o sufrieran demasiadas preocupaciones. Y al parecer años antes, para silenciar una conciencia más bien incómoda, Macmaster le había hecho a Christopher una cesión de su seguro de vida. Macmaster, como ella sabía bien, había exprimido sin piedad a su marido y Christopher ciertamente había considerado el dinero que le prestaba como un regalo. Ella le había censurado por eso muchas veces: le parecía uno de los rasgos más insoportables de Christopher.

Pero, al parecer, la pignoración del seguro de vida seguía en vigor y se había convertido en una carga sobre las propiedades de aquel sujeto miserable. Y el caso era que la compañía de seguros se negaba a pagarle un penique a la viuda hasta que la deuda estuviese liquidada... La idea de que Christopher fuese a hacer por esa chica algo que estaba segura que jamás habría hecho por ella había renovado su amargura. Lo cierto era que había dado paso, casi por completo, a la más pura crueldad: quería atormentar a aquella chica hasta volverla loca. Para eso estaba allí. Imaginaba a Valentine sufriendo debajo de aquel tejado, sólo porque ella les miraba por encima del seto.

El caso es que la visita de lady Macmaster no sólo había reavivado su amargura sino que le había sugerido nuevas formas de amargarle la vida a la familia que vivía debajo. Lady Macmaster con su indescriptible vestido de viuda de crepé, que le otorgaba al mismo tiempo la elegancia y el aire portentoso de un caballo fúnebre, le había parecido un poco desquiciada. Había solicitado la opinión de Sylvia sobre toda clase de procedimientos para obligar a ceder a Christopher y había proseguido con sus súplicas incluso por correspondencia. Por fin había dado con un método singular... Por lo visto, unos años antes, Edith Ethel había tenido un asunto amoroso con un distinguido literato escocés hoy fallecido. Edith Ethel, como era bien sabido, había sido la Egeria de muchos hombres de letras escoceses. Era natural: los Macmaster eran escoceses, Macmaster había trabajado como crítico y había gestionado los fondos gubernamentales de ayuda a los hombres de letras indigentes y Edith Ethel era apasionadamente cultivada. Eso se veía incluso en la forma que adoptaba su vestido de crepé y en cómo lo disponía a su alrededor cuando se sentaba o se levantaba agitada para retorcerse las manos.

Sin embargo, las cartas de aquel escocés en particular habían sobrepasado el mero egerianismo. Hablaban de los ojos, los brazos, los hombros y el aura femenina de lady Macmaster... Y Lady Macmaster había propuesto confiarle a Christopher aquellas cartas para que se las vendiera a algún coleccionista americano. Aseguraba

que podría conseguir al menos treinta mil dólares por ellas y, con el diez por ciento de comisión que ganaría Christopher, podía dar por más que recuperadas las casi cuatro mil libras que le debía Macmaster.

A Sylvia le había parecido un método tan excéntrico que había sentido un profundo placer al recomendarle a Edith Ethel que fuese a casa de Tietjens y se entrevistara, a ser posible, con Valentine Wannop en su ausencia. Sylvia calculó que eso intranquilizaría un poco a su rival..., y aunque no lo hiciera, siempre podría sacarle a Edith Ethel jugosos y grotescos detalles sobre el aire cansado, la ropa raída y las manos cansadas de la Wannop.

Hay que tener en cuenta que uno de los mayores tormentos que sufre una mujer abandonada es la pura curiosidad por los detalles materiales respecto a cómo se las arregla sin ella su marido. Sylvia Tietjens había atormentado a su marido muchos años. Ella misma habría dicho que había sido como una espina clavada en su carne, sobre todo porque él nunca le había parecido muy inclinado a defenderse. Si vives con una persona que sufre cuando le torturan y esa persona no hace valer sus derechos, llegas a pensar que tus valores como caballero y cristiano están por debajo de los del otro, y a la larga eso puede ser muy desagradable. Pero, en cualquier caso, Sylvia Tietjens tenía razones para creer que durante muchos años, para bien o para mal —y sobre todo para mal—, había sido la influencia dominante sobre Christopher Tietjens. No obstante, también era consciente de que, salvo alguna molestia externa, ya no podía influenciarle ni para bien ni para mal. Era un montón de sacos de harina demasiado pesado para que ella pudiera cargar con él.

Así que el único placer verdadero que le quedaba era cuando, de noche, con un agradable círculo de amigas, podía afirmar que seguía gozando de su confianza. Normalmente no habría convertido en sus confidentes a los criados de su ex marido —los miembros de su círculo no hacían esas cosas—. Pero había tenido que arriesgarse para comprobar si los detalles del *ménage* de Christopher, que le revelaba la mujer del carpintero, divertirían lo bastante a sus amigas para hacerles olvidar la infracción social cometida al confraternizar con los sirvientes de su marido, igual que había tenido que arriesgarse a que la mujer del carpintero reparara en que, al proclamar la injusticia de que su marido la hubiese dejado, también estaba proclamando su falta de atractivo.

Hasta entonces se había arriesgado a ambas cosas, pero sabía que pronto llegaría el momento en que tendría que preguntarse si no le iría mejor siendo eso que los franceses llaman *rangée*, y la mujer del comandante en jefe de la India, que siendo una mujer que iba por libre y que debía toda su popularidad a su propio esfuerzo. Sería ligeramente ignominioso deber parte de su prestigio a un viejo carcamal como el general lord Edward Campion KCB, ¡pero también muy descansado! Para conservar tu estatus en una sociedad de Marjies y Beatties —incluso de Cammies,

como la condesa de Fittleworth— hacían falta un esfuerzo y una vigilancia constantes, incluso si eras de buena familia y tenías dinero, y ese esfuerzo se multiplicaba cuando tu principal fuente de entretenimiento eran las desdichas domésticas de un marido al que no le gustabas.

Podía contarle a Marjie, lady Stern, que la ropa de su marido no tenía botones y su compañera carecía del más mínimo chic; podía contarle a Beattie, lady Elsbacher, que, según la mujer del carpintero, el interior de la casa de su marido parecía una cueva abarrotada de cajas de embalaje de madera, mientras que en su día... O incluso podía contarle a Cammie, lady Fittleworth, a la señora de Bray Pape y a la señora Luther que, como tenían un suministro deficiente de agua, la compañera de su marido probablemente no pudiera tomar un baño... Pero, de vez en cuando —como le había ocurrido una o dos veces con las tres damas americanas— alguien señalaba entre titubeos que su marido era a todos los efectos Tietjens de Groby. Y la gente —y sobre todo las damas americanas— le concede particular importancia a los caballeros ingleses que renuncian a su título y otras cosas parecidas. Su marido no había renunciado a su título: no había podido, pues, por mucho que Mark había tratado de rechazar el título de baronet, en el último momento le habían dado a entender que no podía hacerlo. No obstante había renunciado a una enorme heredad y los aspectos románticos de aquel logro empezaban a calar en sus amigas. Pese a todas sus afirmaciones de que su aparente pobreza se debía a la vida disoluta y la consecuente bancarrota, sus amigas le preguntaban de vez en cuando si su pobreza no sería de hecho algo puramente voluntario, producto de un capricho o de una vena de misticismo. Señalaban que, tanto ella como su hijo, daban la impresión de ser considerablemente ricos, lo que parecía más un indicio de que Christopher no deseaba la riqueza o de que era generoso, que de que se le hubiese acabado el dinero...

Había síntomas de que las damas americanas que le gustaba frecuentar a Cammie Fittleworth empezaban a preguntarse esas cosas. Hasta entonces Sylvia se las había arreglado para acallarlos. Después de todo, la casa que había a sus pies era un sitio muy peculiar para quienes no disponían de la clave del misterio. Ella sí la tenía: estaba al tanto de la muda disputa entre los dos hermanos y de sus actitudes ante la vida. Y, aunque le enfurecía que Christopher despreciara las cosas que ella más valoraba, también le gustaba saber que, en último extremo, era ella la responsable de aquella disputa y de la renuncia que había ocasionado. Era su lengua la que había puesto en circulación los rumores deshonrosos sobre su hermano a los que Mark había dado crédito.

No obstante presentía que, si quería conservar su poder de destruir aquella familia con su lengua, necesitaba conocer detalles. Tenía que disponer de detalles que corroborasen lo que decía. De lo contrario, no podría pintar de forma convincente

aquel cuadro de corrupción y abandono. Cualquiera podía haber pensado que, al obligar a su hijo y a la señora de Bray Pape a hacer aquella escandalosa visita, y al despertar la curiosidad inocente de la señora Lowther sobre el contenido de aquella casa, la había movido tan sólo el deseo de atormentar a Valentine Wannop. Pero era consciente de que había algo más: de ese modo podría obtener detalles acerca de todo tipo de rarezas, que podría exhibir en presencia de otros oyentes como prueba de su familiaridad con aquella casa.

Y, si a dichos oyentes se les ocurría sugerir que era raro que un hombre como Christopher, que parecía un amable montón de sacos, fuese un ser tricéfalo mezcla de un Lovelace, un Pandarus ^[223] y un sátiro, ella siempre podría responder: «¡Ah!, pero ¿qué puede esperarse de una gente que cuelga jamones a secar en el salón?». O, si otros alegaban que era raro que, teniendo Valentine Wannop tan dominado a Christopher como decía Sylvia, permitiera que Christopher organizase una agapemone en su propia casa, Sylvia habría podido responder: «¡Ah!, pero ¿qué puede esperarse de una mujer en cuyas escaleras te encuentras un cepillo para el pelo, una sartén y un ejemplar de Safo?».

Ésos eran los detalles que Sylvia necesitaba. Lo único que sabía era que los Tietjens, según le había contado la señora Cramp, tenían una chimenea enorme en el comedor y, según una costumbre ancestral, ahumaban jamones en aquella chimenea. Pero, a la gente que no sabía que ahumar jamones en una gran chimenea era una costumbre ancestral, la afirmación de que Christopher secaba jamones en el salón les hacía pensar en un sitio donde había jamones apoyados en los cojines del sofá. Para una persona reflexiva eso no tendría por qué ser necesariamente una prueba de que se trataba de un loco y un sádico..., pero hay muy poca gente reflexiva y, en cualquier caso, era raro, y una rareza bien podía implicar la otra.

Sin embargo, todos los detalles sobre Valentine eran pocos. Necesitaba demostrar que era una mala ama de casa y una intelectual marisabidilla para que diera la impresión de que Christopher era desdichado..., y necesitaba demostrar que Christopher era desdichado para que diese la impresión de que la influencia que Valentine Wannop ejercía sobre él era de naturaleza impía. Para eso le hacían falta los detalles sobre cepillos del pelo, sartenes y ejemplares de Safo.

No obstante, le había resultado muy difícil conseguirlos. La señora Cramp, cuando le preguntó, le había dejado bien claro que, lejos de ser una mala ama de casa, Valentine Wannop no se ocupaba de ninguna de las tareas domésticas, mientras que Marie Léonie —lady Mark— era una *ménagère* consumada. Al parecer, la señora Cramp sólo tenía acceso al lavadero de la casa, por culpa de los kilos de azúcar y los plumeros a los que la señora Cramp, en su papel de señora de la limpieza, había creído tener derecho. Marie Léonie no había estado de acuerdo.

Tanto el médico local como el párroco visitaban la casa y habían contribuido con

vagos retratos de la joven. Sylvia había ido a verlos y, aprovechando el patrocinio de Fittleworth —e insinuando que lady Cammie quería conocer detalles de sus vecinos más humildes— había tratado de ir más allá del secreto profesional que distingue a los párrocos y los médicos. Pero no había llegado muy lejos. El párroco le había dado a entender que Valentine era una chica muy alegre, hospitalaria, con una sidra muy buena y aficionada a leer debajo de los árboles..., sobre todo a los clásicos. También estaba muy interesada en las plantas de jardín, como podía verse por los arriates que había debajo de la ventana de casa de los Tietjens. Ya la llamaban la casa de los Tietjens. Sylvia nunca había estado debajo de esas ventanas y eso la enfurecía.

Por lo que le dijo el médico, Sylvia pensó durante un fugaz instante que Valentine disfrutaba de mala salud. Pero fue sólo una impresión derivada del hecho de que el médico fuese a verla a diario y se vio desmentida cuando el médico le explicó que sus visitas diarias eran para atender a Mark, que podía espicharlas en cualquier momento. Necesitaba cuidados constantes. Cualquier impresión y estaría listo... Por lo demás, Valentine parecía tener buen ojo para los muebles antiguos, como el médico sabía a su costa, pues él también era coleccionista a pequeña escala. También le dijo que en las subastas locales, y tratándose de objetos pequeños, Valentine conseguía unas gangas que ni siquiera el propio Tietjens encontraba.

Lo cierto es que, tanto del médico como del cura, había sacado la impresión de que el hogar de los Tietjens era muy raro..., raro por lo unido y rutinario que era. ¡La verdad es que esperaba algo más emocionante! De verdad. No le parecía posible que Christopher se limitara a la tranquila devoción por su hermano y su amante después de las emociones que ella le había proporcionado. Era como si un hombre saltara de una sartén a un... estanque de patos.

De modo que, mientras contemplaba el rubor en el rostro de Fittleworth, casi la dominó un desquiciado momento de impaciencia. Aquel tipo era casi el único hombre que había tenido agallas para hacerle frente... Un terrateniente aficionado a la caza del zorro: ¡un animal en vías de extinción!

El problema es que no era fácil saber hasta qué punto estaba extinguido. Podía morder con tanta fuerza como un zorro. De lo contrario, ahora mismo estaría bajando por aquel zigzagueante sendero anaranjado hacia la tierra prohibida.

A eso no se había atrevido hasta ahora. Desde un punto de vista social habría sido escandaloso, aunque ella estaba decidida a correr el riesgo. Se sentía segura de su posición social y si la gente se aviene a disculpar a un hombre que abandona a su mujer, también disculpará que ella le organice al menos una o dos escenas un poco exageradas. Pero sencillamente no se había atrevido a ver a Christopher: cabía la posibilidad de que la ignorase.

Tal vez no lo hiciera. Era un caballero y los caballeros no ignoran a las mujeres con quienes se han acostado... Pero cabía la posibilidad... Podía bajar allí y, en una

habitación oscura de techo bajo, imponerle alguna condición —Dios sabe cuál, la primera que se le pasara por la cabeza— a Valentine. Cualquiera puede encontrar un motivo para aproximarse a la mujer que le ha suplantado. Pero él podía llegar con aire despistado y adoptar de pronto una expresión —¡oh, adorable!— torpe y gélida.

A eso era a lo que no se atrevía a enfrentarse. Habría sido un golpe mortal. Podía imaginárselo saliendo de la habitación, dándose la vuelta. Dejándole toda la casa para ella, encerrándose en sí mismo con lazos invisibles..., cerrados para ella por el ángel de la espada flamígera... Eso es lo que haría. Y en presencia de la otra. Ya había hecho algo parecido y casi había acabado con ella. ¡Aquella enfermedad fingida, no había sido tan fingida al fin y al cabo! Había sonreído angelicalmente, debajo del enorme crucifijo del convento donde la habían cuidado, angelicalmente, entre lirios, al general, a las hermanas, a las muchas visitas que iban a sus tés. Pero para hacerlo había tenido que obligarse a pensar que Christopher probablemente estaría en los brazos de la chica, y que la había abandonado cuando más necesitaba su ayuda.

Pero no había sido una ocasión tranquila, en aquella casa vacía y oscura... Y, en aquellas fechas, Christopher todavía no disfrutaba de los favores y las comodidades del hogar con aquella joven. No había podido comparar, así que su rechazo no contaba. La había tratado de un modo inhumano —desde el punto de vista social eso la había ayudado—, pero lo había hecho empujado por una joven iracunda. Eso podía paliarse. Ahora apenas la perjudicaba. Pensándolo bien, si un hombre vuelve a su casa con la intención de acostarse con una joven que lo ha tenido fascinado varios años y se encuentra con otra mujer que le dice que tiene cáncer y sufre un creíble desmayo en lo alto de la escalera y —a pesar de muchos años de práctica— se disloca el tobillo, tiene que escoger entre la una y la otra. Y la otra, en este caso, había sido vigorosa y decidida, incluso oprobiosa. Obviamente, Christopher no era de los que disfrutarían seduciendo a una joven mientras su mujer se muere de cáncer, y menos aún si tiene un tobillo dislocado. Pero la joven había llegado a un punto en que no le importaban las delicadezas ni sus dictados.

No, eso Sylvia había podido soportarlo. Pero si volviera a pasarle lo mismo en una vieja y tranquila habitación a plena luz del día... ¡No lo resistiría! Una cosa es admitir que tu marido te ha dejado..., que se haya ido no tiene nada de irrevocable. Siempre puede volver cuando la otra le parezca insignificante y una despreciable intelectualilla de tres al cuarto... Pero si daba el paso —¡la responsabilidad— de ignorarla, equivaldría a interponer entre ellos una barrera que ningún esfuerzo podría superar.

Su impaciencia aumentó. Él estaba en un avión. Había ido al norte. Que supiera, era la primera vez que se había ausentado. Su única oportunidad de bajar por aquel zigzag anaranjado. Y ahora era casi seguro que Fittleworth desaprobaba que lo hiciera. Y a Fittleworth no se le podía ignorar.

II

No, no se podía ignorar a Fittleworth. Como terrateniente aficionado a la caza del zorro podía ser un monstruo en vías de extinción, aunque también podía no serlo: no había manera de saberlo. Sin embargo, como adicto siniestro y malicioso a la compañía de mujeres malvadas y descendiente de una estirpe que había sido adicta a la compañía de mujeres buenas y malvadas a lo largo de generaciones, era el hombre más peligroso que cabía imaginar. Aquel tipo grosero, obtuso, moreno y obstinado, Gunning, podía enfrentarse refunfuñando a Fittleworth, responderle y correr el riesgo de lo que le hiciera. Igual que los demás campesinos. Pero ellos eran su gente. Ella, Sylvia Tietjens, no lo era... y no creía poder desafiarle. Igual que media Inglaterra.

El viejo Champion aspiraba al puesto de la India..., y probablemente ella también quisiese que lo obtuviera. Habían talado el gran árbol de Groby y si no se tiene la distinción, si se ha deshecho una de la distinción del gran árbol de Groby sólo por herir a un hombre, ya puestos también se puede aceptar la India. Los tiempos estaban cambiando, pero era imposible saber cómo cambiaban las circunstancias de un hombre como Fittleworth. Se sentaba como un mono en su caballo y contemplaba sus tierras igual que había hecho su familia, legítima o ilegítima, durante generaciones. Estaba muy bien eso de considerarlo un mero terrateniente rural casado con una don nadie americana y olvidarse de él sin más. Iba a Londres —acompañado de su Cammie— y pasaba sin llamar la atención por los mejores sitios y decía alguna cosa aquí y allá; y, a pesar de su origen extranjero y desconocido, la condesa tenía acceso a muchos oídos que podían ser muy peligrosos para un aspirante a la India. Champion tenía su hoja de servicios y su circunscripción. Pero Cammie Fittleworth era popular en las altas esferas y Fittleworth tenía sus jaurías de sabuesos, y, si se trataba de circunscripciones, a los comerciantes de un par de condados. Y era malicioso.

Ella siempre había sabido que Dios intervendría algún día en defensa de Christopher. Después de todo, Christopher era bueno... asquerosamente bueno. Admitía que, al fin y a la postre, la función de Dios y las Potencias invisibles era velar por que una buena persona pudiera gozar de una aburrida vida doméstica... e incluso de la venta de muebles antiguos. Resultaba cómico..., pero no tenía más remedio que admitirlo. Lo más probable —y con razón— es que Dios esté de parte de la vida doméstica aburrida. De lo contrario, el mundo no podría seguir adelante: los niños no crecerían sanos. Y, ciertamente, Dios deseaba que se produjesen grandes cantidades de niños sanos. De hecho, hoy en día, todos los médicos dicen que los colapsos nerviosos se dan en personas cuyos padres no llevaban una vida armoniosa.

Así que Fittleworth bien podía haber sido elegido como el rayo que ayudaría a la casa de Tietjens. Y la elección era muy acertada por parte de las potencias invisibles. ¡Sin duda estaba predestinada! No era casualidad que Mark estuviese bajo la égida —

si es que se podía llamarla así— del conde. Durante mucho tiempo, había sido uno de los poderes terrenales, igual que Fittleworth. Se habían movido en las mismas esferas —las misteriosas esferas de los elegidos— que regían el destino de la nación en lo que se refiere a los trabajos más espléndidos y decorativos. Debían de haberse visto, aquí y allá, continuamente a lo largo de los años. Y Mark había declarado que quería acabar sus días en aquel lugar, sencillamente porque quería estar cerca de los Fittleworth en quienes podía confiar para cuidar de su Marie Léonie y los demás.

De hecho, Fittleworth, como el propio Dios, estaba de parte de la vida doméstica aburrida y de las mujeres que se dedicaban a producir hijos saludables. De joven se decía que había estado muy unido a una mujer a quien había conocido en circunstancias románticas —una bailarina famosa que le había robado a cierta persona muy importante delante de sus narices—. Y la mujer había muerto al dar a luz... o había dado a luz a un bebé, había enloquecido y había cometido suicidio después de aquel logro. El caso es que, durante muchos meses, los amigos de Fittleworth habían tenido que velarle noche tras noche para que no se suicidase.

Más tarde —después de casarse con Cammie en busca de la vida doméstica que, si no fuese por sus sabuesos, habría sido casi aburrida—, tanto él como, por supuesto, la condesa se habían interesado en la causa de proporcionar condiciones favorables para las mujeres antes de dar a luz. Habían construido un encantador hospicio justo al pie de sus ventanas.

Así que ahí estaba y, mientras le echaba aquella mirada inquisitiva a Fittleworth a su lado, era consciente de que, probablemente, fuese a librar con él un duelo como el que nunca había librado antes.

Había empezado diciendo: «Maldita sea, Campion, Helen Lowther no debía estar aquí». Luego había dado a entender que, de acuerdo con lo que Sylvia decía, la casa era un completo desorden. Pero había añadido: «Si lo que dices es cierto».

Eso, por supuesto, era muy peligroso, pues probablemente Fittleworth supiera muy bien que Helen Lowther había ido allí por sugerencia de Sylvia. Y le estuviese dando a entender que, si había ido incitada por ella y la casa era, según creía, un burdel, la condesa se enfadaría terriblemente. ¡Terriblemente!

Helen Lowther no tenía mayor importancia, salvo para la condesa..., y, por supuesto, para Michael. Era una de esas americanas atractivas que llegan aquí y se entretienen con las cosas más sencillas. Le gustaba visitar ruinas, charlar de cualquier cosa, galopar por la montaña, hablar con los criados y la adoración de Michael. Probablemente habría rechazado la adoración de cualquiera más viejo.

Y a la condesa le gustaba preservar la inocencia de las jóvenes americanas. Tenía ya cincuenta y tantos años y era de una generación que conservaba cierta rigidez además de cierta amplitud de miras y una franqueza algo pasadas de moda. Pertenecía a una clase de americanas que en otra época habían dado la impresión de

ser terriblemente ricas y que, en el presente estado de cosas, ya no lo parecían tanto, pero conservaban un impresionante aspecto de comodidad y autoridad social y se movía en un círculo cuyos integrantes, americanos, ingleses, o incluso franceses, pertenecían a la misma clase, al menos por matrimonio, que ella. Toleraba —incluso apreciaba— a Sylvia, pero se enfurecería si, estando bajo su techo, su pupila Helen Lowther entrase en contacto social con una pareja irregular. Nunca se sabe cuando puede aparecer ese punto de vista en una mujer de esa clase y edad.

Sylvia, no obstante, había corrido el riesgo. No le había quedado otro remedio: al fin y al cabo, en el peor de los casos, sería como tirar de otro cordón de la ducha. Esta vez caería mucha agua..., pero era su vocación en la vida y, si Campion acababa quedándose sin la India, siempre podría seguir con su vocación en otro lugar. ¡Estaba cansada, pero no tanto!

Así que se había arriesgado a decir que suponía que Helen Lowther podía cuidar de sí misma y había añadido un comentario salaz para que no decayese la conversación. En realidad no sabía nada del marido de Helen Lowther, quien probablemente fuese un hombre delgado que tuviese alguna ocupación en el lúgubre oeste. Pero no debía de estar muy *impressionné* o no permitiría que su joven y atractiva esposa se paseara sola por Europa.

Su señoría no dio a entender nada más y se limitó a repetir que, si aquel tipo era como decía la señora Tietjens, la condesa le tiraría de las orejas. Y, en vista de eso, a Sylvia no le quedó más remedio que hacer la concesión de decir que no veía por qué Helen Lowther no iba a poder visitar una pintoresca casa de campo que, aparentemente, era conocida en toda América. Y tal vez comprar algún chisme viejo.

Su señoría apartó la vista de las distantes colinas y le echó una mirada larga, fría y bastante impertinente. Dijo:

—¡Ah!, si se trata sólo de eso... —Y se interrumpió, así que ella volvió a arriesgarse:

—Si —respondió muy despacio— cree usted que Helen Lowther necesita protección, estoy dispuesta a bajar y cuidar yo mismo de ella.

El general, que había tratado de interrumpir varias veces, exclamó: «¡No querrás encontrarte con ese tipo...!», y lo echó todo a perder, pues Fittleworth podía aprovechar la oportunidad para dejarle cumplir lo que podían considerarse las instrucciones de su protector natural. De lo contrario, tendría que haberse delatado. Así que ella había tenido que descubrir un poco más sus cartas diciendo:

—Christopher no está. Ha ido en avión a York... para salvar el gran árbol de Groby. Su capataz, Speeding, lo vio al ir a por la silla de montar. Iba a coger un avión. —Añadió—: Pero es demasiado tarde. La señora de Bray Pape recibió una carta ayer donde le comunicaban que habían talado el árbol. ¡Por orden suya!

Fittleworth exclamó:

—¡Dios mío! ¡Nada menos!

El general lo miró como quien teme ser abatido por un rayo. Campion le había advertido una y mil veces de que Fittleworth se enfurecería sólo de pensar en la posibilidad de que un inquilino de una casa amueblada pudiera interferir con los árboles del dueño... Pero Fittleworth se limitó a seguir mirando a lo lejos en comunión con el mango de su fusta. Sylvia supo que debía hacer otra concesión y afirmó:

—Ahora a la señora de Bray Pape no le llega la camisa al cuello. Está terriblemente asustada. Por eso ha venido. ¡Cree que Mark hará que la metan en la cárcel! —Luego añadió—: ¡Quiso traerse a mi hijo Michael para que intercediera por ella! ¡Como futuro heredero tiene derecho a opinar sobre la vista!

Y, por sus palabras, Sylvia, comprendió mucho mejor hasta qué punto temía a aquel hombre tan silencioso: estaba más cansada de lo que pensaba y la idea de la India le resultaba muy atractiva.

En ese momento Fittleworth exclamó:

—¡Qué demonios, tengo que arreglarle las cuentas a Gunning!

Hizo que su caballo volviera a la carretera y, con el mango de la fusta, le hizo señas al general de que lo acompañase. El general la miró con ojos suplicantes, pero Sylvia comprendió que tenía que quedarse allí y esperar a oír el veredicto de Fittleworth de labios del general. Ni siquiera tendría que librar un duelo de *sous-entendus* con Fittleworth.

Apretó el mango de la fusta y miró en dirección a Gunning... Si la condesa iba a pedirle por medio del viejo Campion que hiciera las maletas y se marchase de la casa, al menos trataría de sonsacar a aquel tipo al que nunca había podido acercarse.

Los caballos de Fittleworth y el general, contentos de alejarse del alazán de Sylvia, trotaron agradablemente a lo largo de la carretera, a la yegua le gustaba su compañero.

—Ese Gunning... —empezó su señoría, y luego prosiguió muy animado—. Lo de esas cercas... Ya comprenderá que mi carpintero las repara...

Fueron las últimas palabras que oyó y pensó que Fittleworth seguiría hablando un buen rato de sus dichas cercas para coger desprevenido al general..., y sin duda por guardar las formas. Luego asestaría un golpe que sería terrible para el viejo general. Puede incluso que le interrogara sobre los hechos con astutas preguntas indirectas sin dejar de mirar a lo lejos.

Eso no le preocupaba. Ella no se las daba de historiadora, lo suyo era más entretener que instruir. Y ya le había hecho muchas concesiones a Fittleworth. O tal vez a Cammie. Cammie era un ser oscuro, grande, gordo y de buen corazón con bolsas debajo de los ojos líquidos. Pero tenía fuerza de voluntad. Y Sylvia era consciente de haber hecho una considerable concesión al decirle a Fittleworth que

ella no había incitado a Helen Lowther y los otros dos a hacer una incursión en casa de los Tietjens.

No había contado con amilanarse así. Había ocurrido sin más. Su intención era arriesgarse a sugerir que quería preocupar a Christopher y a su compañera para que abandonasen la región.

El hombre pesado que llevaba los tres caballos se acercó despacio, como si condujera un pequeño ejército por la estrecha carretera. Iba sucio y con la chaqueta desabrochada, pero la miró fijamente con los ojos un poco enrojecidos. Le dijo desde lejos algo que no llegó a entender. Era acerca de su montura. Le estaba pidiendo que hiciera recular al alazán hacia el seto. Ella no estaba acostumbrada a que le dirigiesen la palabra las clases inferiores. Se quedó en mitad de la carretera. Así aquel tipo no podría pasar. Sylvia sabía lo que ocurría: su alazán cocearía a los caballos de Gunning si pasaban junto a sus cuartos traseros. En la temporada de caza llevaba siempre una enorme «K» en la cola.

Sin embargo, aquel tipo debía de entender de caballos: de lo contrario no iría montado en uno de ellos con los estribos cruzados por delante encima de la silla, ni llevaría a otros dos de la brida. No estaba segura de poder hacerlo ella misma, aunque en otro tiempo sí habría podido. Había pensado desmontar del alazán y pasarle las riendas a Gunning. Una vez en el suelo, no podría negarse a aceptarlas. Pero no llegó a pasar la pierna por encima de la silla. Aquel tipo parecía capaz de negarse.

Se negó. Le pidió que le aguantara el caballo mientras ella iba a hablar con su amo y él no hizo el menor ademán de obedecerla, siguió mirándola fijamente. Le había dicho:

—Es usted el criado del capitán Tietjens, ¿verdad? Soy su mujer. ¡Me alojo en casa de lord Fittleworth!

Él no respondió ni hizo ningún otro gesto que pasarse el dorso de la mano por la aleta izquierda de la nariz a falta de pañuelo. Dijo algo incomprensible, aunque nada conciliador. Luego empezó un discurso más largo. Eso sí lo entendió. Venía a decir que había pasado treinta años, desde que era niño, al servicio de su señoría y el resto del tiempo con el capitán. También señaló que había un poste donde amarrar al caballo y una cadena junto a la cerca. Pero le recomendó que no lo atara allí. El alazán haría astillas cualquier carro que pasara por la carretera. Y la mera idea de que el caballo coceara y se hiciera daño hizo que Sylvia se estremeciese, era muy buena jinete.

La conversación prosiguió entre largas pausas. Sylvia no tenía prisa: tenía que esperar a que volvieran Campion o Fittleworth..., probablemente con el veredicto. Cuando empleaba frases cortas, aquel tipo era incomprensible por culpa del dialecto. Cuando usaba frases más largas ella lograba entender una o dos palabras.

Ahora le preocupaba muy poco que Edith Ethel pudiera estar subiendo por el

camino. Prácticamente le había prometido encontrarse con ella en aquel momento y lugar, pues seguía empeñada en venderle sus cartas amorosas a Christopher o en venderlas a través de él... La noche anterior, Sylvia le había contado a Fittleworth que Christopher había comprado la propiedad que tenía a sus pies con el dinero de lady Macmaster que había sido su amante. Fittleworth se había quedado pasmado..., a partir de ese momento se había mostrado distante con ella.

De hecho, Christopher había comprado aquel lugar con un dinero caído del cielo. Muchos años antes —antes incluso de casarse—, había cobrado una herencia de una tía suya y, con su característico estilo visionario, la había invertido en alguna propiedad, o invento, o concesión de tranvías colonial —casi seguro canadiense— porque pensaba que algún remoto lugar, debido a su posición geográfica junto a no sé qué carretera, acabaría desarrollándose. Por lo visto se había desarrollado durante la guerra y aquella inversión olvidada le había rendido nueve libras y seis peniques por cada libra. Caídas del cielo. Era inevitable. Con un récord en inversiones visionarias y una generosidad como los que Christopher tenía a sus espaldas, algo tenía que ganar en algún momento: alguna inversión quimérica tenía que resultar sensata y algún deudor ser honesto. Tenía entendido incluso que un coronel que había muerto el día del armisticio, y a quien Christopher le había prestado una considerable suma de varios cientos, había resultado ser honrado. Al menos sus albaceas la habían escrito para preguntarle la dirección de Christopher a fin de hacerle efectivo un pago. En aquel momento ella desconocía su dirección, pero probablemente la habrían conseguido del Ministerio de la Guerra o en alguna otra parte.

Sin duda se había mantenido a flote con ingresos inesperados como aquél, pues Sylvia no creía que el negocio de los muebles antiguos fuese tan rentable. Había sabido por la señora Cramp que el socio americano había malversado la mayor parte del dinero que debería haberle correspondido a Christopher. No hay que hacer negocios con americanos. Ciertamente que hacía unos años —durante la guerra— Christopher había predicho una invasión americana..., igual que siempre lo predecía todo. De hecho, había dicho que, si uno quería tener dinero, debía buscarlo allí donde estuviera: en otras palabras, que si querías vender, tenías que estar dispuesto a vender algo que tuviera demanda. Y de pocas cosas había tanta demanda como de muebles antiguos. Daba igual. Ya había empezado una pequeña campaña para que la señora de Bray Pape volviese a amueblar Groby —para que exportase todos los toscos muebles de caoba de 1840 que contenía el caserón a Santa Fe, o dondequiera que viviese el señor Pape, y volviera a amueblarlo con muebles estilos Luis XIV, como corresponde a la descendiente espiritual de la Maintenon—. Lo malo era la tacañería del señor Pape.

De hecho la señora de Bray Pape estaba muy atribulada esa mañana. Al talar el tronco del gran árbol de Groby, los leñadores habían echado abajo dos tercios de la

pared exterior del salón de baile y aquella enorme y lúgubre habitación con sus gigantescos mármoles y la vieja sala de estudios del piso de arriba se habían desmoronado. Por lo que había podido entender de la carta del administrador, el dormitorio de infancia de Christopher casi había desaparecido... En fin, si al gran árbol de Groby no le gustaba Groby House, lo cierto es que se había vengado al morir... ¡Christopher se llevaría un buen disgusto! Y, por si fuera poco, la señora de Bray Pape había mutilado el gran palomar instalando en él una estación eléctrica.

Por lo visto aquello le iba a costar una fortuna a los Pape y al parecer era probable que el señor Pape le organizase un escándalo a su mujer... En fin, no se puede ser el vicerregente de Dios en Inglaterra sin pelarse las rodillas con algunas antiguallas.

Sin duda, Mark ya debía estar al tanto de todo. Tal vez lo hubiera matado. Esperaba que no, porque todavía tenía intención de gastarle alguna mala pasada antes de despacharlo... Si estuviese muerto o agonizante debajo de aquel paralelogramo de paja entre las ramas de manzano, cabía la posibilidad de que ocurriesen muchas cosas. Todas muy inoportunas.

En primer lugar, estaba lo del título. Decididamente ella no lo quería y con él sería mucho más difícil desacreditar a Christopher. Es mucho más difícil desacreditar a la gente con títulos y enormes posesiones que a la gente pobre y normal, porque cambia la escala moral. Los títulos y las grandes posesiones le exponen a uno a grandes tentaciones..., y es disculpable que uno sucumba a ellas. ¡Por otro lado, es escandaloso que los indigentes se diviertan!

Así que, sentada tranquilamente en su caballo a plena luz del sol, Sylvia se sintió como un general que está perdiendo los frutos de la victoria. Le daba igual. Había echado abajo el gran árbol de Groby: era el peor golpe que habían sufrido los Tietjens en diez generaciones.

Pero entonces, justo cuando Gunning repitió una observación casi comprensible, se le pasó por la cabeza una idea extraña y desagradable. Puede que Dios, al permitir que talaran el gran árbol de Groby, hubiese dado por concluida la maldición que pesaba sobre los Tietjens. Era muy posible.

Gunning le había dicho con un acento muy marcado:

—Yo de usted no bajaría a la casa. Llevaría a Boldero a la granja y haría que lo metieran en la cuadra. —Sylvia intuyó que se refería a que si llevaba el caballo a no sé qué granja lo meterían en la cuadra y ella podría descansar en el salón del granjero. Gunning la miró fijamente de un modo muy extraño. Ella no supo cómo interpretarlo.

De pronto, le recordó a su infancia. Su padre había tenido un jardinero tan intratable y aparentemente autocrático como él. Eso era. Llevaba casi treinta años sin ir al campo. Por lo visto los campesinos no habían cambiado mucho. Los tiempos cambian, las personas probablemente no lo hagan demasiado.

Lo recordó con una súbita y extraordinaria claridad. Un invernadero en el oeste

de Inglaterra, donde había sido «Señorita Sylvia, ¡oh, señorita Sylvia!» para todo un ejército de quejosos sirvientes, y aquel tipo viejo, moreno e intratable que era «señor Carter» para todos, excepto para su padre. El señor Carter había estado plantando unos brotes de geranio mientras ella hacía rabiarse a un gatito blanco. Tenía trece años y unas enormes trenzas de pelo rubio. El gatito se había escapado y se estaba frotando con la espalda arqueada contra las piernas del señor Carter que le tenía mucho afecto. Ella se había propuesto —sólo por fastidiar al señor Carter— hacerle algo al gatito, tal vez meterle las patas en cáscaras de nuez. Tenía tan poca intención de hacerle daño al gato que había olvidado lo que era. Y de pronto aquel hombretón, con los ojos enrojecidos y brillantes, le había amenazado con darle tal paliza en una parte de su anatomía en la que suele castigarse más a los niños de las escuelas públicas que a las señoritas... que no podría sentarse en una semana, si osaba tocarle un solo pelo al gato.

Curiosamente le había resultado tan placentero que lo recordaba con todo detalle. Era la única vez en su vida que la habían amenazado con la violencia física, pero sabía que había tenido muchas veces la misma sensación en su interior: ojalá Christopher le hubiera pegado alguna vez... ¡Oh, sí... Drake! Había estado a punto de matarla la noche antes de su boda con Christopher. ¡Aún recordaba lo que había temido por el niño que llevaba en su vientre! ¡La emoción había sido insoportable!

Le dijo a Gunning, y se sintió exactamente igual que cuando trataba de fastidiar al señor Carter de hacía tantos años:

—No veo por qué voy a tener que ir a ninguna granja. Puedo montar a Boldero por este sendero. Y, además, antes tengo que hablar con su amo.

En realidad no tenía intención de hacerlo, pero condujo el caballo hasta la puerta de la cerca que había justo detrás de Gunning.

Él desmontó del caballo con singular rapidez entre los otros que llevaba. Fue como la carga de un elefante y, con todas las riendas en la mano, se puso delante de la puerta a cuyo cierre ella había acercado el mango de la fusta... Su intención no era abrirlo. Podría haberlo jurado. Las venas del hombre se marcaron en su cuello y hombros velludos. Dijo: «¡No, no lo abriré!».

Su alazán estaba tratando de morder a los otros caballos. Sylvia no estaba segura de que la hubiese oído cuando le preguntó si es que no sabía que era la mujer del capitán, su amo, y la invitada de lord Fittleworth, su antiguo patrón. El señor Carter no la había oído años antes cuando le había recordado que era la hija de su amo. Había seguido amenazándola. Gunning estaba haciendo lo mismo..., pero más despacio. Primero le espetó que el capitán la despellejaría si osaba molestar a su hermano lo más mínimo, la despellejaría viva. Como ya había hecho antes.

Sylvia respondió que Dios era testigo de que eso no era cierto y que quien dijera lo contrario mentía. Su primera reacción fue molestarse por la implicación de que no

estaba a la altura de Christopher. Por lo visto se había jactado de haberle pegado.

Gunning prosiguió secamente:

—Usted misma lo declaró a los periódicos. Me lo leyó mi mujer. El capitán insiste siempre en la comodidad de sir Mark. La echó a usted escaleras abajo, y no le causó ningún cáncer. ¡Al menos no lo parece!

Eso era lo malo de atraer las atenciones caballerosas de los profesionales. Sylvia había iniciado los trámites del divorcio con una petición de la restitución de sus derechos conyugales, acallando la sombra del padre Consett y su conciencia de católica con el argumento de que una petición para que te devuelvan a tu marido de los brazos de una extraña no es lo mismo que el divorcio. En la fecha, en Inglaterra, era una medida preliminar que causaba tanta publicidad como el propio divorcio, que ella no tenía intención de solicitar. Causó muchísima publicidad porque su abogado, en su entusiasmo por la belleza y el ingenio de su cliente —en sus habitaciones, el oscuro, gaélico y joven KC ^[224] se había mostrado muy sentimental en su entusiasmo — había sobrepasado los límites establecidos para dicha fase preliminar en estos casos. Sabía que el objetivo de Sylvia no era el divorcio, sino calumniar todo lo posible a Christopher, y con su fervorosa oratoria irlandesa le había arrojado tanto lodo como un fox terrier entusiasta con las patas traseras delante de la guarida de un zorro. Había avergonzado a la propia Sylvia que estaba deslumbrante en la sala de tribunal. Y había indignado al juez, quien estaba familiarizado con el caso, pues, como la mayoría de los londinenses de su clase, había tomado el té mientras Sylvia agonizaba debajo del crucifijo y entre los lirios del hospital que era también un convento. El juez había protestado por la oratoria de Sylvian Hatt, pero el señor Hatt ya había dibujado la imagen sensacionalista de Christopher y Valentine esperando en una casa vacía y oscura la noche de armisticio para empujar a Sylvia por las escaleras, lo que le había ocasionado aquella enfermedad que, como podía comprobar el tribunal, la estaba consumiendo. A Sylvia le molestó porque se había presentado con un aspecto radiante y saludable, para que el tribunal y el mundo comprobasen lo idiota que había sido Christopher al haberla dejado por aquella pobrecita. Tenía la esperanza de que Valentine compareciese. Pero no había sido así.

El juez le había preguntado al señor Hatt si de verdad pensaba aportar pruebas de que el capitán Tietjens y la señorita Wannop habían engañado a la señora Tietjens para obligarla a ir a una casa oscura... y, al ver el movimiento de cabeza que Sylvia había sido incapaz de reprimir, le había dedicado algunos epítetos muy duros a su abogado. El señor Hatt en esa época se presentaba como candidato al Parlamento por un distrito de las Midlands y estaba deseando atraer toda la publicidad posible de cualquier caso que se le encomendase. Así que se había enfrentado al juez y le había acusado de indiferencia por el sufrimiento que le estaba causando a su debilitada cliente. Cierta impertinencia bien administrada con los jueces puede servir para ganar

muchos votos radicales en las circunscripciones de las Midlands, donde se supone que todos los jueces son *tories*.

Sea como fuere, el caso había sido un fiasco y, por primera vez en su vida, Sylvia se había sentido humillada, y a eso había que sumarle que sentía un gran terror religioso. En el juicio se le había ocurrido —y ahora volvió a sentirlo de manera aún más vívida— que, años antes, en el salón de su madre en un lugar llamado Lobscheid, el padre Consett había predicho que, si algún día Christopher se enamoraba de otra mujer, Sylvia cometería toda clase de vulgaridades. Y ahí estaba ella, no sólo mezclando los tribunales terrenales con un asunto matrimonial, que es un sacramento, sino en una situación decididamente vulgar. Había abandonado la sala a toda prisa cuando el señor Hatt pidió por segunda vez al tribunal que se apiadase de ella..., había sido incapaz de impedirlo... ¡Piedad! ¡Pedir ella piedad! ¡Se había imaginado —y desde luego quería que la imaginaran— como la espada del Señor abatiéndose sobre los cobardes y traidores a la belleza! ¡Y ahora tenía que soportar que la tomasen por una idiota que se había dejado enredar para ir a una casa vacía! ¡O que había permitido que la empujasen por las escaleras...! Pero *qui facit per alium* también es responsable de lo que ocurra y se había puesto en una situación tan humillante como la de la mujer de cualquier empleaducho. La recargada prosodia del señor Hatt le había hecho estremecer de pies a cabeza y jamás había vuelto a dirigirle la palabra.

Su situación había sido pregonada por toda Inglaterra..., y ahora volvía por boca de aquel capataz grosero. Y en el momento más inoportuno. Pues de pronto volvió a ocurrírsele con una fuerza arrolladora la misma idea: Dios había cambiado de bando al permitir que talasen el gran árbol de Groby.

La primera premonición de que Dios podía cambiar de bando la había tenido en la sala odiosa de aquel tribunal y, en cierto modo, la había profetizado el padre Consett. Aquel oscuro santo y mártir estaba en el cielo, pues había muerto por la fe, y sin duda gozaba de la confianza de Dios. Había profetizado que se dejaría enredar por los tribunales terrenales. Enseguida se había sentido deshonrada, como si la hubiesen abandonado las fuerzas.

Sin duda así era. Nunca en su vida le había fallado su inteligencia en caso de necesidad. Estaba muy bien decirse que no podía moverse ni adelante ni atrás por miedo a provocar una estampida y que eso explicaba su vacilación mental. Pero era el dedo de Dios..., o del padre Consett, quien como santo y mártir era el agente de Dios... O tal vez Dios, en persona, quien estaba protegiendo a Christopher, que sin duda era un santo anglicano... Puede que el Todopoderoso estuviese molesto por el modo relativamente amable en que el santo católico había conducido aquel caso en el que estaba implicado un santo de la otra convicción. Pues lo más probable era que el padre Consett sintiese cierta predilección por ella, mientras que no era de esperar que

el Todopoderoso fuese injusto, ni siquiera con los anglicanos... En cualquier caso, sintió la sombra del padre Consett, con los brazos extendidos como un gigantesco crucifijo, extendiéndose sobre el paisaje, las colinas y el cielo... y, por encima de todo, ¡una Voluntad Suprema!

Gunning, con los ojos enrojecidos fijos en ella, movió los labios con aire vengativo. Ella sintió, al reparar en aquellas fantasmales manifestaciones en el cielo y las montañas, un momento de auténtico pánico. Como el que había tenido cuando estaban bombardeando el hotel en Francia, cuando estaba sentada entre las palmeras con Christopher debajo de un techo de cristal... Un loco deseo de echar a correr..., como si su alma corriese en su interior igual que un montón de ratas en su madriguera esperando la llegada de un terrier invisible.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué demonios iba a hacer...? Sintió una comezón... La dominó el deseo incontrolable de enfrentarse al menos a Mark Tietjens..., aun cuando eso lo matara. ¡Sin duda Dios no podía ser injusto! ¿Para qué le había dado la belleza —¡los peligrosos restos de la belleza!— si no para impresionar a quien no se dejaba impresionar? Debía tener al menos una última oportunidad de probar la fuerza irresistible de su ariete contra aquel poste impasible... Sabía que...

Gunning estaba diciendo que, si por su culpa la señora Valentine tenía un aborto o daba a luz a un niño idiota, su señoría le arrancaría la piel a tiras con su propia fusta de montar. ¡Es lo que había hecho con él su señoría cuando abandonó a su mujer embarazada de ocho meses y medio para irse a vivir con la vieja Cressy! El niño había nacido muerto.

Sus palabras le dijeron muy poco... Sabía que... Sabía que... ¿Qué sabía? Sabía que Dios —¡o tal vez fuese el padre Consett quien lo hubiera organizado de forma más diplomática!— quería que pidiera a Roma la disolución de su matrimonio con Christopher y que apelara luego a los tribunales civiles. Pensaba que era probable que Dios deseara liberar a Christopher lo antes posible, y que el padre Consett le hubiese sugerido el camino más rápido.

Un objeto estrafalario descendía por el sendero de montaña que llevaba casi en vertical hasta la granja entre las hayas. ¡No le importó!

Gunning estaba diciendo que por eso le había despedido su señoría. También le había echado de su casa y le había quitado la paga de diez chelines a la semana, y eso que había pasado treinta años a su servicio.

Ella dijo: «¿Qué? ¿Cómo?». Luego recordó que Gunning había sugerido que podía provocarle un aborto a Valentine...

Su aliento hizo un leve sonido rechinante en su garganta como cuando se trituran las espigas de cebada; tenía las manos enguantadas y las riendas delante de la cara y notó su olor a tafilete; sintió como si una tabla se quebrara en su interior, como la plataforma que desaparece debajo de los pies del convicto cuando lo ahorcan. Dijo:

«Podría...». Luego su imaginación se detuvo, el sonido rechinante de su garganta prosiguió. Más alto. Más alto.

Bajar la pendiente por aquel sendero de montaña era imposible. Un faetón negro de mimbre tirado por un poni demasiado grande —uno siempre mira primero al caballo—, orondo como un barril, brillante como una mesa de caoba, trotando como un semental de circo *haute école* y golpeándose aterrado los cuartos traseros con el negro vehículo. La alivió ver... Pero..., detrás de aquel caballo grotesco y cobarde, había una silueta horrible y estrambótica que sujetaba las riendas como si se tratase de un caballo fúnebre; detrás una chistera, un rostro lívido, un chaleco amarillento, un abrigo negro, y una barba fina y semítica. Enfrente había una cabeza rubia y descubierta, con el cabello muy largo... sentada en el asiento delantero, de espaldas al paisaje. ¡Siempre se podía contar con que Edith Ethel fuese acompañada de un chichisbeo niño-poeta! ¡Arrastrando al señor Ruggles a su futura condición de consorte!

Le gritó a Gunning:

—Por Dios que, como no me deje pasar, le corto la cara en dos... —¡Estaba justificada! Aquello era demasiado..., por parte de Gunning, Dios y el padre Consett. De golpe le habían echado encima perplejidad, inmovilidad y una terrible premonición que la atenazaba por dentro... ¡Terrible! ¡Terrible! Tenía que bajar a la casa. Tenía que bajar a la casa. Le dijo a Gunning—: Maldito idiota... Maldito idiota... Quiero salvar...

Él se apartó —tan despacio que se le hizo interminable— sudado y velludo de la puerta en la que estaba apoyado, y dejó de bloquearle el paso. Sylvia pasó trotando a su lado y descendió por la colina a medio galope. Al ver la mirada enrojecida que le echó Gunning, notó que le habría gustado ultrajarla con ferocidad. Se alegró.

Desmontó del caballo como una artista de circo al oír que varias voces le gritaban desde arriba «¡Señora Tietjens!, señora Tietjens». Soltó al alazán y dejó que se fuese al diablo.

Le pareció raro que no le extrañara. Un cobertizo de corteza de árbol, la puerta que golpeaba a sus espaldas. Las ramas de manzano que extendían hasta el suelo; la hierba que le llegaba hasta la mitad de los pantalones grises. Eran las tierras de Tom Tiddler;^[225] era un lugar llamado Gemmenich el 4 de agosto de 1914... Tan sólo quietud: quietud.

Mark contemplaba la silueta de su hijo con ojos pétreos e inquisitivos. Ella dobló su fusta formando un bucle. Se oyó decir:

—¿Dónde están esos idiotas? ¡He venido a echarlos de aquí! —Él siguió mirándola con ojos adamantinos, con la cabeza de caoba apoyada contra las almohadas. Se enganchó el pelo en una rama de manzano. Dijo—: Maldita sea, fui yo quien mandó talar el gran árbol de Groby: no esa Maintenon de opereta, pero, ¡por

Dios mi salvador que no arrancaré al niño de otra mujer de su vientre!

Él respondió:

—¡Pobre furcia! ¡Pobre furcia! ¡Ha sido la equitación!

Tiempo después, ella habría jurado que le había oído decir eso, pues en aquel momento experimentaba demasiadas emociones para que le resultase raro oírle hablar. De hecho dio un largo paseo por el bosque antes de poder enfrentarse a los otros. Tietjens tenía un bosque al lado mismo del jardín.

Su mayor amargura fue que disfrutasen de tanta paz. Ella estaba quemando las naves, su mundo se acababa y entretanto ellos disfrutaban de aquella paz. El marido de su amiga Bobbie, sir Gabriel Blantyre —otrra Bosenheir—, estaba recortando gastos como un loco. En su mundo veían aparecer la escritura en el muro. ^[226] Aquí podían permitirse llamarla pobre furcia, y ¡además tenían derecho a hacerlo!

III

A Valentine la despertaron los chillidos de la doncella que le llegaron por la ventana abierta. Se había quedado dormida nada más leer las palabras *Saepe te in somnis vidi!* con la visión de unos miembros blancos en el purpúreo Adriático. De pronto, la voz de la muchacha dijo: «¡Aquí sólo llamamos “señora” a los amigos de la familia!».

Se asomó a la ventana, mareada y con náuseas por la precipitación, el cambio de postura..., y la impaciencia de su estado. No podía ver nada, salvo la coronilla de un sombrero gris de tres picos y una falda con ballenas en perspectiva, desde ahí arriba. Las tejas inclinadas del cobertizo de ordeñar tapaban a la doncella; una hilera de lechugas como rosetones corría desde debajo de la ventana a lo largo de la tierra oscura, rodeada por un muro de plantas de guisantes, detrás estaba el bosque, esbeltos troncos de color gris ceniciento que crecían muy altos. Eran necesarios para protegerles del viento. Tendrían que cambiar de dormitorio: la habitación del niño no podía dar al norte. Había que trasplantar las cebollas tiernas; había pensado en plantar las parietarias en la rocalla del patio, pero le había dado pereza: meter las raicillas entre las grietas con los dedos, apartar las piedras, coger el estiércol artificial, agacharse y ensuciarse los dedos la habría hecho vomitar...

De pronto, la desanimó pensar en aquellos grabados coloreados. Había registrado toda la casa, todos los cajones, armarios y cómodas imaginables. Parecía obra del destino que, cuando por fin conseguían una buena clienta inglesa, su primer encargo saliera mal. Volvió a pensar en todos los paralelogramos imaginables de la casa donde no había buscado, de pie, con la cabeza erguida, sin mirar a la intrusa.

Tenía a todos los clientes por intrusos. Ciertamente Christopher tenía un don para los muebles antiguos... y para el cuidado de la granja. Pero la granja era un negocio ruinoso. Desde luego, si vendías muebles antiguos en tu propia casa conseguías precios mejores que en una tienda. No negaba el ingenio de Christopher..., ni que acertaba al confiar en la fortaleza de Valentine. Tenía derecho a hacerlo. No pensaba decepcionarle. Sólo era que...

Deseaba apasionadamente que el pequeño Chrissie naciera en esa cama de postes finos, mientras ella apoyaba la cabeza rubia y su cabello fino y suave en aquellas almohadas. Deseaba apasionadamente verlo allí mirando con sus ojos azules la cortinas de la ventana... ¡Aquellas mismas cortinas! Con los pavos reales y los globos. ¡Sin duda un bebé tiene que ver lo mismo que vio su madre mientras le esperaba!

Y ¿dónde estarían los grabados extraviados...? Cuatro paralelogramos de un tono absurdo y desvaído. Habían prometido entregarlos al día siguiente. Hacía falta recortar los bordes... Imaginó su barbilla acariciando suavemente el sedoso cabello del bebé; se imaginó sujetándolo en el aire tumbada en la cama, ¡con los brazos

extendidos y el cabello desparramado sobre las almohadas! Tal vez con el edredón cubierto de flores. ¡De lavanda!

Pero si Christopher decía que aquella gente horrible de voz quejumbrosa quería un dormitorio completo...

¡Si le rogara que lo reservase para ella! Seguro que lo haría. La valoraba mucho más que al dinero. Y estaba segura de que Christopher valoraba al niño que llevaba dentro por encima de cualquier otra cosa.

Sin embargo, sabía que al final no le diría nada... Tenía que pensar en sus planes... Sus planes..., ¡oh, qué demonios, eran los planes de ambos! Y hay que pensar si es mejor para el niño no nacido tener una madre con deseos insatisfechos o un padre frustrado... No, no podían considerarse planes. Pero los gallos vencidos por otros gallos pierden su masculinidad... Y los hombres son como gallos... Y para el niño tener un padre carente de masculinidad... y todo por unas cortinas con pavos reales y globos, los finos postes de una cama o unos vasos viejos...

Por otro lado, para la madre, ¡las sensaciones que aportan esas cosas...! La habitación tenía el techo en forma de tonel y seguía la línea del tejado casi hasta la cumbre: oscuras vigas de roble enceradas... ¡Ah, aquella cera! Y las ventanas bajas y diminutas casi junto al suelo de madera de roble... Casi parecía demasiado pintoresco, pero una llegaba a acostumbrarse. Una se acostumbraba a pesar de los americanos que echaban miradas, a veces avergonzadas, desde el umbral.

¿Se asomarían también a la habitación del niño? ¡Oh, Dios, quién sabe! ¿Qué diría él? Era de lo más extraordinario vivir rodeada de americanos, llegados en aeroplanos, como si brotaran del suelo... Aparecían allí de pronto sin saber cómo...

Aquella mujer de abajo era una de ellos. ¿Cómo demonios habría llegado allí...? Había tantas entradas..., el bosquecillo, el prado, los cultivos, la carretera... Era imposible saber quién venía. Era raro, a veces le daba escalofríos. Le parecía estar rodeada de gente adinerada que se arrastraba hacia ella por todos los senderos...

Al parecer, la doncella estaba discutiendo el derecho de aquella americana a considerarse amiga de la familia y gozar, en consecuencia, del tratamiento de «señora». La americana le estaba explicando que descendía de madame de Maintenon... ¡Era increíble los linajes que tenían todos! Ella misma descendía de Henry No-sé-cuántos, el cirujano y mayordomo de Enrique VIII. Y, por supuesto, del gran profesor Wannop, amado por todas las educadoras y las señoritas a las que había educado... Y Christopher era el undécimo Tietjens de Groby..., con un posible burgomaestre de Scheveningen o algún otro lugar en no sé qué siglo: en época de Alba. El primero había llegado con Guillermo el Holandés, ¡el héroe protestante...! Si no lo hubiese hecho y si el profesor Wannop no la hubiera educado..., ella no habría... ¡Ah, pero sí! Si no hubiese habido ningún ÉL, parecido a un gran *treckschluyt* holandés, o comoquiera que se llame..., habría tenido que inventar uno

para vivir en pecado. Aunque su padre podría haberla educado para tener..., al menos ropa interior presentable...

Podría haberla educado para que pudiera decir, ¡oh, con mucho tacto!:

—Mira..., échale un vistazo a mis..., mis *cache-corsets*... ¿No sería mejor comprar unos nuevos que una cerda con pedigrí...?

Él nunca había reparado en sus... *cache-corsets*. ¡Pero Marie Léonie sí!

Marie Léonie era de la opinión de que perdería a Christopher si no se empapaba de un perfume llamado Houbigant y vestía ropa interior de seda rosa. *Elle ne demandait pas mieux*..., pero no podía pedirle veinte libras prestadas a Marie Léonie. Ni mucho menos cuarenta... Porque, aunque Christopher podía no reparar en el estado de sus medias de lana, puede que lo impresionara el océano de Houbigant y las oleadas de rosa... Daría lo que fuera por tenerlos... Pero él se daría cuenta y Valentine podía perder su amor por haber pedido prestadas las cuarenta libras. Aunque, por otro lado, también podía perderlo por el estado de sus medias de lana. Y Dios sabe cómo estaría el otro par cuando se las devolviera la señora Cramp después de lavarlas... ¡A la señora Cramp no había manera de hacerle comprender que la lana no debe meterse en agua hirviendo!

¡Oh, Dios, debería estar tumbada en sábanas de lino cubiertas de lavanda y con el pequeño Chrissie sobre su pecho suave, rosado, blando y sedoso...! El pequeño Chrissie, descendiente del cirujano-mayordomo —¡cirujano-barbero, para ser exactos!— y del burgomaestre. Por no hablar del mundialmente famoso profesor Wannop... Que llegaría a ser... llegaría a ser, si ella quería...

No sabía lo que quería, porque tampoco sabía qué iba a ser de Inglaterra o del mundo... Pero si se convertía en lo que quería Christopher, sería un párroco contemplativo que cultivaría sus propios campos de diezmo con un Nuevo Testamento encuadernado en folio debajo del brazo... Una especie de White de Selborne... Selborne estaba sólo a cuarenta y cinco kilómetros de allí, pero nunca habían tenido tiempo de ir... Como quien dice: *Je n'ai jamais vu Carcassone*... Y, si no habían tenido tiempo, por culpa de los cerdos, las gallinas, los guisantes, las compras, las ventas, los remiendos de las medias de lana y por tener que cuidar del bueno de Mark —antes de que llegase Chrissie con el cabello sedoso en la blanda y palpitante cabecita y sus ojos azules como guijarros—, si no habían encontrado tiempo hasta ahora, ¿cómo iban a encontrarlo después cuando, además de eso, tuviesen los biberones, los pañales y el baño delante del fuego con el agua tibia y el roce de la esponja enjabonada sobre aquellos miembros adorables? Christopher la contemplaría... Y no tendría tiempo de ir a Selborne, ni a Arundel, ni a Carcasona ni detrás de ninguna desconocida... Nunca. ¡Nunca!

Llevaba fuera ya un día y medio. Pero ambos sabían —¡sin necesidad de decirlo!— que nunca volvería a ausentarse tanto tiempo. Ahora, antes de que empezasen los

dolores podía... ¡aprovechar la oportunidad! La había aprovechado como venganza... ¡Un día y medio! ¡Para ir a una subasta en Wilbraham! Donde no había casi nada que les interesase... Ella creía..., estaba casi convencida de que se había ido a Groby en avión... Una vez lo había sugerido. O ella sabía que lo había pensado. Porque, dos días antes, cuando estuvo a punto de desquiciarse por lo del alquiler de Groby, había visto de pronto un avión que pasaba y se había quedado mirándolo en silencio un buen rato... Era imposible que se tratase de otra mujer.

Se había olvidado de lo de los grabados. Era terrible. Estaba segura de que lo había olvidado. ¿Cómo era posible que lo hubiera hecho, justo cuando estaban a punto de conseguir una buena cliente inglesa por el bien del pequeño Chrissie? ¿Cómo era posible? Ciertamente estaba casi fuera de sí con lo de Groby y el gran árbol de Groby. Había hablado de eso en sueños, igual que, de vez en cuando y durante años, había hablado de la guerra.

Bringt dem Hauptmann eine Kerze... «Traed una vela para el capitán», gritaba horriblemente a su lado en la oscuridad. Y ella sabía que estaba recordando el ruido de los picos en la tierra por debajo de las trincheras. Gemía y sudaba de un modo horrible y Valentine no se atrevía a despertarlo... Y también estaba lo del ojo de aquel chico, Aranjuez. Por lo visto había echado a correr dando gritos y tapándose el ojo con la mano. Después de que Christopher lo sacara de un agujero... La señora Aranjuez había sido grosera con ella durante la cena de la noche del armisticio... Había sido la primera vez que alguien había sido grosero con ella, a excepción de Edith Ethel, claro. ¡Aunque, por supuesto, Edith Ethel Duchemin, lady Macmaster, no contaba...! Pero era raro. Tu compañero salva la vida de un muchacho poniendo en grave peligro la suya. De lo contrario no habría habido ninguna señora Aranjuez, y luego la señora Aranjuez es la primera persona que es grosera contigo. ¡Y te deja un recuerdo que te hace estremecer por las noches! ¡Esos ojos llenos de odio!

De hecho, Christopher había sobrevivido de milagro..., ¡la señora Aranjuez había sido tan grosera porque el pequeño Aranjuez había hablado mucho con ella y le había puesto a Christopher por las nubes! ¡El pequeño Aranjuez le había contado que las balas alemanas les pasaban por encima como aquel enjambre de abejas que salió volando cuando Gunning cortó el panal con la guadaña...! En fin el caso es que Christopher podía haber muerto. ¡Y no habría habido ninguna Valentine Wannop! No habría podido seguir viviendo... La señora Aranjuez no debería haber sido grosera con ella. Tendría que haber reparado en que Valentine Wannop no podía vivir sin Christopher... ¿Por qué iba a temer por su soldadito tuerto e implorante?

Era raro. Casi se diría que había una Providencia que se regodeaba torturándote con «De no haber sido por...». Christopher debía de pensar que había una Providencia o no habría soñado con aquella parroquia para su pequeño Chrissie... Si conseguían reunir algún dinero, se proponía comprarle una sinecura, a ser posible

cerca de Salisbury... ¿Cómo se llamaba aquel sitio que tenía un nombre tan bonito...? Quería comprar una sinecura en el pueblo donde había sido párroco George Herbert... Por cierto, que tenía que acordarse de decirle a Marie Léonie que había puesto a las gallinas negras Orpington marcadas con el número 42 —y no a las marcadas con el 16— a incubar los huevos de los patos. Había comprobado que las gallinas marcadas con el 16 no eran buenas para incubar, aunque lo serían. Era extraño que Marie Léonie no se atreviese a meter los huevos debajo de las gallinas cluecas porque le picaban, mientras que a ella le daba miedo coger los pollitos cuando salían del huevo, por las cáscaras y la viscosidad que podía haber en los nidos... Y eso que a ninguna de las dos les faltaba valor. ¡Qué demonios, a ninguna le faltaba valor o no vivirían con un Tietjens. ¡Era como estar atada a un búfalo!

Y aun así... ¡Querían hacerles cambiar!

Bremersyde... No, allí era donde vivían los Haig... Por mucho que suba y baje la marea, habrá Haigs en Bremersyde... ¡Tal vez fuese Bremersyde...! Y si no Bemerton. George Herbert, párroco de Bemerton, cerca de Wilton, en Salisbury... Eso era lo que iba a ser Chrissie... Tenía que imaginarse sentada con la mejilla apoyada en su cabecita sedosa, contemplando el fuego y viéndole pasear bajo los olmos junto a los cultivos. *Elle ne demandait pas mieux!*

¡Si el país resistía...!

Christopher presumiblemente creía en Inglaterra igual que en la Providencia: porque era una tierra verde, amable y amena. Su fruto por fuerza tenía que ser auténtico. A pesar de las oleadas de americanos descendientes de Tiglath Pileser ^[227] y la reina Isabel, y del final del sistema industrial y las estadísticas de comercio, Inglaterra, amena, verde y amable, seguiría engendrando George Herberts y Gunnings que cuidaran de ellos... ¡Por supuesto Gunnings!

Tal como lo veía Christopher, los Gunnings de la región eran las rocas sobre las que se asentaba el faro. Y Christopher siempre tenía razón. A veces se anticipaba un poco. Pero siempre tenía razón. Siempre. Las rocas llevaban allí desde un millón de años antes de que se construyera el faro, que ahora daba tantos destellos, pero no era más que una mariposa..., y seguirían allí otro millón de años cuando la luz se apagase.

A lo largo del tiempo, Gunning se había pintado de azul, había sido adorador de los druidas, luego un iletrado duque Robert de Normandía dedicado a concebir hijos bastardos y a asolar ciudades, y ahora era una especie de factótum, ruidoso, leal y velludo. Un empleado que te sería fiel siempre que te fuesen bien las cosas, que le invitases a sidra de vez en cuando y pasases por alto sus pecadillos con las mujeres. Seguiría allí...

La cuestión era si aquél era momento para otro Herbert de Bemerton. Christopher opinaba que sí y, aunque a veces se anticipara un poco, siempre tenía razón. Había

predicho la llegada de enjambres de americanos deseosos de comprar antigüedades a precios fabulosos. Y había acertado. El problema era que no pagaban los precios que ofrecían: y cuando pagaban eran tan tacaños como... iba a decir Job. Pero no le constaba que Job fuese particularmente tacaño. La mujer que había junto a la ventana probablemente querría comprar el bargueño firmado por Barker en 1762 por la mitad de precio de lo que costaba uno comprado en un gran almacén de Nueva York fabricado el día anterior... Y le diría a Valentine que era una sanguijuela, aunque si —¡por ponerse en lo más absurdo!— le permitiera llevárselo al precio que ella quisiera. Por otro lado, el señor Schatzweiler hablaba de precios fantásticos...

¡Oh, señor Schatzweiler, señor Schatzweiler, sólo con que nos pagase el diez por ciento de lo que nos debe, podría comprar todas esas telas rosas y tres vestidos nuevos y conservar las puntillas antiguas para Chrissie..., y tener leche de vaca y no de cabra. Y recortar los gastos de los dichosos cerdos y construir un invernadero en el rincón más apartado del jardín, donde no fuese una molestia para la vista... Lo cierto era que la época de los cuentos de hadas no había pasado todavía. Habían tenido varios golpes de suerte maravillosos y ahora tenían por delante una tranquilidad casi infinita... Un enorme golpe de suerte les había permitido comprar aquel lugar, otros más pequeños los cerdos y la vieja yegua... Christopher era así: había sembrado en tantos sitios que no siempre iba a estar cosechando tempestades. También tenía que haber días de calma...

Pero ahora era todo tan embarazoso, con Chrissie a punto de llegar y Marie Léonie insinuando todo el día que estaba perdiendo la figura y que, si no se las arreglaba para quitar las manchas de grasa de la falda, Christopher dejaría de quererla. Y no tenían un penique... Christopher había teleografiado a Schatzweiler. Pero ¿de qué servía eso...? Schatzweiler se llevaría un buen disgusto si Christopher dejara de quererla..., ¡porque el pobre Chris nunca podría regentar una tienda de cachivaches viejos sin ella...! Lo imaginó telegrafando a Schatzweiler y contándole lo de las cuatro manchas de grasa en la falda y que necesitaban comprar ropa elegante. De lo contrario, Christopher dejaría de ayudarle...

La conversación de abajo había ido subiendo de tono. Oyó que la doncella preguntaba cómo era posible que, siendo amiga de la familia, la americana no conociera a la señora... Era muy comprensible: toda aquella gente llegaba con cartas de recomendación de Schatzweiler. E insistían en que eran amigos de la familia. En el fondo, era muy amable por su parte..., la mayoría de los ingleses no querría conocer a unos vendedores de muebles viejos.

La dama de abajo exclamó en voz baja:

—¡La señora de Mark Tietjens! ¡Ésa! ¡Dios mío, si pensé que era la cocinera!

Debería bajar a ayudar a Marie Léonie. Pero no iba a hacerlo. Tenía la sensación de que varias presencias hostiles se acercaban por el sendero y Marie Léonie le había

dado la tarde libre... Por el futuro, le había dicho. Y ella le había respondido que una vez había pensado que su futuro incluiría leer a Esquilo junto al mar Egeo. ¡Luego Marie Léonie le había dado un beso y le había dicho que sabía que podía confiar en que no le robaría sus cosas cuando Mark muriese!

Era una aseveración que nadie le había pedido, aunque por supuesto Marie Léonie era la primera interesada en que Christopher no dejara de quererla porque imaginaba que, en ese caso, Christopher podía buscarse a una mujer que sí querría robarle sus cosas cuando Mark muriese.

La mujer de abajo se presentó como la señora de Bray Pape, descendiente de la Maintenon, y quiso saber si a Marie Léonie no le parecía razonable talar un árbol que daba sombra a la casa. Valentine quiso asomarse a la ventana, pero corrió a la vieja puerta y la cerró furiosa con llave. No debería haberlo hecho, pues volver a abrirla requería entre cinco y diez minutos de manipulación... Debería haberse asomado a la ventana y haberle gritado a la señora de Bray Pape: «¡Si se atreve a tocar una hoja del gran árbol de Groby, le pondremos tantas demandas que necesitará la mitad de su dinero y más de media vida para responder a todas!».

Debería haberlo hecho para preservar la cordura de Christopher. ¡Pero no pudo, no pudo! Una cosa era vivir en pecado con la conciencia tranquila, y otra enfrentarse con americanas maduras que lo sabían. Estaba decidida a quedarse encerrada allí. Tal vez la casa de un inglés no fuese ya su castillo, pero el castillo de una mujer seguía siendo su dormitorio. Una vez, cuatro meses antes, cuando la existencia del pequeño Chrissie era ya manifiesta, le había sugerido a Christopher que, siendo el caso tan grave, no debían seguir en la penuria: tendrían que aceptar un poco de dinero de Groby, por el bien de las generaciones futuras...

Ella estaba agotada... En ese momento, llamémoslo, del embarazo las mujeres están agotadas e histéricas... La había abrumado la convicción de que una parturienta necesita cubrir su piel estremecida de plumosas telas rosadas y tener el cabello y los hombros empapados de, digamos, Houbigant. Por el bien del niño.

Así que se lo había dicho al pobre Chris, que tuvo que enfrentarse a la necesidad de renegar de sus dioses y ella había dado un portazo y había cerrado furiosa con llave. Su dormitorio había sido su castillo y una venganza, pues Christopher no había podido entrar y ella no había podido salir. Había tenido que susurrarle por el ojo de la cerradura que se rendía, que estaba preocupadísimo por ella. Le había pedido que tratara de aguantar un poco más y le había dicho que si no quería, aceptaría el dinero de Mark.

Como es natural, ella no le había defraudado, pero lo había arreglado con Marie Léonie para que Mark pagara un par de libras más por semana por su alojamiento y manutención y, como Marie Léonie había tenido que hacerse cargo por fuerza de las tareas domésticas, las cosas habían sido un poco más fáciles a partir de entonces.

Marie Léonie llevaba la casa por treinta chelines a la semana menos que ella y además lo hacía mil veces mejor. ¡Mil veces! Y casi habían reunido el dinero necesario para completar el equipo de manteles y preparar la canastilla... ¡Eran tiempos difíciles!

Lo raro era que, en el fondo, ella estaba tan ilusionada con los planes de Christopher como él mismo. Como ama de casa debería haber racaneado hasta el último penique..., Dios sabe que la vida ya era bastante difícil. ¿Por qué apoyan las mujeres a sus compañeros en empresas absurdas y románticas? Cualquiera diría que era porque si ellos veían frustrada su masculinidad —¡como gallos derrotados!— ellas sufrirían en la intimidad... ¡Ah, pero no era eso! Ni tampoco que temieran que los búfalos a los que estaban atadas les embistiesen.

La verdad era que había comprendido las sutilezas de la imaginación de su compañero. Y las aprobaba fervientemente. Rechazaba como él las riquezas, a los ricos y la forma de pensar que conlleva la riqueza. Si la guerra había hecho algo por ellos —al menos por ellos dos—, había sido inducirles a considerar la frugalidad una deidad. ¡Ansiaban llevar una vida difícil aun cuando eso les privara del placer de tener pensamientos elevados! Coincidió con él en que, si la clase gobernante pierde la capacidad o el deseo de gobernar, debe renunciar a sus privilegios y sepultarse bajo tierra.

Aceptado eso como principio, podía comprender el resto de sus nebulosas obsesiones y terquedades. Tal vez no le habría apoyado en su larga disputa con el bueno de Mark si no hubiese pensado que su prioridad era vivir con la cabeza alta... Y era consciente de que el verdadero motivo por el que había corrido a la puerta en lugar de a la ventana era que no había querido hacer una jugada equivocada en aquella larga partida de ajedrez, por el bien de Christopher. Si hubiese tenido que recibir o que hablar con la señora de Bray Pape habría sido muy desagradable tener a aquella descendiente de la amante de un rey mirándola con los ojos acusadores de quien piensa: «¡Vives con un hombre sin estar casada con él!». Los antepasados de la señora de Bray Pape habían podido obligar al rey a casarse con ella... Pero aun así habría corrido el riesgo: al fin y al cabo, habían pagado un precio muy alto por violar las normas del club. ¡Podía llevar la cabeza alta, no mucho, pero lo bastante! Pues, de hecho, habían renunciado a Groby para poder vivir juntos y ella había soportado una lluvia de calumnias que parecía salpicarle constantemente por encima del seto del jardín... ¡para que Christopher siguiera cuerdo y con vida!

Se habría enfrentado a la señora de Bray Pape. Pero, al pensar en lo alterado que estaba Christopher, se había contenido de amenazar a la señora Pape con terribles consecuencias legales si tocaba el gran árbol de Groby. No habría sido decente interferir en el silencio septentrional de los dos hermanos. No lo haría bajo ningún concepto, ni siquiera para preservar la cordura de Christopher..., ¡a menos que la

obligasen! Sabía que Mark no tenía intención de interponerse entre la señora Pape y el árbol, pues cuando le leyó la carta de la señora Pape, él se lo había dado a entender con la mirada... Valentine adoraba y respetaba a Mark porque era un encanto..., y porque la había apoyado contra viento y marea. Sin él... Había habido un momento esa noche terrible... Rezaba a Dios para no tener que volver a pensar en aquella noche tan terrible... Si tuviera que volver a ver Sylvia enloquecería y, en cuanto al hijo que llevaba en su seno..., ¡en lo más profundo de su ser, la destrucción se abatiría sobre su diminuto cerebro!

Gracias a Dios, la señora de Bray Pape la distrajo de aquellas elucubraciones. Hablaba en francés de un modo tan excéntrico que era imposible pasarlo por alto.

A Valentine le pareció ver, sin necesidad de asomarse a la ventana, el rostro imperturbable de Marie Léonie y la inexpresividad con que debía haberle indicado que no pensaba hacer ningún esfuerzo por entenderla. Se la imaginó allí de pie, inmóvil, con su delantal, mirando sin piedad a la otra señora que balbucía debajo del sombrero de tres picos:

—*Lady Tietjens, mieu Madam de Bray Pape desire cupé la arbre...*

Valentine oyó a Marie Léonie que decía en tono acerado:

—¡On dit «l'arbre», Madame!

Y luego la voz chillona de la doncella:

—Nos llamó «pobres», señora... ¡Y me preguntó por qué no tomábamos ejemplo!

Luego una voz, dulce para tratarse de aquellas personas, y bien modulada:

—Me parece que sir Mark esta sudando mucho. Me he permitido enjugarle...

Mientras, arriba, Valentine decía: «¡Oh, cielos!». Marie Léonie gritó: «¡Mon Dieu!», y se oyó el frufrú de su falda y su delantal.

Marie Léonie pasó junto a una figura vestida de blanco con pantalones diciendo:

—*Vous, une étrangere, avez osé...*

Un chico resplandeciente de mejillas sonrosadas se apartó trastabillando y dijo:

—El pañuelo de la señora Lowther es el más pequeño y suave... —Y añadió, dirigiéndose a la joven de blanco—: Es mejor que nos vayamos... Vayámonos, por favor... No creo que sea apropiado... —Su rostro era singularmente familiar y su voz singularmente conmovedora—. Por el amor de Dios, vayámonos...

¿Quién decía «¡Por el amor de Dios!» así mientras miraba con los ojos azules?

Valentine estaba en la puerta, tratando desesperadamente de girar la pesada llave: la cerradura era de hierro y muy vieja. Tenía que telefonear al médico. Les había advertido de que, si Mark tenía fiebre o sudoración, le llamaran de inmediato. Marie Léonie debía de estar con él, la obligación de Valentine era telefonear. La llave se resistía, se hizo daño en la mano con el esfuerzo. Sin embargo, parte de sus emociones se debían a aquel muchacho de mejillas sonrosadas. ¿Por qué habría dicho que no le parecía apropiado que siguieran allí? ¿Por qué les había pedido que se

marchasen por el amor de Dios? La llave se resistía. Seguía inmóvil como un viejo cerrojo... ¿A quién le recordaba aquel chico? Golpeó la puerta con el hombro. No debía hacer eso. Gritó.

Desde la ventana —¡se había asomado a la ventana para pedirle a la chica que le llevara una escalera, aunque habría sido mucho más sensato pedirle que telefonara ella!— vio a la señora de Bray Pape, que seguía sermoneando a la pobre doncella. En el sendero, detrás de las lechugas y los guisantes recién plantados, distinguió una figura muy alta. Una figura muy alta y delgada. Portentosa. Por algún efecto óptico de la colina, las figuras allí parecían siempre muy altas... Daba la impresión de estar distraída, casi dubitativa. Casi como la aparición de la estatua del comendador en Don Juan. Parecía ocupada con su guante: como si lo estuviese desabrochando...

Una figura muy alta y de piernas muy delgadas... ¡Una mujer con pantalón de caza! Se recortaba grisácea delante de los altos troncos de los fresnos. ¡No le veía la cara porque tenía la cabeza inclinada y ella estaba arriba, en la ventana! ¡En nombre de Dios...!

La invadió el recuerdo de la terrible oscuridad de la casa de Gray's Inn aquella noche terrible... Por el bien del pequeño Chrissie que llevaba en su seno, no debía pensar en eso. Se sintió como si tuviera al niño entre los brazos, como si mirase hacia arriba y se inclinase sobre el niño. En realidad, estaba mirando hacia abajo... Aquella noche había mirado hacia arriba, a lo alto de las escaleras. A una estatua de mármol que representaba la figura blanca de una mujer, la Nike..., la victoria alada. Igual que en las escaleras del Louvre. Debía pensar en el Louvre, no en Gray's Inn. Estaban en una antesala pompeyana, entre tumbas etruscas con guardias de uniforme con las manos a la espalda. Iban de aquí para allá como si creyeran que te disponías a saquear una tumba.

Los dos se habían quedado mirando a lo alto de las escaleras. La casa les había parecido tan extrañamente silenciosa al entrar. Tan extrañamente... ¿Cómo se va a ser más silencioso que el propio silencio? ¡Sin embargo es posible! Había sido como si anduvieran de puntillas. Al menos ella. De pronto habían visto una luz que salía de una puerta abierta. ¡En la luz se encontraron con la blanca figura que les había dicho que tenía cáncer!

¡No debía pensar en eso!

La habían invadido una rabia y una desesperación desconocidas para ella. Le había gritado a Christopher a su lado que la mujer mentía. Que no tenía cáncer...

No debía pensar en eso.

La mujer del sendero —con ropa gris de montar— se acercó despacio. Con la cabeza todavía ladeada. Seguro que llevaba ropa interior de seda debajo de toda aquella tela gris... Muy bien, pero si la tenía era gracias a ellos, Christopher y Valentine.

Le extrañó estar tan tranquila. Por supuesto, era Sylvia Tietjens. Muy bien. Ya había luchado antes por su marido y era de esperar que volviera a hacerlo: los rusos no conseguirán... Recordó con calma la vieja cancioncilla...

Sin embargo, también estaba muy alterada: ¡temblaba al pensar en aquella noche terrible! Christopher había querido ir con Sylvia después de que se cayera por las escaleras. Una buena caída teatral, pero no lo bastante buena. Valentine había gritado: ¡No! No iba a volver jamás con Sylvia. *Finis Sylviae et magna...* En la noche negra... seguían disparando bengalas. ¡Desde allí las oían!

En fin, estaba tranquila. Ver a aquella figura no iba a dañar el minúsculo cerebro que había en su vientre. ¡Ni a sus miembros diminutos! Iba a frotar esas piernecitas con el paño empapado de agua y jabón al calor de la enorme chimenea... ¡En ella cabían nueve jamones! Y Chrissie la miraría y se reiría... ¡Esa mujer no volvería a hacerlo! Y menos a un hijo de Christopher. ¡Ni de nadie!

¡Aquél tenía que ser el hijo de Sylvia Tietjens! ¡Con una chica con pantalones blancos...! Bueno, ¿quién era ella para impedir que un hijo fuese a ver a su padre? Sintió el peso de su propio hijo en los brazos. ¡Así podría enfrentarse al mundo entero!

¡Era extraño! El rostro de aquella mujer estaba borroso... ¡Sollozante! ¡Los rasgos hinchados, los ojos enrojecidos...! ¡Ah, mientras contemplaba el jardín y aquella quietud, había estado pensando: «¡Si le hubiese dado esto a Christopher no lo habría perdido!». Pero lo habría perdido de todos modos. Aunque hubiese sido la única mujer del mundo no la habría mirado. No después de haberla visto a ella. ¡A Valentine Wannop!

Sylvia había alzado la mirada, como si mirase a esa misma ventana. Aunque no podía ver lo que había detrás. Debía de haber visto a la señora de Bray Pape y a la chica, pues ahora se hizo evidente para qué se había quitado el guante. Tenía una polvera de oro en la mano, estaba mirándose en el espejo y movía la mano derecha a toda prisa delante de la cara... Recuerda: somos nosotros quienes le damos esas cosas de oro. ¡Recuérdalo! ¡No lo olvides nunca!

La dominó una furia súbita. ¡Esa mujer no debía entrar en la casa ante cuya chimenea ella iba a bañar al pequeño Chrissie! ¡Nunca! ¡Nunca! El lugar se contaminaría. Entonces supo lo mucho que odiaba y le repugnaba aquella mujer.

Estaba junto a la cerradura. La llave giró... ¡He ahí lo que es capaz de hacer la idea de que tu niño no nacido puede sufrir algún daño! Subconscientemente, su mano derecha había recordado cómo apretar la llave hacia arriba a la vez que la giraba... No debía bajar corriendo las escaleras. El teléfono estaba en un hueco junto a la gigantesca chimenea. La habitación estaba oscura: era muy larga y de techo bajo. El bargueño de Barker destacaba ostentoso con sus incrustaciones verdes, amarillas y escarlatas. Valentine se apoyó en el hueco entre la pared de la habitación y la

chimenea, con el auricular del teléfono en el oído. Contempló la larga habitación que comunicaba con el comedor, del que lo separaba una viga enorme y muy oscura cuya vieja madera brillaba por la cera... *Elle ne demandait pas mieux...*, no podía quitarse la frase de Marie Léonie de la cabeza... No pedía nada más..., ¡si pudiese considerar suyas todas esas cosas! Miró hacia el futuro lejano, cuando todo se extendería tranquilamente ante sus ojos. Tendrían un poco de dinero y un poco de paz. Todo se extendería ante sus ojos... como una llanura vista desde lo alto de una colina. Entretanto, tenían que resistir... De hecho no se quejaba..., mientras tuvieran fuerza y salud.

El médico —lo imaginó alto, rubio y amable, asediado él también por las deudas y con una enfermedad incurable, ¡así es la vida!— le preguntó alegremente qué tal estaba Mark. Ella respondió que no lo sabía. Decían que se había puesto a sudar mucho... Sí, era posible que hubiese tenido una conversación desagradable. El médico dijo:

—¡Tonterías! ¿Y usted? —Aquel hombre tan rubio tenía acento escocés... Ella sugirió que tal vez le viniera bien un calmante. Él replicó—: La han estado importunando. ¡No deje que la molesten!

Valentine le explicó que había estado durmiendo, pero que probablemente lo harían. Añadió:

—Quizá sea mejor que venga usted cuanto antes —¡Hermana Anne! ¡Hermana Anne! ¡Por el amor de Dios, Hermana Anne! Si pudiera tomarse un calmante, todo pasaría como un sueño.

Estaba pasando como un sueño. Tal vez existiera la virgen María... De lo contrario, habría que inventarla para que cuidase de las madres que no pueden hacerlo... ¡Pero ella lo haría! ¡Ella, Valentine Wannop!

La luz que entraba por la puerta del jardín se oscureció. Un bandolero con una falda con ballenas entró en la habitación recortada contra la luz. Dijo:

—Supongo que debe de ser usted la vendedora. Este lugar es muy poco higiénico y tengo entendido que no tienen baño. Enséñeme alguna cosa. Estilo «Lui Catours».

Por lo visto, tenía intención de amueblar Groby al estilo «Lui Catours». Sería mejor que Valentine, una vendedora, no pensara que ellos —sus patronos— iban a pagar precios desorbitados. El señor Pape había sufrido serias pérdidas en Miami. No iban a dejarse chupar la sangre. Deberían derribar aquella casa no apta para ser habitada por el hombre y construir una en su lugar modélica casita de campo para obreros. En aquel país, los que se dedicaban a venderles cosas a los americanos ricos eran como tiburones. Ella descendía espiritualmente de madame de Maintenon. Todo habría sido muy distinto si María Antonieta hubiese tratado mejor a la Maintenon. Ella, la señora de Bray Pape, habría podido ejercer la autoridad que le correspondía. Le habían dicho que tendría que pagar una inmensa suma por haber hecho talar el

gran árbol de Groby. Por supuesto, uno de los muros de la casa se había desmoronado. Estas casas viejas no resistían los nuevos inventos. Y eso que había empleado el último modelo australiano de extractor de tocones: el Wee Whizz Bang... Pero, como vendedora, sin duda más relacionada con sus patronos de lo necesario, en vista de la reputación de aquella tienda, ¿qué opinaba Valentine de...?

A Valentine le dio un vuelco el corazón. La luz de la puerta volvió a oscurecerse. Marie Léonie entró jadeando. ¡La hermana Anne en persona! Dijo:

—*Le téléphone! Vite!*

Valentine respondió:

—*J'ai déjà téléphoné... Le docteur sera ici dans quelques minutes... Je te prie de rester à côté de moi...!* «¡Te ruego que te quedes conmigo!»

¡Egoísta! ¡Egoísta! Pero iba a nacer el bebé... De todos modos Marie Léonie no habría podido salir por esa puerta. Estaba bloqueada... ¡Ah!

Sylvia estaba mirando a Valentine con la cabeza ladeada. Apenas se le distinguía la cara contra la luz... Bueno, era sólo eso... Inclina la cabeza porque era muy alta y no se le distinguía la cara a contraluz. La señora de Bray Pape estaba explicando lo que se sentía al ser descendiente espiritual de los *grands seigneurs*...

Sylvia estaba entornando los ojos para mirar a Valentine. Eso era. Le dijo a la señora de Bray Pape:

—¡Por el amor de Dios, cierra esa condenada boca y vete de aquí!

La señora de Bray Pape no la entendió. De hecho, tampoco Valentine la comprendió. Una débil voz tembló a lo lejos:

—¡Mamá...! ¡Ma... má!

AQUEL OBJETO, porque más parecía una estatua que un ser humano... Era impresionante lo bien que se maquillaba... Tres minutos antes estaba... ¡hinchada! Y ahora estaba perfecta... Con sombras debajo de los ojos. Y triste. Y muy digna. ¡Y amable! ¡Maldita! Maldita!

A Valentine se le ocurrió que era la segunda vez que había visto aquella cara.

¡Su quietud era terrible!

¿A qué esperaba para soltar el torrente de invectivas que ambas tendrían que cruzar antes de separarse? Valentine estaba de espaldas a la pared. Se oyó decir:

—Ha estropeado usted...

No pudo seguir. Resulta difícil decirle a alguien que su presencia resulta tan infecta que contamina el sitio donde ibas a bañar a tu bebé. ¡No se hace!

Marie Léonie le dijo en francés a la señora de Bray Pape que madame Tietjens no requería su presencia. La señora de Bray Pape no comprendió. Es difícil para una Maintenon comprender que su presencia no es necesaria.

La primera vez que Valentine vio aquella cara —en el salón de Edith Ethel— pensó en lo bondadosa, lo deslumbrantemente bondadosa que era. Aquellos labios se

habían acercado a las mejillas de su madre, y a Valentine se le habían llenado los ojos de lágrimas. Aquel rostro estatuario había declarado que tenía que besar a la señora Wannop por haber sido tan amable con Christopher. Maldita sea, daba la impresión de que también fuese a besarla a ella. Pero ahora no tenía la excusa de Christopher.

«(No debes decir “Maldita sea”. La guerra ha terminado...)» Ah, pero ¿cuándo se pasarían también sus consecuencias?

La estatua, su voz era tan inexpresiva que podía seguir considerándosela una estatua, le dijo con frialdad a la señora de Bray Pape:

—¡Ya lo has oído! La señora de la casa no requiere tu presencia. Por favor, vete.

La señora de Bray Pape estaba explicando que tenía la intención de amueblar Groby al estilo Luis Catorce.

A Valentine se le ocurrió que la situación no carecía de cierta comicidad. La señora de Bray Pape no conocía a Valentine, y Marie Léonie no sabía quién era la estatua.

Se perderían muchos de los matices de aquel enredo... Un enredo de hoy, de ayer... ¿En qué consistía el enredo...? La estatua había dicho «la señora de la casa». Con delicadeza. *Quelle délicatesse!*

Pero no parecía acusadora. Se había hecho a un lado pensativa. Perpleja. Ante los caminos del Señor. Como si Dios la hubiese golpeado y estuviese perpleja ante sus designios... Tal vez fuese así.

Se agarró al estante del teléfono. El niño se había movido en su vientre. Quería que fuese la señora Tietjens en su propia casa. Aquella mujer lo impedía. No podía ponerle a la criatura el nombre de su padre. Por eso protestaba. Estaba oscureciendo.

Alguien la estaba llamando: «¡Valentine!».

Una voz de chico gritaba: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Una voz suave dijo: «¡Señora Tietjens!».

¡Qué cosas decían en presencia de su hijo...! ¡Mamá! ¡Mamá...! Su madre estaba en Pontresina, con secretario vestido de alpaca negra incluido... ¡En los Alpes italianos!

¡Oscurecía...! Marie Léonie le dijo al oído: «*Tiens toi debout, ma chérie!*».

La noche oscura, la fría nieve..., el viento áspero y, ¡ay!, ¿adónde iremos los pastores en busca del hijo del Señor?

Edith Ethel estaba leyéndole una carta a la señora de Bray Pape. Decía: «Como americana cultivada que es, estará usted interesada... ¡Del gran poeta...!». Un caballero sostenía un sombrero de copa delante del pecho como si estuviera en la iglesia. ¡Era delgado, tenía la mirada un tanto obtusa y una barba semítica! Los judíos no se quitan el sombrero en la iglesia...

¡Por lo visto, la iban a denunciar delante de la congregación! ¿Habrían llevado una letra escarlata...? Ella y Christopher eran lo bastante puritanos. La voz del

hombre de la barba semítica..., Sylvia Tietjens le había quitado a Edith Ethel la carta de las manos... ¡Casi no había cambiado! Tenía unas cuantas arrugas más. Y estaba pálida. Y reducida de pronto al silencio..., la voz del hombre de la barba dijo:

—¡Después de todo! Ahora es diferente. En la práctica, es casi Tietjens de... — Empezó a retroceder hacia la salida. Parecía un hombre tratando de abrirse paso entre la multitud a la puerta de la iglesia. Le dijo a Valentine en un tono extrañamente inquisitivo—: ¡Señora..., eh, Tietjens! —Y luego añadió: *Pardon!*, tratando de poner acento francés.

Edith Ethel observó:

—Sólo quería decirle a Valentine que si hago la venta en persona, no veo por qué iba a tener que pagarle ninguna comisión.

Sylvia Tietjens replicó que podían hablar de eso fuera. Valentine era consciente de haber oído que, poco antes, la voz de un chico había preguntado: «Mamá, ¿no crees que resulta inapropiado?», y se preguntó si sería apropiado que la gente la llamara «señora Tietjens» en las narices de Sylvia Tietjens. Por supuesto, tenía que serlo para los criados, pero... Se oyó decir:

—¡Siento que el señor Ruggles me llamara señora Tietjens delante de usted!

¡Los ojos de la estatua parecieron entornarse aún más!

La amarga respuesta le llegó como de unos labios rígidos:

—Si el rey va a tener mi cabeza me trae sin cuidado lo que haga con mi...

A Valentine le resultó desagradable..., como un pinchazo de celos. Lo que Sylvia le estaba diciendo era simplemente: «Ya tienes a mi marido, así que puedes quedarte también con su nombre». Pero, al emplear una frase que Christopher utilizaba habitualmente —y que Mark había utilizado habitualmente cuando podía hablar—, al emplear, por tanto, una frase de la familia Tietjens, le estaba dando a entender que ella también había pertenecido a esa familia y que, antes que Valentine, había oído sus frases hasta el hartazgo.

La estatua siguió hablando.

Dijo:

—Quería echar a toda esa gente... Y ver...

Hablaba muy despacio. De un modo marmóreo. A las flores del jarrón del faldistorio les hacía falta agua. Caléndulas. De color naranja... Las mujeres se sienten mal cuando el niño que llevan dentro se mueve. Unas veces más y otras menos. Debía de estar muy incómoda: había habido mucha gente en la habitación, no sabía ni cómo habían llegado allí ni cuándo se habían ido. Le dijo a Marie Léonie:

—El doctor Span va a traerme un calmante... No encuentro esos...

Marie Léonie estaba mirando a la estatua, los ojos se le salían de las órbitas como a Christopher. Tan inmóvil como un gato que observa a un ratón, preguntó:

—*Qui est elle? C'est bien la femme?*

La silueta que se recortaba contra la luz tenía ahora un aspecto extraño como un peregrino en un ballet..., las largas piernas ligeramente arqueadas daban esa impresión. En realidad era la tercera vez que la veía..., pero en la casa oscura no había llegado a verle bien la cara... Tenía el rostro contraído y por tanto no había visto sus verdaderos rasgos: éstos sí lo eran. Aquella figura tenía algo tímido. Y noble. Dijo:

—¡Correcta! Michael me pidió «¡trata de ser correcta, mamá...!». Pero para eso... —Levantó la mano como si quisiera golpear al cielo. El techo era tan bajo que se golpeó con la viga. Dijo—: En realidad, fue el padre Consett... Puede que pronto te llamen señora Tietjens. Pongo a Dios por testigo de que vine para echar a esa gente... Pero quería ver cómo lo habías... —Sylvia Tietjens tenía la cabeza gacha y un poco ladeada. Para contener, sin duda, las ganas de llorar. Dijo mirando al suelo —: Te repito que Dios es testigo de que nunca se me ha pasado por la cabeza hacerle daño a tu hijo. Su hijo... Ninguna mujer... Hacerle daño a un niño... Tengo uno muy bueno, pero quería otro... pequeño... Ha sido la equitación... —¡Alguien sollozó! Luego Sylvia miró a Valentine—: Esto es cosa del padre Consett en el cielo. ¡Un santo y un mártir, sólo quería hacer el bien! Casi puedo ver su sombra en estas paredes ahora que oscurece. Vosotros lo ahorcasteis: ni siquiera lo fusilasteis, aunque siempre me digo que lo hicisteis y trato de ocultarme a mí misma la verdad... Y, sin embargo, ahora tenéis la vida por delante... —Mordió el pañuelito que llevaba oculto en la mano. Dijo—: Maldita sea, estoy haciendo de alcahueta para Tietjens de Groby..., ¡dejándote a mi marido!

Alguien volvió a sollozar.

A Valentine se le ocurrió que Christopher había dejado esos grabados dentro de una jarra en el campo en la subasta del viejo Hunt. Nadie había querido la jarra. Luego Christopher le había dicho a un viejo marchante llamado Hudnut que podía quedarse con ella y unas cuantas más a cambio de prestarle el carro... Christopher estaría cansado cuando volviera. Pero tendría que ir a ver a Hudnut, no podía encargárselo a Gunning. No debían decepcionar a lady Robinson...

Marie Léonie dijo:

—*C'est lamentable qu'un seul homme puisse inspirer deux passions pareilles dans deux femmes... C'est le martyre de notre vie!*

Sí, era lamentable que un hombre pudiera inspirar dos pasiones semejantes en dos mujeres. Marie Léonie salió a cuidar de Mark. Sylvia Tietjens se marchó. Dicen que nadie se muere de alegría. Valentine cayó al suelo. Como un fardo... Fue una suerte que tuvieran la alfombra de Basora, de lo contrario Chrissie... No tenían dinero... Eran pobres..., pobres...

IV

Mark Tietjens yacía pensando en la satisfacción que le había proporcionado una noche majestuosa que había presenciado hacía poco. Aunque tal vez no hiciera tan poco tiempo.

Tumbado allí por las noches el cielo le parecía enorme. Era comprensible que en él se ocultara el Paraíso. También era muy tranquilo. Uno sentía cómo la tierra giraba en el infinito.

Las aves nocturnas chillaban desde lo alto: garzas, patos e incluso cisnes, los búhos volaban más bajo y rozaban los setos con las alas. Los animales se afanaban entre la alta hierba. Se oían sus crujidos atareados, y luego se interrumpían un buen rato. Sin duda, un conejo corría hasta encontrar un llantén atractivo. Luego lo mordisqueaba un buen rato sin hacer ningún movimiento audible. De vez en cuando, el ganado mugía o balaban las ovejas, asustadas tal vez por un zorro...

No obstante también había largos silencios... Un armiño seguía la pista del conejo. Corrían y corrían rozando las altas hierbas, luego salían al prado y daban vueltas y vueltas mientras el conejo chillaba, muy alto al principio.

A la tenue luz de la lámpara, los lirones trepaban por los postes del cobertizo. Se quedaban mirándolo con ojos brillantes. Cuando los conejos chillaban, se encorvaban y estremecían. Sabían que eso significaba: «Ar... mi... ño...». ¡Armiño! ¡Y echaban a correr!

Se despreciaba un poco a sí mismo por prestar atención a aquellas minucias... como si estuviera hablando con un niño pequeño... Aquella noche, todo el ganado de la región había sufrido un ataque de pánico: se lo oía moviéndose entre los setos a varios kilómetros de allí en los valles silenciosos.

¡No! Nunca había sido de los que pierden el tiempo con los pequeños mamíferos y los pajarillos... ¡La flora y fauna de Blankshire...! Eso no era para él. Lo que le interesaban eran los grandes movimientos: «¡En los que la propia voz de Dios se pone de manifiesto...!». Muy probablemente fuese cierto. ¡El transporte! ¡El pánico del ganado en todo un condado! ¡El de la gente en continentes enteros! Hacía tiempo —¡oh, mucho, mucho tiempo!—, cuando tenía doce años, había ido a visitar a su abuelo, había cogido la escopeta y se había ido desde Groby a Redcar Sands, más allá de los páramos, donde, de un solo disparo, había abatido dos charranes, un andarríos y una gaviota. A su abuelo le admiró tanto aquella proeza —aunque, por supuesto, el tiro había sido pura chiripa— que los mandó disecar y habían estado en la sala de juegos de Groby hasta hoy. La gaviota estaba sobre una roca cubierta de musgo, el andarríos le rendía vasallaje y los charranes volaban uno a cada lado. Probablemente fuese el único recuerdo de Mark Tietjens en Groby. Los niños se refirieron con temor al «morral de Mark» durante años. El decorado pintado al fondo era el castillo de

Bamborough con rociones de espuma en el cielo azul. Redcar quedaba muy lejos de Bamborough, pero era el único paisaje de aves marinas que el taxidermista de Middlesboro sabía pintar. Para las alondras y otros pájaros parecidos, tenía un campo de trigo en el valle de York; para los ruiseñores, unos chopos... ¡Nunca había oído decir que a los ruiseñores les gustaran los chopos!

Los ruiseñores echaban a perder la majestuosidad de las noches dos meses al año, más o menos, según la estación. No es que criticara la belleza de su canto. Al oírlos uno se sentía como al ver a un buen caballo ganar el St. Leger. Ningún otro animal podía hacerlo..., igual que no había sitio en el mundo como Newmarket Heath los días de viento... Pero era como si acotaran la noche. Cierto que los ruiseñores que cantaban en el corazón del bosque, cerca de donde debía de estar la cabaña de Gunning —digamos a medio kilómetro—, te hacían pensar en grandes distancias cuando resonaban entre los árboles. Árboles empapados de rocío a la luz de la luna... ¡Hasta hace poco había habido ataques aéreos! La luna atraía los ataques aéreos y su brillo era desalentador... Sí, los ruiseñores te hacían pensar en la distancia igual que el chotacabras que chirriaba sin cesar desde el crepúsculo al amanecer parecía medir fragmentos de eternidad... ¡Pero sólo fragmentos! La propia noche era la eternidad y el infinito... El espíritu de Dios recorriendo el firmamento.

Unos tipos crueles, los ruiseñores: se insultaban unos a otros a gritos toda la noche. Se les oía cantar entre las ráfagas de viento —contándole a sus hembras que ellos eran unos tipos estupendos y que los otros, los que cantaban en la falda de la colina junto a la cabaña de Gunning eran unos fanfarrones, desastrados y piojosos... ¡Así es la ferocidad sexual!

Gunning vivía en una vaguada, en una cabaña que, según se decía, no era suya. Con un techo como el sombrero de Robinson Crusoe. La cabaña de una bruja. Él vivía con la bruja, una mujer sucia y desaliñada de rostro tan blanco como la pared... Y una nieta de la bruja a quien, como tenía el paladar partido y no mucha cabeza, la parroquia, en parte por lástima y en parte por ahorrar, había nombrado maestra de la escuela de lo alto de la colina. Nadie sabía si Gunning dormía con la bruja o con la nieta: por una u otra había dejado a su mujer y Fittleworth le había sacado la piel a tiras y le había quitado la casa. Cada sábado por la noche, las zurraba a ambas con una correa..., para que aprendieran y para que recordasen que por su culpa había perdido su casa y los diez chelines que les pagaba Fittleworth a los desgraciados que llevaban treinta años a su servicio... ¡Otra vez la ferocidad sexual!

Y ¿cómo distinguiré de los demás tu amor verdadero?

¡Oh, por su sombrero de tres picos, su bastón y sus sandalias! ^[228]

¡Sin duda, algún peregrino le había recordado irresistiblemente aquellos versos...! Naturalmente, había sido aquella furcia de Sylvia. ¡Tenía los ojos llorosos...! Debía de estar sufriendo alguna crisis psicológica. Mejor para ella.

Y mejor para Val y Chris, probablemente. Era imposible saberlo... ¡Aunque sí! ¡Oídla: la furcia se delataba! ¿Habían oído algo parecido, señores? Había hecho talar el gran árbol de Groby... Pero, por Dios su creador, que no quería arrancar al hijo de otra mujer...

Notó que empezaba a sudar... En fin, si Sylvia había llegado a ese punto, a él no le quedaba nada por hacer. Ya no tendría que desearle ningún mal: se perdería en el mar en la nave de su familia y desaparecería de su vista... ¡Pobre furcia! ¡Pobre furcia! ¡Había sido la equitación...! Huyó llevándose el pañuelo a los ojos.

Sintió satisfacción e impaciencia. Había un lugar al que quería regresar. Pero también tenía cosas que hacer: cosas en las que pensar... Si Dios empezaba a hacer que amainasen las aguas para aquellos corderos despellejados... Entonces... No lograba recordar en qué quería pensar... Era..., no, exasperante no. Estaba entumecido. Se sentía responsable de su felicidad. Quería que siguieran juntos, contra viento y marea, muchos y largos años... Quería que Marie Léonie se quedara con Valentine hasta el parto y luego se instalase en Dower House en Groby. Era lady Tietjens. Ella lo sabía y acabaría gustándole. Además sería como una espina clavada en la carne de la señora... No recordaba el nombre...

Quería que Christopher se deshiciera de su socio judío y que pudiera ganar un poco de dinero. La debilidad de los Tietjens eran los aduladores. Él mismo había arruinado sus vidas por haber compartido habitaciones con el tal Ruggles, y sólo porque no habría soportado haberla compartido con un igual y Ruggles era medio escocés, medio judío. Christopher había tenido como aduladores primero a Macmaster, que era escocés, y luego a aquel judío americano. Por lo demás, Mark estaba en paz con el mundo. Christopher, sin duda, había tomado la decisión acertada. Había logrado una posición y —si aguantaba un poco más— podría continuar así hasta el final de los tiempos y dejar descendientes para que siguieran en la región sin pavoneos.

¡Ah...! De pronto recordó casi con dolor. Había aceptado al sobrino Mark como su sobrino: un grave desliz. Un buen chico... Pero quedaba la cuestión de... ¡la cuestión! El chico vestía los pantalones apropiados... Pero si había incesto...

Arrastrarse por un seto detrás de un conejo era inconcebible. Su padre había ido a cazar conejos al cementerio para complacer al cura. De eso no había duda. No quería conejos... Pero ¿y si hubiese dejado malherido al conejo y el animalillo estuviera sufriendo convulsiones al otro lado del seto? Su padre se habría arrastrado por el seto antes que ir hasta la puerta y dar toda la vuelta. Las personas decentes ponen fin cuanto antes a la agonía de los animales a los que han dejado malheridos. Así que había un motivo. Y en cuanto a lo de no desarmar la escopeta antes de arrastrarse por el seto... Muchos hombres buenos y valientes habían muerto así... ¡Y su padre se estaba volviendo muy despistado...! El granjero Lowther, y Pease de Lobhal y Pease

de Cullercoats. Todos eran granjeros valientes... Se habían arrastrado por un seto para no dar la vuelta, ¡y con la escopeta amartillada! Y no eran despistados... Sin embargo, acababa de recordar..., justo ahora, que su padre se estaba volviendo muy despistado. Se metía un papel en un bolsillo del chaleco y luego se hurgaba todos los demás bolsillos; se subía las gafas y las buscaba por la habitación; dejaba el cuchillo y el tenedor en el plato y, mientras conversaba, cogía otro cuchillo y otro tenedor y seguía comiendo... Mark recordó que su padre había hecho eso dos veces la última vez que comieron juntos, cuando él le contó el informe del tal Ruggles sobre las fechorías de Christopher...

De modo que no tendría por qué ir a ver a su padre en el cielo y decirle: «Hola, señor. Tengo entendido que tuvo usted una hija con la mujer de su mejor amigo que ahora está embarazada de su hijo». Debía de ser muy fantasmal eso de tener que presentarte al fantasma terrible de tu padre... Aunque, claro, él también lo sería. ¡Aun así, sin el sombrero hongo, el paraguas y los prismáticos, sería un fantasma terrible!

Contra las normas del club... Pues no me importa ir allí donde me precedieron tantos grandes hombres. Eso lo dijo Sófocles, ¿no? Debía de ser un club muy bueno...

Pero ahora ya no tenía que temer aquel *mauvais quart d'heure*! Era evidente que su padre no había cometido suicidio. No era de los que hacen algo así. De modo que Valentine no era hija suya y no había incesto. Está muy bien decir que el incesto te trae sin cuidado. Los griegos se lo tomaban por lo trágico... Pero lo cierto era que se había quitado un peso de encima. Siempre había podido mirar a Christopher a los ojos, pero ahora podría hacerlo con más confianza que nunca. ¡Cómodamente! Resulta muy incómodo mirar a un hombre a los ojos y pensar: «Duermes entre sábanas incestuosas».

O sea que se acabó. Lo peor ya había pasado. Sin suicidio no había incesto. Ni un bastardo en Groby... Un papista sí... Aunque Mark era incapaz de comprender cómo se podía ser papista y marxista comunista al mismo tiempo... Un papista en Groby y el gran árbol de Groby talado... ¡Tal vez se hubiesen librado de la maldición que pesaba sobre la familia!

Era un modo supersticioso de considerarlo..., pero hace falta un esquema para interpretar las cosas. No se puede pensar bien sin él. Los herreros dicen: «¡Con la mano y el martillo todo se hace!...». Mark Tietjens había interpretado la vida en términos de transporte... ¡El transporte es mi Dios...! Un dios condenadamente bueno... Y al final, después de tanto pensar y esforzarse, su epitafio debería ser: «¡Aquí yace uno cuyo nombre lo escribieron las aves marinas!...».^[229] Tan bueno era un epitafio como el otro.

Tenía que pedirle a Christopher que Marie Léonie se llevase la vitrina de los pájaros disecados, con Bamborough y todo, a su dormitorio de Dower House en

Groby. Sería el último recuerdo permanente de su marido... Aunque Christopher ya lo sabía...

Estaba recordando. Recordaba muchas cosas... Le pareció ver Redcar Sands extendiéndose gris hacia Sunderland. ¡Entonces no había tantas chimeneas de fábricas trabajando para él! ¡No tantas! Los andarríos corrían inclinándose por la fina franja de arena que dejaba la marea, los patos cuchara volteaban las piedras y los charranes flotaban sobre el viscoso mar...

En cambio nunca se fijó en la grandeza de las noches; en las noches negras y majestuosas sobre los páramos purpúreos... Las noches negras y majestuosas sobre Edgétware Road, donde vivía Marie Léonie... porque, sobre el resplandor de las luces de la fachada del viejo teatro Apolo, uno tenía la sensación de percibir inmensos espacios negros...

¿Quién decía que estaba sudando mucho? ¡En fin, la verdad era que estaba sudando!

Marie Léonie, de joven, estaba inclinada a su lado... Joven, joven, como cuando la vio por primera vez en el escenario de Covent Garden... ¡Vestida de blanco...! ¡Le acariciaba la cara con un perfume como el del mismísimo cielo...! ¡Y se reía como lo hizo cuando se le presentó por primera vez con su sombrero hongo y su paraguas...! ¡El pelo rubio y fino! ¡La voz suave!

Pero qué tontería... Era el sobrino Mark con su rostro encendido como una cereza y los ojos saltones... ¡Estaba enamorado...! Lógicamente. Eran tío y sobrino. Acabaría con el mismo tipo de mujer que su tío. ¡Una prueba más de que no era un bastardo! ¡Una chica guapa junto a las ramas de manzano!

¡Así que quería noches majestuosas! No obstante, el joven Mark no debería escoger a una mujer mayor que él. Era lo que había hecho Christopher, ¡y mira los resultados!

Sin embargo, las cosas mejorarían... ¿Recuerdas a aquel tipo de Yorkshire que estaba con el agua al cuello en la cima del monte Ararat cuando se le acercó Noé, y dijo: «¡Tarde o temprano tiene que mejorar!»?

Una noche majestuosa, en la que el Paraíso tenía sitio de sobra para ocultarse a nuestros nada perspicaces ojos... Se decía que un terremoto imperceptible para nuestros sentidos podía llenar de pánico al ganado, las ovejas, los caballos y los cerdos de todo el condado. Y era raro: poco antes habían empezado a mugir y moverse, Mark estaba dispuesto a jurar que había oído un ruido apresurado. ¡Probablemente no lo hubiera oído! ¡Es tan fácil equivocarse! El ganado se había asustado porque había reparado en la presencia del Todopoderoso andando por el firmamento...

¡Maldita sea!: estaba recordando demasiadas cosas. Habría jurado que había oído la voz de Ruggles diciendo: «¡En la práctica, es casi Tietjens de Groby...!».

tu pesar viejo amigo! Ahora tratarás de gorronearle... ¡Y ésa es Edith Ethel Macmaster! Muchas voces pasaron por su memoria. Qué demonios, ¿sería posible que fuesen fantasmas llevados por el viento...? ¿O sería que él había muerto...? No, probablemente no blasfemaría si estuviera muerto.

Habría dado cualquier cosa por sentarse y volver la cabeza para mirar. Por supuesto, podría haberlo hecho, pero eso le habría delatado. ¡Era un zorro demasiado viejo! ¡Haberles engañado así todos esos años! ¡Le entraron ganas de echarse a reír!

Fittleworth parecía haber entrado en el huerto. ¿Qué demonios querría? Aquello parecía una pantomima. Sí, Fittleworth le estaba mirando. Dijo:

—Hola, viejo amigo... —Marie Léonie le observaba a su lado. Él prosiguió—: He sacado a las cabras de tu gallinero... —Fittleworth era un tipo muy apuesto. Su Lola Vivaria había sido dulce como la miel. Murió al dar a luz. Sin duda, por eso había ido. Fittleworth le dijo que Cammie le había pedido que le enviase recuerdos en nombre de los viejos tiempos. ¡Sus recuerdos más sentidos! Y que, en cuanto se recuperase, fuese a verles con su mujer.

Maldito sudor. Aquel condenado cosquilleo podría hacerle sonreír y se delataría. Sin embargo, le gustaría que Marie Léonie fuese a casa de los Fittleworth. Marie Léonie le dijo algo a Fittleworth. «¡Claro, claro, a sus pies!», respondió Fittleworth. Maldita sea, era cierto que parecía un mono, como decía la gente... Aunque si los monos de los que descendía eran tan apuestos... Probablemente tendría las piernas bonitas... ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies de quienes traen buenas noticias a Sión...! ^[230]

Fittleworth añadió con voz seria y clara que su cuñada, Sylvia, le rogaba a Mark que comprendiese que ella no había enviado allí aquel rebaño de idiotas. Sylvia también decía que se divorciaría del hermano de Mark y disolvería su matrimonio con la sanción de Roma... De modo que no tardarían en ser una familia feliz... Cualquier cosa que pudiera hacer Cammie... Dados los inolvidables servicios que había prestado Mark al país...

Cuyo nombre lo escribieron... ¡así sea, y que tu siervo... se divorcie en paz!

Marie Léonie le rogó a Fittleworth que se retirase ahora. Fittleworth dijo que lo haría, ¡aunque nadie se muere de alegría! ¡Adiós..., viejo amigo! ¡En cuantos clubes habían estado juntos...!

Sin embargo ahora se iba a un club mucho mejor que... Su respiración se hizo un poco fatigosa... Oscureció y de pronto volvió a haber luz.

Christopher estaba al pie de su cama. Sujetaba una bicicleta y un trozo de madera. Madera aromática, un tronco serrado de un árbol. Estaba pálido y tenía los ojos saltones. Dos guijarros azules. Se quedó mirando a su hermano y dijo:

—La mitad de la pared de Groby se ha caído. Tu dormitorio está destrozado. Encontré tu vitrina de aves marinas en un montón de escombros.

¡De modo que sus servicios eran inolvidables!

Valentine estaba allí, jadeando como si hubiera llegado corriendo. Le gritó a Christopher:

—Te dejaste los grabados de lady Robinson en la jarra que le diste a Hudnut el marchante. ¿Cómo pudiste? ¡Oh!, ¿cómo pudiste? ¿Cómo vamos a dar de comer y a vestir a un bebé si sigues haciendo esas cosas?

Él le dio la vuelta a la bicicleta con aire cansado. Se notaba que estaba exhausto, pobre diablo. Mark estuvo a punto de decir: «¡Déjalo tranquilo, el pobre diablo está exhausto!».

Pesadamente, como un bulldog desanimado, Christopher se dirigió hacia la puerta. Mientras subía por el sendero al otro lado del seto, Valentine empezó a sollozar: «¿Cómo vamos a vivir? ¿Cómo vamos a vivir?».

«Ahora si que no me queda más remedio que hablar», pensó Mark.

Dijo:

—¿Os he contado lo del tipo de Yorkshire... En el monte Ara... Ara...? —Llevaba mucho tiempo sin hablar. Era como si tuviera la boca llena de estopa, y la lengua de trapo. Estaba oscureciendo. Exclamó—: Acerca el oído a mi boca... —¡A ella se le escapó un grito! Mark susurró:

Era medianoche, los niños lloraban
y la madre en la tumba los oía. ^[231]

—Es una vieja canción. Me la cantaba mi niñera... Nunca hagas que tu bebé llore por tener la lengua demasiado afilada con tu marido... ¡Es una buena persona...! El gran árbol de Groby ha caído... —Añadió—: ¡Dame la mano!

Ella metió la mano por debajo de la sábana y su mano caliente sujetó la de ella. Luego la soltó.

Valentine estuvo a punto de llamar a Marie Léonie.

El médico, alto, rubio y respetado, entró por la puerta.

Ella exclamó:

—Acaba de hablar... Ha sido una tarde espantosa... Ahora me temo que... Me temo que esté...

El médico, inclinándose, le cogió la mano por debajo de la sábana.

Dijo:

—Vuelva a la cama... Ahora mismo iré a examinarla...

Valentine respondió:

—Tal vez sea mejor no decirle a lady Tietjens que habló... Le habría gustado que sus últimas palabras fuesen para ella... Pero no las necesitaba tanto como yo.

Glosario

AB: Able-Bodied Seaman, marinero de primera.

ACIS: Army Council Instructions, las instrucciones del Ministerio de la Guerra.

ASC: Army Service Corps, un cuerpo del ejército británico encargado del transporte y la intendencia.

AFB: Army Form B, uno de los modelos de formulario utilizados por el ejército inglés en la Primera Guerra Mundial.

AFBW: Army Formulary B. W.

APM: Assistant Provost Marshall, el director de la prisión militar.

BEF: British Expeditionary Force, la Fuerza Expedicionaria Británica.

BHQ: Brigade Head Quarters, el cuartel general de la brigada.

CB: Companion of the Most Honourable Order of the Bath, una de las cuatro órdenes de caballería inglesas más antiguas.

CBD: Cavalry Base Depot, depósito de suministros de caballería.

CCS: Casualty Clearing Station, el equivalente a nuestros hospitales de sangre.

CO: Commanding Officer, oficial al mando.

DCM: Distinguished Conduct Medal, una condecoración al valor.

District Court Martial, el tribunal militar del distrito.

DSO: Companion of the Distinguished Service Order, una condecoración entregada a los oficiales por el valor demostrado ante el enemigo.

GCB: titular de la Knight Grand Cross Of The Order Of the Bath.

GS: General Service, servicio general.

GOCIC: General Officer Commanding in Chief, el general en jefe.

GMP: Garrison Military Police, la policía militar de la guarnición.

GS: General Service, servicio general.

GSO: General Staff Officer, oficial del Estado Mayor.

HE: High Explosive, un material que explota de manera casi instantánea y tiene un gran poder destructivo.

IBD: Infantry Based Depot, una estación donde reunir a los soldados antes de enviarlos a otras unidades dedicadas al servicio activo.

KCB: Knight Commander Of The Order Of The Bath, una de las más altas condecoraciones de Imperio británico.

KCMG: Knight Commander Of The Order Of St. Michael And St. George, una condecoración otorgada a quienes han llevado a cabo servicios relevantes para la Commonwealth.

KCVO: Knight Commander Of The Royal Victorian Order, una de las más altas condecoraciones del Imperio británico.

MC: Military Cross, otra condecoración concedida a los oficiales, hasta el rango

de mayor, por servicios distinguidos ante el enemigo.

MML: Manual Of Military Law, un compendio de leyes militares.

MO: Medical Officers, los oficiales médicos.

MPVC: Member of Parliament Victorian Cross, es decir, un miembro del Parlamento galardonado con la Victorian Cross.

NCO: Non Commissioned Officer, suboficial.

OBE: Officer of the Order of the British Empire. La Orden del Imperio Británico fue instituida en 1917 por el rey Jorge V, incluye cuatro clases de las cuales sólo las dos más altas Knight Grand Cross (GBE) y Knight Commander (KBE) garantizan el acceso al título de sir.

OC: Officer Commanding, oficial al mando.

OIC: General Staff Officer, oficial del Estado Mayor.

OP: Observation Post, puesto de observación.

OTC: Officer's Training Corps, el cuerpo de entrenamiento de oficiales.

PM: Member of Parliament, miembro del Parlamento.

RASC: Royal Army Service Corps, cuerpo de intendencia.

RC: Roman Catholic, católicos.

REBD: Royal Engineers Base Depot, depósito de suministros del Real Cuerpo de Ingenieros.

RGA: Royal Regiment of Artillery, una sección del ejército británico integrada en realidad por varios regimientos.

RSM: Regimental Sergeant-Major, sargento mayor del regimiento.

RTO: Railway Traffic Officer, oficial de tráfico ferroviario.

VAD: Voluntary Aid Detachment, una organización voluntaria de enfermeros y enfermeras integrada en el ejército británico.

VC: Victorian Cross, la máxima condecoración militar británica al valor.

WAAC: Women's Army Auxiliary Corps, una rama del ejército británico que permitía a las mujeres servir en puestos que no fueran de combate.

WO: War Office, el Ministerio de la Guerra.

WSPU: Women's Social and Political Union, fundada en 1903 por Emmeline and Christabel Pankhurst.



FORD MADOX FORD. Editor y escritor (1873 - 1939) es una de las personalidades literarias más influyentes de la literatura inglesa del siglo XX. Luchó en la Primera Guerra Mundial, experiencia que reflejaría en *El final del desfile*. Su obra más conocida es *Buen soldado* (1915), sobre el mundo anterior a la guerra. Con Joseph Conrad escribió dos novelas: *Los herederos* (1901) y *Romance* (1903). Como editor creó las revistas *The English Review* y *The Transatlantic Review*, donde publicó autores como Henry James, W. B. Yeats, Norman Douglas o D. H. Lawrence.

Notas

[¹] Balliol College es uno de los *colleges* más antiguos de la Universidad de Oxford.
[Todas las notas son del traductor.] ↩

[2] Una de las cuatro instituciones jurídicas fundadas alrededor del siglo XIV que tienen el derecho de conceder el título de abogado a los estudiantes de leyes (las otras tres son Inner Temple, Middle Temple y Lincoln's Inn). Todas están radicadas cerca de la londinense Fleet Street, junto a los tribunales de justicia. Sus edificios incluyen también habitaciones para los abogados y estudiantes. ↩

[3] Merced a las Reform and Redistribution Acts de 1884 y 1885 se redistribuyeron 138 escaños y se duplicó el tamaño del electorado. ↩

[4] El niño en realidad no se llama Tommie, sino Michael; puede que se trate de un descuido de Ford, aunque, entre la clase alta inglesa, era frecuente llamar a los hijos por un nombre que no era el suyo. ↩

[5] Rossetti (1828 - 1882), además de poeta, era pintor y fue uno de los fundadores, junto con Ford Madox Brown, el abuelo del autor, de la escuela pictórica prerrafaelita. ↩

[6] Se refiere a la herejía de Jacobus Arminius (1559 - 1609) y sus seguidores, que rechazaban las teorías calvinistas de la predestinación y consideraban que el libre albedrío era compatible con la soberanía divina. ↩

[7] Los versos proceden de «The Shepperdess», un conocido poema de la ensayista y poeta inglesa Alice Maynell (1847 - 1922). ↩

[8] Los versos, que dan título al primer libro de la tetralogía, son del propio Ford y están tomados de su libro *Mister Bosphorus and The Muses*, publicado en 1923. ↩

[9] La frase está tomada de la novela *Corinne*, de la escritora francesa madame de Stäel (1766 - 1817). ↩

[10] Sylvia cita el verso final de «Abou Ben Adhem», un famoso poema del poeta y escritor inglés James Henry Leigh Hunt (1784 - 1859). ↩

[¹¹] Edificio situado en el Strand, cerca de Waterloo Bridge. En la época albergaba las oficinas del fisco. ↩

[12] El verso está tomado del poema «Three Shadows» de Dante Gabriel Rossetti. [↩](#)

[13] Ése es también el título de un famoso cuadro del abuelo de Ford. ↩

[14] Sandbach altera deliberadamente el nombre del ministro (Waterhouse) y lo convierte en «Waterslop», que podría traducirse aproximadamente por «aguasucia». ↩

[15] Los Connaught Rangers eran un regimiento del ejército británico integrado por soldados irlandeses que se distinguió por sus servicios en la guerra de Crimea. ↩

[16] Cleveland es un antiguo condado de Inglaterra que abarcaba la mayor parte del norte de Yorkshire. ↩

[17] Tietjens hace un sutil juego de palabras aprovechando la ambivalencia del verbo latino, que significa «fundar algo» («echar los cimientos») y asimismo «echar por tierra». ↩

[18] «Bandeja del té». ↩

[19] Censorius es el sobrenombre con el que se conoce a Catón el Viejo. ↩

[20] En realidad, la leyenda cuenta que Atalanta sí se detuvo a recoger las manzanas doradas, lo que le permitió a Hipómenes ganar la carrera y también su mano. ↩

[²¹] Magdalen College, uno de los principales *colleges* de Oxford. ↩

[22] La sentencia latina, atribuida a diversos autores, dice así: *Post coitum omne animal triste*, «Todos los animales están tristes después del coito». ↩

[23] El pasaje más largo del *Satiricón*, la obra del escritor romano Petronio (20 - 66), en el que se describe el ridículo banquete celebrado por el liberto Trimalción, un ostentoso nuevo rico. ↩

[²⁴] Ulrich von Willamovitz Möllendorf (1848 - 1931), filólogo alemán, conocido por sus críticas a Nietzsche. ↩

[25] William Whiston (1667 - 1752) y Humphrey Ditton (1675 - 1715) fueron dos matemáticos ingleses hoy recordados por haber propuesto un método casi impracticable para determinar la longitud en alta mar que fue implacablemente satirizado en un poema atribuido primero a Swift, aunque es más probable que lo escribieran Pope o Gay. ↩

[26] El Movimiento de Oxford se originó en la Universidad de Oxford alrededor de 1830 y estaba encaminado a promover los vínculos entre la Iglesia anglicana y la católica. ↩

[27] Décimo Magno Ausonio (310 - 395) fue un poeta y rétor latino. «Mosella» es su poema más conocido, en él describe los paisajes que rodean el río Mosela. ↩

[28] *Hamlet*, acto IV, escena XXIV. ↩

[29] Se trata de un himno patriótico compuesto por William Elgar (1857 - 1934) con letra de Arthur C. Benson (1862 - 1925). ↩

[30] Estribillo del poema «A Ballad Of Burdens» del poeta inglés Algernon Charles Swinburne (1837 - 1909). ↩

[31] Verso del poeta inglés Thomas Moore (1779 - 1852). ↩

[32] Eclesiastés 13:1. [↩](#)

[33] Alusión al título de una conocida novela del escritor francés Guy de Maupassant (1850 - 1893). ↩

[34] James Crichton (1560 - 1582), conocido como «el Admirable», fue un famoso aventurero y poeta escocés. ↩

[35] Con ese sobrenombre se conocía al estadista inglés, dos veces primer ministro, Benjamin Disraeli (1804 - 1881). ↩

[36] Se trata de una expresión con la que los marinos ingleses se refieren al dinero extra que ganan los tripulantes de torpederos y destructores. ↩

[37] Deuteronomio 33:25. [↩](#)

[38] Famoso cazador, protagonista de numerosas baladas inglesas. ↩

[39] Famoso edificio de apartamentos para solteros ubicado en Piccadilly y frecuentado por la aristocracia. ↩

[40] En realidad, los versos no son de Heine, sino que están tomados de «Der Trompeter von Säckingen», de Joseph Victor Von Scheffel (1826 - 1886): *Die Sommernacht hat mir's angetan, / das ist ein Schweigsames Reiten.* ↩

[41] Los versos están tomados de «The Nut-Brown Maid», una antigua balada inglesa de antes del siglo XVI. ↩

[42] Gilbert White (1720 - 1793) fue un clérigo y naturalista inglés que, en 1789, escribió *The Natural History and Antiquities of Selborne*, hoy considerado el primer clásico inglés de historia natural. ↩

[43] Región boscosa del sur de Inglaterra que se extiende por los condados de Kent, East Sussex, West Sussex y Surrey. ↩

[⁴⁴] *Fastos*, IV, 419. ↵

[45] *Ibidem*, IV, 428. ↩

[46] La cita no es de Catulo, sino de Tibulo: *Elegiae*, I, 62. ↩

[47] Hipótesis de cambio consonántico entre el indoeuropeo y los idiomas modernos postulada por J. L. Grimm (1785 - 1863). ↩

[48] Icklesham Rural District Council, el pueblo de Icklesham está a unos diez kilómetros de Hastings en la carretera que une Hastings con Rye. ↩

[49] Uno de los regimientos ingleses más antiguos, se formó en 1572 para combatir a los holandeses y posteriormente cambió su nombre por el de Royal East Kent Regiment. ↩

[50] Guillermo de Orange-Nassau (1650 - 1702), el príncipe protestante holandés que se convirtió en rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda a raíz de la Revolución Gloriosa y el derrocamiento del católico Jacobo II. [↩](#)

[51] Horatio Herbert Kitchener (1850 - 1916) fue un eminente estadista y militar, conocido por sus imponentes bigotes. ↩

[52] La amante oficial. ↩

[53] Richard Nash (1674 - 1762), que fuera maestro de ceremonias en Bath y era conocido como «Beau Nash». ↩

[54] En la mitología romana, Egeria era una ninfa acuática que fue esposa y consejera del segundo rey de Roma, Numa Pompilio. ↩

[55] El título completo del poema, obra de la poetisa inglesa Christina Georgina Rossetti (1830 - 1894), es «Somewhere Or Other» («En algún u otro lugar»). ↩

[56] Apelativo con el que se conocía a los soldados rasos del ejército británico. ↵

[57] Se refiere a la herejía de Jacobus Arminius (1559 - 1609) y sus seguidores, que rechazaban las teorías calvinistas de la predestinación y consideraban que el libre albedrío era compatible con la soberanía divina. ↩

[58] Con esas palabras absuelve Jesús a la mujer adúltera, después de advertir, a quienes se disponían a lapidarla, que quien estuviera libre de pecado arrojase la primera piedra. La historia se cuenta en Juan 8:11. [↩](#)

[59] Henry Spelman (1562 - 1641), no Speldon, fue un erudito inglés, su libro *History and Fate of Sacrilege*, publicado por primera vez en 1698, conoció varias reediciones a finales del siglo XIX. ↩

[60] Guillermo de Orange-Nassau (1650 - 1702), el príncipe protestante holandés que se convirtió en rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda a raíz de la Revolución Gloriosa y el derrocamiento del católico Jacobo II. [↩](#)

[61] Los versos están tomados de «The Nut-Brown Maid», una antigua balada inglesa de antes del siglo XVI. ↩

[62] Roger Casement (1864 - 1916) era un nacionalista irlandés y agente consular británico, cuyo intento de conseguir ayuda alemana para la causa de la independencia irlandesa condujo a su ejecución por alta traición. ↩

[63] La cita completa dice así: «Serás casta como el hielo y fría como la nieve y no escaparás a la calumnia». Está tomada de *Hamlet*, acto III, escena I. ↩

[64] Edmund Sydney Pollock Haynes (1877 - 1949), autor británico, amigo de escritores como H. G. Wells, escribió varios libros y artículos sobre las anomalías de la ley británica del divorcio. ↩

[65] Una de las primeras locomotoras de vapor, construida por el ingeniero inglés George Stephenson (1781 - 1848). La primera línea férrea de pasajeros iba de Stockton a Darlington. ↩

[66] Famoso campo de críquet ubicado en Saint John's Wood, al norte de Londres. ↩

[67] «Incomodidades». ↩

[68] Eclesiastés 13:1. [↩](#)

[69] El coronel John Hutchinson (1615 - 1664) fue uno de los líderes puritanos que firmaron la sentencia de muerte de Carlos I. ↩

[70] Palabra escocesa que significa, en inglés, «sheriff», o «alguacil». El escritor escocés sir Walter Scott (1771 - 1832) fue sheriff de Selkirk y era conocido así entre sus íntimos. ↩

[71] Así se llamaba el perro de sir Walter Scott. ↩

[72] La niña Marjorie Fleming (1803 - 1811), cuya delicada personalidad, diarios, cartas y sencillas poesías cautivaron por completo a sir Walter Scott y los escritores de su círculo. El ensayista escocés John Brown escribió un libro de recuerdos sobre ella titulado *Marjorie Fleming a Story of Child Life Fifty Years Ago*. ↵

[73] Una de las cuatro instituciones jurídicas fundadas alrededor del siglo XIV que tienen el derecho de conceder el título de abogado a los estudiantes de leyes (las otras tres son Inner Temple, Middle Temple y Lincoln's Inn). Todas están radicadas cerca de la londinense Fleet Street, junto a los tribunales de justicia. Sus edificios incluyen también habitaciones para los abogados y estudiantes. ↩

[74] Ése es también el título de un famoso cuadro del abuelo de Ford. ↩

[75] Henry Spelman (1562 - 1641), no Speldon, fue un erudito inglés, su libro *History and Fate of Sacrilege*, publicado por primera vez en 1698, conoció varias reediciones a finales del siglo XIX. ↩

[76] Uno de los regimientos ingleses más antiguos, se formó en 1572 para combatir a los holandeses y posteriormente cambió su nombre por el de Royal East Kent Regiment. ↩

[77] Salmos 68:30. [↩](#)

[78] Los Broads son una red de ríos y lagos navegables en los condados ingleses de Norfolk y Suffolk. ↩

[79] El día de la celebración de Guy Fawkes, en que se prenden hogueras y se lanzan fuegos artificiales en todo el país. ↩

[80] Por los viejos tiempos. Así se titula una famosa balada del poeta escocés Robert Burns (1759 - 1796). ↩

[81] «Golosina». ↩

[82] «Como en los viejos y buenos tiempos». ↩

[83] Mateo 27:42. [↩](#)

[84] «Dulces labios, ojos claros, intelecto despejado...» El verso está tomado de «Der Herrlichsten von allen», uno de los *lieder* del compositor romántico alemán Robert Schumann (1810 - 1856) incluido en su ciclo *Frauenlieben und Leben*. ↩

[85] Se trata de un verso tomado de la primera estrofa del poema «The Blessed Damozel» de Dante Gabriel Rossetti. ↩

[86] Hay aquí un juego de palabras intraducible: en inglés, «caridad» (*charity*) empieza por las mismas letras que «mujer de la limpieza» (*char* o *charwoman*). ↵

[87] El verso, algo modificado, está tomado de la obra del escritor americano John Habberton (1842 - 1921) *Helen's Babies*, uno de los mayores best sellers de la época. ↩

[88] Variedad de ron de la Martinica. [↩](#)

[89] Personaje de la novela de Charles Dickens (1812 - 1870) *David Copperfield*. ↩

[90] En realidad, se trata de un verso, algo modificado por la vacilante memoria de Tietjens, tomado de «Dover Beach», tal vez el poema más conocido del poeta y ensayista inglés Matthew Arnold (1822 - 1888). ↩

[91] Efectivamente, el verso, también alterado, es del poema de Rosseti «Youth's Spring-Tribute». ↩

[92] *La vida del rey Enrique V*, acto VI, escena I. ↩

[93] Versos de una balada popular de Somerset titulada «Blow Away The Morning Dew». ↩

[94] Con ese conocido verso concluye el famoso poema «On His Blindness», del poeta inglés John Milton (1608 - 1674). ↩

[95] En realidad, la cita no está tomada de los Proverbios, sino de otro de los libros sapienciales: Eclesiastés 26:28. ↩

[96] Morgan es un apellido galés muy común. De ahí que sus compañeros utilicen el prefijo «Cero Nueve», derivado de los dos últimos dígitos de su número del ejército. ↩

[97] La *London Gazette*, el órgano gubernamental donde se publicaban los ascensos y se citaba a los heridos y a quienes habían destacado por su valor en combate. ↩

[98] La batalla de Gheluvelt fue parte de la batalla de Ypres librada en octubre de 1914, en la que los alemanes fracasaron en su intento de cortar las líneas de comunicación de la Fuerza Expedicionaria Británica. ↩

[99] Premio concedido por el Rectorado de la Universidad de Oxford a los mejores versos escritos en latín por un alumno de la universidad. ↩

[100] El New Army o Kitchener's Army fue un ejército de voluntarios creado en el Reino Unido a instancias de lord Kitchener, que era a la sazón ministro de la Guerra. ↩

[¹⁰¹] Se trata de un himno patriótico compuesto por William Elgar (1857 - 1934) con letra de Arthur C. Benson (1862 - 1925). ↩

[102] «Eres como una flor», el título de un famoso poema del poeta alemán Heinrich Heine (1797 - 1856). ↩

[103] Los Coldstream Guards, uno de los regimientos más antiguos y conocidos del ejército británico. ↩

[104] La estación de Paddington, una de las más antiguas e importantes estaciones ferroviarias de Londres. ↩

[105] Una de las arias más conocidas de la ópera *Orfeo ed Euridice* del compositor alemán Christoph Willibald Gluck (1750 - 1819). ↩

[106] Después de un examen médico, los hombres eran clasificados en distintos grupos según su capacidad para el servicio activo. El grupo A significaba que eran capaces de marchar, tenían buena vista para disparar, buen oído y eran capaces de resistir las condiciones del servicio activo. La subcategoría A1 significaba «Apto para el combate en el extranjero por lo que se refiere a su salud mental y física y a la instrucción recibida». ↩

[107] El sexto de dragones, también conocido como «Inniskillings», era uno de los regimientos de caballería del ejército británico. ↩

[108] Así se llamaba a la Confederación Iroquesa. ↩

[109] El grupo C significaba que los hombres carecían de enfermedades orgánicas de gravedad y eran aptos para el servicio, aunque no en el extranjero. La subcategoría C1 indicaba que podían marchar siete kilómetros, disparar con gafas y que tenían buen oído. ↩

[110] La subcategoría C3 indicaba que el soldado tan sólo era apto para tareas sedentarias. ↩

[111] Los Dominios eran comunidades autónomas dentro del Imperio británico (y posteriormente de la Commonwealth) e incluían Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Terranova, Sudáfrica, el Estado Libre Irlandés, la India y Pakistán. ↩

[¹¹²] El oficio de trapero estaba muy extendido entre los judíos y el propio nombre de Levin parece sugerir su origen semítico. ↩

[113] Alusión a la ópera del compositor francés Hector Berlioz (1820 - 1869) *Béatrice et Bénédict* en la que los amigos del personaje principal, que acaba de volver de la guerra, le animan a declarar su amor por Béatrice. ↩

[114] En el Infierno de Dante, el círculo noveno estaba dedicado a los traidores, que, efectivamente, penaban enterrados en el hielo. La memoria confundida de Tietjens mezcla dos historias que se cuentan en los Cantos 32 y 33 de la *Divina Comedia*. ↵

[115] Una canción militar galesa que describe los sucesos de la batalla de Harlech Castle acontecida en 1408. ↩

[¹¹⁶] John Bunyan (1628 - 1688), el famoso autor de *The Pilgrim's Progress*, en la que se narra el viaje de un cristiano hasta la Ciudad Celestial a través de los males de este mundo. ↩

[117] Un movimiento educativo para adultos muy extendido en la Norteamérica rural hasta principios de los años veinte. ↩

[118] Salmos 91:5. [↩](#)

[119] Sistema de segregación sexual practicado en la India. [↵](#)

[120] 2 Samuel 1:16. [↩](#)

[121] «Sucio fatuo». ↩

[122] Black Watch es el sobrenombre con que se conocía al 42.º Regimiento de Infantería. ↩

[123] Comunidad de hombres y mujeres fundada alrededor de 1850 por Henry James Prince (1811 - 1899) en el pueblo de Spaxton, Somerset, en la que se compartían todos los bienes y se anunciaba el inminente segundo advenimiento de Jesucristo. [↩](#)

[124] El King's Regiment, uno de los regimientos de infantería más antiguos del ejército británico. ↩

[125] Un regimiento de infantería adscrito a la División del Príncipe de Gales. ↩

[126] Mateo 27:42. [↩](#)

[127] Lucas 23:34. ↩

[128] Género de arbusto de hoja perenne muy extendido y conocido por el nombre común de evónimo o bonetero. ↩

[¹²⁹] Los versos proceden de dos poemas («Less Than The Dust» y «Kashmiri Song») tomados del libro *The Garden of Kama*, escrito por Adela Florence Nicolson (1865 - 1904) bajo el seudónimo de Laurence Hope y publicado en 1901. [↩](#)

[130] Venusberg, literalmente «monte de Venus», es una montaña mítica en Alemania. En la leyenda teutónica, allí se encontraba el templo secreto de la diosa Venus. El caballero Tannhäuser pasó allí un año adorándola. ↩

[131] En la ópera de Wagner *Tannhäuser*, Elisabeth es la sobrina del Landgrave enamorada de Tannhäuser. ↩

[132] Una sencilla túnica de lino que visten los monarcas del Reino Unido durante parte de la ceremonia de coronación. Simboliza el apartamiento de la vanidad mundana y la desnudez ante Dios. ↩

[133] «Inexpresables» es un término eufemístico para referirse a la ropa interior, sobre todo a la femenina. ↩

[134] Winchester y Magdalen son, respectivamente, un famoso y elitista colegio privado y uno de los más prestigiosos *colleges* de Oxford. ↩

[135] Alusión al intento de la Royal Navy de atravesar los Dardanelos, conquistar la península de Gallípoli y tomar Constantinopla. ↩

[136] El Royal Military College of Sandhurst, la más prestigiosa academia de oficiales de Inglaterra. ↩

[137] Los Whiteley's de Bayswater fueron los primeros grandes almacenes de Londres. ↩

[138] El general sir Redvers Henry Buller (1839 - 1908), que participó en diversos conflictos y en 1899 fue nombrado jefe del ejército británico en Sudáfrica. Tras una infortunada serie de derrotas y a pesar de su enorme popularidad, fue relevado del mando. ↩

[139] Sir William Forbes Gatacre (1843 - 1906) fue teniente general en la segunda guerra de los Bóers. ↩

[¹⁴⁰] Nombre de la batalla librada en 1900, durante la segunda guerra de los Bóers, y que acabó con la carrera de Buller. ↩

[¹⁴¹] La cita, no del todo exacta, está tomada de *La vida del rey Enrique V*, acto IV, escena I. ↩

[¹⁴²] Los versos proceden del poema «To His Coy Mistress», del poeta y político inglés Andrew Marvell (1621 - 1678). ↵

[¹⁴³] *The History Of The Rebellion And The Civil Wars In England*, escrita por el estadista e historiador inglés Edward Hyde, primer conde de Clarendon (1609 - 1674). ↩

[144] Famosa marca de champán. ↩

[¹⁴⁵] Uno de los regimientos ingleses más antiguos, se formó en 1572 para combatir a los holandeses y posteriormente cambió su nombre por el de Royal East Kent Regiment. ↩

[146] «Proxeneta». ↩

[¹⁴⁷] El pedagogo inglés Thomas Arnold (1795 - 1842) dirigió el prestigioso colegio privado de Rugby de 1827 a 1842 y lo convirtió en un modelo para todos los demás colegios privados. ↩

[¹⁴⁸] La lonja de Ypres, uno de los mayores edificios civiles de la Edad Media, construido en el siglo XIII, fue destruido por los alemanes que devastaron la ciudad de Ypres al principio de la guerra. ↵

[149] *Magna est veritas et praevalet*, «La verdad es poderosa y prevalece». ↩

[150] George Herbert (1593 - 1633), uno de los poetas metafísicos ingleses. ↩

[151] El azul Reckitt era un blanqueante de ropa que empezó a producirse en Inglaterra a principios del siglo XIX. ↩

[152] La cita está tomada del libro *Urn Burial*, del erudito y escritor inglés sir Thomas Browne (1605 - 1682). ↩

[153] Es decir, la promesa de sus pechos. ↩

[154] «A menudo te he visto en sueños». La cita, aproximada, está tomada de Propertio, *Elegías*, libro II-26. ↩

[155] Alusión a la pintora Lily Delissa Joseph (1864 - 1940), la hermana del pintor prerrafaelita Solomon Joseph Solomon (1860 - 1927). ↩

[156] Es decir el 11 de noviembre de 1918, el día en que acabó la guerra. ↩

[157] Es decir, de Christina Georgina Rossetti (1830 - 1894). ↩

[158] Valentine se refiere a Rupert Brooke (1887 - 1915) uno de los poetashéroes más conocidos de la Primera Guerra Mundial, fallecido de septicemia camino de Gallípoli. [↩](#)

[159] Tibulo, *Elegiae* I, 1. ↵

[160] En efecto, se trata del poema «Crossing The Bar», de Alfred Tennyson (1809 - 1892), escrito tres años antes de su fallecimiento y en el que el poeta utiliza la metáfora de una barra arenosa en el mar para representar la barrera entre la vida y la muerte. ↩

[161] Famoso cazador, protagonista de numerosas baladas inglesas. ↵

[162] La palabra *Mizpah*, de origen bíblico, simboliza un vínculo emocional entre dos personas que están separadas, ya sea físicamente o por la muerte. ↩

[163] Efectivamente, el verso está tomado del poema «The Indian Serenade», del poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley (1792 - 1822). ↩

[164] *Hamlet*, acto II, escena II. ↩

[165] «Entusiasmo». ↩

[166] Parte de la oración eucarística de la Epifanía: *Now, with angels and archangels, and the whole company of heaven, / we sing the unending hymn of your praise: / Holy, holy, holy Lord...* («Ahora, con ángeles y arcángeles, y toda la cohorte celestial, entonamos el himno inacabable en alabanza tuya: Santo, santo, santo es el Señor»). ↵

[167] Gilbert White (1720 - 1793) fue un clérigo y naturalista inglés que, en 1789, escribió *The Natural History and Antiquities of Selborne*, hoy considerado el primer clásico inglés de historia natural. ↩

[168] Canción popular irlandesa. ↩

[169] Como se verá más adelante, las trincheras tenían un esquema dentado conectado por traviesas para evitar los efectos de la metralla y que el enemigo pudiera conquistar toda la trinchera si entraba por algún punto. ↩

[170] Es decir, Shakespeare. ↩

[171] «¡Viva el emperador!». ↵

[172] «¡Alemania por encima de todo!». ↩

[173] Tipo de cañón corto. ↩

[174] Cañón relativamente corto capaz de lanzar obuses de tamaño mediano a gran altura. ↩

[175] Los versos están tomados del poema «Passing By», atribuido al poeta y pastor anglicano Robert Herrick (1592 - 1634), al que puso música el compositor inglés Edward C. Purcell, fallecido en 1932. [↩](#)

[176] Es decir, de George Herbert (1593 - 1633), el autor de *The Temple*; del poeta metafísico inglés John Donne (1572 - 1631); del poeta católico Richard Crashaw (c. 1612 - 1649) y de Henry Vaughan (1621 - 1695), que era nativo de Gales del Sur y adoptó ese sobrenombre por ser aquél el condado de los siluros. ↩

[177] Tietjens cita aquí los dos primeros versos del poema «Virtue», de G. Herbert. ↩

[178] La letra está adaptada de una canción muy popular en la época «The Man Who Broke The Bank In Montecarlo» que popularizó el cantante de *music hall* Charles Coborn (1852 - 1945). ↩

[179] Así se conocía al Theatre Royal que estaba en Drury Lane, cerca de Covent Garden. ↩

[180] Otro famoso teatro, también conocido como The London Music Hall. [↩](#)

[181] El teatro Balliam Empire, conocido también como Balliam Hippodrome. ↩

[182] La cita, aproximada, está tomada del poema épico de sir Walter Scott (1771 - 1832) «Marmion», donde se narra la batalla de Flodden librada en 1513 en la frontera escocesa. ↩

[183] El verso, atribuido a Virgilio, dice: *Sic vos non vobis mellificatis apes*, y puede traducirse por «Así vosotras, aunque no para vosotras, fabricáis, abejas, la miel». ↵

[184] «Lansquenete». ↩

[185] Salmos 137:5. [↩](#)

[186] *Fuimus Troes, fuit Ilium et ingens / gloria Teucrorum* («Fuimos troyanos, fue Troya e inmensa la gloria de los Teucros»), *Eneida*, II, 325 - 326. [↩](#)

[187] «Callaron todos», *Eneida*, II, 1. [↩](#)

[188] «Sumidos en el vino y en el sueño». La cita, aproximada, está tomada de *Eneida*, II, 265. ↩

[189] La leyenda cuenta que, cuando se avistó la Armada Invencible, sir Francis Drake estaba jugando a los bolos e insistió en acabar la partida antes de embarcar. ↩

[190] La cita, nuevamente aproximada, está tomada de un verso del poema «The Elixir», de George Herbert. ↩

[191] Es decir, el káiser. ↩

[192] Así empieza «The British Grenadiers», la marcha de los granaderos británicos. ↩

[193] «Ante merídiem». ↩

[194] La cita está tomada del poema «Love In The Valley», del poeta inglés George Meredith (1828 - 1809). ↩

[195] El verso está tomado del poema «Love In Exile» de la poetisa alemana Mathilde Blind (1841 - 1896). ↩

[196] Cantar de los Cantares 2:16. [↩](#)

[197] *Macbeth*, acto V, escena VII. ↩

[198] El verso está tomado de una antigua balada escocesa titulada «Barbara Allen», que cuenta la historia de una mujer que muere por haber sido cruel con su enamorado. ↩

[199] «Varón oscuro». ↩

[200] La historia de Alceste, la mujer del rey Admeto, que aceptó ser sacrificada en su lugar, es un ejemplo de amor conyugal. Fue dramatizada por Eurípides y sirvió de inspiración para varias óperas de Glück, Haendel y otros músicos. ↵

[201] Thomas Cranmer (1489 - 1556), el primer arzobispo protestante de Canterbury, se retractó de sus creencias heréticas antes de ser quemado en la hoguera. ↩

[202] George Borrow (1803 - 1881) el escritor y viajero inglés autor de *La Biblia en España y Lavengro*. ↩

[203] *Naturam expelles furca, tamen usque recurret*, Horacio, *Epístolas*, 1.10 24 - 25.
(«Aunque apartes a la Naturaleza con una horca, ella siempre volverá por donde solía».) ↩

[204] *Otelo*, acto V, escena II. ↩

[205] *Op. cit.*, acto V, escena II. ↩

[206] Zona de la City londinense, cercana a la Torre de Londres. ↩

[207] La marquesa de Maintenon fue la consorte de Luis XIV y se casó en secreto con el rey tras la muerte de su primera mujer. ↩

[208] Personaje de la obra teatral *El avaro*, del dramaturgo francés Molière (1622 - 1673). ↩

[209] Betty Nuthall (1911 - 1983) fue una famosa tenista inglesa. ↩

[210] Mateo 4:8 - 9. [↩](#)

[211] Salmos 22:15. [↩](#)

[²¹²] Nell Gwynn (1650 - 1687) fue una de las primeras actrices inglesas que obtuvo un gran reconocimiento. También fue la amante del rey Carlos II. ↩

[²¹³] Sir Peter Lely (1618 - 1680) fue un pintor, dibujante y coleccionista de origen alemán que se instaló en Inglaterra y se convirtió en el pintor de cámara del rey Carlos II. [↩](#)

[²¹⁴] Rinaldo Botti (1650-?) fue un pintor barroco florentino. ↩

[215] Novela del escritor escocés sir Walter Scott (1771 - 1832). ↩

[²¹⁶] El día 12 de julio, los protestantes celebran la batalla del Boyne que tuvo lugar en 1690. ↩

[217] Ése es también el título de un famoso cuadro del abuelo de Ford. ↩

[218] Hay aquí un juego de palabras intraducible: en inglés, la expresión *last post* puede traducirse tanto por «último puesto» como por «toque de retreta», el título del cuarto libro de la tetralogía. ↩

[219] Simon Lovat (1667 - 1747), conocido como «el Zorro», fue un líder jacobita, famoso por sus violentas querellas y sus cambios de bando. Capitaneó a las fuerzas jacobitas en la rebelión de 1745, lo que le llevó al cadalso dos años más tarde tras sufrir una derrota en la batalla de Culloden. ↩

[²²⁰] Bennet Langton (1736 - 1801) fue un escritor inglés; hoy es conocido sobre todo por la amistad que le unió con el lexicógrafo y escritor Samuel Johnson y sus repetidas apariciones en el libro de Boswell *Vida del Dr. Johnson*. ↩

[221] Es decir, la invasión de Bélgica por parte de los alemanes. ↩

[222] *Antonio y Cleopatra*, acto IV, escena XIII. ↩

[223] Richard Lovelace (1618 - 1657) fue un noble y poeta metafísico inglés que murió en la indigencia y Pandarus es un personaje libidinoso del romance medieval *Troilo y Crésida* que actúa como alcahuete entre los dos amantes. ↩

[²²⁴] Abreviatura de *King's Counsel*, un letrado que ha sido designado abogado de la corona. ↩

[225] Título de un cuento de Charles Dickens. ↩

[226] Daniel 5:1 - 31. [↩](#)

[227] Tiglath Pileser (1115 - 1076 a. C.), un poderoso rey y conquistador asirio. ↩

[228] *Hamlet*, acto IV, escena V. ↩

[229] Alusión al famoso epitafio del poeta John Keats (1795 - 1821): *Here lies one whose name was writ in water.* ↵

[230] Isaías 52:7. [↩](#)

[231] Los versos están tomados de una antigua balada titulada «Sven Dyring». ↵